

**HISTORIA GENERAL  
DE AFRICA**

COMITE CIENTIFICO INTERNACIONAL PARA LA REDACCION DE UNA  
HISTORIA GENERAL DE AFRICA (UNESCO)

# HISTORIA GENERAL DE AFRICA

I

*Metodología  
y prehistoria africana*

DIRECTOR DEL VOLUMEN

J. KI-ZERBO

*tecnos* / UNESCO

La edición castellana de la presente obra se publica conjuntamente por:

— Editorial Tecnos, S. A.  
O'Donnell, 27  
Madrid-9

y  
— Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y  
la Cultura (Unesco)  
7, place Fontenoy  
75700 Paris

© Unesco 1982  
ISBN 84-309-0898-6 Obra completa Tecnos  
ISBN 84-309-0899-4 Volumen I Tecnos  
ISBN 92-3-301707-9 Volumen I Unesco  
Depósito Legal: M. 1868 -1982

---

Printed in Spain - Impreso en España por A. G. Grupo, S. A. - Nicolás Morales, 40 - Madrid-19

# INDICE GENERAL

<i>Prólogo, por A. M. M' Bow</i> .....	Pág. 11
<i>Presentación del proyecto</i> ..... B. A. OGOT	17
<i>Cronología</i> .....	21
<i>Introducción general</i> ..... J. KI-ZERBO	23
<i>Capítulo 1: Evolución de la historiografía de Africa</i> ..... J. D. FAGE	45
<i>Capítulo 2: Lugar de la historia en la sociedad africana</i> ..... BOUBOU HAMA y J. KI-ZERBO	63
<i>Capítulo 3: Tendencias recientes de las investigaciones históricas africanas y contribución a la historia en general</i> ..... P. D. CURTIN	75
<i>Capítulo 4: Fuentes y técnicas específicas de la historia africana. Idea general</i> ..... TH. OBENGA	93
<i>Capítulo 5: Fuentes escritas anteriores al siglo xv</i> ..... H. DJAIT	109
<i>Capítulo 6: Fuentes escritas a partir del siglo xv</i> ..... I. HRBEK	133

<i>Capítulo 7:</i> La tradición oral y su metodología.....	161
J. VANSINA	
<i>Capítulo 8:</i> La tradición viviente.....	185
A. HAMPATÉ BA	
<i>Capítulo 9:</i> La arqueología africana y sus técnicas. Métodos de datación..	223
Z. ISKANDER	
<i>Capítulo 10: I.</i> Historia y lingüística.....	253
P. DIAGNE	
<i>II.</i> Teorías relativas a las «razas» e historia de Africa.....	285
J. KI-ZERBO	
<i>Capítulo 11:</i> Migraciones y diferenciaciones étnicas y lingüísticas.....	295
D. OLDEROGGE	
<i>Capítulo 12: I.</i> Clasificación de las lenguas de Africa.....	315
J. H. GREENBERG	
<i>II.</i> Mapa lingüístico de Africa.....	333
D. DALBY	
<i>Capítulo 13:</i> Geografía histórica: aspectos físicos.....	341
S. DIARRA	
<i>Capítulo 14:</i> Geografía histórica: aspectos económicos.....	361
A. MABOGUNJE	
<i>Capítulo 15:</i> Métodos interdisciplinarios utilizados en esta obra.....	379
J. KI-ZERBO	
<i>Capítulo 16: I.</i> Marco cronológico de las fases pluviales y glaciales de Africa.....	391
R. SAID	
<i>II.</i> Marco cronológico de las fases pluviales y glaciales de Africa.....	405
H. FAURE	
<i>Capítulo 17: I.</i> La hominización: problemas generales.....	431
Y. COPPENS	
<i>II.</i> La hominización: problemas generales.....	453
L. BALOUT	

<i>Capítulo 18: Los hombres fósiles africanos</i> .....	467
R. LEAKEY	
<i>Capítulo 19: Prehistoria del Africa oriental</i> .....	485
J. E. G. SUTTON	
<i>Capítulo 20: Prehistoria del Africa austral</i> .....	521
J. D. CLARK	
<i>Capítulo 21: I. Prehistoria del Africa central</i> .....	555
R. DE BAYLE DES HERMENS	
<i>II. Prehistoria del Africa central</i> .....	577
F. VAN NOTEN	
Con la colaboración de P. DE MARET, J. MOEYERSONS, K. MUYA y E. ROCHE	
<i>Capítulo 22: Prehistoria del Africa del Norte</i> .....	597
L. BALOUT	
<i>Capítulo 23: Prehistoria del Sáhara</i> .....	615
H. J. HUGOT	
<i>Capítulo 24: Prehistoria del Africa occidental</i> .....	639
T. SHAW	
<i>Capítulo 25: Prehistoria del valle del Nilo</i> .....	665
F. DEBONO	
<i>Capítulo 26: El arte prehistórico africano</i> .....	687
J. KI-ZERBO	
<i>Capítulo 27: Comienzos, desarrollo y expansión de las técnicas agrícolas</i> ...	719
R. PORTERES y J. BARRAU	
<i>Capítulo 28: Invención y difusión de los metales y desarrollo de los sistemas sociales hasta el siglo V antes de la era cristiana</i> .....	739
J. VERCOUTIER	
<i>Conclusión: De la naturaleza bruta a una Humanidad liberada</i> .....	765
J. KI-ZERBO	
<i>Miembros del Comité Científico Internacional para la redacción de una Historia General de Africa</i> .....	781

<i>Reseña biográfica de los autores del volumen I</i> .....	783
<i>Bibliografía general</i> .....	787
<i>Abreviaturas utilizadas en la bibliografía</i> .....	827
<i>Indices</i> .....	831

N. B. Catherine PERLES ha colaborado en la redacción de los capítulos 18, 19, 20, 21 y 24, y Hélène ROCHE en el 19.

# PROLOGO

AMADOU MAHTAR M'BOW

Director General de la UNESCO

Durante mucho tiempo, mitos y prejuicios de toda clase han ocultado al mundo la historia real de Africa. Las sociedades africanas eran tenidas por sociedades que no podían tener historia. Pese a los importantes trabajos realizados, desde los primeros decenios de este siglo, por pioneros como Léo Frobenius, Maurice Delafosse, Arturo Labriola, buen número de especialistas no africanos vinculados a ciertos postulados sostenían que esas sociedades no podían ser objeto de estudio científico, principalmente por falta de fuentes y de documentos escritos

Aunque *La Iliada* y *La Odisea* podían ser consideradas con razón fuentes esenciales de la historia de la antigua Grecia, se negaba, en cambio, todo valor a la tradición oral africana, esa memoria de los pueblos que proporciona la trama de tantos acontecimientos que han marcado su vida. Al escribir la historia de una gran parte de Africa, se limitaban a fuentes exteriores a este continente, para dar una visión no de lo que podía ser la marcha de los pueblos africanos, sino de lo que se creía que debía ser. Con frecuencia, al ser tomada como punto de referencia la «Edad Media» europea, los sistemas de producción y las relaciones sociales, así como las instituciones políticas, no eran entendidos más que por referencia al pasado de Europa.

En realidad, se rehusaba ver en Africa al creador de culturas originales que se han desarrollado y perpetuado, a través de los siglos, por unos caminos que le son propios y que el historiador no puede, por tanto, comprender sin renunciar a ciertos prejuicios y sin renovar su método.

Asimismo, el continente africano casi nunca era considerado una entidad histórica. Por el contrario, se ponía el acento en todo lo que podía acreditar la idea de que habría existido una escisión, desde siempre, entre un «Africa blanca» y un «Africa negra», ignorantes la una de la otra. Frecuentemente se presentaba al Sáhara como un espacio impenetrable que hacía imposibles las mezclas de etnias



y de pueblos, de intercambios de bienes, de creencias, de costumbres y de ideas, entre sociedades constituidas a una y otra parte del desierto. Se trazaban fronteras herméticas entre las civilizaciones del antiguo Egipto y de Nubia, y las de los pueblos subsaharianos.

Ciertamente, la historia de Africa al norte del Sáhara ha estado más tiempo vinculada a la de la cuenca mediterránea que la historia del Africa subsahariana, pero hoy día está ampliamente reconocido que las civilizaciones del continente africano, a través de la variedad de lenguas y culturas, forman, en grados diversos, las vertientes históricas de un conjunto de pueblos y de sociedades unidos por vínculos seculares.

Otro fenómeno ha perjudicado notablemente al estudio objetivo del pasado africano: me refiero a la aparición, con el tráfico negrero y la colonización, de estereotipos raciales generadores de desprecio y de incomprensión, y tan profundamente anclados que falsearon hasta los conceptos mismos de la historiografía. A partir del momento en que se recurrió a las nociones de «blancos» y de «negros» para nombrar genéricamente a los colonizadores, considerados como superiores, y a los colonizados, los africanos tuvieron que luchar contra un doble avasallamiento económico y psicológico. Reconocible por la pigmentación de su piel, convertido en una mercancía entre otras, dedicado a trabajos pesados, el africano llegó a simbolizar en la conciencia de sus dominadores una esencia racial imaginaria e ilusionariamente inferior de *negro*. Ese proceso de falsa identificación rebajó la historia de los pueblos africanos en el espíritu de muchos al rango de una etnohistoria en la que la apreciación de las realidades históricas y culturales no podía más que ser falseada.

La situación ha evolucionado mucho desde el final de la Segunda Guerra Mundial y, en particular, desde que los países de Africa, al haber accedido a la independencia, participan activamente en la vida de la comunidad internacional y en los cambios mutuos que son su razón de ser. Cada vez mayor número de historiadores se han esforzado en abordar el estudio de Africa con más rigor, objetividad y amplitud de espíritu, utilizando —ciertamente con las precauciones de costumbre— las fuentes africanas mismas. En el ejercicio de su derecho a la iniciativa histórica, los africanos por sí mismos han sentido profundamente la necesidad de restablecer sobre bases sólidas la historicidad de sus sociedades.

Esto justifica la importancia de la *Historia General de Africa*, en ocho volúmenes, cuya publicación inicia la UNESCO.

Los especialistas de numerosos países que han trabajado en esta obra se han afanado primero en poner los fundamentos teóricos y metodológicos. Se han preocupado por cuestionar las simplificaciones abusivas a las que había dado lugar una concepción lineal y limitativa de la historia universal, y de restablecer la verdad de los hechos siempre que eso era necesario y posible. Se han esforzado en analizar los datos históricos que permiten seguir mejor la evolución de los diferentes pueblos africanos en su especificidad sociocultural.

En esta tarea inmensa, compleja y ardua, vista la diversidad de las fuentes y la dispersión de los documentos, la UNESCO ha procedido por etapas. La primera fase (1965-1969) ha sido la de los trabajos de documentación y planificación de la obra. Se han realizado actividades prácticas sobre el terreno: campañas de

recogida de la tradición oral, creación de centros regionales de documentación para la tradición oral, recogida de manuscritos inéditos en árabe y «ajami» (lenguas africanas escritas en caracteres árabes), inventario de los archivos y preparación de una *Guía de las fuentes de la historia de Africa*, partiendo de los archivos y bibliotecas de Europa, publicada después en nueve volúmenes. Además, se han organizado encuentros entre los especialistas, en los que africanos y personas de otros continentes, han discutido cuestiones de metodología, y trazado las grandes líneas del proyecto tras un atento examen de las fuentes disponibles.

Una segunda etapa, dedicada a la puesta a punto y la articulación del conjunto de la obra, ha durado de 1969 a 1971. En el transcurso de ese período, reuniones internacionales de expertos celebradas en París (1969) y en Addis Abeba (1970) tuvieron que examinar y precisar los problemas referentes a la redacción y publicación de la obra: presentación en ocho volúmenes, edición principal en inglés, francés y árabe, así como su traducción a lenguas africanas tales como el kiswahili, hawsa, peul, yoruba o lingala. También están previstas traducciones al alemán, ruso, portugués, español y chino, así como ediciones abreviadas accesibles a un público más amplio, africano e internacional.

La tercera fase ha sido la de la redacción y la publicación. Comenzó por el nombramiento de un Comité Científico Internacional de 39 miembros, que comprende dos terceras partes de africanos y una tercera parte de no africanos, al que incumbe la responsabilidad intelectual de la obra.

Al ser interdisciplinar, el método seguido se ha caracterizado por la pluralidad de los enfoques teóricos y de las fuentes. Entre éstas hay que citar en primer lugar la arqueología, que encierra una gran parte de las claves de la historia de las culturas y de las civilizaciones africanas. Gracias a ella, se está de acuerdo hoy en reconocer que Africa fue, con toda probabilidad, la cuna de la humanidad, que allí se asistió a una de las primeras revoluciones tecnológicas de la historia —la del neolítico— y que con Egipto floreció una de las civilizaciones más brillantes del mundo. Luego hay que citar la tradición oral, que, hasta hace poco ignorada, aparece hoy como una fuente preciosa de la historia de Africa, que permite seguir la marcha de sus diferentes pueblos en el espacio y en el tiempo, comprender desde el interior la visión africana del mundo y captar los caracteres originales de los valores que fundamentan las culturas y las instituciones del continente.

Hay que agradecer al Comité científico internacional encargado de esta *Historia general de Africa*, y a su ponente, así como a los directores y autores de los diferentes volúmenes y capítulos, haber proyectado una luz original sobre el pasado de Africa, abarcada en su totalidad, evitando todo dogmatismo en el estudio de cuestiones esenciales, como el tráfico negrero, esa «sangría sin fin» responsable de una de las deportaciones más crueles de la historia de los pueblos y que vació el continente de una parte de sus fuerzas vivas, mientras que ejercía un papel determinante en el desarrollo económico y comercial de Europa; de la colonización con todas sus consecuencias sobre los planos de la demografía, la economía, la psicología, la cultura; de las relaciones entre el Africa al sur del Sáhara y el mundo árabe; del proceso de descolonización y de construcción nacional que moviliza la razón y la pasión de personas aún vivas y a veces en

plena actividad. Todas estas cuestiones han sido abordadas con un afán de honestidad y rigor que no es el menor mérito de la presente obra. Esta ofrece también la gran ventaja de señalar el punto de nuestros conocimientos sobre Africa y al proponer diversos análisis sobre las culturas africanas, así como una nueva visión de la historia, de señalar las sombras y las luces, sin disimular las divergencias de opiniones entre eruditos.

Al mostrar la insuficiencia de los enfoques metodológicos tanto tiempo utilizados en la investigación sobre Africa, esta nueva publicación invita a la renovación y la profundización de la doble problemática de la historiografía y de la identidad cultural que unen vínculos de reciprocidad. Y abre el camino, como todo trabajo histórico de valía, a múltiples investigaciones nuevas.

Así es como, además, el Comité científico internacional, en estrecha colaboración con la UNESCO, ha tenido que emprender estudios complementarios a fin de profundizar algunas cuestiones que permitirán tener una visión más clara de algunos aspectos del pasado de Africa. Estos trabajos publicados en la serie «UNESCO - Estudios y documentos - Historia general de Africa» completarán útilmente la presente obra. Este esfuerzo será igualmente proseguido por la elaboración de obras que versen sobre la historia nacional o subregional.

Esta Historia general pone a la vez en evidencia la unidad histórica de Africa y las relaciones de ésta con los demás continentes, principalmente con América y el Caribe. Durante mucho tiempo, las expresiones de la creatividad de los descendientes de africanos en América habían sido aisladas por ciertos historiadores en un conglomerado heteróclito de *africanismos*; esta visión, ni que decir tiene, no es la de los autores de la presente obra. Aquí, la resistencia de los esclavos deportados a América, el hecho del «marronaje» político y cultural, la participación constante y masiva de los descendientes de africanos en las luchas de la primera independencia americana, lo mismo que en los movimientos nacionales de liberación, son justamente examinados por lo que fueron: vigorosas afirmaciones de identidad que han contribuido a forjar el concepto universal de humanidad. Hoy es evidente que la herencia africana ha señalado, más o menos según los lugares, los modos de sentir, de pensar, de soñar y de obrar de ciertas naciones del hemisferio occidental. Desde el sur de Estados Unidos hasta el norte del Brasil, pasando por el Caribe, así como en la costa del Pacífico, las aportaciones culturales heredadas de Africa son visibles por todas partes; en algunos casos constituyen incluso los fundamentos esenciales de la identidad cultural de algunos de los elementos más importantes de la población.

Asimismo, esta obra ilumina con claridad las relaciones de Africa con Asia del sur a través del océano Indico, como también las aportaciones africanas a las demás civilizaciones en el juego de los mutuos intercambios.

Estoy convencido de que los esfuerzos de los pueblos de Africa por conquistar o reforzar su independencia, asegurar su desarrollo y consolidar sus especificidades culturales deben enraizarse en una conciencia histórica renovada, intensamente vivida y asumida de generación en generación.

Y mi formación profesional, la experiencia que he adquirido, desde los comienzos de la independencia, como enseñante y Presidente de la primera comisión creada con vistas a la reforma de los programas de enseñanza de la

historia y de la geografía en ciertos países de Africa del oeste y del centro, me han mostrado cuán necesario era para la educación de la juventud y la información del público una obra de historia elaborada por eruditos que conozcan desde dentro los problemas y esperanzas de Africa y que sean capaces de considerar y estudiar el continente en su conjunto.

Por todas estas razones, la UNESCO se esforzará en que esta *Historia General de Africa* sea ampliamente difundida, en numerosas lenguas, y sirva de base a la elaboración de libros para niños, manuales escolares y programas de televisión y radio. Así, jóvenes, escolares, estudiantes y adultos de Africa y de otros lugares podrán tener una mejor visión del pasado del continente africano, de los factores que lo explican, y una comprensión más justa de su patrimonio cultural y de su contribución al progreso general de la humanidad. Esta obra debería, por tanto, contribuir a favorecer la cooperación internacional y a reforzar la solidaridad de los pueblos en sus aspiraciones a la justicia, al progreso y a la paz. Al menos éste es el voto que formulo muy sinceramente.

Sólo me queda expresar mi profunda gratitud a los miembros del Comité Científico Internacional, al ponente, a los directores de los diferentes volúmenes, a los autores y a todos quienes han colaborado en la realización de esta prodigiosa empresa. El trabajo efectuado y la contribución aportada muestran perfectamente lo que unos hombres, llegados de horizontes diversos, pero animados de una misma buena voluntad y de un mismo entusiasmo al servicio de la verdad de todos los hombres, pueden hacer, en el marco internacional que ofrece la UNESCO, para llevar a feliz término un proyecto de un gran valor científico y cultural. Mi reconocimiento se extiende igualmente a las organizaciones y gobiernos que, mediante sus donativos generosos, han permitido a la UNESCO publicar esta obra en diferentes lenguas y asegurarle la difusión universal que merece, al servicio de la comunidad internacional entera.

# PRESENTACION DEL PROYECTO

*BETHWELL A. OGOT*

*Presidente del Comité Científico Internacional  
para la Redacción de una Historia General de Africa*

La Conferencia general de la UNESCO, en su decimosexta sesión, solicitó al Director general emprender la redacción de una *Historia General de Africa*. Este trabajo considerable fue confiado a un Comité Científico Internacional creado por el Consejo ejecutivo en 1970.

Según los términos de los estatutos adoptados por el Consejo ejecutivo de la UNESCO en 1971, este Comité se compone de 39 miembros (de los que dos terceras partes son africanos y una tercera parte no-africanos) elegidos a título personal y nombrados por el Director general de la UNESCO mientras dure el mandato del Comité.

La primera tarea del Comité era definir las principales características de la obra. Y las definió en su segunda sesión así:

— Al aspirar a la máxima calidad científica posible, la Historia no pretende ser exclusivista, siendo una obra de síntesis que evitará el dogmatismo. Por muchos conceptos, constituye una exposición de los problemas que manifiestan el estado actual de los conocimientos y las grandes corrientes de la investigación, sin que dude en señalar, llegado el caso, las divergencias de opinión. De este modo preparará el camino a obras posteriores.

— Africa está considerada como un todo. El objetivo es mostrar las relaciones históricas entre las diferentes partes del continente, con demasiada frecuencia subdividido en las obras publicadas hasta ahora. Los vínculos históricos de Africa con los demás continentes reciben la atención que merecen, y son analizados bajo el ángulo de intercambios mutuos e influencias multilaterales, de modo que haga aparecer, bajo una claridad apropiada, la contribución de Africa al desarrollo de la humanidad.

— La *Historia General de Africa* es, ante todo, una historia de las ideas y de las civilizaciones, de las sociedades y de las instituciones. Y se funda en una gran diversidad de fuentes, comprendidas la tradición oral y la expresión artística.

— La *Historia* se analiza esencialmente desde el interior. Obra culta, científica, es también, en gran medida, el fiel reflejo del modo como los autores africanos ven su propia civilización. Aunque elaborada en un marco internacional y recurriendo a todos los datos actuales de la ciencia, la *Historia* será también un elemento capital para el reconocimiento del patrimonio cultural africano y pondrá en evidencia los factores que contribuyen a la unidad del continente. Esta voluntad de ver las cosas desde el interior constituye la novedad de la obra y podrá conferirle un gran valor de actualidad, además de sus cualidades científicas. Mostrando el auténtico rostro de Africa, la *Historia* podría, en una época dominada por las rivalidades económicas y técnicas, proponer una concepción particular de los valores humanos.

El Comité ha decidido presentar la obra, que abarca más de tres millones de años de historia de Africa, en ocho volúmenes, cada uno de los cuales comprende alrededor de 800 páginas de texto con ilustraciones, fotografías, mapas y dibujos.

Para cada volumen se ha designado un director principal asistido, en caso de necesidad, por uno o dos codirectores.

Los directores de volumen se han elegido tanto en el seno como en el exterior del Comité por éste mismo mediante mayoría de dos tercios. Ellos son los encargados de la elaboración de los volúmenes de acuerdo con las decisiones y los planes establecidos por el Comité. Son responsables en el plano científico ante el Comité —o, entre dos sesiones del Comité, ante la Junta— del contenido de los volúmenes, de la puesta a punto definitiva de los textos, de las ilustraciones y, en general, de todos los aspectos científicos y técnicos de la *Historia*. Es la Junta la que en última instancia aprueba el manuscrito final, que cuando se considera listo para su publicación es enviado por la Junta al Director general de la UNESCO. El Comité —o la Junta entre dos sesiones del Comité— es, pues, el responsable de la obra.

Cada volumen comprende unos treinta capítulos, cada uno de los cuales tiene un autor principal, asistido, si es preciso, por uno o dos colaboradores.

Los autores son elegidos por el Comité a la vista de su currículum vitae, con preferencia por los autores africanos, a reserva de que posean los títulos exigidos. El Comité cuida especialmente de que todas las regiones del continente, así como otras regiones que hayan tenido relaciones históricas o culturales con Africa, estén, en la medida de lo posible, equitativamente representadas entre los autores.

Tras su aprobación por el director del volumen, el texto de los diferentes capítulos es enviado a todos los miembros del Comité para su crítica.

Por lo demás, el texto del director del volumen se somete al examen de un comité de lectura, designado en el seno del Comité Científico Internacional en función de las competencias de sus miembros; este comité está encargado de realizar un análisis profundo del fondo y la forma de los capítulos.

La Junta aprueba en última instancia los manuscritos.

Este procedimiento, que puede parecer largo y complejo, se ha visto necesario por permitir la aportación del máximo de garantías científicas a la *Historia General de Africa*. En efecto, ha ocurrido que la Junta rechaza algunos manuscritos o pide arreglos importantes, o incluso confía la redacción del capítulo a otro autor. A veces, se consulta a especialistas de un período determinado de la

historia, o de una cuestión determinada, para la definitiva puesta a punto de un volumen.

La obra será publicada primeramente, en edición principal, en inglés, francés y árabe, y en otra rústica en las mismas lenguas citadas.

Una versión abreviada, en inglés y francés, servirá de base para la traducción a lenguas africanas. El Comité Científico Internacional ha seleccionado, como principales lenguas africanas en las que la obra será traducida, el kiswahili y el hawsa.

También se ha pretendido asegurar, en la medida de lo posible, la publicación de la *Historia General de Africa* en varias lenguas de gran difusión internacional (entre otras, alemán, chino, español, italiano, japonés, portugués, ruso, etc.).

Se trata, por consiguiente, como puede verse, de una empresa gigantesca que constituye una inmensa apuesta para los historiadores de Africa y la comunidad científica en general, así como para la UNESCO al concederle su patronazgo. Fácilmente se puede imaginar, en efecto, la complejidad de una tarea como la redacción de una historia de Africa que cubre, en el espacio, todo un continente y, en el tiempo, los cuatro últimos millones de años, respeta las normas científicas más cualificadas y recurre, como debe hacerse, a especialistas que pertenecen a un abanico de países, culturas, ideologías y tradiciones históricas. Es ésta una empresa continental, internacional e interdisciplinaria de gran envergadura.

En conclusión, debo subrayar la importancia de esta obra para Africa y el mundo entero. En el momento en el que los pueblos de Africa se esfuerzan por unirse y mejor forjar juntos sus destinos respectivos, un buen conocimiento del pasado de Africa y una toma de conciencia de los vínculos que unen a los africanos entre sí y a Africa con los demás continentes deberían facilitar, en gran medida, la comprensión mutua entre los pueblos de la tierra, pero, sobre todo, facilitar el conocimiento de un patrimonio cultural que es el bien de la humanidad entera.

8 de agosto de 1979

# CRONOLOGIA

*Se ha acordado adoptar la presentación siguiente en la redacción de las fechas:*

*Para la Prehistoria, las fechas pueden representarse de dos maneras diferentes:*

*— como referencia a la época actual, son las fechas BP (before present, antes de ahora), siendo el año de referencia + 1950; todas las fechas son, pues, negativas con relación a + 1950;*

*— como referencia al comienzo de la era cristiana; las fechas expresadas con relación a la era cristiana están señaladas con un simple signo — o + delante de las fechas. Por lo que se refiere a los siglos, las menciones «antes de Jesucristo» y «después de Jesucristo» son substituidas por «antes de la era cristiana» y «de la era cristiana».*

*Ejemplos:* 1) 2300 BP = - 350.

2) 2900 antes de J. C. = - 2900.

1800 después de J. C. = + 1800.

3) Siglo V a. J. C. = Siglo V antes de la era cristiana.

Siglo III d. J. C. = Siglo III de la era cristiana.



# INTRODUCCION GENERAL

J. KI-ZERBO

Africa\* tiene una historia. Ha pasado el tiempo en que, sobre lienzos enteros de mapamundis o portulanos, representando ese continente entonces marginal y esclavo, el conocimiento de los eruditos se resumía en esta fórmula lapidaria que revela un poco su coartada: «Ibi sunt leones». Allí hay leones. Después de los leones, se descubrieron las minas, tan provechosas, y en la misma oportunidad, las «tribus indígenas», propietarias de aquéllas, pero a las que se incorporaron como propiedades de las naciones colonizadoras. Después, tras la época de las «tribus indígenas», se pasó a los pueblos impacientes al yugo, cuyo pulso latía ya al ritmo de las luchas de liberación.

La Historia de Africa, como la de la Humanidad entera, es, en efecto, la historia de una toma de conciencia. La Historia de Africa debe ser reescrita,

---

\* *Nota del director de este volumen:* La palabra AFRICA tiene un origen hasta ahora difícil de aclarar. Se impuso a partir de los romanos en lugar del término de origen griego o egipcio *Libia*, país de los Lebú o Lobin, del Génesis. Tras haber designado el litoral norteafricano, la palabra Africa, se aplica, desde finales del s. I antes de la era cristiana, al conjunto del continente.

Pero ¿cuál es el origen primero del nombre?

Comenzando por las más verosímiles, pueden darse las versiones siguientes:

— La palabra Africa provendría del nombre de un pueblo (bereber) situado al sur de Cartago: los *Afrig*; de ahí *Afriga* o *Africa*, para designar el país de los Afrig.

— Otra etimología de la palabra Africa se obtiene de dos términos fenicios, uno de los cuales quiere decir «espiga», símbolo de la fertilidad de esa región, y el otro, *Pharikia*, que significa «país de los frutos».

— La palabra Africa se derivaría del latín *aprica* (soleado), o del griego *apriké* (exento de frío).

— Otro origen podría ser la raíz fenicia *faraga*, que expresa la idea de separación, es decir, de diáspora. Señalemos que esta misma raíz se encuentra en ciertas lenguas africanas (bambara).

— En sánscrito e indo, la raíz *apara* o *africa* designa lo que, en el plano geográfico, está situado «después», es decir, Occidente. Africa es el continente occidental.

— Una tradición histórica recogida por León el Africano dice que un jefe yemení, llamado *Africus*, habría invadido Africa del Norte en el segundo milenio antes de la era cristiana, fundando una ciudad llamada *Afrikyah*. Pero es más probable que el término árabe *Afrikyah* sea la transcripción árabe de la palabra Africa.

— Se ha llegado, incluso, a decir que *Afer* era nieto de Abraham y compañero de Hércules (!).

porque, hasta ahora, con frecuencia ha sido enmascarada, camuflada, desfigurada, mutilada, por «la fuerza de las cosas», es decir, por la ignorancia y el interés. Ese continente, postrado durante siglos de opresión, ha visto generaciones de viajeros, de negreros, de explotadores, de misioneros, de embajadores y eruditos de toda raza, petrificar su imagen con el rictus de la miseria, de la barbarie, de la irresponsabilidad y del caos. Y esa imagen se ha proyectado, extrapolada al infinito, río arriba del tiempo, justificando de ese modo el presente y el futuro.

No se trata aquí de hilvanar una Historia-revancha, que lanzaría de nuevo contra sus autores la Historia colonialista como algo contraproducente, sino de cambiar la perspectiva y resucitar las imágenes «olvidadas» o perdidas. Hay que volver a la ciencia para crear entre unos y otros una conciencia auténtica. Hay que reconstruir el verdadero escenario. Es hora de cambiar de palabras.

Si tales son los fines y el porqué de esta empresa, el cómo —es decir, la metodología— es, al igual que siempre, más arduo. Este es precisamente uno de los objetivos de este primer volumen de la *Historia General de Africa*, redactada bajo los auspicios de la UNESCO.

## ¿POR QUE?

Se trata de una empresa científica. Las sombras, las oscuridades que rodean el pasado de ese continente constituyen un desafío apasionante para la curiosidad humana. La Historia de Africa es poco conocida. ¡Cuántas genealogías erróneas! ¡Cuántas estructuras que parecen diseñadas con estilo impresionista o difuminadas en una espesa niebla! ¡Cuántas secuencias que parecen absurdas porque se ha suprimido la escena precedente! Ese filme desarticulado y parcelado no es más que la imagen de nuestra ignorancia, y de él hemos hecho, por desviación enojosa o viciosa, la imagen real de la Historia de Africa tal como se ha desarrollado efectivamente. Desde entonces, es asombroso que se destine a la Historia africana un espacio infinitesimal y secundario en todas las Historias de la humanidad o de las civilizaciones.

Sin embargo, desde hace algunos decenios, millares de investigadores, cuyo mérito en gran número de ellos es importante e incluso excepcional, han exhumado panoramas enteros del rostro antiguo de Africa. Cada año aparecen decenas de nuevas publicaciones cuya óptica es cada vez más positiva. Descubrimientos africanos, a veces espectaculares, cuestionan la significación de ciertas fases de la Historia de la humanidad en su conjunto.

Pero, con razón, esta proliferación misma no deja de encerrar peligros: peligro de cacofonía por la profusión de la investigaciones sin coordinar, desordenadas; vanas disputas entre escuelas que distinguen honoríficamente a los investigadores según el objeto de su investigación, etc. Por este motivo y en honor de la ciencia, era importante que se realizase una puesta a punto por encima de toda sospecha, con los auspicios de la Unesco, por equipos de eruditos africanos bajo la autoridad de un Consejo Científico Internacional y de directores africanos. Por el número y la calidad de los investigadores movilizados para este nuevo y gran descubrimiento de Africa, existe una experiencia insigne de cooperación interna-

cional. Ahora bien, quizá más que cualquier otra disciplina, la Historia es una ciencia humana, puesto que sale completamente caliente de la forja zumbante y tumultuosa de los pueblos. Formada realmente por el hombre sobre el yunque de la vida, construida mentalmente por el hombre en laboratorios, bibliotecas y excavaciones, la Historia la hace también el hombre, el pueblo, para iluminar y motivar su conciencia.

Para los africanos, la Historia de Africa no es un espejo narcisista ni un pretexto sutil para abstraerse del trabajo. Esta diversión alienante correría el riesgo, por otra parte, de comprometer los fines científicos de la empresa. En cambio, la ignorancia de su propio pasado, es decir, de una gran parte de sí misma, ¿no es más alienante aún? Todos los males que azotan hoy a Africa y todas las posibilidades que allí existen resultan de fuerzas innumerables propulsadas por la Historia. Y lo mismo que la reconstrucción en la evolución de una enfermedad es la primera etapa de una empresa racional de diagnóstico y terapia, de igual modo el primer trabajo global de ese continente es histórico. A menos de optar por el inconsciente y la alienación, no se podría vivir sin memoria ni con la memoria del prójimo. Ahora bien, la Historia es la memoria de los pueblos. Este retorno a sí mismo puede, además, revestir el valor de una catarsis liberadora, como la inmersión en uno mismo por el psicoanálisis que, al revelar las bases de las trabas de nuestra personalidad, rompe de una vez los complejos que amarran nuestra conciencia a las raíces oscuras del subconsciente. Mas, para no trocar un mito por otro, es preciso que la verdad histórica, matriz de la conciencia desalienada y auténtica, esté firmemente probada y fundada.

## ¿COMO?

De ahí surge la terrible cuestión del cómo, es decir, de la metodología. En este aspecto como en otros, hay que cuidarse a la vez de singularizar demasiado a Africa y de alinearla más de lo debido, según las normas extranjeras. Algunos piensan que es necesario tratar de encontrar la misma clase de documentos que para Europa, y la misma panoplia de piezas escritas o epigrafiadas, para hablar de una auténtica Historia de Africa. Para ellos, en suma, tanto en los trópicos como en el polo, los problemas del historiador son los mismos en todas partes. Es preciso reafirmar claramente aquí que no se trata de amordazar la razón so pretexto de que faltan datos que ofrecerle. La razón no debería considerarse tropicalizada con el pretexto de que se ejercita bajo los trópicos. La razón, soberana, no conoce el imperio de la geografía. Sus normas y métodos fundamentales —en particular la aplicación del principio de causalidad— son en todas partes las mismas. Pero, precisamente porque no es ciega, la razón debe aprehender diferentemente realidades diferentes, para que todo lo que capte siga siendo también preciso y sólido. Los principios de la crítica interna y externa se aplicarán, por tanto, según una estrategia mental distinta para el canto épico Soundjata Fasa<sup>1</sup> y para el capitular *De Villis* o las circulares a los prefectos

<sup>1</sup> *Honor y gloria a Soundjata*, en lengua malinké. Fundador del Imperio de Malí en el siglo XIII. Soundjata es uno de los héroes más populares de la historia africana.

napoleónicos. Los métodos y técnicas serán diferentes. Además, esta estrategia no será totalmente la misma en toda Africa, puesto que el valle del Nilo y la cornisa mediterránea están, a este respecto, en cuanto a la reconstitución histórica, en una situación menos original respecto a Europa que el Africa subsahariana.

A decir verdad, las dificultades específicas de la Historia de Africa se notan ya en la observación de las realidades de la geografía física de ese continente. Continente solitario como ninguno, Africa parece dar la espalda al resto del Viejo Mundo, al que se une solamente mediante el frágil cordón umbilical del istmo de Suez. Por el contrario, mete desmesuradamente hacia las aguas australes su masa compacta, encorsetada por macizos costeros, acosada por los ríos mediante desfiladeros «heroicos» que constituyen obstáculos a la penetración. El único paso importante entre el Sáhara y los montes abisinios está obstruido por las inmensas marismas de Bahr el-Ghazal. Con su violencia, los vientos y corrientes marinas montan guardia desde Cabo Blanco hasta Cabo Verde. Por si fuera poco, en el seno del continente tres desiertos se encargan de agravar el aislamiento exterior por una serie de compartimentos internos. En el Sur, el Kalahari. En el centro, el «desierto verde» de la selva ecuatorial, temible refugio en el que el hombre luchará para imponerse. En el Norte, el Sáhara, campeón de los desiertos, inmenso filtro continental, océano leonado de los ergs y los regs que, con la franja montañosa de los Atlas, disocia la suerte de la zona mediterránea de la del resto del continente. Sin ser muros estancos, sobre todo durante la Prehistoria, esos poderes ecológicos han pesado enormemente sobre el destino africano en todos los aspectos. También han dado un valor singular a todas las almenas naturales que, de entrada, jugarán el papel de pasarelas en la explotación del dominio africano, empresa para los pueblos desde hace miles de millares de años. Citemos sólo la gigantesca ranura meridional del Valle del Rift, que se estira desde el seno mismo de Africa hasta Irak, a través del rompeolas etíope. En sentido más bien transversal, la curva de los valles del Sangha, del Oubangui y del Zaire ha debido formar así un colador privilegiado. Tampoco es fruto del azar que los primeros reinos del Africa negra se hayan desarrollado en esas regiones de los países abiertos, esos sahels<sup>2</sup> que gozan a la vez de una permeabilidad interna, de cierta apertura hacia el exterior y de contactos hacia las zonas africanas vecinas, dotadas de recursos diferentes y complementarios. Esas regiones abiertas y a ritmo de evolución más rápida son la prueba *a contrario* de que el aislamiento ha sido uno de los factores claves de la lentitud africana tras las huellas de ciertos progresos<sup>3</sup>. «Las civilizaciones reposan en la tierra», escribe F. Braudel. Y añade: «La civilización es hija del número». Ahora bien, la inmensidad misma de ese continente con una población diluida y, por tanto, fácilmente itinerante en una naturaleza a la vez generosa (frutos, minerales, etc.) y cruel (endemias epidemias)<sup>4</sup>, impide alcanzar el umbral de concentración demográfica que casi siempre ha sido

<sup>2</sup> Del árabe *sahil*: ribera. Aquí, ribera del desierto considerado como un océano.

<sup>3</sup> El factor climático no es de despreciar. El profesor Thurstan Shaw ha subrayado el hecho de que algunos cereales adaptados al clima mediterráneo (lluvias de invierno) no se han podido adaptar en el valle del Níger porque, al sur del paralelo 18 de latitud norte y debido al embolsamiento del frente intertropical, su aclimatación era imposible. Cf. J. A. H. XIII, 1971, págs. 143-153.

<sup>4</sup> Ver, a este respecto, John Ford, 1971.

una de las precondiciones de las mayores mutaciones cualitativas en el aspecto económico, social y político. Además, la sangría demográfica y severa de la trata de negros desde tiempos inmemoriales y, sobre todo, desde el comercio negrero del siglo XV al XX, no ha podido más que contribuir a privar a Africa del vigor humano y de la estabilidad necesarios a toda creación eminente, incluso en el plano tecnológico. La naturaleza y los hombres, la geografía y la historia no han sido suaves para Africa. Y es indispensable alcanzar esas condiciones fundamentales del proceso evolutivo para plantear los problemas en términos objetivos y no en forma de mitos aberrantes, como la inferioridad racial, el tribalismo congénito y la pretendida pasividad histórica de los africanos. Todos esos enfoques subjetivos e irracionales no hacen, en la mejor de las hipótesis, más que enmascarar una ignorancia voluntaria.

### LAS FUENTES DIFICILES

Hay que reconocer que en lo que se refiere a ese continente, el manejo de las fuentes es particularmente difícil. Tres fuentes principales constituyen aquí los pilares del conocimiento histórico: los documentos escritos, la arqueología y la tradición oral. Estas tres fuentes están apoyadas por la lingüística y la antropología que permiten matizar y profundizar la interpretación de los datos, a veces demasiado toscos y estériles sin este enfoque más íntimo. Se haría mal, sin embargo, en establecer a priori una jerarquía perentoria y definitiva entre estas diferentes fuentes.

#### *Las fuentes escritas*

Las fuentes escritas, si no muy raras, al menos están mal distribuidas en el tiempo y en el espacio. Los siglos más «oscuros» de la historia africana son los que disponen de la luz clara y precisa que emana de los testimonios escritos —por ejemplo, los siglos que preceden y siguen al nacimiento de Cristo—, siendo privilegiada, a este respecto, Africa del Norte. Pero, incluso cuando existe ese testimonio, su interpretación implica frecuentemente ambigüedades y dificultades. Así es como a partir de una relectura de los «viajes» de Ibn Baṭṭūṭa y de nuevo examen de las diversas grafías de los topónimos empleados por este autor y por al'Umari, algunos historiadores han llegado a poner en duda que Niani-sur-Sankarani hubiese sido capital del antiguo Malí<sup>5</sup>. En el plano cuantitativo, masas considerables de materiales escriturarios de carácter archivístico o narrativo permanecen aún inexplorados, como lo prueban los recientes inventarios parciales de los manuscritos inéditos referentes a la Historia del Africa negra, que se han descubierto no sólo en las bibliotecas de Marruecos<sup>6</sup>, Argelia y Europa, sino

<sup>5</sup> Cf. J. O. Hunwick, 1973, págs. 195-208. El autor adopta el riesgo del argumento del silencio: «Si Ibn Baṭṭūṭa hubiera atravesado el Níger o el Senegal, lo hubiera señalado».

<sup>6</sup> Cf. UNESCO: *Recueil sélectif de textes en arabe provenant d'archives marocaines*, por el profesor Mohammed Ibrahim El Kettani, SCH/VS/894.

también en las bibliotecas de los notables y eruditos sudaneses a través de las ciudades del Níger<sup>7</sup> y cuyos títulos permiten confiar en nuevos y prometedores filones. La UNESCO ha establecido en Tombuctú el Centro Ahmed-Baba para promover la recogida de tales documentos. En los fondos de archivos, en Irán, Irak, Armenia, India y China, sin hablar de América, muchos capítulos de la historia de ese continente esperan la perspicacia inventiva del investigador. Así es como en los Archivos del Primer Ministro, en Estambul, donde se han clasificado los registros de los decretos del Diván imperial otomano, una correspondencia inédita fechada en mayo de 1577, del sultán Murad III en Maï Idris Alaoma y en Bey, de Túnez, proyecta una novísima luz sobre la diplomacia de Kanem-Bornou en esa época, y sobre la situación de Fezzan<sup>8</sup>.

Se está efectuando un activo trabajo de recogida por los Institutos de Estudios Africanos y los Centros de Investigaciones Históricas en los países africanos penetrados por la cultura islámica. Además, nuevas guías, como las que son editadas por el Consejo Internacional de Archivos bajo los auspicios de la UNESCO, se proponen orientar a los investigadores a través de la selva de los documentos almacenados en todo el mundo occidental.

Sólo un esfuerzo vigoroso de ediciones y reediciones eruditas y de traducción y difusión en Africa permitirá, por el efecto multiplicador de esos nuevos flujos conjugados, franquear un nuevo nivel crítico cualitativo en la visión del pasado africano. Por otra parte, casi tanto como la masa nueva de documentos contará la nueva óptica con que sean investigados. Así es como numerosos textos utilizados desde el siglo XIX o desde el período colonial exigen imperiosamente una relectura expurgada de todo prejuicio anacrónico y marcado con el sello de un enfoque endógeno. A este respecto, no deben despreciarse las fuentes escritas a partir de escrituras subsaharianas (vaï, bamoun, ajami).

### *La Arqueología*

Los testigos mudos revelados por la Arqueología son frecuentemente más elocuentes que los testigos de turno que constituyen los autores de ciertas crónicas. La arqueología ha prestado ya muchos servicios a la Historia africana por sus prestigiosos descubrimientos, sobre todo (es el caso para varios millares de milenios del pasado africano) cuando no existe ninguna crónica oral o escrita disponible. Sólo objetos testimoniales, enterrados con aquellos para quienes atestiguan, velan entonces allende el pesado sudario de los muertos-tierra, sobre un pasado sin rostro y sin voz. Algunos de estos testigos son particularmente significativos como marcas y medidas de civilización: los objetos de hierro y su tecnología, los de cerámica con sus técnicas de producción y sus estilos, los artículos de vidrio, las escrituras y los estilos gráficos, las técnicas de navegación, pesqueras y textiles, los productos alimenticios, así como las estructuras geomorfológicas, hidráulicas o vegetales vinculadas a la evolución del clima... El lenguaje

<sup>7</sup> Cf. *Etudes maliennes*, I. S. H. M., núm. 3, sept. 1972.

<sup>8</sup> B. G. Martin, 1969, págs. 15-27.

de los hallazgos arqueológicos tiene por naturaleza algo de objetivo e irrecusable. Así es como el estudio de la tipología de las cerámicas, de los objetos de hueso y de metal en el Sáhara niger-chadiano demuestra la unión entre los pueblos preislámicos (Sao) de la cuenca chadiana y las áreas culturales que se extienden hasta el Nilo y el desierto libio: estatuillas de arcilla cocida con talabartes cruzados, adornos corporales de figurines, formas de vasos y brazaletes, de arpones y huesos, de cabezas o puntas de flecha y de lanza hacen resucitar así, gracias a su parentesco y más allá del paisaje contemporáneo aplastado por la soledad y la inercia, las solidaridades vivas de antaño<sup>9</sup>. La localización, clasificación y protección de los yacimientos arqueológicos africanos se imponen como una prioridad de gran urgencia, antes de que depredadores o profanos irresponsables y turistas sin intención científica los saqueen y desorganicen, despojándolos así de todo valor histórico serio. Pero la explotación de esos yacimientos mediante proyectos prioritarios de excavaciones a gran escala sólo podrá desarrollarse en el marco de programas interafricanos sostenidos por una poderosa cooperación internacional.

### *La tradición oral*

Junto a las dos fuentes principales de la Historia africana (los documentos escritos y la arqueología) la tradición oral aparece como el depósito y vector del capital de creaciones socioculturales acumuladas por los pueblos considerados carentes de escritura: un auténtico museo vivo. La palabra histórica constituye un hilo de Ariadna muy frágil para recorrer los pasillos oscuros del laberinto del tiempo. Los mantenedores de ella son los veteranos de cabeza cana, de voz quebrada, de memoria a veces oscurecida, de etiqueta a veces puntillosa (¡vejez obliga!): antepasados en potencia... Son como los últimos islotes de un paisaje en otro tiempo imponente, unido en todos sus elementos por un orden preciso, y hoy erosionado, laminado y volteado por las olas encrespadas del «modernismo». ¡Fósiles a plazos!

Cada vez que desaparece uno de ellos, es una fibra del hilo de Ariadna que se rompe; es, literalmente, un fragmento del paisaje que se hace subterráneo. Porque la tradición oral es con mucho la fuente histórica más íntima, la más succulenta, la mejor provista de la savia de autenticidad. «La boca del anciano huele mal —dice un proverbio africano—, pero dice cosas buenas y saludables». El escrito, por útil que sea, coagula y seca. Decanta, diseca, esquematiza y petrifica: la letra mata. La tradición viste de carne y de colores, irriga con sangre el esqueleto del pasado. Presenta en tres dimensiones lo que frecuentemente está aplastado en la superficie bidimensional de la hoja de papel. La alegría de la madre de Soundjata, conmovida por la curación súbita de su hijo, prorrumpe todavía con el timbre épico y cálido de los griots de Malí. Muchos escollos quedan, en verdad, por superar para cribar sabiamente el material de la tradición oral y separar el buen grano de los hechos de la paja de las palabras-trampa, falsas ventanas abiertas

<sup>9</sup> Cf. P. Huard, 1969, págs. 179-24.

para la simetría, del brillo y del oropel de las fórmulas que no son más que el embalaje circunstancial de un mensaje venido de lejos.

Se ha dicho que la tradición no inspira confianza porque es funcional; como si todo mensaje humano por definición no fuese funcional, comprendidos los documentos de archivo que, por su misma inercia y bajo su aparente neutralidad objetiva, ocultan tantas mentiras por omisión y revisten el error de respetabilidad. Ciertamente, la tradición épica en particular es una recreación paramítica del pasado. Una especie de psicodrama que revela a la comunidad sus raíces y la masa de valores que sustentan su personalidad: un viático encantado para remontar el río del tiempo hacia el reino de los antepasados. Esa es la razón de que la palabra épica no coincida exactamente con la palabra histórica. La sobrepone por medio de proyecciones anacrónicas río arriba y río abajo del tiempo real y mediante choques frontales que se parecen a las subversiones del relieve en arqueología. Pero ¿escapan los escritos también a esas intrusiones enigmáticas? Aquí, como en otras materias, hay que cambiar la palabra fósil-director. Hay que proveerse, si es posible, de un detector de metales para separar ganga y escoria.

Verdaderamente, en el discurso épico, la fragilidad de la cadena cronológica constituye su verdadero talón de Aquiles; las revueltas secuencias temporales crean un rompecabezas en que la imagen del pasado no nos llega clara y estable como en un buen espejo, sino como un fugaz reflejo titilante en la agitación del agua. La duración media de los reinados o de las generaciones es un tema vivamente controvertido en que las extrapolaciones a partir de los períodos recientes son muy poco seguras, y sólo sería así con motivo de las mutaciones demográficas y políticas. A veces, una dinastía excepcional o un personaje cariñoso polariza sobre sí las hazañas de sus predecesores y sucesores literalmente eclipsados. Así ha ocurrido con dinastías de Ruanda y con Da Monzon, rey de Segú (principios del siglo XIX), a quien los griots atribuyen toda conquista importante de ese reinado.

Por otra parte, el texto literario oral sacado de su contexto es como un pez fuera del agua: muere y se descompone. Aislada, la tradición se parece a esas máscaras africanas arrancadas de la comunión de los fieles para ser expuestas a la curiosidad de los no iniciados. Pierde su carga de sentido y vida. Ahora bien, por su vida misma, porque nuevos testigos comprometidos en su transmisión se hacen cargo de ella sin cesar, la tradición se adapta a la espera de nuevos auditorios, adaptación que imputa al jefe principal la presentación del mensaje, pero que no deja siempre indemne al contenido. ¡Que no se vean tampoco como mercaderes o mercenarios de la tradición a aquellos que sirven a voluntad de los buscadores de textos escritos reinyectados en la tradición!

En fin, el contenido mismo del mensaje es con frecuencia hermético, incluso esotérico. Para el africano la palabra es dura. Es fuerza ambigua que puede hacer y deshacer, que puede acarrear maleficios. Por eso, no la articula abierta y directamente. Se la envuelve con apólogos, alusiones, sobrentendidos, proverbios claroscurios para los más, pero luminosos para los que están provistos de las antenas de la sabiduría. En Africa, la palabra dura no se derrocha. Y cuanto más se está en posición de autoridad, menos se habla en público. Pero, cuando se dice



a alguien: «Te has comido el sapo y tirado su cabeza», comprende enseguida que se le acusa de eludir una parte de sus responsabilidades<sup>10</sup>. Ese hermetismo del «decir a medias» rubrica a la vez el valor inestimable y los límites de la tradición oral, puesto que su riqueza es casi imposible de traspasar íntegramente de una lengua a otra, sobre todo cuando esa otra es estructural y sociológicamente distinta. La tradición se lleva muy mal con la traducción. Desenraizada, pierde su savia y su autenticidad, porque la lengua es la «casa del ser». Muchos errores imputados a la tradición provienen, por otra parte, de intérpretes incompetentes o sin escrúpulos.

Sea lo que sea, está hoy ampliamente probada la validez de la tradición oral. Está abundantemente confirmada por las comprobaciones con las fuentes arqueológicas o escriturarias, así como por el emplazamiento arqueológico de Koumbi Saleh, los vestigios del lago Kisale, o los acontecimientos del siglo XVI transmitidos por los Shona y cuya concordancia con los escritos de los viajeros portugueses de esa época ha comprobado D. P. Abraham.

En resumen, el contenido o relato de la tradición, sea épico, prosaico, didáctico o ético, puede ser histórico desde un triple punto de vista. En primer lugar, es revelador del cúmulo de usos y valores que animan a un pueblo y condicionan sus actos futuros por medio de la representación de los arquetipos de ayer. Haciendo eso, la epopeya refleja, pero también crea historia. Cuando alguien se dirige a Da Monzon diciéndole: «Señor de las aguas y de los hombres», se significa con eso el carácter absoluto de su poder. Pero los mismos relatos nos lo muestran consultando sin cesar a sus guerreros, a sus griots y a sus mujeres<sup>11</sup>. El sentido del honor y de la reputación se manifiesta en la famosa réplica del «canto del arco» a la gloria de Soundjata (*Soundjata fasa*): «Saya Kaoussa malo yé»<sup>12</sup>. Ese valor se expresa también bellamente en el episodio de Bakary Dian contra los Peul de Kournari. Arrinconado por despecho en su aldea de Dongorongo, el valiente Bakary Dian acude a suplicar que le dejen ir a la cabeza de las tropas de Ségou, y finalmente cede cuando se le toca la cuerda sensible del orgullo y de la gloria: «Las viejas palabras intercambiadas, olvídalas. Ahora es tu nombre lo que hay que conservar; porque se viene al mundo para hacerse con un nombre. Si naces, creces y mueres sin tener un nombre, has venido para nada; has partido para nada». Y exclama: «Griots de Ségou, puesto que vosotros habéis venido, eso no será imposible. Yo haré lo que me pidáis, por mi reputación. No lo haré por Da Monzon. No lo haré por nadie en Ségou. Lo haré solamente por mi reputación. Incluso después de mi muerte, se añadirá a mi nombre».

Igualmente ese rasgo de civilización y de derecho. Silamaka dice: «Tenéis la suerte de que me esté prohibido matar a mensajeros».

En resumen, la recomposición del pasado está lejos de ser íntegramente imaginario. En él se encuentran retazos de recuerdos, filones de historia que con frecuencia son más prosaicos que los aderezos coloreados de la imaginación épica: «Así es como comenzó esa institución de pastores colectivos en los pueblos

<sup>10</sup> Cf. H. Aguessy, 1972, págs. 269-297.

<sup>11</sup> Cf. L. Kesteloot: tomos 1-3-4.

<sup>12</sup> «La muerte vale más que la vergüenza».

bambara. Si te eligen y te hacen pastor, te conviertes en Peul público. Los Peul públicos guardaban los rebaños del Rey. Eran hombres de etnias diferentes, y su jefe pastor se llamaba Bonke». O también: «En esa época no se llevaban babuchas sino zamarras de cuero de buey curtido, con una cuerda en la nariz (en torno al dedo gordo del pie) y una cuerda en el talón». En fin, el relato épico está esmaltado de alusiones a técnicas y objetos que no son esenciales para el desarrollo de la acción, sino que señalan el nivel de vida. «El (Da Monzon) mandó sus sesenta piragüistas Somono, treinta hombres en la proa y treinta hombres en la popa. La piragüa estaba ricamente adornada». «Se preparan escalas y se aplican contra la muralla. Los cazadores de Ségou trepan al asalto y se infiltran en la ciudad [...] Los caballeros de Ségou lanzan flechas encendidas. Las chozas de la aldea se incendian». Saran, la mujer enamorada de Da Monzon, va a mojar la pólvora del fusil de los guerreros de Koré... Mediante un diagnóstico riguroso, que a veces manifiesta el análisis psicoanalítico, es como el historiador puede llegar a la médula esencial de la realidad histórica a través de la psicosis misma del público o de los tradicionalistas.

Desde ese momento, la multiplicidad de las versiones transmitidas por clanes adversos —por ejemplo, por los griots-clientes de cada noble protector (horon, dyatigui)—, lejos de constituir un handicap, es más bien una garantía suplementaria para la crítica histórica. Y la concordancia de los relatos, como en el caso de los griots bambara y peul que pertenecen a dos campamentos enemigos, da un relieve particular a la buena calidad de ese testimonio. Como lo prueba el caso de los gouro, entre quienes la tradición esotérica liberal e integracionista, transmitida por medio de los linajes, coexiste con la tradición esotérica, oligárquica y sumarial de la sociedad secreta, y la palabra histórica —por su poligénesis misma— comporta elementos de autocensura. En efecto, no es una propiedad privada, sino un bien indiviso del que responden diversos grupos de la comunidad.

Lo esencial es cuidar la crítica interna de esos documentos por el conocimiento íntimo del género literario en cuestión, su temática y sus técnicas, sus códigos y estereotipos, las fórmulas de relleno, las diversiones convencionales, la lengua en su evolución, el público y lo que él espera de los tradicionalistas. Y sobre todo, la casta de estos últimos, sus reglas de vida, su formación, sus ideales y sus escuelas. Sabemos que en Malí y Guinea, por ejemplo, las auténticas escuelas de iniciación han existido desde hace siglos en Kayla, Kita, Niagassola, Niani, etc.

Esa tradición rígida, institucionalizada y formal está, en general, mejor estructurada y sostenida por la *música* de coro, que se confunde con ella, que la acompasa con retazos didácticos y artísticos. Algunos de los instrumentos utilizados, como el *Sosso Balla* (*Balafon* de Soumarao Kanté) son en sí mismos, por su antigüedad, monumentos dignos de una investigación de tipo arqueológico. Pero las correspondencias entre tipos de instrumentos y de música, de cantos y de danzas, constituyen un mundo minuciosamente regulado en el que las anomalías y los añadidos posteriores son fácilmente reconocibles. Cada género literario oral posee así su instrumento especial en cada región cultural: el xilofono (balla) o el bolon (arpa-laúd) para la epopeya mandinga; el bendré de los Mossi (gran tambor redondo de una sola cara, tallado en una calabaza y batido con las manos desnudas) para la exaltación, muda frecuentemente, de los nombres de

guerra (zabyouya) de los soberanos; el mvet (arpa-cítara) para los poetas músicos de los fang en sus tropicales *Niebelungen*. Portadores de la palabra histórica, semejantes instrumentos son venerados y sagrados. En efecto, forman cuerpo con el artista, y su lugar es tanto más esencial en el mensaje cuanto que, gracias a las lenguas de tonos, la música es directamente inteligible, convirtiéndose el instrumento en la voz del artista sin que éste tenga necesidad de articular una palabra. El triple ritmo tonal, de intensidad y de duración, se hace entonces música significativa, en esa especie de «semántico-melodismo» de la que hablaba Marcel Jousse. A decir verdad, la música forma de tal modo parte de la tradición que algunos relatos no pueden ser transmitidos más que en forma cantada. La propia canción popular, que marca el pulso de la «voluntad general» de forma satírica, a veces salpicada de humor negro, y que se ha conservado viva y lozana incluso a través de las luchas electorales del siglo XX, es un género precioso que contrarresta y completa las declaraciones de los «documentos» oficiales.

Lo que se dice aquí de la música se puede decir también de otros modos de expresión, como las artes plásticas, cuyas producciones nos ofrecen a veces, como en los reinos de Abomey y de Benin (bajorrelieves) o en el país Kuba (estatuaria) la expresión directa de personajes, de acontecimientos o de culturas históricas.

Resumiendo, la tradición oral no es solamente un remedio para salir del paso al que uno sólo se resignaría en último extremo. Es una fuente completa, cuya metodología está en lo sucesivo bastante bien establecida y que confiere a la historia del continente africano una poderosa originalidad.

### *La lingüística*

Con la lingüística, la historia africana dispone no tanto de una ciencia auxiliar como de una disciplina autónoma que, sin embargo, la lleva directamente al corazón de su propia materia... Esto se ha visto claramente en el caso de Nubia, que está enterrada en el doble silencio opaco de las ruinas de Méroé y de la escritura meroítica no descifrada, porque la lengua sigue siendo desconocida<sup>13</sup>. Ciertamente, muchas cosas quedan por hacer en este terreno, comenzando por la fijación científica de las lenguas. En efecto, no hay que sacrificar el enfoque o aproximación descriptiva al enfoque comparatista y sintético con pretensiones tipológicas y genéticas. Mediante un análisis ingrato y minucioso del hecho de la lengua «con su significante de consonantes, vocales y tonos, con sus latitudes de combinaciones en esquemas sintagmáticos, con su significado vivido por los hablantes de una comunidad determinada»<sup>14</sup>, es como se pueden bosquejar unas extrapolaciones remontando el tiempo, operación con frecuencia muy difícil por la falta de profundidad histórica del conocimiento de tales lenguas, aunque éstas no pueden ser comparadas más que a partir de su estrato contemporáneo por el método sincrónico, base indispensable para toda síntesis diacrónica y genética. La

<sup>13</sup> La UNESCO organizó en 1974 un coloquio científico internacional sobre el descifre de esta lengua africana.

<sup>14</sup> Cf. Maurice Houis, 1971, pág. 45.

tarea es ardua, y se comprende fácilmente que se realicen aquí o allá desafíos de erudición, singularmente en materia de bantuística. Malcolm Guthrie sostiene la teoría de la autogénesis, mientras que Joseph Greenberg defiende con energía la tesis según la cual las lenguas bantúes deben ser colocadas en un contexto continental más amplio. Esto último está justificado, dice, por las semejanzas que no son analogías accidentales nacidas de influencias exteriores, sino que pertenecen a un parentesco genético intrínseco, expresado por las semejanzas con los pronombres, el vocabulario básico y las características gramaticales —como el sistema de clases nominales—, a través de centenares de lenguas, desde el wolof hasta el baka (República de Sudán). Para el historiador, todos esos debates no son puros ejercicios de escuela. Un autor que se funda, por ejemplo, en la distribución de los grupos de palabras análogas que designan el cordero en el África central a la vera de la selva, constata que esos grupos homogéneos no ocupan la franja vegetal, sino que se reparten paralelamente a ella, lo que sugiere una difusión de ese ganado según los paralelos en los dos biotopos contiguos de la sabana y del bosque; en tanto que, más al este, el contorno lingüístico se ordena claramente por bandas de los meridianos desde el África oriental hasta el África austral, lo que supone una vía de introducción perpendicular a la primera, e ilustra *a contrario* el papel inhibitor de la selva en la transmisión de las técnicas<sup>15</sup>. Pero ese papel no es idéntico para todas las técnicas. En resumen, los estudios lingüísticos demuestran que las rutas y pistas de migraciones, así como las difusiones de culturas materiales y espirituales, están jalonadas por la distribución de palabras emparentadas. De aquí la importancia del análisis lingüístico diacrónico y de la glotocronología para el historiador que quiere captar la dinámica y el sentido de la evolución.

J. Greenberg ha publicado las aportaciones del kanuri al hawsa en términos culturales o de técnica militar, que valorizan la influencia del imperio bornuano en el desarrollo de los reinos hawsa. En particular, la titularidad de las dinastías bornuanas con términos kanuri, como *kaygamma*, *magira*, etc., ha conocido una difusión importante hasta en el centro de Camerún y Nigeria. El estudio sistemático de los topónimos y antropónimos puede también dar indicaciones muy precisas a condición de revisar esa nomenclatura según un enfoque endógeno. Porque un gran número de nombres se ha deformado por la pronunciación o la redacción exóticas de no-africanos, o de africanos utilizados como intérpretes y escribientes. La búsqueda de la palabra exacta, incluso cuando ha quedado petrificada en los escritos desde hace siglos, es una de las tareas más complejas de la crítica histórica africana.

Un ejemplo. La palabra *Gaoga*, utilizada por León el Africano para designar un reino de Sudán, ha sido frecuentemente asimilada a *Gao*. Pero el análisis de ese topónimo a partir del teda y del kanuri permite localizar también un reino de *Gaoga*, entre Wadaï (Chad), Darfour (Sudán) y Fertit (RCA)<sup>16</sup>. Por lo que se refiere al Yemen, para designar los países de origen de numerosas dinastías sudanesas, se ha emprendido un reexamen serio de ese problema después de H. R.

<sup>15</sup> Cf. Christophe Ehret, 1963, págs. 213-221.

<sup>16</sup> Cf. Pierre Kalk, 1972, págs. 529-548.

Palmer. ¿Debe interpretarse la palabra *Yemen* no según la piadosa evocación de los cronistas musulmanes orientada hacia la Arabia feliz, sino también como si se refiriera al antiguo país de Yam (de ahí Yemen)?<sup>17</sup>

El examen del léxico swahili, atiborrado de términos de origen árabe, y del léxico de los países de la costa oriental malgache (Antemoro, Antalaotra, Anosy), bañada de influencias árabes, se muestra muy rica en enseñanzas para el historiador.

De todos modos, la lingüística, que ya se ha hecho digna de la historia africana, debe liberarse en su inicio del desprecio etnocentrista que ha marcado la lingüística africana elaborada por A. W. Schlegel y Auguste Schleicher, según la cual, «las lenguas de la familia indoeuropea están en la cima de la evolución, y las lenguas de los negros, en lo más bajo de la escala, presentando éstas, no obstante, el interés, como se creía, de revelar un estado próximo al estado original del lenguaje, en el que las lenguas no tendrían gramática, la oración gramatical sería una serie de monosílabos y el léxico estaría restringido a un inventario elemental»<sup>18</sup>.

### *Antropología y etnología*

La misma observación vale *a fortiori* para la antropología y la etnología. En efecto, los escritos etnológicos<sup>19</sup> han sido, por la fuerza de las circunstancias, escritos con premisas explícitamente discriminatorias y con conclusiones implícitamente políticas, formando entre las dos un ejercicio «científico» forzosamente ambiguo. Su principal contenido era frecuentemente la evolución lineal, estando en cabeza de la caravana humana la Europa pionera de la civilización, y a la cola, las «tribus» primitivas de Oceanía, Amazonia y Africa. ¿Cómo se puede ser indio, negro, papú o árabe? «El otro», retrasado, bárbaro, salvaje, según los grados, es siempre diferente, y por eso es objeto del interés del investigador o de la codicia del traficante. La etnología recibió así la facultad general para ser el Ministerio de la curiosidad europea respecto a «nuestros indígenas». Muy aficionado a estados miserables, desnudismos y folklores, el estudio etnológico era con frecuencia sádico, lúbrico y, en el mejor de los casos, un poco paternalista. Salvo excepciones, las memorias e informes que de ello resultaban justificaban el *statu quo* y contribuían al «desarrollo del subdesarrollo»<sup>20</sup>. El evolucionismo al estilo de Darwin, a pesar, por otro lado, de sus eminentes méritos, el difusionismo en sentido único que con demasiada frecuencia ha mirado a Africa como el vertedero pasivo de las invenciones de otros países, y, en fin, el funcionalismo de Malinowski y de Radcliffe Brown que negaba toda dimensión histórica a las sociedades

<sup>17</sup> Cf. Abbo y Eldridge Mohammadou, págs. 130-55.

<sup>18</sup> Cf. M. Houis, 1971, pág. 27.

<sup>19</sup> El término *etnia*, al estar reservado a los pueblos considerados sin escritura, ha estado desde el principio marcado por el prejuicio racista. «Idólatra o étnico», escribía en el siglo xvi Clément Marot. La *etnografía* es la recogida descriptiva de los documentos. La *etnología* es la *sintaxis comparativa*.

<sup>20</sup> Cf. J. Copans, 1971, pág. 45: «La ideología colonial y la etnología dependen de una misma configuración, y existe entre esos dos órdenes de fenómenos un juego que condiciona su desarrollo respectivo».

primitivas, todas estas escuelas se acomodaban naturalmente a la situación colonial sobre la que proliferaban como en un rico mantillo<sup>21</sup>. Sus enfoques, bastante pobres al cabo para la comprensión de las sociedades exóticas, se descalificaban también por el hecho de que las sociedades que sobre todo les interesaban eran precisamente las más insólitas, esto es, los prototipos de una humanidad instalada en lo elemental, mientras que estos últimos constituían sólo microorganismos en la función histórica no desdeñable, y a veces notable, pero lo más frecuentemente marginal con relación a los conjuntos sociopolíticos más poderosos y mejor acoplados en la corriente de la historia.

Toda Africa quedó simbolizada así por unas imágenes que los propios africanos podían mirar como extrañas, exactamente como si Europa estuviera personificada a comienzos del siglo XX por los usos de la mesa y del hábitat, o por el nivel técnico de las comunidades de la Bretaña interior, de Cantal o de Cerdeña. Por otro lado, el método etnológico, fundado en la encuesta individual realizada en el rincón de una experiencia subjetiva total, aunque intensiva, pero sólo al nivel del microcosmos, desemboca en unas conclusiones «objetivas» muy frágiles cuando tiende a la extrapolación.

En fin, por una dialéctica implacable, el objeto mismo de la etnología, bajo la influencia colonial, se desvanecía poco a poco. Los indígenas primitivos, que vivían de la recolección y la caza, cuando no del «canibalismo», se transformaban poco a poco en subproletarios de los centros periféricos de un sistema mundial de producción, cuyos polos están situados en el hemisferio norte. La acción colonial consumía y aniquilaba su propio objeto. Por eso los africanos, a quienes se había dado el papel de objetos, decidían iniciar por sí mismos un razonamiento autónomo en tanto que sujetos de la historia, pretendiendo incluso que, en algunos aspectos, los más primitivos no son aquellos que se cree... Ahora bien, al mismo tiempo, los que sin prejuicios habían trabajado en el descubrimiento de un hilo histórico y de las estructuras originales en las sociedades africanas, estatales o no, los pioneros como Frobenius, Delafosse, Palmer, Evans Pritchard, proseguían sus esfuerzos, continuados y superados por otros investigadores contemporáneos. Estos estiman que, al aplicar los mismos conceptos mentales de las ciencias del hombre, pero adaptándolos a los temas africanos, pueden alcanzarse resultados objetivos. Así son desechados al mismo tiempo los enfoques viciosos, fundados, bien en la diferencia congénita y esencial de los «indígenas», bien en su primitivismo por el camino de la civilización. Basta reconocer que, si el ser de los africanos es el mismo —el del homo sapiens—, su «estar en el mundo» es diferente. Desde entonces pueden apuntarse nuevos conceptos para aprehender su evolución singular.

Al propio tiempo, el enfoque marxista, a condición de no ser dogmático, y el enfoque estructuralista de Lévi-Strauss aportan también opiniones válidas, pero contrastadas, sobre la evolución de los pueblos reputados sin escritura. El método marxista, esencialmente histórico y para el que la historia es la conciencia

<sup>21</sup> Cf. J. Ruffie, 1977, pág. 429. «El pseudodarwinismo cultural que inspira el pensamiento antropológico del siglo XIX legitima al colonialismo, que no sería el producto de determinada coyuntura política, sino el de una estructura biológica; en suma, un caso particular de la competición natural. La antropología del siglo XIX proporciona una buena conciencia a la Europa imperialista».

colectiva en acción, insiste mucho más en las fuerzas productivas y las relaciones de producción, en la praxis y las normas, mientras que el método estructuralista quiere descubrir los mecanismos inconscientes, pero lógicos, y los conjuntos coherentes que sustentan y encuadran la acción de los espíritus y de las sociedades. La antropología que bebe de esas nuevas fuentes será, esperémoslo, algo distinto a un ave Fénix surgida, por necesidades de la causa, de las cenizas de una determinada etnología<sup>22</sup>.

La antropología debe criticar su propia andadura, insistir tanto en las normas como en las prácticas, y no confundir las relaciones sociales posibles de descubrir en la experiencia, ni las estructuras que les tienden en su base. Así enriquecerá a las unas por medio de las otras; a las normas, a las estructuras y a las opiniones, al utilizar ampliamente las técnicas cuantitativas y colectivas de encuesta, y al racionalizar y objetivar el discurso. Las interacciones de los factores globales interesan particularmente a la antropología, pero también a la síntesis histórica. Por ejemplo, se aprecian correspondencias entre, por una parte, la existencia de vías comerciales con monopolio real de ciertas mercancías y, por otra, las formas políticas centralizadas: en las antiguas Ghana y Malí, en el Imperio ashanti del siglo XVIII, en el reino lunda del Zaire, etc. Mientras que, contrariamente a los ngonde y los zulúes, pueblos con lenguas y costumbres idénticas (los nyakusa y los xhosa), pero que viven apartados de esas corrientes, no han alcanzado la fase monárquica, lo cual es una contraprueba decisiva<sup>23</sup>. De esto se puede tratar de inferir una especie de «ley» de antropología o de sociología política. Por otra parte, las estructuras del parentesco pueden entrañar una multitud de incidencias sobre la evolución histórica. Así, cuando dos grupos de lenguas diferentes se encuentran, la forma de unión conyugal entre esos grupos decide generalmente la lengua que será dominante, porque la lengua materna sólo puede pesar si las mujeres son tomadas como esposas y no como esclavas y concubinas.

Ciertos grupos nguni conservarán así su lengua de origen, mientras que otros, que tomaron mujeres sotho, perdieron su lengua en beneficio de los sotho. Ese es también el caso de los pastores peul, llegados de Macina y de Fouta Djalon, que tomaron mujeres entre los mandinga y crearon la provincia de Ouassoulou: sólo son peul de nombre, y por algunos rasgos físicos. Han perdido su lengua original en provecho del malinke o del bambara.

Así, pues, las principales fuentes de la historia africana evocada anteriormente no pueden clasificarse a priori como tales, según una escala de valores, privilegiando permanentemente a tal o cual de ellos. Conviene juzgar caso por caso... En efecto, no se trata de testimonios de especies radicalmente diferentes. Todas responden a la definición de signos que nos llegan de antaño y que, como vectores de mensajes, no son completamente neutros, sino que arrastran intenciones abiertas u ocultas. Todas pertenecen, por tanto, a la crítica metodológica. Cada una puede conducir a las demás categorías de fuentes: por ejemplo, la tradición

<sup>22</sup> La sociología sería una ciencia intrasocial para el mundo moderno, mientras que la antropología sería una aproximación o enfoque comparatista (intersocial). Pero ¿no es eso resucitar las categorías discutibles de la diferencia, con su cortejo de etnohistoria, de etnoarqueología, de etnomatemáticas...?

<sup>23</sup> Cf. L. Thompson, 1969, págs. 72-73.

oral ha conducido frecuentemente a los yacimientos arqueológicos. Incluso puede ayudar a cotejar ciertos documentos escritos. Así, cuando el gran Ibn Khaldūn en la *Historia de los Bereberes* escribe de Soundjata: «Le sucedió su hijo Mança. Mança en su lengua escrita significa sultán, y Oueli es el equivalente de Ali». Mientras, los tradicionalistas de hoy todavía explican que Mansa Oulé significa «el rey de tez clara».

#### CUATRO GRANDES PRINCIPIOS

Cuatro grandes principios deben gobernar la investigación si se quiere asignar una nueva frontera al frente precursor de la historiografía africana.

En primer lugar, está la *interdisciplinaridad*, cuya importancia es tal que constituye casi en sí misma una fuente específica. Así es como la sociología política aplicada a la tradición oral en el reino de Segou enriquece considerablemente una visión que, sin ella, se limitaría a las líneas esqueléticas de un árbol genealógico señalado por algunas hazañas estereotipadas. La complejidad, la compenetración de estructuras, a veces modeladas sobre las hegemonías antiguas (el modelo mali), aparecen así en su realidad concreta y viva. De igual forma, en los países del delta nigeriano, las tradiciones orales permiten completar los factores de desarrollo demasiado atribuidos a las influencias del comercio negrero y del aceite de palmera, mientras que relaciones endógenas previas, en el sentido norte-sur y este-oeste hasta Lagos y el país Ijebu, están atestiguadas por la tradición oral que apoya y enriquece notablemente las alusiones de Pacheco Pereira en el Esmeraldo<sup>24</sup>.

No es un elemento de antropología cultural (el texto iniciático de los pastores peul<sup>25</sup>) el que ha permitido a ciertos prehistoriadores interpretar correctamente los enigmas de los frescos de Tassili: animales sin patas del cuadro llamado del «buey con la hidra», U mágica de Ouan Derbaouen, etc.

Así, con más de 10.000 años de paréntesis, los ritos de hoy permiten identificar a las cinco hermanas míticas de los siete hijos del antepasado Kikala, en las cinco maravillosas danzas de los frescos de Jabbaren.

La expansión de los bantúes, atestiguada por las fuentes concordantes de la lingüística, de la tradición oral, de la arqueología, de la antropología, y por las primeras fuentes escritas árabes, portuguesas, británicas y *afrikaaner*, se convierte en una realidad palpable, susceptible de ser ordenada en una síntesis, cuyas aristas se avivan con el reencuentro de esos diferentes planos. Asimismo, los argumentos lingüísticos concuerdan con los de la tecnología para sugerir una difusión de los gong reales y campanas geminadas de ceremonias, partiendo del Africa occidental hacia el Bajo Zaire, Shaba y Zambia. Pero las pruebas arqueológicas aportarían evidentemente una confirmación inestimable. Esa coalición de las fuentes se impone más aún cuando se trata de delimitar las dificultades relativas a la cronología. No siempre se dispone de datos sacados del carbono 14. Aunque éstos deben ser interpretados y confrontados con otros datos, como la metalurgia o la

<sup>24</sup> Cf. J. Alagoa, 1973.

<sup>25</sup> Cf. Hamppaté Ba y Germaine Dieterlen, 1961.



alfarería (metales y estilos). No siempre se dispone, como en el norte del Chad<sup>26</sup>, de masas enormes de restos de cerámica que permiten trazar una tipología que representa una escala cronológica de seis niveles. Una excelente demostración de esa conjugación de todas las fuentes disponibles es la que permite establecer una tipología diacrónica de los estilos pictóricos y de las cerámicas, y confrontarlos para analizar una serie cronológica que abarca ocho milenios, comprobado todo por medio de sondeos estratigráficos y confirmado por dataciones al C14, por el estudio de la flora, la fauna, el hábitat y la tradición oral<sup>27</sup>.

A veces, el mapa de los eclipses fechados, y visibles según las regiones, permite concordancias excepcionales, cuando tales acontecimientos están unidos con el reinado de tal o cual dinastía. Pero, generalmente, la cronología no es accesible sin la movilización de varias fuentes, tanto más cuanto que la duración media de los reinados o de las generaciones es susceptible de variaciones, cuando la naturaleza de la relación entre los soberanos que se suceden no es siempre precisa, cuando el sentido de la palabra hijo no siempre es biológico sino sociológico, cuando, a veces, tres o cuatro nombres o «nombres importantes» son atribuidos al mismo rey, y cuando, como entre los bembas, la lista de candidatos a la jefatura se incorpora a la de los jefes.

Sin minimizar la importancia de la cronología, espina dorsal de la materia histórica, y sin renunciar a los esfuerzos para asentarla sobre bases rigurosas, ¿hay que sucumbir a la psicosis de la precisión a cualquier precio, que corre el riesgo de ser entonces una falsa precisión? ¿Por qué empeñarse en escribir 1086 para la caída de Koumbi Saleh, en lugar de decir «a finales del siglo XI»? Todas las fechas no tienen además la misma importancia. El grado de precisión requerida para cada una de ellas no es el mismo, y ninguna ha de erigirse en modelo.

Por otro lado, importa reintegrar todo el flujo del proceso histórico en el contexto del tiempo africano. Y éste no es alérgico a la articulación del dato resultante en una cadena de hechos que se crean los unos a los otros por anterioridad y causalidad. En efecto, los africanos tienen una idea del tiempo fundada en el principio de causalidad. Pero este último se aplica según normas originales en las que el contagio del mito empapa y tuerce el desarrollo lógico; por lo que la fase económica elemental no crea la necesidad del tiempo cifrado, materia prima de la ganancia; por lo que el ritmo de los trabajos y de los días es un metrónomo suficiente para la actividad humana; y por lo que calendarios que no son ni abstractos, ni universalistas están subordinados a los fenómenos naturales (lunaciones, sol, sequía) y a los movimientos de los animales y de las personas. Cada hora está definida por actos concretos. Así, en Burundi: Amakana (en el momento de ordeñar: las 7 h.), Kumasase (cuando el sol asoma por las colinas: las 10 h.), etc. En ese país rural el tiempo está marcado por la vida pastoril y agrícola. En otra parte, los nombres de los niños dependen del día de su nacimiento, del acontecimiento que ha precedido o seguido a éste. Los musulmanes, en Africa del Norte, llaman de buen grado a sus hijos con el nombre del mes en el que han nacido: Ramdán, Chabán, Mulud.

<sup>26</sup> Cf. Yves Coppens, 1960, págs. 129 y sigts.

<sup>27</sup> A. Bailloud, 1961, págs. 51 y sigts.

Esta concepción del tiempo es histórica desde muchos puntos de vista. En las sociedades africanas gerontocráticas, la noción de anterioridad en el tiempo está aún más llena de sentido que en otras partes, puesto que por sí sola genera unos derechos sociales, como el uso de la palabra en público, la participación en una danza reservada, en algunos manjares, en el matrimonio, en el respeto al prójimo, etc. En otros lugares, al no ser la primogenitura, muy frecuentemente, un derecho excluido para la sucesión real, el número de pretendientes (tíos, hermanos, hijos) es siempre elevado, y la edad interviene en el marco de una competición muy abierta. De ahí la preocupación aún creciente por la cronología. Pero en absoluto había necesidad de saber que se había nacido en tal año, ya que lo esencial era probar que se había nacido ante fulano de tal. Las referencias de cronología absoluta no se imponen más que en el marco de sociedades más vastas y anónimas.

Esta concepción del tiempo social no es estática, porque en el contexto de la filosofía africana pandinamista del universo se trata de aumentar sin cesar su forma vital, que es eminentemente social, lo que incluye la idea de progreso en y para la comunidad. Como dice Bakary Dian: «Incluso después de mi muerte, aumentará mi nombre». En algunas lenguas, la misma palabra (*bogna*, en bambara, por ejemplo) designa el don material, el honor, el crecimiento.

El cómputo de las estaciones se funda a menudo en la observación astronómica realizada, por ejemplo, en una serie de constelaciones, como la Osa Mayor; entre los komo (Alto Zaire), las Pléyades, comparadas a una cesta con machetes, anuncian el tiempo de aguzar esas herramientas para la roturación de los campos. Además, en caso de necesidad, esta concepción del tiempo se hace más matemática: muescas hechas en maderas especiales conservadas en los archivos de las grutas del país dogon; depósito anual de una pepita de oro en un bote de estaño, conservado en la capilla del trono, en el reino de Bono Mansou; o de un guijo en una jarra, en la caja de los Reyes, en el país mandinga, sin contar evidentemente las prácticas eminentes del Egipto faraónico y de los reinos musulmanes (almohade, por ejemplo), sobre este particular. Si se piensa en la dificultad de convertir una secuencia de duración de reinados en otra de fechas, y en la necesidad de encontrar un punto fijo de referencia, se comprobará que éste último la mayor parte de las veces lo proporciona un dato exterior fechado, por ejemplo, el ataque ashanti contra Bono Mansou.

En efecto, sólo la utilización de la escritura y el acceso a las religiones «universalistas» que disponen de un calendario a partir de un término a quo preciso, así como de la entrada en el universo del rendimiento y la acumulación monetaria, han remodelado la concepción «tradicional» del tiempo. Pero ésta respondía correctamente en su tiempo a las necesidades de las sociedades en cuestión.

Otra exigencia imperativa, es que esa historia sea, por fin, vista desde el interior partiendo del polo africano, y no medida permanentemente con la vara de valores extranjeros, siendo la conciencia de uno mismo y el derecho a la diferencia condiciones indispensables para la constitución de una personalidad colectiva autónoma. Naturalmente, la opción y la óptica de autoexamen no consisten en abolir artificialmente las conexiones históricas de Africa con los demás continentes del

Viejo y del Nuevo Mundo. Pero esas conexiones serán analizadas en términos de intercambios recíprocos y de influencias multilaterales en las que no dejarán de aparecer las aportaciones positivas de África en el desarrollo de la Humanidad. La mirada histórica africana no será, pues, una mirada vengativa ni de autosatisfacción, sino un ejercicio vital de la memoria colectiva que explora el campo del pasado para encontrar en él sus propias raíces. Después de tantas miradas exteriores que hasta en las películas contemporáneas han modelado la imagen relevante de África a la medida de los intereses exteriores, es tiempo de proyectar la mirada interior de la identidad, de la autenticidad, de la toma de conciencia: «vuelta “repatriante”», como dice Jacques Berque para designar ese retorno a las fuentes. Cuando se piensa en el valor de la palabra y del nombre en África y que nombrar algo es casi tomar posesión de ello, hasta tal punto que los personajes venerados (padre, esposo, soberano) son designados por perífrasis y sobrenombres, se comprenderá por qué toda la serie de vocablos o de conceptos, y toda la panoplia de estereotipos y de esquemas mentales relativos a la historia africana, resultan de la alienación más sutil. Hace falta aquí una verdadera revolución copernicana que será, en primer lugar, semántica y que, sin negar las exigencias de la ciencia universal, recupera toda la corriente histórica de ese continente en unos nuevos moldes<sup>28</sup>.

Como Mackenzie advertía ya en 1887 sobre los tswava (Botswana), ¡cuántos nombres de pueblos que jamás han sido utilizados por ellos mismos ni por otros pueblos africanos! Esos pueblos han pasado por las fuentes bautismales de la colonización y han salido de allí malditos por la alienación. La única vía real para salir de ahí es escribir cada vez más libros de historia africana en lengua africana, lo cual presupone otras reformas de estructura... ¡Cuántos libros de historia de África que dedican generosamente unas diez páginas a la historia precolonial, so pretexto de que es mal conocida! Así que se salta a pie juntillas de los «siglos oscuros» a tal prestigioso explorador o gobernador, demiurgo providencial y *deus ex machina*, partiendo del cual comienza la verdadera historia, relegándose en suma el pasado africano a una especie de vergonzante prehistoria. Ciertamente, no se trata de negar los influjos externos que actúan como levadura aceleradora o detonante. Por ejemplo, la introducción en el siglo XVI de las armas de fuego en el Sudán central propició la infantería formada por esclavos en detrimento de los caballeros feudales, mutación que repercutió en la estructura del poder a través del Sudán central, suplantando ante el soberano el kacella o kaigamma de origen servil al ministro noble Cirema. Pero las explicaciones mecánicas a partir de influencias externas (¡incluidos los reposacabezas!) y las correspondencias automáticas entre influjos exteriores y los movimientos de la historia africana deben ser rechazadas a la hora de realizar un análisis más interno, con vistas a descubrir las contradicciones y dinamismos endógenos<sup>29</sup>.

<sup>28</sup> Ver, a este respecto, la demostración interesante de I. A. Akinjogbin, 1967. Partiendo de la comparación entre el sistema del ebi (familia muy larga), que sería la fuente de la autoridad de Oyo sobre las familias, y el sistema dahomiano de adaptación al tráfico de negros por la monarquía autoritaria ejerciéndose sobre los individuos, él explica la disparidad entre los dos regímenes.

Ver también B. Verhaegen, 1974, pág. 156: «El hecho en bruto es un mito. El lenguaje que lo designa es implícitamente una teoría del hecho».

<sup>29</sup> Cf. R. C. C. Law, 1971. El autor da del declive de Oyo una explicación fundada sobre las

Además, esta historia no debería ser otra que *la historia de los pueblos africanos* en su conjunto, considerada como una totalidad que englobase la masa continental propiamente dicha y las islas vecinas, como Madagascar, según la definición de la carta de la O. U. A. La historia de África integra evidentemente al sector mediterráneo en una unidad consagrada por tantos vínculos milenarios (a veces sangrientos, es cierto), mutuamente enriquecedores las más de las veces, que hacen de África, a una y otra parte de la bisagra del Sáhara, los dos goznes de una misma puerta y las dos caras de una misma moneda.

Historia de los pueblos porque, en África, hasta el despotismo de ciertas dinastías ha sido siempre temperado por la distancia, por la ausencia de medios técnicos que agravan la lentitud de la centralización y por la perennidad de las democracias lugareñas, así que a todos los niveles, de la base a la cima, el consejo reunido por y para la conferencia con el jefe negro constituye el cerebro del cuerpo político. Historia de los pueblos porque, salvo en algunos decenios contemporáneos, esa historia no está ajustada a las fronteras fijadas por la colonización, por la juiciosa razón de que el manjar territorial de los pueblos africanos desborda por todas partes las fronteras heredadas de la partición colonial. Para poner un ejemplo entre mil, los senoufo se asientan sobre una parte de Malí, de la Costa de Marfil y del Alto Volta. En el marco continental general, se pondrá el acento, pues, sobre los factores comunes que resultan de orígenes comunes y de intercambios interregionales y milenarios de hombres, mercancías, técnicas, ideas; en resumen, de bienes materiales y espirituales. A pesar de los obstáculos naturales y el bajo nivel de las técnicas, desde la prehistoria ha habido una cierta solidaridad histórica continental entre el valle del Nilo y Sudán hasta la selva guineana, y entre ese mismo valle y el África oriental, contándose entre otros acontecimientos la dispersión de los Iwo, entre Sudán y el África central por la diáspora de los bantúes, y entre la fachada atlántica y la costa oriental por el comercio transcontinental a través de Shaba. Los fenómenos migratorios desarrollados en una gran escala de espacio y de tiempo no deben, por otra parte, analizarse como maremotos de masas desbocadas atraídas por el vacío o haciendo el vacío a su paso. Incluso la saga torrencial de Chaka, el mfécane, no debería interpretarse únicamente en esos términos. La subida hacia el norte de grupos mossi (Alto Volta), partiendo de Dagomba y de Mamprusi (Ghana) se realizó por medio de bandas de jinetes que, etapa tras etapa, ocuparon regiones, pero sólo podían hacerlo mezclándose con los autóctonos y casándose con las mujeres de aquellos lugares. Los privilegios judiciales que se otorgaban a sí mismos provocaron rápidamente la proliferación de sus escarificaciones faciales (especie de carnets de identidad) sobre numerosos rostros; la lengua y las instituciones de los recién llegados fueron tan apreciadas que llegaron a eclipsar a las de los demás pueblos, mientras que otras costumbres, vinculadas, por ejemplo, a los cultivos agrarios que reglamentan los derechos de establecimiento, seguían siendo competencia de los caciques locales, y se instauraban relaciones de «parentesco de cortesía» con

---

tensiones internas entre categorías sociales que eran partes interesadas en el poder: esclavos, intendentes del alafing (rey) en las provincias, representantes de las provincias en la corte, triunvirato de eunucos reales (del Centro, de la Derecha y de la Izquierda).

ciertos pueblos encontrados por el camino. El propio gran conquistador «mossi» Oubri era también un «mestizo». Ese esquema de proceso por ósmosis debe reemplazar casi siempre al escenario romántico y simplista de la invasión nihilista y empobrecedora, como se ha representado y falseado durante mucho tiempo la irrupción de los béni hilal en Africa del Norte.

Los excesos de la antropología física con prejuicios racistas son rechazados hoy por todos los autores serios. Pero los «hamitas» y otras «razas morenas» inventadas por necesidades de la causa no han acabado de asediar los espejismos y los fantasmas de espíritus, por otro lado, científicos.

«Semejantes clasificaciones —declara J. Hiernaux<sup>30</sup> en un texto importante— no pueden tomarse como unidades biológicas de estudio. Los peul no constituyen un grupo biológico sino cultural. Los peul del sur de Camerún, por ejemplo, tienen sus más próximos parientes biológicos en los haya de Tanzania. En cuanto a la proximidad biológica entre los moros y los warsingali de Somalia, se debe tanto a su herencia como al biotopo parecido que los condiciona: la estepa árida».

Los datos propiamente biológicos constantemente trastornados desde hace miles de años por la selección o la derivación genética no ofrecen ninguna referencia sólida para la clasificación, ni en lo que concierne al grupo sanguíneo, ni para la frecuencia del gene Hbs, que determina una hemoglobina anormal y que, asociado a un gene normal, refuerza la resistencia a la malaria. Tal es la importancia capital de la adaptación al medio natural. Por ejemplo, la mayor estatura y la pelvis más ancha coinciden con las zonas de mayor sequía y calor más intenso. En ese caso, la morfología del cráneo más estrecho y más alto (dolicocefalia) es una adaptación que permite una menor absorción del calor. El vocablo de tribu será, en lo que cabe, rechazado de esta historia, excepto para algunas regiones de Africa del Norte<sup>31</sup>, debido a sus connotaciones peyorativas y a las múltiples ideas falsas que lo sustentan. Por más que se subraye que la «tribu» es esencialmente una unidad cultural y a veces política, algunos continúan viendo en ella un *stock* biológicamente distinto, y ponen de manifiesto las ansias de «guerras tribales» que terminaban frecuentemente con algunas decenas de muertos por lo menos, mientras que olvidan todos los intercambios positivos que han unido a los pueblos africanos en el plano biológico, tecnológico, cultural, religioso, sociopolítico, etc., y que dan a las obras africanas un indudable ambiente de familia.

Por otro lado, esta historia deberá evitar el ser demasiado circunstancial porque correría el riesgo de resaltar exageradamente las influencias y los factores exteriores. Ciertamente, el establecimiento de los hechos piloto es una tarea primordial, indispensable incluso para hacer resaltar el perfil original de la evolución africana. Pero lo esencial se referirá a las civilizaciones, a las institucio-

<sup>30</sup> J. Hiernaux, 1970, págs. 53 y sigs.

<sup>31</sup> El término árabe *Khabbylia* designa a un grupo de personas que se vinculan genealógicamente con un antepasado común y vivo en un territorio delimitado. La filiación genealógica que tiene una gran importancia entre los pueblos semíticos (árabes, bereberes, etc.), la *Khabbylia* (lo que correspondería en español al término tribu), ha jugado y juega a veces todavía un papel que no puede pasar en silencio en la historia de numerosos países norteafricanos. A fin de conservar toda su connotación histórica y sociocultural, el vocablo *Khabbylia* será mantenido en su grafía original (*Khabbylia*).

nes, a las estructuras: técnicas agrarias y metalúrgicas, artes y artesanados, circuitos comerciales, concepciones y ordenaciones del poder, cultos y pensamientos filosóficos o religiosos, problemas de las naciones y prenaciones, técnicas de modernización, etc. Esta opción metodológica requiere con más exigencia aún el enfoque interdisciplinario.

Finalmente, ¿por qué este retorno a las fuentes africanas? Si la búsqueda de ese pasado puede ser para los extraños una simple necesidad de curiosidad y un ejercicio intelectual totalmente tónico para un cerebro ardiente en preguntar a la esfinge, el sentido de la empresa debe sobrepasar esos objetivos puramente individuales; porque la historia de Africa es necesaria para la comprensión de la historia universal, y muchas secuencias suyas seguirán siendo enigmas impenetrables en tanto que no se ilumine el horizonte del continente africano. Además, en el plano metodológico, la confección de la historia africana conforme a las normas analizadas en este volumen puede confirmar la estrategia de los adeptos a la historia total, considerada en la totalidad de sus estratos y dimensiones por medio de toda la panoplia de los útiles de investigación disponibles. La historia se convertirá así en esa disciplina sinfónica en que la palabra se ofrece simultáneamente a toda clase de disciplinas, transformándose la conjunción singular de las voces según los temas o los momentos de la investigación, para ajustarse a las exigencias de la narración. Pero esta reconstrucción póstuma del edificio levantado apenas con piedras vivas importa sobre todo a los africanos que en él tienen un interés carnal y que penetran en ese terreno después de siglos o de decenas de siglos de frustración, como un exiliado que descubre los límites nuevos y antiguos a la vez —porque han sido secretamente anticipados— del paisaje ansiado de la patria. Vivir sin historia, es ser un desecho o tener las raíces de otros. Es renunciar a ser uno mismo raíz en beneficio de otros que están más abajo. En la marejada de la evolución humana, es aceptar la función anónima de plancton y de protozoo. Es necesario que el estadista africano se interese por la Historia como parte esencial del patrimonio nacional que él debe administrar, tanto más cuanto que es mediante la Historia como él podrá acceder al conocimiento de los demás países africanos en la óptica de la unidad africana.

Pero esa Historia es aún más necesaria a los pueblos mismos para los cuales constituye un derecho fundamental. Los Estados africanos deben formar equipos para salvar, antes que sea demasiado tarde, el máximo de vestigios históricos. Deben erigirse museos y dictarse legislaciones para la protección de los yacimientos y objetos arqueológicos. Deben concederse becas, en particular para la formación de los arqueólogos. Los programas y diplomas deben ser completamente reestructurados según una perspectiva africana. La Historia es una fuente que debe servirnos no sólo para mirarnos y reconocernos en ella, sino para beber y reponer las fuerzas con el fin de avanzar en la caravana humana del progreso. Si tal es la finalidad de esta Historia de Africa, esa búsqueda laboriosa y pesada, erizada de situaciones penosas, aparecerá, sin duda alguna, fructuosa y rica de inspiración multiforme.

Porque bajo las cenizas muertas del pasado yace siempre alguna parte de las brasas cargadas de luz de las resurrecciones.

## Capítulo 1

# EVOLUCION DE LA HISTORIOGRAFIA DE AFRICA

J. D. FAGE

Los primeros estudios sobre la historia de África son tan antiguos como el principio de la historia escrita. Los historiadores del antiguo mundo mediterráneo y los de la civilización islámica medieval tomaron como punto de referencia el conjunto del mundo conocido, que comprendía una porción importante de África. El África al norte del Sáhara era parte integrante de esas dos civilizaciones, y su pasado constituía uno de los centros de interés de sus historiadores por las mismas razones que el de Europa meridional o del Próximo Oriente. La historia de África del Norte ha continuado siendo una parte esencial de los estudios históricos hasta la expansión del Imperio otomano en el siglo XVI.

Tras la expedición de Napoleón Bonaparte a Egipto en 1798, África del Norte se convirtió de nuevo en un campo de estudios no despreciable para los historiadores. Con la expansión del poder colonial europeo en África del Norte, consecutiva a la conquista de Argel por los franceses en 1830 y a la ocupación de Egipto por los británicos en 1882, un punto de vista europeo colonialista dominó los trabajos sobre la historia de África del Norte. Sin embargo, a partir de 1930, el movimiento modernista en el Islam, el desarrollo de la enseñanza de estilo europeo en las colonias de África del Norte y el nacimiento de los movimientos nacionalistas norteafricanos comenzaron a combinarse para hacer surgir escuelas autóctonas de historia, que escribían no solo en árabe, sino en francés e inglés, y así restablecían el equilibrio en los estudios históricos de África del Norte.

El presente capítulo se ocupará, pues, principalmente, de la historiografía del África occidental, central, oriental y meridional. Aunque ni los historiadores clásicos ni los historiadores islámicos medievales hayan considerado al África tropical desprovista de interés, sus horizontes estaban limitados por los escasos contactos que ellos podían tener con África, bien sea a través del Sáhara hacia «Etiopía» o de *Bilād āl-Sudān*, o a lo largo de las costas del mar Rojo y del océano Indico, hasta los límites que permitía alcanzar la navegación impulsada por el monzón.

La información de los autores antiguos, en lo que concierne más especialmente al África occidental, era escasa y esporádica. Heródoto, Manetón, Plinio el Viejo, Estrabón y algunos otros no nos refieren apenas más que escasos viajes o incursiones a través del Sáhara, o viajes marítimos intentados a lo largo de la costa atlántica, siendo la autenticidad de algunos de esos relatos objeto frecuente de discusiones animadas entre los especialistas. Las informaciones clásicas sobre el tema del mar Rojo y del océano Indico tienen una base más seria, porque es cierto que mercaderes mediterráneos, o al menos alejandrinos, practicaban el comercio por esas costas. El *Periplo del mar de Eritrea* (hacia el año + 100) y las obras de Claudio Ptolomeo (hacia + 150, aunque la versión que nos ha llegado parece referirse más bien en torno al + 400) y de Cosmas Indicopleustes (+ 647) son aún las principales fuentes para la historia antigua del África oriental.

Los autores árabes estaban mucho mejor informados, porque, en su época, la utilización del camello por los pueblos del Sáhara había facilitado el establecimiento de un comercio regular con el África occidental y la instalación de mercaderes norteafricanos en las principales ciudades del Sudán occidental; por otra parte, el comercio con la zona occidental del océano Indico también se había desarrollado, hasta el punto que un número considerable de mercaderes de Arabia y del Próximo Oriente se habían instalado a lo largo de la costa oriental de África. Así es como las obras de hombres como al-Mas'ūdī (muerto hacia + 950), al-Bakrī (1029-1094), al-Idrīsī (1154), Yākūt (hacia 1200), Abu'l-fidā' (1273-1331), al'Umārī (1301-49), Ibn Baṭṭūṭa (1304-1369) y Hassan Ibn Mohammad al-Wuzza'n (conocido en Europa con el nombre de León el Africano, hacia 1494-1552) son de una gran importancia para la reconstrucción de la historia de África, en particular la del Sudán occidental y central, durante el período comprendido aproximadamente entre los siglos IX y XV.

No obstante, por útiles que sean sus obras para los historiadores modernos, es dudoso que se deba contar a alguno de esos autores o de sus predecesores clásicos entre los principales historiadores de África. Lo esencial de lo que cada uno de ellos ofrece es una descripción de las regiones de África según las informaciones que él ha podido recibir en la época en la que escribía. No hay en ellos estudio sistemático alguno de los cambios ocurridos en el transcurso del tiempo, lo cual es el verdadero objetivo del historiador. Por otro lado, esa descripción no es siquiera verdaderamente sincrónica, porque, si es verdad que una parte de la información puede ser contemporánea, otras partes, aunque tenidas por verdaderas en vida del autor, podían provenir de informaciones más antiguas. Esas obras presentan además el inconveniente de que, en general, no hay medio alguno de evaluar la autoridad de la información: por ejemplo, de saber si el autor la ha recibido mediante observación personal, o según la observación directa de un contemporáneo, o si se refiere simplemente a rumores que circulaban en la época o en la opinión de autores anteriores. León el Africano ofreció un ejemplo interesante de este problema. El mismo, como Ibn Baṭṭūṭa, viajó a África; pero, a diferencia de éste, no es cierto en modo alguno que toda la información que él da provenga de sus observaciones personales.

Quizá sea útil recordar aquí que el término «historia» es ambiguo. Actualmente, en su sentido usual puede definirse como «relato metódico de los acontecimien-



tos de un período determinado», pero también puede tener el sentido más antiguo de «descripción sistemática de fenómenos naturales». Esencialmente, en este sentido es empleado en el título dado en inglés a la obra de León el Africano (Leo Africanus, *A Geographical History of Africa*; en francés: *Description de l'Afrique*), sentido que no sobrevive realmente hoy más que en la expresión en desuso «historia natural» (que por lo demás era el título de la obra de Plinio).

Sin embargo, entre los primeros historiadores de Africa, hay uno muy importante, un gran historiador en el sentido pleno de la palabra: Ibn Khaldūn (1332-1406), quien, si fuera mejor conocido por los eruditos occidentales, podría legítimamente arrebatar a Herodoto su título de «padre de la historia». Ibn Khaldūn era un norteafricano nacido en Túnez. Una parte de su obra está dedicada a Africa<sup>1</sup> y a sus relaciones con los demás pueblos del Mediterráneo y del Próximo Oriente. De la comprensión de esas relaciones, sacó una concepción que hace de la Historia un fenómeno cíclico en el cual los nómadas de las estepas y de los desiertos conquistaron las tierras arables de los pueblos sedentarios, estableciendo allí vastos reinos que, después de unas tres generaciones, pierden su vitalidad y se convierten en víctimas de nuevas invasiones de nómadas. En realidad, es un buen modelo para una gran parte de la historia del Africa del Norte, y un gran historiador, Marc Bloch<sup>2</sup>, ha utilizado a Ibn Khaldūn para su explicación luminosa de la historia de Europa a comienzos de la Edad Media. Ahora bien, Ibn Khaldūn se distingue de sus contemporáneos no sólo porque concibió una filosofía de la historia, sino también —y quizá sobre todo— porque, contrariamente a ellos, no concedía la misma importancia y el mismo valor a todos los fragmentos de información que podía encontrar en el pasado; pensaba que era necesario aproximarse paso a paso a la verdad por la crítica y la comparación. Ibn Khaldūn es en realidad un historiador muy moderno, y es a él a quien debemos casi lo que es la historia, en el sentido moderno, del Africa tropical. En su calidad de norteafricano, y también porque, a pesar de la novedad de su filosofía y de su método, trabajaba en el marco de las antiguas tradiciones mediterráneas e islámicas, no dejaba de preocuparse por lo que pasaba al otro lado del Sáhara. Por eso, uno de los capítulos de su obra<sup>3</sup> es, en realidad, una historia del Imperio de Malí que estaba, en vida de él, en su apogeo, o poco le faltaba. Ese capítulo está parcialmente fundado en la tradición oral que había circulado en la época y por esa razón sigue siendo en nuestros días una de las bases principales de la historia de ese gran Estado africano.

Ningún vasto Estado poderoso como Malí, ni siquiera Estados de menor importancia, como los primeros reinos hawsa o las ciudades independientes de la costa oriental de Africa, podían mantener su identidad y su integridad sin una tradición reconocida, relativa a su fundación y desarrollo. Cuando el Islam atravesó el Sáhara y se extendió a lo largo de la costa oriental, llevando con él la

<sup>1</sup> Los principales análisis sobre Africa se encuentran en la obra más importante de este autor, la *Muqqadima* (traducción francesa de Vicent Monteil) y en el fragmento de su historia traducido por De Slane, con el título de *Histoire des Berbères*.

<sup>2</sup> Ver principalmente Marc Bloch, 1939, pág. 91.

<sup>3</sup> En la traducción de M. G. de Slane, titulada *Histoire des Berbères* (1925-1956), este capítulo figura en el vol. 2, págs. 105-116.

escritura árabe, los negros africanos añadieron la utilización de los textos escritos a los documentos orales de los que ellos disponían ya para conservar su historia.

Entre esos primeros ejemplos de obras de historia actualmente conocidos, los más elaborados son quizá el *Ta'riḫ al-Sūdān* y el *Ta'riḫ el-Fattāsh*, ambos escritos en Tombuctú y, en lo esencial, durante el siglo XVII<sup>4</sup>. En los dos casos, los autores nos ofrecen una exposición de los acontecimientos de su época y del período inmediatamente anterior, con muchos detalles y sin omitir el análisis ni la interpretación. Pero también hacen preceder a esas exposiciones críticas de una evocación de las tradiciones orales referentes a tiempos más antiguos, de suerte que el resultado no es sólo una historia del Imperio Songhai, de su conquista y dominación por los marroquíes, sino también un intento para determinar lo que era importante en la historia anterior de la región, principalmente en los antiguos Imperios de Ghana y Malí. Por lo cual importa distinguir los *Ta'riḫ* de Tombuctú de otras obras históricas antiguas escritas en árabe por africanos, tales como las que son conocidas con el nombre de *Crónica de Kano* y *Crónica de Kilwa*<sup>5</sup>. Estas últimas nos ofrecen solamente las anotaciones directas por escrito de tradiciones que eran sin duda transmitidas hasta entonces oralmente. Aunque parece que una versión de la *Crónica de Kilwa* fue utilizada por el historiador portugués De Barros en el siglo XVI, no hay nada que muestre que la *Crónica de Kano* haya existido antes de comienzos del siglo XIX, poco más o menos.

Es interesante advertir que las crónicas de esa naturaleza en árabe no se limitan necesariamente a las zonas de Africa que habían sido completamente islamizadas. Así es como el centro de la actual Ghana ha producido su *Crónica de Gonja (Kitāb al-Ghunja)* en el siglo XVIII, y como las recientes investigaciones de eruditos, tales como Ivor Wilks, han revelado centenares de ejemplos de manuscritos árabes provenientes de esa región y de las regiones vecinas<sup>6</sup>. Además, evidentemente no hay que olvidar que una parte del Africa tropical, la que se ha convertido en Etiopía, tenía su propia lengua semítica, primero el guezo, y después el amharico, en las que una tradición literaria se ha preservado y desarrollado durante casi dos mil años. Esa tradición ha producido ciertamente obras históricas ya en el siglo XIV, por ejemplo, la *Historia de las Guerras* de Amda Syōn<sup>7</sup>. Las obras históricas escritas en otras lenguas africanas, como el hawsa y el swahili, distintas de las escritas en árabe clásico importado pero que utilizan su escritura, no aparecieron más que en el siglo XIX.

En el siglo XV, los europeos comenzaron a tomar contacto con las regiones costeras del Africa tropical, lo que rápidamente supuso la producción de obras literarias que suministraron materiales extraordinariamente valiosos para los historiadores modernos. Cuatro regiones del Africa tropical fueron objeto de una

<sup>4</sup> El *Ta'riḫ al-Sūdān* ha sido traducido al francés y anotado por O. Houdas (1900); el *Ta'riḫ el-Fattāsh* por O. Houdas y M. Delafosse (1913).

<sup>5</sup> Hay una traducción inglesa de la *Crónica de Kano* en H. R. Palmer, 1928, vol. 3, págs. 92-132, y de la *Crónica de Kilwa* en G. S. P. Freeman-Grenville; 1962, págs. 34-49.

<sup>6</sup> Sobre la *Crónica de Gonja* y la colección de manuscritos árabes en la Ghana actual, ver Nehemim Levtzion, 1968, sobre todo págs. 27-32; Ivor Wilks, 1963, págs. 409-417; y Thomas Hodgkin, 1966, págs. 442-460.

<sup>7</sup> Existen varias traducciones de esta obra, principalmente una (en francés) de J. Perruchon en el *Journal asiatique*, 1889.

atención particular: las costas guineanas del Africa occidental, la región del Bajo Zaire y de Angola, el valle del Zambeze y las altas tierras vecinas, y, en fin, Etiopía. En esas regiones hubo una penetración apreciable en el interior de las tierras en el curso de los siglos XVI y XVII. Pero, como en el caso de los escritores antiguos, clásicos o árabes, el resultado —generalmente no inmediato— no fue siempre la redacción de obras de historia de Africa.

La costa de Guinea fue la primera parte de Africa tropical descubierta por los europeos; constituyó el tema de toda una serie de obras desde las proximidades del año 1460 (Cadamosto) hasta el comienzo del siglo XVIII (Barbot y Bosman). Buena parte de esos materiales son de grandísimo valor histórico, porque suministran testimonios fechados y de primera mano, gracias a los cuales se puede situar un gran número de otras relaciones de carácter histórico. Hay también en esas obras muchos materiales históricos (es decir, no contemporáneos), quizá sobre todo en Dapper (1688), que —contrariamente a la mayor parte de otros autores— no ha observado directamente, sino que sólo ha reunido los relatos de los demás. Pero el fin principal de todos esos autores era describir la situación contemporánea más que escribir la historia. Y únicamente ahora, después que una buena parte de la historia de Africa occidental ha sido reconstituida, es cuando se puede apreciar en su justo valor una parte considerable de lo que ellos dicen<sup>8</sup>.

En las demás regiones por las que los europeos se interesaron en los siglos XVI y XVII, la situación era algo diferente. Quizá porque eran unos campos de actividad para los primeros esfuerzos de los misioneros, mientras que el principal motor de las actividades europeas en Guinea ha sido siempre el comercio. En tanto que los africanos suministraban las mercancías que los europeos deseaban comprar, lo que generalmente ocurría en Guinea, los mercaderes no se sentían empujados a cambiar la sociedad africana; se limitaban a observarla. Los misioneros, por el contrario, se sentían obligados a tratar de cambiar lo que ellos encontraban, y un determinado grado de conocimiento de la historia de Africa podía serles útil. En Etiopía, las bases ya existían. Se podía aprender el gueso y perfeccionar su estudio, así como utilizar las crónicas y otros escritos en esta lengua. Obras históricas sobre Etiopía fueron emprendidas por dos pioneros eminentes entre los misioneros, Pedro Páez (muerto en 1622) y Manuel de Almeida (1569-1646); y fue escrita una historia completa por uno de los primeros orientalistas de Europa, Hiob Ludolf (1624-1704)<sup>9</sup>. En la cuenca baja del Congo y en Angola, al igual que en la cuenca del Zambeze y sus alrededores, eran probablemente más pujantes los intereses comerciales que los de la evangelización. Ahora bien, la sociedad tradicional africana no estaba dispuesta en su conjunto, sin sufrir presiones considerables, a proporcionar a los europeos lo que deseaban. Como resultado, fue obligada a cambiar de manera dramática, de suerte que hasta los ensayos descriptivos apenas podían evitar ser, en parte,

<sup>8</sup> *The Voyages of Cadamosto*, comentados por G. R. Crone, 1937; John Barbot, 1732; William Bosman, edición anotada, 1967.

<sup>9</sup> En C. Beccari, *Rerum Aethiopicarum scriptores occidentales inediti*, Roma (1905-1917), la obra de Páez se encuentra en los volúmenes 2 y 3, y el de Almeida en los volúmenes 5 y 7; existe una traducción parcial al inglés de Almeida en C. F. Beckingham y C. W. B. Huntingford, *Some records of Ethiopia, 1593-1646* (1954). *Historia Aethiopica*, de Ludolf, ha sido publicada en Francfort en 1881.

históricos. En realidad, se encuentran elementos importantes de historia en los libros de autores tales como Pigafetta y López (1591) y Cavazzi (1687). En 1681, Cadornega publica una *Histoire des guerres angolaises*<sup>10</sup>.

A partir del siglo XVIII parece que el Africa tropical recibió de los historiadores europeos la atención que merecía. Era posible, por ejemplo, utilizar como fuentes históricas a los escritores anteriores, sobre todo descriptivos, como León el Africano y Dapper, de modo que las historias y geografías universales de la época, como *The universal history*, publicada en Inglaterra entre 1736 y 1765, podían dedicar a Africa un apreciable número de páginas<sup>11</sup>. Hubo también ensayos monográficos, por ejemplo, la *Histoire de l'Angola*, de Silva Correin (hacia 1792), *Some historical account of Guinea*, de Benezet (1772), así como las dos historias de Dahomey, *Mémoires du règne de Bossa Ahadée*, de Norris (1789), e *History of Dahomey*, de Dalzel (1793). Pero en este tema es necesario ponerse en guardia. El libro de Silva Correin no fue publicado más que en el curso del presente siglo<sup>12</sup>. Y la razón por la que las tres obras mencionadas anteriormente fueron publicadas en esa época es que, a finales del siglo XVIII, la controversia comenzaba a aserirse con motivo de la trata de esclavos, que había sido el principal elemento de las relaciones entre Europa y el Africa tropical desde hacía, al menos, ciento cincuenta años. Dalzel y Norris —que utilizaban ambos su experiencia del comercio de esclavos en Dahomey— y Benezet, en su labor de historiadores, escribían sus obras con el objetivo de suministrar argumentos en pro o en contra de la abolición del comercio de esclavos.

Aunque hubiese sido de otro modo, no es cierto que esos libros hubieran encontrado compradores, porque en esa época la tendencia principal de la cultura europea comenzaba a considerar de manera cada vez más desfavorable a las sociedades no europeas y a declarar que no tenían historia digna de ser estudiada. Esa mentalidad resultaba sobre todo de la convergencia de corrientes de pensamiento procedentes del Renacimiento, del Siglo de las Luces y de la revolución científica e industrial en pleno desarrollo. En consecuencia, al fundarse sobre lo que era considerado como herencia grecorromana única, los intelectuales europeos se persuadieron de que los proyectos, los conocimientos, la potencia y la riqueza de su sociedad eran tan preponderantes que la civilización europea debía prevalecer sobre todas las demás; por consiguiente, su historia era la llave de todo conocimiento, y la historia de las otras sociedades no tenía importancia. Esa actitud era quizás adoptada sobre todo en el encuentro de Africa. En efecto, en aquella época los europeos apenas conocían Africa, ni a los africanos, sino desde el punto de vista del comercio de esclavos, mientras que precisamente era ese propio tráfico el que causaba un caos social cada vez más grave en numerosas partes del continente.

Hegel (1770-1831) ha definido esta posición muy explícitamente en su *Filosofía de la Historia*, que contiene afirmaciones como éstas: «Africa no es un continente

<sup>10</sup> A. de Oliveira de Cadornega, *Historia General das Guerras angolanas*, comentada por M. Delgado y A. da Cunha (Lisboa, 1940-1942).

<sup>11</sup> La edición infolio de *Universal History* comprende 23 volúmenes, de los que 16 están dedicados a la historia moderna, y estos últimos comprenden 2 volúmenes sobre Africa,

<sup>12</sup> Lisboa, 1937.

histórico, y no muestra cambio ni desarrollo». Los pueblos negros «son incapaces de desarrollarse y recibir una educación. Tal como los vemos hoy, así han sido siempre». Es interesante advertir que, ya en 1793, el responsable de la publicación del libro de Dalzel juzgó necesario justificar la aparición de una historia de Dahomey. Al tomar claramente la misma posición que Hegel, declaraba: «Para llegar a un justo conocimiento de la naturaleza humana, es absolutamente necesario abrirse camino a través de la historia de las naciones más toscas [...] [No hay otro] medio de juzgar el valor de la cultura, en la estimación de la felicidad humana, que por comparaciones de esa clase»<sup>13</sup>.

Aunque la influencia directa de Hegel sobre la elaboración de la historia de Africa haya sido escasa, la opinión que representaba fue aceptada por la ortodoxia histórica del siglo XIX. Esa opinión anacrónica y desprovista de fundamento no deja de tener adeptos incluso hoy día. Un profesor de historia moderna en la Universidad de Oxford ha declarado: «Quizá en el futuro habrá una historia de Africa que enseñar. Pero actualmente, no la hay; solamente hay la historia de los europeos en Africa. El resto es tinieblas... y las tinieblas no son objeto de historia. Entendedme bien. No niego que hayan existido hombres hasta en los países oscuros y en los siglos oscuros, ni que hayan tenido una vida política y una cultura, interesantes para los sociólogos y los antropólogos; pero creo que la historia es esencialmente una forma de movimiento e incluso de movimiento intencional. La historia no es simplemente una fantasmagoría de formas y costumbres cambiantes, de batallas y conquistas, de dinastías y usurpaciones, de estructuras y desintegración sociales...».

Juzgaba que «la historia, o más bien el estudio de la historia, tiene una finalidad. La estudiamos [...] a fin de descubrir cómo hemos llegado al punto en que estamos». El mundo actual —prosigue— está hasta tal punto dominado por las ideas, técnicas y valores de la Europa occidental que, al menos en los cinco últimos siglos, en la medida en que la historia del mundo tiene una importancia, es solamente la historia de Europa la que cuenta. A nosotros no nos es lícito «entretenernos con los movimientos sin interés de tribus bárbaras en unos rincones pintorescos del mundo, pero que no han ejercido influencia alguna en otros lugares»<sup>14</sup>.

Por ironías del destino, los europeos emprendieron, en vida de Hegel, la exploración real, moderna y científica de Africa, comenzando así a poner los fundamentos de una evaluación racional de la historia y de las realizaciones de las sociedades africanas. Esa exploración estaba unida, por un lado, a la reacción contra la esclavitud y la trata de esclavos, y, por otro, a la competición por los mercados africanos.

Algunos de los primeros europeos estaban impelidos por un sincero deseo de aprender cuanto podían respecto al pasado de los pueblos africanos y recogían todos los materiales que encontraban: documentos escritos, si los había, y cuando no, tradiciones orales y testimonios sobre las huellas del pasado que ellos

<sup>13</sup> Archibald Dalzel, *The History of Dahomey* (1793), p. v.

<sup>14</sup> Esas citas extraídas de las notas de presentación del primer ensayo de una serie de clases del profesor Hugh Trevor-Hoper sobre *The rise of christian Europe* (El desarrollo de la Europa cristiana). Ver *The Listener*, 28-11-1963, pág. 871.

descubrían. La literatura producida por los exploradores es inmensa. Algunos de sus elementos contienen la historia en el mejor sentido de la palabra, constituyendo en su totalidad un material de gran valor para los historiadores que les sucedieron. En una breve enumeración de los principales títulos se pueden citar: *Travels to discover the sources of the Nile*, de James Bruce (1790); los capítulos específicamente históricos en los relatos de su visita a Kumasi, capital de Ashanti, por T. E. Bowdich, *Mission From Cape Coast to Ashantee* (1819), y por Joseph Dupuis, *Journal of a residence in Ashantee* (1824); los *Reisen und Entdeckungen in Nord-und Zentral Africa* (1857-1858), de Heinrich Barth; los *Documents sur l'histoire, la géographie et le commerce de l'Afrique orientale*, de M. Guillaïn (1856); y *Sahara und Sudan*, de Gustav Nachtigal (1879-1889).

La carrera de Nachtigal prosiguió en una fase completamente nueva de la historia de Africa: aquella en la que los europeos habían emprendido la conquista del continente y la dominación de sus pobladores. Esas empresas parecían necesitar una justificación moral, y es entonces cuando los puntos de vista hegelianos fueron reforzados por una aplicación de los principios de Darwin. Esa evolución tuvo un resultado sintomático: la aparición de una nueva ciencia, la antropología, que es un método no histórico de estudiar y evaluar las culturas y sociedades de los pueblos «primitivos», aquellos que no tenían «historia digna de ser estudiada», aquellos que eran «inferiores» a los europeos y a los que se podía distinguir cómodamente de estos últimos por la pigmentación de su piel.

Es interesante citar aquí el caso de Richard Burton (1821-1890). Considerado como uno de los mayores viajeros europeos a Africa en el curso del siglo XIX, era un espíritu curioso, culto y siempre alerta, y un orientalista eminente. En 1863 fue uno de los fundadores de la London Anthropological Society (que se convirtió más tarde en el Royal Anthropological Institute). Sin embargo, de manera mucho más acusada que Nachtigal, su carrera marca el fin de la exploración científica y sin prejuicios de Africa, que había comenzado con James Bruce. En su *Mission to Gelele, King of Dahomey* (1864), se encuentra, por ejemplo, una importante digresión sobre «El lugar del negro en la naturaleza» (tampoco se puede dejar de anotar «el lugar del negro en la historia»). En su obra se pueden leer frases como éstas: «El negro puro se coloca en la familia humana por debajo de las dos grandes razas árabe y aria» (la mayor parte de sus contemporáneos hubieran colocado a estas dos últimas en el orden inverso) y «el negro, considerado en masa, no mejorará por encima de un determinado punto, que no será digno de atención; sigue siendo mentalmente un niño...»<sup>15</sup>. Algunos intelectuales africanos le replicaban en vano, como ocurría con un tal James Africanus Horton, que polemizaba con los influyentes miembros de la London Anthropological Society.

Las cosas empeoraron para el estudio de la historia de Africa como consecuencia de la aparición hacia la misma época, en particular en Alemania, de una concepción del oficio de historiador, según la cual la historia era menos una rama de la literatura o de la filosofía que una ciencia fundada en el análisis riguroso de las fuentes originales. Para la historia de Europa, naturalmente, esas fuentes eran sobre todo escritas y, en ese terreno, Africa parecía notablemente deficiente. Esa

<sup>15</sup> *Op. cit.*, edición de 1893, vol. 2, págs. 131 y 135.

concepción fue expuesta de manera muy precisa por el profesor A. P. Newton, en 1923, en una conferencia ante la Royal African Society de Londres sobre «Africa y la investigación histórica». Declaró que Africa no tenía «historia antes de la llegada de los europeos. La historia comienza cuando el hombre se pone a escribir». Por tanto, el pasado de Africa antes del comienzo del imperialismo europeo sólo podía ser reconstituido «según los testimonios de los restos materiales, de las lenguas y las costumbres primitivas», cosas todas que no concernían a los historiadores sino a los arqueólogos, lingüistas y antropólogos<sup>16</sup>.

En realidad, hasta Newton se encontraba un poco al margen del oficio de historiador tal como era concebido en la época. Durante una gran parte del siglo XIX, algunos de los historiadores británicos más eminentes —por ejemplo, James Stephen (1789-1859), Herman Merivale (1806-1874), J. A. Froude (1818-1894) y J. R. Seeley (1834-1895)<sup>17</sup>— habían puesto mucho interés en las actividades de los europeos (o, al menos, de sus compatriotas) en el resto del mundo. Pero el sucesor de Seeley como *regius*, profesor de historia moderna en Cambridge, fue Lord Acton (1834-1902), que había sido formado en Alemania. Acton comenzó inmediatamente a preparar *The Cambridge modern history*, cuyos catorce volúmenes aparecieron entre 1902 y 1910. Esa obra se centró sobre Europa hasta el punto de ignorar casi totalmente incluso las actividades de los europeos en el mundo. Más tarde, la historia colonial fue generalmente dejada a hombres como Sir Charles Lucas (o, en Francia, a Gabriel Hanotaux)<sup>18</sup> quien, como Stephen, Merivale y Froude, antes, se habían ocupado activamente de asuntos coloniales.

Sin embargo, la historia colonial o imperial, aunque estuviese al margen de la profesión, se hizo aceptar con el tiempo. *The New Cambridge Modern History*, que comenzó a aparecer en 1957 bajo la dirección de Sir George Clark, tiene capítulos sobre Africa, Asia y América en sus doce volúmenes, y, por otra parte, la colección de historia de Cambridge se había enriquecido en esa época con la serie *The Cambridge History of the British Empire* (1929-1959), de la que Newton fue uno de los directores fundadores. Pero basta un examen muy sumario de esa obra para darse cuenta de que la historia colonial, incluso la de Africa, es muy diferente de la historia de Africa.

De los ocho volúmenes de esa obra (C. H. B. E.), cuatro están dedicados a Canadá, Australia, Nueva Zelanda y la India británica. Quedan tres volúmenes generales, muy orientados hacia la política imperial (de sus 68 capítulos, cuatro solamente han tratado directamente de las relaciones de Inglaterra con Africa), y

<sup>16</sup> *Africa and historical research*, J. A. S., 22 (1922-1923).

<sup>17</sup> Stephen fue funcionario del Colonial Office de 1825 a 1847 y profesor de Historia moderna en Cambridge de 1849 a 1859; Merivale fue profesor de Economía política en Oxford antes de suceder a Stephen en calidad de Permanent Under-Secretary del Colonial Office (1847-1859); Froude pasó la mayor parte de su vida en Oxford y allí fue profesor de Historia moderna en 1892-1894, pero en 1870 fue enviado del Colonial Secretary a Africa del Sur; Seeley fue profesor de Historia moderna en Cambridge de 1869 a 1895.

<sup>18</sup> Lucas fue funcionario del British Colonial Office de 1877 a 1911, llegando al grado de Assistant under-secretary; después consiguió un puesto en el All Soul's College de Oxford. Hanotaux (1853-1944) tuvo una carrera doble, como político y hombre de estado que, en los años 1890, desempeñó un importante papel en los asuntos coloniales y extranjeros de Francia, y como historiador elegido por la Academia Francesa.

un volumen dedicado al Africa del Sur, el único rincón de este continente al sur del Sáhara en el que los colonos europeos se habían poderosamente implantado. La casi totalidad de ese volumen (el más grueso de los ocho) está dedicado a los intrincados asuntos de esos colonos europeos desde la llegada de los primeros en 1652. Los pueblos africanos, que constituían la mayoría de la población, son relegados a un capítulo introductivo (y esencialmente no histórico), relatado por un socioantropólogo, y a dos capítulos que, aunque escritos por los dos historiadores sudafricanos más lúcidos de su generación, C. W. de Kiewiet y W. M. MacMillan, los enfocan, por necesidad, en la perspectiva de su reacción a la presencia europea. En otra parte, la historia de África aparecía muy tímidamente en colecciones más o menos monumentales. Este era el caso de *Peuples et civilisations, Histoire générale*, 20 volúmenes, París, 1927-52; G. Glotz, éd. *Histoire générale*, 10 volúmenes, París 1925-38; *Propyläen Weltgeschichte*, 10 volúmenes, Berlín 1929-33; *Historia Mundi, ein Handbuch der Weltgeschichte in 10 Bänden*, Berna 1952; *Vsemirnaja istoriya, World History*, 10 volúmenes, Moscú 1955. El italiano C. Conti Rossini publicó en Roma, en 1928, una importante *Storia d'Etiopia*.

Los historiadores coloniales de profesión estaban, pues, exactamente como los historiadores de profesión en general, inclinados de manera indefectible a la concepción de que los pueblos africanos al sur del Sáhara no tenían historia susceptible o digna de ser estudiada. Como hemos visto, Newton consideraba esa historia como la materia especializada de los arqueólogos, lingüistas y antropólogos. Pero, aunque es verdad que los arqueólogos, como los historiadores, se interesan, en virtud de su oficio, por el pasado del hombre y sus sociedades, apenas se han esforzado más que los historiadores en utilizar su oficio para descubrir y dilucidar la historia de la sociedad humana en el Africa al sur del Sáhara. Para ello había dos razones principales.

En primer lugar, una de las tendencias principales de la ciencia de la arqueología, entonces en gestación, enseñaba que, como la historia, está dirigida esencialmente por las fuentes escritas. Y se dedicaba a problemas como el de encontrar el lugar de la antigua ciudad de Troya, o a detectar hechos que no eran conocidos aún por las fuentes literarias relativas a las antiguas sociedades de Grecia, Roma o Egipto, cuyos monumentos principales habían sido fuente de especulación durante siglos. La arqueología estaba —y lo está aún a veces— estrechamente unida a la rama de la profesión histórica conocida con el nombre de historia antigua. Y se preocupa frecuentemente más de buscar y descifrar inscripciones antiguas que de encontrar otras reliquias. Sólo muy raramente —por ejemplo, en Axum y en Zimbabwe y alrededor de esos lugares— se admitía que el Africa al sur del Sáhara poseía monumentos bastante importantes para llamar la atención de esa escuela de arqueología. En segundo lugar, otra actividad esencial de la investigación arqueológica se concentraba en los orígenes del hombre, por consiguiente, con una perspectiva más geológica que histórica de su pasado. Es cierto que, a continuación de los trabajos de eruditos como L. S. B. Leakey y Raymond Dart, una gran parte de esa investigación ha ido finalmente a concentrarse en Africa del Este y del Sur. Pero esos hombres se dedicaban a la investigación de un pasado tan antiguo que no se puede afirmar que la sociedad



existía entonces; allí había habitualmente un abismo abierto a las conjeturas entre los fósiles que ellos descubrían y las poblaciones modernas cuyo pasado los historiadores hubieran deseado estudiar.

Mientras que arqueólogos e historiadores pensaban en su totalidad, casi hasta los años 1950, que el Africa al sur del Sáhara no era digna de ellos, su inmensa variedad de tipos físicos, sociedades y lenguas llamó inevitablemente la atención de los antropólogos y lingüistas a medida que sus disciplinas comenzaban a desarrollarse. Durante mucho tiempo a unos y a otros les fue posible seguir siendo eruditos de cámara. Pero hombres como Burton y S. W. Koelle (*Polyglote Africana*, 1854) habían demostrado en buena hora el valor del trabajo sobre el terreno, siendo los antropólogos, en particular, los pioneros de ese trabajo en Africa. Pero, contrariamente a los historiadores y arqueólogos, ni los antropólogos ni los lingüistas se sentían obligados a descubrir lo que había sucedido en el pasado. Ahora bien, en Africa encontraron una abundancia de hechos que esperaban ser simplemente descritos, clasificados y analizados, lo que representaba tantos y tan inmensos trabajos. Con mucha frecuencia no se interesaban por el pasado más que en la medida en que trataban de reconstruir una historia que, pensaban, se encontraría en el origen de los hechos recogidos y los explicaría.

Pero no siempre se daban cuenta de hasta qué punto esas reconstrucciones eran especulativas e hipotéticas. Uno de los ejemplos clásicos es el del antropólogo C. G. Seligman, quien, en su obra *Races of Africa*, publicada en 1930, escribía crudamente: «Las civilizaciones de Africa son las civilizaciones de los camitas, y su historia los anales de esos pueblos y de su interacción con las otras dos razas africanas, los negros y los bosquimanos...»<sup>19</sup>.

De lo que se deduce que esas otras «dos razas africanas» son inferiores y que todos los progresos que han podido hacer se deben a la influencia «camítica» que han sufrido de manera más o menos intensa. Por otra parte, en esa misma obra, habla de la llegada, «oleada tras oleada», de pastores «camitas» que estaban «mejor armados, al mismo tiempo que eran más inteligentes» que «los cultivadores negros atrasados» sobre los que ellos ejercían su influencia<sup>20</sup>. Pero, en realidad, no hay prueba histórica alguna, sea cual sea, que apoye afirmaciones como «las civilizaciones de Africa son las civilizaciones de los camitas», o que los progresos históricos realizados en el Africa al sur del Sáhara hayan sido debidos a ellos en exclusiva y hasta principalmente. Es cierto que el libro mismo no ofrece prueba histórica alguna y que muchas de las hipótesis en las que se apoya, como se ha mostrado después, carecen de fundamento. J. H. Greenberg, por ejemplo, ha demostrado de una vez por todas que los términos «camita» y «camítico» no tienen sentido alguno, si no es, en el mejor de los casos, como categoría de clasificación lingüística<sup>21</sup>.

<sup>19</sup> *Op. cit.*, ed. 1930, pág. 96; ed. 1966, pág. 61.

<sup>20</sup> *Op. cit.*, ed. 1930, pág. 158; ed. 1966, pág. 101.

<sup>21</sup> J. H. Greenberg, 1953 y 1963. En realidad, Greenberg, como la mayor parte de los lingüistas modernos, evita emplear el término «camítico»; alinean las lenguas otrora llamadas camíticas con las lenguas semíticas y otras, en un grupo más amplio llamado afroasiático o eritreo, y no reconocen el subgrupo «camítico» específico.

Es cierto que no existe necesariamente correlación entre la lengua hablada por una población y su origen racial o su cultura. Así Greenberg puede citar, entre otros, este maravilloso ejemplo: «Los cultivadores hawsa, que hablan una lengua "camítica", están bajo la dominación de los pastores foulanis que hablan [...] una lengua níger-congo» (es decir, una lengua negra)<sup>22</sup>. Igualmente rechaza la base camítica para una gran parte de la reconstrucción hecha por Seligman de la historia cultural de los negros en otras partes de África, principalmente para las poblaciones de lenguas bantúes.

Si hemos elegido más particularmente a Seligman, se debe a que estaba considerado en Gran Bretaña como una de las personalidades más prestigiosas profesionalmente (y fue uno de los primeros en dedicarse a serios trabajos sobre el terreno en África) y a que su libro se ha convertido en un clásico reeditado en varias ocasiones. Todavía en 1966 era presentado por la publicidad como «un clásico en su género». Pero la adopción por él del mito de la superioridad de los pueblos de piel clara sobre los pueblos de piel oscura era solamente una parte de los prejuicios generales de los europeos a finales del siglo XIX y comienzos del XX. Los europeos pensaban que su pretensión en la superioridad sobre los africanos negros había sido confirmada por su conquista colonial. Por consiguiente, en numerosas partes de África, y en particular en el cinturón sudanés y en la región de los Grandes Lagos, estaban persuadidos de que no hacían más que continuar una transmisión de la civilización que otros invasores de piel clara, llamados globalmente «camitas», habían comenzado antes que ellos<sup>23</sup>. El mismo tema se encuentra a lo largo de otras numerosas obras del período que va desde 1890 a 1940, poco más o menos, obras que contienen muchos más elementos serios de historia de los que se puede encontrar en el pequeño manual de Seligman. Para la mayor parte, esas obras han sido escritas por hombres y mujeres que habían participado en la conquista o la colonización y que no eran ni antropólogos, ni lingüistas, ni historiadores de profesión. Mas, como se interesaban sinceramente por las sociedades exóticas que ellos habían descubierto, y como deseaban instruirse más a este respecto y dar parte de su conocimiento a los demás, eran unos aficionados en el mejor sentido de la palabra. Sir Harry Johnston y Maurice Delafosse, por ejemplo, han contribuido realmente de manera importante al conocimiento de la lingüística africana (así como al de otras numerosas materias). Pero el primero tituló su gran estudio de conjunto *A History of the colonization of Africa by alien races* (1899, obra revisada y aumentada en 1913); y, en las secciones históricas del estudio magistral del segundo sobre el Sudán occidental, *Haut-Sénégal-Niger* (1912), el tema general aparece cuando recuerda una migración judeo-siria para fundar la antigua Ghana. Flora Shaw (*A Tropical Dependency*, 1906) estaba fascinada por la contribución de los musulmanes a la historia de África. Margery Perham, amiga y biógrafa de Lord Lugard, habla en términos

<sup>22</sup> Greenberg, 1963, pág. 30.

<sup>23</sup> Es interesante advertir que la actual edición revisada, la cuarta, de *Races of Africa* (1966) contiene en la pág. 61 una frase importante que no se encuentra en la edición original de 1930. Los camitas son definidos allí como «europeos, es decir, que pertenecen a la misma gran raza de la humanidad que los blancos» (¡).

apropiados de «ese movimiento majestuoso de la historia desde las primeras conquistas árabes de Africa hasta las de Goldie y Lugard»<sup>24</sup>. Un excelente historiador aficionado, Yves Urvoy (*Histoire des populations du Soudan central*, 1936, e *Histoire du Bornou*, 1949), se equivoca completamente sobre el sentido de las interacciones entre los nómadas del Sáhara y los negros sedentarios que él describe con precisión; mientras que Sir Richmond Palmer (*Sudanese Memoirs*, 1918, y *The Bornu Sahara and Sudan*, 1936), inspirado arqueólogo, va a buscar siempre los resortes de la acción de los pueblos nigerianos a lugares tan lejanos como Trípoli o Yemen.

No obstante, según Seligman, los socioantropólogos británicos casi han logrado escapar a la empresa del mito camítico. A partir de aquel momento, su formación estuvo dominada por la influencia de B. Malinowski y de A. R. Radcliffe-Brown, que se oponían resueltamente a todo género de historia fundada en conjeturas. En realidad, el método estrictamente funcionalista seguido para el estudio de las sociedades africanas por los antropólogos británicos entre 1930 y 1950 tendía a desalentar entre ellos el interés histórico, incluso cuando, gracias a su trabajo sobre el terreno, estaban en una situación excepcionalmente favorable para obtener datos históricos. Pero en el continente europeo (y también en América del Norte, aunque pocos antropólogos americanos hayan trabajado en Africa antes de los años 1950) subsiste una tradición más antigua de etnografía que, entre otras características, concede tanta atención a la cultura material como a la estructura social.

Eso produjo una gran cantidad de trabajos de importancia histórica, como, por ejemplo, *The King of Ganda*, de Tor Irstam (1944), o *The Trade of Guinea*, de Lars Sundstrom (1965). Sin embargo, dos obras merecen especial mención, *Völkerkunde von Afrika*, de Herman Baumann (1940), y *Geschichte Afrikas*, de Diedrich Westermann (1952). La primera era un estudio enciclopédico de los pueblos y civilizaciones de Africa que concedía suficiente atención a lo conocido de su historia, y no tiene todavía rival en tanto que manual en un solo volumen. El libro más reciente, *Africa: its peoples and their culture history* (1959), del antropólogo americano G. P. Murdock, no supera la comparación porque su autor carece en esa materia de la experiencia directa de Africa, que le habría permitido evaluar sus materiales, y también porque él ha avanzado, a veces, esquemas hipotéticos tan excéntricos en su género como el de Seligman, aunque no tan perniciosos<sup>25</sup>. Westermann era sobre todo lingüista. Su obra sobre la clasificación de las lenguas de Africa es en muchos aspectos la precursora de la de Greenberg, y ha facilitado una sección lingüística en el libro de Baumann. Pero su *Geschichte*, desgraciadamente deformada por la teoría camítica, es también un libro muy valioso en cuanto a tradiciones orales africanas tal como existían en su tiempo.

A esas obras quizá se pueda añadir la de H. A. Wieschoff, *The Zimbabwe-Monomotapa Culture* (1943), aunque no sea más que por presentar a su maestro, Leo Frobenius. Frobenius era un etnólogo y antropólogo especialista de las

<sup>24</sup> Margery Perham, *Lugard, the years of authority* (1960), pág. 234.

<sup>25</sup> Ver la crítica que hice de él en el artículo *Anthropology, botany and history*, en H. A. H., II, 2 (1961), 299-309.

culturas, pero también arqueólogo además de historiador. Durante su período de actividad, que corresponde casi a los cuarenta primeros años del siglo XX, fue ciertamente el más productivo de los historiadores de Africa. Llevó a cabo una enorme cantidad de trabajos sobre el terreno en casi todas las partes del continente africano y presentó sus resultados en una serie regular de publicaciones, aunque sean poco leídas en nuestros días. Escribía en alemán, lengua cuya importancia ha disminuido después en lo referente a Africa y a los africanistas. Solamente se ha traducido una pequeña parte de sus obras cuyo sentido es con frecuencia difícil de captar porque están llenas de teorías míticas relativas a la Atlántida, a una influencia etrusca sobre la cultura africana, etc.

A los ojos de los historiadores, arqueólogos y antropólogos actuales, que han recibido una formación muy rigurosa, Frobenius parece una autoridad original cuyos trabajos están devaluados no sólo por sus interpretaciones un poco aventuradas, sino también por su método de trabajo rápido, somero y a veces destructivo. Pero obtenía resultados, algunos de los cuales han anticipado claramente los de los investigadores más científicos llegados más tarde, y otros serán, quizá, difíciles o imposibles de obtener en las condiciones actuales. Parece que haya tenido instintivamente el don de ganarse la confianza de los informadores para descubrir los datos históricos. Los historiadores modernos harían bien en buscar esos datos en sus obras, y en revalorarlos en función de los conocimientos actuales, liberándolos de las interpretaciones fantasiosas que él añadía<sup>26</sup>.

Las singularidades de un genio autodidacta como Frobenius, al sacar su inspiración de sí mismo, han dado como resultado la contribución a reafirmarse los historiadores profesionales en su opinión de que la historia de Africa no era un campo aceptable para su profesión, y a llamar la atención de muchos trabajos serios realizados durante el período colonial. Uno de los factores que han desempeñado un papel importante fue que el aumento del interés de los europeos por Africa había dado a los propios africanos una mayor variedad de culturas escritas, permitiéndoles expresar su propio interés en favor de su historia misma. Eso ocurrió sobre todo en Africa occidental, donde el contacto con los europeos había sido más largo y constante y donde —quizá, sobre todo, en las regiones que se convirtieron en colonias británicas— existía una demanda por la instrucción europea ya a comienzos del siglo XIX. Lo mismo que los eruditos islamizados de Tombuctú se habían puesto rápidamente a escribir sus *ta'rikkh* en árabe o en lengua ajami, así, hacia el final del siglo XIX, los africanos que habían aprendido a leer el alfabeto latino sintieron la necesidad de expresar por escrito lo que conocían de la historia de sus pueblos, para evitar que éstos fuesen completamente alineados por los europeos y su historia.

<sup>26</sup> Es imposible en un artículo de la dimensión de este tratar como se merece la inmensidad de la producción de Frobenius. Su última obra de síntesis fue *Kulturgeschichte Afrikas* (Viena, 1933) y su obra más importante, probablemente, la colección en 12 volúmenes *Atlantis: Volksmärchen und Volksdichtungen Afrikas* (Jena, 1921-1928). Pero hay que mencionar también los libros que relatan cada una de sus expediciones; por ejemplo, para conocer a los yoruba y mosso: *Und Africa sprach* (Berlín-Charlottenburgo, 1912-1913). Ver la bibliografía completa en Freda Kretschmar, *Leo Frobenius* (1968). Algunos artículos recientes en inglés (por ejemplo, doctor K. M. Ita, *Frobenius in West African History*, J. A. H., XII, 4 (1972), y obras citadas en ese artículo) sugieren un renacimiento del interés por las obras de Frobenius.

Entre los primeros clásicos de ese género, escritos por africanos que —como los autores de los *ta'rikih* antes de ellos— habían ejercido una actividad en la religión de la cultura importada y de ella habían sacado sus nombres, se pueden citar *A history of the Gold Coast and Asante*, de Carl Christian Reindorf (1895), e *History of the Yorubas*, de Samuel Johnson (terminada en 1897, pero no publicada hasta 1921). Ambas son unas serias obras de historia; incluso hoy nadie puede emprender un trabajo sobre la historia de los yoruba sin consultar a Johnson. Probablemente era inevitable que ensayos de historia a esa escala se incorporasen a las obras de los primeros protonacionalistas, desde J. A. B. Horton (1835-1883) y E. W. Blyden (1832-1912) hasta J. M. Sarbah (1864-1910), J. E. Casely-Hayford (1886-1930) y J. B. Danquah (1895-1965), que han tratado numerosas cuestiones históricas, pero las más de las veces con fines de propaganda. Puede ser que J. W. de Graft Johnson (*Towards nationhood in West Africa*, 1928; *Historical geography of the Gold Coast*, 1929) y E. J. P. Brown (*A Gold Coast and Asiante reader*, 1929) pertenezcan a las dos categorías. Pero después de ellos parece que ha habido a veces, en algunos ensayos, una tendencia a glorificar el pasado africano para combatir el mito de la superioridad cultural europea; por ejemplo, en J. O. Lucas, *The Religion of Yoruba* (1949), J. W. de Graft Johnson, *African glory* (1954). Algunos autores europeos han mostrado una tendencia análoga; por ejemplo, Eva L. R. Meyerowitz, en sus libros sobre los akan, intenta atribuirles gloriosos antepasados mediterráneos comparables a los que buscaba Lucas para los yoruba<sup>27</sup>.

Sin embargo, a una escala más reducida, numerosos africanos continuaron anotando tradiciones históricas locales de manera seria y digna de fe. La importancia y profundidad de los contactos con los misioneros cristianos parecen haber desempeñado un papel destacado. Así es como Uganda ha logrado una importante escuela de historiadores locales desde la época de A. Kagwa (cuya primer obra fue publicada en 1906), mientras que, para los países yoruba, R. C. C. Law ha contabilizado 22 historiadores con publicaciones frecuentes antes de 1940<sup>28</sup> —como, por otro lado, los autores ugandeses— en lenguas locales. Una de las obras de esa categoría que ha alcanzado justa celebridad es *A short history of Benin*, de J. U. Egharevba, reeditada muchas veces después de su primera publicación en 1934.

Por otro lado, algunos colonizadores, espíritus inteligentes y curiosos, trataban de encontrar y escribir la historia de aquellos a quienes habían ido a gobernar. Para ellos, la historia africana también presentaba con frecuencia un valor práctico. Los europeos podían ser mejores administradores si tenían algún conocimiento del pasado de los pueblos que habían colonizado. Y además era útil enseñar un poco de historia africana en las escuelas cada vez más numerosas fundadas por ellos y por sus compatriotas misioneros, aunque no fuera más que para servir de introducción a la enseñanza más importante de la historia inglesa o francesa, destinada a permitir a los africanos superar los *school certificates* y los bachilleratos y reclutarlos después como valiosos auxiliares pseudoeuropeos.

<sup>27</sup> *The sacred state of the Akan* (1951); *The Akan traditions of origin* (1952); *The Akan of Ghana: their ancient beliefs* (1958).

<sup>28</sup> R. C. C. Law, *Early historical writing among the Yoruba* (hacia 1940).

Flora Shaw, Harry Johnson, Maurice Delafosse, Yves Urvoy y Richmond Palmer han sido ya mencionados anteriormente. Otros han escrito sobre África obras históricas relativamente exentas de prejuicios culturales, aunque a veces han elegido (ellos o sus editores) títulos curiosos; por ejemplo, Ruth Fisher, *Twilight tales of the black Baganda* (1912); C. H. Stigand, *The land of Zinj* (1913); Sir Francis Fuller, *A vanished dynasty: Ashanti* (1921), completamente en la tradición de Bowdich y Dupuis; E. W. Bovill, *Caravans of the old Sahara* (1933); las numerosas obras eruditas de Charles Monteil (por ejemplo, *Les Empires du Mali*, 1929) o de Louis Tauxier (por ejemplo, *Histoire des Bambara*, 1942). Quizá los franceses hayan logrado un poco mejor que los ingleses escribir una historia realmente africana; algunas de las obras más sólidas de estos últimos tenían una tendencia fuertemente eurocentrista: por ejemplo, *History of the Gold Coast and Ashanti* (1915), de W. W. Claridge, o *History of the Gambia* (1940), de Sir John Gray (pero no algunos de los artículos más recientes del mismo autor sobre África oriental). Conviene advertir también que, después de su retorno a Francia, un cierto número de administradores franceses (por ejemplo, Delafosse, Georges Hardy, Henri Labouret<sup>29</sup>) ha emprendido breves historias generales, bien de todo el continente, bien del conjunto del África al sur del Sáhara.

La explicación se debe en parte al hecho de que la administración colonial francesa tendía a tener estructuras mucho más estrictas para la formación y investigación que la administración británica. Se puede citar la institución (en 1917) del Comité de Estudios Históricos y Científicos de la A. O. F. y de su Boletín, que condujeron al Instituto francés del África Negra, cuyo centro estaba en Dakar (1938), a publicar su *Bulletin* y su serie de *Memoires*, y después obras como el magistral *Tableau géographique de l'Ouest africain au Moyen Age* (1961), de Raymond Mauny. A pesar de todo, los historiadores del período colonial siguieron siendo unos aficionados al margen de la corriente principal de la profesión de historiador. Eso fue tan cierto para Francia como para Gran Bretaña, porque, aunque hombres como Delafosse y Labouret hubieron encontrado cátedras universitarias a su regreso a Francia, fue como profesores de lenguas africanas o de administración colonial, y no como historiadores clásicos.

A partir de 1947, la Sociedad Africana de Cultura y su revista *Présence africaine* trabajaron para la promoción de una historia africana descolonizada. Al mismo tiempo, una generación de intelectuales africanos con dominio de las técnicas europeas de investigación del pasado comenzó a definir su propio enfoque hacia el pasado africano y a buscar en él las fuentes de una identidad cultural negada por el colonialismo. Esos intelectuales han afinado y ampliado, al mismo tiempo, las técnicas de la metodología histórica liberándola de un buen número de mitos y prejuicios subjetivos. Hay que citar a este respecto el coloquio organizado por la UNESCO en El Cairo, en 1974, que ha permitido a investigadores africanos y no africanos confrontar libremente sus puntos de vista sobre el problema de la población del antiguo Egipto.

En 1948, aparecía *History of the Gold Coast*, de W. E. F. Ward. Ese mismo

<sup>29</sup> Maurice Delafosse, *Les Noirs de l'Afrique* (Paris, 1921); Georges Hardy, *Vue générale d'Afrique* (Paris, 1937), Henri Labouret, *Histoire des Noirs d'Afrique* (Paris, 1946).

año se creaba en la Universidad de Londres la cátedra de *lecturer* en Historia africana, en la School of Oriental and African Studies, confiada al doctor Roland Oliver. A partir de esa misma fecha es cuando Gran Bretaña emprendió un programa de desarrollo de las universidades en los territorios que dependían de ella: fundación de centros universitarios en Costa de Oro y Nigeria; promoción a nivel universitario del Gordon College, de Jartum, y del Makerere College, de Kampala. En las colonias francesas y belgas se desarrollaba el mismo proceso. En 1950 se creaba la Escuela Superior de Letras, de Dakar, que se convertirá siete años después en universidad exclusivamente francesa. Lovanium, la primera universidad del Congo (más tarde, Zaire), comenzó a funcionar en 1954.

Desde el punto de vista de la historiografía africana, la multiplicación de las nuevas universidades a partir de 1948 fue más significativa seguramente que la existencia de los pocos centros creados antes, pero que vegetaban por falta de medios; tales eran el Liberia College, de Monrovia, y el Fourah Bay College, de Sierra Leona, fundados respectivamente en 1864 y 1876.

Por otro lado, las nueve universidades que existían en 1940 en Africa del Sur tenían dificultades por la política segregacionista del régimen de Pretoria: la investigación histórica y la enseñanza en esa especialidad eran allí eurocentristas y la historia de Africa se centraba en la de los inmigrantes blancos.

Todas las nuevas universidades, por el contrario, fundaron rápidamente departamentos de historia, lo que por vez primera condujo a los historiadores de profesión a trabajar en Africa en importante número. Era inevitable que, al principio, la mayor parte de esos historiadores proviniesen de universidades no africanas. Pero la africanización intervino rápidamente. El primer director africano de un departamento de historia, el profesor K. O. Dike, fue nombrado en 1956, en Ibadan. Se formaron numerosos estudiantes africanos. Los enseñantes africanos, convertidos en historiadores profesionales, sintieron la necesidad de acrecentar la parte de historia africana en sus programas y, cuando esa historia era demasiado poco conocida, la de explorarla por medio de sus investigaciones.

Desde 1948, la historiografía de Africa se entronca progresivamente con la de cualquier otra parte del mundo. Ciertamente, tiene sus propios problemas, como la escasez relativa de fuentes escritas para los períodos antiguos, y, por consiguiente, la necesidad de desarrollar otras fuentes, como las tradiciones orales, la lingüística o la arqueología.

Pero, aunque la historiografía africana ha aportado importantes contribuciones en materia de utilización e interpretación de esas fuentes, no se distingue fundamentalmente de la de otros países del mundo (América Latina, Asia y Europa) que están enfrentadas a problemas análogos. Además, la procedencia de los materiales no es lo esencial para el historiador, cuya tarea fundamental consiste en el uso crítico y comparativo de los testimonios, para crear una descripción inteligente y significativa del pasado. Lo importante, es que, desde hace veinticinco años, equipos universitarios africanos se hayan dedicado a la profesión de historiador. El estudio de la historia africana es ahora una actividad bien provista de especialistas de alto nivel. Su desarrollo ulterior estará asegurado gracias a los cambios interafricanos y a las relaciones entre las universidades de Africa y las del resto del mundo. Pero hay que subrayar que esa evolución positiva

hubiera sido imposible sin el proceso de liberación de Africa del yugo colonial: el levantamiento armado de Madagascar en 1947, la independencia de Marruecos en 1955, la guerra heroica del pueblo argelino y las luchas de liberación en todas las colonias de Africa han contribuido así poderosamente a ese proceso, porque les creaban a los pueblos africanos la posibilidad de reemprender el contacto con su propia historia y de organizar su control. La UNESCO comprendió muy pronto esta necesidad. Ha suscitado o favorecido los encuentros entre especialistas, y ha planteado con razón, como acto previo, la recogida sistemática de las tradiciones orales. Respondiendo a los deseos de los intelectuales y los Estados africanos, lanzó desde 1966 la idea de la redacción de una Historia General de Africa. La realización concreta de ese considerable proyecto se ha emprendido, a partir de 1969, bajo su égida.



## Capítulo 2

# LUGAR DE LA HISTORIA EN LA SOCIEDAD AFRICANA

BOUBOU HAMA y J. KI-ZERBO

El hombre es un animal histórico. El hombre africano no escapa a esa definición. Como en cualquier otra parte, hace su historia y se ha formado una idea de esa historia. En el plano de los hechos, las obras y las pruebas de capacidad creadora están ahí ante nuestros ojos, en forma de prácticas agrarias, recetas culinarias, tratamientos de farmacopea, derechos consuetudinarios, organizaciones políticas, producciones artísticas, celebraciones religiosas y etiquetas refinadas. Desde la aparición de los primeros hombres, los africanos han creado a través de milenios una sociedad autónoma que por su sola vitalidad da testimonio del genio histórico de sus autores. Esa historia engendrada en la práctica ha sido, en tanto que proyecto humano, concebida *a priori*. Es también reflexiva e interiorizada *a posteriori* por los individuos y las colectividades. Y de este modo se convierte, en realidad, en un marco de pensamiento y de vida: un «modelo».

Mas al ser la conciencia histórica el reflejo de cada sociedad, e incluso de cada fase significativa en la evolución de cada sociedad, se comprenderá que la concepción que tienen los africanos de su historia y de la historia en general, lleva la marca de su desarrollo singular. El solo hecho del aislamiento de las sociedades basta para condicionar estrechamente la visión histórica. Por eso, el rey de los mossi (Alto Volta) llevaba el título de Mogho-Naba, es decir, el rey del mundo, lo que ilustra perfectamente la influencia de las coacciones técnicas y materiales sobre la idea que se tiene de las realidades sociopolíticas. Así es como se puede constatar que el tiempo africano es a veces un tiempo mítico y social, pero también que los africanos son conscientes de ser los agentes de su propia Historia. En fin, se verá que ese tiempo africano es un tiempo realmente histórico.

### TIEMPO MITICO Y TIEMPO SOCIAL

A primera vista, y tras la lectura de numerosas obras etnológicas, se tiene la idea de que los africanos estaban inmersos y como ahogados en el tiempo mítico,

vasto océano sin orillas y sin punto de referencia, mientras que los otros pueblos recorrían la avenida de la Historia, inmenso eje jalonado por las etapas del progreso. En efecto, el mito, la representación fantástica del pasado, domina frecuentemente el pensamiento de los africanos en su concepción del desarrollo de la vida de los pueblos. Hasta tal punto que, a veces, la opción y el sentido de los acontecimientos reales debían obedecer a un «modelo» mítico que predeterminaba hasta los gestos más prosaicos del soberano o del pueblo. Bajo el contenido de «costumbres» procedentes de un más allá del tiempo, el mito gobernaba así la Historia, a la que, por otra parte, estaba encargado de justificar. En un contexto semejante aparecen dos características sorprendentes del pensamiento histórico: su intemporalidad y su dimensión esencialmente social.

En esa situación, en efecto, el tiempo no es la duración que da ritmo a un destino individual. Es el ritmo respiratorio de la colectividad. No es un río que corre en sentido único partiendo de una fuente conocida hasta una desembocadura también conocida. En los países técnicamente desarrollados, incluso los cristianos establecen una clara demarcación entre «el fin de los tiempos» y la eternidad. Eso puede ser porque el Evangelio opone claramente este mundo transitorio y el mundo futuro, pero también porque, por ese sesgo y por otras muchas razones, el tiempo humano está prácticamente laicizado. Ahora bien, el tiempo africano tradicional generalmente engloba e integra la eternidad hacia arriba y hacia abajo. Las generaciones pasadas no están perdidas para el tiempo presente. Ellas siempre siguen siendo, a su manera, contemporáneas y tan influyentes, si no más, que cuando vivían. En esas condiciones, la causalidad se ejerce, por supuesto, de arriba abajo, del pasado hacia el presente y del presente hacia el futuro, no únicamente por mediación de los hechos y del pensamiento de los acontecimientos transcurridos, sino por una irrupción directa que puede ejercerse en todos los sentidos. Cuando el emperador de Malí, Kankou Moussa (1312-1332), envió un embajador al rey de Yatenga para pedirle que se convirtiese al Islam, el jefe Mossi respondió que tenía que consultar primero a sus antepasados antes de tomar una decisión semejante. Se ve aquí cómo el pasado, por mor del culto, es un calco directo sobre el presente, estando constituidos los antepasados en gerentes directos privilegiados de los asuntos que suceden en siglos posteriores a ellos. Asimismo, en la corte de numerosos reyes, funcionarios intérpretes de los sueños ejercían un peso considerable en la acción política proyectada. Esos exegetas del sueño eran, en suma, ministros del futuro. Se cita el caso del rey de Ruanda, Mazimpaka Yuhí III (finales del siglo XVII), que vio en sueños a hombres de tez clara que venían del Este. Tomó entonces arcos y flechas, pero, antes de lanzarlas contra ellos, las proveyó de plátanos maduros. La interpretación de esta actitud, a la vez agresiva y acogedora, ambigua en suma, inyectó una imagen favorecida en la conciencia colectiva de los ruandeses, sin que quizá sea extraña a la actitud poco combativa de ese pueblo, sin embargo aguerrido, frente a las columnas alemanas del siglo XIX, asemejadas a los rostros pálidos vistos en el sueño real dos siglos antes. En un tiempo semejante «suspendido», es incluso posible la acción del presente sobre lo que se considera pasado, pero que sigue siendo en realidad contemporáneo. La sangre de los sacrificios de hoy reconforta a los antepasados de ayer. Y hasta en nuestros días, algunos africanos exhortan a

sus parientes a no olvidar las ofrendas en nombre de los padres muertos, porque aquellos que no reciben nada constituyen la clase pobre de ese mundo paralelo de los difuntos y están obligados a vivir de los subsidios de los privilegiados que son objeto de generosos «sacrificios» hechos en su nombre.

Más profundamente aún, algunas cosmogonías registran en la cuenta de un tiempo mítico progresos realizados en un tiempo histórico que, al no ser percibido como tal por cada individuo, es sustituido por la memoria ahistórica del grupo. De ese modo procede la leyenda Gikuyu que da cuenta de la llegada de la técnica del hierro. Mogai (Dios) había repartido los animales entre hombres y mujeres. Pero a éstas, por haber sido demasiado duras, sus bestias se les escaparon, convirtiéndose en salvajes. Los hombres intercedieron entonces ante Mogai en favor de sus mujeres diciendo: «Para honrarte queremos sacrificar un cordero, pero no podemos hacerlo con un cuchillo de madera para no incurrir en los mismos peligros que nuestras mujeres». Mogai les felicitó entonces por su sabiduría y, para dotarlos de armas más eficaces, les enseñó la receta de la fundición del hierro.

Esa concepción mítica y colectiva era tal que el tiempo se convertía en un atributo de la soberanía de los líderes. El rey Shilluk era el depositario mortal de un poder inmortal porque totalizaba en sí mismo el tiempo mítico (encarna al héroe fundador) y el tiempo social considerado como fuente de la vitalidad del grupo. Asimismo, entre los bafuleros del Zaire oriental, como en Bunyoro (Uganda) o entre los mossi (Alto Volta), el jefe es el pilar del tiempo colectivo: «El Mwami está presente: el pueblo vive. El Mwami está ausente: el pueblo muere». La muerte del rey es una ruptura del tiempo que detiene las actividades, el orden social, toda expresión de la vida, desde la risa hasta la agricultura, y la unión sexual de los animales o de las personas. El interregno es un paréntesis en el tiempo. Sólo la llegada de un nuevo rey recrea al tiempo social que se reanima y se instala de nuevo. Todo es omnipresente en ese tiempo intemporal del pensamiento en que la parte representa y puede significar el todo; como los cabellos y las uñas que se cuida de que lleguen a caer entre las manos de un enemigo por miedo de que se adueñe de la persona misma.

En efecto, hay que elevarse hasta la concepción general del mundo para comprender la visión y la significación profunda del tiempo entre los africanos. Se verá entonces que, en el pensamiento tradicional, el tiempo que cae bajo los sentidos no es más que un aspecto de otro tiempo vivido por otras dimensiones de la persona. Cuando llega la noche, el hombre se tiende sobre su estera o su lecho para dormir; es el momento que elige su doble para partir, para rehacer el camino que el hombre ha seguido durante la jornada, para frecuentar los lugares que él ha frecuentado y para volver a hacer los gestos y trabajos que él ha realizado conscientemente durante la vida diurna. En el curso de esas peregrinaciones es cuando el doble se enfrenta a las fuerzas del Bien y del Mal, tanto a los buenos genios como a los brujos comedores de dobles o «cerko» (en lengua songhai y zarma). En su doble reside la personalidad de alguien. El songhai dice de un hombre que su bya (doble) es pesado o ligero para significar que su personalidad es fuerte o frágil: los amuletos tienen por finalidad proteger y reforzar al doble. Lo ideal es llegar a confundirse con su doble, a fundirse en él hasta no formar más que

2/11/15



● *Estatuilla de bronce que representaba el poder dinástico de los Songhay (Tera Níger), cl. A. SALIFOU.*

una sola entidad que accede entonces a un grado de sabiduría y fuerza sobrehumanas. Sólo el gran iniciado, el maestro (kortékonyü, zimaa), llega a ese estado en que tiempo y espacio no constituyen ya obstáculos. Este era el caso de SI, el antepasado epónimo de la dinastía: «Horroroso está el padre de los SI, el padre de los truenos. Cuando tiene una caries, es que come gravilla; cuando tiene conjuntivitis, en ese momento, deslumbrante, enciende el fuego. Con sus grandes pasos recorre a zancadas la tierra. El está en todas partes y en ninguna».

2- El tiempo social, la Historia así vivida por el grupo, acumula un poder que la mayor parte del tiempo es simbolizado y concretizado en un objeto transmitido a su sucesor por el patriarca, el jefe del clan o el rey. Ese objeto puede ser una bola de oro conservada en un tobal (tambor de guerra) y asociado a unos elementos arrancados al cuerpo del león, del elefante o de la pantera. Ese objeto puede estar encerrado en una caja o en una jaula como las regalías (tibo) del rey mossi... Entre los songhai-zarma es una varilla de hierro acerado con una punta. Entre los sorko del antiguo imperio de Gao era un ídolo que tenía la forma de un gran pez provisto de un anillo en la boca. Entre los herreros es una fragua mítica que a veces enrojece la noche para expresar su ira. El traspaso de esos objetos constituía la devolución jurídica del poder. El caso más curioso es el de los sonianké, descendientes de Sonni Ali, que disponen de cadenas de oro, de plata o de cobre en las que cada eslabón representa un antepasado, significando el conjunto la línea dinástica hasta Sonni el Grande. En el curso de ceremonias mágicas, esas cadenas magníficas son regurgitadas ante un público boquiabierto. En el momento de morir, el patriarca sonianké regurgita por última vez la cadena y hace que la trague por el otro extremo aquel que ha elegido como sucesor. Muere inmediatamente después de haber entregado su cadena al que ha de sucederle. Ese testamento en actos ilustra elocuentemente la fuerza de la concepción africana del tiempo mítico y del tiempo social. Se ha podido pensar que semejante visión del proceso histórico era estático y estéril en la medida en que, colocando la perfección del arquetipo del pasado en el principio de los tiempos, parece asignar como ideal a la cohorte de las generaciones la repetición estereotipada de los gestos y de las gestas del Antepasado. ¿El mito no sería el motor de una Historia inmóvil? Veremos que no es posible limitarse únicamente a ese solo enfoque del pensamiento histórico entre los africanos.

Por otra parte, la aproximación mítica —es preciso reconocerlo— existe en el origen de la historia de todos los pueblos. Toda historia en el origen es una historia santa. E incluso esa aproximación acompaña al desarrollo histórico para reaparecer de tiempo en tiempo bajo formas monstruosas o maravillosas. Tal es el mito nacionalista que hace que tal jefe de Estado contemporáneo célebre se dirija a su país como a una persona viva. Mientras que, bajo el régimen nazi, el mito de la raza, concretado por medio de rituales procedentes del fondo de los tiempos, movilizaba a millones de personas hacia los holocaustos que ya conocemos.

## ¿TIENEN CONCIENCIA LOS AFRICANOS DE QUE SON ELLOS LOS AGENTES DE SU HISTORIA?

Ciertamente, desde hace algunos siglos, el hombre africano tiene múltiples razones para no ser ya el centro de una conciencia responsable. Demasiadas imposiciones exteriores alienantes lo han domesticado para que, incluso cuando se encontraba lejos de la costa de los esclavos y de la capital del departamento donde reinaba el comandante blanco, haya recibido en un rincón cualquiera de su espíritu la marca aniquiladora del esclavo.

Asimismo, en el período precolonial, numerosas sociedades africanas elementales, casi cerradas, dan la impresión de que sus miembros no tenían conciencia de hacer la historia más que a una escala y en una medida muy limitada, frecuentemente en la dimensión de la gran familia y en el marco de una jerarquía consuetudinaria gerontocrática, rigurosa y pesada. Sin embargo, quizá sobre todo a ese nivel incluso, el sentimiento de la autorregulación comunitaria y de la autonomía era vivo y potente. El campesino lobi y kabyé en su aldea, cuando era «dueño de su choza»<sup>1</sup>, tenía el sentimiento de dominar ampliamente su propio destino. La mejor prueba es que en esas regiones de «anarquía» política, en las que el poder era la cosa del mundo mejor repartida, los invasores, y en particular los colonizadores, tuvieron muchas dificultades para imponerse. El amor a la libertad era aquí la prueba misma del gusto por la iniciativa y del disgusto por la alienación.

En las sociedades fuertemente estructuradas, por el contrario, la concepción africana del jefe da a este último una importancia exorbitante en la historia de los pueblos en que él encarna literalmente el proyecto colectivo. Uno no se sorprenderá entonces de comprobar que la tradición traza de nuevo toda la historia original de los malinké en *La Louange à Soundjata*. Lo mismo ocurre en Sonni Ali entre los songhai del meandro del Níger. Eso no expresa en modo alguno un condicionamiento «ideológico» que destruya el espíritu crítico, aunque, en unas sociedades en que la vía oral es el único canal de información, las autoridades que controlan una sólida red de griots disponían casi de un monopolio para la difusión de la «verdad» oficial. Pero los griots no constituían un cuerpo monolítico y «nacionalizado».

Por otro lado, la historia más reciente del Africa precolonial demuestra que el lugar reservado a los líderes africanos en las representaciones mentales de las gentes, no está sin duda sobrestimado. Tal es el caso de Chaka, que ha forjado verdaderamente la «nación» zulú en el fragor de los combates. Lo que los testimonios escritos y orales permiten conocer de la acción de Chaka ha debido producirse en muchas ocasiones en el curso del desarrollo histórico africano. La constitución de los clanes mandé remonta —se nos dice— a Soundjata; y la acción de Osei Tutu como la de Anokye en la formación de la «nación» Ashanti, parece ser a la medida de la idea que de ella los ashanti tienen hasta en nuestros

<sup>1</sup> La expresión bambara «so-tigui», equivalente, en una escala inferior, al dougou-tigui (jefe de aldea), dyamani-togui (jefe de cantón) y kélé-tigui (general en jefe) expresa claramente la fuerza de esa autoridad.

días. Tanto más cuanto que la idea del líder motor de la Historia casi nunca se reduce a un esquema simplista que acredite a un solo hombre de todo el desarrollo humano. Casi siempre se trata de un grupo dinámico tenido como tal. Los compañeros de los jefes no están olvidados, incluso los de condición inferior (griots, portavoces, criados). Con frecuencia ellos entran en la historia como héroes.

La misma observación vale para las mujeres, que, contrariamente a lo que se ha dicho y repetido hasta la saciedad, ocupan en la conciencia histórica africana un lugar sin duda más importante que en otras partes. En las sociedades de régimen matrilineal eso se comprende fácilmente. En Wanzarba, cerca de Tera (Níger), donde la sucesión a la jefatura era matrilineal, los franceses del período colonial, para alinear a los habitantes de esa aldea contra las demás aldeas songhai, habían nombrado a un héroe para mandar esa aglomeración. Pero los sonianké<sup>2</sup> no por eso dejaron de conservar a su kassey (sacerdotisa) que continúa hasta nuestros días asumiendo la responsabilidad del poder espiritual. En otras partes también las mujeres aparecen en público como desempeñando un papel de primerísimo plano en la evolución histórica de los pueblos. Hijas, hermanas, esposas y madres de reyes, como esa asombrosa Luedji, que fue todo eso sucesivamente y mereció el título de Swana Mulunda (madre del pueblo lunda), estaban bien dispuestas para influir sobre los acontecimientos. La célebre Amina, que, en los países hawsa, conquistó en el siglo XV en favor de Zaria tantas tierras y ciudades que llevan todavía su nombre, no es más que otro modelo entre millares de la idea de su autoridad histórica que las mujeres han sabido dar a las sociedades africanas, idea que sigue viviente en Africa tras el papel desempeñado por la mujer en la guerra de Argelia y en los partidos políticos durante la lucha nacionalista por la independencia al sur del Sáhara. Es verdad que la mujer africana es utilizada también para el placer y la decoración, como nos lo demuestran las que aparecieron emperifolladas de telas de importación en torno al rey de Dahomey presidiendo una fiesta habitual. Pero en el mismo espectáculo participaban las Amazonas, punta de lanza de las tropas reales contra Oyo y contra los invasores colonialistas en la batalla de Cana (1892). Por su participación en las faenas del campo, en el artesanado y en el comercio, por su influencia sobre sus hijos, ya sean príncipes o campesinos, y por su vitalidad cultural, las mujeres africanas siempre han sido consideradas como actrices eminentes de la historia de los pueblos. Allí siempre ha habido —y continúa habiendo— batallas para o por las mujeres. Porque éstas han desempeñado frecuentemente el papel reservado a la astucia o a la traición por medio de la seducción. Como en el caso de la hermana de Soundjata o de mujeres enviadas por el rey de Ségou Da Monzon ante sus enemigos. A pesar de una separación aparente en las reuniones públicas, cada uno sabe en Africa que la mujer está omnipresente en la evolución. La mujer es la vida. Y también la promesa de expansión de la vida. Por ella, además, diferentes clanes consagran sus alianzas. Poco locuaz en público, ella hace y deshace los acontecimientos en el secreto de su choza. La opinión pública

<sup>2</sup> En ese clan, el poder se transmite «por la leche», aunque se admite que el vínculo de la sangre contribuye a reforzarlo. Pero, entre los cerko, el poder únicamente se transmite por vía de leche. //

formula este punto de vista en el proverbio «las mujeres pueden estropearlo todo, pero también pueden arreglarlo todo».

En resumen, todo sucede como si en Africa la permanencia de las estructuras elementales de las comunidades básicas a través del movimiento histórico hubiera conferido a todo el proceso un carácter popular muy importante. La débil envergadura de las sociedades ha hecho de la historia un asunto de todo el mundo. Pese a la mediocridad técnica de los medios de comunicación (aunque el tam-tam asegurase la telecomunicación de aldea en aldea), la débil amplitud del espacio histórico estaba a la medida de la aprehensión mental de cada uno. De aquí la inspiración «democrática» incontestable que anima la concepción de la Historia de los africanos en la mayor parte de los casos. Cada uno tenía el sentimiento de contar y de poder sustraerse, en última instancia, a la dictadura, aunque sólo fuera escapándose, llegado el caso, para refugiarse en el espacio disponible. El propio Chaka lo experimentó al final de su carrera. Ese sentimiento de hacer la Historia, incluso a escala del microcosmos aldeano, y el sentimiento de ser solamente una molécula en la corriente histórica creada en la cima por el rey asimilado a un demiurgo, son muy importantes para el historiador. Porque por sí mismos constituyen hechos históricos y contribuyen, a su vez, a crear la historia.

## EL TIEMPO AFRICANO ES UN TIEMPO HISTORICO

Pero ¿se puede considerar el tiempo africano como un tiempo histórico? Algunos lo niegan sosteniendo que el africano sólo concibe el mundo como una reedición estereotipada de lo que fue. El africano, pues, no sería más que un incorregible discípulo del pasado repitiendo al primero que llega: «Así es como nuestros antepasados lo han hecho», para justificar todos sus hechos y hazañas. Si eso fuera así, Ibn Battūta no hubiera encontrado en lugar del Imperio de Malí más que unas comunidades prehistóricas viviendo en unos refugios excavados en rocas y a hombres vestidos con pieles de animales. El propio carácter social de la concepción africana de la Historia le da una dimensión histórica incontestable, porque la Historia es la vida creciente del grupo. Ahora bien, a este respecto se puede decir que para el africano el tiempo es dinámico. Ni en la concepción tradicional ni en la visión islámica que influenciará a Africa, el hombre es el prisionero de un pataleo estático o de una repetición cíclica. Desde luego, en ausencia de la idea del tiempo matemático y físico contabilizado por adición de unidades homogéneas y medido por instrumentos confeccionados a ese efecto, el tiempo sigue siendo un elemento vivido y social. Pero en ese contexto no se trata de un elemento neutro ni indiferente. En la concepción global del mundo, entre los africanos, el tiempo es el lugar donde el hombre puede, sin cesar, proceder a la lucha contra la decadencia y en pro del desarrollo de su energía vital. Tal es la dimensión principal del «animismo»<sup>3</sup> africano en que el tiempo es la estacada y el mercado donde se enfrentan o negocian las fuerzas que atormentan al mundo.

<sup>3</sup> El «animismo», o mejor aún, la religión tradicional africana, se caracteriza por el culto a Dios y a las fuerzas de los espíritus intermediarios.



Defenderse contra toda disminución de su ser, acrecentar su salud, su forma física, la dimensión de sus campos, la magnitud de sus rebaños, el número de sus hijos, de sus mujeres, de sus aldeas, tal es el ideal de los individuos, como el de las colectividades. Y esa concepción resulta incontestablemente dinámica. Los clanes Cerko y Soniánké (Níger) son antagonistas. El primero, que representa el pasado y trata de reinar sobre la noche, ataca a la sociedad. El segundo, por el contrario, es dueño del día; representa al presente y defiende a la sociedad. Ese simbolismo, por sí solo, es elocuente. Pero he aquí una estrofa significativa de la invocación mágica entre los songhai:

*Eso no es de mi boca;  
eso es de la boca de A  
que lo ha dado a B  
que lo ha dado a C  
que lo ha dado a D  
que lo ha dado a E  
que lo ha dado a F  
que me lo ha dado a mí.  
Que lo mío sea mejor en mi boca  
que en la de los ancianos.*

Existe así en el africano la voluntad constante de apelar al pasado que constituye para él como una justificación. Pero esa invocación no significa el inmovilismo y no contradice la ley general de la acumulación de las fuerzas y del progreso. De aquí la fórmula: «Que lo mío sea mejor en mi boca que en la de los ancianos».

El poder en África negra se expresa frecuentemente mediante una palabra que significa «la fuerza»<sup>4</sup>. Esa sinonimia señala la importancia que los pueblos africanos conceden a la fuerza, cuando no a la violencia, en el desarrollo de la Historia. Pero no se trata simplemente de la fuerza material bruta. Se trata de la energía vital que integra una polivalencia de fuerzas, las cuales van desde la integridad física hasta la suerte y la integridad moral. El valor ético se considera, en efecto, como una condición sine qua non del ejercicio benéfico del poder. De esa idea da prueba la sabiduría popular que en numerosos cuentos saca a relucir a jefes despóticos finalmente castigados, y de ello extrae literalmente la moraleja de la historia. El *Ta'rikh-al-Sūdān* y el *Ta'rikh-el-Fattāsh* no ahorran elogios sobre los méritos de al-Hāj-Askīya Muḥammad. Es verdad que estaban materialmente interesados en eso, pero ponen sistemáticamente en relación las virtudes de ese príncipe con su «fortuna». Así piensa también Bello Muḥammad, quien invita a Yacouba Baoutchi a meditar sobre la historia del imperio Songhai: gracias a su justicia es como Askīya Muḥammad no sólo ha mantenido, sino que ha reforzado la herencia de Soonī Ali. Y cuando los hijos de Askīya se han apartado de la justicia del Islam, es cuando su imperio se ha dislocado fraccionándose en múltiples principados impotentes.

<sup>4</sup> Fanga (en bambara), panga (en moré), pan (en samo).

Para los hijos de Usman dan Fodio, el mismo principio rige con vistas a su propio gobierno: «Echa una mirada al pasado, a todos aquellos de antaño que han mandado antes de nosotros... Antes de nosotros existían dinastías milenarias en el país hawsa, en el que numerosos pueblos habían adquirido grandes poderes que se han derrumbado porque se habían alejado de su base organizada en la justicia y de sus costumbres y tradiciones, alteradas por la injusticia. Para durar, por lo que se refiere a nosotros, nuestra fuerza debe ser la fuerza de la verdad y del Islam. Para nosotros, el hecho de haber matado a Yunfá<sup>5</sup>, de haber destruido la obra de Nafata<sup>5</sup>, de Abarchi<sup>5</sup> y de Bawa Zangorzo<sup>5</sup> puede impresionar a las generaciones actuales más allá incluso de la influencia del Islam. Pero las que vengan después de nosotros no se darán cuenta ya de todo eso: nos juzgarán por el valor de la organización que nosotros les hayamos dejado, por la fuerza permanente del Islam que nosotros hayamos establecido, y por la verdad y la justicia que hayamos sabido imponer en el Estado».

Esa visión elevada del papel de la ética en la Historia no proviene solamente de las convicciones islámicas del líder de Sokoto. También en los medios «animistas» existe la idea de que el orden de las fuerzas cósmicas puede ser perturbado por artimañas inmorales, y de que ese desequilibrio sólo puede ser perjudicial a su autor. Esta visión del mundo en que valores y exigencias étnicas forman parte integrante de la ordenación misma del mundo puede aparecer como mítica. Pero ejercía una influencia objetiva sobre los comportamientos de los hombres y singularmente sobre numerosos líderes políticos africanos. En ese sentido, se puede decir que, si la Historia es con frecuencia justificación del pasado, es también exhortación para el futuro. En los sistemas preestatales, la autoridad moral garante o rectificadora eventualmente de la conducta en los asuntos públicos era asumida por unas sociedades especializadas, a veces secretas, como el *lo* del pueblo Senoufo, o el *poro* de la Alta Guinea. Esas sociedades constituían frecuentemente poderes paralelos encargados de desempeñar el papel de recurso desde fuera del sistema establecido. Pero acababan a veces por sustituir clandestinamente al poder constituido. Y aparecían entonces ante las gentes como centros ocultos de decisión, confiscando al pueblo la empresa de su propia Historia. En el mismo tipo de sociedades, la organización en clases de edades es una estructura de primera importancia para la conducta de la historia del pueblo. Esa estructura, en la medida en que está establecida según una conocida periodicidad, permite remontarse en la historia de los pueblos hasta el siglo XVIII. Pero cumplía también un papel específico en la vida de las sociedades. En efecto, incluso en las colectividades rurales sin innovación técnica mayor y, por consiguiente, bastante estables, los conflictos de generaciones no estaban ausentes. Importaba, pues, hacerse cargo de ellas, por así decirlo, ordenando el flujo de las generaciones y estructurando las relaciones entre ellas para evitar que degenerasen en enfrentamientos violentos por brusca mutación. La generación comprometida en la acción delega a uno de sus miembros ante la generación de los jóvenes que la sigue inmediatamente. El papel de ese adulto no es calmar la impaciencia de esos jóvenes, sino la de canalizar la fogsidad irreflexiva que podría ser nefasta al

<sup>5</sup> Príncipes de Gobir.

conjunto de la colectividad, y en todo caso prepararía mal a los interesados para asumir sus responsabilidades públicas<sup>6</sup>.

La conciencia del tiempo pasado era muy viva entre los africanos. Ese tiempo que pesa sobre el presente no anula, sin embargo, el dinamismo de éste, como lo prueban numerosos proverbios. La concepción del tiempo tal como se la descubre en las sociedades africanas no es, ciertamente, inherente o consustancial a una clase de «naturaleza» africana. Esa es la señal de una fase en el desarrollo económico y social. Como prueba, están las diferencias flagrantes que se advierten incluso hoy día entre el tiempo-dinero de los ciudadanos africanos y el tiempo tal como lo consideran sus contemporáneos y compañeros del campo. Lo esencial es que esté presente la idea de desarrollo a partir de orígenes investigados. Incluso bajo la envoltura de los cuentos y leyendas o el significado de los mitos, se trata de un esfuerzo para racionalizar el desarrollo social. A veces se han realizado incluso esfuerzos aún más positivos para emprender el cálculo del tiempo histórico. Este puede ir unido al espacio, como cuando se habla del tiempo de dar un paso para calificar una duración mínima. Puede ir unido a la vida biológica, como el tiempo de una inspiración o expiración. Pero frecuentemente va unido a factores exteriores al hombre individual, a los fenómenos cósmicos, climáticos y sociales, por ejemplo, sobre todo cuando ellos son recurrentes. En las sabanas sudanesas se cuenta generalmente la edad entre los adeptos de las religiones tradicionales africanas por el número de estaciones de lluvias. Para decir que un hombre está entrado en años, se dice corrientemente bien el número de estaciones de lluvias que ha vivido él, bien, de una manera más elíptica, que «ha bebido mucha agua».

Sistemas de cómputo más perfeccionados han sido puestos a veces en práctica<sup>7</sup>. Pero el paso decisivo sólo será dado en ese terreno por la utilización de la escritura. Aunque la existencia de una clase letrada no garantiza en modo alguno la toma de conciencia en todo el pueblo de una historia colectiva, al menos permite jalonar el flujo histórico con puntos de referencia que organizan su curso.

Por otro lado, el acceso a las religiones monoteístas, ancladas en una historia determinada, ha contribuido a reforzar la representación del pasado colectivo con «modelos» que aparecen frecuentemente afilegranados en los relatos. Por ejemplo, en forma de relaciones arbitrarias de las dinastías en las fuentes del Islam, cuyos valores e ideales servirán a los profetas negros para turbar el curso de las cosas en su país de origen. Pero la conmoción del tiempo se opera, sobre todo, por la entrada en el universo del rendimiento económico y de la acumulación monetaria. Sólo entonces el sentido del tiempo individual y colectivo se transforma por la

<sup>6</sup> Por ejemplo, entre los alladian de Moosou (cerca de Abidjan), la organización por generaciones (en número de cinco, «reinando» cada una nueve años) sigue en vigor incluso para las tareas de tipo «moderno»: construcción, festejos por un diploma o un ascenso...

<sup>7</sup> Ivor Wilks observa así, al criticar el libro de D. P. Henige, *The chronology of oral tradition: quest for a chimera*, que los akan (fanti, ashanti...) disponían de un sistema de calendario complejo, con la semana de siete días, el mes de seis semanas y el año de nueve meses, ajustado periódicamente al ciclo solar según un método aún no aclarado por completo. «Era posible, pues, en el marco del calendario akan, referirse, por ejemplo, al día 18 del cuarto mes del tercer año del reinado del ashantihena Osei Bonsu». Método de datación aún corriente en los países europeos en el siglo XVIII y hasta en el XIX.

Cf. I. Wilks, 1975, págs. 279 y sigts.

aculturización de los esquemas mentales en vigor en los países que influncian económica y culturalmente a los africanos. Estos descubren entonces que con frecuencia es el dinero el que hace la Historia. El hombre africano, tan próximo a su Historia que tenía la impresión de forjarla él mismo en unas microsociedades, se enfrenta entonces, a la vez, al peligro de una gigantesca alienación y a la oportunidad de ser coautor del progreso global.

!?

## Capítulo 3

# TENDENCIAS RECIENTES DE LAS INVESTIGACIONES HISTORICAS AFRICANAS Y CONTRIBUCION A LA HISTORIA EN GENERAL

*P. D. CURTIN*

La finalidad de este volumen y de los volúmenes posteriores es dar a conocer el pasado de Africa tal como lo ven los africanos. Es una justa perspectiva, quizá la única manera de acceder a un esfuerzo internacional; es también la más aceptada entre los historiadores de Africa, tanto en el continente como en ultramar. Para los africanos, el conocimiento del pasado de sus propias sociedades representa una toma de conciencia de sí, indispensable para el establecimiento de su identidad en un mundo moviente y diverso. También, lejos de ser considerada como una costosa fantasía apta para dejar a un lado hasta aquello que está en poder de los elementos más urgentes del desarrollo, la resurrección de la historia de Africa se ha mostrado, en el transcurso de las últimas décadas, como un elemento esencial del desarrollo africano. Por eso, en Africa y en otras partes, la principal preocupación de los historiadores ha sido superar los vestigios de la historia colonial y reconciliarse con la experiencia histórica de los pueblos africanos. Otros capítulos y volúmenes tratarán de esos reencuentros, de la historia en tanto que tradición viviente y constante expansión, y del papel de los conocimientos históricos en la elaboración de nuevos sistemas de educación para uso del Africa independiente. Este capítulo tratará de la significación, desde fuera, de la historia de Africa; primero, según la comunidad internacional de los historiadores y, después, lo que significa para el conjunto del gran público culto.

El hecho de que la historia de Africa haya sido lamentablemente desdeñada hasta los años 1950 no es, en el terreno de los estudios históricos, más que uno de los síntomas de un fenómeno más vasto. Africa no es la única en conseguir de la época colonial una herencia intelectual que es conveniente que trascienda. En el siglo XIX, los europeos han conquistado y subyugado a la mayor parte de Asia, mientras que, en la América tropical, el subdesarrollo y la dominación ejercida por los europeos de ultramar sobre las poblaciones afroamericanas e indias han reproducido las condiciones del colonialismo allí mismo donde un grupo de

Estados independientes firmaban las convenciones del derecho internacional. En el siglo XIX y a comienzos del XX, la marca del régimen colonial sobre los conocimientos históricos falsea las perspectivas en favor de una concepción europeo-centrista de la historia del mundo, elaborada en la época de la hegemonía europea. Desde entonces, esa marca se ha difundido por todas partes gracias a los sistemas educativos instituidos por los europeos en el mundo colonial. Allí donde jamás los europeos habían dominado, sus conocimientos, incluidos los aspectos de la historiografía europeo-centrista, frecuentemente sentaban cátedra como consecuencia de su modernismo.

Hoy día, esa visión europeo-centrista del mundo casi ha desaparecido de las mejores obras históricas recientes, pero está todavía en vigor entre numerosos historiadores y en el gran público, tanto occidental como no occidental<sup>1</sup>. Esa persistencia proviene de lo que generalmente «enseñaba la historia» en la escuela, y de que ya no había ocasión de revisar los datos adquiridos. Los propios historiadores especializados en la investigación sufren grandes dificultades por someterse al hecho de los descubrimientos extranjeros en el campo de sus actividades. Con respecto a las últimas investigaciones, los manuales llevan un retraso de diez a veinte años, mientras que las obras de historia general conservan frecuentemente los caducos prejuicios de unos conocimientos anticuados. Ninguna interpretación nueva, ningún elemento nuevo adquiere derecho de ciudadanía sin lucha.

A pesar del tiempo que separa el descubrimiento de la vulgarización, los estudios de historia atraviesan, en su conjunto, una doble revolución. Iniciada poco después de la Segunda Guerra Mundial, no ha terminado todavía. Se trata, por una parte, de la transformación de la historia partiendo de la crónica para desembocar en una ciencia social que se ocupa de la evolución de las sociedades humanas, y, por otra, de la sustitución de los prejuicios nacionales mediante una visión más amplia.

Hacia esas nuevas tendencias se han dirigido las aportaciones venidas de todos lados: de la Europa misma, de historiadores de la nueva escuela en África, Asia y América Latina, de los europeos de ultramar, de América del Norte y de Oceanía. Sus esfuerzos para ampliar el marco de la historia se han aplicado simultáneamente sobre pueblos y regiones hasta entonces desdeñados, así como sobre ciertos aspectos de la experiencia humana anteriormente sepultados bajo las concepciones tradicionales y estrechas de la historia política y militar. En ese contexto, el mero acontecimiento de la historia africana constituía en sí un valioso concurso; pero eso podía simplemente conducir a añadir a otras una nueva historia particularista, válida en sí y susceptible de ayudar al desarrollo de África, pero no a aportar a la historia del mundo la más elocuente de las contribuciones.

No es dudoso que el chauvinismo haya sido uno de los rasgos más profundamente marcados de la antigua tradición histórica. En la primera mitad del siglo XX, apenas el historiador de calidad comienza a liberarse de la antigua tendencia a

---

<sup>1</sup> El término «Occidente» se emplea en este capítulo para designar las regiones del mundo que son culturalmente europeas, o cuya cultura se deriva, sobre todo, de la de Europa; engloba, pues, además de las Américas, a la U.R.S.S., Australia y Nueva Zelanda.

considerar la historia como propiedad casi privada. Según ese espíritu, la historia de una sociedad determinada sólo tiene valor en sí; en el exterior, pierde toda significación. En el mejor de los casos, el interés manifestado por unos extranjeros parece indiscreción; en el peor, espionaje académico. Esa insistencia en apropiarse la historia está particularmente señalada en la tradición europea de comienzos del siglo XX. Las autoridades responsables de la educación tienden a considerar la historia como historia nacional, no como una historia general de Europa, y aún menos como una visión equilibrada de la historia del mundo. Reconocido el mito, la historia servía para forjar el orgullo nacional y la idea de sacrificio por la patria. Lord Macaulay ha escrito que la historia era a la vez relato e «instrumento de educación política y moral»<sup>2</sup>. Se esperaba de ella que inculcase el patriotismo, no que inspirase puntos de vista justos sobre el desarrollo de la humanidad. Ese punto de vista prevaleció siempre en la mayor parte de los sistemas educativos.

Algunos historiadores han puesto de relieve objeciones —unos en nombre de la ciencia, otros en nombre del internacionalismo—, pero la mayor parte de ellos han considerado normales los prejuicios nacionalistas, por indeseables que fuesen. En Francia siempre es posible conseguir un título académico de historia sin tener sobre la Europa situada más allá de las fronteras francesas más que unos conocimientos rudimentarios; no hablemos de Asia, de África o de América. En varias universidades inglesas siempre es posible obtener una licenciatura en Letras, con mención honorífica, sobre la base de sólo la historia inglesa. Ese empleo de la palabra «inglés» (*english*) en lugar de «británica» (*british*) es intencional. El colegial «inglés» tiene todas las posibilidades de saber más sobre la historia de Roma que sobre la del País de Gales, de Escocia o de Irlanda antes del siglo XVIII. Habida cuenta de las variantes ideológicas, el problema es sensiblemente el mismo en la Europa oriental. Sólo los países europeos de menor importancia —el grupo del Benelux, Escandinavia— parecen considerar más fácilmente a Europa como un todo.

Asimismo, el método norteamericano, fundado (como sus homólogos europeos) sobre la historia de la civilización, es siempre etnocéntrico. El problema que plantea es «¿cómo hemos llegado a lo que somos?» y no «¿cómo la humanidad ha llegado a ser lo que nosotros vemos hoy?».

A medida que los historiadores rechazaban las tendencias europeo-centristas de su propia historia nacional, les correspondía la tarea de progresar hasta una historia verídica del mundo, en la cual África, Asia y América Latina tendrían un papel aceptable en el plano internacional. Correspondía más particularmente a los historiadores cuyos trabajos versaban sobre las diferentes culturas, y a los historiadores africanos que se ponían a escribir sobre Asia o América Latina, y a los europeos o norteamericanos que comenzaban a interpretar la historia de África o de Asia en provecho de sus compatriotas, esforzarse por franquear unos prejuicios europeo-centristas.

En el marco de ese esfuerzo general, el papel de los historiadores de África —en el continente y en ultramar— revestía una importancia particular, aunque sólo fuese porque la historia africana había sido más desdeñada que la de las regiones

<sup>2</sup> Thomas Babington Macaulay, 1835 y 1971.

no europeas equivalentes, y porque los mitos racistas la habían desfigurado aún más que a éstas. El racismo —ya se sabe— es una de las plagas más difíciles de extirpar debido a su carácter proteiforme. Con teorías diversas, desde el siglo XVI, se ha encarnado en la historia de manera aguda y en forma de genocidio en ciertos períodos: tráfico de negros, Segunda Guerra Mundial. Sobrevive todavía como un reto monstruoso en Africa del Sur y en otras partes, a pesar de los trabajos de la UNESCO<sup>3</sup> y de otras instituciones para demostrar su naturaleza irracional. Pero la curación de los prejuicios es larga, porque el racismo está extendido de manera difusa e inmanente en los manuales escolares, en las presentaciones audiovisuales parciales, y en la herencia de «datos» psíquicos más o menos conscientes acarreados a veces por la educación religiosa y más frecuentemente aún por la ignorancia y el oscurantismo. En esa batalla, una enseñanza científica de la historia de los pueblos constituye el arma estratégica decisiva. Desde que el racismo pseudocientífico occidental del siglo XIX graduaba la escala de valores teniendo en cuenta diferencias físicas, y desde que la más evidente de esas diferencias era el color de la piel, los africanos se encontraban automáticamente por debajo de la escala porque parecía que se diferenciaban muchísimo de los europeos, quienes se otorgaban automáticamente la cúspide. Los racistas no cesaban de proclamar que la historia de Africa no tenía importancia ni valor: los africanos no podían ser los autores de una «civilización» digna de ese nombre; no había en ellos nada de admirable que no hubiese sido copiado de otras partes. Así es como los africanos se convirtieron en objeto —y jamás en sujeto— de la historia. Se les juzgaba aptos para recibir influencias extranjeras sin aportar, en cambio, la menor contribución al conjunto del mundo.

Hacia ya mucho tiempo —al comienzo del siglo XX— que el racismo pseudocientífico ejercía su máximo de influencia. Desde 1920, ésta declinaba entre los especialistas de las ciencias sociales y naturales. Desde 1945 desaparecía virtualmente de los medios científicos respetables. Pero la herencia de ese racismo se perpetuaba. En lo referente a los conocimientos del hombre de la calle, ese racismo estaba alimentado por un recrudecimiento de las tensiones raciales urbanas que coinciden con la aparición, en las ciudades occidentales, de inmigrantes de origen africano o asiático cada vez más numerosos. Y era sostenido por el recuerdo, y conservado por la población, en las lecciones aprendidas en el colegio, y, para los escolares de 1910 —época en la que el racismo pseudocientífico constituía la doctrina oficial de la biología—, el toque de retirada sólo debía sonar a partir de 1960. Mucho más insidiosa aún era la supervivencia de las conclusiones fundadas sobre alegatos racistas después que éstos habían dejado de tener sentido. El postulado «la historia de Africa no ofrece interés porque los africanos son de raza inferior» se había hecho insostenible; pero algunos intelectuales occidentales se acordaban vagamente de que «Africa no tiene pasado», aunque hubiesen olvidado la razón de ello.

Bajo esa u otra forma, la herencia del racismo no dejaba de consolidar un chauvinismo cultural obligado a considerar la civilización occidental como la única «civilización» verdadera. Hacia finales de los años 60, y con el título de

<sup>3</sup> Cf. capítulo 11, nota sobre «Razas e historia en Africa».



*Civilisation*, la BBC presentaba una larga serie de emisiones dedicadas exclusivamente a la herencia cultural de la Europa occidental. Sin duda, de vez en cuando, otras sociedades estaban consideradas como «civilizadas», pero, mediado el siglo, el grado de alfabetización determina la línea divisoria entre la civilización y... el resto. Las sociedades africanas, en gran parte iletradas en la época precolonial, eran arrojadas a la categoría de los «primitivos». Sin embargo, la mayor parte de Africa era, en realidad, letrada, en ese sentido en que una clase de escribientes sabía leer y escribir; pero no, ciertamente, en el sentido de una alfabetización masiva, que en todas partes había sido un fenómeno postindustrial. Etiopía poseía su antigua escritura guezo. Toda el Africa islámica —Africa del Norte, el Sáhara, la franja septentrional de la zona sudanesa, desde Senegal al Mar Rojo, y las ciudades costeras de la costa oriental hasta el estrecho de Mozambique— había utilizado la escritura árabe. Antes incluso de la época colonial, el árabe había penetrado, acá y allá, en el bosque tropical por mediación de los mercaderes diula, mientras que el portugués, el inglés y el francés escritos servían normalmente de lenguas comerciales a lo largo de las costas occidentales. Sin embargo, secundado por la ignorancia, el chauvinismo cultural conducía a las autoridades occidentales a establecer en el límite del desierto la demarcación entre alfabetización y no-alfabetización; la desastrosa tendencia a separar la historia de Africa del Norte de la del conjunto del continente se hallaba así reforzada.

No obstante, la exclusión de los «no-civilizados» del reino de la historia no era más que una de las facetas de un elemento mucho más importante de la tradición histórica occidental. Las masas occidentales estaban también afectadas por esa exclusión, sin duda, no como consecuencia de prevenciones de clase manifiestas, sino simplemente como consecuencia del carácter didáctico de la historia, cada vez que los elogios de los hombres célebres estaban en condiciones de proponer modelos para la emulación. Sin embargo, no es por azar que esos modelos debían ser generalmente elegidos entre los ricos y poderosos, mientras que la historia llegaba a ser el relato de los hechos y las gestas de una escasa élite. Los tipos de comportamiento que afectan al conjunto de la sociedad eran minimizados o ignorados. La historia de las ideas no era la historia de lo que pensaban las gentes; eso fue la historia de los «grandes proyectos». La historia económica no era la de la economía o los comportamientos económicos; era la historia de tales políticas económicas gubernamentales importantes, de tales firmas privadas y de tales innovaciones en la vida económica. Si los historiadores europeos se desinteresaban tanto de un largo sector de su propia sociedad, ¿cómo habrían podido interesarse por otras sociedades y culturas?

Hasta aquí, las dos tendencias revolucionarias que se manifiestan en el seno de los estudios históricos recientes han seguido caminos estrechamente paralelos, sencillamente porque la historia europeo-centrista y la historia de las élites se alimentaban de las mismas fuentes. Pero lentamente se entablará la alianza potencial entre aquellos que trabajaban por ampliar el campo del estudio de la sociedad occidental y los que se dedicaban a dar un impulso mayor a las investigaciones históricas más allá del mundo occidental. De salida, los dos grupos progresaron guardando sus distancias. El principal afán de los historiadores de Africa era desmentir el aserto según el cual Africa no tenía pasado, o sólo

tenía un pasado sin interés. En el primer caso, lo más simple era coger el toro por los cuernos. A los que pretendían que África no tenía pasado, los especialistas de ella podían oponer la existencia de reinos y vastos imperios, cuya historia política se entroncaba con la de Europa en sus comienzos. Las prevenciones «elitistas» del público occidental (como también del público africano educado al estilo occidental) podían servir de medio de acción para demostrar, en último análisis, la importancia de la historia africana. Aquello no era más que un tímido comienzo. Bastaba analizar los aspectos del pasado de África que se parecían al pasado de Occidente, sin aprobar los malentendidos suscitados por las divergencias de cultura. Pocos historiadores estaban convencidos, hasta entonces, de que los imperios son con frecuencia instituciones duras y crueles, y no necesariamente un índice de progreso político. Pocos se disponían a reconocer que, por ejemplo, una de las grandes realizaciones de África era, quizá, la sociedad sin Estado, fundada más sobre la cooperación que sobre la coacción, y que el Estado africano se había organizado de modo que presentaba reales autonomías locales.

Esa tendencia a aceptar ciertas particularidades de la historiografía clásica —como primer paso hacia una «descolonización» de la historia africana— coincide generalmente con el estudio del período colonial allí donde existe ya una historia «colonial» oficial, que tiende a poner el acento en las actividades europeas y a ignorar la parte africana. En el peor de los casos, mostraba a los africanos bajo el aspecto de bárbaros pusilánimes o desequilibrados. Resultaba que de Europa habían llegado seres superiores que habían hecho lo que los africanos no habrían podido hacer por sí mismos. Hasta en su más alto grado de objetividad, «la historia colonial» no otorgaba a los africanos más que papeles secundarios en la escena de la historia.

\* Sin cambiar nada en los papeles de cada uno, el primer esfuerzo para corregir esa interpretación se limita a modificar los juicios de valor. De héroes como ellos eran, al servicio de la civilización en marcha, de exploradores, gobernadores de las colonias, y oficiales del ejército, se convierten en crueles explotadores. El africano asume la figura de inocente víctima, y no se le concede nada que no sea pasivo. Siempre es a un puñado de europeos a quienes África y su historia deben el ser lo que ellas son. (Sin duda, los europeos han desempeñado, a veces, los principales papeles durante el período colonial, pero todas las revisiones fundadas en investigaciones nuevas en el plano local permiten minimizar la influencia europea tal como ha aparecido en la «historia colonial» publicada antes de 1960.)

Un segundo paso hacia la descolonización de la historia del período colonial se realiza paralelamente a la hora de los movimientos nacionalistas que reclaman la independencia. Los africanos juegan ya un papel en la historia; es deseable decirlo a la luz del día. Los especialistas de la ciencia política que escribieron en la época de los movimientos de independencia han abierto las barreras<sup>4</sup>. Poco después, sobre todo, en el curso de los años 60, los eruditos comienzan a remontar el tiempo en busca de las raíces de la resistencia y de los movimientos de protesta en los inicios de la época colonial y, más atrás todavía, en los primeros sobresaltos

<sup>4</sup> Consultar, por ejemplo, Thomas Hodgkin, 1956; David Apter, 1955; James S. Coleman, 1958; Charles-André Julien, 1952.

de resistencia al yugo europeo<sup>5</sup>. Esos trabajos sobre los movimientos de resistencia y de protesta son un importante correctivo, pero aún se está lejos de enfocar la historia de África con objetividad.

En último término, la descolonización de la historia de África durante la época colonial deberá provenir de una fusión de la rebelión contra el europeo-centrismo y del movimiento antielitista. La revolución behaviorista ha comenzado ya a influir en la historia africana. Influencia todavía reciente y limitada.

Queda aún mucho por publicar. Algunos historiadores, sin embargo, han comenzado a buscar un método común interdisciplinario que les permita emprender el estudio de la historia de la agricultura o el de la urbanización a fin de poder echar mano de las demás ciencias sociales. Otros comienzan a interesarse por pequeñas regiones aisladas con la esperanza de que esos estudios de microcosmos revelarán la trama de la evolución de estructuras económicas y sociales más importantes y complejas<sup>6</sup>. La investigación desbroza denodadamente su camino en el terreno de los problemas particulares para la historia económica y religiosa, pero la verdadera descolonización de la historia africana no ha hecho más que comenzar apenas.

Los progresos de la historia analítica —que es también «la historia sobre el terreno» a base de investigaciones y de cuestiones planteadas sobre la marcha, y no solamente la compulsión de archivos— son un paso importante en esa dirección. La independencia respecto a los archivos se muestra tan esencial para el período colonial como para el precolonial, en el que la documentación de archivos es relativamente escasa. El problema constante de la «historia colonial» ha sido que, contrariamente a lo que ha sucedido y sucede en Europa o en Estados Unidos, los archivos han sido creados y nutridos por extranjeros. Aquellos que allí dejan escritos han incorporado necesariamente sus prejuicios y sentimientos, tanto con relación a ellos mismos como a los gobernantes y a sus misiones respectivas. Este es el caso de la historia de la política interior de Europa o de Estados Unidos, donde el prejuicio no es más que progubernamental. En el mundo colonial corría el riesgo de acarrear resultados desastrosos por poco que el historiador descuidase la posibilidad de hacer sonar otra musiquilla, gracias al testimonio verbal de los contemporáneos de la colonización.

Tal vez, en algunas técnicas recientes, los historiadores de África llevan algún retraso con relación a otros colegas, pero, en lo que concierne a la utilización de las tradiciones orales de la época precolonial, más aún que de la colonial, han actuado como pioneros. Esa obra se divide en dos períodos. Entre 1890 y 1914, una generación de administradores letrados, entonces al servicio de las potencias coloniales, comenzó a asegurar la conservación de las tradiciones orales de importancia histórica. El segundo período se remonta una quincena de años. En la década 1950-1960 se acabó con la opinión formulada en 1959 por G. P. Murdock, según el cual «era imposible fiarse de las tradiciones indígenas orales»<sup>7</sup>. La década

<sup>5</sup> Ver, por ejemplo, George Shepperson y Thomas Price, 1958; Y. O. Ranger, 1967; John Ilifee, 1969; Robert Rotberg y Ali A. Mazrui, 1970; Yves Person, 1968.

<sup>6</sup> Ver Polly Hill, 1963.

<sup>7</sup> G. P. Murdock, 1959, pág. 43.

siguiente, 1960-1970, se iniciaba con la publicación de Jan Vansina, *Oral tradition. A study in historical methodology*. Esta obra señalaba qué controles y críticas eran necesarios con vistas a la utilización científica de las tradiciones orales. Los recientes trabajos históricos fundados en la tradición oral, frecuentemente utilizada junto con otras fuentes de documentación, pueden considerarse un importante éxito<sup>8</sup>. El Seminario de Dakar, organizado en 1961 por el International African Institute, sobre el tema de *El historiador en Africa tropical* y el de Dar-es-Salaam, celebrado en 1965, sobre el tema de las *Nuevas perspectivas sobre la historia africana* pusieron vigorosamente el acento en los nuevos enfoques necesarios, subrayando principalmente el papel irremplazable de la tradición oral como fuente de la historia africana, así como todo el partido que el historiador puede sacar de la lingüística y de la arqueología informada por la tradición oral.

Gracias a sus trabajos sobre la época precolonial, los historiadores de Africa han influido ya en las demás ciencias sociales. Esa influencia se deja sentir en varios planos. Ante todo, se le debe el haber impuesto el reconocimiento del hecho de que el Africa «tradicional» no se había quedado estática. Economistas, especialistas de las ciencias políticas y sociólogos, todos tienen tendencia a estudiar la modernización refiriéndose a los criterios «antes» y «después»; «antes», aplicados a la «sociedad tradicional» considerada como virtualmente sin cambio; «después», al proceso de modernización que implica una transformación dinámica de la imagen precedente. Observadores de la evolución, los historiadores estaban al acecho de los cambios que no dejan de intervenir en las sociedades humanas. Sus investigaciones de los últimos decenios han aportado la prueba de que, en el Africa precolonial, instituciones, costumbres, ambientes de vida, religiones y economías han cambiado tan rápidamente como en otras sociedades entre las revoluciones agrícola e industrial. El ritmo no es tan rápido como el ritmo postindustrial, que no deja de afectar al Africa de hoy, pero «el inmovilismo» del pasado «tradicional» no tiene ya porvenir en parte alguna.

Es a los antropólogos a quienes la utilización de una base y de un punto de partida «tradicionales» ha planteado los problemas más serios. Desde los años 20, la mayor parte de los antropólogos anglófonos ha trabajado partiendo de un modelo de sociedad que permite acentuar el papel desempeñado por cada uno de los elementos constitutivos para mantener el conjunto de las actividades del todo. Y han reconocido que las sociedades africanas que ellos habían podido examinar habían cambiado mucho desde los comienzos del régimen colonial, hecho que han considerado perjudicial a su demostración. Según ellos, convenía restablecer el panorama concentrándose en un solo período tomado al azar en el pasado inmediatamente anterior a la conquista europea. Y sostenían que se podía descubrir la naturaleza de esa sociedad tradicional obteniendo los datos de las observaciones actuales y haciendo abstracción de todo lo que parecía influencia exterior. El resultado fue el «presente antropológico».

Esa gestión funcionalista debe mucho a Bronislaw Malinowski, quien do-

<sup>8</sup> Ver, por ejemplo, Jan Vansina, 1973; Raymond K. Kent, 1970; David William Cohen, 1972; el estudio de E. J. Alagoa, resumido en parte en su capítulo «The Niger Delta states and their neighbours, 1609-1800» en *History of West Africa*, de J. F. A. Ajayi y Michael Crowder, 2 vols. (Londres, 1971), I: 269-303; A. Roberts, 1968, Nairobi; Niane D. T., 1960, *Presencia africana*.

minó la antropología británica en el transcurso de la segunda y tercera década de este siglo. Esa gestión ha contribuido notablemente a la comprensión del «funcionamiento» de las sociedades primitivas, y los «funcionalistas» han registrado otros progresos importantes gracias a la exploración minuciosa y prolongada de los yacimientos arqueológicos y gracias a la observación en común, y no simplemente interrogando a informadores. Pero toda medalla tiene su reverso. Los antropólogos se dedicaron a la investigación de sociedades primitivas, islotes culturales, cambiando totalmente las ideas occidentales de la civilización africana. De ello resultaron graves lagunas en la documentación relativa a las sociedades africanas más importantes y complejas y, por consiguiente, una nueva aportación al mito de un Africa «primitiva». Su esfuerzo por abstraer el presente antropológico del presente real contribuyó a reforzar la convicción de que, en Africa, el cambio venía obligatoriamente del exterior, puesto que sus hipótesis parecían negar a las sociedades africanas toda evolución hasta la llegada de los europeos. Su esfuerzo por inmovilizar a la sociedad testifical para describir el funcionamiento de base les ha llevado frecuentemente a olvidar que esa sociedad que ellos consideraban, con fines de análisis, sociedad estática no lo era realmente. Por encima de todo, ese esfuerzo iba a impedirles interrogarse sobre las razones y los medios de esa evolución; lo que hubiese revelado un aspecto totalmente distinto de la sociedad examinada.

A pesar de todo, el funcionalismo habría seguido indudablemente su curso sin el impacto de la disciplina histórica. Ha experimentado la influencia de los estudios de aculturización de los años 1940 y 1950, mientras que Claude Lévi-Strauss y sus discípulos se comprometían en otra dirección totalmente distinta durante las décadas de la posguerra. Sin embargo, en lo que concierne a la antropología política y a algunos aspectos de la antropología social, los trabajos de los historiadores del período precolonial han puesto en evidencia la dinámica de la evolución, contribuyendo a dar un nuevo desarrollo a la antropología.

El estudio de las religiones y de las organizaciones religiosas africanas se ha modificado bajo la influencia de las recientes investigaciones históricas. Los primeros prospectores de la religión africana eran, en su mayor parte, o antropólogos en busca de un conjunto estático de creencias y de prácticas, o misioneros que aceptaban el concepto de un presente antropológico estudiando las religiones que ellos esperaban sustituir. Y reconocían el dinamismo innegable del Islam, cuya difusión durante la época colonial había sido más rápida aún que la del cristianismo. Sin embargo, los estudios más importantes sobre el Islam han sido patrocinados por el gobierno francés, en Africa del Norte y occidental, con vistas a hacer fracasar una eventual disidencia. El motivo de esos estudios no era tanto la evolución en el seno de la religión como las organizaciones religiosas y sus jefes. En el curso de las últimas décadas, diversos factores —y no solamente los historiadores— han contribuido a dar un nuevo desarrollo al estudio de la evolución religiosa. Los especialistas de las misiones se han interesado por el progreso de las nuevas religiones africanas, fundadas sobre unas bases en parte cristianas, y por las iglesias independientes que se separaban de las misiones europeas. Los antropólogos apasionados por la aculturización realizaban trabajos similares y, curiosos ante todo por el papel de la religión en las rebeliones

coloniales y en los movimientos de protesta, aportaban como historiadores un concurso positivo. Por lo que se refiere al período precolonial, se han visto obligados a reconocer igualmente la importancia evidente y capital de la reforma religiosa en el conjunto del mundo islámico. De ello ha resultado una toma de conciencia más aguda de la evolución de las religiones no cristianas ni musulmanas, aunque los especialistas de las diversas ciencias sociales apenas hayan comenzado a estudiar las particularidades de esa evolución tan sistemáticamente como merece. A este respecto, debe subrayarse el interés reciente por las religiones «animistas», así como por sus asociaciones frecuentemente secretas en el papel histórico muchas veces extraordinario.

Mientras que a los especialistas de las diversas ciencias sociales les parece posible estudiar juntos y con provecho la religión africana, procediendo a un amplio intercambio de ideas y de métodos, los trabajos sobre las economías africanas siguen haciéndose por separado. Lo mismo que los historiadores de la religión, los especialistas de la economía han demostrado, en el transcurso de los últimos años, que los diferentes tipos de economía no dejaban de evolucionar, y que esa evolución respondía tanto a incitaciones de orden interno como a influencias de ultramar. Sin embargo, los economistas, y más particularmente los especialistas del desarrollo económico, prosiguen sus trabajos sin consideración por la cultura económica que tratan de dominar. No sólo tienden a ignorar el mecanismo de la evolución en curso, sino que muchos de ellos apenas conceden más atención a los modelos estáticos de los antropólogos economistas.

Así, por ejemplo, para justificar la teoría del desarrollo económico, convenía asegurar que África está constituida en gran medida por economías de «subsistencia», en el marco de las cuales cada unidad familiar produce la casi totalidad de los bienes que ella consume y asegura su propio servicio. Ese punto de vista ha sido sostenido en especial por Hla Myint, hacia 1965, al mismo tiempo que la teoría del desarrollo económico «vent-for-surplus», fundada sobre la liberación de los recursos y medios de producción insuficientemente empleados<sup>9</sup>. En realidad, ninguna comunidad del África precolonial era capaz de satisfacer por completo sus propias necesidades cuando no se dedicaba a algún comercio, siendo muchas las sociedades africanas que poseían redes complejas de producción y de exportaciones particulares dedicadas a sus vecinos. En los confines del Sáhara, numerosas tribus pastoriles se procuraban la mitad, si no más, de su consumo anual de calorías intercambiando los productos de su ganadería por cereales. Otras producían y vendían regularmente los excedentes agrícolas permitiendo la adquisición de ciertos artículos exóticos: sal, ganado, mantequilla de Galam, nueces de kola, dátiles. El error que se oculta bajo el cuadro de una economía africana estática es, naturalmente, el mito sempiterno del África «primitiva», error reforzado por la tendencia de los antropólogos a elegir las comunidades más simples, y por su tendencia antigua a hacer abstracción del tiempo en sus concepciones.

Esos economistas y antropólogos que han estudiado sobre el terreno la economía africana han subrayado evidentemente la importancia del comercio en

<sup>9</sup> Hla Myint, 1964.

el África precolonial. Algunos han observado que las economías africanas evolucionaban rápidamente antes de la llegada masiva de los europeos. Sin embargo, apartándose de la línea del pensamiento ortodoxo, un grupo de ellos ha resaltado más las diferencias que las semejanzas de las culturas económicas. Llamados a veces «sustantivistas», como consecuencia de su insistencia en estudiar la naturaleza *sustantiva* de la producción y el consumo, y también por su esfuerzo en conectar la manera como el hombre satisface sus necesidades materiales en el marco ampliado de una sociedad particular, pero no según la teoría oficial, los miembros de ese grupo han tratado de probar que la teoría economista no es aplicable al terreno de sus investigaciones<sup>10</sup>. De ello resulta un auténtico abismo entre los economistas de la expansión que, trabajando bajo la inspiración de teorías macroeconómicas, conceden poca atención a las realidades económicas del momento, y los sustantivistas que hacen poco caso de las teorías contrarias. Hasta aquí, los especialistas de la historia de la economía no han rellenado el abismo, como tampoco han ejercido sobre las ideas económicas relativas a África una influencia comparable a la de los historiadores sobre la antropología o sobre el estudio de las religiones. La historia africana ha dado pasos de gigante, en el curso de los últimos años, especialmente para proponer unos métodos nuevos y para cubrir unas zonas apenas exploradas. Pero no ha sacado bastante provecho de las nuevas vías abiertas en otras partes. No ha advertido tan rápidamente como otras disciplinas el desafío de la revolución behaviorista, ni ha aprovechado las posibilidades asombrosas de la historia cuantitativa, tanto en materia política como en el terreno de la econometría.

En el curso de exploraciones cada vez más profundas en el pasado de África, la irradiación de la nueva historia africana ha sido obra de un grupo de historiadores de profesión, para quienes esa historia se ha convertido en el objeto principal de sus enseñanzas y escritos. Si, en el mundo occidental, el conocimiento de la historia de África ha estado estancado tanto tiempo con relación incluso a la historiografía de Asia o de América Latina, es porque era obra de historiadores aficionados, de hombres que tenían otras actividades profesionales pero no una posición estable en el mundo universitario, de hombres a quienes les faltaba la posibilidad de influenciar en los ambientes de historiadores de cualquiera de los países occidentales. Algunos trabajos de investigación sobre África se hacían en los institutos de Escandinavia o de la Europa central y oriental desde antes de la Segunda Guerra Mundial. Pero seguían siendo marginales en el programa general de la enseñanza superior. Por consiguiente, no conducían a la formación de historiadores. Únicas excepciones son la egiptología y ciertos aspectos del pasado del África del Norte en la época romana. Para el resto, antes de 1950 existen pocos hombres de carrera entre los historiadores de África. Se encuentran administradores coloniales y misioneros. Hay también eclesiásticos o religiosos africanos que utilizan una de las lenguas internacionales, como Carl Christian Reindorf, de la Costa del Oro; Samuel Johnson, para los yoruba; o el cheikh Moussa Kamara, del Senegal, autor del *Zuhur ul-Bassain fi Ta'rikh is-Sawadin*, que no ha sido aún

<sup>10</sup> Para un resumen pertinente de la postura tomada, ver George Dalton, 1968.

publicado completo y apenas comienza a ser consultado por otros historiadores<sup>11</sup>. Algunos antropólogos se han asomado también a diversos temas históricos; pero en Africa, antes de 1950, ninguna universidad había propuesto aún un programa satisfactorio de especialización en Historia africana a nivel de licenciatura. En 1950 no hay ningún historiador de carrera que se dedique exclusivamente a la redacción de la historia africana y a su enseñanza. Veinte años después, cerca de quinientos historiadores que han accedido al doctorado o a estudios equivalentes, han elegido la historia de Africa como actividad principal.

La rapidez de esa evolución es sorprendente. Retrospectivamente se explica bastante bien. En Africa, en Europa, en América del Norte —y en cada continente por razones diferentes— la coyuntura política, intelectual y universitaria se ha mostrado particularmente favorable a la aparición de una pléyade de historiadores de carrera centrados en Africa. Allí, desde finales de los años cuarenta, la necesidad se hacía sentir tanto más cuanto que un movimiento cada vez más pujante hacia la independencia era previsible, al menos, para la mayor parte del Africa del Norte y del Oeste. Después de 1950, la fundación de nuevas universidades creaba la necesidad de una historia renovada de Africa, considerada desde un punto de vista africano —primero a nivel de universidad— y, de ahí, descendiendo hasta el instituto y pasando por los centros de formación pedagógica. Entre los pioneros de ese enorme esfuerzo de reeducación, se debe citar a K. Onwuka Dike, quien fue el primero de una generación nueva de historiadores africanos en franquear las etapas de una formación pedagógica normal, cosa que realizó en la Universidad de Londres. Se adhieren al movimiento historiadores exiliados: J. D. Fage, de la Universidad de Ghana (Costa del Oro, en aquella época); J. D. Jargreaves, en Forah Bay, en Sierra Leona; Christopher Wrigley y Cyril Ehrlich, en el Makerere College.

Un movimiento paralelo se dibujó más progresivamente en el Africa francófona. En los antiguos territorios franceses, las universidades continuaron dependiendo del sistema francés mucho tiempo después de la independencia; en consecuencia, conservaron igualmente las tradiciones históricas francesas. Sin embargo, algunos pioneros se orientaban hacia una historia de Africa. En ese marco ha habido notables contribuciones: en Senegal, por Amadou Mahtar M'Bow; en Alto Volta, por Joseph Ki-Zerbo; en Camerún, por el padre Engelbert Mveng. Desde principios de los años cincuenta, los historiadores llegados del exterior y establecidos en el Africa francófona, y que iban a desempeñar un papel dominante en las universidades, se dedicaban a la investigación. Entonces, Jan Vansina, que iba a contribuir a la enseñanza de la Historia africana en la Universidad de Lovanium, ya estaba trabajando en las instituciones de investigación del gobierno belga en el Congo y Ruanda. En el IFAN, en Dakar, Raymond Mauny, futuro profesor de Historia africana en la Sorbona, se dedicaba a la investigación en Africa occidental. Yves Person, todavía administrador colonial, comenzaba las investigaciones que dieron nacimiento, en 1968, a su tesis sobre Samori y le permitieron contribuir a la introducción de la historia de Africa en las universidades de Abidjan y Dakar. *Presencia africana*, era la que por medio de su revista y

<sup>11</sup> S. Johnson, 1921; Carl Christian Reindorf, 1899; Cheikh Moussa Kamara, 1970.



gracias a los dos importantes Congresos de Escritores y Artistas Negros en París y Roma, en 1956 y 1959, impulsaba vigorosamente ese proceso.

Todas esas actividades iban a la par con el desarrollo en Africa misma de los estudios históricos africanos. En ese encuentro de la historia de Africa con la historia del mundo, el momento capital es aquel en que progresa, sobre los demás continentes, el estudio de la historia africana; progresos paralelos en el tiempo a los de la historia de Africa en las universidades africanas. Desde 1950, Roland Oliver comenzaba a enseñar la historia africana en la Escuela de Estudios Orientales y Africanos de la Universidad de Londres. En la URSS, D. A. Olderogge y sus colegas del Instituto Etnográfico de Leningrado inauguraban un programa sistemático de investigaciones que han llevado en el tiempo previsto a la publicación de toda la documentación conocida sobre el Africa subsahariana, desde el siglo XI y más atrás, en las lenguas de la Europa oriental, con traducción y anotaciones en ruso<sup>12</sup>. Durante esa misma década, se creaba la primera cátedra de historia africana en la Soborna; muy pronto hubo dos: la del antiguo gobernador de las colonias, Hubert Deschamps, y la de Raymond Mauny. Por su parte, Henri Brunschwig tomaba la dirección de las investigaciones sobre la historia africana en la Escuela Práctica de Estudios Superiores, mientras que Robert Cornevin publicaba la primera edición de su resumen de la historia de Africa, muchas veces revisada y completada desde entonces.

Fuera de Europa y Africa, los progresos eran menos rápidos; ni siquiera en Europa la historia africana ha sido en principio admitida en el ciclo universitario más que en los países colonizadores. En las Américas, donde una gran parte de la población es de origen africano, se habría podido llegar a una manifestación de interés. Pero, por importantes que allí fuesen los vestigios culturales africanos, ni Brasil ni las islas del Caribe manifestaron mucho interés. En Haití, algunos intelectuales se preocuparon por la cultura local a partir de un africanismo que data de los primeros trabajos del doctor Price-Mars (1920). En Cuba, la influencia de la cultura afrocubana se dejaba sentir fuertemente entre algunas personalidades del mundo de las letras; entre otros, Nicolás Guillén. La simpatía manifestada en Brasil por una cultura afroamericana tampoco suscitó interés por Africa, y menos aún por su historia. En las Antillas británicas, la descolonización, incluida la descolonización de la historia local, gozaba de una más alta prioridad; tampoco hasta después de 1960, el panafricanismo político tuvo resonancia histórica entre los intelectuales de las Antillas.

El interés era todavía menor en Estados Unidos antes de 1960; lo poco que existía estaba concentrado sobre Africa del Norte. Un reciente sondeo sobre las tesis de doctorado relativas a la historia africana presentadas hasta 1960 incluye un total de 74. Total asombroso, es cierto, pero total engañoso. La mayor parte de esas tesis han tratado sobre Africa del Norte y son obra de historiadores especializados, bien en la historia o la arqueología clásicas, bien en la historia de Africa del Norte y del Medio Oriente, bien —más generalmente— en la colonización europea de ultramar. Sólo, o casi sólo, el azar había permitido que sus temas

---

<sup>12</sup> Kubbel L. E. y Matveiev V. V., 1960 y 1965.

de tesis se refiriesen a Africa. De quienes habían elegido como tema la historia colonial, pocos llegaron a ser auténticos especialistas de Africa. Entre los pioneros, se encuentra, en Yale, Harry R. Rudin. Desde los años treinta, Rudin había publicado ensayos sobre la historia de la colonización alemana en Africa; después de 1950, su interés por Africa no dejó de crecer. Los afroamericanos formaban un grupo más importante aún. W. E. B. Dubois se había interesado por Africa desde el comienzo de su carrera, aunque no haya tenido la posibilidad de ocuparse de ella más que a raíz de su jubilación y de su emigración a Ghana. Mucho antes que él, en 1916, Carter G. Woodson había fundado *The journal of negro history*. La publicación era, en realidad, más afroamericana que africana, pero la historia africana figuraba oficialmente en su óptica, encontrándose en ella, de vez en cuando, artículos sobre el pasado de Africa. Sin embargo, el verdadero apóstol de la historia de Africa fue William Leo Hansberry, de la Universidad de Howard, quien realizó una campaña solitaria para la inscripción de la historia de Africa en el programa de enseñanza de las universidades americanas y —al practicarse aún la segregación— especialmente de los colegios con gran mayoría negra de los Estados del Sur.

Así, en grados diversos, las condiciones que aseguraban la difusión de la historia africana fuera de Africa existían antes de 1960. En los aledaños de esa fecha, la conquista de la independencia en Africa del Norte y en Africa tropical ha asegurado fuera del continente una renovación de publicidad, suscitando un interés popular que antes se proyectaba sobre su pasado y no sobre su presente o futuro. No obstante, en diversos lugares, los progresos de la historia africana eran decepcionantes. A pesar de la importancia política concedida a la unidad africana, las universidades y los estudiantes de Africa del Norte avanzaban sólo imperciblemente hacia una concepción más continental del estudio de su propio pasado. El Magreb formaba bloque con el mundo mediterráneo, con el mundo musulmán y con el mundo intelectual francófono del que París era todavía el centro. Esos tres mundos bastaban para movilizar toda la atención del público culto. Con frecuencia, los portavoces oficiales egipcios han subrayado que Egipto era tan africano como árabe y musulmán, pero los estudios de historia en Egipto revelaban sobre todo un espíritu cerrado, en el mismo momento en que la presa de Asuán y los trabajos de los equipos arqueológicos internacionales en Nubia llamaban la atención sobre el Nilo superior.

«Espíritu cerrado y localista» era también —y no sólo eso— el que animaba los estudios históricos en Africa del Sur. El control político ejercido por europeos de ultramar en la República de Sudáfrica no se relajaba. En las universidades, la historia africana pasaba casi desapercibida; la «historia» era la de Europa y la de la minoría europea de Sudáfrica. Con *The Oxford history of South Africa* (1969-1971), la óptica se ampliaba hasta el punto de incluir a la mayoría africana, pero uno de los autores, el historiador Leonard Thompson, no enseñaba ya en Africa del Sur; y aunque apasionada por la historia, la otra, Monica Wilson, era antropóloga. En Zimbabwe, hacia 1960, se tendía a la inclusión de un compendio de la historia africana en los estudios de historia, pero la declaración unilateral de independencia de la minoría blanca respecto a Gran Bretaña iba a cambiar el rumbo. Cosa curiosa, Zimbabwe ha producido en estudiantes de historia de

Africa un porcentaje más elevado que el de Sudáfrica, aunque la mayor parte ha tenido que proseguir en el exilio el ejercicio de su profesión.

Africa tropical ha sido el primer centro de estudio de la historia africana en el continente, y es allí donde se han alcanzado los progresos más importantes durante la primera década de independencia. La historia africana era ya un elemento del programa de enseñanza de las universidades de esa región, pero se trataba entonces de encontrar un equilibrio apropiado entre la historia local, regional, africana y mundial; es decir, en resumen, descolonizar el conjunto del programa de historia y no limitarse a añadir a él un componente africano. En el Africa anglófona han tenido lugar los mayores cambios; las normas rígidas instituidas por los europeos, se suavizaron allí más rápidamente que en los países francófonos. La enseñanza de la historia de Gran Bretaña y de su imperio ha dado paso a otras materias. La historia del Imperio británico ha tendido a desaparecer por completo y la de Gran Bretaña a fundirse con la de Europa. En lo que concierne a la enseñanza de la historia de Europa en Africa, la nueva corriente que se ha perfilado tiende a subordinar las diferentes historias nacionales al estudio de grandes temas que trascienden las fronteras, como la urbanización o la revolución industrial. Al mismo tiempo, los historiadores africanos han comenzado también a interesarse por la historia de otras regiones: la del mundo islámico en el Norte, insistiendo particularmente sobre su influencia en el sur del Sáhara; la de América Latina o Asia del sudeste, porque podían ser consideradas como complementos de algunos aspectos de la experiencia africana; y la de Asia del este, donde el desarrollo económico de Japón constituía un ejemplo del que Africa podría sacar lecciones. El impacto de la historia africana ha consistido, de este modo, en dirigir una reorientación general en dirección a una concepción del mundo y de su pasado que será realmente afrocentrista, sin interesarse exclusivamente por Africa y por los africanos, como la vieja tradición europea se interesaba exclusivamente por los europeos, pero en el marco de una *Weltanschauung* en la que Africa y no Europa es el punto de partida.

Esa meta no se ha alcanzado aún completamente, ni siquiera en las universidades anglófonas más avanzadas. Inevitablemente se necesitará tiempo para formar una nueva generación de historiadores africanos innovadores que exploren nuevos caminos que ellos mismos habrán elegido. Las universidades francófonas llevan un retraso de una década aproximadamente: Abidjan, Dakar y Lubumbashi (heredera de Lovanium en el terreno de la historia) son las universidades francófonas más antiguas, cuyos profesores de historia no son africanos en su mayoría hasta después del comienzo de los años 1970, mientras que esa evolución se había producido desde el comienzo de la década de los sesenta en las universidades anglófonas más antiguas. Ahora que historiadores africanos ocupan un puesto en las universidades francófonas, es de prever un reajuste similar de las concepciones de la historia mundial. Pero, desde 1963, la reforma de los programas de historia interviene en las escuelas secundarias de los países francófonos. Y será seguida inmediatamente por la reforma de los programas de estudios históricos universitarios en el marco del programa del C. A. M. E. S. (Consejo Africano y Malgache para la Enseñanza Superior).

El impacto de la historia africana sobre la investigación histórica y la

enseñanza de la historia africana, particularmente en Checoslovaquia y Polonia, colonial. Esa es una de las razones por las que Francia e Inglaterra han sido los principales centros europeos de estudio de la historia africana.

Sin embargo, se han registrado en otras partes algunos progresos en la enseñanza de la historia africana, particularmente en Checoslovaquia y Polonia, así como en la U. R. S. S., donde se enseña sistemáticamente historia de Africa en la Universidad Patricio Lumumba de Moscú, cuya misión específica consiste en formar estudiantes africanos. En otros lugares, especialistas solitarios prosiguen investigaciones en diferentes centros universitarios, aunque eso se haga de manera más sistemática en los institutos de investigación que siguen la tradición alemana de organización universitaria. Los investigadores que se dedican a Africa están, pues, un poco aislados. Eso podría contribuir a explicar perfectamente por qué los estudios históricos continúan sin dejar lugar alguno a Africa en numerosas universidades europeas, salvo en Inglaterra y Francia.

La tradición general de los estudios históricos está inspirada igualmente en un espíritu cerrado en esos países, pero la formación de administradores coloniales ha pesado allí de una particular manera. A partir de 1955, poco más o menos, comenzó el proceso de repatriación de esos administradores, varios de los cuales han empezado una nueva carrera de historiadores de los países en los que habían ejercido sus funciones. Tal ha sido principalmente el caso de Francia, como lo muestra el ejemplo de los profesores Deschamps y Person. Para ese país, como para Inglaterra, la creación y el desarrollo de las nuevas universidades africanas, que datan de los años 1950, han abierto nuevos empleos en Africa. Jóvenes historiadores han elegido temas africanos para su aprendizaje de la investigación o han comenzado a interesarse por la historia africana cuando han partido a enseñar en Africa. Después, en las décadas de los sesenta y setenta, esos historiadores expatriados han sido progresivamente reemplazados por africanos y reabsorbidos en el cuerpo docente de la ex-metrópoli, frecuentemente después de haber pasado ocho o diez años en Africa. No todos han vuelto a enseñar la historia africana, pero el número total de los que lo han hecho es significativo. El de los historiadores que regresaron de universidades africanas e ingresaron en otras británicas entre 1965 y 1975 se sitúa entre 60 y 70, lo que representa de un 8 a un 10 por 100 aproximadamente del reclutamiento de historiadores en las universidades británicas durante ese período. En 1974, tres cátedras de «Historia moderna» (expresión que designaba tradicionalmente la historia de la moderna Gran Bretaña) estaban ocupadas por historiadores cuyos principales trabajos de investigación habían sido dedicados a Africa. Es aún demasiado pronto para determinar la influencia que ese retorno de Africa tendrá sobre las tradiciones históricas británicas en general, pero bien podría ser apreciable.

En Francia, aunque las cifras correspondientes sean algo menores y los profesores que han regresado de Africa constituyan un porcentaje menor del reclutamiento universitario, se observa un fenómeno semejante. Una nueva generación de historiadores ha comenzado a interesarse por Africa. En París, tanto en las diferentes universidades como en el Centro de Estudios Africanos, que es interuniversitario, un determinado número de especialistas en historia, sociología y arqueología ha trabajado durante más o menos tiempo en universidades

africanas con las que siguen en estrecha relación. La situación es muy semejante en Aquisgrán, Burdeos y Lyon. Paralelamente, las universidades británicas y francesas han asegurado la formación de historiadores africanos encargados de reemplazar a los expatriados<sup>13</sup>. Así, instituciones como la School of Oriental and African Studies (S. O. A. S.), en Londres, y secciones más dispersas de la Sorbona y de las Escuelas Superiores, en París, han tendido a asumir un papel particular. En la S. O. A. S., por ejemplo, el 58 por 100 de los que han obtenido un doctorado entre 1963 y 1973 han comenzado por enseñar en Africa; menos del 20 por 100 del total eran británicos, y el 13 por 100 solamente han tenido su primer puesto en una universidad británica<sup>14</sup>. Eso ha disminuido un poco el impacto directo en la educación británica por parte de la S. O. A. S., organización donde se encuentra el más importante grupo de historiadores de Africa reunido en cualquier parte del mundo por medio de una universidad. Pero su influencia indirecta ha sido considerable. Además de la S. O. A. S., las universidades de Birmingham, Sussex y Edimburgo han incluido entre sus programas aspectos particulares de la historia africana, y al menos otras ocho disponen de un especialista en historia africana que enseña regularmente esa materia a estudiantes del primer ciclo.

Ese nivel particular de desarrollo en Gran Bretaña era quizá previsible, habida cuenta de los intereses colonialistas y neocolonialistas propios en ese país respecto a unas estructuras universitarias africanas. En cambio, el enorme crecimiento en el transcurso de los años 1960 de la investigación sobre la historia de Africa, en América del Norte, era tanto más imprevisible cuanto que los historiadores de Estados Unidos no tenían reputación de tratar equitativamente la historia de los afroamericanos de su propia sociedad. La fuerte minoría de descendientes de africanos presentes en Estados Unidos desde los orígenes no había suscitado notable interés por Africa, ni siquiera en la mayor parte de los afroamericanos. Además, el súbito desarrollo de los estudios sobre la historia africana puede observarse en Canadá, como en Estados Unidos, aunque el primero no haya regido una parte de Africa, como Gran Bretaña, ni haya contado entre sus súbditos con una importante minoría afroamericana, como Estados Unidos.

Antes de 1960, apenas si la historia de Africa era enseñada en América del Norte. Hacia 1959, poco después de su fundación, la *African Studies Association* sólo contaba con veintiún miembros, residentes en Estados Unidos o Canadá, susceptibles de considerarse historiadores. Entre éstos, menos de la mitad ocupan puestos universitarios que exigen de ellos dediquen la mayor parte de su tiempo a la historia de Africa. Por otro lado, el I Congreso Internacional de Africanistas reunía en Accra, en 1972, a unos ochocientos participantes ante quienes el presidente Kwame Nkrumah, en su discurso inaugural, esbozaba las responsabilidades de la disciplina histórica para la nueva Africa. Después fue la avalancha. En 1970, el número de norteamericanos especializados en historia o arqueología

<sup>13</sup> Debo dar las gracias al profesor J. F. Ade Ajayi, de la Universidad de Lagos, y a los profesores J. D. Fage y Roland Oliver por las informaciones que han facilitado sobre el impacto de la historia africana sobre la historia en general en Europa y en Africa, respectivamente. Todo error de hecho o de valoración que el presente texto pueda encerrar será imputable, no obstante, a mí.

<sup>14</sup> Roland Oliver, «African Studies in London, 1963-1973» (informe no publicado, difundido en el III Congreso Internacional de Africanistas, Addis-Abeba, diciembre 1973).

africanas llegaba a los 350. Algunos eran historiadores; habían comenzado en otras disciplinas antes de cambiar de orientación, pero la mayor parte eran jóvenes estudiantes recién salidos del ciclo secundario. Entre 1960 y 1972, las Escuelas americanas formaron a más de 300 doctores en Historia africana. Entre ellos hay jóvenes llegados de Africa y que piensan volver allí. Algunos proceden de Europa, pero la gran mayoría son norteamericanos. Entre afro y euroamericanos, la proporción es la misma que en el conjunto de la población: alrededor de un 10 por 100 en Estados Unidos, y sensiblemente menos en Canadá.

Así, dos tendencias contradictorias en el marco de los estudios históricos han impulsado la difusión de la historia de Africa en América del Norte. De las ideas de la comunidad afroamericana ha nacido la sólida convicción de que Africa era propiedad de los pueblos africanos y de sus descendientes establecidos en otros continentes, exactamente como las historias nacionales se habían convertido en propiedad de cada nación europea. En un sentido, la diferencia implícita entre los objetivos de «la historia de Africa para los africanos» y de «la historia de Africa en el marco de la historia mundial» se manifestaba sin lugar a dudas. Diferencia, sin embargo, no es conflicto. Las dos «historias» no son incompatibles, aunque hayan elegido poner el acento en aspectos diferentes del pasado.

Debido a esto, la tendencia al etnocentrismo en historia ha sido más seriamente agitada en América del Norte que en otras partes. En numerosas escuelas, la antigua «historia del mundo», que no era en realidad más que una historia de la civilización occidental, ha dado paso durante los años 1960 a unas tendencias nuevas y más auténticas, para situar la historia en una perspectiva mundial en la que Africa ha sido colocada en plan de igualdad con otras grandes zonas de cultura, como Asia del Sur o del Este. Numerosos departamentos de historia de las universidades norteamericanas han comenzado a pasar de la antigua división entre historia americana y europea a una división de la historia en tres ramas, llegando a ser la tercera —la del Tercer Mundo— igual que las otras dos.

Esa evolución está aún lejos de haberse terminado pero, paralelamente a la difusión de la historia africana en Gran Bretaña y Francia y a la reorientación del programa de enseñanza de la historia en las universidades africanas, señala una etapa sobre el camino que asegurará a la historia africana su total impacto sobre la historia en general. A largo plazo, el éxito dependerá de los esfuerzos conjugados de los especialistas africanos que escriben la historia de sus propias sociedades y de los esfuerzos de los historiadores no africanos que interpretan la historia africana para otras sociedades, y de una ampliación de las ciencias sociales internacionales hasta el punto en que los especialistas de las demás disciplinas deberán tomar en consideración los datos africanos antes de arriesgarse a toda generalización sobre la vida de las sociedades humanas.

## Capítulo 4

# FUENTES Y TÉCNICAS ESPECÍFICAS DE LA HISTORIA AFRICANA

## IDEA GENERAL

*TH. OBENGA*

Las reglas generales de la crítica histórica, que hacen de la historia una técnica del documento y del espíritu histórico que exige estudiar la sociedad humana en su camino a través de los tiempos, son experiencias fundamentales utilizables por todos los historiadores de todos los países. El olvido de ese postulado ha mantenido mucho tiempo a los pueblos africanos fuera del campo de los historiadores occidentales, para quienes Europa era, en exclusiva, toda la historia. En realidad, lo que estaba subyacente y no se manifestaba con claridad era la creencia persistente en la inexistencia de la historia en África por falta de textos y de arqueología monumental.

Por consiguiente, está claro que el primer trabajo histórico se confunde con el establecimiento de las fuentes. Ese trabajo está por sí mismo unido a un problema teórico esencial, a saber: el examen de los procedimientos técnicos del trabajo histórico.

Investigadores sostenidos por una nueva y profunda necesidad de conocer y comprender, unida a la llegada de la era postcolonial, han fundamentado definitivamente la historia africana, aunque todavía prosiga la construcción de una metodología propia. Se han revelado inmensos sectores de documentación que han permitido a la investigación plantearse nuevas cuestiones. Cuanto más conocidos son los fondos de la historia africana, más se diversifica esa historia y se edifica de diferente modo y de manera inesperada. Desde hace unos quince años se ha producido una conmoción de los instrumentos de trabajo, admitiéndose hoy de buena gana que existen unas fuentes más particularmente utilizadas para la historia africana: geología y paleontología, prehistoria y arqueología, paleobotánica, palinología, medidas de radioactividad de los isótopos —susceptibles de facilitar datos cronológicos absolutos sobre la duración de los tiempos humanos—, geografía física, observación y análisis etnosociológicos, tradición oral, lingüística histórica o comparada, documentos escritos europeos, árabes, indios,

chinos, y documentos económicos o demográficos propicios para un tratamiento electrónico.

La elasticidad de las fuentes de la historia africana es extraordinaria. Así, deben siempre investigarse sistemáticamente nuevas connivencias intelectuales que ponen en relación inesperada a sectores hasta hace poco distintos. La utilización cruzada de las fuentes aparece como una innovación cualitativa. Una determinada profundidad temporal sólo puede asegurarse por la intervención simultánea de diversas categorías de fuentes, porque un hecho aislado queda, por así decirlo, al margen del movimiento del conjunto. La integración global de los métodos y el cruzamiento de las fuentes constituyen de aquí en adelante una contribución eficaz de Africa a la ciencia, y hasta a la conciencia historiográfica contemporánea.

La curiosidad del historiador debe seguir varias trayectorias a la vez. Su trabajo no se limita a establecer unas fuentes. Se trata de apropiarse el pasado humano por medio de una sólida cultura pluridimensional. Porque la historia es una mirada del hombre actual sobre la totalidad de los tiempos.

La mayor parte de esas fuentes y técnicas específicas de la historia africana obtenidas de las matemáticas, de la física de los átomos, de la geología, de las ciencias naturales y de las ciencias humanas y sociales, son ampliamente descritas en el presente volumen. Así pues, se insistirá aquí en aspectos y problemas no desarrollados en otras partes.

Sin duda, el hecho metodológico más decisivo de estos últimos años ha sido la intervención, en el estudio del pasado humano, de las ciencias físicas modernas con las medidas de radioactividad de los isótopos que aseguran la posición cronológica sobre el pasado hasta los primeros tiempos de la aparición del *homo sapiens* (medida del carbono 14) y sobre tiempos anteriores a un millón de años (método del potasio-argón).

Esos métodos de datación absoluta acortan hoy de manera considerable las discusiones en *Paleontología humana y Prehistoria*<sup>1</sup>. En Africa, los homínidos más antiguos están fechados en - 5 300 000 años por el método K/ar. Esa edad es la de un fragmento de mandíbula inferior con un molar intacto de un homínido encontrado por el profesor Bryan Patterson, en 1971, en Lothagam (Kenya). Por otra parte, los dientes de homínidos encontrados en las capas villafranquianas del valle del Omo, en Etiopía meridional, por los equipos franceses (Camille Arambourg, Yves Coppens) y el americano (F. Clark Howell), tienen de 2 a 4 millones de edad. El nivel de Zinjanthrope (Nivel I) del célebre yacimiento de Olduvai, en Tanzania, está fechado en 1 750 000 años, siempre por el método del potasio-argón.

Así, gracias al isótopo potasio-argón, la génesis humana del Este africano, la más antigua de todas en el estado actual de los conocimientos, es ni más ni menos que la génesis humana, a pesar de que el monofiletismo hoy en día sea cada vez más una tesis comúnmente admitida en Paleontología general. Los restos fósiles africanos conocidos hoy proporcionan, por consiguiente, unos elementos de respuesta decisivos a esa cuestión primordial de los orígenes humanos, planteada

<sup>1</sup> J. B. Birdsell, 1972, pág. 299.



de mil maneras a lo largo de toda la historia de la humanidad: «¿Dónde ha nacido el hombre? ¿Cuándo?»

Se modifican ahora por completo las viejas ideas estereotipadas que situaban a Africa en las fronteras y los márgenes del Imperio de Clío. Los hechos, puestos en evidencia por fuentes y métodos variados —Paleontología humana y Física nuclear—, claramente muestran, por el contrario, toda la profundidad de la historia africana cuyos orígenes se confunden precisamente con los orígenes mismos de la humanidad fabricante.

Informaciones sacadas de otras fuentes, las *ciencias de la Tierra*, por ejemplo, iluminan igualmente la historia de Africa, independientemente de todo documento escrito. La vida y la historia de las poblaciones de la cuenca lacustre del Chad, por ejemplo, serían bastante difíciles de comprender sin la intervención de la Geografía física. Conviene subrayar el valor metodológico de esta aproximación.

En efecto, la vida y los hombres no se han extendido al azar por esa cuenca del lago Chad que presenta esquemáticamente el cuadro hipsométrico siguiente: una llanura central de acumulación situada entre 185 y 300 m. de altura; alrededor, un anillo bastante discontinuo de viejas mesetas desgastadas en las que la penillanura a veces ha estado oculta por actividades volcánicas recientes; uniendo esas mesetas de 1.000 m. de altura por término medio y las zonas bajas de acumulación, hay pendientes generalmente pronunciadas afectadas por una erosión activa en un clima húmedo. Precisamente, la zona de los suelos detríticos muy blandos que recibe la lluvia presenta la mayor densidad demográfica, de 6 a 15 habitantes por km<sup>2</sup>. Con clima saheliano se presenta todavía una considerable densidad en los aluviones fecundados por las infiltraciones o inundaciones del Chad. Sobre las altas mesetas del Este y del Sur, Darfour y Adamawa, de donde descienden los tributarios del lago, la población se reduce a un habitante por km<sup>2</sup>. En el Norte, ya sahariano, la densidad disminuye más aún. El rostro humano de la cuenca está, por consiguiente, estrechamente unido a un problema de geografía física y geomorfología que condiciona el desarrollo humano. La civilización ha retrocedido, pues, ante el desierto. Y se ha replegado sobre el límite del cultivo del mijo y del sorgo sin riego, en la latitud aproximada del nuevo Chad (los cultivos de regadío de legumbres, tabaco, trigo duro se realizan en las orillas del Logone y del Chari). Cultivadores, pastores y pescadores viven en la zona meridional donde las aguas fluvio-lacustres fecundan las tierras, reverdecen los pastos y atraen periódicamente a una multitud de pescadores. Por el contrario, la erosión en las zonas desérticas septentrionales hace inestable el suelo y precaria la vegetación, caracterizada por una maleza espinosa xerófila.

Pero esas estructuras geomorfológicas han condicionado también otras actividades humanas. Por ejemplo, las invasiones de los conquistadores han expulsado frecuentemente a los autóctonos cultivadores de las mesetas salubres y de las llanuras fértiles para echarlos sobre las zonas (pendientes o cimas) impropias para la ganadería. De ese modo, los fulbé han arrojado a los boum y a los dqurou sobre los terrenos menos fértiles del Adamawa, y a los kiroi del norte de Camerún sobre los desprendimientos graníticos del macizo montañoso del Mandara. Ahora bien, el trabajo de los suelos antes ondulados y en pendiente es, ciertamente, rudo e ingrato para esos pueblos; pero responde mejor a su utillaje

elemental. En fin, la existencia periódica o permanente de áreas palúdicas en la zona aluvial entraña una pululación de mosquitos (*Anopheles gambiae*). Por otra parte, hay focos de moscas tsetse (*Glossina palpalis*) a orillas del Logone y del Chari, en las formaciones higrófilas bajas en *Salix* y *Mimosa asperata* que emplean los sedimentos recientes. El paludismo y la enfermedad del sueño que de ello resultan, transforman esos sectores en zonas repulsivas.

En resumen, para tener una panorámica concreta de la vida humana en la cuenca del Chad que ha conocido en otros tiempos varias fluctuaciones cuaternarias debidas a migraciones de clima, el historiador debe investigar necesariamente todo un abanico de fuentes y técnicas particulares, obtenidas de las ciencias de la Tierra y de las *ciencias de la vida*: el reparto actual de las poblaciones, sus movimientos migratorios pasados, sus actividades agrícolas, pastoriles, etc., están estrechamente condicionados por el medio ambiente.

El caso de la cuenca lacustre del Chad no es más que un ejemplo entre tantos otros. Allí donde la curiosidad científica está libre de ciertos esquemas restrictivos, los resultados no han sido menos brillantes. Entre los nyangatom o boumi del valle del Omo, próximos a los turkana del nordeste de Kenya, existió una diferencia chocante entre la sangre de los hombres investigados (300 individuos en 1971, y 359 en 1972). Esa diferencia en el plano epidemiológico no era observable entre los sexos, sino entre las aldeas (que reagrupan de 20 a 300 habitantes). Ahora bien, las aldeas de esos hombres que viven de la ganadería, la agricultura, la recolección, la caza y la pesca obedecen a una organización de clan precisa y complicada, con una distribución en secciones territoriales. Pero en esa sociedad no hay jefe por encima del más anciano. Así pues, las diferencias surgidas de la organización social territorial de los nyangatom se encuentran proyectadas en la serología: la ficha de las reacciones de los sueros a los antígenos arbovirales dibuja literalmente el catastro de las poblaciones examinadas<sup>2</sup>.

Ese ejemplo de colaboración dinámica entre el parasitólogo y el antropólogo resulta instructivo para el historiador que puede sacar de ello gran provecho. No le es indiferente conocer la existencia de semejante material documental que puede revelar su «pertinencia» en el análisis de los comportamientos sexuales y en el estudio del crecimiento demográfico de los nyangatom.

El fundamental problema heurístico y epistemológico sigue siendo siempre el mismo: en Africa, el historiador debe recurrir siempre a toda clase de procedimientos de análisis para articular su propio relato fundándose en una vasta cosecha de conocimientos.

Se requiere particularmente esa «apertura de espíritu» para los períodos antiguos en que no intervienen ni documentos escritos ni siquiera tradiciones orales directas. Sabemos, por ejemplo, que el trigo, la cebada y el mijo en Asia, Europa y Africa, y el maíz en América, constituyeron la base de la agricultura para los hombres del Neolítico. Pero ¿cómo identificar los sistemas agrícolas iniciales que aparecieron hace tanto tiempo? ¿Qué es lo que permitía distinguir una población de depredadores sedentarios de otra población de agricultores? ¿Cómo

<sup>2</sup> Trabajos de François Rodhain, entomólogo, y de Serge Tornay, etnólogo, miembros de la misión francesa de Omo, dirigida por M. Yves Coppens (1971-1972).

y cuándo se extendió la domesticación de las plantas por los diversos continentes? La tradición oral y la mitología son aquí únicamente una pequeña ayuda. Sólo la arqueología y los *métodos paleobotánicos* pueden dar alguna respuesta válida a esas importantes cuestiones relativas a esa inestimable herencia neolítica que es la agricultura.

El esqueleto del polen es muy resistente al tiempo en un suelo favorable y no ácido. La paleopalinología proporciona un análisis microscópico de tales vestigios botánicos. Los pólenes fósiles pueden recogerse solubilizando progresivamente una muestra de tierra por medio de ácidos en caliente (ácidos fluorídrico o clorhídrico) que eliminan el sílice y la caliza sin atacar a los pólenes, y después los humus orgánicos (potasa). El residuo, centrifugado y teñido, es entonces puesto en gelatina. Sólo le queda al operador reconocer y contar cada semilla para formar un cuadro de porcentaje. Este da el perfil polínico del sedimento estudiado. La presencia de la agricultura sobre un lugar determinado queda así establecida, precisada la evolución del paisaje, y diagnosticado el clima a través de las variaciones de la vegetación, así como la acción eventual del hombre y de los animales sobre el manto vegetal.

Tales análisis han permitido descubrir actividades de domesticación agrícola en Africa, actividades localizadas en varios centros y distribuidas por vastas regiones. El sorgo (inicialmente domesticado sobre la sabana que se extiende desde el lago Chad hasta la frontera entre Sudán y Etiopía), el pequeño mijo, el arroz africano, el voandzou, los guisantes, el cocotero (domesticado en las orillas de los bosques), el «finger-millet», el gombo, el ñame africano, etc., eran entonces las principales plantas cultivadas.

Las plantas americanas son de introducción relativamente reciente, como lo atestiguan esta vez ciertas fuentes escritas. La mandioca, por ejemplo, alimento hoy básico para varios pueblos del Africa central no ha penetrado en el reino del Congo por la costa atlántica sino después del siglo XVI. En efecto, entre las plantas cultivadas sobre la meseta de Mbanza Kongo, capital del reino, la *Relation*, de Pigafetta-López (1591), menciona solamente el *luko*, es decir, la eleusina *corocana*, cuya «simiente es originaria de la ribera del Nilo, en la región donde ese río llena el segundo lago»<sup>3</sup>; el *masa ma Kongo*, gramínea que es una especie de sorgo; el maíz, *masangu*, o también *masa ma Mputu*, «que es el menos estimado, con el que se alimenta a los cerdos»<sup>4</sup>; el arroz, *loso*, que «no tiene mucho valor tampoco»<sup>5</sup>; finalmente, el platanero tropical, *dikondo*, y el cocotero, *ba*.

Menos conocido es el hecho de que plantas africanas serán difundidas también a partir del continente. El paso de las especies africanas a la India, por ejemplo, y a otras regiones asiáticas es cierto pero tardío. En efecto, las dos especies de mijo («pequeño mijo» y «finger-millet») están arqueológicamente comprobadas en la India, alrededor del año 1000 antes de la era cristiana. El sorgo es conocido allí con posterioridad, porque el sánscrito no emplea palabra alguna para designarlo.

<sup>3</sup> Pigafetta-López, 1591, pág. 40: «Venendo sementa dal fiume Nilo, in quella parte dove empie il secondo lago».

<sup>4</sup> Pigafetta-López, *ibid.*: «Ed il Maiz che é il piu vile de tutti, che dassi a porci».

<sup>5</sup> Pigafetta-López, *ibid.*: «il roso è in poco prezzo».

Todas esas informaciones facilitadas por la arqueología y la paleobotánica pueden informar al historiador, en ausencia de todo documento escrito y de toda tradición oral, sobre la serie de etapas que han hecho pasar a nuestros antepasados neolíticos de una economía de recolección a otra de producción. Y esos hechos por sí mismos describen con evidencia las corrientes de relación de las civilizaciones neolíticas, pero no un difusionismo.

Restos de huesos de perro, de cerdo, de cordero y de cabra sugieren que la domesticación de los animales ha comenzado, para los centros neolíticos del Próximo Oriente, poco más o menos en la misma época que la del cultivo de las plantas, entre 9000 y 8000 años antes de nuestra era. A partir de ahí se ha propuesto una cronología teórica de la domesticación de los diferentes grupos de animales.

Primeramente, los necrófagos, como el perro; después, los animales nómadas, como el reno, la cabra y el cordero; por fin, los animales a los que se impone una vida sedentaria: el ganado mayor y los cerdos. Los animales que pueden servir para el transporte —el caballo, el asno y la llama— habrían sido completamente domesticados en último lugar. Pero esa cronología general no afecta siempre a África.

El caballo, que con el buey y el asno ha desempeñado un papel de «motor de la historia» a través de los tiempos, sólo aparece en África —precisamente en Egipto, como lo atestiguan las fuentes escriturarias e iconográficas— hacia el final de la invasión de los hyksos, en torno al año 1600 antes de la era cristiana. Desde el siglo XIII antes de la era cristiana, es transmitido, como animal de guerra, a los libios, y más tarde a los nubios, al principio del primer milenio. A excepción de las áreas alcanzadas por la civilización romana, el resto de África no utilizará mucho al caballo sino a partir de las conquistas medievales árabes. Dos caballos ensillados y embridados, flanqueados por dos carneros, formaban parte de los emblemas del rey de Malí, como lo refiere el escritor Ibn Baṭṭūṭa (1304-1377).

En cuanto al camello de una joroba, el dromedario, no es tampoco tardío en la civilización africana. Ese animal aparece, en efecto, de manera suficientemente discernible, en una pintura rupestre del Sáhara chadiano, en el siglo III antes de la era cristiana. El año 525 antes de la era cristiana los hombres de Cambises lo introdujeron en Egipto, donde desempeñará en lo sucesivo un papel importante para las comunicaciones entre el Nilo y el Mar Rojo. Su penetración en el Sáhara occidental fue más tardía. En efecto, el camello, que es esencialmente un animal del desierto en donde reemplaza frecuentemente al buey y al asno, fue difundido en el Magreb, con toda verosimilitud, por las tropas romanas de origen sirio. Los bereberes, refractarios a la paz romana y a su catastro, se emanciparon gracias al camello. El les permitió ir a establecerse más allá del *limes*, sobre las estepas y los desiertos. A causa de esto, los negros sedentarios de los oasis fueron rechazados hacia el Sur o reducidos a la esclavitud.

Al término de todos los desarrollos precedentes, se llega a la convicción siguiente, que es una jugada metodológica decisiva: se puede obtener todo un material documental, rico y variado, a partir de las fuentes y las técnicas extraídas de las ciencias exactas y las ciencias naturales. El historiador se ve obligado a desplegar esfuerzos de investigación que llegan hasta la audacia. Todos los

camino que se abren son adoptados en adelante. El concepto de «ciencias auxiliares» pierde cada vez más terreno en esa nueva metodología, a menos de entender, en lo sucesivo, por «ciencias auxiliares de la historia» técnicas fundamentales de la historia, salidas de cualquier horizonte científico, que, además, no todas están descubiertas aún. Las técnicas de investigación forman parte, en adelante, de la práctica histórica, y hacen que la historia se incline de manera concreta hacia la ciencia.

La historia se beneficia así de la experiencia de las ciencias de la Tierra y de las ciencias de la vida. Sin embargo, su aparato de investigación y de crítica se enriquece, sobre todo, con la aportación de las otras ciencias humanas y sociales: egiptología, lingüística, tradición oral, ciencias económicas y políticas.

Hasta ahora, la *egiptología* sigue siendo una fuente insuficientemente utilizada para la historia de África. Conviene, por consiguiente, insistir en ella.

La egiptología implica la arqueología histórica y el descifre de los textos. En los dos casos, el conocimiento de la lengua egipcia es una condición indispensable. Esa lengua que ha estado viva durante unos 5000 años (si se toma en consideración el copto), se presenta materialmente bajo tres escrituras distintas:

lingüística  
egipcia  
historia

— La escritura jeroglífica, cuyos signos se distribuyen en dos grandes clases: los ideogramas o signos-palabras (por ejemplo, el dibujo de una cesta de mimbre, para escribir la palabra «cesta», cuyos principales componentes fonéticos son *nb*), y los fonogramas o signos-sonidos (por ejemplo, el dibujo de una cesta del que no se retiene más que el valor fonético *nb* y que sirve para escribir palabras distintas de «cesta», pero que tienen el mismo valor fonético: *nb*, «señor»; *nb*, «todo»). Los fonogramas se clasifican en: trílteros, signos que combinan tres consonantes; bilíteros, signos que combinan dos consonantes; unílteros, signos que no encierran más que una vocal o una consonante: ese es el alfabeto fonético egipcio.

— La escritura hierática, o sea, la cursiva de los jeroglíficos que aparecen en las proximidades de la III dinastía (– 2778 a – 2423), siempre orientada de derecha a izquierda, trazada por un cálamo sobre hojas de papiro, fragmentos de alfarería y pizarra. Conoció una duración tan larga como los jeroglíficos (el texto jeroglífico más reciente data de + 394).

— La escritura demótica, que es una simplificación de la escritura hierática, hace su aparición hacia la dinastía XXV (– 751 a – 656) para desaparecer del uso en el siglo V. En el plano estricto de los grafemas, hay una comunidad de origen reconocido entre la escritura demótica egipcia y la escritura meroítica de Nubia (que transmite una lengua aún no descifrada).

Solo a ese nivel del sistema gráfico egipcio, se plantean interesantes cuestiones metodológicas. Y es que a través de semejante convenio gráfico, dotado de una fisonomía propia, el historiador, que se convierte un poco en descifrador, conoce, por así decirlo, la conciencia y la voluntad de los hombres de otros tiempos; por eso, el acto material de escribir traduce siempre un valor profundamente humano. En efecto, descifrar es dialogar, gracias a un esfuerzo constante de rigor y objetividad. Además, la diversidad, las complicaciones y las propias simplificaciones sucesivas del sistema gráfico egipcio forman parte de la historia: la historia de los descifres, una de las fuentes esenciales de toda historicidad. Con el sistema gráfico egipcio, África encuentra así un lugar importante en los estudios de

conjunto sobre la escritura, considerada como sistema de signos y de intercomunicación humana<sup>6</sup>.

El problema de la difusión de la escritura egipcia en el Africa negra amplía aún más el aparato metodológico del historiador. Perspectivas totalmente nuevas se abren así a la investigación histórica africana. Los hechos siguientes son precisamente pertinentes. Los gicandi son un sistema ideográfico antiguamente en uso entre los kikuyo de Kenia. Los pictogramas de ese sistema gráfico ofrecen sorprendentes analogías con los pictogramas egipcios. La semejanza estructural entre los pictogramas nsibidi, en el país de los efik (sudeste de Nigeria) y los pictogramas egipcios se ha reconocido y señalado desde 1912 por un científico británico, P. Amaury Talbot. Muchos jeroglíficos egipcios presentan también un parentesco escritural claro con los signos de la escritura mende del sur de Sierra Leona. Lo mismo ocurre con la mayor parte de los signos de la escritura loma del norte de Liberia. Existe también una conexión causal indudable entre los jeroglíficos egipcios y varios signos de la escritura vai de los alrededores de Monrovia (Liberia). La escritura de los bamoun, del Camerún, que conoce también más de dos sistemas gráficos, no ofrece menos sorprendentes analogías —externas, es cierto— con los jeroglíficos del valle del Nilo. Exactamente como en Egipto, los jeroglíficos dogon, bambara y bozo son descomponibles y, por tanto, analizables. Pero el hecho más significativo es que esos signos del Oeste africano hacen que las cosas y los seres escritos con su ayuda tomen conciencia de sí mismos, concepción típica del poder trascendente de la escritura, que se encuentra literalmente en Egipto en la grafía de ciertos textos relativos al destino después de la muerte.

Así, continúa siendo grande la posibilidad de ver nacer y desarrollarse una epigrafía y una paleografía absolutamente desconocidas hasta ahora y cuyo objeto sería el estudio riguroso de las familias escriturales negro-africanas, en sus relaciones mutuas. El historiador sacaría provecho de ello, porque a través de la historia de la escritura y de los desciframientos, está la historia de los hombres responsables de las grafías referidas. El examen de los sistemas gráficos es en sí mismo una fuente valiosa de la historia. Sin embargo, el historiador que no pierde nunca el sentido de la duración no tiene que esperar de esas escrituras, frecuentemente recientes, revelaciones antiguas. Su importancia revela más bien la extraña profundidad temporal del impacto egipcio. Aparentemente desaparecida desde el año 394 de la era cristiana, esa escritura egipcia nos presenta sin interrupción diversos resurgimientos desde el siglo XVII al XIX. La ruptura entre la antigüedad y el pasado reciente de Africa no es, pues, más que una ilusión de nuestra ignorancia; una corriente subterránea une de facto esos dos polos.

Conocer la escritura egipcia, descifrar los textos, es tener acceso directo a la lengua faraónica. Para el historiador siempre es recomendable recurrir, tanto como sea posible, a los textos originales, porque las traducciones, incluso las mejores, pocas veces son irreprochables. El historiador que conoce la lengua egipcia puede, pues, leer directamente, es decir, por sí mismo, los numerosos y variados textos del Egipto antiguo: estelas funerarias, inscripciones monumenta-

<sup>6</sup> Ernst Doblhofer, 1959.

les, actas administrativas, himnos religiosos, obras filosóficas, tratados de medicina o de matemáticas, composiciones literarias (novelas, cuentos y fábulas).

Una serie de textos muestra claramente que la barrera que se quería poner entre el Egipto faraónico y el resto de las regiones africanas vecinas, en esas épocas remotas, no está conforme con la materialidad de los hechos.

A este respecto, se puede mencionar la carta que Neferkaré (Pepi II), faraón de la VI dinastía hacia el año 2370 antes de la era cristiana, envía a Herkhouf, jefe de una expedición económica dirigida a las regiones meridionales alejadas, en el «País del Límite del Mundo», como dice el texto, esto es, probablemente, la región de los Grandes Lagos africanos; habían traído un pigmeo de esa lejana expedición, que fue la cuarta de la serie. Otro texto egipcio que data del siglo XX antes de la era cristiana (a principios de la XII dinastía) proporciona informaciones precisas y muy interesantes sobre la vida de los marinos de aquella época, la navegación por el Mar Rojo y las relaciones económicas entre la costa oriental africana y el valle del Nilo. Se trata del *Cuento del naufrago*. La reina Hatshepsout, que permaneció en el trono egipcio durante veintiún años (1504-1483), organizó varias expediciones comerciales, principalmente la del año 9 de su reinado, al país de Pount (costa somalí), representada por los espléndidos bajorrelieves de Deir el-Bahari, en el Alto Egipto.

Ahí tenemos toda una dirección de investigación nueva, que no puede dejar indiferente al historiador de Africa. Se vislumbra qué importancia tiene la introducción de la enseñanza del egipcio antiguo en las universidades africanas, de las que se espera mucho para el estudio vivo del patrimonio cultural africano en toda su profundidad «espacio-temporal».

Por lo que se refiere a la pertenencia lingüística del egipcio antiguo, las precisiones siguientes están contenidas en el Informe final del importante coloquio internacional sobre la *Población del Egipto antiguo y el descifre de la escritura meroítica* (El Cairo, 28 enero-3 febrero 1974): «Lo egipcio no puede ser aislado de su contexto africano y lo semítico no explica su nacimiento; es, pues, legítimo encontrarle parientes o primos en Africa» (informe final, p. 29,5).

Hablando claro, la lengua faraónica no es una lengua semítica. Conviene, por consiguiente, sacar a la lengua egipcia antigua de lo «camito-semítico» o de lo «afroasiático» de algunos autores que, frecuentemente, no son ni semitizantes, ni egiptólogos.

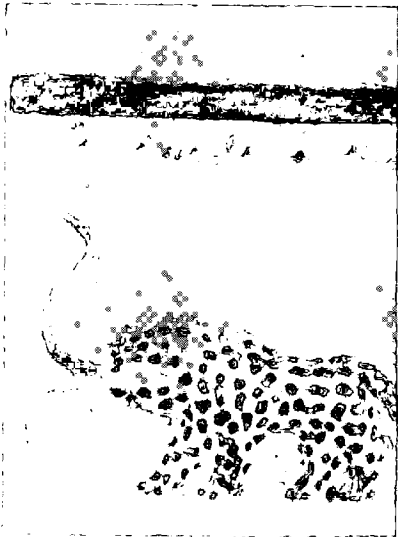
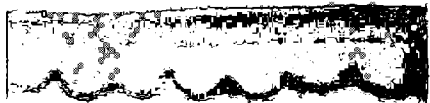
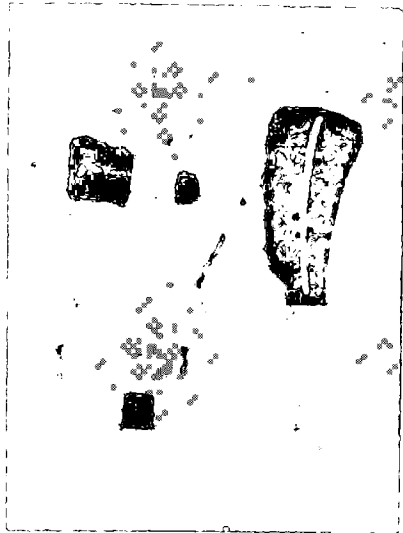
El problema fundamental que se plantea consiste en comparar, por medio de las técnicas lingüísticas apropiadas, la lengua egipcia antigua con la negro-africana actual, para restituir, en la medida de lo posible, formas anteriores comunes partiendo de las correspondencias y comparaciones morfológicas, lexicológicas y fonéticas. Le espera al lingüista una tarea gigantesca. También el historiador deberá contar con un radical cambio de perspectivas cuando sea analizada una macroestructura cultural común entre el Egipto faraónico y el resto del Africa negra. Esa comunidad es, en el sentido matemático de las palabras, una evidencia intuitiva que espera su demostración formalizada. Pero, ahora más que nunca, el historiador y el lingüista están obligados a trabajar codo con codo. Porque la lingüística es una fuente histórica, particularmente en Africa, donde las numerosas lenguas se imbrican.

Se trata, sobre todo, de la lingüística comparativa o histórica. El método empleado es comparativo e inductivo. Porque el fin de la comparación es reconstruir, es decir, buscar el punto de convergencia de todas las lenguas comparadas. Ese punto de convergencia se llamará «lengua común predialectal». Pero es necesario ser extraordinariamente prudente. El «bantú común», por ejemplo, reconstruido a partir del estudio apropiado de las diversas lenguas bantúes hoy comprobadas, no es ni una lengua antigua, ni una lengua real restituida en todos sus elementos. El término «bantú común» o «protobantú» designa solamente al sistema de concordancia entre las lenguas bantúes conocidas, concordancia que la hacen remontar a una época en que esas lenguas eran casi idénticas. Lo mismo ocurre con el «indoeuropeo», por ejemplo. Al nivel estricto de la realidad, la arqueología lingüística es, en último extremo, una pura ilusión, porque de la época muy antigua, prehistórica, en que se hablaba la lengua común restituida, no subsiste vestigio alguno histórico o simplemente lingüístico.

El interés de la lingüística histórica no reside tanto en el hecho de encontrar una «lengua común predialectal», sino más bien en el hecho de captar —por así decirlo— la superficie lingüística total de diversas lenguas aparentemente extrañas unas de otras. Una lengua está encerrada pocas veces en un área bien delimitada. Desborda las más de las veces su propia superficie manteniendo con las demás lenguas, más o menos alejadas, relaciones a veces imperceptibles a primera vista. El importante problema subyacente es, evidentemente, el del desplazamiento de las poblaciones. Una comunidad lingüística no se confunde forzosamente con una unidad de raza. Aquella, sin embargo, informa de manera pertinente sobre una unidad esencial —la única, a decir verdad—, esto es, la unidad cultural radical de los pueblos lingüísticamente unidos pero que tienen, a veces, orígenes muy diversos y sistemas políticos diferentes. La familia «niger-congo», por ejemplo, aunque nunca ha estado bien establecida, permite concluir la existencia de vínculos socioculturales muy antiguos entre los pueblos del Oeste atlántico, los pueblos mande, gur, kwa, los pueblos comprendidos entre Benué y el Congo (Zaire), los pueblos de Adamawa oriental y los pueblos bantúes del Africa central, oriental y meridional.

La lingüística histórica es, pues, una fuente valiosa de la historia africana, como la tradición oral, que fue desdeñada durante mucho tiempo. Ahora bien, ocurre a veces que la tradición oral es la única fuente inmediatamente disponible. Este es el caso, por ejemplo, entre los mbochi del Congo. La historia de sus diferentes jefaturas sólo ha podido restituirse en el espacio y el tiempo (un tiempo relativamente corto, es verdad) con la ayuda de la tradición oral. Esta puede también resolver una cuestión allí donde el documento escrito resulta impotente. Los cronistas (Delaporte, 1753; Droyat, 1776) refieren unánimemente que los reyes, en el reino de Loango (Africa central occidental), eran inhumados en dos cementerios distintos: en Lubu y en Lwandkili. ¿Cuándo y por qué semejante distinción tuvo lugar? Dicho esto, los documentos escritos y hasta aquí conocidos siguen mudos. Sólo la tradición oral de los vili actuales permite explicar esa dualidad. Es una disputa extraordinariamente violenta entre la corte de Maloango y los habitantes de Lwandjili que obligó al rey y a los príncipes de la época a cambiar de lugar de inhumación. El cementerio de Lwandjili fue, pues,





● Bajorrelieve, museu de Abomey (foto Nubia).

abandonado en favor del de Lubu a consecuencia de un conflicto entre la corona y los habitantes de una opulenta provincia del reino. La tradición oral viene aquí válidamente en ayuda del documento escrito. Existen innumerables casos en Africa en los que la tradición oral guía —por así decirlo— la excavación arqueológica, iluminando paralelamente la crónica escrita. Las excavaciones de Tegdaoust, ciudad del reino de Ghana (Sudán occidental), dirigidas a finales de 1960 por los profesores J. Devisse, D. y S. Robert, entonces en la Universidad de Dakar, aprovecharon simultáneamente, de manera cruzada, las tradiciones locales, las crónicas árabes medievales y las técnicas propiamente arqueológicas. Así, un periodo de historia africana mal conocido (siglos VII y XIII) fue devuelto a la memoria de los hombres gracias, evidentemente, a la arqueología, pero también, en parte, gracias a la tradición local y a los documentos escritos.

Esos ejemplos, que se podrían multiplicar, muestran que en Africa, más que en otra cualquier parte, la tradición oral forma parte integrante de la base documental del historiador. Esa base se amplía de ese modo. La historia africana no puede ya tratarse más como en el pasado, separando de la investigación histórica la tradición oral, que es una articulación del tiempo.

Precisamente, ese punto capital —a saber, de una parte la manera como la tradición oral presenta el tiempo, y de otra, la manera como la tradición oral presenta los acontecimientos a través del tiempo— no ha sido aún suficientemente subrayado. ¿De qué manera, pues, el griot presenta la historia? Esta es la cuestión decisiva. El griot africano no trabaja casi nunca sobre una trama cronológica. Y no presenta el curso de los acontecimientos humanos con sus aceleraciones o sus puntos de ruptura. Lo que él dice y refiere merece ser escuchado en perspectiva, y no puede serlo de otro modo. Es que el griot sólo se interesa por el hombre considerado en la existencia, como portador de valores y como actuando en la naturaleza, intemporalmente. He ahí por qué el griot africano no es propenso a hacer la síntesis de los diversos momentos de la historia que él relata. En cada momento trata por sí mismo, como teniendo su sentido propio, sin relaciones precisas con los otros momentos. Los momentos de los acontecimientos referidos son discontinuos, lo que es propiamente hablar de la historia absoluta. Esa historia absoluta que presenta sin fechas, globalmente, unos estadios de evolución, es simplemente la historia estructural. Los afloramientos y las emergencias temporales que se llaman en otra parte «ciclo» (idea de círculo), «período» (idea de espacio de tiempo), «época» (idea de parada o de momento señalado por algún acontecimiento importante), «edad» (idea de duración, de paso fluido del tiempo), «serie» (idea de continuación, de sucesión), «momento» (idea de instante, de circunstancia, de tiempo presente), etc., son prácticamente ignorados por el griot africano como expresiones posibles de su discurso. Ciertamente, el griot africano no ignora ni el tiempo cósmico (estaciones, años, etc.) ni el pasado humano, puesto que lo que él refiere está precisamente pasado. Pero a él le resultaba bastante difícil un modelo del tiempo, y da de un golpe las plenitudes de un tiempo.

Siempre en el terreno de las ciencias humanas y sociales, la aportación de los sociólogos y politicólogos permite volver a definir unos saberes históricos y culturales. En efecto, los conceptos de «reino», «nación», «Estado», «imperio», «democracia», «feudalidad», «partido político», etc., utilizados en otras partes de

125  
60/10/15

manera ciertamente adecuada, no son siempre automáticamente aplicables a la realidad africana.

¿Qué hay que entender exactamente por «reino del Congo»; por ejemplo? La gente misma nombra las cosas de la manera siguiente: *nsi a Kongo*, literalmente «el país (*nsi*) de los congo». Tenemos, pues, un grupo étnico (los congo), una comarca (*nsi*), y la conciencia que tiene ese grupo étnico de habitar esa comarca, que se convierte así en el país (*nsi*) del grupo étnico en cuestión. Los límites o fronteras son cada vez más movientes. Dependen de la dispersión de los clanes y subgrupos de la etnia considerada. La palabra «reino» responde aquí a un territorio exclusivamente habitado por hombres y mujeres que pertenecen todos a una misma etnia. La homogeneidad étnica, lingüística y cultural es de rigor. El «rey» (*mfumu*) es, en realidad, el mayor (*mfumu*), el tío materno (*mfumu*) de todas las familias (*nzo*) y de todos los clanes matrilineales (*makanda*) que se reconocen antepasados-fundadores comunes (*bankulu mpangu*). Al examinar más de cerca la realidad del «reino del Congo» se reduce, en definitiva, a una vasta Jefatura, es decir, a un sistema de gobierno que engloba las pequeñas jefaturas locales. El «rey» es el mayor de los mayores, el tío materno más antiguo entre los vivientes: por eso, él es un *ntinu*, «jefe supremo». El «reino del Congo» no quiere decir, pues, un Estado gobernado por un rey, en el sentido occidental. En resumen, ese sentido occidental (reino de Luis XIV, por ejemplo) es un sentido bastardo, tardío, inadecuado, en suma, un caso particular de paso del Estado al Estado nacional por la monarquía «absoluta».

Por el contrario, el «reino de Danxome» (actual Benin) se parece más al tipo de la monarquía absoluta, avatar poco afortunado desde Enrique IV hasta Luis XVI en el marco de Francia. Existe, en efecto, un territorio principal y permanente. Este, como subraya el profesor M. Glélé, posee una jurisdicción central: el rey, sus ministros y los delegados de éstos. El rey es la esencia misma del poder. Detenta todos los atributos de la autoridad y del mando. Tiene derecho de vida y de muerte sobre sus súbditos, los *anato*, «gente del pueblo», entre los cuales el rey, señor y poseedor de todas las riquezas (*dokunno*), elegía y reclutaba a unos *glesis*, es decir, cultivadores que destinaba a sus propiedades o de los que hacía regalo a los príncipes y a los jefes. El poder central era ejercido en las aldeas y regiones por unos jefes, en nombre del rey. El «reino de Danxome» se presenta, por consiguiente, como una organización estatal fuertemente centralizada y en la que se inserta el sistema de descentralización administrativa, como es la jefatura. Tenemos así un poder central que controla a un pueblo (los *danxomenu*) a través de las jefaturas. En el curso de la historia y al azar de las conquistas, se fueron añadiendo países anexionados al núcleo étnico antiguo y al territorio permanente.

Ha habido, pues, en un momento determinado conquista y proceso de aculturización-asimilación entre pueblos parientes y vecinos (Fon, Mahi, Alada, Savi, Juda, etc.). El «reino» se convierte, por ese hecho, en un Estado pluriétnico, estructurado y centralizado gracias a una fuerte organización administrativa y militar, y gracias también a una economía dirigida y dinámica. En vísperas de la penetración colonial, el reino de Danxome era un verdadero Estado-nación donde el diálogo, la palabra y la adhesión de las poblaciones (a través de las jefaturas) eran un principio de gobierno.

La palabra «reino» no tiene, pues, la misma acepción en todas partes de Africa. Los dos ejemplos del Congo y de Danxome son muy instructivos a este respecto. Se requiere, por consiguiente, una gran vigilancia del historiador para el empleo de esa palabra. Se habrá notado, por otra parte, que la jefatura corresponde a un sistema de gobierno en el Congo, pero a un modo de descentralización administrativa en el antiguo reino de Danxome (Abomey).

Por lo que se refiere al término «feudalidad», y en el campo de observación que es Europa occidental (que no siempre es una particularidad tópica), puede entenderse en el sentido de los medievalistas de tendencia jurídica: la feudalidad es lo que concierne al feudo (aparecido hacia el siglo X-XI) y al conjunto de las relaciones (fe, homenaje y censo) que vinculan al vasallo con el señor, propietario de la hacienda. Los campesinos que no forman parte de la capa superior de la sociedad son descartados en esa acepción de la palabra.

Los marxistas dan, por el contrario, un sentido muy amplio a la palabra «feudalidad»: es un modo de producción caracterizado por la explotación económica de las clases inferiores (los siervos) por las clases dirigentes (los feudales). Los siervos están vinculados a la gleba y dependen del señor. Este no puede matar al siervo, pero puede venderlo (propiedad limitada sobre el trabajador). La servidumbre reemplaza a la esclavitud, pero muchos aspectos de la condición servil están aún presentes. Los siervos o los campesinos no están asociados a la gestión de los asuntos públicos. Y no asumen tampoco funciones administrativas. El régimen feudal, desde un punto de vista de la evolución de las sociedades europeas, es una etapa intermedia en el proceso de formación de la economía capitalista. Pero muchos marxistas mezclan aún la noción política de feudalidad y la socioeconómica de señorío, cosa que, gracias a Marx, los historiadores desde 1847 han aprendido a distinguir.

Sea cual sea el sentido elegido, ¿coinciden los regímenes medievales europeos con los del Africa negra precolonial? Sólo estudios sociales comparativos (aún más raros) podrán dar respuesta adecuada a esa pregunta, sin duda con los matices necesarios. El carácter «feudal» de la organización de los bariba (Dahomey) ya ha sido señalado, sobre todo, como una hipótesis de trabajo. El estado poco avanzado de las investigaciones sobre esta cuestión de la «feudalidad» en Africa negra, debe llevar al historiador a ser muy prudente. Y parece que las tendencias «feudales» presentadas por las sociedades negro-africanas no se pueden definir con relación a unos derechos reales revelados por la atribución de un «feudo», sino más bien con relación a una forma de organización política que se basa en un sistema de particulares relaciones sociales y económicas.

Los análisis de los sociólogos y politicólogos pueden ser así fuentes explotables para el historiador. Los «archivos» del historiador, en Africa, varían enormemente en función de los materiales y los periodos históricos, y en función también de la curiosidad del historiador mismo.

En Africa, las series documentales están constituidas por toda clase de ciencias: exactas, naturales, humanas y sociales. El «relato» histórico se encuentra completamente renovado en la medida en que la metodología consiste en emplear varias fuentes y técnicas particulares a la vez, de manera cruzada. Las informaciones facilitadas por la tradición oral, los escasos manuscritos árabes, las excavacio-

nes arqueológicas y el método del carbono residual o carbono 14 han reintroducido definitivamente al «legendario» pueblo sao (Chad, Camerún, Nigeria) en la historia auténtica de Africa. La colina de Mdagaí, en la república del Chad, ha estado ocupada de modo muy prolongado durante casi 2 500 años, desde el siglo V antes de la era cristiana hasta la mitad del siglo XIX de la era cristiana. Sin el aprovechamiento global y cruzado de fuentes tan diversas hubiera sido radicalmente imposible llegar a conclusiones tan pertinentes e inesperadas.

Las nociones clásicas de la crítica histórica, tales como «ciencias auxiliares», «elección de las fuentes», «materiales históricos nobles», son en adelante desterradas de la investigación histórica africana que marca así una etapa importante en la historiografía contemporánea.

La práctica de la historia en Africa se convierte en un permanente diálogo interdisciplinario. Nuevos horizontes se dibujan gracias a un esfuerzo teórico inédito. La noción de «fuentes cruzadas» exhuma —por así decirlo— del subsuelo de la metodología general una nueva manera de escribir la historia. La elaboración y la articulación de la historia de Africa pueden, por consiguiente, desempeñar un papel ejemplar y precursor en la asociación de otras disciplinas para la investigación histórica.

# FUENTES ESCRITAS ANTERIORES AL SIGLO XV

H. DJAIT

La noción de fuente escrita es tan amplia que por eso se convierte en ambigua. Si se entiende por escrito todo lo que transmite la voz y el sonido, se englobarán entonces en el testimonio escrito las inscripciones grabadas en piedra, en disco, en moneda..., resumiendo, todo mensaje que conserve el lenguaje y el pensamiento, independientemente de su soporte<sup>1</sup>. Semejante extensión nos llevaría a incluir en nuestra materia a la numismática, la epigrafía y otras ciencias «auxiliares» convertidas, propiamente hablando, en independientes del ámbito del texto escrito. Vamos a restringir además nuestra investigación a lo que está trazado o impreso en unos signos convenidos sobre un soporte cualquiera: papiro, pergamino, hueso, papel. Ese es ya un campo inmenso de investigaciones y reflexiones: en primer lugar, porque engloba una porción de tiempo que comienza con la invención de la escritura y termina en el umbral de los tiempos modernos (siglo XV); luego, porque coincide con un continente entero en el que se han yuxtapuesto y sucedido civilizaciones diversas; y, finalmente, porque esas fuentes se expresan en diferentes lenguas, evolucionan en tradiciones diversificadas y son de tipos variados.

Examinaremos los problema generales planteados por esas fuentes (periodización, corte en zonas, tipología) antes de trazar un inventario crítico.

## PROBLEMAS GENERALES

Hasta ahora no existe ningún estudio de conjunto sobre las fuentes escritas de la historia africana. Por razones de especialización cronológica o zonal, los pocos estudios realizados han permanecido aferrados a materias al margen de la investigación científica. Así, el Egipto faraónico es el campo del egiptólogo; el

<sup>1</sup> A. Dain, 1961, pág. 449.

Egipto ptolemaico y romano, el del clasicista; el Egipto musulmán, el del *islamicista*: tres periodos, tres especialidades que gravitan en unas órbitas más amplias (mundo clásico, Islam). Lo mismo puede decirse del Magreb, aunque el punicológico sea a la vez un orientalista y un clasicista, y aunque el berberizante sea marginal e inclasificable. El ámbito del *Africa negra*, variado en sí mismo, imbrica lenguas y especialidades diferentes: hay fuentes clásicas, fuentes árabes y fuentes propiamente africanas. Mas, aunque vuelva a encontrarse la misma trilogía que en el norte del Sáhara, ésta no tiene la misma amplitud, ni una significación análoga. Hay una inmensa zona, en la que, antes del siglo XV, no existen fuentes escritas; en el resto, en el Magreb por ejemplo, tal fuente árabe, de segundo orden, adquiere una importancia capital para la cuenca del Níger. El historiador del *Africa negra*, al estudiar un documento escrito en árabe, no lo hace del mismo modo que el historiador del Magreb, y menos todavía que el historiador del Islam en general.

Estos compartimentos e interferencias reflejan la estructura objetiva de la historia africana, pero también la orientación de la ciencia histórica moderna desde el siglo XIX. Es un hecho que Egipto ha estado integrado en el mundo helenístico, en el Imperio romano y en Bizancio, y que, convertido al Islam, ha llegado a ser un país brillante. Es una realidad que los clásicos vieron la historia de *Africa* como la ilustración de la de Roma, y que determinada *Africa* se había anclado en el destino de la romanidad. Pero también es completamente cierto que el propio historiador moderno del *Africa romana* es romanista antes que africanista, y que el grupo islámico es expulsado de su campo epistemológico.

Aprehender, pues, la historia africana como un todo y echar con esa perspectiva una mirada sobre sus fuentes escritas sigue siendo una empresa delicada y singularmente difícil.

## EL PROBLEMA DE LA PERIODIZACION

En el estudio de las fuentes escritas, ¿cómo se justificaría un corte situado al principio del siglo XV? ¿Acaso por la estructura interna de la masa documental disponible que, por encima de las disparidades culturales y temporales, guardaría cierta unidad, o bien por el movimiento de la historia general que, amalgamando Antigüedad y Edad Media en una sola y larga duración, las separaría de una edad moderna realzada en su singularidad? A decir verdad, los dos argumentos son coherentes y se completan: fuentes antiguas y medievales se caracterizan por su escritura literaria; son testimonios conscientes en su mayoría, ya se llamen anales, crónicas, viajes o geografías, mientras que, a partir del siglo XV, las fuentes de archivo, testimonios inconscientes, son abundantes. Por otra parte, aunque durante ese período el predominio pertenece a los textos «clásicos» y árabes, a partir del siglo XV, las fuentes árabes se terminan, mientras que en el campo del testimonio hace su irrupción el documento europeo (italiano, portugués, etc.), y, por lo que respecta al *Africa negra*, el documento autóctono. Mas este cambio de naturaleza y de procedencia en las fuentes refleja también una mutación en el

destino histórico real de Africa. El siglo XV es el siglo de la expansión europea<sup>2</sup>: los portugueses hacen su aparición en 1434 en las costas del Africa negra y, veinte años antes, se han instalado en Sebta (Ceuta) (1415)<sup>3</sup>. No obstante, en la franja mediterránea e islámica de Africa (Magreb, Egipto), la ruptura entre dos edades históricas aparece desde el siglo XIV, mientras que ya ese mundo sentía indudablemente los efectos de la expansión lenta de Occidente, tanto como la acción de fuerzas internas en descomposición. Pero el siglo XV ha sido decisivo porque ha acabado con las fuentes extremo-orientales del comercio musulmán, cuyo cometido internacional termina así. En lo sucesivo, el Islam mediterráneo-africano se desliza sobre la pendiente en una decadencia que irá agravándose. A condición de ser flexible, el *terminus ad quem* del siglo XV se encuentra, pues, ampliamente justificado. Quizá se justificaría aún más si se adelantase un siglo (principios del XVI).

Dicho esto, dividiremos la época que estudiamos en tres grupos principales, habida cuenta de la doble necesidad de diversidad y de unidad:

- la Antigüedad hasta el Islam: Imperio antiguo hasta + 622;
- la primera edad islámica: de + 622 hasta la mitad del siglo XI (1050);
- la segunda edad islámica: del siglo XI al XV.

Ciertamente, aquí, la noción de Antigüedad no es comparable a la que está en vigor en la historia de Occidente, en la medida en que sólo parcialmente se identifica con la Antigüedad «clásica»; no se termina con las invasiones bárbaras, sino con la irrupción de la realidad islámica. Pero, precisamente por la profundidad y la amplitud de su impacto, el Islam representa una ruptura con un pasado que se podría llamar antiguo, prehistórico o protohistórico según las regiones. También es un hecho que, desde la época helenística, la mayor parte de nuestras fuentes antiguas están escritas en griego y en latín.

Si, por la estructura de nuestra documentación tanto como por el movimiento histórico global, el siglo VII, siglo de la aparición del Islam y de las fuentes árabes, debe ser considerado como el comienzo de una edad nueva, la duración islámica exigiria ser dividida en dos subedades, abarcando la primera desde la conquista hasta la mitad del siglo XI, y la segunda desde el XI al XV. En la historia del Africa al norte del Sáhara, la primera fase corresponde a la organización de esta zona según el modelo islámico y a su incorporación a un Imperio pluricontinental (Califato omeya, abasida, fatimita). La segunda fase ve, por el contrario, el ascenso de principios de organización autóctona, al mismo tiempo que, desde el punto de vista de la civilización, se opera una profunda transformación. Respecto al Magreb, la mitad del siglo XI es la fecha de la formación del Imperio almorávide y de la autonomía reconquistada de los Ziridas, con su consecuencia: la invasión hilaliana. En Egipto, el corte político se sitúa un siglo más tarde con los Ayubitas; pero es en esa época cuando los centros pujantes del gran comercio se trasladan

<sup>2</sup> R. Mauny propone la fecha de 1434 que es la de la expansión marítima portuguesa hacia el Africa negra: *Le problème des sources de l'histoire de l'Afrique noire jusqu'à la colonisation européenne*, en el XII Congreso Internacional de Ciencias Históricas, Viena, 29 agosto-5 septiembre 1965, II, *Informes, Historia de los continentes*, pág. 178. Ver también R. Mauny, 1961, pág. 18.

<sup>3</sup> A. Laroui, 1970, pág. 218.



del golfo Pérsico al mar Rojo y cuando, progresivamente, se instala una configuración de cambios, a escala mundial, cuyo alcance es considerable.

En el sur del Sáhara, y durante el siglo XI, igualmente se desarrollan las relaciones permanentes con el Islam, en particular en el terreno comercial y religioso.

Nuestro material documental cambia de aspecto. Cuantitativamente es abundante y variado; cualitativamente, cuanto más se retrocede en el tiempo, se encuentran en el Africa mediterránea más fuentes inconscientes (documentos de archivo, consultas jurídicas), y, en el Africa negra, informaciones precisas.

## AREAS ETNOCULTURALES Y CLASES DE FUENTES

La clasificación de las fuentes por períodos históricos no basta por sí sola. Conviene tomar en consideración la articulación de Africa en zonas etnoculturales, en las que tantas fuerzas actúan para individualizar las áreas, así como la tipología misma de las fuentes disponibles, más allá de los períodos históricos y de las diferenciaciones espaciales.

### *Áreas etnoculturales*

Al examinar el primer punto, uno estaría tentado desde el principio a realizar una separación elemental entre el Africa al norte del Sáhara —Africa blanca, arabizada e islamizada, afectada en lo más íntimo de sí misma por las civilizaciones mediterráneas y por la misma desafricanización— y el Africa al sur del Sáhara, negra, africana al máximo y dotada de una irreductible especificidad etnohistórica. En realidad, y sin negar nada del peso de tales especificidades, un examen histórico más profundo revela unas líneas de separación más complejas y matizadas. El Sudán senegalés y nigeriano, por ejemplo, ha vivido en simbiosis con el Magreb arabobereber y, desde el punto de vista de las fuentes, está mucho más próximo a él que al mundo bantú. Lo mismo ocurre con el Sudán nilótico en relación a Egipto y al cuerno oriental de Africa frente a Arabia del Sur. Nos vemos, pues, tentados a oponer una Africa mediterránea, desértica y de la sabana, que engloba al Magreb, Egipto, los dos Sudanes, Etiopía, el Cuerno de Africa, la costa oriental hasta Zanzíbar, a otra Africa «animista» tropical y ecuatorial: cuenca del Congo, costa guineana, área del Zambeze-Limpopo, región interlacustre y, en fin, Africa del Sur. Es cierto que esta segunda diferenciación se justifica, en gran medida, por el criterio de apertura al mundo exterior y, en este caso, por la importancia de la penetración islámica. El estado de las fuentes escritas corrobora este hecho de civilización oponiendo un Africa abundantemente provista —con unas graduaciones Norte-Sur— y un Africa absolutamente desprovista, al menos en el período que estudiamos. Pero la doble consideración de la apertura al exterior y del estado de las fuentes escritas corre el riesgo de producir juicios de valor y echar un velo oscuro sobre casi la mitad de Africa (la del centro y la del sur). Muchos historiadores ya han llamado la atención sobre el peligro del

«recurso a las fuentes árabes» que podría hacer pensar, por el acento puesto sobre la zona sudanesa, que ésta fue el único centro de una civilización y un Estado organizados<sup>4</sup>. Volveremos sobre este punto. Pero, de momento, reconocemos que, si hay un vínculo entre el estado de una civilización y el estado de las fuentes, ese vínculo no podría prejuzgar completamente el movimiento de la historia real. El historiador objetivo no se permite juicios de valor partiendo de su material documental, pero tampoco debe despreciar la aportación so pretexto de un posible abuso.

Aunque una historia general que abarca la totalidad de la duración histórica y se apoya en toda la masa documental disponible puede conceder tanta importancia a la cuenca del Zaire como a la del Níger o a Egipto, un estudio circunscrito a las fuentes escritas hasta el siglo XV no podía hacerlo. Teniendo en cuenta todas las observaciones que hemos adelantado, podemos efectuar la estructura regional siguiente:

- a) Egipto, Cirenaica, Sudán nilótico;
- b) Magreb, comprendiendo en él la franja norte del Sáhara, las zonas de extremo-occidente, Tripolitania y Fezán;
- c) Sudán occidental, en sentido amplio, es decir, hasta el lago Chád hacia el este y englobando el sur del Sáhara;
- d) Etiopía, Eritrea, Cuerno oriental y costa oriental;
- e) El resto de Africa, o sea, golfo de Guinea, Africa central y Sudáfrica.

Semejante clasificación tiene la ventaja de no oponer una a las otras dos Africas; estructura el continente según unas afinidades geohistóricas orientadas en una perspectiva africana, pero tiene en cuenta también el carácter particular de las fuentes escritas de que disponemos. El Africa central y meridional, por rica en civilización que pueda ser, sale muy mal parada respecto a las fuentes escritas con relación a la fracción más pequeña de las demás unidades (Fezán o Eritrea, por ejemplo). Por otra parte, está fuera de duda que, además de la solidaridad general que une las fuentes del Africa conocida, hay una específica y más clara solidaridad de nuestra información en pro de cada una de las zonas delimitadas. Un inventario detallado debería, pues, analizar los textos a la vez por períodos y por zonas, pero reconociendo previamente que, por encima de las áreas y, en menor grado, por encima de los períodos históricos, estas fuentes se reducen solamente a algunas lenguas, a ciertos tipos limitados, y que ellas no provienen siempre del área de la que tratan, ni que son contemporáneas de lo que ellas describen.

### *Tipología de las fuentes escritas*

a) Las lenguas en las que nos han llegado nuestros documentos son numerosas, pero no todas tienen la misma importancia. Las más utilizadas, las que han transmitido la mayor cantidad de información son: el egipcio antiguo, el bereber, las lenguas etíopes, el copto, el swahili, el hawsa, el fulfulde. Las lenguas más prolíficas son lenguas de origen no-africano: griego, latín, árabe, aun cuando el

<sup>4</sup> I. Hrbek, 1965, t. V., pág. 311.

árabe ha sido adoptado como lengua nacional por numerosos pueblos africanos. Si se clasifican los documentos según un orden jerárquico que tenga en cuenta a la vez la cantidad y la calidad de la información, se obtendrá la lista aproximada siguiente: árabe, griego, latín, egipcio antiguo (hierático y demótico), copto, hebreo, arameo, etiope, italiano, swahili, persa, chino, etc.

Cronológicamente, nuestras primeras fuentes escritas son papiros hieráticos egipcios que datan del Nuevo Imperio, pero cuya primera redacción se remontaría a principios del Medio Imperio (comienzo del segundo milenio: en particular, el papiro conocido con el título de *Enseñanza para el rey Mérikaré*)<sup>5</sup>. Después tenemos los papiros y ostraka del Nuevo Imperio, siempre en egipcio hierático, las fuentes griegas que se remontan al siglo VII antes de la era cristiana y prosiguen, sin discontinuidad, hasta una época tardía que coincide aproximadamente con la expansión del Islam (siglo VII de la era cristiana), las fuentes en hebreo (Biblia) y en arameo (judíos de Elefantina), que datan de la XVI dinastía; los textos demóticos que datan de la época ptolemaica; la literatura latina y la literatura copta (en lengua egipcia, pero que emplea el alfabeto griego enriquecido con algunas letras) a partir del siglo III de la era cristiana; el árabe, el chino<sup>6</sup>, quizás el persa, el italiano y después el etiope, cuyo escrito más antiguo se remonta al siglo XIII<sup>7</sup>.

b) Clasificadas por géneros las fuentes de las que disponemos se reparten en fuentes narrativas y en fuentes archivísticas, las unas conscientemente consignadas con vistas a dejar un testimonio, y las otras que participan en el movimiento ordinario de la existencia humana. En el caso de Africa, salvo para Egipto, pero incluido el Magreb, las fuentes narrativas representan casi exclusivamente el material documental escrito hasta el siglo XII; por lo tanto cubren la Antigüedad y la primera edad islámica. A partir del siglo XII, el documento archivístico, aunque raro, hace su aparición en el Magreb (piezas almohades, *fatwas* o consultas jurídicas de época hafsida). Es más abundante en Egipto bajo los ayubitas y los mamelucos (XII-XV) mientras que los manuscritos de los monasterios encierran como apéndices documentos oficiales. Pero ese tipo de texto sigue estando prácticamente ausente en el resto de Africa durante toda la época considerada<sup>8</sup>. Los rasgos que caracterizan nuestro período son: preponderancia de las fuentes narrativas en todas sus formas, aparición o crecimiento relativo de las fuentes archivísticas a partir del siglo XII en el Africa mediterránea y su casi ausencia en el Africa negra, pero, de un modo general, aumento sustancial de nuestro material documental después del siglo XI hasta que alcanza su punto culminante en los siglos XII-XV.

<sup>5</sup> Golenischeff, *Les papyrus hiératiques n.º 1115, 1116A y 1116B de l'Ermitage impérial à Saint-Petersbourg*, 1913; el n.º 1116A ha sido traducido por Gardiner en *Journal of Egyptian archaeology*, Londres, 1914, págs. 22 y sigs. Cf., a este respecto, E. Drioton y J. Vandier, 1962, pág. 226.

<sup>6</sup> Existe un texto chino que data de la segunda mitad del siglo XI, pero lo principal de las fuentes chinas, aún por explorar, se refiere al siglo XV y a la costa del Este africano. Pueden mencionarse también los trabajos siguientes: J. J. L. Duyvendak, 1949; F. Hirth, 1909-10; T. Filesi, 1962; Libra, 1963; P. Wheatley, 1964.

<sup>7</sup> Sergew Hable Selassie, 1967, pág. 13.

<sup>8</sup> Disponemos de *mahrams*, despachos reales otorgados por los reyes de Bornou que datarían de finales del siglo XI: el de Umm Jilmi y el de la familia Masbarna. Cf., a este respecto, R. Mauny, 1961, y H. Palmer, 1928, t. III, pág. 3.

Los tipos de fuentes pueden ser numerados como sigue:

*Fuentes narrativas:*

- crónicas y anales;
- obras de geografía, relaciones de viajes, obras de naturalistas;
- obras jurídicas y religiosas, ya sean tratados de derecho canónico, libros sagrados o hagiográficos;
- obras propiamente literarias.

*Fuentes archivísticas:*

- documentos privados: cartas familiares, correspondencia comercial, etc.;
- documentos oficiales que emanan del Estado o de sus representantes: correspondencia oficial, decretos; reales despachos, textos legislativos y fiscales;
- documentos jurídico-religiosos.

Observemos que las fuentes narrativas comienzan en el siglo VIII antes de la era cristiana con Homero y comprenden un número considerable de obras maestras del espíritu y del saber humanos. Se encuentran en ellas nombres célebres, aun cuando la mayor parte de los testimonios no tratan especialmente de Africa, si bien le conceden un lugar más o menos importante en un estudio panorámico de más amplios horizontes. Entre esos nombres figuran, Heródoto, Polibio, Plinio el Viejo, Ptolomeo, Procopio, Kh<sup>w</sup>ārizmī, Mas<sup>u</sup>dī, Jāhiz, Ibn Khaldūn. La documentación archivística es la más antigua del mundo: mientras que los papiros de Rávena conservados en Europa, que son las actas de archivos más antiguos, datan de comienzos del siglo VI de la era cristiana, los papiros del Nuevo Imperio egipcio son anteriores en veinte siglos. Es verdad que en la primera edad islámica, ese tipo de testimonio no sobrepasó los límites de Egipto y que hasta el fin de nuestro período no alcanzó gran dimensión, lo que es sin duda imputable al hecho de que la civilización islámica medieval ignoró prácticamente el principio de la conservación de los documentos del Estado. En los siglos XIV y XV, el período más rico en piezas de archivo son, sobre todo, obras enciclopédicas las que nos las transmiten. Hay que esperar a la época moderna, otomana y europea, para ver constituirse depósitos de archivos propiamente dichos.

## INVENTARIO POR PERIODOS

### *La antigüedad preislámica (desde sus orígenes hasta el año 622)*

Lo que caracteriza a este período con relación al que le sigue es la primacía de las fuentes arqueológicas y, más generalmente, no literarias. Sin embargo, por ser secundarios, los documentos escritos nos proporcionan a veces precisiones importantes; además, se hacen abundantes y precisos a medida que se avanza en el tiempo. Desde el punto de vista del reparto zonal, hay que advertir que el Africa occidental y central carece de ellos totalmente.

*Cuadro cronológico de las principales fuentes escritas*

Fuentes narrativas				
Fechas	Crónicas y anales	Geografía Viajes	Obras jurídicas religiosas	Textos literarios
- 2.065				
- 1.580				
- 800				Homero (VIII)
- 500			Libro de los Reyes (antes de 586)	
	Herodoto (485-425) Cron. demótica (III)			
- 200	Polibio (200-120)			
- 100	Diodoro	Estrabón; Pseudo-periplo de Hannon		
0	Salustio (87-35)			
0		Plinio el Viejo		
+ 100	Tácito, Plutarco			
+ 200		Ptolomeo	San Cipriano (200-258)	
+ 300		Periplo del mar Eritreo (230)		
+ 400			San Agustín (354-436)	
+ 500	Procopio (492-562)	Cosmas Indico-pleustes (535)		
622				
+ 800	Ibn'Abd al-Hakam (803-871)	Fazari al-Kh <sup>w</sup> ariz mi (a. 833) Ya'kub	Muwatta Mudjawwaza Akkam-as-Suq	Jahiz
+ 900	Kirdi al-Raqīq (1028)	al-Mas'ūdī (947) Ibn Ḥawkal (877)	Gaothi Nu'man (shihita) Abu-l-'Arab (sunnita) Ibn al-Saghīr (kharidjita)	
+ 1050				
		al-Bakrī (1.068)	Malik	
+ 1100	Anónimo: al-Istibsar	al-Idrisī	Abu Zukarujā Makhzūm	al-Kādī al-Faḍīl
+ 1200	Ibn al-Aṭhīr (1234)	Yākūt (1229) Ibn Sa'īd (a. 1286)	Manāqib hafsidas	
+ 1300	ibn'Idhari al-Nuwairī ibn Abi Zar' al-Dhahabī	'Abdari (1289) al'Umari (1336) Ibn Baṭṭūta al'Tijani	Manuscritos etiopes de los monasterios	Safadī
	Ibn Khaldūn	Atlas mallorquin de Cresques (1376)		
+ 1400	Ibn Taghribardī	al-Makrīzī		
+ 1450	Zurara			

Fuentes archivísticas

Piezas oficiales	Documentos privados	Fechas	Hechos históricos
Papiros hieráticos Ostraka		- 2065	Medio Imperio
		- 1580	Nuevo Imperio
Papiros de los judíos de Elefantina		- 800	Fundación de Cartago
		- 500	Baja época egipcia
		- 200	Los Ptolomeos
		- 100	Conquista romana (- 146) de Africa
		0	
Novellae		0	
		+ 100	Romanización de Africa
		+ 200	Apogeo de la escuela alejandrina
		+ 300	Axoum y cristianización de Etiopía (333)
		+ 400	
		+ 500	Reconquista bizantina de Africa (533)
		622	Héjira
Papiros griegos y coptos Papiros en lengua árabe de Afroditá		+ 800	Expansión árabe Califato Omeya (661-749) Ifrikya aghlabida (800-910) Rebelión de los Zenj (868)
Correspondencia fatimida en Ifrikya. Papiros árabes de Fayoum y Ushmunayn Actas fatimidas de Egipto		+ 900	Establecimientos de los fatimidas en Egipto (969)
		+ 1050	
Cartas almorávides Moham de Umm Jilmi	Geniza		Los hilalianos en Ifrikya. Toma de Ghana por los almorávides (1076)
Cartas almohades	Geniza	+ 1100	
		+ 1150	Almohades en el Magreb
Documentos italianos	Doc. italianos	+ 1200	Ayyubidas en Egipto Hafsidas en Ifrikya Merinidas en Marruecos
Actas de Waqf	Fatwas	+ 1300	Mamelucos en Egipto Imperio de Malí Kankou Moussa [1312-1335]
al-Kalkashandī		+ 1400	Hundimiento de Malí y aparición de los songhai Toma de Ceuta por los portugueses (1415) Descubrimiento portugués de cabo Bojador (1434)
al-Makrizī		+ 1450	

*Egipto, Nubia, Africa oriental*

a) Las fuentes escritas sobre Egipto hasta el primer milenio son exclusivamente egipcias; se trata de los papiros hieráticos y de los ostraka, cuyo origen no se remonta más allá del Nuevo Imperio, pero que han podido proporcionar —ya lo hemos dicho— una información más antigua<sup>9</sup>. Papiro y ostrakon quieren decir soportes: el primero es una planta, y el segundo una pizarra o loseta de piedra calcárea. Los signos hieráticos se distinguen de los signos jeroglíficos por su aspecto cursivo que los destina especialmente a ser trazados más que grabados. Papiros y ostraka, numerosos en las dinastías XIX y XX del Nuevo Imperio o período ramessita (1314-1085), se refieren tanto a la vida administrativa como a la vida privada; en ellos se encuentran informes administrativos y judiciales, documentos de contabilidad, cartas privadas y también cuentos y novelas. Los papiros jurídicos<sup>10</sup> y los papiros literarios<sup>11</sup> han sido objeto de estudios atentos y, desde el siglo XIX, de publicaciones.

A menos que tengan lugar nuevos descubrimientos, nuestros conocimientos de Nubia y del país de Pount no se deben en absoluto a las fuentes escritas, pues se fundan en el material arqueológico y epigráfico (grafitos, en particular).

b) El primer milenio, principalmente a partir del siglo VI, diversifica y modifica la aportación de nuestras fuentes. Los documentos narrativos se unen a los documentos archivísticos, y en ciertos momentos los sustituyen. Así, el *Libro de los Reyes*, fragmento del Antiguo Testamento, nos proporciona valiosas informaciones sobre la llegada de la dinastía XXII (alrededor de - 950) y es de una gran utilidad para todo el período que sigue, o sea, hasta la dominación persa (- 525). El *Libro de los Reyes* ha sido objeto de una primera redacción antes de la ruina de Jerusalén, o sea, antes de - 586<sup>12</sup>, y ha sido retocado durante el exilio, pero reproduce tradiciones que se remontan a los comienzos del primer milenio. Otras fuentes extranjeras, griegas sobre todo, esclarecen la Baja Epoca, a partir de la primera dinastía Saíta (siglo - VIII): *Menandro*, *Aristodemo*, *Filoco*, *Heródoto*. Desde el punto de vista archivístico, los papiros están ahora escritos bien en griego, bien en demótico, que es una transcripción aún más cursiva que el hierático. En el siglo - V, nuestra fuente principal proviene de los papiros de los judíos de Elefantina, mientras que en los - IV y - III era redactada la *crónica demótica*.

<sup>9</sup> E. Drioton y J. Vandier, 1962, págs. 7-9, Jean Yoyotte, *Egypte ancienne*, en «Histoire universelle», colec. Pléiade.

<sup>10</sup> Entre los documentos jurídicos tenemos el papiro Abbott, los papiros Amherst y Mayer y el de Turín, que consolidan nuestros conocimientos sobre los reinados de Ramsés IX, X y XI. Han sido publicados: cf. *Select Papyri in the hieratic character from the collections of the British Museum*, Londres, 1860; Newberry, *The Amherst Papyri*, Londres, 1899; Peet, *The Mayer Papyri*, Londres, 1920; Peet, *The great tombs-robberies of the Twentieth Egyptian Dynasty*, 2 vols., Oxford, 1930.

<sup>11</sup> La colección del *British Museum* es rica en papiros literarios. En ella se encuentran, por ejemplo, el cuento de la Verdad y de la Mentira, el de Horus y Seth. G. Posener, el gran especialista de este tema, ha confeccionado una lista casi exhaustiva de las obras literarias egipcias y ha llegado a 58 títulos: *Revue d'Egyptologie*, VI, 1951, págs. 27-48. G. Posener ha publicado también ostrakas: *Catalogue des ostraka hiératiques littéraires de Deir el-Medineh*, El Cairo, 1934-36.

<sup>12</sup> A. Lods, *Les Prophetes d'Israel et les débuts du judaïsme*, París, 1950, pág. 7; Drioton y Vandier, *op. cit.* en diferentes lugares; Doresse, 1971, t. I, págs. 47-61.

c) El período que se extiende desde el establecimiento de los Ptolomeos en Egipto (finales del siglo IV antes de la era cristiana) hasta la conquista árabe (639) cubre un milenio que se caracteriza por la importancia, en cantidad, de las fuentes griegas, y por la emergencia, en el campo de nuestros conocimientos, de la zona etíope-eritrea. Polibio, Estrabón, Diodoro, Plinio el Viejo, nos hablan de ella con una precisión relativa que no excluye la ignorancia ni la ingenuidad. El naturalista romano nos da en su *Historia natural* una cantidad de informaciones sobre el mundo etíope, refiriéndose en particular a los productos del comercio y a las rutas de intercambios. Obra de compilación, ciertamente, y de valor desigual, pero rica en detalles diversos.

Nuestra información se hace más precisa en la primera mitad del milenio que sigue a la aparición del cristianismo. Egipto, como sabemos, se convierte en el siglo II en el centro principal de la cultura helenística, siendo muy natural que haya producido historiadores, geógrafos, filósofos y padres de la Iglesia. Integrado políticamente en el Imperio romano y después en el bizantino, Egipto se encuentra aludido por numerosos escritos latinos o griegos exteriores, bien sean de orden narrativo, bien de orden archivístico (el Código de Teodosio, por ejemplo, o las *Novellae* de Justiniano). Advertimos también que no se acaba la corriente papirológica. De esa masa documental interior y exterior emergen algunas obras de una importancia particular: la *Geografía*, de Ptolomeo (hacia + 140)<sup>13</sup>; el *Periplo del Mar de Eritrea*<sup>14</sup>, obra anónima que se supone escrita hacia el año 230, después de haber sido fechada en el siglo I; la *Topografía cristiana*<sup>15</sup>, de Cosmas Indicopleustes (hacia el año 535). Esos escritos representan la base de nuestra información en lo que se refiere a Etiopía y al cuerno oriental de Africa. Pero, en conjunto, esa breve exposición pone en evidencia dos desequilibrios: el de las fuentes escritas con relación a las otras clases de documentos, y el de nuestros conocimientos de Egipto con relación a nuestros conocimientos de Nubia y del mundo eritreo.

### *El antiguo Magreb*

La historia escrita del antiguo Magreb nació del reencuentro entre Cartago y Roma. Lo que quiere decir que no disponemos de nada importante anterior al siglo II antes de la era cristiana: indicaciones dispersas en Heródoto, desde luego, y en las obras de otros historiadores griegos. El período auténticamente púnico es

<sup>13</sup> Sobre los geógrafos clásicos y postclásicos que han tratado de Africa, ver la obra fundamental de Yusuf Kamel: *Monumenta cartographica Africae et Aegypti*, El Cairo y Leyde, 1926 a 1951, 16 vols. Sería deseable que ese trabajo fuese reeditado con una parte crítica nueva e importante.

<sup>14</sup> Editado por Müller, *Geographi Graeci minores*, París, 1853, t. I. Reeditado por Hjalmar Frisk en Goteburgo, en 1927. Esa importante obra ha conocido ediciones desde el siglo XVI, en 1533, y después, en 1577.

<sup>15</sup> Cosmas es un viajero que va visitado Etiopía y la isla Socotora. Su obra figura en la *Patrologie grecque* de Migne, t. LXXXVIII, colección que es imprescindible consultar para la Antigüedad, junto a *Patrologie latine*, del mismo Migne. La obra de Cosmas ha sido editada de modo excelente en tres tomos por Ediciones Cerf, París, 1968-70. Subrayemos la importancia para nuestros conocimientos de la cristianización de Etiopía, de *Historia Ecclesiastica*, de Rufinus, en *Patrologie grecque*, de Migne, quien hace siempre una traducción latina.



tributario de la arqueología y la epigrafía. Por otro lado, la historia de Cartago de antes de Aníbal, así como, además, la de su enfrentamiento con Roma después de su supervivencia provisional, no debe casi nada a las fuentes púnicas escritas. Ahora se ha determinado que el *periplo de Hannón*, cuya descripción se extiende a las costas noroccidentales de África, es una falsificación cuya redacción —griega— no debe remontarse más allá del siglo I. Quedan los trabajos agronómicos atribuidos a Magón, cuyos extractos solamente han sido conservados por autores latinos. Pero entre las fuentes autóctonas habría que mencionar las noticias de Juba II que Plinio el Viejo ha compilado en su *Historia natural*.

Lo esencial, ya que no la totalidad, de nuestras fuentes escritas para la historia del antiguo Magreb —fases cartaginesa, romana, vándala y bizantina— está constituida por las obras de los historiadores y geógrafos clásicos, es decir, que escribían en griego o en latín. En general, esos autores son extranjeros en África, pero a medida que ésta se romanizaba, surgían escritores autóctonos, en particular entre los padres de la Iglesia.

a) En el plazo de tiempo de -200 a +100, que corresponde al apogeo y, después, a la caída de Cartago, y a la organización de la provincia romana de África bajo la República y el principado, tenemos como fuentes la cantidad de escritos griegos y latinos conocidos: Polibio (-200 a -120), nuestra fuente principal, Estrabón, Diodoro de Sicilia, Salustio (-87 a -35), Tito Livio, Apio, Plinio, Tácito, Plutarco (+I) y Ptolomeo (+II), sin contar los escritores menores que son numerosos<sup>16</sup>.

Hubiera sido muy útil que los escritos dispersos que se refieren a África del Norte estuviesen reunidos —sólo se ha hecho en lo que concierne a Marruecos<sup>17</sup>—, de tal modo que el historiador se encuentra en la obligación de compulsar sistemáticamente las grandes colecciones clásicas, en las que la erudición europea del siglo XIX ha desplegado todos sus recursos de crítica y de formidable trabajo: *Bibliotheca Teubneriana*, *The Loeb classical library* (texto y traducción inglesa), *Collection G. Budé* (texto y traducción francesa), *Collection des Universités de France*, *Scriptorum clasicorum Bibliotheca Oxoniensis*. A esas fuentes narrativas convendría añadir otras fuentes más directas constituidas por los textos del Derecho romano, aunque éstos sean de origen epigráfico<sup>18</sup>.

Los escritos de los analistas, cronistas y geógrafos grecolatinos no tienen un valor uniforme para todo el subperíodo considerado. Aunque algunos tienen tendencia a compilar las informaciones de sus predecesores, otros nos ofrecen informaciones originales, valiosas a veces, y hasta un testimonio directo. Así, Polibio, que vivió en la intimidad de los Escipiones y habría asistido al asedio de Cartago en -146; el *Bellum Jugurthinum*, de Salustio, que es un documento de primer orden sobre los reinos bereberes, y el *Bellum Civile*, de César, que es la obra de un actor de la Historia.

La figura y la obra de Polibio dominan ese período. Polibio es —ya se ha

<sup>16</sup> Citemos: Aristóteles (*Política*), César (*Bellum civile* y *Bellum Africum*), Eutropio, Justino, Orosio. Se citan más de 30 fuentes de textos sólo para la historia de Aníbal.

<sup>17</sup> M. Roget, *Le Maroc chez les auteurs anciens*, 1924.

<sup>18</sup> P. P. Girard. *Textes de droit romain*, 6.<sup>a</sup> ed., 1937.

dicho<sup>19</sup>— hijo de la época y de la cultura helenísticas. Nació hacia el — 200, es decir, en el momento en que se realiza el reencuentro de Roma en la explosión de su imperialismo con el mundo mediterráneo, y más especialmente helenístico. Prisionero y exiliado en Roma, aprendió las duras lecciones del exilio, ese «maestro violento» del historiador y del filósofo. La protección de los Escipiones suavizó su estancia, pero le valió sobre todo para conocer muchas cosas sobre la historia de Roma y Cartago. Tras dieciséis años de cautividad, volvió a su patria, Grecia, que no tardó en dejar para recorrer el mundo. Sabemos que Escipión Emiliano, durante su estancia en Africa, le ofreció una flota para permitirle explorar la costa atlántica de Africa. Es decir, que se trata de un hombre con audacia, experiencia y una insaciable curiosidad. Polibio no es sólo nuestra principal fuente para todo lo que se refiere al duelo púnico-romano; es, principalmente, un observador de primer orden del Africa y del Egipto de su tiempo. Si los cuarenta libros que componen los *Pragmateia* no se hubieran perdido, sin duda sabríamos mucho más de lo que sabemos ahora; quizá también estaríamos informados con una precisión que falta en cualquier otra parte sobre el Africa negra. Pero los seis libros que se han conservado destacan, sobre todas las demás fuentes, por la calidad de la información y la inteligencia del enfoque.

b) Después del siglo I y durante los cuatro siglos en los que la organización imperial arraiga al máximo en Africa, el Magreb entra en una crisis prolongada, haciéndose escasas las fuentes literarias. Hay un vacío casi total en el siglo II, en tanto que los siglos III y IV están marcados por la preponderancia de los escritos cristianos, principalmente los de Cipriano y Agustín. Escritos generales que desbordan el marco africano para plantear los grandes problemas religiosos y no participan del relato histórico directo, pero también escritos polémicos de circunstancias que toman una postura inmediata sobre los acontecimientos. Así es como nuestro conocimiento del movimiento donatista se funda en los ataques del mayor de sus adversarios, San Agustín (354-430), y, por eso mismo, las precauciones más serias se hacen necesarias.

Además, en materia de fuentes escritas, la *patrología* cuenta como el principal, pero muy parcial, instrumento de nuestros conocimientos para el período imperial. El investigador de esa época podrá recurrir a las grandes colecciones:

- el *Corpus de Berlin*, en griego (sólo texto);
- el *Corpus de Viena*, en latín (sólo texto).

Esos monumentos de la erudición alemana tienen su semejante en la erudición francesa, los dos corpus de Migne:

- la *Patrología griega* (texto y traducción latina);
- la *Patrología latina* (sólo texto latino).

El intermedio vándalo y la reconquista y presencia bizantinas durante más de un siglo han suscitado más vocaciones. Abundan los escritos llamados «menores», y hacen su aparición las fuentes archivísticas (correspondencia, textos legislativos). Sobre todo, tenemos la suerte de tener un observador fecundo y de talento: *Procopio* (siglo VI), que es, con mucho, nuestra fuente fundamental con su *De Bello Vandalico*. Se puede recurrir a la *Colección bizantina de Bonn* y, subsidiariamente,

<sup>19</sup> *Cambridge Ancient History*, vol. VIII: *Rome and the Mediterranean*.

a los *Fragmenta historicorum graecorum*, para los textos griegos. Los textos latinos, numerosos, se encuentran bien en la patrología latina (las obras de san Fulgencio son de un cierto interés para el conocimiento de la época vándala), bien en los *Monumenta Germanica historica, auctores antiquissimi*<sup>20</sup>, otro monumento de la erudición alemana que reagrupa las «crónicas menores» de época bizantina: Casiodoro, Próspero de Tiro y, sobre todo, Víctor de Vita y Coripo. Estos dos autores merecen la mayor atención, el primero para el período vándalo y el segundo para el bizantino, porque ellos penetran en el África del interior y arrojan una luz sobre esa África «profunda» tanto tiempo olvidada<sup>21</sup>. En su obra clásica sobre el África bizantina, Charles Diehl ha mostrado cómo se podía hacer concurrir material arqueológico y material textual en una representación tan completa como fuera posible de la realidad histórica. Entre las fuentes escritas ha utilizado un abanico lo más amplio posible: Procopio en primer lugar, también Coripo, pero igualmente Agatías, Casiodoro, Jorge de Chipre<sup>22</sup>, las cartas del papa Gregorio el Grande, y documentos jurídicos como las *Novellae* y el Código Justiniano, tan útiles para la exploración de la vida económica y social.

Parece poco probable que pueda enriquecerse con nuevos descubrimientos la lista establecida de nuestros documentos escritos. Por el contrario, pueden ser mejor aprovechados profundizándolos y aplicando una crítica rigurosa, confrontándolos con un material arqueológico y epigráfico todavía no agotado, y, sobre todo, utilizándolos con más honestidad y objetividad<sup>23</sup>.

### *África sahariana y occidental*

Propiamente hablando, no tenemos documento alguno digno de fe para informarnos sobre el África negra occidental. Si se admite con Mauny<sup>24</sup> que los antiguos —cartagineses, griegos y romanos— no habían sobrepasado el cabo Juby y la latitud de las islas Canarias, lo que es más que probable, las informaciones que sus escritos nos aportan se refieren, pues, al extremo meridional marroquí. Ciertamente están en el límite del mundo negro pero no lo penetran.

El *Periplo* de Hannón es falso, si no completamente, al menos en gran parte<sup>25</sup>. Es un escrito amañado donde se entremezclan aportaciones de Heródoto, Polibio, Posidonio, del pseudo-Escilax, y que debe datar del siglo I. Más serios son los escritos de esos autores precisamente. Heródoto se hace eco del comercio mudo que practicaban los cartagineses en el sur marroquí. El continuador del pseudo-

<sup>20</sup> En los *Monumenta* de Mommsen, tomo 9/1-2 (1892), 11 (1894) y 13 (1898), se encuentran el texto de Víctor de Vita en el tomo 3-1 (1879), editado por C. Holm, y el texto de Corippus en el tomo 3-2 (1879), editado por J. Partsch.

<sup>21</sup> Sobre el África vándala y bizantina disponemos de dos obras modernas fundamentales que ofrecen en detalles las fuentes utilizables: Christian Courtois, 1955, y C. Diehl, 1959. Para la época alta, *Histoire ancienne de l'Afrique du Nord*, de S. Gsell, anticuada, pero que hay que consultar siempre.

<sup>22</sup> *Descriptio orbis romani*, ed. Gelzer.

<sup>23</sup> Sobre las deformaciones nacidas de una lectura parcial de los textos, la crítica de la historiografía occidental presentada por Abdallah Laroui es tan apropiada como notablemente informada (1970).

<sup>24</sup> R. Mauny, 1970, págs. 87-111.

<sup>25</sup> *Ibid.*, pág. 98; Tauxier, 1882, págs. 15-37; G. Germain, 1957, págs. 205-248.

Escilax (siglo - IV) nos da, a su vez, valiosas informaciones sobre las relaciones entre los cartagineses y los libiobereberes. Pero, sobre todo; una vez más es Polibio quien nos ofrece la fuente más verídica. Los fragmentos de su texto, interpolados con Plinio el Viejo, nos ofrecen los primeros topónimos identificables de la antigüedad, aunque también su información se detiene en el cabo Juby. Habría que completarla, para el archipiélago de las Canarias, con las noticias de Juba II recogidas por Plinio, Estrabón y Diodoro de Sicilia. Los demás historiadores-geógrafos del siglo I antes y después de nuestra era no han hecho más que compilar a los autores anteriores, salvo en algunos detalles. Por último, en el siglo II, Ptolomeo, que prosigue a todos sus predecesores, fundándose principalmente en Posidonio y Marino de Tiro, consigna en su *Geografía* el conocimiento más avanzado que haya tenido la antigüedad de los contornos de Africa<sup>26</sup>. El mapa de la «Libia interior» que nos ha dejado, por otra parte, el geógrafo alejandrino ha podido echar mano de las informaciones recogidas por el ejército romano, cuando sus expediciones punitivas más allá del *limes* hasta Fezán; la de Balbo en - 19, la de Flaco en + 70, la de Materno en + 86, que es la que más penetró en el desierto libio<sup>27</sup>. Han sobrevivido a la antigüedad diversos nombres de pueblos y de regiones: Mauritania, Libia, garamantes, getulos, númidas, Hespérides y hasta Níger, adelantado por Ptolomeo y usado después por León el Africano y luego por los europeos modernos. Esa es una de las aportaciones de nuestros textos que, además de eso, más que datos reales nos facilitan la representación que los antiguos se hicieron de Africa. Las pocas indicaciones que perduran afectan al desierto libio y a las costas del Sáhara occidental; el Africa negra occidental queda marginada en todos esos textos.

#### LA PRIMERA EDAD ISLAMICA (HACIA EL AÑO 622-1050)

La conquista árabe y el establecimiento del Califato han tenido como consecuencia la unificación de dominios político-culturales hasta hace poco disociados (imperio sasánida, imperio bizantino), la ampliación del horizonte geográfico del hombre, la modificación de las corrientes de intercambio y la penetración de pueblos hasta entonces desconocidos. Nada de extraño tiene, por tanto, que tengamos por primera vez informaciones cada vez más precisas sobre el mundo negro, tanto del Este como del Oeste. Pero cuando Egipto y el Magreb se integraban en el cuerpo del Imperio y después en el de la comunidad islámica, el mundo negro formaba parte simplemente de la esfera de influencia islámica, de donde surge una información parcelaria, deslabazada y a veces mítica, pero que resulta, sin embargo, valiosa.

Si se exceptúan las fuentes archivísticas, cuya tradición se continúa en Egipto (papiros coptos y griegos de Afrodita, papiros árabes de Fayum y de Ashmu-

<sup>26</sup> Yusuf Kamel, «Monumenta», *op. cit.*, t. II, fasc. I, págs. 116 y sigts.; R. Mauny, «L'Ouest africain chez Ptolomé», en *Actes de la II Conférence Internationale des Africanistes de l'Ouest*, Bissau, 1947.

<sup>27</sup> Marin de Tyr, una de las fuentes de Tolomeo, se ha hecho eco de él; cf. Yusuf Kamel, t. I, 1926, pág. 73.

nayn<sup>28</sup> y, por último, en el siglo X, algunos documentos de archivos fatimitas) y que son, pues, específicos de ese país, la mayor parte de nuestras fuentes, narrativas en sentido amplio o indirecto, es *común* a toda Africa. Ese es un rasgo patente en lo que concierne a los escritos geográficos y que es visible en muchos textos jurídicos. Parece también más cómodo proceder aquí a un inventario por géneros, señalando, sin embargo, la sucesión cronológica y sin perder de vista la estructura regional.

### Las crónicas

a) No disponemos de crónica alguna antes del siglo IX. Pero es en el siglo VIII cuando se elaboró la información oral, y como centro incuestionable Egipto, salvo para la costa oriental de Africa, en unión comercial directa con el Irak meridional. Por otra parte, el carácter excéntrico de Egipto, del Magreb y, *a fortiori*, de Sudán ha hecho que, incluso en el siglo IX, siglo de explosión de la historiografía árabe, le sea destinado un rincón en los grandes «ta'rikh»<sup>29</sup> (al-Ṭabarī, al-Dīnawarī, al-Balādhori de los *Ansāb al-Ashraf*) centrados sobre Oriente. Ha de hacerse una excepción con una crónica casi desconocida hasta época reciente: el ta'rikh de Khalifa b. Khayyāt<sup>30</sup>. Ese libro no es sólo la obra analística árabe más antigua (Khalifa murió en 240 H.), sino que conservó materiales antiguos descuidados por al-Ṭabarī; en particular, sus indicaciones sobre la conquista del Magreb son de primera importancia. Cuando la tradición de los *Maghāzī* medineses ha dejado en la sombra la conquista de Egipto y del Magreb, cuyos únicos rasgos sobresalientes emergen lacónicamente en los *Futūh al-Bultān* de Balādhori, un jurista egipcio se dedica a ella exclusivamente en una obra que es el documento más importante del siglo IX. Los *Futūh Miṣr wa-l-Maghrib*<sup>31</sup> de Ibn Add al-Ḥakam, asimilables a una crónica o a una obra de *maghāzī*, son en realidad una colección de tradiciones jurídicas que penetran en la historia<sup>32</sup>.

<sup>28</sup> Los trabajos de Grohmann tienen autoridad: *Arabic papyri in the Egyptian Library*, 5 volúmenes, 1934-1959; *Einführung und Chrestomathie der Arabischen Papyruskinde*, Praga, 1955. Los papiros griegos y coptos han sido estudiados por H. Bell. Para las actas fatimitas: Shayyal, *Majmu'at al-Watha'iq al-Fatimiyya*, El Cairo, 1958.

<sup>29</sup> Sin embargo, es importante señalar que uno de los primeros historiógrafos árabes, 'Umar b. Shabba, nos ha legado el testimonio árabe más antiguo que se refiere a los negros, texto referido por al-Ṭabarī, Ta'rikh, t. VII, págs. 609-614. Se trata de la rebelión de los «Sudán» en Medina en h. 145-762, que atestigua una fuerte presencia africana en la época alta. Ese texto no ha sido estudiado hasta ahora.

<sup>30</sup> Editado en Najaf, en 1965, por Umarī, con un prefacio de A. S. Al-Ali, 344 págs.

<sup>31</sup> Editado por Torrey en 1922, traducido parcialmente por Gateau, reeditado en El Cairo por 'Amir en 1961. Sobre las precauciones que hay que tomar para su utilización: R. Brunschwig, «Ibn Abd al Hakam y la conquista de Africa del Norte por los árabes», *Annales de l'Institut d'Etudes orientales d'Alger*, VI, 1942-47, estudio hipercrítico que, a nuestro parecer, no debe mermar la aportación de ese texto, capital para Egipto, útil para Ifriqueya e importante para el mundo negro [eventuales contactos de Uqba con Fezzan, negados por Brunschwig en otro artículo, y famoso acuerdo (Baqt) con los nubios].

<sup>32</sup> No hay mucho que sacar de un compilador tardío, Ubayd Allāh b. Salih descubierto y exaltado por E. Levi-Provençal, cf. *Arabica*, 1954, págs. 35-42, como una fuente nueva de la conquista del Magreb. E. Levi-Provençal es seguido en su juicio por Mauny en «Tableau», *obr. cit.*, pág. 34, cuyo análisis de las fuentes árabes, aplicado y exhaustivo, no se preocupa mucho de la crítica rigurosa.

b) Tras un siglo de silencio<sup>33</sup> (850-950), aparece una obra fundamental que no ha sido aprovechada en todas sus dimensiones: el *Kitāb Wūlat Miṣr wa Qudhatuha*, de Kindī (m. 961); esa obra biográfica, que no es pero que se puede asimilar a una crónica, no sólo encierra datos precisos y de primera mano sobre Egipto sino que —por el hecho de los lazos primeros de esa provincia con el Magreb— se revela como una de las fuentes más seguras para el conocimiento del Magreb en el siglo VIII<sup>34</sup>. El siglo X es el siglo ismaelí del Islam, y en primer lugar del Islam africano: se consultarán, pues, escritos sihitas como la *Sīrat al-Hajib Ja far*, pero, sobre todo, la *Ifitāh al-Da wa* del cadí al-Nu'Mān, obra fundamental que no descubre muchos datos, pero que es rica en informaciones sobre los comienzos del movimiento fatimita<sup>35</sup>.

c) La primera mitad del siglo IX vio la redacción del famoso *Ta'riḫh* de al-Raḳīq (m. 1028), obra fundamental tenida por perdida, aunque lo esencial suyo ha sido recompuesto por compiladores posteriores, como Ibn-al-Idhārī. Recientemente, un fragmento dedicado a la alta época ifriquiiana, descubierto por el marroquí Mannūnī, ha sido editado en Túnez (1968) por «M. Kaabī», sin que tengamos la certeza en cuanto a su atribución a Raḳīq<sup>36</sup>.

En todas esas crónicas, el lugar concedido al Africa negra es mínimo. Por otro lado, las crónicas exigen del historiador una crítica rigurosa y una confrontación perpetua de sus datos, pero también la confrontación de los datos de orígenes diversos. Sobre todo, el historiador del Magreb y de Egipto no debería detenerse ahí: es necesidad absoluta un profundo conocimiento del Oriente. La frecuentación de esas fuentes debe, pues, completarse con el uso asiduo y profundo de las crónicas orientales clásicas.

### Fuentes geográficas

Son importantes y numerosas a partir del siglo IX. Bien pertenezcan al género cartográfico de la *Sārat al-Ardh* ilustrado por al-Kh<sup>w</sup>ārizmī, a la geografía administrativa, a la categoría de los itinerarios y países (*Masālik*), o simplemente a la del viaje más o menos novelado, los escritos geográficos árabes ilustran una voluntad de aprehensión de la totalidad del *oekumené*. No tiene nada de extraño, pues, que el Africa negra esté representada en ellas y que esas fuentes sean el elemento fundamental en nuestro conocimiento de esa Africa. La colección exhaustiva realizada por Kubbel y Matveiev<sup>37</sup>, que se detiene en el siglo XII, muestra que, de los 40 autores de los que ha hablado, 21 son geógrafos cuyos textos resultan los más ricos en material. Pero no se podría sacar de esas fuentes un provecho real sin un trabajo crítico previo. El historiador del Africa negra debe

<sup>33</sup> A excepción de algunas crónicas anónimas interesantes, como *al-Imān wa-s-Siyāsa*, El Cairo, 1904, del Seudo-Ibn Qutaiba y el anónimo *Akhbār Maḳjmu'a*, Madrid, 1867.

<sup>34</sup> Editado por R. Guest en 1912 y reeditado en Beirut, en 1959.

<sup>35</sup> Publicado en Túnez por M. Dachraoui y también en Beirut.

<sup>36</sup> M. Talbi ha negado tajantemente la paternidad de Raḳīq, en *Cahiers de Tunisie*, XIX, 1917, págs. 19 y sigts., sin llegar, no obstante, a convencer. Por tanto, la incertidumbre subsiste.

<sup>37</sup> L. Kubbel y V. Matveiev, 1960 y 1965. Ver también J. Cuoc.

colocar de nuevo las obras geográficas árabes en su contexto cultural propio. ¿En qué medida, por ejemplo, tal descripción corresponde a la realidad y en qué otra no es más que un reflejo de los temas manidos del *Adab* con sus diversos componentes<sup>38</sup>? ¿Cuál es la parte de la herencia griega, de la herencia iraní, de la tradición árabe propia, y cuál la de la compilación y la de la observación concreta? Pero, por otro lado, la crítica debe ejercitarse sobre esos textos del interior, es decir, a partir de un conocimiento profundo de la historia africana, cuidándose de leer esa historia partiendo únicamente de fuentes geográficas para lo esencial. Pero el punto de vista estrictamente ideológico de aquellos que, por «islamofobia»<sup>39</sup>, afán mal orientado de una africanidad concebida como replegada sobre sí misma, rechazan el examen profundo de esas fuentes, es inaceptable<sup>40</sup>.

De la pléyade de geógrafos que, de la mitad del siglo IX a mediados del XI, han dedicado un lugar a Africa —casi todos están en ese caso—, sólo algunos aportan una información original y seria: Ibn Khordādhbeh, Ya'kūb (m. 897), al-Mas'ūdī (965), Ibn Ḥawqal (977) y al-Bīrunī<sup>41</sup>. Ya'kūb viajó a Egipto y al Magreb, de los que nos ha dejado un cuadro sustancial. Tanto en su *Ta'rikh* como en sus *Būldan*<sup>42</sup> nos facilita numerosas informaciones sobre el mundo negro: sobre Etiopía, Sudán, Nubia, los bejja, los zendj. En Sudán menciona a los zghawa del Kanem y describe su hábitat; describe también el importante reino de Ghana, y con ese motivo trata del problema del oro, como también de los esclavos cuando habla de Fezán. Los *Masālik*<sup>43</sup> de Ibn Ḥawqal son aún más detallados. Visitó Nubia y quizás el Sudán occidental; su descripción vale sobre todo por la idea que da de las relaciones comerciales entre el Magreb y Sudán. Casi todos los demás geógrafos del siglo X proporcionan anotaciones sobre el Africa negra: Ibn al-Faḳīh, sobre Ghana y Kuki; el viajero Buzurg Ibn Shariyar, sobre la costa oriental y los zendj; Muhallabī, quien conservó en su tratado fragmentos de Uswānī. En fin, las *Praderas del oro*, de Mas'ūdī (965), es rica en informaciones sobre los zendj y la costa oriental. Esos textos llamaron muy pronto la atención de los especialistas africanistas y orientalistas, como Delafosse, Cerulli<sup>44</sup>, Kramers<sup>45</sup>, Mauny<sup>46</sup>.

<sup>38</sup> A. Miquel, 1967 y 1975.

<sup>39</sup> Ver, a este respecto, la postura muy crítica de J. Frobenius y la de J. Rouch: *Contribution a l'histoire des Songhay*, Dakar, 1953, que denuncia, sobre todo, la deformación ideológica de las crónicas sudanesas.

<sup>40</sup> Es cierto que esos textos se refieren, sobre todo, al cinturón sudanés y que, por eso mismo, una lectura unilateral de las fuentes árabes, sin la ayuda de la arqueología, puede falsear las perspectivas. Pero es falso decir que los autores árabes adolecen de falta de objetividad. En cuanto a reprocharles el carácter fragmentario y desordenado de sus escritos, es abandonar el punto de vista del historiador para tomar sólo el del historiador de la literatura. Se encontrarán juicios matizados en N. Levtzion. Asimismo será útil referirse a la conferencia de I. Hrbek en el XII Congreso Internacional de Ciencias Históricas, en Viena (*Actas*, pág. 311 y sigs.). Ver también T. Lewicki: *Perspectives nouvelles sur l'histoire africaine*, informe del Congreso de Dar-es-Salaam, 1971, y *Arabic external sources for the History of Africa to the South of the Sahara*, Wroclaw-Varsovia-Cracovia, 1969.

<sup>41</sup> Ver *Courrier de l'Unesco*, junio 1974.

<sup>42</sup> Editado en la *Bibliotheca Geographorum arabicorum*, t. VII, de Goeje, como la mayor parte de los geógrafos árabes. La traducción de G. Wist, con el título de *Livre des Pays*, es útil pero no siempre exacta.

<sup>43</sup> *Kitāb al-Masālik wa-l-Mamālik*, B. G. A. II; L. Kubbel y V. Matveiev, II, págs. 33 y sigs.

<sup>44</sup> *Documenti arabi per la storia dell' Ethiopia*, 1931.

<sup>45</sup> *Djuḡhrāfiyā*, Enciclopedia del Islam; *L'Erythrée décrite dans une source arabe du X<sup>e</sup> siècle*, *Atti del XIX Congresso degli Orientalisti*, Roma, 1938.

<sup>46</sup> El primer capítulo de su *Tableau* es un inventario sistemático de las fuentes geográficas.

*Fuentes jurídicas y religiosas*

Los tratados de derecho y los viajes hagiográficos de Tabaqāt, desde la *Mudawwana* de Sahnūn hasta los tratados *khāridjitas* son una mina de informaciones para el Magreb; algunos son utilizables para la zona sahariana en contacto con el Africa negra. La crónica sobre los imanes rustemitas de Tāhert de *Ibn al-Saghīr* (comienzos del siglo X)<sup>47</sup> nos permite afirmar la existencia, desde finales del siglo VIII, de vínculos comerciales entre el principado ibadita y Gao, como también permite, completada por compilaciones posteriores como las *Siyar* de al-Wisyānī, extender esa realidad a toda la orilla sahariana del Africa del Norte. Pero esas fuentes hagiográficas sólo ofrecen su información de modo alusivo. Y deben ser leídas en el cañamazo de una problemática fijada de antemano, constantemente recortadas por otros tipos de fuentes. No autorizan, a nuestro parecer, construcciones y deducciones tan atrevidas como la que propone Lewicki.

## LA SEGUNDA EDAD ISLAMICA (1050-1450)

Lo que caracteriza a ese largo período es la riqueza, calidad y variedad de nuestra información. Las fuentes archivísticas, siempre secundarias con relación a los escritos «literarios», son, sin embargo, importantes: documentos de la Geniza, cartas almorávides y almohades, actas de Waqf, fetwas, documentos italianos, piezas oficiales interpuestas en las grandes compilaciones. Los cronistas producen obras de primer orden que valen tanto por la observación de los hechos contemporáneos como porque reproducen las antiguas fuentes perdidas. En fin, para el Africa negra, nuestros conocimientos alcanzan su apogeo mientras que aparecen, con los manuscritos etíopes, nuevos documentos africanos.

*Fuentes archivísticas*

Valen únicamente para Egipto y el Magreb.

a) Disponemos actualmente de los documentos de la *Geniza*, de El Cairo, que cubren toda la época en cuestión; la mayor parte, sin embargo, son de época fatimita y sólo algunos pertenecen a los siglos mamelucos. Esos documentos constituyen una mezcla de papeles de familia, de correspondencia comercial, que reflejan las preocupaciones de la comunidad judía de Egipto y de otros lugares. Escritos en lengua árabe y caracteres hebraicos no fechados, su utilización exige un cierto número de precauciones técnicas. Tal como son, representan una mina inagotable de informaciones<sup>48</sup>.

<sup>47</sup> Publicada en las *Actes du XIV<sup>e</sup> Congrès international des orientalistes* (3.<sup>a</sup> parte), 1908, y estudiada por T. Lewicki, 1971, vol. XIII, págs. 119 y sigs.

<sup>48</sup> Los trabajos de S. D. Goitein tienen autoridad: artículo «Geniza», en E. I., 2.<sup>a</sup> edic.; *The Cairo Geniza as source for mediterranean social history*, *Journal of the American Oriental Society*; 1960. S. D. Goitein ha comenzado a publicar un estudio muy importante sobre las fuentes de la Geniza: «A mediterranean Society: the jewish communities of the arab world as portrayed in the Documents of the Cairo Geniza», vol. I, *Economics Foundations*, Berkeley-Los Angeles, 1967. S. Shaked, *A tentative bibliography of Geniza documents*, París-La Haya, 1964; H. Rabie, 1972, págs. 1-3. Gran número de esos documentos se encuentra en el *British Museum* y en Cambridge.



Se pueden colocar en la misma categoría —la de archivos privados— las actas de *Waqf*, numerosas para la época mameluca y conservadas por el Tribunal del Estatuto personal de El Cairo<sup>49</sup>, así como los *fetwas*, de época hafsida.

b) A caballo entre el dominio privado y el dominio público están, en cambio, los documentos *europesos* que se refieren a Egipto y al Magreb, fechados en los siglos XII, XIII y XIV, y que se encuentran en Venecia, Génova, Pisa y Barcelona. Están conservados en archivos públicos y privados y se componen de tratados, contratos, cartas, referentes ordinariamente a relaciones comerciales. Solamente algunos han sido publicados por Amari y Mas-Latrie<sup>50</sup>. Proporcionan en su conjunto una masa documental susceptible de ampliar el campo de la investigación en el tema de la historia económica y social.

c) Propiamente hablando, no tenemos archivos de Estado relativos a esa época. Pero documentos oficiales almorávides y almohades fueron conservados y publicados, arrojando una nueva luz sobre la ideología y las instituciones segregadas por los dos movimientos imperiales<sup>51</sup>. «Se comienza —dice a este respecto Laroui— por ver el almohadismo desde el interior: ya no es imposible escribir una historia religiosa y política de la dinastía»<sup>52</sup>. En una época más baja, encontramos en Egipto enciclopedias histórico-jurídicas que han compilado numerosos documentos oficiales: la descripción detallada que nos ofrecen de las estructuras fiscales e institucionales de Egipto proviene en general de una consulta previa de documentos públicos. En ese género semiarchivístico, semicronístico, se pueden colocar los *Qawānīn al-dawawīn*, de Mammāti (época ayubita), el «*Min-hādġ* de Makhzūm», *Ṣubh-al-a-ṣha al-Ḳalkaṣhāndī* (siglo XIV); las numerosas obras de al-Maḳrīzī, como las inapreciables *Khitat* (siglo XV)<sup>53</sup>. Al-Maḳrīzī es una fuente valiosa no sólo para toda la historia del Egipto islámico, sino igualmente para la de Nubia, Sudán y Etiopía<sup>54</sup>.

### Fuentes narrativas

a) Crónicas: Tras un siglo de silencio —el siglo XII en el curso del cual apenas encontramos más que el anónimo *al-Istibsar* y obras menores—, los siglos XIII y XIV nos ofrecen una gran cantidad de crónicas ricas desde todos los puntos de vista, desde el *Kāmil* de Ibn al-Athīr hasta el *Kitāb al-Ibar* de Ibn Khaldūn, pasando por Ibn Idhārī, al-Nūwairī, Ibn Abī Zar, al-Dhahabī. Testigos de su tiempo, esos hombres habían realizado además un esfuerzo de síntesis en lo que se

<sup>49</sup> Rabie, 1972, págs. 6-8 y 200.

<sup>50</sup> Amari, *I diplomi arabi del R. Archivio Fiorentino*, Florencia, 1863; Mas-Latrie, *Traité de paix et de commerce et documents divers concernant les relations des Chrétiens avec les Arabes d'Afrique septentrionale au Moyen Age*, Paris, 1866, suplemento 1872.

<sup>51</sup> *Lettres officielles almoravides*, editadas por H. Munis y A. M. Makki; *Trente-sept lettres officielles almohades*, editadas y traducidas por E. Levi-Provençal, Paris, 1928.

<sup>52</sup> A. Laroui, 1970, pág. 162.

<sup>53</sup> Rabie, 1972, págs. 10-20.

<sup>54</sup> Su *Kitāb al-Ilmām* nos facilita la lista de los reinos musulmanes de Etiopía, tomada —es cierto— de Umarī. Un resumen ha sido publicada en Leyde, en 1790, con el título de *Historia regum islamicorum in Abyssinia*.

refiere a siglos pasados. Nuwairī es tan importante para los mamelucos como para la conquista del Magreb<sup>55</sup>; Ibn Idhārī para la historia almohade tanto como para todo el pasado de Ifrīkya; Ibn Khaldūn, en fin, suprema autoridad en materia de historia de Africa.

b) Geografía: Los tratados de geografía abundan durante esos cuatro siglos. Su valor es desigual en sí y según la región a que se refieren. Dos geógrafos se destacan de los demás por la amplitud y la calidad de sus observaciones: *al-Bakrī* (1068), en el siglo XI, y al-Umarī (m. 1342), en el siglo XIV. Aunque una obra tan notoria como la de Idrīsī es discutible y discutida, podemos espigar informaciones originales en obras geográficas menos conocidas: la de Ibn Sa'īd, por ejemplo, tan interesante para Sudán<sup>56</sup>. Los *Masalik* y *Namalik*<sup>57</sup>, de Bakrī, representan «el apogeo» de nuestros conocimientos geográficos del Magreb y de Sudán; Bakrī personalmente no viajó por esas regiones, pero utilizó con inteligencia las notas de al-Warrāq, hoy perdidas, tanto como las informaciones de los mercaderes y viajeros.

El *Libro de Roger*, de al-Idrīsī (1154), en trámites de edición en Italia, utiliza mucho a sus predecesores. Confusa cuando trata de Etiopía, su descripción se hace más clara con el Africa occidental. Aquí y allá, sin embargo, se desliza alguna anotación original y a veces valiosa.

La *Geografía*, de Ibn Sa'īd al-Gharnata (antes de 1288), está sacada de Idrīsī en su descripción de Etiopía, aunque en ella se encuentran informaciones nuevas. Pero su principal interés proviene de su descripción del Sudán, ampliamente tributaria de los escritos de un viajero del siglo XII: Ibn Fātima. La obra capital del siglo XIV para el historiador del Africa negra es la de al-Umarī: *Masālik al Absār*<sup>58</sup>. Testimonio de un observador de primer orden, es nuestra principal fuente para el estudio del reino de Malí, tanto en su organización interna como en sus relaciones con Egipto y el Islam. Pero es también el informe árabe más rico que tenemos sobre los Estados musulmanes de Abisinia en el siglo XIV. La obra de al-Umarī plantea, por encima del interés de su descripción, el problema de la emergencia del Estado en Sudán y el de la islamización, como tres siglos antes al-Bakrī planteó el del gran comercio del oro. Este último evoca la profundidad de los vínculos entre el Magreb y Sudán; el primero sugiere el desplazamiento de esos vínculos hacia Egipto.

La obra de Umarī hay que completarla por la de un observador directo de la realidad sudanesa y magrebí: Ibn Baṭūṭṭa.

Pero los geógrafos menores y los autores de relaciones de viajes son numero-

<sup>55</sup> Pero ese fragmento está aún manuscrito en la Biblioteca Nacional de El Cairo. Subrayemos que Ibn Shaddad que ha escrito una historia, actualmente perdida, de Kairouan, está considerado como una de las fuentes principales de Ibn Al-Athir y de Nuwairi. Recientemente, un anónimo, el *Kitāb al'Uyun*, editado en Damasco por M. Saidi, aporta informaciones interesantes sobre el Magreb.

<sup>56</sup> Para una lista exhaustiva de los geógrafos, ver L. Kubbel y V. Matveiev, a completar con el primer capítulo de R. Mauny, 1961, por la reseña de T. Lewicki, 1971, y por la introducción de la tesis de A. Miquel, 1967.

<sup>57</sup> Publicado y traducido por Slane con el título de *Description de l'Afrique septentrional*, París, 1911.

<sup>58</sup> Traducida parcialmente por M. Gaudetroy-Demombynes con el título de *Afrique moins l'Egypte*, París, 1927.

اِدْرِنَا عَرَارَانَا غُلُوْنُ بِيْرِنَا      كَوْتَمِيْشِيْ نِكِيْ نَاجِ بَادِرْ كَسَاتَا  
دَشِيْرِيْ بِيْرِيْ دَرِنَا عَمِيْ بِيْ اَمِنَا      دِيْدُوْبِيْ رَانَا دَهْسِكِيْ نَسَا

اَوَانَاغِ كِيَاوُنْدَا تِيْ نَسِ

كُدُوْبِيْ وَتَارِيْدِيْزُوْمَس      دَهْسِكِيْشِيْ دُكُ دُوْلُوْبِيْدِيْشِيْ  
كُدُوْبِيْشِيْ دَرِنَا عَمِيْ تَايَس      دِيْعِيْ وَتَادِيْ دَكِيَاوُنَسِ

اَوَانَاغِ كِيَاوُنَا هُسْكَاتَسِ

تَاغَمِجُوْمُ دَتَارِيْشِيْ دُكُ      بِيَاوُدِيْشِيْ سَمِ لَسْرِيْشِيْ دُكُ  
لَاوُوْبِيْشِيْ دَرِنَا هَرِيْ تَايَسِيْ دُكُ      دِيْعِيْ جُوْمُ دَتَارِيْشِيْ دُكُ

اَوَانَاغِ تَارِيْزُ هَجِيْشِيْ نَسِ

تَاغَمِيْشِيْ وَنِدْ كَسْرِيْشِيْ دُكُ      دَلْمِيْشِيْ بِيْ تِيْ سَكِيْ بَايَسِيْ دُكُ  
نِيْ كَرْمِيْ تَايَسِيْ رُمِيْ بَا كَدُكُ      اَكْرَانَا عَمُوْمِيْشِيْ بَايَسِيْ دُكُ

اِنَا تَايَسِيْ نُوْرِيْ دِيْوَسِ

اِدْرِنَا عَمِيْشِيْ دِيْ دِيْعِيْشِيْ دُكُ      دَعْمَرَاكِيْ لُوْلُوْمُرْ جَارِيْ دُكُ  
كَوْتَمِيْشِيْ مَكْرِيْ اَحْمَدِيْ بِيْشِيْ دُكُ      بِيْ وَ لَقِيْ بَا كُوْدِيْعِيْ تَدُكُ

اَوَا مَرْمِيْشِيْ نِيْ مَسَالِيْ نَسِ      كُو

sos y deben ser consultados de todos modos. Citemos a al-Zuhrī (siglo XII), Yāqūt, al-Dimashqī (siglo XIV), la geografía llamada mozhafferiana, Ibn Jubayr, al-Baghdādī, Abdarī, Tijānī, al-Balawī, al-Himyarī.

c) Fuentes de inspiración religiosa y literaria. Las fuentes religiosas proceden de horizontes variados. Anotemos las obras de Tabakāt y de hagiógrafos sunitas, kharidjitas, marabúticos y hasta cristianos (que proceden de la comunidad copta). Citemos también los manuscritos de las iglesias etíopes que reproducen en sus márgenes documentos oficiales. Todos esos escritos se revelan útiles no sólo para el conocimiento de la evolución de la sensibilidad religiosa y del mundo religioso, sino igualmente para la del mundo social. Una obra como el *Riyāh*, de Malik, u otra como los *Madārik*, de Iyādh, son ricas en anotaciones sociológicas diseminadas en el curso de su exposición. Las fuentes kharidjitas, como sabemos, son primordiales para toda la zona sahariana del Magreb, zona de contacto con los negros. Al-Wisyānī, Darjīnī, Abu' Zakāriyā y hasta un autor tardío como al-Shammākhī son sus principales representantes. En fin, toda la masa de material en lengua árabe o en copto producida en el Egipto medieval por la Iglesia local, ilumina las relaciones entre iglesias y las relaciones entre la jerarquía eclesiástica y el Estado<sup>59</sup>. Las fuentes propiamente literarias son numerosas para ese período; se refieren casi exclusivamente al Magreb y a Egipto. Un lugar aparte en esa categoría merecen *Rās al'Ain*, de al-Qāhī al Fādhil, y sobre todo el gran diccionario de Şafadī: *al-Wāfibi-l Wafayāt*.

Así, en esa segunda edad islámica, nuestra documentación parece abundante, variada y generalmente de buena calidad, lo cual contrasta con el período precedente. En el Africa propiamente islámica, esos escritos proyectan una viva luz sobre el funcionamiento de las instituciones y sobre el movimiento de la historia profunda. Ya no se limitan a trazarnos el simple cuadro político. En el Africa negra, el siglo XIV es el del apogeo de nuestros conocimientos a la espera de que documentos europeos y autóctonos nos permitan profundizar dichos conocimientos y ampliar el campo a zonas que hasta ahora quedan en la sombra.

## CONCLUSION

Sería inexacto pensar que el estado de las fuentes escritas del continente africano antes del siglo XV es de una penuria desesperante, pero es también cierto, que, en conjunto, Africa está menos provista que Europa o Asia. Aunque una gran parte del continente se encuentra totalmente desprovista de fuentes escritas, para el resto el conocimiento histórico es posible y se funda —en el caso de Egipto— en una documentación excepcionalmente rica. Es decir, que una explotación rigurosa y juiciosa de esos textos, a falta de descubrimientos improbables, puede aportar todavía mucho. Por consiguiente, es urgente dedicarse a un trabajo de crítica textual, de reediciones, de confrontaciones y traducciones, trabajo ya iniciado por algunos pioneros y que debe proseguirse.

<sup>59</sup> *Patrologie orientale*, colección esencial. Entre las obras que nos interesan, citemos las de Severo de Alejandría (siglo I) y de Ibn Mufrah (siglo XI), interesantes para Etiopía; *Kitāb Siyar al-Abā al-Batāriqa*. Cf. también Miguel el Sirio, edic. trad. Chabot, 3 vols., 1899-1910.

Por otro lado, aunque nuestras fuentes han sido redactadas en el marco de culturas «universales», cuyo punto focal se sitúa fuera de Africa —culturas «clásicas», cultura islámica—, tienen la ventaja de ser en su mayor parte *comunes* y pueden, por tanto, ser leídas en una perspectiva africana, con la vigilancia necesaria, sin embargo, en contra de todo supuesto ideológico. Eso es particularmente cierto sobre las fuentes árabes que siguen siendo la base esencial de nuestros conocimientos. Su exterioridad relativa o absoluta con relación a su objeto no resta nada a su valor, a no ser por el hecho de la distancia. Así pues, aunque las diferencias socioculturales deben ser reconocidas, es preciso que esas fuentes pongan en práctica una cierta solidaridad de comunicación africana a la que, hasta ahí, islamizantes y africanistas no siempre han sido sensibles.

# FUENTES ESCRITAS A PARTIR DEL SIGLO XV

## *I. HRBEK*

Paralelamente a los profundos cambios ocurridos en el mundo, y en particular en Africa, a finales del siglo XV y principios del XVI, se observan también cambios en el carácter, procedencia y volumen de los materiales escritos que sirven de fuente para la historia de Africa. Por comparación con el período precedente, se puede distinguir determinado número de tendencias nuevas en la producción de esos materiales, perteneciendo algunos al conjunto del continente y otros sólo a ciertas partes, en general, del Africa al sur del Sáhara.

En primer lugar, en unión con el crecimiento continuo de las fuentes narrativas de toda clase (relatos de viajeros, descripciones, crónicas, etc.) se ve aparecer ahora en gran número nuevos materiales primarios, como correspondencia e informes oficiales, de comerciantes y misioneros, contratos y otros documentos de archivos, que antes no se encontraban más que de forma esporádica. La abundancia creciente de esos materiales es una ayuda muy eficaz para el historiador, pero, al mismo tiempo, se hace cada vez más difícil tener de ellos una visión de conjunto.

Por otro lado, podemos observar una disminución muy clara del volumen de las fuentes narrativas árabes para el Africa al sur del Sáhara. En cambio, ese período es el que ha vivido la eclosión de la literatura histórica escrita en árabe por autóctonos, y sólo a partir de esa época es cuando podemos oír voces de auténticos africanos hablar de su propia historia. Los primeros ejemplos, que son también los mejor conocidos, de esa historiografía local provienen del cinturón sudanés y de la costa oriental de Africa; en las demás partes del Africa tropical, esa evolución se realizará más tarde.

En el transcurso de los dos últimos años, los africanos comenzaron también a escribir en sus propias lenguas, utilizando primero el alfabeto árabe (por ejemplo, en kiswahili, hawsa, fulfulde, kanembu, diula, malgache) y después el alfabeto latino; existen también materiales históricos (y otros) en escrituras de origen puramente africano, tales como los alfabetos bamoum y vaï.

La tercera tendencia, corolario de la precedente, consiste en la aparición de

၇၂၂  
 ၇၂၃  
 ၇၂၄  
 ၇၂၅  
 ၇၂၆  
 ၇၂၇  
 ၇၂၈  
 ၇၂၉  
 ၇၃၀  
 ၇၃၁  
 ၇၃၂  
 ၇၃၃  
 ၇၃၄  
 ၇၃၅  
 ၇၃၆  
 ၇၃၇  
 ၇၃၈  
 ၇၃၉  
 ၇၄၀  
 ၇၄၁  
 ၇၄၂  
 ၇၄၃  
 ၇၄၄  
 ၇၄၅  
 ၇၄၆  
 ၇၄၇  
 ၇၄၈  
 ၇၄၉  
 ၇၅၀  
 ၇၅၁  
 ၇၅၂  
 ၇၅၃  
 ၇၅၄  
 ၇၅၅  
 ၇၅၆  
 ၇၅၇  
 ၇၅၈  
 ၇၅၉  
 ၇၆၀  
 ၇၆၁  
 ၇၆၂  
 ၇၆၃  
 ၇၆၄  
 ၇၆၅  
 ၇၆၆  
 ၇၆၇  
 ၇၆၈  
 ၇၆၉  
 ၇၇၀  
 ၇၇၁  
 ၇၇၂  
 ၇၇၃  
 ၇၇၄  
 ၇၇၅  
 ၇၇၆  
 ၇၇၇  
 ၇၇၈  
 ၇၇၉  
 ၇၈၀  
 ၇၈၁  
 ၇၈၂  
 ၇၈၃  
 ၇၈၄  
 ၇၈၅  
 ၇၈၆  
 ၇၈၇  
 ၇၈၈  
 ၇၈၉  
 ၇၉၀  
 ၇၉၁  
 ၇၉၂  
 ၇၉၃  
 ၇၉၄  
 ၇၉၅  
 ၇၉၆  
 ၇၉၇  
 ၇၉၈  
 ၇၉၉  
 ၈၀၀  
 ၈၀၁  
 ၈၀၂  
 ၈၀၃  
 ၈၀၄  
 ၈၀၅  
 ၈၀၆  
 ၈၀၇  
 ၈၀၈  
 ၈၀၉  
 ၈၁၀  
 ၈၁၁  
 ၈၁၂  
 ၈၁၃  
 ၈၁၄  
 ၈၁၅  
 ၈၁၆  
 ၈၁၇  
 ၈၁၈  
 ၈၁၉  
 ၈၂၀  
 ၈၂၁  
 ၈၂၂  
 ၈၂၃  
 ၈၂၄  
 ၈၂၅  
 ၈၂၆  
 ၈၂၇  
 ၈၂၈  
 ၈၂၉  
 ၈၃၀  
 ၈၃၁  
 ၈၃၂  
 ၈၃၃  
 ၈၃၄  
 ၈၃၅  
 ၈၃၆  
 ၈၃၇  
 ၈၃၈  
 ၈၃၉  
 ၈၄၀  
 ၈၄၁  
 ၈၄၂  
 ၈၄၃  
 ၈၄၄  
 ၈၄၅  
 ၈၄၆  
 ၈၄၇  
 ၈၄၈  
 ၈၄၉  
 ၈၅၀  
 ၈၅၁  
 ၈၅၂  
 ၈၅၃  
 ၈၅၄  
 ၈၅၅  
 ၈၅၆  
 ၈၅၇  
 ၈၅၈  
 ၈၅၉  
 ၈၆၀  
 ၈၆၁  
 ၈၆၂  
 ၈၆၃  
 ၈၆၄  
 ၈၆၅  
 ၈၆၆  
 ၈၆၇  
 ၈၆၈  
 ၈၆၉  
 ၈၇၀  
 ၈၇၁  
 ၈၇၂  
 ၈၇၃  
 ၈၇၄  
 ၈၇၅  
 ၈၇၆  
 ၈၇၇  
 ၈၇၈  
 ၈၇၉  
 ၈၈၀  
 ၈၈၁  
 ၈၈၂  
 ၈၈၃  
 ၈၈၄  
 ၈၈၅  
 ၈၈၆  
 ၈၈၇  
 ၈၈၈  
 ၈၈၉  
 ၈၉၀  
 ၈၉၁  
 ၈၉၂  
 ၈၉၃  
 ၈၉၄  
 ၈၉၅  
 ၈၉၆  
 ၈၉၇  
 ၈၉၈  
 ၈၉၉  
 ၉၀၀  
 ၉၀၁  
 ၉၀၂  
 ၉၀၃  
 ၉၀၄  
 ၉၀၅  
 ၉၀၆  
 ၉၀၇  
 ၉၀၈  
 ၉၀၉  
 ၉၁၀  
 ၉၁၁  
 ၉၁၂  
 ၉၁၃  
 ၉၁၄  
 ၉၁၅  
 ၉၁၆  
 ၉၁၇  
 ၉၁၈  
 ၉၁၉  
 ၉၂၀  
 ၉၂၁  
 ၉၂၂  
 ၉၂၃  
 ၉၂၄  
 ၉၂၅  
 ၉၂၆  
 ၉၂၇  
 ၉၂၈  
 ၉၂၉  
 ၉၃၀  
 ၉၃၁  
 ၉၃၂  
 ၉၃၃  
 ၉၃၄  
 ၉၃၅  
 ၉၃၆  
 ၉၃၇  
 ၉၃၈  
 ၉၃၉  
 ၉၄၀  
 ၉၄၁  
 ၉၄၂  
 ၉၄၃  
 ၉၄၄  
 ၉၄၅  
 ၉၄၆  
 ၉၄၇  
 ၉၄၈  
 ၉၄၉  
 ၉၅၀  
 ၉၅၁  
 ၉၅၂  
 ၉၅၃  
 ၉၅၄  
 ၉၅၅  
 ၉၅၆  
 ၉၅၇  
 ၉၅၈  
 ၉၅၉  
 ၉၆၀  
 ၉၆၁  
 ၉၆၂  
 ၉၆၃  
 ၉၆၄  
 ၉၆၅  
 ၉၆၆  
 ၉၆၇  
 ၉၆၈  
 ၉၆၉  
 ၉၇၀  
 ၉၇၁  
 ၉၇၂  
 ၉၇၃  
 ၉၇၄  
 ၉၇၅  
 ၉၇၆  
 ၉၇၇  
 ၉၇၈  
 ၉၇၉  
 ၉၈၀  
 ၉၈၁  
 ၉၈၂  
 ၉၈၃  
 ၉၈၄  
 ၉၈၅  
 ၉၈၆  
 ၉၈၇  
 ၉၈၈  
 ၉၈၉  
 ၉၉၀  
 ၉၉၁  
 ၉၉၂  
 ၉၉၃  
 ၉၉၄  
 ၉၉၅  
 ၉၉၆  
 ၉၉၇  
 ၉၉၈  
 ၉၉၉  
 ၁၀၀၀

● Facsimil de manuscrito Bamoun (fot. IFAN).

una literatura escrita en inglés (y, en menor medida, en otras lenguas europeas) por africanos, esclavos liberados o sus descendientes en América, conscientes de su pasado africano.

En fin, las fuentes árabes ceden progresivamente el lugar a relatos en diversas lenguas europeas; el número de las obras de esa naturaleza aumenta progresivamente, y en los siglos XIX y XX llega a ser tal que los libros que indican las referencias bibliográficas podrían contarse por decenas.

A pesar de esos cambios, ha habido, naturalmente, una continuidad en la historiografía de ciertas partes de Africa, en particular en las de Egipto, Magreb y Etiopía. En esos países, los cronistas y biógrafos han continuado una tradición heredada del periodo anterior. Aunque en Egipto y en menor escala en Etiopía se observa cierto declive en la calidad e incluso en la cantidad de esas obras, el Magreb y sobre todo Marruecos continuaron produciendo eruditos competentes cuyas contribuciones a la historia de sus países son considerables.

La evolución de la situación aparece también en las zonas geográficas cubiertas por fuentes escritas. Mientras que antes del siglo XVI las orillas del Sahel sudanés y una banda estrecha sobre la costa esteafricana formaban el límite del conocimiento geográfico y, por consiguiente, histórico, los tiempos nuevos van a añadir progresivamente nuevas regiones que las fuentes de esa naturaleza habían ignorado hasta entonces. El número y la calidad de esas fuentes varían, naturalmente, de manera considerable de una región a otra y de un siglo a otro, siendo aún muy compleja la clasificación por lengua, carácter, objetivo y origen de esos documentos.

En general, la expansión va a desarrollarse desde la costa hacia el interior. Pero el movimiento era bastante lento, y sólo a finales del siglo XVIII se acelerará de manera sensible. La costa africana y sus inmediatas tierras interiores habían sido sumariamente descritas por los portugueses desde el siglo XV. En el curso de los siglos siguientes, las fuentes escritas, ya en numerosas lenguas, comenzaron a dar informaciones más abundantes y detalladas sobre las poblaciones costeras. Los europeos penetraron en el interior de sólo un pequeño número de regiones (Senegal y Gambia, delta del Níger y Benin; reino del Congo y a lo largo del Zambeze hasta el Imperio de Monomotapa), añadiéndolas así al dominio de las fuentes escritas. En la misma época, algunas partes de Africa, hasta entonces casi inexploradas, comenzaron a ser conocidas, como, por ejemplo, la costa del sudoeste y Madagascar.

Las fuentes escritas en árabe cubrían un territorio mucho más amplio; la escuela histórica sudanesa, a medida que obtenía informaciones sobre regiones anteriormente desconocidas, se extiende a otros países, sobre todo hacia el sur, de suerte que en el siglo XIX se puede considerar que toda la zona situada entre el Sáhara y el bosque —y en ciertos puntos hasta la costa— estaba cubierta por fuentes escritas locales. Pero vastas porciones del interior debieron esperar hasta el siglo XIX la producción de las primeras crónicas dignas de fe.

En las regiones costeras comprobamos importantes diferencias en lo que se refiere a la información histórica: en su conjunto, la costa atlántica está mejor provista de documentos escritos que la costa oriental, y la cantidad de los materiales que existen para el antiguo Congo, Senegambia y la costa entre el cabo



Palmas y el delta del Níger es mucho mayor que la que existe para Liberia, Camerún, Gabón o Namibia, por ejemplo. La situación varía también según las épocas: la costa oriental, Benin o Etiopía proporcionan mucha más información escrita en los siglos XVI y XVII que en el XVIII, y el Sáhara más durante la primera mitad del XIX que durante la segunda.

Dado que la distribución de los materiales según espacio, tiempo y carácter resulta irregular como según su origen y lengua, es preferible examinarlos con criterios variados en lugar de sujetarse a un solo procedimiento; los presentaremos, pues, en ciertos casos por regiones geográficas y en otros según su origen y su carácter.

## AFRICA DEL NORTE Y ETIOPIA

### AFRICA DEL NORTE

La situación en lo que se refiere a los materiales para el Africa del Norte arabófono ha experimentado, como en otras partes del continente, profundos cambios con relación al período anterior. Esos cambios no afectan tanto a las crónicas históricas locales, que continuaron como antes anotando los acontecimientos principales según el modo tradicional. Entre los cronistas y compiladores de esa época no hubo personalidad importante como la de los grandes historiadores de la Edad Media, y el método crítico del historiador, preconizado por Ibn Khaldūn, no fue proseguido por sus sucesores. Sólo en el siglo XX aparece la historiografía árabe moderna.

Los cambios se refieren sobre todo a dos clases de fuentes: los documentos de archivos de orígenes diversos y los escritos de los europeos. Sólo a partir de principios del siglo XVI, los materiales primarios, en árabe y turco, comienzan a aparecer en mayor número. Los archivos otomanos son comparables a los más ricos archivos de Europa por su volumen e importancia, pero en aquella época eran aún raramente empleados y explotados por los historiadores de esa parte de Africa. También a dicho período corresponden los archivos secundarios de los países que habían pertenecido al Imperio otomano (Egipto, Tripolitania, Túnez y Argelia)<sup>1</sup>; Marruecos es un caso aparte porque siempre ha conservado su independencia y sus archivos contendrán ricos materiales históricos<sup>2</sup>. Los documentos son, sobre todo, de los archivos gubernamentales, administrativos y jurídicos; los materiales que tratan del comercio, de la industria, de la vida social y cultural son menos numerosos, al menos, antes del siglo XIX. Eso proviene en parte de la ausencia de archivos privados, que proporcionarían tantas informaciones valiosas para la historia económica y social de Europa. Para algunos países y ciertas épocas, se pueden colmar esas lagunas: los materiales que tratan de Marruecos, que se pueden encontrar en gran número de países europeos, han sido

<sup>1</sup> Deny, J., 1930; Mantran, R., 1965; Le Tourneau, R., 1954.

<sup>2</sup> Meknasi, A., 1953; Ayache, G., 1961.

reunidos y publicados en la obra monumental de Henri de Castries<sup>3</sup>. Colecciones análogas, o al menos *regesta* de los documentos relativos a los demás países de Africa del Norte, forman parte de las tareas más urgentes en el futuro inmediato.

Si examinamos ahora las fuentes narrativas en árabe, comprobamos una disminución constante de la cantidad y calidad de los escritos históricos en Africa del Norte, con la única excepción de Marruecos, donde las escuelas tradicionales de cronistas continuaron proporcionando historias detalladas de las dos dinastías jerifianas hasta nuestros días<sup>4</sup>. Se puede citar, por ejemplo, *Ma'sul*, de Mokhtar Soussi, en 20 volúmenes, y una *Historia de Tetuán*, de Daoud, en curso de publicación. De la cadena ininterrumpida de historiadores no podemos indicar más que algunos nombres entre los más destacados. La dinastía Saedi ha encontrado un excelente historiador en al-Ufrānī (m. h. 1738)<sup>5</sup>, que cubrió los años 1511-1670; el período siguiente (1631-1812) tuvo la suerte de ser descrito detalladamente por el principal historiador marroquí desde la Edad Media, al-Zāy (m. 1833)<sup>6</sup>, mientras que al-Nāširī al-Slāwī (m. 1897) escribió una historia general de su país que trata con todo detalle del siglo XIX, y combina los métodos tradicionales y modernos, utilizando además documentos de archivos. También escribió una obra geográfica que proporciona muchos materiales sobre la vida social y económica<sup>7</sup>. A esas obras propiamente históricas hay que añadir las narraciones de los viajeros, en su mayor parte peregrinos, que describieron no sólo Marruecos, sino también los demás países árabes hasta Arabia. Los dos mejores relatos de esa naturaleza son tal vez los escritos por al-Ayyāshi de Sijilmasa (m. 1679) y por Ahmad al-Darci, de Tamghrut, junto al Sáhara (m. 1738)<sup>8</sup>; entre los textos interesantes se puede citar también el informe de el-Tamghruti, embajador de Marruecos ante la corte otomana en 1589-1591<sup>9</sup>, y la *Rihla* de Ibn Othman, embajador de Marruecos ante la corte de Madrid.

En los países entre Marruecos y Egipto, las crónicas locales no eran ni tan abundantes ni de calidad semejante. En cuanto a Argelia hay historias anónimas en árabe y en turco de Aru y Khayruddin Barbarossa<sup>10</sup>, así como una historia militar, que llega hasta el año 1775, por Mohammed el-Tilimsani<sup>11</sup>. Se puede describir la historia tunecina gracias a una serie de anales, desde el-Zarkachi (hasta 1525)<sup>12</sup> a Maddish el-Safaḡusi (m. 1818)<sup>13</sup>. Una historia de Trípoli fue escrita por Mohammed Ghalboun (1739)<sup>14</sup>. Las crónicas y biografías ibatitas,

<sup>3</sup> *Les sources inédites de l'histoire du Maroc*, 24 vols., París, 1905-1951.

<sup>4</sup> Levi-Provençal, E., 1922; Mokhtar Soussi, *Ma'sul*, 20 vols. publicados; Daoud, *Histoire de Tetouan*.

<sup>5</sup> Publicado y traducido por O. Houdas, París, 1889.

<sup>6</sup> Publicado y traducido por O. Houdas, París, 1886.

<sup>7</sup> Publicado en El Cairo, en 1894, en 4 vols. Numerosas traducciones parciales en francés y español.

<sup>8</sup> Ambos traducidos por S. Berbrugger, París, 1846.

<sup>9</sup> Traducido por H. de Castries, París, 1929.

<sup>10</sup> Publicada por Nuruddin, Argel, 1934.

<sup>11</sup> Traducida por A. Rousseau, Argel, 1841.

<sup>12</sup> Traducidas por E. Pagna, Constantina, s. f.

<sup>13</sup> Publicadas en Túnez, en 1903.

<sup>14</sup> Publicada por Ettore Rossi, Bolonia, 1936. Existen también crónicas turcas de Tripolitania.

como la de al-Shammākhī (m. 1524), merecen particular mención porque contienen muchas informaciones valiosas sobre el Sáhara y Sudán<sup>15</sup>.

Las biografías o diccionarios biográficos, generales o especiales, casi siempre dedicados a personalidades de primera línea (letrados, juristas, príncipes, místicos, escritores, etc.) combinan frecuentemente los materiales biográficos con relatos históricos e iluminan numerosos aspectos de la historia cultural y social. Las obras de ese género han sido abundantes en todos los países árabes, pero sobre todo en Marruecos. Incluso algunas poesías, a veces en dialectos locales, pueden servir de fuentes históricas, como, por ejemplo, los poemas satíricos del egipcio el-Sijazi (m. 1719), en los que describe los principales acontecimientos de su época<sup>16</sup>.

Para la historia del Egipto otomano hay que recurrir a las crónicas que están aún en gran parte inéditas e inexploradas. El país no produjo durante ese período más que dos grandes historiadores, uno al comienzo de la dominación turca y el otro justamente en su final: Ibn Iyas (m. 1524) escribió día a día la historia de su época, facilitando así un lujo de detalles que pocas veces se encuentran en las obras de otros autores<sup>17</sup>; el-Jabarti (m. 1822) es el cronista de los últimos días de la dominación turca, de la ocupación napoleónica y de la ascensión de Mohammed Alí, cubriendo, pues, un periodo crucial de la historia egipcia<sup>18</sup>. Aunque ya se hayan publicado muchas crónicas y obras históricas de todos los países árabes, existe aún un número mayor en forma de manuscritos, diseminados en gran número de bibliotecas en sus países de origen y fuera de ellos, a la espera de ser publicados y aprovechados.

Durante ese período, los relatos de los viajeros europeos adquieren una importancia creciente. Aunque la postura antiislámica de sus autores les permita pocas veces aportar informaciones verdaderamente objetivas, contienen una gran cantidad de reflexiones y observaciones que no se encuentran en otra parte, puesto que los escritores locales consideraban muchos aspectos de la vida como banales y faltos de interés. La multitud de europeos —viajeros, embajadores, cónsules, negociantes y hasta prisioneros (entre los cuales estaba Miguel de Cervantes)— que han dejado sus recuerdos y descripciones más o menos detallados de los países del Magreb que habían visitado, no tiene fin; eso es quizás aún más cierto respecto a Egipto, que, a causa de su importancia comercial y la proximidad de Tierra Santa, atraía a gran número de visitantes<sup>19</sup>. La monumental *Descripción de Egipto* en 24 volúmenes (París, 1821-1824), realizada por el personal científico de la expedición de Napoleón Bonaparte, presenta un interés particular; es una fuente inagotable de informaciones de toda clase sobre Egipto en vísperas de una nueva época.

En el siglo XIX las fuentes para la historia de Africa del Norte son tan abundantes como para cualquier país de Europa: las crónicas locales y los relatos de viajeros son relegados a segundo plano por fuentes más objetivas: archivos,

<sup>15</sup> Lewicki, T., 1961.

<sup>16</sup> Aprovechados por El Jabarti.

<sup>17</sup> Wiet, G., *Journal d'un bourgeois du Caire*.

<sup>18</sup> Numerosas ediciones; la traducción de Chefik Mansour debe ponerse en tela de juicio, El Cairo, 1886-1896.

<sup>19</sup> Carre, El Cairo, 1932.

estadísticas, periódicos y otros testigos directos o indirectos que permiten a los historiadores emplear los métodos clásicos puestos a punto para la historia de Europa.

Dos regiones de lengua árabe, Mauritania y el Sudán oriental, merecen un tratamiento por separado a causa de su particular situación en los confines del mundo árabe. La naturaleza de las fuentes en esos dos países está caracterizada por el predominio de las biografías, las genealogías y la poesía sobre los anales históricos propiamente dichos, al menos hasta finales del siglo XVIII. Respecto a Mauritania, fueron publicadas por Ismaël Hamet<sup>20</sup> diversas genealogías y biografías, a las que hay que añadir poemas y otros materiales folklóricos recogidos por René Basset y, más recientemente, por H. T. Norris<sup>21</sup>. El erudito mauritano Mukhtār Wuld Hamidun ha emprendido activamente y con éxito el estudio de nuevos materiales. La primera obra propiamente histórica se remonta a los comienzos del presente siglo: *el-Wāsit*, por Ahmad el-Shinqiti, que es una enciclopedia de la historia y de la cultura moras, pasadas y presentes<sup>22</sup>. Existe un gran número de crónicas locales manuscritas, de valor variable, en el estilo de las breves crónicas de Nema, Oualata y Shinqit<sup>23</sup>. Las fuentes árabes procedentes de Mauritania son de un interés e importancia particulares, porque en numerosos casos cubren no sólo Mauritania propiamente dicha, sino también todos los países limítrofes del Sudán occidental. Dadas las estrechas relaciones que han existido en el pasado entre Mauritania y Marruecos, las bibliotecas y archivos de este último país proporcionaron ciertamente valiosos materiales históricos para el primero. Además de las fuentes árabes, se dispone también de los relatos de los europeos, que comienzan en el siglo XV para las regiones costeras y a finales del XVII para las regiones fluviales; a partir del siglo siguiente encontramos incluso correspondencia diplomática y comercial en árabe y en lenguas europeas.

La historiografía local del Sudán oriental parece haber comenzado solamente en los últimos años del sultanato de Funj, es decir, a principios del siglo XIX, momento en que la tradición oral fue anotada por escrito en el texto llamado *Crónica de Funj*, de la que existen varias recensiones<sup>24</sup>. Las genealogías de diversos grupos árabes<sup>25</sup> constituyen una fuente valiosa, al igual que el gran diccionario biográfico de los eruditos sudaneses, el *Tebaqat*, escrito por Wad Dayfallah, que constituye una mina de informaciones sobre la vida social, cultural y religiosa en el reino de Funj<sup>26</sup>. El más antiguo visitante extranjero conocido es el viajero judío David Reubeni (en 1523): hasta el siglo XIX sólo hay un reducidísimo número de obras válidas, pero encontramos entre ellas los relatos de observadores particularmente lúcidos, como James Bruce (en 1773), W. C. Browne (1792-1798) y El-Tounsy (1803), habiendo sido estos dos últimos los primeros en visitar

<sup>20</sup> *Chronique de la Mauritanie sénégalaise*, París, 1911.

<sup>21</sup> Basset, 1909-1940; Norris, 1968.

<sup>22</sup> Ahmad Shiqiti, *Al-Wasit fi tarajim udaba' Shinqit*, El Cairo, numerosas ediciones nuevas. Traducción parcial francesa, San Luis, 1953.

<sup>23</sup> Marty, París, 1927; Norris, *BIFAN*, 1962; Monteil, V., *BIFAN*, 1965, núms. 3-4.

<sup>24</sup> Estudiada por Mekki Shibeika en *Ta'rikh Mulk-al-Sūdān*, Jartum, 1947.

<sup>25</sup> Recogidas por H. A. MacMichael en *A History of the Arabs in the Sudan*, II. Cambridge, 1922, al mismo tiempo que otros documentos históricos.

<sup>26</sup> La edición comentada mejor puesta al día es la de Yusuf Fadl Hasan, Jartum, 1971.

Darfour<sup>27</sup>. Durante la primera mitad del siglo XIX, Sudán recibió más numerosas visitas de viajeros que cualquier otra parte del Africa tropical; sus relatos son innumerables y, como fuentes históricas, de calidad diversa. Hasta los años 1830 no existe fuente alguna escrita respecto a las regiones del alto valle del Nilo (al sur del paralelo 12); pero la parte septentrional está bien cubierta por documentos de archivo egipcios (archivos de El Cairo) y, en menor número, europeos. Los archivos de los *Mahdiyya*, que comprenden unos 80.000 documentos en árabe, conservados actualmente en su mayor parte en Jartum, constituyen una fuente de excepcional interés para los veinte últimos años del siglo XIX.

## ETIOPIA

La situación en Etiopía, en lo que se refiere a las fuentes escritas, es análoga. Como en los países del Africa del Norte, el historiador dispone de una gran variedad de documentos internos y externos. Para algunos periodos cruciales, puede incluso utilizar materiales procedentes de fuentes opuestas: así, la invasión musulmana de Ahmed Gran en la primera mitad del siglo XVI está cubierta desde el punto de vista etíope por la Crónica real (en guezo) del emperador Lebna Dengel y, del lado musulmán, por la crónica detallada, escrita en 1543 por el escriba de Gran, Arab Faqih, sin contar los relatos portugueses de los testigos oculares<sup>28</sup>.

La redacción de las *Crónicas reales* comenzó desde el siglo XIII, habiendo para cada reinado, incluso durante el período de declive, una o varias crónicas detalladas que relatan los principales acontecimientos de la época<sup>29</sup>. Esa tradición se ha perpetuado durante todo el siglo XIX y una buena parte del XX, como lo ilustra la Crónica amhárica del emperador Menelik II<sup>30</sup>. Muchas obras de la literatura etíope que pertenecen a otras categorías pueden proporcionar materiales históricos útiles, como, por ejemplo, las hagiografías, las polémicas religiosas, la poesía, las leyendas, las historias de monasterios; la historia de los galla por el monje Bahrey (1593), testigo ocular de la invasión de Etiopía por éstos, constituye un documento único<sup>31</sup>. Un siglo más tarde, Hiob Ludolf, fundador de los estudios etíopes en Europa, compiló, según las informaciones dadas por un etíope culto, una de las primeras historias generales del país<sup>32</sup>.

Como Etiopía era al final el único país cristiano en Africa, despertó naturalmente mucho más interés en Europa que otras partes de aquel continente desde el siglo XV. No es extraño que el número de extranjeros —viajeros, misioneros, diplomáticos, soldados, mercaderes o aventureros— que visitaron el país y dejaron una descripción del mismo, sea muy elevado. Entre ellos se encuentran no

<sup>27</sup> James Bruce, 1790. Browne, W. G., 1806. Omar El-Tounsy, 1845.

<sup>28</sup> Arab Faqih, 1897-1901; Castanhoso, M., 1548, trad. inglesa, 1902.

<sup>29</sup> Cf. Pankhurst, 1966; Blundel, 1923.

<sup>30</sup> Escrita por Gabré Selassie y traducida al francés, París, 1930-1931.

<sup>31</sup> Cf. Beckingham; Huntingford, 1954. Además de la historia de Bahrey, ese libro contiene algunas partes de *History of High Ethiopia*, de Almeida (1660).

<sup>32</sup> Hiob Ludolf, 1682-1684.

sólo portugueses, franceses, italianos, británicos, sino también súbditos de otros muchos países: rusos, checos, suecos, armenios, georgianos<sup>33</sup>. De cuando en cuando, documentos turcos o árabes completan de diversas formas las otras fuentes<sup>34</sup>.

A partir de la segunda mitad del siglo XIX son los documentos de los archivos de todas las grandes potencias europeas, más Addis-Abeba e incluso Jartum, los que proporcionan los principales materiales históricos. La importancia de un atento estudio de los documentos amhárlicos originales para encontrar su interpretación histórica correcta ha sido recientemente demostrada por el brillante análisis del tratado de Wichale (1889), hecho por Sven Rubenson<sup>35</sup>.

## AFRICA DEL SUR

Comparada con las demás partes del continente (excepto los países de lengua árabe y Etiopía, que acabamos de examinar), Africa del Sur ofrece, en cuanto al período examinado aquí, una cantidad mucho mayor de materiales escritos interesantes en forma tanto de archivos como de relatos. La ausencia de fuentes de origen puramente africano antes del siglo XIX constituye una desventaja cierta, aun cuando muchos relatos europeos han conservado fragmentos de tradiciones orales de poblaciones locales. Las informaciones históricas más antiguas provienen de los marinos holandeses o portugueses naufragados en la costa sudeste durante los siglos XVI y XVII<sup>36</sup>. Con la instalación de la colonia holandesa en El Cabo (1652), la producción de materiales se hizo más rica y variada: comprenden, de una parte, documentos oficiales, conservados ahora, sobre todo en los archivos de Africa del Sur, pero también en Londres y en La Haya, y en parte publicados o difundidos por otros medios, pero, en su mayor parte, no publicados<sup>37</sup>; por otro lado, los documentos narrativos, representados por libros escritos por blancos — viajeros, comerciantes, funcionarios, misioneros y colonos— que habían observado directamente a las sociedades africanas. Pero, durante mucho tiempo, el horizonte geográfico de los blancos quedó bastante limitado, y sólo en el transcurso de la segunda mitad del siglo XVIII comenzaron a penetrar realmente en el interior de las tierras. Es, pues, natural que los primeros relatos traten de los khoi, de El Cabo (ahora desaparecidos). La primera descripción detallada de ese pueblo, después de algunos ensayos del siglo XVII<sup>38</sup>, es el de Peter Kolb (1705-

<sup>33</sup> Cf. la colección monumental de Baccari, *Rerum Aethiopicarum Scriptores occidentales inediti a seculo XVI ad XX curante*, 15 vols., Roma, 1903-1911. Otros muchos materiales han sido descubiertos después de Baccari y esperan ser publicados y examinados.

<sup>34</sup> Por ejemplo, el célebre viajero turco Evliya Chelebi (muerto en 1679), cuya obra *Siyaset-name* (Libro de viajes) contiene en su segundo volumen una descripción de Egipto, Etiopía y Sudán. El embajador yemenita al-Khaymi al-Kawkabani dejó (en 1647) un informe muy interesante de su misión ante el emperador Fasiladas, de cuyo reinado no existe ninguna crónica etíope; publicado por F. E. Peisier en dos volúmenes, Berlín, 1894 y 1898.

<sup>35</sup> Rubenson, Svén, *The Protectorate Paragrph of the Wichale Treaty*, JAH5, 1964, núm. 2; y discusión con C. Giglio, JAH 6, 1965, núms. 2 y 7, 1966, núm. 3.

<sup>36</sup> Cf. Theal, 1898-1903, y Boxer, 1959.

<sup>37</sup> Existen extractos de revistas oficiales y de otros documentos que se refieren a las poblaciones de lenguas san, khoi y bantú en Moodie, 1960; ver también Theal, 1897-1905.

<sup>38</sup> Shapers, 1668; Wilhem Ten Rhine (1686) y J. G. de Grevebroeck (1695), El Cabo, 1933.

1712)<sup>39</sup>. Durante el período holandés, muchos europeos visitaron la colonia de El Cabo, aunque sin mostrar más que interés pasajero por los africanos, ni aventurarse a penetrar en el interior. Gran número de sus informes han sido reunidos por Godée-Molsbergen y el honorable Naber. Muchos materiales menos conocidos son publicados regularmente desde el año 1920 por la Van Riebeeck Society en El Cabo<sup>40</sup>. Puede hallarse una imagen más detallada de las sociedades africanas en los archivos de los misioneros<sup>41</sup>, o según las notas de algunos observadores experimentados, a partir de finales del siglo XVIII y principios del XIX, tales como Sparman, Levaillant, Alberti, John Barroe y Lichtenstein<sup>42</sup>. Conviene otorgar un lugar destacado a John Philips, cuya obra (y vida) ha estado dedicada a la defensa de los derechos de los africanos al tiempo que revela aspectos que no se encuentran habitualmente en los informes más conformistas<sup>43</sup>.

Con la expansión comercial, misionera y colonial en el siglo XIX, se hicieron accesibles materiales más numerosos y ricos sobre grupos étnicos más alejados. Aunque Namibia recibió visitas esporádicas hacia finales del siglo XVIII<sup>44</sup>, sólo a partir de 1830 comienzan las descripciones más detalladas de la vida de los san, nama y herero, porque es en ese momento cuando los misioneros<sup>45</sup> y exploradores como M. Alexander, F. Galton y J. Tindall se interesaron activamente por el país<sup>46</sup>.

La situación es análoga para las regiones situadas al norte del río Orange: las relaciones de los primeros comerciantes y cazadores dieron lugar a una cantidad cada vez mayor de obras escritas por exploradores y misioneros mejor preparados para la observación gracias a su mayor experiencia y al conocimiento de lenguas africanas; por ejemplo, Robert Moffat, E. Casalis, T. Arbousse, y el más conocido, naturalmente, David Livingstone<sup>47</sup>. Los diversos documentos (archivos, correspondencia, contratos, actas oficiales, etc.) respecto a los comienzos de la historia de Lesotho han sido recogidos por G. H. Theal<sup>48</sup>. Se comprueba en esa época un rasgo positivo: la aparición de documentos que expresan opiniones de africanos, como, por ejemplo, cartas escritas por Moshesh y otros líderes africanos.

Contrariamente a la costa, el interior de Natal y Zululandia sólo empezó a ser conocido por los extranjeros en las primeras décadas del siglo XIX. Los primeros observadores, como N. Isaac o N. F. Fynn<sup>49</sup>, generalmente no especialistas, pocas

<sup>39</sup> Peter Kolb, 1719.

<sup>40</sup> Godée-Molsbergen, E. C., 1916-1932; L'Honore Naber, S. L., 1931.

<sup>41</sup> Cf., por ejemplo, Muller, D. K., 1923.

<sup>42</sup> Sparman, A., 1785; Levaillant, G., 1790; Alberti, L., 1811; John Barrow, 1801-1806; Lichtenstein, H., 1811.

<sup>43</sup> Philips, J., 1828.

<sup>44</sup> Watts, A. D., 1926.

<sup>45</sup> La obra clásica de H. Vedder, *South West Africa in Early Times*, Oxford, 1938, está redactada principalmente según los informes de misioneros alemanes.

<sup>46</sup> Sir James Alexander, 1836; Galton, 1853; *Journal of Joseph Tindall*, 1839-1855; El Cabo, 1959.

<sup>47</sup> Robert Moffat, 1942 y 1945; Casalis, *Les Bassutos*, Paris, 1859; edición inglesa, Londres, 1861; Arbousse, *Relation d'un voyage d'exploration*, Paris, 1842; edición inglesa, El Cabo, 1846; Livingstone, 1957.

<sup>48</sup> Theal, G. M., *Basutoland Records*, 3 vols., El Cabo, 1883 (vols. 4 y 5 no publicados; sus manuscritos se encuentran en los archivos de El Cabo).

<sup>49</sup> N. Isaac, 1836; Fynn, N. F., 1950.

veces eran precisos, adoleciendo de falta de objetividad cuando trataban a otros que no fueran blancos. En cambio, los zulúes tuvieron la suerte de que la anotación de sus tradiciones orales comenzó bastante pronto, en los años 1890. Sólo fueron publicados más tarde por A. T. Bryant, cuyo libro, por lo demás, debe ser utilizado con precaución<sup>50</sup>.

Como en otras partes de Africa, la cantidad de los materiales escritos por europeos aumentó en gran manera durante el siglo XIX, sin que sea necesario examinar de modo profundo todas sus variedades y autores. Lo más interesante son las notas sobre las reacciones de los primeros africanos escolarizados o de algunos jefes tradicionales, tal como han sido captadas y conservadas en cartas, periódicos, denuncias, diarios personales, contratos o, más tarde, en sus primeros intentos de escribir una historia de su pueblo.

Además de la voluminosa correspondencia entre jefes africanos (Moshesh, Dingaán, Cetwayo, Mzilikazi, Lobenguela, Witbooi, los jefes de los griqua, etc.) y las autoridades coloniales, se encuentran documentos tales como las Leyes ancestrales (Vaderlike Wete) de la comunidad Rehoboth, a partir de 1874, o el *Diario* de Henrik Witbooi<sup>51</sup>, escritos ambos en afrikaans. Hay numerosas peticiones y demandas de africanos, conservadas en los archivos de Africa del Sur o en Londres, así como estudios y relaciones catastrales, y estadísticas realizadas según informaciones orales africanas.

Gracias a la aparición de periódicos en lenguas locales podemos seguir las ideas de los antiguos representantes de la sociedad en evolución. En el semanario *Isidigimi* (publicado entre 1870 y 1880) apareció la primera crítica de las políticas europeas y de sus efectos negativos sobre la vida africana, escrita por los primeros protonacionalistas, como Tiyo Soga (m. 1871) o G. Chamzashe (m. 1896), así como el relato de las tradiciones históricas de los xhosa, por W. W. Gqoba (m. 1888). A partir de 1884 hubo otro portavoz de la opinión africana: *Ibn Zabanstsundu* («La voz de los pueblos negros»), cuyo redactor-jefe fue durante mucho tiempo T. Jabawu (m. 1921). Poco antes de la Primera Guerra Mundial, se publicaban once periódicos en lenguas locales, pero no todos defendían la causa de los africanos. Ngnoki (m. 1924) fue una de las grandes figuras de la época. Después de haber participado activamente en la guerra zulú de 1879, publicó (en Estados Unidos) sus recuerdos y numerosos artículos sobre la vida en Africa del Sur<sup>52</sup>. Sólo en el siglo XX es cuando aparecieron las primeras historias escritas por africanos<sup>53</sup>, inaugurando una nueva época en la historiografía sudafricana. En efecto, la historia de esa parte del continente ha sido durante demasiado tiempo analizada desde el punto de vista de la comunidad blanca, que tenía tendencia a tratar la historia de los pueblos africanos como cosa despreciable y sin importancia. La

<sup>50</sup> Bryant, A. T., 1929. Ver también su obra *A History of Zulu*, publicada primero como serie de artículos en 1911-1913, y en forma de libro en El Cabo, 1964. Cf. también John Bird, *The Annals of Natal*, 1495-1845, 2 vols., Pietermaritzburg, 1888.

<sup>51</sup> Las leyes son conservadas en Rehoboth y Windhoek; el *Journal* de Witbooi ha sido publicado en El Cabo en 1929.

<sup>52</sup> Cf. Turner, L. D., 1955.

<sup>53</sup> Cf. Plaatje, S. T., 1916, 1930; Molema, S. M., 1920; Soga, J. H., *The South-Eastern Bantu*, Johannesburgo, 1930; idem, *Ama-Xoza: Life and Customs*, Johannesburgo, 1930; Soga, T. B., Lovedale, 1929.



lucha que está en curso ahora en todos los terrenos de la actividad humana exige también una nueva actitud respecto a las fuentes; conviene poner particular atención en todos los materiales escritos que testimonian la lucha dolorosa y victoriosa de los africanos en pro de sus derechos<sup>54</sup>. Sólo una investigación fundada en esos testimonios y materiales permitirá escribir una historia verídica del Africa del Sur.

## FUENTES NARRATIVAS EXTERIORES

Aunque el período comprendido entre los siglos IX y XV es a veces llamado «era de las fuentes árabes» a causa del predominio de los materiales escritos en esa lengua, el período examinado aquí está marcado por una brusca disminución en esta materia. Como las razones de semejante cambio van unidas a la evolución de conjunto —política y cultural— del mundo islámico, serán examinadas en volumen posterior. Eso no quiere decir que no haya en absoluto fuentes árabes, sino que su número y calidad, salvo raras excepciones, no puede compararse ni con el período precedente ni con las fuentes de otros orígenes.

## EN ARABE Y OTRAS LENGUAS ORIENTALES

Aunque la obra de León (o Juan León) el Africano (originalmente Hasan al-Wazzan el-Zayyati) haya sido escrita en italiano, procede de la tradición geográfica árabe; además, en tanto que árabe y musulmán, emprendió sus viajes al Sudán occidental y central a comienzos del siglo XVI. Esa obra no está exenta de errores tanto geográficos como históricos, pero es la que proporciona durante casi tres siglos a Europa los únicos conocimientos verdaderos que los europeos poseían sobre el interior del Africa<sup>55</sup>.

Las obras sobre la navegación de Ahmad Ibn Majid (a principios del siglo XVI), el piloto que condujo a Vasco de Gama de Malindi a la India, tienen un interés muy particular. Entre sus numerosos libros sobre la teoría y la práctica de la navegación, el más importante es el que trata de la costa oriental de Africa, porque contiene, además de un rico material topográfico y del trazado de las rutas marítimas, opiniones categóricas sobre los portugueses en el océano Indico<sup>56</sup>. Se encuentran algunos detalles originales sobre el Africa oriental y el Zanj en la *Crónica de la Fortaleza de Aden*, escrita por Abu Makhrama (m. 1540)<sup>57</sup>. Una crónica más reciente trata de la misma región: la de Salil Ibn Raziq (m. 1873),

<sup>54</sup> Ver, por ejemplo, Jabvu, D. T., 1920; Mahavaba, J., 1922.

<sup>55</sup> Primera edición en Roma, en 1550; la mejor traducción moderna es *Jean-Leon l'Africain, Description de l'Afrique* por A. Epalard, anotada por A. Epalard, Th. Monod, H. Lhote y R. Mauny, 2 vols., Paris, 1956.

<sup>56</sup> Shumovskiy, T. A., *Tri neizvestnye lotsli Akhmada ibn Majida* (Tres libros de pilotaje desconocidos, de A. Ibn M.), Moscú, 1937.

<sup>57</sup> Publicado por O. Lofgren: *Arabishe Texte zur Kenntnis des Stadt Aden im Mittelalter*, 3 vols., Leipzig-Upsala, 1936-1950.

titulada *Historia de los Imanes y Sayyid de Omán*, en la que ha incorporado una obra anterior escrita en 1720 por Sirhan Ibn Sirhan de Omán<sup>58</sup>.

Respecto a la historia de Africa al sur del Sáhara, el siglo XVIII no proporciona ninguna fuente árabe anterior de mayor valor; sólo a comienzos del siglo siguiente es cuando se observa cierto renacimiento en ese terreno. El-Tunisi (m. 1857), ya citado, visitó Wadai y relató su estancia en una crónica que es la primera sobre ese reino, además de su valioso informe sobre Darfour<sup>59</sup>. Unas decenas de años antes, el marroquí Abd es-Salam Shabayani escribió algunas informaciones sobre Tombuctú y la región de Macina antes de la ascensión al poder de los dina<sup>60</sup>.

La historia del imperio songhaï, su caída y el desarrollo ulterior del valle del Níger han sido escritos no sólo por cronistas sudaneses, sino también por algunos de los historiadores marroquíes citados anteriormente. Se han descubierto recientemente en bibliotecas marroquíes numerosas fuentes aún desconocidas sobre las relaciones entre el Magreb y Sudán, a la espera ahora de ser publicadas y aprovechadas por historiadores de Africa. También deben existir otros muchos materiales valiosos, en árabe o en turco, esparcidos por diferentes países de Africa del Norte y en Turquía, sobre cuya existencia no tenemos aún más que informaciones extremadamente sumarias. Esa situación ofrece perspectivas interesantes para el historiador, y la localización, anotación y traducción de esos materiales forman parte de las tareas más urgentes en un futuro inmediato.

Los materiales en otras lenguas orientales son aún más raros que en árabe; eso no significa, naturalmente, que no se puedan descubrir materiales desconocidos, más o menos importantes, por ejemplo, en persa o en algunas de las lenguas de la India. Hasta ahora, la principal fuente sigue siendo el viajero turco Evliya Chelebi, que había visitado Egipto y algunas partes de Sudán y Etiopía, pero cuyo conocimiento de otras partes de Africa era indirecto<sup>61</sup>. Lo mismo ocurre con su compatriota, el almirante Sidi Ali, quien copió y tradujo del árabe algunas partes de la obra de Ibn Majid sobre el océano Indico en su libro *El-Muhit*, añadiendo solamente algunos detalles<sup>62</sup>. A comienzos del siglo XIX, un erudito azarbayanés, Zain el-Abidin Shirwani, visitó Somalia, Etiopía, Sudán oriental y el Magreb, y describió sus viajes en su libro *Bustanu s-Seyahe* («El jardín de los viajes») <sup>63</sup>. Parece que ha existido un vivo interés por Africa, en particular por Etiopía, en Transcaucasia y, sobre todo, entre los armenios. A finales del siglo XVII, dos sacerdotes armenios, Astvacatur Timbuk y Avatik Bagdasarian emprendieron un viaje a través de Africa, partiendo de Etiopía y pasando por Nubia, Darfour, el lago Chad y el país takour hasta Marruecos. El segundo de ellos há dejado una

<sup>58</sup> Traducido por G. P. Badger, Londres, 1871.

<sup>59</sup> *Voyage au Ouaday*, traducido por el doctor Perron, París, 1851.

<sup>60</sup> Publicado por J. G. Jackson, *An Account of Timbuctoo and Housa, territories in the Interior of Africa*, Londres, 1820 (reeditado en 1967).

<sup>61</sup> Evliya Chelebi, *Seychatname*, Estambul, 1938.

<sup>62</sup> Bittner, M., 1897.

<sup>63</sup> Cf. Khanyhov, M., in *Mélange asiatique*, San Petersburgo, 1895. Las partes que se refieren al Africa oriental están en curso de preparación con miras a la traducción por V. P. Smirnova, en Leningrado.

descripción de su viaje<sup>64</sup>. En 1821, un armenio de Astracán, Warga, atravesó el Sáhara partiendo del norte, visitó Tombuctú y llegó a la Costa del Oro, donde escribió en inglés un relato sucinto pero lleno de informaciones útiles sobre su viaje<sup>65</sup>. Otros materiales en armenio o en georgiano referentes a Africa existen en las bibliotecas y archivos de esas repúblicas soviéticas<sup>66</sup>.

## EN LENGUAS EUROPEAS

El enorme volumen de la literatura europea sobre el Africa tropical desde el comienzo del siglo XVI hace que sea imposible enumerar incluso las obras o autores más importantes. Una evaluación de esa literatura como fuente para la historia de Africa y un estudio de su carácter general responderán, pues, mejor al objetivo del presente capítulo que una relación interminable de nombres y títulos.

Los cambios en los límites geográficos son bien conocidos: a comienzos del siglo XVI toda la costa, desde Senegal hasta el cabo Guardafuí era conocida de los portugueses, pero a finales del mismo siglo sólo habían pasado al interior en lo que es el antiguo Congo, Angola y a lo largo del Zambeze. Los dos siglos siguientes añadieron pocas cosas a los conocimientos europeos: hubo algunos intentos esporádicos para atravesar el Sáhara; se efectuaron contactos duraderos a lo largo de Senegal y Gambia, yendo un viajero de Zambeze a Kilwa con escala en el lago Malawi. En cambio, las informaciones sobre las poblaciones de las costas, sobre todo las del Africa occidental, fueron más detalladas y diversificadas. La exploración sistemática del interior de Africa sólo comenzó a finales del siglo XVIII para terminarse con el reparto del continente entre las potencias coloniales.

Desde el punto de vista de la representación nacional, puede decirse que el siglo XVI es principalmente portugués; el XVII, holandés, francés e inglés; el XVIII, sobre todo inglés y francés; y el XIX, inglés, alemán y francés. Los demás países europeos estaban naturalmente representados en el transcurso de esos diversos siglos: por ejemplo, los italianos en el Congo en el siglo XVII, y en Sudán oriental en el XIX, o los daneses en la Costa de los Esclavos y en la Costa de Oro en los siglos XVIII y XIX. Y entre los autores de libros de viajes y de descripciones (pero sobre todo en el último siglo), encontramos naturales de España, Rusia, Bélgica, Hungría, Suecia, Noruega, Checoslovaquia, Polonia, Suiza, Estados Unidos y Brasil; y hasta a veces, un griego, un rumano o un maltés. Felizmente, la mayor parte de los libros escritos en lenguas poco conocidas han sido traducidos en una o varias de las lenguas más difundidas.

<sup>64</sup> Khalatyanc, G., *Armyanskiv pamyatnik XVII v. o. geografi Abissinii i Severnoy Afrike voobchitche* (Memoria armenia del siglo XVII sobre la geografía de Etiopía y Africa del Norte en general), en *Zemlevedenye*, vols. 1-2, Moscú, 1899.

<sup>65</sup> Cf. Philip D. Curtin (director de publicación), *Africa Remembered*, Madison, 1967 (págs. 170-189: I. Wilks, «Wargee of Astrakhan»). Ver también Olderogge, D. A., «Astrakhanec v Tombuktu y 1821 g.» (Un hombre de Astracán en Tombuctú en 1821), *Africana Afrikanskiy etnograficheskiy sbornik*, VIII, Leningrado, 1971.

<sup>66</sup> Una colección de documentos que se refieren a la historia de las relaciones etíope-armenias desde la Antigüedad hasta el siglo XIX, está en curso de preparación por el Instituto de estudios orientales de la R. S. S. de Armenia, Erevan.

Para valorar los materiales europeos, debemos tener en cuenta no sólo la nacionalidad del autor de cada uno, sino sobre todo el cambio de actitud de los europeos hacia los africanos y sus sociedades en general. Así, se podría esquematizar diciendo que los escritores portugueses estaban más inclinados a ver bajo el ángulo de los prejuicios cristianos a los pueblos que ellos describían, que lo estaban, por ejemplo, los ingleses; o que los holandeses eran más capaces de realizar observaciones objetivas que los escritores de otros países. Naturalmente, hay una diferencia entre un cronista portugués del siglo XVI, cuyo método procedía de valores medievales, y un erudito o un físico holandés de finales del XVII, producto de una cultura ya más racional. La calidad y variedad de los materiales que tenemos a nuestra disposición no nos permiten generalizaciones apresuradas; sólo se podría llegar a un juicio formal analizando cada obra individualmente según sus méritos, y tomando en consideración, naturalmente, su fecha y objetivo. Tampoco hay que creer que se haya observado una mejoría continua de la objetividad de los relatos con el tiempo y que, cuanto más se aproxima a la época actual, las observaciones de la realidad africana se hagan más científicas; lo que equivaldría a admitir de antemano que el relato de un viajero del siglo XIX tiene evidentemente más valor que el que ha sido escrito hace trescientos años. Burton y Stanley, en tanto que observadores, eran víctimas de la idea, presentada como científicamente probada, de la superioridad de la raza blanca, igual que los autores portugueses lo eran de la pretendida superioridad de su fe cristiana. La época de la trata de negros no era, de manera general, favorable a los relatos objetivos sobre los africanos, pero las necesidades prácticas de la trata exigían un estudio atento de sus actividades económicas y de su sistema de gobierno, de suerte que tenemos, hasta después de esa época, una serie de fuentes muy valiosas.

Los libros sobre Africa y los africanos han sido escritos por misioneros, comerciantes, funcionarios, oficiales del ejército de tierra o de la Armada, cónsules, exploradores, viajeros, colonos, y a veces por aventureros y prisioneros de guerra. Cada uno de ellos tenía intereses diferentes, de modo que sus objetivos y sus métodos varían considerablemente. Los «relatos de viajeros», que son típicos de un determinado género literario, se interesaban por un mundo desconocido, exótico y extraño, y debían responder a la demanda general de sus lectores. Ese gusto por lo exótico y la aventura, con el adorno de opiniones más o menos fantásticas sobre los pueblos africanos o la complaciente descripción de los innumerables peligros encontrados por el heroico viajero, han persistido hasta mucho antes del siglo XIX<sup>67</sup>. Tanto los primeros misioneros como los más recientes han tratado de comprender las religiones africanas, pero a la mayor parte de ellos les faltaba la formación y la buena voluntad necesaria para comprenderlas de verdad, y se dedicaban sobre todo a exponer sus «errores» y su «barbarie»; en cambio, tenían necesidad de conocer las lenguas locales, encontrándose así en mejor posición que otros para captar el marco social. Algunas veces han mostrado interés por la historia y recogido las tradiciones orales del lugar.

<sup>67</sup> Ver actualmente R. J. Rothberg, 1971.

En el siglo XIX, la mayor parte de la literatura narrativa proviene de los exploradores. Según la moda de la época, se interesaban sobre todo por la solución de los grandes problemas geográficos, de manera que su contribución ha aprovechado más a la geografía física que al conocimiento de la sociedad africana. La mayor parte de ellos se interesaban más por las vías de navegación que por las vías de la cultura<sup>68</sup>. Y muchos de ellos, al ser más bien naturalistas, carecían del sentido de la historia o creían en el mito de la ausencia de historia africana. Naturalmente que hay excepciones a esa regla, con Heinrich Barth como la más célebre de ellas.

En cambio, se ven aparecer, ya en el curso del siglo XVIII, algunas historias de pueblos o de Estados africanos, como *The History of Dahomey*, de Archibald Dalziel (Londres, 1793), que a primera vista parece un panfleto antiabolucionista.

Después de haber mostrado algunos de los defectos de las fuentes narrativas europeas, podemos examinar sus aspectos más positivos. Ante todo, éstos nos proporcionan el marco cronológico tan necesario para la historia de Africa, en el que la datación es uno de los puntos más débiles de la tradición oral. Incluso una fecha única dada por un viajero o un autor —por ejemplo, la de su encuentro con una personalidad africana— puede facilitar un punto de partida para toda la cronología de un pueblo, y a veces hasta para varios pueblos. No es que todas las fechas sean necesariamente correctas porque hayan sido anotadas por escrito; hay casos en que los autores europeos han cometido errores más o menos graves al referir lo que otros han dicho o al tratar de calcular un intervalo de tiempo según unas fuentes no controlables. Pero, en general, los europeos tenían a su disposición una medida del tiempo técnicamente más avanzada.

La literatura narrativa es de importancia primordial como fuente de la historia económica: rutas comerciales, principales mercados, mercancías y precios, agricultura y artesanado, recursos naturales, todo eso podía ser observado y escrito sin tomar partido, y lo fue. En efecto, los europeos por su propio interés necesitaban sobre esas cuestiones notas tan objetivas como fuera posible. Es verdad que los recursos naturales o las posibilidades económicas de algunas regiones fueron pintadas de colores exageradamente brillantes para realzar el mérito del explorador, pero el historiador está habituado a esa clase de exageración y la tiene en cuenta.

Lo que los europeos han logrado mejor es la observación de los aspectos exteriores de las sociedades africanas, de lo que se ha llamado «usos y costumbres»; los documentos contienen excelentes descripciones muy precisas, diversas ceremonias, vestimentas, comportamientos, estrategias y tácticas guerreras, técnicas de producción, etc., aun cuando, a veces, la descripción está acompañada de epítetos tales como «bárbaro», «primitivo», «absurdo», «ridículo» u otros términos peyorativos que no significan gran cosa, mostrando solamente un juicio en función de los hábitos culturales del observador. Mucho más grave es la falta total de comprensión de la estructura interna de las sociedades africanas, de la red complicada de las relaciones sociales, de la ramificación de las obligaciones mutuas y de las razones profundas de ciertos comportamientos. En resumen, esos

<sup>68</sup> Mazrui, A. A., 1969.

autores fueron incapaces de descubrir las motivaciones profundas de las actividades africanas.

Sin embargo, la redacción de la historia africana sería casi imposible sin los materiales proporcionados por las fuentes narrativas europeas. Estas pueden tener sus defectos, ignorar numerosos detalles, tratarlos con desprecio, con parcialidad, o interpretarlos de manera incorrecta; pero se trata de peligros normales, inherentes a todo trabajo historiográfico. Por consiguiente, no hay razón para rechazar ese corpus de información enorme y extraordinariamente importante. Es urgente, por el contrario, reimprimir el mayor número posible de relatos de ese género y publicarlos con comentarios y notas apropiadas, para permitir valorarlos y reinterpretarlos a la luz de la nueva historiografía africana.

## FUENTES NARRATIVAS INTERNAS

En el curso del período aquí examinado se ha asistido a un nuevo fenómeno de consecuencias capitales: la aparición y el desarrollo de una literatura histórica escrita por africanos del sur del Sáhara. El medio de expresión no era aún una de las lenguas africanas locales, sino en primer lugar el árabe, cuyo papel en el mundo islámico puede compararse al del latín en la Europa de la Edad Media —es decir, el de un medio de comunicación entre pueblos cultos—, y más tarde algunas lenguas europeas.

Parece que la tradición historiográfica comenzó simultáneamente en el cinturón sudanés y en la costa oriental africana, precisamente en las dos grandes regiones cubiertas hasta ese momento por las fuentes árabes externas y en las que el Islam ejerció una influencia prolongada. Las crónicas más antiguas existentes datan de principios del siglo XVI; pero relatan, en pasado, los acontecimientos de períodos más antiguos. La primera, el *Ta'riḫ al-Fattāsh*, se refiere a tres generaciones de la familia Kati de Djenne, y cubre la historia de Songhaï y de los países limítrofes hasta la conquista marroquí de 1591. El *Ta'riḫ al-Sūdān*, más desarrollado y rico en detalles, fue escrito por el historiador de Tombuctú El-Saadi; cubre en parte el mismo período, pero continúa hasta 1655. Las dos son obras de hombres cultos que poseen un amplio campo de interés y un conocimiento profundo de los acontecimientos contemporáneos. Lo más importante aún es que, por vez primera, escuchamos la voz de auténticos africanos, aun cuando los autores tomen partido por el Islam y consideren las cosas desde ese punto de vista. En el siglo XVIII comienza una historia anónima, pero muy detallada, de los pachás marroquíes de Tombuctú desde 1591 a 1751, que contiene también materiales útiles para los países y pueblos vecinos<sup>69</sup>. Tenemos otra clase de fuente en el diccionario biográfico de los intelectuales del Sudán occidental, compuesto por el célebre erudito Ahmed Baba (m. 1627)<sup>70</sup>, de Tombuctú. A la misma región del Imperio songhaï pertenecen la *Ta'riḫ Say*, crónica árabe de

<sup>69</sup> *Tarik el-Fettach*, traducido y comentado por O. Houdas y M. Delafosse, París, 1913 (reeditado en 1964); *Tarikh es-Soudan*, traducido y comentado por O. Houdas, París, 1900 (reeditado en 1964); *Tadhkirat es-nisyan*, traducido y anotado por O. Houdas, París, 1889 (reeditado en 1964).

<sup>70</sup> Publicado en Fez, en 1899, y en El Cairo, en 1912.

Ibn Adwar, escrita —se cree— en 1410; si fuera auténtica, sería el documento existente más antiguo escrito en África occidental, pero parece más bien la versión tardía de una tradición oral<sup>71</sup>.

De Tombuctú y Djenne, la tradición de la redacción de crónicas se extiende a otras regiones, sobre todo hacia el sur y el oeste de la región comprendida entre el Sahel y la selva tropical, y en ciertos casos aún más al sur. Los letrados musulmanes comenzaron, a partir de mediados del siglo XVIII, y a veces antes, a escribir crónicas locales, genealogías de clanes, biografías sucintas y opúsculos religiosos. El ejemplo más notable es el *Kitāb Gonja*, escrito después de 1752. Es la historia del reino Gonja, fundada en parte sobre tradiciones orales<sup>72</sup>. Hay un gran número de crónicas de menor importancia, y se puede esperar que fuentes análogas aparecerán en otras partes de esa región sometidas a la influencia de comunidades diula o hawsa, o de ambas. La mayor parte de esas obras está escrita en árabe. Numerosas crónicas se han redactado también en ajami, es decir, en lenguas locales, pero con caracteres árabes.

La situación es análoga en las regiones que hablan fulfulde, sobre todo en Fouta-Toro y Fouta-Djalon. En Guinea y en las bibliotecas de Dakar y París se encuentra un gran número de crónicas locales en árabe o en fulfulde (o en las dos lenguas), la mayor parte de las cuales datan de los siglos XVIII y XIX. Sólo recientemente los materiales de Fouta-Djalon han sido publicados y aprovechados en obras científicas<sup>73</sup>. Se puede citar a este respecto la colección Gilbert Vieillard en el IFAN, de Dakar. La situación de Fouta-Toro es mejor; las *Crónicas de Fouta senegalés*, de Siré Abbas Soh, autor del siglo XVIII, son accesibles desde hace cincuenta años<sup>74</sup>. Otra obra antigua, un diccionario biográfico de Muhammad El Bartayili, titulada *Fath el-Shakūr* (h. 1805), está actualmente en curso de preparación por John Hunwick con vistas a su publicación. Una historia más moderna de Fouta-Toro, escrita en 1921 por Cheikh Kamara Moussa de Ganguel y titulada *Zūhūr al-Basātīn* («Flores de los jardines»), no está publicada todavía<sup>75</sup>.

Nigeria del Norte puede también considerarse un país donde las crónicas y otras fuentes en árabe aparecen sólo en fecha relativamente reciente. El imán Ibn Fartuwa (finales del siglo XVI) dejó una descripción detallada y apasionante de la vida y época de Maï Idris y de sus guerras<sup>76</sup>. Más cerca de nosotros hay diversas listas de jefes de Bornú y de las crónicas de ese país. Las *mahrāms*, actas de los privilegios otorgados por los jefes a las familias de los notables religiosos, que permite entrever las condiciones económicas y sociales, constituyen una fuente excepcional<sup>77</sup>. En el país hawsa no queda gran cosa de los materiales históricos de

<sup>71</sup> Cf. Vincent Monteil, *BIFAN* 28, 1966, pág. 675.

<sup>72</sup> Ver, a este respecto y para otras materias, Ivor Wilks, 1963; Hodgkin, Th., 1966, págs. 442-459.

<sup>73</sup> Sow, A. I., 1968; Thierno Diallo, 1968.

<sup>74</sup> Traducido por M. Delafosse y H. Gaden, París, 1913.

<sup>75</sup> Conservado en la biblioteca del IFAN. Cf. Monteil, V., 1965, pág. 540.

<sup>76</sup> Publicada por H. R. Palmer, Kano, 1930; traducida en *Sudanese Memoirs I*, Lagos, 1928, y en *History of the first twelve years of Maï Idriss Alaoma*, Lagos, 1929.

<sup>77</sup> Recogidos por H. R. Palmer en sus *Sudanese Memoirs*, 3 vols., Lagos, 1928, y en *The Bornu, Sahara and the Sudan*, Londres, 1936; cf. también Y. Urvoy, «Chroniques de Bornú», *Journ. Société des Africanistes*, II, 1941.

antes del *jihad*, aunque el nivel de instrucción, en particular entre los líderes religiosos peul, haya sido relativamente muy alto<sup>78</sup>; pero algunos poemas en hawsa o en kanuri (Bornú) contienen comentarios sobre los acontecimientos contemporáneos<sup>79</sup>.

A comienzos del siglo XIX se vio surgir un auténtico renacimiento de la literatura árabe en el Sudán central y occidental; además de las obras en esa lengua, se escribía un número creciente de libros en lenguas locales como el hawsa, el fulfulde, el kanuri, el mandara, el kotoko, etc., en caracteres árabes. Los más fecundos fueron los jefes del *jihad fulani*, en Nigeria del Norte, aunque la mayor parte de su producción literaria trata de motivos religiosos y un pequeño número de obras sólo pueden ser consideradas como verdaderas crónicas<sup>80</sup>. Toda esa literatura, ya esté escrita en árabe o en una de las lenguas locales, ayuda a formarse una idea más coherente de la vida social e intelectual de esa región. Las crónicas de las ciudades hawsa (Kano, Katsina, Abuja, etc.) aunque datan solamente de finales del siglo XIX, están fundadas en cierta medida en documentos más antiguos o en tradiciones orales<sup>81</sup>. Una evolución análoga tuvo lugar más al Este, en Baguirmi, Kotoko, Mandara y Wadai. Algunas crónicas o listas de reyes han sido publicadas ya, pero otras muchas están aún en forma de manuscritos, pudiéndose esperar que otras serán aún descubiertas en colecciones privadas<sup>82</sup>.

Una crónica rimada en fulfulde describe la vida y las actividades del gran reformador de color al-Ḥādjīdī'Umar<sup>83</sup>, que es el autor de la obra religiosa *Rimāh Hizb el-Rahim* («Lanzas del partido del Dios misericordioso»), que contiene muchas alusiones históricas a las condiciones de vida en el Sudán occidental<sup>84</sup>.

Por el número de sus crónicas, la costa esteafricana puede compararse con Sudán. Varias ciudades tienen sus crónicas escritas en árabe o en kiswahili (en escritura árabe), que ofrecen las listas de los reyes y los relatos de la vida política. Una sola de esas crónicas es realmente antigua, la de Kilwa, compuesta hacia 1530 y de la que nos han llegado dos versiones diferentes, una transmitida por De Barros y la otra copiada en Zanzíbar en 1877<sup>85</sup>. La mayor parte de las otras crónicas fueron compuestas recientemente; algunas se remontan más allá de la segunda mitad del siglo XVIII, concentrándose una buena parte de ellas en los acontecimientos de antes de la llegada de los portugueses, por lo que constituyen,

<sup>78</sup> Hiskett, M., 1957, 550-558; Bivar, A. D. H., y Hiskett, M., 1962, 104-148.

<sup>79</sup> Cf. Patterson, J. R., 1926.

<sup>80</sup> Muhammad Bello, *Infāqū l-maysur*, publicado por C. E. J. Whitting, Londres, 1951; traducción inglesa de la paráfrasis hawsa por E. J. Arnett, *The Rise of the Sokoto Fulani*, Kano, 1922; Abdullahi Dan Fodio, *Tazyin al-waraqat*, traducido y comentado por M. Hiskett, Londres, 1963; Hajji Sacid, *History of Sokoto*, traducido por C. E. J. Whitting, Kano, s. f.; hay también una traducción francesa de O. Houdas, *Tadkirat annisyan*, París, 1899.

<sup>81</sup> *The Kano Chronicle*, traducción de H. R. Palmer en *Sudanese Memoirs III*; sobre Katsina, cf. *op. cit.*, págs. 74-91; sobre Abuja, ver Mallans Hassan y Shuaibu, *A Chronicle of Abuja*, traducido del hawsa por P. L. Heath, Ibadan, 1952.

<sup>82</sup> Cf. Palmer, H. R., 1928; diversas obras de J. P. Leboeuf y M. Rodinson en *Etudes camerounaises*, 1938, 1951, 1955, y *BIFAN* 1952 y 1956; M.-A. Tubiana sobre el Ouaday, en *Cahiers d'études africaines* 2, 1960.

<sup>83</sup> M. A. Ryam, *La Vie d'El Hadj Omar — Qasida en Poular*, traducido por H. Cahen, París, 1935.

<sup>84</sup> *Kitab Rimah Hizb al-Rahim*, El Cairo, 1927; una nueva edición y traducción en preparación por J. R. Willis.

<sup>85</sup> Analizada por G. S. P. Freeman-Grenville, *The medieval history of the Coast of Tanganyika*, Oxford, 1962.



en cierta medida, una anotación de tradiciones orales que deben ser tratadas y evaluadas como tales<sup>86</sup>. Un número considerable de manuscritos permanece aún en colecciones privadas; desde 1965 se han descubierto más de 30.000 páginas de manuscritos swahili (y también árabes), y se esperan, cuando esté explorada con cuidado toda la costa, materiales que iluminarán numerosos aspectos aún desconocidos de la historia del Este africano<sup>87</sup>. Los historiadores pueden, por otro lado, utilizar con provecho no sólo las crónicas, sino otros géneros literarios, como, por ejemplo, la poesía swahili, principalmente el poema *al-Inkishāfi* (compuesto en la segunda década del siglo XIX), que describe la ascensión y el declive de Pate<sup>88</sup>.

La producción literaria de los africanos en lenguas europeas comenzó solamente dos siglos después que la redacción en árabe. Como era de esperar, los primeros ejemplares fueron producidos por habitantes de la costa occidental, donde los contactos con el mundo exterior habían sido más numerosos que en otras partes.

Aunque Jacobus Captain (1717-1749), A. William Amo (h. 1703-h. 1753) y Philip Quaque (1741-1816), los tres de origen fante, merecen ser recordados como los primeros pioneros de la literatura africana en las lenguas europeas, su contribución a la historiografía africana fue desdeñable. Incomparablemente más importante como fuentes históricas son las obras de los esclavos liberados de la segunda mitad del siglo XVIII: Ignatius Sancho (1729-1780), Ottobah Cugoano (hacia 1745-1800) y Oloduah Equiano-Gustavus Vasa (h. 1745-1810?). Los tres se interesaban principalmente por la abolición de la trata de negros y sus libros son, por consiguiente, polémicos, aunque al mismo tiempo proporcionan muchos materiales autobiográficos sobre la situación de los africanos tanto en África como en Europa<sup>89</sup>. Del mismo período data un documento único, el diario de Antera Duke, uno de los principales comerciantes de Calabar, escrito en «pidgin english» local y que abarca un largo período; aunque sea bastante breve, ese diario ilumina con colores vivos la vida cotidiana en uno de los puertos negreros más importantes<sup>90</sup>.

Sobre Madagascar tenemos una especie de diario escrito por el gran rey merina Radama I (1810-1828) en escritura árabe (sura-be). Hacia 1850, otros dos aristócratas merina, Raombana y Rahaniraka, redactaban en alfabeto latino relatos que ayudan a reconstruir una imagen más completa de la vida cotidiana entre los merina del siglo XIX<sup>91</sup>.

<sup>86</sup> Sobre las crónicas árabes y swahili en general, cf. Freeman-Grenville, G. S. P., 1962; Prins, A. H. J., 1958; Allen, J. W. T., 1959, 224-227.

<sup>87</sup> El descubrimiento más importante de esa naturaleza de estos últimos años ha sido el del *Kitab al-Zanj* (libro de los Zanj) que trata de la historia del sur de Somalia y del norte de Kenia. Cf. Cerulli, E., 1957.

<sup>88</sup> Cf. Harries, L., 1962.

<sup>89</sup> Ignacio Sancho, 1731; Ottobah Cugoano, 1787; *The interesting narrative of the life of Oloduah Equiano, or Gustavus Vasa, the African*, Londres, 1798.

<sup>90</sup> Darryl Forde, 1956. El manuscrito original fue destruido por los bombardeos de Escocia en el curso de la Segunda Guerra Mundial, pero se han conservado extractos en forma de copias para el período 1785-1787.

<sup>91</sup> Berthier, H., 1933; «Manuscrit de Raombana et Rahaniraka», *Bull. de l'Académie malgache*, 19, 1937, págs. 49-76.

En el transcurso del siglo XIX, muchos africanos o afroamericanos participaron en los viajes de exploración o publicaron reflexiones sobre la vida africana combinadas a veces con polémicas de naturaleza general. Samuel Crowther, un yoruba que había hecho sus estudios en Sierra Leona y Gran Bretaña, tomó parte en las expediciones al Níger, en 1841 y 1853, dejando descripciones de sus viajes<sup>92</sup>. Thomas B. Freeman, nacido en Inglaterra y de origen mestizo, viajó mucho por Africa occidental y describió los pueblos de la costa y de sus tierras interiores con simpatía e inspiración<sup>93</sup>. Dos afroamericanos, Robert Campbell y Martin R. Delany, regresaron en los años 1850 a Nigeria para buscar una región que fuese conveniente a una eventual colonia de afroamericanos<sup>94</sup>; y un liberiano, Benjamin Anderson, describió con mucho detalle las observaciones precisas que había hecho durante su viaje por el alto valle del Níger<sup>95</sup>. Hay que clasificar aparte a dos importantes líderes africanos: Edward W. Blyden y James Africanus Horton. Algunos de los libros y artículos de Blyden forman por sí mismos una fuente histórica, y otros tienen ya el carácter de una interpretación histórica. Pero incluso estos últimos son indispensables para toda investigación sobre la aparición de la conciencia africana<sup>96</sup>. Lo mismo cabe decir de la obra de Horton, con la diferencia de que éste estaba más inclinado a una observación precisa de las sociedades con las que entró más estrechamente en contacto<sup>97</sup>.

Esos dos hombres forman ya una transición con el grupo de los africanos que se pusieron a escribir la historia de sus países o de sus pueblos. Un primer intento, orientado, sobre todo, en la etnografía, fue realizado por el sacerdote Boilat, un mulato de San Luis, en sus *Apuntes senegaleses*<sup>98</sup>. Se observa ya interés por la historiografía, fundada principalmente en tradiciones orales, en las partes del continente sometidas a la dominación británica, pero sólo a finales del siglo XIX. El ga C. S. Reindorf, considerado como el primer historiador moderno de origen africano, publicó en 1895 en báile su *History of the Gold Coast and Asantee*. Con él y con Samuel Johnson, cuya obra *History of Yorubas* es contemporánea del libro de Reindorf, pero que no ha sido publicada más que en 1921, comienza la cadena ininterrumpida de los historiadores africanos, primero aficionados (en su mayoría misioneros) y después profesionales. Sus ideas y obras son tratadas en el capítulo dedicado al desarrollo de la historiografía africana.

Todas esas fuentes narrativas, escritas en árabe o en diversas lenguas africanas y europeas, forman un vasto y rico campo de materiales históricos. No abarcan, naturalmente, todos los aspectos del proceso histórico mientras que sí tienen un carácter regional que sólo ofrece en ciertos casos una imagen fragmentaria. Las que han sido escritas por musulmanes muestran frecuentemente un prejuicio pronunciado que aparece en el modo como tratan a las sociedades no islámicas. En cuanto a los autores de las fuentes narrativas en lenguas europeas, eran al

<sup>92</sup> Cf. *Journals of the Rev. J. J. Schön and Mr. Crowther*, Londres, 1842, Samuel Crowther, 1855.

<sup>93</sup> Thomas B. Freeman, 1844.

<sup>94</sup> Robert Campbell, 1861; Martin R. Delany, 1861.

<sup>95</sup> Benjamin Anderson, 1870.

<sup>96</sup> Sobre Blyden, cf. Hollis R. Lynch, 1967.

<sup>97</sup> J. A. B. Horton, 1863; *Letters on the political conditions of the Gold Coast...*, Londres, 1870.

<sup>98</sup> París, 1833.

mismo tiempo polemistas que militaban contra la trata de negros o por la igualdad, teniendo, por consiguiente, cierta tendencia a la parcialidad. Pero se trata en este caso de defectos totalmente normales de todas las fuentes narrativas, e incluso, si somos conscientes de ello, esos documentos presentan una ventaja decisiva: son voces de africanos que nos diseñan la otra vertiente de la historia, la que ha sido ahogada bajo las olas de las opiniones extranjeras.

## FUENTES ARCHIVISTICAS PRIVADAS, INFORMES SECRETOS Y OTROS TESTIMONIOS

Por fuentes privadas entendemos principalmente los documentos escritos que son consecuencia de la necesidad de anotar diversas actividades humanas y no destinadas en su origen al gran público, sino solamente a un pequeño grupo de personas interesadas. Sobre todo comprenden, pues, la correspondencia, oficial o privada, de los informes confidenciales, las cuentas de diversas transacciones, registros comerciales, diarios de a bordo, etc. Esos materiales son la auténtica materia prima del historiador-investigador puesto que ofrecen —al contrario de las fuentes narrativas que han sido compuestas con un objetivo bien definido— un testimonio objetivo, exento en principio de segundas intenciones destinadas a un vasto público o a la posteridad. Esos materiales se encuentran principalmente en los archivos y bibliotecas públicas o privadas.

Se ha rechazado la antigua opinión según la cual no hay bastantes fuentes privadas para la historia de Africa. No sólo existen colecciones extraordinariamente ricas en documentos en las antiguas metrópolis y materiales muy importantes en Africa misma, producidos durante los períodos precoloniales y coloniales por instituciones privadas o dependientes de Estados europeos, sino que las investigaciones recientes han localizado o descubierto una cantidad de materiales privados, que provienen de africanos, y escritos en árabe o en lenguas europeas. Mientras que antes se consideraba que los documentos de esa naturaleza eran excepcionales y solamente podían encontrarse en algunos lugares privilegiados, ahora está claro que hay una masa de fuentes escritas de origen africano en muchas partes del continente y también en archivos de Europa y Asia.

Examinemos en primer lugar los materiales escritos en árabe. Respecto al período anterior al siglo XIX no se han descubierto más que ejemplos aislados de correspondencia local o internacional, sobre todo procedentes de Africa occidental. Hay cartas del sultán otomano al Mai Idris de Bornú (en 1578), descubiertas en archivos turcos, y cartas, igualmente de finales del siglo XVI, del sultán de Marruecos a los askya de Songhaï y los kanta de Kebbi. El árabe era empleado como lengua diplomática no sólo en los cursos islamizados de Sudán, sino también por príncipes no musulmanes. El caso más conocido es el de los asantehenes, que hacían redactar por escribas musulmanes, en árabe, la correspondencia con sus vecinos del norte y con los europeos de la costa. Cierta número de esas cartas ha sido encontrado en la Biblioteca Real de Copenhague. La cancillería árabe de Kumasi se mantuvo durante una gran parte de la segunda mitad del siglo XIX, siendo utilizado también el árabe para escribir los registros de

las decisiones administrativas, judiciales, contables, etc. En el otro extremo de Africa tenemos el ejemplo del tratado entre el mercader francés de esclavos Morice y el sultán de Kilwa, en 1776.

El siglo XIX ha visto un desarrollo considerable de la correspondencia en árabe en todo el continente. La creación de Estados centralizados en Sudán entrañaba actividades administrativas y diplomáticas cada vez más importantes; se ha descubierto un abundante material de esa naturaleza, principalmente en el sultanato de Sokoto y en los emiratos que de él dependían, desde Gwandu hasta Adamawa, en el Estado de Macina o en el Estado de Liptako y en el Imperio de Bornú. Todos los musulmanes que eran jefes de Estados grandes o pequeños mantenían una correspondencia activa entre sí y con las potencias coloniales en progresión. En muchos archivos de los países del Africa occidental (y a veces en Europa) se encuentran millares de documentos en árabe que provienen de personalidades tales como al-Hādij'Umar, Ahmadu Seku, Ma-Ba, Lat Dyor, Mahmadu Lamine, Samory, al-Bakka'i, Rabih y de muchos otros jefes de menor importancia. La administración colonial tenía también en árabe su correspondencia con ellos en Sierra Leona, Guinea, Nigeria y Costa del Oro. Existen cartas intercambiadas entre el pachá otomano de Trípoli y los cheikhs de Bornú, entre el sultán de Darfur y Egipto, entre Tombuctú y Marruecos. La situación era análoga en Africa oriental; sin embargo, parece que los archivos de Zanzibar no son tan ricos en documentos como se podría esperar razonablemente en una ciudad que tenía relaciones comerciales y políticas tan amplias. Debe haber allí, por supuesto, una gran cantidad de documentos de textos diversos en poder de particulares. La agrupación y catalogación de todos esos documentos será una tarea difícil, pero indispensable en un futuro próximo.

A la misma categoría pertenecen los textos en escritura vaï, inventada hacia 1833 por Momolu Duwela Bukele y que se extendió muy rápidamente entre el pueblo vaï, de suerte que a finales de siglo casi todos conocían esa escritura y la empleaban corrientemente en la correspondencia privada y oficial, en la teneduría de cuentas y también para escribir las leyes consuetudinarias, proverbios, cuentos y fábulas. Muchos de los pueblos vecinos, por ejemplo, los mende, los toma (loma), los gerze y los basa adaptaron la escritura vaï a sus lenguas y la utilizaron con fines análogos<sup>99</sup>.

A comienzos del siglo XX, el sultán Njoya de los Bamum (Camerún) inventó para la lengua bamum una escritura especial que modificó cuatro veces en el curso de su vida; pero, contrariamente a la escritura vaï, utilizada generalmente por la mayor parte de la población, la escritura bamum sólo fue revelada a un pequeño grupo en la corte del sultán. Sin embargo, Njoya compuso en esa escritura un grueso volumen sobre la historia y las costumbres de su pueblo, volumen en el que trabajó durante muchos años y que constituye una auténtica mina de informaciones valiosas sobre el pasado<sup>100</sup>. Hay que añadir los textos en nsibidi<sup>101</sup> del Cross

<sup>99</sup> Cf. Dalby, D. A., 1967, 1-51.

<sup>100</sup> *Histoire et coutumes des Bamum, rédigés sous la direction du Sultan Njoya*, traduc. por P. Henri Martin, París, 1952. El original se conserva en el Palacio del Sultán, en Fumbam.

<sup>101</sup> Cf. Dayrell, 1910-1911; Mac-Gregor, 1909.

River Valley (sudeste de Nigeria) que consisten en inscripciones en santuarios y en fórmulas de comunicación entre miembros de ciertas sociedades secretas.

Los materiales redactados en las lenguas europeas van desde el siglo XVI hasta nuestros días; están escritos en una docena de lenguas, extraordinariamente abundantes y dispersas en todo el mundo, y guardados en centenares de lugares diferentes, archivos, bibliotecas o colecciones privadas. Por eso, su utilización por el historiador es bastante difícil, sobre todo en los casos en los que no hay guías ni catálogos. Por esa razón el Consejo Internacional de Archivos, bajo los auspicios de la UNESCO y con su apoyo moral y financiero, ha comenzado a preparar una serie de guías de las fuentes de la historia de Africa. El objetivo principal era responder a las necesidades de los investigadores que trabajan sobre la historia de Africa, facilitando el acceso a la totalidad de las fuentes existentes. Como la investigación histórica se ha concentrado ampliamente sobre un pequeño número de bibliotecas de archivos que conservan los recuerdos del período colonial, era importante llamar la atención también sobre la existencia de un cuerpo importante y muy disperso de materiales aún no utilizados. Aunque las guías están dedicadas en primer lugar a los archivos públicos y privados, tienen en cuenta también materiales de interés histórico conservados en bibliotecas y museos. La serie debe comprender once volúmenes que ofrecen informaciones sobre las fuentes archivísticas conservadas en los países de Europa occidental y Estados Unidos, y que tratan del Africa al sur del Sáhara.

Ya han sido publicados los volúmenes siguientes: volumen 1, República Federal de Alemania (1970); volumen 2, España (1971); volumen 3, Francia (I, 1971); volumen 4, Francia (II, 1976); volumen 5, Italia (1973); volumen 6, Italia (1974); volumen 8, Escandinavia (1971); volumen 9, Países Bajos (1978). El volumen 7 (Vaticano) se espera para un futuro próximo. Los volúmenes que se refieren a Bélgica, Reino Unido y Estados Unidos aparecerán por separado, pero seguirán el mismo método de presentación<sup>102</sup>. Como muy bien ha dicho Joseph Ki-Zerbo en su introducción a la serie: «En el combate por el redescubrimiento del pasado africano, la guía de las fuentes de la historia de Africa constituye una nueva arma estratégica y táctica»<sup>103</sup>.

Además de ese proyecto muy importante, hay ya otras guías de las fuentes, sobre todo correcciones, o según criterios especiales. Entre las más completas figuran las tres guías para la historia del Africa occidental, publicadas en los años 1860, y que cubren los archivos de Portugal, Italia, Bélgica y Holanda<sup>104</sup>.

Más ambiciosas y ventajosas en cierta medida son las publicaciones de documentos de archivos *in extenso*, o en forma de *regesta*. Hasta ahora son, sobre todo, los materiales de los archivos portugueses los que se han presentado en esa forma. Además de la obra de Paiva Manso (finales del XIX)<sup>105</sup>, disponemos hoy de dos grandes colecciones de documentos misioneros que proceden de archivos

<sup>102</sup> Los volúmenes de Estados Unidos y de Inglaterra ofrecerán listas de documentos que se refieren a todo el continente.

<sup>103</sup> *Quellen zur Geschichte Afrikas südlich der Sahara in den Archiven der Bundesrepublik Deutschland* (guía de las fuentes de la historia de Africa, vol. I) Zug, Suiza, 1970, prólogo, pág. 7.

<sup>104</sup> Carson, P., 1962; Ryder, A. F. C., 1965; Gray, R., y Chambers, D., 1965.

<sup>105</sup> Paiva Manso, 1877.



portugueses (y de algunos otros); uno por A. da Silva Rego<sup>106</sup> y el otro por A. Brasio<sup>107</sup>. Hace algunos años se ha emprendido una colección monumental, preparada por los esfuerzos conjuntos de los archivos portugueses y rhodesianos, en la que todos los documentos portugueses que se refieren al Sudeste africano serán publicados en su texto original con traducción inglesa<sup>108</sup>.

También ediciones restringidas en el tiempo, en su alcance o en sus objetivos. Esa categoría la representan, por una parte, los *British Parliamentary Papers* y diversos Libros azules y Libros blancos, que datan, sobre todo, del período colonial, y, por otra, selecciones recientes y más científicas<sup>109</sup>, como los trabajos de Cuvelier y de L. Jadin sobre los documentos del Vaticano para la historia del antiguo Congo<sup>110</sup>, o la selección de C. W. Newbury sobre la política británica en Africa occidental, y el estudio documental de G. E. Metcalfe sobre las relaciones entre Gran Bretaña y Ghana<sup>111</sup>. A esa categoría pertenece también la vasta colección de materiales de archivo sobre la política italiana relacionados con Etiopía y los países vecinos, en curso de publicación por C. Giglio<sup>112</sup>. Muchas otras publicaciones de esa naturaleza a partir de archivos europeos han hecho accesibles documentos para tal o cual aspecto de la historia colonial. El punto débil de esas selecciones es, sin duda alguna, precisamente su carácter selectivo, porque cada compilador sigue, en la elección de materiales, sus propias reglas subjetivas, mientras que el investigador que estudia un asunto necesita todas las informaciones y una documentación completa.

En todos los Estados africanos independientes existen ahora archivos gubernamentales que conservan los materiales heredados de la administración colonial anterior. Aunque en algunos países se han publicado guías o catálogos, la mayoría de los archivos de Africa está aún en trámite de clasificación y descripción<sup>113</sup>. La publicación de una serie de guías de todos los archivos públicos y privados de Africa, como los que están en curso de publicación de cara a los archivos europeos, es ahora una necesidad urgente.

Los archivos gubernamentales de Africa, comparados con los de las antiguas metrópolis, tienen ventajas pero también inconvenientes. Aparte de un pequeño número de excepciones, la formación de archivos detallados no ha comenzado en Africa más que a partir de los años 1880, con numerosas lagunas y materiales perdidos. Esas lagunas han de ser compensadas por otras fuentes, las más importantes de las cuales son los archivos de los misioneros y hombres de negocios, y los documentos privados, sin contar, naturalmente, los archivos de las capitales europeas.

En cambio, las ventajas de los archivos de Africa sobre los de las antiguas

<sup>106</sup> A. da Silva Rego, 1949-1958.

<sup>107</sup> A. Brasio, 1952.

<sup>108</sup> *The historical documents of East and Central Africa*, Lisboa-Salisbury, desde 1965; comprenderá unos 20 volúmenes.

<sup>109</sup> *Guides to material for West African history in european archives*, publicadas por la Universidad de Londres en Athlone Press desde 1962; cf. nota 104.

<sup>110</sup> Cuvelier, J., y Jadin, L., 1954.

<sup>111</sup> Newbury, C. W., 1965; Metcalfe, G. E., 1964.

<sup>112</sup> Giglio, Carlo, *Italia in Africa*, Serie Storica, Volume Primo.

<sup>113</sup> Para un estudio de la situación en la víspera de la independencia, ver Philip D. Curtin, 1960, 129-147.

metrópolis son numerosas: en primer lugar, los archivos africanos conservan materiales y documentos que tienen relación más directa con la situación local, mientras que los «archivos coloniales» de Europa contienen por encima de todo documentos sobre la política del colonizador. Los archivos africanos frecuentemente conservan documentos del período precolonial, como informes de los primeros exploradores, informaciones recogidas por diversos comerciantes, funcionarios y misioneros en lejanas regiones interiores, informes que no eran considerados dignos de enviarse a Europa pero que son de una importancia excepcional para la historia local. Esos archivos contienen también un número mucho mayor de documentos procedentes de africanos que los archivos de Europa. En términos generales, aunque haya en Africa muchos documentos repetidos con respecto a los de Europa, un investigador que trabajase solamente con las fuentes encontradas en las antiguas metrópolis tendería a escribir una historia de los intereses europeos en Africa más que una historia de los africanos. En cambio, la utilización exclusiva de los archivos depositados en Africa no puede dar una imagen completa porque muchos documentos o informes faltan allí o son incompletos.

Para terminar, tenemos que mencionar otros documentos que pertenecen también a esa categoría. En primer lugar, los mapas y otros materiales cartográficos. Aunque, desde el siglo XVI, el número de los mapas impresos de Africa haya aumentado cada año, existe un gran número de ellos que están todavía conservados en forma de manuscritos en diversos archivos y bibliotecas de Europa, algunos de ellos magníficamente decorados y coloreados. En esos mapas se pueden encontrar frecuentemente nombres de localidades que ya no existen hoy o que son conocidas con otro nombre, en tanto que los nombres antiguos son mencionados en otras fuentes orales o escritas. Por ejemplo, un cierto número de pueblos bantúes del Este tienen tradiciones de migraciones procedentes de una región llamada Shungwaya; actualmente no se conoce localidad alguna con ese nombre aunque se la encuentra, con diversas grafías, en algunos de los mapas antiguos, como, por ejemplo, en el de Van Linschotten (1596), o en el de William Blaeu (1662) y en otros también, donde Shungwaya aparece con distintas grafías, primero como una ciudad y después como una región no lejos de la costa. Esos antiguos mapas proporcionan también informaciones sobre la distribución de los grupos étnicos y las fronteras entre Estados y entre provincias, dando nombres diversos a ríos, montañas y otros elementos topográficos; en resumen, ofrecen materiales toponímicos muy útiles que, a su vez, facilitan valiosas informaciones históricas. W. G. L. Randles ha propuesto un método práctico para aprovechar los materiales cartográficos con fines históricos respecto al Africa del Sudeste en el siglo XVI<sup>114</sup>. La pertinencia de ese material ya ha sido reconocida, y el historiador tiene a su disposición la gran obra de Yusuf Kemal, *Monumenta Cartographica Africae et Aegypti*, que contiene también numerosos textos narrativos en su versión original y en las traducciones, si bien se detiene justamente en el siglo XVI<sup>115</sup>. Por consiguiente, debemos aprobar la petición de Joseph Ki-Zerbo, de

<sup>114</sup> Randles, W. G. L., 1958.

<sup>115</sup> El Cairo, 1926-1951.



publicar una colección de todos los mapas antiguos de Africa en un atlas con textos comentados<sup>116</sup>. Un primer paso en esa dirección ha sido dado por la publicación reciente de casi cien mapas en Leipzig, pero los comentarios son insuficientes y los mapas provienen todos de materiales impresos<sup>117</sup>.

Existen también en las fuentes escritas otros materiales que son los datos lingüísticos. Como un capítulo especial de este volumen está dedicado al examen de la lingüística en su consideración de ciencia histórica asociada, dejaremos de lado las cuestiones de metodología y limitaremos nuestro examen a las indicaciones sobre la naturaleza de las fuentes donde esos datos lingüísticos pueden encontrarse. Desde la época de los primeros contactos con Africa ha sido de buen tono añadir a los relatos de viajes de europeos y a sus informes de toda naturaleza listas más o menos largas de palabras en lenguas locales. Los primeros vocabularios se remontan al siglo XV; hasta el XIX encontramos pocas veces un libro sobre Africa sin un suplemento de esa naturaleza, a veces acompañado de una breve gramática. Aunque la ortografía no es casi nunca sistemática, no es difícil identificar las palabras y las lenguas. La publicación más importante en esa categoría es la gran colección de vocabulario de unas 160 lenguas publicada por Koelle<sup>118</sup>. El valor de ese trabajo no es solamente lingüístico, como han demostrado Curtin, Vansina y Jait<sup>119</sup>. El antiguo reino del Congo ha sido particularmente afortunado en ese terreno: obras que tratan del Kicongo han sido publicadas desde el siglo XVII: una gramática de Brusciotto (1659) y un diccionario de Gheel (m. 1652)<sup>120</sup>. Además de esas obras impresas existen otras en diversas bibliotecas y archivos (Vaticano, British Museum, Besançon, etc.). Su valor para el historiador es mayor que el de las simples listas de palabras, porque son más completos y permiten así un estudio diacrónico de la nomenclatura social y cultural<sup>121</sup>.

Las fuentes escritas, tanto narrativas como archivísticas, en lenguas africanas, orientales o europeas representan un cuerpo enorme de material para la historia de Africa. Por abundantes que sean los documentos de toda clase, libros e informes ya conocidos, no representan con toda probabilidad más que un fragmento de los materiales existentes. Tanto en Africa como fuera de ella debe haber innumerables lugares que aún no han sido explorados desde el punto de vista de las fuentes posibles de la historia de Africa. Esas regiones inexploradas son ahora «las manchas blancas» sobre el mapa de nuestros conocimientos de las fuentes de la historia de Africa. Cuanto antes desaparezcan, más rica será la imagen que podremos dar del pasado africano.

<sup>116</sup> Cf. nota 103.

<sup>117</sup> *Afrika auf Karten des 12-13 Jahrhunderts — Africa on 12th to 18 century maps*, 1968.

<sup>118</sup> Koelle, S. W., 1963.

<sup>119</sup> Curtin, P., y Vansina, J., 1964; Hair, 1965.

<sup>120</sup> *Regulae quaedam pro difficillimi Congenius idiomatis faciliiori captu ad Grammatica norman, redactae* A. F. Hyacintho Brusciotto, Roma, MDCLIX; J. van Wing y C. Penders, *Le plus ancien dictionnaire Bantu. Vocabularium P. Georgii Gelensis*. Lovaina, 1928.

<sup>121</sup> La gramática de Brusciotto ha sido aprovechada para esos fines por D. A. Olderogge en su artículo instructivo «Sistema rodstva Bakongo v XVII» (Sistema de parentesco Bakongo en el siglo xvii), en *Afrikanskiy etnograficheskiy sbornik* III, Moscú, 1959.

## Capítulo 7

# LA TRADICION ORAL Y SU METODOLOGIA

*J. VANSINA*

Las civilizaciones africanas al sur del Sáhara y al sur del desierto eran en gran parte civilizaciones de la palabra, aun cuando la escritura era conocida, como en Africa occidental desde el siglo XVI, porque saber escribir era patrimonio de muy pocas personas y porque la misión de los escritos era frecuentemente marginal con relación a las preocupaciones esenciales de la sociedad. Sería un error reducir la civilización de la palabra simplemente a una cosa negativa, «ausencia de escritura», y conservar el desdén innato de las personas letradas hacia las iletradas, desdén que se encuentra en tantas expresiones como en el proverbio chino «la tinta más pálida es preferible a la palabra más fuerte». Eso sería desconocer totalmente el carácter de las civilizaciones orales. Que se le juzgue por lo que decía un estudiante iniciado en una tradición esotérica: «El poder de la palabra es terrible. Nos junta a todos y traicionar el secreto nos destruye» (al destruir la identidad de la sociedad, porque aquélla destruye el secreto común).

### LA CIVILIZACION ORAL

El que quiera emplear tradiciones orales debe en primer lugar penetrarse de la actitud de las civilizaciones orales para con el discurso hablado, actitud que varía totalmente con relación a la de las civilizaciones en las que la escritura ha consignado todos los mensajes importantes. La sociedad oral conoce el habla corriente, pero también el discurso clave, un mensaje legado por los antepasados, es decir, una tradición oral. En efecto, se define la tradición como un testimonio transmitido verbalmente de una generación a otra. Casi en todas partes el «verbo» posee un poder misterioso, porque las palabras crean las cosas. Al menos esa es la actitud que prevaleció en la mayor parte de las civilizaciones africanas. Los dogon, sin duda, han expresado ese nominalismo de la manera más explícita; en los rituales se constata en todas partes que el nombre es la cosa y que «decir» es «hacer».

La oralidad implica una actitud ante la realidad, y no sólo una falta de algo. Al historiador de los tiempos contemporáneos que está agobiado por las cantidades ingentes de mensajes escritos y debe desarrollar una técnica para leer rápidamente, con riesgo de no comprender bien más que por repetición de los mismos datos en numerosos mensajes, las tradiciones lo desconciertan. Exigen, por el contrario, un retorno continuo hacia la fuente. El zaireño Fu Kiau observa justamente que es ingenuo leer un texto oral una o dos veces y después creer que se ha comprendido. Es necesario entenderlo. Es necesario aprenderlo, interiorizarlo como un poema, cuestionarlo para analizar sus significaciones múltiples, al menos si se trata de un discurso importante. El historiador debe, pues, aprender a ir más despacio, a reflexionar para penetrar en una representación colectiva porque el cuerpo de la tradición es la memoria colectiva de una sociedad que se explica por sí misma. Numerosos eruditos africanos, tales como A. Hampâté-Ba o Boubou Hama han expresado, por otra parte, ese mismo razonamiento de manera elocuente. El historiador debe iniciarse primero en los modos de pensamiento de la sociedad oral antes de interpretar sus tradiciones.

### NATURALEZA DE LA TRADICION ORAL

La tradición oral es definida como *un testimonio transmitido oralmente de una generación a otra de los que siguen*. Sus caracteres propios son la verbalidad y la transmisión que difiere de las fuentes escritas. La verbalidad es muy difícil de definir.

Un documento escrito es un objeto: un manuscrito. Pero un documento verbal puede definirse de varios modos, puesto que un testigo puede interrumpir su testimonio, corregirse, proseguir, etc. También hay que usar algo arbitrario para definir el testimonio como el conjunto de todas las declaraciones de una persona que se refiere a una misma secuencia de acontecimientos pasados, con tal que el testigo no haya adquirido nuevos conocimientos entre las diferentes declaraciones. Porque en este último caso la transmisión sería alterada y nos encontraríamos ante una nueva tradición. Hay personas que conocen tradiciones que se refieren a toda una serie de acontecimientos diferentes, principalmente los especialistas, como los griots. Se conoce el caso de una persona que utiliza dos tradiciones diferentes respecto a una misma evolución histórica.

Informadores ruandeses narraban tanto la versión según la cual el primer Tutsi caído del cielo encontró el Hutu sobre la tierra, como otra versión según la cual Tutsi y Hutu eran hermanos. ¡Dos tradiciones distintas, un mismo informador, un mismo tema! Por eso, se ha introducido «una misma secuencia de acontecimientos» en la definición del testimonio. En fin, todos conocen el caso del informador local que refiere una historia compuesta, elaborada a partir de las diferentes tradiciones que él conoce.

La tradición es un mensaje transmitido de una generación a la que sigue. Porque todos los datos verbales no son tradiciones. Se distingue, en primer lugar, el testimonio verbal del testimonio ocular, que posee un gran valor porque se trata de una fuente «inmediata», no transmitida, en la que los riesgos de deformación del contenido son mínimos.

Toda tradición oral válida debe remontarse además a un testimonio ocular. Hay que descartar también el *rumor*, que es también una transmisión de mensaje, pero cuyo carácter propio es tratar de «ruidos» que corren. Por eso, en nuestros días se le llama a veces «radio-móvil». El rumor se deforma de tal modo que sólo puede ser útil para expresar la reacción popular ante un acontecimiento determinado. También puede dar origen a una tradición cuando es utilizado por generaciones ulteriores. En fin, queda la tradición, propiamente hablando, que transmite un documento a las generaciones futuras.

El origen de las tradiciones se sitúa ora en el testimonio ocular, ora en un rumor, ora en una creación nueva a partir de diferentes textos orales existentes, tramados y arreglados para crear un mensaje nuevo. Ahora bien, sólo son válidas las tradiciones que se remontan a un testimonio ocular. Los historiadores del Islam lo habían comprendido bien, con el desarrollo de una técnica compleja para determinar el valor de los Hadith, esas tradiciones que se apropian de las afirmaciones del Profeta, recogidas por sus compañeros. Con el tiempo, el número de los Hadith llegó a ser imponente, siendo preciso eliminar a aquellos en los que no se podía reconstituir la cadena de informadores (Isnad) vinculando al erudito que lo había fijado por escrito con uno de los compañeros del Profeta. Para cada eslabón, la historiografía islámica ha desarrollado unos criterios de probabilidad y credibilidad idénticos a los de los cánones de la crítica histórica actual. ¿El testigo intermediario podía conocer la tradición? ¿Podía comprenderla? ¿Tenía interés en deformarla? ¿Ha podido transmitirla? ¿Cuándo, cómo y dónde?

Se habrá observado que la definición de la tradición determinada aquí no implica otras limitaciones que la verbalidad y la transmisión oral. Y no incluye, pues, sólo los mensajes que quieren conscientemente referir los acontecimientos del pasado, como las crónicas orales de un reino, o las genealogías de una sociedad segmentaria; sino que comprende también todos los textos orales transmitidos prácticamente en toda una literatura oral. Esta proporcionará indicaciones tanto más valiosas cuanto que sean testimonios inconscientes que se refieran al pasado y constituyan además una fuente mayor para la historia de las ideas, de los valores y del arte oral.

En fin, todas las tradiciones son al mismo tiempo obras literarias y deben ser examinadas bajo ese ángulo, como es necesario estudiar los ambientes sociales que las han creado y transmitido y la visión del mundo que subyace en el contenido de toda expresión de una civilización determinada. Por eso, las secciones siguientes tratan sucesivamente de la crítica literaria, del examen del ambiente social y del ambiente de civilización, antes de pasar al problema cronológico y a la evaluación general de las tradiciones.

## LA TRADICION, OBRA LITERARIA

La mayor parte de las obras literarias son tradiciones, y todas las tradiciones conscientes son discursos orales. Como todos los discursos, la forma y los cánones literarios influyen el contenido del mensaje; esa es la razón primera por la que hay que colocar las tradiciones en el marco general de un examen de las estructuras literarias, y realizar su crítica bajo ese ángulo.

Un primer problema planteado es el de la propia forma del mensaje. Existen cuatro formas fundamentales, resultantes de una combinación operatoria de dos principios. En algunos casos, las palabras son usadas de memoria; en otros, la elección se deja al artista. En algunos casos, una serie de reglas formales especiales incrementa la gramática del lenguaje ordinario; y, en otros casos, ese aparato convencional no existe.

#### FORMAS FUNDAMENTALES DE LAS TRADICIONES ORALES

		<i>contenido</i>	
		<i>estereotipado</i>	<i>libre</i> <i>(elección de palabras)</i>
<i>forma</i>	<i>reglada</i>	poema	epopeya
	<i>libre</i>	fórmula	narración

El término «poema» no es más que una etiqueta que recubre los datos empleados de memoria y dotados de una estructura específica, incluidas también las canciones. El término «fórmula» es una denominación que comprende frecuentemente los refranes, adivinanzas, oraciones, listas de sucesión, o sea, todo lo que se aprende de memoria pero que no está sujeto a otras reglas de composición que las de la gramática corriente. En ambos casos, esas tradiciones comportan no sólo el mensaje, sino las palabras mismas que le sirven de vehículos. Se puede, pues, en teoría reconstruir un arquetipo inicial, exactamente como se puede hacer respecto a las fuentes escritas. Es posible construir argumentos históricos sobre las palabras, y no sólo sobre el sentido general del mensaje. Sucede frecuentemente con las fórmulas, y menos frecuentemente con los poemas, que no se pueda reconstruir un arquetipo porque las interpelaciones sean demasiado numerosas: por ejemplo, cuando se reconoce que una divisa de «clan» resulta de una serie de préstamos de otras divisas, sin que se pueda aislar lo que constituía el enunciado original y específico. En efecto, se comprende por qué es tan fácil interpolar en unas fórmulas. Ninguna regla obstaculiza ese proceso.

En cambio, las fuentes estereotipadas son, en principio, más valiosas, porque son más precisas en cuanto a la transmisión. En la práctica, son pocas las que quieren transmitir conscientemente unos datos históricos. Además, aquí es donde se encuentran evidentemente arcaísmos a veces inexplicados. Se puede encontrar su significación en el caso de las lenguas bantúes, porque las posibilidades de que una lengua vecina haya conservado una palabra que tiene el mismo radical que el arcaísmo estudiado son bastante grandes. Por otro lado, se debe acudir al comentario del informador que puede usar de nuevo un comentario tradicional o... inventarlo. Es más molesto que ese mismo género de texto se complique con alusiones poéticas, con imágenes veladas, con juegos de palabras de múltiple

significado. No solamente no se puede comprender nada en un texto hermético parecido y sin comentario, sino que frecuentemente sólo el autor capta todos los matices. Ahora bien, el autor no transmite todo en el comentario explicativo, más o menos válido, que va parejo con la transmisión del poema. Esa particularidad está muy difundida, principalmente en lo que concierne a los poemas o canciones panegíricos sudafricanos (Tswana, Sotho), esteafricanos (región interlacustre), centroafricanos (Luba, Congo) u oesteafricanos (Ijo).

El término «epopeya» es una denominación que significa que en el interior de un cañamazo impuesto y recargado de reglas formales, como las rimas, los modelos relativos a los tonos, a las medidas de las sílabas, etc., el artista conserva la elección de sus palabras. No hay que confundir este caso con los fragmentos literarios de estilo heroico y de larga duración, como los relatos de Soundjata, de Mwindo (Zaire) y de otros muchos. En el género del que aquí hablamos, la tradición comporta, además del mensaje, el marco formal, pero nada más. Frecuentemente, sin embargo, se encuentran versos característicos que sirven de relleno o que recuerdan simplemente al artista, al marco o al cañamazo formal. Algunos de estos versos se remontan probablemente a la creación de la epopeya. ¿Existen semejantes «epopeyas» en Africa? Pensamos que sí y que ciertos géneros poéticos principalmente de Ruanda se clasifican en esa categoría, como los cantos-fábulas fang (Camerún-Gabón). Advirtamos que, ya que la elección de las palabras es libre, no se puede reconstruir un auténtico arquetipo para esas epopeyas. Pero añadamos inmediatamente que las exigencias de forma son tales que es verosímil que el conjunto de una «epopeya» se remonte a un solo original. El examen de las variantes lo demuestra frecuentemente.

Quedan las «narraciones» que comprenden la mayor parte del tiempo de los mensajes históricos conscientes. La libertad dejada al artista permite aquí numerosas combinaciones, numerosas refundiciones, reorganizaciones de episodios, extensiones de descripciones, desarrollos, etc. Difícilmente se puede entonces reconstruir un arquetipo. La libertad del artista es total; pero sólo desde el punto de vista literario: el entorno social podría imponerle una fidelidad a veces rígida para con esas fuentes. A pesar de las dificultades mencionadas, es posible descubrir el origen híbrido de una tradición recogiendo todas sus variantes, incluidas aquellas que no son consideradas como históricas, y recurriendo a variantes que proceden de pueblos vecinos. Así puede deslizarse, a veces insensiblemente, de lo histórico a lo maravilloso. Pero se llega también a eliminar una serie de versiones orales, las que no se remontan a un testimonio ocular. Hay que aplicar una crítica esencial.

Cada literatura oral posee su propia división en géneros literarios. El historiador se afanará por conocer no sólo lo que representan esos géneros para la civilización que él estudia, sino que recogerá al menos una muestra representativa de cada uno de ellos, puesto que en los géneros es posible encontrar datos históricos, y dado que las tradiciones que más especialmente le interesan se pueden comprender mejor en el contexto general. La clasificación interna proporciona ya valiosas indicaciones. Se descubrirá si los propagadores de esos textos establecen una demarcación, por ejemplo, entre los relatos históricos y los demás.

En fin, los géneros literarios están sometidos a convenciones literarias que es

preciso conocer para comprender el sentido real del texto. No se trata ya de reglas formales, sino de elección de términos, de expresiones, de prefijos poco usuales y de diferentes licencias poéticas. Una atención más particular debe aplicarse a las palabras o expresiones con resonancias múltiples. Además, los términos clave que están unidos íntimamente con la estructura social y la concepción del mundo, y que son prácticamente intraducibles, deben interpretarse a través de la clave del contexto literario donde aparecen. No se podría recoger todo. El historiador se halla, pues, obligado a tener en cuenta las exigencias prácticas y estará limitado, con conocimiento de causa, una vez que posea una muestra representativa de los géneros literarios.

En lo que concierne a los relatos, sólo un catálogo de las categorías de relatos pertenecientes a la etnia estudiada o a otras, permitirá descubrir no sólo imágenes o expresiones favoritas, sino verdaderos episodios estereotipados, por ejemplo, en las relaciones que se pueden calificar de «leyendas migratorias» (*Wandersagen*). Así, un relato luba de las orillas del lago Tanganica cuenta cómo un jefe se libera de otro invitándole a sentarse sobre una estera, debajo de la cual había hecho excavar un pozo provisto de estacas puntiagudas. El otro se sentó y murió. El mismo argumento se encuentra no sólo desde los grandes lagos hasta el océano, sino incluso entre los peul de Liptako (Alto Volta), y entre los hawsa (Nigeria) y los mossi de Yatenga (Alto Volta). La importancia de esos episodios-cliché es evidente. Desgraciadamente no poseemos obra alguna con referencia a este tema, aunque H. Baumann da algunas indicaciones para una serie de clichés que se refieren a «los orígenes»<sup>1</sup>. Nos parece urgente establecer unos catálogos prácticos para la investigación de esos estereotipos. Los índices de motivos populares (*Folk Motiv Index*) no son manejables y sí confusos, porque están fundados en rasgos menores elegidos arbitrariamente, mientras que el episodio representa en los relatos africanos una unidad natural en un catálogo.

Cuando se encuentra un cliché de ese género, no se tiene derecho a rechazar como inválida toda la tradición, ni siquiera la parte de ella donde figura esa secuencia. Se explicará más bien por qué se utiliza ese cliché. En el caso citado explica simplemente que un jefe elimina a otro, y añade un comentario ficticio pero que agrada a los oyentes. Las más de las veces se advertirá que esa clase de cliché esboza unas explicaciones y comentarios en torno a datos que pueden ser perfectamente válidos.

La crítica literaria propiamente hablando no explicará sólo los sentidos literarios y los sentidos pretendidos de una tradición, sino también las coacciones expuestas a la expresión del mensaje por las exigencias formales y estilísticas. Y evaluará el efecto de la deformación estética, si hay alguna, como ocurre frecuentemente. En efecto, ni siquiera los mensajes del pasado deben ser demasiado engorrosos. Por eso, la observación de las representaciones sociales relativas a la tradición reviste una importancia crucial. Y decimos representación antes que «reproducción» porque en la gran mayoría de los casos entra en juego un elemento estético. Aunque los criterios estéticos priman sobre la fidelidad de reproducción, se producirá una deformación estética que refleja el gusto del

<sup>1</sup> Baumann, 1936.

público y el arte del tradicionalista. Incluso en los otros casos, se encuentran frecuentes arreglos de textos que llegan hasta vestir a las tradiciones de contenido histórico preciso con el uniforme de los cánones artísticos en vigor. En los relatos, por ejemplo, una serie de episodios conducentes a un apogeo prepara la intriga principal, mientras que otros constituyen repeticiones paralelas, y otros, en fin, no son más que transiciones de uno de los apoyos del relato al siguiente. Como regla general, puede admitirse que cuanto más se aproxima un texto al canon esperado y admirado por el público, más deformado está. En una serie de variantes, la variante correcta podrá ser a veces descubierta por el hecho de que va al encuentro del canon, así como una variante que contradice la función social de una tradición es probablemente más auténtica que las otras. No olvidemos, sin embargo, que no todos los artistas de la palabra son excelentes. Algunos de ellos son malos y su variante será siempre un fracaso. Pero la actitud de un público, como el montaje de una representación, no es exclusivamente un acontecimiento artístico. Es, más que nada, un acontecimiento social, lo que nos obliga a considerar la tradición en su medio social.

## EL MARCO SOCIAL DE LA TRADICION

Todo lo que la sociedad juzga importante para el buen funcionamiento de sus instituciones, para una buena comprensión de los estatutos sociales y de las funciones correspondientes, y para los derechos y obligaciones de cada uno, todo ello es transmitido cuidadosamente. En una sociedad oral, eso será por medio de la tradición, mientras que, en la sociedad que escribe, sólo los recuerdos menos importantes se dejan a la tradición. Durante mucho tiempo, ese hecho ha inducido a los historiadores a error cuando creían que las tradiciones eran una especie de cuentos de Calleja, de canciones de cuna o de juegos de niños.

Cada institución social y grupo social poseen también una identidad propia que va acompañada de un pasado inscrito en las representaciones colectivas de una tradición que da cuenta de ella y que la justifica. Por eso, cada tradición poseerá su «superficie social», empleando la expresión de H. Moniot. Sin superficie social, la tradición no sería transmitida y carecería de función; perdería su razón de ser y sería abandonada por la institución que la sustenta.

Se podría intentar seguir a algunos que han pretendido predecir cuál sería el perfil del *cuerpo* de las tradiciones históricas de una sociedad determinada, partiendo de una clasificación de las colectividades en tipos como «Estados», «sociedades anárquicas», etc. Aunque es verdad que se puede clasificar toscamente la serie de sociedades africanas en modelos de ese género, no es difícil demostrar que esas tipologías pueden ser continuadas hasta el infinito, puesto que cada sociedad difiere de las otras y dado que los criterios empleados son arbitrarios y limitados. No existen dos Estados idénticos, ni siquiera análogos en sus detalles. Se encuentran diferencias enormes entre las grandes líneas de organización de las sociedades massai (Kenia-Tanzania), embu (Kenia), meru (Kenia), galla (Kenia-Etiopía), aunque a todas se las pueda clasificar como sociedades «con clases de edad» y se sitúen en una misma parte de Africa. Se pretende poner un caso de



sociedad llamada «anárquica simple» que comporte pequeños grupos estructurados por linajes múltiples, de las que podríamos pensar que los gouro (Costa de Marfil) serían un caso apropiado. Se atiende aquí a un «perfil» de tradiciones que no contendría más que historias de linajes y genealogías. Y se las encuentra. Pero también se encuentra una historia esotérica transmitida por una sociedad secreta. Se pone el caso de los tonga, de Zambia, y se encuentra asimismo la historia del linaje, pero también la de centros rituales animados por los llovedores. No hay sociedades de ese tipo que no presente una institución mayor «inesperada». El caso extremo en cuanto a los Estados es el del reino de los batéké (Tio) en el que la tradición real no se remonta a más de dos generaciones, mientras que se supone que los reinos tienen tradiciones muy antiguas. Además, se retrocede mayor espacio de tiempo al recoger las tradiciones de los símbolos mágicos de los señores que siguen en ellas a las relativas al símbolo real. Las generalizaciones apresuradas están absolutamente desplazadas. Sólo *a posteriori* se determina el «perfil» de un *cuerpo* de determinadas tradiciones.

Es evidente que las funciones desempeñadas por las tradiciones tienden a deformarlas, aunque no se pueda establecer un catálogo completo de las funciones, puesto que una tradición puede cumplir varias funciones y desempeñar un papel más o menos preciso o difuso con relación a las funciones que desempeña. Pero la razón principal es que el término función resulta confuso. La mayoría de las veces se emplea para denominar todo lo que sirve para reforzar o mantener la institución de que depende. Como el vínculo no es tangible, la imaginación puede proporcionar una lista ilimitada de funciones «a cumplir», por lo que la elección es imposible. Eso no impide, sin embargo, que se puedan distinguir ciertas tradiciones. Como esas «cartas míticas», historias dinásticas, genealogías y listas de reyes que pueden considerarse auténticas constituciones no escritas. Es posible ampliar esa categoría agrupando en ella a todas las tradiciones que se refieren a fines jurídicos públicos, como, por ejemplo, las que mantienen los derechos públicos sobre propiedades. Se trata generalmente de tradiciones *oficiales* en el sentido en que aspiran a una validez universal para la sociedad. Las tradiciones *privadas*, asociadas a grupos o instituciones englobados en otros, serán peor conservadas, porque son menos importantes, pero frecuentemente más verídicas, que las otras. No obstante, conviene advertir que la tradición privada es oficial para el grupo que la transmite. Así, una historia de familia es privada con relación a la de todo un Estado, y lo que ella tiene que decir respecto al Estado está menos sujeto al control de éste que una tradición pública oficial. Pero en el interior de la familia la tradición privada se convierte en oficial. Para todo lo que atañe a la familia se deberá, pues, tratarla como a tal. Desde entonces se comprende por qué es tan interesante emplear tradiciones de familia o de territorios para dilucidar puntos de historia política general. Su testimonio está menos sujeto a deformación y puede controlar eficazmente los asertos hechos por las tradiciones oficiales. En cambio, al tratarse de subgrupos, la profundidad y el cuidado con que aquéllas son transmitidas son frecuentemente poco satisfactorios, como lo muestran las numerosas variantes.

Entre las otras funciones más frecuentes, se puede mencionar sucintamente las religiosas, litúrgicas (cómo cumplir un ritual), jurídicas privadas (precedentes),

estéticas, didácticas, históricas, la función de comentario de un texto esotérico, y lo que los antropólogos llaman función mítica. Al considerar, por una parte, las funciones y, por otra, el género literario, se puede constituir de cara al historiador una tipología válida que le permita proceder a una evaluación general de las deformaciones probables que sus fuentes habrían experimentado al dar indicaciones sobre la transmisión. Por sólo considerar los tipos que son producto de semejante clasificación, se pueden distinguir los nombres, títulos, eslóganes o lemas, fórmulas rituales, fórmulas didácticas (refranes), listas de topónimos, de nombres de personas, genealogías, etc. En todo estos casos se trata de «fórmulas», desde el punto de vista de la forma fundamental. Los poemas históricos, panegíricos, litúrgicos o de ceremonias, religiosos, personales (líricos y demás), las canciones de todo tipo (de cuna, de trabajo, de caza, de remeros, etc.), son «poemas» desde ese punto de vista. La «epopeya» como forma fundamental está representada por ciertos poemas que no corresponden a lo que se designa habitualmente con ese nombre. En fin, la «narración» comprende los relatos generales —históricos o no—, locales, familiares, épicos, etiológicos, estéticos, y los recuerdos personales. Además, se añadirán aquí los precedentes legales que son raramente transmitidos por tradición oral, los comentarios de textos y las notas ocasionales que son esencialmente respuestas breves a cuestiones tales como: cómo hemos llegado a cultivar el maíz, de dónde procede la máscara de la danza, etc.

Por la lista que precede se ve inmediatamente cuál *puede* ser la acción deformadora de una institución sobre cada uno de los tipos. Pero también hay que demostrar que semejante acción ha tenido lugar efectivamente, o que la probabilidad de deformación es muy grande. Con frecuencia se llega a demostrar que una tradición es realmente válida porque no sigue la deformación esperada: por ejemplo, tal pueblo se cree «hermano menor» de otro, tal crónica real admite una derrota, tal fórmula que debe explicar la geografía física y humana del país no se aplica ya a la realidad actual. En todos esos casos, el análisis demuestra la validez de la tradición porque ésta ha resistido a la nivelación.

En su obra que trata del fenómeno de la escritura (*literacy*), Goody y Watt han argumentado que la sociedad oral tiende constante y automáticamente a una homeóstasis que borra de la memoria colectiva —de aquí el término de amnesia estructural— toda contradicción entre la tradición y su superficie social. Ahora bien, los casos citados anteriormente muestran que esa homeóstasis es solo parcial. De ello resulta que no se puede rechazar en bloque el valor histórico de las tradiciones so pretexto de que sirven para ciertas funciones. Resulta también que una estrecha crítica sociológica deberá aplicarse a cada tradición. En la misma obra, los autores citados sostienen que la cultura de una sociedad verbal está homogeneizada, es decir, que el contenido en conocimientos del cerebro de cada adulto es aproximadamente el mismo. La cuestión dista mucho de ser completamente verdadera. Especialistas artesanos, políticos, jurídicos y religiosos conocen muchas más cosas que sus contemporáneos de la misma etnia no conocen. Cada etnia tiene sus pensadores. Entre los kouka (Zaire), por ejemplo, hemos encontrado a tres hombres que partiendo del mismo sistema de símbolos llegaban a tres filosofías bien diferentes, y sospechamos que lo mismo ocurre entre los dogon. En

lo que concierne a las tradiciones, se constata que en numerosos grupos existen tradiciones esotéricas secretas que son privilegio de un pequeño grupo, y tradiciones exotéricas públicas. Así, la familia real de Ashanti conocía un relato secreto referido a su origen, mientras que el gran público sólo tenía acceso a la versión pública. En Ruanda, sólo los especialistas *biiru* conocían los rituales de la realeza, siendo también necesario que estuviesen juntos para conocer su totalidad, puesto que cada grupo de *biiru* no conservaba más que una parte de los rituales. En casi todos los rituales de entronización de reyes en África se encuentran prácticas y tradiciones secretas. ¿Quiere eso decir que la tradición esotérica es necesariamente más exacta que la exotérica? Depende del contexto. Después de todo, aquéllas también pueden ser deformadas por razones imperativas, y tanto más imperativas cuanto que el grupo que detenta el secreto es un grupo clave de la sociedad. Señalemos aquí que empíricamente no conocemos aún más que muy pocas tradiciones exotéricas, porque el orden antiguo en que ellas encuentran sus raíces no ha desaparecido completamente. Las que conocemos provienen de sociedades que han sido profundamente trastornadas. Y muchas de esas tradiciones se desvanecerán indudablemente sin que un historiador pueda recogerlas. Pero, a partir de los fragmentos que tenemos, podemos afirmar, a pesar de todo, que algunas tradiciones *ogboni* del país yoruba se han deformado hasta el extremo de no constituir ya un mensaje válido en lo que se refiere a los orígenes del *ogboni*, mientras que el *biiru*, por ejemplo, parece ser más válido. Eso no proviene del carácter esotérico, sino del motivo de esas tradiciones: las primeras legitiman un poder fuerte ostentado por un pequeño grupo de hombres, mientras que las segundas no son más que la memorización de un ritual práctico.

Cada tradición posee su superficie social. Para encontrar las tradiciones correspondientes y examinar la calidad de su transmisión, el historiador tendrá que aprender a conocer con tanta exactitud como sea posible la sociedad en cuestión. Debe examinar todas las instituciones para encontrar las tradiciones, al igual que lo hará con todos los géneros literarios para descubrir en ellos los datos históricos. El grupo dirigente de una sociedad detenta las tradiciones oficiales, y su transmisión está frecuentemente asegurada por especialistas que emplean medios nemotécnicos (frecuentemente el canto) para recordar los textos que han de aprender. A veces hay control por medio de unos colegas durante la recitación en privado y la realización pública asociada a una ceremonia mayor. Pero los especialistas no están siempre vinculados al poder. Lo mismo ocurre con los genealogistas, los tamborileros de jefes o reyes, los guardianes de tumbas<sup>2</sup>, los sacerdotes de cultos nacionales. Pero existen también especialistas a otros niveles. Entre los xhosa (África del Sur) hay mujeres especializadas en el arte de representar divertidas narraciones *ntsomi*. Con ellas conviven otras que saben practicarlo también, pero no hacen de ello una especialidad. Este es el caso corriente para los espectáculos populares. Algunos oficiantes religiosos son frecuentemente también especialistas en tradición oral: así, los guardianes de los *mhondoro shona* (Rhodesia) conocen la historia de los espíritus de cuya guarda están encargados. En fin,

<sup>2</sup> En algunos países, sin embargo, éstos forman parte integrante de la clase dirigente; así ocurre con los bend-naba (jefe de los tambores) entre los mossi.

algunos son trovadores, como los griots que recogen tradiciones a todos los niveles y representan los textos convenidos ante una audiencia apropiada en determinada ocasión: matrimonio, fallecimiento, fiesta en casa de un jefe, etc. Son raros los casos en los que no hay especialización alguna, incluso respecto a la historia de las tierras o de la familia. Siempre hay individuos que son socialmente superiores (los *abashinga ntabe*, de Burundi, para las cuestiones de tierras, por ejemplo), o que están mejor dotados y a quienes se encarga el cuidado de conservar y transmitir las tradiciones. Finalmente, una última categoría de personas mejor informadas (no nos atrevemos a emplear la palabra especialista) reagrupa a quienes habitan cerca de lugares históricos importantes. Aquí, incluso la vida en medio del paisaje que sirve de marco para una batalla, por ejemplo, sirve de medio nemotécnico a la tradición.

Examinar las «superficies sociales» permite, pues, descubrir las tradiciones existentes, colocarlas en su contexto, encontrar los especialistas que se encargan de ellas y examinar las transmisiones. Ese examen permite también encontrar indicios valiosos en cuanto a la frecuencia y la forma de las propias representaciones. La frecuencia es un indicio de la fidelidad de la transmisión. Entre los *dogon* (Mali), el ritual del Sigi no se transmite más que una vez cada sesenta años aproximadamente. Eso favorece los olvidos; y raros son los que han visto a dos Sigi y han comprendido de qué se trataba cuando el primero intentaba dirigir al segundo. Sólo personas de 75 años, por lo menos, pueden hacerlo. Se puede suponer que el contenido del Sigi y la enseñanza dispensada variará mucho más que una forma de tradición como la de un festival anual en Nigeria meridional. Por otra parte, una frecuencia de representación muy elevada no significa necesariamente que la fidelidad de la transmisión lo sea igualmente. Depende de la sociedad. Si ésta tiende a una fidelidad muy estricta, la frecuencia contribuirá a mantenerla. Ese es el caso de fórmulas mágicas, como ciertas fórmulas para, por ejemplo, expulsar la brujería. Así es como determinadas fórmulas *mboon* (Zaire) para ahuyentar la lluvia se sitúan en un contexto geográfico tan arcaico que ninguno de los elementos mencionados se encuentra ya en el país *mboon* actual. En cambio aunque la sociedad no conceda importancia alguna a la fidelidad de la transmisión, la alta frecuencia de la representación altera la transmisión más rápidamente que una frecuencia más baja. Es el caso de las canciones de moda y, sobre todo, de los relatos populares más apreciados. Por otro lado, todo ello puede y debe ser controlado por el estudio de las variantes recogidas. Su amplitud es una medida directa de la fidelidad de la transmisión.

Parece que las alteraciones se sitúan siempre en una dirección que aumenta la homeóstasis entre la institución y la tradición que la acompaña. Porque Goody y Watt tienen razón en parte. Si existen variantes y se alinean en un eje bien definido, se deducirá de ello que las variantes son menos conformistas con relación al fin y a las funciones de la institución, según las más válidas. Además, se llega a veces a demostrar que una tradición no es válida, bien en caso de ausencia de variantes, cuando la tradición se ha convertido en un cliché del género de «todos procedemos de X» y cuando X corresponde perfectamente a las necesidades de la sociedad; bien allí donde las variantes son, como en los relatos populares, tan divergentes que apenas se llega a reconocer lo que constituye una

tradición y lo que la separa de otra. Es evidente en ese caso que la mayor parte de las versiones son invenciones más o menos recientes, a partir de otros relatos populares. Pero en esos dos casos extremos hay que poder demostrar que la ausencia de variantes corresponde realmente a una motivación poderosa de la sociedad, como la proliferación de variantes corresponde a preocupaciones estéticas o de diversiones que suplantán cualquier otra consideración. O bien se debe poder demostrar que son los postulados inconscientes de la civilización los que han homogeneizado la tradición hasta el extremo de hacer de ella un cliché sin variantes. Precisamente es esa influencia de la civilización la que vamos a examinar ahora, tras haber hecho la crítica sociológica.

## EL MARCO MENTAL DE LA TRADICION

Por marco mental entendemos las representaciones colectivas inconscientes de una civilización que ejercen influencia sobre todas sus expresiones y constituyen al mismo tiempo su visión del mundo. Ese marco mental difiere de una sociedad a otra. En un nivel superficial, se encuentra bastante fácilmente una parte de ese conjunto al examinar el contenido del *cuerpo* entero de las tradiciones por una crítica literaria clásica, y al comparar ese *cuerpo* con otras manifestaciones, sobre todo simbólicas, de la civilización. La tradición, sobre todo bajo la forma de poema o narración, idealiza. Y crea cromos y aleluyas. Toda historia tiende a convertirse en paradigmática y, por lo mismo, en mítica, ya sea su contenido «verdadero» o no. Así, se encuentran modelos de comportamientos ideales y de valores. Apenas es difícil descubrir en las tradiciones reales, a los individuos que llegan a ser estereotipados como en un western. Este rey es «el mágico», ese soberano «el justo», aquél «el guerrero». Ahora bien, ello deforma los datos, porque una serie de guerras, por ejemplo, tiende a atribuirse a un rey guerrero, mientras que esas campañas fueron dirigidas en realidad por otros. Además, todos los reyes tienen en común rasgos que reflejan una noción idealizada de la realeza. Tampoco es difícil encontrar los estereotipos de diferentes personajes, sobre todo de líderes, en otras sociedades. Este es el caso del «héroe cultural» que transforma el caos en orden social y que se encuentra en todas partes. El estereotipo del caos es entonces la descripción de un mundo literalmente al revés. Entre los igala (Nigeria) algunos fundadores son cazadores, y otros, descendientes de reyes. Unos representan el tipo del estatuto realizado (*achivied*), y otros, del estatuto hereditario (*ascribed*). La reflexión debe explicar por qué hay dos estatutos. Y sugiere cómo se ha observado que el primer estereotipo oculta la llegada al poder de nuevos grupos y cómo los dos estereotipos reflejan dos situaciones históricas realmente diferentes.

Pero una situación en verdad satisfactoria debe llegar a sacar del olvido todo el *sistema de valores* y de ideales vinculados a estatutos y funciones que son las bases mismas de toda acción social y de todo sistema global. Ha habido que esperar a estos últimos años para que Mc Gaffey encuentre que los congos (Zaire-República Popular del Congo) poseen un sistema estereotipado simple de cuatro estatutos ideales de brujo-advino-jefe-profeta que son complementarios. Encon-

trar un valor general positivo o negativo es fácil: la apreciación de la generosidad, el rechazo de los celos como signo de brujería y el papel de la Fatalidad, valores que inmediatamente se observan en las tradiciones del golfo de Benin, al igual que en países interlacustres. Pero los valores se descubren uno a uno y no como un sistema coherente que comprende todas las representaciones colectivas. Porque valores e ideales no describen más que las normas referidas a un comportamiento ideal, o a veces cínicamente realista, que deben guiar al comportamiento real y a los cometidos esperados de cada uno de ellos. Los cometidos o funciones están vinculados a los estatutos, éstos a las instituciones, y el conjunto constituye la sociedad. Teóricamente, pues, hay que «desmontar» una sociedad para encontrar sus modelos de acción, sus ideales y valores. El historiador lo hace la mayoría de las veces inconsciente y superficialmente. Y evita las trampas evidentes, aunque con facilidad se adhiere sin saberlo a las premisas impuestas por el sistema total. Pero no logra «despegar» sus fuentes de su medio ambiente. Nosotros lo sabemos bien por haber empleado dieciocho años en descubrir relaciones de esa clase en la alteración de las tradiciones de origen kouba (Zaire).

Entre las representaciones colectivas que influyen al máximo las tradiciones, se advertirá sobre todo una serie de categorías básicas que preceden a la experiencia de los sentidos. Son las del tiempo, del espacio, de la verdad histórica y de la causalidad.

Existen otras como, por ejemplo, la división del espectro en colores, que son de menor importancia. Cada pueblo divide la duración en unidades, bien fundándose en actividades humanas ligadas a la ecología, bien en actividades sociales recurrentes (el tiempo estructural). Se emplean las dos formas de tiempo en todas partes. Se separa el día de la noche; se le divide en partes correspondientes al trabajo o a las comidas, poniéndose las actividades en correlación con la altura del sol, con el grito de algunos animales para saber las horas de la noche, etc. Por el entorno y las actividades que dependen de él es como se define habitualmente el mes (lunar), las estaciones y el año. Más allá, se debe contar por unidades de tiempo estructural. Incluso, en unidades menores, la semana está definida por un ritmo social: el de la periodicidad de los mercados, asociada, por otro lado, a una periodicidad en muchos casos religiosa.

Para unidades mayores que el año, se cuenta por iniciación en un culto, en una clase de edad, por reinado, por generación. Para la historia familiar se pueden seguir los nacimientos y utilizar un calendario biológico. De manera vaga puede uno referirse a acontecimientos excepcionales como las grandes hambres, las epizootias o epidemias memorables, los cometas, los estragos de la langosta. Pero ese calendario de catástrofes no es forzosamente rítmico. A primera vista, parece que sea poco útil para la cronología, en tanto que los acontecimientos recurrentes parecen prometer que pueden convertir la cronología relativa en cronología absoluta, una vez conocida la frecuencia de las genealogías, clases de edad, reinados, etc.

La profundidad máxima del tiempo reencontrado por la memoria social depende directamente de la institución que va unida a la tradición. Cada una tiene su propia profundidad temporal. La historia de la familia no asciende más allá, ya que la familia cuenta sólo tres generaciones y puesto que a menudo hay poco

interés en acordarse de los acontecimientos anteriores. Por consiguiente, las instituciones que engloban al máximo de personas tienen las mayores probabilidades de sumergirnos lo más lejos posible en el tiempo. Eso se verifica respecto al clan, el linaje máximo, la clase de edad del tipo masai y la realeza. En la sábana sudanesa las tradiciones de los reinos y de los imperios de Tekrur, de Ghana y de Malí, recortadas por los autores árabes y sudaneses, se remontan hasta el siglo IX. Sin embargo, a veces, todas las instituciones están limitadas por la misma concepción de la profundidad del tiempo, como entre los batéké (República Popular del Congo), donde todo está referido a la generación del padre o a la del abuelo. Todo está enfrentado en par e impar, el impar inclinado al tiempo de los «padres» y el par al tiempo de los «abuelos», incluida la historia real.

Este ejemplo muestra que la noción de la forma del tiempo importa mucho. En la zona interlacustre se encuentra una noción cíclica del tiempo. Pero, como los ciclos se suceden, ese concepto desemboca en espiral. Con otra perspectiva, para las mismas sociedades se distinguen épocas, sobre todo la del caos y la histórica. En otras partes, como entre los batéké, el tiempo tampoco es lineal, sino que oscila entre generaciones alternas. Las consecuencias sobre la presentación de las tradiciones son evidentes.

Que la noción del espacio pueda tener interés en ese contexto es menos evidente. Pero a menudo se tiene tendencia a situar el origen de un pueblo en un lugar o en una dirección de prestigio: la dirección «sagrada» o «profana», según se piense que el hombre va de lo sagrado a lo profano, o al revés. Cada pueblo ha impuesto un sistema de direcciones a su geografía. Con frecuencia son los ríos los que dan el eje de las direcciones cardinales. La mayor parte de las sociedades a veces sitúan entonces la orientación de sus aldeas y campos (Koukouya, de la República del Congo) en ese sistema de ejes, como la mayor parte lo hacen para orientar sus tumbas. Las consecuencias son frecuentemente inesperadas. Un espacio ordenado según un único eje que forma parte del relieve cambia con la disposición relativa de los elementos del relieve. Aquí «el río abajo» está al Oeste, allí está al Norte. Aquí «hacia la cima» está al Este, allí, al Oeste. No sólo se comprueba que unas migraciones pueden provenir de direcciones privilegiadas, como es el caso de los kouba (Zaire) o los kaguru (Tanzania), y que ese relato es una cosmología más que una historia, sino que se llegan a apreciar variaciones en los puntos de origen según los accidentes del relieve. Sólo las sociedades que utilizan el trayecto del sol para determinar el eje del espacio pueden dar informaciones exactas en materia de movimientos migratorios generales, pero esos pueblos están desgraciadamente en minoría, salvo quizás en Africa occidental, donde la mayor parte de los pueblos hacen referencia al Este para designar su origen.

La noción de causa está implícita en toda tradición oral, presentándose con frecuencia en forma de causa inmediata y separada para cada fenómeno. En ese caso, cada cosa tiene un origen que se sitúa directamente en el comienzo de los tiempos. Uno se percata mejor de lo que es la causalidad examinando las causas atribuidas al mal. Estas están con mucha frecuencia unidas directamente con la brujería, con los antepasados, etc., y el vínculo es inmediato. De ese tipo de causalidad resulta que se percibe el cambio principalmente en algunas materias

bien definidas, como la guerra, la sucesión de los reyes, etc., donde intervienen los estereotipos. Para terminar, advirtamos que ese esbozo de la noción de «causa» es muy sumario y ha de completarse con nociones de causa más complejas, pero paralelas a éstas y que no afectan más que a instituciones sociales menores.

En cuanto a la verdad histórica, sigue estando muy unida a la fidelidad de la palabra transmitida. Y puede ser bien el consenso de los dirigentes (Idoma, Nigeria), bien la constatación de que la tradición está conforme con lo que la generación anterior ha dicho.

Las categorías cognitivas se combinan entre sí y se alían con expresiones simbólicas de valores para producir un texto que los antropólogos califican de «mito». Las tradiciones más sujetas a una reestructuración mítica son las que expresan la génesis y, por consiguiente, la esencia y la razón de ser de un pueblo. Así es como una masa compleja de relatos kouba que tratan de los orígenes y de las migraciones en piragua finalmente encontraron explicación gracias al descubrimiento de un concepto latente de migración: para los kouba, la migración se hace en piragua río abajo (sagrado) hacia el río arriba (profano). Así como la explicación de muchos nombres de migraciones y de paisajes de génesis que se presentan en términos de cosmogonía. Aquí, el caso no era evidente, mientras que, en otras muchas etnias, la correlación es explícita. Así es como numerosos etnólogos que siguen desgraciadamente el ejemplo de Beidelman, de los estructuralistas o de los sociólogos funcionalistas, llegan a negar cualquier valor a todas las tradiciones narrativas, porque la totalidad de ellas sería la expresión de las estructuras cognitivas del mundo, que sustentan todo pensamiento *a priori*, como categorías imperativas. El mismo juicio debe entonces aplicarse al presente texto, o al de Beidelman... Esos antropólogos exageran de manera manifiesta. Además, muchas de sus exégesis parecen hipotéticas. El historiador debe tener en cuenta que para cada caso particular ha de precisar los motivos que se tienen para rechazar o dudar de una tradición. Sólo se rechaza una tradición cuando la probabilidad de una creación con significación *únicamente* simbólica sea realmente fuerte y se pueda probar. Porque la tradición refleja en general un «mito» en el sentido antropológico de la palabra y de los datos históricos. En esas condiciones, los manuales de historia son textos de mitología, puesto que todo estereotipo que procede de un sistema de valores y de intereses es un mensaje típico, pero también una clave histórica que hay que descifrar.

## LA CRONOLOGIA

Sin cronología no hay historia, puesto que no se puede distinguir lo que precede de lo que sigue. La tradición oral produce siempre una cronología *relativa* expresada en listas o generaciones. En general, esa cronología permite situar todo el *cuerpo* de las tradiciones de la región estudiada en el marco de la genealogía, o de la lista de reyes, o de la clase de edad que cubre más amplia la área geográfica, pero no permite unir la secuencia relativa a acontecimientos fuera de la región. Los grandes movimientos históricos, y hasta ciertas evoluciones locales, pasan desapercibidos o permanecen dudosos porque la unidad disponible para la cronología es geográficamente demasiado restringida. La genealogía de la familia

def. Historia



sólo vale para esa familia y la aldea o aldeas que habita. Por ejemplo, la cronología de los embu (Kenia) se funda en clases de edad que únicamente cubren una ínfima área territorial, en la que se inicia a los jóvenes al mismo tiempo. Habrá, pues, que unir entre sí las cronologías relativas, y si es posible, convertirlas en cronologías absolutas.

Previamente hay que resolver otra cuestión: la de asegurarse que los datos utilizados corresponden a una realidad no deformada temporalmente.

Ahora bien, se comprueba cada vez más que la cronología oral está sujeta a algunos procesos de deformación concomitantes y que actúan en sentido inverso: unos acortan y otros alargan la duración real del pasado. Además existe una tendencia a regularizar las genealogías, sucesiones y series de las clases de edad para hacerlas conformes a las normas *ideales actuales* de la sociedad. Si no, los datos proporcionarían precedentes para litigios de toda clase. El proceso homeostático es bien real. En algunos casos privilegiados, como en Ruanda, la tarea de manejar la tradición incumbe a un grupo complejo de especialistas, cuyas opiniones han sido corroboradas por excavaciones arqueológicas.

Los etnólogos han establecido que las sociedades llamadas segmentarias tienden a eliminar a los antepasados «inútiles», es decir, a aquellos que no han tenido descendientes, de los que un grupo vive aún como grupo separado actualmente. Eso explica por qué la profundidad genealógica de cada grupo en una sociedad determinada tiende a permanecer constante. Sólo se emplean los antepasados «útiles» para explicar el presente. Aquí surge la interpretación, a veces enorme, de la profundidad genealógica. Además, los accidentes demográficos reducen a veces una rama de descendientes a un número tan pequeño con relación a las otras ramas procedentes de hermanos o hermanas del fundador de la primera rama, que ésta no puede ya mantenerse en paralelo con los grandes grupos vecinos y se deja absorber por uno de ellos. Se reajustará la genealogía, reemplazándose el fundador del pequeño grupo por el del grupo mayor. La genealogía se simplifica. La identidad de una etnia se expresa a menudo colocando un antepasado único al comienzo de una genealogía. Ese es el «primer hombre», un héroe fundador, etc. Será el padre o la madre del primer antepasado «útil». De esa manera se escamotea una laguna entre la génesis y la historia consciente. La operación de todos esos procesos desgraciadamente ha conducido con bastante frecuencia a una situación en la que prácticamente es imposible remontarse con confianza a bastantes generaciones río arriba del tiempo presente.

Se creía que muchas sociedades africanas escapaban a ese proceso, y principalmente los Estados. No había razón alguna para que la lista de sucesión de reyes fuese incorrecta, y su genealogía dudosa, salvo que estuviese a veces falsificada cuando una dinastía reemplazaba a otra y adoptaba, para legitimarse, la genealogía de la precedente. Pero el número de reyes y generaciones seguía siendo aparentemente correcto. Recientes y profundos estudios incitan a matizar esa posición. Los procesos de interpenetración, alargamiento y regularización pueden alcanzar tanto a los datos dinásticos como a los demás. Para las listas de reyes, por ejemplo, a veces se suprimen los nombres de los usurpadores, es decir, aquellos que se consideran *actualmente*, o en otro momento cualquiera después de su gobierno, como usurpadores. Se pueden omitir los reyes que no han pasado

se creía que muchas sociedades africanas escapaban a ese proceso, y principalmente los Estados.

por todas las ceremonias de iniciación, las cuales son, a veces, muy largas. Sucede que sólo se cuenta por uno el reinado del rey que abdica y asume de nuevo el poder más tarde. Todo eso abrevia el proceso histórico.

Para regularizar las cosas allí donde la sucesión es patrilineal y por primogenitura, como en la zona interlacustre, se encuentra un número asombroso de sucesiones regulares de padres a hijos que sobrepasa con mucho la media, e incluso las marcas observadas en otras partes del mundo. Ese proceso de regularización produce una genealogía típica rectilínea desde el comienzo hasta el siglo XIX, poco más o menos, en que se hace entonces enrevesada. El resultado es que se alarga la dinastía aumentando el número de generaciones, ya que unos colaterales son presentados como padre e hijos. La confusión entre homónimos, entre nombre de reinado o título y nombre personal, así como otras particularidades de ese tipo, pueden producir un alargamiento o un acortamiento. Como en la época colonial —sobre todo en regiones de administración indirecta— la presión para alargar las dinastías era fuerte (porque los europeos conceden un gran respeto a la antigüedad, como numerosas sociedades africanas, por otro lado), se empleó toda clase de ambigüedades y medios para alargar las dinastías. Se utilizaban entonces todos los nombres posibles; si era necesario, se desdoblaban o añadían ciclos de nombres reales; se acortaban los colaterales para alargar el tronco.

Finalmente y siempre en el caso de los reinos, se encuentra frecuentemente la interrupción entre el héroe fundador que pertenece a la cosmogonía y el primer rey histórico «útil». El resultado es que sólo una encuesta rigurosa puede determinar si, en unos casos particulares, los procesos descritos han actuado o no. Según esto, la presencia de irregularidades en la sucesión y en las genealogías es la mejor garantía de autenticidad, ya que muestra una resistencia a la nivelación homeostática.

Las sociedades con clase de edad no han sido aún objeto de un examen tan sistemático. Algunos casos muestran que los procesos de regularización intervienen para arreglar ciclos o reducir la confusión de los homónimos. Pero las variedades de sucesión de clases de edad están por estudiar. No se puede generalizar, excepto para decir que el problema planteado es análogo al que se plantea para las genealogías, puesto que se cuentan por generaciones.

Según un detallado estudio estadístico, que ha proporcionado varios de los datos antes mencionados, resulta que la media de una generación dinástica se sitúa habitualmente entre 26 y 32 años. La muestra era, sobre todo, patrilineal, pero las dinastías matrilineales no se agrupan, por ejemplo, en la parte inferior de la distribución estadística. Los datos serían, pues, válidos para su caso también. La duración de las medias de reinado varía tanto con el sistema de sucesión que no se pueden dar datos generales válidos. Incluso en los casos de sucesión idéntica se encuentran diferencias considerables entre diferentes dinastías.

Con los datos que acabamos de exponer se puede convertir una cronología relativa de generaciones en cronología absoluta, al menos si la distorsión genealógica no es tal que el ejercicio se convierta en algo fútil. Se calcula, en primer lugar, la media entre la primera señal cronológica absoluta facilitada por una fecha escrita y el presente, y se saca la media en el pasado si cae entre los 26 y

32 años. Pero las medias no son más que eso. Su probabilidad aumentará con el número de generaciones consideradas, y el cálculo sólo proporciona fecha razonable en cuanto a cabezas de serie, y, en el mejor de los casos, digamos que una vez por siglo. Toda precisión mayor crea un error. De todas maneras habría que preceder fechas absolutas —derivadas de esa manera— de un siglo para señalar el hecho. Así, T 1635 para la fundación del reino kouba indicaría que el valor está calculado a partir de genealogías y listas de reyes.

Porque el mismo procedimiento puede aplicarse al establecimiento de una duración de reinado medio. Hemos visto por qué esa media es menos válida que la de las generaciones. Una de las razones es que, al proyectar la media hacia el pasado, se supone que no hubo cambio alguno en las prácticas de sucesión. Ahora bien, éstas han podido cambiar en el curso del tiempo. En realidad, han cambiado ciertamente después del fundador de la dinastía, porque fundar es innovar, y las sucesiones han necesitado quizá cierto tiempo para tipificarse. Hay que tener en cuenta también los cambios que han podido intervenir en la esperanza de vida. Como el margen de error es mayor, resulta que será especialmente útil disponer de datos absolutos y establecidos por unos escritos u otros medios que se remontan lejos en el pasado.

Siempre en materia de cronología relativa, se puede tratar de coordinar diversas secuencias vecinas examinando sincronismos. Una batalla, que enfrenta a dos reyes electos, produce un sincronismo. El hecho permitirá armonizar las dos cronologías relativas implicadas y de ellas hacer una sola. Empíricamente se ha demostrado que unos sincronismos entre más de tres unidades aisladas ya no son válidos. Se demuestra que A y B vivían en la misma época, y que A y C vivían en la misma época porque los dos se han encontrado con B. Por tanto,  $A = B = C$ . No se puede ir más lejos. El hecho de que los reencuentros de A y C con B puedan escalonarse sobre toda la duración de la vida activa de B explica por qué  $A = C$  es el límite. Empíricamente los estudios sobre la cronología del Oriente Medio antiguo han probado ese punto. Eso no impide, pues, que, al utilizar los sincronismos con prudencia, se puedan construir espacios únicos bastante grandes que posean una cronología relativa común.

Tras el examen de los datos genealógicos, puede obtenerse una fecha absoluta, si la tradición menciona un eclipse de sol. Si se dispone de varias fechas de eclipse, hay que demostrar cuál es la más probable. Se puede proceder del mismo modo con otros fenómenos astronómicos, o con fenómenos climatológicos extraordinarios que hayan causado catástrofes. La certeza aquí es menor que para los eclipses de sol, porque hay, por ejemplo, más épocas de hambre en Africa oriental que eclipses solares. Con excepción de éstos, los otros datos de ese género son útiles sobre todo para los dos últimos siglos, aunque pocos pueblos hayan conservado el recuerdo de eclipses mucho más antiguos.

## EVALUACION DE LAS TRADICIONES ORALES

Una vez que las fuentes se han sometido a una crítica rigurosa, literaria y sociológica, puede dárseles un grado de probabilidad. Esa apreciación no puede ser cuantificada, pero no por eso es menos real. Ahora bien, es posible aumentar nota-

blemente las probabilidades dadas por la veracidad de una tradición si se llega a confrontar los datos que ella contiene con los que provienen de otras tradiciones *independientes* o de otras fuentes. Dos fuentes independientes que concuerdan, transforman una probabilidad en algo que se aproxima a la certeza. Pero se trata de probar la independencia de las fuentes. Porque, desgraciadamente, se ha confiado demasiado en la pureza de la transmisión y en la impermeabilidad de la información de etnia a etnia. En realidad, las caravanas de comerciantes, como los imbangala de Angola o, sin duda, las de los diula y los hawsa, pueden aportar fragmentos de historia que se incorporan a la historia local, porque encuentran en ella un lugar adecuado. Después se formaron vínculos entre representantes de grupos diversos al comienzo de la época colonial, y cambiaron informaciones que se referían a sus tradiciones. Esa constatación es sorprendente en cuanto a regiones de administración indirecta donde la ventaja práctica ha incitado sobre todo a los reinos a elaborar su historia. Y, además, todos esos documentos han sido influenciados por los primeros modelos escritos por africanos, como el libro de Johnson sobre el reino de Oyo (Nigeria), o el de Kaggwa (Uganda) para Buganda. Una contaminación general de todas las historias escritas después en el país yoruba y en la región interlacustre anglófona ocurrió como consecuencia de ello, con intentos de sincronización para forzar la lista dinástica y llegar a la misma duración que la de los modelos. Estos dos casos prueban qué prudente hay que ser antes de declarar que las tradiciones son realmente independientes. Se escudriñarán los archivos, se examinarán los contactos precoloniales y se sopesará todo cuidadosamente antes de pronunciarse. Una confrontación con los datos escritos o arqueológicos puede proporcionar la confirmación independiente deseada. Pero también ahí hay que probar esa independencia. Cuando los autóctonos atribuyen un sitio visible a los primeros ocupantes del país según la tradición, porque allí se ven huellas de ocupación humana y porque son muy diferentes de las huellas que deja la población que vive allí actualmente, no se puede automáticamente atribuir el citado sitio a los primeros ocupantes del país. Las fuentes no son independientes, puesto que el sitio se atribuye a esas poblaciones por un proceso lógico y *a priori*. Ese es un caso de iconatrofia. Esa constatación impone especulaciones interesantes, principalmente en lo que se refiere a los vestigios llamados Tellem, del país Dogon (Mali), así como en lo que se refiere a los lugares Sirikwa (Kenia), por no mencionar más que dos ejemplos bien conocidos. Sin embargo, los casos célebres de los yacimientos de Koumbi Saleh (Mauritania) y del lago Kisale (Zaire) muestran que la arqueología puede proporcionar a veces una prueba patente de la tradición oral.

Con frecuencia es difícil de establecer una concordancia entre fuente oral y escrita, porque éstas hablan de cosas diferentes. El extranjero que escribe se limita habitualmente a los hechos económicos y políticos, aún mal comprendidos a menudo. La fuente oral vuelta hacia el interior no menciona a los extranjeros más que de pasada, si es que lo hacen, y de ahí la frecuencia de los casos en que las dos fuentes no se reencuentran, ni siquiera cuando tratan de la misma época. Los casos de concordancia, sobre todo cronológica, concurren allí donde los extranjeros están establecidos desde hace suficiente tiempo para llegar a interesarse por la política local y a comprenderla. El valle del Senegal es un ejemplo de ello desde el siglo XVII.

En caso de contradicción entre fuentes orales, debe prevalecer la más probable. Carece de sentido la práctica muy extendida de buscar un compromiso. Una contradicción flagrante entre juicio oral y arqueología se resuelve en favor de la última, si ésta es un dato inmediato, es decir, objeto y no inferencia. En este último caso, la probabilidad de la fuente oral puede ser mayor. Una oposición entre fuente escrita y oral se resuelve exactamente como si se tratase de dos fuentes orales. Se tendrá en cuenta que los datos cuantitativos escritos son frecuentemente mejores y que los datos de motivación orales prevalecen con frecuencia sobre las fuentes escritas. Pero, finalmente, el historiador intenta establecer lo que es más probable. En último extremo, si sólo se dispone de una fuente oral de la que han podido salir probables deformaciones, *debe* ser interpretada teniendo en cuenta las deformaciones, y ha de utilizarse. En fin, ocurre frecuentemente que el historiador no se siente satisfecho de sus datos orales. Y puede advertir que no cree que los datos sean realmente válidos, pero, a falta de otros mejores, debe utilizarlos hasta que se hayan descubierto otras fuentes.

## RELATO Y PUBLICACION

De todo lo expuesto en este capítulo se desprende que es sobre el terreno donde hay que reunir todos los elementos que permitirán aplicar la crítica histórica a las tradiciones. Eso exige un buen conocimiento de la civilización, de la sociedad y de la lengua o de las lenguas en cuestión. El historiador puede adquirirlo o unirse a otros especialistas. Pero incluso en este caso, deberá trabajar y elaborar los datos propuestos por el etnólogo, el lingüista y el traductor que le ayudan. Por fin, es necesario adoptar una actitud sistemática hacia las fuentes de las que se deben recoger todas sus variantes. Todo eso presupone una larga estancia sobre el terreno, estancia más larga cuanto que el historiador está poco familiarizado con la civilización en cuestión. Se debe subrayar que un conocimiento innato, adquirido por el que estudia la historia de su propia sociedad, no basta. Es indispensable una reflexión sociológica. Hay que redescubrir su propia civilización. Hasta la experiencia lingüística demuestra que el historiador originario del país estudiado no comprende fácilmente algunos documentos, como los poemas panegíricos, o se encuentra en dificultad porque habla un dialecto diferente del suyo. Además, es recomendable que haga controlar al menos una parte de las transcripciones hechas en su dialecto materno por una lingüista, para asegurarse que su transcripción contiene todos los signos necesarios para la comprensión del texto, incluidos los estilos, por ejemplo.

Así pues, la recogida de tradiciones exige mucho tiempo, paciencia y reflexión. Tras un período de ensayo inicial, tendrá que establecer un plan de trabajo razonado, teniendo en cuenta las particularidades de cada caso. De todas maneras, visitará los sitios relacionados con los procesos históricos estudiados. A veces será necesario utilizar un muestreo de fuentes populares, pero no se puede emplear una muestra al azar. Se debe estudiar sobre una zona restringida cuáles son las reglas que determinan el nacimiento de variantes y sacar de esas reglas los

principios de muestreo para conservarlos. Recoger masivamente al azar no podría asegurar el mismo resultado, aunque se trabajase más rápidamente. El investigador tendrá cuidado de estudiar la transmisión. Cada vez se encuentran más informadores que han extraído sus conocimientos de obras publicadas sobre la historia de la región: manuales escolares, periódicos o publicaciones científicas; como también pueden sacarlos de conferencias radiofónicas o televisadas. Este problema se acentuará inevitablemente con la multiplicación de las investigaciones.

Actualmente se advierte que existe una contaminación más sutil. Algunos manuscritos, a veces muy antiguos, y sobre todo informes de los comienzos de la administración colonial son tomados por la tradición como la verdad «de los antepasados». Hay, pues, que controlar los archivos, al igual que se controlará la presencia de libros científicos, manuales escolares, emisiones radiofónicas, etc. Porque si todo es comprobado sobre el terreno, a menudo es posible la corrección de esas engorrosas aportaciones al investigar otras versiones y explicar a los informadores que el libro o la radio no tienen necesariamente razón en esas materias. Pues una vez que se abandona el terreno ya es demasiado tarde.

Hay que estructurar la investigación según una toma de conciencia histórica clara. Nunca se recogen «todas las tradiciones» y, si se intenta hacerlo, no se consigue más que un montón confuso de datos. Hay que conocer en primer lugar cuáles son los problemas históricos cuyo estudio se desea y, en consecuencia, buscar sus fuentes. Para plantear los temas es evidente que hay que haber asimilado la civilización en cuestión. Entonces, como se hace frecuentemente, se puede decidir el continuar el estudio de la historia política, y optar también por cuestiones de historia social, económica, religiosa, intelectual, artística, etc. La estrategia empleada para la recogida de datos será cada vez diferente. La mayor deficiencia de la investigación es actualmente la falta de toma de conciencia histórica: uno se deja guiar demasiado por lo que se encuentra.

La falta de paciencia es otro escollo. Se quiere cubrir lo antes posible mucho terreno. En esas condiciones las fuentes recogidas son difíciles de evaluar, resultando inconexas y parciales. Faltan las variantes. Apenas se poseen informaciones sobre la transformación de una fuente, sobre su representación y transmisión. El trabajo está mal realizado. Uno de los efectos más nefastos es la impresión creada entre otros investigadores que de esa «zona» ha sido estudiada, lo que bloquea la probabilidad de mejores investigaciones en el futuro. Ahora bien, no olvidemos que las tradiciones orales se pierden, aunque felizmente con menos rapidez de lo que en general se cree. La urgencia de la tarea no es, por otro lado, una razón para hacerla de prisa y corriendo. Se puede replicar, como se ha hecho, que lo que presentamos aquí es utópico, perfeccionista e imposible. Pero no impide que sea la única manera que permite hacerlo lo mejor posible con los medios disponibles en un determinado lapso de tiempo. No hay otro atajo. Si se piensa que esa cantidad de trabajo no sirve más que para obtener una cosecha muy escasa para la historia en ciertos casos, se pierde de vista que uno ha enriquecido al mismo tiempo los conocimientos generales de la lengua, la literatura, el pensamiento colectivo y las estructuras sociales de la civilización estudiada.

Sin publicación, el trabajo no está completo porque no se ha puesto a

disposición de la comunidad de los eruditos. Se debe analizar, por lo menos, una clasificación de las fuentes con introducción, notas e índices para constituir un fondo de archivo abierto a todos. Frecuentemente ese trabajo está combinado con la publicación de una obra fundada en parte o por entero sobre ese *corpus*. Ningún editor publica un *corpus* entero, incluidas las variantes, ni la interpretación de los datos. Por otro lado, una síntesis no está de acuerdo con sentirse ahogado en una masa de documentos en bruto. Pero cada obra explicará cómo se recogieron las tradiciones y aportará un catálogo sucinto de fuentes y testigos que permita al lector formarse una opinión sobre la calidad de la búsqueda y de la recogida y seguir al autor cuando deba elegir entre una fuente u otra. En la obra, cada fuente oral ha de ser citada separadamente por la misma razón. La obra que declara «la tradición refiere...» procede a una generalización peligrosa.

Queda aún una clase de publicación especializada: la edición de los textos. Aquí se siguen las mismas normas que para la edición de manuscritos. En la práctica, esto conduce frecuentemente a una colaboración entre diversos especialistas, que no son a la vez historiadores, lingüistas y etnólogos. Por eso, casi todas las mejores ediciones de textos de que disponemos hasta el momento son una obra interdisciplinaria de colaboradores de los que uno al menos es lingüista. La edición de textos es una tarea ingrata y ardua, lo que explica por qué existen tan pocas. Pero su número aumenta gracias a la ayuda aportada por los especialistas en literatura oral africana.

## CONCLUSION

La recogida de las tradiciones orales prosigue actualmente en todos los países de Africa. La masa de los datos recogidos ha abarcado sobre todo al siglo XIX y sólo constituye una de las fuentes para la reconstrucción histórica; los documentos escritos representan la otra fuente principal para esa época. Cinco o seis obras por año ofrecen estudios fundados casi totalmente en tradiciones. Tipológicamente tratan sobre todo de historia política y de reinos, mientras que geográficamente se encuentra una concentración más fuerte en Africa oriental, central y ecuatorial, donde la tradición es con frecuencia el único documento. Las cronologías llegan pocas veces más allá del año 1700, o se hacen dudosas antes de esa fecha. Pero el conocimiento cada vez más profundo del fenómeno de la tradición permite evaluar mejor aquellas que fueron recogidas con anterioridad. Así es como el aprovechamiento de las tradiciones referidas al siglo XVII por Cavazzi no llegó a ser posible más que después de un estudio sobre el terreno realizado en 1970.

Además de las tradiciones recientes, existe un vasto fondo de datos literarios, como los relatos épicos y de datos cosmogónicos, que pueden revelar informaciones históricas referidas a veces a épocas muy lejanas. La epopeya de Soundjata es un ejemplo de ello. La tradición no permite fechar por sí misma. Así, la memoria deformada que se refiere a algunos sitios históricos interlacustres ha conservado un recuerdo que data de los primeros siglos de nuestra era, o incluso antes de ella. Pero la fuente oral queda muda en cuanto a la fecha. Sólo la arqueología ha podido resolver el problema. Asimismo parece que las tradiciones de Cavazzi

fuente oral  
12

encierran un sedimento histórico del mayor interés para el pasado de los pueblos de Angola. En él se encuentran contenidas referencias a dinastías que se han sucedido, y a formas de gobierno que se han seguido; en pocas palabras, presentan, en resumen, respecto a la región del Alto Kwango, cambios sociopolíticos que se pueden remontar a varios siglos, o incluso a un milenio antes del año 1500. Pero esa perspectiva no está jalonada de fechas.

Subrayemos un último escollo. Con demasiada frecuencia la recogida de las tradiciones sigue siendo todavía superficial, y su interpretación demasiado literal, demasiado «pegada» a la civilización de donde ella procede. Ese fenómeno contribuye a mantener la imagen de un Africa, cuya historia no es más que orígenes y migraciones. Sabemos que no es nada de eso. Pero se debe advertir que esa imagen constituye la que se refleja por las tradiciones que quieren establecer una «identidad». Por otro lado, son la interpretación muy poco indagada y la narración muy poco sistemática las que dan pábulo a la mayor parte de las críticas dirigidas contra el empleo de las tradiciones orales, sobre todo entre los etnólogos.

La experiencia empírica ha probado que el valor máspreciado de las tradiciones es su explicación de los cambios históricos en el interior de una civilización. Eso es tan verdadero que, como se ve un poco en todas partes, a pesar de la abundancia de fuentes escritas para la época colonial, hay que recurrir sin cesar bien al testimonio ocular, bien a la tradición, para completarla con vistas a hacer inteligible la evolución de la población. Pero igualmente se comprueba que las tradiciones inducen fácilmente a error en materia de cronología y de datos cuantitativos. Además, todo cambio inconsciente, por demasiado lento —por ejemplo, una mutación vinculada a una ideología religiosa—, escapa a la memoria de una sociedad. Sólo se pueden encontrar restos de cambios en los textos que no tratan explícitamente de la historia, y aún es preciso aplicar una exégesis compleja. Es decir, que la tradición oral no es una panacea para todos los males. Pero se comprueba en la práctica que es una fuente de primer orden para los últimos siglos. Ante eso, su misión se empequeñece convirtiéndose más bien en una ciencia auxiliar de la arqueología. Su papel, con relación a las fuentes lingüísticas y etnográficas, no ha sido aún suficientemente demostrado, aunque en principio esos tres tipos de fuentes combinados deberían contribuir masivamente a nuestros conocimientos del Africa antigua, con el mismo título que la arqueología.

Las tradiciones han probado su valor irremplazable. No se trata ya de convencer de que pueden ser fuentes: todo historiador lo sabe. La cuestión ahora es mejorar nuestra práctica para que las fuentes puedan dar todo lo que contienen en potencia. Esta es la tarea que nos espera.

para quienes?

La tradición como campo de estudio

el dato y el tiempo oral

como aux. leer !!



## Capítulo 8

# LA TRADICION VIVIENTE

A. HAMPATÉ BA

*«La escritura es una cosa y el saber es otra.*

*La escritura es la fotografía del saber, pero no es el saber en sí mismo.*

*El saber es una luz que está en el hombre. Es la herencia de todo lo que los antepasados han podido conocer y que nos han transmitido en germen, como el baobab está contenido en potencia en su semilla».*

TIERNO BOKAR<sup>1</sup>

Quien dice tradición en historia africana dice tradición oral, y ningún intento de penetrar la historia y el alma de los pueblos africanos podría ser válido si aquélla no se apoya en esa herencia de conocimientos de todo orden, pacientemente transmitidos de boca a oído y de maestro a discípulo a través de los tiempos. Esa herencia no se ha perdido aún y reposa en la memoria de la última generación de los grandes depositarios, de la que se puede decir que ellos *son* la memoria viviente de Africa.

Durante mucho tiempo se ha pensado, en las naciones modernas donde lo escrito prima sobre lo hablado y donde el libro es el principal vehículo del patrimonio cultural, que los pueblos sin escritura eran pueblos sin cultura. Esa opinión totalmente gratuita ha comenzado felizmente a desmoronarse después de las dos últimas guerras, gracias a los trabajos importantes de algunos grandes etnólogos de todas las naciones. Hoy, gracias a la acción innovadora y valiente de la UNESCO, el velo se levanta más aún sobre los tesoros de conocimientos transmitidos por la tradición oral y que pertenecen al patrimonio cultural de la humanidad entera.

Para algunos investigadores, todo el problema es saber si se puede otorgar a la oralidad la misma confianza que a lo escrito para testimoniar cosas del pasado. A nuestro parecer, el problema está así mal planteado. El testimonio, escrito u oral, no es finalmente más que un testimonio humano y vale lo que vale el hombre.

¿La oralidad no es madre de lo escrito, a través de los siglos, como en el propio individuo? Los primeros archivos o bibliotecas del mundo fueron los cerebros de los hombres. Además, antes de plasmar sobre el papel los pensamientos que el hombre concibe, el escritor o erudito se entrega a un diálogo secreto consigo

<sup>1</sup> Tierno Bokar Salif, muerto en 1940, pasó toda su vida en Bandiagara (Mali). Gran Maestro de la orden musulmana Tidjany, era también tradicionalista en materias africanas. Cf. A. Hampaté Ba y M. Cardaire, 1957.

mismo. Antes de redactar un relato, el hombre recuerda los hechos tal como le han sido referidos, o bien, si los ha vivido, tal como se los cuenta a sí mismo.

Nada prueba *a priori* que el escrito dé cuenta más fielmente de una realidad que el testimonio oral transmitido de generación en generación. Las crónicas de las guerras modernas están ahí para mostrar que, como se dice, cada partido o nación «tiene su opinión y ve las cosas» a través del prisma de sus pasiones, de su mentalidad propia o de sus intereses, o según el deseo de justificar su punto de vista. Por otro lado, los propios documentos escritos tampoco estuvieron siempre exentos de falsificaciones o alteraciones, voluntarias o involuntarias, debidas a los copistas sucesivos, fenómeno que ha dado origen, entre otras, a las controversias relativas a las «Sagradas Escrituras».

Lo que se cuestiona tras el testimonio mismo es, pues, el propio valor del hombre que testimonia, el valor de la cadena de transmisión a la que él se vincula, la fidelidad de la memoria individual y colectiva, y el precio atribuido a la verdad en una sociedad determinada. En una palabra, el vínculo del hombre con la Palabra.

Ahora bien, no sólo en las sociedades orales la función de la memoria es la más desarrollada, sino que ese vínculo entre el hombre y la Palabra es el más fuerte. Allí donde el escrito no existe, el hombre está ligado a su palabra. Y está comprometido por ella. El *es* su palabra y su palabra testimonia lo que él es. La cohesión misma de la sociedad reposa sobre el valor y el respeto de la palabra. En cambio, a medida de la invasión de lo escrito, se ve que éste sustituye poco a poco a la palabra y se convierte en una única prueba y en un único recurso, y la firma llega a ser el único compromiso reconocido, mientras que el profundo vínculo sagrado que unía al hombre con la palabra se debilita progresivamente en provecho de los convencionales títulos universitarios.

Además de un valor moral fundamental, la palabra asumía en las tradiciones africanas —al menos en las que yo conozco y que se extienden a toda la zona de la sabana al sur del Sáhara— un carácter sagrado unido a su origen divino y a las fuerzas ocultas depositadas en ella. Agente mágico por excelencia y gran portador y vector de las «fuerzas etéricas», no se la usaba sin prudencia.

Numerosos factores religiosos, mágicos o sociales, concurrían, pues, para preservar la fidelidad de la transmisión oral. Nos ha parecido necesario presentar a continuación un breve estudio a fin de situar mejor la tradición oral africana en su contexto e iluminarla, de algún modo, desde el interior.

Si se preguntase a un auténtico tradicionalista africano «¿qué es la tradición oral?», sin duda se le pondría en un gran aprieto. Quizá respondería tras un largo silencio: «Es el conocimiento total»; y no diría más.

¿Qué cubre, pues, el término de tradición oral? ¿Qué realidades transporta, qué conocimientos transmite, qué ciencias enseña y cuáles son sus transmisores?

Contrariamente a lo que algunos podrían pensar, la tradición oral africana no se limita, en efecto, a cuentos y leyendas, o incluso a relatos míticos o históricos; los «griots» están lejos de ser los únicos conservadores y transmisores cualificados.

La tradición oral es la gran escuela de la vida, que recubre y abarca todos los aspectos. Ella puede parecer un caos a aquel que no penetra su secreto y

La oralidad  
no se limita a los  
cuentos y leyendas  
sino que abarca  
toda la vida

desconcertar al espíritu cartesiano habituado a dividir todo en categorías bien definidas. En ella, efectivamente, lo espiritual y lo material no están disociados. Al pasar de lo esotérico a lo exotérico, la tradición oral sabe ponerse al alcance de los hombres, hablarles según su entendimiento y desarrollarse en función de las actitudes de ellos. Es todo a la vez —religión, conocimiento, ciencia de la naturaleza, iniciación de oficios, historia, diversión y recreación—, con toda clase de detalles que pueden permitir siempre subir hasta la Unidad primordial.

Fundada sobre la iniciación y la experiencia, la tradición oral abarca al hombre en su totalidad, y por eso se puede decir que contribuye a crear un tipo de hombre particular y a esculpir el alma africana.

Unida al comportamiento cotidiano del hombre y de la comunidad, la «cultura» africana no es, por consiguiente, una materia abstracta que se pueda aislar de la vida. Implica una visión particular del mundo, o más bien una presencia particular en el mundo, concebida como un Todo en el que todo está unido e interactuando.

La tradición actual se apoya en una determinada concepción del hombre, de su lugar y de su misión en el seno del universo. Para situarla mejor en su contexto global, antes de estudiarla en sus diversos aspectos, tenemos, pues, que remontar al misterio mismo de la creación del hombre y de la instauración primordial de la Palabra, tal como ella lo enseña y del que ella emana.

## ORIGEN DIVINO DE LA PALABRA

Al no poder hablar válidamente de las tradiciones que yo no he vivido o estudiado en persona —principalmente las relativas a los países del bosque—, expondré mis ejemplos básicos en las tradiciones de la sabana al sur del Sáhara (lo que se llamaba antiguamente Bafur y que constituía las zonas de sabana de la antigua África occidental francesa).

La tradición bambara del Komo<sup>2</sup> enseña que la Palabra, *Kuma*, es una fuerza fundamental que emana del Ser Supremo mismo, *Maa Ngala*, creador de todas las cosas. Es el instrumento de la creación: «¡Lo que *Maa Ngala* dice es!», proclama el chantre del dios Komo.

El mito de la creación del universo y del hombre, enseñado por el Maestro iniciador del Komo (que es siempre un herrero) a los jóvenes circuncisos, nos revela que, cuando *Maa Ngala* sintió la nostalgia de un interlocutor, creó al primer hombre: *Maa*.

Antaño, el Génesis se enseñaba durante los sesenta y tres días de retiro impuesto a los circuncisos cuando cumplían los veintiún años, y después se ocupaban otros tantos años en estudiarlo y en profundizarlo.

En el límite del bosque sagrado, mansión del Komo, el primer circunciso cantaba las palabras siguientes:

<sup>2</sup> Una de las grandes escuelas de iniciación de Mandé (Mali).

¡Maa Ngala! ¡Maa Ngala!

¿Quién es Maa Ngala?

¿Dónde está Maa Ngala?

El chantre del Komo respondía:

*Maa Ngala, es la Fuerza infinita.*

*Nadie puede situarla en el tiempo, ni en el espacio.*

*El es Dombali (incognoscible),*

*Dambali (no creado-infinito).*

Después, tras la iniciación, comenzaba el relato del génesis primordial:

*No existía nada, sino un Ser.*

*Ese Ser era un Vacío viviente,*

*que cobija potencialmente las existencias contingentes.*

*El Tiempo infinito era la mansión de ese Ser-Uno.*

*El Ser-Uno se dio el nombre de Maa Ngala.*

*Entonces creó a Fan,*

*un Huevo maravilloso con nueve divisiones,*

*y allí introdujo los nueve estados fundamentales de la existencia.*

*Cuando ese huevo primordial llegó a abrirse, dio nacimiento a veinte seres fabulosos que constituían la totalidad del universo y la totalidad de las fuerzas existentes del conocimiento posible.*

*Pero, ¡ay!, ninguna de esas veinte primeras criaturas se mostró apta para llegar a ser el interlocutor (Kuma-nyon) que Maa Ngala había deseado para sí mismo.*

*Entonces, tomó una partícula de cada una de las veinte criaturas existentes, luego las mezcló, insuflando en esa mezcla una chispa de su propio soplo ígneo, y creó un nuevo Ser, el Hombre, a quien dio una parte de su propio nombre: Maa. De suerte que ese nuevo ser contenía, por su nombre y por la chispa divina introducida en él, algo del propio Maa Ngala.*

Síntesis de todo lo que existe y receptáculo por excelencia de la Fuerza suprema al mismo tiempo, en el que concluyen todas las fuerzas existentes, Maa, el Hombre, recibió en herencia una parcela del poder creador divino, el don del Espíritu y la Palabra.

Maa Ngala enseñó a Maa, su interlocutor, las leyes según las cuales todos los elementos del cosmos fueron formados y continúan existiendo. Le instauró como guardián de su Universo y le encargó vigilar el mantenimiento de la Armonía universal. Por eso le resulta pesado ser Maa.

Iniciado por su creador, Maa transmite más tarde a su descendencia la suma total de sus conocimientos, siendo ese el inicio de la gran cadena de transmisión oral iniciática de la que la orden del Komo (como las de Nama, Koré, etc., en Malí) se cree uno de los continuadores.

Cuando *Maa Ngala* hubo creado a su interlocutor, *Maa*, le habló y dotó al mismo tiempo de la facultad de responder. Se entabló un diálogo entre *Maa Ngala*, creador de todas las cosas, y *Maa*, simbiosis de todas las cosas.

Al descender de *Maa Ngala* hacia el hombre, las palabras eran divinas porque

no habían entrado aún en contacto con la materialidad. Tras su contacto con la corporeidad, las palabras perdieron un poco de su divinidad, pero se cargaron de sacralidad. Así sacralizada por la Palabra divina, la corporeidad emite a su vez vibraciones sagradas que establecieron la relación con *Maa Ngala*.

La tradición africana concibe, pues, la palabra como un don de Dios. Ella es a la vez divina, en el sentido descendente, y sagrada, en el ascendente.

## LA PALABRA EN EL HOMBRE COMO PODER CREADOR

Se ha dicho y enseñado que *Maa Ngala* ha depositado en *Maa* las tres potencialidades del poder, del querer y del saber, contenidas en los veinte elementos de los que fue compuesto. Pero todas esas fuerzas de las que es heredero reposan en él como fuerzas mudas en estado estático. antes que la palabra llegue a ponerlas en movimiento. Gracias a la vivificación de la palabra divina, esas fuerzas se ponen a vibrar. En un primer estadio se convierten en pensamiento; en un segundo, en sonido; y en un tercero, en palabra. La palabra está, pues, considerada como la materialización o exteriorización de las vibraciones de las fuerzas.

Subrayemos, sin embargo, que a ese nivel, los términos «palabra» o «escucha» cubren realidades mucho más vastas que las que nosotros les atribuimos ordinariamente. En efecto, está dicho: «La palabra de *Maa Ngala*, ya lo hemos visto, se oye, se siente, se gusta y se toca». Esa es una percepción total, un conocimiento en el que todo el ser está comprometido.

Asimismo, al ser la palabra la exteriorización de las vibraciones de las fuerzas, toda manifestación de una fuerza, en cualquier forma que esté, será considerada como su palabra. Por eso, todo habla en el universo, todo es palabra que ha tomado cuerpo y forma.

En fulfulde, el término «palabra» (*haala*) está sacado de la raíz verbal *hal*, cuya idea es «dar la fuerza» y, por extensión, «materializar». La tradición peul enseña que *Guéno*, el Ser Supremo, confirió la fuerza a *Kiikala*, el primer hombre, al hablarle. «Por haber hablado con Dios éste le dio la fuerza a *Kiikala*», dicen los *Silatigi* (o maestros iniciados peul).

Si la palabra es fuerza, ello se debe a que crea un vínculo de vaivén (yaawarta, en peul), generador de movimiento y ritmo y, por consiguiente, de vida y acción. Ese vaivén está simbolizado por los pies del tejedor que suben y bajan, como veremos más adelante al hablar de los oficios tradicionales. (El simbolismo del oficio de tejer está, en efecto, totalmente fundado en la palabra creadora en acción.)

A imagen de la palabra de *Maa Ngala* de la que es un eco, la palabra humana pone en movimiento las fuerzas latentes, las acciona y las suscita como cuando un hombre se levanta o se vuelve al oír su nombre.

La palabra humana tanto puede crear la paz como puede destruirla. Ella es como la imagen del fuego. Una sola palabra mal recibida puede desencadenar una guerra, como una ramita ardiendo puede provocar un vasto incendio. El adagio malí declara: «¿Qué es lo que prepara una cosa (es decir, la avía, la dispone

palabra =  
discusión

la palabra  
totalmente  
expresión  
de la fuerza

favorablemente)? La palabra. ¿Qué es lo que deteriora una cosa? La palabra. ¿Qué es lo que mantiene una cosa en su estado? La palabra».

Así pues, la tradición confiere a *Kuma* la Palabra, no sólo un poder creador, sino una doble función de conservación y destrucción. Por eso, ella es por excelencia el gran agente activo de la magia africana.

## LA PALABRA, AGENTE ACTIVO DE LA MAGIA

Hay que tener presente en el espíritu que, de un modo general, todas las tradiciones africanas postulan una *visión religiosa del mundo*. El universo visible es concebido y sentido como el signo, la concretización o la corteza del universo invisible y viviente constituido por fuerzas en perpetuo movimiento. En el seno de esa vasta unidad cósmica todo está unido, todo es solidario, y el comportamiento del hombre frente a sí mismo como frente al mundo que le rodea (mundo mineral, vegetal, animal y sociedad humana) será objeto de una reglamentación ritual muy precisa, que puede, por otro lado, variar en su forma según las etnias o regiones.

La violación de las leyes sagradas era considerada como si entrañase una perturbación en el equilibrio de las fuerzas traduciéndose por diversos disturbios. Por eso, la acción mágica, es decir, la manipulación de las fuerzas, intentaba en general restaurar el equilibrio perturbado y restablecer la armonía de la que el Hombre —ya lo hemos visto anteriormente— fue instaurado como guardián por su Creador.

En Europa, la palabra «magia» está siempre tomada en un sentido peyorativo, mientras que en Africa designa solamente el manejo de las fuerzas, cosa neutra en sí y que puede revelarse útil o nefasta según la dirección que le es dada. Se ha dicho: «Ni la magia ni la fortuna son malas en sí. Es su utilización lo que las hace buenas o malas».

La magia buena, la de los iniciados y «maestros concedores», trata de purificar hombres, animales y objetos a fin de volver a poner las fuerzas en orden. Aquí es donde la fuerza de la palabra resulta decisiva.

En efecto, lo mismo que la palabra divina de *Maa Ngala* ha llegado a animar las fuerzas cósmicas que reposaban estáticas en *Maa*, así la palabra del hombre viene a animar, a poner en movimiento y a suscitar las fuerzas que permanecen estáticas en las cosas. Pero, para que la palabra produzca su pleno efecto, es preciso que sea acompañada rítmicamente, porque el movimiento tiene necesidad de ritmo, fundado él mismo en el secreto de los números. Es necesario que la palabra reproduzca el vaivén que constituye la esencia del ritmo.

En los cantos rituales y en las fórmulas para encantar, la palabra es, pues, la materialización de la cadencia. Y si se considera que puede actuar sobre los espíritus, es porque su armonía crea movimientos, movimientos que engendran fuerzas, fuerzas que actúan sobre los espíritus, espíritus que son en sí mismos potencias de acción.

Al extraer de lo sagrado su poder creador y operativo, la palabra, según la tradición africana, está en relación directa bien con el mantenimiento, bien con la ruptura de la armonía tanto en el hombre como en el mundo que lo rodea.

Por eso, la mayor parte de las sociedades orales tradicionales considera la mentira como una verdadera lepra moral. En el Africa tradicional, aquel que falta a su palabra mata a su persona civil, religiosa y oculta, y se separa de sí mismo y de la sociedad. Su muerte es preferible a su supervivencia tanto para sí mismo como para los suyos.

El chantre del Komo Dibi, de Kulikoro (Mali), ha cantado en uno de sus poemas rituales:

*La palabra es divinamente exacta, conviene ser exacto con ella.*

*La lengua que falsea la palabra vicia la sangre de aquel que miente.*

La sangre simboliza aquí la fuerza vital interior cuya armonía es perturbada por la mentira. «El que falta a su palabra se engaña a sí mismo», dice el adagio. Cuando se piensa una cosa y se dice otra, uno se contradice a sí mismo; se rompe la unidad sagrada, reflejo de la unidad cósmica, creando así la desarmonía en sí, como en torno a sí.

Desde ese momento se comprenderá mejor en qué contexto mágico-religioso y social se sitúa el respeto de la palabra en las sociedades con tradición oral, y particularmente cuando se trata de transmitir las palabras heredadas de los antepasados o de los mayores. Lo que más y mejor ha conservado el Africa tradicional es todo lo que ha heredado de sus antepasados. Las expresiones «lo conservo de mi maestro», «lo conservo de mi padre», «lo he mamado con la leche de mi madre» expresan su apego religioso al patrimonio transmitido.

## LOS TRADICIONALISTAS

Los grandes depositarios de esa herencia oral son los llamados «tradicionalistas». Memoria viviente de Africa, son los mejores testigos. ¿Quiénes son esos maestros?

En bambara se les llama Doma, o Soma, los «conocedores», o Donikéba, «hacedores de conocimientos». En peul, según las regiones, se les llama Silatigi, Gando o Tchiorinké, palabras que encierran el mismo sentido de «conocedor».

Pueden ser maestros iniciados (e iniciadores) en una rama tradicional particular (iniciaciones del herrero, del tejedor, del cazador, del pescador, etc.), o en la posesión del conocimiento total de la tradición en todos sus aspectos. Así, existen Doma que conocen la ciencia de los herreros, de los pastores, de los tejedores, lo mismo que grandes escuelas iniciáticas de la sabana, como, por ejemplo, el Komo, el Koré, el Nama, el Dô, el Diarawara, el Nya, el Nyaworolé, etc., en Mali.

Pero no nos engañemos en esto: la tradición africana no corta la vida en trozos y el conocedor pocas veces es un «especialista». Las más de las veces es un «sabelotodo». El mismo anciano, por ejemplo, tendrá conocimientos tanto en la ciencia de las plantas (conocimiento de las propiedades buenas o malas de cada planta) como en la «ciencia de las tierras» (propiedades agrícolas o medicinales de las diferentes clases de tierra), en la «ciencia de las aguas», en astronomía, cosmogonía, psicología, etc. Se trata de una ciencia de la vida cuyos conocimientos

testigos HO  
siempre en pte

pueden siempre dar lugar a utilizaciones prácticas. Y cuando hablamos de ciencias «iniciáticas» u «ocultas», términos que pueden desconcertar al lector racionalista, se trata siempre, respecto al Africa tradicional, de una ciencia eminentemente práctica que consiste en saber entrar en apropiada relación con las fuerzas que sustentan el mundo visible y que pueden ser puestas al servicio de la vida.

Conservador de los secretos del Génesis cósmico y de las ciencias de la vida, y dotado en general de una memoria prodigiosa, el tradicionalista es frecuentemente también el archivero de los acontecimientos pasados transmitidos por la tradición, o de los acontecimientos contemporáneos.

Así pues, una historia que se preciara de ser africana por naturaleza deberá necesariamente apoyarse en el irremplazable testimonio de los africanos cualificados. «No se peina a una persona en su ausencia», dice el refrán.

A los grandes *Doma*, aquellos cuyo conocimiento era total, se les conocía y veneraba, acudiendo de lejos para recurrir a su saber y cordura.

*Ardo Dembro*, que me inició en los temas peul, era un *doma* peul (un *silatigi*) que hoy ya está muerto. Por el contrario, *Ali Essa*, otro *silatigi* peul, todavía vive. *Danfo Siné*, que frecuentaba la casa de mi padre cuando yo era niño, era un *doma* casi universal. No sólo era un gran maestro iniciado del Komo, sino que poseía todos los demás conocimientos (históricos, iniciáticos o referentes a las ciencias de la naturaleza) de su tiempo. Todo el mundo le conocía en los países que se extienden entre Sikasso y Bamako, es decir, entre los antiguos reinos de Kénédugu y de Bélédugu.

*Latif*, su hijo menor que había seguido las mismas iniciaciones que él, era también un gran *doma*. Y tenía además la ventaja de conocer el árabe y de haber hecho su servicio militar (en el ejército francés) en Chad, lo que le permitió recoger en la sabana chadiana una cantidad de conocimientos que resultaron análogos a los enseñados en Malí.

*Iwa*, perteneciente a la casta de los griots, es uno de los mayores tradicionalistas del mandé, con actual residencia en Malí, lo mismo que *Banzumana*, el gran músico ciego.

Precisemos ya que un griot no es necesariamente un tradicionalista «conocedor», sino que puede llegar a serlo si sus aptitudes se prestan a ello. Sin embargo, no podrá tener acceso a la iniciación del Komo, de donde los griots están excluidos<sup>3</sup>.

De un modo general, los tradicionalistas fueron separados, si no perseguidos, por la potencia colonial que se esforzaba —es evidente— por desenraizar las tradiciones locales a fin de sembrar sus propias ideas, porque —ya se ha dicho— «no se siembra ni en un campo plantado ni en un yermo». Por eso, la iniciación se refugió con mucha frecuencia en el campo, abandonando las grandes ciudades, llamadas *Tubabudugu*<sup>4</sup>, «ciudades de blancos» (o sea, colonizadores).

Sin embargo, existen aún, en los diferentes países de la Sabana africana que constituyen el antiguo Bafur —y sin duda en otras partes también—, «conocedo-

<sup>3</sup> Sobre los griots, ver más adelante.

<sup>4</sup> Pronunciar Tababú-dugú.



res» que continúan transmitiendo el depósito sagrado a aquellos que aceptan aprender y escuchar y se muestran dignos de recibir sus enseñanzas por su paciencia y discreción, reglas básicas exigidas por los dioses...

En un plazo de diez a quince años, todos los últimos grandes *doma* y ancianos herederos de las diversas ramas de la Tradición, habrán probablemente desaparecido. Si no nos apresuramos a recoger sus testimonios y enseñanzas, es todo el patrimonio cultural y espiritual de un pueblo el que desaparecerá con ellos en el olvido, abandonando a sí misma a una juventud sin raíces.

## AUTENTICIDAD DE LA TRANSMISION

Más que todos los demás hombres, los tradicionalistas *doma*, grandes o pequeños, están obligados a tener un gran respeto a la verdad. Para ellos, la mentira, no es sólo una tara moral, sino un *entredicho ritual* cuya violación les impediría poder cumplir su función.

Un mentiroso no podría ser un iniciador ni un «maestro del cuchillo», y menos aún un *doma*. Además, si se comprobase —cosa extraordinaria— que un tradicionalista *doma* era mentiroso, nadie acudiría ya a él a consultarle sobre materia alguna y su función desaparecería al mismo tiempo.

De un modo general, la tradición africana tiene horror a la mentira. Está dicho: «Presta atención para no contradecirte a ti mismo. Es mejor que el mundo se separe de ti antes que tú te separes de ti mismo». Pero el entredicho ritual de la mentira afecta más en particular a todos los «oficiantes» (o sacrificadores, o maestros del cuchillo...) <sup>5</sup> de todos los niveles, comenzando por el padre de familia que es el sacrificador o el oficiante de su familia, y pasando por el herrero, el tejedor o el artesano tradicional, al ser el ejercicio del oficio una actividad sagrada, como veremos más adelante. El entredicho castiga a todos los que, teniendo que ejercer una responsabilidad mágico-religiosa y que cumplir unos actos rituales, son de algún modo los intermediarios entre el común de los mortales y las fuerzas tutelares con el oficiante sagrado del país, en la cima (por ejemplo, el hogon, entre los dogon), y, eventualmente, el rey.

Ese entredicho ritual existe, según mis noticias, en todas las tradiciones de la sabana africana.

El entredicho de la mentira sostiene, por cierto, que, si un oficiante mintiese, viciaría los actos rituales y no cumpliría ya el conjunto de las condiciones rituales requeridas para desempeñar el acto sagrado, siendo condición esencial estar en armonía consigo mismo antes de manipular las fuerzas de la vida. Recordemos, en efecto, que todos los sistemas mágico-religiosos africanos tienden a preservar o restablecer el equilibrio de las fuerzas de las que depende la armonía del mundo circundante, material y espiritual.

Los *doma*, más que todo el resto, están sometidos a esa obligación porque, como maestros-iniciados, son los grandes *poseedores de la Palabra*, principal

<sup>5</sup> Todas las ceremonias rituales no comportan necesariamente el sacrificio de un animal. El «sacrificio» puede consistir en una ofrenda de mijo, de leche o de otro producto natural.

agente activo de la vida humana y de los espíritus. Ellos son los herederos de las sagradas palabras capaces de encantar, transmitidas por la cadena de los antepasados y que se las hace remontar a las primeras vibraciones sagradas emitidas por *Maa*, el primer hombre.

Si el tradicionalista *doma* es poseedor de la Palabra, los demás hombres son los depositarios de la charla...

Citaré el caso de un maestro del cuchillo dogon, del país de Pignari (círculo de Bandiagara), a quien conocí en mi juventud y que un día se había visto obligado a mentir para salvar la vida de una mujer perseguida que él había ocultado en su casa. Después de éste suceso, se destituyó espontáneamente de su cargo al estimar que ya no cumplía las condiciones rituales para asumirlo válidamente.

Cuando se trata de cosas religiosas y sagradas, los grandes maestros tradicionales no temen la opinión desfavorable de las masas y, si les sucede que se equivocan, reconocerán públicamente su error, sin excusas calculadas ni pretextos. Confesar sus faltas eventuales es para ellos una obligación, porque eso es una purificación de la mancha.

Si el tradicionalista o conocedor es tan respetado en Africa, ello se debe a que él se respeta primero a sí mismo. Interiormente en orden, ya que no debe mentir nunca, es un hombre «bien ordenado», dueño de las fuerzas que lo habitan. A su alrededor, las fuerzas se ordenan y los disturbios se apaciguan.

Independientemente del entredicho de mentira, el tradicionalista practica la disciplina de la palabra y no reparte ésta desconsideradamente. Porque si la palabra, como ya hemos visto anteriormente, se considera exteriorización de la vibración de las fuerzas interiores, la fuerza interior nace, a la inversa, de la interiorización de la palabra. Con esa óptica se comprenderá mejor la importancia dada por la educación africana tradicional al dominio de sí. Hablar poco es la señal de una buena educación y el signo de la nobleza. El muchacho aprenderá muy pronto a dominar la expresión de sus emociones o de su sufrimiento y a contener las fuerzas que están en él, a imagen del *Maa* primordial que contenía en sí mismo, sometidas y ordenadas, las fuerzas del Cosmos.

Del conocedor respetado o del hombre dueño de sí mismo se dirá: «Ese es un *Maa*» (o un *Neddo*, en peul), es decir, un hombre completo.

No hay que confundir a los tradicionalistas-*doma*, que saben enseñar divirtiendo y poniéndose a la altura de su auditorio, con los trovadores, narradores y animadores públicos que son, en general, de la casta de los *Diéli* (griots) o de los *Woloso* («cautivos de choza»)<sup>6</sup>. La disciplina de la verdad no existe para estos últimos, reconociéndoles la tradición el derecho a tergiversarla o embellecerla, incluso toscamente, con tal que lleguen a distraer o interesar a su público, como veremos seguidamente. Se dice que «al griot le está permitido tener dos lenguas».

Por el contrario, no se le ocurriría a ningún africano de formación tradicional poner en duda la veracidad de las palabras de un tradicionalista-*doma*, particularmente cuando se trata de transmitir unos conocimientos heredados de la cadena de los antepasados.

<sup>6</sup> Los *Woloso* (literalmente «nacidos en la casa») o «cautivos de cabaña» eran criados o familias de criados vinculados desde generaciones a una misma familia. La tradición les reconocía una libertad total de gestos o palabras, así como grandes derechos materiales sobre los bienes de sus señores.



● 1. *Músico todocolor tocando el ardin (KAYES, Mali, núm. A0-292).*

● 2. *Cantor mvet (fot. Documentation française).*



Antes de hablar, el *doma* se dirige, por deferencia, a las almas de los antiguos para pedirles que vengan a asistirle, a fin de que la lengua no se le trabe o no se produzca un fallo de memoria que le haría omitir alguna cosa.

*Danfo Siné*, el gran *doma* bambara que conocí en mi infancia en Buguni y que era chantre del Komo, decía antes de iniciar un relato o una enseñanza:

*¡Oh, alma de mi maestro Tiemablen Samaké!*  
*¡Oh, almas de los viajeros herreros y antiguos tejedores,*  
*primeros antepasados iniciadores, llegados del Este!*  
*¡Oh, Jigi, gran carnero que sopló el primero*  
*en el cuerno de llamar del Komo,*  
*llegado sobre el Jeliba [Níger]!*  
*Venid todos a escucharme.*  
*Yo voy, según vuestros decires,*  
*a contar a mi auditorio cómo han ocurrido las cosas,*  
*de vosotros, ya pasados, a nosotros, presentes,*  
*para que ese decir sea valiosamente conservado*  
*y fielmente transmitido*  
*a los hombres de mañana*  
*que serán nuestros hijos*  
*y los hijos de nuestros hijos.*  
*¡Dirigid bien (¡Oh, vosotros, Antepasados!) las riendas de mi lengua!*  
*Guiad la partida de mis palabras*  
*para que sigan y respeten*  
*su orden natural.*

Después añadía:

*Yo, Danfo Siné, del clan de Samaké [elefante macho], voy a contar como lo he aprendido, ante mis dos testigos Makoro y Manifin<sup>7</sup>.*  
*Los dos conocen la trama<sup>8</sup>, como yo mismo. Ellos me servirán a la vez de vigilantes y de sostén.*

Si el narrador cometiese un error o tuviese un desfallecimiento, su testigo le respondería: «¡Hombre, ten cuidado de cómo abres tu boca!». A lo que él respondería: «Excúsame, es mi lengua fogosa que me ha traicionado».

Un tradicionalista-*doma*, no herrero de nacimiento, pero que conoce las ciencias que se refieren a la forja, dirá, por ejemplo, antes de hablar: «Yo debo eso a fulano, que lo debe a mengano, etc.». Y rendirá homenaje al antepasado de los herreros poniéndose, en señal de fidelidad, en cuclillas y con el extremo del codo derecho reposando sobre el suelo y el antebrazo levantado.

<sup>7</sup> *Makoro* y *Manifin* eran sus dos discípulos.

<sup>8</sup> Un relato tradicional tiene siempre una trama o una base inmutable que nunca debe ser modificada, pero a partir de la cual se pueden realizar desarrollos o embellecimientos, según su inspiración o la atención del auditorio.

El *doma* puede citar también a su maestro y decir: «Rindo homenaje a todos los intermediarios hasta *Nunfayri...*»<sup>9</sup>, sin estar obligado a citar todos los nombres.

Siempre hay referencia a la cadena de la que el propio *doma* sólo es un eslabón.

En todas las ramas del conocimiento tradicional, la cadena de transmisión reviste una importancia primordial. Si no hay transmisión regular, no hay «magia», sino solamente charla o cuento. La palabra es entonces inoperante. La palabra transmitida por la cadena se considera que transporta, desde la transmisión original, una fuerza que la hace operante y sacramental.

Esa noción de «respeto a la cadena» o de «respeto a la transmisión» es la que hace que, en general, el africano no culto tenga tendencia a referir un relato en la misma forma como él lo habrá escuchado, ayudado en eso por la memoria prodigiosa de los analfabetos. Si se le contradice, se limitará a responder: «Fulano me lo ha enseñado así», citando siempre su fuente.

Aparte del valor moral propio de los tradicionalistas-*doma* y de su vinculación a una «cadena de transmisión», una garantía de autenticidad suplementaria queda facilitada por el control permanente de sus semejantes o de los antiguos que les rodean y que cuidan celosamente la autenticidad de lo que transmiten, volviéndolo a repetir al menor error, como hemos visto con el ejemplo de *Danfó Siné*.

En el transcurso de sus salidas rituales al bosque, el chantre del Komo puede añadir sus propias meditaciones o inspiraciones a las palabras tradicionales que él ha heredado de la «cadena» y que canta para sus compañeros. Sus palabras, nuevos eslabones, vienen entonces a enriquecer las de sus predecesores; pero él previene: «Esto es de mi cosecha, esto es de mi decir. Yo no soy infalible y me puedo equivocar. Si me equivoco, no olvidéis que, como vosotros, vivo con un puñado de mijo, un trago de agua y bocanadas de aire. El hombre no es infalible».

Los iniciados y neófitos que le acompañan aprenden estas palabras nuevas, de tal suerte que todos los cantos del Komo se conocen y conservan en las memorias.

El grado de evolución del adepto del Komo se mide no por la cantidad de las palabras aprendidas, sino por la conformidad de su vida con esas palabras. Si un hombre posee solamente diez o quince palabras del Komo, cuando las vive, entonces se convierte en un adepto apto del Komo en el seno de la asociación. Para ser chantre del Komo y, por consiguiente, maestro-iniciado, hay que conocer y vivir la totalidad de las palabras heredadas.

La enseñanza tradicional, sobre todo cuando se trata de conocimientos vinculados a una iniciación, está unida a la experiencia e integrada en la vida. Por eso, el investigador europeo o africano, deseoso de aproximar los hechos religiosos africanos, se condenará a permanecer fuera del tema si no acepta vivir la iniciación correspondiente y admitir sus reglas, lo que presupone, como mínimo, el conocimiento de la lengua. En efecto, hay cosas que no «se explican», sino que se experimentan y se viven.

Recuerdo que en 1928, mientras me encontraba de servicio en Tougan, un joven etnólogo llegó al país para investigar sobre el pollo de sacrificio con ocasión

<sup>9</sup> Antepasado de los herreros.

de la circuncisión. El comandante francés le envió al jefe de cantón indígena pidiéndole a este último que hiciese cuanto fuera necesario para que el etnólogo fuera debidamente atendido, e insistiéndole que «se le diga todo». A su vez, el jefe de cantón convocó a los notables. Les expuso los hechos, repitiéndoles las palabras del comandante. El decano de la asamblea que era el maestro del cuchillo del lugar y, por tanto, responsable de las ceremonias de la circuncisión y correspondiente iniciación, preguntó:

- ¿Quiere que se le diga todo?*
- Sí, respondió el jefe de cantón.*
- Pero ¿ha venido para hacerse circuncidar?*
- No, ha venido para informarse.*

El decano volvió su mirada al jefe.

- ¿Cómo voy a decirle todo —dijo—, si no quiere ser circuncidado? Tú sabes bien, jefe, que eso no es posible. Es preciso que él viva la vida de los circuncisos para que podamos enseñarle todas las lecciones.*
- Ya que estamos obligados a dar satisfacción a la fuerza —replicó el jefe de cantón—, os corresponde a vos encontrar cómo salir de este apuro.*
- ¡Muy bien! —dijo el viejo—. Lo despediremos sin que él aparezca allí, gracias a la fórmula de «tomar el aire».*

Ese procedimiento de «tomar el aire», consistente en proporcionar a alguien una estratagema improvisada cuando no se puede decirle la verdad, fue efectivamente inventado a partir del momento en que la autoridad colonial envió a sus agentes o a sus representantes para realizar investigaciones etnológicas sin aceptar vivir las condiciones requeridas. Muchos etnólogos fueron más tarde las víctimas inconscientes... Sin llegar a eso, cuántos de ellos se imaginaron haber comprendido todo de una ceremonia que, al no haberla vivido, no podían conocerla realmente.

Aparte de la enseñanza esotérica dispensada en el seno de las grandes escuelas iniciáticas —como el Komo o las citadas con anterioridad—, la enseñanza tradicional comienza realmente en cada familia, donde el padre, la madre o los mayores son a la vez maestros y educadores, y constituyen la primera célula de tradicionalistas. Son ellos quienes dispensan las primeras lecciones de la vida, no sólo por la experiencia sino mediante cuentos, fábulas, leyendas, máximas, adagios, etc. Los refranes son las misivas legadas por los antepasados a la posteridad. Su número es casi infinito.

Ciertos juegos de niños han sido elaborados por los iniciados con vistas a transmitir, a través de las edades, algunos conocimientos esotéricos «cifrados». Citemos, por ejemplo, el juego del *Banangolo*, en Malí, fundado en un sistema numérico en relación con los 266 *siqiba*, o signos, que corresponden a los atributos de Dios.

Además, la enseñanza no es sistemática sino que está unida a las circunstancias de la vida. Esa manera de proceder puede parecer caótica, pero es, en

realidad, práctica y muy animada. La lección dada con ocasión de un acontecimiento o experiencia se graba profundamente en la memoria del niño.

En el curso de un paseo por el campo, el encuentro de un hormiguero dará al viejo maestro ocasión de impartir conocimientos variados en función de la naturaleza de su auditorio: o bien hablará del animal mismo, de las leyes que rigen su vida y de la «clase de ser» a la que pertenece; o bien dará una lección de moral a los niños, mostrándoles cómo la vida de la colectividad reposa en la solidaridad y olvido de sí mismo; o bien desembocará asimismo en conocimientos más elevados si ve que su auditorio puede comprenderlo. Así, cada incidente de la vida y cada pequeño acontecimiento puede siempre dar ocasión de múltiples explicaciones, de referir un mito, un cuento, una leyenda. Cada fenómeno encontrado puede permitir remontar hasta las fuentes de las que él ha salido, y evocar los misterios de la unidad de la Vida, toda entera animada por la *Sé*, fuerza sagrada primordial y aspecto propio del Dios Creador.

En África todo es «Historia». La gran Historia de la vida comprende la Historia de las Tierras y de las Aguas (geografía), la Historia de los vegetales (botánica y farmacopea), la Historia de las «Venas del seno de la Tierra» (mineralogía y metales), la Historia de los astros (astronomía, astrología), la Historia de las Aguas, etc.

En la tradición de la *šabana* y particularmente en las tradiciones *bambara* y *peul*, el conjunto de las manifestaciones de la vida sobre la tierra se divide en tres categorías o «clases de seres», subdivididas a su vez en tres grupos:

— En la base de la escala, los seres inanimados, llamados «mudos», cuyo lenguaje se considera oculto, siendo incomprendible o inaudible para el común de los mortales. Esa clase de seres contiene todo lo que reposa en la superficie de la tierra (arena, agua, etc.) o reside en su seno (minerales, metales, etc.).

Entre los inanimados mudos se encuentran los inanimados sólidos, líquidos y gaseosos (literalmente «humeantes»).

— En el grado medio, los «animados inmóviles», seres vivientes pero que no se desplazan. Es la clase de los vegetales, que pueden extenderse o desplegarse en el espacio pero cuyo pie no puede moverse.

Entre los animados inmóviles se encuentran los vegetales rampantes, trepantes y verticales, constituyendo estos últimos la clase superior.

— En fin, los «animados móviles», comprenden a todos los animales, hasta el hombre.

Los animados móviles comprenden a los animales terrestres (entre los cuales están los animales sin huesos y con ellos), los acuáticos y los volátiles.

Todo lo que existe puede, pues, referirse a una de esas categorías<sup>10</sup>.

Entre todas las «Historias», la mayor y más significativa es la del Hombre, simbiosis de todas las «Historias», puesto que, según el mito ha sido compuesto de una partícula de todo lo que ha existido antes de él. Todos los reinos de la vida se encuentran en él (mineral, vegetal y animal), unidos a fuerzas múltiples y facultades superiores. Las enseñanzas que le interesan se apoyarán en los mitos de la cosmogonía, determinando su lugar y su misión en el universo, y revelarán cuál

<sup>10</sup> Cf. A. Hampate Ba, 1972, págs. 23 y sigts.

debe ser su relación con el mundo de los vivos y de los muertos. Se explicará el simbolismo de su cuerpo, así como la complejidad de su psiquismo: «Las personas de la persona son numerosas en la persona», dicen las tradiciones bambara y peul. Se enseñará cuál debe ser su comportamiento frente a la naturaleza y cómo respetar su equilibrio sin perturbar en absoluto las fuerzas que la animan y de las que ella no es más que la apariencia visible. La iniciación le hará descubrir su relación con el mundo de las fuerzas y le llevará poco a poco hacia el dominio de sí, hacia la finalidad restante de llegar a ser como un *Maa*, un «hombre completo», interlocutor de *Maa Ngala* y guardián del mundo viviente.

## LOS OFICIOS TRADICIONALES

Los oficios artesanales tradicionales son grandes portadores de la tradición oral.

En la sociedad tradicional africana, las actividades humanas encierran frecuentemente un carácter sagrado u oculto, y particularmente aquellas que consisten en actuar sobre la materia y transformarla considerando a cada cosa como viviente.

Cada función artesanal se refiere a un conocimiento esotérico, transmitido de generación en generación y que tiene su origen en una revelación inicial. La obra del artesano era sagrada porque «imitaba» a la obra de *Maa Ngala* y completaba su creación. La tradición bambara enseña, en efecto, que la creación no está terminada y que *Maa Ngala*, al crear nuestra tierra, ha dejado en ella cosas inacabadas, a fin de que *Maa*, su Interlocutor, las complete o modifique con vistas a llevar la naturaleza hacia su perfección. Se consideraba que la actividad artesanal, en sus operaciones, «repetía» el misterio de la creación. Y «focalizaba», por consiguiente, una fuerza oculta a la que nadie podía aproximarse sin respetar unas condiciones rituales particulares.

Los artesanos tradicionales acompañan su trabajo con cantos rituales o palabras rítmicas sacramentales, y sus gestos mismos son considerados como un lenguaje. En efecto, los gestos de cada oficio reproducen, en un simbolismo que les es propio, el misterio de la creación primordial unida al poder de la Palabra, como se ha indicado anteriormente. Se dijo:

*El herrero forja la Palabra,  
el tejedor la teje,  
el zapatero la pule curtiéndola.*

Tomemos el ejemplo del tejedor, cuyo oficio está unido al simbolismo de la Palabra creadora desplegándose en el tiempo y el espacio.

El tejedor de casta (*Maabo*, entre los peul) es depositario de los secretos de las 33 piezas que componen la base fundamental del oficio de tejer, cada una de las cuales tiene un sentido. La armazón, por ejemplo, está formada de ocho palos principales: cuatro verticales, que simbolizan no sólo los cuatro elementos-madre (tierra, agua, aire y fuego), sino los cuatro puntos cardinales, y otros cuatro



transversales, que simbolizan los cuatro puntos colaterales. El tejedor, colocado en medio, representa al Hombre primordial, *Maa*, situado en el centro de las ocho direcciones del espacio. Con su presencia se obtienen nueve elementos que recuerdan los nueve estados fundamentales de la existencia, las nueve clases de seres, las nueve aberturas del cuerpo (puertas de las fuerzas de la vida), las nueve categorías de hombres entre los peul, etc.

Antes de comenzar su trabajo, el tejedor debe tocar cada pieza de su máquina, pronunciando unas palabras o letanías que corresponden a las fuerzas de la vida que ellas encarnan.

El vaivén de sus pies subiendo y bajando para accionar los pedales recuerda el ritmo original de la Palabra creadora, unido al dualismo de todas las cosas y a la ley de los ciclos. Se consideran sus pies como si hablasen así:

*¡Fonyonko! ¡Fonyonko! ¡Dualismo! ¡Dualismo!*  
*Cuando uno se levanta, el otro se baja.*  
*Hay muerte del rey y coronación del príncipe,*  
*defunción del abuelo y nacimiento del nieto,*  
*disputas de divorcio mezcladas con alboroto festivo de un casamiento...*

Por su parte, la lanzadera dice:

*Soy la barca del Destino.*  
*Yo paso entre los arrecifes de los hilos de cadena*  
*que representan la Vida.*  
*De la orilla derecha paso a la orilla izquierda*  
*a devanar mi intestino [el hilo]*  
*para contribuir a la construcción.*  
*De nuevo, de la orilla izquierda paso a la derecha*  
*devanando mi intestino.*  
*La vida es un perpetuo vaivén,*  
*un don permanente de sí mismo.*

La franja de tejido acumulándose y enrollándose alrededor de un palo apoyado en el vientre del tejedor representa el pasado, mientras que el rodillo de los hilos de tejer, desdoblado, simboliza el misterio del mañana, lo desconocido del futuro. El tejedor dirá siempre: «¡Oh, mañana! ¡No me reserves una sorpresa desagradable!».

En conjunto, el trabajo del tejedor representa ocho movimientos de vaivén (por sus pies, sus brazos, la lanzadera y el crecimiento rítmico de los hilos de la trama), que corresponden a los ocho palos del armazón y a los ocho patas de la araña mítica que enseñó su ciencia al antepasado de los tejedores.

Los gestos del tejedor realizando su oficio representan la creación en acción; sus palabras acompañando sus gestos; es el canto mismo de la Vida.

El herrero tradicional es el depositario del secreto de las transmutaciones. El es por excelencia el «Maestro del Fuego». Su origen es mítico, y en la tradición bambara se llama «primer hijo de la Tierra». Sus conocimientos se remontan a

*Maa*, el primer hombre, al que su creador *Maa Ngala* enseñó, entre otros, los secretos de la «herrería». Por eso la fragua se llama *Fan*, del mismo nombre que *Fan*, el Huevo primordial del que ha salido todo el universo y que fue la primera fragua sagrada.

Los elementos de la forja están unidos a un simbolismo sexual, siendo este último en sí mismo la expresión, o el reflejo, de un proceso cósmico de creación.

Así, los dos fuelles redondos, accionados por el ayudante del herrero, se asimilan a los dos testículos machos. El aire del que se llenan es la sustancia de vida enviada, a través de una especie de tubo que representa el falo, al fogón de la herrería, que representa la matriz donde actúa el fuego transformador.

El herrero tradicional no debe entrar en la fragua más que tras un baño ritual de purificación preparado con la decocción de ciertas hojas, cortezas o raíces de árboles, elegidas en la función del día. En efecto, los vegetales (como los minerales y animales) están repartidos en siete clases que corresponden a los días de la semana, hallándose unidos por la ley de la «correspondencia analógica»<sup>11</sup>. Después, el herrero se vestirá de un modo particular, porque no puede entrar en la fragua vestido con un traje cualquiera.

Cada mañana purificará la fragua por medio de fumigaciones especiales a base de plantas por él conocidas. Terminadas esas operaciones y una vez lavado de todos los contactos que ha tenido con el exterior, el herrero se encuentra en un estado sacramental. Ha quedado puro y se asimila al herrero primordial. Solamente entonces es cuando, a imitación de *Maa Ngala*, puede «crear» modificando y dando forma a la materia. (El nombre de herrero en peul es *baylo*, palabra que significa literalmente «transformador».)

Antes de comenzar su trabajo, el herrero invoca los cuatro elementos-madre de la creación (tierra, agua, aire y fuego), que están obligatoriamente representados en la fragua. Allí se encuentra siempre, en efecto, un recipiente lleno de *agua*, el *fuego* en el fogón de la fragua, el *aire* enviado por los fuelles y un montoncito de *tierra* al lado de la forja.

Durante su trabajo, el herrero pronuncia palabras especiales al tocar cada herramienta. Al tocar su yunque, que simboliza la receptividad femenina, dice: «Yo no soy *Maa Ngala*, soy el representante de *Maa Ngala*. El es quien crea y no yo». Después coge agua o un huevo y se los ofrece al yunque diciendo: «Hè aquí tu dote».

Toma su maza, que simboliza el falo, y con ella da unos golpes sobre el yunque para «sensibilizarlo». Al establecer la comunicación, él puede comenzar a trabajar.

El aprendiz no debe hacer preguntas. Solamente ha de mirar y soplar. Esa es la fase «muda» del aprendizaje. A medida que avance en los conocimientos, soplará según unos ritmos más complejos, teniendo cada movimiento una significación. Durante la fase oral del aprendizaje, el maestro transmitirá poco a poco todos sus conocimientos a su alumno, entrenándole y corrigiéndole hasta que adquiera la maestría. Tras una «ceremonia de liberación», el nuevo herrero puede dejar a su maestro e instalar su propia fragua. En general, el herrero envía a sus propios

<sup>11</sup> Sobre la ley de correspondencia analógica, cf. A. Hampate Ba: *Aspectos de la civilización africana*, Presencia africana, París, 1972, págs. 120 y sigts.

hijos a aprender a casa de otro herrero. El adagio dice: «Las esposas y los niños del maestro no son sus mejores alumnos».

Así, el artesano tradicional, imitando a *Maa Ngala* y «repetiendo» por sus gestos la primera creación, realizaba no un «trabajo» en el sentido puramente económico de la palabra, sino una función sagrada que pone en juego las fuerzas fundamentales de la vida y que la compromete en todo su ser. En el secreto de su taller o de su fragua, el artesano participaba del misterio renovado de la eterna creación.

Los conocimientos del herrero deben cubrir un amplio sector de la vida. Oculista reputado, su dominio de los secretos del fuego y del hierro le vale el que él solo esté habilitado para practicar la circuncisión, y —ya lo hemos visto— el gran «Maestro del cuchillo» en la iniciación del Komo es siempre un herrero. No sólo es un erudito para todo lo que se refiere a los metales, sino que conoce perfectamente la clasificación y propiedades de los vegetales.

El herrero de altos hornos, a la vez extractor del mineral y fundidor, es el más avanzado en conocimientos. A todos los conocimientos del herrero fundidor, él añade el conocimiento perfecto de las «Venas de la Tierra» (la mineralogía) y la de los secretos del campo y de las plantas. En efecto, conoce la plantación vegetal que cubre la tierra cuando ésta contiene un metal particular, sabiendo detectar un yacimiento de oro con el solo examen de las plantas y las piedras.

Conoce también los encantamientos de la tierra y de las plantas. Al ser considerada la naturaleza como viviente y animada por fuerzas, todo acto que la perturba debe ir acompañado de un «saber-vivir ritual» destinado a preservar y salvaguardar su equilibrio sagrado, porque todo está ligado, todo repercute en todo, y toda acción sacude las fuerzas de la vida, entranando una cadena de consecuencias cuya repercusión las sufre el hombre.

La relación del hombre tradicional con el mundo era, pues, una relación viviente de participación y no una relación puramente usual. Se comprende que, en esa visión global del universo, el lugar del profano sea muy limitado.

En el antiguo país baulé, por ejemplo, el oro, del que la tierra era rica, estaba considerado como un metal divino y no era objeto de una explotación exagerada. Servía sobre todo para confeccionar los objetos reales o de culto y tenía también una función de moneda de cambio y de regalo. Cada uno podía extraerlo, pero no podía guardar para sí una pepita que sobrepasase determinado grosor. Toda pepita que sobrepasase el peso corriente era ofrecida al dios e iba a engrosar el «oro real», depósito sagrado del cual ni los reyes mismos tenían derecho de sacarlo. Algunos tesoros reales se han transmitido así, intactos, hasta la ocupación europea. Al ser considerada la tierra como perteneciente a Dios, ningún hombre era propietario de ella y sólo tenía derecho a su «usufructo».

Para llegar a artesano, el hombre tradicional es el ejemplo tipo de la encarnación de sus conocimientos, no sólo en sus gestos y actos, sino en su vida entera, puesto que deberá respetar un conjunto de prohibiciones y obligaciones ligadas a su función, constitutivo de un verdadero código de comportamiento, tanto con relación a la naturaleza como a sus semejantes.

Existe lo que se llama la «Vía de los herreros» (*Numu-sira* o *numuya*, en bambara), la «Vía de los agricultores», la «Vía de los tejedores», etc., y, en el plano

étnico, la «Vía de los peul» (*Lawol fulfulde*), auténticos códigos morales, sociales y jurídicos propios de cada grupo, fielmente transmitidos y respetados mediante la tradición oral.

Puede decirse que el oficio, o la función tradicional, esculpe el ser del hombre. Toda diferencia entre la educación moderna y la tradición oral está ahí. Lo que se aprende en la escuela occidental —por útil que sea— no se vive siempre, mientras que los conocimientos heredados de la tradición oral se encarnan en el ser entero.

Los instrumentos o herramientas del oficio que materializan las Palabras sagradas y el contacto del aprendiz con el oficio le obligan, en cada gesto, a vivir la Palabra.

Por eso, la tradición oral considerada en su conjunto no se resume en la transmisión de relatos o de ciertos conocimientos. Es generadora y formadora de un tipo de hombre particular. Puede decirse que existe la civilización de los herreros, la de los tejedores, la de los pastores, etc.

Me he limitado a profundizar aquí el ejemplo de los tejedores y de los herreros, especialmente típico, pero cada actividad tradicional constituye, en general, una gran escuela iniciática o mágico-religiosa, un camino de acceso hacia la Unidad de la que ella es, según los iniciados, un reflejo o expresión particular.

Para conservar en el seno del linaje los conocimientos secretos y los poderes mágicos que de él se derivan, cada grupo debe observar, con la mayor frecuencia, rigurosas prohibiciones sexuales respecto a las personas exteriores al grupo, practicando la endogamia. Esto no se debe, pues, a una idea de intocabilidad, sino al deseo de conservar en el grupo los secretos rituales. Se ve entonces cómo esos grupos estrechamente especializados y que corresponden a unas «funciones sagradas» desembocaron poco a poco en la noción de «casta» tal como existe hoy en el África de la sabana. «La guerra y el noble son los que han hecho al cautivo —dice el adagio—, pero es Dios quien ha hecho al artesano [*nyamakala*]».

La noción de superioridad o inferioridad con relación a las castas no se basa, pues, en una realidad sociológica tradicional. Ha aparecido en el transcurso de los tiempos, sólo en ciertos sitios y probablemente como consecuencia de la aparición de determinados imperios en que la función guerrera reservada a los nobles les confirió un tipo de supremacía. En tiempos remotos, por otro lado, la noción de nobleza no era indudablemente la misma, y el poder espiritual tenía prioridad sobre el temporal. En aquellos tiempos, eran los *silatigi* (maestros-iniciados peul) y no los *ardo* (jefes, reyes) quienes dirigían a las comunidades peul.

Contrariamente a lo que algunos han escrito o creído comprender, el herrero, en África, es mucho más temido que despreciado. «Primer hijo de la Tierra», maestro del Fuego y manipulador de las fuerzas misteriosas, por eso se teme, sobre todo, su poder.

Lo cierto es que la tradición impuso siempre a los nobles la obligación de asegurar la conservación de las clases «en castas», o clases de *nyamakala* (en bambara), (*nyeenyo*, pl. *nyeeybe*, en peul). Esas clases gozaban de la prerrogativa de poder pedir bienes (o dinero) no en pago de un trabajo, sino como reclamación de un privilegio que el noble no podía rehusar.

En la tradición del Mándé, cuyo centro se encuentra en Malí pero que cubre más o menos todo el territorio del antiguo Bafur (es decir, la antigua África

tradición oral civilización

\*



● 1. Tocador de Valiha, de madera con cuerdas de acero (fot. Museo del Hombre).

● 2. Griot hutu imitando al mwami desposeido (fot. B. Nantet).



2

occidental francesa, a excepción de las zonas del bosque y del este del Níger), los «encastados», o *nyamakala*, comprenden a:

- los herreros (*numu* en bambara, *baylo* en peul);
- los tejedores (*maabo*, tanto en peul como en bambara);
- los trabajadores de la madera (a la vez leñadores y ebanistas; *saki* en bambara, *labbo* en peul);
- los trabajadores del cuero (*garanké* en bambara, *sakeé* en peul);
- los animadores públicos (*diéli* en bambara; se les designa, en peul, con el nombre genérico de *nyeeybe: nyamakala*), más conocidos en francés con el nombre de «griots».

Las cuatro clases de *nyamakala*-artesanos tienen prioridad sobre los griots porque a ellas les corresponden las iniciaciones y un conocimiento, y aunque no hay «superioridad» propiamente dicha, el herrero está en la cúspide, seguido del tejedor, siendo su oficio el más iniciático. Los herreros y tejedores pueden indistintamente tomar mujer de una u otra casta, porque las mujeres son alfareras tradicionales y les compete, por consiguiente, la iniciación femenina.

En la clasificación del Mandé, los *nyamakala*-artesanos van siempre de tres en tres:

Hay tres clases de herreros (*numu* en bambara, *baylo* en peul):

- el herrero de minas (o de altos hornos), que extrae el mineral y funde el metal (los grandes iniciados, entre ellos, pueden trabajar igualmente en la fragua);
- el herrero de hierro negro, que trabaja en la fragua, pero no extrae el mineral;
- el herrero de metales preciosos, o joyero, que es generalmente cortesano y, como tal, está instalado en el vestíbulo de los jefes o nobles.

Tres clases de tejedores (*maabo*):

- el tejedor de lana, que es el más iniciado (los motivos que figuran en las mantas son siempre simbólicos y se refieren a los misterios de los números y de la cosmogonía; cada diseño tiene un nombre);
- el tejedor de *kerka*, que teje inmensas mantas, mosquiteros o paños de algodón que pueden tener hasta seis metros de largo, con infinidad de motivos (he visto algunos que tenían 165 motivos); cada motivo tiene un nombre y un significado, y el nombre es un símbolo que significa muchas cosas;
- el tejedor ordinario, que fabrica simples fajas blancas y a quien no corresponde una gran iniciación.

Algunos nobles practican también el tejido ordinario. Así, algunos bambara confeccionan fajas blancas sin ser tejedores de casta. Pero no son iniciados y no pueden tejer ni *kerka*, ni lana, ni mosquiteros.

Hay tres clases de trabajadores de la madera (*saki* en bambara, *labbo* en peul):

- el que realiza los almireces, mazos y estatuillas sagradas. El almirez, en que se machacan los medicamentos sagrados, es un objeto ritual y no está confeccionado con cualquier madera. Lo mismo que la fragua, simboliza las dos fuerzas fundamentales: el mortero representa, como el yunque, el polo femenino, mientras que el mazo representa, como la maza, el polo masculino.

Las estatuillas sagradas son ejecutadas por encargo de un iniciado-*doma*, que las «cargará» de energía sagrada con miras a un uso particular. Independiente-

mente del ritual de la «carga», la elección y la tala de la madera deben realizarse también en unas condiciones particulares cuyo secreto conoce el leñador.

El artesano de la madera corta él mismo la madera que necesita, y es también leñador cuya iniciación va unida al conocimiento de los secretos del campo y de los vegetales. Considerado el árbol como viviente y habitado por espíritus también vivientes, no es abatido ni cortado sin precauciones rituales particulares conocidas por el leñador:

- el que realiza los utensilios o muebles de madera para el hogar;
- el que fabrica las piraguas. El piragüista debe ser iniciado, además, en los secretos del agua.

En Malí, los somono, convertidos en pescadores sin pertenecer a la etnia bozo, se han puesto a fabricar también piraguas. Se les ve trabajar entre Kulikoro y Mopti a las orillas del Níger.

Hay tres clases de trabajadores del cuero (*garanké* en bambara, y *sakké* en peul):

- los que fabrican los calzados;
- los que fabrican los arreos;
- los guarnicioneros o talabarteros.

El trabajo del cuero corresponde también a una iniciación y los *garanké* tienen frecuentemente una reputación de brujos.

Los cazadores, pescadores y agricultores no corresponden a castas, sino más bien a etnias. Sus actividades están entre las más antiguas de la sociedad humana: la «recolección» (agricultura) y la «caza» (que comprende las «dos cazas»: en tierra y en agua) representan también grandes escuelas de iniciación, porque no se aborda de cualquier manera a las fuerzas sagradas de la Tierra-Madre o a los poderes del bosque donde viven los animales. Como el herrero de altos hornos, el cazador conoce en general todos los «encantamientos del bosque» y debe poseer a fondo la ciencia del mundo animal.

Los curanderos (por medio de plantas o por el «don de la palabra») pueden pertenecer a cualquier clase o etnia. A menudo son *doma*.

Cada pueblo posee frecuentemente en herencia dones particulares, transmitidos por iniciación de generación en generación. Así, los dogon de Malí son tenidos por conocedores del secreto de la lepra, que ellos saben curar muy rápidamente sin dejar huella alguna, y el secreto de la curación de la tuberculosis. Son además excelentes «ensalmadores» que saben colocar en su sitio los huesos rotos hasta en caso de fracturas muy graves.

## LOS ANIMADORES PUBLICOS, O «GRIOTS» (DIELI, EN BAMBARA)

Aunque las ciencias ocultas y esotéricas son patrimonio de los «maestros del cuchillo» y de los chantres de los dioses, la música, la poesía lírica y los cuentos que animan las recreaciones populares, y frecuentemente también la historia, corresponden a los griots, especie de trovadores o juglares que recorren el país o están afectos a una familia.

Frecuentemente se ha creído, sin razón, que eran los únicos «tradicionalistas» posibles. ¿Quiénes son los griots?

Se les puede dividir en tres categorías:

— los griots *músicos*, que tocan todos los instrumentos (monocordio, guitarra, cora, tam-tam, etc.). Casi siempre maravillosos cantantes, son conservadores y transmisores de las músicas antiguas, al mismo tiempo que compositores;

— los griots «*embajadores*» y cortesanos, encargados de mediar entre grandes familias cuando existen desavenencias. Siempre están vinculados a una familia real o noble, y a veces a una sola persona;

— los griots *genealogistas*, historiadores o poetas (o las tres cosas a la vez) que son también generalmente narradores y grandes viajeros, y no están forzosamente vinculados a una familia.

La tradición les confiere un estatuto particular en el seno de la sociedad. En efecto, contrariamente a los *horon* (nobles), tienen derecho a no guardar las formas, gozando de una amplísima libertad de palabra. Pueden mostrarse sin miramientos, incluso descarados, y a veces bromean con las cosas más serias o con las más sagradas sin que eso tenga consecuencias. No están obligados a la discreción ni al respeto absoluto a la verdad. Pueden a veces mentir con aplomo y nadie está autorizado a tratarlos con rigor. «¡Ese es el decir del *diéli!* Por consiguiente, eso no es la auténtica verdad, pero nosotros lo aceptamos así». Esta máxima muestra perfectamente cómo la tradición admite, sin dejarse engañar, los enredos de los *diéli*, que, como también se afirma, tienen «la boca desgarrada».

En toda la tradición del Bafur, el noble y el jefe no sólo llegan a prohibir la práctica de la música en las reuniones públicas, sino que están obligados a la moderación en la expresión o en las palabras. «Hablar demasiado sienta mal en la boca de un *horon*», dice el proverbio. También los griots vinculados a las familias se ven naturalmente llevados a desempeñar un papel de mediadores, o incluso de embajadores, cuando surgen pequeños o grandes problemas. Son la «lengua» de su dueño.

Cuando se hallan vinculados a una familia, o a una persona, generalmente están encargados de la práctica de las costumbres y, principalmente, de los trámites matrimoniales. Un hombre joven y noble, por ejemplo, no se dirigirá directamente a una mujer para hablarle de amor. Encargará de ello a su griot, quien se pondrá en contacto con la muchacha, o con su respectiva griot, para hablarle de los sentimientos de su señor y alabar sus méritos.

Los *diéli* o griots son los agentes activos y naturales de las palabras, pues la sociedad africana está principalmente fundada en el diálogo entre individuos y en la palabra entre comunidades o etnias. Autorizados a tener «dos lenguas en su boca», pueden eventualmente dedicarse, sin que se les tome en cuenta —lo que no podría hacer un noble por no estarle permitido—, a retractarse inopinadamente de su palabra o de una decisión suya. Incluso, a veces, los griots llegan a asumir una falta que no han cometido, a fin de enderezar una situación o dejar en buen lugar la imagen de los nobles.

Sobre los viejos sabios de la comunidad, que están en el secreto, recae el pesado deber de «mirar las cosas desde el ángulo apropiado», pero es a los griots a quienes corresponde realizar lo que los sabios han decidido.



Encargados de informarse y de informar, ellos son los grandes portadores de las noticias, pero también, con frecuencia, los propagadores de los chismes.

Su nombre en bambara, *diéli*, significa «sangre». En efecto, como la sangre, ellos circulan por el cuerpo de la sociedad a la que pueden curar o poner enferma, según que atenúen o aviven sus conflictos por medio de sus palabras y cantos.

Apresurémonos a decir, sin embargo, que se trata aquí de características generales y que no todos los griots son necesariamente descarados o desvergonzados. Al contrario, existen entre ellos hombres a quienes se les llama *Diéli-faama*: «griots-reyes». Estos no van a la zaga de los nobles en materia de valor, moralidad, virtud y sabiduría, y no abusan nunca de los derechos que les otorga la costumbre.

Los griots fueron un gran agente activo del comercio humano y la cultura.

Dotados frecuentemente de una gran inteligencia, desempeñaron un gran papel en la sociedad tradicional de Bafur en razón de su influencia sobre los nobles y jefes. En cualquier ocasión, aun ahora, estimulan y ejercitan el orgullo de clan del noble mediante sus cantos, frecuentemente para obtener regalos, pero también a menudo para dar ánimo a aquél en una difícil circunstancia.

Durante la noche de la víspera que precede a la circuncisión, por ejemplo, animan al niño o al joven a fin de que, por su impasibilidad, sepa mostrarse digno de sus antepasados. «Tu padre<sup>12</sup>, Untel, que murió en el campo de batalla, se tragó “las gachas de hierro al rojo vivo” [las balas] sin pestañear. Yo espero que, mañana, tú no tendrás miedo del cuchillo cortante del herrero»; así se canta entre los peul. En la ceremonia del bastón, o *Soro*, entre los peul bororo del Níger, son los griots quienes sostienen con sus cánticos al muchacho que debe probar su valor y paciencia al recibir sin pestañear y sonriendo los más duros bastonazos sobre el pecho.

Los griots participaron en todas las batallas de la historia al lado de sus señores, cuyo valor fustigaban recordándoles su genealogía y las hazañas de sus padres. Tan grande es el poder de la evocación del nombre para el africano. Además, por la repetición del nombre de su linaje, se saluda y alaba a un africano.

La influencia ejercida por los *diéli* en el transcurso de la historia fue buena o mala según que sus palabras excitasen el orgullo de los jefes y les estimularan a sobrepasar los límites, o según que se las recordasen, como ocurrió frecuentemente, respecto a sus deberes tradicionales.

Como vemos, la historia de los grandes imperios del Africa del Bafur es inseparable de la misión de los *diéli* que merecería, por sí sola, un profundo estudio.

El secreto del poder y de la influencia de los *diéli* sobre los *horon* (nobles) reside en el conocimiento de su genealogía y de la historia de su familia. También algunos de ellos han hecho de ese conocimiento una auténtica especialidad. Esa clase de griots no pertenecen frecuentemente a familia alguna y recorre el país a la búsqueda de informaciones históricas siempre más extensas. Así están seguros de poseer un medio casi mágico de provocar el entusiasmo de los nobles a quienes

<sup>12</sup> «Tu padre», en lengua africana, puede ser también un tío, un abuelo o un antepasado, es decir, toda la línea paterna, incluidos los parientes colaterales.

van a declamar su genealogía, divisas e historias, para recibir de ellos automáticamente importantes regalos. Un noble es capaz de despojarse de todo lo que tiene encima y en su casa para regalárselo a un griot que ha sabido tocarle la cuerda sensible. Allá donde vaya, esos griots genealogistas, están, pues, seguros de encontrar ampliamente su subsistencia.

No hay que creer, sin embargo, que se trata de una «retribución». La idea de retribución por un trabajo es contraria a la noción de *derecho* de los *nyamakala* sobre las clases nobles<sup>13</sup>. Cualquiera que sea su fortuna, los nobles, incluso los más pobres, están obligados tradicionalmente a dar a los *diéli*, como a todo *nyamakala* o *woloso* («cautivo de choza»)<sup>14</sup>, aunque el demandante sea infinitamente más rico que el donante. En general es la casta de los *diéli* la que más mendiga. Mas, cualquiera que sean sus ganancias, el *diéli* es siempre pobre porque gasta sin tasa, ya que cuenta con los nobles para vivir.

«¡Oh! —cantan los griots pediguéños—, la mano del noble no permanece pegada a su cuello por avaricia, sino que está siempre dispuesta a meterse en el bolsillo para dar al que pide». Y si por casualidad el regalo no llega, ¡cuidado con las fechorías del «hombre de la boca rasgada», cuyas «dos lenguas» pueden estropear muchos asuntos y reputaciones!

Desde el punto de vista económico, la casta de los *diéli*, como todas las clases de *nyamakala* y de *woloso*, corre, pues, totalmente a cargo de la sociedad y, en particular, de las clases nobles. La transformación progresiva de las condiciones económicas y costumbres ha hecho poca mella en ese estado de cosas al llegar antiguos nobles o ancianos griots a conseguir funciones retribuidas. Pero la costumbre no por eso ha permanecido menos viviente, arruinándose aún las gentes con ocasión de los festejos de bautizo o matrimonio, con tal de dar regalos a los griots que vayan a animar esas fiestas con sus cánticos. Algunos gobiernos modernos han tratado de poner fin a esa costumbre, pero todavía no lo han conseguido, según mis noticias.

Los *diéli*, por ser *nyamakala*, deben, en principio, casarse entre las clases de *nyamakala*.

Se observa cómo los griots genealogistas, especializados en el conocimiento de la historia de las familias y dotados frecuentemente de una memoria prodigiosa, han podido de modo natural convertirse, en cierto modo, en archiveros de la sociedad africana y, a veces, en grandes historiadores. Pero recordemos que no son los únicos en poseer esos conocimientos. Así pues, se puede, en rigor, llamar a los griots-historiadores «tradicionalistas», pero con la reserva de que se trata de una rama puramente histórica de la tradición, que encierra, por otro lado, muchas otras.

El hecho de nacer griot (diéli) no hace necesariamente del diéli un historiador, pero lo predispone a ello, como no lo hace tampoco, ni mucho menos, un sabio en materias tradicionales, ni un «conocedor». De modo general, la casta de los diéli

<sup>13</sup> «Noble» es una traducción muy aproximada de *Horon*. En realidad, *Horon* es toda persona que no pertenece ni a la clase de los *nyamakala*, ni a la de los *Jon* (o «cautivos»), clase nacida a partir de antiguas capturas de guerra. Los *Horon* tienen como deber asegurar la defensa de la comunidad, dar su vida por ella y asegurar el sustento de otras clases.

<sup>14</sup> *Woloso*, o «cautivo de cabaña», cf. nota 6.

es la que está más alejada de los asuntos iniciáticos, al exigirles silencio, discreción y dominio de su palabra.

La posibilidad de llegar a ser «conocedores» no les está, sin embargo, prohibida, como tampoco a cualquiera otro. Lo mismo que un tradicionalista-*doma* (el «conocedor tradicional» en el verdadero sentido de la palabra) puede ser al mismo tiempo un gran genealogista e historiador, así un griot, como todo miembro de cualquier categoría social, puede llegar a ser tradicionalista-*doma* si sus aptitudes se lo permiten y si ha vivido las iniciaciones correspondientes (a excepción, sin embargo, de la iniciación del *Komo* que le está prohibida).

Hemos citado, en el curso de este estudio, el ejemplo de dos griots «conocedores» que viven actualmente en Malí: Iwa y Banzumana; este último es a la vez gran músico, historiador y tradicionalista-*doma*.

El griot que es al mismo tiempo tradicionalista-*doma* constituye una fuente de informaciones completamente digna de confianza, porque su calidad de iniciado le confiere un alto valor moral y le obliga a no mentir. Se convierte en otro hombre. Es ese «griot-rey» del que he hablado anteriormente, al que se le consulta por su sabiduría y sus conocimientos y que, sabiendo distraer, no abusa nunca de sus derechos habituales.

Cuando un griot relata una historia, uno se pregunta generalmente: «¿Es esa la historia de los *diéli* o la historia de los *doma*?» Se trata de «la historia de los *diéli*»; responden: «¡Es el decir de los *diéli*!». Y se esperan algunos adornos de la verdad, destinados a poner de relieve el papel de tal o cual familia, lo que no haría un tradicionalista-*doma*, deseoso ante todo de tal transmisión verídica.

Hay que hacer una distinción. Cuando se está en presencia de un griot histórico, conviene saber si es un griot ordinario o un griot-*doma*. Hay que reconocer, no obstante, que la base de los hechos es muy pocas veces transformada y sirve de trampolín a una inspiración poética o panegírica que viene, si no a falsearla realmente, al menos a «adornarla».

Conviene disipar un error, cuyas secuelas aparecen en ciertos diccionarios franceses. Se ha pretendido, en efecto, que el griot (*diéli*) es un «hechicero», lo que no corresponde a la realidad. Puede ocurrir que un griot sea *Korté-tigui* («echador de mala suerte»), como puede suceder que sea *doma* («conocedor tradicional»), y eso no porque haya nacido griot, sino porque habrá sido iniciado y habrá adquirido su maestría, buena o mala, en la escuela de un maestro del arte. El error viene, sin duda, de la ambivalencia del término «griot» que en francés designa a veces al conjunto de los *nyamakala* —de los que el *diéli* forma parte— y, con mayor frecuencia, sólo a la casta de los *diéli*.

Ahora bien, la tradición declara que los *nyamakala* son todos *subaa*, término que designa a un hombre versado en los conocimientos ocultos conocidos sólo por los iniciados, un «ocultista» en cierto modo. Y, por otro lado, excluye de esa designación a los *diéli*, que no siguen una vía iniciática propia. Son, pues, los *nyamakala*-artesanos los que son *subaa*. Entre estos últimos, está el *garanké*, trabajador del cuero que goza de una reputación de *subaga*: brujo, en el sentido peyorativo de la palabra.

Casi estoy por creer que los primeros intérpretes europeos han confundido los

dos términos *subaa* y *subaga* (parecidos en la pronunciación) y que la ambivalencia del término «griot» ha hecho el resto.

La tradición que declara que «todos los *nyamakala* son *subaa* [ocultistas]» la habrán comprendido como que «todos los *nyamakala* son *subaga* [brujos]», originando a su vez, al darse el doble uso, colectivo o particular, de la palabra griot: «Todos los griots son brujos». De ahí surge el error.

Sea lo que sea, la importancia del *diéli* no reside en sus eventuales virtudes de brujo, sino en su arte de manejar la palabra, que es además otra forma de magia.

Antes de dejar a los griots, señalemos algunas excepciones con que se les puede confundir. Pueden hallarse algunos tejedores que han dejado de ejercer el oficio tradicional para convertirse en músicos de guitarra. Los peul les llaman *bambaado* (literalmente, «llevados a la espalda»), porque su carga es siempre soportada por un hombre o por la comunidad. Esos *bambaado*, que son siempre narradores, pueden ser también poetas, genealogistas e historiadores.

Algunos leñadores pueden cambiar también sus herramientas por la guitarra y convertirse en excelentes músicos y genealogistas. Bokar Ilo e Idris Ngada, que fueron, según mis noticias, de los grandes genealogistas del Alto Volta, eran leñadores convertidos en músicos. Pero en este caso se trata de excepciones.

Algunos nobles venidos a menos pueden igualmente convertirse en aficionados y en bufones públicos —no músicos, sin embargo<sup>15</sup>— con el nombre de *tiapourta* (tanto en bambara como en peul). Son entonces más descarados y desvergonzados que los más atrevidos de los griots, y nadie toma en serio sus palabras. Piden regalos a los griots, si bien éstos escurren el bulto cuando ven a uno...

Aunque la música es, en general, la gran especialidad de los *diéli*, existe, por otro lado, una música ritual tocada por los iniciados y que acompaña las ceremonias o danzas rituales. Los instrumentos de esa música sagrada son entonces auténticos objetos de culto que permiten la comunicación con las fuerzas invisibles. Según sean de cuerda, viento o percusión, están en relación con los elementos: tierra, aire y agua.

La música propia para «encantar» a los espíritus del fuego es la herencia de la asociación de los comedores de fuego, llamados *Kursi-kolonin* o *Donnga-soro*.

## COMO SE LLEGA A SER TRADICIONALISTA

Como ya hemos indicado, todo el mundo en el Africa del Bafur puede llegar a ser tradicionalista-*doma*, es decir, «conocedor» en una o en varias materias tradicionales. El conocimiento se encontraba a disposición de todos (al estar presente la iniciación por doquier en una forma o en otra) y su adquisición dependía sólo de las aptitudes de cada uno.

El conocimiento estaba tan valorado que tenía prelación sobre todo y confería la nobleza. Así, el conocedor en cualquiera de las materias podía asistir al Conse-

<sup>15</sup> Recordemos que los Horones (nobles), peul o bambara, no interpretan nunca música, al menos en público. Los *tiapourta* han conservado en general esa costumbre.

jo de ancianos encargado de la administración de la comunidad, cualquiera que fuese su categoría social, *horon* (noble), *nyamakala* o *woloso* («cautivo de chozá»). «El conocimiento no conoce raza ni “puerta paterna” [clan] y ennoblece al hombre», dice el proverbio.

La educación africana no era sistemática al modo de la escolaridad europea. Se dispensaba a lo largo de toda la vida. La propia vida era educación.

Hasta la edad de 42 años, el hombre vivía en Bafur como si asistiese a la escuela de la vida, sin «derecho a la palabra» en las asambleas, sino excepcionalmente. Debía seguir todavía «a la escucha» y profundizar los conocimientos que había recibido a partir de su iniciación a los 21 años.

A partir de los 42, se le suponía que ya había asimilado y profundizado las enseñanzas recibidas desde su juventud, adquiría el derecho a la palabra en las asambleas y se convertía a su vez en instructor, a fin de devolver a la sociedad lo que él había recibido. Pero eso no le impedía, si tal era su deseo, continuar instruyéndose al lado de sus mayores y solicitar sus consejos. Un anciano buscaba a otro más anciano o más sabio que él para pedirle información u opinión. «Cada día —se dice— el oído escucha lo que todavía no había oído». La educación podía así durar toda la vida.

Después de aprendido su oficio y seguido la iniciación correspondiente, el joven *nyamakala*-artesano, dispuesto a volar por sus propias alas, iba generalmente de aldea en aldea para aumentar sus conocimientos junto a nuevos maestros. «El que no ha viajado nada ha visto», dicen las gentes. También iba de taller en taller dando una vuelta tan larga al país como le era posible. Los de la montaña descendían a la meseta, los de la meseta subían a la montaña, los del Bélédougou iban al Mandé, etc.

A fin de darse a conocer, el joven herrero en viaje llevaba su fuelle en bandolera; el leñador, su hacha o su azuela; el tejedor llevaba a la espalda su telar desmontado, sobresaliendo por encima de su cabeza la lanzadera o la polea; el zapatero llevaba sus botecillos de colores. Cuando el joven llegaba a una aldea mayor, en la que las corporaciones estaban agrupadas por barrios, se le dirigía automáticamente hacia el barrio de los zapateros, o de los tejedores, etc.

En el transcurso de sus viajes e investigaciones, la adquisición de una cantidad de conocimientos más o menos grande dependía de su destreza, de la calidad de su memoria y, sobre todo, de su carácter. Si era educado, afable y servicial, los viejos le comunicaban secretos que no decían a otros, porque está dicho: «El secreto de los ancianos no se paga con dinero, sino con buenos modales».

El joven *horon* pasa su infancia en el patio de su padre y en la aldea, donde asiste a todas las reuniones, escucha los relatos de cada uno y asimila todo lo que puede. En las sesiones de la tarde de su «asociación por edad», cada niño narra los cuentos que ha escuchado, sean históricos o iniciáticos, pero en este último caso sin comprender todo su alcance. A partir de los siete años, forma parte automática del grupo de iniciación de su aldea y comienza a recibir las enseñanzas de las que ya hemos dicho anteriormente que abarcan todos los aspectos de la vida.

Cuando un anciano refiere un cuento iniciático en una asamblea, desarrolla su simbolismo según la naturaleza y comprensión de su auditorio. Puede narrar un simple cuento maravilloso para niños, que encierra un sentido moral educativo, o

una profunda lección sobre los misterios de la naturaleza humana y de sus relaciones con los mundos invisibles. Cada uno retiene o comprende según sus aptitudes.

Lo mismo ocurre con los relatos históricos que animan las reuniones, en los que se evoca hasta en sus menores detalles los hechos y hazañas de los ancianos o de los héroes del país. El extranjero de paso narrará los relatos de los países lejanos. Así, el niño está rodeado de un ambiente cultural particular del que se impregna en función de las cualidades de su memoria. Historia, cuentos, fábulas, refranes y máximas jalonan sus jornadas.

En general, el joven *horon* no se expatría, al ser destinado a la defensa del país. Participa en los trabajos de su padre, que puede ser agricultor, cantero o ejercer cualquier otra actividad reservada a la clase de los *horon*. Si es peul, sigue en el campamento de sus padres, aprende desde muy temprano a guardar él solo los rebaños en pleno monte, tanto de noche como de día, y recibe la iniciación peul unida al simbolismo de los bóvidos.

De modo general, no se llega a ser tradicionalista-*doma* permaneciendo en la propia aldea.

Un curandero que quiera profundizar sus conocimientos deberá viajar para conocer las diferentes clases de plantas e instruirse al lado de otros conocedores en la materia.

El hombre que viaja descubre y vive otras iniciaciones, observa las diferencias o semejanzas y amplía el campo de su comprensión. Por todas partes donde pase participa en las reuniones, escucha relatos históricos, se entretiene al lado de un transmisor cualificado en iniciación o en genealogía, y toma así contacto con la historia y las tradiciones de los países que atraviesa. Se puede decir que el que ha llegado a tradicionalista-*doma* ha sido durante toda su vida un investigador y un preguntón, y jamás deja de serlo.

El africano de la sabana viajaba mucho. De ello resultaba un intercambio y circulación de los conocimientos. Por eso, la memoria histórica colectiva, en Africa, está pocas veces limitada a un solo territorio. Más bien se halla unida a los linajes o a las etnias que han emigrado a través del continente. Numerosas caravanas atraviesan el país, utilizando una red de caminos especiales protegidos tradicionalmente por los dioses y los reyes, caminos por los que se iba seguro de no ser perseguido ni atacado. De otro modo se hubiera estado expuesto a un ataque o a violar sin saberlo alguna prohibición local, pagando por ello muy caro las consecuencias. Al llegar a un país desconocido, los viajeros iban a «encomendar su cabeza» a un notable que se convertía así en garante suyo, porque «tocar al «extraño» de cualquiera es tocar al huésped de uno mismo».

El gran genealogista siempre es necesariamente un gran viajero. Aunque un griot puede limitarse a conocer la genealogía de la familia a la cual está vinculado, el verdadero genealogista —sea griot o no— deberá necesariamente, con vistas a aumentar sus conocimientos, circular a través del país para informarse sobre las principales ramificaciones de una etnia determinada, y después irse al extranjero para conocer la historia de las ramas emigradas.

Así es como Molom Gaolo, el mayor genealogista peul que he conocido, poseía la genealogía de todos los peul del Senegal. Como su avanzada edad no le

permitía ya desplazarse, envió a su hijo, Mamadú Molom, a continuar su investigación al lado de las familias peul emigradas a través de Sudán (Malí) con al-Hādjǧ'Umar. En la época en que conocí a Molom Gaolo, había podido reunir y retener la historia pasada de unas cuarenta generaciones.

Tenía por costumbre asistir a todos los bautizos o funerales de las familias importantes a fin de registrar las circunstancias de los nacimientos y de las defunciones, que añadía a las listas depositadas en su fabulosa memoria. También podía decir a cualquier personaje peul: «Tú eres el hijo de fulano, nacido de mengano, descendiente de zutano, vástago de perengano, etc., muertos en tal lugar, por tal motivo, enterrados en tal sitio, etc.»; o bien: «Fulano fue bautizado tal día, a tal hora, por tal morabito...». Naturalmente, todos esos conocimientos eran, y lo son todavía, transmitidos oralmente y registrados sólo en la memoria de un genealogista. No podemos hacernos una idea de lo que la memoria de un «iletrado» pueda almacenar. Un relato escuchado una sola vez es grabado como en una matriz, por lo que resurgirá desde la primera hasta la última palabra cuando la memoria lo solicite.

Molom Gaolo murió a la edad de 105 años, hacia 1968, creo. Su hijo, Mamadú Gaolo, tiene hoy 50 años y vive en Malí, donde prosigue el trabajo de su padre con los mismos medios puramente orales, siendo también él iletrado.

Wahab Gaolo, contemporáneo de Mamadú Gaolo y también muy vivaz, ha proseguido por su parte una investigación sobre las etnias fulfuldófonas (peul y todocolor) en Chad, Camerún, Centroáfrica y hasta en el Zaire, para informarse sobre la genealogía y la historia de las familias emigradas a esos países.

Los Gaolo no son diéli (griots); sino una etnia fulfuldófona, asimilada a la clase de los *nyamakala* y que goza de las mismas prerrogativas. Más habladores y declamadores que músicos (excepto sus mujeres que cantan acompañándose de instrumentos rudimentarios), pueden ser narradores y bufones, figurando entre ellos muchos genealogistas.

Entre los marka (etnia del Mandé), los genealogistas se llaman *Guesséré*, del nombre de su etnia vinculada a los marka. Quien dice genealogista dice, por eso mismo, historiador, porque un buen genealogista conoce la historia, hechos y hazañas de cada uno de los personajes citados, por lo menos, los más importantes. Esa ciencia está en la base misma de la historia de África, ya que, si uno se interesa tanto por la historia, no es por las fechas, sino por la genealogía, para poder describir el desplazamiento, a través del tiempo y el espacio, de una familia, un clan o una etnia determinados.

En África, cada uno es siempre un poco genealogista y capaz de remontarse bastante atrás en su propio linaje. Si no, estaría como privado de la «tarjeta de identidad». Antiguamente, en Malí, no había nadie que no conociese al menos diez o doce generaciones de sus antepasados. Entre todos los viejos todocolor llegados a Mazina con al-Hādjǧ'Umar, no había ni uno solo que no conociese su genealogía en Futa-Senegal (país de origen) y que no supiese cómo conectar con las familias que habían quedado allá lejos. Son aquellos a los que Mamadú Molom, hijo de Molom Gaolo, fue a consultar a Malí para continuar la investigación de su padre. La genealogía era, pues, a la vez sentimiento de identidad, medio de exaltar la gloria familiar y recurso en caso de litigio. Un

conflicto por un terreno, por ejemplo, podía arreglarse gracias al genealogista que precisaba qué antepasado había desbrozado y después cultivado ese terreno, a quién lo había dado, en qué condiciones, etc.

También ahora se encuentran en la población muchos conocedores en genealogía e historia que no pertenecen ni a la clase de los griots ni a la de los gaolo. En ellos existe, para la historia de Africa, una fuente considerable de informaciones, al menos durante un cierto tiempo aún.

Cada patriarca es un genealogista para su propio clan y además, junto a ellos, griots o gaolos van frecuentemente a enterarse para completar sus informaciones.

De modo general, cada anciano en Africa es siempre «conocedor» en una materia o en otra, histórica o tradicional.

Así pues, griots y gaolos no tienen en absoluto la exclusividad de los conocimientos genealógicos, pero ellos solos tienen la especialidad de «declamarla» junto a los nobles para obtener sus dádivas.

## INFLUENCIA DEL ISLAM

Las particularidades de la memoria africana y las modalidades de su transmisión oral no han sido afectadas por la islamización que ha alcanzado en gran parte a los países de la sabana o del antiguo Bafur. En efecto, por todas partes por donde el Islam está extendido no ha adaptado la tradición africana a su propio pensamiento, sino que él mismo se ha adaptado a la transmisión africana desde el instante —lo que ocurría con frecuencia— en que ésta no violaba sus principios fundamentales. La simbiosis realizada fue tan grande que a veces es difícil distinguir lo que pertenece a una u otra tradición.

Cuando la gran familia árabe-berebere de los Kunta hubo islamizado el país, mucho antes del siglo XI, tan pronto como los autóctonos aprendieron el árabe, aquéllos decidieron servirse de las tradiciones ancestrales para transmitir y explicar el Islam.

Así, se pueden ver grandes escuelas islámicas puramente orales que enseñan el Islam en las lenguas autóctonas, a excepción del Corán y de los textos que forman parte de la oración canónica.

Entre otras muchas citaré la escuela oral de Djelgodji (llamada Kabé), la escuela de Barani, la de Amadú Fodia, en Farimaké (zona de Niafunké, en Malí), la de Mohamed Abdulaye Suadu, de Dilli (zona de Nara, Malí), la escuela del jeque Usman dan Fodio, en Nigeria y Níger, donde toda la enseñanza se impartía en peul. Más cercanas a nosotros, la Zauia de Tierno Bokar Salif, en Bandiagara, y la escuela de Sheikh Salah, gran morabito dogon, siempre pujante.

Para dar una idea de las capacidades de la memoria africana, digamos que la mayor parte de los niños al salir de las escuelas coránicas era capaz de recitar todo el Corán de memoria, en árabe y en la salmodia preferida, sin comprender el sentido.

En todas esas escuelas, los principios básicos de la tradición africana no eran rechazados, sino, al contrario, utilizados y explicados a la luz de la revelación coránica. Tierno Bokar, que era a la vez tradicionalista en materia africana y en Islam, se ilustró en la aplicación profunda de ese método de enseñanza.



Independientemente de una común visión sacra del universo y de una misma concepción del hombre y su familia, se encontraba, en una y otra tradición, el mismo afán por citar siempre sus fuentes (*isnad*, en árabe) y no cambiar nada las palabras del maestro, el mismo respeto a la cadena de transmisión iniciática (*silsila*, o «cadena», en árabe) y el mismo sistema de vías iniciáticas (las grandes congregaciones sufíes), o *tarika* (plural *turuk*), cuya «cadena» se remonta hasta el Profeta mismo y permite profundizar, por experiencia, los datos de la fe.

A las categorías conocidas de los «conocedores» tradicionales se unieron las de los morabitos (letrados en árabe o en jurisprudencia islámica) y de los grandes jéques del Sofisma, mientras que las estructuras de la sociedad (castas y oficios tradicionales) eran conservadas, hasta en los ambientes más islamizados, y continuaban transmitiendo sus iniciaciones particulares. El conocimiento en materias islámicas constituía una nueva fuente de ennoblecimiento. Así, Alfa Ali, muerto en 1958, gaolo de nacimiento, era la mayor autoridad en materia islámica de la zona de Bandiagara, así como toda su familia antes de él, y su hijo después<sup>16</sup>.

## HISTORIA DE UNA RECOGIDA DE DATOS

Para poner un ejemplo práctico del modo como los relatos históricos o de otra clase viven y se conservan con rigurosa fidelidad en la memoria colectiva de una sociedad con tradición oral, referiré cómo he podido reunir, únicamente partiendo de la tradición oral, los elementos que me han permitido redactar la historia del *Empire peul du Macina au XVIII siècle*<sup>17</sup>.

Al pertenecer a la familia Tidjani, jefe de provincia, me he encontrado desde mi infancia en las mejores condiciones para escuchar y retener. En efecto, la casa de mi padre Tidjani, en Bandiagara, estaba siempre llena de gente. Se celebraban grandes reuniones en ella día y noche, tratando cada uno las materias más diversas de la tradición.

La familia de mi padre había estado íntimamente inmersa en los acontecimientos de la época, por lo que los relatos se referían frecuentemente a la historia y cada uno contaba un episodio conocido de una batalla o de un suceso notable. Yo estaba presente siempre en esas reuniones sin perder una palabra, y mi memoria, como cera virgen, lo registraba todo.

Desde mi tierna infancia, conocía allí a Koullé, el gran narrador, genealogista e historiador fulfuldófono. Le seguía a todas partes, aprendiendo de él muchos cuentos y relatos que estaba orgulloso de narrar después a mis compañeros de mi asociación de edad, tanto que me nombraron *amkoullé*, que significa «pequeño Koullé».

Circunstancias independientes a mi voluntad me llevaron, siguiendo a mi familia, a visitar países en los que pude estar siempre en relación con grandes

<sup>16</sup> De modo general, la islamización, que llegaba del norte y del este, afectó más particularmente a los países de la sabana, mientras que la cristianización, que venía por mar, ha afectado más a las regiones forestales de la costa. Yo no puedo hablar de encuentro entre tradición y cristianismo, ya que no estoy informado en esa materia.

<sup>17</sup> Amadou Hampate Ba y J. Daget, 1962.

tradicionalistas. Así, cuando mi padre fue obligado a residir en Buguni, donde Koulel nos había seguido, tuve conocimiento del gran *doma* bambara Danfo Siné y, después, de su hijo menor Latif.

Más tarde, en Bamako y en Kati, la casa de mi padre Tidjani casi estaba reconstruida y los tradicionalistas venían de todos los países para reunirse con él, sabiendo que allí encontrarían a otros «conocedores» con los cuales podrían contrastar o incluso ampliar sus propios conocimientos, porque siempre se encuentra a alguien más sabio que uno mismo.

Allí comencé a aprender muchas cosas referentes a la historia del Imperio peul de Macina, tanto en la versión Macinanké (es decir, de las gentes originarias de Macina y partidarias de la familia de Sheiku Amadú), como en la versión de los Todocolor, sus antagonistas, e incluso de otras etnias (bambara, marka, soninké, songhai, etc.) que han participado o asistido a los acontecimientos.

Partiendo así de una base personal bien preparada, emprendí más tarde la recogida sistemática de informaciones. Mi método consistió en tomar nota primero de todos los relatos sin preocuparme de su veracidad o de su posible exageración. Después confrontaba los relatos de los macinanké con los de los todocolor o de las otras etnias interesadas. Siempre se puede encontrar así, en cada región, etnias cuyos relatos permiten controlar las declaraciones de los principales interesados.

Fue un trabajo de larga duración. La recogida de esas informaciones me costó más de quince años de trabajo y desplazamientos que me condujeron desde Futa-Djalon (Guinea) hasta Kano (Nigeria), a fin de rehacer todos los viajes y el camino recorrido tanto por Sheiku Amadú como por al-Ḥādjij 'Umar.

De ese modo registré los relatos de, al menos, mil informadores y finalmente sólo conservé las declaraciones concordantes, las que coincidían tanto con las tradiciones macinanké y todocolor como con las de las otras etnias interesadas, cuyas fuentes he citado en el libro.

He podido comprobar que, en conjunto, los mil informadores habían respetado la verdad de los acontecimientos. La trama del relato era en todas partes la misma. Las diferencias, que no afectaban más que a pequeños detalles, se debían a la calidad de memoria o a la inspiración particular del narrador. Según la pertenencia étnica de éste, podía tener tendencia a minimizar algunas derrotas o a tratar de encontrarles una excusa, pero no transformaba los datos básicos. Podía ocurrir que un narrador, bajo la influencia de una música de acompañamiento, se dejase llevar un poco por su entusiasmo, pero el entramado seguía siendo el mismo: lugares, batallas, victorias y derrotas, entrevistas y palabras intercambiadas, conversaciones mantenidas por los principales personajes, etc.

Esa experiencia me demostró que la tradición oral era plenamente válida desde el punto de vista científico. No sólo es posible, como yo lo he hecho, comparar entre sí las versiones de diferentes etnias a fin de ejercer un control, sino que la sociedad misma ejerce un autocontrol permanente. Ningún recitador podría, en efecto, permitirse el transformar los hechos, porque siempre habría a su alrededor compañeros o personas mayores que notarían inmediatamente el error y le echarían en cara la grave acusación de mentiroso.

El profesor Montet me dijo un día que, al plasmar en el *Empire peul du Macina*

relatos recogidos cincuenta años antes por su padre, ni una sola palabra había variado. ¡Eso da idea de la fidelidad de conservación de los datos en la tradición oral!

## CARACTERISTICAS DE LA MEMORIA AFRICANA

Entre todos los pueblos del mundo, se ha comprobado que los que no escribían poseían la memoria más desarrollada.

He citado el ejemplo de los genealogistas capaces de retener una cantidad increíble de elementos, pero se podría citar igualmente el de algunos comerciantes iletrados (conozco aún a muchos) que manejan negocios, a veces de decenas de millones, que prestan dinero a numerosas personas en el curso de sus desplazamientos y que conservan en la cabeza la contabilidad más exacta de todos esos movimientos de mercancía y dinero sin la menor nota escrita ni cometer el más mínimo error.

El dato que retener se inscribe en la memoria del tradicionalista de un solo golpe, como en cera virgen, y queda constantemente disponible en su totalidad <sup>18</sup>.

Una de las particularidades de la memoria africana es la de restituir el acontecimiento o el relato registrado, en su totalidad, como un filme que se desarrolla desde el principio hasta el final, y de restituirlo como si sucediese ahora. No se trata de una rememoración, sino de la *reposición actual* de un acontecimiento pasado en el que todos, narrador y oyentes, participan.

Todo el arte del narrador está ahí. No es narrador el que no llega a referir algo tal como ha sucedido en vivo, de tal manera que sus oyentes, como él mismo, se conviertan en los testigos, vivientes y activos. Ahora bien, todo africano es relativamente narrador. Cuando un extranjero llega a una aldea, saluda y dice: «Yo soy vuestro extranjero». Y se le responde: «Esta casa se te abre. Entra en paz». Después, se le dice: «Danos noticias». Entonces, él refiere toda su historia desde la salida de su casa, todo lo que ha visto y oído, lo que le ha sucedido, etc., de tal modo que sus oyentes asisten a su viaje y lo reviven con él. Por eso el modo verbal del relato está siempre presente.

En general, la memoria africana registra toda la escena: el decorado, los personajes, sus palabras y hasta sus vestidos, en los menores detalles. En los relatos de guerra de los todocolor, se sabe qué «boubou» bordado llevaba el gran héroe Umarel Samba Dondo en tal batalla, cuál era su palafrén y lo que ha sido de él, cuál era el nombre de su caballo y lo que le ha ocurrido, etc. Todos esos detalles animan el relato y contribuyen a que la escena se haga viviente.

Por eso, el tradicionalista no puede «resumir», o lo hace con mucha dificultad.

<sup>18</sup> Parecido a ese fenómeno es el hecho de que las facultades sensoriales del hombre están más desarrolladas cuando éste se halla obligado a servirse de ellas intensamente, y se atrofian en la vida moderna. El cazador africano tradicional, por ejemplo, es capaz de oír y de identificar algunos ruidos que llegan de varios kilómetros. Su visión es particularmente aguda. Algunos son capaces de «sentir» el agua, sin varita, como los brujos. Los tuareg del desierto poseen un sentido de la orientación que raya casi en el milagro, etc. En tanto que el hombre moderno, inmerso por todas partes en el ruido y las informaciones, ve atrofiarse progresivamente sus facultades. Médicamente está probado que el hombre de las ciudades cada vez oye menos.

Elo.  
↓  
x

Si se le pide que resuma una escena, eso equivale para él a escamotearla. Ahora bien, no tiene tradicionalmente derecho a hacerlo. Cada detalle tiene su importancia para la verdad del conjunto. Refiere el acontecimiento en su totalidad o no lo cuenta. A semejante petición responderá: «Si no tienes tiempo de escucharme, te lo contaré otro día».

Del mismo modo, nunca temerá repetirse. Nadie se cansará de escucharle referir la misma historia. En los mismos términos, tal y como quizá la ha contado numerosas veces. Cada vez, es la totalidad del filme la que se proyecta de nuevo. El acontecimiento está allí, restituido. El pasado se hace presente. La vida no se resume.

En rigor se puede abreviar un relato para los niños, recortando algunas secuencias, pero entonces no será tenido por verdadero. Cuando se trata de adultos, se refiere un hecho completo o no se cuenta.

Esa particularidad de la memoria africana tradicional, unida a un contexto de tradición oral, es ya en sí una garantía de autenticidad.

En cuanto a la memoria de los tradicionalistas, y particularmente de los tradicionalistas-*doma* o «conocedores», engloba vastos dominios de los conocimientos tradicionales y constituye una auténtica biblioteca en la que los archivos no están «clasificados» sino totalmente inventariados.

Para un espíritu moderno, eso es un caos, pero para los tradicionalistas, si hay caos, es como ocurre con las moléculas de agua que se mezclan en el mar para formar un todo viviente. En ese mar evolucionan con la facilidad de un pez en el agua.

Las fichas inmateriales de la tradición oral son las máximas, refranes, cuentos, leyendas, mitos, etc., que constituirán bien un bosquejo que hay que desarrollar, bien una introducción en la materia para un relato didáctico antiguo o improvisado. Para los cuentos, por ejemplo, y en particular los cuentos iniciáticos, hay una trama básica que no varía nunca, pero a partir de la cual el narrador puede añadir adornos, desarrollos o enseñanzas apropiadas a la comprensión de su auditorio. Lo mismo ocurre para los mitos, que son compendios de conocimientos en una forma sintética que el iniciado puede desarrollar siempre o profundizar de cara a sus alumnos.

Conviene estar atento al contenido de los mitos y no «catalogarlos» demasiado rápidamente. Los mitos pueden encubrir realidades de orden muy diverso e incluso ser escuchados a veces en varios niveles al mismo tiempo.

Aunque algunos se refieren a conocimientos esotéricos y «tapan» el conocimiento al mismo tiempo que lo transmiten a través de los siglos, otros pueden tener una relación con acontecimientos reales. Citemos el ejemplo de *Thianaba*, la serpiente mítica peul, cuya leyenda describe las aventuras y migración a través de la sabana africana desde el océano Atlántico. El ingeniero Belime, que fue encargado, hacia el año 1921, de edificar la presa de Sansanding, tuvo la curiosidad de seguir por las huellas las indicaciones geográficas de la leyenda que le habían sido referidas por Hammadi Djenngoudo, gran «conocedor» peul. Y tuvo la sorpresa de descubrir así el trazado del antiguo lecho del río Níger.

## CONCLUSION

La época presente es, para Africa, la de la complejidad y la dependencia. Mundos, mentalidades y tiempos diferentes se superponen en ella, interfiriéndose unos a otros, influenciándose a veces y no siempre comprendiéndose. El siglo xx se roza allí con la Edad Media; Occidente se codea allí con Oriente; el cartesianismo, particular modo de «pensar» el mundo, se mezcla allí con «el animismo», manera particular de vivirlo y experimentarlo en todo su ser.

Los jóvenes dirigentes «modernos» administran, con mentalidades y sistemas de leyes o ideologías directamente heredados de modelos extranjeros, pueblos y realidades que competen a otras leyes y mentalidades. Por ejemplo, en la mayor parte de los territorios de la antigua Africa occidental francesa, el código jurídico elaborado inmediatamente después de la independencia por nuestros jóvenes juristas, recién salidos de las universidades francesas, está pura y simplemente calcado del Código napoleónico. De esto resulta que la población, regida hasta entonces por costumbres sagradas heredadas de los antepasados y que habían asegurado la cohesión de su sociedad, no comprende por qué se la juzga y condena en nombre de una «costumbre» que no es la suya, que no conoce y que no corresponde a las realidades profundas del país.

Todo el drama de lo que yo llamaría «Africa básica» es estar dirigida frecuentemente por una minoría intelectual que no la comprende ya, y según unos principios que no le corresponden.

Para la nueva intelectualidad africana, formada en las disciplinas universitarias europeas, la tradición ha dejado con mucha frecuencia de vivir. ¡Eso son «historias de viejos»! Conviene decir, sin embargo, que una importante fracción de la juventud culta siente cada día más, desde hace algún tiempo, la necesidad apremiante de volverse hacia las tradiciones ancestrales y comprometerse con los valores fundamentales a fin de reencontrar sus propias raíces y el secreto de su profunda identidad.

En cambio, en el «Africa básica» que vive frecuentemente lejos de las grandes ciudades —islotas de Occidente—, la tradición ha permanecido viviente y aún se puede encontrar, como he indicado con anterioridad, un gran número de sus representantes o depositarios. Pero ¿por cuánto tiempo aún?

El gran problema del Africa tradicional es, en efecto, el de la ruptura en la transmisión.

La primera gran ruptura, en las antiguas colonias francesas, tuvo lugar con la guerra de 1914 al haber sido enrolada la mayor parte de los jóvenes para ir a combatir a Francia, de donde muchos no volvieron. Esos jóvenes abandonaron el país en la época en que deberían haber experimentado las grandes iniciaciones y profundizado sus conocimientos bajo la dirección de los mayores.

El envío obligatorio de los hijos de notables a las «escuelas de blancos» para desgajarlos de la tradición favoreció igualmente ese proceso. La preocupación mayor de la potencia colonial —y eso se comprende perfectamente— era, en efecto, arrancar tanto como fuera posible las tradiciones autóctonas para plantar en su lugar sus propias concepciones. Las escuelas, laicas o religiosas, fueron los instrumentos esenciales de esa obra de zapa.

La educación «moderna» recibida por nuestros jóvenes después de acabada la Segunda Guerra Mundial terminó el proceso y creó un auténtico fenómeno de aculturización.

La iniciación, al huir de las grandes ciudades, se refugió en el campo, donde los «ancianos», debido a la atracción de ellas y de las nuevas necesidades, encuentran cada vez menos en torno a ellos los «oídos dóciles» a los que transmitir sus enseñanzas, porque éstas no pueden darse, según la expresión consagrada, más que «de boca odorífera a oído dócil bien limpio» (es decir, bien receptivo).

Actualmente nos encontramos, pues, para todo lo que se refiere a la tradición oral, ante la última generación de los grandes depositarios. Por eso, el esfuerzo de recogida debe intensificarse en los diez o quince próximos años, tras los cuales los últimos grandes monumentos vivientes de la cultura africana habrán desaparecido y, con ellos, los tesoros irremplazables de una enseñanza particular, a la vez material, psicológica o espiritual, fundada en el sentimiento de la unidad de la vida y cuyas fuentes se pierden en la noche de los tiempos.

Para llevar a buen término ese trabajo de recogida, el investigador deberá armarse de mucha paciencia y convencerse de que tiene que poseer «un corazón de tórtola, una piel de cocodrilo y un estómago de avestruz».

«Un corazón de tórtola» para no disgustarse nunca ni arrebatare, aun cuando le digan cosas desagradables. Si se rehúsa su pregunta, es inútil insistir, o tocar otro tema. Una disputa aquí tendrá repercusiones en otro lugar, mientras que una salida discreta hará que os echen de menos y os vuelvan a llamar.

«Una piel de cocodrilo» para poder tumbarse en cualquier lugar, sobre cualquier objeto y sin andar con remilgos.

En fin, «un estómago de avestruz» para poder comer cualquier cosa, sin perturbaros ni hacer ascos.

Pero la condición más importante es saber renunciar a juzgar todo según los propios criterios. Para descubrir un mundo nuevo, hay que saber olvidar el propio mundo, de lo contrario no se hace más que transportar el mundo con uno mismo sin que se esté «a la escucha».

El Africa de los viejos iniciados previene al joven investigador por boca de Tierno Bokar, el sabio de Bandiagara:

*Si quieres saber lo que soy,  
si quieres que te enseñe lo que sé,  
deja momentáneamente de ser lo que eres  
y olvida lo que sabes.*

# LA ARQUEOLOGIA AFRICANA Y SUS TECNICAS. METODOS DE DATACION

Z. ISKANDER

Cuando el arqueólogo descubre un objeto curioso, comienza generalmente su investigación a nivel puramente arqueológico; registra la capa donde la muestra ha sido encontrada; descifra, llegado el caso, el texto que la acompañaba; describe su forma, evalúa sus dimensiones, etc. Los datos así obtenidos serán entonces estudiados en el plano de la estratigrafía, de la filología y de la tipología; de ello resultarán informaciones arqueológicas importantes en cuanto a la antigüedad, a los orígenes, etc. Sin embargo, en la mayor parte de los casos, el arqueólogo se encuentra en la incapacidad de obtener los datos que aportarían una respuesta a sus preguntas o le ayudarían a establecer las conclusiones deseables. También debe recurrir a otras disciplinas para completar su investigación científica. Semejante investigación puede proporcionarle las informaciones requeridas sobre la materia del objeto, su origen, la técnica de su fabricación, su edad, el uso al que estaba destinado, etc. Conviene, no obstante, subrayar que esas investigaciones apenas son más que un ángulo nuevo bajo el que el arqueólogo enfoca el estudio de tal problema particular; los datos científicos deben formar un todo con las consideraciones de orden estilístico, filológico y estratigráfico<sup>1</sup>.

El estudio de las capas geológicas subyacentes, con exclusión de las excavaciones, y la conservación de monumentos y vestigios descubiertos son otros temas en los que las técnicas científicas pueden igualmente ayudar a la arqueología.

Las técnicas científicas utilizadas por la arqueología tienen el mérito de ser universales. Se aplican en Africa exactamente como en Europa, Asia o América, recurriendo a veces a métodos específicos. Es ese un tema amplísimo. Trataremos también los puntos siguientes en su conjunto sin entrar en demasiados detalles de laboratorio:

- Técnicas analíticas empleadas en arqueometría.
- Objetivos arqueométricos de la investigación y del análisis.

---

<sup>1</sup> Hall, E. T., 1970, págs. 135-141.

- Técnicas de datación.
- Técnicas utilizadas por la investigación arqueológica.
- Técnicas de conservación.

## TECNICAS ANALITICAS EN ARQUEOMETRIA

Las técnicas de análisis se han desarrollado de tal modo que es a veces difícil elegir la que convendría utilizar sobre tal muestra para obtener la información buscada. Los apartados que siguen consideran todos los aspectos del problema.

### ELECCION DEL METODO DE ANALISIS

Las muestras arqueológicas son doblemente valiosas. En efecto, la cantidad de muestras disponibles es generalmente tan restringida que a penas cubre las necesidades de un análisis completo, y es posible que no se pueda asegurar su sustitución aunque se las utilice en su totalidad. Por otra parte, conviene conservar la muestra, al menos en parte, con fines de consultas o de exposiciones futuras. Por consiguiente, se procederá con el mayor cuidado en los análisis arqueométricos a fin de obtener las informaciones más importantes. Los criterios que dictan la elección de tal o cual técnica pueden ser resumidos como sigue<sup>2</sup>:

#### *Importancia de la muestra disponible*

Cuando la colección de muestras disponibles sea suficientemente importante, se procederá con preferencia al análisis químico en medio acuoso para determinar el porcentaje de los principales constituyentes. El análisis atómico puede ser utilizado para establecer los porcentajes de metales alcalinos, como el sodio, el potasio y el litio. Para los elementos y los compuestos imponderables (huellas) los análisis por fluorescencia o difracción de rayos X son preferibles, ya que sus resultados comportan un margen de error del 10 al 20 por ciento.

Si sólo se dispone de una cantidad mínima de muestras, y aunque sea necesario analizar varios elementos, convendrá recurrir a la espectrofotometría o a la difracción de rayos X. Cuando al arqueólogo le sea imposible disponer de un espécimen por pequeño que sea, la sustancia a analizar será tratada por la espectrometría o la fluorescencia si su volumen y forma permiten su utilización.

#### *Variedad de las sustancias analizables*

La variedad de los vestigios arqueológicos es considerable. Algunos, tales como alimentos, ungüentos, resinas, aceites, ceras, etc., son más o menos orgánicos. Otros — metales, pigmentos, cerámicas, vidrio, yeso, etc. — son inorgánicos.

<sup>2</sup> Hall, E. T., *op. cit.*



Las sustancias orgánicas están generalmente sujetas al tratamiento por el fuego, a la saponificación, a la disolución, a las radiaciones infrarrojas, a los análisis térmicos y cromatográficos; están asimismo sometidas a los análisis normales en medio acuoso, a la espectrometría, a la fluorescencia y a la difracción de rayos X, o también a la activación por medio de neutrones, según el tipo de información buscada.

### *Tipo de información buscada*

A fin de economizar tiempo y gastos, se procederá al análisis conforme a un programa establecido con el arqueólogo con vistas a obtener las respuestas a cuestiones específicas. Así, el bronce y el cobre antiguos tienen la misma apariencia. Sólo el estaño permite diferenciarlos: generalmente se trata una fracción de la muestra con una solución de ácido nítrico concentrado; el precipitado de ácido metastáptico blanquecino que resulta de ello se diluye luego con agua destilada. Esta sencilla prueba está al alcance de todo arqueólogo. Asimismo, los minerales de plomo servían antiguamente en Egipto para la vitrificación de las cerámicas. También el plomo bastaba para determinar aproximadamente la fecha de fabricación del objeto vitrificado.

## PRESENTACION DE LOS RESULTADOS

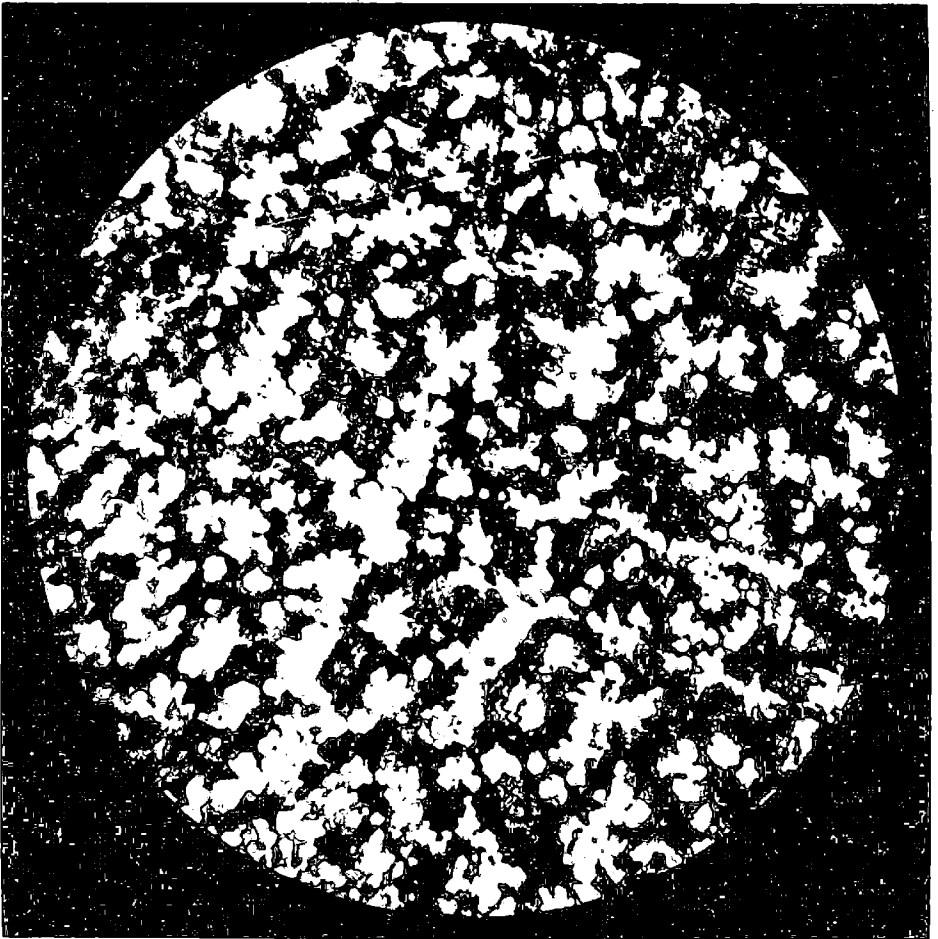
Los arqueólogos llamados a estudiar los resultados de los exámenes científicos y a utilizarlos en sus comentarios y conclusiones son pocas veces científicos. Conviene, pues, presentarles esos resultados en forma fácilmente comprensible. Así, la evaluación en submúltiplos de gramo en tal o cual elemento de una muestra de 100 gramos deberá dar lugar a la presentación de todos los resultados conforme a una noción universalmente asimilable: la de los porcentajes. Esa sustitución tendría el mérito de facilitar la comparación entre los resultados de varios laboratorios.

## METODOS DE EXAMEN Y ANALISIS

En el marco de estas consideraciones, vamos a indicar a continuación importantes procedimientos de análisis utilizados en arqueometría.

### *Examen microscópico*

Un examen con la ayuda de una simple lupa (10 x ó 20 x) es con frecuencia muy útil para conseguir una primera impresión de un objeto o de una muestra antigua. Es preferible una lupa binocular dotada de un aumento de 7 x, 10 x ó 20 x y de un espacio amplio entre objetivo y plano focal. Ese dispositivo permite el examen de cavidades profundas en las que una lupa ordinaria no podría entrar.



● 1. Microfotografía de una sección de ancla de cobre, procedente del barco de Cheops, en Gizeh.

● 2. Reproducción de una fotografía del torso (de frente) de la momia de la reina Nedjemet (21 dinastía), Museo de El Cairo.



2

Se obtienen datos más precisos con ayuda de un microscopio compuesto que tenga una lente de 100, 200, 400 ó 1.250 x, sumergida en aceite. Puede practicarse el examen al microscopio con los fines siguientes:

— *identificación*: en la mayor parte de los casos es posible identificar una muestra determinada (en el estado puro o compuesto de elementos heterogéneos) estudiando al microscopio la textura o particularidades cristalinas en sus componentes,

— *análisis cualitativo*: las técnicas actuales permiten la precipitación, disolución, observación de la evolución gaseosa y de otros procedimientos aplicables a un fragmento ínfimo de la muestra<sup>3</sup>. A título de ejemplo, si se humedece el fragmento de una muestra colocado sobre una plaqueta de cristal, se seguirá o no de ello una disolución. A la posible disolución se le añade una gota de nitrato de plata; si aparece un precipitado blanquecino insoluble en ácido nítrico, se puede deducir la presencia de un anión de cloruro;

— *análisis cuantitativo*: los métodos microscópicos adquieren todo su valor en los análisis cuantitativos de combinaciones heterogéneas complejas difíciles de realizar por los procedimientos químicos ordinarios<sup>4</sup>. Y permiten determinar el número y tamaño de los diferentes componentes. Por poco que se conozca la densidad de cada uno de ellos, sus porcentajes volumétricos pueden entonces ser convertidos en porcentajes ponderables<sup>5</sup>.

### *Radiografía*

La radiografía es muy útil en el examen de las obras de arte; permite descubrir la presencia de cuerpos extraños en el interior de una momia aún envuelta en sus bandas, o la de incrustaciones decorativas bajo las capas de bálsamos, etc. Tales informaciones ayudan a determinar la técnica a seguir cuando se quitan las bandas; son valiosas para la conservación de objetos metálicos y sirven en el curso de los estudios científicos y arqueológicos. Así, en el Museo de El Cairo, la radiografía de las momias reales ha revelado que, entre aquellas a las que se les había quitado las bandas, algunas contenían aún joyas que espesas capas de resina habían disimulado hasta entonces a las miradas de los investigadores<sup>6</sup>.

### *Determinación del peso específico*

En la antigüedad, el oro contenía generalmente plata o cobre. Los objetos de oro son tan valiosos, que casi nunca se debería haber cogido ninguna partícula con vistas a un análisis. Por ello, Caley pensó utilizar en esos casos la determinación del peso específico; el procedimiento no encierra peligro alguno de deteriora-

<sup>3</sup> Ewing, G., 1954, pág. 411.

<sup>4</sup> Chamot, E. M., y Mason, C. W., 1938, pág. 431.

<sup>5</sup> Kolthoff, I. M., Sandell, E. B., Meehan, E. J., y Bruckenstein, S., 1969.

<sup>6</sup> Halpern, J. W., Harris, J. E., y Barnes, C., julio 1971, pág. 18.

ción y permite descubrir el porcentaje de oro fino utilizado en los objetos de oro <sup>7</sup>. Resulta muy sencillo y tiene como base el principio de Arquímedes: el peso de un objeto que es, al aire libre, de W gramos y en el agua de X g., su peso específico será igual a:

$$\frac{W}{W - X}$$

El peso específico del oro (19,3), que es casi el doble del de la plata (10,5), o el del cobre (8,9), y la presencia de pequeños elementos de cobre o de plata se descubren fácilmente. Suponiendo que no hay platino —el componente de aleación (plata o cobre)— y conocida la imposibilidad de una contracción en el curso de la aleación, el margen de error previsible en el cálculo del porcentaje del oro fino es del orden del 1 por ciento.

### *Análisis químico normal en medio acuoso*

Esa técnica es indispensable en arqueología para el estudio de la sustancia de un objeto, así como para la elección del mejor modo de conservación. Es utilizada para el análisis cualitativo y cuantitativo de los morteros, yesos, vestigios corroídos de objetos metálicos, restos de alimentos, cosméticos, desechos de bálsamos y productos análogos, etc.

La descripción de las técnicas utilizadas en el curso de tales análisis no es tema de este capítulo. Tales técnicas resultan familiares a todos los químicos expertos en arqueología. Se encontrará una exposición detallada en los manuales de química analítica, como los de Kolthoff y sus coautores<sup>8</sup>, para las materias inorgánicas, y en los trabajos de Iskander<sup>9</sup> y Stross<sup>10</sup>, para las materias orgánicas e inorgánicas. «Objetos de hierro descubiertos en Niani (Guinea), que datan del siglo XII al XV, han sido sometidos a un análisis químico que ha revelado que contenían cobre, fósforo, níquel, tungsteno, titanio y molibdeno, con impurezas probablemente presentes en los minerales utilizados»<sup>11</sup>.

### *Espectrofotometría*

Esta técnica ha sido utilizada para el análisis de vestigios antiguos, tales como bronce, cerámica, mortero, colorantes, etc.

Diversos factores hacen que la espectrofotometría sea particularmente ventajosa con relación a otros métodos de análisis de esos vestigios. Presenta una

<sup>7</sup> Caley, E. R., 1949, págs. 73-82.

<sup>8</sup> Kolthoff, I. M., Sandell, E. B., Meehan, E. J., y Bruckenstein, S., 1969.

<sup>9</sup> Farag, N., y Iskander, Z., 1971, págs. 111-115; Iskander, Z., págs. 59-71, *le Monastère de Phoebammon dans la Thebaïde*, vol. III, editado por Bachatly, El Cairo, Sociedad de arqueología copta, 1961; Iskander, Z., y Shaheen, A. E., 1964, págs. 197-208; Zaki, A., e Iskander, Z., 1942, págs. 295-313.

<sup>10</sup> Stross, F. H., y O'Donnall, 1972, págs. 1-16.

<sup>11</sup> Muzur, A., y Nosek, E., 1974, pág. 96.

sensibilidad suficiente y paralelamente permite evaluar proporciones elevadas (hasta un 20 por 100) de la mayor parte de los elementos. Además, todos los elementos presentes en la muestra pueden ser descubiertos registrando las rayas espectrales sobre una placa fotográfica en el curso de una misma emisión. De ello resulta un documento al que es posible referirse posteriormente. Una nueva variante de la espectrofotometría la ofrece el Laser Milliprobe spectrometer<sup>12</sup>. «El análisis espectrográfico de todos los "bronces" nigerianos naturalistas de Ifé ha mostrado que esos objetos no son de bronce sino de latón»<sup>13</sup>.

### *Análisis por absorción atómica*

Este método conviene perfectamente a las muestras de materia inorgánica (metales, cementos, aleaciones, cristal, vidriado, sales, etc.). En arqueometría presenta las ventajas siguientes: puede alcanzarse un grado elevado de exactitud (alrededor del 1 por 100 de error) utilizando muestra de 5 a 10 mg.; es posible situar en una misma muestra elementos mayores y menores o simplemente huellas; en fin, esa técnica es de uso corriente. Las comparaciones entre los resultados de diferentes laboratorios se facilitan así, siendo las posibles causas de errores experimentales más fácilmente controlables<sup>14</sup>.

### *Fluorescencia de los rayos X*

La excitación de una muestra por medio de los rayos X es un método de análisis muy útil. El principio es el siguiente: el bombardeo de un átomo por medio de rayos de alta frecuencia permite arrancar un electrón en una órbita interna, y el vacío creado será colmado por un electrón que proviene de una órbita externa. La variación de energía entre los niveles superficial e interior procede de rayos secundarios o fluorescentes, característicos de elementos que componen la muestra<sup>15</sup>.

Al ser limitada la fuerza de penetración de los rayos X, esa técnica no es utilizable más que para la superficie de los objetos; por tanto, sólo es aplicable en el análisis de vestigios inorgánicos, como el vidrio, loza y alfarería vitrificada, obsidiana y la mayor parte de las piedras. Sin embargo, los objetos metálicos antiguos han experimentado el desgaste del tiempo; ahora bien, el metal vil que contienen tiende a aflorar. También, el análisis de su superficie por ese procedimiento corre el riesgo de ofrecer resultados muy diferentes de los que revelaría un análisis del objeto en su conjunto<sup>16</sup>.

<sup>12</sup> Hall, E. T., 1970, págs. 135-141.

<sup>13</sup> Willett, F., 1964, págs. 81-83.

<sup>14</sup> Werner, A. E. A., 1970, págs. 179-185.

<sup>15</sup> Kolthoff, I. M., Sandel, E. B., Meehan, E. J., y Bruckenstein, S., 1969.

<sup>16</sup> Hall, E. T., 1970, págs. 135-141.

*Análisis por activación de neutrones*

Esta técnica consiste en la irradiación por neutrones lentos (o térmicos) de un grupo de muestras y de productos químicos estándar colocado en un reactor nuclear. Algunos de los isótopos resultantes de esa operación tendrán suficiente existencia para emitir rayos gamma. En cuanto cada radioisótopo emita rayos gamma, cuya longitud de onda es característica de cada uno de ellos, el análisis de esa longitud de onda permitirá identificar los elementos que componen la muestra y determinar su concentración, ya se trate de elementos mayores o de simples huellas.

Mucho mayor que la fuerza de los rayos X, la de penetración de los neutrones y de los rayos gamma permite, pues, sobre una muestra determinada, actuar en un espesor más importante. De ello resulta que el afloramiento del cobre a la superficie puede ser ignorado en los metales<sup>17</sup>.

En el curso de tales análisis conviene vigilar cuándo la muestra examinada debe reintegrarse al museo, para que la radiactividad residual quede en un nivel inofensivo durante un razonable lapso de tiempo. A título de ejemplo, el isótopo de la plata radiactiva posee una supervivencia de 225 días; la irradiación muy fuerte de un objeto de plata impediría el retorno de éste al museo de origen antes de centenares de años<sup>18</sup>. En tales casos se exige que sea quitada la plata de una muestra determinada por frotamiento mediante un disquito de cuarzo rugoso. Ese cuarzo experimenta entonces la irradiación en el interior del reactor, y el análisis se realiza sobre la plata, el oro, el cobre, el antimonio y el arsénico habituales. Esa técnica se ha aplicado recientemente, en el marco de la arqueología africana, en el estudio de las perlas de cristal sometidas a dos activaciones por neutrón. El primer bombardeo es de poca duración, realizándose enseguida la búsqueda de los isótopos de corto período en las perlas; el segundo, intenso y continuo, se alarga durante ocho horas. Las perlas han sido aisladas durante unos días y sometidas después a la investigación de los isótopos de período medio; por fin, se someten de nuevo al choque y se prueban por los isótopos de larga duración<sup>19</sup>.

Sayre y Meyers han publicado un estudio sobre las numerosas aplicaciones de esa técnica en arqueología<sup>20</sup>.

**OBJETIVOS DEL ANALISIS ARQUEOMETRICO**

Los fines principales de la investigación científica y del análisis en arqueometría son los siguientes:

<sup>17</sup> Hall, E. T., 1970, págs. 135-141.

<sup>18</sup> Hall, E. T., 1970, págs. 135-141.

<sup>19</sup> Davison, C. C., 1973, págs. 73-74.

<sup>20</sup> Sayre, E. V., y Meyers, P., diciembre 1971, págs. 115-150.

## LA IDENTIFICACION RIGUROSA DE LOS OBJETOS

Es indispensable que la identificación de los vestigios arqueológicos se efectúe escrupulosamente; importa que el arqueólogo pueda ofrecer una exacta descripción de ellos en las publicaciones arqueológicas y en las guías de los museos. No es menos importante la identificación precisa de la materia de los objetos, porque de la naturaleza auténtica de las sustancias examinadas depende generalmente el alcance de las observaciones correspondientes. Los errores están desgraciadamente lejos de faltar en la documentación arqueológica anterior y han creado mucha confusión. El cobre es a veces confundido con el bronce, aunque el descubrimiento y la utilización del bronce implican la aparición de una cierta revolución cultural. El bronce, por su parte, es tomado a veces por latón, lo que puede falsear la evaluación de la antigüedad de un objeto; las primeras producciones de latón se remontan, en efecto, a casi la mitad del primer siglo anterior a la era cristiana, mientras que el bronce era conocido y utilizado casi veinte siglos antes<sup>21</sup>.

La mayor parte de los errores de identificación proceden de defectuosas apreciaciones visuales, por lo que conviene señalar que, para evitar todo riesgo de interpretación errónea, la identificación de los vestigios arqueológicos debe establecerse con la ayuda de análisis químicos o fundados en la difracción de los rayos X.

## TRADUCCION DE PALABRAS ANTIGUAS DESCONOCIDAS

Sucede que una identificación exacta permite traducir nombres desconocidos. Así, en Saqqara (Egipto) se han descubierto en la sepultura del rey Hor-Aha (I Dinastía, alrededor del año -3100) dos recipientes de cerámica. Sobre cada uno de ellos figuran unos jeroglíficos que corresponden a la palabra «seret», cuyo significado se desconoce. El análisis químico ha revelado que esos dos recipientes contenían queso; de ello se dedujo que *seret* significaba queso<sup>22</sup>. Otro ejemplo: se encontraron sobre algunas estatuas de piedra jeroglíficos formando la palabra «bekhen». Al ser reconocida en algunos casos la piedra como «grey-wacke» (pizarra), palabras que se encontraban en los textos relativos al Ouadi-el-Hammamat<sup>23</sup>, se concluyó que *bekhen* era muy probablemente la pizarra de Ouadi-el-Hammamat.

## DESCUBRIMIENTO DEL ORIGEN DE LOS VESTIGIOS ARQUEOLOGICOS

La presencia, en un yacimiento arqueológico determinado, de numerosas muestras de una materia de origen extraño parece una indicación manifiesta de la importación de esa materia por caminos artesanales o comerciales. Cuando es

<sup>21</sup> Caley, E. R., 1948, págs. 1-8.

<sup>22</sup> Zaki, A., y Iskander, Z., 1942, págs. 295-313.

<sup>23</sup> Lucas, A., págs. 416, 419 y 420.

imposible localizar las fuentes, el camino seguido no tarda en ser reconstruido. Se sabe, por ejemplo, que no se encuentra obsidiana en Egipto; sin embargo, allí ha sido utilizada desde la época predinástica (antes del año 3100 anterior a la era cristiana).

La obsidiana de algunos objetos de esa época ha sido examinada y comparada con la que producían los países vecinos. Sus características se parecían mucho a las de la obsidiana de Etiopía. Era, pues, evidente que habían sido importadas de esa región y que existían relaciones comerciales desde muy antiguo entre ambos países<sup>24</sup>.

En la cerámica, la identificación de las «huellas» gracias a la activación por neutrones o a la fluorescencia de los rayos X permite el estudio de las rutas comerciales, tanto locales como internacionales<sup>25</sup>. Las impurezas en el estado de las señales o huellas en el mineral de cobre o en los objetos del mismo metal pueden ayudar a conectar el objeto con el mineral que ha servido para su fabricación<sup>26</sup>.

El descubrimiento del níquel en un objeto de hierro antiguo permite saber si ese hierro proviene de un meteorito o si ha sido manufacturado, pues el hierro del meteorito contiene siempre de un 4 a un 20 por 100 de níquel.

Recurriendo a una emisión espectroscópica, el autor ha examinado el famoso puñal de Tutankamon, y ha comprobado que el hierro de la lámina contenía un apreciable porcentaje de níquel: el hierro utilizado provenía, pues, de un meteorito.

#### INVESTIGACION DE LA UTILIZACION ANTERIOR DE LOS OBJETOS EXAMINADOS

A veces resulta difícil conocer a qué uso se destinaba tal o cual objeto. En ese terreno, el análisis químico puede resultar de una gran ayuda. Así, se ha descubierto en 1965, en Fayum (Egipto), en la tumba de Neferwptah (de hace unos — 1800 años), una gran jarra de alabastro conteniendo unos 2,5 kg. de extraña sustancia. El análisis químico reveló que se trataba de un compuesto que contenía principalmente, a partes casi iguales, 48,25 por 100 de galena (sulfato de plomo natural) y 51,6 por 100 de resina. Al no haber sido encontrado antes esa composición, uno se pierde en conjeturas sobre su presencia en la tumba. Sin embargo, el examen de las prescripciones médicas del papiro Ebers permite encontrar, con el número 402, «un nuevo [remedio] para hacer desaparecer las manchas blancas aparecidas en los dos ojos: *kohl negro* [galena] y *khet'wa* [resina] finamente pulverizados habrían de ponerse en los dos ojos». Ese texto y la composición química de la sustancia descubierta en la jarra revelaban que Neferwptah sufría probablemente de un leucoma en uno de sus ojos, o quizá en los dos. Por eso, se le había dotado de una cantidad suficiente de ese medicamento para asegurarle la curación<sup>27</sup>.

<sup>24</sup> Lucas, A., 1962, págs. 416, 419 y 420.

<sup>25</sup> Periman, I., e Isaro, F., 1969, págs. 21 y 52.

<sup>26</sup> Fields, P. R., Milsted, J., Henricksen, E., y Ramette, R. W., 1971, págs. 131-143.

<sup>27</sup> Farag, N., e Iskander, Z., 1971, págs. 111-115.



## INVESTIGACION DE LOS ANTIGUOS PROCEDIMIENTOS DE FABRICACION

El examen metalográfico de objetos metálicos permite conocer los trabajos y las industrias químicas de los antiguos. Los ejemplos siguientes nos ofrecen un compendio:

*Manufactura del azul de Egipto*

Muestras de ese pigmento azul han sido sometidas a exámenes químicos, microscópicos y a la difracción de rayos X. Se ha llegado incluso a reproducir experimentalmente una «calcinación»<sup>28</sup> azul análoga. Esos diferentes estudios revelan que se obtenía ese azul, en la antigüedad, calentando a 840 °C una mezcla de arena o de cuarzo pulverizado, caliza igualmente pulverizada, malaquita y una colada de sal común o sal de sosa<sup>29</sup>.

*Examen al microscopio de objetos metálicos*

El examen metalográfico de objetos metálicos permite indicar si han sido colados o martilleados, o si responden a las dos técnicas. El examen de un gancho de cobre que perteneció al barco de Cheops, descubierto en 1954 detrás de la gran pirámide de Gizeh, ha hecho resaltar las dendritas presentadas por el metal; éste había sido, por tanto, martilleado<sup>30</sup>.

*Examen de los desechos de embalsamiento*

El examen de los desechos de embalsamiento descubiertos en Saqqara, Luxor y Mataria (Egipto) ha mostrado que contenían una pequeña proporción de jabones ácidos, grasos y sólidos que resultan de la saponificación de las grasas corporales bajo la acción de la sosa durante la momificación. De ello se concluye que las sustancias habían servido para rellenar momentáneamente las cavidades del cuerpo, antes de su deshidratación, con una masa de natrón<sup>31</sup> sobre el lecho de momificación<sup>32</sup>.

*Crisoles de vitrificación (o de sinterización)*

Las investigaciones realizadas en Uadi el-Natrum, en las ruinas de una vidrería, muestran que el vidrio ha sido manufacturado en Egipto durante el período romano. Se pueden distinguir dos etapas. En el transcurso de la primera,

<sup>28</sup> «Fritte»: expresión antigua que designa la mezcla de arena y sosa que se sometía a una semifusión en la fabricación de vidrio, cerámica, etc.

<sup>29</sup> Lucas, 1962, págs. 416, 419 y 420.

<sup>30</sup> Iskander, Z., 1960, págs. 29-61, 1.ª parte.

<sup>31</sup> Natrum: carbonato de sodio cristalizado.

<sup>32</sup> Iskander, Z., y Shaheen, A. E., 1964, págs., 197-208.

se obtiene la vitrificación en un crisol especial, el crisol de sinterización<sup>33</sup>, haciendo una mezcla de sílice puro (cuarzo), bicarbonato de calcio, natrón y cenizas vegetales, o los dos, a una temperatura inferior a 1.100 °C. La arcilla de ese crisol era rica en arena y en paja picada muy fina. En el horno, esa arcilla permitía la cocción de una alfarería extraordinariamente porosa —calidad buscada por el vidriero de la antigüedad— porque ella le permitía sacar el bloque de sinterización rompiendo el crisol que, por tanto, no servía más que una vez.

En el curso de la segunda etapa, los vidrieros obtuvieron un cristal de buena calidad y de colores variados. Las «calcificaciones» o «sinterizaciones» eran pulverizadas hasta que se lograba alcanzar un polvo homogéneo; se las fraccionaba en pequeñas coladas. Se añadían algunas dosis de óxidos colorantes, de opacificantes o de decolorantes a cada una de ellas, haciéndose seguir la cocción hasta la completa fusión con vistas a obtener la calidad de vidrio requerida<sup>34</sup>.

### TESTS DE AUTENTICIDAD

Durante muchos años, el establecimiento de la autenticidad ha dependido sólo de los criterios histórico y estético. Más recientemente, los inmensos progresos de la investigación científica han permitido juzgar con más seguridad la autenticidad de un objeto determinado. Las técnicas más seguras son:

#### *El examen a los rayos ultravioletas*

Ese procedimiento es particularmente útil para la apreciación de los marfiles y mármoles. Bajo la luz ultravioleta, las diferentes cualidades del mármol emiten fluorescencias diferentes, y la superficie de los mármoles antiguos proyectan un color característico muy alejado del de las calcitas del mismo tipo, pero más recientes. Asimismo, aunque no sean visibles a la luz normal, los retoques o reparaciones realizados en objetos de marfil o de mármol, y hasta en las pinturas, se hacen visibles bajo las radiaciones ultravioletas. Los rayos X e infrarrojos no son menos útiles para descubrir las falsificaciones<sup>35</sup>.

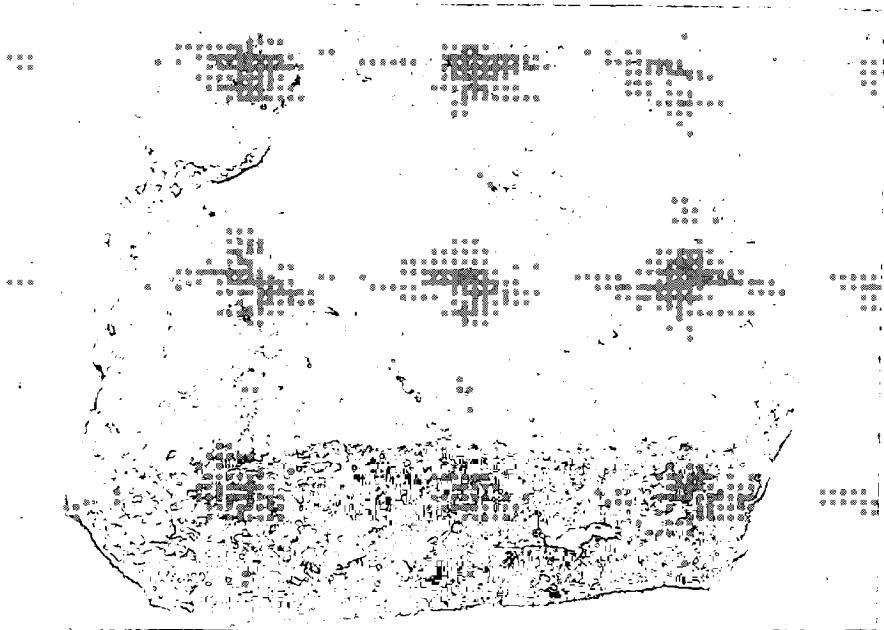
#### *El examen del desgaste superficial*

En general, los metales antiguos se corroen lentamente; con el tiempo, el desgaste da origen a una especie de capa homogénea. En el caso de objetos metálicos falsificados, una capa artificial aplicada sobre la superficie parece que le da una pátina de antigüedad. No obstante, esa capa «se adhiere» generalmente muy mal y cede con disolventes tales como el agua, alcohol, acetona o piridina.

<sup>33</sup> «Frittage»: vitrificación preparatoria destinada a eliminar los elementos volátiles.

<sup>34</sup> Saleh, S. A., George, A. W., y Helmi, F. M., 1972, págs. 143-170.

<sup>35</sup> Caley, E. R., 1948, págs. 1-8.



● 1. Bloque de vitrificación, que muestra la superficie superior plana, las paredes laterales y una parte del crisol todavía adherido en el lado derecho.

● 2. Base de una de las columnas de arenisca del templo de Bouhen. Se notará el desmoronamiento, debido a la eflorescencia, de la capa superficial.



Además, esa superposición ficticia no lleva generalmente más que una capa y se distingue fácilmente de la capa o película que en los objetos de cobre o bronce se desdobra por lo general en una primera película, interna y roja, de óxido de cobre, y una segunda, externa y verde, de carbonato, sulfato o clorato de ese mismo metal. Es difícil de reproducir esa disolución de tal modo que pueda engañar al químico sagaz de un museo arqueológico.

### *Análisis de la materia del objeto*

El análisis del grano de la antigua loza egipcia habla muy alto de los méritos de esa técnica. Mientras que el grano de la auténtica loza antigua de Egipto está compuesto de cuarzo vitrificado, el de las imitaciones modernas lo constituyen generalmente la arcilla, el kaolín o la porcelana. La identificación es, pues, rápida y segura. Otro ejemplo: al haber faltado a las técnicas metalúrgicas de la antigüedad procedimientos adecuados de afinado, los metales antiguos contienen ciertas impurezas, como arsénico, níquel, manganeso, etc. Basta, por tanto, tomar del objeto sospechoso una discreta muestra y someterla a la fluorescencia de los rayos X o a la activación de los neutrones: la ausencia de esas impurezas en la muestra revelará muy probablemente la superchería.

### *Identificación en pintura de los pigmentos y colorantes*

Las técnicas microquímicas permiten identificar con cierta precisión los pigmentos utilizados en un cuadro. Cuando el pigmento figura entre los colorantes de reciente creación, la edad del cuadro es discutible. A título de ejemplo, el examen por Young de un retrato de perfil atribuido a un pintor del siglo XV ha hecho resaltar que su pigmentación se debía al azul de ultramar sintético, cuyo descubrimiento y utilización como pigmento no databan más que del siglo XIX; en cuanto al blanco, procedía del óxido de titanio, desconocido antes de 1920 en el mundo de la pintura. Ese retrato era, por tanto, una falsificación<sup>36</sup>.

### *Examen de la pátina y del pulimento superficiales*

La mayor parte de las piedras adquieren con el tiempo una pátina superficial: el barniz del desierto. Ese fenómeno se debe al afloramiento progresivo de las sales de hierro y manganeso que se oxidan en la superficie, constituyendo una especie de pátina o epidermis. Al formar cuerpo con la piedra, esa pátina se confunde con la superficie. Es difícil de eliminar, a no ser mediante un lavado con disolventes neutros o por rascado. Tampoco es fácil distinguir una superficie auténticamente antigua de otra tallada en época reciente pero dotada de una pátina artificial.

<sup>36</sup> Young, W. J., 1958, págs. 18-19.

Además de la pátina natural, los vestigios antiguos de escultura y de pulimentado ofrecen otro medio de juzgar su autenticidad. Esos indicios aparecen también, bajo la pátina superficial de la piedra o del metal, como líneas en las intersecciones irregulares. Como los pueblos de la antigüedad no disponían de rallos para la escultura, ni de limas finas o de lijas para el pulimentado, se distinguen fácilmente sus esculturas de las que tienen rayas paralelas y regulares, indicios de un pulimentado reciente.

### *Prueba de la termoluminiscencia de la cerámica*

Lo mismo que el suelo donde la cerámica se halla enterrada, ésta contiene un porcentaje extraordinariamente pequeño de elementos radiactivos. Esos elementos emiten radiaciones, y los electrones, en el transcurso de millares de años, se acumulan en la materia de la cerámica. Al someter a ésta a una temperatura superior a 500 °C, los electrones acumulados dan una termoluminiscencia que varía según la edad de la cerámica. La termoluminiscencia permite, pues, a los conservadores de museos juzgar con conocimiento de causa la autenticidad de un objeto determinado de cerámica. La muestra necesaria puede ser tomada por medio de un taladro discreto; el polvo que resulte del taladro es calentado, en la oscuridad, a más de 500 °C. Si se produce una termoluminiscencia, la antigüedad de la cerámica está demostrada; en caso contrario, se trata de una falsificación<sup>37</sup>.

## TECNICAS DE DATACION

Diferentes técnicas científicas permiten efectuar la datación de los objetos antiguos. He aquí las principales:

### *Datación aproximada por el análisis arqueométrico*

El análisis de ejemplares que pertenecen a un mismo grupo de muestras (morteros, vidrio, loza, metales, pigmentos), pero que se remontan a épocas diferentes, proporciona resultados que pueden utilizarse como indicio y sugerir aproximadamente la edad, aún desconocida, de otros ejemplares o especímenes. Los ejemplos siguientes nos lo confirman.

### *Datación por medio de perlas de vidrio en Africa del Oeste*

Las perlas *akori* dicroicas, que parecen azules a la luz indirecta y verdes a la directa, han sido sometidas a un análisis por fluorescencia de los rayos X. Estos análisis permiten clasificarlas en dos grupos, A y B. Los ejemplares del grupo A son más pobres en plomo (– 0,05 por 100) y en arsénico (– 0,05 por 100) que los

<sup>37</sup> Aitken, M. J., 1970, págs. 77-88.

del grupo B, en que el porcentaje de plomo está alrededor del 27 por 100 y el del arsénico en el 2 por 100. La diferencia relativa en manganeso es más pequeña (grupo A:  $0,3 \pm 01$  por 100; grupo B: aproximadamente el 0,05 por 100). Otros elementos detectados: hierro, cobalto, zinc, rubidio, estroncio, estaño, antimonio y bario, en los que no se ha observado diferencia alguna notable. En Africa del Oeste se han encontrado las perlas del grupo A en yacimientos insulares relativamente antiguos (430-1290 de la era cristiana), mientras que los del grupo B aparecen únicamente en un cuadro más reciente. El descubrimiento de esas perlas en una tumba o en un estrato determinado permite, pues, presagiar la edad con mayor o menor precisión<sup>38</sup>.

### *Datación de las pinturas rupestres por análisis de sus albuminoides elásticos*

Es posible evaluar la edad de las pinturas enumerando el número de los ácidos aminados de sus albuminoides elásticos mediante hidrólisis. Ese procedimiento ha permitido determinar la edad de 133 pinturas rupestres del Africa del Sudoeste con un margen de error del 20 por 100. La «Dama Blanca» (*The White Lady*), de Brandberg, parece que data de 1.200 a 1.800 años. Las pinturas de Limpopo se sitúan entre 100 y 800 años. Las muestras de Drakenberg van de 60 a 800 años. El número de aminoácidos idénticos decrece con la edad de la pintura de 10 (en coagulantes de 5 a 10 años de edad) a 1 (en sustancias antiguas de 12 a 18 siglos)<sup>39</sup>.

### *Datación por análisis de los morteros o argamasas*

El análisis de los diferentes morteros utilizados en Egipto muestra que el mortero de cal no aparece antes de Ptolomeo I (323-285 antes de la era cristiana)<sup>40</sup>. Todo monumento cuyos materiales (piedras o ladrillos) están sujetos con ese mortero es, pues, posterior a 323 años antes de la era cristiana.

## DATAACION AL RADIOCARBONO

### *Principio*

Quando los rayos cósmicos chocan con los átomos del aire en las altas capas de la atmósfera, los desintegran en fragmentos minúsculos entre cuyo número se encuentra el neutrón. Los neutrones producidos bombardean el átomo, cuya atmósfera es la más rica —el ázoe de masa 14—, y lo convierten en carbono de

<sup>38</sup> Davison, C. C., Giaouque, R. D., y Clarck, J. D., 1971, págs. 645-649.

<sup>39</sup> Denninger, E., 1971, págs. 80-84.

<sup>40</sup> Lucas, A., 1962, págs. 416, 419 y 420.

peso atómico 14. Ese carbono 14 nuevamente formado es radioactivo; se combina con el oxígeno del aire para formar el  $^{14}\text{CO}_2$  y se mezcla con el dióxido de carbono ordinario que contiene principalmente átomos de carbono de masa 12 (99 por 100) y 13 (1 por 100). Ese carbono 14 penetra en los vegetales con los elementos de carbono ordinarios  $^{12}\text{CO}_2$  y  $^{13}\text{CO}_2$ , formando sus tejidos y siguiendo el proceso de la fotosíntesis. Como los animales se alimentan de las plantas, «todo el conjunto del mundo animal y vegetales debe ser ligeramente radioactivo debido a la presencia de una proporción ínfima de C14 (aproximadamente un átomo de C14 por un millón de millones de átomos de carbono ordinario). El dióxido de carbono atmosférico entra igualmente en la composición de los océanos en forma de carbonato. Es, pues, probable que el agua del mar sea también ligeramente radioactivo, así como todas las conchas y depósitos que ella contiene»<sup>41</sup>.

Se supone que, a su muerte, la materia orgánica posee la misma radioactividad que la materia orgánica viviente en la actualidad. Pero, después de la muerte, sobreviene el aislamiento; dicho de otro modo, toda aportación o cambio de radiocarbono se interrumpe, y el C 14 comienza a degradarse o más bien, según la expresión del profesor Libby, «el reloj del radiocarbono se pone en marcha»<sup>42</sup>. Si, tras haberla introducido, se compara la radioactividad del ejemplar de antaño con el de una muestra-testigo moderna, será posible, teniendo en cuenta la longevidad del C 14<sup>43</sup>, calcular la edad del espécimen antiguo resolviendo la ecuación relativa al declive de la radioactividad.

### *Materias propicias a la datación radioactiva*

Esa técnica es aplicable a materias orgánicas (madera, carbón, hueso, cuero, tejidos, vegetales, alimentos, conchas, etc.), pero sobre todo a las plantas que nacen cada año, como las cañas, los cereales, la hierba o el lino. Cuando se hayan recogido las muestras, no deben someterse a ningún tratamiento químico, sino que deben ser inmediatamente aisladas en tarros de cristal o sacos de nailon, a fin de evitar todo contacto eventual con otras materias orgánicas. El proceso se efectúa en cinco tiempos: depuración de la muestra, combustión, depuración de los gases de dióxido de carbono obtenidos y, por fin, recuento de las partículas emitidas.

### *Resultados y perspectivas*

Un estudio comparado realizado sobre pruebas-testigo y sobre dataciones efectuadas al carbono radioactivo<sup>44</sup> ha permitido verificar la precisión de ese método. Al ser la cronología egipcia el método histórico más antiguo y conocido,

<sup>41</sup> Aitken, M. J., 1961, págs. X y 181.

<sup>42</sup> Libby, W. F., 1970, págs. 1-10.

<sup>43</sup> La longevidad o período del C14 (duración de la desintegración de la mitad del cuerpo radiactivo) está evaluada en 5.568 años o, para ser más exactos, en  $5730 \pm 40$  años.

<sup>44</sup> Berger, R., 1970, págs. 23-36; Edwards, I. E. S., 1970, págs. 11-19; Michael, H. N., y Ralph E. K., 1970, págs. 109-120; Ralph, E. K., Michael, H. N., y Han, M. G., 1973, págs. 1-20.

se ha decidido, a nivel internacional, medir el carbono radioactivo de una larga serie de muestras egipcias, minuciosamente datadas, y pertenecientes a la época que se extiende de la I a la XXX dinastía (hace aproximadamente de - 3100 a - 378/341 años). Diferentes laboratorios han realizado también su datación utilizando los periodos de radioactividad del carbono que corresponden a 5568 años, o, para más precisión, a  $5730 \pm 40$  años. Los resultados obtenidos han indicado que la datación realizada con la ayuda del periodo radioactivo 5730 corresponde a la cronología histórica hasta los tiempos del rey Senousret (o Sesostris), hace unos - 1800 años, pero la datación de las muestras anteriores ha suscitado numerosas controversias. Sin embargo, la aplicación del método de corrección Stuvier-Suess en las muestras anteriores a - 1800 años permite obtener resultados que corresponden a la cronología arqueológica en 50 ó 100 años aproximadamente<sup>45</sup>. A título de ejemplo, el laboratorio de investigación del British Museum ha procedido a la datación de cañas procedentes de la mastaba (sepultura) de Qaa (I dinastía), en Saqqara. La fecha obtenida al carbono 14 es - 2450  $\pm$  65 años, según la corrección, lo que coincide con la fecha histórica, 2900 años antes de la era cristiana<sup>46</sup>. Actualmente se estima que la disminución del campo magnético terrestre<sup>47</sup> y las variaciones de intensidad del viento solar, que hacen torcer a un lado a los rayos cósmicos, son las causas principales de las desviaciones comprobadas<sup>48</sup>. Además, la duración del periodo del radiocarbono no parece consolidada. Se están investigando otras causas, trabajando numerosos laboratorios en ese sentido.

Una vez conocida la respuesta, será posible aportar más precisión a la datación de los vestigios de la antigüedad anteriores a los 1800 años antes de la era cristiana. Mientras tanto, las evaluaciones convencionales al radiocarbono de los vestigios orgánicos deberán someterse a la corrección indicada.

#### DATAACION AL POTASIO-ARGON

La limitación de la datación al carbono 14 alrededor de - 70 000 años crea un gran vacío en la cronología de la evolución biológica y geológica hasta casi - 10 millones de años, en tanto que se hace posible aplicar ciertos métodos geológicos radioactivos, como el porcentaje de transformación del uranio 235 en plomo 207, o sea, 710 millones de años, o también el rubidio 87 en estroncio 87, o sea, 13 900 millones de años. Hasta un cierto punto puede colmarse ese vacío gracias a la aplicación de la datación al potasio-argón<sup>49</sup>. En efecto, este método está sobre todo utilizado para la datación de las edades geológicas muy remotas, utilizando elementos importantes de una sustancia de textura relativamente fina (pero no inferior a 100 micrones) y que contenga poco argón atmosférico. Es posible

<sup>45</sup> Berger, R., 1970, págs. 23-36; Michael, H. N., y Ralph, E. K., 1970, págs. 109-120; Ralph, E. K., Michael, H. N., y Han, M. G., 1973, págs. 1-20; Stuvier, M., y Suess, H. E., 1966, págs. 534-540.

<sup>46</sup> Edwards, I. E. S., 1970, págs. 11-18.

<sup>47</sup> Bucha, V., 1970, págs. 47-55.

<sup>48</sup> Lewin, S. Z., 1968, págs. 41-50.

<sup>49</sup> Aitken, M. J., 1961.



aplicarlo a edades relativamente más recientes, lo cual permitiría el control de los resultados obtenidos gracias al C 14<sup>50</sup>.

### *Principio básico*

Tal como lo encontramos en la naturaleza, el potasio contiene 93,2 por 100 de potasio 39, 6,8 por 100 de potasio 41 y 0,0118 por 100 de potasio 40. En el momento de la formación de la Tierra, el porcentaje de potasio 40 era aproximadamente del 0,2 por 100, pero en gran parte se ha degradado originando dos derivados: el calcio 40 y el argón 40. El larguísimo período del potasio 40 (1330 millones de años) le permite subsistir también en un porcentaje muy pequeño, del orden de 0,0118 por 100. De 100 átomos de potasio 40 que se degraden, 89 se transforman en calcio 40 por desaparición de las radiaciones beta, y se convierten en el argón 40 como consecuencia de las partículas beta. El argón es un cuerpo gaseoso aprisionado en el grano del mineral<sup>51</sup>.

La datación al potasio-argón es la más utilizada por las razones siguientes:

— El potasio presente en la corteza terrestre representa en peso el 2,8 por 100. Es, pues, uno de sus elementos más abundantes. Está presente además en casi todos los cuerpos compuestos.

— La larga supervivencia del potasio permite la formación de argón 40 en ciertos minerales en el transcurso de los períodos interesantes, desde el punto de vista geológico. Calculando la concentración del argón 40 radioactivo y la suma de potasio contenido en un mineral, es posible determinar la edad de éste con ayuda de determinada ecuación relativa a la degradación de la radioactividad<sup>52</sup>.

### *Problemas que resolver por la datación al potasio-argón*

Se ha utilizado recientemente la datación al radiocarbono para calcular la constante de primer orden *in situ* por la «racimización» del ácido aspártico en los huesos antiguos. Una vez contrastada la reacción de «racimización» para un yacimiento, tal reacción puede ser utilizada para datar otros huesos del yacimiento. Las edades calculadas gracias a ese método se corresponden con las que se obtienen por la datación al radiocarbono. Esos resultados prueban que la reacción de «racimización» es un instrumento cronológico importante para la datación de los huesos que son, o bien demasiado antiguos, o bien demasiado pequeños para poder ser datados al radiocarbono. Para poner un ejemplo de la aplicación de esa técnica en la datación de los fósiles humanos, se ha analizado un trozo del hombre de Rhodesia procedente de Broken Hill (Zambia) al que se ha atribuido provisionalmente una edad de unos 110000 años<sup>53</sup>. La datación al potasio-argón de los períodos del Plioceno y Pleistoceno debe permitir el

<sup>50</sup> Gentner, W., y Lippolt, H. J., 1963, págs. 72-84.

<sup>51</sup> Gentner, W., y Lippolt, H. J., 1963, págs. 72-84; Hamilton, 1965, págs. 47-79.

<sup>52</sup> Gentner, W., y Lippolt, H. J., 1963, págs. 72-84.

<sup>53</sup> Bada, J. L.; Schroeder, R. A.; Protsch, R., y Berger, R., 1974, pág. 121.

establecimiento de una cronología absoluta que sitúa los orígenes del hombre, la edad de los fósiles, cuya existencia coincide en diversos puntos del globo, el origen de las *tektitas*, etc. La datación al potasio-argón ha servido para determinar, en Olduvai, la edad de las capas de basalto y las de toba que las recubrían, con la esperanza de precisar la edad exacta de los restos del *Zinjanthropo* descubiertos en el fondo de la primera capa de toba, en la *Bed I*. Curtis y Evernden han concluido que esos basaltos de Olduvai datan de al menos cuatro millones de años; sin embargo, no serían apropiados para una datación exacta debido a alteraciones químicas visibles en la parte fina de todos los basaltos datados en Olduvai, a excepción de aquellos a los que se puede asociar con la industria, más antigua, de los *pebble-tools* (cantos manipulados). La opinión de Gentner y Lippolt sobre los diferentes resultados es la siguiente: «Puesto que no existen otras incompatibilidades entre las dataciones respectivas de los basaltos y de la toba que los recubre, no es imposible que la edad del *Zinjanthropo* sea del orden de dos millones de años»<sup>54</sup>.

#### DATAACION ARQUEOMAGNETICA

Para dar una idea simplificada de esa técnica, conviene abordar los puntos siguientes:

##### *Paleomagnetismo*

Se trata del estudio del magnetismo remanente en los vestigios arqueológicos. Está fundado en el hecho de que el campo magnético terrestre cambia continuamente de dirección e intensidad. Observaciones realizadas a lo largo de los cincuenta últimos años indican que el campo magnético se desplaza hacia el Oeste en 0°2 de longitud por año<sup>55</sup>. Investigaciones arqueométricas fundadas en el cálculo de la magnetización remanente en los objetos arqueológicos de tierra cocida y en las rocas muestran que, con relación a una intensidad actual de 1, la intensidad magnética de la tierra ha alcanzado su máximo, alrededor de los 400 a 100 años antes de la era cristiana, con 1,6, y su mínimo hacia - 4000 años con 0,6<sup>56</sup>. Esos efectos o variaciones en dirección e intensidad se llaman «variación secular». De naturaleza regional, ésta constituye la base de la datación magnética, ya que las variaciones del campo magnético terrestre dejan su huella en la cerámica en forma de magnetismo termorremanente (t.r.m.).

##### *Aplicación del t.r.m. en la datación arqueológica*

Para datar, con ayuda del magnetismo, la arcilla cocida mantenida *in situ* desde la cocción conviene, en primer lugar, establecer el comportamiento del campo geomagnético por medio de medidas efectuadas en la región elegida

<sup>54</sup> Cf. nota 1.

<sup>55</sup> Aitken, M., J., 1961; Cook, R. M., 1963, págs. 59-71.

<sup>56</sup> Bucha, V., 1970, págs. 47-55; Bucha, V., 1971, págs. 57-117.

mediante el empleo del método, sobre estructuras arqueológicas de edad conocida. Los resultados se colocarán en una curva que describa la variación secular en esa región durante un largo período. El conocimiento de la dirección del campo magnético registrada en una arcilla cocida de edad desconocida en esa misma región permitirá su fecha de cocción por comparación con esa curva de la variación secular.

Los ejemplares más apropiados para la datación magnética son arcillas cocidas que procedan de hornos y de centros que han permanecido *in situ* hasta nuestros días. A falta de un magnetómetro portátil que facilitaría el cálculo *in situ* de la dirección del campo geomagnético, han de llevarse las muestras a un laboratorio que posea un magnetómetro. Es esencial que en cada muestra figure su orientación original, para que ella sirva de referencia en cuanto a la dirección de su propio magnetismo remanente. En la práctica, la operación consiste en endurecer el objeto con escayola, teniendo cuidado de que la superficie de ese molde esté horizontal e indique el norte geográfico antes que la muestra sea arrancada. Así es posible determinar simultáneamente la antigua declinación (D) y el antiguo ángulo de inclinación (I)<sup>57</sup>. Con vistas a remediar las anomalías, conviene proveerse al menos de media docena de muestras extraídas con preferencia en diversos lugares de la estructura arqueológica, teniendo en cuenta cierta simetría<sup>58</sup>.

Se han obtenido resultados arqueomagnéticos relativos a la declinación y a la inclinación en Inglaterra, Francia, Japón, Islandia y Rusia. Según mis noticias, el método no se ha intentado aún en África. Se espera que lo será dentro de poco tiempo, ya que ha progresado mucho en el curso de los últimos años.

### *Datación por termoluminiscencia*

La termoluminiscencia es la emisión de luz que se produce por el calentamiento intenso de una determinada sustancia. Difiere totalmente de la incandescencia (obtenida al ponerse al rojo un cuerpo sólido) y resulta de una liberación de la energía acumulada en forma de neutrones aprisionados en la materia calentada.

### *Origen*

Toda cerámica o porcelana contiene pequeñas proporciones de componentes radioactivos (algunas millonésimas de uranio y torio, y algunas centésimas de potasio). Además, el suelo próximo del lugar donde han sido descubiertas las cerámicas puede contener impurezas; han podido penetrarlo rayos cósmicos y emitir radiaciones que bombardean las materias cristalinas, como el cuarzo en la alfarería. La ionización que de ello resulta produce electrones que pueden ser hechos prisioneros de la estructura cristalina. Esas «trampas de electrones» son

<sup>57</sup> Aiken, M. J., 1970, págs. 77-78.

<sup>58</sup> Cook, R. M., 1963, págs. 59-71.

*metaestables* y, cuando se calienta la muestra de cerámica, desaparecen liberando el exceso de energía en forma de fotones. La intensidad de luz, la termoluminiscencia, depende directamente de la edad del objeto de barro cocido. Depende también de la naturaleza particular de los generadores de termoluminiscencia presentes en las vasijas de alfarería y en los alrededores inmediatos del lugar donde han sido descubiertas<sup>59</sup>. La medida de los elementos de uranio y potasio contenidos en el fragmento del objeto de barro cocido y en el suelo próximo permite calcular la intensidad de las radiaciones que ha recibido cada año. En principio, la edad se determina por medio de la ecuación siguiente<sup>60</sup>:

$$\text{Edad} = \frac{\text{intensidad de las radiaciones acumuladas}}{\text{intensidad de las radiaciones anuales}}$$

### *Precisión del resultado y perspectivas*

En nuestros días, los resultados son exactos a  $\pm 10$  por 100 aproximadamente. Por tanto, son un poco inferiores a los que proporciona la datación al radiocarbono. Su causa es atribuible a numerosas incertidumbres referentes a las circunstancias en que el objeto estudiado ha sido enterrado, y al grado de humedad del suelo que le rodea, de los que depende la intensidad que determina los radioisótopos del fragmento de alfarería. Podemos esperar que las investigaciones ulteriores permitirán resolver esas dificultades, pero, diferentes razones de orden práctico hacen pensar que el mejoramiento de los resultados no sobrepasará apenas  $\pm 5$  por 100<sup>61</sup>.

Sin embargo, a pesar de semejante falta de exactitud, está técnica tiende a la datación al radiocarbono, debido a que los objetos de barro cocido son más abundantes en los yacimientos arqueológicos que las materias orgánicas; por otra parte, el hecho que conviene datar es la cocción de la cerámica, en tanto que la datación al radiocarbono de una muestra de madera o carbón tiende a situar la tala de un árbol y no la fecha de su posterior utilización.

Esa técnica encontrará muchas salidas en Egipto. Hasta ahora, las culturas neolíticas y predinásticas han sido mayormente datadas según el tipo de cerámica que las caracterizaba, conforme al *Sequence Dating System*, inventado por Flinders Petrie<sup>62</sup>. Gracias a la termoluminiscencia, en lo sucesivo será posible determinar la edad exacta de esas culturas.

## TECNICAS UTILIZADAS EN LA PROSPECCION ARQUEOLOGICA

El fin esencial del empleo de técnicas científicas en la prospección del suelo es la investigación de la información en yacimientos arqueológicos enterrados, para preparar o reemplazar las excavaciones. Se trata de economizar el máximo de

<sup>59</sup> Aitken, M. J., 1970, págs. 77-78; Hall, E. T., 1970, págs. 135-141.

<sup>60</sup> Aitken, M. J., 1970, págs. 77-88.

<sup>61</sup> Aitken, M. J., 1970, págs. 77-88.

<sup>62</sup> Petrie, W. M. F., 1901.

tiempo, de esfuerzos y de gastos. La investigación arqueológica por medio de métodos científicos recurre a las técnicas siguientes:

### FOTOGRAFIA AEREA

Se emplea sobre todo para la identificación de una estructura determinada según un trazado geométrico. Tiene dos utilizaciones principales: permite una vista más nítida y, por lo tanto, más clara de los puntos donde las señales o esbozos en afloramiento parecen que se reúnen para formar un dibujo más evocador<sup>63</sup>. El estudio de las fotografías aéreas permite, pues, definir las zonas que conviene explorar con vistas a obtener una idea de conjunto de una estructura arqueológica. Ese método ha servido en Luxor (Egipto) para el estudio de los templos de Karnak, al ser la superficie del yacimiento de unas 150 hectáreas. Otra utilización permite descubrir la existencia de vestigios arqueológicos recubiertos por tierras cultivadas, gracias a las marcas vegetales que, como auténticas señales, resultan de la variación de la humedad en los suelos. La vegetación encima de un muro de piedra enterrado se distingue débilmente por una línea más clara, mientras que encima de una zanja rellena, la vegetación es más rica y, por tanto, aparece más oscura. La configuración geométrica de esas señales permite identificar las ruinas enterradas y emprender su exploración<sup>64</sup>.

### ANALISIS DEL SUELO

Generalmente se pueden situar los vestigios de antiguas ciudades habitadas y de cementerios analizando el suelo. Como el fosfato de calcio es el principal constituyente del esqueleto y de los diferentes desechos y detritus dejados por el hombre, su porcentaje será naturalmente más elevado en los terrenos antaño habitados o en los que en otros tiempos sirvieron de cementerios. También los límites de esos sectores arqueológicos serán fijados gracias al análisis de muestras del suelo sacadas a distancias regulares, a fin de deducir su porcentaje de fosfato.

### ANALISIS DEL POLEN

La polinización de las plantas en flor se debe generalmente a la acción de los pájaros, de los insectos o del viento. Las flores, cuya polinización es efecto de la acción del viento, producen grandes cantidades de granos de polen, la mayor parte de los cuales cae al suelo sin haber sido aprovechada en el proceso de fecundación. Por regla general, esos granos se descomponen, pero, si caen en suelo apropiado, lodo o turbal, pueden fosilizarse; entonces es fácil examinarlos al microscopio. La identificación y enumeración de los diversos tipos de polen

<sup>63</sup> Linington, R. E., 1970, págs. 89-108.

<sup>64</sup> Aitken, M. J., 1961.

presentes en una muestra puede adquirir importancia en arqueología, como consecuencia de los medios de información que ofrecen, sobre el ambiente ecológico en que fueron situados, vestigios humanos y objetos varios; y el conocimiento de ese ambiente puede, a su vez, indicar el modo de vida que predominaba en esa época.

Sin embargo, el análisis del polen no puede servir de técnica de datación más que si las muestras del polen pueden estar relacionadas con una cronología fundada sobre un método de datación directa, como la del radiocarbono.

Para detalles más amplios sobre esa técnica, ver Faegri e Iversen<sup>65</sup> y Dimbleby<sup>66</sup>.

## ESTUDIO DE LA RESISTENCIA ELECTRICA

Es la primera técnica geofísica que ha sido adaptada a la arqueología. Consiste en enviar una tensión eléctrica al suelo y medir la resistencia a la corriente eléctrica. La resistencia depende de la naturaleza del suelo, de la cantidad de agua retenida en sus poros y en su porcentaje de sales solubles. Rocas duras y compactas, como el granito y la diorita, poseen una resistencia muy elevada con relación a la del suelo arcilloso. También el estudio de la resistencia se aplicará principalmente a la detección de estructuras de piedras enterradas bajo tierra fangosa o de estructuras excavadas en la roca y después rellenas<sup>67</sup>.

El sistema normalmente adoptado en este método consiste en introducir cuatro sondas de metal en el suelo, hacer pasar la corriente entre las dos sondas exteriores y medir la resistencia entre las otras dos. El valor de la resistencia obtenida es una media aproximada para la materia situada debajo de las sondas interiores y a una profundidad de 1,5 veces la distancia entre ellas, en tanto que esa materia sea medianamente homogénea<sup>68</sup>.

Normalmente, casi todas las aplicaciones del estudio de la resistencia consisten en trazar líneas de medida conservando el esquema de conexión y las mismas distancias con el fin de determinar los cambios en los valores de resistencia. Frecuentemente, esas líneas están combinadas para formar en su conjunto una cuadrícula rectangular de valores, y la localización de estructuras enterradas queda indicada por las partes que proporcionan valores anormales.

Esa técnica ha sido parcialmente reemplazada por la prospección magnética, debido a los inconvenientes que presenta principalmente la lentitud del examen y el hecho de que los resultados están afectados por los efectos climáticos a largo plazo, a lo que hay que añadir que la interpretación de los resultados tiende a ser difícil, salvo en los casos más simples<sup>69</sup>.

<sup>65</sup> Faegri, K., e Iversen, J.; 1950.

<sup>66</sup> Dimbleby, G. W., 1963, págs. 139-149.

<sup>67</sup> Aitken, M. J., 1961.

<sup>68</sup> Linington, R. E., 1970, págs. 89-108.

<sup>69</sup> Linington, R. E., 1970, págs. 89-108.

## EXAMEN MAGNETICO

Actualmente es la técnica más generalizada en la prospección arqueológica. Consiste en medir la intensidad del campo magnético terrestre en unos puntos situados encima de la actual superficie del sitio que se va a examinar. Las variaciones de esas medidas pueden revelar la presencia de estructuras arqueológicas. Esta técnica permite detectar señales subterráneas de hierro, construcciones de tierra cocida —hornos, por ejemplo—, pozos rellenos y excavados en roca, o también estructuras de piedra enterradas en un suelo arcilloso.

Los objetos de hierro enterrados provocan variaciones muy importantes; en los demás, las variaciones son mucho más pequeñas. La técnica del estudio magnético no puede ser, por consiguiente, de utilidad alguna si el instrumento de detección no es suficientemente sensible a las más mínimas variaciones; además, debe ser rápido y de fácil manejo<sup>70</sup>. El *Archaeological Research Laboratory* de la Universidad de Oxford ha logrado poner a punto un magnetómetro de protones que responde a todas esas exigencias<sup>71</sup>. Se compone de dos partes: la bombona de detección y el registrador. La bombona de detección se sostiene sobre un trípode de madera y un operador la desplaza de un punto a otro de la superficie en estudio. Otro operador controla el registrador y traza con las medidas un plano, cuya interpretación conducirá a mostrar la situación y las líneas importantes de los elementos arqueológicos contenidos en el suelo<sup>72</sup>. Otros tipos de magnetómetros han sido perfeccionados, principalmente el magnetómetro diferencial de protones, el «fluxgate gradiometer»<sup>73</sup>, el magnetómetro de cesio, el magnetómetro de extracción de resonancia electrónica<sup>74</sup>. Cada uno de ellos tiene sus ventajas; pero el aparato más útil en casi todos los casos es, sin embargo, el magnetómetro diferencial de protones.

El método magnético tiene varias ventajas sobre la resistencia; es más sencillo, más rápido y sus resultados son más fáciles de interpretar<sup>75</sup>.

SONDEO DE LAS PIRAMIDES EGIPCIAS  
POR MEDIO DE RAYOS COSMICOS

Los rayos cósmicos consisten en una corriente de partículas cargadas eléctricamente, llamadas «mesotrones mu» o «muones». Esos rayos alcanzan la tierra con igual intensidad desde todos los puntos de la atmósfera. Cada metro cuadrado está penetrado por unos 10.000 muones por segundo, cualquiera que sea su dirección. Los rayos cósmicos poseen un poder de penetración fortísimo y muy superior al de los rayos X; su velocidad es casi igual a la de la luz.

El sondeo de las pirámides por medio de esos rayos se basa en el hecho de que

<sup>70</sup> Aitken, M. J., 1963, págs. 555-568.

<sup>71</sup> Aitken, M. J., 1961.

<sup>72</sup> Aitken, M. J., 1961.

<sup>73</sup> Hall, E. T., 1965, pág. 112.

<sup>74</sup> Schollar, I., 1970, págs. 103-119.

<sup>75</sup> Linington R. E., 1970, págs. 89-108.

los muones pierden la energía al atravesar la materia. La pérdida de energía (o absorción de muones) es proporcional a la densidad y espesor de la materia a través de la cual pasan los muones. La intensidad o cantidad de rayos cósmicos que penetra puede ser evaluada por medio de un aparato conocido con el nombre de «cámara de chispas», que se instala en una cámara subterránea en el interior de la pirámide. Los muones que han atravesado un vacío (o una cámara o un pasillo desconocido) tardarán un grado menos que los que han pasado a través de la roca sólida; los rayos cósmicos que han franqueado un vacío serán, pues, más intensos, y la cámara de chispas lo dará a conocer. Con ayuda de dos cámaras de chispas orientadas horizontalmente y distantes una de otra unos 30 cm. en sentido vertical, es posible no sólo detectar cualquier cámara secreta, sino también localizarla a algunos metros más lejos. Entonces se orientarán las investigaciones o excavaciones en esa dirección para alcanzar el vacío o la cámara anunciada por los rayos.

Esta clase de sondeos se han iniciado en la Segunda Pirámide, la del rey Sefrén, de la IV dinastía (-2600 años). Las informaciones han sido analizadas por un ordenador y los resultados publicados el 30 de abril de 1969. Revelan dos hechos importantes: la cámara mortuoria del rey no se sitúa exactamente en el centro de la base de la pirámide; está desplazada algunos metros hacia el norte. Ese descubrimiento está de acuerdo con los resultados obtenidos gracias al estudio magnético y constituye, por consiguiente, la prueba de la validez de esa técnica de sondeo de pirámides. Además, el tercio superior de esa pirámide no encierra ni cámaras ni pasillos desconocidos.

Se ha repetido la experiencia utilizando otro aparato concebido para explorar la pirámide entera. El análisis de los resultados indica que esa pirámide no contiene ningún espacio vacío desconocido, hecho que ha confirmado las previsiones arqueológicas.

## TECNICAS DE CONSERVACION

La finalidad de este estudio no es describir los métodos técnicos empleados para la conservación de los objetos compuestos de elementos diversos tales como cerámica, loza, vidrio, madera, cuero, papiro, tejidos, metales, etc. Su variedad es tal que desbordaría el espacio concedido a este capítulo. Varios libros técnicos<sup>76</sup> y revistas periódicas —entre otros, *Studies in Conservation*, órgano del *International Institute for Conservation of Historic and Artistic Works*, de Londres— han tratado el tema.

En Africa, no obstante, los problemas de conservación más serios se han referido a la gran fragilidad de los objetos y del deterioro considerable de los monumentos de piedra.

<sup>76</sup> Organ, R. M., 1968; Plenderleith, H. J., 1962; Payddoke, E., 1963; Savage, G., 1967.



## EXTREMA FRAGILIDAD DE LAS DIFERENTES MATERIAS

Como consecuencia del calor y la sequía, extremados en numerosos países africanos, los objetos fabricados con ayuda de materias orgánicas (pergaminos, papiros, cuero, madera, marfil, etc.) se han vuelto extraordinariamente frágiles. Es conveniente manipularlos con el mayor cuidado a fin de que no corran el peligro de pulverizarse. Hay que comenzar por conservarlos en un local cerrado y húmedo, envueltos en tejidos húmedos, o tratados al vapor en un recipiente apropiado, de tal modo que puedan encontrar toda su maleabilidad o parte de ella. Entonces se pueden desenrollar o desplegar sin temor a que se rompan.

Cuando han encontrado su maleabilidad, convendría conservar o exponer tales objetos en museos equipados con aire acondicionado o en cámaras frigoríficas a una temperatura de  $17 \pm 2^\circ\text{C}$  y una humedad relativa de 60 a 65 por 100, para que no se hagan quebradizos al contacto de condiciones climáticas más áridas.

## NOTABLE DETERIORO DE LOS MONUMENTOS DE PIEDRA

Este serio problema merece considerarse más detenidamente:

*Principales causas de deterioro*

Los principales factores de la degradación de los monumentos de piedra en Africa son:

— *La migración de las sales*: En presencia de agua o de humedad, las sales solubles se trasladan, bajo la acción de un fenómeno de capilaridad, del suelo salitre hacia la piedra de los monumentos. En clima árido, esas sales pasan del interior de la piedra a la superficie exterior en forma de soluciones acuosas y pueden cristalizarse, bien en la superficie misma provocando su desintegración, bien bajo la superficie haciéndola reventar. Esas acciones son más intensas en la base de los muros o de las columnas y en la zona donde la piedra entra en contacto con el suelo salitroso, como se puede observar en ciertas columnas del templo de Buhen, en Sudán.

— *La intemperie*: En Africa, la piedra está cruelmente afectada por las variaciones excesivas de temperatura y humedad. Y conducen a la rotura de los elementos superficiales de la mayor parte de las piedras.

En numerosos lugares, particularmente en las regiones costeras, los dos factores de degradación actúan complementariamente y provocan un deterioro importante de los monumentos, como fácilmente se puede observar en Libia, en los templos romanos de Leptis Magna y Sabrata.

*Tratamiento de las superficies. Su ineficacia*

Se han realizado numerosos ensayos para consolidar superficies de piedra tratándolas con productos orgánicos de conservación o con silicatos inorgánicos. Esos tratamientos se han revelado no sólo inoperantes, sino también nocivos, ya

que aceleraban el deterioro y las fracturas de la piedra. El fracaso de esos ensayos ha sido subrayado en el Simposio Internacional sobre Conservación de Monumentos de Piedra. Se ha reconocido que el problema de reforzamiento de la piedra no estaba ni mucho menos resuelto, y que era conveniente ocuparse de él con diligencia.

### *Esfuerzos internacionales para resolver el problema*

Las dificultades inherentes al problema y su gravedad han urgido en 1967 al ICOM, al ICOMOS y al Centro Internacional para la Conservación a formar un comité de diez especialistas en conservación de la piedra para estudiar este tema. Se han emprendido varios estudios y ya se han presentado diversos informes. Las actividades del Comité han proseguido hasta últimos del año 1975, a fin de proponer una serie de tests estándar que permitan evaluar el grado de deterioro de la piedra y la eficacia posible de los tratamientos de protección.

### *Una nueva esperanza*

El profesor Lewin ha dado a conocer un nuevo procedimiento destinado a consolidar las superficies de mármol y de cal<sup>77</sup>. Se refiere al tratamiento de las partes estropeadas por medio de una solución muy concentrada de hidróxido de bario (aproximadamente el 20 por 100), que contiene determinada cantidad de urea (aproximadamente un 10 por 100) y de glicerina (aproximadamente un 15 por 100). Químicamente hablando, el método se basa en el reemplazamiento, en la piedra deteriorada, de los iones de calcio por iones de bario. Después del tratamiento, la piedra presenta un endurecimiento manifiesto y ofrece más resistencia a la acción de los factores de degradación. El carbonato de bario nuevamente formado toma cuerpo con la piedra sin constituir un revestimiento superficial de propiedades distintas de las del interior; ese método permite también esperar que las superficies tratadas no se pulverizarán y protegerán las capas subyacentes contra los ataques de la intemperie.

Ese tratamiento ha sido utilizado en julio de 1973 para reforzar el contorno — en vía de disgregación— del cuello de la estatua de roca calcárea de la Esfinge de Gizeh. Hasta ahora, el resultado se ha mostrado satisfactorio, pero hay que vigilar aún el citado cuello durante unos diez años antes de poder consagrar definitivamente dicha técnica de protección y conservación de las piedras y rocas calcáreas.

### *Paliativos*

Cualquiera que sea la confianza que concedamos a la técnica de Lewin, el problema de la conservación por tratamientos químicos de los monumentos de piedra no está aún resuelto. Se recomienda, sin embargo, algunas medidas de

<sup>77</sup> Lewin, S. Z., 1968, págs. 41-50.

orden mecánico para asegurar su protección contra los factores de degradación. Entre otras citamos las siguientes:

— Ningún producto de protección susceptible de tapar los poros de la piedra debe ser empleado para tratar las superficies de los monumentos al aire libre expuestos directamente a los rayos solares. La capa exterior de la superficie correría el riesgo de desconcharse.

— Conviene proceder regularmente al desalado del suelo sobre el que están contruidos los monumentos. El agua utilizada será evacuada por un adecuado sistema de drenaje.

— Tanto como sea posible, los monumentos de piedra deberán estar aislados de los suelos salitrosos a fin de detener la migración de las sales solubles del suelo hacia la piedra. Se puede efectuar ese aislamiento deslizado una lámina de plomo o vaciando una espesa capa de asfalto bajo la estatua, el muro, la columna, etc., que se trate de proteger.

— Cuando el monumento contenga sales solubles que puedan provocar la eflorescencia o la criptoflorescencia, conviene eliminar esas sales mediante lavados con agua y révocar las partes afectadas con arcilla arenosa hasta que la piedra quede casi completamente libre de sales.

— Cuando el monumento es de tamaño moderado, es posible transportarlo a un museo o a un local cerrado para proteger sus paredes de los efectos deletéreos de la acción climática. Otra solución consiste en conservarlo en su emplazamiento original y cubrirlo con otra construcción.

— Cuando no está cubierto, hay que hacerle una cubierta con el fin de proteger las pinturas murales o los bajorrelieves interiores de la acción directa de la luz solar o de la lluvia; con eso se atenuarán hasta cierto punto los desgastes causados por las grandes variaciones de temperatura y humedad.

### *Recomendaciones referentes a las restauraciones*

Puesto que un tratamiento inoportuno de los objetos o monumentos es susceptible de acarrear numerosos daños, e incluso el deterioro completo de algunos de esos vestigios arqueológicos, quizá convenga recordar algunas reglas importantes recomendadas en conferencias internacionales:

a) La pátina de los monumentos antiguos no debe, en modo alguno, disminuirse o quitarse con miras a descubrir el color inicial de la piedra. La limpieza de las fachadas ha de limitarse a quitar el polvo, de tal suerte que la pátina quede intacta, pues ése es el carácter arqueológico más importante del monumento.

b) Cuando se restauren los monumentos antiguos, sólo las partes que se rompan deben ser reconstruidas en sus emplazamientos de origen. Hay que evitar los reemplazamientos y añadidos, a menos que sean necesarios para sostener las partes dañadas o para proteger las superficies antiguas de la intemperie.

c) En todos los casos de reconstrucción debe intercalarse mortero entre las piedras, de modo que su peso sea igualmente repartido y no resulten de ello deformación ni fisuras.

d) El mortero utilizado para la renovación de los muros debe ser, por regla

general, idéntico al mortero de origen, a menos que éste sea de yeso. El empleo de cemento no es recomendable en el caso de construcciones de rocas sedimentarias tales como la calcárea o arenisca.

e) El mejor mortero para toda clase de construcciones es el de cal, sin sal; es fácilmente maleable y poroso y, por consiguiente, no impide el ligero desplazamiento de las piedras debido a los cambios de temperatura. Con él no hay que temer tensiones ni fisuras.

f) En cuanto a los métodos que permiten distinguir las superficies de las piedras añadidas, éstas son las que merecen ser tenidas en cuenta:

— el nuevo paramento puede ser colocado ligeramente desplazado con relación a la obra inicial;

— no está prohibido utilizar materiales diferentes, pero hay que respetar las dimensiones de los bloques de origen;

— se puede utilizar igualmente el mismo tipo de material, pero entonces la forma y dimensiones de los bloques pueden diferir de las de los elementos originales;

— las filas de piedras y todas las juntas pueden ser alineadas sobre las de la obra original, pero los nuevos bloques deberán ser labrados en un aglomerado de piedra de tamaño irregular;

— podrán grabarse en todas las nuevas piedras marcas de identificación que contengan la fecha de la restauración;

— la superficie de las piedras nuevas podrá diferir completamente de la de las antiguas. Basta tratarla con una herramienta de punta o tallarla en profundidad con un rascador para darle cierto diseño geométrico, realizado preferentemente con líneas paralelas o secantes.

## Capítulo 10

### PARTE I

# HISTORIA Y LINGÜÍSTICA

P. DIAGNE

*Aada koy demngaj woni (Fulfuldé)*  
*Lammii ay dekkal demb (Wolof)*  
*La palabra es la que da forma al pasado.*

El negro africano une la historia con la lengua. Esa es una visión común al bantú, al yoruba y al mandinga. Pero no reside ahí la originalidad. En efecto, el árabe o el griego anteriores a Tucídides se pusieron de acuerdo para afirmar, con los fulbé, que «el relato es el lugar donde se reencuentra el pasado»: «Hanki koy daarol awratee».

Lo que prestigia al vínculo entre historia y lenguaje en la tradición negroafricana radica en la concepción que ésta ha conservado generalmente de esos dos fenómenos.

La tradición africana identifica de buen grado lenguaje y pensamiento. Y considera la historia, no como una ciencia, sino como saber, como arte de vivir.

La Historia apunta al conocimiento del pasado. La lingüística es ciencia del lenguaje y de la palabra. El relato y la obra histórica son contenidos y formas de pensamiento. La lengua es, por lo que a ella se refiere, el lugar de ese pensamiento. Y también su soporte.

Lingüística e historia tienen evidentemente cada una su campo, su objeto propio y sus métodos. Pero no por eso dejan de interferirse, al menos, desde un doble punto de vista.

En primer lugar, la lengua como sistema e instrumento de comunicación es un fenómeno histórico. Y tiene su propia historia. Luego, como soporte para el pensamiento y, por consiguiente, para el pasado y su conocimiento, la lengua es el lugar y la fuente privilegiada del documento histórico. Así, en la amplia acepción que se le da aquí, la lingüística abarca un campo de investigaciones que proporciona a la historia, por lo menos, dos tipos de datos: de una parte, una información propiamente lingüística y, de otra, un documento que se podría llamar supralingüístico. Y gracias a la realidad de los pensamientos, permite elementos conceptuales en uso para una lengua y los textos orales y escritos, a fin de leer la historia de los hombres y de sus civilizaciones.

Así planteada la problemática, se percibe mejor el terreno común al historiador y al lingüista que trabajan sobre Africa.

## CIENCIAS LINGÜÍSTICAS E HISTORIA

Todas las ciencias cuyo objeto lo constituyen la lengua y el pensamiento pueden contribuir a la investigación histórica. Sin embargo, cierto número de ellas se relacionan más directamente con la historia.

Aquí hay una tradición bien establecida, aunque sea discutible y se preste a reflexión. Así, se reduce de entrada y por costumbre el estudio del parentesco de las lenguas al punto de unión de la lingüística y de la historia, más fácilmente que al análisis de la evolución del material proporcionado por los textos escritos u orales y los vocablos de un idioma. Ahora bien, ambas investigaciones actúan sobre hechos de lengua o de pensamiento y, por tanto, de historia.

La historiografía europea ha sugerido una separación entre ciencia histórica propiamente dicha e historia literaria o de las ideas. La distinción no es justificable más que en ciertos contextos.

Los bakongo de civilización bantú, los ibo de Benin o los susu de cultura sudanesa han dejado pocos textos o ninguno, que respondan a las normas de una ciencia histórica moderna. En cambio, han producido como fuentes de información, una abundante literatura oral, con géneros más o menos claramente distinguidos, y obras a las que hoy se puede intentar clasificar bajo la categoría de cuentos, novelas cortas, relatos, crónicas de epopeyas históricas, leyendas, mitos, obras filosóficas o cosmogónicas, ensayos técnicos, religiosos o sagrados. En ellos se mezclan indistintamente lo real con la ficción, el acontecimiento que se puede fechar y comparar con el mito puramente imaginario. La reconstrucción de la historia de los bakongo, la de los ibo o de los susu pasa por el análisis crítico de esas literaturas y tradiciones orales. Y no puede despreñar la reconstrucción de sus narraciones, de sus técnicas y conocimientos, el descifre de los lenguajes, de los conceptos y del vocabulario que éstos han utilizado y que continúan revelando su historia respectiva.

Las ciencias y métodos a los que se hace aquí referencia, como susceptibles de iluminar y ayudar al historiador africano, no constituyen, pues, una recensión exhaustiva. Eso no es quizás un inconveniente en el plano de la claridad. El especialista del lenguaje, al fijarse unos límites razonables, se proporciona mejor los medios de profundizar unos sectores precisos. Deja así a otros investigadores, historiadores de las ideas o especialistas de las ciencias, de la economía o de la literatura, el cuidado de abarcar esos sectores, teniendo en cuenta la dimensión lingüística de sus investigaciones.

## CIENCIA CLASIFICATORIA E HISTORIA DE LOS PUEBLOS AFRICANOS

Clasificar las lenguas es revelar ya el parentesco y la historia de los pueblos que las hablan. Se distinguen varios tipos de clasificaciones:

### *La clasificación genética*

Establece el parentesco y el vínculo de filiación en el interior de una familia lingüística.

Y, por consiguiente, ayuda a restablecer en parte, al menos, la unidad histórica de pueblos y culturas que utilizan lenguas del mismo origen.

### *La clasificación tipológica*

Reagrupa lenguas que tienen semejanzas o afinidades evidentes en el plano de sus estructuras y sus sistemas.

Lenguas de origen idéntico o totalmente diferente pueden utilizar los mismos modos de formación léxica, nominal, verbal o prenominal, estando genética, histórica o geográficamente muy alejadas.

La tendencia a utilizar la misma forma nominal y verbal se encuentra en wolof y en inglés:

*liggeey*, trabajar; *liggeey bi*, el trabajo.

*to work*, trabajar; *the work*, el trabajo.

Esos dos idiomas están, no obstante, genética y geográficamente muy alejados, a pesar de esas afinidades tipológicas citadas. Ocurre, por otro lado, que unas lenguas pueden ser de la misma familia y de tipos diferentes. Se establece su parentesco sobre la base de un vocabulario común y que prueba entonces que han evolucionado sobre bases estructurales divergentes. A veces, por el hecho de los préstamos y de los abandonos de vocabulario, la diferencia puede aparecer incluso en el plano del léxico. Las clasificaciones elaboradas a propósito de las lenguas africanas no reúnen, por ejemplo, ciertos elementos de la familia llamada chadiana, ni los de la familia llamada senegaloguineana.

Ahora bien, los sistemas fonológicos, la morfología y la estructura sintáctica obligan a reflexionar sobre el reagrupamiento tipológico, al menos, del mayor número de ellas.

### *La clasificación geográfica*

Expresa, sobre todo, una tendencia instintiva a comparar y reagrupar lenguas coexistentes. Es frecuentemente el resultado de una información insuficiente.

Las clasificaciones propuestas para Africa son a menudo geográficas en sectores esenciales. Y descuidan así el fenómeno de migración e imbricación de los pueblos. Koelle, M. Delafosse, D. Werstermann, J. Greenberg hacen referencia principalmente a denominaciones y reagrupamientos topológicos y geográficos. Y los clasifican en «West Atlantic», «Nigerocongolés», «Senegaloguineano», «Nigerochadiano», etc.

Una clasificación rigurosa de las lenguas africanas implica el recurso a procedimientos que demuestran que las formas, el vocabulario y las estructuras lingüísticas propuestas como elementos de comparación no sólo son representativas, sino propias del patrimonio original de las lenguas tomadas o puestas en paralelo. La semejanza no debe, pues, ser el resultado de préstamos ni de contactos antiguos o recientes.

El árabe y las lenguas semitas, lo mismo que el francés, el portugués, el

afrikander o el inglés, debido a la historia, como se sabe, han depositado, desde hace varios siglos e incluso milenios, un vocabulario considerable en numerosas lenguas africanas. Algunas variantes del kiswahili, que es una lengua bantú, encierran más del 60 por 100 de préstamos del léxico árabe. De eso a deducir —por pasión religiosa o por ausencia de precaución científica— la pertenencia del kiswahili al grupo semitoárabe, no hay más que un paso. Y a veces se ha dado ese paso.

Las formas comunes en el arranque de las lenguas pueden haber experimentado transformaciones de orden fonético, morfológico o estructural en el tiempo. Esa evolución, que sigue unas leyes, es un fenómeno conocido y analizable. El sentido de las formas y el de las palabras del vocabulario de comparación pueden haber variado en los límites de un campo semántico más o menos comprensible. Por ejemplo, el wolof conoce en su forma moderna una desaparición de la vocal final después de una geminada «Bopp» o «fatt» en lugar de «Boppa» o «fatta», como dicen también Gambiens y Lebu. La forma (neds) del egipcio antiguo se ha convertido en fulfuldé moderno en «neddo», y en wolof, en «nit». El bantú dice «mutumuntu», el hawsa «mutu», el mandinga «mixi» o «moxo», el fon «gbeto», el mina «agbeto», etc. El egipcio «kemit» ha significado quemado, negro. Y actualmente tiene sentido de cenizas, quemaduras, etc.

## LA RECONSTRUCCION DE UNA LENGUA

### *La reconstrucción histórica de una lengua*

Como técnica de redescubrimiento de vocabulario y del patrimonio estructural común, la reconstrucción histórica de una lengua tiene en cuenta esos hechos de los cambios. Como procedimiento, la reconstrucción permite trazar de nuevo la historia de una lengua o de una familia lingüística. Y ayuda a establecer el protolenguaje de origen y a datar los períodos de separación de las diversas ramas. En ese sentido constituye un auxiliar de primera calidad para la ciencia clasificatoria propiamente dicha. Se han puesto en práctica muchos criterios y técnicas para reconstruir una lengua y reinventar sus datos originales.

Las correspondencias de sonidos juegan un papel primordial en la reconstrucción de un protolenguaje o el establecimiento de un parentesco. Cuando se sabe, por ejemplo, que las *p* en una variante se convierten en *f* o las *u* en *o* en otra, se puede, al deducir que  $Fa = Pa$ ,  $Lu = Lo$ , reconstruir el fonetismo y las formas de origen.

### *La reconstrucción fonológica*

Es un paso en la reconstrucción del fondo léxico y del vocabulario original. Los fonemas no son los únicos datos que cambian. La *morfología* y las *estructuras* evolucionan igualmente. La función del sujeto en latín está señalada por un monema llamado nominativo. En las lenguas de origen o de influencia latina esa función está precisada, sobre todo, por la sintaxis de posición.



· Homo vidit = vidit homo = el hombre vio.

En el establecimiento de las protolenguas (protobantú, protochadiana, etc.) siempre se hace referencia al *vocabulario* y al *fondo léxico común*. Así se pueden establecer unos «porcentajes» de palabras comunes elaborando cuadros de «descuento léxico» o «lexical count». La clasificación de J. Greenberg<sup>1</sup> recurre muy frecuentemente a esa técnica. D. Sapir, en su trabajo sobre el grupo West Atlantic, utiliza ese procedimiento<sup>2</sup>.

Indica que el seerer y el pulaar, puestos en el mismo grupo, tienen en común el 37 por 100 de palabras; el бага koba y el temne, el 79 por 100; el temne y el seerer no tienen más que el 5 por 100; el basari y el safeen, el 5 por 100.

Ahora bien, esos idiomas están reagrupados en la misma familia. La comunidad de vocabulario que puede ser prestado en abundancia no basta para negar o afirmar un vínculo histórico.

Se ha recurrido a la semejanza de «rasgos tipológicos» o a *identidades de estructuras* (comparación de sistema pronominal, verbal o nominal, etc.).

El elemento tipológico asociado a los datos del análisis del léxico o de la fonología permite llegar a resultados tanto más convincentes cuanto que se tiene en cuenta la historia y las influencias. La reconstrucción intenta también fechar la época en que esa herencia común fue repartida en el interior de un protolenguaje, puesto después en práctica por unas lenguas emparentadas y entonces en vías de diferenciación. Y se afana por identificar la naturaleza de la lengua antigua a partir de la cual han brotado esos diferentes dialectos vinculados a un mismo protolenguaje.

### *La reconstrucción y la datación*

Ambas permiten fijar la edad de los materiales léxicos y estructurales recogidos en el estudio de las lenguas para poder, por comparación, precisar con más o menos certeza el nivel en que se sitúa el parentesco lingüístico. Por consiguiente, ambas dan también unos puntos de referencia precisos a la historia de la separación de los pueblos que han pertenecido al mismo universo cultural y lingüístico. Y arrojan una luz sorprendente sobre la historia de las etnias y de civilizaciones multinacionales y multiétnicas.

En el contexto de una investigación que versa sobre una época reciente y a propósito de lenguas escritas, el esfuerzo es relativamente más fácil. Por el contrario, la escasez de los documentos posteriores al IV milenio antes de la era cristiana en general hace ardua la tarea. Se trata, sin embargo, de dilucidar en este estadio la historia de períodos decisivos de mutación lingüística. Los procesos de cambio del vocabulario o de las estructuras consideradas en ese plano, como se verá, son muy lentas y difíciles de aprehender. Para paliar esa carencia en la información se ha recurrido a procedimientos más o menos eficientes.

<sup>1</sup> J. Greenberg, 1963.

<sup>2</sup> D. Sapir, 1973.

### *La glotocronología*

Es una de las técnicas más recientes en la materia, puesta ya en práctica en tierras de Africa. El principio de ese método se basa en la datación de la evolución léxica de una lengua por referencia al ritmo de cambio de su vocabulario: vocabulario cultural (conceptos filosóficos, técnicos, etc.) y vocabulario de base (nombres de los miembros del cuerpo, numeración de uno a cinco, vocablos que designan los fenómenos naturales, etc.). La glotocronología trata, pues, de informar sobre la edad, las etapas y el estado de la evolución de los términos y formas del léxico. La evolución del vocabulario fundamental o de base es relativamente lento en las sociedades antiguas, aparte de las mutaciones tremendas debidas a acontecimientos decisivos. En el Africa negra en particular, y gracias a los trabajos de Delafosse, nos hemos podido formar una idea de ese ritmo de evolución, al hacer referencia a la recensión de palabras fijas por escrito desde el siglo XI. Se trata del vocabulario de las lenguas sudanesas recogido en los textos árabes. Ahora bien, esos términos han permanecido casi sin cambio después de un milenio de historia. Pero los poseedores de ese método van más lejos aún: la evolución del vocabulario básico no sólo es lento, sino constante en todas las lenguas. Esa es la opinión de M. Swadesh quien ha tratado de aplicar esa teoría a lenguas africanas. En algunos casos concretos, los textos experimentados parecen convincentes. La glotocronología postula un ritmo de transformación de los elementos del vocabulario de base, mensurable en porcentaje. El tanto por ciento de retención del vocabulario estaría comprendido entre  $81 \pm 2$  y  $85 \pm 0,4$  por 100 para una duración determinada de 1000 años. Sobre esa base ha proporcionado algunas conclusiones recogidas en la célebre fórmula:

$$+ = \frac{\log c}{1,4 \log r}$$

en donde + representa la duración; c, el porcentaje de términos comunes en las lenguas comparadas; y r, el tanto por ciento de retención.

Según los resultados obtenidos, ¿se puede considerar la glotocronología como una medida temporal válida, una especie de reloj histórico? Las conclusiones en este aspecto son esperanzadoras por una sencilla razón: en un contexto de imbricación lingüística y de interferencia de léxicos, cuyo alcance es poco conocido, y aparte de documentos concretos, escritos o no, no es fácil, en el estado actual de las investigaciones, disponer los hechos en serie ni distinguir, por ejemplo, entre el cambio normal y la mutación debida a los préstamos, ni siquiera para el léxico básico.

La posibilidad de una ciencia clasificatoria que ponga en práctica todas esas técnicas proporcionaría, no obstante, la clave de la relación étnica y lingüística.

## CLASIFICACIONES LINGÜÍSTICAS Y PARENTESCOS ETNOCULTURALES

A pesar de trabajos importantes, el problema del parentesco lingüístico y étnico está lejos de quedar resuelto en Africa. En muchos sectores, la intuición de ese vínculo predomina aún sobre la prueba científicamente establecida.

La idea y noción de una comunidad bantú que reagrupa a la gran mayoría de las poblaciones del Africa central y austral nacieron en el siglo XIX con los trabajos de W. Bleek. Este establecía, en una célebre obra publicada en 1862, el parentesco de las lenguas y de las variantes dialectales habladas en una zona muy vasta, habitada por numerosas etnias practicantes de dialectos que implican una intercomprensión más o menos amplia. El parentesco de lengua y cultura puede evidentemente ser sorprendente de buenas a primeras para etnias que viven juntas. Los pueblos llamados bantúes están en esa situación.

En algunos casos, la distancia en el espacio y el tiempo plantea problemas. Los fulbé nos ofrecen una buena demostración de ello: Desde la cuenca del Senegal hasta la del Nilo constituyen comunidades frecuentemente aisladas en el seno de etnias vecinas y a veces muy diferentes.

Los duala del Camerún hablan una lengua bantú. El duala puede considerarse en la práctica una variante de ese grupo, de la misma naturaleza que el lingala, y con el mismo título que los dialectos de Mbandaka o de Kinshasa, y a pesar de su alejamiento y aislamiento relativos en relación con las comunidades que hablan esos dos idiomas.

El egipcio faraónico, hablado hace cinco mil años, ofrece semejanzas sorprendentes con el hawsa, el wolof o el songhai<sup>3</sup>.

También se dan los hechos de imbricación. Importantes lenguas de unificación continúan sirviendo, por razones diversas (políticas, económicas, culturales, etc.), de soporte para la integración de etnias diferentes. Y debido a la presión social y al peso histórico obstruyen a los dialectos y culturas, de los cuales, con frecuencia, no quedan más que vestigios.

El lingala, el hawsa, el kiswahili, el yoruba, el twi, el ibo, el bambara, el fulfuldé, el árabe o el wolof son hablados por millones, y hasta decenas de millones, de individuos con orígenes diferentes. Como lenguas de relación y comunicación, han desbordado ampliamente su marco étnico y geográfico de origen, para convertirse en lenguas de civilización comunes a pueblos frecuentemente muy diferentes en su inicio.

Los peul y los seereer constituyen en Senegal la inmensa mayoría de los individuos wolofizados. La lengua wolof es, inicialmente, la de una etnia lebu, cuyos vestigios se encuentran en los confines senegalomaauritanos. Ahora bien, los lebu solamente forman en nuestros días una minoría confinada en la península de Cabo Verde. La cultura y lengua wolof se oscurecen, sin embargo, ante nuestros ojos en favor de la urbanización de Senegal y de las numerosas lenguas y dialectos: seereer, lebu, fulfuldé, diula, noon, etc. Esos idiomas, pertenecientes a

<sup>3</sup> Sobre esta cuestión son de utilidad los trabajos de la señorita Homburger y los capítulos de los profesores Greenberg y Obenga y las informaciones del coloquio de El Cairo (volumen II).

pueblos diversos, representaron, sin embargo, hace apenas algunos siglos, un papel importante en la historia de la región.

Esa evolución es general. El kiswahili, hablado por decenas de millones de bantúfonos, nació de una variante zanzibarita practicada en su origen en algunas aldeas. Se extendió con gran facilidad sobre un área lingüística bantú relativamente homogénea para constituir hoy, con el lingala, la principal lengua de relación de África central y austral. En Zaire, República Popular del Congo, Centroáfrica, Uganda, Tanzania, Kenia, Zambia, Malawi, Sudáfrica, Sudán, Etiopía, etc., de cincuenta a sesenta millones de individuos hablan una de esas dos lenguas o una variante próxima a ellas.

El pensamiento africano tradicional ha sido a menudo muy consciente, no sólo de esa imbricación, sino también del papel explicativo que el fenómeno lingüístico puede desempeñar en la explicación de la historia.

En las tradiciones africanas hay numerosas anécdotas sobre el parentesco entre las lenguas o sobre el origen más o menos mítico de su diferenciación. Con frecuencia se trata de observaciones certeras. Este es el caso a propósito de las relaciones que tienen los peul y los seereer, al afirmar casi intuitivamente su parentesco étnico y lingüístico. Los mandinga, bantúes, akan y peul, que se presentan como individuos de la misma lengua, tienen a veces, como grupos o subgrupos, la intuición de formar una gran familia común.

La mayoría de las veces, el parentesco confirmado sólo nace, sin embargo, de la necesidad de integrar o de coexistir con la historia de una comunidad que «debe» aparecer de una manera o de otra en el universo de una etnia determinada. Para la coherencia de una saga tradicional, es indispensable que los grupos que pueblan hoy el hábitat común tengan unos vínculos reales o míticos.

La cultura tradicional de las sociedades africanas en materia lingüística no proporciona, sin embargo, indicaciones concretas que permitan evocar la existencia de una ciencia antigua o de una reflexión sistemática sobre esos parentescos. Y eso contrariamente a lo que se observa en otras materias, como, por ejemplo, acerca de la ciencia etimológica del propio análisis de la lengua, o también acerca de los fenómenos del léxico. El Maestro de la palabra y de la elocuencia peul, bantú o wolof está con frecuencia muy conscientemente interesado y enterado del origen de las palabras. El historiador del Cayor se complacerá, por ejemplo, en señalar las palabras prestadas o en descomponer tal vocablo para revelar su origen: *Barjal* —refiere el tradicionalista del Cayor— viene de *Baar* y *jall*. Así explicará a la vez la contracción formal sufrida por los componentes del término, lo mismo que el contexto y el sentido de esa palabra. En el artículo de A. Tall<sup>4</sup> se encuentran algunos ejemplos de ese trabajo de los etimologistas tradicionales en Mossi y entre los gurmantché.

La ciencia clasificatoria en materia de lingüística aparece sobre todo con S. Koelle, W. Bleek y con la investigación europea. Esta la inventa en el siglo XIX con los trabajos de los comparatistas indoeuropeos, de los que fueron discípulos los investigadores en materia de lingüística africana.

<sup>4</sup> Cf. *Tradition orale*, Centro Regional de documentación para la tradition oral de Niamey, 1972.

W. H. Bleek<sup>5</sup>, entre los primeros, se dedicó a establecer el parentesco de las lenguas bantúes. En ese terreno precede a autores como Meinhof o H. Johnston. También es conocida la contribución de Delafosse<sup>6</sup> para con las lenguas oesteafricanas. Lo mismo se puede decir de C. L. Lepsius<sup>7</sup>, A. N. Tucker<sup>8</sup> y G. W. Murray<sup>9</sup> para con las nilóticas, y de Basset respecto al berebere. Ha aportado también mucho el estudio del egipcio antiguo, tan esencial para la investigación negroafricana, y la de las lenguas semíticas o indoeuropeas de Africa del Norte, y hasta de las lenguas púnicas y grecolatinas.

Como subraya J. H. Greenberg<sup>10</sup>, autor de la clasificación de las lenguas africanas, la más reciente y discutida de nuestros días, los trabajos modernos que interesan al conjunto del continente y que más han llamado la atención son los de Drexel<sup>11</sup> y Meinhof<sup>12</sup>. Pero no son ni los primeros ni los únicos. Koelle<sup>13</sup>, desde 1854, y Migeod<sup>14</sup>, en 1911, proponen métodos y modos de clasificaciones. Baumen y Werstermann<sup>15</sup> proporcionan en 1940 un sistema interesante sobre el mismo tema.

Esos trabajos siguen siendo, no obstante, discutibles y discutidos por muchas razones.

La primera es que la lingüística africana no ha escapado a la ideología etnocentrista. En ese plano, las críticas recientes de J. H. Greenberg mismo se unen perfectamente con las que Cheikh Anta Diop expresaba hace veinte años en *Nations nègres et Cultures*, y con las que Th. Obenga proseguía, al desarrollar los datos pertinentes de la obra citada, en su exposición en el Festival de Lagos (1977).

La segunda razón es de orden puramente científico, siendo igualmente compartida por la casi unanimidad de los lingüistas. Considera que los intentos de clasificación son prematuros. No se han tomado las precauciones metodológicas indispensables. No se ha reunido el material debidamente analizado y preparado con vistas a una comparación genética o incluso tipológica de las lenguas africanas.

## INSUFICIENCIA DE LOS TRABAJOS

El mero censo o enumeración de las lenguas africanas tropieza con obstáculos. Su recensión no ha alcanzado aún resultados muy concretos. Se anticipa aproximadamente la existencia en el continente de 1.300 a 1.500 idiomas clasificados como lenguas.

<sup>5</sup> W. H. J. Bleek, 1862-1869.

<sup>6</sup> M. Delafosse, en A. Meillet y Cohen, 1924; L. Homburger, 1941. Citemos también entre los autores que han propuesto clasificaciones a A. Werner, 1925 y 1930.

<sup>7</sup> C. L. Lepsius, 1888.

<sup>8</sup> A. N. Tucker, 1940.

<sup>9</sup> G. W. Murray, vol. 44.

<sup>10</sup> J. Greenberg, 1957. Sobre todo el análisis crítico hecho en «Nilotic hamitic-Semito hamitic» en *Africa*, 1958 y también *The languages of Africa*, The Hague, 1963.

<sup>11</sup> Cf. J. H. Greenberg.

<sup>12</sup> C. Meinhof, 1904, 1906, 1912 y 1932.

<sup>13</sup> S. W. W. Koelle, 1854.

<sup>14</sup> F. W. Migeod, 1911.

<sup>15</sup> H. Bauman y D. Westermann.

Las monografías que existen sobre esos dialectos se resumen a veces en la recogida de unas veinte palabras más o menos bien transcritas. La ausencia de análisis profundos de la estructura, del léxico y de la posible intercomprensión es un hecho corriente para la inmensa mayoría de los dialectos africanos. Eso vuelve rápidamente caducas las clasificaciones intentadas periódicamente. Muchos dialectos clasificados en la sección de «lenguas» no son más que variantes dialectales de un mismo idioma.

Bajo la palabra de testimonios vagos sobre los que se fundan muchas conclusiones de autores o de informadores poco enterados, se han clasificado muy rápidamente las variantes no sólo como lenguas diferentes, sino como elementos de distintas familias. Algo así como si se afirmase que el bambara es una lengua que difiere del mandingo de Casamance, o que el yoruba de Benin se distingue del de Ife. Ahora bien, en los dos casos se trata de variantes. Meinhof se ha hecho famoso en torno a las lenguas del Kordofán por errores de esa gravedad.

Es verdad que se han realizado recientes progresos. Sin embargo, no se da el contexto favorable para un trabajo de síntesis rigurosa. En efecto, no se pueden clasificar unas lenguas que aún están por identificar con exactitud y analizar con precisión.

Unos ejemplos concretos ilustran la importancia de las controversias y el grado de las incertidumbres.

Los dos primeros se refieren a los dialectos que están en la frontera geográfica actual de la familia indoeuropea semítica y de la familia negroafricana, por otra parte. El tercero se refiere al grupo «west atlantic», o también «senegaloguineano».

En los trabajos de C. Meinhof (1912)<sup>16</sup>, M. Delafosse (1924)<sup>17</sup>, Ch. Meek (1931)<sup>18</sup>, J. Lukas (1936)<sup>19</sup>, M. Cohen (1947)<sup>20</sup>, en los de Greenberg, fechados en 1948, o en los de A. Bryan en 1966<sup>21</sup>, así como en las recientes críticas de Th. Obenga<sup>22</sup>, no hay acuerdo unánime sobre los datos, ni sobre el método, ni sobre los componentes de los grupos, o la pertenencia y la naturaleza de las relaciones entre los dialectos. La geografía, sobre todo, y el contacto unen realmente, de manera indiscutible, a las lenguas que se extienden desde el Nilo a la cuenca del Chad. La coexistencia milenaria del negroafricano y del semítico aclimata allí un fondo común de préstamos mutuos muy importante. Esas aportaciones recíprocas impiden realizar el inicio o arranque entre los datos originales y lo adquirido exteriormente. Saber en qué medida el vocabulario propio del antiguo egipcio, del hawsa, del copto, del baguimiano, del sara y de las lenguas chadianas que se reencuentran con el berebere o con las lenguas semíticas, como el árabe o el amarico, atestigua un parentesco o simples influencias, plantea problemas.

Los datos del antiguo egipcio se remontan a 4000 años y los del semítico a 2500. El chadiano, berebere y cuchítico analizados en el mismo contexto no

<sup>16</sup> C. Meinhof, 1912.

<sup>17</sup> M. Delafosse, 1924.

<sup>18</sup> Ch. Meek, 1931.

<sup>19</sup> J. Lukas, 1936.

<sup>20</sup> M. Cohen, 1947; J. Greenberg, 1948, «Hamito Semitic», *SJA* 6.47.63.

<sup>21</sup> A. Tucker y A. Bryan, 1966.

<sup>22</sup> Th. Obenga, 1977, comunicación en el Festival de Lagos.

proporcionan informaciones consistentes más que a partir de los siglos XIX y XX de la era cristiana.

En 1947, M. Còhen publica su *Essai comparatif sur le vocabulaire et la phonétique du chamito-sémitique*. En él compara al egipcio, al berebere, al semítico, al cuchítico y al hawsa, que estudia esporádicamente. Leslau<sup>23</sup> y Hintze<sup>24</sup> critican desde el año 1949 las conclusiones de Cohen, hasta en el plano del método. J. Greenberg, teniendo en cuenta el hecho de que el principio mismo de un sector «hamitosemítico» es discutible, amplía los componentes, y sugiere un quinto elemento distinto, el chadiano. Al conjunto del grupo lo bautiza con el término de «hamítico», y luego con el de «afroasiático». Esas conclusiones son objeto de controversias desde su publicación. Polotsky<sup>25</sup> discute que se pueda llegar a la conclusión de la existencia de cinco ramas en el estado actual. Greenberg —se dice— defiende, sin convencer siempre y con motivo del chadiano y de sus vínculos, una sugerencia sobre todo geográfica, contenida en *Languages of the world*. Basta consultar las clasificaciones divergentes de J. Greenberg, Tucker y Bryan, constantemente puestas en duda por sus autores mismos, para medir el carácter provisional de las conclusiones.

Trabajos recientes dan consistencia a una realidad chadiana, cuyas fronteras se revelan mucho más lejanas que las orillas del lago. Newman y Ma<sup>26</sup>, en 1966, e Illie Svityè<sup>27</sup>, en 1967, han profundizado el conocimiento del protochadiano. Los trabajos de Y. P. Caprille<sup>28</sup> han limitado su extensión al Chad mismo. Sobre la base de observaciones sistemáticas se puede sugerir un vínculo genético entre el grupo sara, el grupo chadiano y muchas de las lenguas clasificadas *west atlantic* (seereer, pulaar, wolof, saafeen, etc.)<sup>29</sup>. Esas contribuciones, por sí solas, ponen en duda el conjunto de los esfuerzos de ordenación, como subraya C. T. Hodge en un excelente artículo<sup>30</sup>.

El mayor problema de la naturaleza de los vínculos entre las lenguas de la frontera negroafricana e indoeuropea no está aún resuelto. El peso de los trabajos que asemejan el mundo cultural africano al semítico plantea todavía problemas.

Es cierto que continúa planteándose el problema de la propia identidad y de los componentes del negroafricano. El coloquio sobre el *Poblamiento del antiguo Egipto*, organizado en El Cairo, en 1974, por la UNESCO, lo subraya. S. Sauneron recordaba en aquella ocasión, para ilustrar esas incertidumbres, que «el egipcio, por ejemplo, no puede ser aislado de su contexto africano y que el semítico no explica su nacimiento».

El cuchítico es otro ejemplo que ilustra la incertidumbre actual de las investigaciones y de las clasificaciones. J. H. Greenberg, Tucker, Bryan y el soviético Dolgopoljski proponen hoy, para el mismo complejo de lenguas (somalí, galla, sidamo, mbugu, etc.) llamado cuchítico, tres clasificaciones diferentes, si no

<sup>23</sup> W. Leslau, 1949.

<sup>24</sup> F. Hintze, 1951.

<sup>25</sup> H. Polotsky, 1964.

<sup>26</sup> P. Newman y R. Ma, «Comparative chadic», *JWAL* 5.2.18.25.

<sup>27</sup> Illie Svityè, *The history of Chadi consonantism*, cf. C. Hodge, 1968.

<sup>28</sup> Y. P. Caprille, 1972.

<sup>29</sup> Cf. P. Diagne, 1976.

<sup>30</sup> C. T. Hodge, 1968.

divergentes. La clasificación de Dolgopolski se articula sobre una reconstrucción de orden fonológico, partiendo de ejemplos limitados. Compara, en particular, las labiales (p, b, f) y las dentales (t, d) de las lenguas que él analiza y clasifica en unos diez subgrupos, mientras que sus colegas identifican de 3 a 5.

J. Greenberg ignora los datos fonológicos, morfológicos y gramaticales. Se dedica, sobre todo, a una comparación de vocabulario. Ahora bien, los préstamos juegan un papel considerable en ese plano. A. Tucker y A. Bryan reprochan a J. Greenberg su método y presentan una clasificación fundada en una comparación del sistema pronominal y de la estructura verbal. Ellos mismos juzgan «ambiguos» algunos de los idiomas que reagrupan, insistiendo sobre el carácter de simple intento de sus esfuerzos.

Se ha comprobado que las conclusiones adelantadas aquí valen, sobre todo, por su carácter provisional.

Las mismas dificultades se encuentran a propósito de las lenguas geográficamente delimitadas por el Oeste atlántico. Están localizadas en la costa que va desde el Sur mauritano hasta Sierra Leona. Koelle, en 1854, las clasifica en su *Polyglotta Africana* en la sección «west atlantic» y las identifica sobre la base de los cambios de prefijos o de inflexión en la inicial o en la final que aquéllas tienen. Ese es un rasgo típico del bantú. Ello no basta para definir a un grupo. Koelle, por lo demás, considerará el conjunto de esas lenguas como «no clasificadas». M. Delafosse, en 1924<sup>31</sup>, y D. Westermann, en 1928, afirmaron que se trata de un grupo genético. En 1963, J. Greenberg<sup>32</sup> abunda en el mismo sentido y las designa como grupo extremo en el Oeste de la familia nigerocongoleña.

Ahora bien, en el propio 1963, Wilson<sup>33</sup> y D. Dalby<sup>34</sup>, al señalar los elementos tipológicos de semejanza en el interior del conjunto, niegan toda posibilidad de hacer de ellos un grupo lingüístico emparentado y homogéneo. En los detalles de la morfología, de la sintaxis y del vocabulario, escribe Wilson, al «west atlantic» o grupo «senegaloguineano» le falta mucho para estar unificado. Y, en efecto, los recientes trabajos publicados en 1974 por D. Sapir<sup>35</sup> muestran que no hay más de un 5 a un 10 por 100 de vocabulario común entre la gran mayoría de esas lenguas a las que sólo la geografía parece unir la mayoría de las veces, como ya se ha sugerido, por otra parte. El proceso de migración ha enmarañado aquí, como en la zona nilo-chadiana, a pueblos de orígenes diversos. Se los emparenta quizá demasiado rápidamente, a falta de informaciones precisas que aclaren la historia y al historiador.

En ese plano, además, los límites actuales de la lingüística como instrumento de investigación histórica son grandes. El investigador se enfrenta aquí con un doble obstáculo ya citado anteriormente. La investigación no ha concluido porque sigue siendo parcial y embrionaria. En segundo lugar, sus resultados provisionales son con frecuencia inexplotables, porque han sido falseados por unas perspectivas y una ideología deformantes.

<sup>31</sup> M. Delafosse, 1924.

<sup>32</sup> J. Greenberg, 1963.

<sup>33</sup> W. Wilson, 1966.

<sup>34</sup> D. Dalby, 1965.

<sup>35</sup> D. Sapir, 1974.



## LA IDEOLOGIA DEFORMANTE

La historia es el lugar por excelencia de la ideología. Los primeros trabajos sobre el pasado y sobre las lenguas africanas han coincidido con la expansión colonial europea. Por eso han estado fuertemente marcados por las visiones hegemónicas de la época.

Los estudios etnocentristas expresan la preocupación instintiva de juzgar unos valores de civilizaciones por referencia a sí mismos. Y conducen a anexionarse, para legitimarse como pensamiento y poder dominantes en el mundo, los hechos de civilización más importantes. Las tesis sobre la primacía de lo indoeuropeo, lo ario o lo blanco como civilizadores testimonian con exceso que todavía hoy se producen ecos profundos en muchas obras de historia y lingüística africanas<sup>36</sup>.

Por eso, Egipto ha estado durante mucho tiempo aislado con relación al resto del continente. Y a veces continúa siendo remozado en provecho de Mesopotamia o de otros supuestos centros indoeuropeos o semitas sobre la base de especulaciones aventuradas. A veces se han buscado unos iniciadores imaginarios para el arte de Benin. La teoría «hamítica»<sup>37</sup> se ha montado con todas las piezas para explicar todo fenómeno cultural positivo en el África negra por una influencia externa.

Al intentar promover una metodología rigurosa y científica, J. Greenberg, cuya aportación, aunque discutible en parte, sigue siendo tan nueva e importante, se hace a veces eco de ese impacto negativo de la ideología etnocentrista.

Seligman y Meinhof, pero también, después de ellos, autores tan importantes como Delafosse, Bauman, Westermann o Muller, desarrollan argumentos de una fragilidad científica consternante, porque se fundan en prejuicios del tipo como el que expresa Meinhof en la fórmula siguiente: «En el transcurso de la historia, un hecho se ha repetido constantemente, a saber, que los pueblos hamitas han sometido y gobernado como dueños a los pueblos de piel negra».

Esas comprobaciones legitiman la prudencia con que conviene utilizar el material que los trabajos lingüísticos ofrecen hoy al historiador o a los especialistas de las ciencias humanas en general.

«El empleo yago —escribe J. Greenberg— del término hamita como categoría lingüística y su utilización en la clasificación de las razas para designar un tipo considerado como fundamentalmente caucasoide han conducido a una teoría racial, que ve en la mayor parte de las poblaciones originarias del África negra el resultado de una mezcla entre amitas y negros». Así, la denominación de «pueblos de lengua nilocamítica» se refiere a la obra de C. G. Seligman, *Races of Africa*. «Esos pueblos son racialmente considerados mitad hamitas». Los bantúes

<sup>36</sup> Cf., más adelante, J. H. Greenberg sobre este punto.

<sup>37</sup> Las palabras «hamita», «hamítico», «camita» y «camítico» han sido utilizadas con inusitada frecuencia en el mundo occidental durante siglos tanto por el vocabulario culto como por el cotidiano. Proceden de lecturas deformantes y tendenciosas de la Biblia. El mito de la maldición de los descendientes negros de Cam ha salido de esas lecturas. Es verdad que en el siglo XIX, debido a los lingüistas y los etnólogos, esas palabras han tomado una significación aparentemente menos negativa, y en todo caso ha sido liberada de toda referencia religiosa, pero no por eso han dejado de funcionar como discriminantes entre algunos negros, considerados como superiores, y los demás. De todos modos, el Comité científico internacional alienta los estudios críticos en curso sobre los usos históricos de ese vocabulario que hay que utilizar con manifiesta reserva.

constituirían también otra variedad de negros hamitizados. Y eso, comenta siempre Greenberg, «sobre la base de las especulaciones de Meinhof, especulaciones en favor de las cuales, por otro lado, jamás han aportado la menor prueba, por la sencilla razón de que no hay prueba alguna posible para que el bantú, como ha escrito Seligman, sea una lengua mixta, y el hombre bantú, si se puede decir así, sea el descendiente de un padre hamita y una madre negra».

En realidad, concluye J. Greenberg, esa ideología falsea totalmente, aún hoy día, la elaboración de una ciencia lingüística susceptible de aclarar las verdaderas relaciones entre lenguas y civilizaciones en Africa.

La migración en el sentido este-oeste y norte-sur de los pueblos africanos ha embrollado el cuadro étnico, racial y lingüístico del continente. Los nombres de personas y lugares y los hechos de lingüística pura, que versan sobre el vocabulario esencial mismo, lo indican, como se ve en muchos trabajos. Las lenguas de Senegal, como el wolof, diula, fulfuldé o seereer, atestiguan semejanzas más profundas con las lenguas bantúes de Africa del Sur, Tanzania, Camerún y Zaire, que con las lenguas de familia mandinga en el interior de las cuales están geográficamente insertas. El léxico, la estructura y hasta los principios, como se verá más adelante, de la escritura del antiguo egipcio están más próximos a las realidades de lenguas tales como el wolof, el hawsa, o de la tradición gráfica dahomiana que a las estructuras lingüísticas semíticas o indoeuropeas a las que se les anexiona sin precauciones.

El antiguo egipcio, el hawsa y las lenguas de los pastores ruandeses, de los abisinios, de los peul, de los nubios se consideran de naturaleza semita o indoeuropea sobre bases de una fragilidad evidente, o partiendo de una metodología y de una elección de criterios muy poco convincentes.

Los peul son quizá mestizos por la misma razón que los baluba, los susu, los songhai y muchos pueblos negros que han mantenido, en su hábitat antiguo o actual, contactos con poblaciones blancas, aunque esa hipótesis de mestizaje sea hoy claramente mantenida como dudosa a partir de descubrimientos recientes sobre los procesos de mutación de la pigmentación.

Por su fonología, léxico y estructura, el fulfuldé no presenta con ninguna otra lengua conocida una semejanza tan perfecta como con el seereer. De modo que seereer y peul sugieren por sí mismos su parentesco no sólo lingüístico, sino étnico. Ahora bien, investigadores como F. Muller, W. Jeffreys, Meinhof, Delafosse y Westermann no han intentado, sin embargo, establecer un origen blanco de los peul al afirmar que el fulfuldé es protohamítico<sup>38</sup>. W. Taylor llega incluso a escribir: «Por la riqueza de su vocabulario, la sonoridad de su dicción y la delicadeza pronunciada de sus expresiones, el peul no puede pertenecer a la familia negra sudanesa». Todas esas observaciones nos muestran hasta qué punto se ha generalizado la confusión entre categorías tan diferentes como lengua, género de vida y «raza», sin contar el concepto de etnia utilizado según los casos, con referencia a una o varias de las nociones precedentes.

Como observa Greenberg, la relación simplista establecida entre ganado mayor, conquista y lengua hamítica se revela falsa en todo el continente africano.

<sup>38</sup> J. H. Greenberg, *op. cit.*

«En el Sudán occidental —escribe— es una ironía ver que los agricultores de lenguas «hamíticas» están bajo la autoridad de los pastores peul que hablan una lengua sudanesa occidental (nigerocongolesa). Hubiera sido otra ironía, si se siguieran los clisés establecidos, constatar la antigüedad y permanencia de las hegemonías mandinga o wolof, de familia lingüística sudanesa, en unos pueblos tan rápidamente anexionados a lo «hamítico», como los peul llamados prehamíticos, o los bereberes».

Ninguna de las clasificaciones establecidas en el plano continental o regional ofrece hoy garantías científicas irreprochables. El etnocentrismo ha contribuido ampliamente a falsear el análisis de los materiales. En muchos casos, no se llega más lejos que a conjeturas, a repeticiones de principio y rápidos ensayos.

Hay un determinado número de condiciones para el estudio de las lenguas africanas según las perspectivas de una ciencia rigurosa que ayuda a aclarar la historia de los pueblos y de las civilizaciones del continente. En primer lugar, conviene liberarla de las obsesiones de un juicio extravertido partiendo del semita o del indoeuropeo, es decir, partiendo del pasado histórico del hombre europeo. Por otro lado, hay que referirse al material lingüístico antiguo para establecer el parentesco de las lenguas africanas, y no a los datos geográficos actuales, a las influencias antiguas o tardías, a los esquemas explicativos elegidos *a priori* o a los rasgos lingüísticos marginales con relación a los hechos dominantes de los sistemas.

## CIENCIAS AUXILIARES

### EL ANALISIS ACULTURALISTA

El análisis aculturalista, llamado «topología»<sup>39</sup> según la terminología inglesa, compete a una ciencia que tiene por objeto el estudio del origen y de los procesos de difusión de los rasgos culturales (ideas, técnicas, etc.). Los investigadores alemanes habían inaugurado el método sobre el terreno con el estudio de los «ciclos culturales» de Frobenius, Westermann-Bauman, etc.

La difusión de las técnicas y cultivos de los agricultores, los procedimientos de los pastores, la invención y difusión de las técnicas del hierro y de otros metales, el uso del caballo, la elaboración de las nociones de orden ontológico, la del panteón de los dioses o de las formas artísticas han llamado con frecuencia la atención sobre ese plano.

La topología, no obstante, ha sobrepasado a veces su dominio. Y en particular ha introducido muchos errores en el plano de la ciencia clasificatoria. En efecto, muchos autores muy poco precavidos han creído que debían inferir un parentesco lingüístico a partir de una simple advertencia de rasgos culturales. Ahora bien, esos hechos responden frecuentemente a fenómenos de préstamos, de contactos o de convergencias.

<sup>39</sup> M. Guthrie, 1969.

### *La ciencia onomástica*

La ciencia onomástica es la de los nombres: nombres de lugares (*topónimos*), de personas (*antropónimos*), de lugares de agua (*hidrónimos*), etc.

La onomástica está estrechamente unida al léxico de las lenguas. Las comunidades étnicas relativamente homogéneas durante un período, lo mismo que los grupos etnolingüísticos más heterogéneos, pero que hablan un idioma común, forjan sus nombres sobre todo por referencias a las realidades de sus lenguas. Y llenan el universo territorial y geográfico, que les ha servido o les sirve de hábitat, de nombres que ellos construyen con las mismas perspectivas. Así, al descubrir los nombres de personas, se identifican al mismo tiempo los elementos étnicos que constituyen una comunidad. Los seereer son, en general, unos Jonn, Juuf, Seen, etc.; los peul, Sow, Jallo, Bā, Ka, etc.; los mandinga, Keita, Turé, Jara, etc. Los bereberes o los bantúes tienen familias de nombres que les son propias.

### *La antroponimia*

La antroponimia desempeña una misión importante en el estudio de la historia de las etnias y de las comunidades políticas o culturales. El estudio de los nombres en uso entre los tukuloor<sup>40</sup> del Senegal muestra, por ejemplo, que se está en presencia de una comunidad etnolingüística muy heterogénea. Ese grupo fulfuldéfono implantado en Senegal, a lo largo del río, en los confines de Malí y Mauritania, es muy homogéneo en el plano cultural. De ahí surge un sentimiento «nacional» muy profundo. En realidad, la comunidad se ha forjado a partir de elementos peul, cuya lengua se ha compuesto de mandinga, seereer, lebu-wolof y bereberes.

Toponimia e hidronimia constituyen igualmente ciencias esenciales en el estudio de las migraciones de pueblos. Se pueden trazar mapas precisos a partir de los nombres de aldeas desaparecidas o todavía existentes para seguir la marcha de los mandinga, cuyas aldeas tienen nombres compuestos partiendo de *Dugu*. Se puede establecer del mismo modo el mapa toponímico de los hábitats antiguos o actuales de los peul que utilizan el término *Saare* para sus establecimientos, el de los wolof que utilizan el término *Ker*, el de los arabobereberes: *daaru*; de los hawsa, etc.

### *Antropología semántica*

La antropología semántica o etnolenguaje constituye un enfoque nuevo que intenta descubrir la cultura del hombre por su lengua. Se apoya en un análisis global del conjunto de los datos que proporciona la lengua de una etnia o comunidad heterogénea, que tiene un dialecto común para poner en evidencia a la vez su cultura, su pensamiento y su historia.

El método va más allá de una simple recogida de tradiciones y de literaturas

<sup>40</sup> Ese nombre se transcribe generalmente: «Toucouleur», todocolor.

escritas u orales e implica el recurso a una reconstrucción de la totalidad de las ideas que encierra una lengua y que no depende necesariamente de una obra o de un discurso sistemático. La investigación opera en ese plano, a un nivel infra y supralingüístico, y describe, a partir del vocabulario y del recorte del pensamiento, los procedimientos de formalización, conceptualización y estructuración de una lengua, los diferentes tipos de cultura en el interior de los cuales se cristalizan la visión del mundo y la historia propia de la comunidad que practica un dialecto determinado. El etnolenguaje lleva a descubrir unos sistemas: concepción metafísica, ética, ontología, estética, lógica, religión, técnicas, etc.

Así, la literatura escrita u oral sobre el pasado de los hawsa, con sus documentos religiosos, fábulas y prácticas jurídicas, médicas, metalúrgicas y educativas, nos informa a la vez sobre la evolución del contenido del pensamiento de los hawsa, pero también sobre historia y cultura.

En las civilizaciones con predominio oral, cuyos textos de referencia son escasos, la interpretación diacrónica fundada sobre la comparación de textos de épocas distintas no existe prácticamente. La lingüística se convierte entonces en un medio privilegiado de redescubrimiento del patrimonio intelectual y en una escala para remontar el tiempo.

Las culturas de expresión oral que descubre la antropología semántica producen obras para recolectar y captar o fijar autores y la especialidad de éstos. Toda cultura africana oral o escrita ha dejado —como entre los wolof— su filósofo (*Ndaamal Gosaas*), su politicólogo (*Saa Basi* o *Koco Barma*), su maestro de la palabra y de la elocuencia, su maestro de la epopeya o del cuento (*Ibn Mbeng*)<sup>41</sup>, pero también sus inventores de técnicas en materia de farmacopea, medicina, agricultura o astronomía<sup>42</sup>.

Esas obras y sus autores constituyen excelentes fuentes de análisis del dinamismo evolutivo de la cultura en una sociedad bajo sus diversas formas.

La ontología bantú puede ser descifrada, e incluso interpretada y sistematizada, por referencia a los vocablos bantúes sobre el ser en el mundo partiendo del trabajo de elaboración y de conceptualización que da forma, a través de las palabras y de los enunciados del bantú, a las concepciones que éste tiene de esos fenómenos.

Como la lengua es el lugar de cristalización de todos los instrumentos mentales o materiales construidos por las sucesivas generaciones, se puede decir que la experiencia histórica de un pueblo está depositada en estratos consecutivos en el tejido mismo de la lengua.

### *SopORTE del documento y del pensamiento histórico*

Generalmente hoy hay acuerdo sobre el papel de la tradición oral en la historia africana. Y hasta se invita a los griots tradicionalistas a los congresos.

<sup>41</sup> Todos ellos personajes históricos célebres en el pensamiento wolof.

<sup>42</sup> Las obras de S. Johnston sobre los yoruba, de Tempels sobre los bantú, de M. Griaule sobre los dogón, de Traore sobre la medicina africana, de M. Guthrie sobre la metalurgia, etc., constituyen con los «clásicos literarios consagrados» contribuciones importantes a la antropología semántica. Cf. P. Diagne, 1972.

Algunos sugieren la conveniencia de crear cátedras a los griots, y hasta para confiarles la investigación y la enseñanza de la historia.

En efecto, la preeminencia de lo dicho sobre lo escrito ha sobrevivido en el seno de las culturas tradicionales con predominio rural en África como en otros lugares.

La oralidad, como medio de elaborar y fijar los productos del pensamiento, tiene sus técnicas. Aunque ese ámbito, para las formas escritas u orales del pensamiento, es ampliamente común, las vías y los medios de su concepción y de su transmisión no son siempre los mismos<sup>43</sup>.

Se notará simplemente que el pensamiento escrito, la literatura en el sentido etimológico, al fijarse, tiene tendencia a hacerlo más fácilmente en una forma permanente. Merced a ese hecho rompe con una tradición verbal que ofrece una mayor libertad para la intervención y la mitificación. En el plano de la lengua, las posibilidades de dialectización son también más vastas debido a una evolución menos controlada. Una lengua de expresión sobre todo oral sigue siendo más popular y sensible a las distorsiones que la práctica le impone en el plano de su estructura y de los sonidos que la lengua utiliza, y hasta de las formas que toma prestadas.

Una lengua literaria está, por el contrario, más elaborada en el sentido de unificación. Además, tiene una dimensión visual mayor. E integra, como elementos expresivos, unos datos gráficos que le dan cierta especificidad: ortografía en ruptura con su fonología, puntuación, etc. El lenguaje oral continúa recurriendo, en cambio, más al elemento sonoro, y señala por la cadencia, los ritmos, las asonancias o disonancias, las evidencias del discurso. La importancia del papel que la memoria asegura para suplantar la ausencia de un soporte gráfico modifica igualmente el carácter de la oralidad en sus formas de expresión. Y hasta se impone, con las técnicas de memorización, una ciencia específica para la retención de los textos. El documento escrito y la tradición oral se hacen así complementarios al conjugar sus virtudes respectivas<sup>44</sup>.

Una vez transcritos, los textos orales se convierten, por otro lado, en literaturas a su vez<sup>45</sup>.

### *Tradición gráfica. Las escrituras africanas*

La invención de la escritura responde a las necesidades, cuya naturaleza y origen no siempre se ha sabido poner en evidencia, según los contextos. La escritura, instrumento del comercio y de la administración, sustenta normalmente las civilizaciones urbanas. Pero las motivaciones de su inicio pueden variar notablemente. En África, tanto en la época faraónica como bajo el reinado de los

<sup>43</sup> Cf. P. Diagne, 1972.

<sup>44</sup> Cf. P. Diagne, *op. cit.*

<sup>45</sup> Cf. las numerosas publicaciones sobre este tema: trabajos de A. Hampate Ba, A. Ibrahim Sow, Mufuta, E. de Dampierre, K. Moeene, F. Lacroix, K. Griaule, G. Dieterlen, Whitley, E. Norris, L. Kesteloot, D. T. Niane, M. Diabate, J. Mbiti, etc. Todos ellos han publicado sobre ese tema obras clásicas en las colecciones de Oxford, de Julliard, de Gallimard, en el Centro de Niamey, etc.

soberanos de Dahomey o de los Mansa Mandinga, el uso de la escritura ha respondido principalmente a necesidades de orden inmaterial. La escritura egipcia, la de los bajorrelieves dahomianos, como los ideogramas bambara o dogon, han tenido en su origen una doble función dentro del contexto: servir para materializar un pensamiento y realizar de ese modo una acción de alcance religioso o sagrado. La escritura egipcia, inventada según la leyenda por el dios Thot, permanece durante mucho tiempo confinada, sobre todo, en los templos, entre las manos de los sacerdotes. Y pone el sello a los secretos. También sirve de medio de acción a un pensamiento percibido como subyacente y materializable en forma de verbo o grafía.

La segunda gran función atribuida a la escritura en las civilizaciones africanas coincide con la necesidad de perpetuación histórica. La escritura egipcia, como la de los Palacios de Abomey, es una glorificación de soberanos y de pueblos deseosos de dejar tras sí el recuerdo de sus hazañas. Los bambara o los dogon que inscriben en las murallas de Bandiagara sus signos ideográficos intentan el mismo fin.

Entre el Recado del rey Glélé, hacha de ceremonia portadora de mensajes, y la Paleta de Narmer, no sólo hay afinidades. El espíritu es el mismo, pero también los principios y las técnicas de escritura<sup>46</sup>.

La escritura egipcia se atribuye al dios Thot que es asimismo inventor de la magia y de las ciencias, a ejemplo del dios con cabeza de chacal de los dogon, él mismo depositario del verbo, de la cultura y de la palabra eficiente.

Los pocos especialistas que han estudiado, a menudo con notable minuciosidad, los sistemas de escrituras originales de Africa se han desinteresado en general del vínculo que parece evidente y técnicamente demostrable entre los jeroglíficos y las escrituras mejor conocidas del Africa negra.

El jeroglífico egipcio sigue siendo fundamentalmente pictográfico en su función original de instrumento de los templos. Como su homólogo dahomiano, hace referencia en lo posible a la imagen. Es una escritura voluntariamente realista, que se preocupa de materializar los seres, los objetos y las ideas, haciéndolo del modo más concreto y sustancial, y un poco para restituir o conservar sus cualidades naturales.

No es un azar que la deformación de escritura pictográfica, por el uso de la cursiva que altera y desfigura los elementos representados, no esté permitida más que fuera de los templos. La escritura hierática de uso laico sobre todo, contrariamente a lo que la etimología griega de la palabra pudiera sugerir, y el demótico «popular», aún más simplificado en su trazado, son las grafías no sagradas y utilitarias. El jeroglífico, como tan acertadamente subraya M. Cohen, incluye en el espíritu del sacerdote egipcio «una fuerza de evocación mágica», lo que explica, prosigue, «que las representaciones de seres nefastos sean evitadas o mutiladas». Aquí estamos frente a una concepción ontológica que tiene sus raíces y se anega profundamente en la tradición negroafricana. Esta no habrá llegado en el transcurso de milenios a desacralizar, a semejanza de las indoeuropeas y singularmente de las griegas, el pensamiento y sus soportes orales o gráficos. La visión del

<sup>46</sup> M. Glele, 1974.

bambara, del yoruba, del nsibidi o de los sacerdotes dogon, respecto a los sistemas gráficos que utilizan en sus templos o en sus sesiones de adivinación, es idéntica.

La unidad de las grafías inventadas en Africa no está solamente en los presupuestos ideológicos que confieren a sus sistemas sus funciones y naturaleza. Está igualmente en la técnica misma de transcripción.

En la historia de las escrituras africanas se encuentra la referencia constante a tres técnicas de fijación gráfica del pensamiento: recurso a la imagen copiada del ser o del objeto con unos pictogramas; recurso al símbolo para representar una realidad con el uso de ideogramas que son signos sin vínculo inmediato de semejanza física con la noción que simbolizan; finalmente, uso del fonograma para representar todos los homófonos, es decir, todas las realidades designadas por el mismo sonido o el mismo grupo de sonidos. Ese es el principio de la escritura pictográfica.

Ahora bien, la comparación entre la Paleta de Narmer y los Recados de Glélé o de Dakodonu es reveladora. Transcriben el discurso según los mismos principios.

En la Paleta de Narmer hay una imagen del rey. Este coge por los cabellos a un enemigo vencido y lo mata, mientras que el resto del ejército derrotado emprende la huida bajo los pies del gigantesco faraón. Los pictogramas son claros y hablan. Los otros signos son ideogramas. Se distingue un óvalo «ta» que simboliza la tierra. Arriba, un grupo de signos y un marco cuadrado para la tarjeta del nombre Horus del faraón. Un pez y un pájaro dan el nombre del faraón. Esas dos imágenes son unos pictofonogramas.

El Recado de Gézo presenta al soberano dahomeyano bajo la forma de un búfalo, como el faraón lo está bajo la forma de un halcón. Muestra sus dientes, lo que significa que él siembra el terror ante sus enemigos. Se trata en este primer caso de una comparación simbólica. Otros casos son más importantes.

El Recado del rey Dakodonu o Dokodunu, más antiguo (1625-1650) y descrito por Le Hérisse, muestra con mayor claridad aún el principio del «jeroglífico» dahomiano. El texto de la hoja de hacha puede leerse así: hay un símbolo pictográfico que representa un sílex «da»; abajo, el dibujo de la tierra «ko», con un agujero en medio «donon». Esos signos son pictogramas utilizados aquí como pictofonogramas. Uniéndolos, como respecto al nombre del Faraón de la Paleta de Narmer, se lee el del rey dahomiano *Dakodonu*. La escritura dahomiana encuentra al jeroglífico faraónico mediante sus mismos principios y por su espíritu. Y descubre las tres técnicas a las que se refiere la grafía egipcia: la imagen pictográfica, el símbolo ideográfico y el signo pictofonográfico<sup>47</sup>.

El científico soviético Dimitri A. Olderooge, en un importante artículo de divulgación ha recordado, a continuación de Ch. Anta Diop, la supervivencia del sistema jeroglífico hasta una época tardía en el Africa negra.

En *Description historique des trois royaumes du Congo, du Matamba et de l'Angola*, publicada en 1687, Gavassi de Motoccluo afirma la utilización de la escritura jeroglífica en esas regiones.

<sup>47</sup> Ver capítulo 4.



En 1896 fue descubierta una inscripción jeroglífica sobre los peñascos de Tete, en Mozambique, a lo largo del río Zambeze. Su texto fue publicado en aquella época. Ch. Anta Diop observa además el uso de una grafía pictográfica tardía en Baol, donde se han podido encontrar en época reciente trazados de jeroglíficos sobre unos baobabs muy antiguos. Los vaï de Liberia utilizaron durante mucho tiempo una escritura pictográfica sobre tiras de corteza.

La escritura meroítica, nacida en la periferia meridional del antiguo Egipto, prolonga la escritura faraónica en la que se inspiraba, si es que no la creó o compartió con ella su mismo origen.

Sin embargo, parece que los sistemas ideográficos de escritura resistieron mejor en el terreno negroafricano occidental que los jeroglíficos.

En la práctica, la gran mayoría de los pueblos negroafricanos conoce el uso del ideograma, bien por el cauce de las técnicas adivinatorias, bien por el uso que de él hacen los ministros del culto, los grabadores de obras de arte, etc.

La geomancia de los gurmantché está muy elaborada. El tambipwalo (geomántico) dibuja unos signos sobre la arena y los interpreta. Después proclama una especie «de mandato» que consiste en signos grabados a cuchillo en un trozo de calabaza. Esos signos abstractos designan los altares y lugares donde hay que presentarse para los sacrificios, qué clase de animal hay que inmolar, cuántas veces, etc. Se trata de una «escritura codificada».

La adivinación por los signos del Fa es también de una riqueza notable. Sobre una bandeja con arena o sobre el suelo, el número de nueces de palma conservadas en la mano izquierda es inscrito ocho veces a medida que el adivino realiza un juego de manos, pasando las nueces de una a otra. También se forman unos cuadros (hay 256 combinaciones), de los que 16 son los principales, los dou que constituyen los «hilos» o las palabras de los dioses gobernados por el Fa, el destino. Cada uno debe dar un culto a su dou pero, al mismo tiempo, tener en cuenta a los de sus padres y antepasados, a los de su país, etc. Al ser innumerables las combinaciones, la multitud de los dou se combina en una especie de estrategia mitológica que es también una técnica grafológica. La adivinación del Fa se practica, sobre todo, en la costa de Benin.

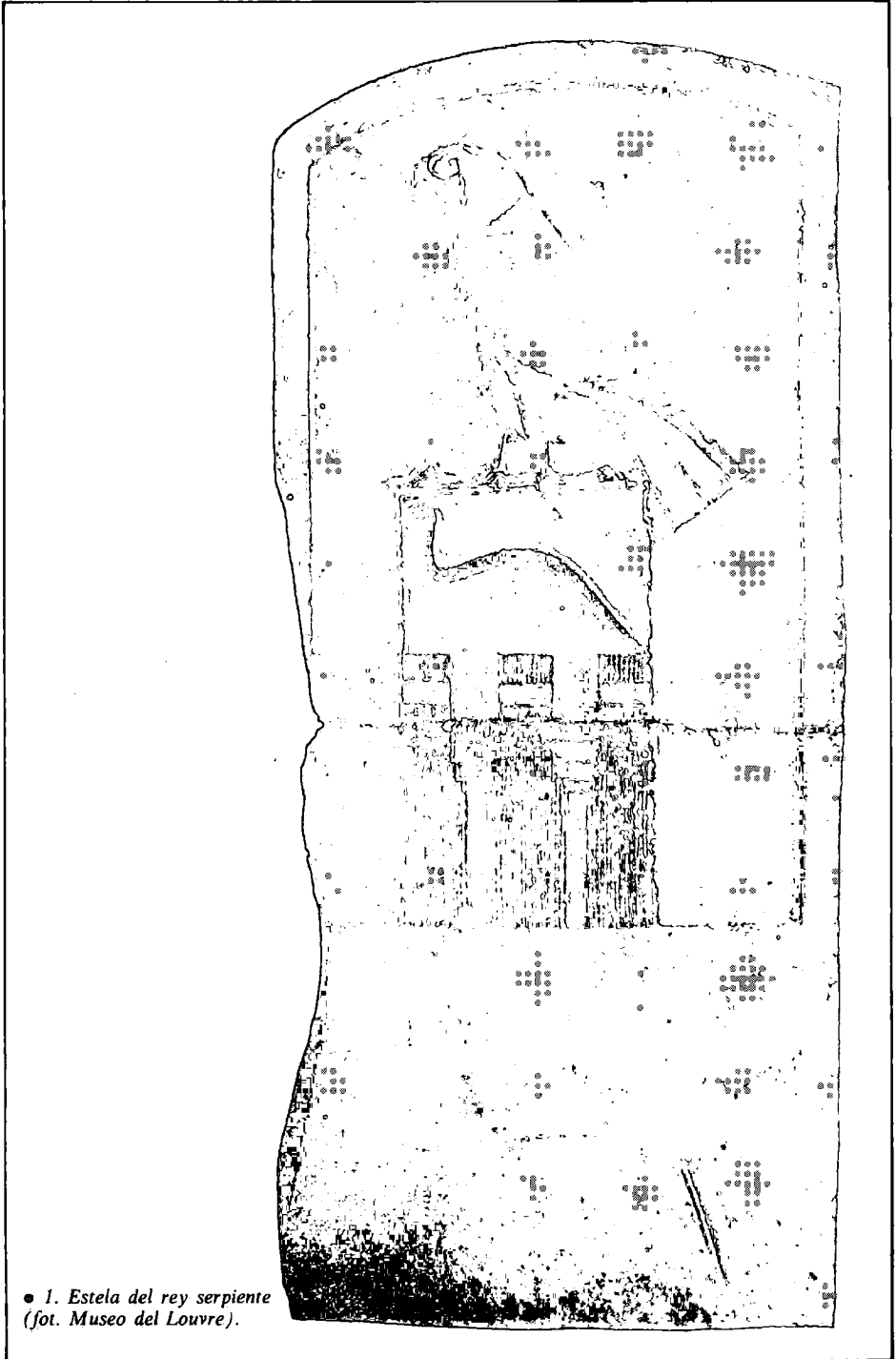
La búsqueda de los sistemas ideográficos<sup>48</sup> ha sido abundante, en particular en los países de la sabana que han permanecido tradicionalistas y relativamente poco islamizados. No es una casualidad. Los especialistas, como M. Migeod entre los primeros, han dado a conocer cierto número de ellos.

La escritura ideográfica dogon ha sido presentada por M. Griaule y G. Dieterlen, a quienes se les debe el análisis del sistema bambara y una buena síntesis de las grafías de la región.

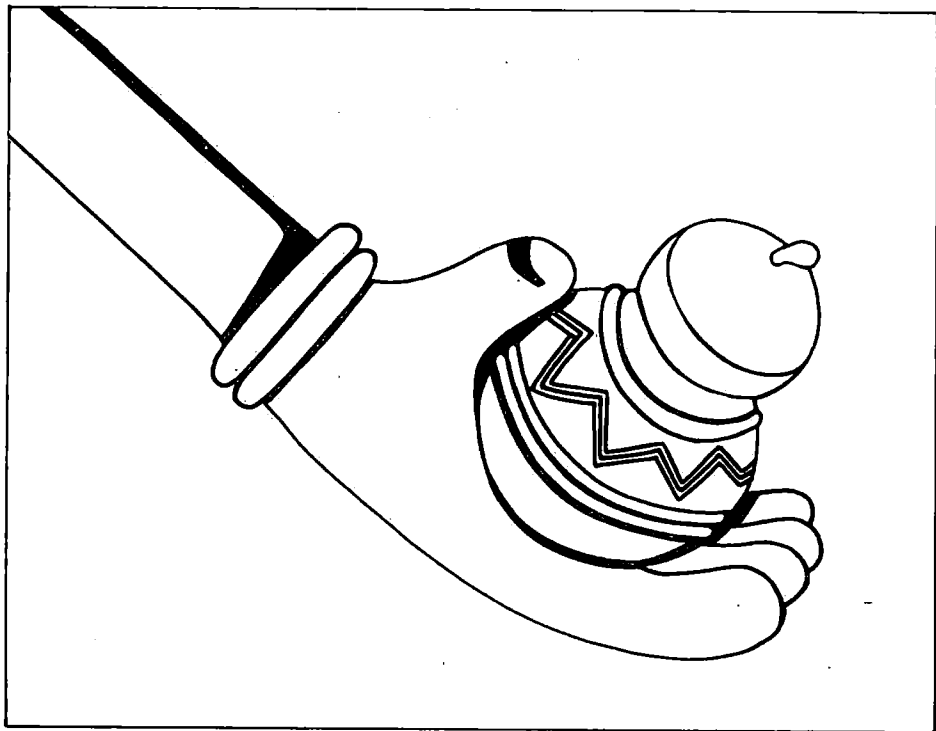
La ideografía nsibidi, en uso entre los ibos del sur de Nigeria ha sido descubierta por europeos a finales del último siglo. Y se basa en unos principios de transcripción que han estado extendidos por toda la costa de Guinea. Las escrituras fonéticas<sup>49</sup> que sistematizan el uso de fonogramas representan significa-

<sup>48</sup> Cf. G. Niangoran Bouah, «Recherches sur les poids à peser l'or chez les Akan», tesis doctoral defendida en 1972.

<sup>49</sup> D. Dalby propone una puesta al día interesante en *Language and History in Africa*, Londres, 1970.



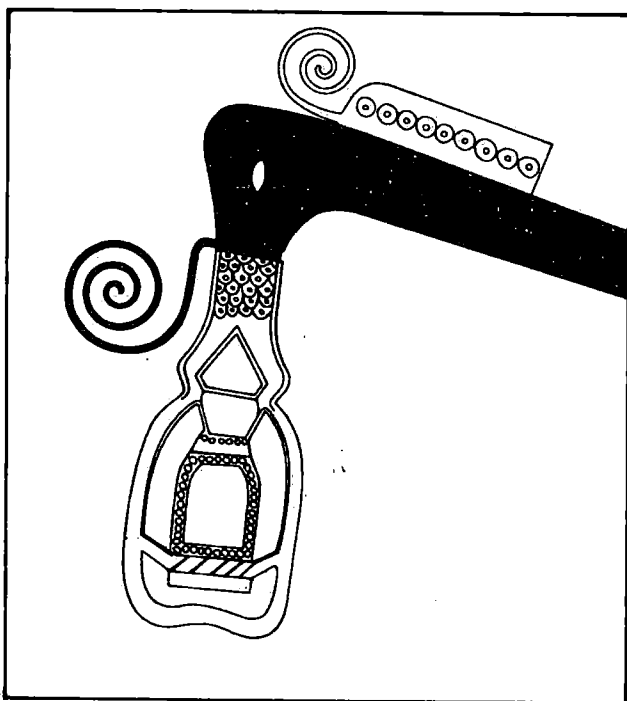
● 1. Estela del rey serpiente  
(fot. Museo del Louvre).
















● 1. Recado que representa una cantimplora, símbolo del poder (fot. Nubia).

● 2. Recado dedicado a Dakodoru (fot. Nubia).

● 3.4. Cachorros de león sembrando el terror (fot. M. A. Glélé, Nubia).



Pictogramas egipcios (hacia el 4000 antes de la era cristiana)		Pictogramas nsibidi <sup>34</sup>	
A <sub>27</sub>	 hombre corriendo con un brazo extendido; <i>mw</i> = mensajero.	 Dayrell <sub>107</sub> , hombre corriendo con un brazo extendido.	 Macgregor (p. 212), un mensajero.
F <sub>32</sub>	 vientre de mamífero; <i>h.t.</i> = vientre, cuerpo.	 Dayrell <sub>137</sub> , símbolo con un pescado en el interior.	
I <sub>1</sub>	 lagarto; 's 3 = numeroso, rico.	 Talbot <sub>51</sub> , lagarto.	
I <sub>14</sub>	 lombriz o serpiente ( <i>h f' w</i> ): lombriz ( <i>djft</i> ).	 Macgregor (p. 212), serpiente; Dayrell <sub>104</sub> , serpiente muy larga; <i>uruk</i> — <i>ikoi</i> , serpiente, en efik, y <i>shuw</i> en uyanga.	
N <sub>8</sub>	 sol resplandeciente; <i>wbn</i> : aparecer.	 Talbot <sub>35</sub> , sol resplandeciente; <i>ûinn</i> , sol, en efik, y <i>dûawny</i> , en uyanga.	
N <sub>11</sub>	 creciente lunar; <i>iḥ</i> = luna.	 Talbot <sub>34</sub> , creciente lunar; <i>ebi</i> = luna, en uyanga.	

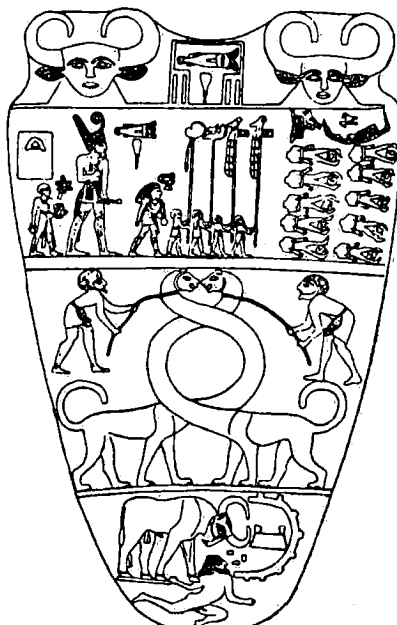
34. Para los signos nsibidi, cf. principalmente: J. K. Macgregor, *op. cit.*, págs. 215, 217 y 219; los signos están numerados del 1 al 98; E. Dayrell, *op. cit.*, pl. LXV-LXVII; en todo 363 signos; P. A. Talbot, *op. cit.*, apéndice G: «Nsibidi signs», págs. 448-461; 77 signos y 8 textos.

● 1. Pictogramas egipcios y nsibidi (sacado de L'Antiquité dans l'Antiquité: la nota 34 remite a J. K. Macgregor, 1909; E. Dayrell, 1911; Talbot, 1923).

● Paleta de Narmer (sacado de C. A. Diop, 1955).



Anverso



Reverso

	ka	ke	ke	ki	ku	ko	k'
Vai (1849)	𐎛	𐎜	𐎝	𐎞	𐎟	𐎠	𐎡
(1902)	𐎛	𐎜	𐎝	6	𐎟	𐎠	𐎡
Mende	𐎛	𐎜	𐎝	𐎞	𐎟	𐎠	𐎡
Loma	𐎛	𐎜	𐎝	𐎞	𐎟	𐎠	𐎡
Kpelle	𐎛	𐎜	𐎝	𐎞	𐎟	𐎠	𐎡
Bassa	𐎛	𐎜	𐎝	𐎞	𐎟	𐎠	𐎡
Bamum (1906)	𐎛	𐎜 ket	𐎝 ket	8	𐎟	-	-
(1916)	𐎛	2	3	𐎞	𐎟	-	V
Oberi Okaimé	𐎛	𐎜	𐎝	𐎞	𐎟	𐎠	𐎡
Djuka	𐎛	𐎜	𐎝	𐎞	𐎟	𐎠	𐎡
Manding	𐎛	𐎜	𐎝	𐎞	𐎟	𐎠	𐎡
Wolof	𐎛	𐎜	𐎝	𐎞	𐎟	𐎠	𐎡
Fula Dita	𐎛	𐎜	𐎝	𐎞	𐎟	𐎠	𐎡
Fula (Ba)	𐎛	𐎜	𐎝	𐎞	𐎟	𐎠	𐎡
Bete	𐎛	-	𐎜 keu	𐎝	𐎞	𐎟	𐎡

Quedan excluidos de este cuadro los signos bagam y guro (sin documentación disponible), el signo «sagrado» yoruba y el signo gola (sin descifrar ambos).

● Muestras de varias escrituras africanas antiguas (sacado de D. Dalby, 1970, págs. 110-111).











	a é ë i o ö ü		ga gé gë gi gô gö gü		la lé lë li lô lö lü		ra ré rë ri rô rö rü		wa wé wë wi wô wö wü
	ba bé bë bi bô bö bü		ha hé hë hi hô hö hü		ma mé më mi mô mö mü		sa sé së si sô sö sü		ya yé yë yi yô yö yü
	da dé dë di dô dö dü		ja jé jë ji jô jö jü		na né në ni nô nö nü		ta té të ti tô tö tü		za zé zë zi zô zö zü
	fa fé fë fi fô fö fü		ka ké kë ki kô kö kü		pa pé pë pi pô pö pü		va vé vë vi vô vö vü		




• *Signos gráficos vai (sacado de L'Afrique dans l'Antiquité, por Th. Obenga, Présence africaine).*






𐀀	cha	△	kpa	𐀁	nda	𐀂	nya	⊗	zha
𐀁	ché	+	kpé	𐀂	ndé	𐀃	nyé	𐀄	zhé
𐀂	chē	⊖	kpē	𐀃	ndé	𐀄	nyé	𐀅	zhē
𐀃	chí	⊕	kpl	𐀄	ndí	𐀅	nyí	𐀆	zhí
𐀄	chō	◇ □	kpō	𐀅	ndō	𐀆	nyō	𐀇	zhō
𐀅	chō	⊖	kpō	𐀆	ndō	𐀇	nyō	𐀈	zhō
𐀆	chū	⊕	kpū	𐀇	ndū	𐀈	nyū	𐀉	zhū
𐀁	dha	𐀁	lba	𐀁	nga	𐀁	sha	<i>Variantes</i>	
𐀂	dhé	𐀂	lhé	𐀂	ugé	𐀂	shé	𐀁	faa
𐀃	dhē	𐀃	lhē	𐀃	ngé	𐀃	shē	𐀂	hn
𐀄	dhi	𐀄	lbi	𐀄	ngí	𐀄	shi	𐀃	kpna
𐀅	dhō	𐀅	lhō	𐀅	ngō	𐀅	shō	𐀄	nwa
𐀆	dhō	𐀆	lbo	𐀆	ngō	𐀆	shō	𐀅	nwo
𐀇	dhū	𐀇	lbū	𐀇	ngū	𐀇	shū	𐀆	whew
𐀁	gba	𐀁	lda	𐀁	nja	𐀁	tha	𐀁	ahn
𐀂	gbé	𐀂	ldé	𐀂	njé	𐀂	thé	<i>Puntuación y otros signos</i>	
𐀃	gbē	𐀃	ldē	𐀃	njē	𐀃	thē	—	puente
𐀄	gbi	𐀄	ldí	𐀄	njí	𐀄	thí	^	coma
𐀅	gbō	𐀅	ldō	𐀅	njō	𐀅	thō	𐀁	interrogación
𐀆	gbō	𐀆	ldó	𐀆	njō	𐀆	thō	•	punto
𐀇	ghū	𐀇	ldū	𐀇	njú	𐀇	thū	••	exclamación
𐀁	hna	𐀁	mba	△	nkpa	𐀁	wha	∨	acento
𐀂	hné	𐀂	mbé	△	nkpe	𐀂	whé	"	detracción
𐀃	hnē	𐀃	mbē	△	nkpe	𐀃	whē	)	nasal
𐀄	hni	𐀄	mbí	△	nkpi	𐀄	whí	—	continuación de sonido
𐀅	hnō	𐀅	mbō	△	nkpo	𐀅	whō		
𐀆	hnō	𐀆	mbó	△	nkpo	𐀆	whō		
𐀇	hnū	𐀇	mbū	△	nkpu	𐀇	whū		










Palabra mun	Significado	Signo recogido en 1900 (Clapot)	Signo recogido en 1907 (Göhring)
Pè	nuez de cola		
Fom	rey		
Ntab	casa		
Nyad	buey		

● *Sistema gráfico mun*  
(sacado de L'Afrique dans l'Antiquité, por Th. Obenga, *Présence africaine*).  
Arriba: sistema pictográfico.  
A la derecha: sistema ideográfico y fonético-silábico.

 = *pwen* o *pourin*, la gente.  
 = *ngou* o *ngwémé*, país.  
 = *ndya*, hoy.

 = *nsyé*, la tierra.  
 = *you* — *you*, alimento.  
 = *pou*, nosotros.  
 = *né*, y.  
 = *ghèt*, hacer.

 = *mè*, yo.  
 = *jà*, dar.  
 = *pwan* o *mbwèm*, admirar.

 = sílaba *ba*, de *iba*, que significa: dos.  
 = *ben*, de *ben*: danza (especie de —).  
 = *bè*, de *byèt*: circuncidar; o de *byè*: tener.  
 = *chu*, de *ncha*: pez.

dos simples o complejos por medio de signos regulares, y aparecen en Africa, a nuestro parecer, como fruto de una evolución tardía. Los jeroglíficos del antiguo Egipto, como los de Dahomey, representan muchos sonidos por medio de signos.

Pero los sistemas puramente fonéticos a base de palabra, de sílaba o de simple fonema —transcripción alfabética— señalan una etapa nueva<sup>50</sup>.

La escritura berebere, en uso entre los tuareg del Sáhara y que aún se la designa con el nombre de tifinar, se habría desarrollado bajo la influencia púnica, al contacto con Cartago.

El sistema nubense de escritura se formó, en el siglo X, al contacto con la grafía copta, nacida, a su vez, por influencia griega. La grafía etíope del tigrigná y del amhara se derivó de la escritura sabea de Arabia meridional.

Las escrituras silábicas y alfabéticas oesteafricanas, muy extendidas desde el siglo XVIII por las costas de Guinea y en el país sudanés, han podido nacer de una evolución interna o revestir su forma definitiva bajo la influencia más o menos lejana de una aportación externa europea o árabe<sup>51</sup>.

La escritura vaï, descifrada en Europa en 1834, gracias al americano Eric Bates, y a Koelle, en 1849, se desarrolló sobre un terreno en que se señalaron unos rasgos del sistema jeroglífico. Momolu Masakwa, cónsul en el siglo XIX de Liberia en Inglaterra describió para su época los principios del sistema jeroglífico en uso en la región<sup>52</sup>.

Para significar la victoria sobre el enemigo, Mamolu refirió que los vaï dibujan en una corteza, que hace las veces de papiro, la silueta de un hombre que corre, con las manos en la cabeza. Se añade un punto al lado de la imagen del fugitivo para indicar que se trata de un gran número de fugitivos, de un ejército en derrota. Se conocen hasta en la notación del plural, por un punto en lugar de varias rayas en uso en el antiguo valle del Nilo, los datos de la escritura faraónica.

Los vaï, por tanto, han podido transformar su antiguo sistema en el sentido de una transcripción fonética. Hoy se usan modelos análogos a la escritura vaï entre muchos pueblos oesteafricanos: malinké, mandé, bassa, guerze, kpele, toma, etc. El wolof y el seereer han adoptado también, recientemente, una grafía inspirada en esos principios.

De forma contraria al sentimiento corrientemente extendido, la idea de la escritura ha quedado permanente en la historia y el pensamiento africanos, desde la Paleta de Narmer hasta el Recado de Glélé. La abundancia de prácticas y grafías dan testimonio de ello.

Las escrituras africanas postfaraónicas, por múltiples razones, han seguido un curso normal de evolución. Ese curso se ha modelado en el contexto y según las exigencias de la historia de una sociedad y una economía rurales de autosuficiencia. Esta no ha sido empujada bajo la coacción de la necesidad a la consolidación en el tiempo de experiencias materiales o intelectuales permanentemente amena-

<sup>50</sup> E. Hau, 1959.

<sup>51</sup> Las grafías sudanesas asocian pictogramas —imágenes realistas— a ideogramas —signos con significaciones simbólicas— (cf. Marcel Griaule y G. Dieterlen). Combinando esos signos se transcribe y fija un discurso descifrable por el iniciado en la escritura y en los conocimientos que encierra.

<sup>52</sup> Cf. el excelente artículo de síntesis de D. Olderogge en *Correo de la Unesco*, marzo de 1966, sobre «Ecritures méconnues de l'Afrique noire».

zadas. Una ecología fácil, un equilibrio cómodo entre recursos y demografía han dado durante mucho tiempo a la mayor parte de las civilizaciones africanas y a sus realidades de cultura ese poder de hacerse y deshacerse formalmente en el espacio no conservando más que lo esencial: los principios. En el plano del equilibrio interno, el peligro no era muy grande. Frente al exterior y al cúmulo del progreso, esa fragilidad resultaba perjudicial.

## CONCLUSION

La lingüística es indispensable para la elaboración de una ciencia histórica africana. No obstante, ella desempeñará ese papel en la medida en que se emprenda un esfuerzo importante en la materia que le es propia. Su aportación hasta ahora ha sido relativamente pequeña y con frecuencia muy poco segura en el plano científico. Aún hay en curso algunos trabajos. Los métodos han ganado en precisión y el campo de investigación está notablemente ampliado. En ese contexto es previsible que el análisis de las lenguas africanas permita, en un futuro próximo, contribuir a dilucidar puntos importantes de la historia del continente.

PARTE II

TEORIAS RELATIVAS  
A LAS «RAZAS»  
E HISTORIA DE AFRICA

J. KI-ZERBO

El concepto de raza es uno de los más difíciles de describir científicamente. Si se admite como la mayor parte de los científicos después de Darwin que el origen de la especie humana es único<sup>1</sup>, la teoría de las «razas» no puede desarrollarse científicamente más que en el marco del evolucionismo.

La «raciación», en efecto, se inscribe en el proceso general de evolución diversificante. Como subraya J. Ruffie, requiere dos condiciones: primero, el aislamiento sexual, frecuentemente relativo, que provoca poco a poco un paisaje genético y morfológico singular. La «raciación» se funda, pues, en un *stock* génico diferente, provocado, bien por derivación genética, haciendo el azar de la transmisión de los genes que tal gene sea transmitido con mayor frecuencia que otro, a no ser que, por el contrario, el allele sea más ampliamente difundido; bien por selección natural. Esta entraña una diversificación adaptativa, gracias a la cual un grupo tiende a conservar el equipamiento genético que lo adapta a un entorno determinado. Los dos procesos han debido actuar en Africa. En efecto, la derivación genética que se expresa al máximo en los pequeños grupos ha funcionado en las etnias restringidas, sometidas, por otro lado, a un proceso social de escisiparidad con ocasión de las disputas de sucesiones o de tierras, y en razón de los grandes espacios vírgenes disponibles. Ese proceso ha debido señalar particularmente el patrimonio genético de las etnias endógamas o forestales. En cuanto a la selección natural, tenía la ocasión de entrar en juego gracias a ecologías tan contrastadas, como las del desierto y del bosque denso, de las mesetas y de las costas con manglares. En resumen, biológicamente, los hombres de una «raza» tienen en común algunos factores genéticos, que en otro grupo «racial» son reemplazados por sus alleles, coexistiendo los dos tipos de genes entre los mestizos.

---

<sup>1</sup> Para las teorías policéntricas con sus variantes, ver los trabajos de G. Weidenreich y Coon, y las refutaciones de Roberts.

Como era de esperar, la identificación de las «razas» se ha hecho primero partiendo de criterios aparentes, para más tarde tomar en cuenta poco a poco realidades más profundas. Las características exteriores y los fenómenos internos no están además absolutamente separados; porque, si algunos genes ordenan los mecanismos hereditarios que regulan el color de la piel, ésta también está unida al entorno. Se ha observado una correlación positiva entre la estatura y la temperatura más alta del mes más cálido, y una correlación negativa entre la estatura y la humedad. Asimismo, una nariz estrecha recalienta mejor el aire en un clima más frío y humedece el aire seco inspirado. Así es como el índice nasal aumenta claramente entre las poblaciones subsaharianas, desde el desierto hacia el bosque, pasando por la sabana. Aunque tienen el mismo número de glándulas sudoríparas que los blancos, los negros transpiran más, lo que mantiene su cuerpo y su piel a una temperatura menos alta.

Hay, pues, varias etapas en la investigación científica que conciernen a las razas.

## EL ENFOQUE MORFOLOGICO

Eickstedt define, por ejemplo, a las razas como «unos agrupamientos zoológicos naturales de formas que pertenecen al género de los homínidos, cuyos miembros presentan el mismo conjunto típico de caracteres normales y hereditarios a nivel morfológico y de comportamiento».

Desde el color de la piel y la forma de los cabellos o del sistema piloso hasta los caracteres métricos y no métricos, y hasta la curvatura femoral anterior y las cúpulas y surcos molares, se ha acumulado un arsenal de observaciones y medidas. Se ha puesto un particular interés en el índice cefálico que interesa a la parte de la cabeza que resguarda al cerebro. Así es como Dixon establece los diversos tipos en función de tres índices diversamente combinados: el índice cefálico horizontal, el índice cefálico vertical y el índice nasal. Pero de las 27 combinaciones posibles, sólo ocho (las más frecuentes) se han mantenido como representantes de los tipos fundamentales; las otras 19 han sido consideradas como mezclas. Ahora bien, los caracteres morfológicos únicamente son el reflejo más o menos deformado del *stock* genético. Su conjugación en un prototipo ideal es realizable muy pocas veces a la perfección; en efecto, se trata de detalles sorprendentes situados en la frontera hombre-entorno, pero que, justamente por eso, son mucho menos innatos que adquiridos.

Esa es una de las mayores debilidades del enfoque morfológico y tipológico, en cuanto que las excepciones acaban por ser más importantes y numerosas que la regla. Por otro lado, no hay que ignorar las disputas entre escuelas sobre las modalidades de medida (cómo, cuándo, etc.) que impiden las comparaciones útiles. Las estadísticas de diferencia multivariada y los coeficientes de semejanzas raciales, las estadísticas de «formato» y de «forma» y la diferencia generalizada de *Nahala Nobis* competen al tratamiento por ordenador. Ahora bien, las razas son entidades biológicas reales que hay que examinar como un todo y no pieza por pieza.

## EL ENFOQUE DEMOGRAFICO O POBLACIONAL

Este método insistirá, pues, de entrada en los hechos de grupos (fondos genético o genoma) que son más estables que la estructura genética coyuntural de los individuos. Lo que caracteriza a una raza, en efecto, es menos las características que se pueden observar en ella que su frecuencia. Al estar prácticamente abandonado<sup>2</sup> el método morfológico, los elementos serológicos o genéticos pueden ser sometidos a unas reglas de clasificación más objetivas. Para Landman, una raza es «un grupo de seres humanos que (con escasas excepciones) presentan unos con otros más semejanzas genotípicas y muy frecuentemente también fenotípicas que con los miembros de otros grupos». Aleksejev desarrolla asimismo una concepción demográfica de las razas con denominaciones puramente geográficas (norteeuropeos, sudafricanos, etc.). Schwidetzky y Boyd han puesto el acento sobre la sistemática genética: distribución de los grupos sanguíneos A, B y O, combinaciones del factor rhesus, gene de la secreción salival, etc.

El hemotipologista estudia también la anatomía, pero a nivel de molécula, y trata de la micromorfología al describir las células humanas, cuya estructura inmunitaria y equipamiento enzimático están diferenciados, hallándose a este respecto constituido el material más práctico por el tejido sanguíneo. Esos marcadores sanguíneos ordenan un salto cualitativo histórico en la identificación científica de los grupos humanos. Sus ventajas sobre los criterios morfológicos son decisivas. En primer lugar, casi siempre son monométricos, es decir, que su presencia depende de un solo gene, mientras que el índice cefálico, por ejemplo, es el producto de un complejo de factores difícilmente localizables<sup>3</sup>.

Por otro lado, cuando los criterios morfológicos se traducen en cifras utilizadas para clasificaciones en las fronteras arbitrarias o imprecisas —por ejemplo, entre el braquicéfalo típico—, los marcadores sanguíneos obedecen a la ley del todo o nada. Se es A o no A, Rh + o Rh -, etc. Además, los factores sanguíneos escapan casi completamente a la presión del entorno. El hemotipo está fijo para siempre desde la formación del huevo. Por esa razón los marcadores sanguíneos escapan al subjetivismo de la tipología morfológica. Aquí, el individuo se identifica por un conjunto de factores génicos y la población por una serie de frecuencias génicas. La gran precisión de esos factores compensa su carácter parcial con relación a la masa de genes en el conjunto de un genoma. Así es como se ha dibujado un atlas de las «razas» tradicionales.

Aparecen, no obstante, tres categorías de factores sanguíneos. Algunos, como el sistema ABO se encuentran en todas las «razas» tradicionales sin excepción. Indudablemente preexistían, pues, a la hominización. Otros factores como los del sistema RH son omnipresentes, pero con un cierto dominio racial. Así, el cromosoma *r* existe sobre todo entre los blancos. El cromosoma *Ro*, llamado «cromosoma africano», tiene una frecuencia particularmente alta entre los negros al sur del Sáhara. Se trata, pues, sin duda, de sistemas que datan del momento en que la humanidad comenzaba a extenderse en variados nichos ecológicos. Otra

<sup>2</sup> Cf. Wiercinski, 1965.

<sup>3</sup> Cf. J. Ruffie.

categoría de sistemas denotan un reparto racial más señalado: así, los factores Sutter y Henshaw, localizables casi únicamente entre los negros, y el factor Kell, presente, sobre todo, entre los blancos. Aunque no sean nunca exclusivos, se les ha calificado de «marcadores raciales». Finalmente, algunos factores están geográficamente muy circunscritos: por ejemplo, la hemoglobina C para las poblaciones de la meseta del Volta.

Aunque los factores sanguíneos estén desprovistos de valor adaptativo, no escapan por completo a la acción del medio infeccioso o parasitario que puede ejercer una selección sobre los factores sanguíneos dotados de un valor selectivo, produciendo, por ejemplo, la presencia de hemoglobinas características; así, para las hemoglobinas S unidas a la existencia de células falciformes o drepanodictas entre los hematíes. Han sido detectadas en la sangre de los negros de Africa y Asia. La hemoglobina S (Hb S), peligrosa solamente para individuos homocigóticos, es un elemento de adaptación a la presencia del *Plasmodium falciparum* responsable del paludismo. El estudio de los hemotipos sobre grandes espacios permite trazar curvas isogénicas que hacen visible el reparto global de los factores sanguíneos. Asociado al cálculo de las distancias genéticas, da una idea del modo como se sitúan las poblaciones unas con relación a otras, al permitir el sentido de los flujos génicos reconstruir el proceso previo de su evolución.

Pero el método hemotipológico y poblacional, a pesar de sus resultados excepcionales, tropieza con dificultades. Ante todo, porque sus parámetros están llamados a multiplicarse enormemente y conducen desde el primer momento a resultados insólitos, hasta el extremo de ser tenidos por algunos como monstruosos. Por eso, el árbol filogénico de las poblaciones realizado por L. L. Cavalli-Sforza difiere del árbol antropométrico. En este último, los pigmeos y san de Africa figuran en la misma ramificación antropométrica que los negros de Nueva Guinea y Australia, en tanto que, en el árbol filogénico, esos mismos pigmeos y san se parecen más a los franceses e ingleses, y los negros australianos a los japoneses y chinos<sup>4</sup>. En otros términos, los caracteres antropométricos están más afectados por el clima que por los genes, aunque las afinidades morfológicas se deben más a entornos similares que a herencias similares. Los trabajos de R. C. Lewontin sobre la base de las investigaciones de los hemotipólogos muestran que, para el mundo entero, más del 85 por 100 de la variabilidad se sitúa *en el interior* de las naciones; sólo el 7 por 100 de la variabilidad separa a las naciones que pertenecen a la misma raza tradicional, y únicamente el 7 por 100 separa a las razas tradicionales. *En resumen, los individuos del mismo grupo «racial» tienen más diferencias mutuas que las «razas» entre sí...*

Por eso, los científicos adoptan cada vez más la posición radical que consiste en negar la existencia de toda raza. Según J. Ruffie, en los orígenes de la humanidad, pequeños grupos de individuos repartidos en las zonas ecológicas diversificadas y alejadas, obedeciendo a presiones selectivas muy fuertes cuando

<sup>4</sup> Citado por J. Ruffie, 1977, pág. 385. Asimismo, debido al mestizaje realizado en Estados Unidos, el porcentaje de mezcla blanca con los negros americanos, teniendo en cuenta algunos caracteres genéticos (gene Fy del sistema de Duffy, allele Ro, etc.) sería del 25 al 30 por 100. Y algunos científicos concluyen de ello que se trata de un nuevo grupo apresuradamente bautizado «Raza norteamericana de color».

los medios técnicos eran ínfimos, han podido diferenciarse hasta el extremo de producir las variantes *Homo erectus*, *Homo neanderthalensis* y *Homo sapiens* en sus inicios. El bloque facial, por ejemplo, el más expuesto a los diversos entornos específicos, ha evolucionado de diferente modo. La riqueza en pigmentos melánicos de la piel se ha desarrollado en zona tropical, etc. Pero esa tendencia especializante rápidamente bloqueada se quedó en embrión. En todas partes, el hombre se adapta culturalmente (vestido, hábitat, alimentos, etc.), y no sólo morfológicamente, a su entorno. El hombre nacido bajo los trópicos —clima cálido— ha evolucionado durante mucho tiempo como *Australopithecus*, *Homo habilis* e incluso como *Homo erectus*, en clima cálido. «Sólo en el transcurso de la segunda glaciación y gracias al control eficaz del fuego, el *Homo erectus* eligió domicilio en los climas fríos. De politípica, la especie humana se convierte en monotípica, proceso de desviación que parece irreversible. Hoy, la humanidad entera debe ser considerada como una sola comunidad de genes intercomunicantes»<sup>5</sup>.

En 1952, Livingston publicaba su famoso artículo *De la no-existencia de razas humanas*. Ante la complejidad enorme y, no obstante, la inconsistencia de los criterios adoptados para calificar las razas, él recomienda la renuncia al sistema linneano de clasificación que sugiere un «árbol genealógico». En efecto, en las zonas no aisladas, la frecuencia de ciertos caracteres o de ciertos genes evoluciona progresivamente en diversas direcciones, y las diferencias entre dos poblaciones son proporcionales a su alejamiento físico, conforme a una especie de gradiente geográfico (cline). Al acercarse cada carácter distintivo de los factores de selección y adaptación que han podido favorecerla, se señalan frecuencias vinculadas mucho más, parece, a factores tecnológicos, culturales y demás, que en modo alguno coinciden con el mapa de las «razas»<sup>6</sup>. Según el criterio seguido (color de la piel, índice cefálico, índice nasal, caracteres genéticos, etc.) se obtienen cada vez mapas diferentes. Por eso, algunos científicos concluyen de ello que «toda teoría de las razas es insuficiente y mítica». «Los últimos progresos de la genética humana son hoy tales que ningún biólogo admite ya la existencia de razas en la especie humana»<sup>7</sup>. Biológicamente, el color de la piel es un elemento desdeñable con relación al conjunto del genoma. Bentley Glass cree que no hay siquiera seis pares de genes por los que la raza blanca difiera de la raza negra. Los blancos difieren frecuentemente entre sí, y los negros también, por un mayor número de genes. Por eso, la UNESCO, tras haber reunido en una conferencia a especialistas internacionales, declaró: «La raza es menos un fenómeno biológico que un mito social»<sup>8</sup>. Eso es de tal modo cierto que en Africa del Sur un japonés está considerado como «blanco distinguido» y un chino «hombre de color».

Para Hiernaux, la especie humana se semeja a una red de territorios genéticos y de genomas colectivos que constituyen poblaciones más o menos parecidas y en las que la distancia cualitativa se expresa por una estimación cuantitativa (taxonomía numérica). Las fronteras de tales territorios, definidos partiendo del

<sup>5</sup> E. Mayr, citado por J. Ruffie, pág. 115.

<sup>6</sup> CF. Montagu, «El concepto de raza».

<sup>7</sup> J. Ruffie, pág. 116.

<sup>8</sup> Cuatro declaraciones sobre la cuestión racial, UNESCO, París, 1969.



gradiente clineal, fluctúan, por otro lado, con todos los cambios que repercuten en las apariencias (fenotipos) y en los datos serológicos (genotipos) de las colectividades.

De modo que toda «raza», conforme a la intuición genial de Darwin, sería, en suma, un proceso en marcha, dependiendo en cierto modo de la dinámica de los fluidos, y todos los pueblos serían mestizos consumados o en vías de serlo. Cada encuentro de pueblos se analiza, en realidad, como una migración génica, y ese flujo genético acusa al capital biológico de las dos partes presentes.

Pero precisamente entonces, cuando esa aproximación fuera más científica, incluso aunque esos territorios genéticos movientes fuesen admitidos realmente por las colectividades en cuestión, ¿serían por ello suprimidos los sentimientos de tipo «racial», ya que conservarían su base material visible y tangible, bajo la forma de las apariencias fenotípicas?

Desde que los nazis, comenzando por Hitler y pasando por otros pseudopensadores, afirmaron que entre el ario, «Prometeo del género humano», y el negro, que es «por su origen un semimono», está el Mediterráneo, considerado como un intermediario, el mito racial no ha muerto. Los morfologistas impenitentes continúan alimentando ese fuego innoble con algunas ramas muertas<sup>9</sup>. Linneo dividía la especie humana en seis razas: americana, europea, africana, asiática, salvaje y monstruosa. Es cierto que los racistas echan mano de una u otra de las dos últimas categorías.

Conservemos, pues, de todas esas teorías, tesis e hipótesis, el carácter dinámico de los fenómenos «raciales», teniendo en cuenta que se trata de un dinamismo lento y prolijo que se desarrolla sobre una multitud de registros en los que el color de la piel (aunque sea medida por electroespectrofotómetro) o la forma de la nariz no constituyen más que un aspecto casi irrisorio. En esa dinámica han de considerarse dos componentes motores en interferencias: el patrimonio genético, que se puede considerar como un gigantesco banco de datos biológicos en acción, y el entorno, en el amplio sentido de la palabra, pues parte del propio ambiente fetal.

Los cambios que resultan de la interacción de esos dos factores fundamentales intervienen, bien en la forma incontrolable de la selección y la migración génica (mestizaje), bien en la forma arriesgada de la desviación genética o de la mutación. En resumen, toda la historia de una población es la que explica su actual aspecto «racial», incluso por medio de las representaciones colectivas, de las religiones y de los modos alimentarios, de indumentaria y demás.

En ese contexto, ¿qué decir de la *situación racial del continente africano*? La difícil conservación de los fósiles humanos debida a la humedad y a la acidez de los suelos hace difícil el análisis histórico a este respecto. Sin embargo, se puede decir que, contrariamente a las teorías europeas que explican el poblamiento de

<sup>9</sup> J. Ruffie cita un diccionario francés de medicina y biología que en 1972 mantiene el concepto de las razas, de las que existen tres grupos principales (blancos, negros y amarillos), fundados en criterios morfológicos, anatómicos, sociológicos... y también, psicológicos...

Al comienzo del siglo, Ch. Seignobos, en su *Histoire de la civilisation*, escribía: «Los hombres que pueblan la tierra... se diferencian también por la lengua, la inteligencia y los sentimientos. Esas diferencias permiten dividir a los habitantes de la tierra en varios grupos que se llaman "razas"».

Africa por migraciones llegadas de Asia<sup>10</sup>, las poblaciones de ese continente son en gran parte autóctonas. En cuanto al color de la piel de los habitantes más antiguos del continente bajo las latitudes tropicales, numerosos autores piensan que debía ser oscura (Brace, 1964) porque el color negro es por sí mismo una adaptación de protección contra las radiaciones nocivas, principalmente, los rayos ultravioleta. La piel y ojos claros de los pueblos del norte serían caracteres secundarios engendrados por mutación o por presión selectiva (Cole, 1965).

Actualmente, sin que se pueda trazar una frontera lineal, dos grandes grupos «raciales» son localizables en el continente a una y otra parte del Sáhara. Al norte, el grupo araboberebere alimentado en el patrimonio genético «mediterráneo» (libios, semitas, fenicios, asirios, griegos, romanos, turcos, etc.); al sur, el grupo negro. Hay que notar que las pulsaciones climáticas, que a veces han borrado el desierto, han provocado numerosas mezclas durante milenios.

Partiendo de varias decenas de muestras sanguíneas, Nei Masatoshi y A. R. Roy Coudhury han sometido a estudio las diferencias genéticas intergrupos e intragrupos de caucasoides y mongoloides<sup>11</sup>. Han definido unos coeficientes de correlación a fin de situar el periodo aproximado en que esos grupos se han separado y constituido. El conjunto negroide se habría hecho autónomo hace 120 000 años, mientras que mongoloides y caucasoides se habrían individualizado hace sólo 55 000 años. Según J. Ruffie, «ese esquema encaja con la mayor parte de los datos de la hemotipología fundamental»<sup>12</sup>.

A partir de ese periodo, se han producido numerosas mezclas en el continente. Hasta se ha intentado descubrir las diferencias biológicas de las poblaciones gracias a la técnica matemática de los componentes principales. A. Jacquard lo ha intentado con 27 poblaciones repartidas desde la región mediterránea hasta el sur del Sáhara, calificadas por cinco sistemas sanguíneos que representan 18 factores<sup>13</sup>, obteniendo tres grupos principales repartidos en cuatro conjuntos. Uno con base en el Norte: son los caucasoides compuestos por los europeos, regueibat, árabes saudíes y tuareg kel kummer. Un conjunto meridional está compuesto por grupos negros de Agades. Los conglomerados intermedios comprenden a los peul bororo, a los tuareg del Air, de Tassili, a los etíopes, etc., pero también a los harratin, considerados tradicionalmente como negros. Sería, pues, falso ver en ese desglose una confirmación de la división en «razas» tradicionales, porque, independientemente de lo que se ha dicho con anterioridad, la fisonomía del desglose resulta de la cantidad de informaciones conseguidas; si ésta es muy pequeña, todos los puntos pueden encontrarse reunidos.

Además, a propósito del hombre subsahariano, hay que advertir que su denominación original por Linneo era *homo afer* (africano). Después se ha hablado de «nègres» (negros), luego de «noirs» (negros) y, a veces, del término más amplio de negroide para englobar a todos los que, en las márgenes del continente

<sup>10</sup> La teoría hamítica (Seligman y otros) —debido, de una parte, a la ignorancia de algunos hechos y, de otra, a la voluntad de justificar el sistema colonial— es la forma más racista de esos montajes seudocientíficos.

<sup>11</sup> Nei Masa Toshi y A. R. Roy Coudhury, 1974, 26, 421.

<sup>12</sup> J. Ruffie, pág. 399.

<sup>13</sup> A. Jacquard, 1974, págs. 11-124.

o en otros continentes, se parecen a los negros. Hoy, a pesar de algunas notas disonantes, la gran mayoría de los científicos reconocen la unidad genética fundamental de los pueblos subsaharianos. Según Boyd, autor de la clasificación genética de las «razas» humanas, sólo existe un grupo negroide que comprende a toda la parte del continente situada al sur del Sáhara, pero también a Etiopía, y que difiere sensiblemente de todos los demás grupos. Los trabajos de J. Hiernaux han establecido esa tesis con notable claridad. Sin negar las variaciones locales aparentes, muestra, mediante el análisis de 5.050 diferencias entre 101 poblaciones, la uniformidad de las poblaciones en el hiperespacio subsariano que engloba tanto a los «sudaneses» como a los «bantúes», a los de la costa como a los sahelianos, a los «khoisan» como a los pigmeos, los nilotas, los peul y otros «etiópidas». En cambio, señala la gran diferencia genética que separa a los «negros asiáticos» de los negros africanos.

Incluso para la lingüística, que no tiene nada que ver con el hecho «racial», pero que se había movido en las teorías racistas para inventar una jerarquía de las lenguas que reflejasen la pretendida jerarquía de las «razas» en la que los «auténticos negros» ocupaban la base de la escala, las clasificaciones ponen cada vez más en evidencia la unidad fundamental de las lenguas africanas. Las variaciones somáticas son científicamente explicables por las causas de los cambios antes citados, en especial los biotopos, que suscitan unas veces conglomerados de poblaciones más compuestas (valle del Nilo), y otras, islotes de pueblos que desarrollan unos caracteres más o menos atípicos (montañas, bosques, pantanos, etc.). La historia, en fin, por medio de las invasiones y migraciones, sobre todo en las zonas periféricas, da cuenta de otras anomalías. La influencia biológica de la península arábiga en el Cuerno de Africa se deja sentir sobre los pueblos de esa región: somalí, galla, etiopes, pero también, sin duda, tubú, peul, todocolor, songhai, hawsa, etc. Hemos podido ver a los marka (Alto Volta) con un perfil «semita» muy típico.

En resumen, la importante variedad de los fenotipos africanos es la señal de una evolución particularmente larga de ese continente. Los restos fósiles prehistóricos de que disponemos indican una implantación del tipo subsahariano muy vasto, desde Africa del Sur hasta el norte del Sáhara, habiendo desempeñado la región de Sudán un papel de encrucijada en esa difusión.

Verdaderamente, la historia de Africa no es una historia de «razas». Pero se ha abusado demasiado del mito pseudocientífico de la superioridad de ciertas «razas» para justificar determinada historia. Aún hoy un mestizo está considerado como blanco en Brasil y como negro en Estados Unidos. La ciencia antropológica, que ya ha demostrado ampliamente que no hay relación alguna entre la raza y el grado de inteligencia, comprueba que esa conexión existe a veces entre raza y clase social.

La preeminencia histórica de la cultura sobre la biología es evidente desde la aparición de Homo sobre el planeta. ¿Cuándo se impondrá en los espíritus?

## GLOSARIO

**Allele.** Variante del gene.

**Selección.** Reproducción diferencial de los genotipos de una generación a otra.

**Migración génica.** Paso de individuos reproductores de su población de origen a una población adoptiva (mestizaje). El mestizaje, que es considerado por los racistas como una degeneración para la raza superior, es aquí, por el contrario, un enriquecimiento para la comunidad humana de genes. Biológicamente positi-

vo, plantea, no obstante, problemas sociológicos.

**Desviación genética.** Cambio del patrimonio genético en un grupo humano reducido y aislado debido a un accidente que provoca la baja de frecuencia o la desaparición de un allele.

**Mutación.** Aparición, por modificación de uno o de varios genes, de una alteración hereditariamente característica.

**N. B.** Estudios realizados sobre esta cuestión en el marco de la realización del proyecto de Historia General de Africa, a petición de la UNESCO:

J. HIERNAUX, *Rapport sur le concept de race*, París, 1974.

G. P. RIGHTMIRE, *Comments on race and population history in Africa*, Nueva York, 1974.

E. TROUHAL, *Problems of study of human races*, Praga, 1976.

# MIGRACIONES Y DIFERENCIACIONES ETNICAS Y LINGÜÍSTICAS

*D. OLDEROGGE*

Durante mucho tiempo los historiadores han estado persuadidos de que los pueblos africanos no habían desarrollado una historia autónoma en el marco de una evolución específica. Todo lo que representaba una experiencia cultural parecía que les había sido aportado desde el exterior por oleadas migratorias procedentes de Asia. Esas tesis pululan en numerosas obras europeas del siglo XIX. Y serán sistematizadas y cristalizadas en forma de doctrina por los eruditos alemanes (etnógrafos y lingüistas) en las primeras décadas del siglo XIX. Alemania era además, en esa época, el centro principal de los estudios africanistas. Tras el reparto del continente africano entre las potencias imperialistas, hubo en Inglaterra, Francia y Alemania una profusión de obras sobre los usos y costumbres de los pueblos colonizados. Pero es en Alemania, sobre todo, donde la importancia de los estudios científicos de las lenguas africanas se había desarrollado. En 1907 se creaba en Hamburgo el Instituto colonial destinado a ser más tarde el gran centro donde iban a elaborarse los trabajos teóricos más importantes de la Escuela Alemana de Estudios Africanos. Por eso, Alemania llevaba clara ventaja a los demás países coloniales. Sólo en 1916 se comienzan a enseñar las lenguas africanas en Inglaterra, en la Escuela de Estudios Orientales, mientras que en Francia, en esa época, la Escuela de Lenguas Orientales Vivas no concede aún importancia alguna a esa cuestión. Hay que esperar a 1947 para que la Escuela de Estudios Orientales de Londres se convierta en Escuela de Lenguas Orientales y Africanas. Un poco después, también en Francia se comienzan a enseñar sistemáticamente las lenguas africanas.

## LAS TEORIAS DE LA ESCUELA ALEMANA Y LOS DESCUBRIMIENTOS RECIENTES

Así pues, justo antes de la Primera Guerra Mundial, Alemania ejercía una especie de liderazgo en el estudio de la historia, de la etnografía y de las lenguas africanas; y las ideas de los científicos alemanes se traslucían en las obras

publicadas en Inglaterra, Francia o Bélgica. A eso se debe que, en los comienzos del siglo XX, los etnógrafos de Europa occidental sostuviesen que los pueblos africanos carecían de historia. Como prueba de ello, los lingüistas inventaron la teoría hamítica, según la cual el desarrollo de la civilización en África era debido a la influencia de los hamitas originarios de Asia. Se reconocía ahí el impacto de las tesis de Hegel, quien dividía el mundo en «pueblos históricos» y «pueblos no históricos»; los primeros eran los motores del progreso humano, mientras que la pasividad de los otros los ha mantenido al margen del desarrollo espiritual universal.

Según Hegel, no se descubre ninguna evolución histórica real en el África propiamente dicha. La franja norte del continente se vinculaba al destino europeo. Y, en tanto que colonia fenicia, Cartago no sería más que un apéndice de Asia, mientras que Egipto sería extraño al espíritu africano.

Las concepciones de Hegel han absorbido ampliamente casi todas las investigaciones científicas relativas a África durante el siglo XIX; eso es patente en el primer intento para bosquejar un cuadro de la historia africana, debido a H. Schurz. Ese autor compara la historia de las razas europeas a la actividad que señala una jornada brillantemente soleada, mientras que la historia de África se parecería a un pesado sueño del que no se recuerda nada después de despertar.

En efecto, para Hegel, la luz del espíritu ha brillado partiendo de Asia, donde, según él, la historia se habría iniciado. Los científicos europeos tenían como indiscutible la idea según la cual Asia, cuna de la Humanidad, ha sido el semillero de los pueblos que invadieron Europa y África. Por eso le parecía evidente al etnógrafo inglés Stow que los san, que se cuentan entre los grupos humanos más antiguos de África, hayan llegado allí de Asia en dos grupos distintos: los san pintores y los san grabadores, que habrían seguido dos caminos diferentes para ir a atravesar el mar Rojo por el estrecho de Bab-el-Mandeb. Tras haber recorrido los bosques ecuatoriales, se habrían juntado en los confines del África austral. En las obras de F. Stuhlman, geógrafo y viajero alemán, se encuentra el escenario más elaborado de las oleadas migratorias y de las diferentes etapas del proceso de poblamiento del continente africano. El autor expone allí las tesis defendidas por la escuela alemana de orientación histórico-cultural. En efecto, en la unión de los siglos XIX y XX, se desencadena una ofensiva vigorosa contra la doctrina evolucionista que constituye el fondo teórico de los trabajos de R. Taylor, L. H. Morgan, Lubbock, etc. Los científicos de la escuela de orientación histórico-cultural se negaban a admitir la idea de un desarrollo uniforme que englobase al conjunto de la Humanidad. Al defender la opinión contraria a esa tesis, proclamaban la existencia de círculos de civilización diferenciados, identificables por criterios intrínsecos que competen, sobre todo, a culturas materiales. Según esos autores, la difusión de las experiencias culturales se haría principalmente por medio de migraciones. El científico alemán Leo Frobenius fue el primero en enunciar esa idea; luego le tocó el turno a Ankermann, quien describió la difusión de los círculos de civilización a través de África.

Pero es en Stuhlmann donde se encuentra la exposición más detallada de ese proceso. Según él, son los pueblos enanos —pigmeos y san— los que constituyen las poblaciones autóctonas más antiguas de África. Esos grupos no poseerían casi

elementos culturales. Después llegaron los negros de piel oscura y de cabellos crespos, en oleadas migratorias procedentes del fondo del Sudeste asiático. Esos negros se extendieron a través de la sabana sudanesa, penetraron en el bosque ecuatorial, introduciendo con ellos una agricultura rudimentaria, el cultivo de plátanos y colocasias, el uso de herramientas de madera, arco y flechas, así como las chozas redondas o cuadradas. Esos pueblos hablaban unas lenguas *de tipo aislante*. Habrían sido seguidos por los protohamitas, originarios también de Asia, pero de regiones situadas al norte de la cuna original de los negros. Los recién llegados hablaban lenguas aglutinantes de clases nominales. Habrían inculcado a los autóctonos la práctica de la agricultura con azada, el cultivo de sorgo y otras gramíneas, la cría de ganado menor con cuernos, etc. El mestizaje entre protohamitas y negros habría dado origen a los pueblos bantúes. Más tarde se habrían producido las invasiones de los hamitas de piel clara, llegados bien por el istmo de Suez, bien por el estrecho de Bab-el-Mandeb. Esos pueblos serían los antepasados de los peul, masai, bari, galla, somalí, khoi-khoi. Habían introducido nuevos elementos culturales, como el ganado mayor con cuernos, la lanza, los usos múltiples del cuero, el escudo y la adarga, etc. Stuhlmann sitúa el país de origen de los hamitas de piel clara en las estepas del Asia occidental. La oleada migratoria siguiente habría llevado a los semitas, que sentarían las bases de la civilización del antiguo Egipto y aportarían el cultivo de cereales, el uso del arado y la utilización del bronce. Después llegó el turno de los hicsos y los hebreos que llegaron a Egipto, y de los habashat y los mehri sobre las altas tierras de Etiopía. Los últimos en llegar fueron los árabes, en el siglo VII. Al llegar al continente, todos esos pueblos introducían nuevos elementos de civilización absolutamente desconocidos por las poblaciones anteriores.

La obra de Stuhlmann apareció en 1910, en Hamburgo, poco antes de la Primera Guerra Mundial. Pero sus tesis sobre el afianzamiento progresivo de la civilización africana debida a razas extranjeras fueron seguidas y desarrolladas más tarde por otros etnógrafos: Spannus y Lushan, en Alemania; Seligman, en Inglaterra; Honea, en Austria, etc.

Conforme a las teorías de la escuela histórico-cultural, aparece *en lingüística* un conjunto de tesis especializadas en la teoría hamítica. C. Meinhof, su iniciador, creía que los antepasados de los san eran el pueblo autóctono más antiguo de Africa. Representantes de una raza diferenciada, hablaban unas lenguas que tenían consonancias de chasquido. Los negros, por su parte, considerados como autóctonos en la zona tropical y sudanesa, hablaban unas lenguas aislantes de tonos y radicales monosilábicos. Después llegaron los pueblos de raza hamítica, procedentes de Arabia y llegados a Sudán, pasando por Africa del Norte. Hablando lenguas con flexiones y practicando la cría de ganado, habrían sido culturalmente muy superiores a los negros. Sin embargo, una parte de la invasión hamita, al desembocar en las sabanas del Africa oriental, se habría mezclado con los autóctonos en un mestizaje que produjo los pueblos bantúfonos. En resumen, se puede reducir esa evolución ascendente a una película de cuatro secuencias: en el inicio las lenguas de chasquido, y luego las lenguas monosilábicas muy rudimentarias, habladas por los negros sudaneses. Mezcladas con las hamíticas, producen las lenguas bantúes aglutinantes y, por tanto, más nobles. Por último,

las lenguas de los conquistadores hamitas aportan las lenguas con flexiones, que son eminentemente superiores. Numerosos lingüistas se declararon prosélitos de la teoría hamítica que se impuso partiendo de Alemania, a través de toda Europa occidental y más lejos aún.

Sin embargo, esa teoría iba a venirse abajo entre las dos guerras mundiales. El descubrimiento del australopiteco en 1924, en la provincia de El Cabo, dio la señal de alerta de esa revisión. Otros descubrimientos siguieron luego. Prosiguen siempre tanto en el norte como en el sur de Africa, pero en particular en el este, en Tanzania, Kenia y Etiopía. Todos esos documentos establecen sin duda alguna que el desarrollo del hombre y de todos los tipos «raciales» es localizable en el interior mismo de ese continente desde los orígenes. La teoría de las oleadas migratorias que proceden del exterior quedaba, pues, radicalmente barrida por este hecho. Como muy certeramente dice el célebre paleontólogo C. Arambourg, Africa es el único continente donde se encuentran, en línea de evolución sin solución de continuidad, todos los estadios del desarrollo humano: australopitecos, pithecanthropos, neandertalianos y homo sapiens se suceden allí con sus herramientas correspondientes, desde las épocas más remotas hasta el neolítico. Así se ve confirmada la idea de Darwin, que situaba en Africa el origen del primer hombre. Por otro lado, esos descubrimientos proporcionaban la prueba palpable de que es ridículo negar a Africa un desarrollo cultural endógeno. Según esto, las pinturas y grabados rupestres del Atlas, Africa austral y Sáhara aportaban un testimonio patente de máximo alcance.

En cuanto a la antigüedad de los vestigios arqueológicos, no puede haber ya el menor indicio de duda desde que, a la cronología relativa unida a la hechura de los objetos y a su posición en el interior de los estratos, se añade hoy la cronología absoluta fundada en métodos cronométricos científicos, como los del C14 y del potasio-argón. El marco de la evolución cultural de los pueblos africanos se ha visto por eso transformado por completo. Por ejemplo, se ha observado que, en las latitudes saharianas y sahelianas, el neolítico se remonta a una época más antigua de lo que se creía, lo que trastorna el cuadro del desarrollo africano con relación al mundo mediterráneo, y en especial al Próximo Oriente.

Los restos descubiertos en Tassili N'Ajjer, así como en Tadrart-Acacus, en los confines de Argelia y Libia, son muy convincentes; el examen de los hornos y de los restos de cerámica revela allí el uso de la alfarería hace 8000 años BP. En Acacus, un esqueleto exhumado de tipo negroide lleva restos de vestidos de cuero. Una vez estudiados esos materiales, se cree que datan de hace 9000 años BP. Lo mismo puede decirse de los restos hallados en el Hoggar y que, sometidos a los análisis de tres laboratorios diferentes, han revelado una edad análoga. De eso se deduce que la edad del neolítico en Tassili N'Ajjer y en Ennedi parece más antigua que la del Magreb y contemporánea de la de Europa meridional y de Cirenaica.

Más importantes aún son las conclusiones proporcionadas por el examen de los restos orgánicos recogidos en los campos neolíticos de la Baja Nubia. Se cree que en el año -13 000, poco más o menos, en esa región se practicaba ya la recolección y la preparación de semillas de gramíneas salvajes. Así es como el análisis al radiocarbono de los restos fósiles encontrados en la localidad de Ballana ha dado la fecha de -12 050  $\pm$  280 años. La misma prueba para los



vestigios de Tochke ha revelado la fecha de  $-12\ 550 \pm 490$  años. Eso significa que en el valle del Nilo se ha practicado el cultivo de vegetales cuatro mil años antes que en el Próximo Oriente.

Según una tradición comúnmente admitida, todo estudio de la historia de Africa comenzaba por Egipto. Sin embargo, hoy es conveniente revisar esa costumbre. El egiptólogo americano Breasted había dado al conjunto de los países formados por Egipto, Palestina y Mesopotamia el nombre de «Creciente Fértil». En efecto, esa zona se asemeja a una vasta media luna en cuyo seno, y a causa de lo cual, la civilización faraónica y la de los citados Estados de Sumer y de Akkad habrían alcanzado su desarrollo. Ahora bien, todo ese proceso solamente se puso en movimiento hace unos  $-5000$  ó  $6000$  años. Mientras que mucho tiempo antes, desde el valle del Indo hasta el Atlántico, las condiciones climáticas eran propicias para el desarrollo de la ganadería y del protocultivo, iniciando ambas cosas una sociedad en la que se ve dibujarse las primeras líneas de las clases y del Estado.

Así pues, el Creciente fértil no representa más que el resultado y el testimonio de un vasto territorio rebosante de vida, donde los hombres comenzaban a familiarizarse con las gramíneas silvestres, cuyo dominio emprendían al mismo tiempo que la domesticación del ganado mayor, ovinos y caprinos. Todo ese escenario grandioso está atestiguado por la interpretación de las pinturas y grabados rupestres del Sáhara, por las fechas facilitadas por el radiocarbono, por los análisis de los pólenes, etc. Puede ser que algunos esquemas cronológicos sean reajustados gracias a precisiones obtenidas en los años próximos. Pero, de aquí en adelante, el esquema del poblamiento del Viejo Mundo que se ha seguido hasta ahora está absolutamente superado. En su lugar hay que reconocer en Africa el papel de polo de disseminación de los hombres y las técnicas en los períodos más remotos de la historia humana (Paleolítico inferior). En las épocas posteriores, se ven aparecer corrientes migratorias inversas, de retorno hacia el continente africano.

## PROBLEMAS ANTROPOLOGICOS Y LINGÜÍSTICOS

Los indicios antropológicos proporcionan en general señales más constantes y estables que los hechos de lengua que experimentan transformaciones rápidas, a veces en el espacio de algunas generaciones: así, cuando un pueblo emigra a un entorno lingüístico nuevo, o también, en caso de invasión, cuando los conquistadores hablan un idioma diferente al de los autóctonos.

El caso de la población negra en América del Norte es significativo a este respecto: en un clima y entorno geográfico muy diferente de los que predominaban en su continente de origen, ese grupo humano ha conservado prácticamente intacto su tipo antropológico original, mientras que en materia de lengua o de civilización, presenta casi el mismo perfil que la población blanca de Estados Unidos. Los elementos de la antigua civilización africana únicamente subsisten en los terrenos cultural y espiritual: música, danza y creencias. Hay que señalar una situación simétrica para el grupo muy restringido de los siddi, descendientes de



- 1. Mujer haratina de Idèles, Argelia (fot. A. A. A., Naud).
- 2. Norteafricano, Marruecos (fot. Hoa-Qui, Richer).
- 3. Mujer argelina y su bebé (fot. A. A. A., Géhant).

africanos trasladados de la costa oriental de Africa a la India, hace algunos siglos. Al comienzo del siglo XIX, hablaban aún su propia lengua, pero hoy hablan las lenguas de los pueblos indios que les rodean, los gujarati, urdu, etc. Sólo en su aspecto físico es donde conservan los rasgos que reflejan su consanguinidad africana.

Así pues, en esos dos casos, los africanos expatriados han cambiado de lengua en un espacio de tiempo bastante breve, a veces en una o dos generaciones.

Merece también citarse el caso de las lenguas habladas por los autóctonos de Africa del Norte. Después de la conquista de los países del Magreb por los árabes y, sobre todo, después de la penetración de las «tribus» árabes en el siglo XI, todos los pueblos de Africa del Norte se volvieron culturalmente árabes por su lengua y civilización. Los antiguos dialectos no subsisten más que en algunas regiones de Marruecos, en Kabilia, en el Djebel Nefusa y en los oasis. Según los antropólogos, persisten los rasgos fundamentales del tipo físico antiguo. Los elementos antropológicos son, pues, en conjunto, a reserva de la influencia del biotopo sobre el organismo, más estables que los datos proporcionados por la lengua y la civilización.

Los datos de que hoy disponemos permiten afirmar que el reparto de los tipos «raciales» modernos en el continente africano reproduce en lo esencial el mapa antiguo de los grandes grupos antropológicos a veces calificados, apresuradamente, de «razas». Los diferentes tipos de «raza» mediterránea han estado representados en el norte de Africa desde una época muy remota. En el Este habitaban los pueblos de tipo «etíope», hecho que confirman los descubrimientos de los paleantropólogos en Kenia. En cuanto al sector austral del continente, estaba ocupado por los grupos san. El bosque tropical y ecuatorial se extendía en otros tiempos sobre una superficie mucho más vasta, y puede suponerse que fue allí donde se ha diferenciado un grupo original, el de los pigmeos, cuyo tipo y tamaño debe mucho a la gran humedad y a la ausencia casi total de luminosidad en el bosque. La «raza» negra del tipo llamado sudanés y congoleño debió individualizarse en las latitudes tropicales, especialmente en Africa occidental. A este respecto, y probablemente debido a la degradación química unida a la acidez de los suelos, no se dispone de muchos restos fósiles debidamente verificados y fechados. Sin embargo, después del Hombre de Asselar, se descubrieron en el Sáhara y en Nigeria meridional, esqueletos de tipo negroide que se remontan a épocas diversas, a veces extraordinariamente antiguas. Y parece que señalan a esa región como un centro de origen de ese tipo humano. El problema del poblamiento inicial del Sáhara ha sido particularmente controvertido. Pero el estudio del arte rupestre no deja duda alguna a este respecto: la población negra dominaba en ese sector. Lo cual no impide que, ya muy pronto, sean descubiertos en esos parajes otros tipos de hombres; son grupos de aspecto afromediterráneo. En Egipto, según los documentos y en los monumentos del Antiguo Imperio, se menciona a los libios taméhu, de piel clara y ojos azules, así como a los pueblos tehenu, de piel más oscura. En las fuentes griegas se encuentran asimismo referencias relativas a etíopes de piel clara, y también noticias de etíopes meridionales de piel más oscura. Parece, pues, que la población antigua de Libia ha estado muy compuesta. Por eso declara un autor latino: «Una parte de los libios



2

● 1. Hombre de Volta (fot. A. A. Naud).

● 2. Mujer Sarakolé, Mauritania, región del río, grupo Soninké (fot. B. Nantet).

● 3. Jefe nómada del Rkiz, Mauritania (fot. B. Nantet).



3

se parece a los etíopes; los otros son naturales de la isla de Creta»<sup>1</sup>. La composición étnica de la población del valle del Nilo parece que fue compleja. Al huir de la sequía del Sáhara, los pueblos de esa región se replegaron hacia la humedad del valle. Grupos «etíopes» y afro-mediterráneos se mezclaron con negros de tipo sudanés. Debió de realizarse la misma clase de amalgamas, y por las mismas razones, a nivel de todas las cuencas fluvio-lacustres que lindaban con el desierto: Bajo Senegal, Medio Níger, Chad.

En la medida en que, como queda subrayado anteriormente, los perfiles antropológicos gozan de una constancia importante, con una frecuencia de varios milenios, no está prohibido extrapolar en la prehistoria algunos rasgos principales del aspecto étnico actual. De todos modos, el proceso de formación de las «razas» es la resultante de una interacción de factores múltiples que diferencian poco a poco los rasgos heredados, pero que transmiten por herencia los rasgos diferenciados. Estos se hallaban individualizados principalmente por el fenómeno de la adaptación al medio ambiente: insolación, temperatura, manto vegetal, grado higrométrico, etc. Por regla general, el africano del bosque, disminuido —desde luego, con numerosas excepciones— según los antropólogos, sería más bien pequeño y de tez clara, mientras que el hombre de la sabana y del Sahel sería más bien esbelto y de tez oscura. Pero no hay que ver nunca las cosas de modo parcial, porque todos los factores han actuado al mismo tiempo. Por eso, el desplazamiento de grupos portadores de patrimonios genéticos diferentes ponía enseguida en juego dos fuentes posibles de mutación: primero, el cambio de biotopo, y después, el encuentro de grupos diferentes, con la eventualidad de mestizajes. Cuando se constata una semejanza somática importante entre etnias muy alejadas en el espacio, como entre los dinka, del Alto Nilo, y los wolof, del Senegal, que se parecen por su tez y estatura, parece que la situación en la misma latitud ofrece una clave de explicación suficiente. Pero no hay que perder nunca de vista la combinación de los factores puestos en práctica por el movimiento mismo de la Historia<sup>2</sup>. Según esto, merece ser examinado más detalladamente el caso, muy controvertido, de los pigmeos y los san.

En otros tiempos, se presumía una identidad racial entre los pigmeos de África y los de Asia meridional. Ese punto de vista parece abandonado hoy. Y todo induce a creer que tenemos aquí el resultado de una antiquísima adaptación de un determinado tipo físico al medio ambiente, y que ese proceso se ha desarrollado durante un larguísimo período de aislamiento. En nuestros días, se encuentran pigmeos en los bosques de Camerún, en Gabón, en algunas regiones centroafricanas, en Zaire y en Ruanda. Pero parece cierto que, en otros tiempos, el terreno de expansión de los pigmeos ha sido mucho más extenso. En la tradición oral de algunos pueblos de África occidental, se tienen en cuenta agrupaciones de enanos que habitaban en el bosque antes de la llegada de los pueblos de mayor estatura. Por cierto que, también en Europa occidental, ciertas leyendas se refieren a gnomos herreros instalados en las montañas. Pero las tradiciones africanas parece que no se deben sólo a la imaginación popular, puesto que

<sup>1</sup> R. Foerster, I. Bd. 1893 s. 384.

<sup>2</sup> Cf. J. Hiernaux, 1970, vol. I, págs. 53 y 55.



- 1. *Mujer peul Bororo, Tahoura, Níger (fot. B. Nantet).*
- 2. *Niño Targui, Adades, Níger (fot. B. Nantet).*
- 3. *Mujer Djerma Songhai, de Balayera, Níger (fot. B. Nantet).*



coinciden con algunas fuentes históricas que revelan la presencia de los pigmeos en regiones donde hoy no se encuentran.

En Egipto se encuentra la primera mención de los pigmeos, en las inscripciones que se remontan a la VI dinastía del Antiguo Imperio. Sobre los muros de la tumba de Hírhouf<sup>3</sup>, en Assuán, se ve la cita de una carta del faraón Pepi II, en la que el joven rey agradece al monarca haberle llevado como regalo un enano llamado Deng, palabra que se encuentra en las lenguas actuales de Etiopía, en el amharico y en sus diversos dialectos, así como en el tigrinya, el galla, el kambatta, etc., en las formas siguientes: denk, dank, dinki, donku, dinka<sup>4</sup>. La carta del faraón recuerda, por otro lado, que un siglo antes, bajo la V dinastía, habían llevado un enano semejante al faraón Isesi. Recordemos junto a tales hechos la existencia atestiguada por un viajero inglés de los enanos doko, en la Etiopía meridional. De ello se puede deducir la antigua presencia de enanos en las regiones hoy ocupadas por Sudán y Etiopía.

Los pigmeos del bosque ecuatorial y tropical han sido poco a poco suplantados por otros recién llegados. Estos pueblos estaban compuestos por individuos de estatura elevada y que hablaban lenguas bantúes. Como lo atestigua el Nsonga-Lianja, ciclo épico de los Mongo sobre el poblamiento del valle del Zaire, los pigmeos autóctonos fueron progresivamente rechazados a las zonas más retiradas de los bosques de Ituri y de Uele. Otros pueblos bantúes tienen relatos con un mismo tipo de origen. De todo ello se puede concluir que los grupos de pigmeos que subsisten hoy son los islotes testigos de un antiguo poblamiento, mucho más extendido por los bosques del África ecuatorial y tropical.

Los san constituyen otro grupo muy original en el continente africano. Son de pequeña estatura, con la tez cobriza o cetrina y los cabellos «como granos de pimienta». En las obras de antropología se los sigue alineando con los khoi-khoi en la «raza khoisan». Se trata, sin duda, de una extrapolación de la clasificación lingüística que reúne las lenguas de los san y de los khoi-khoi en un mismo grupo cuyo rasgo común es la presencia de consonantes de chasquido que presentan un valor fonemático. El término «khoisan», propuesto por J. Shapera y adoptado en numerosas obras, proviene de dos palabras khoi-khoi: *khoi*, que significa «hombre», y *san*, cuya raíz *sa* significa «amontonar, recoger frutas, descubrir raíces, capturar animales». Se trata, pues, de la calificación de un grupo de hombres por su género de vida y «modo de producción». Ahora bien, los rasgos comunes a los khoi-khoi y san son, en realidad, muy poco numerosos: hay que destacar la tez clara y las lenguas de chasquido. Pero esta última característica no es específica, puesto que se encuentra en las lenguas bantúes del Sudeste, como el zulú, xhosa, suto, swazi, etc.

Además, otras muchas diferencias se advierten entre ambos grupos: los khoi-khoi se distinguen por su mayor estatura, la disposición de los cabellos, los indicios craneológicos<sup>5</sup>, la esteatopigia frecuente de las mujeres, mientras que los san se caracterizan por la presencia del epicanto. Por otra parte, las lenguas khoi-khoi difieren de las lenguas san tanto por el léxico como por el sistema gramatical. E.

<sup>3</sup> La transcripción literal de ese nombre es Hrw-hwif (R. Herzog, 1938, pág. 95).

<sup>4</sup> Leslau, W., 1963, pág. 57.

<sup>5</sup> Cf. Alekseev, K.



● 1. Pigmeo Twa, Ruanda  
(fot. B. Nantet).



● 2. Grupo San (fot. F.  
Balsan, colec. Museo del  
Hombre).

● 3. Pigmeo del Congo (fot.  
Congo-Press, Danday, colec.  
Museo del Hombre).





O. J. Westphal, gran especialista en la materia, ha demostrado que, en la lengua khoi-khoi, los pronombres que constituyen la parte más antigua y estable de la oración gramatical tienen formas particularmente desarrolladas: en ella se distinguen dos géneros, tres números (singular, dual y plural), así como formas inclusivas y exclusivas, mientras que no hay nada de eso en las lenguas san<sup>6</sup>. No se trata, pues, de un solo grupo lingüístico. En cuanto a las culturas, se diferencian desde todos los puntos de vista, como lo notaban ya en el siglo XVII los primeros viajeros, entre los que se puede citar a Peter Kolb. Los khoi-khoi vivían en cabañas defendidas con empalizadas, trabajaban los metales y disponían de ganadería, en tanto que los san eran nómadas y vivían de la caza y la recolección. Así pues, la antropología y la lingüística se oponen al reagrupamiento de ambos pueblos en un solo bloque. Cada uno de ellos ha conocido también un desarrollo histórico específico. Los san constituyen, sin duda alguna, los vestigios de la población original del extremo meridional de África. Hoy están rechazados en las repulsivas zonas desérticas de Namibia y el Kalahari. También se encuentran grupos aislados en Angola. Pero en otros tiempos se extendían a través de las sabanas australes y orientales hasta los confines de Kenia, como lo atestiguan la toponimia y la hidronimia, al haber adquirido de las lenguas san los nombres locales de ríos y montañas. Asimismo, las consonantes de chasquido, tan típicas, se han tomado de varias lenguas bantúes. En fin, las pinturas rupestres de la meseta del África austral representan a veces combates que enfrentan a los san, de estatura pequeña y tez clara, con guerreros negros de estatura elevada, cuya pertenencia étnica es fácil de determinar según la forma de las adargas que manejan.

Los hadzapi, pequeño grupo étnico que habita cerca del lago Eyasi (Tanzania), pueden considerarse testigos de la antigua extensión del poblamiento san a través de África. Aunque su lengua no haya sido aún objeto de un profundo estudio, hay motivos para creer que es afín a la de los san. A veces se cita en apoyo de la tesis de una expansión mucho más antigua de los san la presencia de piedras redondas con un agujero en el centro, localizadas en el África oriental. Esas piedras, llamadas *kwe* por los san, servían para lastrar las estacas utilizadas para sacar las raíces comestibles. Pero la difusión de esa técnica a partir del grupo san no está probada. Entre los galla, por ejemplo, en la Etiopía meridional y en el Harrar, se emplea el *dongora*, palo largo lastrado con una piedra anular, para cavar la tierra. Se emplea el mismo dispositivo para hacer más pesado el mazo al machacar el tabaco.

De todas maneras, importa no reducir la población más antigua del África meridional a los pigmeos en los bosques y a los san en las sabanas. Otras colectividades han podido existir con ellos. Así, se ha descubierto en Angola el grupo de los kwadi que, por su lengua y género de vida, se aproximan mucho a los san. A comienzos del siglo XX, Vedder estudió también el grupo arcaico de los otavi. De estatura pequeña y viviendo de la caza y la recolección, se distinguen, sin embargo, de los san por su piel más negra y labios gruesos. Ellos mismos se llaman nu-khoin, es decir, «hombres negros», por oposición a los khoi-khoi a los

<sup>6</sup> Cf. E. O. J. Westphal, 1962, págs. 30-48.

que califican de «hombres rojos». Su sistema de numeración, muy original, se distingue claramente del decimal practicado por los khoi-khoi. Tales grupos, que subsisten probablemente en otras regiones, arrojan una valiosa luz sobre la complejísima historia de la población original de los bosques y sabanas del África central y meridional. Esa complejidad se trasluce en las lenguas bantúes en el plano léxico y fonético, por ejemplo, cuando la presencia de sonidos de chasquido indica contactos interétnicos muy antiguos. Eso produce divergencias entre lenguas bantúes, llegando a veces —como en el caso del grupo dzing, al nordeste del área bantú— hasta una diferencia en la estructura de la raíz de las palabras. Esa anomalía resulta, sin duda, de la influencia ejercida por un sustrato lingüístico preexistente. Pigmeos y san constituyen hoy grupos numéricamente ínfimos con relación al grupo «negro» predominante, y hasta con relación a la raza afro-mediterránea del África del Norte.

En nuestros días, el mapa lingüístico del continente no coincide con el reparto de los tipos «raciales». Esa concordancia ha existido quizás en el inicio. Pero desde hace mucho tiempo, a medida que se desarrollaban demografía, migraciones y mestizajes, no coincidían ya la evolución lingüística y el proceso de formación de los tipos «raciales». Por procesos de formación de los tipos «raciales» entendemos la herencia de individuos genéticos y la adaptación gradual al medio ambiente. La no-concordancia de los mapas «racial» y lingüístico es patente en el caso de los pueblos de Sudán, zona de confluencia de dos tipos diferentes de familias lingüísticas.

África del Norte, incluidas Mauritania y Etiopía, pertenecen al vasto ámbito de las lenguas semitocamíticas, o camitosemíticas, según la terminología francesa. Esa denominación no parece pertinente, puesto que supone la existencia de dos grupos: uno semítico y otro camítico. En efecto, durante el siglo XIX se denominaban semíticas las lenguas de ese grupo que son habladas en el Cercano Oriente, y camíticas a las de África. Pero el semitólogo francés M. Cohen hizo notar que ningún argumento justificaba esa división en dos grupos. Hoy, se clasifica generalmente a las lenguas de esa familia en cinco grupos: semítica, cuchita, berebere<sup>7</sup>, antiguo egipcio<sup>8</sup> y el grupo antiguo del Chad. Varias «razas» (semitas y negras) hablan, pues, lenguas de esa gran familia lingüística.

En el extremo sur del continente africano, las lenguas san, a las que se añaden las lenguas kwandi, en Angola, y hadzapi, en Tanzania, parecen pertenecer a un grupo específico cuyas dos características comunes son la presencia de sonidos con chasquido y la estructura monosilábica. Quizá sería más prudente dar a ese conjunto la denominación de lenguas paleoafricanas, como se habla de lenguas paleoasiáticas en los confines del nordeste del continente asiático. Las lenguas khoi-khoi, cuyo sistema gramatical es diferente, no podrían formar parte de ese grupo. Los khoi-khoi constituyen un pueblo de ganaderos que, sin duda, ha emigrado del nordeste del continente hacia el Sur, donde se ha visto envuelto por los grupos autóctonos san. Algunos de éstos, como los de los montes de Otavi y, quizá, los

<sup>7</sup> Según algunos autores, el berebere forma parte del grupo semítico.

<sup>8</sup> Según algunos egiptólogos africanos, el egipcio antiguo forma parte de las lenguas «negro-africanas» (ver capítulo I del volumen II).

naron del núcleo central, han adoptado además la lengua de los khoi-khoi. La hipótesis del itinerario indicado anteriormente para la expansión de los khoi-khoi desde las regiones del Alto Nilo, atravesando las sabanas orientales, parece apoyarse en el hecho de que en Tanzania, cerca del lago Eyasi, se encuentra el grupo de los sandawé, cuya lengua parece emparentada con la de los khoi-khoi. La historia de estos últimos sigue siendo, no obstante, uno de los puntos más oscuros de la evolución étnica de Africa. Así es como, según E. Westphal, los sonidos con chasquido en las lenguas khoi-khoi se habrían adquirido a las de los san. Opinión interesante, pero carente aún de pruebas.

Las sabanas del Africa oriental son, sin lugar a dudas, la zona más antiguamente poblada del continente. Hoy están ocupadas por negros que hablan lenguas bantúes. Pero antes, como dan fe de ello los pueblos testigo sandawé y hadzapi, había allí san y khoi-khoi. Otros pueblos de la misma región hablan lenguas cuchitas. Otros tienen también lenguas que pertenecen a grupos diferentes; el iraqw, por ejemplo. Todas esas lenguas han preexistido antes de la expansión de las lenguas bantúes, algunas de las cuales han aparecido en una época relativamente reciente.

Entre las lenguas semitocámicas del Norte y las paleoafricanas del Sur, se intercala el vasto ámbito de las lenguas que el lingüista M. Delafosse ha denominado «negroafricanas»; C. Meinhof y D. Westermann las califican de lenguas sudanesas y bantúes, mientras que J. Greenberg las clasifica en las familias congokordofaniana y nilosahariana. Desde 1963, al reconocer la unidad de esas lenguas, yo había propuesto llamarlas lenguas zindj. En ese marco general, las familias o grupos lingüísticos habrían podido distinguirse eventualmente según los resultados de la investigación.

La expresión «lenguas negroafricanas» debida a M. Delafosse es muy poco afortunada. El primer término de esa expresión parece confundir las nociones de raza y de lengua. Ahora bien, los negros en América del Norte y del Sur, como en Africa misma, hablan lenguas absolutamente diferentes. El segundo término de la expresión es también desafortunado, porque todas las lenguas habladas por pueblos que habitan Africa, incluidos los afrikaans, son lenguas africanas.

Además, la clasificación de esas lenguas en dos grupos —sudanés y bantú— parece asimismo errónea, después de los estudios de D. Westermann que demuestran el parentesco léxico y estructural de las lenguas del Africa occidental con las lenguas bantúes. Esos estudios han iniciado la revisión general de la clasificación de las lenguas africanas tan desafortunadamente emprendida por la escuela lingüística alemana. La clasificación de J. Greenberg está fundada en el método llamado «mass comparison». Teniendo en cuenta los rasgos fundamentales del sistema gramatical, aquélla se basa en el léxico casi siempre. Al aplicar ese método, Greenberg distinguía, en 1954, 16 familias lingüísticas en Africa, y luego 12 solamente; más tarde, ese número se redujo tan sólo a cuatro, en 1963. Una disminución tan rápida del número de familias lingüísticas demuestra, sin duda, que el método no estaba suficientemente elaborado y que se habría actuado con excesiva prisa para encontrar a toda costa una clasificación.

Entre las cuatro familias mantenidas, el grupo afroasiático no es otro que la familia semitocámica. En cuanto a la familia llamada de las lenguas de chasqui-



• *Mujer zulú (fot. A. Robillard, colec. Museo del Hombre).*

do, y después koisana, reúne a las lenguas de los pueblos san y khoi-khoi. Como hemos dicho anteriormente, esa amalgama es errónea.

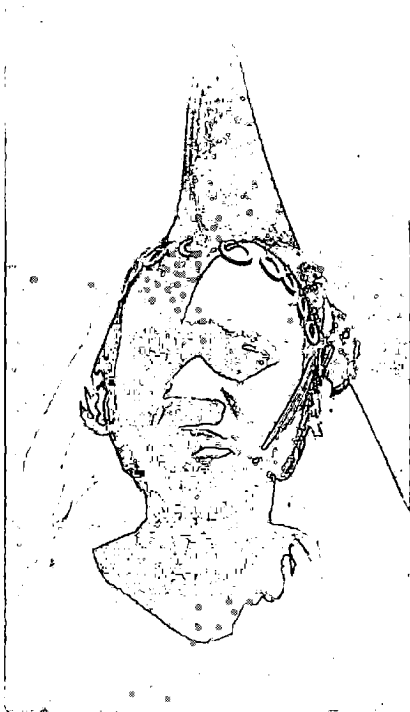
Además de la familia Níger-Congo, a la que Greenberg añade las lenguas del Kordofán, distingue un cuarto grupo formado por las lenguas nilosaharianas. Ahora bien, la estructura de éstas ha sido hasta ahora muy poco estudiada. En 1972, Edgar Gregersen —al aplicar a esas lenguas el mismo método que Greenberg— llegaba a la conclusión de que todas las lenguas de las dos familias podían reducirse a una sola para la que él proponía el nombre de congosahariana. Ese punto de vista coincide con mi propia proposición de reunir esas lenguas con el vocablo de grupo zindj. El grupo caracterizado por los tonos variados y por las clases nominales se opondría a las lenguas semitocamíticas o eritreanas, cuyos criterios específicos residen en el acento y el género gramatical. Por otro lado, no es imposible que estudios ulteriores revelen la especificidad de tal lengua o grupo de lenguas en el interior de la familia zindj o congosahariana. Pero desde ahora, presenta el mismo tipo de coherencia que la familia indoeuropea, por ejemplo.

En el interior de esa gran familia zindj, las lenguas bantúes presentan indiscutiblemente un aspecto de una gran homogeneidad, establecido por los trabajos de W. H. J. Bleek, C. Meinhof y M. Guthrie. Entre los subgrupos descubiertos por D. Westermann en los grupos lingüísticos sudaneses, aquel cuya tarjeta de identidad resulta más clara es indiscutiblemente el mandé.

Al este y oeste de este último conjunto, están las lenguas denominadas gur, o atlánticas, por Westermann. Estas se hallan lejos de presentar la misma homogeneidad que las lenguas mandé. La prueba es que los lingüistas ingleses han definido con ellas el grupo distinto de las lenguas mel. En efecto, esa región del extremo occidental del continente ha servido de refugio donde se han enfrentado oleadas de pequeños pueblos empujados por los recién llegados. Algunas de sus lenguas conservan aún rasgos propios de las lenguas bantúes, siendo el caso más sorprendente la lengua bullom. Las obras de Manessy, especialista en esas lenguas, han echado por tierra la hipótesis anterior de una unidad de las lenguas gur. La presencia en esas lenguas de las clases nominales formadas de manera variada por prefijos, sufijos y hasta «confijos», refleja la complejidad étnica de esas zonas que han servido de refugio a numerosos grupos humanos llamados paleonegríticos, y que se escalonan en las zonas montañosas a través de todo Sudán, desde Senegal hasta Kordofán... Se las ha representado como la población autóctona y arcaica de Sudán. Ahora bien, eso parece poco verosímil, vista la diversidad lingüística y la variedad de tipos físicos de ese mosaico de grupos que han llegado a apiñarse en esas zonas repulsivas. Las crónicas sudanesas nos señalan algunos de esos acontecimientos y demuestran, por tanto, que no se trata de un proceso muy arcaico. Así pues, la fragmentación dialectal en Africa debe achacarse ante todo a causas históricas que han propulsado oleadas o infiltraciones migratorias.

Entre las lenguas del Sudán oriental que son las menos estudiadas, las lenguas nilóticas constituyen tal vez un grupo muy individualizado, una especie de familia genéticamente integrada, y que ha debido de formarse en el transcurso de un larguísimo período de aislamiento.

Las importantes obras de los lingüistas ingleses M. A. Bryan y A. N. Tucker



● 1. Mujer peul (fot. Archivos de Ultramar).



● 2. Mujer peul, cerca de Garoua-Boulay (fot. Hoa-Qui).

● 3. Niña peul, Mali (fot. A. A. A., Naud).



revelan la complejidad extrema del Sudán oriental en los planos étnico y lingüístico. Parece que, siguiendo un método muy lógico, han utilizado como criterios algunos rasgos lingüísticos característicos para oponer las lenguas T/K y N/K. Entre todos los grupos lingüísticos de esa gran familia congohariana, las lenguas bantúes presentan un parentesco genético de tal manera sorprendente que debe ser considerado como un fenómeno relativamente reciente. Además de los lingüistas, los historiadores y arqueólogos han tratado de dilucidar la «génesis de los bantúes». Pero las hipótesis difieren. Para unos, la migración bantú, salida del Norte, de la región camerunesa o de la cuenca del Chad, habría ido a lo largo de los bosques del Norte para contornearlos por el Este y de ahí, pasando por el África oriental, se habría extendido por la austral. Otros, como H. H. Johnston, piensan que los bantúes habrían llegado directamente de la región centroafricana a través del bosque zaireño. En fin, algunos eruditos, conforme a la teoría del lingüista M. Guthrie que sitúa el núcleo lingüístico prototipo de los bantúes en el Alto Zaire, entre los luba y bamba, sitúan su centro original en ese sector. Yendo más lejos aún, se llega a presentar a los pueblos bantúfonos como una unidad biológica y cultural. Se olvida así que el término bantú es sólo una referencia lingüística. Algunos arqueólogos unen, no obstante, la difusión del hierro en la parte meridional del continente con la emigración de los bantúes que habrían llegado provistos de técnicas superiores. Ahora bien, cuando los portugueses desembarcaron al final del siglo XV en la isla de Fernando Poo, encontraron allí una población que hablaba el bubi, lengua bantú, pero que ignoraba el uso del hierro. Ese error, que consiste en confundir la lengua y el modo de vida o de producción, había sido ya cometido por los etnógrafos que acumularon en el concepto de camita una unidad de raza, de lengua y de civilización; ahora bien, en la evolución histórica, importa no tratar de encontrar a cualquier precio tipos puros. En efecto, los pueblos bantúes se diferencian considerablemente desde el punto de vista antropológico por el color, estatura, medidas corporales, etc. Así es como los bantúes forestales tienen caracteres somáticos distintos de los de los bantúes de la sabana. El tipo de actividad económica y la organización social son también muy variados. Unos son matrilineales y los otros patrilineales. Unos emplean máscaras y tienen sociedades secretas. Otros no tienen nada de eso. El único denominador común es la estructura lingüística fundada sobre las clases nominales, al tener por doquier los indicios de esas clases una expresión fonética semejante, fundada en un sistema verbal único.

En las sabanas de Sudán, por el contrario, parece que pueblos que hablaban lenguas de clases nominales, en las que la altura de tono desempeñaba un papel importante, habían vivido juntos durante mucho tiempo. A medida que el Sáhara se secaba, esos pueblos se iban retirando hacia zonas más húmedas: las montañas del Norte, el valle del Nilo al este, el gran lago paleochadiano al sur. Esos grupos de cazadores y ganaderos suplantaron a los pueblos autóctonos que penetraron hacia el sur, bien metiéndose en el bosque, bien rodeándolo por el Este. Sin estar unidas en el inicio de la difusión del hierro, esas migraciones tenían la ventaja de los recién llegados que estaban dotados de cierto dominio en el trabajo de los metales. Ocurre que los yacimientos y el trabajo antiguo del cobre están localizados en la misma zona, que ha sido descubierta por M. Guthrie como

punto focal del dominio bantú, allí donde las lenguas luba y bamba contienen el mayor porcentaje de palabras que pertenecen al vocabulario «común a todas las lenguas bantúes». El desarrollo de esa elaboración del cobre no pudo impulsar la expansión ulterior de la civilización. Y cuanto más se aleja del punto focal recordado, más disminuye la pureza del tipo lingüístico bantú, porque, a medida que se alejaba de ese centro, los bantúfonos se mezclaban más con pueblos que utilizaban otras lenguas.

Ese caso concreto nos muestra que los conceptos de lengua, de tipo antropológico y de civilización no deben ser confundidos nunca, pero que, en la lenta impregnación del continente por variadas capas humanas, el modo de producción debió servir frecuentemente de vector principal para la expansión lingüística y hasta para el predominio de tal o cual aspecto biológico.



## Capítulo 12

### PARTE I

# CLASIFICACION DE LAS LENGUAS DE AFRICA

J. H. GREENBERG

El número de modos según los cuales se pueden clasificar las lenguas, como cualquier otra serie de entidades, es infinitamente grande. Sin embargo, hay que distinguir un método particular, corrientemente llamado método de clasificación genético, que tiene características únicas e importantes, lo que hace que, cuando se emplea sin precisión el término «clasificación» al hablar de lenguas, se está aludiendo a ese tipo de clasificación. Ese método, pues, es el que integrará la base de la clasificación detallada y el que se expondrá en las últimas secciones de este capítulo.

### NATURALEZA Y OBJETIVOS DE LA CLASIFICACION DE LAS LENGUAS

Una clasificación genética se presenta bajo la forma de series de unidades jerárquicas poseedoras de la misma organización lógica que una clasificación biológica en especies, géneros, familias, etc., en la que cada nivel de la serie está comprendida en uno de los elementos de los niveles superiores. También se podría presentar en forma de árbol genealógico. Cuando unas lenguas tienen un antepasado inmediato común en un árbol genealógico, eso quiere decir que se trata de resultados, diferenciados por la evolución, de lo que han sido en otros tiempos dialectos de una misma lengua. Podemos ilustrar esta clasificación por medio del ejemplo bien conocido del indoeuropeo. Como aún no se ha podido establecer que el indoeuropeo pertenezca a un grupo más vasto, ese será nuestro nivel más alto. La familia indoeuropea está dividida en cierto número de ramas, entre las que figuran el germánico, el céltico, el eslavo, el indoiraní. Eso equivale a decir que la comunidad lingüística original indoeuropea está dividida en cierto número de dialectos: germánico, celta, etc. El germánico, a su vez, en tres dialectos: gótico, germánico occidental y escandinavo. El gótico está extinguido,

pero se lo conoce por documentos antiguos, mientras que el germánico occidental se ha diferenciado en anglofrisio, bajo-alemán y alto-alemán. Cada uno de los últimos constituye actualmente un grupo de dialectos locales, algunos de los cuales forman la base de lenguas estandarizadas, por ejemplo, el alemán (dialecto alto-alemán), el holandés (dialecto bajo-alemán) y el inglés (dialecto anglofrisio).

La importancia de las clasificaciones hechas según esos principios se da en primer lugar porque reflejan la historia real de la diferenciación étnica en el dominio de la lengua. Luego, porque forman la base necesaria para la aplicación de los métodos de la lingüística comparativa, que permite reconstruir una gran parte de la historia lingüística de diversos grupos. En fin, ese conocimiento de la historia lingüística proporciona los elementos necesarios para las deducciones relativas a la historia de la cultura no lingüística de los grupos en cuestión.

## HISTORIA DE LA CLASIFICACION DE LAS LENGUAS DE AFRICA

Es evidente que, sin una colección suficiente de datos empíricos relativos a las lenguas de Africa, no sería posible emprender una clasificación completa de ellas. Sólo a comienzos del siglo XIX se han podido reunir suficientes datos para un primer ensayo de clasificación. No obstante, algunas observaciones relativas a la clasificación habían sido realizadas, incluso antes, de acuerdo con una serie de hechos cuyo inicio se puede fijar en el comienzo del siglo XVII, época en la que aparecen las primeras gramáticas y los primeros diccionarios de lenguas de Africa<sup>1</sup>. Por ejemplo, Luis Moriano observó a principios del siglo XVII que la lengua merina era «muy parecida al malayo, lo que prueba de una manera casi cierta que los primeros habitantes llegaron de los puertos de Malaca»<sup>2</sup>. Hacia la misma época, varios investigadores portugueses advirtieron la semejanza entre las lenguas de Mozambique, en la costa oriental de Africa, y las de Angola y el Congo al oeste, abriendo así el camino a un concepto de las lenguas bantúes que cubren la mayor parte del tercio meridional del continente. Se puede citar también como ejemplo las descripciones del guezo y del amarico por Hiob Ludolf, en el siglo XVII, que mostraron que esas lenguas etíopes estaban emparentadas con el hebreo, el arameo y el árabe.

El siglo XVII sólo vio muy modestas adiciones a nuestros conocimientos de las lenguas africanas, pero hacia el final de ese período comprobamos que la concepción fundamental de clasificación genética comienza a aparecer en forma de hipótesis específicas sobre la existencia de ciertas familias de lenguas. Esas hipótesis son las que han constituido, en el siglo XIX, la base del desarrollo de la lingüística como ciencia histórica comparativa.

<sup>1</sup> Para más amplias informaciones sobre la historia de la lingüística africana, ver Doke, C. M., y Cole, D. T., 1961; Cole, D. T., en T. A. Sebeok (dir.), 1971, págs. 1-29.

A veces se encuentran palabras que proceden de lenguas africanas en las obras de autores medievales. Para ello, ver Delafosse, M., 1912-1914, págs. 281-288, y Meinhof, 1919-1920, págs. 147-152.

<sup>2</sup> Relación del viaje de descubrimiento hecho de la isla de San Lorenzo en los años 1613-4..., manuscrito portugués publicado en traducción francesa en A. Grandidier, 1903-1920, pág. 22.

Las obras sobre la historia de la lingüística citan habitualmente una declaración de William Jones, en 1786, como el acontecimiento decisivo en semejante evolución. Esas ideas estaban ya en el ambiente, como lo muestra el hecho de que, cinco años antes, Marsden había enunciado, con la suficiente claridad, una hipótesis semejante acerca de las lenguas malayopolinesias, en tanto que Gyarmathy hacía otro tanto para las lenguas finougrianas.

Esa evolución estuvo acompañada de una auténtica manía por recoger materiales comparativos sobre un gran número de lenguas. La primera obra de esa naturaleza fue el *Glossarium Comparativum Linguarum Totius Orbis*, de 1787, alentado por la emperatriz de Rusia, Catalina la Grande, y que comprendía datos sobre 30 lenguas africanas en edición revisada de 1790-1791.

A comienzos del siglo XIX se asistió a una aceleración señalada de la producción de gramáticas y diccionarios de lenguas africanas, así como a la publicación de listas comparativas de palabras de un número considerable de lenguas africanas, como las de Kilham (1828), Norris (1841) y Clarke (1848)<sup>3</sup>. La más importante de esas listas es, con mucho, por su amplitud y el carácter sistemático de su organización y simbolización fonética, la clásica *Polyglotta Africana*, elaborada en Freetown (Sierra Leona) por S. W. Koelle<sup>4</sup>.

Esa acumulación de datos en la primera mitad del siglo XIX ha coincidido con los primeros intentos de clasificación de conjunto, como el de Balbi y, en las ediciones sucesivas de *Inquiry into the physical history of Mankind*<sup>5</sup>, el de Prichard.

Pese a las diferencias de detalle, se extrajeron algunas conclusiones generalmente aceptadas durante la primera mitad del siglo XIX. Algunas de ellas han soportado con éxito la prueba de las investigaciones posteriores, y otras, al menos, han tenido el mérito de solucionar las diversas cuestiones que tuvieron que resolver los clasificadores que llegaron más tarde. Los resultados que se habían alcanzado en 1860 pueden resumirse así:

— El término «semítico», introducido por Schlözer en 1781, era ya utilizado casi en su sentido actual<sup>6</sup>. La existencia de una rama etíope de esa familia, que comprende el guezo (etíope clásico) y de lenguas modernas tales como el amarico y el tigrigna, estaba bien establecida.

— Ya se advertían la semejanza y parentesco probables de algunas otras lenguas con el semítico. Estas comprendían el antiguo egipcio, el berebere y las lenguas cuchíticas. Las últimas se hablan principalmente en Etiopía y Somalia. Algunos autores habían incluido el hawsa del Africa occidental en esa categoría. A esas lenguas se las ha llamado a veces subsemíticas. El término camítico fue propuesto por Renán en 1855<sup>7</sup>.

— Se atribuye a Lichtenstein el mérito de haber distinguido por vez primera y claramente entre las lenguas de Africa del Sur, las khoi-khoi y san, por una parte, y las bantúes, por otra<sup>8</sup>. En esa época ya estaba claramente reconocida la

<sup>3</sup> Kilham, H., 1828; Norris, E., 1841; Clarke, J., 1848.

<sup>4</sup> Koelle, S. W., 1963.

<sup>5</sup> Balbi, A., 1826; la última edición de Prichard, J. C., ha sido revisada y aumentada por Norris, E.; Prichard, J. C., 1855.

<sup>6</sup> Schlözer, A. L., parte 8, 1781, pág. 161.

<sup>7</sup> Renan, E., 1855, pág. 189.

<sup>8</sup> Lichtenstein, H., 1811-1812.

existencia de ese último grupo de lenguas estrechamente emparentadas. Se le ha llamado también familia cafre, o familia de las lenguas sudafricanas. El término bantú, extraído de la palabra que quiere decir «los hombres» en un gran número de lenguas, fue primero propuesto por W. H. I. Bleek, quien en 1851 sentó las bases de los estudios comparativos de las lenguas bantúes. Ese término es universalmente empleado desde entonces.

— Quedaba un vastísimo grupo de lenguas que integraba la mayor parte de las que se hablan en el Sudán occidental y oriental y que no podían clasificarse en los grupos antes mencionados: las que no eran ni semíticas, ni camíticas, ni san, ni bantú. Generalmente eran llamadas lenguas «negras» y constituían el mayor problema para los clasificadores. Norris, en su revisión de la obra de Prichard en 1855, reconocía que dichas lenguas «escapaban a la clasificación» y que «los negros habían sido considerados hasta entonces como si constituyesen una raza más por razones fisiológicas que filológicas»<sup>9</sup>.

Aunque todas las clasificaciones de conjunto de las lenguas africanas hasta una fecha reciente hayan separado completamente las lenguas bantúes de las lenguas llamadas «negras», cierto número de observadores habían advertido que algunas o muchas de las lenguas consideradas como «negras», particularmente en Africa occidental, mostraban parentesco con el grupo bantú. El primero en observarlo fue, al parecer, el obispo O. E. Vidal en su introducción a la gramática del yoruba, de Samuel Crowther<sup>10</sup>. Bleek ha dado del término «bantú» una definición general extendiendo su aplicación a la mayor parte del Africa occidental hasta 13° latitud norte, desde Senegal hasta el Nilo superior<sup>11</sup>. Esa idea fundamental ha sido proseguida mucho más tarde, en una forma modificada, por Westermann y, de manera más explícita, por Greemberg en la clasificación actualmente en curso.

— La relación del merina con el malayo-polinesio y, por consiguiente, su ausencia de parentesco con las lenguas de Africa habían sido notadas, como hemos visto, desde el siglo XVII, siendo generalmente aceptadas.

La década del 1860 ha sido importante por la publicación de dos clasificaciones completas que debían imperar en ese campo hasta 1910. La primera era la de Lepsius, que apareció en dos versiones de 1863 y 1880, respectivamente<sup>12</sup>. La segunda era la de Friedrich Müller, que fue igualmente presentada en dos versiones, en 1867 y 1884<sup>13</sup>. La obra de Müller proporciona la base del importante estudio de R. N. Cust, que contribuyó a difundir su obra en los países de lengua inglesa. Ese estudio de Cust es una fuente extraordinariamente valiosa por la bibliografía de la lingüística africana hasta ese período.

Tanto Lepsius como Müller han excluido de su clasificación al merina como lengua no africana. Para el resto, el principal problema que les ocupaba era el de las lenguas «negras» y su posición respecto al bantú, ya que éste era el único

<sup>9</sup> Prichard, J. C., vol. I, pág. 427.

<sup>10</sup> Vidal, O. E., en Crowther, 1852.

<sup>11</sup> Bleek, W., 1862-1869, vol. I, pág. 8.

<sup>12</sup> Lepsius, R., 2 edic., 1863 y 1880.

<sup>13</sup> Müller, F., 1867, 1876-1884. Para las lenguas africanas ver I, 2 (1877) y III, 1 (1884).

grupo amplio y bien establecido de lenguas habladas por pueblos negros. En esas dos clasificaciones, las consideraciones raciales han desempeñado un papel importante, pero de diferente manera.

Como base de su clasificación, Lepsius adoptó el criterio de las clases de sustantivo. Esa idea procedía del trabajo anterior de Bleek (1851)<sup>14</sup>. Este se había extrañado de lo que consideraba como la diferencia fundamental entre las lenguas bantúes que tenían sistemas complejos de clases nominales, en las que el género no desempeñaba función alguna, y las lenguas semíticas y camíticas que tenían una distinción de género fundado en el sexo, como principio de la clasificación de nombres. Al aplicar ese criterio, Bleek clasificó el khoi-khoi en las lenguas camíticas porque tiene una distinción de género, aunque casi todas las demás características lo emparenten con las lenguas san.

Al adoptar la idea general de Bleek como punto de partida, Lepsius consideró que, entre las lenguas habladas por poblaciones negras, el bantú —con su clasificación de nombres no fundada en el sexo— era la lengua original, mientras que las otras lenguas estaban mestizadas por la influencia de lenguas camíticas. Y clasifica las lenguas en cuatro grupos: 1. bantú; 2. negra mezclada; 3. camítica; y 4. semítica. Sin embargo, hay dos categorías fundamentales: a) las lenguas bantúes y negras mezcladas (lenguas con clases nominales); y b) las lenguas semíticas y camíticas (lenguas con género). A fin de cuentas, deberá poderse demostrar que estas últimas están emparentadas con el indoeuropeo, que posee también distinción de género fundada en el sexo. En realidad, Bleek agrupaba indoeuropeo, semita y camita en una misma familia que llamaba noachide, con tres ramas que representan a los tres hijos de Noé, Sem, Cam y Jafet. Y declara explícitamente que las lenguas con género son superiores. «Sin embargo, parece indudable que las tres grandes ramas de lenguas con género no sólo han sido en el pasado las depositarias y los órganos del proceso histórico de la civilización humana, sino que también en ellas, y especialmente en su rama más joven, el jafético, es donde se basa la esperanza futura del mundo»<sup>15</sup>. El parentesco intelectual de las «teorías camíticas» es evidente, desde Bleek hasta las teorías más tardías de Meinhof, pasando por la de Lepsius.

En la exhaustiva obra de Müller, publicada en 1884, las lenguas conocidas en el mundo están clasificadas según la hipótesis de una relación fundamental entre el tipo físico de los hablantes y la lengua. Sus divisiones principales son las «lenguas de los pueblos de cabellos lacios», las «lenguas de los pueblos de cabellos crespos», etc. Esa hipótesis le condujo, por ejemplo, a clasificar el khoi-khoi no con el camítico, como Lepsius, sino con el papú, entre las lenguas de las razas de cabellos lanudos. La mayor parte de las lenguas «negras» están repartidas entre lenguas negroafricanas y bantúes. Su hipótesis sobre ese punto es exactamente contraria a la de Lepsius, puesto que considera que éstas son las primeras que representan el tipo original, y las segundas, las que son derivadas. Estima que un determinado número de lenguas habladas por poblaciones negras pertenece a un grupo culturalmente más avanzado llamado Nuba-Fulah, cuyos hablantes están

<sup>14</sup> Bleek, W. H. I., 1851.

<sup>15</sup> Lepsius, R., 1880, pág. 90.

físicamente emparentados con los mediterráneos y los drávidicos, clasificados como poblaciones de cabellos rizados. En la vulgarización de las opiniones de Müller hecha por Cust para los lectores de lengua inglesa, las lenguas de Africa son clasificadas en los seis grupos siguientes: 1. semítica; 2. camítica; 3. nubalah; 4. negra; 5. bantú; 6. khoisán.

Durante cierto tiempo las cuestiones de clasificación permanecieron en suspenso, concentrándose el interés en la inmensa tarea científica de describir las lenguas africanas. La obra de Westermann sobre las lenguas sudanesas (1911) y la de Meinhof sobre las camíticas (1912) abren el periodo moderno<sup>16</sup>.

La primera de estas obras, cuya tesis fundamental parece estar inspirada por Meinhof, introdujo el término «sudanés», que abarcaba casi todas las lenguas de Africa que no estaban comprendidas en los grupos semítico, camítico (en el sentido amplio dado por Meinhof) y san. Así pues, designaba esencialmente a todas las lenguas que anteriormente eran llamadas «lenguas negras». Westermann seleccionó en esa vasta colección ocho lenguas (en ninguna parte da una lista completa), cinco de las cuales eran del Sudán occidental y tres del Sudán oriental, y trató de establecer su parentesco mediante una serie de etimologías y formas ancestrales reconstruidas.

Meinhof, que ya era célebre por su obra fundamental sobre el estudio comparativo del bantú, intentó en su libro sobre las lenguas hamíticas extender los límites de la familia hamítica más allá de lo que era generalmente aceptado, para incluir en ella lenguas tales como el fulfuldé, el masai y, siguiendo en eso a Lepsius, el khoi-khoi, principalmente debido al criterio del género. Esa obra transparenta claramente su convicción de la superioridad de la raza «hamítica»<sup>17</sup>.

De la obra combinada de Meinhof y de Westermann se desprende, pues, una división en cinco grupos (semítico, hamítico, sudanés, bantú y san). Esas conclusiones fueron difundidas en los países de lengua inglesa por Alice Werner y llegaron a ser norma en los manuales de antropología y lingüística<sup>18</sup>.

Semejante clasificación fue ya puesta en tela de juicio en el transcurso de su período de predominio (hacia 1910-1950). Y, aunque no aparezca en los manuales habituales, la crítica más importante vino del propio Westermann en su importante estudio de 1927 sobre las lenguas sudanesas occidentales<sup>19</sup>. En esa obra restringía su concepción anterior de las lenguas sudanesas, de tal modo que la aplicaba solamente a las lenguas del oeste de Africa y distinguía, por medio de una detallada documentación léxica y gramatical, determinado número de subgrupos distintos en el seno del sudanés occidental (por ejemplo, atlántico occidental, kwa, gur). Y señalaba, lo cual es más importante aún, semejanzas de detalle en el vocabulario y la estructura gramatical entre el sudanés occidental y el bantú, pero sin afirmar su parentesco de manera explícita. Sir Henri Johnston, en su vasta obra sobre el bantú y semibantú, ha considerado que muchas de las lenguas de Africa occidental estaban entroncadas en el bantú<sup>20</sup>. A esas las designaba en su

<sup>16</sup> Westermann, D., 1911; Meinhof, C., 1912.

<sup>17</sup> La hipótesis hamítica se convirtió en base de interpretación cultural e histórica muy desarrollada. Sobre esta cuestión, ver Sander, E. R., 1969, págs. 521-532.

<sup>18</sup> Werner, A., 1915 y 1930.

<sup>19</sup> Westermann, D., 1927.

<sup>20</sup> Johnston, H. H., 1919-1922.

terminología con el término de «semibantú». Sin embargo, continuaba respetando el criterio tipológico de las clases nominales, de suerte que, si de las dos lenguas estrechamente entroncadas una sola tenía clases nominales, era considerada semibantú, y la otra no.

Hay que mencionar también, aunque sea brevemente, otras clasificaciones del período 1910-1950, entre las que sólo la de Delafosse tuvo una difusión notable. Una de ellas fue propuesta por A. Drexel, quien trató de mostrar una relación entre las familias de lenguas de Africa y las culturas, relación planteada como postulado por la *Kulturkreislehre*. El africanista francés M. Delafosse, al contrario que los investigadores alemanes de la época, limitó lo «hamítico» a lo berebere<sup>21</sup>, egipcio y cuchítico, y trató a todas las demás lenguas que no eran semíticas o khoisán como a una vasta familia negroafricana<sup>22</sup>. Además de las dieciséis ramas no bantúes, muchas de las cuales se definían más bien por criterios geográficos que lingüísticos, Delafosse consideraba, según parece, que el bantú debía estar incluido en las lenguas negroafricanas. Una parte de la terminología de Delafosse está aún en uso entre los africanistas de expresión francesa. Hay que mencionar también a la señorita Homburger, quien, partiendo también de la concepción de una unidad lingüística africana, pero concebida de un modo más vasto aún, adoptó la teoría de una fuente egipcia como explicación de tal unidad e incluso, sin tener en cuenta que había contradicción en ello, la de una derivación lejana a partir de las lenguas dravídicas de la India<sup>23</sup>.

En 1949-1950, el autor del presente capítulo definió, en una serie de artículos publicados en el *Southwestern Journal of Anthropology* una clasificación que era nueva en muchos puntos de vista y que finalmente fue aceptada de modo bastante general<sup>24</sup>. Difería de las clasificaciones precedentes por su método en numerosos aspectos y era estrictamente genética en el sentido definido en la introducción de este capítulo. Así pues, consideraba como convincentes semejanzas masivas entre grupos de lenguas, que alcanzaban a la vez al sonido y al sentido, ya se tratase de las raíces (del vocabulario) o de los componentes gramaticales. Las semejanzas que alcanzaban solamente al sonido —por ejemplo, la presencia de tonos— o al sentido —por ejemplo, la existencia del género gramatical sin concordancia de formas fonéticas y desinencias— se consideraban improcedentes. Como ya hemos visto, esos caracteres tipológicos desempeñaban un papel importante en las clasificaciones anteriores. Por tanto, la existencia de los géneros masculino y

<sup>21</sup> Nota incluida por petición de un miembro del Comité: Esta clasificación no sólo es contraria a los criterios de los investigadores alemanes, sino también a la verdad científica pura. Los lingüistas norteafricanos han descubierto los motivos políticos que habían empujado a la escuela colonialista de los berberizantes franceses a clasificar la lengua berebere entre las lenguas semitocamíticas. La realidad es que el berebere es una lengua semítica; incluso es una de las más antiguas, guardando contactos muy estrechos con el akkadiense y el hebreo. Por consiguiente, no es ni hamitosemítica ni afroasiática, como se ha dicho en ese capítulo. Ver particularmente, en árabe, M. El-Fasi: «El berebere lengua hermana del árabe», *Actas de la Academia de El Cairo*, 1971.

<sup>22</sup> Delafosse, M., 1924, págs. 463-560.

<sup>23</sup> Homburger, L., 1941.

<sup>24</sup> Para la versión más reciente de la clasificación de Greenberg, ver Greenberg, J., 1966 (b). Se encontrará una bibliografía de la literatura en que se discute esta cuestión en Winston, «Greenberg's classification of African languages», *African language studies*, vol. 7, 1966, págs. 160-170. Desde un punto de vista diferente, ver el capítulo XI del profesor Olderogge, D. Ver también Diop, Ch. A.

femenino, por ejemplo, no era tenida por sí sola como una prueba de parentesco, puesto que esa distinción de género puede aparecer, y en realidad aparece, independientemente en diversas partes del mundo. En cambio, la existencia de una desinencia femenina *t* en todas las ramas del afroasiático (hamitosemítico) es un indicio positivo de parentesco. Asimismo, la ausencia de distinción de género por pérdida de la categoría no es por sí misma una prueba negativa. Esos principios se aceptan generalmente en los dominios donde los métodos comparativos están bien establecidos, como, por ejemplo, en el indo-europeo. El persa, el armenio y el hitita, principalmente, no tienen distinción de género, mientras que la mayor parte de las demás lenguas de la familia sí la tienen.

Las antiguas clasificaciones —por ejemplo, la de Lepsius— no utilizaban ni citaban ninguna prueba concreta para sus agrupamientos. En su obra sobre el sudanés, Wertermann proporciona una etimología, pero sólo para ocho lenguas estudiadas entre varios centenares. El único texto que ha realizado un estudio detallado antes de 1950 es la obra tardía de Westermann sobre el sudanés occidental, y no abarca más que a una parte de Africa. En la clasificación del autor del presente capítulo, se han presentado etimologías y características gramaticales, comunes y específicas, por todos los grupos importantes, según un estudio exhaustivo de la literatura.

Las proposiciones concretas más importantes, algunas de las cuales han provocado controversias bastante animadas en la literatura especializada, son las siguientes:

— Se acepta el parentesco del bantú con el sudanés occidental, fundado en los datos de Westermann. El bantú se convierte, no en una rama distinta de esa familia más vasta, sino solamente en su subgrupo, en lo que Westermann llamaba el subgrupo Benue-Congo («semibantú») de sonido sudanés occidental. Además, un gran número de lenguas habladas más al Este (la rama adamawa-este) pertenece a esa familia, que ha recibido el nuevo nombre de níger-congo.

— Entre las extensiones del hamítico propuestas por Meinhof, sólo se ha conservado el hawsa. Además, el hawsa es solamente un miembro de una vasta rama (chadiana) del hamitosemítico. El semítico se incluye aquí, pero solamente como una rama del mismo rango que el resto. Así pues, el hamítico es simplemente un nombre arbitrario para las ramas no semíticas de la familia más vasta, llamada ahora afroasiático, y considerada como constituida por cinco ramas: 1) berebere, 2) antiguo egipcio, 3) semítico, 4) cuchítico, y 5) chádico<sup>25</sup>.

— Las lenguas «negras» no incluidas en el grupo níger-congo han sido clasificadas en otro gran grupo llamado nilosahariano.

— El khoi-khoi era clasificado como una lengua san, perteneciente al grupo central del khoisán de Africa del Sur.

El resultado de conjunto es que las lenguas de Africa (no excluido el merina) están clasificadas en cuatro familias principales, descritas en las secciones siguientes, dedicadas cada una, con todo detalle, a una de esas familias<sup>26</sup>. El estudio

<sup>25</sup> Lukas, J., 1938, págs. 286-299; Cohen, M. R., 1947.

<sup>26</sup> Se encontrarán listas de lenguas más detalladas, que no es posible dar aquí debido a los límites del presente capítulo, en Greenberg, 1966 (b); en los volúmenes de la serie *Handbook of african languages*, publicada por el International African Institute de Londres, y en Voegalin, C. F. y F. M.,



siguiente menciona, en su debido lugar, las recientes proposiciones que modifican o amplían la clasificación general, así como críticas sobre el fondo.

## LAS LENGUAS AFROASIATICAS<sup>27</sup>

Esas lenguas, llamadas también hamitosemíticas, abarcan toda el Africa del Norte, y casi la totalidad del Cuerno oriental de Africa (Etiopía, Somalia); algunas lenguas de su rama cuchítica se extienden hacia el Sur hasta Tanzania. Además, la rama semítica comprende lenguas que, actualmente o en otros tiempos, han abarcado casi todo el Oriente Medio. Se considera generalmente que el afroasiático comprende cinco ramas casi igualmente diferenciadas: berebere<sup>28</sup>, antiguo egipcio, semítico, cuchítico y chádico. Sin embargo, Fleming ha adelantado recientemente que, entre las lenguas clasificadas hasta ahora en el cuchítico occidental, grupo que comprende al kafa y a otras lenguas del sudoeste de Etiopía, constituye en realidad una sexta rama para la que han sido propuestos los nombres de omótico y ari-banna<sup>29</sup>.

La rama berebere del afroasiático presenta menos diferenciaciones internas que todas las demás ramas de la familia, a excepción del egipcio. Su principal división parece estar entre las lenguas de los distintos grupos iuareg, del Sáhara, y el berebere propiamente dicho, hablado en el Africa del Norte y Mauritania. Es probable que la lengua extinguida de los guanches de las islas Canarias estuviera emparentada con el berebere. Hay que mencionar además la existencia de inscripciones en antiguo libio, que no se comprenden perfectamente, pero que representan quizás una forma anterior del berebere.

Una segunda rama del afroasiático, el egipcio, queda atestiguada en su período más antiguo por inscripciones jeroglíficas, por papiros hieráticos y, más recientemente, por documentos en escritura demótica. Todas esas escrituras representan la misma lengua hablada. Durante el período cristiano, esta lengua continuó hablándose y produjo una literatura importante, escrita en un alfabeto adaptado del propio griego. En esa forma más tardía, llamada copto, hay varios dialectos literarios, entre ellos el bohairico, que sobrevive aún como lengua litúrgica de la iglesia copta. Tras la conquista de Egipto por los árabes, el antiguo egipcio perdió terreno poco a poco y se extinguió como lengua hablada, probablemente durante el siglo XVII.

La rama semítica de la lengua afroasiática presenta muchas más diferenciaciones internas que la berebere o la egipcia. Generalmente se admite que la principal división entre las lenguas semíticas es la que existe entre el semítico oriental y el

*Index of the world's languages*, Washington, U. S. Department of the H. E. W., Office of Education, Bureau of Research, mayo de 1973, 6 partes.

<sup>27</sup> Los investigadores africanos han recordado, en el Coloquio de El Cairo sobre *El poblamiento del antiguo Egipto*, que el profesor Greenberg había descuidado en su clasificación un dato capital: el establecimiento de reglas fonéticas. La postura de los citados investigadores es también la del profesor Istvan Fodor. Esos mismos investigadores africanos han aportado argumentos que prueban el parentesco lingüístico genético del egipcio y de las lenguas africanas modernas.

<sup>28</sup> Cf. nota 21.

<sup>29</sup> Fleming, H. C., 1969, págs. 3-27.

semítico occidental. El primero está representado sólo por el akkadiano escrito en cuneiforme, que está extinguido desde hace tiempo. Había dos dialectos regionales básicos, el del sur, o babilonio, y el del norte, o asirio. El semítico occidental está a su vez dividido en semítico del noroeste y semítico del sudoeste. El primero comprende al cananeo (hebreo, moabita, fenicio y, probablemente, ugarítico) y al arameo. De esas lenguas subsisten sólo el hebreo, resucitado en el transcurso del último siglo como lengua de Israel, y algunos dialectos arameos. Las formas modernas del arameo representan a descendientes del arameo occidental, en el Anti-líbano de Siria, y del armenio oriental, principalmente en el norte de Irak.

El semítico del sudoeste tiene asimismo dos ramas, la del norte y la del sur. La rama del norte comprende a la mayor parte de los dialectos de la península árabe y sus descendientes modernos dominantes en una vasta zona que comprende a África del Norte, Medio Oriente y algunas partes de Sudán; se trata del árabe propiamente dicho. La rama del sur comprende, por una parte, el árabe del sur y, por otra, las lenguas semíticas de Etiopía. El árabe del sur es conocido en sus formas antiguas, por inscripciones mineanas, sabeas y katabanianas, y en sus formas contemporáneas del mehri, del shahri, de Arabia del Sur, y del socotri, lengua de la isla Socotora, en el océano Indico.

Las lenguas semíticas de Etiopía están divididas en un grupo norte (tigrigna, tigre y guezze, o etíope clásico) y un grupo sur (amharico, gurage, argobba, gafat y harari).

El cuarto grupo de lenguas afroasiáticas, el cuchítico, comprende un gran número de lenguas que se reparten en cinco ramas muy diferenciadas: septentrional, central oriental, meridional y occidental. El cuchítico del norte comprende esencialmente una sola lengua, el bedja. Las lenguas cuchíticas centrales son a veces denominadas lenguas agaw. Probablemente se han empleado en otro tiempo de forma continua, pero una gran proporción de sus antiguos hablantes ha adoptado lenguas semítico-etíopes. Los falacha, o judíos etíopes, hablaban antaño una lengua agaw. Las lenguas cuchíticas centrales comprenden un grupo norte (bilin, khamir, qemant) y el awiya, en el sur. El cuchítico del este comprende las dos lenguas cuchíticas que poseen el mayor número de hablantes, el somalí y el galla. Y se reparten en los grupos siguientes: 1. afar, saho; 2. somalí, baiso, rendille, boni; 3. galla, conso, gidole, arbore, warazi, tsami, geléba, mogogodo; y 4. sidano, alaba, darassa, hadiya, kambatta, bourdji. El último de esos grupos o «sindamo-bourji» debe ser considerado probablemente como una sola rama opuesta a los tres grupos restantes. Las lenguas cuchíticas del sur, que se hablan en Tanzania, comprenden el burungi, goroa, alawa, ngomvia (asu), sanye y mbugu. Ese grupo meridional está lingüísticamente más próximo al grupo oriental que a otros y es posible que deba, por eso, ser considerado simplemente como un subgrupo. Una de las lenguas cuchíticas del Sur, el mbugu, ha estado muy influenciado por el bantú, tanto en gramática como en vocabulario, de suerte que algunos investigadores lo consideran como una lengua mezclada.

Las lenguas cuchíticas occidentales son extraordinariamente diferentes de las otras lenguas consideradas tradicionalmente como cuchíticas. Por lo menos, habría que dividir el cuchítico en dos grupos, el occidental y el resto. Como hemos dicho anteriormente, Fleming ha propuesto considerar el cuchítico occidental

como una sexta rama distinta de la lengua afroasiática. Las lenguas cuchíticas occidentales se pueden dividir en dos grupos, ari-banna (la palabra *bako* se ha empleado en la literatura antigua en lugar de *ari*) y las demás. Estas, a su vez, pueden agruparse como sigue: 1. madji, nao, sheko; 2. djandjero; 3. kaffa, mocha, shinasha, mao del sur; 4. gimira; 5. el grupo ometo («sidamo occidental»), que comprende al chara, male, basketo, el complejo welano, zaysse y el koyra-gidicho.

La última rama del afroasiático que hay que considerar es el chádico. Comprende el hawsa, la lengua más hablada de África occidental, y probablemente, al menos, otras cien lenguas habladas por poblaciones mucho menos numerosas. En Greenberg (1963), las lenguas chádicas estaban divididas en nueve subgrupos, a saber: 1. a) hawsa, gwandara, b) bede-ngizim, c) I. grupo del bolewa, II. grupo del barawa (banchi del sur), d) I. grupo del bolewa, II. grupo del angas, III. grupo del ron; 2. grupo kotoko; 3. bata-margi; 4. a) grupo musgoi, b) grupo makatan; 5. gidder; 6. mandara-gamergu; 7. musgu; 8. grupo masa-bana; y 9, chádico oriental: a) grupo somrai, b) grupo gabere, c) grupo sokoro, d) modgel, e) tuburi, f) grupo mubi.

Newman y Ma han sugerido que, entre las subfamilias citadas antes, los números 3 y 6 son particularmente parecidas la una a la otra, igual que las subfamilias 1 y 9. Para la primera de estas parejas proponen el nombre de biumandara, y para la segunda el de meseta-sahel<sup>30</sup>. Estos autores no proponen modificación alguna en lo que se refiere a los otros subgrupos.

## NIGER-KORDOFANIANO

Esta familia comprende dos ramas, muy desiguales por el número de hablantes y por la extensión geográfica. La primera, níger-congo, cubre una parte considerable del África al sur del Sáhara, que comprende casi todo el África occidental, varias regiones del Sudán central y oriental y, por su subdivisión bantú, la mayor parte del África central, oriental y meridional. La otra rama del níger-kordofaviano, el kordofaviano propiamente dicho, está confinada en una zona limitada de la región del Kordofán, que se encuentra en Sudán.

La división fundamental del grupo níger-congo se encuentra entre las lenguas mandé y el resto. El mandé se distingue, de una parte, por la carencia de un gran número de las entidades léxicas más corrientes halladas en las otras lenguas del níger-congo, y, de otra, por la ausencia de toda señal cierta de clasificación de los nombres que en general está presente tanto en el kordofaniano como en el resto de las lenguas níger-congo. Naturalmente, hay un gran número de lenguas del níger-congo que han perdido ese sistema de forma individual. A causa de esa divergencia de la lengua mandé, Mukarovsky ha propuesto considerarla como una rama del nilosahariano, la otra gran familia de lenguas negras; pero William E. Welmers, el célebre experto en lenguas mandé, no acepta tal sugerencia<sup>31</sup>.

Ahora está admitido universalmente que la división en el interior del mandé,

<sup>30</sup> Newman, P., y Ma, R., 1964, págs. 218-251.

<sup>31</sup> Mukarovsky, H. G., 1966, págs. 679-688.

entre mandé-tan y mandé-fu, propuesta por Delafosse<sup>32</sup> y fundada en la palabra que designa la cifra diez, carece de valor. Las lenguas mandé se clasifican como sigue:

*Grupo noroeste:* 1. subgrupo norte, que comprende los sub-yalunka, soninke, kwela-numu, ligbi, vai-kono, khassonde y mandinka-bambara-diula; y 2. subgrupo sudoeste: mandé-bandi, loko, loma, kpelle.

*Grupo sudeste:* 1. subgrupo sur: mano, dan, tura, mwa, gan, nwa, guro; y 2. subgrupo oriental: samo, bisa, busa. Una sola lengua, el sya (bobo-fing), no encuentra lugar en este cuadro: es claramente mandé, pero quizá debe ser considerada como la primera ramificación diferenciada de ese grupo, de suerte que genéticamente representaría a uno de los dos grupos, siendo el otro el mandé propiamente dicho.

Las otras lenguas níger-congo son clasificadas por Greenberg (1963) en cinco ramas: 1. oeste-atlántico; 2. gur; 3. kwa; 4. benué-congo; y 5. adamawa-este. No obstante, los grupos 2, 3 y 4 están particularmente próximos y forman una especie de núcleo, en cuyo seno el límite entre benué-congo y kwa, en particular, no está claro<sup>33</sup>.

El nombre de las lenguas oeste-atlánticas ha sido introducido por Westermann en 1928 y cubre sensiblemente las mismas lenguas que el senegaloguineano de Delafosse y de los investigadores franceses que le han sucedido; esas lenguas constituyen dos grupos claramente delimitados, uno norte y otro sur. Este hecho, asociado a la diversidad interna muy marcada del grupo norte, ha llevado a Dalby a sugerir que se abandone el concepto de oeste-atlántico, y a considerar como independiente al subgrupo sur, constituido por el grupo atlántico sudoeste de Greenberg, a excepción del limba. Propone para ese grupo el nombre de Mel<sup>34</sup>. Sin embargo, David Sapir, en un estudio más reciente apoyado en argumentos glotocronológicos, reafirma la unidad fundamental del oeste-atlántico, tal como era concebido tradicionalmente, e incluye al limba en su rama sur<sup>35</sup>. La principal innovación que propone es considerar al bidjago, lengua de las islas Bidjago, como una rama separada del mismo rango que las ramas norte y sur. Ello corresponde a la impresión que tengo respecto a la divergencia de esa lengua. Conviene subrayar que el fulfulde (fula o fulea), considerado como lengua camítica por Meinhof y objeto de muchas controversias, está ahora incluida, según el parecer general, en el oeste-atlántico. La clasificación del oeste-atlántico es, pues, la siguiente:

— *Rama norte:* 1. a) fula, seereer, b) wolof; 2. grupo non; 3. dyola, manjak, balante; y 4. a) tenda, basari, bedik, konyagi, b) biafada, pajade, c) kobiana, banhum, d) nalu.

— *Rama sur:* 1. sua (kunante); 2. a) temne-baga, b) sherbro-krim, kisi, c) gola; y 3. limba.

— *Bidjago.*

<sup>32</sup> Delafosse, M., 1901.

<sup>33</sup> Sobre esta cuestión, ver Greenberg, J. H., 1963 (c), págs. 215-217.

<sup>34</sup> Dalby, D., 1965, págs. 1-17.

<sup>35</sup> Ver Sapir, D., págs. 113-140, en la colección dirigida por Sebeok; sin embargo, Sapir hace algunas reservas sobre las conclusiones citadas en el texto.

El gur representa dentro del níger-congo otro grupo importante. Se le llama también, especialmente en la literatura francesa, voltaico. Las sugerencias más recientes para la clasificación en el interior del grupo gur son las de Bendor-Samuel, cuyas líneas principales seguimos aquí. Conviene advertir que la mayor parte de las lenguas que han sido consideradas como gur pertenecen a un vastísimo subgrupo llamado por Bendor-Samuel gur central<sup>36</sup>, y que corresponde al mossi-grunshi de las investigaciones anteriores. El gur central puede dividirse en tres subgrupos: 1. more-gurma; 2. grupo grusi; y 3. tamari. Los otros subgrupos del gur son: 1. bargu (bariba); 2. lobiri; 3. bwamu; 4. kulango; 5. kirma-tyurama; 6. win; 7. grupo senufo; 8. seme; y 9. dogón.

Aunque se admite la existencia de un grupo kwa, distinto del benué-congo mencionado anteriormente, hay dos subgrupos, el kru, en el extremo oeste, y el ijo, en el extremo este, cuya pertenencia al grupo kwa puede ser puesta en duda. Casi con esta excepción, los principales subgrupos del kwa son los siguientes, enumerados en lo posible yendo del oeste hacia el este: 1. lenguas kru; 2. kwa occidental, que comprende el ew-fo, el akan-guang (ahora llamado a veces volta-camoe), el ga-adangme y las lenguas residuales de Togo; 3. yoruba, igala; 4. grupo nupe; 5. grupo edo; 6. grupo idoma; 7. ibo; y 8. ijo.

El benué-congo es esencialmente el grupo del níger-congo que Westermann llamaba benué-cross o semibantú, con la incorporación del bantú en la subdivisión bantuoide. Hay cuatro divisiones fundamentales en el benué-congo: 1. lenguas de la meseta; 2. jukunoide; 3. río Cross, cuya lengua principal es la comunidad efik-ibibio; y 4. bantuoide, que comprende el bantú, el tiv y un gran número de lenguas más pequeñas a lo largo del curso medio del Benué.

Un cierto número de lenguas de Nigeria, consideradas en otros tiempos como semibantú en sentido amplio, son ahora consideradas generalmente como bantú. Se puede citar a este respecto los grupos ekoi y jaraw. La división más importante del propio bantú está quizás entre las lenguas mencionadas antes y el bantú en sentido tradicional. El bantú, en dicho sentido, parece que se divide entre un grupo este y un grupo oeste. Para una subdivisión más avanzada se emplea generalmente la división de Guthrie en zonas designadas por letras y modificadas de forma diversa por varios especialistas<sup>37</sup>.

La clasificación del grupo bantú en su conjunto como un subgrupo del benué-congo, él mismo rama de la gran familia níger-congo, ha sido uno de los aspectos más controvertidos de la clasificación de Greenberg. Guthrie ha adoptado, en particular, la tesis según la cual el bantú y las otras lenguas níger-congo son el resultado de influencias bantúes sobre un grupo de lenguas fundamentalmente diferente. De esa hipótesis, Guthrie deduce que el punto de origen del bantú es el «núcleo» del shaba meridional, mientras que Greenberg lo coloca en el curso medio del Benué, en Nigeria, porque es allí donde se hablan las lenguas más estrechamente emparentadas con el subgrupo bantuoide del benué-congo<sup>38</sup>.

<sup>36</sup> Yo me inclino, para los detalles de los subgrupos, por Bendor-Samuel, J. T., *Niger-Congo, Gur*, págs. 141-148, en Sebeok, *op. cit.*

<sup>37</sup> Para esta clasificación, ver Guthrie, M., 1948.

<sup>38</sup> Para la controversia respecto al bantú, ver Guthrie, M., 1962, págs. 273-282; Oliver, R., 1966, págs. 361-376, y Greenberg, J. H., 1972, págs. 189-216.

El último grupo que pertenece al níger-congo es la rama adamawa-este. El grupo adamawa comprende a un gran número de comunidades lingüísticas relativamente pequeñas, entre las que se puede citar, a título de ejemplo, el tchamba y el mbum: La rama «este» comprende cierto número de lenguas de importancia mayor como, por ejemplo, el gbeya, en Centroáfrica, y el zande<sup>39</sup>.

Contrastando con la vasta familia níger-congo que acabamos de examinar, la otra rama del níger-kordofaniense, a saber, las lenguas kordofanienses, no contienen ninguna lengua de importancia mayor y comparte las colinas del Kordofán con diversas lenguas de la familia nilosahariana. Se la puede dividir en cinco subgrupos muy diferenciados, cuyo grupo tumtum es el más divergente: 1. koalib; 2. tegali; 3. talodi; 4. katla; y 5. tumtum (llamado también kadugli-krongo)<sup>40</sup>.

## LA FAMILIA NILOSAHARIANA

La otra gran familia de lenguas negroafricanas es el nilosahariano. De modo general se habla al norte y al este de las lenguas níger-congo y predomina en el valle alto del Nilo y en las partes orientales del Sáhara y de Sudán. Pero tiene una avanzadilla occidental en Songhai, valle bajo del Níger. Comprende una rama muy amplia, el chari-nil, que encierra la mayor parte de las lenguas de la familia. Yendo, en la medida de lo posible, del Oeste hacia el Este, las ramas del nilosahariano son las siguientes: 1. songhai, 2. sahariano: a) kanuri-kanembu, b) teda-daza, c) zaghawa, berti; 3. maban; 4. furian; 5. chari-nil (para más amplios detalles, ver los párrafos siguientes); y 6. coman (koma, ganza, uduk, gule, gumuz y mao).

Las lenguas chari-nil comprenden dos grupos principales, el sudanés oriental y el sudanés central, así como dos lenguas aisladas, el berta y el kunama.

El sudanés oriental es el grupo más importante del nilosahariano. Comprende los diez subgrupos siguientes: 1. nubio: a) nubio del Nilo, b) nubio de Kordofán, c) midob, d) birked; 2. grupos murle-didinga; 3. barea; 4. ingassana (tabi); 5. nyima-afitti; 6. temeín, tois-um-danab; 7. grupo merarit; 8. dagu (grupo dajo); 9. nilótico, dividido en: a) nilótico occidental: burum, grupo lwo y dinka-nuer, b) nilótico oriental: I. grupo bari, II. karamojong, teso, turkana, masai; c) nilótico meridional: nandi, suk, tatoga; y 10. nyangiya, teuso (ik).

La clasificación de dos subgrupos del nilótico, el oriental y el meridional, ha sido objeto de vivas controversias. Meinhof, al clasificar el masai en las lenguas camíticas, tenía aparentemente la intención de incluir en ellas otras lenguas de esos dos grupos, a pesar de su gran parecido con las lenguas clasificadas aquí en el grupo nilótico occidental, como, por ejemplo, el chilluk, el lwo y el dinka. Si él ha separado a lenguas, por otro lado, tan parecidas como, por ejemplo, el chilluk y el masai, se debe principalmente a que este último posee distinción de género. Westermann ha intentado una solución intermedia al llamar nilocamíticas a las

<sup>39</sup> Se encontrará una lista detallada de las lenguas adamawa-eastern en Greenberg, J. H., 1966, pág. 149.

<sup>40</sup> Ver Tucker, A. N., y Bryan, M. A., 1966.

lenguas de los nilotas orientales y meridionales, fundándose probablemente en la hipótesis de que eran lenguas mezcladas. Pero ha reservado el término de nilótico occidental. Tucker, en primer lugar, ha adoptado una opinión análoga, aunque luego ha relacionado más esas lenguas con el nilótico, llamándolas paralinóticas<sup>41</sup>. Recientemente ha habido también otras opiniones divergentes: la de Hohenberger, que compara el masai con el semítico, y la de Huntingford, que parece que trata de dar nuevo empuje a la opinión antigua de Meinhof, según la cual esas lenguas son camíticas<sup>42</sup>.

El otro grupo importante del chari-nil es el sudanés central. Puede dividirse en seis subgrupos, a saber: 1. bongo-bagirmi; 2. kreish; 3. moru-madi; 4. mangbetu; 5. mangbutu-efe; y 6. lendu.

## LA FAMILIA KHOISAN

Todas las lenguas khoisán tienen chasquidos entre sus consonantes y la mayor parte de los que las hablan pertenecen al tipo san, físicamente característico.

La mayor parte de las lenguas kóisán se hablan en Africa del Sur. Sin embargo, hay dos pequeños grupos de poblaciones destacadas mucho más lejos al norte, en Tanzania, los hatsa y los sandawe, cuyas lenguas difieren tanto entre sí como las del grupo de Africa del Sur. La familia se divide, pues, en tres ramas: 1. hatsa; 2. sandawe; y 3. khoisán de Africa del Sur. El khoisán de Africa del Sur está dividido, a su vez, en tres grupos: 1. grupo norte, que comprende las lenguas san del norte de los auen y de los kung; 2. khoisán central, dividido en dos grupos: a) kiechware, b) narón, khoi-khoi; y 3. san del sur, el grupo que presenta la mayor diferenciación interna, con un número considerable de lenguas distintas san<sup>43</sup>.

Como ya hemos visto en la sección de este capítulo que trata de la historia de la clasificación, cierto número de lingüistas —Bleek, Lepsius y, más tarde, Meinhof— han separado al khoi-khoi del san y lo han colocado en el camítico. Una forma modificada de esa teoría la sostiene actualmente E. O. J. Westphal<sup>44</sup>. Divide el grupo descrito aquí con el nombre de khoisán en dos familias independientes. Una es el sandawe-khoi-khoi, que comprende el sandawe y las lenguas khoisán centrales. Todas esas lenguas, excepto el kiechware, tienen distinción de género. Pero no adelanta nada respecto al posible parentesco con el camitosemítico. El segundo grupo de Westphal, el handza-san, comprende el hatsa y las lenguas san norte y sur. Sin embargo, considera que el parentesco entre el hatsa y las lenguas san no está completamente establecido.

La lengua merina que se impuso con relación a las lenguas de origen africano en algunas regiones de la Gran Isla no está incluida en la clasificación anterior. Su pertenencia a la familia austronesiense (malayo-polinesio) nunca se ha discutido. Su pariente más próximo en el interior de la familia es probablemente el maanyan

<sup>41</sup> Ver Tucker, A. N. y Bryan, M. A., 1966.

<sup>42</sup> Para esos desarrollos, ver Huntingford, G. W. B., 1956, págs. 200-222; Hohenberger, J., 1956, págs. 281, 287, y Greenberg, J. H., 1957, págs. 364-377.

<sup>43</sup> Ver la opinión contraria del profesor Olderogge, D., cap. XI.

<sup>44</sup> Westphal, E. O. J., 1966, págs. 158-173.

de Borneo<sup>45</sup>. Existe también una lengua que se menciona en esa clasificación: el meroítico<sup>46</sup>, lengua muerta escrita en un alfabeto que posee dos formas, jeroglífica y cursiva. Se extinguió después del siglo IV de la era cristiana y solamente se lo conoce por descubrimientos arqueológicos efectuados en una región que abarca aproximadamente desde Asuán, en Egipto del Sur, hasta Jartum, en Sudán. Aunque conocíamos el valor fonético de las letras empleadas, no tenemos, debido a la ausencia de inscripciones bilingües, más que un conocimiento limitado e incierto del vocabulario y la gramática. La teoría más antigua decía que esa lengua era del nubio (Griffith). Una hipótesis hamítica (Meinhof, Zyhlarz) ha sido refutada en un importante artículo de Hintze. Más recientemente se ha propuesto de nuevo, la hipótesis nubienne, en una forma ampliada, por Trigger, quien sugiere que pertenece a la subrama sudanesa oriental del nilo-sahariano, que, en la clasificación de Greenberg, comprende también al nubio<sup>47</sup>.

Por último, hay que mencionar las lenguas europeas e indias, de importancia reciente, que en algunos casos las hablan ahora poblaciones nacidas en Africa. El inglés, además de hablarse en Africa del Sur y Zimbabwé, es la lengua de los descendientes de los negros americanos que han fundado Liberia; también se habla en forma de criollo (krió) en Freetown (Sierra Leona). El afrikaans, pariente cercano del holandés, se habla en Africa del Sur. Existe en Africa del Norte una importante población de lengua francesa, española e italiana. Una forma criolla del portugués es la principal lengua de algunos millares de personas en Guinea y en otras regiones. Finalmente, varias lenguas originarias de la India se hablan en el Africa oriental; comprenden lenguas arias y dravídicas, de las que la más importante es el gujerati.

## DIFERENTES ETAPAS DE LA CLASIFICACION SEGUN EL AUTOR

### I. (1949-50)

1. Níger-Congo
2. Songhai
3. Sudanés central
4. Sahariano central
5. Sudanés central
6. Afroasiático (hamitosemítico)
7. «De chasquido»
8. «Maba»
9. «Mimi de Nachtigal»
10. «Fur»
11. Temainiano

<sup>45</sup> Los indicios sobre los que se apoya esa tesis son presentados en Dahl, O. C., 1951.

<sup>46</sup> Recordemos que en enero-febrero de 1974 un importante coloquio celebrado en El Cairo hace el balance de las investigaciones sobre el descifre del meroítico (ver volumen II).

<sup>47</sup> Ver para esta cuestión, Hintze, F., 1955, págs. 355-372, y Trigger, B. G., *Kush*, vol. 12, págs. 188-194.



12. Kordofaniano
13. «Komán»
14. «Berta»
15. «Kunama»
16. «Nyangiya»

**II. (1954)**

1. Níger-Congo
2. Songhai
3. «Macrosudanes» (I. 5. sudanes oriental;  
I. 3. sudanes central; I. 14. «berta»; I. 15. kumana)
4. Sahariano central
5. Afroasiático
6. «De chasquido»
7. Mabán (I. 8. Mabán; I. Mimi de Nachtigal)
8. «Fur»
9. Temainiano
10. Kordofaniano
11. «Komán»
12. «Nyangiya»

**III. (1963)**

1. Níger-Kordofaviano (II. 1. Níger-Congo; II. 10. Kordofaviano)
2. Afroasiático
3. Khoisán (cf. II. 6. De chasquido)
4. Nilosahariano (II. 2. Songhai; II. 4. Sahariano (cf. Sahariano central); II. 7. Mabán; II. 8. Fur; II. 11. Komán; Chari-nil incluido II. 3. «Macrosudanes», II. 9. Temainiano, II. 12. Nyangiya).

**REFERENCIAS**

- I. *Southwestern journal of anthropology*, 1949, 1950.
- II. *Southwestern journal of anthropology*, 1954.
- III. *Languages of Africa*, 1963.

## PARTE II

# MAPA LINGÜÍSTICO DE AFRICA

D. DALBY

Aunque la densidad de población de Africa sea inferior a la del mundo considerado en su conjunto<sup>1</sup>, este continente presenta una complejidad lingüística mayor que todos los demás<sup>2</sup>. Por eso no existe actualmente ningún trazado detallado del mapa lingüístico del continente africano, cuando los historiadores, y otros muchos, tienen gran necesidad de él. El mapa etnodemográfico de Africa realizado por la Unión Soviética es probablemente el que más se le aproximaría en nuestros días<sup>2 bis</sup>, aunque peca de falta de claridad: las distinciones lingüísticas y étnicas son bastante confusas, y está sobrecargado de datos demográficos y «etnolingüísticos»; además, todos los nombres africanos están transcritos en caracteres cirílicos. Los demás mapas del continente, que se refieren a grupos étnicos más que grupos lingüísticos, son en general mucho más simplificados para tener algún valor científico<sup>3</sup>.

Evidentemente, no se puede evitar cierto exceso de simplificación cuando se intenta ofrecer una imagen de conjunto de la repartición de las lenguas en el continente africano y de las relaciones que existen entre ellas. Para que un mapa pueda tener una exactitud absoluta, sería necesario que cada habitante del continente africano estuviese representado en él por un punto luminoso aislado; éste se desplazaría al mismo tiempo que la persona y, al iluminarse el punto, tendría que poder tomar hasta 2.000 matices diferentes según la lengua que la persona considerada hablase en ese preciso instante. Puesto que es materialmente

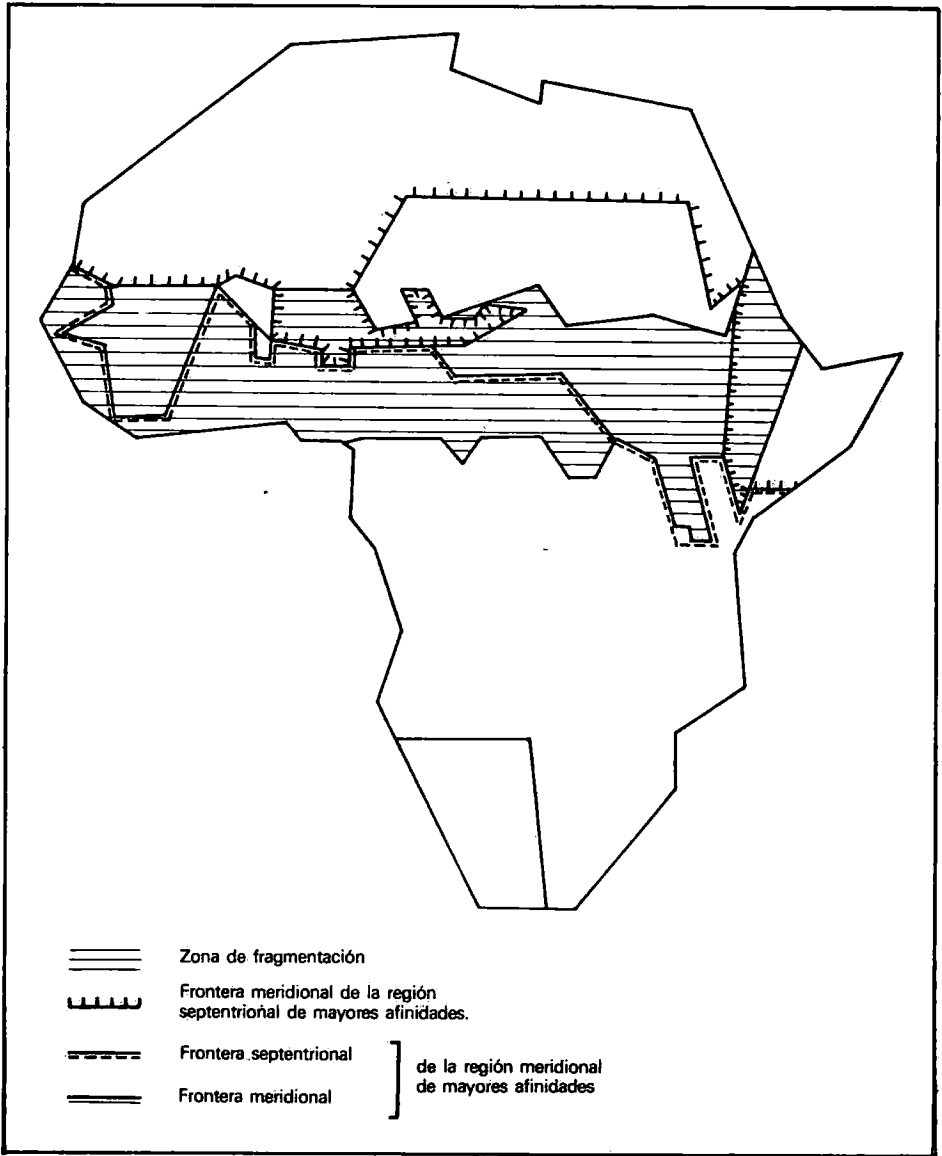
---

<sup>1</sup> Africa, que ocupa aproximadamente el 20 por 100 de la superficie terrestre total del mundo, representa algo menos del 10 por 100 de toda la población mundial.

<sup>2</sup> Nueva Guinea (que no representa apenas más de la cuadragésima parte de la superficie total de Africa) posee un grado de complejidad lingüística igual, e incluso superior, a la del continente africano; pero en ninguna parte del mundo existe zona alguna de «fragmentación» lingüística tan importante, por extensión geográfica, como en la región del Africa situada al sur del Sáhara.

<sup>2 bis</sup> Narodni Afriki, Moscú, 1960. Ver también Karta Narodov Afriki, Moscú, 1974.

<sup>3</sup> Por ejemplo, «Tribal map of Africa» en G. P. Murdock, 1959, o «Map of the tribes and nations of modern Africa», de Roy Lewis e Yvonne Foy, publicado por *Times* a comienzos de los años 1970.



● *Esquema explicativo del mapa lingüístico de Africa.*

imposible realizar un mapa semejante, tendremos que conformarnos con un documento que, sin llegar a la perfección, será —así lo esperamos— más detallado y más exacto que aquellos de los que disponemos hasta ahora. Desde hace diez años se trabaja en el establecimiento de un mapa de Africa específicamente lingüístico (por oposición con el mapa étnico), y el presente artículo tiene por objeto subrayar los aspectos de esta obra referentes a la historia de Africa<sup>4</sup>.

En cuanto a técnica, el estudio comparado de las lenguas africanas no ha sido, por ello, con menor frecuencia realizado demasiado simplistamente. Se tiene tendencia a admitir que el complejo mapa lingüístico de la actualidad ha salido de un antiguo mapa lingüístico mucho más sencillo, y que las relaciones lingüísticas pueden expresarse en forma de «árboles genealógicos», subdividiéndose según una jerarquía descendente de niveles («familias», «subfamilias», «ramas», etc.). La idea de que centenares y centenares de lenguas modernas de Africa podían remontarse, en un orden ascendente regular, a algunas «lenguas-madre» ha llevado a los especialistas de la lingüística comparada a considerar todas las posibles relaciones de las lenguas africanas, hasta las más remotas, antes de establecer sus relaciones inmediatas sobre una base sólida. Eso ha conducido a los lingüistas a dedicarse principalmente al proceso histórico de la divergencia de las lenguas que tienen un origen presuntamente común, y a descuidar el proceso de convergencia de las lenguas que no tienen parentesco alguno entre sí, o el de la reconvergencia de las lenguas emparentadas. Las consecuencias enojosas de ese enfoque se han agravado más debido a que las clasificaciones presuntamente históricas a las que se ha llegado al proceder así han servido igualmente de marcos de referencia (no sólo para las lenguas, sino hasta para las poblaciones de Africa) y porque, como consecuencia, han influido indebidamente en el pensamiento de los historiadores de Africa.

Así pues, conviene ante todo desenredar el embrollo del mapa lingüístico de Africa, reduciéndolo a sus componentes más simples, a saber: de una parte, a los grupos lingüísticos que tienen entre sí vínculos estrechos y relaciones comunes y que poseen una unidad externa, igual que interna<sup>5</sup> (unidades complejas), y, de otra, a lenguas distintas que no pueden entrar en ninguno de esos grupos (unidades simples). Ese modo de proceder demuestra una de las importantes características del mapa lingüístico que ha sido ocultada por las clasificaciones anteriores, a saber: que, de un total de unas 120 unidades simples y complejas en toda Africa, más de un centenar se hallan totalmente confinadas en una sola zona que, extendiéndose a través de toda Africa, va desde la costa de Senegal, en el

<sup>4</sup> *Language map of Africa and the adjacent island*, cuyo establecimiento ha sido emprendido por la School of Oriental and African Studies y el International African Institute. Este mapa tiene por objeto mostrar el reparto actual y las relaciones lingüísticas de las lenguas «maternas» o «primeras», a escala de 1:5.000.000; en ese mapa figuran también las regiones de mayor complejidad lingüística a escala de 1:2.500.000 y 1:250.000. El International African Institute procede actualmente (1977) a la publicación de una edición provisional que contiene una lista sistemática de las lenguas africanas (con vistas a una edición definitiva, que será publicada ulteriormente por Longmans).

<sup>5</sup> Si se establece una relación entre las lenguas «A», «B» y «C», se puede considerar que poseen una «unidad interna». Esa agrupación, sin embargo, no tiene sentido alguno si las lenguas en cuestión no poseen también una «unidad externa», es decir, si la relación entre «A» y «B», entre «A» y «C» o entre «C» y «B» es, en cada uno de los casos, más estrecha que entre una cualquiera de esas tres lenguas y toda lengua que no forma parte de ese grupo.

oeste, hasta las tierras altas de Etiopía y África oriental, en el este<sup>6</sup>. Si se consideran las diversas lenguas<sup>7</sup>, alrededor de los 2/3 del total del continente africano se hablan en el interior de esa zona, que se extiende a lo largo de unos 5.600 km., pero que no tiene más de 1.100 km. de largo por término medio. Esa zona costea el desierto sahariano y, vista su situación geográfica y complejidad lingüística, se puede llamar, por comodidad, *zona de fragmentación* sudsahariana. Sus límites pueden determinarse según la geografía física y lingüística; en líneas generales, al norte limita con las extensiones desérticas, al este con los contrafuertes montañosos, al sur con los límites del bosque, y al oeste termina en la costa atlántica. Las regiones de máxima fragmentación, desde el punto de vista de la geografía física, están situadas a lo largo de las franjas de la zona de fragmentación en el nordeste, en el centro y al oeste del centro, en la extremidad meridional del Cuerno de África, al este, y en un bloque que abarca una gran parte del África occidental. Desde el punto de vista de las relaciones estructurales y léxicas de conjunto, la región más fragmentada se encuentra probablemente situada en el interior y en torno del extremo del Cuerno del África oriental, donde las lenguas que representan a las cuatro «familias» africanas postuladas por Greenberg son todas habladas en un radio que no sobrepasa los 40 km. En ese caso, y en los de los montes de Togo, de la meseta de Jos, de las tierras altas de Camerún, de los montes Nuba y de las altas tierras del oeste de Etiopía, parece que existe una correlación entre los países de montaña y un fenómeno de intensa fragmentación lingüística<sup>8</sup>. Conviene observar también que las relaciones internas de ciertas unidades complejas, representadas tanto por unas lenguas que vuelven a entrar en la zona de fragmentación como por las que son exteriores a tal fragmentación, son cada vez menos claras desde el punto de vista de interpretación de la zona de fragmentación<sup>9</sup>.

Se ha disimulado la importancia lingüística e histórica de la zona de fragmentación mediante la superposición de una red de «familias» y «subfamilias» lingüísticas postuladas por los lingüistas europeos y americanos. Entre éstas, por su interés y valor incontestable, dos de las «familias» más importantes dominan a

<sup>6</sup> Entre las restantes lenguas hay al menos nueve unidades que comprenden lenguas habladas sobre las franjas de la zona de fragmentación (lo que excluye solamente las pocas unidades «no bantú» del sur de África y de Madagascar).

<sup>7</sup> En el caso de numerosos grupos de formas de lenguaje más o menos estrechamente emparentadas, sólo distinciones arbitrarias pueden establecerse entre las «lenguas» y los «dialectos» de las «lenguas». Si se consideran los grupos de formas de lenguaje más o menos inteligibles como «lenguas» distintas, el total para África será del orden de 1.250. Si se considera cada una de las formas del lenguaje como una lengua en sí misma, allí donde aparece como tal a sus hablantes y allí donde tiene un nombre distinto, el total se aproxima entonces a 2.050. Si se aplicase este último método a Europa, se consideraría el sueco, el noruego y el danés como lenguas distintas, pero siguiendo otro método, habría que contar al conjunto como una sola lengua. A fin de obtener un «orden de magnitud» para el número de lenguas habladas en África, se propone tomar la media de esas dos evaluaciones; es decir, aproximadamente 1.650 lenguas para África, de las que 1.100 aproximadamente (calculadas por el mismo procedimiento) son habladas en el interior de la zona de fragmentación.

<sup>8</sup> Como punto de comparación interesante, advertimos que existe una «zona de fragmentación» análoga para las lenguas indias de América del Norte. Esa zona, esencialmente montañosa, tiene casi 3.000 kilómetros de longitud por 300 kilómetros de anchura; se extiende paralela a la costa del Pacífico, desde el sur de Alaska hasta la frontera mejicana, y comprende una zona de fragmentación máxima al norte de California (donde representantes de seis de las ocho grandes familias consideradas para las lenguas indias de América del Norte han sido localizadas en un radio de unos 160 kilómetros).

<sup>9</sup> A saber: lenguas semíticas, «cuchítico» del este y bantú (incluidas las lenguas «bantuidas»).

las otras dos grandes «familias» de la clasificación de Greenberg, e incluso a varias de las «subfamilias» en que tradicionalmente se las había «alineado». Dado que el término de «familia» implica un orden de filiación de carácter humano o biológico que no conviene al fenómeno del lenguaje, se podría pensar de él que sustituye al término de «región de mayores afinidades» para designar correctamente a cada una de esas dos familias, tanto más cuanto que ellas ocupan, respectivamente, regiones más o menos contiguas al continente africano. La primera de ellas, la «*región septentrional de mayores afinidades*», es tradicionalmente conocida con el nombre de «hamitosemítica» y, más recientemente, con el de «afroasiática» (Greenberg) o «eritrea» (Tucker). La segunda, o «*región meridional de mayores afinidades*», hace poco que ha sido llamada «niger-congo» y «congo-kordofaniense» (Greenberg) o «nigrótica» (Murdock)<sup>10</sup>. No ha habido controversia alguna respecto a la validez general de esas dos regiones de mayores afinidades, que han aparecido en las lingüísticas europeas desde el siglo XVII<sup>11</sup> y, sin duda, en los observadores africanos desde mucho antes. La importancia relativa de esas dos regiones de mayores afinidades se expresa por el hecho de que encierran *más del 80 por 100* de las lenguas habladas en Africa, comprendiendo la región meridional de mayores afinidades sobre el 66 por 100 de las diferentes lenguas del continente. Según la clasificación tradicionalista empleada en el actual mapa lingüístico, las lenguas de la región septentrional de mayores afinidades se reparten en total en 17 unidades simples y complejas (de las que 12 están incluidas íntegramente en la zona de fragmentación), y las lenguas de la región meridional de mayores afinidades en 58 unidades simples y complejas (de las que 57 están incluidas íntegramente en la zona de fragmentación)<sup>12</sup>.

Hay un motivo determinante para no establecer niveles intermedios en las relaciones existentes entre las zonas fundamentales de mayores afinidades a nivel continental y entre las unidades simples o complejas a escala relativamente local. En efecto, por una razón aún indeterminada, esos niveles intermedios en las relaciones lingüísticas se imponen de un modo mucho menos evidente y son mucho más difíciles de definir que los niveles fundamentales e inmediatos. Así es como la unidad de la familia «oeste-atlántico» o «kwa» o «benué-congo», que vuelve a entrar en el marco de la región meridional de mayores afinidades, o la unidad de la familia «cuchítica» o «chadiana» en el marco de la familia meridional de mayores afinidades, nunca se ha demostrado de modo perentorio. Aunque se haya subrayado hace algunos años la notable endeblez de la clasificación tradicional europea y americana de las lenguas africanas<sup>13</sup>, esos niveles interme-

<sup>10</sup> La familia «congo-kordovaniana» de Greenberg, J. H., engloba a su familia «niger-congo», más un pequeño grupo de lenguas de clases que tienen un parentesco más lejano con la familia kordovaniana. El adjetivo «nigrótico» es un término de clasificación más antiguo usado de nuevo por Murdock, G. P., en 1959.

<sup>11</sup> Ver el estudio de Greenberg en el presente volumen (pág. 3): Greenberg, J. H., subraya también en él que la relación entre el malgache y el malí había sido observada del mismo modo en el siglo XVII.

<sup>12</sup> En el interior de la región meridional de mayores afinidades, la única unidad compleja situada (en gran parte) fuera de la zona de fragmentación es el bantú. En cambio, esa unidad compleja comprende por sí sola casi tantas lenguas (unas 500) como el total de las otras 57 unidades de esa región de mayores afinidades.

<sup>13</sup> Ver David Dalby, pág. 147-171 (en particular 157-161).

dios de clasificación continúan ocupando un importante lugar en las obras especializadas. En ciertos aspectos se puede comparar el mantenimiento de esas divisiones arbitrarias impuestas en el mapa lingüístico de Africa con la historia de las divisiones coloniales arbitrarias impuestas en el mapa político del continente africano.

Aunque Greenberg ha prestado un gran servicio a los lingüistas africanos llamando la atención sobre el empleo arbitrario del término «hamítico» para designar cierto nivel intermedio de la clasificación existente<sup>14</sup>, asume por desgracia la responsabilidad del mantenimiento arbitrario de muchos otros. Aunque ya se habían expuesto ciertas dudas respecto a varios de esos niveles<sup>15</sup>, el profesor Stewart ha publicado más recientemente un desmentido aún más claro de la clasificación del grupo «benué-congo», la mayor de las «subfamilias» postuladas por Greenberg.

«Uno de los resultados más importantes de todos esos trabajos recientes sobre las lenguas del grupo “benué-congo” ha sido la puesta en duda de la validez de ese grupo como unidad genética. Se había comenzado por admitir sin discusión que Greenberg tenía razón cuando pretendía que numerosas innovaciones comúnmente aceptadas podían tener valor de prueba, mientras que, en realidad, él sólo había citado una: la palabra que significa «niño». Sin embargo, Willianson indica que, si se toman en consideración las correspondencias normales válidas, se observa que esa particularidad no se limita a las lenguas del benué-congo y, por consiguiente, no es una prueba válida; y añade que, en el volumen I del *Benue-congo comparative wordlist*, no hay un solo ejemplo que constituya prueba convincente»<sup>16</sup>.

Cuando Stewart nos da a conocer las dudas suscitadas desde hace tiempo respecto a la unidad externa del «benué-congo», no podemos dejar de preguntarnos por qué los especialistas de lingüística comparada han abandonado tan a regañadientes su sistema de clasificación. Desgraciadamente parece que se ha perdido toda enseñanza práctica del benué-congo y, antes que abandonar ese nivel y otros no verificados en su clasificación intermedia, Stewart prefiere perpetuar el esquema de Greenberg amalgamando «benué-congo», «kwa» y «gur» (dos conceptos igualmente arbitrarios), para formar otra subdivisión también arbitraria, la del «niger-congo», llamada ahora «volta-congo»<sup>17</sup>. Sin duda, tendremos que esperar el resultado de otros trabajos de lingüística comparada antes que el «volta-congo» de Stewart se amplíe más, hasta incluir todo el «niger-congo» o la región septentrional de mayores afinidades, único nivel fundamental de unidad externa e interna que resulta claro e incuestionable.

Los historiadores deben observar que la muy «amplia aceptación» de la clasificación estándar de Greenberg se basa en gran parte, para lo concierne al

<sup>14</sup> Ver el artículo de J. Grenberg en el presente volumen.

<sup>15</sup> Ver D. Dalby, *op. cit.*, pág. 160.

<sup>16</sup> J. M. Stewart, 1976, pág. 6.

<sup>17</sup> Es bastante irónico comprobar que la única «subfamilia» intermedia de la familia «Níger-Congo» de Greenberg, J. H., que sea clara e innegable es el mandé. La nitidez de esa división prueba que se trata en ese caso de la única de las «subfamilias» putativas cuya pertenencia fundamental a la familia «Níger-Congo» no se pone en duda.

níger-congo, en su propia aceptación de los «Gruppen» de Westermann o «subfamilias» de las lenguas del África occidental. Como ya se ha subrayado, Westermann *no ha establecido* la unidad externa de sus «Gruppen»<sup>18</sup>, mientras que su unidad interna y manifiesta demuestra solamente que las lenguas que los componen pertenecen a la región septentrional de mayores afinidades.

Aunque es cierto que los historiadores no deben aceptar sin reservas las clasificaciones existentes de las lenguas africanas, no se debería subrayar en demasía la importancia del mapa lingüístico de África como fuente de información sobre la prehistoria de ese continente. Trabajos mucho más profundos están aún por emprender, y esperamos a la nueva generación de historiadores de lenguas que serán al mismo tiempo hablantes de las propias africanas. Ellos estarán en condiciones de consolidar los trabajos preliminares indispensables para la comparación rigurosa y detallada de las lenguas vecinas y estrechamente emparentadas. A partir de ese estadio será posible volver a la más amplia interpretación estratégica del conjunto del mapa lingüístico de África. Aunque este continente posee una complejidad lingüística mayor que los demás, destaca por el hecho de que las dos terceras partes de esas lenguas se refieran a una sola región de mayores afinidades, y porque esos dos tercios —diversamente compuestos— se limitan a la zona de fragmentación subsahariana. El África que habla bantú es la única región de dicho continente que ya ha sido objeto de importantes discusiones sobre la interpretación prehistórica de los datos lingüísticos. La clave de esa interpretación a escala continental será una mejor comprensión, por nuestra parte, de las relaciones lingüísticas en el interior de la zona de fragmentación. Sin embargo, no debería subestimarse la importancia de la tarea a cumplir.

---

<sup>18</sup> Dalby, *op. cit.*



## Capítulo 13

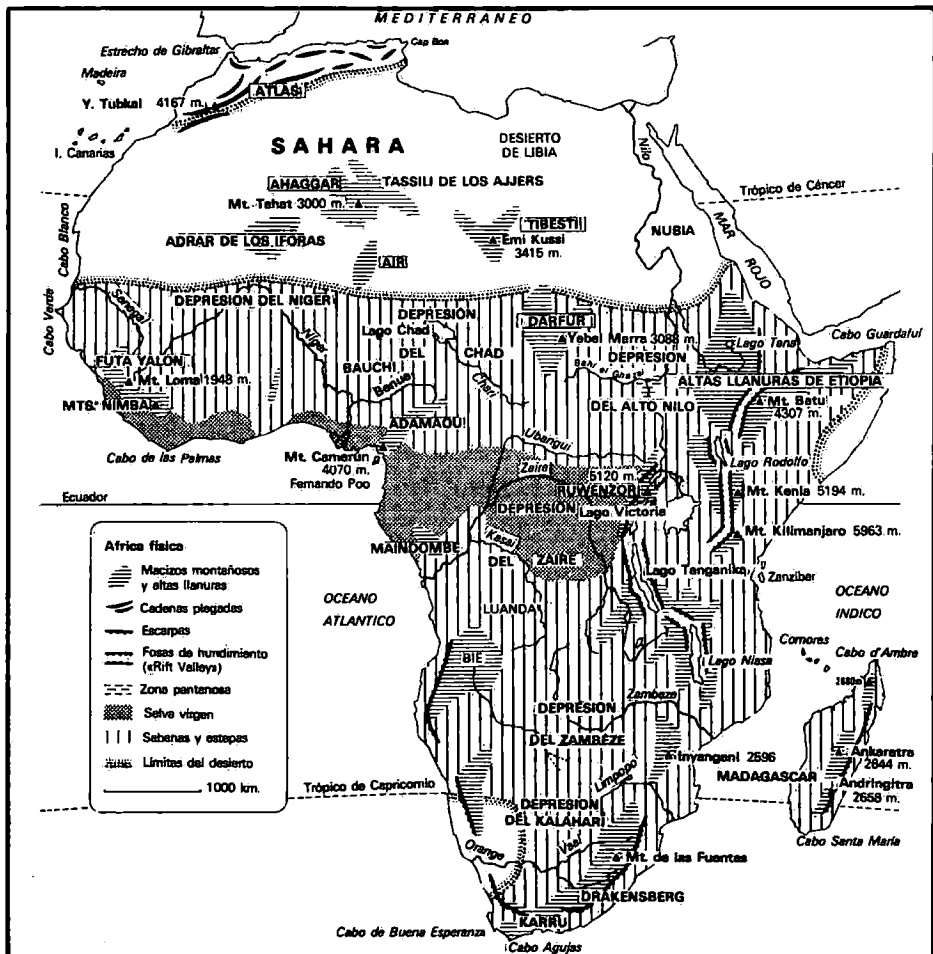
# GEOGRAFIA HISTORICA: ASPECTOS FISICOS

*S. DIARRA*

Es difícil, sin duda, separar la historia africana de la geografía que le ha servido de marco y soporte. Pero sería vano apoyarse en consideraciones deterministas para comprender, en toda su complejidad, las relaciones establecidas entre las sociedades africanas y sus entornos respectivos. En efecto, cada comunidad ha reaccionado de manera original ante el medio con que se ha visto enfrentada. Así, los intentos más o menos logrados de aprovechamiento del espacio testimonian, aquí y allá, el grado de organización de los hombres y la eficacia de sus técnicas de aprovechamiento de los recursos locales. Sin embargo, es importante, para un Africa en movimiento, examinar ciertas particularidades geográficas susceptibles de aclarar los grandes acontecimientos que han jalonado la larga perspectiva geohistórica del continente. A este respecto, las características de la arquitectura del conjunto africano, la importante zonalidad climática que revela y la originalidad, en fin, de los medios naturales que la componen, son otras tantas herencias que han podido dificultar o facilitar la actividad humana sin determinar nunca, por eso, su desarrollo. En definitiva, nada es sencillo ni simple en las relaciones íntimas entre la naturaleza africana y los hombres que la ocupan, la explotan, la aprovechan y la transforman según su organización política, sus medios técnicos o sus intereses económicos.

### CARACTERISTICAS DE LA ARQUITECTURA DEL CONTINENTE AFRICANO

Se admite generalmente que Africa pertenece a un antiquísimo continente que también comprendía, antes de dislocarse por lento desplazamiento, a América, sur de Asia y Australia. Ese continente de Gondwana sería la manifestación de los primeros esfuerzos orogénicos de la corteza terrestre que han hecho surgir imponentes cadenas montañosas de dirección general sudoeste-nordeste. Esos



● Mapa Hatier, sacado de Histoire de l'Afrique noire, por J. Ki-Zerbo, 1978 (2.<sup>a</sup> ed.).

plegamientos fuertemente erosionados por una larga denudación se han reducido a penillanuras, cuyos mayores ejemplos se descubren en Africa.

## ORIGINALIDAD GEOLOGICA DE AFRICA

La originalidad de Africa queda atestiguada, en primer lugar, por la excepcional extensión del zócalo precámbrico que ocupa la mayor parte de su superficie. Unas veces por afloramiento, sobre una tercera parte del continente, y otras recubierto por una capa más o menos gruesa de sedimentos y materiales volcánicos, ese zócalo encierra antiquísimas rocas cristalinas (granitos) y metamórficas (esquistos, cuarcitas, gneis) de una gran rigidez. También, a excepción del sistema alpino del Magreb y de los pliegues hercínianos de El Cabo y del sur del Atlas, el conjunto africano y malgache es una antigua plataforma estable constituida por una meseta que no ha experimentado plegamientos apreciables desde el precámbrico. Sobre el zócalo arrasado por una larga erosión, se han depositado, en discordancia, formaciones sedimentarias dispuestas en capas subhorizontales de edades variadas, desde el inicio del primario hasta el cuaternario. Esas series sedimentarias compuestas de materiales toscos, generalmente areniscos, son de naturaleza más continental que marina, porque las transgresiones marinas han recubierto sólo temporal y parcialmente el zócalo. En el Africa occidental los gres primarios forman una aureola en el interior de los afloramientos de la plataforma precámbrica. En el Africa austral importantes acumulaciones permotriásicas continentales constituyen el sistema del Karoo, cuyas series areniscas alcanzan a veces 7.000 metros de espesor. Al norte del continente, principalmente en el Sáhara oriental y en Nubia, los gres jurásicos y cretáceos son «continentales interpuestos». Pero en el secundario, las series marinas se han acumulado, desde el jurásico hasta el eoceno, en las regiones litorales y depresiones interiores. Y se aprecian en los golfos de Senegal-Mauritania, Benin, Gabón y Angola, en la depresión del Chad y en las mesetas costeras de Africa oriental, desde Somalia hasta Mozambique. A partir del eoceno, los depósitos fluviales y eolianos del «Continente terminal» se acumulan en las grandes depresiones interiores de Africa. Todas esas series de capas, que descansan sobre el zócalo rígido, se han visto afectadas no por plegamientos, sino por deformaciones de gran radio de curvatura, que han proseguido desde el primario hasta una época más reciente. Levantamientos en forma de malecones y hundimientos de gran amplitud explican la estructura en cordones y en depresiones tan característicos de Africa. En el terciario, cuando tuvo lugar el paroxismo de la orogénesis alpina, movimientos verticales más violentos provocan grandes fracturas en el Africa oriental. Esas fracturas trazan grandes fosas submeridianas encuadradas por fallas, los «Rift Valleys». A veces van acompañadas de derramamientos volcánicos generadores de los relieves más vigorosos, como el Kilimanjaro, coronado con un glaciar que alcanza los 6.000 metros. En el Oeste, las fracturas fueron menos importantes, pero la del fondo del golfo de Guinea ha manifestado una actividad volcánica intensa, cuyo testimonio imponente es el monte Camerún (4.070 m.).

## INFLUENCIAS PALEOCLIMATICAS

El continente africano ha sido afectado por largas fases de erosión consecutivas a los movimientos orogénicos que parece que han sido bastante lentos a lo largo de las eras geológicas. Así, las fases de estabilización han estado acompañadas de varias fases de erosión que han conducido a la formación de vastas superficies de allanamiento. En ese proceso de evolución de las formas del relieve, el factor más importante es el de las variaciones climáticas, las más importantes de las cuales son las del cuaternario. La alternancia de climas húmedos y semiáridos se traduce en unas fases de alteración de las rocas y de erosión lineal o por capas. De ello resulta un relleno de las zonas bajas y un levantamiento de las rocas duras que forman frecuentemente relieves aislados que emergen a veces de un modo brusco por encima de las superficies llanas. Esos «inselbergs» están ampliamente extendidos en las regiones situadas al sur del Sáhara. Los cambios climáticos y las variaciones del nivel del mar van acompañados, en el cuaternario, de importantes retoques en el dispositivo apuntado del modelo africano obtenido de la sucesión de los ciclos de erosión y acumulación en el transcurso de los períodos anteriores. Los paleoclimas son responsables de la existencia del Sáhara, donde la presencia de numerosos vestigios líticos y fósiles de una fauna de tipo ecuatorial prueba la antigua manifestación de un clima húmedo favorable al establecimiento de los hombres. Pero, en el transcurso del cuaternario, la extensión de las zonas climáticas actuales hacia el norte o hacia el sur se ha debido al aumento o escasez de las lluvias. Así, los períodos pluviales han tenido como consecuencia el aumento considerable de la proporción de la superficie total del continente favorable a la vida humana. Por el contrario, los períodos áridos han favorecido la extensión de las superficies desérticas más allá de sus límites actuales. Estas han hecho del Sáhara una interrupción climática entre el mundo mediterráneo y el tropical. Pero ese desierto, que cubre casi un tercio del continente y que se extiende sobre unos 15° de latitud, jamás ha constituido una barrera absoluta entre el norte y el sur de Africa. Habitado por nómadas, el citado desierto ha sido recorrido por rutas de caravanas desde hace muchos siglos. Y aunque no ha impedido las relaciones entre el Africa negra y el Mediterráneo desde la antigüedad hasta la época moderna, sí ha constituido, no obstante, un filtro que ha limitado la penetración de las influencias mediterráneas, principalmente en los terrenos de la agricultura, la arquitectura y el artesanado. Así, el desierto más extenso del mundo ha desempeñado un papel capital en el aislamiento geográfico de una gran parte de Africa.

## SOLIDEZ DEL CONTINENTE AFRICANO

El vigor y la nitidez de los rasgos físicos de Africa distinguen a ese continente de todos los demás. El aspecto sólido y amazacotado de sus horizontes son el resultado de una larga historia geológica. Basta observar un mapa para notar que el conjunto africano, con sus 30 millones de kilómetros cuadrados, se extiende de una sola pieza sobre casi 72° de latitud, desde Ras ben Sakka (37°21' N, cerca de

Bizerta) hasta el cabo de las Agujas (34°51 S). Unos 8.000 km. separan esos dos extremos del continente, mientras que, en sentido longitudinal, hay 7.500 km. entre cabo Verde y el cabo Guardafuí. La mayor continentalidad aparece al norte del ecuador, porque el bloque septentrional cubre las dos terceras partes del Africa que se estrecha en el hemisferio austral. El carácter macizo de ese continente está subrayado por la ausencia de profundas escotaduras costeras, a diferencia de Europa o de la América central, por ejemplo. Además, las islas representan una pequeña parte del conjunto africano, cuya forma esculpida está vigorosamente subrayada por la simplicidad del contorno y el débil desarrollo de la plataforma continental. Una bajada del nivel marino afectaría poco a la configuración de Africa, porque la curva batimétrica de 1.000 m. se encuentra generalmente próxima a la orilla. La solidez del continente está aún más acusada por la pesadez de los relieves representados a menudo por unas mesetas cuyos bordes se destacan para formar cordones costeros que difícilmente franquean los organismos fluviales. A pesar de la escasez de las cadenas plegadas, Africa se caracteriza por una notable altura de 660 m. de media, debido a presiones orogénicas fuertemente afirmadas en el plioceno por roturas y elevamientos del zócalo. Esa aparente simplicidad del relieve cubre, no obstante, sensibles diferenciaciones regionales. Así, se individualiza el Magreb, emparentado con el mundo europeo por sus cadenas montañosas y su relieve compartimentado. En él se distinguen dos grandes conjuntos: las cadenas del Tell y del Rif al norte, y las del Atlas al sur. Esas cadenas se disponen en franjas alargadas de Oeste a Este, entre el Mediterráneo y el Sáhara.

Otra familia de relieves está representada por una inmensa zona que comprende al Africa del nordeste, Africa occidental y la cuenca del Congo. Allí predominan llanuras, cuencas y bajas mesetas encuadradas por cordones montañosos. Las depresiones más importantes situadas en el centro del continente y localizadas en esa zona son las del Níger, el Chad, el Congo y el Bahr el-Ghazal.

Finalmente, el Africa oriental y austral representa el terreno de las tierras altas, donde las alturas superiores a 1.500 m. ocupan un gran lugar. Las mesetas altas del sur están bordeadas por un cordón marginal: la gran escarpa que domina el litoral por una muralla rocosa capaz de alcanzar los 3.000 m. de altura. Pero la originalidad del Africa oriental reside en lo imponente de los relieves originados por movimientos tectónicos del terciario. El zócalo violentamente elevado se ha visto recortado profundamente por fallas y fracturas. Ha quedado compuesto por un gran malecón levantado con más de 2.000 m. de lava, y que culmina a más de 4.000. Fosas de desfondamiento se extienden por 4.000 km., desde el mar Rojo hasta Mozambique. Esos «Rift Valleys», que han desempeñado un notable papel en la circulación y el establecimiento de los hombres, alinean una serie de lagos tales como el Niasa, Tanganika, Kivu, Eduardo, Mobutu (antiguo Alberto), Victoria y Rodolfo. Además, están bordeados por gigantescas montañas volcánicas, siendo las más célebres las de Kenia y Kilimanjaro.

## AISLAMIENTO GEOGRAFICO

La solidez de Africa y lo apelmazado de su relieve han tenido como principal consecuencia su aislamiento hasta una época reciente. Excepto el Africa del Norte, vuelta hacia el mundo mediterráneo, el resto del continente quedó durante muchos siglos al margen de las grandes corrientes de cambio. Es verdad que ese aislamiento nunca ha sido absoluto, pero ha pesado lo suficiente sobre el futuro de muchas sociedades que han evolucionado en un compartimiento geográfico. Despegada del Antiguo Mundo como consecuencia de la desviación de continentes, Africa presenta, no obstante, un punto de contacto con Asia: el istmo de Suez, que fue el lugar de paso privilegiado de las grandes migraciones prehistóricas. Las orillas africanas están bañadas en su mayor parte por dos masas oceánicas desigualmente utilizadas antes de la época moderna. El océano Atlántico no ha sido frecuentado antes del siglo XV, fecha que marca el comienzo de las grandes expediciones marítimas que partían de Europa. Antes, las técnicas de navegación a vela no permitían a los marinos árabes, por ejemplo, emprender viajes más allá de las costas saharianas, porque los veleros no podían remontar la fuerza de los alisios orientados permanentemente hacia el sur. A diferencia del Atlántico, el océano Indico ha favorecido desde hace mucho tiempo los contactos entre el Africa oriental y el sur de Asia. Los veleros árabes e indios han podido emprender expediciones hacia el continente africano y volver a sus bases de partida gracias al régimen alternante de los monzones en el océano Indico. Aunque se establecieron relaciones intensas entre el Africa oriental y el mundo del océano Indico, se limitaban al litoral, porque se trataba, para los pueblos marinos asiáticos, de practicar el comercio más bien que de colonizar las tierras del interior. En resumen, las influencias de las civilizaciones marítimas de otros continentes no han penetrado profundamente en el interior del Africa negra, la mayor parte de la cual quedó apartada del Antiguo Mundo.

Es clásico recordar lo inhóspito de las costas africanas para explicar el aislamiento del continente. La escasa escarpadura de las costas priva de abrigos al litoral, que es frecuentemente bajo y arenoso. Las costas rocosas, escasas en el Africa occidental, aparecen más en el Magreb, Egipto, mar Rojo y extremo meridional del Africa del Sur. En el Africa occidental, las costas con rías se extienden desde Senegal hasta Guinea, a lo largo de Camerún y Gabón. Se trata de vastos estuarios que resultan del anegamiento de antiguos valles fluviales, pero la mayor parte están muy enlodados. Algunas costas bajas, invadidas por las mareas, tienen criaderos de manglares, principalmente en la región de los «ríos del sur» hasta Sierra Leona, en el delta del Níger y a lo largo del litoral gabonés. En otras partes, cordones litorales bordean el continente y lo aíslan a veces con lagunas, como las del golfo de Guinea. En fin, arrecifes coralinos se extienden cerca de las orillas africanas en el mar Rojo, el canal de Mozambique y la costa oriental de Madagascar. Lo inhóspito del litoral africano se ha atribuido en gran parte a la «barrera», es decir, al desencadenamiento de las olas en forma de rodillos potentes y regulares que hacen difícilmente accesibles ciertas regiones costeras del continente. Pero lo de inhóspito atribuido a las costas africanas tiene una parte de exageración, porque las costas mediterráneas han permitido a Africa

del Norte participar durante muchos siglos en los intercambios con el exterior. Se aduce también la ausencia de puertos naturales para explicar el aislamiento del Africa negra hasta fecha reciente. No hay más que hacer recuento de los sitios favorables a la actividad marítima para observar la riqueza de las costas africanas en ese aspecto, tanto en la fachada atlántica como en la del océano Indico. Por lo demás, los obstáculos invocados nunca han sido insuperables, porque las influencias asiáticas y, más tarde, europeas han podido marcar con una fuerte huella a los pueblos africanos, cuyo aislamiento no fue más que relativo. Los factores humanos explicarían sin duda el escaso interés de las poblaciones litorales africanas por las grandes expediciones marítimas.

## ZONALIDAD CLIMATICA DE AFRICA

En Africa, el marco ofrecido a la vida depende esencialmente de los hechos climáticos. La simetría y la gran extensión del continente a una y otra parte del ecuador, su solidez y la uniformidad relativa de su relieve combinan sus efectos para conferir al clima una zonalidad sin equivalente en el mundo. Así, Africa presenta una notable originalidad por la sucesión de bandas climáticas ordenadas paralelamente al ecuador. En cada hemisferio, los regímenes pluviométricos africanos se degradan progresivamente hacia las altas latitudes. Siendo el continente más extendido en la zona intertropical, Africa es, por esto, el más uniformemente caliente del globo. Ese calor va acompañado, bien de una sequía creciente hacia los trópicos, bien de una humedad generalmente más fuerte hacia las bajas latitudes.

## FACTORES COSMICOS

En ese continente intertropical por excelencia, las diferenciaciones climáticas dependen mucho más de las lluvias que de las temperaturas que son altas durante cualquier estación en la mayor parte de las regiones. Sea lo que sea, los regímenes pluviométricos y términos están unidos, en primer lugar, a factores cósmicos, es decir, a la latitud y al movimiento aparente del sol. Este pasa dos veces al año por el cenit, en todas las regiones intertropicales, pero una sola vez por el trópico de Cáncer, el 21 de junio, fecha del solsticio de verano, y por el trópico de Capricornio, el 21 de diciembre, fecha del solsticio de invierno del hemisferio boreal. Su paso por el cenit se realiza dos veces al año por el ecuador, durante los equinoccios de primavera (21 de marzo) y de otoño (21 de septiembre). En su movimiento aparente, el sol no desciende nunca por debajo del horizonte. Por eso, las temperaturas son altas todo el año en la zona intertropical. En las regiones próximas del ecuador, donde la posición aparente del sol oscila alrededor del cenit, se nota una ausencia de estación térmica, porque las variaciones estacionales de temperatura son pequeñas. Las amplitudes anuales son allí del orden de 3° a 4°. Pero, a medida que se avanza hacia los trópicos del Norte y del Sur, los datos

térmicos se hacen cada vez más contrastados. Así, se registran en el Sáhara fuertes variaciones del orden de 15° entre las temperaturas medias de los meses de enero y julio. Los dos extremos septentrional y meridional de Africa, que pertenecen a las zonas templadas, presentan regímenes térmicos contrastados porque las fuertes variaciones anuales resultan de la oposición entre los inviernos fríos y los veranos calientes. Además, las variaciones diurnas pueden ser tan elevadas en los domicios mediterráneos como en la zona intertropical. En resumen, los factores cósmicos determinan en Africa dos grandes tipos de regímenes térmicos: en las latitudes ecuatoriales los regímenes regulares, y hacia los trópicos los regímenes cada vez más contrastados.

### MECANISMO PLUVIOMETRICO

Las variaciones estacionales del clima africano se explican por la existencia de grandes centros de acción de la atmósfera que ponen en movimiento masas de aire de tipo tropical o ecuatorial, marítimo o continental. Anticiclones tropicales, o centros de altas presiones, actúan permanentemente en el Atlántico, uno en el hemisferio norte (anticiclón de las Azores) y otros en el hemisferio sur (anticiclón de Santa Elena). Otras dos células anticiclónicas rebasan una el Sáhara y la otra el Kalahari. Esos anticiclones continentales de carácter estacional desempeñan un papel importante sólo durante el invierno boreal o austral. En verano están debilitados y son empujados hacia los extremos del continente. Los centros de acción comprenden finalmente una zona de bajas presiones centradas sobre el ecuador térmico y que oscilan desde 5° de latitud sur en enero a 11° de latitud norte en julio. En dirección de las bajas presiones ecuatoriales de los vientos en el suelo, los anticiclones producen los alisios, que barren la zona intertropical. Del anticiclón de las Azores parten vientos fríos y estables, los alisios atlánticos, de orientación nordeste, que sólo afectan a una estrecha franja del litoral sahariano hasta el cabo Verde. El anticiclón a la altura del Sáhara es la fuente de vientos del nordeste, los alisios continentales, secos y relativamente frescos, pero recalentados a medida que se propagan hacia el sur. El harmatan, de dirección este, que quema y seca, se establece con gran regularidad sobre toda el Africa saheliana, desde Chad hasta Senegal. Va acompañado de torbellinos ascendentes que levantan arenas o polyaredas generadoras de brumas secas. En el hemisferio sur se manifiestan también durante el invierno austral vientos relativamente secos y calientes que alcanzan a ciertos sectores de la cuenca congoleña. Pero, sobre todo en esa estación que corresponde al verano boreal, las bajas presiones continentales centradas al sur del Sáhara atraen a los alisios marinos producidos por el anticiclón de Santa Elena y desviados hacia el nordeste, después de franquear el ecuador. El monzón guineano se mete bajo el harmatan, al que empuja hacia el norte y hacia arriba. El encuentro de esas masas de aire de dirección, temperatura y humedad diferentes produce la zona de convergencia intertropical o frente intertropical que determina las estaciones lluviosas.

Durante el verano boreal, de mayo a septiembre, el frente intertropical, estirado de oeste a este, se desplaza entre 10° y 20° de latitud norte. El alisio que



viene del Sur arrastra entonces masas de aire húmedo hacia el golfo de Guinea y desencadena la estación de las lluvias. En invierno, la zona de convergencia se forma en el golfo de Guinea y llega después al continente por la costa de Camerún, cortando la mitad sur del continente para atravesar el canal de Mozambique y el nordeste de Madagascar. Al norte del ecuador campean los vientos continentales, muy secos en el Africa occidental. Al sur del ecuador, la convergencia entre los alisios continentales australes y masas de aire de los alisios marinos, procedentes del norte del océano Indico, provoca precipitaciones.

El mecanismo general del clima puede resultar modificado por factores geográficos tales como las corrientes marinas, el relieve y la orientación de las costas. Las corrientes frías regularmente establecidas en la fachada atlántica de Africa son simétricas a una y otra parte del ecuador. Al norte, las corrientes de las Canarias, desencadenadas por los vientos que produce el anticiclón de las Azores, recorren las costas desde Gibraltar a Dakar. Allí determinan bajadas de temperatura y nieblas. Hacia 15° de latitud, las corrientes de Canarias giran al oeste. Su réplica en el hemisferio austral es la corriente de Bengala, que ponen en movimiento los vientos producidos por el anticiclón de Santa Elena. Va acompañada de bajas temperaturas y de brumas densas a lo largo de las costas del sudoeste africano, antes de girar al oeste a la altura del cabo Frío. Así se explican los desiertos costeros de Mauritania y Namibia. Entre las dos corrientes frías de la fachada atlántica se insinúa la contracorriente ecuatorial de Guinea, que desplaza oeste a este masas de agua caliente que aumentan la humedad y la inestabilidad atmosféricas y, por consiguiente, las posibilidades de lluvias sobre la costa, desde Conakry hasta Libreville.

La circulación de corrientes marinas sobre la fachada del océano Indico se manifiesta diferentemente. Las aguas ecuatoriales empujadas hacia el continente por los vientos del sudeste, producidos por el anticiclón en una posición al este de Madagascar, forman la corriente caliente de Mozambique dirigida hacia el sur y prolongada por la corriente de las Agujas. Lleva humedad a la costa sudeste de Africa. Al norte del ecuador, las corrientes marinas se invierten con el cambio de dirección de los vientos. Así, en verano, la costa somalí es recorrida por una corriente caliente que se dirige hacia el nordeste. En invierno, las mismas orillas la baña una corriente fría que avanza desde Arabia hacia el ecuador.

A pesar de su relativa uniformidad, el relieve tiene una influencia sobre el clima, porque opone claramente los cordones litorales, auténticas pantallas sobre el trayecto de las masas de aire húmedo, a las cuencas centrales, mesetas interiores y fosas de hundimiento sometidas a una sequía más o menos acusada.

La disposición del litoral con relación a los vientos pluviales es también un factor de diferenciación climática. En efecto, las zonas expuestas directamente a los monzones del sudoeste, sobre todo cuando son montañosas, reciben las precipitaciones más abundantes en el Africa occidental (cerca de 5 m. en Guinea). En el Africa austral y en Madagascar, las costas perpendiculares a la dirección de los alisios marinos reciben fuertes precipitaciones. Por el contrario, las zonas del litoral paralelas a la dirección de los vientos y desprovistas de relieves notables, como en Dahomey y Somalia, tienen una pluviometría más baja.

En Africa, los ritmos climáticos estacionales están determinados principal-

mente por los datos pluviométricos. El volumen de las precipitaciones disminuye progresivamente desde el ecuador hacia los trópicos, donde los desiertos del Sáhara y de Kalahari registran menos de 250 mm. de lluvia por año. Esa degradación de los totales pluviométricos, se ve acompañada de una modificación de los ritmos estacionales de precipitaciones cada vez más contrastadas hacia el norte. En las regiones próximas al ecuador y sometidas por ello a la influencia permanente de bajas presiones, las lluvias se manifiestan durante todo el año con una disminución sensible a los solsticios. Más allá, hacia el norte y el sur, las lluvias se concentran, en un solo período que corresponden al verano de cada hemisferio. Así, una estación húmeda se opone a una estación seca cada vez más larga hacia los trópicos. Pero los dos extremos del continente, el Magreb y la provincia de El Cabo, presentan una originalidad marcada por las lluvias de estación fría. Esas regiones tienen una pluviosidad mediana e irregular en su superficie.

## ZONAS CLIMATICAS

Las variaciones de los regímenes pluviométricos, a la vez en sus totales anuales y en su repartición estacional, exigen la división de Africa en grandes zonas climáticas.

### *Los climas ecuatoriales*

Caracterizan a las regiones centrales que, a una y otra parte del ecuador, son el escenario de dos pasos *equinocciales* del frente intertropical a los que van unidas fuertes precipitaciones. Así, desde el Camerún meridional hasta la cuenca del Congo, llueve abundantemente durante todo el año. El aire está saturado de vapor de agua en todas las estaciones. Los totales pluviométricos anuales sobrepasan generalmente los 2 m. En esa atmósfera húmeda, las temperaturas acusan pequeñas variaciones mensuales, porque oscilan alrededor de una media anual de 25 °C.

Al este; en las regiones ecuatoriales sometidas a la influencia climática del océano Indico, se encuentran los mismos ritmos pluviométricos, pero los totales anuales son inferiores a 1,50 m. Las temperaturas experimentan variaciones anuales más acusadas que las de la fachada atlántica de la zona ecuatorial. Las amplitudes diurnas, sobre todo, son más altas en las regiones que pertenecen climáticamente al mundo indio.

### *Los climas tropicales*

Corresponden a la vasta área sometida a los desplazamientos del frente intertropical, al norte y al sur de la zona ecuatorial. Así, el nordeste africano que se extiende desde 4° de latitud hasta el trópico de Cáncer, posee una gama variada de

climas, desde la zona con dos pases equinocciales en el sur, hasta el que no produce más que un solo paso solsticial al norte. En el litoral del golfo de Guinea reina un clima subecuatorial, llamado guineano, que se manifiesta por un régimen pluviométrico sin estación seca, pero con una abundancia más marcada en el momento de los dos pasos del sol por su cenit. El efecto orográfico del cordón costero provoca la condensación de una fuerte humedad producida por el monzón del sudoeste. También la franja litoral que se extiende desde la República de Guinea hasta Liberia, recibe más de 2 m. de precipitaciones anuales.

El terreno sudanés situado más al norte presenta varios aspectos del clima tropical. Se distingue, en efecto, una variedad seca que anuncia el desierto. Al subir en latitud, las dos estaciones alternan en la zona intertropical, una húmeda y seca la otra. Así, de las fuertes lluvias ecuatoriales a la sequía del trópico de Cáncer, se observan las variantes siguientes:

Una primera zona de la parte sur, caracterizada por unos totales anuales de lluvias comprendidos entre 1.500 y 2.000 mm., conoce más de seis meses de precipitaciones. Las amplitudes térmicas anuales aumentan con relación a las de la zona ecuatorial.

La subzona central registra una sequía más señalada, porque las precipitaciones, que sólo tienen lugar de tres a seis meses, se escalonan entre 600 y 1.500 mm. Las amplitudes térmicas aumentan sensiblemente.

La subzona septentrional, llamada Sahel, en el Africa del oeste, tiene menos de 600 mm. de precipitaciones anuales, que caen en menos de tres meses. Las lluvias son allí cada vez más irregulares. Al mismo tiempo aumentan las diferencias de temperatura.

Al sur del ecuador se distingue el mismo reparto latitudinal de las variaciones de climas tropicales. Pero intervienen unas variantes más señaladas como consecuencia del carácter menos macizo del Africa austral y de la importancia de los altos relieves que dominan las llanuras litorales bañadas por el océano Indico. Así, la convergencia del área tropical marítima del noroeste y del área tropical marítima del este provoca abundantes precipitaciones en las costas de Mozambique y en la fachada oriental de Madagascar. Por el contrario, la costa atlántica es seca debido a la presencia de la corriente fría de Bengala, responsable del desierto de Namibia.

### *Los climas desérticos*

Caracterizan a las regiones situadas a una y otra parte de los trópicos. Las precipitaciones son inferiores a 250 mm. y manifiestan una gran irregularidad. El Sáhara, que representa el mayor desierto caliente del mundo, recibe en su conjunto menos de 100 mm. de agua por año. Pero en él se observan variaciones causadas por las oscilaciones del anticiclón sahariano que, entre los solsticios, se remonta por encima del Mediterráneo o desciende hacia las bajas latitudes. Así, en su primera posición facilita la penetración de infiltraciones del monzón, mientras que en la segunda propicia incursiones de aire polar. Esas oscilaciones permiten distinguir al Sáhara septentrional con lluvias mediterráneas de estación

seca; al Sáhara central, prácticamente desprovisto de lluvias, y al Sáhara meridional, de lluvias tropicales de estación caliente.

En el trópico de Capricornio, el desierto del Kalahari es más fácilmente alcanzado por las influencias oceánicas del sudoeste que el Sáhara, ya que el estrechamiento del continente atenúa la influencia de la estructura anticiclónica sobre el clima. También se observa una humedad más abundante y amplitudes térmicas menos acusadas.

### *Los climas mediterráneos*

En el Magreb y extremo sur de Africa los climas mediterráneos se caracterizan por la división del año en una estación invernal fresca y lluviosa y un periodo estival muy cálido y seco. Es peculiar de esa zona mediterránea, sometida al régimen de vientos de la zona templada, el paso en invierno de ciclones oceánicos cargados de humedad. Suele ser escenario de invasiones de aire polar que ocasionan un enfriamiento, a veces intenso, acompañado de hielo y nevadas, principalmente en las cadenas montañosas del Magreb. El calor y la sequía del verano provienen de la influencia de vientos procedentes de los desiertos próximos, es decir, del Sáhara, en el hemisferio boreal, y del Kalahari, en el hemisferio austral.

## AMBIENTES BIOCLIMATICOS AFRICANOS

En Africa, más que en otros lugares sin duda, la vida humana está organizada en unos marcos naturales que aparecen ante todo como ambientes bioclimáticos. En efecto, el clima y el relieve combinan sus efectos para determinar grandes conjuntos regionales individualizados por su hidrología, características pedológicas y paisajes botánicos.

## CORRIENTE DE LAS AGUAS CONTINENTALES

La diversidad de los climas se refleja en la hidrografía. Pero, en Africa, la corriente de las aguas hacia los océanos es mucho menos importante de lo que las precipitaciones hacen creer. Más de la mitad de la superficie del continente está compuesta de regiones arreicas o endorreicas. Además, las redes fluviales experimentan dificultades en sus recorridos. En efecto, sus perfiles están formados por tramos de pequeñas pendientes, enlazadas de pronto por rápidos, caídas o cataratas. También, una gran parte de las aguas que ellas arrastran experimenta una permanente infiltración y, sobre todo, una evaporación intensa que resulta del estancamiento en sus cuencas, en las fosas o en las depresiones del zócalo.

*Organización de las redes hidrográficas*

Vastas porciones del continente donde las precipitaciones son escasas o inexistentes están desprovistas de corrientes de agua perennes. Pero el África seca y mediterránea conoce algunas lluvias violentas que engendran capas de corrientes fluviales, concentradas a veces en los «oueds» o arroyos. Estos acaban por agotarse, como consecuencia de la evaporación y la infiltración de sus aguas. En las regiones suficientemente regadas, en clima tropical o ecuatorial, los grandes ríos con sus principales afluentes forman redes organizadas que recogen una parte de las aguas de las depresiones y aseguran su vertido en unas condiciones con frecuencia difíciles. En efecto, las cuencas en que se forman la mayor parte de las redes fluviales africanas presentan vados periféricos desfavorables para un buen desagüe hacia el mar. Así, el vertido de las aguas continentales se realiza a través de los cordones costeros, gracias a gargantas estrechas y profundas que producen numerosas rupturas en pendientes en el curso inferior de algunos ríos importantes. El Congo tiene 32 rápidos entre Stanley Pool y su estuario. El Zambeze tiene un salto de 110 m. en las cataratas Victoria, antes de penetrar en el desfiladero de Kariba y atravesar varios saltos de agua basálticos. Río abajo de Jartum, el Nilo franquea seis rápidos llamados cataratas, antes de llegar al Mediterráneo. Los demás ríos importantes, como el Níger, el Senegal, el Orange y el Limpopo tienen perfiles en escalera, principalmente en sus cursos inferiores. Por eso, se pueden comprender fácilmente las dificultades de navegación por los ríos africanos, que aparecen como vías mediocres de comunicación. Ello no obstante, han permitido en el pasado fructíferos contactos entre diversos pueblos del continente.

Entre esos grandes organismos fluviales se observan redes confusas de arroyos, charcas y pantanos sin vida, sin corriente regular hacia el exterior. Unas veces son superficies de agua estancada, y otras vertederos del sobrante de los ríos vecinos o, por el contrario, de afluentes que alimentan el caudal de esas corrientes de agua. Estas se han formado durante las épocas geológicas en las cuencas de subsidencia en cuyo fondo se han acumulado formando lagos las aguas continentales cargadas de aluviones. El vertido ha podido realizarse como consecuencia de movimientos tectónicos experimentados por el zócalo. Así, la corriente de los inmensos lagos interiores ha estado asegurada por fuentes que aprovechan las fosas de depresión o las fallas. Los fenómenos de captura debidos a las roturas del zócalo y a la evolución morfológica han contribuido, sin duda, a la organización de las redes hidrográficas. Pero el endorreísmo se manifiesta también en las depresiones del Chad y del Okovango, ocupadas por lagos de poca profundidad y pantanos de dimensiones impresionantes, sobre todo cuando llegan aportes estacionales de las aguas fluviales o de arroyos. Otras cuencas contributivas provistas de salidas hacia el océano presentan, no obstante, una tendencia análoga al endorreísmo. Así se han formado las zonas pantanosas del Macina o «delta interior del Níger», las del Bahr el-Ghazal, en Sudán, y la depresión del Zaire.

### *Regímenes de los ríos africanos*

En todas partes de Africa los ritmos pluviométricos regulan los regímenes hidrológicos; es decir, que las variaciones estacionales de los caudales fluviales son reflejo del régimen anual de precipitaciones. Las corrientes de agua de las regiones ecuatoriales tienen regímenes regulares con aguas abundantes durante todo el año. Sin embargo, presentan dos períodos de aguas crecidas que corresponden a las lluvias equinocciales.

En la zona tropical, un período de aguas crecidas que corresponde a la estación de las lluvias, es decir, al solsticio de verano, es seguido de un período de débiles crecidas durante la estación seca. También el régimen está muy contrastado. Se manifiesta además un desfase entre la crecida de las aguas y las precipitaciones, a causa de la lenta corriente de las aguas sobre superficies de pendiente generalmente pequeña.

En las regiones subáridas, la corriente intermitente de los arroyos se manifiesta cuando ocurren las violentas lluvias que provocan crecidas repentinas, pero de corta duración, porque las aguas se pierden río abajo. En la zona mediterránea, la violencia de los chubascos y la presencia de relieves montañosos dan un carácter torrencial a las corrientes de agua, cuyos regímenes muy irregulares se traducen en crecidas invernales y en pronunciados estiajes en verano. Numerosas corrientes de agua de esa zona climática son arroyos de corriente intermitente.

Los grandes ríos africanos, provistos de redes extendidas por varias zonas climáticas, escapan a los simples esquemas anteriormente citados. Y se caracterizan por complejos regímenes cambiantes, es decir, por variaciones estacionales de caudal, modificadas desde la cabecera del río hasta su desembocadura.

### *Grandes corrientes de agua africanas*

Algunos grandes ríos que son de los más importantes del mundo, riegan vastas depresiones circunscritas casi todas a la zona intertropical. Sus regímenes están unidos a las condiciones de alimentación pluvial de sus cuencas de origen.

El Congo es el ejemplo más típico de corriente de agua ecuatorial, cuyo régimen está caracterizado por dos máximos equinocciales. En realidad, su red se desarrolla sobre casi cuatro millones de km<sup>2</sup> entre 12° de latitud sur y 9° de latitud norte. Así, por mediación del Kasai y el Luabala, atraviesa regiones australes con un máximo de lluvias solsticiales. Su principal afluente del hemisferio norte; por el contrario, está alimentado por las lluvias del solsticio boreal, mientras que una gran parte de su caudal corre por regiones con dos máximos de lluvias equinocciales. La combinación de las diferentes crecidas engendra, en Kinshasa, un régimen hidrológico con dos máximos en marzo y en julio. El Congo es un río caudaloso y regular cuya media anual de 40.000 m<sup>3</sup>/s. sólo la supera el Amazonas.

El Nilo nace en Ruanda y Burundi, y de su principal afluente, el Kagera, recibe aguas ecuatoriales que se reparten por los pantanos del Bahr el-Ghazal. Después, tras su travesía del lago Victoria, es reforzado por afluentes tropicales procedentes de las montañas etíopes. Así, el Nilo azul y el Atbara, con un régimen de máximo

solsticial, permiten al Nilo atravesar una inmensa zona desértica antes de llegar al Mediterráneo. A pesar de su longitud, inigualada en Africa (6.700 km.), el Nilo es poco caudaloso, porque su media anual no alcanza los 3.000 m<sup>3</sup>/s. Pero desde la antigüedad es uno de los ríos más útiles del planeta.

El Níger, cuya cuenca se extiende de 5° a 16° de latitud norte, tiene un régimen más complejo. Describe una amplia curva de trazado original. En efecto, nace en las faldas montañosas del Atlántico, se dirige hacia el Sáhara y después se orienta hacia el golfo de Guinea, donde desemboca por un vasto delta. Así, las corrientes superior e inferior atraviesan regiones meridionales de clima tropical húmedo. El tramo medio se remansa en un «delta interior» de clima saheliano y llega difícilmente a curvarse en la región subdesértica de Tombuctú antes de recibir una alimentación cada vez más abundante aguas abajo. La estación de las lluvias provoca simultáneamente dos crecidas, una en el curso superior y otra en el inferior. Pero la primera que se manifiesta hasta el Níger disminuye progresivamente por evaporación e infiltración en la zona tropical seca. La segunda visible a partir del norte de Dhomey no deja de ser preponderante aguas abajo, debido a las lluvias locales con máximo solsticial. El Níger es reforzado en su curso inferior por el Benué, su principal afluente.

## SUELOS AFRICANOS

El reparto geográfico de los suelos africanos obedece a un establecimiento de zonas calcado del de los climas. Las diferentes formaciones pedológicas resultan principalmente de la acción del agua y de la temperatura sobre las rocas *in situ*. En la zona tropical, las lluvias tibias, abundantes y cargadas de ácido, atacan a las rocas y disuelven y arrastran los minerales básicos en profundidad. En las bajas latitudes muy húmedas, hasta el 10° al norte y al sur del ecuador, la descomposición química de las rocas contribuye a la formación de suelos ferralíticos. Se trata generalmente de arcillas rubificadas, blandas y con un espesor de varios metros. Proviene de la transformación de la roca madre en elementos coloidales que contienen caolín, hematites y una proporción de sílice que se acerca al 30 por 100 del total. Protegidos por el manto forestal contra la erosión, los suelos ferralíticos encierran, no obstante, pocas materias orgánicas y humus.

En las regiones sudanesas de estación muy seca, se forman suelos ferruginosos tropicales mucho menos profundos que los precedentes, pero ricos en óxido de hierro, arenosos en la superficie y arcillosos hacia el interior. Muy poco estables, son sensibles a la erosión por el agua y el viento. Su estructura se degrada muy rápidamente en la superficie por ausencia de un manto vegetal. Esos suelos están frecuentemente concrecionados o acorazados en el Africa occidental, donde el proceso de colada durante la estación de las lluvias alterna con una desecación acentuada durante la estación seca, principalmente cuando ésta va acompañada de vientos del harmatan. En algunas regiones situadas al norte de la franja litoral del golfo de Guinea, se extienden viejas superficies de erosión, peladas y con suelos de coraza o caparazón, llamados «bowé». Esas formaciones pedológicas se caracterizan por una fuerte acumulación de óxido de hierro y de aluminio, seguida

de un endurecimiento de poca profundidad. Pero muchos de esos «bowé», que son antiguos, datan de la era terciaria. Sus superficies endurecidas, lateríticas, han aflorado debido a la erosión de los niveles blandos superiores. Su valor agronómico es muy limitado en todas partes. Suelos semejantes se observan en Madagascar, sobre las «tampoketsa» del noroeste de Tananarive. Más al norte, en el hemisferio boreal, se han formado, en un clima de estaciones contrastadas y bajo un manto herbáceo, suelos negros, estructurados y de gran valor agronómico. A pesar de su sensibilidad a la colada, han permitido el desarrollo de civilizaciones agrarias asociadas a los grandes imperios sudaneses de la época precolonial.

Al sur del ecuador, en los países de Zambeze, se han formado bajo el manto del bosque seco, suelos ligeramente lavados o colados, semejantes a formaciones podzólicas.

Al norte y al sur, en las regiones subáridas próximas al Sáhara y al Kalahari, los suelos negros esteparios corresponden a arenas de dunas más o menos sólidas o a formaciones arcillo-arenosas en las depresiones. Ligeros y blandos, constituyen buenas tierras, pero su regeneración necesita la práctica de extensos barbechos de arbustos o herbáceas. En las regiones áridas donde predominan las formas de erosión mecánica, las fuertes variaciones de temperatura favorecen el rompimiento de las rocas que están sometidas, por otro lado, a la acción violenta de los vientos y de las escasas lluvias que provocan un corrimiento de los restos por capas. Se distinguen en esas regiones arenas estériles que constituyen los ergs, guijos o regs, que cubren vastas extensiones, y costras arcillosas en las llanuras. Excepto los oasis, los desiertos están desprovistos de suelos utilizables para la agricultura.

En los ambientes mediterráneos, la acción del agua y de las estaciones contrastadas se traduce en una menor alteración química de las rocas respecto al fenómeno de descomposición observado en la zona tropical húmeda. Los suelos recuerdan los de los trópicos secos, comprendiendo tierras de color rojizo, gris o marrón oscuro. Se trata de suelos generalmente ricos en sales. Algunos, como los suelos esteparios ricos en caliza, anuncian ambientes templados. Otros, formados por costras de caliza o yeso, son bastante característicos de las zonas mediterráneas.

## TERRENOS BIOGEOGRAFICOS

Los factores climáticos y pedológicos revelan la diversidad de las condiciones mesológicas en que se constituyen los paisajes botánicos.

### *Bosques densos y húmedos*

El conjunto más imponente entre los paisajes botánicos está localizado en el centro del continente entre 5° de latitud norte y 5° de latitud sur, a una y otra parte del ecuador. La vegetación característica es allí el bosque húmedo, denso y alto. Está repartida en varios pisos sucesivos, mientras que las lianas y epífitos



acentúan la oscuridad provocada por la superposición de los follajes siempre verdes. Sin embargo, se distinguen en el bosque húmedo varios matices, ya que son espesuras pantanosas sobre *poto-poto*<sup>1</sup> o *calveros* que anuncian el paso a las formas características de climas más secos. Las especies del bosque húmedo están extraordinariamente diversificadas y entremezcladas, lo cual hace difícil su explotación. El calor y la humedad constantes favorecen, al mismo tiempo que la exuberancia de la vegetación, el pulular de microorganismos, gusanos e insectos. Se trata de un entorno generalmente hostil al hombre y, a pesar de su silencio, está poblado de una gran variedad de animales tales como hipopótamos, elefantes, panteras. Pero son los pájaros, los reptiles y los mamíferos arborícolas los que pueden desplazarse allí con gran facilidad y reproducirse a pesar de los factores de morbilidad y la abundancia de parásitos. Fuera de la zona ecuatorial, el gran bosque húmedo puede existir sobre relieves ampliamente expuestos a los vientos cargados de humedad, como en la vertiente oriental de las altas mesetas *malgaches*.

### *Sabanas y bosques claros*

La zona del bosque ombrófilo está rodeada por el bosque seco de hoja caduca, característico de las regiones donde las lluvias se concentran en la estación solsticial. Frecuentemente aparece como una formación abierta en la que el poblamiento arborescente no cubre más que imperfectamente un sotobosque de arbustos y hierbas. Ese conjunto degradado por el hombre da lugar a paisajes herbosos que caracterizan a las regiones de estación seca muy marcada. Así, la sabana tropical se apodera de él a medida que se aleja de las bajas latitudes. Esa formación vegetal de las regiones con estaciones contrastadas presenta matices vinculados a las variedades más o menos húmedas de climas tropicales.

En las orillas del bosque, la sabana forestal contiene también grandes árboles, pero menos numerosos que los arbustos, y el manto herbáceo adquiere importancia. El bosque-galería acompaña a las corrientes de agua en franjas más o menos anchas. El bosque-parque yuxtapone espacios poblados de árboles con superficies más descubiertas donde se observan, sobre todo, altas gramíneas. Sabanas herbosas, casi desprovistas de árboles resultan, sin duda, de la deforestación producida por el hombre y del acorazamiento de los suelos. Más lejos del bosque denso, la sabana arbórea, compuesta de un manto continuo de grandes hierbas, cede poco a poco el lugar a la sabana de arbustos, donde el suelo aparece frecuentemente desnudo entre la cubierta herbácea. En las diferentes variedades de sabana, los animales herbívoros encuentran condiciones favorables de existencia. También es allí fructífera la caza y posible la cría de ganado mayor. El hombre puede fácilmente practicar la agricultura en esos paisajes botánicos fáciles de roturar.

---

<sup>1</sup> Tierra lodosa, esencialmente compuesta de arcilla, de algunos centímetros de profundidad.

### *Paisajes esteparios*

La estepa caracteriza a las regiones de larga estación seca. Se compone de hierbas gramíneas y arbustos espinosos, principalmente acacias. Esa formación abierta está representada en las regiones septentrionales del Africa occidental y oriental. Se la encuentra de un modo más discontinuo en el Africa del Sur, en el Kalahari y al sudoeste de Madagascar. La vegetación subdesértica formada por una estepa cada vez más degradada se encuentra en las regiones que reciben menos de 200 mm. de lluvia.

### *Formaciones vegetales mediterráneas*

Los extremos del continente africano encierran estepas con matorrales o gramíneas en las regiones más secas. Pero en las más húmedas, principalmente en las cadenas montañosas del Magreb, aparecen bosques secos de encinas, alcornoques, pinos y cedros. Son formaciones vegetales de hoja perenne que dominan el sotobosque de maleza.

## CONCLUSION

Africa aparece como un viejo continente muy antiguo ocupado por una humanidad que ha elaborado hace mucho tiempo brillantes civilizaciones. La geografía africana ofrece tanto en sus rasgos arquitectónicos como en sus entornos naturales caracteres vigorosos que proceden de la herencia de un largo pasado geológico. El espacio africano es también más macizo y continental que ningún otro sobre el planeta. Vastas regiones situadas en el centro del continente, a una distancia de más de 1.500 km. del mar, han permanecido durante mucho tiempo al margen de las grandes corrientes de circulación llegadas de las orillas. De ahí la importancia de las ranuras de los meridianos para la implantación humana desde la Prehistoria, como en el Rift Valley del Africa oriental. Esa área compartimentada geográficamente ha sido reforzada hacia los trópicos por las variaciones climáticas del terciario y del cuaternario. Durante milenios, el Sáhara húmedo ha constituido uno de los más antiguos centros de poblamiento del mundo. Los períodos áridos han contribuido más tarde a la formación de inmensos desiertos, como el Sáhara y el Kalahari. Así, los intercambios de toda clase entre las diversas civilizaciones del continente africano han sido contrarrestados, pero no interrumpidos. El clima aparece, en consecuencia, como uno de los factores esenciales para la comprensión del pasado de Africa. Además, los ritmos pluviométricos y los entornos bioclimáticos ejercen una efectiva influencia sobre la vida de los hombres de hoy. Las sociedades africanas, por otro lado, se han aprovechado de lo complementario de las zonas climáticas para establecer entre ellas las corrientes de intercambios más antiguos y vigorosos. Finalmente, la historia de Africa ha estado fuertemente influenciada por sus riquezas mineras que han constituido uno de los más poderosos factores de atracción que el continente

ha ejercido siempre sobre los pueblos conquistadores. Así, el oro de Nubia y de Koush fue explotado por las dinastías del antiguo Egipto. Más tarde, el oro del Africa tropical, principalmente de la zona sudanesa y de Zinbabwe, ha sido la fuente de prosperidad de las sociedades del Africa del Norte y Oriente Próximo y el sostén de grandes imperios africanos al sur del Sáhara. El hierro ha sido objeto de antiguas corrientes de intercambios entre las regiones forestales y tropicales de Africa. Las salinas de las orillas del Sáhara han desempeñado un papel importante en las relaciones entre los Estados negros de Sudán y los pueblos arabobereberes del Africa del Norte. Más recientemente, las riquezas mineras de Africa han sido explotadas por cuenta de las potencias coloniales. Aún hoy son exportadas, en gran parte, como materias primas.

# GEOGRAFIA HISTORICA: ASPECTOS ECONOMICOS

A. MABOGUNJE

Según Gilbert, «el verdadero fin de la geografía histórica es la reconstrucción de la geografía regional del pasado»<sup>1</sup>. En un volumen como éste, semejante definición debería conducirnos a presentar una geografía regional de la prehistoria africana, subrayando sus aspectos económicos. Está claro que empresa tal implicaría un examen completo de las condiciones físicas y humanas en un pasado lejano; y no dejaría de aparecer en buen número de capítulos de este tomo. En este caso, el presente capítulo deberá resaltar, ante todo, los recursos naturales fundamentales, tal como han sido descubiertos y utilizados en Africa desde la prehistoria. Al descubrir el gran abanico de las riquezas naturales del continente, del modo como las conocemos hoy, esta consideración deberá poner el acento en las que han sido apreciadas como tales durante un pasado lejano, en los lugares donde han sido descubiertas, en la forma en que han sido utilizadas, hasta qué punto han facilitado o retardado el control del hombre sobre las vastas superficies del continente.

## LOS MINERALES Y EL DESARROLLO DE LA TECNOLOGIA HUMANA

Tal vez los minerales constituyan el más significativo de los recursos que permiten al hombre el control de su entorno. Los minerales son el material clave del universo. El proceso de su formación es de una extrema lentitud. Puede extenderse a millones de años. Con relación a la ocupación de la Tierra por el hombre, que se remonta quizás a tres millones de años, la escala temporal geológica es extraordinariamente larga; se extiende en más de cinco mil millones de años.

---

<sup>1</sup> E. W. Gilbert, 1932, pág. 132.

Vastas zonas de Africa reposan sobre masas rocosas que figuran entre las más antiguas del planeta. Las antiguas rocas cristalinas, consideradas como el «zócalo» rocoso del continente, cubren, al menos, un tercio de su superficie. Sobre todo contienen granitos, y también rocas que han experimentado enormes transformaciones, tales como los esquistos y los gneis. Algunas están altamente mineralizadas. Entre las más importantes formaciones conviene citar las de la zona cuprífera de Shaba (Zaire). Se extienden sobre más de 300 kilómetros. Y no sólo contienen los más vastos yacimientos de cobre del mundo, sino también algunos de los más ricos en radio y cobalto. En el Transvaal (Africa del Sur), el complejo ígneo del Bushveld, área de 6.000 km<sup>2</sup>, y el Great Dike, que atraviesa a lo largo de 500 kilómetros el Transvaal hasta Zimbabwe, rebosan igualmente minerales como el platino, el cromo y el amianto. La zona diamantífera africana no tiene parangón en el resto del mundo; su mayor concentración está en Africa del Sur, aunque existen otros yacimientos en Tanzania, Angola y Zaire. Africa del Sur, Ghana y Zaire poseen minas de oro, mientras que el estaño se encuentra en Zaire y Nigeria. También hay importantes yacimientos de mineral de hierro en el Africa occidental, como los de Liberia, Guinea y Sierra Leona. Sólo Guinea contiene más de la mitad de las reservas mundiales de bauxita, mineral del aluminio.

El antiguo zócalo de Africa ha experimentado numerosas rupturas volcánicas que se remontan más allá incluso del precámbrico. Esas rupturas han provocado intrusiones graníticas portadoras de oro y estaño e imbricaciones de rocas básicas y ultrabásicas. Muchas de ellas son más recientes y han producido igualmente rocas eruptivas o efusivas, y no sólo se han disgregado para formar suelos ricos y fértiles, sino que también han producido minerales y rocas que, como el basalto de obsidiana de Kenia, presentan una importancia real en la historia del continente.

En el resto de Africa, es decir, en las dos terceras partes, poco más o menos, se encuentran antiguas rocas sedimentarias que se remontan al precretáceo. Como consecuencia de su edad, esas rocas contienen también numerosos depósitos minerales. Así, por ejemplo, a lo largo de las orillas del norte del continente, en una zona que se extiende desde Marruecos a Túnez, atravesando Argelia, se encuentra el gran cinturón de los fosfatos, asociados a yacimientos de hierro de extraordinaria riqueza. Asimismo hay importantes yacimientos de mineral de hierro de origen sedimentario en la región del Karroo, en Africa del Sur, y en las Damara, en Namibia. En cambio, exceptuadas algunas zonas en el *high veld*, de Africa del Sur, y en el *Wankie Field*, de Zimbabwe, el carbón brilla casi por su ausencia en el continente. Como para suplir esta deficiencia, las rocas sedimentarias más jóvenes del postcretáceo contienen, en el Sáhara y en el litoral del Africa occidental, vastas capas de petróleo y de gas natural.

Esa riqueza mineral ha contribuido en buena parte a sostener la organización y explotación humanas en el curso de un largo período histórico. Se ha dicho, por ejemplo, que el control del comercio del oro entre el oeste y el norte de Africa a través del desierto ha sido, durante el período medieval, una de las principales razones de la creación y la caída de imperios y reinos en el Sudán occidental. Es cierto que, desde el último milenio, el comercio del oro y del mineral de hierro atrajo a los árabes hacia el Africa oriental. Por otra parte, seducidos al principio

por las riquezas minerales de Latinoamérica, los europeos, en el transcurso de los últimos siglos, se han concentrado en Africa, como depósito colonial de minerales en bruto para alimentar el crecimiento de sus industrias.

Sin embargo, durante el período prehistórico, los minerales que tienen una importancia capital para el progreso tecnológico del hombre han sido de una clase más modesta, y su distribución más difusa. Los más importantes son los minerales líticos, de estructura homogénea y de una extraordinaria dureza, que ofrecen excelentes posibilidades de fisión<sup>2</sup>. En esa categoría, las más importantes son las rocas ígneas vítreas que se encuentran en las regiones volcánicas del Africa oriental, en particular, en los alrededores del Gregory Rift Valley. Han sido la base de la industria paleolítica capsense de Kenia, que proporcionaban largas láminas y diversas herramientas microlíticas.

Otro material de buena calidad lo constituyen las formas silíceas, como la cuarcita, y las rocas de fina textura, endurecidas, como los *silcretes*, esquistos y tobas. En Zimbabwe, la industria mesolítica bambata ha hecho un gran consumo de calcedonia, mientras que el sílex y el sílice del eoceno se utilizaban en la meseta tunecina y Egipto, adonde se supone que fueron importados. La cuarcita está más extendida en Africa, sobre todo como cantos rodados en las corrientes de agua; es la base de las industrias acheulenses del paleolítico. En algunos sitios, como en el curso medio del Orange, en Africa del Sur, los esquistos endurecidos han sido empleados casi para los mismos fines que la cuarcita.

Las propiedades líticas de las rocas *anfífolas* de fina textura, conocidas con el nombre de «greenstones», y las de las rocas ígneas profundas o intermedias, como el basalto, la dolerita, la diorita —todas ellas ofrecen un material adecuado para la manufactura de hachas y azuelas— son, no obstante, menores. Sirven también para la fabricación de armas, como piedras arrojadizas y puntas de flecha. De todas las rocas ígneas de gran consumo, el basalto es quizás la que más se ha utilizado para la confección de recipientes de piedra, si bien se han empleado para ese fin prácticamente todas las variedades de rocas disponibles. Entre las otras rocas ígneas, los granitos, la diorita y la porfirita se han utilizado localmente y de manera intensiva. Rocas más blandas, como las calcáreas, no han sido desconocidas, y en Egipto se han empleado incluso rocas tan blandas como la esteatita y la serpentina. Además, en toda Africa, la arcilla ha constituido la base de una industria de la cerámica, ampliamente extendida y altamente diversificada, que se remonta al período mesolítico.

La importancia de los minerales en el progreso de la tecnología humana en los tiempos prehistóricos va más allá de la fabricación de herramientas, armas y recipientes. Esa tecnología se encuentra en la construcción de viviendas, como en el simple lodo que hace las veces de yeso. Edificios públicos de primera importancia, monumentos tales como las pirámides egipcias han requerido enormes cantidades de duras rocas graníticas o de cuarcita. Los minerales han proporcionado los pigmentos de las pinturas rupestres, algunos de los cuales, en el Sáhara y el Africa austral, se han conservado de modo notable hasta nuestros días. Esos pigmentos se obtenían triturando diferentes clases de roca, como la hematites, el

<sup>2</sup> André Rosenfeld, 1965, pág. 138.

manganeso y el caolín, y luego mezclando el polvo resultante con elementos grasos o resinosos.

Pero, sin duda, es el hierro el que se convertirá en el mineral determinante en el progreso realizado en Africa al final de la época prehistórica. La tecnología moderna, con su mecanización compleja y las fuertes inversiones económicas que entraña, exige la explotación de yacimientos relativamente ricos en minerales y muy agrupados en general. Pero la situación era menos restrictiva durante la Prehistoria. La laterita, o corteza ferruginosa, cubre amplias zonas en las sabanas herbosas de Africa. Se la encuentra rematando numerosos tipos de rocas sobre antiguas mesetas peniplanas.

Algunas variedades son tan ricas que constituyen la base de todas las primeras actividades de la metalurgia del hierro. Tan pronto como la técnica fue descubierta, se extendió rápidamente a un extremo y otro del continente. Lo cual forma un contraste sorprendente con el cobre y el estaño, tan localizados en su distribución que —a excepción de algunas comunidades prehistóricas que utilizaron el cobre, como los habitantes de la meseta del nordeste de Etiopía y los grupos luba y shaba— no han logrado dotar a Africa de una cultura del bronce ampliamente extendida. Sin embargo, hay que recordar la existencia de una edad del cobre en Mauritania, al menos cinco siglos antes de la era cristiana.

## LOS RECURSOS VEGETALES Y EL CRECIMIENTO DE LA POBLACION

En sus recursos vegetales es donde el continente africano se basa para satisfacer las necesidades de una población cuya densidad crece continuamente. Como hemos recordado anteriormente, Africa es ante todo un continente de praderas. Hierbas lozanas de gran variedad cubren más del 50 por 100 de su superficie total; después viene el desierto, un 30 por 100 aproximadamente, y luego el bosque, con menos del 20 por 100. En el plano de la ocupación humana, la variedad de esos entornos ha influido en la medida en que ellos aseguraban la subsistencia de la caza, proporcionaban frutas o raíces comestibles, procuraban materiales que permitían fabricar herramientas, vestidos, refugios, y ofrecían, en fin, los cultígenos susceptibles de aclimatarse y transformarse en cultivos agrícolas.

La zona de las praderas es, por esencia, la reserva de la caza africana, con sus variedades de antílopes, gacelas, jirafas, cebras, leones, búfalos, búbalos, elefantes, rinocerontes e hipopótamos, sin contar la caza menor. Sin embargo, no es sorprendente, como ha notado Clark, que se encuentren algunos de los más antiguos lugares de ocupación humana a lo largo de las corrientes de agua o de los ríos, en las orillas de los lagos o del mar, y en un paisaje que es hoy la pradera, la sabana arbórea, el Sahel semidesértico o el desierto<sup>3</sup>. El bosque está generalmente despoblado. Sin embargo, con el tiempo, el crecimiento de la población y el gran progreso de las técnicas han incitado al hombre a ocupar todos los tipos de

<sup>3</sup> J. D. Clark, 1970, págs. 93-94.

zonas: desde las costas del océano hasta las altas mesetas montañosas; desde lo que es hoy el desierto árido hasta las profundidades de la densa selva.

Sin embargo, conviene recordar que las zonas de vegetación de hoy no corresponden necesariamente a la situación que existía en los tiempos prehistóricos. Así, varios ciclos de grandes variaciones climáticas han marcado al Sáhara, que durante el Cuaternario anterior fue más húmedo y conoció una vegetación arbórea del tipo sabana que alimentaba a animales como el buey, el jabalí salvaje (facóquero), el antilope y el hipopótamo. Se cree que, por contraste, el bosque ecuatorial atravesó simultáneamente periodos más áridos.

Al mismo tiempo que el hombre se beneficiaba de los recursos animales ofrecidos por las diferentes zonas de vegetación, explotaba también esas mismas zonas para procurarse frutos y raíces comestibles. A este respecto, la presencia de bosques-galería a lo largo de las corrientes de agua en las regiones de praderas permitía al hombre del Acheulense explotar los frutos, las semillas y las nueces de los bosques y sabanas. Según Clark, buen número de frutos salvajes, nueces y plantas de la sabana, accesibles en el norte de Zambia a los nachikufuenses del Paleolítico reciente —como los frutos del *mubuyu* y del *musuku*— son aún hoy regularmente recogidos y consumidos por los pueblos de lengua bantú<sup>4</sup>. Cuando la población hubo aumentado de tal suerte que todos los tipos de entorno estuvieron virtualmente ocupados, la gama de los productos de consumo para uso del hombre tuvo que ampliarse considerablemente. Se cree, por ejemplo, que la importancia mayor concedida a algunos cereales por las comunidades que vivían de la recolección en el valle del Nilo adelantó la siembra voluntaria de semillas y condujo a la era de expansión agrícola que tuvo unos efectos tan decisivos en la ocupación de África por el hombre.

Dejadas aparte la caza y la recolección, los recursos vegetales eran de una importancia capital en lo que se refiere al equipamiento de herramientas, vestido y vivienda. En el extremo sur del lago Tanganika, cerca de Kalambo Falls, se han descubierto herramientas de madera muy bien conservadas. Se trata de algunos instrumentos cortos y puntiagudos, de una o dos puntas; estacas curvadas, que servían probablemente de rejas; todas se remontan al Paleolítico anterior. Aunque raramente se han conservado herramientas de esa clase, parece que fueron normalmente empleadas. Así, en el bosque ecuatorial, el complejo industrial Lupembiense de la época paleolítica refleja en sus bifaces nucleiformes toda la importancia de la técnicas de la madera. Asimismo, en la sabana herbosa de Zambia y Malabi, la presencia de varios tipos de rascadores pesados entre las herramientas de piedra de los nachikufuenses, en el Paleolítico posterior, sugiere la utilización corriente de madera y sucedáneos suyos en la confección de toda clase de vallas, estacas y trampas de caza.

Allí donde —en las regiones boscosas, por ejemplo— la caza mayor era tan escasa que no se podía contar con pieles para vestirse, los árboles proporcionaban su corteza. Es probable que las hachas cortantes y con mango, como las que se han encontrado en los alrededores de los peñascos del Mwela, en el norte de Zambia, sirvieran para separar las cortezas y prepararlas con vistas a la confec-

<sup>4</sup> J. D. Clark, 1970, pág. 178.



ción de vestidos, recipientes y cuerdas. A partir principalmente del Mesolítico, los productos vegetales comenzaron a servir en la construcción de cobertizos, que reemplazaron la vivienda en las grutas. Así, ramas de árbol, cañas y paja trenzada sirvieron para construir el cortavientos mesolítico, cuyas ruinas se han encontrado en Gwisho Springs; datan de la mitad del III milenio antes de la era cristiana. En el Neolítico, y especialmente en las zonas donde la agricultura ya ha sido descubierta, los cobertizos hechos de materias vegetales, o a veces de barro y vegetales, se iban a multiplicar y extender. Nos han proporcionado, sin duda, la primera huella cultural del hombre sobre el paisaje. Pero, aunque la presencia de tan humildes alojamientos ha marcado los comienzos de la ocupación efectiva de la superficie del globo por el hombre, es la aptitud de éste para, entre la gama de especies salvajes que lo rodeaban, elegir unas plantas nuevas y cultivarlas, lo que finalmente ha consagrado su superioridad. Las condiciones que han permitido al hombre crear nuevas especies cultivables (los cultígenos), partiendo de sus variedades salvajes, siguen siendo entre los científicos motivo de controversias. No son menos debatidos la contribución de Africa a ese importante acontecimiento y los enigmas que lo rodean. En el estado actual de nuestros conocimientos, se admite generalmente que esa participación fue menos impresionante que la de Asia. Investigaciones más recientes realizadas tras la redacción de la monumental obra del botánico ruso Vavilov, quien se niega a admitir que no existiese en Africa otro centro de selección digno de tal nombre que el de las tierras altas etiopes, comienzan a presentar una perspectiva mejor orientada sobre la contribución endógena de Africa en el desarrollo de los cultivos agrícolas<sup>5</sup>. A este respecto, nadie pone en duda que la sabana haya tenido sensiblemente más importancia que el bosque. En la sabana es donde, entre el IV y el III milenio antes de la era cristiana, se seleccionó un buen número de variedades indígenas propias para el cultivo. Numerosos cultígenos han constituido el «complejo de la agricultura de semillas». Se caracterizan por la siembra de la semilla como primer acto del cultivo<sup>6</sup>.

En contrapartida, las escasas aclimataciones realizadas en el bosque pertenecen al complejo de los vegecultivos que implican, como acto previo al cultivo, la preparación de retoños, esquejes, rizomas o tubérculos. La aclimatación más importante en esa región ha sido la del ñame (*Dioscorea spo.*), del que se cultivan varias especies en la actualidad. Otra planta domesticada en esa misma región es la palmera de coco (*Elaeis guineensis*).

A pesar del escaso número de cultivos aclimatados, el descubrimiento de la agricultura ha implicado una nueva y fecunda relación entre el hombre y su biotopo. En particular, significaba cierta receptividad ante las innovaciones, como la difusión de cultígenos procedentes de otros horizontes. Africa debe a Asia y a América del Sur gran número de esos nuevos cultivos. En el marco de los recursos vegetales naturales, el establecimiento de preferencias respecto a un número limitado de plantas, indígenas o extranjeras, ha significado no sólo que el hombre era capaz de conseguir su subsistencia a partir de su entorno natural, sino

<sup>5</sup> N. I. Vavilov, 1935. Ver el cap. 27 de este volumen.

<sup>6</sup> R. Porteres, 1962, págs. 195-210; ver, a este respecto, el capítulo 27 de este volumen.

igualmente que en lo sucesivo se hallaba en camino de mayores modificaciones biológicas. La necesidad de roturar tierras para implantar nuevos cultivos, y la de suprimir otras plantas que les habrían disputado los elementos nutritivos del suelo, han producido en toda Africa cambios radicales en el carácter de la vegetación.

Quizás haya sido el fuego el elemento más poderoso al que ha acudido el hombre para conseguir eso. Los testimonios de la utilización del fuego por el hombre africano se remontan a la época más reciente del Paleolítico inferior, y han permitido concluir que el hombre empleaba comúnmente el fuego en Africa hace 60.000 años. En un principio, sin embargo, parece que se ha servido de él para protegerse y fabricar herramientas; quizás también para la caza y la quema de hierbas a fin de hacer salir a la caza. Desde que el hombre descubrió el cultivo, era muy natural que se sirviese de ese mismo fuego para eliminar la vegetación perjudicial. Esa lucha por el fuego contra la vegetación en provecho del cultivo, no ha dejado de afectar de diverso modo a hierbas y árboles. En la sabana, y especialmente durante la estación seca, la hierba arde hasta el nivel del suelo, pero, soterradas, las raíces impiden su destrucción. Por el contrario, si no estaban protegidos por gruesas cortezas, los árboles morían, y si no, se deformaban o desmedraban.

La introducción del fuego en el entorno natural ha producido una transformación considerable del paisaje por el hombre en el transcurso de los tiempos. Dado que la frecuencia del fuego mata las especies vulnerables del bosque denso, se creaban condiciones nuevas que favorecían la extensión progresiva de la pradera. Así, en el Africa occidental, ese proceso se ha mostrado suficientemente dinámico para crear una importante zona de «sabana derivada», o antrópica, que se extiende a partir del sur hasta 6° de latitud norte<sup>6 bis</sup>. En la sabana propiamente dicha, se comprueba que, bajo el impacto de los dos fuegos anuales, el carácter de la vegetación se modifica según las características menores del paisaje, pasando de la pradera en las llanuras a una sabana arbórea en los terrenos más rocosos. En realidad, la preservación de ese bosque residual en terrenos rocosos ha llevado a pensar que, en una gran parte de la pradera actual, la vegetación principal debía de ser el bosque<sup>7</sup>.

Sea lo que sea, las praderas africanas han ofrecido al hombre de épocas pasadas recursos considerables. No sólo eran más fáciles de roturar, sino también de recorrer. La facilidad de desplazamiento ha sido el factor decisivo para el poblamiento. Africa es, por excelencia, el continente de las grandes migraciones humanas, algunas de las cuales han sido reconstruidas después gracias a los testimonios arqueológicos, etnológicos, lingüísticos e históricos. Esos grandes movimientos de población han tenido su importancia en cuanto a la rapidez de la difusión de las ideas nuevas y especialmente de las herramientas y las técnicas. Esa propagación ha sido a veces tan rápida que las investigaciones que tratan de identificar los lugares de origen de tal o cual innovación se enfrentan a menudo con grandes dificultades.

<sup>6 bis</sup> W. B. Morgan y J. C. Pugh, 1969, pág. 210.

<sup>7</sup> S. R. Eyre, 1963.

La movilidad del hombre ha sido siempre un factor vital para la organización de las poblaciones en entidades políticas. Las sabanas africanas han desempeñado, pues, un papel benéfico al favorecer en Africa las condiciones preliminares para el nacimiento de los Estados. Desde que éstos fueron provistos de medios coercitivos, era natural que trataran de imponer su dominio a otros grupos que disponían de una organización o equipamiento militar inferiores a los suyos. En cuanto a esos grupos, tan sólo les quedaba, tras el aplastamiento de su resistencia, dejarse asimilar o refugiarse en unos reductos menos accesibles u hospitalarios. En resumen, el corolario de la aparición de los Estados en las zonas de sabanas ha sido la dispersión de los grupos más débiles y peor organizados por unos entornos repulsivos: zonas montañosas escarpadas, desiertos y bosques espesos.

Se ve, pues, que los recursos vegetales del continente han desempeñado un papel preponderante en la evolución histórica del hombre de Africa. Y no sólo han provisto de abundantes reservas de frutos y tubérculos, sino que también han permitido la creación de cultivos que, una vez atendidos y protegidos, les han proporcionado medios de subsistencia a la vez nuevos y más ricos. El aumento de los recursos alimentarios facilitó el crecimiento regular de la población africana. Hasta el año 1650, según Carr Saunders, el continente únicamente era superado por Asia en lo que a población se refiere. Sus 100 millones de habitantes representaban más del 20 por 100 del total mundial<sup>8</sup>. Uno de los factores importantes del crecimiento de la población fue también la seguridad mayor que ofrecían las entidades sociopolíticas mejor organizadas. Su expansión más fuerte en las zonas de sabana es fácil de comprender porque éstas constituyen, en esa época, las regiones proporcionalmente más pobladas del continente; proporción que comenzará a cambiar poco a poco, especialmente en Africa del Oeste, a partir del siglo XVI, con la trata de esclavos y la posterior colonización extranjera.

## RECURSOS ANIMALES Y DIVERSIDAD CULTURAL

La distribución de los recursos animales está estrechamente unida a la de los recursos vegetales. Desde siempre, Africa ha sido considerada como un continente particularmente rico en mamíferos. En realidad, se cree que, exceptuando el murciélago, los mamíferos africanos comprenden treinta y ocho familias.

El reparto de esos animales sobre el continente ha evolucionado en el tiempo y en el espacio. Los vestigios fósiles indican que todas sus regiones han sido pobladas, en tal o cual momento, por grandes especies salvajes. Así, la región mediterránea del Africa del Norte ha cobijado a animales —como el león y el elefante—, muchos de los cuales se cree que fueron expulsados en los períodos de gran sequía del Pleistoceno. La mayor parte de los que quedaron han estado sometidos, durante los dos últimos milenios, a extracciones demasiado fuertes; ese fue el caso, por ejemplo, para cubrir las necesidades de los anfiteatros romanos.

<sup>8</sup> A. M. Carr-Saunders, 1964. El peso demográfico de Africa en el mundo es apenas del 10 por 100 en nuestros días.

Más cerca de nosotros, a mediados del siglo XIX, las tropas francesas del duque de Aumale descubrieron, por todas partes de Argelia que recorrían, desde las rocas abruptas de Constantina hasta las llanuras de Orán, grandes cantidades de animales salvajes y, entre ellos, leones.

El propio desierto conserva todavía una importante serie de muestras de fauna salvaje: gacelas *dorcas* y *dama*, *addax*, orix con cuernos en forma de cimitarra, orix *algazel*, etc. Se sabe que, durante las épocas más lejanas y húmedas, esos recursos eran incomparablemente más importantes: el hipopótamo, la jirafa, el búfalo gigante hoy desaparecido, mayores antílopes.

Sin embargo, son las sabanas de Africa las que constituyen la auténtica madriguera de la mayor parte de la caza mayor africana<sup>9</sup>. En esas regiones del oeste, del este, del centro y del sur de Africa es donde se encuentran los animales de presa, como el león, el leopardo, el ocelote africano y la hiena. Allí se encuentran también el búfalo, el topi, la gacela, el facóquero, el antílope ruano, la cebrá, la jirafa y el avestruz. Ese es el hábitat natural del elefante, del búfalo, del rinoceronte, de las antas de Derby y de El Cabo, del cefalofo, del kob singsing y del kob de los arroyos. En el transcurso de los siglos ha cambiado la importancia del territorio ocupado por cada una de esas especies. Todos esos animales han experimentado muy malos tratos por parte del hombre. En la gran lucha por la supervivencia, algunos han tenido que dejar el sitio a otras especies a medida que se modificaban las condiciones del entorno. Así es como la ausencia del rinoceronte blanco entre el Zambeze y el Alto Nilo blanco, por ejemplo, puede atribuirse a la mejora de las modificaciones del clima y de la vegetación en el curso del Pleistoceno que han beneficiado al rinoceronte negro, más agresivo.

Aunque, en su mayor parte, la caza salvaje frecuenta el bosque del Africa tropical, esa región está, en conjunto, menos favorecida en el plano de los recursos animales. Entre los habitantes más notables del bosque hay que incluir al *busapig*, o cerdo de monte, al jabalí gigante, al bongo, a los grandes monos, como el chimpancé y el gorila, así como al okapi. También los cambios ocurridos en el medio ambiente han afectado a la extensión de los territorios anteriores. Los vacíos comprobados en las poblaciones de bongos se deben al estrechamiento de lo que un día debió ser un bosque denso que cubría toda el Africa ecuatorial.

La abundancia de esos recursos animales ciertamente ha prestado al hombre grandes servicios en el transcurso del largo período de su existencia durante el cual fue, ante todo, un cazador. Esas reservas parecían de tal modo inagotables que algunas comunidades africanas han permanecido hasta nuestros días en ese estadio de desarrollo. Otra categoría de recursos animales la constituyen los peces. También ellos han sido «cazados» desde el Mesolítico. No sólo las corrientes de agua, sino también los lagos de agua dulce —Rodolfo, Nakuru y Eduardo, en el Africa oriental y central, y Chad, en la occidental— han atraído a los primeros grupos de hombres gracias a sus recursos en peces<sup>10</sup>. Entre los ríos, el Nilo reviste evidentemente una importancia singular. En sus orillas se han hallado vestigios de comunidades ribereñas que empleaban arpones y anzuelos de

<sup>9</sup> François Sommer, 1953, pág. 64. Ver sobre este punto el cap. 20.

<sup>10</sup> Cf. Putton. Ver sobre este punto el cap. 20.

hueso y, además, cazaban y comían el hipopótamo y el cocodrilo. El empleo de una sencilla canoa vaciada de un tronco de árbol para pescar en las aguas del interior se practicaba de un extremo a otro de África. Algunas pocas comunidades de pescadores construyeron canoas lo bastante importantes como para arriesgarse a pescar en el litoral marítimo. En todas partes, y hasta época reciente, una evolución técnica inadecuada ha impedido el aprovechamiento de los ricos recursos de los océanos, de los que el continente está rodeado.

La extraordinaria riqueza y variedad de la fauna terrestre ha proporcionado una enorme reserva potencial de animales domésticos. Ahora bien, la domesticación de los animales en África se ha limitado prácticamente al asno, al gato, a la pintada, al cordero y al buey<sup>11</sup>. Una de las razones de esos modestos resultados es que África, durante el Neolítico, estuvo subordinada por los métodos anteriores, más eficazmente experimentados en Asia. Entonces fue cuando el continente se inició en el pastoreo. Según Clark, «los primeros pastores "neolíticos" aparecieron en el Sáhara en el curso del V milenio antes de la era cristiana, o tal vez antes. Conducían rebaños de ganado con cuernos largos o cortos, cabras y corderos. Y continuaron haciéndolo hasta que la desecación creciente del Sáhara los expulsó de allí».

El arte del pastoreo no estaba, por tanto, uniformemente difundido por todos los lugares del continente. Aunque la mayor parte de las comunidades lograron controlar a gran número de pequeños rebaños, sólo una minoría llegó a domesticar a los mayores. Entre éstos, los tuareg del Sáhara, los peul de la sabana oesteafriicana y los maasai de las praderas del África del Este siguieron estando intensamente dedicados a la vida pastoril y renunciaron a todo intento de combinar ese modo de vida con el de la agricultura. Siguiendo sin descanso a sus rebaños en busca de agua y pastos, esas comunidades han practicado hasta nuestros días la vida nómada en su forma más pura. Sin embargo, en el África oriental, algunos grupos *bauti* han logrado asociar la ganadería con la práctica agrícola en beneficio de ambas.

Quizás uno de los frenos al desarrollo del pastoreo en África haya sido la proliferación de otras especies zoológicas que ejercen sobre el desarrollo de los recursos del continente un impacto particularmente negativo. A este respecto, ante todo, hay que mencionar la mosca tsetse que, grande y sumamente móvil, es el principal, aunque no único, agente de la *trypanosomiasis*, infección que provoca en el hombre la enfermedad del sueño y significa la muerte en los animales. Hoy día se encuentra esa mosca en una zona que atraviesa África entre 14° N y 14° S de latitud. Las únicas excepciones son las tierras altas que sobrepasan los 1.000 metros, que son relativamente frías, y las regiones con hierbas cortas, donde la estación seca es demasiado cálida y árida como para que la mosca tsetse pueda reproducirse allí.

La mosca tsetse está presente en África desde los tiempos más remotos. Se han hallado huellas fosilizadas de ese insecto en América del Norte, en las capas del Mioceno, y parece que estuvo mucho más extendida en los tiempos prehistóri-

<sup>11</sup> J. Desmond Clarck, 1970, pág. 204.

cos<sup>12</sup>. Puede que su desaparición de algunas regiones africanas o no africanas se deba a una combinación de cambios climáticos, barreras naturales y glaciación. Es cierto que, en Africa misma, las alternancias climáticas del Pleistoceno han debido ejercer una influencia considerable, no sólo en el reparto de las diferentes especies de tsetse, sino también en su porcentaje de nocividad.

Las regiones infestadas por esas moscas han levantado una barrera muy eficaz en el desarrollo de la ganadería. Los pastores deben de haber comprendido con bastante rapidez que sus rebaños corrían grandes peligros mientras atravesaban zonas infestadas. Asimismo, el trasiego de rebaños hacia el sur partiendo del Africa meridional estaba subordinado a la existencia de pasillos libres de moscas tanto como a los que creaban comunidades agrícolas organizadas y suficientemente densas. De estas últimas tenemos un buen ejemplo en la migración —hace unos nueve siglos— de pastores ganaderos que crearon, por fusión con otros pueblos, la sociedad de los tutsi y hutu de las actuales Ruanda y Burundi.

Sin duda alguna, la historia de Africa habría sido muy diferente si el continente hubiera ignorado a la mosca tsetse. Desde el momento en que ésta impedía a las comunidades agrícolas organizadas la utilización del ganado mayor, no se recurrió nunca al empleo de esos animales como bestias de tiro. Tampoco se tuvo nunca ocasión de descubrir la importancia capital de la rueda. En ese caso, la libertad de movimientos que aseguraba el ganado mayor a algunos pueblos les impulsaba a la agresión y, eventualmente, al dominio político sobre los pueblos sedentarios<sup>13</sup>.

Otros factores zoológicos negativos los encontramos en el mosquito de la malaria y en la langosta. Entre las numerosas especies de mosquitos capaces de transmitir diferentes clases de parásitos de la malaria, algunos resultan más atraídos que otros por la sangre humana. El mosquito que más azota a Africa es el *Anopheles gambiae* que, al hallar igualmente su subsistencia en los animales, es muy difícil de eliminar, porque pueden asegurar su supervivencia aunque momentáneamente se le impida atacar al hombre. El mosquito se reproduce en las aguas estancadas y se multiplica en las proximidades de marismas y ríos. Prolifera sobre todo con el incremento de las lluvias, y las altas temperaturas favorecen a la vez el desarrollo de sus larvas y el del ciclo del *plasmodium* en el mosquito adulto. Por el contrario, las temperaturas más frescas de las alturas reducen su virulencia. La malaria endémica tiende también a desaparecer por encima de los 1.000 metros, aunque su transmisión perdura más allá de esa altitud.

No se sabe cuánto tiempo hace que ese mosquito forma parte integrante del entorno humano en Africa. El altísimo porcentaje de las células de Golgi encontradas en numerosas poblaciones africanas parece indicar una relación estrecha y de larga duración entre las células y la evolución de la población africana. Esa particularidad se debe ciertamente al impacto multiseccular de la selección, que ha favorecido la supervivencia de esas poblaciones en unas condiciones de infección hiperendémica de la malaria. En la medida en que

<sup>12</sup> T. D. A. Cockerell, 1907, 1909, 1919, págs. 301-311.

<sup>13</sup> Ver, a este respecto, el papel de la caballería en la formación de los Estados, sobre todo al norte del Ecuador.

amenaza peligrosamente las probabilidades de supervivencia de los grupos humanos inadaptados, el mosquito de la malaria también ha desempeñado un papel importante en la historia del continente. Es cierto que, hasta el siglo XX, ese mosquito ha desanimado efectivamente a los europeos en sus intentos de instalarse en el clima cálido y húmedo del África occidental, ahorrando a esa región los espinosos problemas interraciales que han turbado la historia de las Tierras Altas del África del Norte, del Este, del centro o del Sur, víctimas de una colonización por poblamiento.

La langosta y los saltamontes forman parte de las plagas tradicionales de África. Son grandes insectos que viven normalmente en solitario o en pequeños grupos. Se les encuentra en las zonas de transición de las vegetaciones, a las orillas del desierto o de la sabana herbosa y del bosque. En África, al sur del Sáhara se encuentra el saltamonte rojo, el saltamonte migrador africano y la langosta del desierto. Los tres necesitan dos tipos de hábitat: un suelo desnudo para depositar sus huevos y un paisaje verdoso para alimentarse de él. Cuando, por diferentes razones, su terreno de alimentación se restringe desmesuradamente, se reúnen en enormes enjambres para invadir zonas próximas o lejanas. En el pasado se encuentran ejemplos de ese tipo de invasiones a las que se refiere el Antiguo Testamento como a una de las plagas con que Moisés había castigado a Egipto. Desde el siglo XIX, los informes sobre las plagas se hacen más abundantes. Así sabemos que África central ha sufrido diversas invasiones repetidas entre 1847 y 1854, 1892 y 1910, y, más recientemente, entre 1930 y 1944. Para las poblaciones agrícolas sedentarias, las depredaciones causadas por esa lluvia de langostas, sobre todo cuando sobrevienen justo antes de la recolección, pueden significar un paso brutal de la abundancia al hambre. En el pasado, cuando condiciones climáticas negativas —la sequía, por ejemplo— coincidían con esas invasiones, ambas favorecían el desencadenamiento de conmociones políticas y sociales.

## LOS RECURSOS DE AGUA Y LA MOVILIDAD HUMANA

Conviene no subestimar la importancia de los recursos de agua en la evolución de la historia africana. Aunque en los diferentes sectores del continente se encuentran cifras que tratan de las mayores precipitaciones del mundo, otras cifras señalan algunas de las más escasas. Las inmensidades del Sáhara y del Kalahari son un estimonio irrecusable de la implacable aridez de enormes sectores de África. Pero, exceptuando los desiertos, la vasta zona de sabana no recibe más que precipitaciones tan sólo suficientes; en algunas regiones, la vida humana depende en gran parte de las fluctuaciones inseguras de los vientos portadores de agua. Realmente, si se pudiera recurrir a otras fuentes de agua, como ríos, lagos y capas subterráneas, el hecho no sería tan preocupante.

Pero, en vastos sectores del continente, y en particular en las regiones relativamente cálidas de las tierras bajas, las cuencas fluviales infestadas de insectos nocivos son, por eso mismo, impropias para establecimientos humanos. Además, el régimen de los ríos sigue muy de cerca al de las lluvias, y también aporta poca ayuda en los períodos de precipitaciones insuficientes, como, por

ejemplo, cuando se prolonga la estación seca, y cuando los propios lechos de los ríos están secos; excepto en el valle del Nilo, la tecnología tradicional no posee medio alguno para almacenar el agua en previsión de los días sin lluvia. Una tecnología poco avanzada significaba igualmente que no se podían conseguir aguas subterráneas por debajo de ciertas profundidades, incluso en las zonas de cuencas artesianas, donde las estructuras geológicas han almacenado vastas reservas de agua. En una parte considerable, el continente está sustentado por un zócalo de rocas; allí hay pocas posibilidades de almacenar abundantes capas de agua, y los hábitats humanos casi sólo pueden contar con las precipitaciones anuales.

La penuria de agua que resulta de las condiciones de sequía también ha sido siempre una de las características de la vida africana. La historia climática del Pleistoceno muestra que diferentes sectores del continente han dependido probablemente de un régimen cíclico de largos períodos de precipitaciones más o menos fuertes. Sea como fuere, la sequía representa una presión del entorno sobre los grupos humanos y les obliga a reaccionar. Esas reacciones se traducen casi siempre en la búsqueda de zonas mejor regadas con vistas a establecerse en ellas de manera definitiva o transitoria. Semejantes migraciones pueden ser pacíficas, pero muy frecuentemente, según su organización o el modo como son dirigidas, tienden a la agresividad. La historia de numerosas comunidades africanas hace resaltar sus movimientos migratorios de un sector a otro, o bien la incursión de un grupo migratorio más poderoso que ha sometido y reorganizado sus sociedades.

En todas partes donde existe agua en cantidad suficiente, ya se trate de agua de lluvia o subterránea, y allí donde se puede organizar la agricultura, una población organizada crece según un proceso de evolución social progresiva en el largo y difícil camino del dominio de la naturaleza. Las cosechas maduran ricas y variadas; el ritmo de su maduración llega a dictar el ritmo de la vida social. La estación de la recolección reviste una importancia crucial. Se instituyen ritos que llegan a santificar un acontecimiento inexplicable hasta el punto de ser atribuido a algún poder bienhechor. La ascensión en la escala social de esa población organizada depende de un cierto número de otros factores, uno de los cuales —y no el menor— es la abundancia de recursos alimenticios que permita una división del trabajo en el seno de la comunidad, y facilite la aparición de grupos especializados en sus actividades. Esa posibilidad no depende sólo de las reservas de agua, sino también de la fertilidad de los suelos.

## LOS RECURSOS DEL SUELO Y LA EVOLUCION SOCIAL DE LAS COMUNIDADES

En gran medida, las características geológicas de vastos sectores de Africa han determinado la calidad de los suelos. Debido a la variedad de las rocas del zócalo, el carácter de los suelos que se han formado sobre elementos análogos es en sí mismo extraordinariamente variado. Pero su fertilidad resulta con frecuencia mediocre. Es verdad que esas rocas presentan generalmente una reserva adecuada de la mayor parte de los elementos minerales necesarios para la alimentación de las plantas, pero su variedad produce importantes cambios en un pequeño radio



geográfico. Los suelos formados sobre rocas sedimentarias tienden a conservar una mejor uniformidad sobre grandes superficies; sin embargo, no tienen nada de común con las vastas extensiones tan fértiles como el Tchernozium de las tierras de trigo de Ucrania, o de las praderas de América del Norte.

La interacción entre las características del suelo y los factores climáticos se ha mostrado totalmente determinante para la fertilidad del suelo y su capacidad para satisfacer durante mucho tiempo las necesidades de una población densa. En las regiones húmedas, la ilusión de fertilidad producida por la vitalidad lujuriosa de las plantas disimula la naturaleza frágil del suelo. Cuando la vegetación natural es escasa, las sustancias orgánicas del suelo se desintegran rápidamente por la acción bacteriana intensa, estimulada por unas temperaturas generalmente elevadas. En poco tiempo, la fertilidad decrece, el producto de las cosechas disminuye y la población humana se ve obligada a buscar otro territorio.

Por el contrario, en las regiones muy húmedas, la fertilidad del suelo está muy mejorada. Sin embargo, las variaciones periódicas de la humedad del suelo favorecen la constitución de vastas costras de un mineral de hierro laterítico que son impropias para el cultivo. La presencia de esas costras entrafía la diseminación de suelos moderadamente fértiles, cuyas posibilidades de alimentar una población humana densa son muy reducidas. Tal es la naturaleza de los suelos que se encuentran en el África occidental, al norte del bosque denso y en las mesetas del África central, a lo largo de la cuenca del Zaire. También se encuentran esas mismas superficies, o costras concretizadas, entre las tierras semiáridas sometidas a precipitaciones moderadas, aunque están más diseminadas. De ello resulta que las tierras negras y arenosas de esa región son más fértiles y, cuando el año es suficientemente lluvioso, producen cosechas aceptables. Más al norte, el suelo del desierto es superficial, su perfil resulta mediocre, y le faltan materias orgánicas.

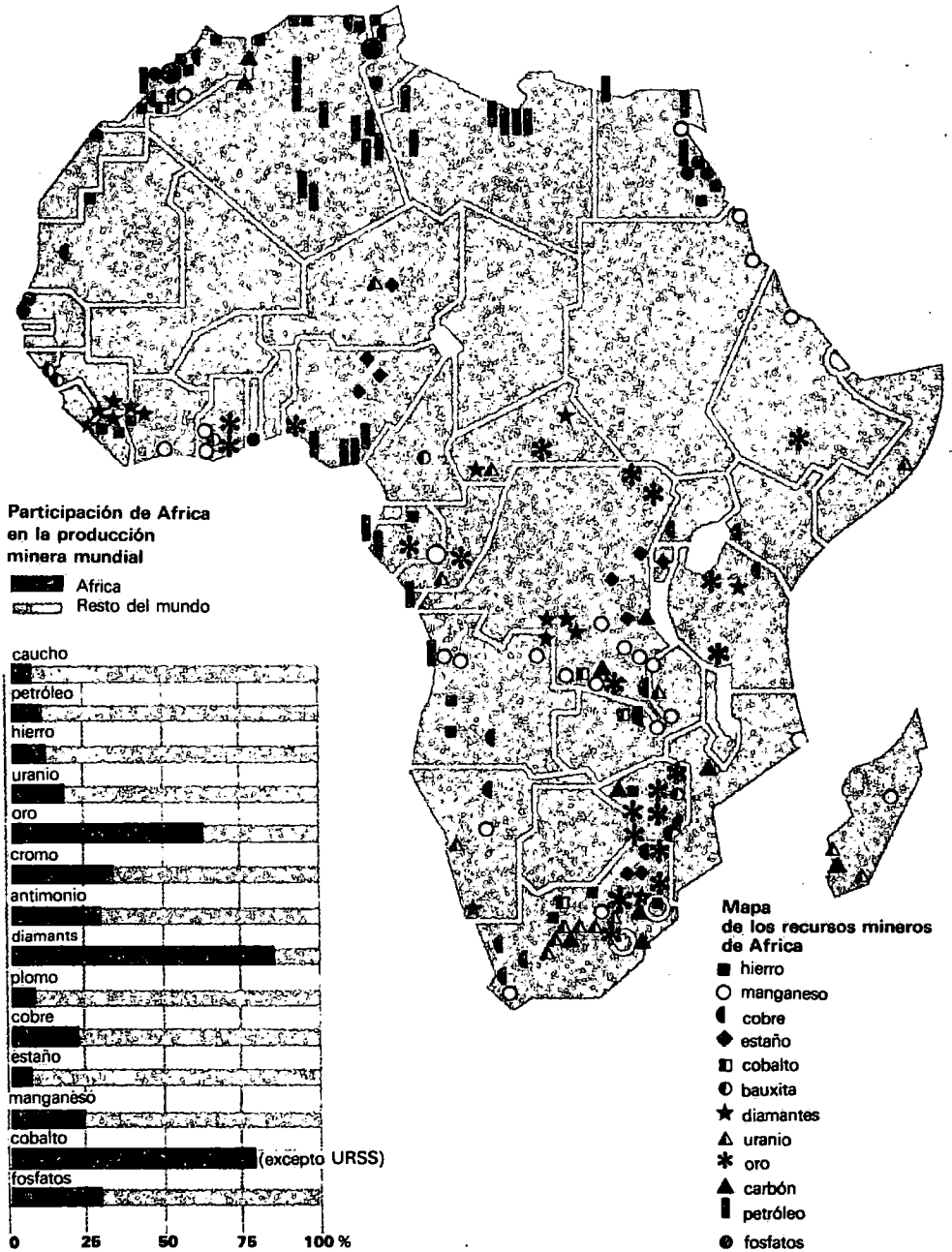
Una de las características sorprendentes de la geografía de África reside en la escasa profundidad de los suelos realmente fértiles y en su extraordinaria diseminación. Esos suelos comprenden las arcillas profundas, derivadas del basalto y de otras rocas del Pleistoceno o de épocas más recientes; se las encuentra particularmente en algunas partes del África oriental. En la parte alta del bosque denso presentan un color de chocolate; más abajo son de color rojo. También son muy fértiles los suelos ricos, derivados del mismo tipo de rocas, que se encuentran en las llanuras inundadas por ríos como el Nilo. Las abundantes cosechas debidas a esos dos tipos de terreno han favorecido el crecimiento de una población humana numerosa y densa. Cuando —como en el valle del Nilo— esa concentración ha alcanzado un alto grado de organización social y de control del medio ambiente —lo que ocurrió en tiempos del Neolítico predinástico—, se dan las condiciones para una aceleración del progreso. Este ha implicado el desarrollo de una civilización urbana, la diferenciación de las clases, un artesanado refinado, una arquitectura monumental y, por último, el empleo de la escritura. Ese era el resultado no sólo de unas relaciones cada vez más regulares con Mesopotamia, sino, sobre todo, de las posibilidades ofrecidas a una población densa, compuesta de grupos sociales diversos, por la prosperidad de una agricultura que, en esa época remota, ha sido impresionante.

Condiciones análogas se han encontrado más tarde en diversas zonas de Africa: por ejemplo, en el meandro del Níger, cuando la creación del imperio de Ghana al comienzo de la época «medieval». Mas, aunque otras regiones frecen suelos relativamente fértiles, las vastas superficies —en especial las mesetas de las tierras altas, donde castiga el lavado excesivo del terreno desde hace millones de años— sólo tienen suelos ligeros y carecen de alimentos adecuados para los vegetales, e incluso en nuestra época únicamente ofrecen un mediocre interés para la agricultura. En esas regiones, sólo pasando de un cultivo a otro desde el Neolítico, el hombre ha logrado sobrevivir. Esa clase de economía representa, para el suelo, un despilfarro seguro; también ha impedido la formación de comunidades un tanto densas. El hecho de que la población sea tan escasa en amplias superficies del continente y los efectos de esa dispersión sobre la evolución social deben ser considerados como un factor nefasto en la historia de Africa. Todos sabemos que la fertilidad de toda región depende tanto de sus características propias como de la eficacia de la explotación del suelo. No es menos cierto que, en otras regiones del mundo, sociedades que han alcanzado hoy un alto nivel de evolución social han debido atravesar diversas fases en el transcurso de las cuales también su propia economía ha dependido de cultivos accidentales. También en Africa, la explotación racional del suelo reviste una importancia capital para la evolución social. Y siendo determinante en el pasado, indica el camino a seguir para iniciar seriamente el ciclo de un progreso decisivo.

## CONCLUSION

La geografía histórica de Africa —en particular en lo que se refiere a los aspectos económicos— ofrece la imagen de un continente con el que la naturaleza ha mostrado una extrema benevolencia. Al menos en superficie. El carácter aparente de esa magnanimidad natural, tan bien ilustrado por la lujuriosa fragilidad del bosque tropical, ha constituido una especie de trampa para los pueblos de ese continente. Al confiarse en las demasiado grandes facilidades de su existencia, las comunidades han dejado de lado imperativos elementales de la evolución social. Sin duda, algunos hombres o grupos de hombres, surgidos aquí o allá, han intentado empujar a los suyos y avanzar con ellos. Pero sus reproches han quedado frecuentemente en letra muerta. Sin duda, y en primer lugar, en el transcurso de la larga e implacable aventura de la trata de negros, la intervención extranjera ha marcado el desarrollo general del continente con siniestros impactos. Pero el hecho de que semejante intervención haya sido posible, ¿no era una seria llamada de los peligros corridos por todo un grupo humano que descuida el vigilar sin descanso la constitución de organizaciones sociales siempre más coherentes, amplias, complejas y fuertes, con vistas a hacer frente a todo posible desafío?

La historia de Africa no nos aportará nada si ella no saca este hecho a la luz del día. La geografía contemporánea de Africa nos muestra un continente siempre dotado, como en la época de la prehistoria, de abundantes riquezas naturales. Su reciente pasado colonial ha contribuido, no obstante, a crear una situación que ha



● Los recursos mineros de Africa. Mapa sacado de «l'Afrique», colec. A. Journaux, Hatier, 1976.

permitido la explotación a gran escala de esa riqueza en forma de materias primas exportadas para cubrir las necesidades de otras sociedades. Además, la economía moderna, de alto coeficiente tecnológico, tan sólo permite la explotación de esa riqueza si los pueblos africanos se organizan en grandes comunidades integradas, constituyendo bases suficientes para un desarrollo auténtico. La historia de dos décadas de independencia política deja una impresión ambigua: parece que la necesidad de edificar tales conjuntos frente a comunidades similares que se van constituyendo cada día en nuestro planeta está aún lejos de haber sido comprendida... Y si debe producir algún fruto, que ese esbozo de una geografía histórica y económica del continente africano ojalá recuerde que la naturaleza no predetermina ni el destino de un pueblo ni su trayectoria. La naturaleza no fuerza; a lo sumo, influye o invita. Los pueblos, como los individuos, han sido siempre, y seguirán siendo, los arquitectos de su propio destino.

# MÉTODOS INTERDISCIPLINARIOS UTILIZADOS EN ESTA OBRA

*J. KI-ZERBO*

## LA INTERDISCIPLINARIDAD

La interdisciplinaridad en la investigación histórica es tema de moda. Pero su aplicación se ha vuelto difícil, bien por la disparidad de los particulares enfoques metodológicos de las disciplinas estudiadas, bien por el peso de los hábitos particularistas en los que están enquistados los propios investigadores, ansiosos de una especie de soberanía territorial epistemológica. La presentación misma de los resultados de la investigación se resiente de ello y continúa distinguiendo en la vida de un pueblo, por capítulos bien separados, la vida económica, la sociedad, la cultura, etc. Si por casualidad se considera un enfoque interdisciplinario, se hace a menudo en términos de fagocitosis. En esa guerra de precedencia y hegemonía, la Historia tiene una posición ambigua. En efecto, es necesaria para todas las disciplinas pero, al no disponer de ese vocabulario particular más o menos esotérico que en otras ciencias hace las veces de fortaleza donde se parapetan los especialistas, la Historia está considerada como disciplina-encrucijada que corre el riesgo de pagar con su legitimidad su propia omnipresencia.

La Historia, como disciplina-orquesta, disponía tradicionalmente de un director que era el documento escrito. Pero la Historia de África, sobre todo al sur del Sáhara, se caracteriza por la pobreza relativa de fuentes escritas, en especial antes del siglo XVI y, más aún, antes del VII de la era cristiana. Ahora bien, «cuando no se tiene madre, da de mamar la abuela»<sup>1</sup>, dice un proverbio africano. A falta de fuentes escritas, la Historia de África debe coaligar todas las fuentes disponibles para reconstruir el pasado. Esa carencia puede además convertirse finalmente en factor casi positivo, en la medida en que permite escapar al peso demasiado abrumador de lo escrito, de lo que a veces resulta una depreciación

---

<sup>1</sup> La lactancia parece que es un proceso reflejo, pero la farmacopea africana disponía de recetas para activarla.

implícita de las otras fuentes. Por otro lado, la investigación histórica y en ciencias humanas en África ha padecido durante mucho tiempo dos males contradictorios. En primer lugar, la deformación historicista que conduce a considerar el flujo del proceso social como un rosario cuyas cuentas son acontecimientos fechados. De aquí la obsesión por reconstruir el calendario que hace inteligible la evolución de los pueblos, y la indiferencia por todo lo demás (economía, estructuras sociales y culturas).

De ahí surge esa historia lineal, genealógica y de acontecimientos, esquelética en suma, porque está desprovista de la carne misma de la vida. Otra desviación aún más viciosa, procedente quizás en parte del prejuicio de primitivismo aplicado a la realidad africana por un sumario evolucionismo, analiza unas estructuras atemporales aboliendo la profundidad histórica, sin la cual, no obstante, dichas estructuras no tienen significado, ni objetivo ni subjetivo. Lo mismo puede decirse de algunos investigadores llenos de autosuficiencia en sus disciplinas: los lingüistas alérgicos a todo lo que es interferencia cultural y los etnólogos funcionalistas que rechazan toda dimensión histórica. Por suerte, esas murallas de China disciplinarias se derrumban progresivamente. «La constatación —escribe J. Desmond Clark— de que arqueólogos, lingüistas y antropólogos culturales o etnógrafos se enfrentan la mayor parte del tiempo con los mismos problemas, y de que la mejor manera de resolverlos es el equipo interdisciplinario, es hoy uno de los factores más alentadores y estimulantes de los estudios africanos»<sup>2</sup>.

La pseudohistoria marcada por la fascinación exclusiva de la cronología, así como el espejismo del análisis estructural puramente estático y formal, se desvanecen poco a poco, como lo atestiguan las escuelas que introducen la diacronía y el conflicto en sus métodos de análisis, integrando, como Calame, Griaule y Houis, hecho de cultura y hecho de lengua, o abandonando, como Balandier, el enfoque inmóvil de los «sociólogos» por una aproximación dinamista que adopta el movimiento y la confrontación como instrumentos de análisis. ¿Acaso la contradicción no forma parte integrante de la realidad? Lo cierto es que ninguna disciplina logra abordar por sí sola la realidad infinitamente densa y áspera del mundo africano, lo que sería querer romper el nudo gordiano a machetazos. Ese es el caso también de los investigadores que pretenden encontrar el principio de explicación fundamental de tal o cual sociedad africana en un solo elemento: por ejemplo, en el análisis estructural del parentesco o en el sistema de representaciones, creencias, mitos y símbolos tenidos como dotados de una autonomía y de una lógica propia, independiente, por ejemplo, de los informes de producción<sup>3</sup>, en tanto que, al tratarse del parentesco, su análisis depende en África de sistemas menos «puros» y más complejos que en Australia, por ejemplo, estructuras que Lévi-Strauss admite que están igualmente condicionadas por otros elementos (económicos y políticos) y no sólo por el mecanismo de las reglas de parentesco.

Menos que cualquier otra disciplina, la Historia africana no puede contentarse

<sup>2</sup> J. Desmond Clark, «African prehistory: opportunities for collaboration between archaeologists, ethnographers and linguists», en *Language and history in Africa*, Frank Cass, 1970.

<sup>3</sup> Cf. M. Griaule y G. Dieterlen, 1965.

con el *ghetto*. Y eso, incluso y sobre todo para el establecimiento de lo que, no obstante, parece competir precisamente al monopolio de la Historia: la cronología. Frecuentemente, la solución de un problema de cronología sólo puede identificarse correctamente mediante el recurso conjugado a cuatro fuentes diferentes: los documentos escritos, la arqueología, la lingüística y la tradición oral. El historiador, remontando el camino de los tiempos, semeja entonces un automovilista que dispone, para apreciar las distancias, de varios instrumentos: el cuentakilómetros de su automóvil, su reloj, los mojones kilométricos y, eventualmente, el testimonio de un lugareño. Esa connivencia necesaria es además un factor favorable para garantizar que la imagen del pasado queda restituida en su nitidez y totalidad, lo que una sola fuente no podría hacer perfectamente por sí misma. La descripción de Kumbi Saleh, en el *Caminante*, de al-Bakr, quedaría muy incompleta si los arqueólogos no hubieran exhumado y explicado ruinas aún más elocuentes que el cronista árabe. Añadamos que tampoco aquí la tradición oral está ausente, puesto que gracias a ella se ha descubierto el yacimiento de Kumbi Saleh. En esas condiciones, ¿se puede hablar de fuentes nobles y de fuentes vulgares, clasificándolas en una escala discriminatoria en la que los documentos escritos ocuparían la cima y la tradición oral el último escalón? Parece que no. El valor de una fuente no es una realidad en sí misma; está en relación con el objeto particular de la investigación iniciada. Así es como en cada caso concreto, dentro del haz de testimonios de los que se dispone, existe una fuente axial, una fuente-guía que puede diferir según el tema. Para la prehistoria africana y las sociedades de pigmeos, por definición, los documentos escritos no constituyen la mejor fuente, puesto que no existen. Según los momentos y las regiones, en Africa, el abanico de las pruebas históricas es exigido por tal o cual fuente axial, desempeñando las otras, en ese caso, un papel accidental y auxiliar. Según se trate de un oscuro agrupamiento getulo o del reinado de Yugurta, de los kirdí del norte de Camerún, o de los ashanti de Ghana, de los kabyé del norte de Togo, o del imperio de Gao que nos relata el *Ta-riḳh al-Fattāsh*, la fuente maestra no es la misma. Y, sólo al final de la investigación, una de las fuentes es reconocida como maestra. Porque es la fuente la que condiciona el resultado, pero es el resultado el que justifica la fuente. Si eso es cierto, se puede adelantar sin temor a error que, en materia de Historia africana, la interdisciplinariedad, lejos de ser un lujo, es uno de los datos fundamentales del método. Realmente no hay alternativa en la interdisciplinariedad.

## LA COMPLEMENTARIDAD DE LAS FUENTES

Las fuentes de la Historia africana son manifiestamente complementarias, hasta tal punto que cada una de ellas, abandonada a sí misma, está a menudo mutilada y no refleja de lo real más que una imagen falsa que sólo la intervención de otras fuentes puede ayudar a poner a punto.

La arqueología en sí misma corre el riesgo de ser tan sólo una descripción árida, un acta casi fúnebre, redactada atrevidamente partiendo de algunas muestras. Y si hay que esperar sólo otras excavaciones para corroborar o

invalidar las hipótesis formuladas, el ritmo del descubrimiento sería extraordinariamente lento. Por el contrario, colocada en el marco de vida que ella pretende exhumar y que era multiforme, la arqueología presta eminentes servicios a las demás disciplinas que le corresponden bien. En efecto, la explicación de sus hallazgos se encuentra con mucha frecuencia fuera de la arqueología misma. En Zimbabwe, por ejemplo, son las minas de oro y su defensa, así como la religión, las que dan sentido a la mayor parte de las estructuras y superestructuras. En otras partes, el contenido de las tumbas y la posición de los muertos en los mausoleos no pueden explicarse más que por las creencias de las gentes y la representación que dan del más allá. En cambio, cuando en el norte de Ghana algunas excavaciones revelan un plan arquitectónico conforme a los del Sudán saheliano, la arqueología plantea o resuelve un problema interesante de influencia cultural.

Lo mismo ocurre con el arte africano que, para iluminar la Historia, ha de ser iluminado por ella. En efecto, el arte, sobre todo el arte prehistórico, está condicionado por una multitud de factores, desde la geología hasta las religiones, mitos y cosmogonías, pasando por las estructuras sociopolíticas y la voluntad de poder de los reyes. En esas condiciones, la estética está íntimamente gobernada por la ética, al mismo tiempo que ésta ayuda a aquélla. Por otro lado, el arte es frecuentemente un conservatorio, un museo de antropología cultural y hasta física por los ritos, escarificaciones, peinados, vestidos y escenarios que reproduce.

Pero la comprensión del arte en sí, como técnica inspirada, no puede hacerse desde fuera de la Historia. La estilística se explica frecuentemente por la organización social. En Benin, por ejemplo, son los mismos artistas (egbesanewa) quienes tallan la madera y el marfil; mientras que otros trabajan la tierra cocida y el bronce. Es evidente que el paso de un material a otro explica en gran parte la hechura de los objetos de marfil o de bronce; así como, durante la prehistoria, el diseño y los dibujos exteriores de los objetos de barro no se explican más que por su invención partiendo de los cestos de paja trenzada. ¡Qué decir entonces de las máscaras, para cuya confección los africanos han desplegado una imaginación sin límites! Las máscaras bobo, por ejemplo —en particular las tres principales: kele, la máscara de antepasados; kimi, la de cabeza de marabú, y tiébélé, la del cráneo de búfalo—, son auténticas personalidades reconocidas en la aldea, y no sólo constituyen testimonios de la Historia, sino que contribuyen también activamente a hacerla<sup>4</sup>. ¡Qué decir de los cauris, mencionados ya por Ibn Baṭṭūta en 1352, en la corte de Malí, y cuyo destino primero era monetario, pero que servían también, por sus hileras artísticamente dispuestas, como adorno, y que tenían igualmente un valor especial para los compromisos sociales y las ceremonias religiosas! El arte está aquí inmerso en un complejo que lo informa y que él, a su vez, vivifica. Empezar la historia de algunas sociedades africanas sin comprender el lenguaje

<sup>4</sup> «La gran máscara de los oráculos o "espíritu de Dios" es el Go Gè, conservado por un sacerdote supremo llamado Gonola. La gran máscara forma gran parte del sistema político de esas sociedades, extensión práctica del culto de los antepasados, que se realiza por la noche en el mayor secreto. Durante las sesiones del Poro, la gran máscara es llevada de antemano al bosque sagrado y cubierta con una tela blanca. El Gonola desempeña el papel de jefe y de sacerdote, dispensador de la verdad insuflada por los antepasados. Go Gè es también un legislador, ya que sus decisiones son pregonadas en la aldea y tienen fuerza de ley». M. Houis en *Etudes guinéennes*, 1951; G. W. Harley, 1950.



múltiple de los *cauris* y de las máscaras, es como si un analfabeto se metiera en un archivo. La «lectura» de la evolución estudiada quedaría necesariamente trunca-da.

Lo mismo puede decirse de la tradición oral que es ampliamente tratada en otro lugar. La tradición oral es Historia viva y conservada por la memoria colectiva, con todo lo que ella encierra de riesgo e ingenuidad, pero también de lozanía y savia. En la tradición hay, como en la lengua de Esopo, lo mejor y lo peor. Es cierto que la tradición oral permanece a menudo muda sobre los factores económicos y estructurales, pero, tal como es ella, sirve ya para detectar otras fuentes con frecuencia más pertinente, como los manuscritos y los yacimientos arqueológicos, hasta tal punto que es recomendable dedicarse a la recogida de las tradiciones locales antes de realizar las excavaciones. La tradición ayuda también a corregir los errores de interpretación que proceden de un enfoque puramente exterior. Además, permite limitar el número de hipótesis y reducir el abanico de opciones<sup>5</sup>. Pero, en caso de versiones múltiples de una misma tradición, hay otra fuente, como, por ejemplo, la consulta del mapa de las zonas interesadas para tal o cual eclipse que permitirá decidir. Unidas a la tradición, los tambores constituyen uno de los principales libros vivos de África. Algunos tambores son oráculos; otros, centros de emisión; otros, gritos de guerra que hacen surgir el heroísmo, y otros hacen de cronistas que desgranán las etapas de la vida colectiva. Su lenguaje es, en primer lugar, un mensaje cargado de historia. A este respecto, se distingue la etnomusicología interna o técnica y la etnomusicología externa, es decir, unida al tejido social o cultural<sup>6</sup>. Las epopeyas o crónicas mayores son cantadas frecuentemente por grupos sociales organizados a este efecto y de manera específica en África, en el marco de una participación viviente. Porque la música nunca se recibe pasivamente: es ejecutada por todo el grupo. El lugar de una celebración colectiva es donde la trilogía canto-danza-música nos invita a una interpretación sintética, en la que la lingüística, la historia, la botánica, la psicología social, la psicología, la fisiología, el psicoanálisis, la religión, etc., tienen que decir su palabra. Sin llegar a esperar mucho de la musicocronología, el estudio comparativo de los instrumentos y del contenido musical por medidas aritméticas tratadas mediante el análisis estadístico puede dar resultados convincentes en materia de difusión y desarrollo culturales. El universo musical africano se extingue ante la invasión de música frecuentemente menos rica, pero exportada por unos sistemas económicos más ricos. El propio tam-tam que ha hecho la Historia, ¿será muy pronto objeto de ella?

<sup>5</sup> Es evidente que la tradición debe ser situada. En un interesante cuadro metodológico de análisis de cuentos y leyendas, algunos investigadores han definido en 7 columnas los datos internos al cuento (semántica-retórica) y los datos externos, algunos de los cuales dependen del contexto cultural y de civilización y los otros están incluso fuera de ese contexto.

Cf. «Littérature orale arabo-berbère», 4<sup>e</sup> *Bulletin de liaison*, 1970. Centro de estudios magrebinos, Museo del Hombre, París.

<sup>6</sup> «Procediendo así, el investigador puede desembocar en muchos temas más concretos: las relaciones de la música y del lenguaje, los símbolos sociales y filosóficos vinculados con la música, la relación de los ritmos en los fenómenos de posesión, las relaciones de la música con el entorno económico y ecológico, las relaciones entre diversas músicas y diversas etnias».

Simha Arom, Denis Constant en D. Martin, T. Yannopoulos, *Guide de recherches — l'Afrique noire*, Armand-Colin, París, 1973.

La lingüística es cada vez más una compañera joven, fiel y fecunda de la Historia, porque la tradición se conserva bajo las especies y en el museo viviente de las lenguas, cuya ciencia hay que poseer para extraer «su médula sustancial». Toda lengua es una creación mental, pero también un fenómeno social. Su vocabulario, por ejemplo, es el reflejo de las realidades forjadas por la Historia de cada pueblo. Pero, recíprocamente, es la lengua, el verbo, el que hace pasar por la mentalidad y motivaciones de los pueblos un sistema de conceptos y normas reguladoras de las conductas; algunos de esos conceptos son difíciles de expresar idénticamente en una lengua vinculada a un diferente contexto global. Tal es el concepto de sanakuya (en mandé) y de rakiré (moré) que expresa, mal que bien, «parentesco de broma», y que desempeña un papel histórico tan importante en la zona sudanesa-saheliana: así el concepto de dyatigui (en mandé), que dista mucho de coincidir con la simple idea de «posadero», y el concepto de tengsoba expresado palabra a palabra, pero no idea a idea, por la fórmula «dueño de tierra». La crítica lingüística es constantemente solicitada por el historiador en concurrencia con otras fuentes. Así es como la cronología y el origen de las ruinas circulares del país lobi son resultado de un concurso de pruebas que se eliminan y se refuerzan mutuamente: rechazo de la hipótesis de un origen portugués, fundado en un texto de Barros, pero contradicha por el trazado de la ruta que estaría aludida y por el examen del revoco, cuyo estado de reciente construcción no autoriza a suponer un horizonte temporal muy remoto: apelación a la denominación wilé y birifor de esas ruinas (*kol na wo*, es decir, «establos para las vacas de los extranjeros»); identificación de esos extranjeros en la persona de los kulango, gracias a la estilística de los objetos de alfarería encontrados en las ruinas; estimación cronológica, en fin, unida a las tradiciones migratoria de los pueblos de la región. Aquí se ve concretamente el papel decisivo de la lingüística en el intento de interpretación de un hecho histórico preciso<sup>7</sup>.

Pero el fenómeno lingüístico, que es cultural, no podría asimilarse sin una tosca aberración con el tribalismo o con el hecho biológico de la raza. La lengua de los jinetes dagomba, invasores de los países de la cuenca del Volta en el siglo XIV, se perdió tal vez, pero, como ha sido reemplazada por la lengua de las mujeres kusase que ellos tomaron localmente y que se convirtieron en madres de sus hijos, resulta de ello una contaminación lingüística que, como ocurre a veces, se habría ejercido a costa de aquellos que, además, detentaban el imperio político. Asimismo, la etnohistoria, reducida al presente etnográfico casi inerte de los funcionalistas, no es una verdadera historia ni podría desempeñar un papel positivo en esa conjugación de fuentes, donde cada una de ellas constituye no un elemento estático, sino un contenido variable por el flujo del proceso histórico. La etnohistoria funcionalista descuida, por otro lado y con demasiada frecuencia, las culturas materiales y ese movimiento general de los productos en el que Leroi-Gourhan descubría la matriz de las civilizaciones. El trueque mercantil transahariano —el de sal por oro en Sudán, que algunos siglos más tarde dio lugar al de cautivos por fusiles— ¿no constituye la base más importante de la edificación de los reinos e imperios en el Oeste africano?

<sup>7</sup> Cf. P. Parenko y R. P. J. Hebert, 1962.

En tales condiciones, una sociología dinamista representa también uno de los medios esenciales en el que debe ejercerse la crítica histórica africana. En efecto, no se trata de transferir sin discernimiento los métodos de análisis de un tejido sociopolítico determinado a otro, ni en el tiempo ni en el espacio, con riesgo de crear más problemas de los que se resuelven. Por ejemplo, para el cómputo de las duraciones medias de reinados, no se debería extrapolar sin precaución, en la corriente histórica, una duración media tomada en un período contemporáneo conocido, puesto que la estabilidad o inestabilidad política y social no son necesariamente las mismas. Del mismo modo, la sucesión colateral (de hermano a hermano), preferida en el reino mossi de Yatenga, no podría dar medias idénticas a las del reino de Uagadugu, en el que la sucesión era con preferencia en línea directa (de padre a hijo). En el caso de Uagadugu, la duración media de los reinados tendería a ser más larga y el número de generaciones más elevado. Aunque factores religiosos pueden también ser tenidos en cuenta. Pero, si pasamos a las dinastías de los reyes de los gan (Gan-Massa), que eran sistemáticamente elegidos entre los hombres maduros más jóvenes, la media de duración de los reinados será aún más elevada. En otros términos, la determinación del horizonte cronológico no debería realizarse independientemente del conocimiento de la sociología política de un país determinado. Pero el concepto mismo de estabilidad no es un «modelo» dispuesto para usar al momento y sin cambiar nada para todos los períodos y países. La estabilidad puede ser sólo aparente o resultar de un «precio» social demasiado elevado. En Etiopía y en el reino de Uagadugu, la eliminación o relegación de los candidatos desafortunados y de los colaterales aseguraba cierta estabilidad, pero al precio de importantes pérdidas humanas que la Historia debe tener en cuenta en términos de inestabilidad, para dar una explicación pertinente de la evolución de esos países.

Las ciencias naturales o exactas serán también puestas a contribución para delimitar o afinar la imagen del pasado africano, comenzando por el ordenador para el tratamiento de ciertos datos cifrados, y por los procedimientos técnicos, físicos, químicos y bioquímicos de datación, por el análisis de los metales, plantas y mercancías alimenticias, del ganado y su «pedigree», por la epidemiología y las catástrofes materiales unidas a la climatología. No en vano, en las tradiciones africanas se da una importancia tan grande a las hambres que sirven de puntos de referencia cronológica, con el mismo título que las guerras. El papel de la violencia ha sido, en la evolución de Africa, sin duda, comparable al que ha desempeñado en la Historia de los demás continentes; pero, en un aspecto, el escaso nivel tecnológico ha hecho su impacto absoluto menos virulento, mientras que el impacto relativo se ha encontrado magnificado, ya que el más ligero avance de un pueblo sobre otro en ese terreno revestía una significación mayor. ¿No ha sido la diferencia de armamento determinante en la instauración de la hegemonía de los asirios en Egipto y de las primeras dinastías de Ghana y de Tchaka el Zulú? Las estadísticas también deben aportar una contribución sustancial, aunque sólo sea para dar una consistencia cuantificada a realidades que sin ello estarían deformadas, incluso cualitativamente, puesto que a partir de un punto determinado se puede hablar de un salto cualitativo en la naturaleza de los fenómenos. Las estructuras de dos pueblos de 10.000 y 10 millones de habitantes no pueden ser de

la misma naturaleza. Cuando se habla de invasiones, de ejércitos africanos del siglo XIV, la trampa del anacronismo consiste en imaginar esas movilizaciones a través del esquema conceptual del siglo XX. La referencia estadística, incluso en forma de estimaciones aproximativas, contribuirá a poner las cosas en una escala de tamaño natural más conforme con el desarrollo real de los acontecimientos.

La polemología africana no puede, por otro lado, contribuir válidamente a la Historia africana si no se la une con la religión a la que está estrechamente asociada, porque el arte de la guerra era en parte un enfrentamiento mágico. No hay más que ver el uniforme de guerra de al-Bury N'Diaye, cubierto de amuletos, para convencerse de ello. Y eso continuará hasta los soldados africanos de las dos guerra mundiales. En cuanto a la antropología física, debe ser asociada, por su parte, a la redacción de una historia auténtica. Los mitos racistas, como la tesis «hamita», apoyados en frágiles apariencias, hace mucho tiempo que han infectado ese sector de la investigación. Precisamente sólo podrá ser saneado por el método interdisciplinario, asociando pruebas diversas para llegar a la verdad. Ya las pinturas rupestres prehistóricas pueden poner sobre la pista de ciertas identificaciones, aunque sea necesario no confundir género de vida (tal como aparece en la pared de una roca) y raza. No olvidemos, sin embargo, que algunas deformaciones del esqueleto, como el alargamiento del cráneo practicado entre los mangbetu, van unidas al tipo de vida y a la cultura. Por otro lado, aunque el análisis serológico puede ayudar a deshacer ciertas confusiones, desvela, no obstante, que incluso los grupos sanguíneos pueden adaptarse al medio ambiente; lo que denota el impacto decisivo del biotopo sobre la raza. Esta no puede, pues, comprenderse mientras que no sea colocada de nuevo, como casi todo lo que compete a la Historia, entre la naturaleza y la cultura, pasando por la biología. La naturaleza africana ha pesado mucho en la Historia. Por eso, sin caer en un determinismo mecánico cualquiera, las condiciones geográficas no deben nunca perderse de vista<sup>8</sup>. La especificidad de las culturas y de la evolución prehistórica del Africa central, como recuerda De Bayle des Hermens, únicamente se comprende pensando en la presencia opaca del bosque, la cual nos recuerda la influencia del espacio sobre el tiempo<sup>9</sup>. ¿Cómo hablar de los primeros habitantes del valle del Nilo sin recurrir a la geomorfología y la paleoclimatología?<sup>10</sup>

## ¿COMO?

Por consiguiente, son múltiples las asociaciones y conjugaciones de disciplinas que se imponen al historiador de Africa. Pero ¿cómo organizar esa batalla alineada y concertada de disciplinas tan heterogéneas en la conquista común del

<sup>8</sup> «La naturaleza propone y el hombre dispone», ha escrito Vidal de la Blanche; pero, como sugiere el P. Teilhard de Chardin, «La Historia, vista desde arriba ¿no es el capítulo más reciente de la historia natural?».

<sup>9</sup> Ver H. Lefebvre, 1974, libro vigoroso en el que el autor se refiere a una teoría unitaria del espacio (físico, mental y social).

<sup>10</sup> La reconstrucción de la dieta que proporciona algunas indicaciones sobre la demografía, así como sobre la duración de ocupación de un yacimiento, puede ser derivada de tests químicos sobre el calcio, fosfato, pólenes y proteínas. Los polinólogos se han esforzado en formar un banco de pólenes africanos.

antiguo rostro de África? Se puede concebir una asociación de esfuerzos extraordinariamente carentes de nervio, que consista solamente en proponerse unas intenciones comunes, en dejar que cada uno camine según la problemática de su disciplina propia y en encontrarse en la línea de llegada para una confrontación de los resultados. Esa estrategia no parece satisfactoria, porque deja sin resolver todos los obstáculos de cada disciplina en particular, sin sacar partido, si no de todas las virtudes de cada una, al menos del aumento de luz que brota de la íntima asociación de sus enfoques. A la interdisciplinaridad por yuxtaposición hay que preferir una interdisciplinaridad por trasplante de enfoques y disciplinas. Hay que fijarse en común la estrategia global de la investigación, pero también las etapas tácticas. Después de haber definido de común acuerdo los interrogantes esenciales en su aparición original, llega el momento de repartir por grupos aquellos que exigen la intervención de tal o cual disciplina. A plazo fijo, o también según la demanda de una de las partes comprometidas en la investigación, ha de realizarse la preparación esmerada o la elaboración en común, especie de memorial donde se plantean los problemas en términos remozados por la progresión del enfoque común. Llegado el caso, si se detectan por medio de la elaboración en común dificultades con peligro de estrangulamiento, serán objeto de programas de urgencia y de concentración intensiva de los esfuerzos. Esa asociación permanente, esa investigación cooperativa, debe disponer de un director para el conjunto del trabajo o del programa. Pero pueden asimismo designarse de antemano diferentes guías para los distintos momentos de la investigación, según que tal fase exija la preeminencia de un lingüista o que tal otra exija más bien la de un sociólogo, etc. Semejante estrategia interdisciplinaria tiene probabilidades de provocar un enriquecimiento mutuo y auténtico del enfoque de cada disciplina, y un perfilamiento de su mordiente sobre el tema común de la investigación. Igualmente permite excluir cuanto antes el avance a ciegas en los momentos de estancamiento y abrir al máximo vías fecundas y atajos aceleradores. Semejante investigación colegiada, que conduciría a historiadores, a antropólogos culturales, a especialistas en arte y a botánicos a bajar a los yacimientos con los arqueólogos, se presenta como una red imponente que recoge en extensión y profundidad la sustancia de la realidad histórica global. Eso supone que los institutos de estudios africanos, que ya existen en gran número, puedan adaptar sus estructuras a esa clase de acción. Y supone, sobre todo, que un nuevo estado de ánimo penetre en el interior de los propios investigadores.

En efecto, ¿cuál es la meta de esta empresa? Restituir a los africanos una visión y conciencia de su pasado, que no llegue a ser una fotocopia de la vida anterior, sino que deba —algo así como en la caverna de Platón— reproducir en proyección las escenas que hasta hace poco fueron reales en el pasado. Ahora bien, la vida es esencialmente integración y coherencia, adhesión de fuerzas diversas a un proyecto común. La muerte es, por definición, disgregación, incoherencia. La vida individual o colectiva no es ni unilineal ni unidimensional, sino un tejido denso y compacto. Ocurre que la novela histórica intenta y logra (en unas condiciones seguramente más fáciles) ese proyecto raramente realizado por los historiadores: la resurrección del pasado. Profesores de historia, de economía, de sociología, etc., podrían encontrar materia de estudio conjunto, en esos frescos vivientes que son

*Las uvas de la ira*, de Steinbeck, *La condición humana*, de Malraux, o *Tchaka*, de Th. Mofolo.

Sin escribir como en las novelas, hay que apuntar a reconstrucciones de esa densidad, porque en ese caso la vida real fue más palpitante aún que la novela. La realidad sobrepasa a la ficción. Todo movimiento histórico depende a la vez de todos los aspectos de la realidad social. Y la reconstrucción histórica que no tenga en cuenta todos esos aspectos será, en realidad, si no una antihistoria, sí al menos otra historia: una aproximación parcial, porque no sera imparcial. Desde luego, puede uno concentrarse en un punto concreto del cuadro histórico para hacer de él un primer plano, o un primer esbozo, pero a condición de no olvidar que ese punto está situado en el cuadro, sin el cual no puede, ni siquiera como punto, ser completamente comprendido. Esa observación vale más aún para el conjunto del cuadro. Los hechos históricos principales, como la expansión mandé en el Oeste africano, proceden de un encuentro, de un concurso de fuerzas: la tecnología, el equipamiento material, el comercio, los valores de la lengua, la pertinencia de la organización política, el ímpetu del sentimiento religioso, etc. Tratar, como se hace con frecuencia, de valorar abusivamente *la causa* motriz antes de intentar que la intervención de todas las causas vuelva a su abundancia vital, es levantar un edificio conceptual en lugar de tratar de reeditar el pasado por el espíritu. Esa captación global de la Historia por medio de múltiples fuentes es todavía más imperativa para unas sociedades en las que precisamente la vida está más integrada y es menos dicotómica que en los países donde ya está consumada la escisión en clases antagónicas. En Africa se distinguen, quizás con demasiada facilidad, las sociedades con Estado y las sociedades sin Estado, definiendo evidentemente ese último término según las normas de su propia experiencia colectiva<sup>11</sup>. Se olvida tal vez que, incluso en un imperio como Malí, la falta de carreteras abiertas al tránsito y de administración burocrática, así como la opción deliberada de los dirigentes para la descentralización exigida por los hechos, todo ello encerraba, como consecuencia, que la vida real de la mayor parte de la población se desarrollase fuera del «Estado», en unas aldeas dotadas de su autonomía milenaria y que no estuviesen vinculadas al centro ni mediante la materialidad de un lazo feudal, concretado por un feudo, ni por la realidad física de las autopistas o ferrocarriles, ni por la materialidad de las listas de impuestos y de los decretos ministeriales o gubernamentales. Ignorar eso es condenarse al enfoque rudimentario consistente en series de reyes y príncipes de quienes no conocemos a veces más que una o dos hazañas en un reinado de 15 a 20 años y a los que erigimos en hitos perentorios de la vida real de los pueblos. La vida de los pueblos africanos era, en su inmensa mayoría, la de las sociedades totales, si no totalitarias, en las que todo estaba ordenado, desde la realización de las herramientas hasta los ritos agrarios, pasando por el ceremonial del amor y de la muerte. Según eso, la sociedad regida por «el animismo» no está menos integrada que la que está gobernada por el Islam. En muchos aspectos no era una sociedad laica. Y tratarla como tal es vaciar una parte importante de la realidad. En

<sup>11</sup> Ver, a este respecto, Maquet, J. J., 1961. El autor hace intervenir, por turno, el análisis económico, sociológico y político para tratar de definir un «modelo» aplicable a la sociedad sogá.

resumen, la centralización existe también en esos países; pero no es la del Estado moderno<sup>12</sup>, la cual es casi el precio y el antídoto de la división a rajatabla del trabajo social. La iniciación, por ejemplo, entre los senufo (Poro), los lobi (Dyoro) y los diula, desempeñaba un papel focal en torno al cual se organiza toda la vida de la colectividad. Asimismo, se levantan auténticas federaciones de aldeas en torno a un altar o a un culto común, como en el país Samo (Alto Volta) y en el país Ibo.

Por otro lado, los países africanos donde las fuerzas productivas han permanecido en un nivel muy bajo gozan, por el contrario, de un hormigueo cultural casi invasor. Cuando la dependencia de la naturaleza era casi total, todo vestido era adorno. La herramienta más pequeña o cualquier utensilio estaba hecho con arte. Y eso ocurría hasta en las escarificaciones corporales, en vaciado o en relieve, que al mismo tiempo no proclaman identidad étnica ni manifiestan intención estética. Lo mismo ocurre con la moneda de hierro (guinzé), utilizada por los loma (Toma), kissi, konianké, mendé, kuranko, de Guinea, Sierra Leona y Liberia. Moneda, protectores de las viviendas y de los campos, albergues del espíritu de un difunto y de los antepasados: los ginzé eran, sin duda, todo eso al mismo tiempo y no podrían, sin error, ser reducidos a una sola de sus dimensiones. Esas sociedades totales exigen claramente una Historia integral a su imagen. Por eso, la mejor manera de describir todo eso es el trabajo interdisciplinario. Este es el caso de la obra conjunta del antropólogo D. Tait y del historiador J. Fage respecto a los konkomba. Tal es el enfoque sintético utilizado por J. Berque para captar la historia social de una aldea egipcia<sup>13</sup>. También en esas condiciones, el método global necesitará una aproximación que tenga en cuenta todos los factores externos, al igual que los elementos domésticos. Y necesita que sean traspasadas las fronteras de Africa para integrar las aportaciones asiáticas, europeas, indonesias y americanas en la personalidad histórica africana. Y, por supuesto, en absoluto bajo la forma de un difusionismo elemental. Porque, incluso cuando hay intervención exterior, ésta se encuentra orientada por las fuerzas interiores ya en acción. Lo recuerda la máxima de los escolásticos: «quidquid recipitur, ad modum recipientis recipitur» (todo lo que se recibe lo es en la medida y según la forma del recipiente). Así es como el arroz asiático se ha cultivado allí donde existía ya el oriza africano autóctono, lo mismo que la mandioca donde existía el ñame. La cultura africana es un complejo refinado de factores. Pero no debería reducirse a la suma numérica de ellos, pues no están allí sumados o alineados como artículos de ultramarinos. La cultura africana es ese todo que asume y trasciende cualitativamente a los elementos constituyentes. Y el ideal de la Historia africana es apoyarse en todos esos elementos para dar una idea de la cultura misma en su desarrollo dinámico. Lo que equivale a decir que el método interdisciplinar debería desembocar al final en un proyecto transdisciplinario.

<sup>12</sup> Ello lo prueba claramente el episodio, narrado por Ibn Baṭṭūṭa, del pueblo de Bouré al que, tras un intento desdichado de asimilación, el emperador de Malí acaba por reconocer su autonomía cultural.

<sup>13</sup> J. Berque, 1957.

# MARCO CRONOLOGICO DE LAS FASES PLUVIALES Y GLACIALES DE AFRICA

## *PARTE I*

*RUSHDI SAID*

Nuestro propósito es presentar aquí una exposición general de algunas de las modificaciones físicas del continente africano durante el Pleistoceno y el Holoceno anterior o posterior. Durante ese período de unos dos millones de años, los climas y entornos de la tierra experimentaron considerables variaciones. La serie de acontecimientos climáticos principales ocurrida en el transcurso de esa época ha sometido, en cuatro ocasiones, las latitudes septentrionales a la extensión y la retirada de cubiertas glaciales (glaciaciones de Günz, Mindel, Riss y Würm en los Alpes). Se formaron valles y terrazas fluviales; se establecieron las costas actuales, y la flora y la fauna experimentaron modificaciones importantes. Las formas protohumanas habían divergido a partir del tronco ancestral de los primates a comienzos del Holoceno, y las herramientas más antiguas identificables se encuentran en los horizontes del Pleistoceno superior. En gran medida, y a partir de la aparición del hombre, como mamífero que utiliza herramientas, parece que el desarrollo de la cultura estuvo profundamente influenciado por los factores ecológicos que han caracterizado los estadios sucesivos del Pleistoceno.

La idea según la cual, en varias épocas del Pleistoceno, los glaciares eran mucho más extensos que actualmente ha llegado a ser en Europa una noción por completo establecida, y rápidamente pareció evidente que esos episodios europeos de agravación climática no eran solamente de carácter local. Los trabajos realizados en el continente africano, por ejemplo, han mostrado que, durante el Holoceno, aquél sufrió variaciones climáticas de gran envergadura que —aunque todavía no haya sido posible determinar de modo formal su correlación con los acontecimientos que se han producido al norte del planeta— están en gran medida relacionados con ellos de un modo que está por descifrar.

En el transcurso de la última década, han mejorado sensiblemente las perspectivas de establecimiento de una cronología del Cenozoico posterior y del Pleistoceno. Los programas de sondeo en mar profundo han proporcionado informaciones extraordinariamente valiosas sobre una secuencia sedimentológica



más o menos continua que describe los acontecimientos de la última parte de la historia de la tierra. Los detallados estudios multidisciplinarios de las muestras recogidas en el curso de esos programas, los progresos de la geofísica y, más particularmente, los estudios del paleomagnetismo, así como el perfeccionamiento de las técnicas de medidas radiométricas, han contribuido a la elaboración de una cronología bastante satisfactoria de ese período. Queda mucho por hacer en ese terreno, porque aún no ha sido posible establecer una correlación definitiva entre los acontecimientos de las diferentes áreas. Sin embargo, la cronología de la parte más reciente de la historia de la tierra es una de las mejor establecidas, aunque los especialistas no están de acuerdo en la delimitación del Pleistoceno, debido a la gran confusión que provoca la clasificación de los estratotipos clásicos del Plioceno y del Pleistoceno en la secuencia establecida a partir de los fondos marinos. Seguidamente indicamos la clasificación que será empleada en este capítulo. La cronología geomagnética de los últimos 5 000 000 de años muestra que el campo magnético terrestre ha sido alternativamente «normal» e «invertido». Esas diferentes épocas han sido interrumpidas por unos «acontecimientos» menores marcados por una inversión. Esas épocas son las siguientes, yendo de la más recientes a la más antigua: Brunhes (– 0,69 millones de años), Matuyama (– 0,69-2,43 millones de años), Gauss (– 2,43-3,32 millones de años) y Gilbert (– 3,32-5,4 millones de años). El intervalo magnético Gilbert-Gauss ha estado caracterizado por un importante deterioro climático que puede comprobarse en numerosas regiones del globo (ver a este respecto Hays y otros, 1969). Ese episodio frío corresponde al comienzo de la glaciación de Nebraska (tal como queda atestiguada en el golfo de México), con la aparición de los depósitos glaciares en el Atlántico Norte, y en la fauna continental del Villafranquiano medio.

Según algunos autores, para quienes el comienzo del primer deterioro climático constituye el límite entre el Pleistoceno y el Plioceno, ese episodio marca el comienzo del Pleistoceno. Sin embargo, la adopción de esa última delimitación estaría en desacuerdo con la recomendación del congreso de 1955 de la International Association for Quaternary Research (INQUEA), porque implicaría que los conjuntos fáunicos del corte clásico de Castellarquato deberían ser excluidos del Plioceno. Es preferible colocar la frontera en –1,85 millones de años, que corresponde a la base del Calabriense y al acontecimiento magnético de Olduvai, de la época Matuyama. Trabajos recientes han mostrado que ese fue más bien un período de refrescamiento que de enfriamiento. Bajo las latitudes templadas, las primeras grandes glaciaciones del Pleistoceno se produjeron hacia – 500 000 años, en el intervalo Brunhes-Matuyama. Esa glaciación puede corresponder a la glaciación alpina de Günz. El Pleistoceno puede, por consiguiente, ser dividido sumariamente en dos partes, la más reciente de las cuales constituye el período glaciario y la más antigua un Pleistoceno preglaciario. La glaciación alpina de Riss se sitúa hacia 120 000-130 000 años BP, y la glaciación de Würm ha comenzado en el año 80 000 BP. Esta última es quizás la que ha sido mejor fechada y estudiada. Ha durado hasta el Holoceno, situado hacia el año 10 000 BP.

Como se ha indicado anteriormente, en este capítulo nos esforzamos en revisar las modificaciones más importantes sufridas por el continente africano en respues-

ta a las variaciones climáticas del Pleistoceno. Un continente de la envergadura de Africa comprende varios entornos distintos, cada uno de los cuales ha respondido de un modo y en grados diferentes a las grandes modificaciones paleoclimáticas del Pleistoceno. Abordaremos, pues, el examen de esos cambios situándonos en el marco de las principales regiones climáticas actuales de ese continente, que pueden clasificarse en dos categorías: las zonas ecuatoriales y subecuatoriales, y las zonas tropicales y subtropicales.

## ZONAS ECUATORIALES Y SUBECUATORIALES

La zona ecuatorial cubre actualmente la cuenca del Congo en el oeste de Africa, caracterizado por vientos poco variables, escasas diferencias estacionales de temperatura e higrometría y tornados o tormentas frecuentes. Esa zona está recubierta en nuestros días por bosques típicos. La zona subecuatorial cubre la mayor parte de la mitad de Africa. Está caracterizada por la presencia de masas de aire de tipo ecuatorial en verano, y masas de aire de tipo tropical en invierno. El invierno es seco y apenas más fresco que el verano. La mayor parte de esa zona comprende regiones cuya humedad abundante conserva una vegetación de sabana tropical. Las franjas meridionales y septentrionales tienen hoy, sin embargo, una vegetación de estepa tropical.

Las fluctuaciones de la pluviosidad de esas zonas en el transcurso del Pleistoceno permiten dividir esa época en una sucesión de regímenes pluviales e interpluviales. Los pluviales conocidos con el nombre de Kagueriense, Kamiense, Kanjeriense y Gambliense son considerados como los correspondientes a las cuatro grandes glaciaciones del hemisferio Norte, pero esa correlación está por probar. En el Holoceno se han distinguido dos subpluviales llamados Makaliense y Nakuriense.

Los pluviales se traducen por un amontonamiento más importante de sedimentos lacustres o una elevación de las líneas ribereñas que han quedado en varias cuencas encerradas por la superficie de los lagos existentes. Los interpluviales están caracterizados por un incremento de la actividad eólica en el curso de la cual las arenas eólicas han sido depositadas o redistribuidas muy al sur del actual límite meridional de las dunas móviles, y que corresponde a modificaciones radicales de la vegetación. En esas zonas, varias cimas volcánicas presentan señales glaciares a unas alturas inferiores al límite actual de las nieves perpetuas, que indican la existencia de un clima más frío en algunos momentos del pasado. En los párrafos siguientes ofrecemos ejemplos de esas modificaciones ocurridos en el Africa ecuatorial y subecuatorial.

## CUENCAS LACUSTRES DEL AFRICA ORIENTAL

El Africa oriental, en particular en sus cuencas lacustres, constituye una zona típica de esos pluviales e interpluviales propuestos para describir la evolución del Africa subecuatorial. Los lagos de Africa del Este están situados en el sistema de

las fosas de depresión africana. Los que cubren los fondos de la zona oriental no poseen salidas, a excepción del lago Victoria, y se encuentran en climas mucho más secos. Por el contrario, los principales lagos de la zona occidental están colmados hasta su nivel de desbordamiento.

Desde un principio parece evidente que los testimonios de niveles lacustres más altos en una zona de gran actividad sísmica, como Africa del Este, deben hacer pensar en hipótesis, aunque sin poder sacar conclusiones. En esa región extraordinariamente inestable es necesario considerar la posibilidad de desplazamientos tectónicos de las líneas ribereñas, de modificación de los niveles de desbordamiento de los lagos y del balanceo de las cuencas lacustres. Por esa razón, el concepto de pluviales desde el Pleistoceno anterior hasta el medio ha sido abandonado (Cooke, 1958; Flint, 1959; Zeuner, 1950). Los estudios recientes de las cuencas lacustres del Africa oriental han limitado la utilización de ese testimonio climato-estratigráfico al pluvial Gambliense que contiene en ciertos lugares sedimentos que no han experimentado deformación tectónica.

Sin embargo, testimonios geológicos muy numerosos prueban de modo indiscutible que los límites de los principales bosques ecuatoriales han variado considerablemente en el pasado. Los grandes bosques de las cuencas de drenaje del oeste han sido un factor importante de condicionamiento de la vida del hombre a lo largo del período para el que disponemos de testimonios arqueológicos. El yacimiento famoso de la garganta de Olduvai, al norte de Tanzania, contiene en su base una fauna vertebrada magníficamente preservada, que pertenece indiscutiblemente al Pleistoceno anterior. Las correlaciones climáticas indican un período de pluviosidad particularmente importante (Kagueriense u Olduvai I). Por encima se encuentran dos formaciones que indican, respectivamente, un intervalo más seco, seguido por una pluviosidad relativamente importante. En ese yacimiento particular existe una secuencia estratigráfica que contiene la serie evolutiva más completa de la bifaz, desde las formas primitivas más antiguas hasta las más importantes variantes especializadas de ese tipo de herramienta del Paleolítico inferior, tal como lo conocemos en Europa y en Asia central.

Los testimonios del pluvial Gambliense están constituidos, sobre todo, por las playas altas y los depósitos de fósiles lacustres de tres lagos en otro tiempo contiguos, situados al noroeste de Nairobi (Nakuru, Elmenteita y Naivasha). Naivasha posee un nivel de playa elevada ligeramente anterior al Paleolítico superior, que indica que el lago tenía una profundidad máxima de 200 m. y desaguaba probablemente a través de una línea divisoria próxima. La pequeña superficie de la cuenca vertiente del lago y la profundidad actual de los lagos que no excede de 10 m. permiten considerar esa antigua extensión del lago como una indicación de la existencia de climas más húmedos en el pasado.

En un refugio bajo roca que domina los lagos actuales de Nakura y Elmenteita, Leakey ha descubierto en la Gamble Cave un yacimiento bien estratificado que encierra una auténtica industria sistemática de láminas. El depósito situado en la capa más baja se describe como un montón de cantos rodados de playa lacustre extendido sobre el piso rocoso del refugio, a una altura de unos 200 m. por encima del nivel actual del lago. Los depósitos que contienen las herramientas se

encuentran irregularmente situados sobre ese montón, y consisten en un depósito blando de «ceniza, polvo, huesos y obsidiana». La fauna asociada es indiscutiblemente de tipo moderno. Según Leakey, los depósitos de herramientas pertenecen al final de un período de grandes lluvias (que se llama Gambliense, según el yacimiento en cuestión). Ese período pluvial es el primero que sigue al de los últimos niveles de Olduvai, que contienen herramientas y restos de una fauna extinguida muy característica.

El estudio clásico de Nilsson (1931, 1940) sobre las cuencas lacustres del Africa oriental es uno de los mejores documentos sobre las fluctuaciones de sus niveles en el pasado. Ese autor describe las líneas de las orillas altas del lago Tana (nivel de la superficie: 1.830 m.), origen del Nilo Azul, y observa cinco líneas de orillas principales hasta los 125 m., con un nivel menos claro a los 148 m. Nilsson muestra igualmente que cuatro lagos del Rift Valley (Zwai, Abyata, Langana y Shela), que estaban unidos entre sí, se han derramado o vertido durante cierto tiempo en el río Awash.

Los datos paleoclimatológicos relativos al lago Victoria muestran que ha estado bajo y ha sido endorreico durante un período de duración indeterminada anterior a los 14 500 años BP, época en la que existía una vegetación de sabana herbosa. El lago comenzó a aparecer primero alrededor de los confines septentrionales del lago. Pero es posible que el nivel de éste haya bajado 12 m. por debajo del nivel actual durante un corto período en torno a los 10 000 años BP. Entre 9500 años BP y 6500 BP, el lago Victoria estaba completamente lleno y rodeado de bosque de hoja perenne. El nivel del lago ha estado influenciado, en parte, por la incisión de su salida, pero los bajos niveles precedentes, así como la secuencia palinológica, son ciertamente independientes de ese factor.

Butzer y otros (1972) han realizado un estudio detallado de las cuencas lacustres del Africa oriental y ofrecen dataciones por el radiocarbono de algunos sedimentos de las antiguas playas. Los sucesos y las fechas del Cuaternario posterior de los lagos Rodolfo, Nakura, Naivasha y Magadi coinciden en gran medida. El lago Rodolfo, cuya superficie es actualmente de 7.500 km<sup>2</sup> es el mayor lago endorreico de Africa. Situado en una zona de aportaciones al este del Rift, está nutrido principalmente por el río Omo, que tiene su nacimiento en las tierras altas del oeste de Etiopía. Los trabajos de Butzer muestran que el litoral y los lechos deltaicos y fluviales asociados a ese lago estaban a unos 60 m. por encima del nivel actual hace unos 130 000 años BP, y unos 60-70 m. más arriba hace 13 000 años BP. Entre este último período y 9500 años BP, el lago alcanzó una mayor reducción que hoy, y el clima se hizo más árido. A partir de esta última fecha, el lago subió de nivel y varió entre 60 y 80 m. por encima del nivel actual hasta el año 7500 BP, fecha a partir de la cual el lago Rodolfo se estrechó. Después hubo niveles más altos hacia los años 6000 BP y, a partir de 3000 años BP, el lago quedó en sus dimensiones actuales.

#### LAS CUENCAS DEL CHAD Y DEL SUDD

La cuenca del Chad merece una atención particular debido a su situación en el límite sur del Sáhara y a la gran superficie de mar interior que cubre la totalidad

de la cuenca en el Pleistoceno. El actual lago Chad es un vestigio de ese antiguo mar interior (cf. Monod, 1963, y Butzer, 1964). Las aguas de la cuenca proceden de las sabanas del Africa central.

El lago actual está a una altura de 280 m., y su superficie oscila entre los 10.000 y 25.000 km<sup>2</sup>, variando su profundidad media entre 3 y 7 m., con un máximo de 11. El lago está separado de dos grandes depresiones, el Bodelé y el Yurab, por una línea de partición de las aguas poco elevada y cortada por el valle seco del Bahr el-Ghazal. La línea ribereña más baja del actual lago Chad, de 4 a 6 m., permitiría a las aguas invadir la depresión de Bodelé, que dista 500 km. En su nivel más alto de 322 m., el antepasado Pleistoceno del Chad ha formado líneas ribereñas claramente visibles a 40 y 50 m., que corresponden a una superficie de 400.000 km<sup>2</sup>. Igualmente existen huellas más discontinuas de líneas ribereñas intermedias. Grove y Pullan (1963) muestran que las importantes pérdidas por evaporación del lago actual están ampliamente compensadas por el caudal del Logone y del Chari que vienen del sur. Esos autores estiman que la evaporación del lago Pleistoceno debería ser seis veces más importante, si bien había de recibir anualmente una cantidad de agua igual a la tercera parte del caudal anual del Congo.

Butzer (1964) declara con razón que el antiguo mar del Chad representa, por consiguiente, un excelente testimonio en favor de una humedad mayor de las latitudes tropicales subhúmedas. Desgraciadamente, no ha sido posible establecer la correlación de las líneas ribereñas de las diferentes partes de la cuenca. La capa de terrenos del Pleistoceno de 600 m. de espesor que hay en ciertas partes de la cuenca, muestra la complejidad y larga historia de esa cuenca interior. Para Nigeria, Grove y Pullan (1963) creen que tras un período en que el nivel del lago era superior a 52 m. del nivel actual en el Pleistoceno antiguo, el clima se desecó con formaciones de importantes dunas sobre el emplazamiento anterior del lago. El establecimiento de una nueva red hidrográfica en fecha posterior fue seguido por otro período húmedo señalado por una elevación del nivel del lago de al menos 12 m. en el Holoceno. Por consiguiente, puede afirmarse que dos movimientos positivos, mal analizados, del lago parece que se produjeron antes de hace 21 000 años BP, seguidos por un largo intervalo de desecación y de actividad eólica hasta poco antes de 12 000 años BP, época en la que el lago comenzó a extenderse de nuevo. El lago alcanzó hacia los años 10 000 BP un nivel máximo con desbordamientos, al menos, intermitentes. Ese período de aguas altas duró hasta el año 4000 BP, aproximadamente.

La historia de ese mar interior en el Pleistoceno anterior y en el Holoceno parece, pues, que coincide en algunos detalles con la de las cuencas del Africa oriental.

El lago Sudd, en el Sudán meridional, representa, según el autor del presente capítulo, otro gran mar interior que tuvo probablemente una historia análoga a la de la cuenca del Chad. El Sudd es un lago muerto que se cree llegó a cubrir la región de la cuenca superior del Nilo, y que se extendió más allá, hasta el Nilo Blanco y la zona del Nilo Azul y del Bahr el-Ghasal. La idea de la existencia de este antiguo lago procede de los ingenieros agrícolas que trabajaban en Egipto (Lombardini, Garstin y Willcocks) y ha sido elaborada por Lawson (1927) y Ball

(1939). Todos ellos quedaron impresionados por la nivelación de las llanuras del Sudán central y meridional, y notaron que una pequeña elevación del nivel de los Nilos inundaría superficies considerables. Ball ha estimado que el lago Sudd ha ocupado una superficie de 230.000 km<sup>2</sup> (la región limitada por la curva de los 400 m., altura de Shambe). Esa región está cubierta por la formación de Um Ruwaba, que recientemente ha sido cartografiada, y se halla integrada por una larga serie de depósitos fluviales, deltaicos y lacustres. Su punto culminante sobrepasa los 500 m., superando con mucho el nivel más bajo de desagüe de la cresta de Sabáluka, al norte de Jartum (434 m.), que se supone constituyó el límite septentrional del lago. Como ha subrayado Said (MS), esa cresta está situada en las líneas principales de acantilados que bordean el sur del macizo nubense, centro de una gran actividad sísmica. Semejante altura, por eso y otras razones, relativas a la incisión de la garganta de Sabaluka por una erosión ulterior, no puede entenderse que representa la altura de la cresta durante el relleno del lago. Otra complicación se introdujo en el periodo de las crecidas, por el efecto de embalse de las aguas del Nilo Azul al precipitarse en el Nilo Blanco. Aunque no se conoce la historia del lago Sudd con detalle, su extensión queda comprobada por la playa que, a 382 m., rodea vastas regiones del Nilo Blanco. Como la cuenca del Chad, parece que ese lago fue más extenso entre los años 12 000 BP y 8000 BP. Debía tener al norte una anchura de 50 km. (Williams, 1966). El lago se ha estrechado después y, hacia los años 6000 BP, el índice anual de lluvias era de unos 600 mm. cerca de Jartum; el nivel del Nilo Blanco había bajado entre 0,5 y 1 m. por encima del nivel medio actual de las aguas altas.

## FENOMENOS GLACIARES

La antigua glaciación de Africa está estrechamente unida con los glaciares actuales, que, a su vez, dependen principalmente del reparto de las máximas alturas. Con la única excepción de las montañas del Atlas, todas las cimas con glaciares se encuentran en el Africa oriental a algunos grados del ecuador. Las alturas van de los casi 3.900 m. hasta los 6.100. Flint (1947, 1959) resume los datos significativos referentes a esas regiones, e indica que las nevadas que nutrían a esos glaciares eran probablemente producidas por la precipitación orográfica de la humedad de las masas de aire marítimo al desplazarse hacia el este, procedentes del Atlántico sur, y, en menor grado, al desplazarse hacia el oeste, procedentes del océano Indico.

La altura del monte Kenia (lat. 0°10'S; long. 37°18'E) es de 5.185 m., y el límite actual de nieves perpetuas se encuentra a 5.100 m.; se cree que en el Pleistoceno dicho límite descendía a un máximo de 900 m. (Flint, 1959). El monte Kilimanjaro, en Tanzania (lat. 3°05'S; long. 37°22'E), a una altura de 5.897 m., parece que se encuentra actualmente justo por debajo del límite climático de nieves perpetuas; el límite más bajo en el Pleistoceno era superior a los 1.300 metros (Flint, 1959). El monte Elgon, en Uganda (lat. 1°08'NN; long. 34°33'E), tiene una altura de 4.315 m. y se encuentra ahora muy por debajo del límite climático de nieves perpetuas. Poseía glaciares en el Pleistoceno. El monte Ruwenzori (lat. 0°24'N; long. 29°54'E)

tiene una altura de 5.119 m., y su referido límite actual se encuentra a 4.750 m. sobre la vertiente oeste (Zaire) y a 4.575 sobre la vertiente este (Uganda). Los glaciares del Pleistoceno descendían a 2.900 m. sobre la vertiente oeste y a unos 2.000 sobre la vertiente este.

Las tierras altas de Etiopía no poseen glaciares, pero los montes Semien (lat. 13°14'N, long. 28°25'E) parece que los tuvieron en el Pleistoceno. Nilsson (1940) establece la existencia de dos antiguas glaciaciones sobre algunas cimas de ese macizo (altura 4.500 m. aproximadamente) con unos límites climáticos de nieves perpetuas a 3.600-4.100 m. y 4.200 m. Una disminución glacial asociada al Pleistoceno posterior correspondió al límite de nieves perpetuas a 4.400 m. Nilsson (1940) describe igualmente una glaciación del Pleistoceno posterior en el monte Kaka (lat. 7°50'N, long. 39°24'E) con un límite de nieves perpetuas a 3.700 m. Las demás cimas volcánicas de Etiopía que se encuentran ahora muy por debajo del límite de las nieves perpetuas presentan también indicios de glaciaciones: monte Guna (lat. 11°43'N; long. 38°17'E), Amba Farit (lat. 10°53'N, long. 38°50'E) y monte Chillale (lat. 7°50'N, long. 39°10'E).

Existen testimonios convincentes de glaciación, al menos en dos ocasiones, en las zonas ecuatoriales y subecuatoriales de Africa, y de un clima mucho más frío durante el período correspondiente a la glaciación de Würm. Además de las señales de origen glacial comprobadas en algunas cimas de esa zona, se han descubierto en Etiopía huellas de solifluxión y de modificaciones de los suelos debidas a la acción del hielo (4.200/9.300 m.). Según Budel (1958), el límite inferior de los fenómenos de solifluxión alcanzaba 2.700 m. durante el período de Würm. Se han observado igualmente depósitos fluvioglaciales en numerosas regiones del Africa ecuatorial. Los aluviones del monte Ruwenzori han sido estudiados por De Heinzelin (1963), comprobándose otros paralelos a las terrazas gamblienses del río Semliki. El Semliki, que une los lagos Eduardo y Alberto, en la frontera entre Zaire y Uganda, posee gruesas capas de cantos rodados, grava, arena y tierra roja en aluvión junto con los depósitos coluviales. De Heinzelin señala que las terrazas sangoenenses-lupembienses son contemporáneas de los depósitos fluvioglaciales del monte Ruwenzori.

## ZONA TROPICAL Y ZONA SUBTROPICAL

La actual zona tropical tiene un régimen de vientos dominantes del este y señaladas variaciones estacionales de temperatura. La parte occidental de ella, que se encuentra en la zona atlántica, tiene alisios estables, temperatura relativamente fresca, importante humedad atmosférica y prácticamente ninguna lluvia. El resto de esa zona cubre los grandes desiertos del norte y del sur del continente. Esas regiones son áridas y cálidas con una importante variación diurna de temperatura y un máximo absoluto de temperatura. La zona subtropical cubre las extremidades norte y sur del continente y se caracteriza por masas de aire tropical en verano y masas de aire de tipo templado en invierno. La temperatura y la pluviosidad estacionales varían considerablemente. Las regiones que poseen un clima mediterráneo tienen un tiempo claro y tranquilo en verano e inviernos lluviosos.

## EL SAHARA

El Sáhara es quizá el elemento más importante de esa zona. Se extiende sobre más de 5.500 kilómetros desde el mar Rojo hasta el Atlántico con una longitud media, de norte a sur, de más de 1.700 kilómetros, y cubre casi una cuarta parte de la superficie total del continente africano. Sobre el conjunto de esa región, la pluviosidad, desigualmente repartida, es en algunos sitios superior a 100 mm. por año, y de media muy inferior. Por consiguiente, no existe corriente alguna de agua permanente, a excepción del Nilo, cuyas aguas proceden de fuentes situadas muy al exterior del Sáhara. Las capas efímeras y permanentes que resultan del desagüe de superficie no tienen importancia para la vida humana en la época actual, a diferencia de las fuentes y pozos alimentados por las aguas subterráneas.

El Sáhara está formado por un zócalo rígido de rocas precámbricas cubiertas de sedimentos que van del Paleozoico al Cenozoico, y que permanecieron estables durante la mayor parte del Fanerozoico. Sólo en la cadena del Atlas, del golfo de Gabes, en Marruecos, y en las colinas del mar Rojo, al este del Nilo, se produjo cierta actividad de deformación y plegamiento. Una actividad análoga puede advertirse en la Cirenaica y en el subsuelo de la región costera del Africa del Norte. Esas sacudidas pertenecen al sistema alpino de orogénesis del Cenozoico posterior y del Cuaternario. La cadena del mar Rojo, en cambio, está asociada a los movimientos tectónicos y a la extensión del gran Rift africano.

La zona de relieve más extensa es la del macizo del Atlas, que posee el más importante índice de lluvias. Hay relieves de poca trascendencia en Cirenaica y en los macizos del Hoggar y del Tibesti, en el Sáhara central. Esos dos últimos macizos constituyen dos regiones de topografía montañosa, unidas por la falda baja del Tummo. Esa región tiene una altura media de 2.000 m., con cimas de 3.000 m. La mayor parte de las cimas están formadas por rocas volcánicas que se han formado durante un período prolongado de erupción que se extiende mucho antes del Pleistoceno. Zonas menos extensas de rocas volcánicas se encuentran en los macizos del Air —al sudeste de Hoggar—, el Uwaynat— que se levanta de manera abrupta a medio camino del Tibesti y del Nilo—, el monte Ater, etc. Actualmente, esos macizos tienen un efecto insignificante sobre el clima, pero existen numerosos testimonios geológicos de una aridez mucho menor en el Sáhara durante varios períodos del Pleistoceno.

El mayor factor de erosión en el desierto, tanto ahora como en el transcurso de todos los períodos de aridez, es la erosión eólica responsable de la formación de la gran penillanura sahariana. Las gruesas arenas transportadas por el viento se acumulan en extensiones llamadas *erg* o *reg*, mientras que los materiales más finos suben a la atmósfera, donde quedan en suspensión parcial y prolongada. La superficie rocosa desnuda, resultado de esa erosión del desierto, se llama *Hammada*. Esas superficies presentan cuencas y concavidades, que van de los estrechos barrancos a las enormes depresiones cuya profundidad alcanza en algunas zonas 134 m. por debajo del nivel del mar (depresión de Qattara). Durante las fases pluviales, esas depresiones fueron escenario de aluviones, y cuando quedaron rebajadas a nivel de las aguas subterráneas aparecieron allí fuentes y una actividad de sedimentación lacustre. Las grandes depresiones se sitúan, sobre



todo, en las orillas de los declives, pero pocas veces están rodeadas completamente por éstos. Ciertamente se han formado por erosión eólica, porque forman cuencas interiores sin corrientes.

Las opiniones difieren sobre la historia geológica del Sáhara. Algunos autores sostienen que ha sido un desierto durante todo el período del Fanerozoico, y que los períodos húmedos representan fluctuaciones anormales en la historia de una aridez continua. Otros sostienen que la desertización es un fenómeno reciente que corresponde al sistema presente del reparto de masas de aire.

La lejana existencia en el desierto de climas más húmedos está atestiguada por indicios irrefutables, que van desde el sistema de reparto de la fauna a particularidades sedimentarias que tan sólo pueden ser explicadas por la hipótesis de un antiguo clima más húmedo. Se sabe que algunos animales oriundos de Africa viven en el desierto, donde no hubieran sobrevivido sin la existencia de lugares o zonas de vegetación o masas de agua. Se han descubierto especímenes de cocodrilos del Africa central en pozos de agua dentro de profundos barrancos en los macizos del Hoggar y del Tibesti; al «mudfish» africano se le ha encontrado en el norte y hasta en el oasis de Biskra, al sur de Túnez. Las características del sistema de drenaje del desierto indican la existencia anterior de una pluviosidad más importante. Al oeste del Hoggar, se extiende una vasta llanura hasta unos centenares de kilómetros del Atlántico, en suave pendiente a partir de la depresión de El Juf. Está claro que eso constituía en otro tiempo la cuenca de evaporación de un extenso sistema hidrográfico. Las líneas de drenaje que descienden hacia el sur a partir de pendientes meridionales del Atlas, entre las que se ha seguido al uadi Saura en más de 500 km., son significativas. También hay allí un valle que en el pasado arrastraba bastante agua para evacuar las arenas eólicas que obstruyen actualmente su curso medio.

A partir de las colinas del mar Rojo, algunos uadis se extienden sobre 300 km. y drenan superficies vecinas de 50.000 km. Uno de ellos, el uadi Jarit, que desemboca en la llanura de Kom Ombo, al norte de Asuán, está bordeado por delgadas capas de limos de grano fino con un espesor de más de 100 m., que ciertamente deben de haber sido depositados por un río permanente de gran caudal.

Los principales trabajos sobre las divisiones climato-estratigráficas están realizados por Monod (1963), quien cita las obras de Alimen, Chavailon y Margat (1959) sobre la clásica cuenca de Saura, para la que son propuestas las divisiones siguientes, de mayor a menor antigüedad:

— Pluvial Villafranquiano (= Aidiense): arena, grava, conglomerados de color rosa y rojo que reposan sobre rocas más antiguas.

— Postvillafranquiano árido: restos de desprendimientos, limos arenosos, etc., rematado por un suelo fósil marrón rojizo. Se han localizado en un yacimiento de Argelia cantos manipulados, toscamente trabajados.

— Primer pluvial Mazzeriense (Q/a): conglomerados y arenas.

— Postmazzeriense árido: depósitos de arcilla arenosa, arenas eólicas, desprendimientos de rocas.

— Segundo pluvial Taurirciense (o Ugartiense I) (Q/b): conglomerados, cultura de fragmentos manipulados muy evolucionada del Acheulense medio (?).

- Posttaurirciense árido: erosión.
- Tercer pluvial (o Ugartiense II): fragmentos de colores variados y arenas o paleosuelo rojo oscuro.
- Posttaurirciense árido: erosión.
- Cuarto pluvial Sauriense ( $Q^1$ ): arenas de tono gris verde, materiales detríticos, suelos fósiles negros. Ateriense.
- Pluvial postsauriense: capa de arenisca. Neolítico.
- Fase húmeda guiriense ( $Q^{2a}$ ): neolítico.

Según Arambourg (1962), los cuatro pluviales principales —Mazzeriense, Ugartiense I, Ugartiense II y Sauriense del norte del Sáhara— podrían corresponder a los pluviales del Africa oriental: Kagueriense (Olduvai I), Kamasiense, Kanjeriense y Gambliense. El Guiriense del noroeste de Africa podría corresponder a las fases húmedas postgamblienses.

## EL NILO

El Nilo ha llamado la atención de los especialistas desde hace mucho tiempo, siendo muy abundante la literatura que trata de sus diversos aspectos. La prehistoria y la evolución geográfica de ese río han sido recientemente objeto de estudios intensivos por Wendorf (1968), Butzer y Hansen (1968), De Heinzelin (1968), Wendorf y Schild (MS), Giegengak (1968) y Said. Las notas que siguen son el resultado de un estudio de este último, fundado en la cartografía, en el terreno de los depósitos fluviales y de los sedimentos asociados, y en el examen de un gran número de sondeos profundos o superficiales efectuados en la búsqueda de agua y petróleo. Es posible considerar que el Nilo ha pasado por cinco épocas o episodios principales desde la incisión de su curso en el Miceno superior. Cada uno de esos episodios ha estado caracterizado por un río que recibía la mayor parte de su caudal de fuentes exteriores a Egipto. Hacia el final de los cuatro primeros episodios (el último está aún en curso), el caudal de agua parece que ha disminuido o cesado completamente de fluir en Egipto. Esas grandes fases de recesión fueron acompañadas por importantes modificaciones físicas, climáticas e hidrológicas. Durante la primera recesión, el mar parece que estaba metido en la tierra formando un golfo que ocupaba el valle excavado hasta el sur de Asuán. Durante la segunda recesión, que comenzó con el Pleistoceno árido y prosiguió durante más de 1 100 000 años, se estableció en Egipto un clima hiperárido, quedando aquél transformado en un auténtico desierto. Durante esa época, la actividad eólica fue importante, comenzaron a formarse las grandes depresiones del desierto, y se destruyó el manto vegetal que había cubierto a Egipto durante casi todo el Plioceno. Existen testimonios de una fase pluvial relativamente breve al comienzo de ese período. Ese pluvial dio origen a torrentes efímeros que se alimentaban completamente en Egipto. Las cinco corrientes de agua que ocuparon el valle del Nilo desde su excavación en el Mioceno anterior se denominan: Eonilo (Tmu), Paleonilo (Tplu), Protonilo ( $Q_1$ ), Prenilo ( $Q_2$ ) y Neonilo ( $Q_3$ ).

Las variaciones climáticas registradas de este modo en Egipto pueden resumirse en el cuadro siguiente, comenzando por la más antigua hasta la más reciente:

### *Pluvial Plioceno*

(Tplu) 3,32 a 1,85 millones de años BP.

Los sedimentos del Paleonilo son principalmente sedimentos clásticos de grano fino en capas delgadas y arcillas, en el subsuelo del valle y en afloramiento a lo largo de los uadis. Las fuentes del Paleonilo estaban en Egipto, así como en Africa ecuatorial y subecuatorial. Había manto vegetal importante, desintegración química intensa y desagüe reducido. Reparto de las lluvias probablemente regular en el conjunto del año.

### *Fase hiperárida del Pleistoceno posterior*

(Intervalo Tplu/Q<sub>1</sub>) 1,85 a 0,70 millones de años BP.

Egipto se convierte en un desierto. Hay que señalar una actividad sísmica en el valle del Nilo. La acción eólica alcanza su máximo. Esa fase se interrumpe por un breve pluvial (Armant) con formación de capas de grava alternando con capas de arena gruesa o de marga incorporadas en una matriz amarilla y roja y rematadas por un cascajo rojo en cementado. No se ha encontrado herramienta alguna en estos depósitos.

### *Pluvial Edfon*

(Q<sub>1</sub>) 700 000 a 600 000 años BP.

Es el retorno de las condiciones climáticas del Paleonilo; el Protonilo con fuentes idénticas a las de su predecesor, que entra en Egipto y excava su lecho siguiendo un curso paralelo al del Nilo moderno y situado a su oeste. Sedimentos en forma de capas de grava de cuarzo y cuarcita se incorporan en una matriz de sal de color rojo ladrillo. Sedimentos que proceden de un terreno profundamente desintegrado y muy colado. En el desierto, los sedimentos parecidos a los conglomerados de los uadis se conocen bajo la forma de canales invertidos. Se distinguen en esos depósitos herramientas en forma de rulos de tradición chelense.

### *Fase árida del Prenilo*

(Q<sub>2</sub>) 600 000? a 125 000 años BP.

Un nuevo río entra en Egipto, alimentado por aguas de las tierras altas de Etiopía. La composición mineral de los sedimentos del Prenilo muestra la existencia del mineral augita (característica de los sedimentos del Nilo moderno procedentes de las tierras altas de Etiopía), así como la presencia abundante del mineral epidota, que distingue esos depósitos de los del Neonilo siguiente y del Nilo moderno. Se distingue un pluvial menor en el curso de las fases iniciales de ese intervalo.

*Pluvial Abbassia*

125 000 a 80 000 años BP.

El Prenilo deja de verter en Egipto y las fuentes del río quedan cortadas por la elevación del macizo nubicense. Ese pluvial se caracteriza por graveras poligénicas procedentes de las colinas del mar Rojo, cuya superficie estaba profundamente desintegrada, pero poco colada. Esas graveras contienen en abundancia útiles del Acheulense posterior.

*Fase árida Abbassia/Makhadma*

80 000 a 40 000? años BP.

Erosión.

*Subpluvial Makhadma*

– 40 000? a – 27 000 años.

Erosión en capas, herramientas de tradición sangeonense-lupembiense en varias pendientes del lecho erosionado del Prenilo. En el desierto se encuentran por todas partes herramientas de tradición musteriense y más tarde ateriense.

*Fase árida del Neonilo*

(Q<sub>3</sub>) – 27 000 a nuestros días.

Una corriente de agua (Neonilo), con fuentes y régimen similar a las del moderno Nilo, entra en Egipto. El Neonilo ha pasado por fases de receso que forman máximos subpluviales: subpluvial Deir el-Fakhuri (15 000 a 12 000 años BP), subpluvial Dishna (10 000 a 9 200 años BP) y Neolítico (7 000 a 6 000? años BP).

Por tanto, se puede afirmar que los sedimentos del valle del Nilo no son muy diferentes de los del Sáhara. En realidad, es posible generalizar e indicar que el pluvial Armant de Egipto puede corresponder al pluvial «Villafranquiano» del noroeste del Sáhara, al Edfon en el Mazzeriense, al Abbassia en el Ugartiense, al Makhadma en el Sauriense, y al Deir el-Fakhuri, al Dishna y al Neolítico en el Guiriense.

Conviene subrayar, como conclusión, que los pluviales africanos deben tener por origen unas variaciones climáticas mundiales que, en teoría, deberían corresponder a las glaciaciones de Europa y de América del Norte. Aunque ese hecho no está probado, se puede adelantar que, en general, el Ugartiense (del noroeste de África), el Abbassia (del nordeste de África) y el Kanjeriense (Olduvai IV) del África oriental pueden ponerse en correlación con la glaciación alpina de Riss. Son precisos estudios suplementarios, especialmente en el ámbito de las medidas paleomagnéticas y radiométricas, antes que se puedan sacar conclusiones precisas y concretas.

# MARCO CRONOLOGICO DE LAS FASES PLUVIALES Y GLACIALES DE AFRICA

## PARTE II

H. FAURE

La historia de los últimos millones de años de nuestro planeta ha estado marcada por alternancias repetidas de profundas modificaciones del clima. El fenómeno más señalado, perfectamente conocido desde hace más de un siglo, es en realidad el extraordinario avance y retroceso de los glaciares de las altas latitudes y altitudes. Ese fenómeno produce enfriamientos importantes que tienen una profunda influencia en el entorno y la vida de los homínidos. En Africa, la manifestación más espectacular de las variaciones climáticas cuaternarias está marcada por la extensión de los terrenos lacustres en las zonas actualmente áridas y el desarrollo de grandes extensiones de dunas con dirección a regiones que conocen ahora un clima más húmedo.

Desde hace una década, la cronología de esos acontecimientos climáticos ha avanzado considerablemente, respecto a los últimos treinta mil años, gracias a la utilización metódica de las medidas radiocronológicas con el carbono 14. Para los últimos millones de años, la cronología de las inversiones magnéticas, apoyada en medidas radiométricas por el método argón-potasio Ar/K, permite correlaciones a distancia con las otras regiones donde esos métodos son igualmente utilizados, y principalmente con la superficie oceánica.

Antes que esos métodos de correlaciones cronológicas hubieran sido empleados, la estratigrafía del Cuaternario se apoyaba principalmente en la sucesión de los acontecimientos climáticos, considerada como un cuadro cronológico. Las correlaciones de regiones a regiones se hacían poniendo en paralelo las épocas sucesivas de climas parecidos. Así, se había propuesto con bastante arbitrariedad una correspondencia entre los períodos glaciales europeos y las fases pluviales africanas. Esa visión conocía oposiciones propuestas por varios autores (Tricart, 1956; Balout, 1952; etc.).

La respuesta dada a esa cuestión de correlación se muestra mucho más compleja en la realidad y comienza sólo a entreverse gracias a un mejor

conocimiento de los mecanismos de la climatología global, por una parte, y a la cronología climática detallada de los últimos miles de años, por otra.

## MAGNETOSTRATIGRAFIA Y CRONOLOGIA RADIOMETRICA

Además de las observaciones hechas anteriormente por Rushdi Said, hay que advertir que se han confundido con frecuencia las unidades litostratigráficas, biostratigráficas y cronostratigráficas, aunque la falta de rigor en las definiciones entraña una nomenclatura con frecuencia difícilmente utilizable en un cuadro cronológico que se perfeccione.

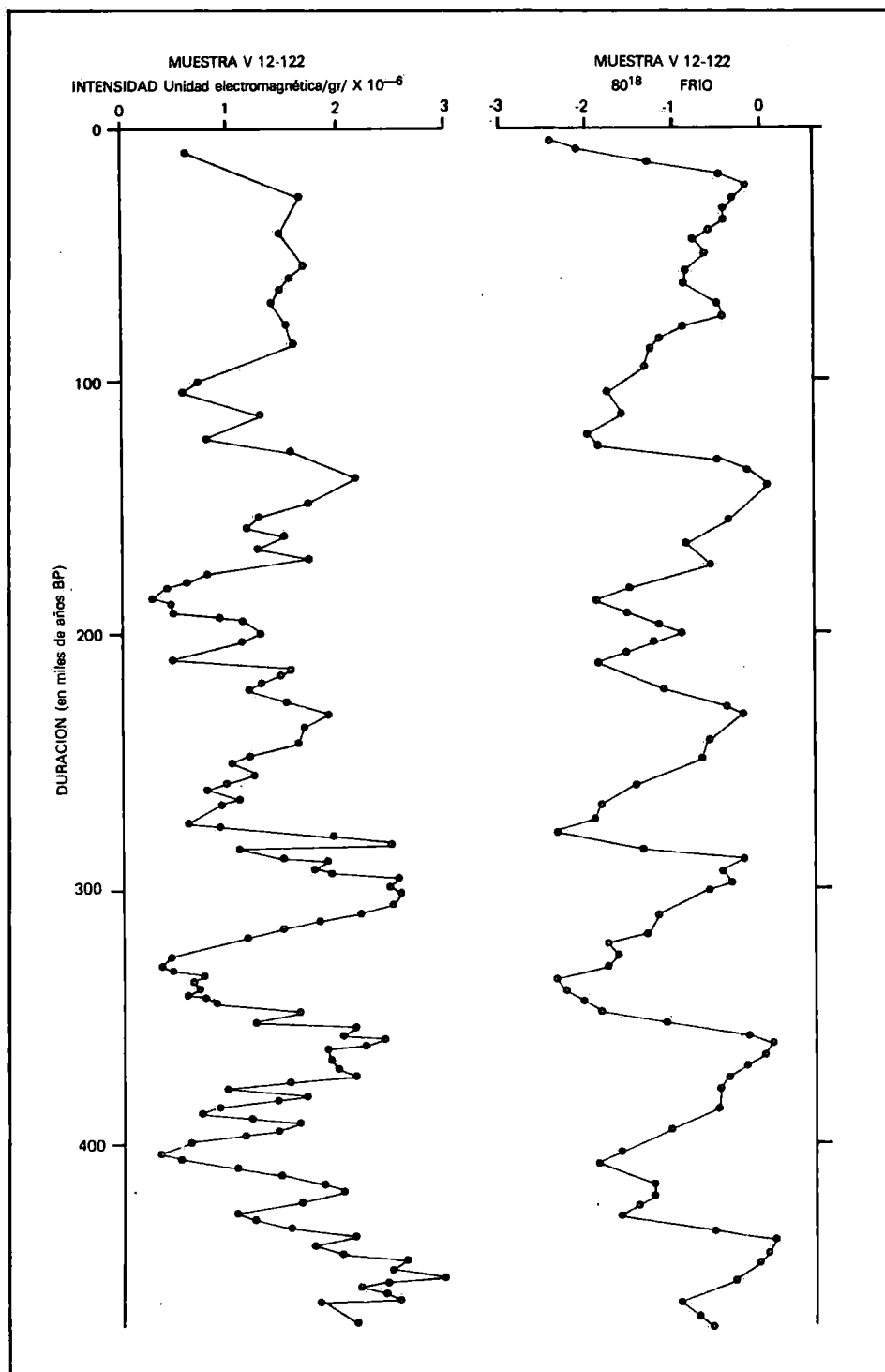
Por otro lado, algunos elementos del campo magnético, como la inclinación o la intensidad parecen en relación más estrecha con los elementos del clima (figs. 1 y 2).

## GLACIACIONES CUATERNARIAS Y CRONOLOGIA

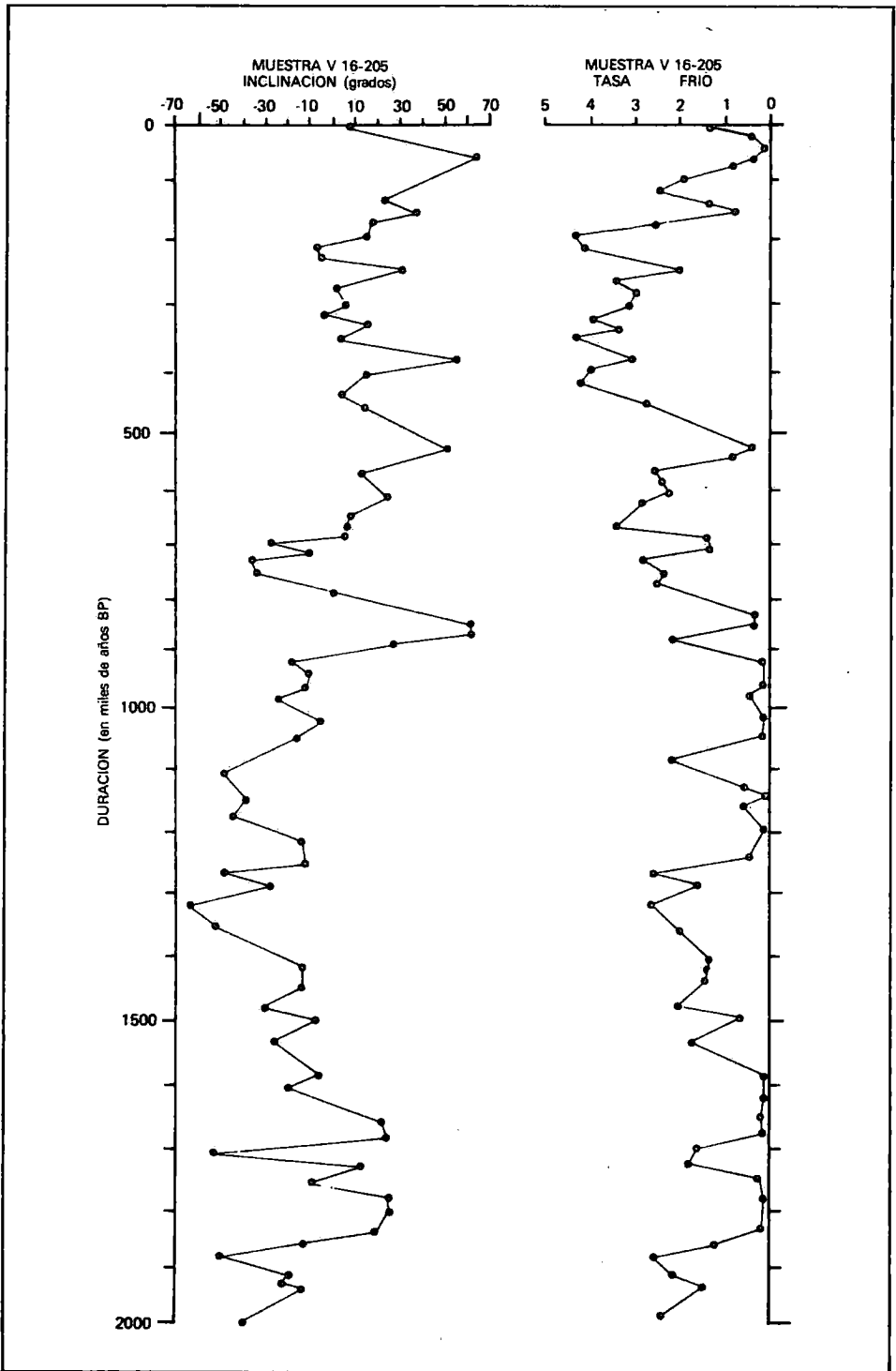
Durante el Cuaternario, es probable que al menos una docena de enfriamientos importantes se hayan registrado en los depósitos continuos acumulados en el fondo de los océanos (fig. 2). Solamente unos ocho han sido reconocidos en los depósitos glaciales de la región alpina están también vinculados a cuatro (o seis) depósitos continentales de la Europa del Norte. Las terrazas fluviales y las glaciaciones clásicas: Günz, Mindel, Riss, Würm (y Donau, Biber), de los que cada uno puede encerrar a un número diverso de «estadios».

El carácter discontinuo de los testimonios continentales hace así difíciles y frecuentemente ilusorias las correlaciones entre los períodos glaciales de regiones alejadas cuando no están situadas con certeza en relación a una escala magnetocronológica o radiométrica. En efecto, la cronología clásica de las glaciaciones alpinas no está situada con precisión en el tiempo. Los términos *Günz*, *Mindel*, *Riss*, *Würm*, *Biber* se han utilizado en regiones variadas para formaciones no sincrónicas. Así, la cronología (Ar/K.) de las rocas volcánicas intercaladas en las terrazas del Rin atribuiría a las formaciones llamadas «Mindel I y II» una edad de 0,3 y 0,26 M. A., y a las terrazas denominadas «Gunz I y II» una edad de 0,420-0,34 M. A. Pero el mismo término de *Günz* se aplica a veces al período frío que precede al Cromeriense y que tendría, pues, una edad de 0,9 a 1,3 M. A., coincidiendo con el período frío precedente al acontecimiento de Jaramillo en las muestras submarinas. En esa última interpretación, el *Donau*, período frío precedente, debería comprender el acontecimiento de Gilsa, y ser el equivalente del Eburoniense.

En ese ejemplo se ve el peligro que existe en extender de una región a otra una cronología fundada en la sucesión climática continental: al remontar en el tiempo, siguiendo el número de épocas frías localizadas y siguiendo la nomenclatura que arbitrariamente se les atribuye, las divergencias hacen incierta la correlación de



● Fig. 1: Curvas que muestran las analogías entre las relaciones isotópicas del oxígeno (o las variaciones de temperaturas) y la intensidad del campo magnético terrestre, en una muestra submarina, para los 450 000 últimos años. Según WOLLIN, ERICSON y WOLLIN (1974).



● Fig. 2: Curvas que muestran las analogías entre las temperaturas indicadas por las microfaunas y la inclinación magnética, para los dos últimos millones de años. Según WOLLIN y otros (1974).



los testigos de glaciaciones alpinas con los enfriamientos sucesivos medidos en las muestras oceánicas.

Un registro completo y continuo de todos los fenómenos climáticos, por una parte, y de las señales magnetostratigráficas y radiométricas, por otra, es indispensable para graduar, incluso aproximadamente, una escala estratigráfica y permitir una comparación válida entre dos regiones.

La inversión magnética Matuyama-Brunhes (0,69 M. A.) ha sido localizada en la zona Cromeriense definida por la palinología, y la época de Gilsa (1,79 M. A.) en el Eburoniense (Van Montfrans, 1971).

## TRANSGRESIONES CUATERNARIAS Y CRONOLOGIA

Cada una de las glaciaciones provoca una regresión glacioeustática del mar que puede ser del orden de unos cien metros. Las transgresiones marinas provocadas por la fusión de los hielos permiten, pues, unir en las zonas litorales la cronología climatostratigráfica a la cronología de los ciclos marinos.

En las regiones donde las formaciones marinas son coralianas (Barbados, Bermudas, Nueva Guinea, mar Rojo), la datación por los métodos del desequilibrio del uranio aplicadas a la aragonita de los corales ha permitido precisar la edad de las transgresiones marinas de los últimos interglaciales (200 000, 120 000, 105 000, 85 000 años BP, poco más o menos). Con el margen de error físico de los diferentes métodos radiocronológicos, se comprueba que esos altos niveles marinos corresponden bastante bien a las fases de temperaturas más elevadas indicadas por las microfaunas marinas, los pólenes y los isótopos del oxígeno.

## MECANISMO DE LA CLIMATOLOGIA GLOBAL

El clima no constituye un medio de correlación cronológica simple. La complejidad de los factores en juego, en un instante determinado (o en una época de una duración de algunos siglos o milenios), impide utilizar los datos no suficientemente bien datados como criterio estratigráfico o cronológico.

Los hechos que conducen a esas comprobaciones son de dos órdenes:

— El conocimiento de la evolución climática global en la escala de algunas décadas (o de algunos siglos, teniendo en cuenta datos históricos) prueba la gran complejidad del problema a escala planetaria. Hay que conocer la evolución de todos los factores: «constante» solar, circulación oceánica, situación de frentes polares, reparto de temperaturas, lluvias (no sólo su media, sino también su variabilidad).

— El conocimiento —gracias a las medidas radiométricas— de las variaciones de ciertos factores climáticos desde hace unos 25 000 años (finales del Pleistoceno y Holoceno) nos muestra, por una parte, la rapidez de cambios importantes para los que existen muchos documentos y, por otra, la complejidad de las correlaciones a escala planetaria. La escala de los tiempos tomada en consideración adquiere entonces un papel mayor.

El sistema climático, tal como lo define la *National Academy of Sciences*, Washington (1975), está constituido por las propiedades y procesos que son responsables del clima y de sus variaciones (propiedades térmicas: temperatura del aire, del agua, del hielo, de las tierras; propiedades cinemáticas: del viento, de las corrientes oceánicas, de los desplazamientos del hielo, etc.; propiedades acuosas: humedad del aire, nubes, agua libre o subterránea, hielo, etc.; propiedades estáticas, como la presión, la densidad de la atmósfera y de los océanos, la salinidad, etc., así como los límites geométricos y las constantes del sistema). Todas las variables del sistema están interconectadas por los procesos físicos que se producen en él: precipitación, evaporación, radiación, traslado, convección, turbulencia.

Los componentes físicos del sistema climático son: la atmósfera, la hidrosfera, la criosfera, la litosfera y la biosfera. Los procesos físicos responsables del clima pueden estar expresados cuantitativamente por las ecuaciones dinámicas del movimiento, por la ecuación de la energía termodinámica y por la ecuación de continuidad de masa y agua.

Las variaciones climáticas serán tanto más complejas cuanto más numerosas sean las interacciones que puedan existir entre los elementos del sistema climático. Las causas de los cambios climáticos son, pues, numerosas y variadas, especialmente en función de la escala de tiempo en que se realiza y en función de los mecanismos de interacción (*feed back*). El papel de los océanos es importante en los cambios climáticos a través de los procesos en el interspacio aire-agua, que rigen los intercambios de calor, humedad y energía.

Estas consideraciones preliminares prueban que la etapa de la climatografía del Cuaternario ha sido una aproximación necesaria, pero da lugar progresivamente a la búsqueda de la comprensión de los mecanismos para situaciones bien determinadas a diferentes escalas de tiempo. Por esa razón examinaremos varios ejemplos de resultados recientes que versan sobre el período actual y, después, sobre el Holoceno, Pleistoceno y Pliopleistoceno.

## CLIMATOLOGIA ACTUAL Y RECIENTE EN AFRICA

En Africa, el ritmo anual de alternancia de una estación seca y otra húmeda en la zona intertropical está unido al desplazamiento de la zona de convergencia intertropical (C. I. T.).

Como J. Maley (1973) y L. Dorize (1974) han resumido recientemente, la C. I. T. representa el lugar de enfrentamiento del «monzón» (aire húmedo procedente de las regiones ecuatoriales o alisio marítimo del hemisferio austral) y del «harmatán» (aire seco sahariano). La C. I. T. orientada aproximadamente W-E se desplaza de S. a N. durante la primavera y los dos primeros meses de verano, y de N. a S. después. Ese balanceo estacional se realiza entre 4°N y 20-23°N. La superficie de discontinuidad entre el aire húmedo y el seco se eleva lentamente de norte a sur. La capa húmeda del monzón no constituye en verano más que un ángulo frío muy estrecho hacia el norte, y no aporta más que débiles precipitaciones. En efecto, es preciso que el aire húmedo presente un espesor de 1.200 a 1.500 m.

para que se produzcan precipitaciones importantes, condiciones que no se ven realizadas más que a 200 ó 300 km. al sur de la influencia de la C. I. T. (L. Dorize, 1974). La posición de la C. I. T. experimenta variaciones muy importantes no sólo a escala de la estación, sino también a escala diurna en función del campo de presión del conjunto de Africa y del océano Atlántico. Como ha mostrado P. Pedelaborde (1970), el empuje originario del Atlántico sur, unido a la actividad del frente polar austral, representa el motor esencial que repele la zona de convergencia hacia el norte. La retirada de la C. I. T. hacia el sur (en septiembre) se debería después, a la vez, al debilitamiento del anticiclón sudatlántico y a la influencia del hemisferio boreal. Las escasas intervenciones del aire boreal seco tras su paso sahariano sólo provoca algunas lluvias sobre los macizos montañosos saharianos. En cambio, el aire austral, tras su trayecto oceánico, aporta una humedad potencial.

La actual crisis climática de la zona saheliana es consecuencia del hecho de que la C. I. T. está instalada de 3 a 4° más al sur que su posición media; mientras que, en el transcurso de la década húmeda (1950-1959), el Sáhara se ha estrechado: la fase húmeda ha coincidido, como ha mostrado J. Maley (1973), con una baja de las temperaturas máximas sobre los márgenes meridionales.

Ahora bien, el vigor de los frentes polares y su extensión hacia el ecuador son tanto mayores cuanto que el aire polar es más frío. Eso conduce a Maley (1973) a distinguir dos mecanismos. El de los períodos glaciales y el puesto en evidencia para la época actual. En el primer caso, la superficie de los casquetes glaciales del hemisferio norte conocía una gran extensión, mientras los casquetes glaciales antárticos habrían variado poco. El frente polar norte tenía entonces una acción preponderante y empujaba en verano al monzón a gran distancia hacia el sur. La aridificación estaba entonces en consonancia con los avances glaciales. Durante el enfriamiento del Holoceno, antes del 5000-4000 BP, el centro de acción polar se debilitaba. Durante el verano boreal, el retroceso del frente polar (F. P.) norte favorecía la extensión del monzón al norte del ecuador, mientras el F. P. sur empujaba con fuerza los anticiclones subtropicales hacia el ecuador. Durante el invierno boreal, el frente polar podía también extender su acción sobre el Sáhara y provocar allí lluvias. La incorporación de esas lluvias de invierno y verano explicaría el clima húmedo que ha regido en el Sáhara meridional, y el estrechamiento del desierto durante la primera mitad del Holoceno.

Desde hace 5000 años, la retirada del casquete glacial ha disminuido la fuerza del frente polar norte, al mismo tiempo que el centro de acción antártica ha aminorado también la suya. El empuje del monzón y la influencia del aire polar boreal sobre el Sáhara, que disminuyen a la vez, explicaría así la aridificación progresiva de éste.

Esos mecanismos meteorológicos pueden ayudar a la comprensión de los cambios climáticos de Africa en el transcurso del Cuaternario.

## CRONOLOGIA Y CLIMAS DESDE HACE 25 000 AÑOS

Los últimos 25 000 años del Cuaternario (finales del Pleistoceno y Holoceno) ofrecen un ejemplo reciente y bien documentado ahora de una vastísima extensión

glacial y de su retroceso hasta el actual período interglacial. Durante el mismo período, las regiones intertropicales han experimentado una aridez extrema, seguida de una fase húmeda y de una nueva aridificación. Se trata de la única fluctuación climática que puede estudiarse a una escala temporal de algunos siglos o milenios, al permitir una comparación de los elementos del sistema climático y de sus variaciones para numerosas regiones del globo situadas en casi todas las latitudes. Para ese período además, las indicaciones proporcionadas por pólenes, diatomeas y fauna, idénticas a las especies actuales, permiten cuantificar exactamente la amplitud de las variaciones del entorno geográfico. Es más: el nivel medio de los mares es lo bastante bien conocido como para dar, en cada instante, una idea del volumen general de los hielos y de los informes isotrópicos del oxígeno en las principales reservas (océanos, hielos). (Ver Morner, 1975.)

En el Africa sahariana, desde las primeras síntesis apoyadas en las dataciones con el carbono 14 (Butzer, 1961; Monod, 1963; Faure, 1967, 1969), los trabajos más recientes sobre los que se puede apoyar una cronología detallada de las variaciones climáticas son los de M. Servant y S. Servant en el Chad y Níger, y los de F. Gasse en Afar. En el Este africano, los trabajos de los equipos de van Zinderen Bakker y de Livingstone, Richardson, Williams, Wickens, etc., pueden compararse con los resultados de numerosas síntesis presentadas para las regiones de altas latitudes, principalmente las de Velitchko, Dreimanis, etc. Por su parte, el ámbito del océano Atlántico es conocido en su conjunto por los trabajos del grupo CLIMAP<sup>1</sup> y de McIntyre, y el hemisferio sur por publicaciones de Van der Hammen, Williams, Bowler y otros.

Para colocar de nuevo la historia de la evolución del clima de Africa en su marco global desde hace 25 000 años, se pueden distinguir en ella varias etapas cronológicas.

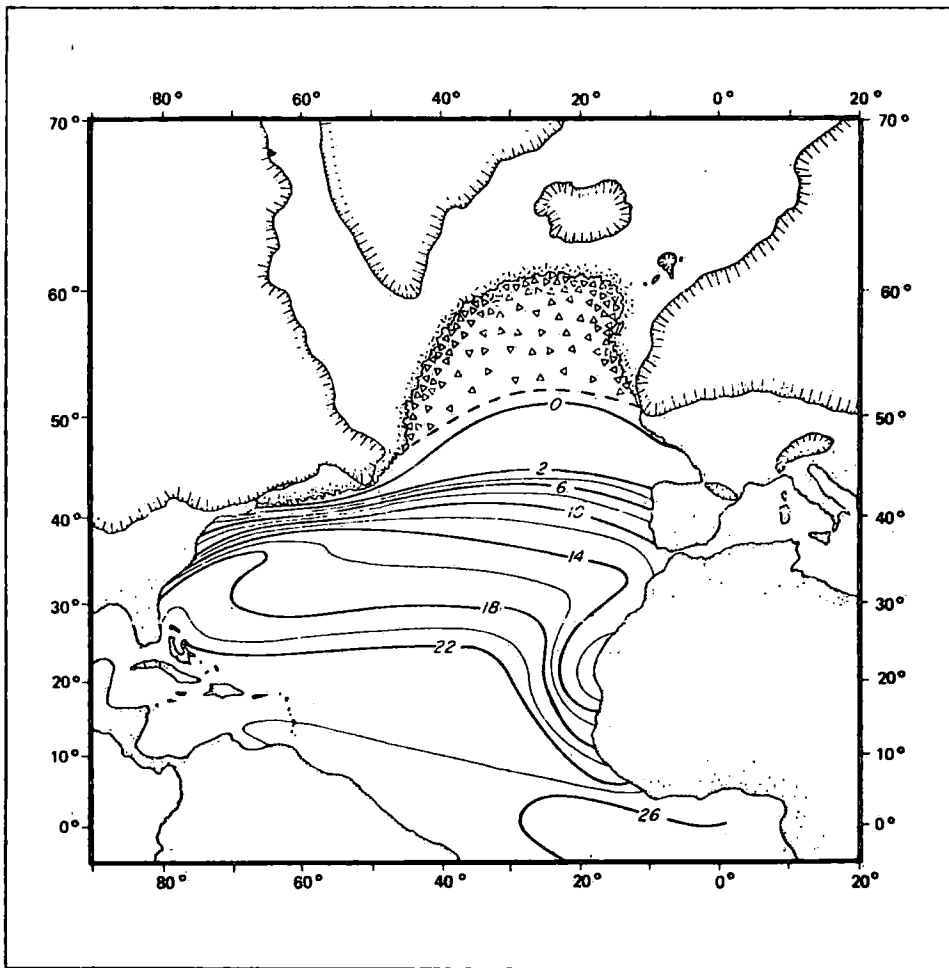
## 25 000-18 000 AÑOS BP

### *Altas latitudes*

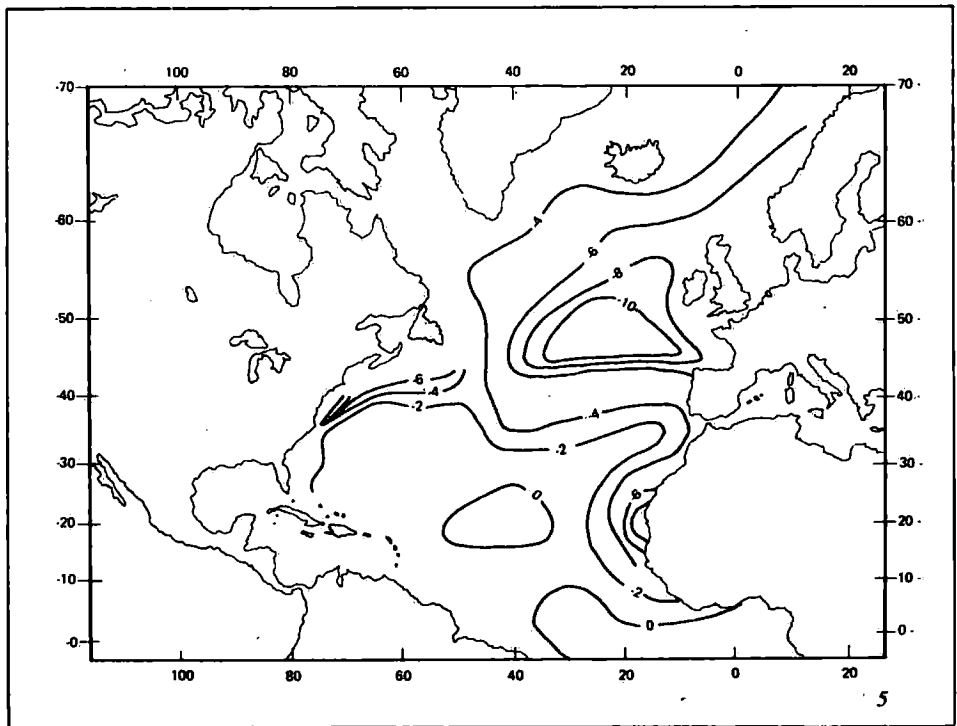
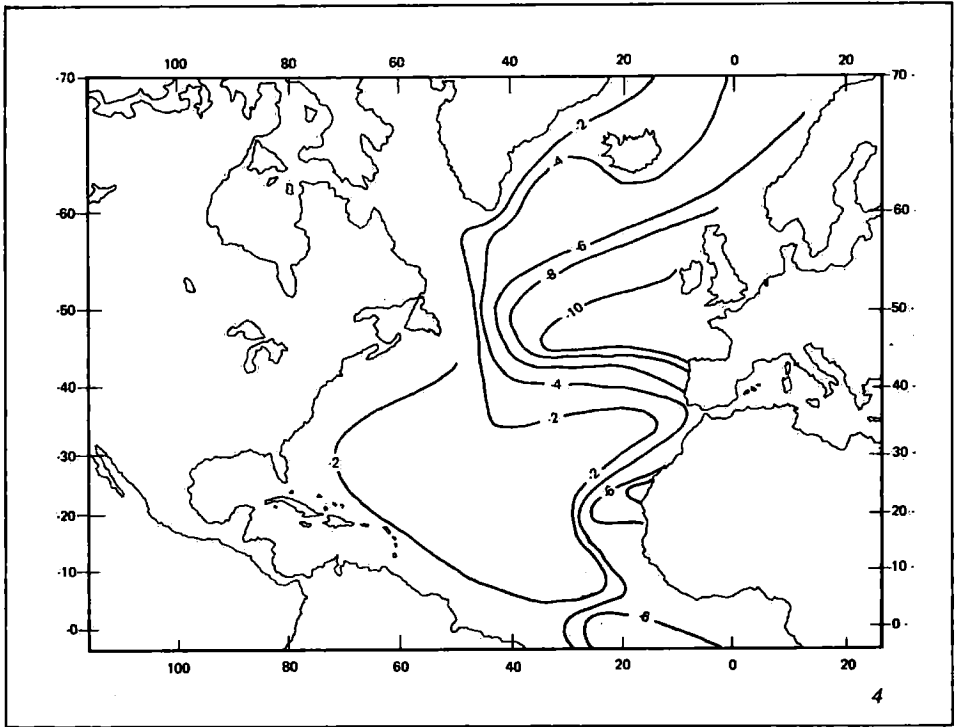
El período de tiempo comprendido entre 25 000 y 18 000 años BP corresponde al final de la extensión máxima de las muestras glaciales que se extendían en el hemisferio norte. Esa última extensión de la glaciación de Würm (= Wisconsin = Weichselien = Valdai) ha cubierto de hielo una superficie que representa del 90 al 95 por 100 de la ocupada en el transcurso de todas las precedentes glaciaciones del Cuaternario (Flint, 1971). Se trata, pues, de un modelo muy representativo de una glaciación.

En torno a las zonas heladas, parece que el *permafrost* (hielo permanente del suelo en el transcurso del año) ha sido más extenso que durante las otras glaciaciones (Velitchko, 1973, 1975). Esa extensión de *permafrost* estaría asociada, fuera de los continentes, a un hielo marino igualmente muy desarrollado en los

<sup>1</sup> Climap (Climatic long-range interpretation, mapping and prediction), de la Década internacional de exploración oceánica (I. D. O. E.).



● Fig. 3: Mapa de las isotermas de las aguas de superficie en febrero: 18 000 BP. Las isotermas en rayas son interpretativas. Las grandes masas glaciales continentales están delimitadas por las orillas sombreadas por rayas, y los bancos de hielo por las orillas granuladas. El litoral glacial está dibujado para un nivel del mar inferior en 85 m. al actual. Según MCLINTYRE y otros, 1975.



● Mapa de las diferencias de temperatura de las aguas de superficie entre la época actual y 17 000 BP. (Según MCLINTYRE, 1974, CLIMAP.) Fig. 4: invierno. Fig. 5: verano.

océanos árticos y que contribuía a una reducción de la evaporación entre el aire y el mar.

### Océanos

Además de la reducción de la superficie libre debida al hielo marino, el rebajamiento del nivel medio de los océanos, que pasa de unos  $-50$  a  $-100$  m., ha contribuido a una reducción suplementaria de un 10 por 100, aproximadamente, en la superficie de éstos. Al final del período considerado, la casi totalidad de las plataformas continentales se encontraba emergida.

Los investigadores del grupo CLIMAP (McIntyre y otros, 1974, 1975; Hays en CLIMAP, 1974, etc.) han podido establecer mapas de las temperaturas de las aguas de superficie del océano Atlántico para la época del máximo glacial (18 000 años BP) (fig. 3). Comparados con los mapas de situaciones actuales (que son las de un interglacial), esos mapas hacen resaltar una media general de las diferencias de temperatura que sólo es de  $2,5^{\circ}$  entre el máximo glacial y el actual interglacial. Sin embargo el reparto de las diferencias de temperaturas muestra un máximo en las latitudes medias (de  $6$  a  $10^{\circ}$  de diferencia) y diferencias mucho más pequeñas (menos de  $3^{\circ}$ ) para las latitudes intertropicales (figs. 4 y 5). Así, por ejemplo, para el punto  $50^{\circ}\text{N}$ . $30^{\circ}\text{W}$ , la temperatura de superficie era en invierno de  $7,3^{\circ}$  a  $12,7^{\circ}$  más baja en los años 18 000 (ó 17 000) BP de lo que es actualmente. En verano, la diferencia cae de  $1,2^{\circ}$  a  $6,6^{\circ}$  (CLIMAP, 1974).

La migración de las aguas polares de los dos hemisferios ha sido el factor dominante de esa fase glacial. En el norte del Atlántico, las aguas polares han descendido hasta  $42^{\circ}$  paralelo N (a partir de una posición próxima de la actual hacia el  $60^{\circ}\text{N}$ ), dando lugar a un rápido gradiente de las temperaturas al sur del  $42^{\circ}\text{N}$  que ha sido, pues, el eje probable de los vientos del oeste (*westerlies*) de la época glacial. Al sur de ese límite, el esquema queda bastante próximo al actual, pero se observa que las isoterma, desviadas a lo largo de las costas de África, ponen en evidencia allí, de modo particular en invierno, aguas relativamente frescas debidas a un *upwelling* reforzado (Gardner, Hays, 1975).

Los frentes polares y el eje de los *westerlies* se desplazan con dirección al ecuador a más de 2.000 km. en el Atlántico norte y solamente a 600 km. en el hemisferio sur para el mismo océano. En el océano Pacífico los frentes polares se habrían desplazado muy poco en período glacial. Así se comprende la disminución de la penetración del monzón en el Sáhara (ver págs. 7-8, Maley, 1973) y el estado árido de la zona saheliana al final del período glacial.

### África

En las regiones del Sáhara meridional y del Sahel, la evolución climática de los últimos 25 000 años revela una tendencia bastante similar desde las orillas del Atlántico hasta las costas del mar Rojo. Ese período de tiempo comprende el final de una fase húmeda del Pleistoceno superior (que ha durado de 30 000 a 20 000 años BP, aproximadamente) y el comienzo de una fase árida que terminaría hacia los 12 000 años BP.

El estudio de los depósitos lacustres de la cuenca del Chad ha mostrado que la relación de las precipitaciones con la evaporación (P/E) era suficiente para que se conservasen unos lagos bastante extensos desde hace 40 000 años BP hasta hace unos 20 000 aproximadamente (M. Servant, 1973). Después, y durante los 8000 años siguientes, la aridez se extiende y sobrepasa sus límites actuales en más de 400 km. hacia el sur.

Ese paso de un episodio lacustre a un estado más árido se observa igualmente en los depósitos de los lagos del Afar, donde F. Gasse ha podido mostrar la existencia de tres fases lacustres en el Pleistoceno superior. Entre los 20 000 y 17 000 años BP, el entorno lacustre se degrada y las gramíneas ocupan el fondo desecado del lago Abbé (Gasse, 1975).

Analizando la literatura más reciente, M. Servant (1973) y F. Gasse (1975) comprueban una evolución bastante comparable con otros lagos del este africano en alturas y latitudes varias: trabajos de Richardson, Kendall, Butzer y otros, y de Livingstone, para los lagos Rodolfo, Nakuru, Naivasha, Magadi, Alberto, etc.

#### 18 000-12 000 AÑOS BP

##### *Altas latitudes*

En las regiones de alta latitud, ese período corresponde al final del máximo glacial y al deshielo. Las muestras glaciales que cubrían el este de América del Norte y Escandinavia, y que alcanzaron su máximo entre los años 22 000 y 18 000 BP, comenzaron a fundirse inmediatamente después de esa fecha. La de la cordillera norteamericana conoció su máximo sólo hace unos 14 000 años y desapareció hace unos 10 000 años BP. En el hemisferio sur, en cambio, parece que la muestra glacial continental del este del Antártico ha variado poco, mientras que la del oeste del Antártico, cuya base reposa bajo el nivel del mar, se ha reducido considerablemente (*National Academy of Sciences, Washington, 1975*).

##### *Océanos*

Las inmensas superficies que estaban cubiertas de hielo marino han desaparecido realmente desde la subida muy rápida del nivel del mar, como consecuencia del deshielo. La subida alcanzaba 1,5 m. cada siglo por término medio entre los 15 000 y 12 000 años BP, y en esta última fecha se sobrepasaba probablemente la mitad, si no las dos terceras partes, de la subida. Al mismo tiempo, las aguas polares del Atlántico alcanzaban latitudes más septentrionales.

##### *África*

La gran aridez del período comprendido entre los 18 000 y 12 000 años BP es el fenómeno mejor documentado que se extiende por una gran parte de África. Las curvas de evolución de los niveles lacustres del Níger y Chad (Servant, 1973),



del Afar (Gasse, 1975), de Sudán (Williams, 1975, y Wickens, 1975), etc., lo ponen perfectamente en evidencia. La desaparición de la vegetación permite que los vientos amplíen el avance de las dunas de 400 a 800 km. en dirección al ecuador y sobre las mesetas continentales emergidas. Es cierto que, durante varios milenios, el Sáhara ampliado ha constituido una barrera para el hombre mucho más hostil que el actual Sáhara. Esa aridificación parece extraordinariamente general, y numerosos indicios prueban que una desecación relativa alcanzaría las zonas intertropicales en su conjunto en África (De Ploey, van Zinderen Bakker, etc., en Williams, 1975) y en Asia, principalmente en las Indias (Singh, 1973).

Williams (1975) ha revisado recientemente la literatura que se refiere a esa fase árida y ha demostrado su extensión excepcional y aproximadamente sincrónica.

### *Cuenca mediterránea*

Mientras que la historia climática en el transcurso de la última glaciación (hace unos cien mil años) parece bastante complicada en la cuenca mediterránea (ver pág. 423), resultados palinológicos (Bonatti, 1966) y pedológicos (Rohdenburg, 1970) indican que en el máximo glacial el clima era seco y frío. Una estepa muy seca ocupaba la zona mediterránea entre los 16 000 y 13 000 años BP, y las capas calcáreas se desarrollaban en los suelos.

### *Hemisferio sur*

En Australia, las temperaturas indicadas por los pólenes han conocido una bajada progresiva hasta hace unos 18 000 ó 17 000 años BP, en tanto que la sequía se instalaba y las dunas se extendían sobre la plataforma continental emergida (Bowler y otros, 1975). La glaciación ocupaba Tasmania y las montañas Snowy, mientras que los lagos del sur de Australia se secaban hacia los 16 000 años BP. El calentamiento indicado por la subida de la línea de arbolado (*timberline*) en altura comienza hace unos 15 000 años, y los lagos del sur de Australia no comenzaron a llenarse de nuevo hasta hace unos 11 000 años BP (Bowler y otros, 1975).

Van der Hammen (1974) y Williams (1975) han mostrado las analogías que caracterizan a los climas de los dos hemisferios en el transcurso del último máximo glacial hace 18 000 años. A excepción del sudoeste de Estados Unidos, persiste una aridez generalizada durante varios milenios en el conjunto de las regiones de baja latitud del planeta.

12 000 AÑOS-0 AÑOS BP

### *Altas latitudes*

Ese período está caracterizado por el final de la glaciación y un calentamiento notable de las temperaturas que culminan entre los 7300 y 4500 años BP («óptimo climático» llamado todavía período «Atlántico» en Europa). La muestra glacial

de la Cordillera se funde muy rápidamente y desaparece hacia los 10 000 años BP; la de Escandinavia desaparece poco después (9000 años BP). Se registran fluctuaciones notables y rápidas con un intervalo de tiempo de unos 2500 años (por ejemplo, el enfriamiento del Dryas amarillo entre los 10 800 y 10 000 años BP).

El norte de Europa alcanza unas condiciones comparables al período actual, en lo que se refiere al helamiento, hace 8000 años, y América del Norte hace 7000 años (*Nat. Acad. Sc.*, 1975). La muestra glacial del oeste del Atlántico se redujo igualmente en esa época.

### Océanos

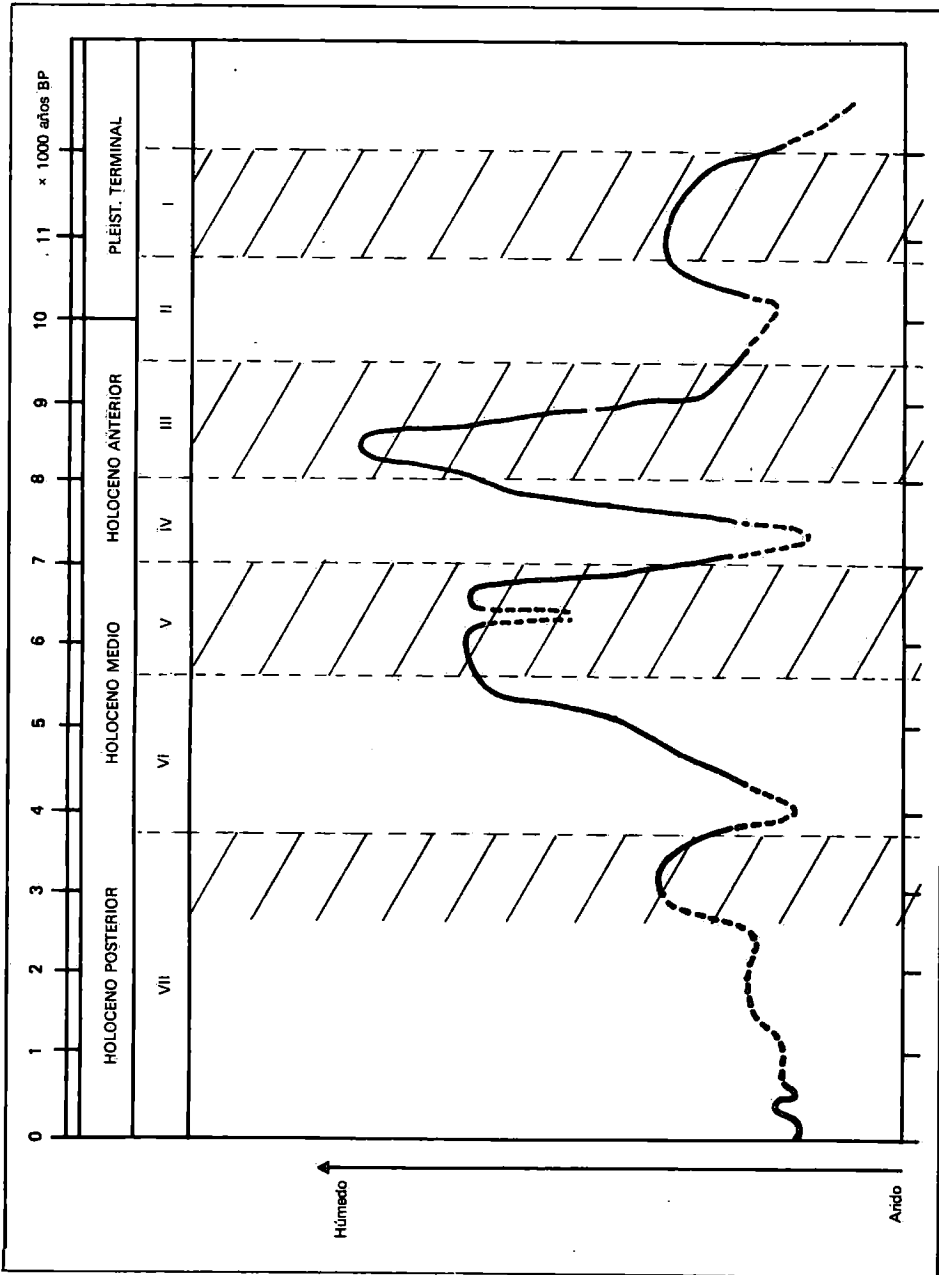
La subida del nivel del mar, que registra el estado medio de fusión de todos los glaciares del mundo, es aún muy rápida entre 12 000 y 7000 años BP (más de 1 m. por siglo, como media, pero con una importante ralentización o retroceso hacia los 11 000 años BP). Los océanos parece que han alcanzado un nivel muy próximo al actual a partir de los 6000 años BP, y que han oscilado en torno a ese nivel, con una amplitud que no sobrepasó algunos metros. A esa tendencia general se superponen fluctuaciones ilustradas por la curva de subida que subraya variaciones climáticas generales (Morner, 1973).

Las zonas de sedimentación marina bastante rápida, estudiadas por Wollin y Ericson, permiten igualmente seguir los cambios en el reparto de las foraminíferas, y principalmente la variación del porcentaje de *Globorotalia truncatulinoides* con plegamiento izquierdo. Los picos de las curvas referentes podrían corresponder, según Morner (1973), a los de los cambios climáticos registrados mediante los informes isotópicos de los hielos de Groenlandia y mediante las escalas palinológicas, así como por las fluctuaciones del nivel marino. Pero se llega aquí al límite de precisión autorizada por el método de datación radiométrica, siendo necesarias las interpolaciones lineales entre fechas, teniendo en cuenta las variaciones del porcentaje de sedimentación. Además, la distorsión de la escala cronológica del C 14 con relación a la escala de tiempo impone la introducción de correcciones que hacen delicadas las correlaciones de fenómenos cuyos límites lo son a escala de siglo.

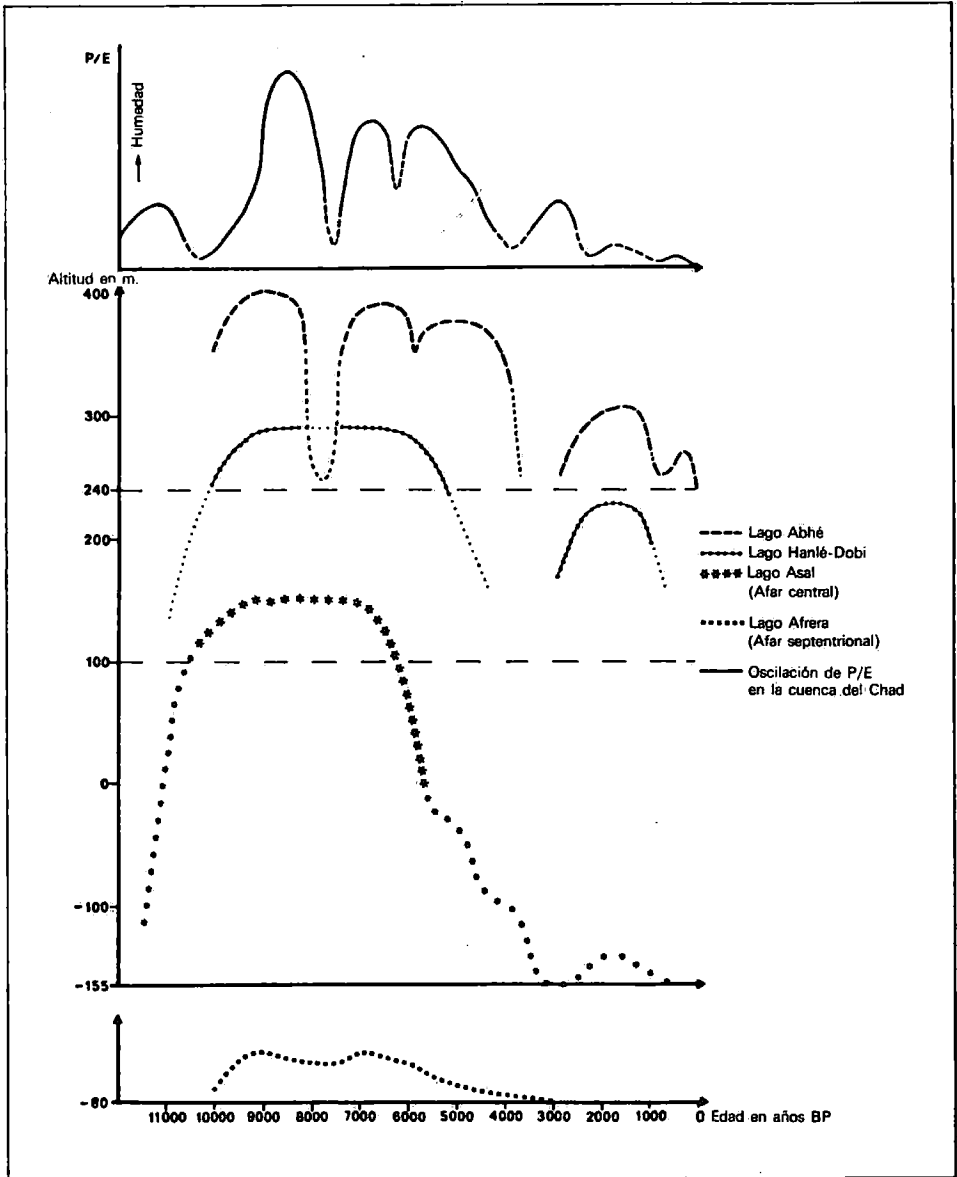
### Africa

Después de la extrema aridez de los años 16 000 a 14 000, y a partir de 12 000 años BP, las regiones subsaharianas de Africa conocieron una extraordinaria extensión de los lagos desde las costas del Atlántico hasta las del mar Rojo. Prácticamente todas las regiones deprimidas permiten observar depósitos lacustres frecuentemente formados por diatomeas.

En el Níger y Chad, M. Servant (1973) ha podido deducir una curva continua de la relación P/E (fig. 6), mediante el estudio de diferentes tipos de lagos, teniendo en cuenta su modo de alimentación y su situación hidrogeológica y geomorfológi-



● Fig. 6: Evolución relativa de la relación pluviosidad/evaporación desde hace 12 000 años en la cuenca chadiana hacia 13-18 de lat. Esa evolución ha sido determinada tras un estudio comparado de las variaciones de los niveles de varios lagos alimentados, sobre todo en la capa subterránea, por los arroyos o los ríos. Según M. SERVANT, 1973, págs. 40-52.



● Fig. 7: Oscilaciones de los niveles lacustres en las cuencas del Afar. Las curvas relativas al paleolago Abhé, Hanlé-Dobi y Asal, situados en Afar central, están representadas en el mismo gráfico. La del lago Afera es independiente. Comparación con la curva de oscilación de P/E en la cuenca del Chad. Según D. GASSE, 1975.

ca. Esa curva climática ilustra las grandes oscilaciones que parece que tienen un carácter general: gran extensión de los lagos hace unos 8500 años BP, retirada de las aguas hacia los 4000 y fluctuaciones menores después de los 3000 años BP. Esas principales variaciones se encuentran, con algunos matices debidos a su modo de alimentación, en los diferentes lagos del Afar (Gasse, 1975) (fig. 7). Se observa cierta analogía de la curva del Chad con la de la humedad de la zona continental siberiana.

El estudio de los demás lagos africanos muestra una línea general de evolución bastante comparable. Livingstone y van Zinderen Bakker consideran que se da un paralelismo bastante estrecho entre la evolución climática del este africano y la de Europa.

La extensión de los lagos saharianos hasta hace 8000 años BP parece que está en relación con lluvias mejor repartidas en el transcurso del año y con una nebulosidad bastante fuerte para reducir la evaporación. M. Servant (1973) cree que la circulación atmosférica era entonces diferente de lo que es en nuestros días. La presencia de varios niveles de diatomeas de regiones «frías» le hace plantear la hipótesis de posibles intrusiones de aire polar sobre el Sáhara. El mecanismo climático actual únicamente se habría establecido después de los 7000 años BP.

### *Hemisferio sur*

En el norte de Australia y en Nueva Guinea, Bowler y otros (1975) sitúan la desaparición de los glaciares hace 8000 años BP (Mt. Wilhelm) al mismo tiempo que el aumento de las lluvias que experimenta también fluctuaciones menores. Entre los años 8000 y 5000, la temperatura media habría sido en 1° ó 2° más alta que la del período actual. El óptimo climático (*Hypsithermal*) tendría un valor mundial, y el bosque de zona lluviosa y cálida (*rain forest*) conoce las condiciones de desarrollo más favorables (desde el glaciar precedente hace 60 000 años) entre 7000 y 3000 años BP. Asimismo, en el sur de Australia, los lagos disecados hace unos 15 000 años BP comienzan a llenarse hacia el 11 000 y experimentan altos niveles entre los 8000 y 3000 BP.

Bajan las aguas poco antes del año 7000 BP, y nueva crecida alrededor de los 6500: parece que el calentamiento y el aumento de la humedad de las zonas de bajas latitudes son un fenómeno general durante la primera mitad de los últimos 12 000 años, y conducen a un estado que caracteriza al actual interglacial.

### CONCLUSIÓN SOBRE LA CRONOLOGIA CLIMATICA DE LOS ULTIMOS 25 000 AÑOS

Este período nos ofrece una imagen de la evolución climática durante el máximo de la extensión glacial (al final de un período glacial) y en el curso de una desglaciación que conduce a un interglacial (actual). Ese modelo de semiciclo de desglaciación muestra una aridez generalizada que dura unos 5000 años en África

y que caracteriza el fin de una glaciación seguida de una fase húmeda de duración comparable y fluctuante, pero que retorna progresivamente a un estado árido.

Se pueden explicar esas pulsaciones climáticas a una escala de 20 000 años por el desplazamiento de los frentes polares y por su influencia sobre el frente intertropical (F. I. T.) y por los dos tipos de circulaciones extremas: rápidas o lentas.

También es probable que ese modelo pueda ser representativo de otras situaciones comparables y de la misma escala en el Cuaternario, es decir, de una duración y amplitud análogas. Pero nada nos permite extrapolarlo en el conjunto de un período glacial de una duración de 100 000 años o, *a fortiori*, en el conjunto de las glaciaciones cuaternarias de una duración de varios millones de años.

Por esa razón, examinaremos ahora la cronología de un período glacial en su conjunto.

## CRONOLOGIA Y CLIMAS DESDE HACE 130 000 AÑOS

Los últimos 130 000 años (Pleistoceno superior) permiten el estudio de un modelo climatostratigráfico a una escala de tiempo de un período glacial-interglacial completo. La cronología de ese período sobrepasa ampliamente las posibilidades de datación con el radiocarbono, que han permitido establecer la sucesión relativamente exacta (en el siglo o casi en el milenio) de los últimos 25 000 años. Sin embargo, ese intervalo de tiempo que corresponde al último gran glacial (Eemiano, que precede al actual) y a la última glaciación (Würm = Wisconsin = Weichselien = Valdai) se conoce relativamente bien, con una precisión cronológica del orden del 10 por 100 ó 20 por 100 respecto a su parte más antigua.

En efecto, en los océanos y cuencas sedimentarias, la extrapolación de las velocidades de sedimentos conocidos y la aplicación de los métodos del desequilibrio del uranio y del potasio-argón al límite superior de sus posibilidades aportan unos datos cronológicos suplementarios. La interpolación lineal entre los puntos datados de una secuencia continua permite una cronología aproximada. Las correlaciones a gran distancia no pueden, sin embargo, precisarse con suficiente agudeza para los acontecimientos a escala de tiempo inferior a algunos milenios. Son, pues, las tendencias generales en un período medio (10 000 años) las que principalmente serán mejor definidas y las que podrán ser comparadas de una región a otra.

## COMPARACION ENTRE REGIONES

### *Altas latitudes*

La vegetación del interglacial eemiano indica que, durante las fases más cálidas de ese interglacial (entre 125 000 y 80 000 años BP, poco más o menos), la temperatura en Eurasia y en América del Norte era sensiblemente comparable a la del período «Atlántico» (entre 7000 y 5000 años BP); es decir, poco diferente de la

actual. Esos dos interglaciales suceden brutalmente a un enfriamiento importante (último estadio muy frío del «Riss»: 135 000 años BP; y último estadio muy frío del Würm: 20 000 años BP).

### *Océanos*

Las variaciones del nivel de los océanos registran bastante bien los dos máximos glaciales por bajadas importantes ( $-110 \text{ m.} \pm 20$  para el segundo máximo hace unos 20 000-18 000 años). Los niveles más altos alcanzados durante los interglaciales eemiano y actual son comparables entre sí (en un 5 por 100 aproximadamente). Las subidas del nivel del mar durante los interestadios (45 000 y 30 000 años BP) alcanzarían tal vez entre el 60 por 100 y 80 por 100 de la subida máxima (Inchirien de Mauritania, por ejemplo). Esas subidas confirman la fusión de una masa de hielo equivalente durante el interperíodo.

### *Africa*

Es probable que, a semejanza de lo que ha ocurrido en los océanos, la repercusión de los fenómenos glaciales se haya atenuado hacia las latitudes intertropicales. Las diferencias entre los temperaturas de un estadio glacial a un estadio interglacial que alcanzan de 5 a 10° en las latitudes medias tan sólo son quizás de 2° a 3° entre los trópicos. Son las consecuencias del reparto y la cantidad de las lluvias que constituyen el fenómeno más fácilmente registrado en Africa.

Pocas regiones de Africa poseen una cronología radiométrica bien establecida para los últimos 130 000 años. Sin embargo, el sondeo del lago Abhé ha permitido a F. Gasse (1975) poner en evidencia tres fases lacustres en el Pleistoceno superior, antes de la aridificación de los 20 000-14 000 años BP. Esos períodos lacustres son los siguientes: el período de los 30 000 a 20 000 años BP (clima húmedo tropical templado), separado de alguna otra extensión lacustre en unos 40 000 a 30 000 años BP por una bajada importante hacia los 30 000 años. El estadio lacustre más antiguo dataría de los 50 000-60 000 años BP (o quizás 60 000-80 000 años?) y correspondería a un período más fresco indicado por las diatomeas.

Otra indicación sobre una variación climática mal datada es la del Pleistoceno superior, facilitada por el estudio de los pólenes del alto valle del Awash (Afar), donde R. Bonnefille (1973, 1974) ha observado un clima claramente más húmedo que el actual y quizás más frío, caracterizado por una estepa de alta montaña.

### *Cuenca mediterránea*

Incluida entre las dos zonas geográficas anteriormente estudiadas, la cuenca mediterránea constituye una zona climática importante cuya evolución parece

compleja. En particular, no se puede considerar que las glaciaciones allí han permitido sencillamente la instalación de un clima húmedo.

Analizando los estudios palinológicos, micropaleontológicos e isotópicos efectuados en el Mediterráneo oriental, en Grecia e Israel (Emiliani, 1955; Vergnaud-Grazzini y Herman-Rosenberg, 1969; Wijnstra, 1969; Van der Hammen, 1971; Rossignol, 1969; Issard, 1968; Issard y Picard, 1969; Farrand, 1971), se llega a la conclusión de que la bajada de temperatura durante la última glaciación podía ser del orden de 4° para el aire, y quizás de 5-10° para el mar. En Grecia, la sequía era más importante durante el período glacial, mientras que se producía lo contrario en las costas de Israel.

En cambio, el estudio de microrrestos de mamíferos (roedores) (Tchernov, 1968, *en* Farrand, 1971) parece indicar una evolución progresiva de las condiciones húmedas hacia unas condiciones áridas en el transcurso de los últimos 80 000 años. En Israel, hace unos 20 000 años BP, el nivel del lago Lissan bajó 190 m. en 1000 años, debido a una sequía (combinada con un movimiento tectónico del *rift* del mar Muerto), y hemos visto (pág. 417) que el final de la extensión máxima del frío würmiano corresponde a condiciones frescas y áridas en el conjunto de la cuenca mediterránea.

La complejidad de la situación geoclimática de la cuenca mediterránea necesita aún, como en Africa, estudios con todo detalle que permitan precisar la evolución climática en el Würm.

## CONCLUSION SOBRE LA CRONOLOGIA Y LOS CLIMAS HACE 130 000 AÑOS

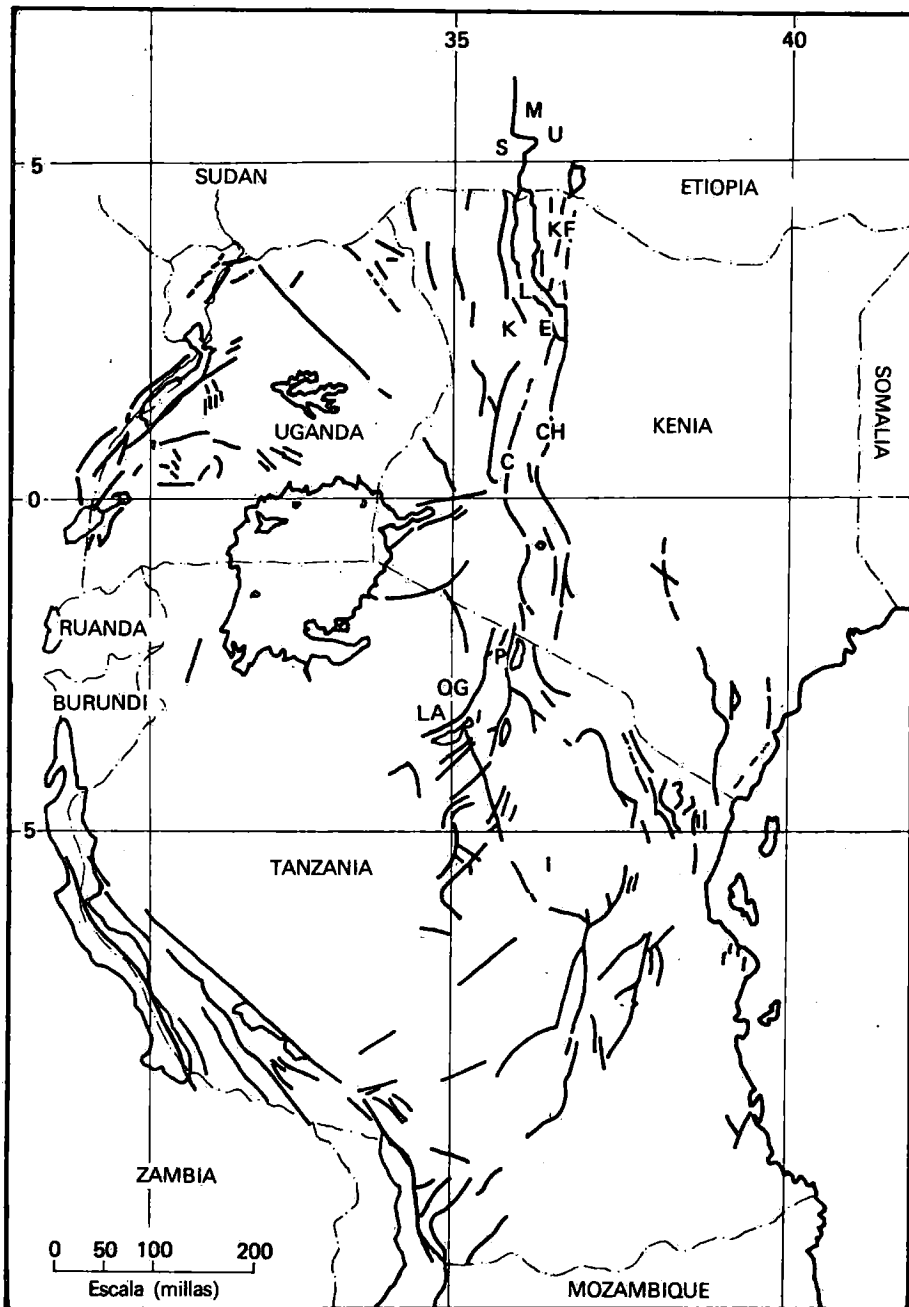
El último período glacial ofrece un modelo de ciclo climático completo a una escala de cien mil años (interglacial-glacial-interglacial), con sus fluctuaciones interperiódicas y periódicas de una duración del orden de los 10 000 años. En Africa se caracteriza por extensiones lacustres (de una duración comparable) separadas por fases de desecación.

En el estado actual de nuestros conocimientos, la precisión de la cronología no permite correlacionar con certeza las fases frías o cálidas y las fases húmedas o secas de Africa. Es de desear que los trabajos en curso, apoyados en cortes y sondeos que ofrecen una sucesión continua de los acontecimientos, permitan responder a esa cuestión en el futuro.

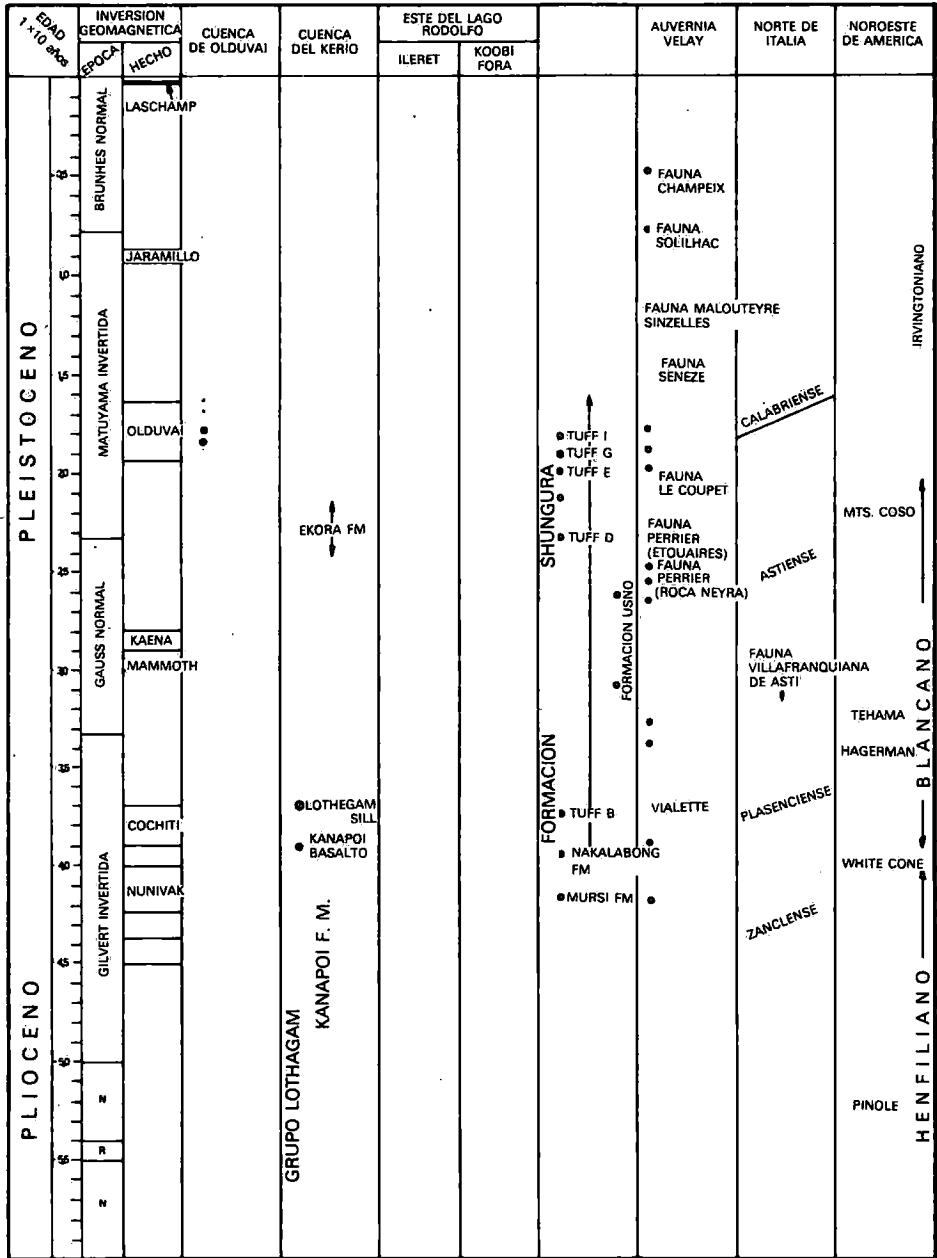
## CRONOLOGIA Y CLIMAS HACE UNOS 3 500 000 AÑOS

La lenta tendencia al enfriamiento que caracteriza al Cuaternario comenzó hace casi 55 millones de años (M. A.) (*Cenozoic climatic decline*) (Nat. Ac. Sci., 1975). La muestra glacial del Antártico, ya formada hace unos 25 millones de años (M. A.), aumentó ampliamente hace 10 M. A. y después, hace unos 5 millones, alcanzó casi su volumen actual. La muestra del Artico sobre los continentes vecinos del Atlántico norte apareció hace unos 3 M. A. El primer gran enfriamiento general de los océanos comenzó hace unos 1,8 M. A. (Bandy *en*

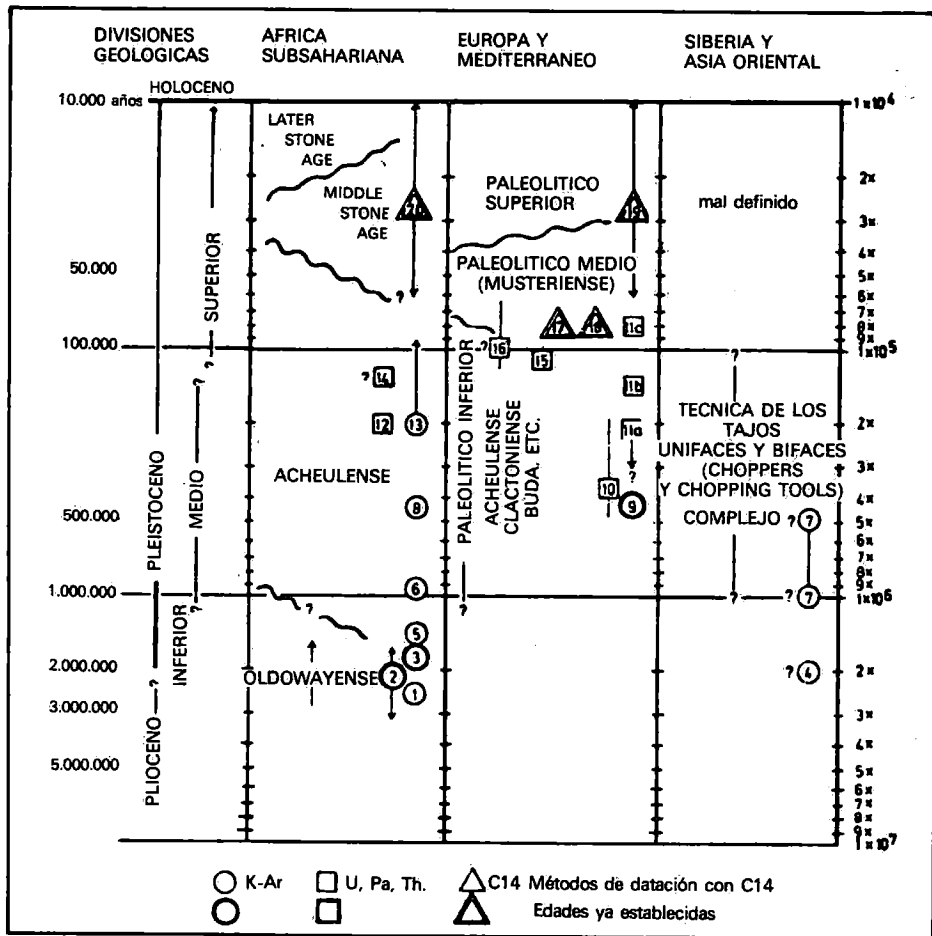




• Fig. 8: Mapa de las localidades del Plio-Pleistoceno del Este africano. Leyenda: M. Mursi; U: Usno; S: Shungura, formaciones del valle inferior del Omo. I: Ileret; KF: Koobi Fora, sectores del este del lago Rodolfo. L: Lothabam; K/E: Kanopoi y Ekora, de la cuenca hidrográfica del Bajo Kerio. C: Chermanon; Gh: Chesowanja, localidades de la cuenca del Baringo. K: Kanan, golfo de Kavirondo. P: Peninj, cuenca del Natron. OG: Garganta de Olduvai; LA: Laetoliil, llanura de Serengetti. Final del mapa tomado del mapa geológico a escala 1:4.000.000 del este africano (Kenia). Según F. CLARK HOWELL, 1972.

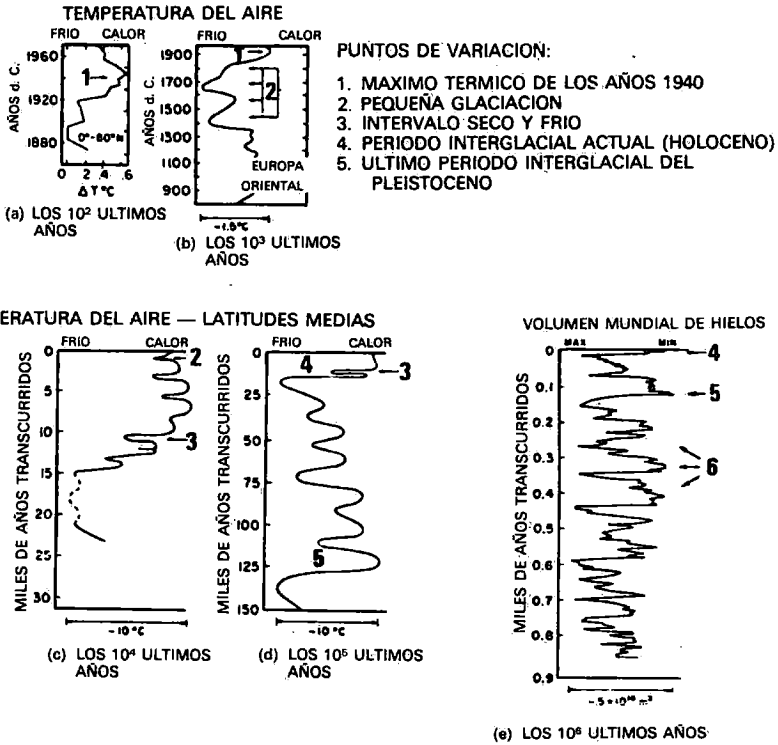


● Fig. 9: Cronología radiométrica y paleomagnética del Plioceno/Pleistoceno del este africano, del sudoeste de Europa y del noroeste de América. Las importantes sucesiones autorizadas por las medidas efectuadas en las zonas del Ileret y de Koobi-Fora (sector este del lago Rodolfo) están aún en estudio y, al ser incompletos los resultados, las columnas correspondientes han sido dejadas en blanco. Según F. CLARK HOWELL, 1972.



● Fig. 10: Cronología y ritmo de la evolución de las civilizaciones en el curso del Pleistoceno, con relación a la evolución de los homínidos. W. W. BISCHOP y J. A. MILLER, 1972, págs. 381-430, fig. 9; según G. L. ISAAC. Los principales horizontes culturales están referidos a escala del tiempo logarítmico. Las fechas o series de fechas particularmente bien establecidas están señaladas por símbolos en trazo grueso.

VARIACIONES CLIMATICAS



● Fig. 11: Las tendencias generales del clima mundial desde hace un millón de años. a) Modificaciones de la media quinquenal de superficie en la región 0-80 N. en el curso de los últimos 100 años (MITCHELL, 1963). b) Índice de rigor frío del invierno en Europa oriental en el transcurso de los últimos 1000 años (LAMB, 1969). c) Tendencias generales de la temperatura del aire en las latitudes medias del hemisferio norte en el transcurso de los últimos 15 000 años, según la altura máxima de los árboles (DENTON y KARLEN, 1973) y las modificaciones de la vegetación registradas en los espectros del polen (VAN DER HAMMEN y otros, 1971). d) Tendencias generales de la temperatura del aire en el hemisferio Norte en el transcurso de los últimos 100 000 años, según las temperaturas de las aguas de superficie en las latitudes medias, los datos de la palinología y los datos mundiales relativos a los niveles de los mares. e) Fluctuaciones del volumen mundial de los hielos desde hace un millón de años, según la evolución de la composición isotópica del placton fósil en la muestra submarina V28-238. (SHACKLETON y OPDYKE, 1973).

Bishop y Miller, 1972), poco antes de la base de la capa marina calabriense, hacia la realización de Gilsa (1,79 M. A.).

En Africa, varias regiones (Chad, Africa oriental, etc.) han proporcionado una rica fauna de vertebrados, vinculados primero al Villafranquiano (entre 3,3 y 1,7 ó 1 M. A.). Algunas asociaciones de mamíferos implican condiciones de humedad mucho mayores que la que caracteriza al entorno actual de los yacimientos. Por tanto, se han considerado como si señalasen «Pluviales» en Africa.

Las estratigrafías más detalladas, apoyadas en una cronología Ar/K y paleomagnética, son las de los depósitos de los fósiles (*rift*) esteafricanos. En ese tipo de relleno sedimentario, el efecto del clima es más difícil de conocer que el de la tectónica, el del volcanismo y el de las modificaciones topográficas que entrañan, aunque actualmente los autores han renunciado a una sucesión climática detallada. En cambio, la cronostratigrafía está muy implantada y constituye una referencia mundial.

En los diferentes yacimientos de vertebrados y homínidos del Africa oriental (figs. 8 y 9), las sucesiones sedimentarias datadas son las siguientes:

— *OMO* (Etiopía): La formación de Shungura, de unos 1.000 m. de espesor, se extiende de 3,2 a 0,8 M. A., y la de Usno, de 3,1 a 2,7 M. A. (según Heinzelin; Brown; Howell, 1971; Coppens, 1972; Bishop; Miller, 1972; Howell, 1972; Brown, 1972, 1975). El estudio de los pólenes de la formación de Shungura ha puesto en evidencia un importante cambio climático que va hacia la sequía, hace casi 2 M. A., con el desarrollo de una sabana herbosa de gramíneas (Bonnefille, 1973, 1974). Ese cambio lo ha confirmado el estudio de las faunas, y podría plantearse como paralelo a un estadio de enfriamiento mundial de los océanos (1,8 M. A.).

— *Olduvai* (Tanzania): La sucesión de las formaciones clásicas y su cronología es la siguiente:

— Ndotu	Capas	0,032 M. A.		
		0,4	»	»
— Masen	Capas	0,6	»	»
	Capa IV	0,8	»	»
(antiguo Kanjerano)	Capa III	1,15	»	»
	Capa II	1,7	»	»
(antiguo Kamasiano)	Capa I	2,1	»	»

(Según Leakey; Cook, Bishop, 1967; Howell, 1972; Hay, 1975.)

— *East Rudolf* (Kenia): La estratigrafía resumida en la figura 10, debida a Brock e Isaac (1974), se refiere a 325 m. de depósitos que se escalonan en el tiempo entre 3,5 y 1,5 M. A. aproximadamente.

(Según Bowen, Brock, Vondra, 1975.)

— *Hadar, Afar central* (Etiopía): Finalmente, las formaciones con homínidos y muy ricas en fósiles de Hadar, en el Afar central, estudiadas por la I. A. R. E. (*International Afar Research Expedition*) se situarían alrededor de 3 M. A., según Johanson y Taieb y col. (1974, 1975).

Los trabajos activamente en curso en esas regiones del Africa oriental

permitirán de aquí a algunos años proponer una nueva evolución climática fundada en la sedimentología y en la ecología vegetal y animal, y teniendo en cuenta la interferencia de los factores tectónicos y volcánicos.

Otras regiones de Africa, como Saura (Alimen y col., 1959; Alimen, 1975), el valle del Nilo (Wendorf, 1968; Butzer y Hansen, 1968; De Heinzelin, 1968; Giegengak, 1968, Said, en prensa), Chad (Coppens, 1965; Servant, 1973) o Africa del Norte, han sido objeto de estudio intensivos. Las variaciones climáticas propuestas están fundadas en la sucesión de los depósitos y excavaciones fluviales o en las sucesiones de faunas de mamíferos. A falta de una cronología radiométrica o magnetoestratigráfica, no es posible aún relacionar esas variaciones con las fluctuaciones glaciales europeas.

## CONCLUSION

La acentuación de los gradientes térmicos del globo, unida a amplias modificaciones del clima con el paso del tiempo, caracteriza al Cenozoico superior desde hace 5 M. A. Y ha provocado en las altas latitudes variaciones importantes de temperatura, responsables de los períodos glaciales y de los interglaciales. En las latitudes intertropicales, las fluctuaciones térmicas están relativamente atenuadas, pero las circulaciones atmosféricas perturbadas por el reforzamiento o debilitamiento de los frentes polares provocan variaciones importantes en el reparto y en las cantidades de lluvias que contribuyen a cambiar en profundidad el medio ambiente de las diferentes zonas climáticas. Al modificar periódicamente el entorno geográfico y vegetal, marco de vida de la fauna y del desarrollo de los homínidos, esas variaciones climáticas dan ritmo a la historia de la evolución de Africa de un modo más discreto que el de las glaciaciones en Europa.

La conclusión de este rápido examen del estado de nuestros conocimientos sobre la cronología y las variaciones climáticas en Africa es la necesidad de proseguir la búsqueda de los hechos de observación y medida antes de fijar nuestros conocimientos dispares en el rígido marco de una teoría. Por otro lado, aparece la importancia de la escala de tiempo de las diferentes manifestaciones de modificación del clima. Conviene estar atento a colocar cada observación y fenómeno en la escala de tiempo que le es propia. Eso está ilustrado a título de conclusión por la figura 11, tomada del volumen de la *National Academy of Sciences*, Washington (1975), en la que se ofrecen cinco ejemplos de variaciones climáticas para escalas de tiempo que van de un siglo al millón de años.

# LA HOMINIZACION: PROBLEMAS GENERALES

## PARTE I

Y. COPPENS

### LOS DATOS PALEONTOLOGICOS

El hombre es un mamífero y, más en concreto, un mamífero placentario<sup>1</sup>. Pertenece al orden de los primates.

### CRITERIOS PALEONTOLOGICOS

Los primates, de los que el hombre forma parte, se diferencian de los demás mamíferos placentarios por el desarrollo precoz del cerebro, el perfeccionamiento de la visión que ha llegado a ser estereoscópica, la reducción del rostro, la sustitución de zarpas por uñas planas y la oponibilidad del pulgar a los otros dedos. Entre los primates, divididos en prosimios y simios, el hombre forma parte de los segundos, que se caracterizan por el aumento de la estatura, el alejamiento de las órbitas a partir de la frente, la mejora consecutiva de la visión y la independencia de las fosas temporales.

Se manifiesta de pronto entre esos simios una explosión de las formas en el Oligoceno superior, hace unos 30 000 000 de años, permitiendo suponer que la diferenciación de la familia de los homínidos podría remontarse a esa época. Para poder escribir la historia de esos homínidos, tenemos, pues, que buscar entre los fósiles de simios de los últimos 30 millones de años, aquellos cuyas tendencias evolutivas se orientan hacia los rasgos que caracterizan al género *Homo* que nosotros somos: bipedia con todo lo que eso implica de transformaciones del pie, la pierna, la pelvis, la orientación del cráneo, las proporciones de la columna

---

<sup>1</sup> Los mamíferos representan la más evolucionada de las 5 clases de vertebrados. Los mamíferos placentarios son los más evolucionados de los mamíferos; disponen de un órgano nuevo, la placenta, destinada a la respiración y a la nutrición del feto.

vertebral; y desarrollo de la caja craneal, reducción del rostro, redondeamiento del arco dental, reducción de los caninos, hundimiento del paladar, etc.

El Propliopiteco del Oligoceno superior presenta, discretamente, algunas de esas tendencias, y de ahí el entusiasmo, sin duda prematuro, de algunos autores por considerarlo como a uno de los nuestros.

Más serias son las tendencias observables entre los Ramapitecos; su cerebro parece que ha alcanzado los 400 cm<sup>3</sup>; el rostro es reducido y el arco dental redondeado; los incisivos y los caninos, reducidos también, quedan implantados verticalmente. Otro primate es el Oreopiteco, cuyo esqueleto completo presenta a la vez esos mismos rasgos craneales y una pelvis de bípedo ocasional. Puede suponerse que el esqueleto postcraneal del Ramapiteco, aún desconocido, podía presentar también todas esas primeras huellas o señales de adaptación al enderezamiento del cuerpo.

Por el contrario, aparecen sin ambigüedad las tendencias evolutivas de los Australopitecos. Bípedos permanentes, tienen pies humanos, manos más modernas, un cerebro en claro crecimiento de volumen, pequeños caninos y un rostro reducido. No pueden dejar de ser considerados como homínidos.

El género *Homo*, fin de la cadena, se distingue de los Australopitecos por su aumento de estatura, perfeccionamiento de la posición erguida, crecimiento del volumen cerebral que, desde la especie más antigua, puede alcanzar los 800 cm<sup>3</sup>, y una transformación de la dentadura que ve desarrollarse los dientes anteriores con relación a los laterales, debido a un cambio del régimen alimentario, de vegetariano a omnívoro.

Se ve que la labor del paleontólogo es un estudio de anatomía a la vez comparativa y dinámica. Sabiendo que la evolución procede siempre de lo más simple a lo más complejo y de lo indiferenciado a lo especializado, el paleontólogo necesita encontrar fósiles a la vez suficientemente comparables y, teniendo en cuenta la edad geológica, suficientemente diferentes del Hombre, cuyos antepasados busca.

Los primates más antiguos son los prosimios, grupo representado hoy por los lemúridos malgaches, los tarsios de Filipinas e Indonesia y un pequeño galagos del Africa tropical.

Los simios van a dividirse, desde el Eoceno<sup>2</sup> en dos grandes grupos: los platirrinios<sup>3</sup> o monos del Nuevo Mundo, con tabique nasal grueso y 36 dientes; los catarrinos, o monos del Antiguo Mundo, con tabique nasal delgado y 32 dientes.

Los catarrinos van a dividirse en un determinado número de familias: los cercopitécidos, los pongoides, los homínidos, los hilobátidos, los oreopitécidos, los sivapitécidos, los gigantopitécidos, etc.

<sup>2</sup> Recordemos que el tiempo geológico se divide en eras: primaria, secundaria, terciaria y cuaternaria. Los primates que aparecen al final de la era secundaria, hace 70 millones de años, se desarrollan durante las eras terciaria y cuaternaria. La terciaria se divide en 5 grandes estratos que son, de mayor a menor antigüedad, el Paleoceno, el Eoceno, el Oligoceno, el Mioceno y el Plioceno; el Cuaternario no comprende más que dos estratos, el Pleistoceno y el Holoceno.

<sup>3</sup> Anexo a este capítulo se encontrará un glosario que da la significación de los diferentes términos científicos empleados.



## ENTRE 20 Y 40 MILLONES DE AÑOS

No es fácil ver lo que se prepara, ni en el Eoceno ni en el Oligoceno, entre hace 20 y 40 millones de años, porque son escasas las ventanas abiertas a ese pasado.

No obstante, un valiosísimo yacimiento, el Fayum, a algunas decenas de kilómetros al sur de El Cairo, ha proporcionado, a las diferentes misiones que han acudido a investigarlo, una increíble variedad de primates: el *Parapithecus*, el *Apidium*, el *Oligopithecus*, el *Propliopithecus*, el *Eolopithecus*, el *Egyptopithecus*.

El *Parapithecus* y el *Apidium* son interesantes debido a sus tres premolares, es decir, 36 dientes, como los prosimios y los monos del Nuevo Mundo (platirrinos). Una tercera clase, de morfología vecina, el *Amphipithecus*, viene a completar en Birmania esa imagen.

Pero otros muchos caracteres asemejan a esos primates con los catarrinos caracterizados por 32 dientes.

Se trata, pues, aquí de los antepasados de los catarrinos o protocatarrinos.

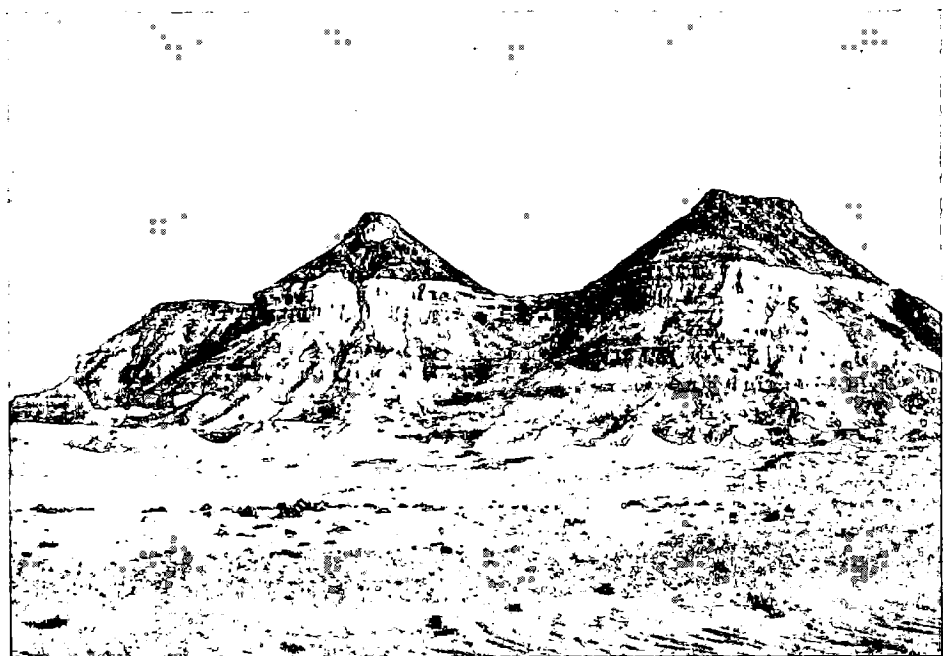
Tras una primera ojeada hacia atrás aparece así una especie de prólogo en la aparición de los prehomínidos, ilustrados por una fase protocatarriniana con 36 dientes, y tres personajes, *Parapithecus*, *Amphipithecus* y *Apidium*.

El *Oligopithecus*, el *Propliopithecus*, el *Eolopithecus* y el *Egyptopithecus* tienen dos premolares. Se trata, pues, de catarrinos propiamente dichos que poseen 32 dientes. El oligopiteco, pequeño primate de 30 cm. de altura, tiene molares de tipo primitivo, y en él se ve el origen o la cepa de los cercopitecos. Ese es el primate más antiguo conocido que tiene 32 dientes. El eolopiteco tiene enormes caninos y molares con tubérculos independientes; bien podría presagiar a los gibones, a los pliopitecos del Mioceno de Europa y a los limnopitecos del Mioceno de Kenia y de Uganda, que se aproximan a él.

El egiptopiteco tiene también grandes caninos y premolares heteromorfos<sup>4</sup>; antepasado de los driopitecos, encontrados en todo el Antiguo Mundo, quizás sea también el antepasado de los chimpancés. El propliopiteco tiene caninos pequeños y un primer premolar inferior con un tubérculo y medio; en él se ha visto el esbozo de la homomorfia<sup>4</sup> de los dos premolares inferiores, característicos de los homínidos; ¿es el antepasado del grupo o, más modestamente, el antepasado común de los grandes monos y de los hombres, o ya un póngido?

Sea cual sea el diseño de los parentescos, el interés de ese período está en mostrar al nordeste de Africa, hace 30 millones de años, una gran variedad de pequeños primates que anuncian a todos los primates de hoy: *Cercopitecos*, *póngidos*, *hilobátidos* y *homínidos*; las orientaciones fundamentales están tomadas.

<sup>4</sup> Los premolares y los molares tienen coronas divididas por surcos en pequeños bultos que se llaman cúspides o tubérculos; en los grandes monos (Póngidos), el primer premolar inferior parece un canino: sólo tiene una cúspide; en los homínidos, ese diente se parece al segundo premolar y tiene dos cúspides. En el primer caso se habla de heteromorfia de los premolares; en el segundo, de homomorfia.



- 1. Reconstrucción del entorno de Fayum hace 40 000 000 años, dibujos de Bertoncini-Gaillard, bajo la dirección de Yves Coppens, exposición «Orígenes del Hombre», Museo del Hombre (septiembre 1976-abril 1978), fot. Y. Coppens, colec. Museo del Hombre.
- 2. Yacimientos eoceno y oligoceno de Fayum, Egipto, colec. Museo del Hombre (fot. Elwyn Simons).

## ENTRE 10 Y 20 MILLONES DE AÑOS

Intervienen otros progresos.

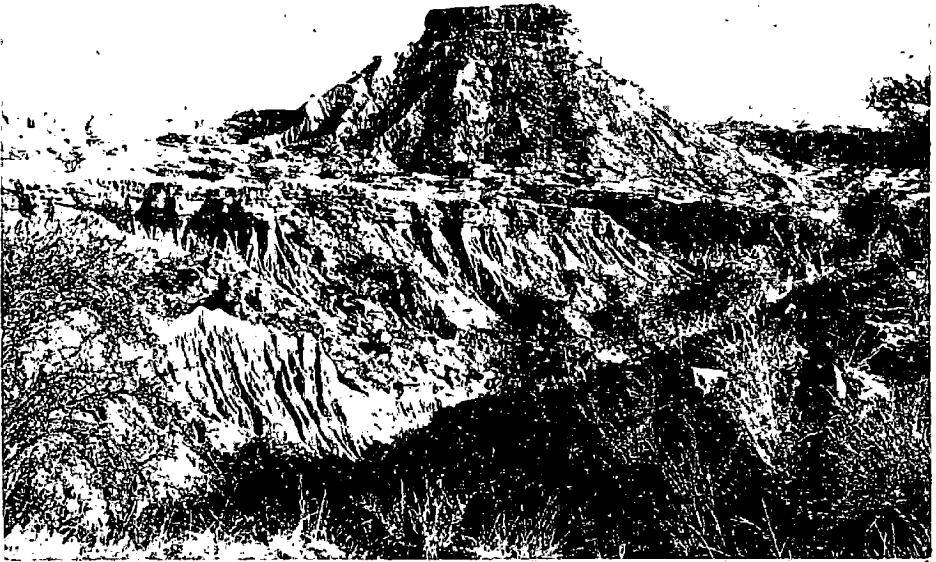
L. S. B. Leakey ha descubierto, en Kenia y Uganda, los restos de un pequeño primate, el *Kenyapithecus africanus*, que él clasifica como homínido. Ese pequeño primate tiene 20 millones de años y se caracteriza por su arco alveolar redondeado, los dientes yugales<sup>5</sup> superiores divergentes y el prognatismo<sup>6</sup> escaso; sus incisivos y caninos están verticalmente enclavados, y las coronas de sus premolares y molares son bajas. Pero muchos autores le han encontrado caracteres del gran mono. En Kenia, L. S. B. Leakey ha encontrado asimismo, en Fort Ternan, lo que él cree que es otra especie del mismo género, el *Kenyapithecus wickeri*, fechado esta vez en 14 000 000 de años. Otros autores, apoyándose en diferentes caracteres o interpretando de distinto modo los caracteres descritos, también sitúan a ese primate entre los póngidos. L. S. B. Leakey, sin embargo, había aportado argumentos de peso en favor de su nuevo candidato, puesto que se trata de argumentos culturales. En el Congreso Panafricano de Dakar, en 1967, había presentado piedras de basalto cuyos filos naturales tenían señales de uso; y en Addis Abeba, en 1971, declaraba que la mayor parte de los huesos de animales descubiertos en asociación con el *Kenyapithecus wickeri* estaban artificialmente cortados. Evidentemente, es muy impresionante el imaginar a ese pequeño primate africano eligiendo guijarros con punta o cortantes para preparar su comida. Decimos que teóricamente no es imposible.

Desde 1934, se conoce, en las formaciones mioplicenas del norte de la India y del Pakistán, otro primate, el *Ramapithecus punjabicus*, también de 8 a 14 millones de años. Simons de Yale lo ha examinado asociándolo a restos atribuidos al *Bramapithecus*. Es un pequeño primate de 18 a 36 kg. Su rostro corto, su gruesa mandíbula con la parte montante vertical, la verticalidad de implantación de sus caninos en reducción y con sus pequeños incisivos, el retraso de sus molares y la homomorfía de sus premolares inferiores ha llevado a clasificar al *Ramapithecus punjabicus* como un homínido por parte de muchos autores, aunque no por todos. Simons incluso ha agrupado a ese fósil indio con el *Kenyapithecus* del Africa oriental y con algunos descubrimientos aislados de China y Europa, para constituir un estrato prehomínido mioceno en todo el Antiguo Mundo. No tenía razón, puesto que las investigaciones de estos tres últimos años han descubierto ese Ramapiteco en Turquía (I. Tekkaya) y en Hungría (M. Kretzoi), mientras que nuevos documentos pakistaníes (expedición D. Pilbeam) aportaban numerosas informaciones sobre ese primate.

Un enorme primate, el gigantopiteco, ha sido encontrado en China y la India; se llama *Gigantopithecus blacki* en China y *Gigantopithecus bilaspurensis* en India, estimándose su edad en varios millones de años. Sus incisivos son pequeños y sus caninos no resultan grandes, pero no son hominianos; su primer premolar inferior tiene dos cúspides; sus dientes yugales son grandes, fuertes, y muestran un

<sup>5</sup> A los premolares y a los molares se les llama dientes yugales o dientes de la mejilla.

<sup>6</sup> Prognatismo significa «mandíbulas hacia adelante»; esa palabra traduce la proyección de todo el rostro o de parte del rostro que se encuentra bajo la nariz.



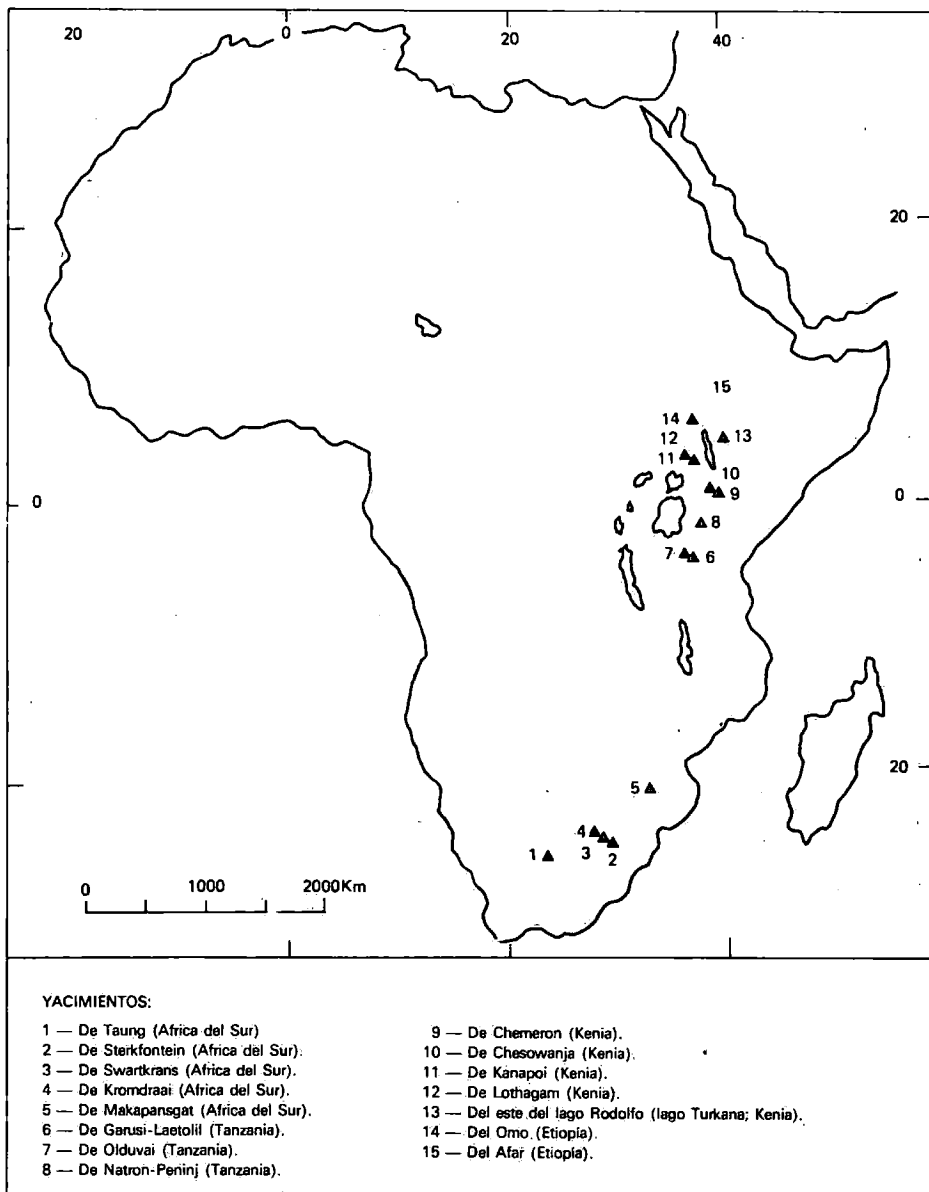
● 1. Los yacimientos de Siwaliks al norte de Pakistán, expedición D. Pilbeam, colec. Museo del Hombre (fot. H. Thomas).

● 2. Reconstrucción del cráneo de Ramapithecus, colec. Museo del Hombre, fot. J. Oster, núm. D. 78.1043.493.

● 3. Esqueleto de Oreopithecus bambolii, 12 000 000 años, encontrado en el yacimiento de Grossetto (Toscana) por Johannes Hürzeler en 1958 (fot. J. Oster, colec. Museo del Hombre).

2

3



● *Los datos paleontológicos.*

desgaste considerable; su rostro es corto, su mandíbula fuerte, y tiene una parte montante alta y vertical; pero su candidatura con vistas a ser el antepasado del Hombre es rechazada hoy por prácticamente todos los autores. Investigaciones realizadas en Grecia bajo la dirección de L. de Bonis han dado a conocer un primate de 10 000 000 de años, el *Uranopithecus macedoniensis*, que podría ser el antepasado del *Gigantopithecus*.

Finalmente, hace 12 000 000 de años, se balanceaba de rama en rama por los bosques de Toscana, pero quizás también en Kenia, otro primate, el oreopiteco. Descubierto en 1872 por Gervais, su descripción se debe a un excelente paleontólogo suizo, Johannes Hürzeler, quien ha realizado otras excavaciones en Grosseto (Toscana) con la suerte de encontrar un esqueleto, prácticamente entero, de *Oreopithecus bambolii*. Este tiene un rostro corto, los huesos de la nariz sobresalen con relación al perfil de su rostro, sus incisivos son pequeños y sus caninos también, su primer premolar inferior es bicúspide, su pelvis es la de un bípedo, pero sus miembros anteriores son extraordinariamente largos. El oreopiteco es quizá un pequeño homínida; en todo caso es un primate braceador<sup>7</sup>, adaptado a un modo de vida forestal.

*Kenyapithecus africanus*, *Kenyapithecus wickeri*, *Ramapithecus punjabicus*, *Gigantopithecus blacki*, *Gigantopithecus bilaspurensis*, *Oreopithecus bambolii*: lo importante, de momento, no es saber quién es el antepasado de quién. Por otro lado, varias líneas están representadas aquí. Pero, con esos cuatro tipos de mioceno y plioceno, nos surge la imagen de un primate que, viviendo en el bosque, por vez primera parece que va a alimentarse, en parte en zonas abiertas, alrededor de los lagos y a lo largo de los ríos. Nuevos modos de vida van a aparecer evidentemente con esa salida del bosque. Y al mismo tiempo se presenta una reducción de los dientes anteriores y otra del rostro, y una tendencia del primer premolar, que ya no es molestado por el canino, a doblar su cúspide inicial. Ello constituye el esbozo de la conquista de la sabana y, con ella, la de la bipedia<sup>8</sup>.

## ENTRE 10 Y 1 MILLON DE AÑOS

En el Plioceno y Pleistoceno, entre 10 y 1 millón de años, nos encontramos en presencia de un grupo a la vez polimorfo y muy localizado: los australopitecos. Un resumen histórico de su descubrimiento nos permitirá, al mismo tiempo, circunscribirlos geográficamente.

### Historia

En 1924, el profesor R. Dart describió y bautizó al primer australopiteco; se trataba del cráneo de un pequeño de cinco a seis años descubierto en Africa del Sur, en el tajo de una cueva de Bechuanalandia llamada Taung. Ese descubrimien-

<sup>7</sup> La braquiación es un modo de locomoción arborícola que consiste en desplazarse de rama en rama, suspendido por los miembros anteriores.

<sup>8</sup> La bipedia es un modo de locomoción terrestre que consiste en desplazarse erguido sobre los miembros posteriores.

to fue seguido de otros muchos efectuados a partir de 1936 por los profesores R. Broom y J. Robinsón, y después por los profesores R. Dart y P. Tobias en cuatro cuevas del Transvaal: Sterkfontein, Swartkrans y Kromdraai, cerca de Johannesburgo, y Makapansgat, cerca de Potgietersrus.

En 1939, el profesor alemán L. Kohl Larsen descubría en Garusi o Laetolil, al nordeste del lago Eyasi, en Tanzania, un maxilar de australopiteco, extendiendo al Africa oriental el área de reparto de tales homínidos. Los trabajos en ese yacimiento acaban de ser reemprendidos por Mary Leakey con mucho éxito, puesto que ha descubierto una interesantísima serie de homínidos fósiles vinculables indudablemente a los australopitecos.

Luego llegaron los célebres trabajos de la familia Leakey en los desfiladeros de Olduvai, en Tanzania, trabajos que aportaron desde 1955 casi 70 piezas atribuibles a homínidos, algunos de los cuales son de gran relevancia. En 1964, R. Leakey y G. Isaac añadieron un tercer yacimiento a los sitios de Tanzania, encontrando una mandíbula de australopiteco cerca del lago Natron. Luego los descubrimientos se desplazaron hacia el norte.

En 1967, una expedición internacional reemprendía la exploración de los yacimientos paleontológicos que afloran en la orilla occidental de la cuenca baja del Omo, en Etiopía. Se componía de tres equipos: uno francés, bajo la dirección de los profesores C. Arambourg e Y. Coppens; otro americano, cuyo director era el profesor F. Clark Howell; y otro kenia, dirigido por el doctor L. S. B. Leakey y su hijo Richard. Esos yacimientos, descubiertos a principios de siglo por viajeros franceses, habían sido explorados desde 1932-1933 por una misión del Museo Nacional de Historia Natural, de París, bajo la dirección de C. Arambourg. Desde el primer mes, esa nueva expedición tuvo la suerte de encontrar la primera mandíbula de australopiteco de esos yacimientos. Semejante descubrimiento iba a ser seguido de otros muchos: en nueve campañas, las misiones francesas y americanas realizaron, en efecto, un balance excepcional: cerca de 400 restos de homínidos.

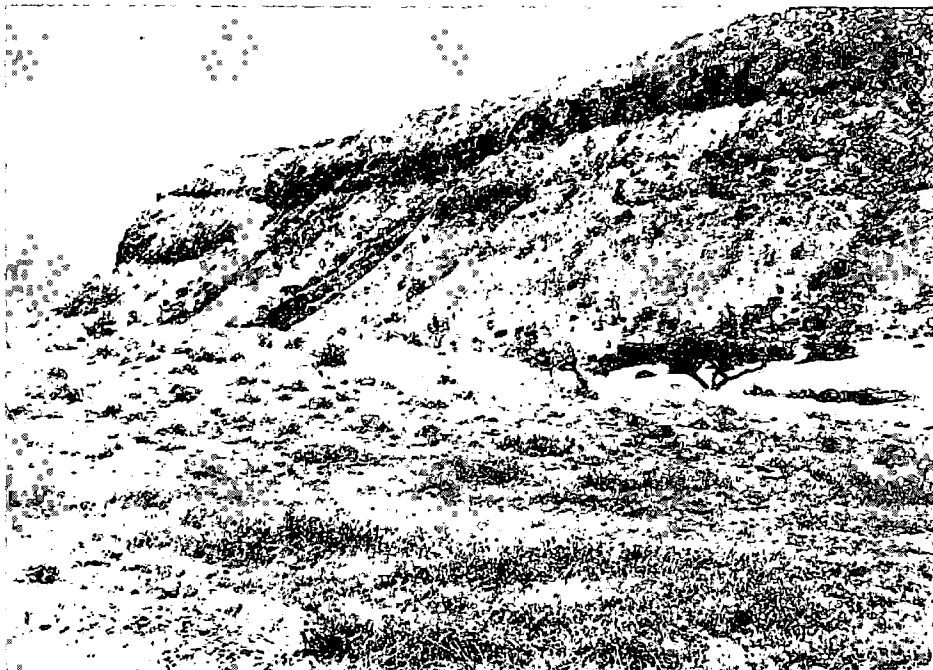
El equipo kenia había abandonado Omo desde 1968 para ir a explorar, bajo la dirección de R. Leakey, las orillas orientales del lago Turkana, en Kenia. Ahora bien, en diez campañas, ese equipo pudo recoger más de 100 fragmentos de homínidos, algunos muy importantes.

En las orillas sudoccidentales del mismo lago, una misión americana de Havard, bajo la dirección de B. Patterson, exploraba durante ese tiempo tres pequeños yacimientos, dos de los cuales iban a proporcionar restos de homínidos.

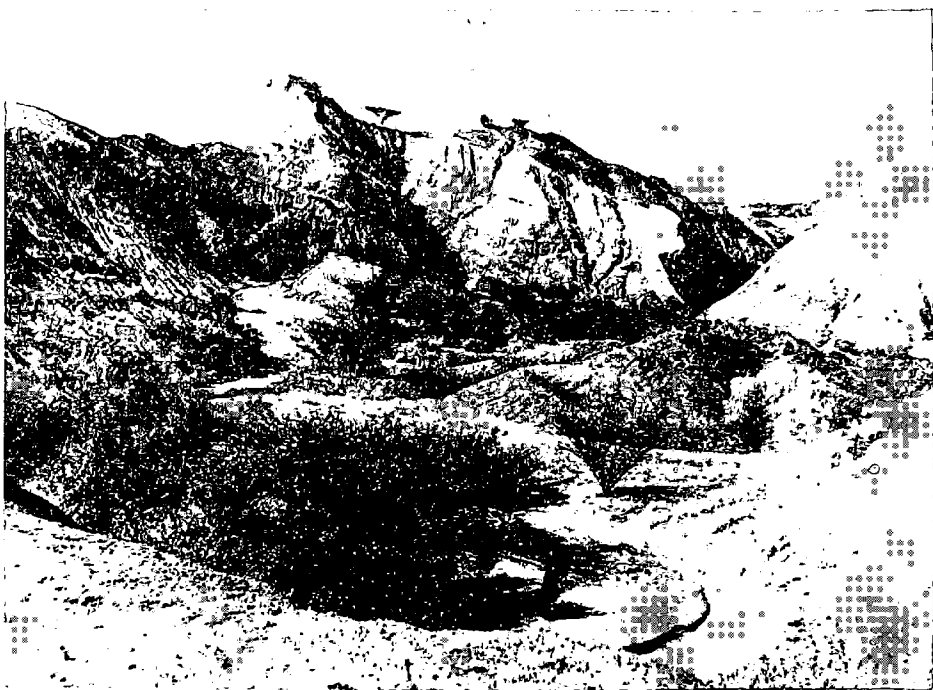
Una misión inglesa del Bedford College, de Londres, que se proponía trazar el mapa geológico de la cuenca del lago Baringo, en Kenia, descubrió a su vez restos paleantropológicos en cinco yacimientos.

A partir de 1973, una expedición internacional bajo la dirección de Maurice Taieb, Yves Coppens y Donald C. Johanson, descubría en Hadar, en el Afar etíope, durante cuatro campañas, más de 300 piezas paleantropológicas de excepcional conservación, que pertenecen a una o dos formas de homínidos. Una segunda misión en el Afar, continuación de la primera, iba a su vez a encontrar un cráneo atribuible a un pitecántropo.

Por fin, después de nueve años de pacientes excavaciones, Jean Chavaillon



● 1. Garganta de Olduvai (excavaciones Louis y Mary Leakey). Fot. Y. Coppens, colec. Museo del Hombre.



● 2. Yacimiento de Omo, Etiopía, Fot. Y. Coppens, colec. Museo del Hombre.





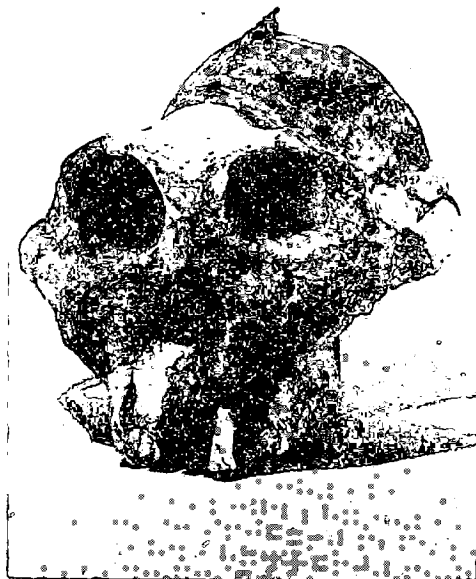
1

● 1. Yacimiento de Omo, Etiopía, fot. Y. Coppens, colec. Museo del Hombre.

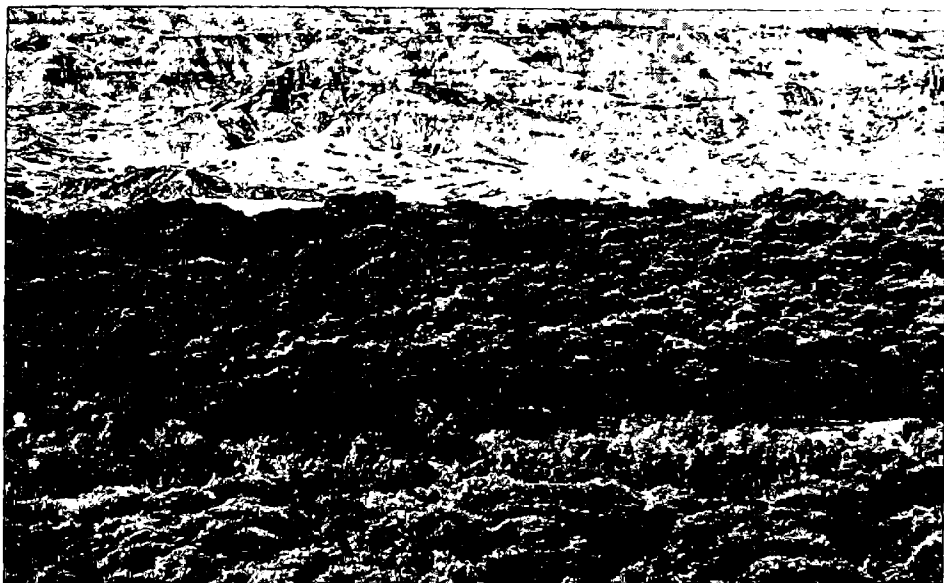


2

● 2.3. Cráneos de *Australopithecus Boisei*, yacimiento de Omo, Etiopía-Expedición Y. Coppens 1976- Fot. J. Oster (núm. D-77-1947-493 y D-77-1496-493), colec. Museo del Hombre.



3



1



2

- 1. Yacimiento del Afar, Etiopía, Expedición M. Taieb, Y. Coppens y D. C. Johanson (fot. M. Taieb, colec. Museo del Hombre).
- 2. Gargantas de Olduvai, Tanzania, y excavaciones Louis y Mary Leakey (fot. Y. Coppens), colec. Museo del Hombre.

descubría en 1975 y 1976, en Melka Konturé, cerca de Addis Abeba, tres interesantes piezas relacionadas con las industrias oldowayenses y acheulenses.

Ese conjunto de descubrimientos circunscribe el área de repartición de los australopitecos a las regiones oriental y meridional de Africa.

### *Datación*

El yacimiento más antiguo es el de N'Gorora, en la cuenca del lago Baringo, en Kenia, puesto que alcanza de 9 a 12 millones de años BP; en él sólo se ha descubierto un molar superior de homínido indeterminado, pero se espera mucho de las futuras exploraciones en ese yacimiento. La corona de ese molar es baja, como la de los dientes del *Ramapithecus*. La estructura de sus cúspides se parece a la de los australopitecos. Se trata quizás de un sivampiteco. Otro yacimiento de la cuenca del lago Baringo, Lukeino, datado de 6 a 6 500 000 años, ha proporcionado también un molar; se trata esta vez de un último molar inferior muy comparable a los de los australopitecos.

En Lothagam, en el sudoeste del lago Turkana, en Kenia, B. Patterson ha descubierto un fragmento de mandíbula que tiene un diente cuya morfología recuerda a un australopiteco; la fauna de vertebrados asociada indica una edad del plioceno que se puede estimar de 5 a 6 000 000 de años.

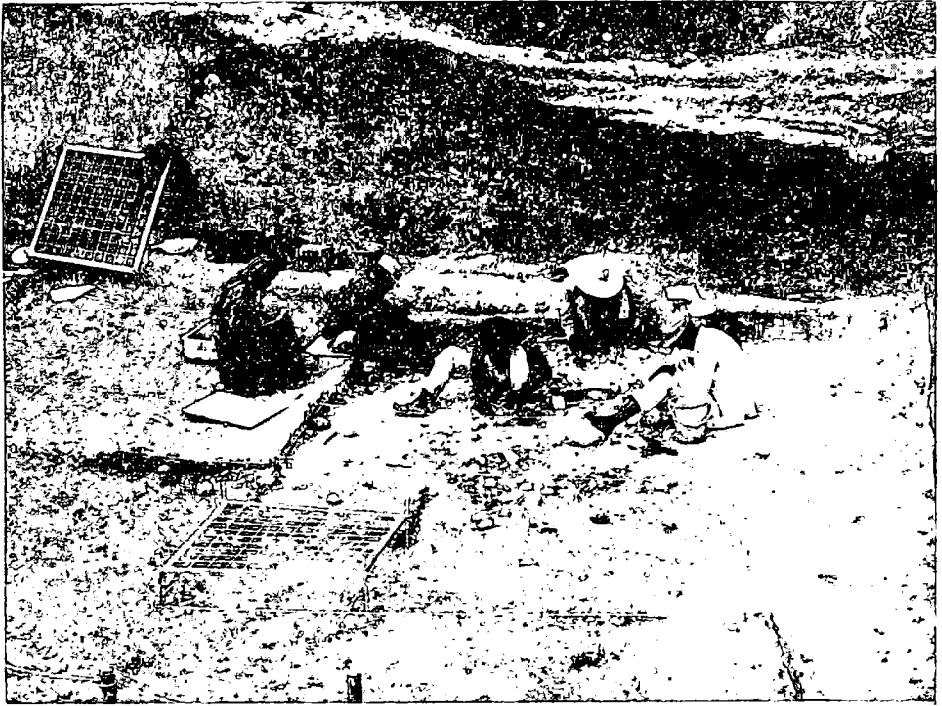
En dos yacimientos de Kenia, uno en la cuenca del lago de Baringo, Chemeron, y otro en la cuenca del lago Turkana, estimados en 4 000 000 de años, se han encontrado, respectivamente, un temporal y un húmero de homínidos.

El yacimiento de Laetolil, en Tanzania, ha sido datado por lo menos en 3 500 000 años; sus homínidos fósiles son asombrosamente parecidos a los encontrados en Hadar, en el Afar etíope, situados entre 2 800 000 y 3 200 000 años.

Los yacimientos del Omo están integrados por un conjunto sedimentario de más de 1.000 metros de profundidad, formado por una sucesión de arenas fosilíferas, arcillas y depósitos volcánicos que permiten dataciones absolutas. La secuencia ha podido así ser fechada en más de 4 000 000 de años en la base, y en menos de 1 000 000 de años en la cima. Los restos de homínidos se encuentran a partir de 3 200 000 años hasta la cima, es decir, de modo continuo, en más de 2 000 000 de años.

Los yacimientos del este del lago Turkana, donde se han descubierto homínidos, abarcan entre 3 000 000 y 1 000 000 de años. Por comparación con la fauna, las grutas más antiguas con australopitecos del Africa del Sur, Makapansgat y Sterkfontein, han sido recientemente estimadas de 2 500 000 a más de 3 000 000 de años, pero esa fecha es aún discutida. Las gargantas de Olduvai, en Tanzania, proporcionan restos de homínidos, y sus industrias a lo largo de los cien metros de depósitos están fechadas en la base en 1 800 000 años.

Otras dos curvas con australopitecos en el Africa del Sur, Swartkrans y Kromdraai, podrían ser contemporáneos de las capas antiguas de Olduvai o muy ligeramente anteriores a ellas (2 000 000 a 2 500 000 años).



- 2
- 1. Trabajos de excavación en Melka Kunturé (Etiopía), fot. J. Chavaillon, colec. Museo del Hombre.
  - 2. Australopiteco robusto (a la derecha) y grácil (a la izquierda). Fot.: J. Robinson, colec. Museo del Hombre.

Finalmente, Chešowanjá, en la cuenca del lago Baringo, en Kenia, el yacimiento del lago Natron, en Tanzania y quizás la brecha de Tauring, en Africa del Sur, sin duda han proporcionado los australopitecos más jóvenes, puesto que apenas sobrepasan el millón de años.

Así pues, los australopitecos, según parece, aparecieron hace 6 ó 7 millones de años y desaparecieron hace aproximadamente un millón.

¿Qué se ha descubierto en esos yacimientos? Varios homínidos, a veces contemporáneos. A uno se le llama australopiteco robusto o parántropo, o zinjántropo, y al otro, australopiteco grácil, o australopiteco en sentido estricto, o plesiántropo, o paraustralopiteco. Otro es llamado *Homo habilis* o *Australopithecus habilis*. Por fin, al cuarto se le llama *Homo erectus* o *Telanthropus*, o *Meganthropus*.

### Los homínidos

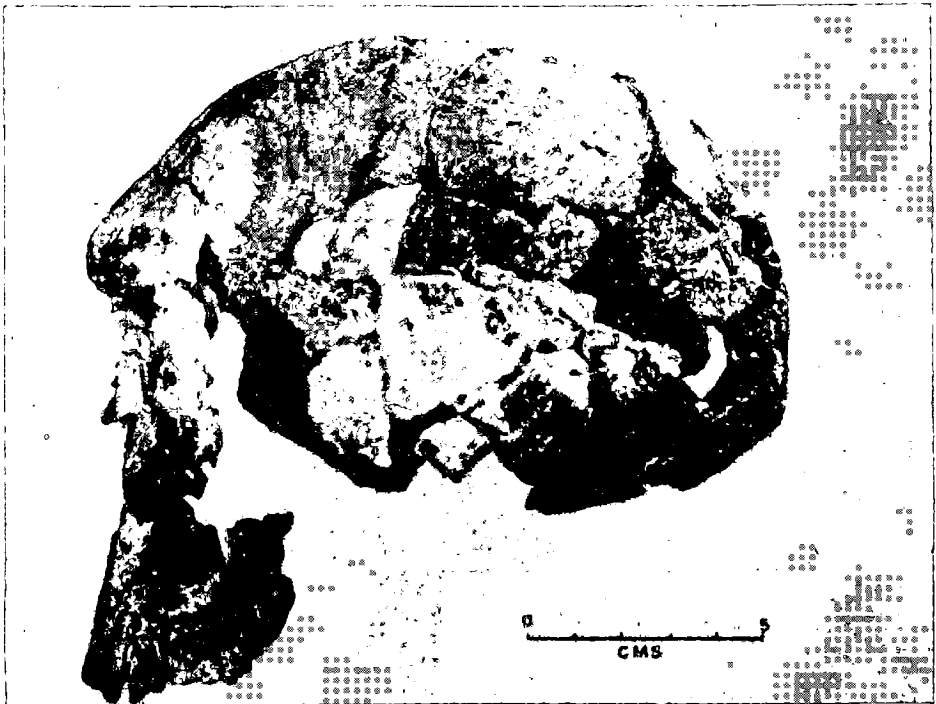
a) Al australopiteco robusto se le conoce en el Africa del Sur en unas cuevas de 2 a 2,5 millones de años, en el valle del Omo, en Etiopía y en el este del lago Turkana, en Kenia; con las mismas edades en Olduvai, hace unos 1 800 000 años, y en Chesowanja, hace 1 100 000 de años. Se le llama robusto porque efectivamente es más fuerte y más alto que los otros. Su morfología craneal revela un aparato masticador potente: sus molares y premolares son, en efecto, enormes. Por eso, su mandíbula es robusta, sus músculos masticadores de sujeción resistente, su arco zigomático<sup>9</sup> vigoroso, y para los músculos temporales tiene una cresta sagital<sup>10</sup> impresionante. La frente desaparece. El rostro es alto y plano, y los dientes anteriores pequeños, lo que favorece los movimientos laterales de trituración. La mandíbula tiene consecutivamente una varilla montante muy alta, lo que aumenta los movimientos de masticación de los músculos masetero y pterigoideos. El cuerpo de ese australopiteco es más macizo que el de las otras especies. Para 1,55 m., se estima su peso de 35 a 65 kg. Su bipedia no era perfecta, porque los fémures tienen cabezas pequeñas y cuellos largos. Se ha estimado la capacidad craneal en 530 cm<sup>3</sup>, en Swartkrans, y en 530 cm<sup>3</sup> igualmente en Olduvai. Aquí se debe subrayar el desarrollo del cerebelo que indica, quizás, un mayor grado de control de los movimientos (de la mano y de la locomoción, por ejemplo).

b) El australopiteco grácil es el de Makapansgat y Sterkfontein, en Africa del Sur; se cree haberlo encontrado en el Omo (Etiopía), en Garusi o Laetolil (Tanzania), en el Afar (Etiopía) y en Lothagam (Kenia). Se le atribuyen de 1 a 1,25 m. de estatura y un peso de 18 a 31 kg. Su rostro está más proyectado que el del australopiteco robusto. Sus arcadas suborbitales<sup>11</sup>, moderadamente desarrolladas, soportan una frente relativamente desarrollada también. Los incisivos espatulados están implantados verticalmente; los caninos, pequeños, parecen incisivos. Los molares divergen, lo que produce un arco dentario parabólico. Esos

<sup>9</sup> El arco cigomático es un puente óseo del cráneo que une la sien con el rostro.

<sup>10</sup> La cresta sagital es un desarrollo óseo que forma, sobre la cima del cráneo, una lámina parecida a la cima de un casco.

<sup>11</sup> Los arcos suborbitarios son los bordes óseos superiores de las órbitas que contienen los ojos.



● 1.2. *Homo habilis*, fot. National Museums of Kenya.

dientes yugales son grandes, sus cúspides redondas, el esmalte grueso y con desgaste a todo lo largo de ellos. Aunque ese australopiteco tiene una dieta más variada que el precedente, su alimentación básica debía ser igualmente vegetariana; el grosor de la mandíbula, el del esmalte, el desgaste a todo lo largo de los dientes, la pequeñez del rostro, el gran tamaño de los premolares y de los molares indican, en efecto, un potente aparato masticador. Hay un retraso en la erupción dentaria, retraso que, unido al espesor del esmalte, significa una adaptación a una vida, y singularmente a una adolescencia, más larga. La capacidad endocraneal varía de 428 a 485 cm<sup>3</sup>, o sea, 444 cm<sup>3</sup> de media, en la forma sudafricana. Los huesos largos, en particular el húmero y el homoplato, recuerdan una braquiación ancestral. Sin embargo, el australopiteco grácil es un bípedo permanente.

c) El *Homo habilis* ha sido descrito en Olduvai (Tanzania), en 1964, y encontrado en el Omo (Etiopía), en la parte oriental del lago Turkana y en Kanapoi (Kenia). Sus molares muestran una dimensiones menores que las de los australopitecos gráciles del África del Sur. Esos dientes, por otro lado, tienen proporciones diferentes: son más alargados y estrechos. A partir de los parietales, la capacidad endocraneal del *Homo habilis* ha sido estimada en 680 cm<sup>3</sup>; un cráneo del este de Turkana alcanza casi 800 cm<sup>3</sup>. Parece, pues, que se trata de un ser más próximo a nosotros que el australopiteco por las tendencias evolutivas de sus dientes y de su cerebro. Y, sin embargo, su esqueleto postcraneal<sup>12</sup> lo aproxima al australopiteco grácil; su clavícula recuerda en particular su ancestralidad en el brazo, ya recordada con ocasión de este último. Se ha estimado su tamaño de 1,20 a 1,40 metros.

d) El *Homo erectus*: Por último, en Swartkrans (África del Sur) hace 2 500 000 años, en Olduvai (Tanzania) hace 1 500 000 años, en el este del lago Turkana (Kenia) hace 1 500 000 años, en Melka Konturé, en Bodo, en el Omo (Etiopía) entre 500 000 y 1 500 000 años, los técnicos en excavaciones anuncian el descubrimiento del *Homo erectus*, es decir, de homínidos más desarrollados que todos los precedentes.

En Swartkrans, Broon y Robinson habían aislado desde 1949 algunos huesos para atribuirlos a una forma más humana, el *Telanthropus capensis*. En 1957, Robinson había pensado en la atribución de esa forma a los pitecantropos y al *Homo erectus*.

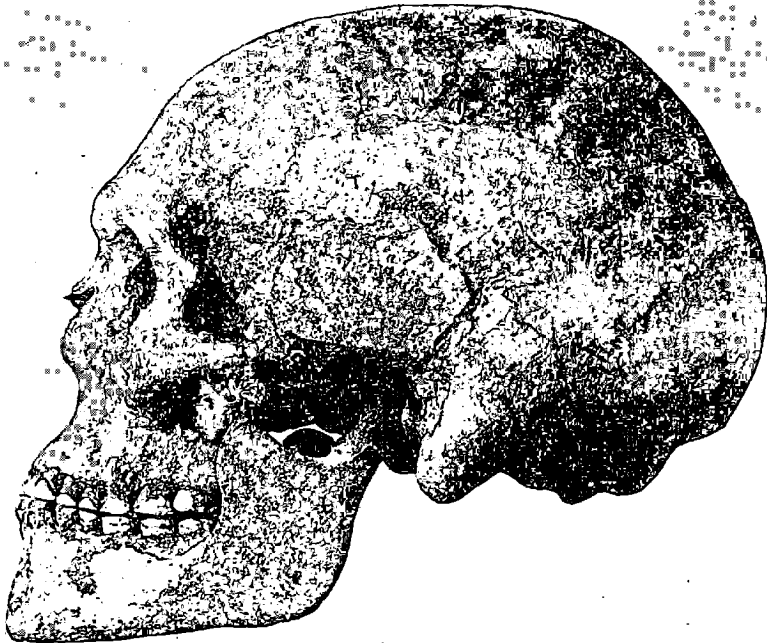
En 1969, Ron Clarke, Clark Howell y Brain estudiaron los especímenes de Swartkrans y advirtieron que el cráneo de australopiteco robusto SK 847 mantenía una correspondencia perfecta con el maxilar del telántropo. Ese ensamblaje ofrece una interesante imagen que confirma las presunciones de Robinson: encima de una protuberancia supraorbital<sup>13</sup> pronunciada, una frente de curva ascendente choca con la carencia de frente en el australopiteco robusto; ese cráneo tiene grandes senos<sup>14</sup> frontales, la constricción postorbital<sup>15</sup> es moderadamente

<sup>12</sup> Se llama esqueleto poscraneal al conjunto del esqueleto menos el cráneo.

<sup>13</sup> Cuando el borde superior de la órbita se carga de un desarrollo óseo como visera, se le llama torus o rodete sub o supraorbital.

<sup>14</sup> Los senos son unas cavidades.

<sup>15</sup> El cráneo se ajusta lateralmente, detrás de las órbitas: es lo que se llama constricción postorbital.



- 1. Cráneos de *Australopithecus africanus* y de *Homo erectus*. De izquierda a derecha, perfil de joven <sup>2</sup>*Australopithecus* (Taung, África del Sur) y perfil de *Homo erectus* (Yayo, Chad), colec. Museo del Hombre (fot. Y. Coppens).
- 2. Cráneo de Cromañón de Afaly, Argelia, colec. Museo del Hombre (Instituto de paleontología humana), fot. J. Oster, núm. C. 77-60-493.





2



3

• 1. Reconstrucción del entorno del *Homo erectus* de Chu Ku Tien (o *Sinantropo*), China (40 000 años, fot. Y. Coppens, colec. Museo del Hombre, exposición «Orígenes del hombre», nov. 1976-abril 1978; dibujo Bertoncini-Gaillard, bajo la dirección de Y. Coppens.

• 2.3. *Homo erectus* de Chu Ku Tien (reconstrucción). Perfil (núm. D75-371-493) y de frente (núm. 77-61-493), fot. J. Oster, colec. Museo del Hombre.

acusada; los huesos de la nariz prominentes, y el arco alveolar corto, lo que indica una mandíbula pequeña con varilla montante baja; la dentición y la estructura del esqueleto facial se acercan al del *Homo* y, más especialmente, al del *Homo erectus*.

En Olduvai, el Hominiano 13 tiene una dentadura reducida en un 20 por 100 con relación a la del *Homo habilis* y una mandíbula más pequeña; el Hominiano 16 tiene un arco suborbital prominente. Leakey y Tobias los clasifican a veces como *Homo erectus*. Pero, aunque esos dos fósiles tienen una clasificación incierta, de ningún modo se los debe asemejar con el Hominiano 9, que tiene una incontestable bóveda craneal de *Homo erectus*.

Al este del lago Turkana, en Kenia, un gran número de descubrimientos se relacionan con esa especie progresiva del género *Homo*; citemos, en particular, el descubrimiento reciente de tres cráneos, repartidos en el tiempo, y que son una perfecta ilustración del desarrollo de las tendencias evolutivas en el seno de esa especie.

Recordamos aquí que una reciente datación del más antiguo pitecántropo javanés —el cráneo infantil de Modjokerto— habría dado 1 900 000 años, pero ¿se trata acaso del *Homo erectus*?

Asimismo, las comparaciones realizadas en Cambridge entre las piezas originarias javanesas y tanzanas por Tobias y Von Koenigswald permitían llegar a la conclusión de la identidad morfológica del *Homo habilis*, el más antiguo, con el *Meganthropus palaeojavanicus* y, quizás, con el *Hemianthropus peii*, de China, y después la del *Homo habilis* más reciente (Hominiano 13) con el *Pithecanthropus IV*, el Sangiran B y el *Telanthropus capensis*.

### *Industrias*

Por primera vez en la historia de los primates, esos restos se encuentran asociados a herramientas fabricadas.

En los yacimientos del Omo, la misión francesa descubría en 1969 algunas herramientas de piedra y hueso de más de dos millones de años; al año siguiente, la misión keniana del este del lago Turkana encontraba *in situ*, en un nivel volcánico datado en 2 000 000 de años, una industria de piedra y hueso comparable a las herramientas del Omo.

Más recientemente les tocaba el turno a las misiones estadounidense y francesa, que encontraban una docena de niveles arqueológicos de dos millones de años. Se puede decir que en tres años, mediante los descubrimientos de la cuenca pliopleistocénica del lago Turkana, la edad de las primeras herramientas talladas ha sido rectificada en más de dos millones y medio de años —quizás 3 millones—, alargando en casi un millón la edad de las industrias más antiguas conocidas hasta entonces.

Esa primera industria de la Historia está formada por una gran cantidad de fragmentos, artificialmente golpeados y utilizados por sus cortes, cantos rodados cuya punta o corte ha sido preparado mediante una serie de rebajamientos o desprendimientos, y huesos o dientes preparados o utilizados directamente cuando sus formas se prestaban a ello (caninos de hipopótamo o suido, por ejemplo).

Esas herramientas pueden clasificarse en un determinado número de tipos. Cada uno de esos tipos se limita a un cierto número de ejemplares, lo que significa que su forma ha sido ya objeto de una búsqueda o investigación, y que se trata de la adquisición de una experiencia transmitida de una a otra generación, implicando cierta vida social. En otros términos, hace 2 500 000 años aún no estamos en el origen de la herramienta. Pero nos aproximamos probablemente a los límites de su aparición; a partir de ahí, han de tenerse por objetos naturales.

En Makapansgat (Africa del Sur) se ha localizado una industria hecha con hueso de cuernos y dientes, llamada por esa razón «osteodontokerática», y que podría ser también muy antigua, si se comprueba que son exactos los intentos recientes de correlación entre las cuevas sudafricanas y los grandes yacimientos esteafricanos. En todo caso, allí se pueden realizar las mismas comprobaciones que en la cuenca del lago Turkana; los diversos tipos de herramientas están reproducidos allí en series, lo que prueba que tienen ya una historia.

En Hadar, H. Roche ha descubierto recientemente una industria de cantos rodados manipulados, próxima a la de Olduvai, en un nivel que no es imposible fechar en 2 500 000 de años.

A partir de las capas más antiguas de Olduvai (1 800 000 años), las herramientas son constantes y abundantes en todas partes; los cantos rodados manipulados y particularmente frecuentes han hecho que se denomine a esa industria «Pebble culture» u oldowayense. Excavando el nivel más antiguo de Olduvai, el doctor Leakey observó un día una gran acumulación de cantos de basalto; a medida que la excavación progresaba, advirtió que esos cantos, lejos de estar esparcidos de cualquier modo, se ordenaban en pequeños montones marcando un círculo. Es posible que cada montoncito representase las piedras de calce de un poste. Si imaginamos un círculo de estacas o arcos y de pieles o follaje tendidos entre esas estacas, estamos evidentemente tentados de ver allí los restos de una construcción. ¡Estaríamos, pues, en presencia de una estructura de vivienda de hace unos dos millones de años!

En Melka Konturé, cerca de Addis Ábeba, Jean Chavaillon ha descubierto recientemente, en el nivel oldowayense más antiguo del yacimiento (1 500 000 años), una estructura bastante parecida. En lo mejor de un suelo de ocupación cubierto de herramientas, se ha destacado de pronto una superficie redonda de 2,50 m. de diámetro sin la menor herramienta, elevada unos 30 cm. con relación al resto del suelo que bordaba un canal de 2 m. de largo; unos montoncitos de piedras evidencian aquí la presencia de postes.

Se ha dicho que el australopiteco robusto podía ser el macho del australopiteco grácil. Algunos creen que el *Homo habilis* era un australopiteco grácil, un poco más joven y evolucionado que el sudafricano. Otros dicen que el telántropo u *Homo erectus*, de Swartkrans, podía entrar en los límites inferiores de variaciones del australopiteco robusto del mismo yacimiento. Se ha dicho que el megántropo javanés era un australopiteco y que, asimismo, algunos australopitecos (Olduvai, Swartkrans) eran pithecántropos. De esa aparente confusión se desprende, sin embargo, una tesis muy clara. En el seno de la capa de los australopitecos instalados en primer lugar en el Africa oriental y del sur, y después (con una forma australopiteca o más evolucionada), extendido a Asia, al sur del Himalaya,

aparece el tipo *Homo* y la herramienta fabricada. Esta se convierte rápidamente en la característica de su artesano; se crean rápidamente varios tipos de herramientas con propósitos concretos; su fabricación pasa de unos a otros. Finalmente, aparecen estructuras de vivienda. En ese sentido se puede hablar del origen africano de la Humanidad.

### *Conclusión*

El hombre aparece, pues, al final de una larguísima historia, como un primate que un día perfecciona la herramienta de la que se sirve desde hace ya mucho tiempo. Herramientas fabricadas y viviendas revelan de pronto un ser reflexivo que prevé, aprende y transmite, y construye la primera sociedad a la que dota de las primera cultura.

Recientemente se ha avanzado para algunos restos fósiles de homínidos de Java una datación de más de dos millones de años. Cantos manipulados de varios yacimientos del sur de Francia se han estimado a veces con una edad tan avanzada. Pero, en el estado actual de nuestros conocimientos, y por el número e importancia de sus revelaciones de una remotísima antigüedad, Africa sigue siendo la vencedora en esa competición.

Digamos, para concluir, que todo ha ocurrido como si, hace 6 ó 7 millones de años, naciese en el cuadrante sudeste del continente africano un grupo de homínidos llamados australopitecos. Hace dos millones y medio a tres millones de años, de ese grupo polimorfo emergía un ser, australopiteco, o ya Hombre, capaz de tallar la piedra y el hueso, de construir chozas y de vivir en pequeñas sociedades, representando así, por todas sus manifestaciones, el origen propiamente dicho de la Humanidad fabricante.

### EL ULTIMO MILLON DE AÑOS

El último millón de años ve nacer al *Homo sapiens*, cuya multiplicación durante los últimos siglos es inquietante, puesto que ha tardado 115 años en pasar de mil a dos mil millones de individuos, 35 años para pasar de dos mil a tres mil millones, 15 años para pasar de tres mil a cuatro mil millones, y la aceleración prosigue...

# LA HOMINIZACION: PROBLEMAS GENERALES

## PARTE II

L. BALOUT

### LOS DATOS ARQUEOLOGICOS

Para abordar el problema de la «hominización» en Africa, la actuación del prehistoriador es bastante diferente de la del paleontólogo. Para éste, la hominización es esa cerebralización progresiva que permite al hombre concebir y realizar, mediante la puesta en práctica de técnicas cada vez más elaboradas, un utillaje (tomado este término en su acepción más amplia) tan diversificado y eficaz que, a lo largo de milenios, multiplica su acción sobre el entorno natural, hasta el punto de romper en su único provecho los equilibrios biológicos. La evolución paleontológica que conduce al hombre no permite definir fácilmente un «umbral» de la hominización; la piedra tallada demuestra que aquél está franqueado. Teilhard de Chardin lo ha dicho muy bien en una fórmula justamente célebre: «El hombre ha entrado sin ruido. [...] En realidad, ha caminado tan suavemente que cuando, traicionado por los indelebles instrumentos de piedra que multiplican su presencia, nosotros comenzamos a percibirlo, ya [...] cubre el Antiguo Mundo».

La postura del prehistoriador está justificada: el auténtico *missing link* (eslabón perdido) no es la forma intermedia entre australopitecos y pitecántropos, entre neanderthales y *Homo sapiens*. Está entre las piedras o los huesos tallados y esos fósiles. Las industrias prehistóricas, atribuidas con absoluta certeza al *Homo sapiens* a partir del Paleolítico superior, y con una evidencia poco discutible al hombre de Neanderthal en el Paleolítico medio, no pueden ser referidos más que por hipótesis a los pitecántropos y australopitecos. Sin duda, esa es la única hipótesis que puede ser científicamente formulada. Pero la industria que acompaña a los sinántropos no es la que se encuentra al lado de los pitecántropos, y ésta es diferente en Java (Pitecántropo), en Argelia (Atlántropo) y en el Africa oriental. En cuanto a los australopitecos, éstos representan un grupo heterogéneo, del que aún se distinguen mal los posibles autores, ya que no probables, de la *Osteodontokerática* y de la *Pebble culturé*.

Por consiguiente, si para el paleontólogo hay un «umbral» de la hominización —el «Rubicón cerebral» que el profesor Vallois fijó en una capacidad cerebral de 800 cm<sup>3</sup>—, para el prehistoriador existe un «umbral de tecnicidad» que, una vez franqueado, abre la vía del progreso hasta nosotros. Definir ese umbral postula la solución de dos problemas: *¿cómo y cuándo?* El primer problema es eliminar todas las causas naturales para, en la herramienta, reconocer la mano del hombre. El segundo es disponer de cuadros cronológicos que permitan datar, con una aproximación aceptable, esos testimonios —los más remotos— de una industria humana.

Hasta ahora, sólo Africa ha respondido positivamente a esos dos problemas.

La teoría del monogenismo, al ser universalmente aceptada, presupone que Africa es considerada actualmente como la cuna de la Humanidad. Esa «cuna con ruedas», según la ocurrencia del sacerdote Breuil, durante mucho tiempo paseada desde las cimas del Pamir hasta los llanuras del Eufrates, de momento se ha fijado en el Africa oriental, lo que habría ocurrido hace unos 3 000 000 de años por lo menos. En realidad, el Antiguo Testamento (libro del Génesis) situaba el Paraíso terrenal, el Edén, en un paisaje de jardines y plantas cultivadas. Dios dedicaba a Adán a la agricultura y a la ganadería, a un género de vida «neolítica» en una región donde todo un Paleolítico iba poco a poco a revelarse. Todas las cronologías sacadas de las Sagradas Escrituras fechaban la creación en 6484 y 3616 años antes de la era cristiana. Sin duda, el Cercano Oriente fue un centro de neolitización, si no el más antiguo; ya nada permite decir que fue la cuna de la Humanidad.

El Hombre ha entrado sin ruido, y son las piedras talladas por él las que mucho tiempo después traicionan su existencia; la especie humana «no ha roto nada en la Naturaleza en el momento de su aparición [...], ella emerge filética y exactamente ante nuestros ojos como cualquier otra especie» (Teilhard). La responsabilidad del prehistoriador es, pues, inmensa; porque, al identificar las más antiguas muestras de industrias humanas que nos son perceptibles, aporta un elemento de prueba que la paleontología es incapaz de dar: «Gracias a la herramienta, llegar al Hombre: tal es la meta exaltante de la Prehistoria».

El prehistoriador de Africa debe responder previamente a tres interrogantes:

- ¿Es realmente la herramienta un criterio de hominización?
- ¿Nos permite la herramienta conocer los inicios de la hominización?
- La herramienta humana, en la medida en que se nos ha conservado, ¿es, sin duda alguna, discernible?

#### ¿ES REALMENTE LA HERRAMIENTA UN CRITERIO DE HOMINIZACION?

Los datos de este problema son en gran parte africanos. En los últimos años de su vida, el sacerdote Breuil, sorprendido por el comportamiento de algunos animales, me decía que él se preguntaba si la herramienta señalaba bien el franqueamiento del umbral de la hominización, y si no habría que preferir el Arte para llegar a la distinción entre un *Homo* verdaderamente *sapiens*, el pintor de

Lascaux, nuestro antepasado directo, y una serie de seres industriosos que le han precedido.

Como ha expuesto muy acertadamente la señora Tetry, el uso de herramientas exteriores a los órganos del ser viviente, que son «herramientas naturales», no es lo propio ni del hombre ni siquiera de los primates. La avispa amófila o la hormiga modista, entre los insectos; el pinzón de las islas Galápagos, la gaviota, el quebrantahuesos, el buaro y el tordo músico, entre los pájaros, la nutria de mar, el castor y tantos otros, son prueba de ello. En el orden de los primates, el chimpancé es el vecino más próximo al hombre. En su vida cotidiana utiliza herramientas o armas para defenderse contra depredadores como la serpiente. Un movimiento reflejo de miedo y defensa le hace recoger y blandir palos<sup>1</sup>. Ese comportamiento, observado en los parques zoológicos, también se ha visto, entre 1964 y 1968, en las reservas de Tanzania. Viviendo en grupos de más de treinta individuos, los chimpancés saben escoger ramitas con el fin de desenterrar termitas, utilizar palos para romper nidos o sacar la miel, servirse de hojas y así recoger el agua en los huecos de los árboles, y empalmar palos para llegar a los plátanos.

En cuanto a las piedras, éstas les sirven para romper las cáscaras de los frutos y expulsar a los depredadores rivales arrojándoles piedras y palos, tanto hacia arriba como hacia abajo. En fin, también se comunican entre sí mediante signos sonoros. Asimismo se podría hablar de las observaciones efectuadas en los gorilas de Ruanda<sup>2</sup>.

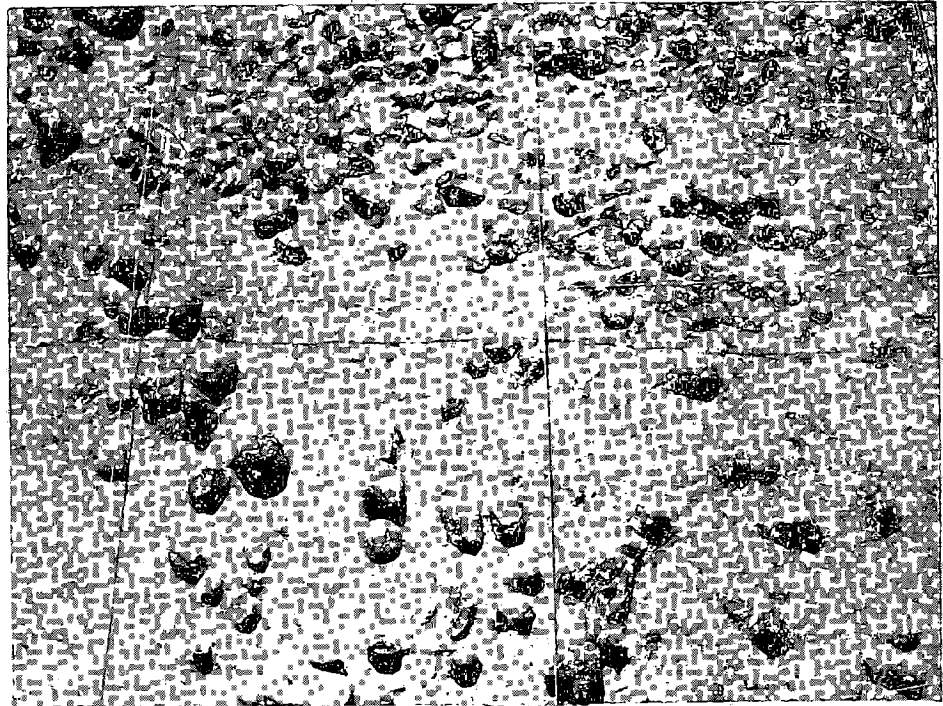
Así, para que una herramienta pueda considerarse un criterio de hominización no basta el concepto de utilización de un objeto exterior a las «herramientas o útiles naturales» del ser viviente. Debemos exigir el concepto de la transformación deliberada, de la «preparación» de esa herramienta, lo cual va a permitirnos una respuesta positiva a la tercera pregunta planteada y nos la va a negar a la segunda.

#### ¿NOS PERMITE LA HERRAMIENTA CONOCER LOS COMIENZOS DE LA HOMINIZACION?

En efecto, la herramienta no nos permite conocer los inicios de la hominización. En primer lugar porque sólo huesos fósiles y piedras se han conservado hasta nosotros. Sin querer hacer una comparación etnográfica absurda, séanos permitido recordar que un grupo humano puede servirse de la totalidad de su utillaje sólo en el reino vegetal. Se cita siempre, a este respecto, a los menkopis, de las islas Andaman. Que, en la sabana arbórea de las mesetas africanas, el árbol haya ofrecido a los primeros hominianos las primeras herramientas, es tan indemostrable como verosímil. Igualmente, en lo que se refiere a los huesos fósiles y a los dientes, R. Dart ha atribuido a los australopitecos del Transvaal una industria a base de huesos, de dientes y de cuernos que él denomina *osteodonto-kerática*, y que durante mucho tiempo ha permanecido *sub judicio*; volveremos

<sup>1</sup> *Current Anthropology*, junio de 1967.

<sup>2</sup> *Nat. Geogr. Soc.*, Washington, oct. 1971.



● 1. Detalle del suelo oldowayense (objetos entre los que hay poliedros y un gran hueso de hipopótamo), fot. J. Chavaillon, colec. Museo del Hombre.

● 2. Detalle del suelo oldowayense, fot. J. Chavaillon, colec. Museo del Hombre.



sobre este tema. R. Van Riet Lowe había distinguido, en la *Pebble culture*, unos *split* y unos *trimmed pebbles*. Los primeros, guijarros simplemente rotos, generalmente han debido ser puestos en duda. Si, de seguro, el guijarro que la mano humana ha recogido y luego ha tirado no ha conservado señal alguna discernible de esa utilización, hasta el fragmento roto puede ser un juego de la naturaleza: los ríos al pie de sus saltos y la resaca del mar pulen los guijarros a los que nada los distingue de los que el hombre ha fracturado así. La industria de Kafuen no ha sobrevivido a ese dictamen.

El texto de Teilhard de Chardín del que ya he citado un párrafo al comienzo de este ensayo encierra grandes errores y adolece de una gravísima laguna: «El hombre ha entrado sin ruido. [...] En realidad, ha caminado tan suavemente que cuando, traicionado por los indelebles instrumentos de piedra que multiplican su presencia, nosotros comenzamos a percibirlo, ya, desde el cabo de Buena Esperanza hasta Pekín, él cubre todo el Antiguo Mundo. Ya, en verdad, el hombre habla y vive en grupos. Ya enciende fuego. Después de todo, ¿no es eso exactamente lo que debíamos esperar? Cada vez que una nueva forma viviente se levanta ante nuestra vista desde las profundidades de la Historia, ¿no sabemos que ella surge toda hecha y que ya es legión?» El *Homo loquens*, por lo visto, únicamente aparece en tiempos de los pitecántropos; el fuego atribuido al *Australopithecus Prometheus* era un error de interpretación, pues no tenemos ninguna indicación válida antes de los pitecántropos, y tampoco en Africa; en cambio, los «indelebles instrumentos de piedra» del Oldowayense no traicionan realmente un comienzo. La variedad de las formas, su número y lo sistemático de su tamaño hacen de ellos más bien un resultado. Los prehistoriadores de Africa son los que han reclamado ese millón de años ante la *Bed One* de Olduvai que el Omo y Koobi Fora les han aportado recientemente. ¡Y eso no nos basta!

#### ¿ES DISCERNIBLE LA HERRAMIENTA HUMANA?

Debemos, pues, limitarnos a resolver el tercer problema que consiste en probar la intención humana sobre las «herramientas» más rudimentarias, las menos elaboradas. Sólo Africa permite, por la riqueza de los documentos, esa investigación. Y versará sobre dos temas: el *hueso* y la *piedra*.

a) La industria *osteodontokerática*. La hipótesis formulada por R. Dart en 1949 ha sido objeto de un estudio, en 1970, a cargo de Donald L. Wolberg (C. A. febrero de 1970). Ya el sacerdote Breuil, al examinar los huesos recogidos con los sinántropos de Chu Ku Tien, había considerado que hubiera podido preceder a la «edad de la piedra» una «edad del hueso». Habría habido un «prelítico» anterior al paleolítico. Antes de 1955 (Africa del Sur), 1959-60 (Olduvai - Tanzania), 1969 (Omo-Etiopía) y 1971 (lago Rodolfo-Kenia), no se conoce industria lítica en contacto con los albergues de australopitecos. En cambio, R. Dart se constituye en defensor de una industria ósea a base de huesos, dientes y cuernos, que él denomina *osteodontokeratic culture*. Desgraciadamente no disponemos de una buena cronología, relativa o absoluta, de los australopitecos del Africa meridional, menos favorecida en este aspecto que Etiopía, Kenia y Tanzania. Para limitarnos aquí al problema de la industria, R. Dart, que ha sostenido su

existencia de 1949 a 1960, se ha fundado en el examen de las fracturas craneales de los babuinos y de los australopitecos, sobre la elección que ha realizado, según parece, en la acumulación de huesos en Makapansgat (336 húmeros y 56 fémures, por ejemplo), y en las vértebras cervicales (*atlas* y *axis*) que representan el 56 por 100 de las recogidas con los cráneos de los bóvidos. Para él, los huesos animales de los tajos con australopitecos son montones de desechos y sobras de cocina de un cazador-depredador a quien la liberación de la mano mediante la posición erecta permite la utilización de armas y útiles. Aquí es donde el examen de 50 cráneos de babuinos y 6 de australopitecos permite a Dart afirmar, en el 80 por 100 de ellos, la existencia de traumatismos causados por armas puntiagudas. Los golpes son generalmente propinados de frente, y el traumatismo puede ser doble, lo cual hace suponer un arma de dos cabezas. En Makapansgat, muchos húmeros ongulados tienen huellas de desgaste *antes de* la fosilización, mientras que los otros huesos largos están intactos, por lo que Dart saca una conclusión: «La herramienta característica del australopiteco es una maza de hueso, preferentemente un húmero ungulado. El cazador ha utilizado también mandíbulas; las fracturas por torsión (fracturas en forma de espiral) de húmeros y huesos huecos presuponen igualmente, en ese caso, la intervención de la mano, como Breuil y Teilhard de Chardin habían adelantado ya en Chu Ku Tien, en los «sitios» con sinántropos. Ese cuerno derecho fosilizado de *Gazella Gracilior*, clavado en un fémur de antílope grande, donde la calcita lo ha encementado, ya sea herramienta así empalmada o herramienta para taladrar el fémur, revela una acción humana. Es lo mismo que ese cráneo de hiena con un calcáneo de antílope introducido entre la bóveda y el arco cigomático.

Por consiguiente, habría habido un periodo osteodontokerático, prelítico y, después, paleolítico que se encadena con la *Pebble culture*, y luego con las industrias bifaces. Ese es el inicio de una *cultural implemental activity*.

Semejante hipótesis debía, con toda evidencia, levantar discusiones en torno al tema de «cazador o cazado» (*The Hunters or the Hunted*). Para unos, todos los huesos, incluidos los de los australopitecos, son tan sólo restos de comilonas de carne. Otros ven ahí una acumulación en guaridas de hiena, lo que está en contradicción con las costumbres de ese animal; o también la presencia de puercoespines. Sin embargo, de los 7.159 fragmentos óseos recogidos en Makapansgat antes de 1955, solamente 200 están roídos. Y, además, las hienas viven en medio de huesos de hiena. Un yacimiento datado del Riss-Würm mostró que entre 130 animales enumerados y clasificados había 110 hienas, mientras que en Makapansgat, sólo se han encontrado 17 hienas entre 433 animales. En la brecha con australopitecos, son de hiena 47 dientes aislados de los 729, y en el yacimiento Riss-Würm 1.000 de los 1.100.

Sin embargo, una tendencia favorable a la industria osteodontokerática debía poco a poco imponerse, sin que esa industria prejuzgase el tipo de australopiteco, que sería considerado como cazador. La coexistencia de una industria lítica (Sterkfontein, 1955) venía en su apoyo; pero es la industria ósea de Olduvai, admirablemente publicada por M. Leakey<sup>3</sup>, la que iba a conseguir la adhesión.

<sup>3</sup> *Olduvai Gorge*, t. III.



● 1. Uno de los cantos tallados más antiguos del mundo (excavaciones J. Chavaillon).

● 2. Uno de los primeros cantos tallados del mundo (excavaciones J. Chavaillon).



Esa industria está fuera de discusión y prepara la atribuida a los pitecántropos de Africa, Asia (Chu Ku Tien) y Europa (Torralba y Ambrona, por ejemplo). De un extremo a otro de los tiempos prehistóricos existe un filo de industria del hueso paralelo al de la industria lítica. Su análisis es más delicado, pero no por eso es menos cierto. En ninguna parte es más antigua que en Africa, aun cuando la prueba de una época «prelítica» no tiene adictos.

b) La industria lítica. Tras el abandono de la hipótesis de los «eolitos», los guijarros manipulados, de los que durante mucho tiempo se ha llamado la *Pebble culture*, han representado la industria lítica más antigua que podíamos reconocer. Se sabe, como ha observado en 1919 E. J. Wayland —entonces director del Servicio Geológico de Uganda—, la presencia en esa parte del Africa oriental de cantos tallados análogos a los descubiertos en Ceilán antes de 1914. En 1920, Wayland crea los términos de *Pebble culture* y *Kafuense* (del río Kafú). En 1934 distingue hasta cuatro estadios evolutivos. El es también quien aconseja a L. Leakey, en 1936, la creación del término «Oldowayense» para calificar la *Pebble culture* evolucionada de la garganta de Olduvai (Tanzania). En 1952, van Riet Lowe intenta una primera calificación técnica y morfológica de la *Pebble culture*. Pero también es de Asia de donde ha llegado, bajo la pluma de H. Movius, la definición de las formas consideradas como esenciales: el *chopper*, el *chopping tool*, la *hand-axe* (1944). Poco a poco, la convicción gana a los prehistoriadores de toda Africa, ya que no a los de Europa: Argelia (C. Arambourg), Marruecos (P. Biberson), Sáhara (H. Hugot, H. Alimen, J. Chavaillon), Katanga (Mortelmans), etc. Se proponen (L. Ramendo, P. Biberson) clasificaciones morfológicas, fundadas en las técnicas de talla, y dos comprobaciones se ponen enseguida de relieve: en primer lugar, la *Pebble culture* es ya demasiado compleja, y las formas variadas, fijas y sistemáticas en demasía, por lo que ya no puede representar el inicio de las industrias de la piedra; en segundo lugar, la *Pebble culture* contiene en potencia todas las posibilidades evolutivas que permitirán a las industrias clásicas del Paleolítico inferior africano convertirse en bifaces y hachuelas. Solamente se conservará el primero de estos puntos.

Debido a esa complejidad y difusión de la *Pebble culture*, los prehistoriadores de Africa aspiraban a una cronología más larga que la que ya, tan difícilmente admitida, concedía 1 000 000 de años al Cuaternario y la datación del Oldowayense por el método del potasio-argón (de 1 850 000 a 1 100 000 para esa Bed I), reforzada por la del *chopping-tool* del Omo (entre 2 100 000 y 2 500 000) y enseguida por la del yacimiento del lago Turkana: 2 600 000. Pero esta última industria, aunque encierra y comprende muchos cantos manipulados, no pertenece en su conjunto a la *Pebble culture*. Es una industria de fragmentos. En 1972, fragmentos, sin duda menos convincentes, se han recogido en Omo. Podemos, pues, preguntarnos si la elaboración o preparación de los fragmentos en *Pebble-tools* no ha estado precedida de la utilización de fragmentos cortados de un bloque cualquiera de materia prima. Pero aquí llegamos a nuestros límites de posibilidad de atribución a una causa no natural: aunque los síntomas de talla son confusos (talón-bulbo), y aunque se debe poner el acento sobre unos «retoques de utilización», nos encontramos con el viejo problema de los eolitos.

Es, pues, la presencia inexplicable de otro modo que no sea por la intervención

de un hominiano la que llama la atención. Pero ¿dónde detenerse en nuestra interrogación? El límite más audaz lo ha alcanzado L. Leakey, quien atribuye al keniapiteco unas *bone-bashing activities*: haber utilizado un trozo de lava (*lump of lava*), golpeado (*battered*) y machacado (*bruised*) por el uso, así como un hueso largo que permite una fractura rebajada (*depressed*)<sup>4</sup>.

Aquí se juntan los problemas de las industrias ósea y lítica en su origen. No se puede aportar ninguna prueba tecnológica ni morfológica. No se observa ningún indicio «clásico» de acción humana. El único argumento positivo es en realidad esa presencia inexplicable de fragmentos junto a restos del keniapiteco; pero la eliminación del juego de la naturaleza (*lusus naturae*) no descarta la utilización por un antroipoide prehomíniano. Lo que hemos dicho anteriormente del comportamiento actual de los chimpancés apoya ese sentido.

Para el prehistoriador de Africa, aunque los instrumentos de hueso y piedra atestiguan que un proceso cerebral de hominización está en marcha desde hace dos millones y medio de años, ése no es en absoluto su inicio.

---

<sup>4</sup> L. S. B. Leakey, «Bone smashing by Late Miocene Homind», *Nature*, 1968.

## GLOSARIO

- Abbevillense.** Aspecto industrial definido por H. Breuil en Abbeville (valle del Somme); está caracterizado por bifaces talladas, mediante grandes desprendimientos, con un percutor duro (piedra). Definido en Europa, donde corresponde al inicio del Paleolítico inferior.
- Acheulense.** De Saint-Acheul (valle del Somme); es el aspecto principal y cultural del Paleolítico inferior; ha abarcado desde la glaciación del Mindel hasta el final del interglacial Riss-Würm. El instrumento tipo es una bifaz más regular que la del Abbevillense, tallado con un percutor blando (madera o hueso).
- Amazonita.** Variedad verde de microlina.
- Amiriense.** Ciclo continental marroquí, contemporáneo del Mindel europeo.
- Anfatiense.** De Anfa (Marruecos). Tercera transgresión marina cuaternaria en Marruecos.
- Ateriense.** De Bir-el-Ater (Argelia oriental). Industria paleolítica del África del Norte, entre el Musteriense y el Capsiense. Comprende puntas y rascadores pedunculados y algunas puntas foliáceas. El Ateriense se desarrolla durante toda una parte del Würm y es sin duda contemporáneo, en parte, del Paleolítico superior de Europa.
- Atlántropo.** Fósil del grupo de los arcantropianos, definido por C. Arambourg en el yacimiento de Ternifine (Argelia). Los restos se refieren al final del Pleistoceno inferior.
- Augita.** Silicato natural de calcio, magnesio y hierro. Ese material entra en la composición del basalto.
- Auriñaciense.** De Aurignac (Alto Garona). Industria prehistórica de comienzos del Paleolítico superior. Ese nombre dado por H. Breuil y E. Cartailhac, en 1906, designa las industrias situadas cronológicamente entre el Musteriense y el Perigordense. Se caracteriza por puntas de azagaya de cuernos de reno, gruesos rascadores, láminas largas con retoques continuos planos y escamosos, y algunos buriles. Se ven aparecer las primeras obras de arte: figurillas de animales esquematizadas y signos sumariamente grabados en bloques de roca calcárea. Aparece hace unos 30 000 años.
- Australopiteco** (lat. *Australis*: meridional; gr. *pithekos*: mono). Nombre genérico dado por Dart en 1924 a varios fósiles de África del Sur que presentan caracteres simiescos y anuncian, no obstante, aspectos humanos. Después, los descubrimientos se han repartido por el África oriental y meridional.
- Basalto.** Roca volcánica.
- Bifaz.** Herramienta de piedra tallada por las dos caras, con forma de almendra. Primeramente llamadas «háchas» y luego «barrenas», parece que han sido utilizados para cortar y, secundariamente, para rascar. Son características del paleolítico inferior.
- Calabriense.** De Calabria. La capa más antigua del Cuaternario marino, identificado por M. Gignoux en 1910.
- Calcedonia.** Variedad fibrosa de sílice, integrada por cuarzo y ópalo.
- Calcita.** Carbonato de calcio natural cristalizado. Se encuentra en la creta, el mármol blanco, el alabastro calcáreo, etc.
- Capsiense.** De Capsa (nombre latino de Gafsa, Túnez meridional). Industria de finales del Paleolítico africano. Definido por J. de Morgan, el Capsiense asocia a un utillaje de tipo Paleolítico superior numerosos microlitos y pequeños taladros gruesos que servían probablemente para la perforación de los fragmentos de cáscaras de huevos de avestruz, empleados para confeccionar collares. Se remonta a unos 11 000 años aproximadamente.
- Catarrinos.** Monos del Antiguo Mundo, con 32 dientes y tabique nasal delgado.
- Cenozoico.** Sinónimo de Terciario y Cuaternario; comienza con el Eoceno hace 65 millones de años y comprende después al Oligoceno (- 40 millones de años), el Mioceno (- 25 millones de años), el Plioceno (- 11 millones de años), el Pleistoceno y el período reciente.
- Cercopiteco** (gr.: *kerkos*: cola; *pithekos*: mono). Mono africano de larga cola.
- Clactoniense.** De Clacton-on-Sea (Gran Bretaña). Industria prehistórica del Paleolítico inferior, descrita por H. Breuil en 1932, y caracterizada por fragmentos de sílex de forma lisa y ancha. El Clactoniense parece contemporáneo del Acheulense.

- Cornalina.** Calcedonia roja.
- Coup-de-poing o barrera.** Util de piedra en forma de almendra, tallada por las dos caras, que debía servir para escarbar y desollar. Antigua denominación de la bifaz.
- Cuarcita.** Roca dura, formada principalmente por cuarzo.
- Chadántropo** (hombre del Chad). Hominido fósil situado anatómicamente entre los estadios australopiteco y pitecántropo.
- Chelense.** De Chelles. Aspecto industrial del Paleolítico inferior, descrito por G. de Mortillet. Antigua denominación del Abbevillien.
- Diabasa.** Roca de la familia del gabro y de la diorita, frecuentemente verde.
- Diorita.** Roca granulosa.
- Discoide.** Herramienta de piedra en forma de disco del Acheulense final, tallada por las dos caras.
- Dolerita.** Roca de la familia del gabro, cuyos minerales son perceptibles a simple vista.
- Eneolítico** (lat. *aeneus*: bronce; gr. *lithos*: piedra). Sinónimo de Calcolítico. Período prehistórico en que se comienza a utilizar el cobre.
- Eoceno.** Primer período del Terciario, de - 65 a - 45 millones de años.
- Épidoto.** Silicato hidratado natural de aluminio, calcio y hierro.
- Esquito.** Roca sedimentaria silicoaluminosa, formada en hojas, que se divide fácilmente en láminas.
- Fauresmith.** Próximo a una localidad del Estado de Orange (África del Sur). Industria lítica de rascadores y puntas con retoques unificiales, de bifaces y pequeñas hachuelas; corresponde al Paleolítico medio de Europa.
- Galena.** Sulfuro natural de plomo.
- Gambiense.** Cuarto pluvial africano, localizado alrededor de los lagos Nakuru, Naivacha y Elmenteita (Kenia). Contemporáneo de la época glacial würmuniense, pero ya no es utilizado.
- Günz.** Del nombre de un río de Alemania. La glaciación cuaternaria alpina más antigua.
- Hachuela.** Instrumento macizo de un fragmento que presenta un corte vivo, resultante del encuentro de dos superficies de rotura; caracteriza al Acheulense africano, pero se halla también en las industrias del Paleolítico anterior y medio de algunos yacimientos del sur de Francia y de España.
- Haruniense.** Cuarta transgresión marina del Cuaternario del Marruecos atlántico.
- Hematites.** Óxido férrico natural.
- Holoceno.** Período más reciente del Cuaternario. Comienza hace 10 000 años.
- Hominido.** Familia zoológica de primates superiores representada por los hombres fósiles y actuales.
- Homo.** Nombre genérico dado en la clasificación zoológica al hombre fósil y actual.
- Homo habilis.** Nombre creado por Leakey, Tobias y Napier para designar unos fósiles cuyo grado de evolución anatómica es intermedia entre el de los australopitecos y el de los pitecántropos.
- Homo sapiens** (hombre que sabe). Denominación de C. Linneo (1735) que se ha reservado a las formas modernas o neotropianas para designar al hombre que ha llegado, gracias a su inteligencia, a un estado de adaptación a un entorno que le permite pensar y reflexionar libremente.
- Iberomoriense.** Aspecto cultural del Paleolítico final y del Epipaleolítico del Magreb, cuya evolución estuvo marcada por la multiplicación del utillaje microlítico y que ha durado del X al V milenio.
- Jadeita.** Aluminosilicato natural de sodio con algo de calcio, magnesio y hierro.
- Jaspe.** Calcedonia impura de colores por franjas o manchas, generalmente en rojo.
- Kafuense.** Del río Kafú (Uganda). Aspecto industrial de comienzos del Paleolítico inferior de África oriental, caracterizado por cantos planos, someramente tallados y no retocados. Su origen humano es discutido.
- Kagueriense.** Del río Kaguera (Tanzania). Primer pluvial africano, identificado por E. J. Wayland en 1934. Es contemporáneo de la glaciación de Günz en los Alpes, pero no es utilizado.
- Kamasiense.** De Kamasa (Kenia). Segundo pluvial africano, llamado corrientemente kamasiense I, contemporáneo de la glaciación europea del Mindel, pero no es utilizado.
- Kanjeriense.** De Kanjera (Kenia). Tercer pluvial africano, definido por L. S. B. Leakey, llamado corrientemente Kamasiense II. En los Alpes corresponde a la época glacial del Riss, pero no es utilizado.
- Lapislázuli.** Piedra azul celeste empleada en mosaicos y cuyo polvo es el azul ultramar.
- Laterita.** (*later*: ladrillo). Suelo rojo vivo u oscuro, rico en óxido de hierro y en aluminio, formado por las coladas en un clima cálido.
- Levallois** (técnica). De Levallois-Perret (Altos del Sena). Proceso de rebajamiento o desbastado de la piedra que permite obtener, mediante una preparación de núcleos, grandes fragmentos de forma predeterminada.
- Levalloisiense.** Aspecto industrial definido por H. Breuil en 1931, caracterizado por la presencia

de fragmentos, generalmente poco o nada retocados, extraídos de núcleos de tipo Levallois. No es reconocido como un aspecto auténtico.

**Lidianita.** Esquisto endurecido.

**Lupembiense.** De Lupemba, en Kasai (Zaire).

Aspecto industrial del Paleolítico final caracterizado por la asociación de herramientas macizas (picos, cinceles) y de piezas foliáceas finamente retocadas por las dos caras. Data de hace unos 7000 años antes de la era cristiana.

**Maarifense.** Del Maarif (Marruecos). Segunda transgresión marina cuaternaria del Marruecos atlántico.

**Magosiense.** De Magosi (Uganda). Industria lítica descubierta por Wayland en 1926. Situada entre el Gambliense y el Makaliense, asocia objetos de aspecto musteriense, núcleos, discoides y puntas, piezas foliáceas con retoques bifaciales y microlitos geométricos.

**Makaliense.** Del río Makalia (Kenia). Fase húmeda del Cuaternario africano, contemporáneo del primer postglacial de Europa. No es utilizado.

**Malaquita.** Carbonato básico natural de cobre, de color verde.

**Mazzeriense.** Primer pluvial sahariano, equivalente del Kagueriense.

**Mesolítico** (gr. *mesos*: en medio de; y *lithos*: piedra). Palabra que fue empleada durante mucho tiempo para designar el conjunto de aspectos culturales situados entre el Paleolítico y el Neolítico. Hoy son frecuentemente atribuidos a una fase Epipaleolítica.

**Micoque.** Yacimiento prehistórico situado al norte de las Eyzies, a 25 km. al nordeste de Sarlat, donde se ha descubierto la industria micoquiense (forma muy evolucionada del Acheulense, contemporánea de la glaciación del Würm).

**Mindel.** Del nombre de un río bávaro. Segunda glaciación cuaternaria alpina. Parece situada entre los - 300 000 y - 400 000 años..

**Mioceno** (gr. *meion*: menos; y *kainos*: reciente). Es decir, que contiene menos formas recientes que el sistema posterior. Es un período del Terciario, comprendido entre - 25 y - 10 millones de años.

**Muluyense.** Del valle de Muluya (Marruecos). Término empleado por Biberson. Villafrankiano medio de Marruecos.

**Musteriense.** Del Moustier (Dordoña). Industria prehistórica del Paleolítico medio, extendida en la segunda mitad del último interglacial, reconocido desde 1865 por E. Lartet y caracterizado por la abundancia de las puntas y rascadores obtenidos por el retoque

de fragmentos por una sola de sus caras. **Nakuriense.** Fase húmeda definida por los depósitos de la playa inferior a los 102 m. del lago Nakuru (Kenia). En esas capas se han descubierto industrias de aspecto neolítico, cuya edad podría remontarse a los - 3000 años, aproximadamente.

**Neanderthaliense.** Del nombre de un pequeño valle de la cuenca del Düssel (Alemania), donde fue descubierto el primer espécimen por el doctor Fuhlrott, en 1856. Representante de un grupo particular del género *Homo*, que ha vivido en Europa occidental durante el Pleistoceno superior, y que se extingue bruscamente sin dejar descendientes.

**Neolítico** (gr. *neos*: nuevo; *lithos*: piedra). Edad de la piedra con producción de alimentos (agricultura, pastoreo); término consagrado en 1865 por J. Lubbock.

**Obsidiana.** Roca volcánica vítrea, compacta, que se parece al vidrio oscuro.

**Oldowayense.** De la garganta de Olduvai, en la Tanzania septentrional. Complejo de utillaje lítico antiguo (cantos manipulados), descubierto por Katwinkler, en 1911. Complejo en el que Leakey ha reconocido once niveles, del Oldowayense I, que corresponde al Chellense antiguo, al Oldowayense XI, que corresponde al Acheulense VI, con herramientas levalloisienses.

**Oligoceno.** Segundo período del Terciario, de - 45 a - 25 millones de años.

**Osteodontokerática.** Industria prehistórica hecha de huesos (gr.: *osteon*), dientes (gr.: *odous*, *odontos*) y cuerno (gr.: *keras*, *keratos*), descubierta en Makapansgat (África del Sur) por R. A. Dart.

**Paleolítico** (gr.: *paleos*: antiguo; y *lithos*: piedra). Designa la Edad de piedra sin producción de alimentos. Término consagrado por J. Lubbock en 1865.

**Paleozoico.** Sinónimo de Primario.

**Parántropo.** Australopiteco robusto, descubierto en 1948 en el Pliopleistoceno de Kromdrasi (Transvaal) = Paraaustralopiteco. Ese tipo arcaico presenta numerosos caracteres simiescos, pero posee, principalmente en su organización dentaria, rasgos que le sitúan más cerca del hombre que de los antropoides.

**Pebble culture.** Industria de cantos manipulados, la industria lítica más antigua que se conoce, compuesta principalmente de cantos en los que se ha hecho un corte por uno o varios desprendimientos o rebajamientos.

**Pitecántropo** (mono-hombre). Fósil que presenta a la vez caracteres bastante próximos al hom-



- bre actual para pertenecer así al género *Homo*, pero otros lo bastante diferentes como para caracterizar a una especie distinta. El primero fue descubierto por E. Dubois, en Java, en 1889. Perteneció a la especie *Homo erectus*.
- Platirino.** Mono del Nuevo Mundo, con 36 dientes y tabique nasal grueso.
- Pleistoceno** (gr. *pleistos*: mucho; y *kainos*: reciente). Subdivisión geológica de la edad Cuaternaria que comprende el comienzo y la mayor parte de éste. El término, creado por Ch. Lyell en 1839, corresponde a los momentos de las grandes glaciaciones cuaternarias y precede al período holoceno que se inicia unos 10 000 años antes de la era cristiana.
- Plesidntropo.** Australopiteco grácil descubierto en Transvaal (1936), en la base del Pleistoceno.
- Plioceno.** Período terminal de la era terciaria. Comienza hace 5,5 millones de años y termina hace - 1,8.
- Pongídeo.** Familia de monos antropoides cuyo tipo es el orangután, y que comprende igualmente al gorila, gibón y chimpancé.
- Precambriense.** La formación geológica más antigua. Dura desde la formación del globo terrestre (estimada en cuatro mil millones de años) hasta la era primaria (- 500 millones).
- Presoltaniense.** Período continental marroquí que corresponde al final del Riss; precede al Soltaniense (de Dar es-Soltan).
- Ramapiteco.** *Ramapithecus wickeri*: primate omnívoro del Mioceno, que podría ser el antepasado de los homínidos. Data de 12 a 14 millones de años. Descubierto en las colinas de los Siwaliks (norte de las Indias). Se conocen otros especímenes en China, Turquía, Fort Ternan, África y Europa (Francia, Alemania, Grecia, Austria, España, Hungría).
- Riss.** Del nombre de un río de Baviera. Penúltima glaciación cuaternaria alpina, situada entre - 200 000 y 120 000 años.
- Sangoenense.** Yacimiento epónimo: Sango Bay (sur del lago Victoria, en Uganda); complejo lítico descubierto por Wayland en 1920, caracterizado por un utillaje que se asocia a objetos sobre fragmentos obtenidos por la técnica Levallois, a picos macizos, bifaces y piezas foliáceas. Se ha desarrollado entre el Kamasiense y el Gambliense.
- Sauriense.** De Saura (*ued* del Sáhara argelino). Cuarto pluvial sahariano, equivalente al Gambliense.
- Serpentina.** Silicato hidratado de magnesio.
- Sindántropo** (lat. *sinensis*: chino; gr. *anthropos*: hombre). Fósil que representa a la vez caracteres bastante próximos al hombre actual para pertenecer al género *Homo* y otros bastante diferentes para caracterizar a otra especie. El yacimiento de Chu Ku Tien (al sudoeste de Pekín) ha sido explorado de 1921 a 1939 por el doctor Pei, M. Black, P. Teilhard de Chardin y F. Weidernreich. Perteneció a la especie del *Homo erectus*.
- Solutrense.** De Solutré (Saona-y-Loira). Industria prehistórica del Paleolítico superior, caracterizada por láminas de sílex muy finas. Los instrumentos característicos deben su aspecto a una hechura mediante retoques rasantes y paralelos que cubren las dos caras de la pieza.
- Stillbayense.** De Still Bay (provincia de El Cabo). Industria lítica rica en piezas foliáceas con retoques bifaciales que recuerdan las hojas de laurel del Solutrense francés. Contemporáneo del Gambliense.
- Tectita.** Vidrio natural rico en sílice y aluminio, cuyo origen es probablemente cósmico.
- Telántropo.** Designación genérica atribuida por Broom y Robinson a dos fragmentos de mandíbula encontrados en 1949 en el yacimiento de Swartkrans (África del Sur), cuya morfología recuerda a algunos arctantropianos.
- Tensiftiense.** Del *ued* Tensift (Marruecos occidental). Ciclo continental marroquí que corresponde a la primera parte del Riss.
- Tschitoliense.** Término creado en la base de un complejo lítico recogido en Tschitolo (Kasai). Aspecto industrial epipaleolítico caracterizado por la persistencia de un utillaje macizo, pero de dimensiones más reducidas que en el lumbembense, y por la multiplicación de las puntas de flecha con retoque bifacial.
- Tuf.** Roca volcánica porosa, ligera y blanda.
- Ugartiense I.** Segundo pluvial sahariano, equivalente al Kamasiense.
- Ugartiense II.** Tercer pluvial sahariano, equivalente al Kanjeriense.
- Villafranquiano.** De Villafranca de Asti (Piamonte). Formación sedimentaria que corresponde a la transición entre las eras terciaria y cuaternaria.
- Wiltoniense.** Cerca del yacimiento de Wilton (El Cabo occidental). Industria lítica que data de hace unos 15 000 años y comprende pequeños raspadores inguiformes, microlitos en segmento de círculo y en trapecio, taladros y piezas con bordes denticulados. Aspecto tardío que se prolongó hasta la introducción del hierro.
- Würm.** Del nombre de un lago y río de Baviera. La más reciente de las glaciaciones cuaternarias alpinas. Comenzó hace 75 000 años y tuvo fin hace unos 10 000 años antes de la era cristiana.

## Capítulo 18

# LOS HOMBRES FOSILES AFRICANOS

R. LEAKEY

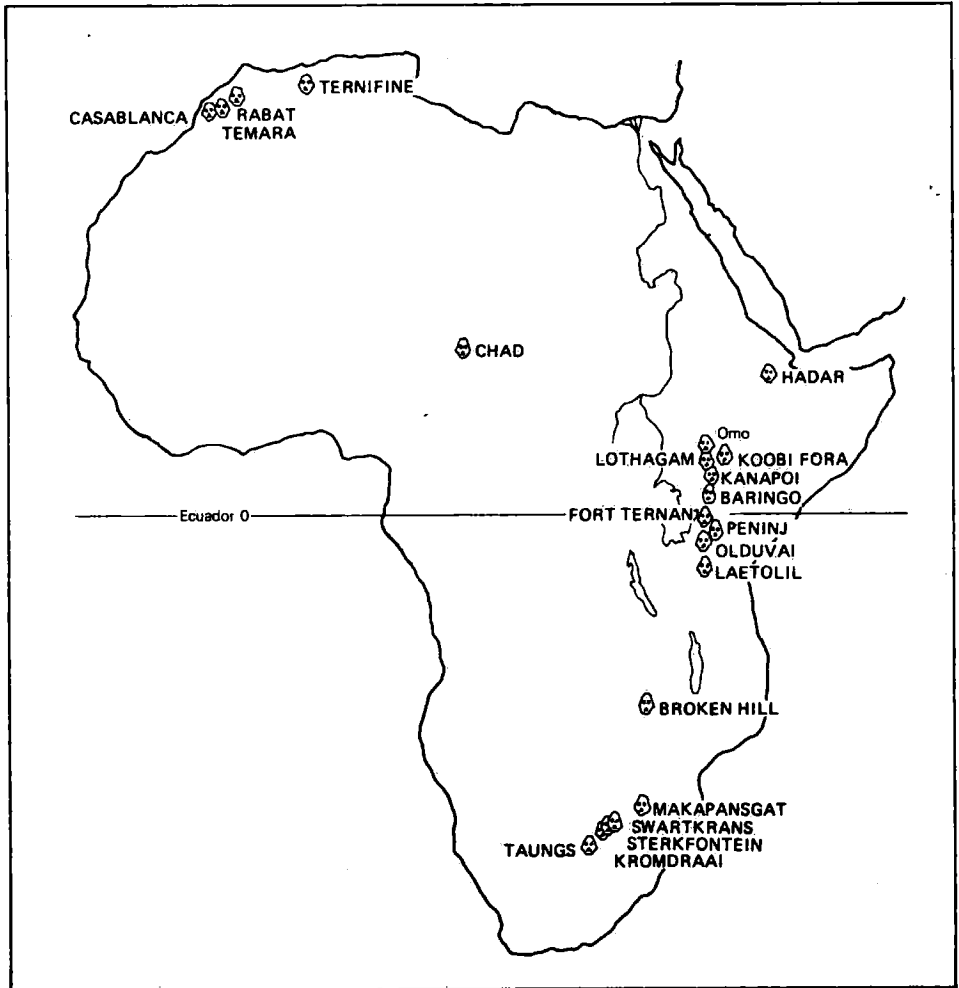
### AFRICA, CUNA DE LA HUMANIDAD

Charles Darwin fue el primer científico que publicó una teoría moderna sobre la evolución y el origen del hombre. Fue también el primero en señalar a Africa como su lugar de origen. En el transcurso de los últimos cien años, los investigadores han mostrado hasta qué punto tenía razón, porque numerosos aspectos de los trabajos de Darwin se han visto confirmados. Ya no es realista considerar la evolución como una simple hipótesis teórica.

Los testimonios sobre el desarrollo del hombre en Africa son aún incompletos, pero, en el transcurso de la última década, un número importante de fósiles ha podido ser estudiado e interpretado. Existen poderosas razones para pensar que Africa es el continente donde los homínidas aparecieron por vez primera y, más tarde, adquirieron la bipedia y la posición vertical que son los elementos decisivos de su adaptación. El período de evolución es largo. Ahora bien, numerosas fases de la evolución del hombre no pueden ser atestiguadas por ningún espécimen fósil. La conservación de esos fósiles está unida, en efecto, a unas condiciones totalmente especiales.

La fosilización necesita unas condiciones geológicas en que la sedimentación sea rápida y la composición química de suelos y aguas de percolación permita la sustitución de elementos orgánicos por elementos minerales. Los fósiles así formados permanecen profundamente ocultos bajo los sedimentos acumulados y acaso no puedan jamás ser descubiertos por el hombre moderno si la naturaleza no interviene por medio de los fenómenos de erosión o de los movimientos tectónicos. Esos sitios son escasos y están dispersos. Y aunque cada año se descubran nuevos yacimientos, una gran parte de Africa no revelará nunca sus testigos fósiles sobre la aparición del hombre.

Es interesante recordar las razones por las que algunas partes de Africa son



● *Algunos de los más importantes yacimientos de homínidas.*

tan ricas en testimonios prehistóricos. La primera es la diversidad del hábitat en Africa. El continente es vasto, a una y otra parte del ecuador, y se extiende hasta las zonas templadas del norte y del sur. Sólo ese hecho asegura la variedad de climas. Pero las altas tierras de la región ecuatorial introducen una dimensión suplementaria. Esa mole interior se eleva desde la franja costera por una serie de mesetas hasta las cadenas de montañas y picos, algunos de los cuales mantienen nieves perpetuas, a pesar del calor y la sequía del clima.

Las alturas variadas ofrecen unos entornos diferentes, cuyo frescor aumenta con la altura. Ahora bien, esos factores han existido siempre en Africa. Y aunque ciertamente se han producido cambios climáticos, parece que Africa ha ofrecido en todo momento un hábitat conveniente para el hombre. Cuando una zona determinada se hacía demasiado caliente o demasiado fría, se hacía posible el desplazamiento regional hacia un entorno más apropiado.

Se ha formulado la hipótesis de una correlación entre los períodos glaciales del hemisferio norte y los períodos húmedos de Africa, en la medida en que efectivamente se comprueban importantes variaciones del nivel de los lagos, que corresponden a variaciones en la pluviometría. Esa cuestión ha sido muy estudiada en los últimos años. No obstante, aunque el avance glacial debió ejercer una influencia global sobre la meteorología, no aparece una correlación automática con precisión<sup>1</sup>. Sin embargo, la acumulación de sedimentos en las cuencas de los lagos de Africa durante el Pleistoceno confirma la idea de que las lluvias han debido ser abundantes durante ese período.

La amplitud de la sedimentación ha sido muy grande. Muchos lagos del Pleistoceno africano eran pequeños y poco profundos, y de carácter probablemente estacionario con una fluctuación anual de su nivel que reflejaba la naturaleza misma del clima tropical, y con sólo algunos meses de fuertes lluvias al cabo del año. Esos lagos eran cuencas perfectas de recepción para los sedimentos que se depositaban anualmente sobre sus orillas llanas y en torno a las desembocaduras de los ríos que en ellos se vertían inundando sus riberas durante las aguas altas. Así, los restos de animales muertos, cerca de las orillas del lago, se encontraban a menudo enterrados en la arena o en el limo depositado durante el período de crecida. Ese proceso ha durado millones de años, habiéndose descubierto vestigios animales a diferentes niveles en series sedimentarias cuyo espesor total puede sobrepasar los 500 metros.

Con el relleno de tierra de los lagos y las modificaciones del régimen de lluvias, algunas cuencas se secaron y se formaron otras nuevas. Es cierto que el proceso de fosilización resulta lento, pero el Pleistoceno cubre más de tres millones de años, y a lo largo de ese período quedaron enterrados restos animales en unos sedimentos favorables para su conservación.

Volver a encontrar esos vestigios es naturalmente un problema importante para los paleontólogos, pero también, en Africa —principalmente en su parte oriental— ciertos factores han contribuido a disminuir las dificultades. Durante el Pleistoceno, y en particular al final de éste, el Africa oriental conoció un período de movimientos tectónicos unidos a una fractura de la corteza terrestre denomina-

<sup>1</sup> Ver capítulo 16.

da *Rift Valley*. Esos movimientos crearon unas fallas y provocaron, en numerosos lugares, el levantamiento de masas de sedimentos. La erosión ulterior ha descubierto capas en las que se habían formado fósiles. La investigación de los vestigios fósiles está, pues, concentrada generalmente en las antiguas cuencas lacustres donde las formaciones sedimentarias han sido fracturadas y aparecen en forma de tierras áridas y abarrancadas.

Existen, sin embargo, otras posibilidades, como lo atestigua el gran número de restos de homínidos del África del sur. Esos fósiles han quedado depositados en unas grutas calcáreas donde la acumulación de osamentas se ha visto enterrada bajo el relleno y los derrumbamientos del techo de la gruta. Los huesos habían sido llevados a la gruta por varios agentes, los más probables de los cuales son animales necrófagos o depredadores, como el leopardo y la hiena. Hay algunas indicaciones de ocupación de grutas por homínidos que serían, pues, responsables del depósito de los restos óseos que han sido encontrados fosilizados. El problema de los yacimientos de ese tipo es que no existe prácticamente criterio alguno de estratigrafía, y que es muy difícil determinar la edad relativa de los fósiles descubiertos.

En numerosas regiones de África, durante el Pleistoceno, no se habían realizado las condiciones necesarias para la fosilización de los vestigios animales. Por consiguiente, incluso en ausencia de éstos, no se halla razón alguna para concluir que el hombre no estuviera presente en esas regiones, aunque próximas investigaciones pueden aún descubrir nuevos yacimientos.

Las herramientas de piedra son más frecuentes que los fósiles óseos. Se conservan bien en general, aunque no hayan sido inmediatamente enterradas bajo sedimentos. Por tanto, los arqueólogos han reunido una masa importante de datos sobre la tecnología primitiva, que contribuye en gran manera a aumentar nuestros conocimientos sobre la aparición del hombre.

El hombre, o más en concreto la especie *Homo*, puede indudablemente considerarse como el único animal capaz de fabricar herramientas de piedra. Pero aquí, como en otros sectores de la investigación relativa al origen del hombre, las opiniones de los especialistas difieren.

El estudio del origen del hombre está ampliamente fundado en una orientación pluridisciplinaria que no se limita al estudio de las osamentas fósiles y de los vestigios arqueológicos; la geología, la paleontología, la paleoecología, la geofísica y la geoquímica juegan un papel importante. Cuando los homínidos comenzaron a utilizar herramientas, la arqueología alcanza un gran interés. El estudio de los primates vivientes, incluido el hombre, es frecuentemente útil para una mejor comprensión de la prehistoria de nuestro planeta.

Los fósiles de la familia del hombre, los homínidos, pueden presentarse como distintos y separados de los grandes monos actuales, los póngidos, desde hace más de 14 millones de años. Los testimonios más antiguos son incompletos, y existe una gran laguna en nuestros conocimientos sobre el desarrollo del hombre en el período que va de los 14 a los 3 millones de años. Parece que durante ese período se realizó la diferenciación, porque conocemos varias formas fósiles de homínidos a partir de los - 5 000 000 de años.

Los testigos fósiles relativos a los otros grupos distintos del hombre son con

frecuencia mejor conocidos, y comportan un material más completo. Esos vestigios son más importantes y permiten tratar de reconstruir el entorno primitivo de los homínidos en los primeros estadios de su evolución. Existen ya datos sobre varios periodos importantes, en los que numerosas especies animales experimentaron cambios muy rápidos en respuesta a presiones del entorno o del medio ambiente.

Está demostrado, asimismo, que el hombre ha pasado por diversos estadios antes de convertirse en el bípedo altamente cerebrizado de hoy en día. En ciertas épocas había varios tipos de hombres, cada uno de los cuales podría representar una adaptación específica. Los cambios a partir de la forma simiesca de los homínidos del Mioceno pueden representar una determinada forma de especialización o adaptación que nos corresponde a nosotros aclarar. Aunque los datos de que disponemos estén lejos de considerarse completos, conocemos algunos detalles de esa compleja evolución. Vamos a examinarla partiendo de los fósiles más recientes para remontarnos hasta los más antiguos.

## EL HOMBRE ACTUAL Y EL HOMO SAPIENS

La definición clásica del hombre dista mucho de ser satisfactoria: ser humano, raza humana, adulto de sexo masculino, individuo (de sexo masculino). Uno de los problemas de esa definición es que el hombre moderno constituye tal vez la más diversificada especie conocida, dado el gran número de diferencias —físicas o de comportamiento— que existen entre las poblaciones del mundo, diversidades que hay que tener en cuenta. Pero, a pesar de las diferencias aparentes, el hombre constituye hoy una única especie, y todos los hombres comparten el mismo origen y la misma historia durante la evolución inicial. Probablemente es en el transcurso de algunos últimos milenios cuando la especie inició el proceso de las variantes superficiales. Acaso esa noción pueda contribuir a asegurar más rápidamente al hombre su identidad y finalidad sobre la comunidad, y confirmar entre todos los hombres la conciencia de una identidad de naturaleza y de destino.

El hombre de hoy, que pertenece por completo a la especie *Homo Sapiens Sapiens*, puede vivir en una notable variedad de hábitats, cosa que ha sido posible por el desarrollo de las técnicas. La vida en ciudades superpobladas contrasta con la de los nómadas custodios de camellos en el desierto, y ambas contrastan con la vida de los cazadores que viven en lo más profundo de la densa selva del África occidental. El hombre puede vivir durante largos periodos bajo el mar dentro de submarinos y en órbita terrestre a bordo de cápsulas espaciales. En cada caso, la clave es la adaptación por medio de la tecnología. Un cerebro voluminoso y complejo y unas manos liberadas de toda función locomotora y totalmente disponibles para la manipulación, al igual que una posición bipeda permanente, son las condiciones previas fisiológicas fundamentales. Esas características pueden ser identificadas en el tiempo, lo mismo que los vestigios no perecederos de la actividad técnica del hombre. El grado de desarrollo del cerebro, la aptitud para la manipulación y la bipedia pueden considerarse las mejores señales para trazar de nuevo la historia de nuestra especie a través del tiempo.

En Africa, varios descubrimientos importantes atestiguan la presencia del primitivo *Homo Sapiens* hace más de 100 000 años. Todo indica que la presencia de nuestra especie es allí tan antigua como en cualquier parte, y nuevas investigaciones podrían permitir datar de manera exacta el vestigio más antiguo que podría demostrar una existencia de cerca de 200 000 años.

En 1921 se descubrieron un cráneo y algunos restos óseos en Broken Hill (Zambia) y, como este país se llamaba anteriormente Rhodesia del Norte, a ese espécimen se le conoce con el nombre de Hombre de Rodesia u *Homo Sapiens rhodesiensis*. Se ha sugerido una fecha de aproximadamente — 35 000 años, y el espécimen pertenece ciertamente a nuestra especie. Su edad real es quizás más antigua, pero ello no constituye problema. Presenta estrechas afinidades con el Neanderthaliniano de Europa y constituye ciertamente un ejemplo africano de ese tipo. Se han descubierto en el Africa oriental vestigios aún más antiguos que el *Homo sapiens*.

En 1932, el doctor L. S. B. Leakey descubrió en el yacimiento Kanjera, al oeste de Kenia, fragmentos de dos cráneos. Esos dos fósiles parecían relacionados con una fauna de finales del Pleistoceno medio, lo que indica una edad cercana a los 200 000 años. El sitio no ha sido aún fechado de manera precisa, lo cual es lamentable, porque los dos cráneos y un fragmento de fémur parecen ser ejemplos de *Homo sapiens*, y podrían representar los testimonios más antiguos de la especie conocidos actualmente en Africa.

En 1967 se han descubierto fragmentos de dos individuos en un yacimiento del valle de Omo, al sudeste de Etiopía. Consisten en un fragmentos de cráneo, en trozos de esqueleto poscraneano y la coronilla de otro cráneo. Esos dos fósiles provenían de capas a las que se supone una edad algo anterior a los 100 000 años. Omo es probablemente conocido, sobre todo, por sus fósiles más antiguos; pero hay una gran cantidad de depósitos recientes que prometen ofrecer una rica documentación sobre los primeros ejemplares de *Homo sapiens* en Africa. Además, se han encontrado en la misma región yacimientos que han proporcionado objetos arcaicos de barro cocido, lo que podría aportar indicios sobre las más antiguas utilizaciones de los objetos de alfarería.

Así pues, aunque el primitivo *Homo sapiens* esté poco representado en lo referente a fósiles, parece razonable suponer que la especie estaba ampliamente extendida tanto en Africa como en otras partes del globo.

## LOS PRESAPIENS

Siempre existe una tendencia a vincular las especies fósiles con las especies modernas, pero ello debe entenderse en el plano de unas relaciones muy generales. Aquí nos proponemos considerar el origen del *Homo sapiens* en una línea que pueda remontarse a varios millones de años. En diferentes épocas ha habido con probabilidad varios tipos morfológicamente distintos en el interior de la línea, y la composición genética del hombre moderno debe reflejar, en parte, esa herencia compuesta.

La denominación de las especies fósiles es difícil y a menudo produjo

confusiones como consecuencia del deseo de poner una nueva etiqueta a cada espécimen descubierto. La práctica habitual es clasificar los especímenes similares en la misma especie, sirviendo de base las diferencias menores para diferenciar la especie, mientras que las diferencias importantes sirven para la identificación del género. Las especies animales vivientes no son difíciles de clasificar; se ha creado desde hace tiempo un excelente sistema gracias al gran científico Linneo. El problema de los paleontólogos es considerar la evolución, en el tiempo, de una especie particular que pueda haber experimentado transformaciones rápidas. En esas condiciones, los términos «especie morfológica» serán utilizados para describir los fósiles que presenten caracteres físicos parecidos. Conviene advertir que la controversia relativa al origen del hombre proviene en gran parte de opiniones diferentes sobre el empleo de la terminología.

Los fósiles de los tres últimos millones de años han propiciado la identificación de al menos dos *tipos* y varias *especies* de homínidos, lo cual nos permite comprender mejor el origen de nuestra especie. Recientemente también, se consideraba que la evolución se había desarrollado a un ritmo uniforme. Pero ahora parece que las poblaciones locales de una determinada especie pueden haber reaccionado de modo diferente a las fuerzas de la selección. Parece que unas formas «primitivas» pueden ser contemporáneas de formas avanzadas o «progresivas». La identificación de los caracteres «primitivos» en una especie comprobada en un largo periodo resulta menos difícil que cuando la muestra es limitada, porque se pueden identificar tendencias y adaptaciones que permitan explicar el proceso de supervivencia mediante progresivas modificaciones.

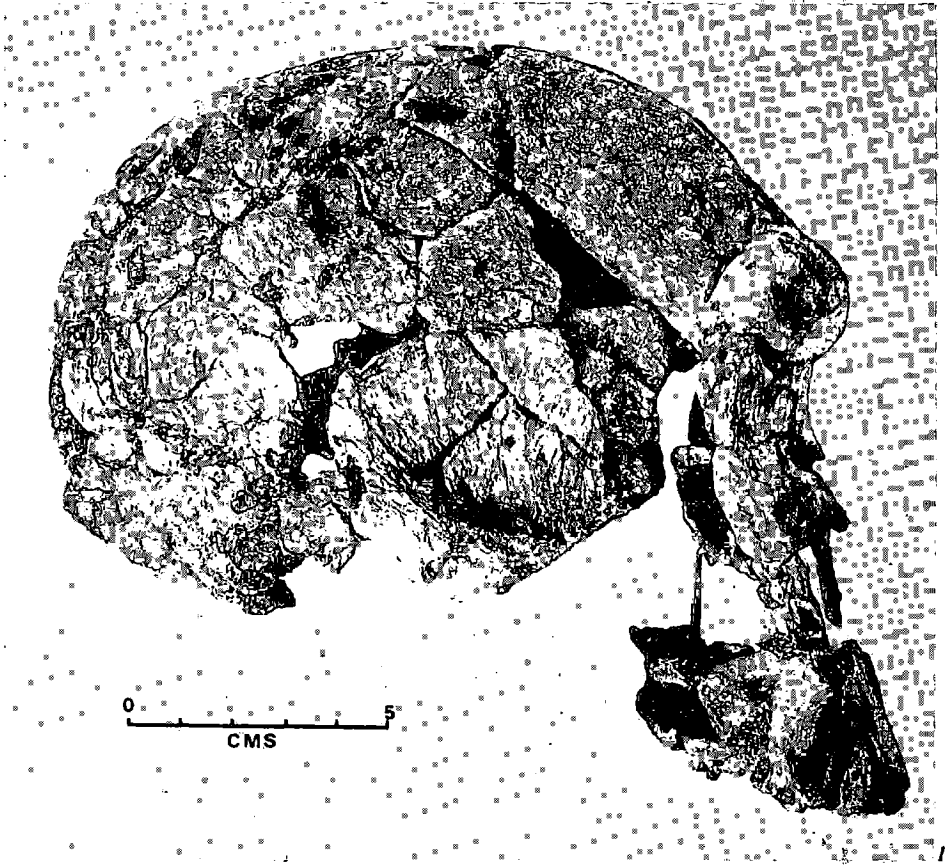
Los restos fósiles humanos de Africa revelan en su análisis dos grupos principales. Vamos a considerarlos como dos líneas evolutivas; la primera, representada por el tipo *Homo*, puede seguirse hasta nuestros días, mientras que la otra, representada por el tipo *Australopithecus*, aparentemente está extinguida hace un millón de años.

Es igualmente posible considerar las formas primitivas descubiertas en depósitos donde están ausentes formas más avanzadas y, sin embargo, aparecen en estratos más antiguos. Es grande la tentación de ver ahí una regresión. Pero resulta más probable que la continuación de una especie progresiva se nos escape únicamente porque ocupaba unas zonas que no se prestaban a su preservación mediante fosilización.

Por las necesidades del presente capítulo, nos proponemos considerar a los homínidos anteriores al *Homo sapiens* sobre la base de esas dos líneas. No es fácil describir la forma ancestral común a esas dos ramas, mientras que los testimonios fósiles sean fragmentarios. El homínido más antiguo de Africa procede de Fort Ternan, en Kenia, donde se han encontrado varios fragmentos de mandíbula y algunos dientes. El lugar ha sido fechado en 14 millones de años. Sus fósiles muestran que en esa época ya se había producido la diferenciación entre homínidos y póngidos. Así es como la reducción de los caninos, rasgo típico de los homínidos, se había acentuado ligeramente a partir de las características propiamente simiescas.

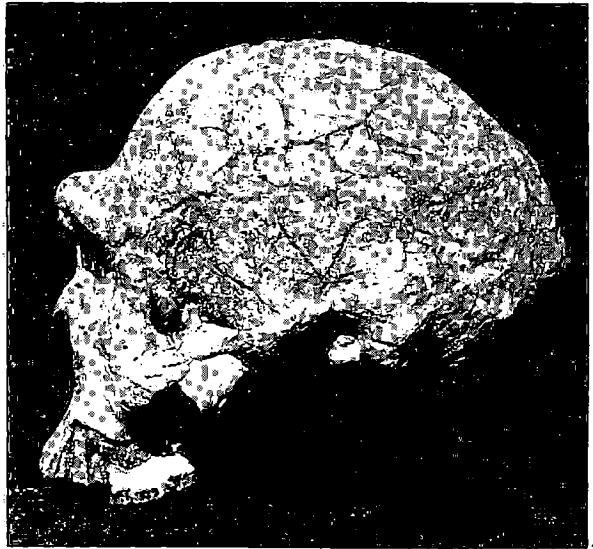
Los testimonios fósiles entre 14 y 3,5 millones de años son muy incompletos. Disponemos de sólo cuatro especímenes que puedan referirse a ese periodo.





● 1. Cráneo de *Homo habilis*,  
vista lateral (KNM-ER 1470),  
Koobi Fora, Kenia (fot. Nat.  
Mus. Kenia).

● 2. Cráneo de *Homo erectus*,  
vista lateral (KNM-ER 3733),  
Koobi Fora, Kenia (fot.  
National Museums of Kenya).



Todos provienen de Kenia, y son: un fragmento muy deteriorado de mandíbula, procedente de Kanam y hallado por el doctor L. S. B. Leakey en 1932; un fragmento de húmero, en Kanapoi; un fragmento de mandíbula con una corona dentaria que procede de Lothagam, y un molar aislado, de Ngorora. Los tres primeros especímenes provienen de depósitos fechados entre 4 y 5,5 millones de años, mientras que se cree que el diente aislado procede de depósitos que datan de hace 9 millones de años. Alguno de esos especímenes no es muy significativo, porque son demasiado fragmentarios. El fragmento de mandíbula de Lothagam se ha atribuido al australopiteco; pero en el estado actual de nuestros conocimientos esa identificación es discutida por numerosos antropólogos.

A partir del comienzo de Pleistoceno, hace unos 4 000 000 de años, hasta la aparición del *Homo sapiens*, los datos sobre la evolución de los homínidos en Africa son claramente más sustanciales. En 1973, se emprendieron investigaciones en dos nuevos yacimientos que han proporcionado un gran número de fósiles procedentes de capas fechadas entre 3 y 4 millones de años. Laetolil, en Tanzania, y Hadar, en Etiopía, son de una importancia tal, en cuanto a la aparición del tipo *Homo*, que está justificado detenerse un poco.

Laetolil está situado a 50 km., poco más o menos, de la famosa Garganta de Olduvai, sobre las faldas de los montes Lemagrut, que dominan el extremo norte del lago Eyasi. Ese yacimiento está datado en unos 3,5 millones de años, fecha que adquiere tanto más valor cuanto que se ha propuesto relacionar varios especímenes descubiertos en Laetolil con el tipo *Homo*. Se trata de maxilares, dientes y un fragmento de miembro.

Los yacimientos de Hadar, en la depresión del Afar, en Etiopía, son contemporáneos o ligeramente más recientes. Se ha descubierto un rico material allí desde 1973, del que hay excelentes ejemplos de esqueleto craneano y postcraneano. Pueden distinguirse allí tres tipos referentes al *Homo habilis*, a un australopiteco grácil y a un australopiteco robusto.

Así pues, todo ese primer período permanece casi mudo sobre los orígenes del *Homo* o del *Australopitecus*. En cambio, el período entre 3 y 1 millón de años es relativamente rico en testimonios fósiles.

La muestra bastante importante de los especímenes de que disponemos, procedentes de yacimientos fechados en 3 millones de años, e incluso menos, indica que existían dos grupos distintos de homínidos primitivos que ocupaban a veces la misma región. Esas dos formas, *Homo* y *Australopitecus*, frecuentaban probablemente entornos diferentes y, aunque sus territorios podían superponerse, la competencia por los alimentos no era aparentemente suficiente como para que una forma pudiese excluir a la otra. Queda mucho por conocer sobre la adaptación de cada homínido. Pero, actualmente la coexistencia de los dos tipos durante un período superior al millón y medio de años es un hecho establecido que atestigua también sus caracteres distintivos.

¿Era el *Australopitecus* un antepasado del *Homo*? Esta pregunta recibe generalmente respuesta afirmativa. Mas, con los nuevos datos disponibles, no es seguro que sea así. Algunos especialistas (entre ellos el autor) tienden a creer que esas dos formas tenían un antepasado común distinto de cada una de ellas. Para establecer esa tesis es necesario examinar ambos tipos desde el punto de vista de

sus «adaptaciones específicas» y considerar porcentajes de variación, si existen, en cada grupo. Para hacer eso es esencial definir claramente las características típicas de cada uno de ellos, y que se han revelado permanentes en el tiempo.

Notemos, en fin, que algunos investigadores reagrupan a todos esos fósiles en un mismo tipo, que representaría una fuerte variabilidad intragenérica y un marcado dimorfismo sexual.

## EL GENERO HOMO (PRESAPIENS):

### *Homo erectus*

La forma présapiens mejor conocida del *Homo* es la que se ha atribuido a una especie morfológica, ampliamente extendida y bastante diversa: el *Homo erectus*. Esa especie ha sido en primer lugar reconocida en el Extremo Oriente y China, pero la misma forma ha sido más recientemente encontrada en el norte de Africa, en el Africa oriental y, tal vez, en el Africa del Sur. Los especímenes asiáticos no han podido ser fechados de forma absoluta. Sin embargo, se ha publicado una fecha atribuida a una parte del material, la cual sugiere que el *Homo erectus* aparece en yacimientos antiguos de 1,5 a 0,5 millones de años. La datación de los yacimientos de Africa del Norte y del Sur asociados al *Homo erectus* se deduce igualmente en unos términos que recuerdan al «Pleistoceno medio».

Los restos del Africa oriental provienen de yacimientos donde se han podido efectuar dataciones físico-químicas. El ejemplar más antiguo atribuido al *Homo erectus* está fechado en unos 1,6 millones de años. Esa datación muy retrasada podría testimoniar un origen africano del *Homo erectus*, y algunos investigadores están dispuestos a aceptar la idea de que todos los testimonios de esa humanidad descubiertos fuera de Africa provendrían de poblaciones que habían emigrado a Africa al comienzo del Pleistoceno. Sin embargo, se han dado nuevas fechas que otorgan mucha antigüedad a industrias del *Homo erectus* de Java.

Actualmente no disponemos de material abundante que permita unos estudios globales y sintéticos. No obstante, los datos son suficientes para mostrar que esa especie estaba ampliamente extendida en Africa y que se encontraba también en Asia y Europa. Los restos de miembros denotan la posición vertical, la adaptación a la marcha y una bipedia análoga a la del hombre moderno. El grado de inteligencia puede ser superficialmente evaluado al estimar el volumen de la bóveda craneal. Esa capacidad varía de 750 a 1.000 cc. para el *Homo erectus*, mientras que la media para el *Homo sapiens* es superior a los 1.400 cc.

Puede deducirse su tecnología por observación de los vestigios. El *Homo erectus* fabricaba y utilizaba herramientas de piedra. Vivía de la caza y de la recolección en las sabanas de Africa. Los especialistas son unánimes en asociar el bifaz o hacha de la industria acheulense con el *Homo erectus*. Ese tipo de material lítico característico está representado en los yacimientos de Africa, Europa y, en menor medida, Asia. No es cierto que el *Homo erectus* haya sido el estadio final del desarrollo que condujo al *Homo sapiens*, siendo más prudente dejar la cuestión en suspenso a la espera de informaciones suplementarias sobre esa especie.



3

● 3. Cráneo de *Australopithecus boisei*, vista lateral (OH5), garganta de Olduvai, Tanzania (fot. Nat. Mus. Kenia).

● 4. *Australopithecus boisei*, mandíbula, vista de frente dental (KNM-ER 729), Koobi Fora, Kenia (fot. Nat. Mus. Kenia).



4

Antes de dejar al *Homo erectus* trataremos rápidamente de sus características. Los rasgos más típicos aparecen en el cráneo: arcos superciliares gruesos y protuberantes, frente baja y forma del occipital. Los dientes pueden ser característicos, pero es posible que diferentes especies en la línea *Homo* hayan tenido una morfología dentaria muy similar. Asimismo, la morfología de la mandíbula puede ser menos distintiva de lo que generalmente se cree; y algunos pretendidos especímenes de *Homo erectus* representados solamente por mandíbulas y dientes podrían constituir, en realidad, una especie diferente en el interior del mismo tipo.

## EL GENERO HOMO (PRESAPIENS):

### *Homo habilis*

Los restos atribuidos a la línea *Homo*, pero que son más antiguos que el *Homo erectus*, están actualmente limitados al África oriental.

Las formas más antiguas son quizás las de Laetolil y Hadar, pero queda aún por hacer un estudio profundo. Sin embargo, es probable que esos fósiles sean formas ancestrales de especies más recientes. Esas especies intermediarias, si se confirma realmente el caso, podrían denominarse *Homo habilis*. La definición de esa especie se basa en unos especímenes descubiertos en Olduvai y, más recientemente, en Koobi Fora, en la orilla oriental del lago Turkana.

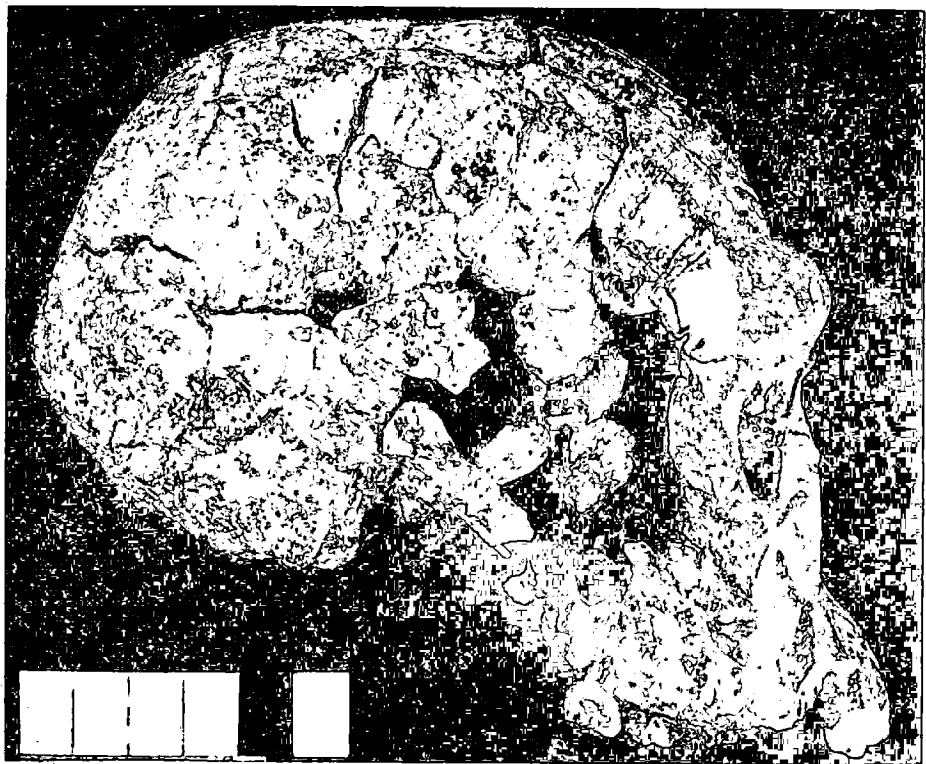
Las principales características del *Homo habilis* serían el desarrollo relativamente importante del cerebro (una capacidad craneal que podía sobrepasar los 750 cc.), huesos craneales relativamente delgados, una bóveda craneal bastante desarrollada y una constricción postorbital reducida. Los incisivos son bastante largos, los molares y premolares reducidos y la mandíbula denota un cordón o rodete externo. Los elementos del esqueleto postcraneal están morfológicamente próximos a los del hombre moderno.

Los ejemplares más completos del *Homo habilis* provienen de Koobi Fora, donde se han descubierto varios cráneos, mandíbulas y huesos largos. El cráneo mejor conservado es conocido con el nombre de KNM-ER 1470 (fig. 1).

## EL GENERO AUSTRALOPITHECUS

El problema de la determinación de eventuales especies en el tipo *Australopithecus* no está resuelto ni mucho menos, pero creo que hay suficientes elementos pertinentes en la formación de Koobi Fora para distinguir dos especies. La más clara, el *Australopithecus boisei*, es muy característica, con fortísimas mandíbulas, grandes premolares y molares en comparación con los incisivos y caninos, y una capacidad craneal inferior a los 550 cm<sup>3</sup>; el dimorfismo sexual se revela por unos caracteres externos del cráneo, como las crestas sagitales y occipitales desarrolladas en el macho (fig. 4). Lo que se conoce del esqueleto postcraneal resulta igualmente característico: fémur, húmero, astrágalo.

Esa especie tiene un área de repartición bastante amplia. Se la conoce en otros



● 5. Cráneo de *Australopithecus africanus*, vista lateral (KNM-ER 1813), Koobi Fora (fot. Nat. Mus. Kenia).

● 6. Mandíbula de *Australopithecus africanus* de frente dental (KNM-ER 992), Koobi Fora (fot. Nat. Mus. Kenia).



yacimientos: Chesowanga, Peninj, Olduvai, en la parte meridional del Rift Valley, del este africano. Sin embargo, no es cierto que el *A. boisei* constituya una verdadera especie, pudiéndosele considerar como un aspecto regional de la forma sudafricana *A. robustus*. Sólo nuevos descubrimientos permitirán resolver esos problemas que surjan siempre a un nivel de taxinomia tan refinada en la paleontología de los vertebrados. Por eso parece preferible en lo inmediato retener la existencia de dos especies robustas emparentadas, pero geográficamente distintas.

Los testimonios sobre la presencia de una forma grácil del *Australopithecus* en el Africa oriental son menos convincentes; no obstante, si se incluyen todos los especímenes descubiertos en una sola especie, la variabilidad parece entonces mucho más importante. El mejor ejemplo de una forma grácil en el Africa oriental sería el espécimen KNM-ER 1813 de Koobi Fora (fig. 5). Se le pueden asociar varias mandíbulas y fragmentos del esqueleto postcraneal, quedando siempre la dificultad de clasificar las mandíbulas. Hasta ahora no se ha propuesto intento alguno de definición de esas formas gráciles en el Africa oriental; sin embargo, hay que tener en cuenta la ligereza de las mandíbulas con pequeños premolares y molares, una capacidad craneal de 600 cc. por lo menos, y unas crestas sagitales escasas o inexistentes. El esqueleto postcraneal parece comparable al del *A. boisei*, pero a una escala menor y menos robusta. Uno de los rasgos característicos de esas dos especies es la epífisis proximal del fémur: el cuello resulta largo, comprimido de delante hacia atrás, y la cabeza es pequeña y subsférica. Habría que definir también otras características, pero se conoce mal la variabilidad interna de esas especies, y las muestras son actualmente demasiado pobres como para sacar conclusiones.

No obstante, a esa última especie la considero próxima al *Australopithecus africanus* grácil del Africa del Sur, del que ella podría representar un aspecto más septentrional. Se conoce el hueso iliaco del *A. africanus* y del *A. robustus*, en Africa del Sur, y se han podido descubrir pequeñas diferencias entre las dos formas. No se puede atribuir resto alguno de esa parte del esqueleto a un *Australopithecus* en el Africa oriental; en cambio, dos especímenes contemporáneos pueden atribuirse al *Homo* y testimoniar notables diferencias entre ambos tipos. Tales diferencias son más importantes que las que se podría razonablemente esperar en una sola especie, aunque sea muy amplia su área de repartición.

## HERRAMIENTAS Y VIVIENDAS

El mayor número de herramientas y de lugares de hábitat proviene del lago Turkana (Kenia), de Melka Konturé (Etiopía) y de la garganta de Olduvai (Tanzania), donde se han efectuado excavaciones desde hace treinta años. La progresión de los cantos manipulados más rudimentarios hasta las bifaces o hachas de piedra más perfectas puede ser allí perfectamente seguida. Algunas deducciones sobre la organización social (importancia del grupo) y las costumbres de caza pueden obtenerse igualmente partiendo de esos yacimientos. En una localidad de Olduvai se han descubierto los restos de una estructura de piedra

*Lista del material Homo erectus conocido,  
procedente de Africa*

<i>Región</i>	<i>País</i>	<i>Yacimiento</i>	<i>Detalle de los especímenes</i>
Noroeste	Argelia	Ternifine	3 mandíbulas y un fragmento de cráneo
Noroeste	Marruecos	Sidi Abderrahman	2 fragmentos de mandíbula
Noroeste	Marruecos	Rabat	Fragmento de mandíbula y cráneo
Noroeste	Marruecos	Tamara	Mandíbula
Este	Tanzania	Olduvai	Cráneo, algunos restos de huesos posteriores del cráneo y una posible mandíbula
Sur	Africa del Sur	Swartkrans	Cráneo incompleto y algunos fragmentos de mandíbula

*Terminología*

*Los términos tales como «Middle Stone Age, Early Stone Age y Late Stone Age» no se traducen al español en la presente obra, porque el VIII Congreso Panafricano de Prehistoria y del Estudio del Cuaternario, celebrado en Nairobi (Kenia) en septiembre de 1977, ratificó la decisión de mantener, para el Africa al sur del Sáhara, la terminología inglesa.*





—quizá la base de una choza circular— fechados con bastante probabilidad en 1,8 millones de años. En Melka Konturé también se ha descubierto una plataforma elevada, igualmente circular.

El origen exacto de las facultades técnicas de los homínidos es difícil de situar, pudiéndose sugerir, con preferencia, que hicieron su aparición en el transcurso del Pleistoceno, tal vez unido a la respuesta adaptativa que está en el centro de la diferenciación del tipo *Homo*.

En el Pleistoceno anterior, hace aproximadamente 1,6 millones de años, aparecen toscas bifaces. El desarrollo del canto manipulado en bifaz puede observarse en Olduvai, y otros yacimientos del Este africano lo confirman igualmente. En Europa, las industrias más antiguas descubiertas hasta una época reciente eran industrias de bifaces. En mi opinión, los datos podrían sugerir una migración de los grupos humanos «con bifaces» desde Africa hacia Europa y Asia al comienzo del Pleistoceno, o incluso antes. El desarrollo ulterior de las industrias de piedra es muy complejo, y de ellas existen testimonios abundantes en todo el mundo. Sin llegar a probarlo, se puede suponer que la aparición de las industrias postacheulenses está unida al surgimiento del *Homo sapiens*. Es rara la asociación de industrias de piedra con restos humanos antiguos y, en este sentido, numerosos yacimientos del Pleistoceno medio y posterior no han proporcionado más que uno o dos especímenes. ¡Qué gran verdad lo de las importantes excepciones!

Es evidente que hemos progresado de una manera extraordinaria en el curso de los últimos años en el descubrimiento de testimonios fósiles, y que las investigaciones en curso van, sin duda, a aportar más aún. Ahora hay pruebas sorprendentemente diversas de los homínidos del Pleistoceno en Africa, lo que ha sido interpretado como consecuencia de una diferenciación en el curso del Plioceno, seguido de diferentes experiencias evolutivas hasta comienzos del Pleistoceno. La presencia simultánea de al menos tres especies en el Africa oriental puede determinarse a la vez en virtud del material craneano y postcraneano. Ahora bien, todo análisis debe incluir al conjunto de los especímenes recogidos.

## Capítulo 19

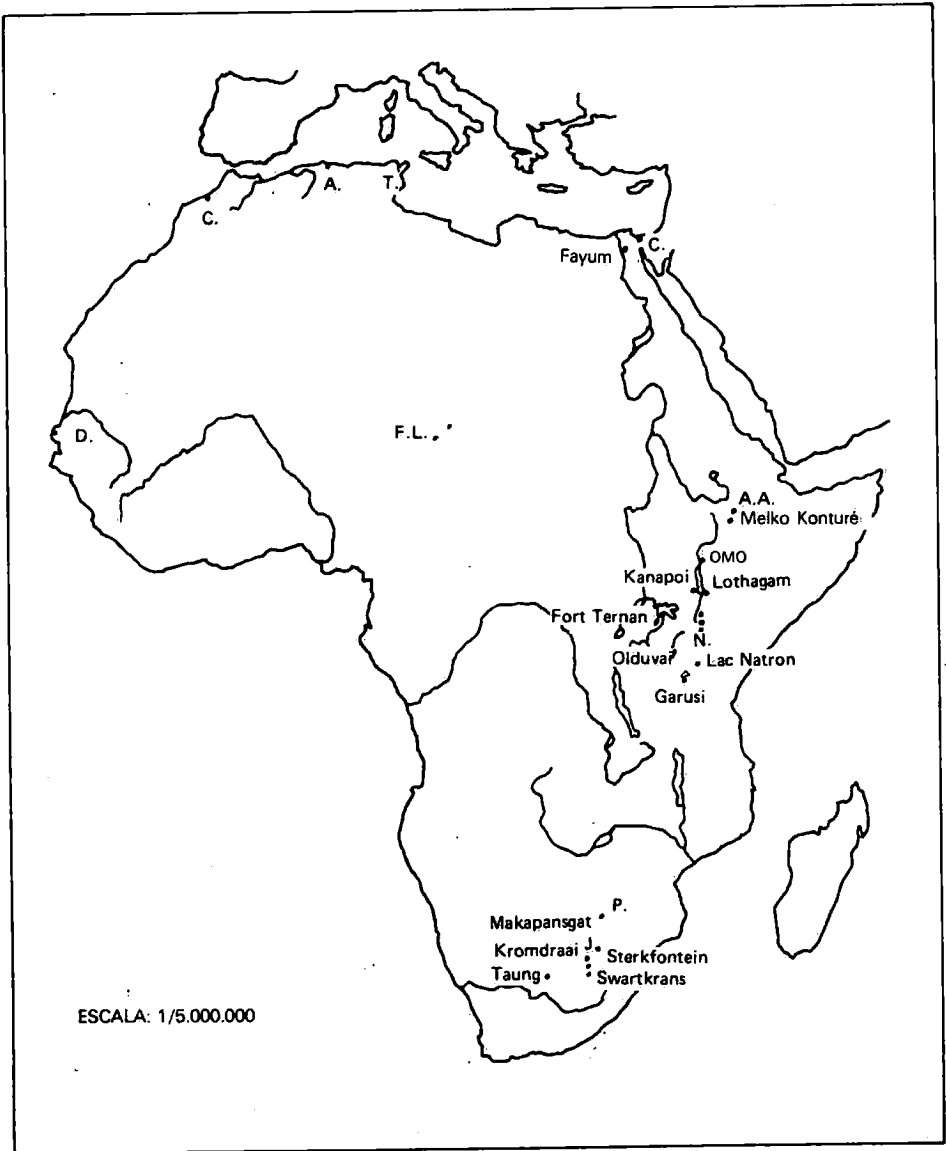
# PREHISTORIA DEL AFRICA ORIENTAL

J. E. G. SUTTON

### LA INVESTIGACION PREHISTORICA

#### PROLEGOMENOS METODOLOGICOS

El hombre apareció en la parte oriental de Africa como un animal en posición vertical, fabricando herramientas, hace unos tres millones de años. Por esa razón, la historia en esa parte del mundo ha sido más larga que en ninguna otra, y la edad de piedra en particular es allí más larga y está más extendida que en los demás continentes y regiones de Africa. Su punto de partida puede fijarse en el momento en que los primeros homínidos comenzaron a fabricar herramientas de piedra reconocibles, según unas formas y tipos predeterminados, de manera regular. Esa combinación de capacidades físicas y mentales para la producción de herramientas —en otros términos, la superación de su condición biológica— y el hecho de depender cada vez más de esas capacidades y actividades extrabiológicas, es decir, culturales, distinguen al hombre de los demás animales, y definen... a la *humanidad*. La evolución del hombre hacia la condición de animal capaz de sentarse, tenerse en pie y desplazar sus dos pies —a diferencia de los monos y de otros mamíferos cuadrúpedos o cuadrumanos— facilitó la utilización y fabricación de herramientas, liberando sus manos que llegaron a estar disponibles para agarrar, llevar, coger y manipular. Además, esos desarrollos fueron necesarios para su supervivencia y para sus hazañas en el mundo, particularmente en lo que concierne a la obtención y preparación de sus alimentos. Y cada nueva generación tuvo que aprender las aptitudes y conocimientos culturales acumulados por sus padres. Es probable que todas las primeras herramientas hechas por el hombre sigan siendo desconocidas, porque debieron ser tan rudimentarias y tan poco diferenciadas que son imposibles de reconocer. Es igualmente probable que otros materiales que se han descompuesto sin dejar rastro —particularmente la madera, el cuero y los huesos— fueran empleados y trabajados en una época al menos tan



● *La prehistoria en Africa oriental (1974).*

remota como la piedra. Sin embargo, los progresos en el empleo de esos otros materiales deben haber sido limitados hasta que el hombre llegó a dominar la técnica fundamental que permitía producir de manera regular una arista con filo y una herramienta cortante eficaz, golpeando y rompiendo con precisión una piedra seleccionada por medio de otra o de un objeto duro apropiado. La fabricación de herramientas —y la Humanidad— pueden, de ese modo, haber comenzado anteriormente a la fecha sobre la que poseemos en la actualidad testimonios seguros de esos desarrollos cruciales. Esos testimonios están constituidos por las primeras herramientas de piedra reconocible; así, debe establecerse el comienzo de lo que se llama, por razones de comodidad, la edad de piedra.

Esa edad de piedra comenzó, pues, hace tres millones de años y abarca hasta la fase muy reciente de la historia humana, en que la piedra fue sustituida por el metal como llave de la tecnología y como material esencial para fabricar herramientas y producir objetos cortantes. Esa transición de una industria de la piedra (o «lítica») a otra del metal tuvo lugar en épocas ligeramente diferentes en el conjunto del mundo. En el Asia occidental, el trabajo del cobre comenzó hace seis o nueve mil años. En el Africa oriental, el hierro, primero y único metal utilizado de manera regular, fue trabajado hace unos dos mil años.

Es lícito preguntarse si ese nombre de edad de piedra es históricamente satisfactorio, dado que ocupa las 999 milésimas del período durante el cual el hombre ha vivido en el Africa oriental; además, pone el acento sobre el aspecto tecnológico del desarrollo de la Humanidad a expensas de aspectos económicos o culturales más generales. Se puede objetar que está cronológicamente demasiado extendido y culturalmente demasiado restringido. Sin embargo, es posible responder a esas objeciones, y la «edad de piedra» sigue siendo un término y concepto útil, mediante ciertas condiciones previas. Así, y supuesto que ese larguísimo período del pasado tan sólo lo conocemos por testimonios arqueológicos —y aun por testimonios arqueológicos muy parciales, puesto que casi únicamente quedan piedras— y no por tradiciones orales o por documentos escritos, los historiadores tienen necesidad de inventar un nombre o unos nombres para designarlo, estudiarlo y describirlo.

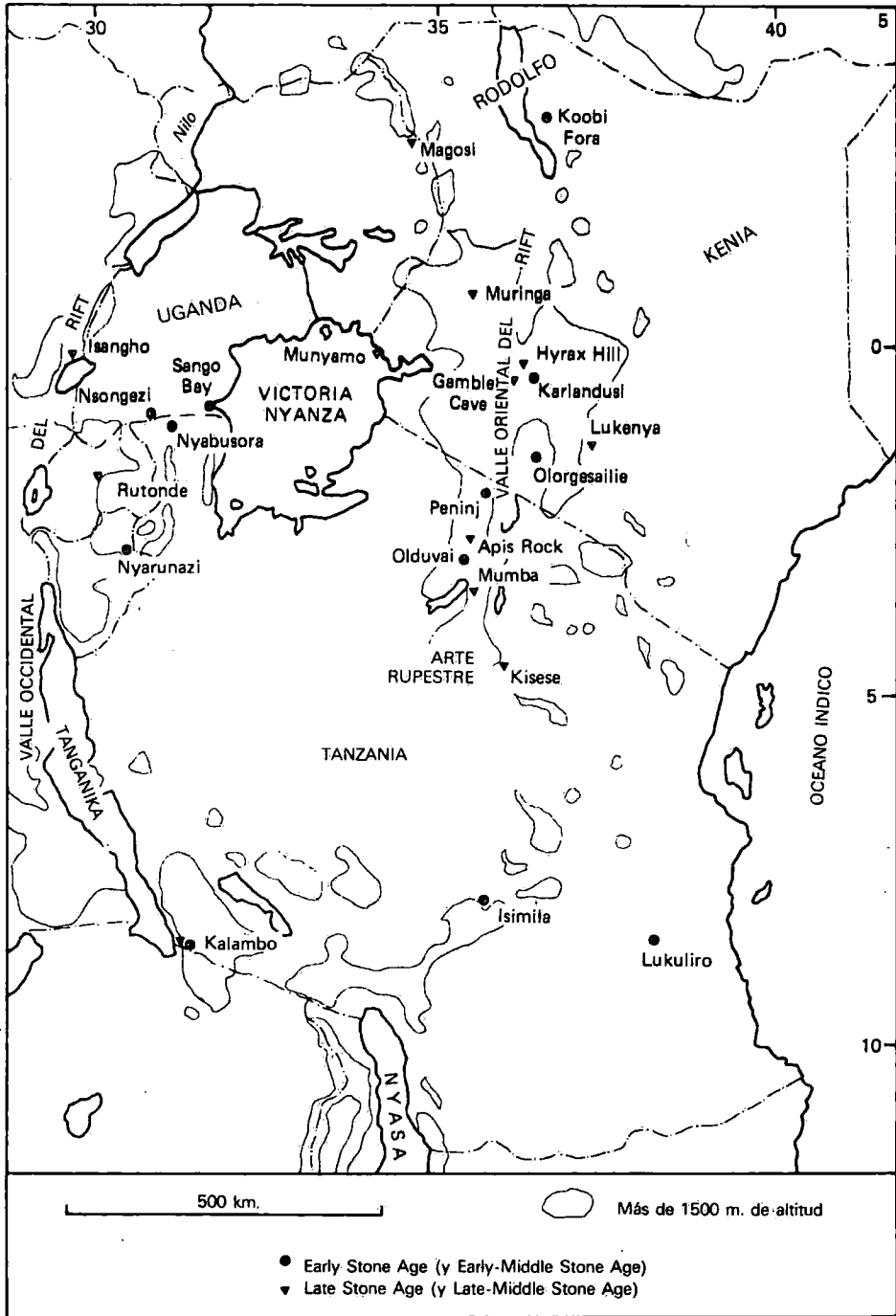
Además, esa edad de piedra no ha sido un período estático de la historia. La evolución tecnológica en el curso del Paleolítico y del Neolítico aparece claramente a través de los cambios y la diversificación de los tipos de herramientas, la eficacia mayor del utillaje lítico y de sus técnicas de fabricación. Es, por tanto, posible, y a la vez necesario, dividir la edad de piedra en varios períodos e introducir subdivisiones suplementarias, a la vez cronológicas y geográficas. Colecciones de herramientas de piedra (si son bien elegidas y están bien presentadas) pueden ser fascinantes de contemplar en sí mismas, pero nos enseñan poco si no se comprenden ni son consideradas en función de la cronología y del estado de desarrollo. Vacías de sentido están asimismo las expresiones populares como «que vivía en la edad de piedra» u «hombre de la edad de piedra», que están fundadas en la idea falsa de que el hombre y su clase de vida han permanecido sin cambio a lo largo de todo ese período. En efecto, las herramientas de las poblaciones de la edad de piedra eran diferentes de un período y de una región a otras, y esas mismas poblaciones han evolucionado cultural y físicamente. La edad de piedra

ha sido testigo de mutaciones y diferenciaciones del cuerpo y del cerebro humanos, de la economía, de la organización social y de la cultura en general, marchando a la par con los desarrollos tecnológicos que revelan los testimonios arqueológicos. Igualmente conviene observar aquí que, aunque el cambio en el transcurso de todos los períodos de la edad de piedra ha sido muy lento con relación a las normas modernas, es en el transcurso de los períodos más antiguos cuando aquél fue más lento; y cuanto más se acercan los cambios a la época actual, son más rápidos. Ese período reciente fue asimismo el momento de una especialización y de una diversificación regionales más importantes; por consiguiente, caracteres madurados con lentitud en una región determinada pueden aparecer bruscamente en otra región, en su forma acabada —como consecuencia de migraciones o de contactos culturales—, creando así en esa última la ilusión de una «revolución». Por eso, en términos de desarrollo, dos generaciones al final de la edad de piedra pueden haber sido el equivalente de medio millón de años en el período inicial.

De esto se deduce que el estudio histórico de la edad de piedra no se limita a las piedras y a las herramientas. La arqueología, a veces, tiene la suerte de encontrar otros hallazgos, las más de las veces en los lugares de hábitats del extremo final de la edad de piedra, en el que testimonios directos de cocina y de alimentos pueden conservarse en forma de carbones de madera, vestigios de hogares y fragmentos de huesos de animales. Semejantes vestigios orgánicos son extraordinariamente escasos en Africa durante los períodos originales, salvo en algunos lugares donde condiciones minerales favorables han provocado la fosilización de los huesos antes de que se hubieran descompuesto. Sin embargo, incluso cuando el arqueólogo sólo puede trabajar con piedras, debe esforzarse por ampliar sus deducciones e interpretaciones sobre terrenos más vastos.

En primer lugar, no son las herramientas particulares descubiertas y examinadas aisladamente las que importan, sino el *conjunto de herramientas*, con las diferentes variedades de objetos que pueden encontrarse en un yacimiento, ya sea el lugar de vivienda de un grupo, un campamento temporal de cazadores o un «taller» de fabricación.

Más generalizados que las herramientas acabadas son los fragmentos de «vaciado» o corte y los núcleos (residuos del vaciado). También deben ser estudiados al mismo tiempo que las herramientas acabadas, dado que indican las técnicas de fabricación y el nivel de habilidad alcanzado. Además, esos restos no eran siempre desechados: con frecuencia, y más especialmente en los estadios primitivos de la edad de piedra, muchos de esos fragmentos poseían aristas cortantes y, si su dimensión y forma eran de un manejo práctico, podían ser un complemento de las herramientas «acabadas» más pesadas, constituyendo así una parte esencial del utillaje. Limitarse a recoger y estudiar las herramientas acabadas más espectaculares, como los bifaces y las hachuelas, conduce a dar un cuadro lamentablemente limitado y toscamente deformado de la tecnología y actividades de las poblaciones prehistóricas. En los períodos más recientes de la edad de piedra, cuando las herramientas pesadas del tipo bifaz dieron paso a instrumentos más pequeños, delicados y precisos, con frecuencia destinados a tener fijos mangos de madera o empuñaduras de hueso, esos objetos de piedra



● *Africa oriental: principales yacimientos de la Stone Age (1974).*

eran producidos mediante una preparación hábil de piezas, y luego, mediante un retoque complicado, resultaba una lámina o un fragmento separado. Es esencial entonces, para permitir un análisis y unas deducciones útiles, tener un conjunto lo más completo posible de piezas terminadas, así como de restos del vaciado o corte.

El conjunto de herramientas con su variedad de cortantes y puntas —para talar, rebajar, desollar, raspar, taladrar, cortar, partir y excavar— permitirá (sobre todo teniendo en cuenta ciertas incertidumbres inevitables sobre el uso al que eran en realidad destinadas) determinar la existencia de otras herramientas fabricadas partiendo de materiales perecederos de origen animal o vegetal utilizados por esa comunidad. Por ejemplo, las pieles de animales, una vez limpias de su grasa, secas y curtidas, podían cortarse con vistas a la fabricación de cuero y correas. Para capturar, matar y desollar al animal se hacían precisas diferentes herramientas y armas de piedra y de madera. Podían ser utilizadas correas en combinación con herramientas de piedra para sujetar y tirar los proyectiles utilizados para la caza, o para fijar, con ayuda de resina vegetal, una lámina de piedra o una punta en la extremidad de una lanza de madera o de una flecha. Además de esas armas, instrumentos compuestos corrientes, consistentes en pequeños fragmentos y láminas minuciosamente elaborados de hueso y madera, pueden reconstruirse mediante un estudio inteligente de los vestigios líticos del final de la edad de piedra; y eso, aunque no exista testimonio directo alguno de los elementos de madera y de hueso. Pero, incluso antes, cuando las más rudimentarias herramientas de madera y de piedra no estaban combinadas, eran, no obstante, interdependientes. Una lanza de madera, por ejemplo, podía cortarse con bastante largura mediante un cuchillo de piedra, pero realmente debía ser desbastada y pulida con la ayuda de un raspador, de una herramienta de desbastar, y quizá sujeta a una correa de cuero o de fibra vegetal antes que estuviera en condiciones de ser empuñada o lanzada. Además, la preparación de la punta de lanza debía exigir herramientas de piedra cortantes, tras lo cual debía ser endurecida al fuego, como lo atestiguan ciertos especímenes encontrados. Durante el período más reciente de la edad de piedra, la perfecta colocación de una punta de piedra en un venablo era el resultado de un trabajo minucioso de rebajar y raspar con la ayuda de herramientas de precisión.

He aquí algunos ejemplos de lo que podemos obtener de un estudio inteligente e imaginativo del utillaje lítico, para, en realidad, hacerle perder su aspecto petrificado y volverlo más vivo. Sería posible extrapolarlo a propósito de los usos de madera y de pieles preparadas, para examinar el problema de las tiendas de campaña y de los cortavientos. En eso, como para las herramientas y las armas de que acabamos de hablar, partimos de un punto de vista tecnológico restringido para proponer una interpretación económica y cultural más general de los testimonios, y reconstruir la vida de las diferentes comunidades de cazadores-recolectores de los diversos períodos de la edad de piedra. Conviene subrayar aquí que en todos los períodos de la edad de piedra la mayor parte de las herramientas, incluido el utillaje lítico, no eran armas. Aunque la caza haya sido siempre importante y esencial para la aportación de proteínas (salvo en los lugares donde el pescado era abundante y cuando existían los medios de procurárselo), la



recolección de los vegetales, y en particular la búsqueda de raíces feculentas y tubérculos, era igualmente vital y aseguraba lo esencial del régimen alimentario. Esas actividades, y las que van unidas a los trabajos domésticos y al trabajo de la madera, ayudan a aclarar la función de la mayor parte de las herramientas.

La dificultad del transporte del agua debía limitar considerablemente la elección de los lugares del campamento. El campo estacional para un grupo familiar debía encontrarse cerca de una corriente de agua o de un lago, disfrutando además de una vegetación más abundante y de una variedad de recursos alimenticios susceptibles de atraer la caza.

Nos hemos esforzado en demostrar que el estudio tecnológico de la edad de piedra permite, en una aproximación que combina el sentido común y la imaginación, reconstruir un cuadro económico y cultural. Pero debemos convenir que, incluso para la parte más reciente de la prehistoria en el África oriental, los testimonios son muy selectivos y que esos esfuerzos de interpretación ampliada son inevitablemente especulativos. A buen seguro, es necesario resistir a las hipótesis aventuradas y a las teorías. Sin embargo, admitido eso, no sirve de gran cosa despreciar los vestigios que poseemos y más bien conviene considerarlos de manera positiva, hábil e imaginativa para determinar los hechos y las ideas que es posible obtener de ellos. Así es como son estimulados los enfoques nuevos y las investigaciones de otros documentos. A continuación nos esforzaremos por determinar algunos de los medios que permiten obtener más informaciones y conseguir conclusiones más interesantes.

Hemos mencionado anteriormente la presencia ocasional de osamentas de animales fósiles en algunos yacimientos antiguos y el descubrimiento de huesos no fosilizados en yacimientos recientes, particularmente en refugios bajo rocas. Se trata en ese caso de un testimonio directo sobre los animales que eran cazados y consumidos. A veces, incluso, el examen atento de los huesos para buscar en ellos las señales de herramientas y de fractura, o también el modo como han sido repartidos sobre el suelo, puede sugerir los métodos de descarnadura y de consumo del animal. No obstante, testimonios directos de esa clase sólo pueden ofrecernos un cuadro incompleto. Por ejemplo, es posible que pequeños mamíferos y reptiles, huevos e insectos hayan sido capturados; pero no han dejado huella alguna, bien porque sus huesos y partes duras hayan sido demasiado frágiles para subsistir, bien porque el cazador haya consumido esas pequeñas presas en el lugar, en vez de llevarlas al campamento. La miel, las frutas, las bayas, las nueces y hasta los huevos de pájaros dejan igualmente pocas o ninguna huella tangible, siendo consumidos más bien en la naturaleza sin que haya necesidad de herramientas de piedra para su recogida y preparación. En realidad, descubrimos muy pocas veces restos prehistóricos de alimentos vegetales; sin embargo, el régimen de los cazadores-recolectores debía ser razonablemente equilibrado, y una reconstrucción plausible de éste debe ser asimismo equilibrada, mediante un examen inteligente de los vestigios arqueológicos y del entorno local, con todos sus recursos alimenticios.

Para ciertas regiones (Tanzania central) el testimonio arqueológico referente al modo de vida de los cazadores-recolectores en el extremo último de la edad de piedra es completado de manera notable por el arte rupestre. Independientemente

de toda consideración sobre la habilidad técnica, la madurez y el sentido artístico de los que dan testimonio muchas de esas pinturas, nos ofrecen una información valiosa sobre la caza representada y sobre los métodos de caza con lanza y arco, así como sobre ciertos tipos de trampas. Las demás técnicas de adquisición de alimentos aparecen más raramente representadas, como el arranque de tubérculos y la recogida de miel. Eso aclara considerablemente y amplía nuestra visión de la vida prehistórica, tanto más cuanto que algunas de las actividades indicadas por las pinturas pueden compararse con las prácticas recientes o actuales de los pueblos del Africa oriental.

El testimonio del arte debe ser confrontado con el material técnico con destino económico o cultural. Cuando semejante cuadro comienza a dibujarse, podemos comenzar a plantearnos otras cuestiones sobre los métodos de caza, la colocación de trampas y la recolección, sobre el número de individuos del grupo de cazadores o de la comunidad, sobre su territorio y la organización social necesaria para su supervivencia. El desarrollo de esas consideraciones se encuentran aún en el estado experimental, de tal suerte que las respuestas a esas cuestiones son raramente expresadas con una seguridad total. Sin embargo, se llevan a cabo progresos indiscutibles que dependen del testimonio fundamental procedente de los diversos yacimientos arqueológicos. Es decir, que esas pruebas deben ser efectuadas según los métodos más esmerados, más sistemáticos y, si es posible, más refinados.

Los yacimientos que han proporcionado objetos de la industria lítica no son escasos en el Africa oriental. Comenzaron a ser conocidos a comienzos del siglo XX y, como consecuencia del trabajo de explotación efectuado en Kenia por el doctor Louis Leakey en los años 1920, un número creciente de yacimientos de todos los períodos de la prehistoria han sido descubiertos en el conjunto del Africa oriental; otros muchos quedan en verdad por descubrir. Generalmente son descubiertos por la erosión o por otras conmociones del terreno, al ser arrastrados las herramientas o los restos del vaciado o rebaje a los barrancos, a los lechos de los ríos o a los refugios bajo las rocas; o bien los saca a la superficie el cultivo, la marcha del ganado o los trabajos de construcción. Esos yacimientos y sus objetos son descubiertos por arqueólogos profesionales, pero con más frecuencia todavía por aficionados, granjeros, estudiantes, etc. Todos los yacimientos merecen conocerse y deberían ser comunicados a la autoridad competente. Todas las herramientas o demás material arqueológico descubiertos debería depositarse en museos, donde sea posible estudiarlos y compararlos con otras colecciones locales. La costumbre de los arqueólogos extranjeros de llevar sus hallazgos a los museos de sus países de origen nunca ha estado muy extendida en el caso particular del Africa oriental, y felizmente ha cesado en la actualidad. Sin embargo, algunas colecciones del Africa oriental encontradas a principios de siglo se conservan en museos europeos. La mayor parte —y con mucho la más valiosa— del material arqueológico del Africa oriental está conservada en los museos nacionales.

Una colección de superficie enseña por sí misma pocas cosas, porque las herramientas y los restos de talla o vaciado han sido arrastrados fuera de su sitio de origen, y la recogida de ellos es generalmente selectiva. No obstante, hasta una

pequeña colección de superficie proporciona realmente indicios: el tipo o factura de las herramientas informaron sobre el período al que pertenecen y sobre su relación con otros lugares conocidos. Eso ayudará a determinar el interés de una exploración más detallada y las excavaciones auténticas.

Estas deben ser preparadas y emprendidas por arqueólogos que posean una experiencia del tipo de yacimiento estudiado. Sin embargo, como se ha subrayado, esos arqueólogos especializados están pendientes de las informaciones locales proporcionadas por aficionados o estudiantes. Además, estos últimos pueden frecuentemente ayudar en las excavaciones y así iniciarse en el oficio. Sólo unos métodos correctos, que respondan a la vez a las más recientes técnicas de excavación y de examen de los vestigios, en su emplazamiento original y después de que hayan sido registrados y concluidos, permiten al arqueólogo recoger en un yacimiento el máximo de informaciones y un cuadro, si no exhaustivo, al menos lo más completo posible de las actividades de que él era escenario. Así es como trabajos de excavaciones ejemplares efectuadas en los yacimientos de la Old Stone Age, en el Africa oriental, durante los últimos años, han contribuido a orientar el estilo de la investigación en otras partes del mundo, en materia de método, de análisis y de interpretación.

Al arqueólogo ocupado en excavaciones le afecta menos el *descubrimiento* de especímenes individuales que la *investigación* de la mayor cantidad posible de información sobre el tipo de vida de una comunidad antigua, mediante la identificación y el estudio exhaustivo de la mayor parte posible del «conjunto cultural» y la recogida de toda la información disponible sobre el entorno. Ello puede exigir unos métodos de excavación muy meticulosos y lentos; todos los objetos deben ser recogidos, y han de anotarse todas las características del suelo de un habitáculo, incluidas las ligeras irregularidades de la superficie y las modificaciones del color del propio suelo que podrían ser un indicio de fuego o de otra actividad. Cuando es previsible o probable la presencia de pequeños objetos, como fragmentos de piedra, de hueso y hasta de semillas vegetales, se acostumbra a cribar los sedimentos. Ese cribado es una práctica en los refugios bajo rocas recientes, donde los depósitos tienden a ser muy blandos y cenizosos. Habitualmente, en un refugio bajo rocas, y a menudo en un yacimiento al aire libre, el material no es representativo de una ocupación única, sino de varias ocupaciones sucesivas, cada una de las cuales exige un estudio por separado. El excavador debe, pues, poner una atención particular en la estratigrafía, porque la mezcla de objetos que provienen de ocupaciones diferentes deformaría desgraciadamente la interpretación.

Aunque el excavador es responsable de la identificación, del registro y del estudio principal de todos los hallazgos, tendrá necesidad, sin embargo, de la ayuda de otros especialistas. Estos pueden intervenir posteriormente en el laboratorio para, por ejemplo, la identificación de osamentas de animales. Asimismo, si el excavador, gracias al azar de la conservación, detecta restos vegetales —por ejemplo, semillas carbonizadas, nueces o trozos de madera—, deberá aplicarles un tratamiento especial *in situ* y enviarlos a un especialista de botánica. La identificación y el estudio de tales muestras aumentará nuestra información sobre el régimen alimentario y sobre la economía de la comunidad,

pero lo que revele sobre el entorno de aquella época es igualmente importante. Si por casualidad se han conservado pólenes antiguos, un examen palinológico de las muestras puede ser fructífero y proporcionar indicaciones sobre la clase de vegetación y sus modificaciones. Las muestras del suelo que contienen microorganismos o cáscaras pueden ser igualmente reveladoras, porque pueden asimismo indicar el tipo o clase de vegetación imperante y, por consiguiente, el clima que dominaba. El estudio de la geología, de la geomorfología y de la estructura de los suelos interesa también para esos intentos de reconstrucción del entorno antiguo y de los recursos que podía aprovechar una comunidad prehistórica. Está claro que la mayor parte de esa investigación sobre el entorno, para ser profunda y válida, debe sacar provecho de la presencia de esos diferentes especialistas sobre el propio yacimiento durante, al menos, una parte del tiempo. Porque las muestras recogidas y enviadas a los laboratorios no son las únicas en contener indicios. Deben ser cuidadosamente elegidas y controladas en el cuadro mismo del yacimiento. Pueden haber ocurrido importantes modificaciones del paisaje entre el período estudiado y el período presente, debido a cambios climáticos, a movimientos geológicos o, más frecuentemente aún, gracias a la actividad humana, en particular a la agricultura y a la roturación asociada en las épocas recientes. La aproximación del pasado entraña siempre un estudio inteligente del presente y de todos los indicios, arqueológicos o de otro tipo, que aquél contiene.

Otros estudios están igualmente relacionados con nuestra investigación, los cuales, aunque no aportan ningún testimonio directo sobre la época prehistórica, proporcionan valiosos datos indirectos. Se trata, en primer lugar, de la investigación antropológica en algunas sociedades de cazadores-recolectores que existen en el mundo, y especialmente las de África. En realidad, en los estudios que preceden se han obtenido muchas consideraciones, explícita o implícitamente, de las prácticas de los cazadores actuales, como los hadza de la Tanzania septentrional y los san, de Kalahari, por quienes los investigadores se han interesado en el transcurso de los últimos años para recoger más amplias informaciones sobre su cultura y los antiguos tipos de vida. Esas observaciones de los hadza y de los san proporcionan numerosos datos útiles sobre la viabilidad, organización y dificultades de la clase de vida fundada en la caza y la recolección, y sugieren numerosos puntos de vista que de otro modo habrían escapado a la atención de los arqueólogos. Sin embargo, sería un grave error considerar a esas comunidades como réplicas exactas de las sociedades de la edad de piedra, o como meras supervivencias de ésta.

Es cierto, naturalmente, que algunos de esos grupos modernos de cazadores-recolectores, en particular los san de África del Sur, son esencialmente los descendientes de poblaciones de la Late Stone Age, y pueden, por tanto, aclarar ciertos problemas del pasado. Por ejemplo, no es raro encontrar en un contexto de la Late Stone Age una piedra perforada con un agujero circular. La práctica reciente de los san, que confirman aparentemente pinturas rupestres del África del Sur, muestran que esas piedras agujereadas eran utilizadas a veces para lastrar unos bastones puntiagudos que servían para desenterrar raíces comestibles; sin embargo, son escasas las correlaciones específicas de ese tipo. Han ocurrido cambios en la sociedad de los san por diversas razones, incluido el contacto

inmediato o lejano con pueblos que utilizan el fuego y que viven con economía de producción de alimentos. Muy pocos san continúan trabajando la piedra a gran escala, porque puede obtenerse el hierro por intercambio o en los detritus; de ahí resultan inevitables modificaciones tecnológicas o culturales. Otros supervivientes de cazadores-recolectores se han mezclado más íntimamente con poblaciones productoras de alimentos, y otros ya no son en realidad aborígenes; llegados de nuevo a esa clase de vida en una época reciente, subsisten mediante el intercambio de los productos del bosque con sus vecinos agricultores y pastores. Esa dependencia recíproca ha caracterizado a muchos grupos conocidos con el nombre de «Dorobo», que viven aún en las altas tierras de Kenia y Tanzania. Aunque se necesitan precauciones parecidas contra la tentación de establecer ingenuos paralelos entre las poblaciones modernas de cazadores-recolectores y las de la prehistoria reciente, son aún más necesarias si consideramos las épocas más remotas. Sin embargo, también allí se proporcionan indicios útiles sobre los recursos alimenticios del territorio y sobre la organización precisa para su aprovechamiento.

Otra fuente valiosa de información es el estudio de la vida de las sociedades de primates, particularmente de los más próximos parientes actuales del hombre, el chimpancé y el gorila, así como de los babuinos. Los babuinos están biológicamente mucho menos próximos al hombre, pero son especialmente interesantes desde el punto de vista del comportamiento, para el estudio de la sociedad humana, porque, más que los otros primates, viven la mayor parte del tiempo en grupos sobre el suelo y son relativamente fáciles de observar y estudiar. Como ya ha sido explicado en otro lugar, el hombre no desciende de esos monos, y no sugerimos aquí que alguna comunidad prehistórica, incluso entre las más antiguas, haya estado sensiblemente más próxima a ellos que lo está el hombre moderno. Sin embargo, si tratamos de discernir el comportamiento fundamental de los primates y las tradiciones que el hombre ha heredado de sus antepasados prehumanos, y si intentamos comprender cómo esos inmediatos antepasados del hombre, a quienes les faltaba la capacidad o la habilidad para fabricar herramientas, aseguraban su vida esencialmente vegetariana, hay mucho que obtener de esos estudios, de los que un gran número se efectúa en el África oriental.

Ya hemos subrayado que la duración de la prehistoria fue enorme, y que las poblaciones del final de ésta habían realizado grandes progresos y se diferenciaban considerablemente de sus antepasados de la aurora de la prehistoria. Además, los habitantes del África oriental en la Late Stone Age, algunos de los cuales se han conservado hasta una época reciente, eran claramente africanos. Algunos estaban emparentados con los san, otros fueron asimilados por poblaciones negroides de la edad de hierro. En cambio, las poblaciones de la Old Stone Age, especialmente de su estadio más reciente, están bien representadas en el África oriental y durante mucho tiempo no han sido conocidas más que en esa parte del mundo, pero también ellas son los antepasados de la Humanidad en su conjunto. Esos fabricantes de las herramientas más primitivas, cuyas osamentas han sido descubiertas en las capas más profundas de Olduvai, en el norte de Tanzania y en la región del lago Turkana, en el norte de Kenia y al sur de Etiopía, son habitualmente clasificados como *Homo*, pero eran física y cerebralmente distintos

del hombre moderno (*Homo sapiens sapiens*). La historia antigua del Africa oriental se convierte así en la historia antigua de la Humanidad, y es ese elemento el que le confiere una significación planetaria. En efecto, porque el Africa oriental encierra una información inestimable sobre el hombre primitivo y su cultura, y sobre la ecología de los primates, se ha convertido, con razón, en el centro mundial de la investigación sobre la vida, el entorno y el origen del hombre.

## CRONOLOGIA Y CLASIFICACION

Cuando en la mayor parte de Asia, de Europa y del norte de Africa la edad de piedra se divide convencionalmente en Paleolítico, Mesolítico y Neolítico, ese sistema ha sido abandonado por la mayor parte de los especialistas para el Africa al sur del Sáhara. La «Stone Age» es allí generalmente considerada y estudiada en tres grandes períodos —«Early», «Middle» y «Late»— que se distinguen por modificaciones importantes y reconocibles de la tecnología (naturalmente que poseen más amplias implicaciones culturales y económicas). Esos sistemas de clasificación *no* constituyen dos modos de expresar las mismas cosas: conceptual y cronológicamente, los criterios de clasificación son por completo diferentes (ver cuadro y notas correspondientes).

Los tres períodos africanos están aproximadamente fechados como sigue:

— *Early Stone Age* (u *Old Stone Age*), desde la época de las herramientas de piedra más primitivas (o sea, tres millones de años) hasta hace unos 100 000 años;

— *Middle Stone Age*: de unos 100 000 a 15 000;

— *Late Stone Age*: de 15 000 años, aproximadamente, al comienzo de la edad de hierro (que se sitúa hace unos 2 000 años en la mayor parte de las regiones).

Debemos subrayar, a la vez, que esas fechas son aproximadas y que, en cierta medida, son discutidas. Hasta ahora se han sugerido fechas en general más tardías para la transición de la *Middle Stone Age* a la *Late Stone Age*, y más en particular para la transición de la *Early Stone Age* a la *Middle Stone Age*. Ese enfoque conservador se debía, en parte, a la escasez de los yacimientos y de las industrias líticas definidas, descritas y fechadas de manera satisfactoria, combinada con el hecho de que la primera transición de la *Early Stone Age* a la *Middle Stone Age* tuvo lugar en un momento que está prácticamente en el límite, ya que no más allá, de las posibilidades de datación por el radiocarbono. Aunque se hayan obtenido fechas de 50-60 000 años y éstas sean frecuentemente citadas, es probable que constituyan unas fechas mínimas, más que fechas estrictamente exactas. En realidad, subsiste una incertidumbre considerable no solamente para los comienzos de la *Middle Stone Age*, sino también para la totalidad de la *Early Stone Age*. Nuevas técnicas están en curso de estudio y son explicadas en otra parte de este volumen; el método del potasio-argón, en particular, ha contribuido ya a establecer un marco cronológico aproximado para períodos alejados en más de medio millón de años. En realidad, es necesario recurrir siempre y cuanto sea posible a la datación relativa extraída o deducida de la estratigrafía arqueológica o geológica, y de la tipología.

Las dataciones sugeridas aquí para los períodos de la prehistoria resultan, por

consiguiente, más altas en concreto que las habitualmente avanzadas. Sin embargo, no son tan radicales como desearían actualmente algunos especialistas. Incluso la escuela «revisionista» es menos radical de lo que parece, porque las cuestiones que plantea versan en realidad más sobre las definiciones que sobre la datación.

Además del hecho de que la datación de esos períodos es imprecisa, ya que no controvertida, es importante no imaginarlos como períodos estáticos, en el interior de los cuales no se produjeron cambios ni variaciones; tampoco hay que creer que los cambios de un período a otro fueron necesariamente repentinos. También ocurrieron unos desarrollos progresivos, tanto en el curso de cada período como durante el paso de uno a otro. Además, las transiciones entre las tecnologías de la Early Stone Age y de la Middle Stone Age, como también entre la Middle Stone Age y la Late Stone Age, son complejas. Para darnos cuenta de ello, algunos autores hablan de períodos «intermedios». La tendencia reciente, sin embargo, ha sido abandonar esos períodos «intermedios» en tanto que períodos «oficiales» del esquema cronológico de la edad de piedra. De todos modos, el «Segundo Intermedio» entre la Middle Stone Age y la Late Stone Age había sido definido siempre de manera muy poco satisfactoria. El «Primer Intermedio», que comprende las industrias conocidas con el nombre de «Fauresmithien» y «Sangoen», es a veces considerado ahora como una fase terminal de la Old Stone Age, pero nosotros lo incluimos aquí en una Middle Stone Age más amplia. Eso explica la datación más antigua del comienzo de esta última en el presente estudio.

Ese abandono de los «Intermedios» es una simple cuestión de comodidad y no denota una simplificación de los puntos de vista relativos al desarrollo tecnológico, cultural y económico del hombre durante la prehistoria. Cada vez se admite más que ocurre completamente de otro modo. En primer lugar, en todas las épocas de la edad de piedra han podido practicarse de modo simultáneo tecnologías diferentes, incluso en el interior de áreas restringidas. En algunos casos, esos contrastes pueden explicarse por el entorno. Una tradición tecnológica podía corresponder a la vida en una región boscosa, o al borde del agua, y una tecnología contemporánea diferente podía corresponder a regiones más secas o descubiertas; los recursos alimenticios y sus métodos de aprovechamiento podían imponer entonces una adaptación cultural y una tecnología diferentes<sup>1</sup>.

Sin embargo, una explicación correcta puede no ser siempre tan sencilla: ocurre que las actividades de una comunidad *única* (caza mayor y menor, sistema de trampas, arranque de raíces y tubérculos, trabajo de madera y cuero, etc.), algunas de las cuales son estacionales, aparecen lo suficientemente variadas como para explicar las diferentes herramientas de la misma edad en una localidad determinada. Por otra parte, pueden aparecer diferencias que denotan divergencias culturales y especializaciones económicas mucho más profundas, de lo que se puede deducir que son el resultado de razas o de comunidades diferentes, o durante la Early Stone Age, de diferentes especies de *Homo*. Es éste un tema controvertido, pero los descubrimientos más recientes en el Africa oriental muestran que lo que era hasta entonces considerado como dos períodos distintos

<sup>1</sup> Ver en particular, más adelante, el estudio sobre la Middle Stone Age.

LA PREHISTORIA EN EL AFRICA ORIENTAL

Años (aproximadamente) ant. era crist.	Divisiones	Características tecnológicas diagnosticadas	Principales industrias líticas	Equivalentes aproximados en las regiones mediterráneas y euroasiáticas	Periodos geológicos (correlaciones aproximadas)
3 millones	EARLY STONE AGE	cantos manipulados y fragmentos	Oldowayense (industrias con fragmentos manipulados)	Paleolítico inferior	Pleistoceno inferior
1 millón	SEGUNDA FASE	herramientas bifaciales (bifaces, hachuelas, etc.)	Acheulense (industrias con bilaz)		Pleistoceno medio
100 000	MIDDLE STONE AGE	herramientas de fragmentos fabricadas partiendo de núcleos preparados	Sangoense	Paleolítico medio	Pleistoceno superior
40 000	PRIMERA FASE	colocación de mangos; herramientas más pequeñas, retocadas	Fauresmitiense «Sabana»		
	SEGUNDA FASE		Lupembiese «Altas Sabanas» Magosiense		
15 000	LATE STONE AGE	láminas y microlitos retocados	Tshitoliense «Tierras Altas» Willtoniense	Paleolítico superior	
		herramientas compuestas	Capsiense de Kenia } culturas con «tazones de piedra» altas de Kenia } Final de la Late Stone Age	Epipaleolítico o mesolítico Neolítico (en algunas regiones)	Holoceno

de nuestra era

EDAD DEL HIERRO



de la Old Stone Age —las industrias de cantos manipulados (Oldowayen), continuadas por industrias de bifaces o que se transforman en ellas (Acheulense)— presenta, en realidad, una larga duración, con un mínimo seguro de medio millón de años. Es difícil acudir a la «teoría del modo de actividad» para explicar de manera satisfactoria esa constatación; y algunos especialistas la interpretarían más bien como la indicación de dos tradiciones culturales distintas, pertenecientes

---

*Notas referentes al cuadro*

Las dos columnas de la derecha que indican correlaciones sumarias con los períodos geológicos y la cronología del Paleolítico empleado para la región mediterránea, África del Norte y Eurasia, sólo son datos con una finalidad de referencia, especialmente en relación con otros capítulos de este volumen y de otros textos (que comprenden obras antiguas sobre la arqueología del África oriental). *Esas dos columnas no son necesarias para la lectura del presente capítulo.*

Los términos «inferior», «medio», «superior» —en los que «inferior» designa la época más antigua— son conformes con la práctica geológica normal fundada sobre las secuencias estratigráficas. En la mayor parte de las obras geológicas —y en muchas obras arqueológicas— esos cuadros se presentan, pues, en el orden lógico de arriba arriba. El presente cuadro presenta una clasificación de arriba abajo conforme a los cuadros históricos.

Como indica el cuadro, el término Paleolítico (edad antigua de la piedra) *no* es el equivalente de la Early Stone Age africana. «Paleolítico», tal como fue empleado primero y lo es todavía en Europa significa «edad de piedra sin producción de alimentos», por oposición a «Neolítico» (nueva edad de piedra) que significa «edad de piedra con producción de alimentos», es decir, agricultura y/o pastoreo que preceden al empleo de los metales. Una interpretación algo diferente del «Neolítico», que a veces se emplea, prefiere criterios de una cultura material avanzada, particularmente la alfarería o la piedra pulimentada, al testimonio específico de producción de alimentos. En algunas partes del mundo, se distingue un período de transición (o «escalón cultural», según ciertos autores) que es llamado «Mesolítico». Nosotros no lo tomamos en consideración aquí, si no es para advertir que no tiene relación alguna con la Middle Stone Age africana, contrariamente a un error que es demasiado frecuente en los estudios generales de la historia africana.

En la casi totalidad del África al sur del ecuador no encontramos equivalente alguno del Neolítico de las demás partes del mundo, porque la producción de alimentos no se extendió antes del comienzo de la edad de hierro<sup>2</sup>. Sin embargo, en las altas tierras de Kenia y del norte de Tanzania, existen testimonios de la producción de alimentos (pastoreo, cuando no algo de agricultura igualmente) en la «Final Late Stone Age», hace dos o tres millones de años. A esa cultura, con su alfarería y sus cuencos de piedra, la denominan «neolítica» algunos autores.

---

<sup>2</sup> Ese punto de vista es rechazado por numerosos autores.

a dos poblaciones totalmente separadas que coexisten codo con codo explotando unos recursos alimenticios diferentes.

Además, se pueden observar intersecciones a través de las divisiones arbitrarias entre la Early Stone Age, Middle Stone Age y Late Stone Age. Y se pueden encontrar tipos de herramientas de la Early Stone Age o la utilización de técnicas primitivas de fabricación, en un contexto que es esencialmente de la Middle Stone Age. Una mezcla de características innovadoras y conservadoras puede ser la señal de un cambio gradual. La transición no es, sin embargo, siempre perceptible: en algunos yacimientos que presentan una clara secuencia estratigráfica puede ocurrir que una tecnología nueva aparezca súbitamente bajo una forma acabada sin huella alguna de evolución local. Eso sugiere una difusión de una región a otra, que puede ser, aunque no necesariamente, el resultado de un movimiento de población. Las modificaciones climáticas, con sus efectos sobre el entorno, fueron también estímulos de adaptación cultural y de progreso tecnológico; sin embargo, el arqueólogo debe, en ese terreno, desconfiar de las interpretaciones deterministas simplistas.

Esa subdivisión bastante arbitraria de la edad de piedra es, pues, un esquema de referencia útil en el estado actual de nuestros conocimientos, pero debemos otorgarle una flexibilidad que permita modificarlo constantemente. Es posible que su utilidad desaparezca algún día. Si ese momento aún no ha llegado probablemente, la utilidad de ese sistema corre el peligro de estar comprometida por una aplicación demasiado formal o rigurosa a unos fines para los que no han sido previstos.

Presentamos en el *cuadro* un esquema más detallado que ilustra el modo como las diferentes «culturas» de la edad de piedra y las diferentes industrias líticas reconocidas por los arqueólogos en el Africa oriental pueden ser situadas en esa división en tres períodos. Ese cuadro está propuesto para servir de guía a nuestros conocimientos actuales y a los principales estudios, y no tiene la pretensión de constituir la interpretación «correcta», o la que sobrevivirá a los resultados de las investigaciones futuras o a un examen de las investigaciones ya efectuadas. Debe ser considerado simplemente como una *guía*, y una *guía flexible*. Algunas de las «culturas» que en él son enumeradas (y otras que han sido deliberadamente omitidas) pueden haber sido individualizadas según una investigación o unas descripciones insuficientes, fundadas sobre la exploración y la descripción completa de un solo yacimiento, de tal suerte que su existencia como unidad cultural puede ser puesta en duda. Otras tienen una extensión geográfica o cronológica enorme. Se cree que el acheulense de la Old Stone Age cubre más de un millón de años en el Africa oriental, y se extiende no sólo a través del continente, sino igualmente a una gran parte de la Eurasia meridional y occidental. En la primera fase de la Middle Stone Age, el Sangoen se extendió desde algunas partes del Africa oriental y meridional hasta el extremo oeste del continente. Entre las industrias más recientes representadas en el Africa oriental, la Stillbayense y la Wiltoniense han sido, por vez primera, denominadas y descritas en la provincia de El Cabo (Africa del Sur). Los especialistas prefieren ahora dar nuevos y distintos nombres a sus variantes del Africa oriental. Sin embargo, hemos preferido una aproximación simplificada para el presente informe, subrayando ciertas dificulta-

des evidentes y determinadas revisiones probables. Los lectores que lo deseen pueden seguir los nuevos enfoques y los debates comenzando por la lectura de las obras cuya relación ofrecemos en nuestra bibliografía.

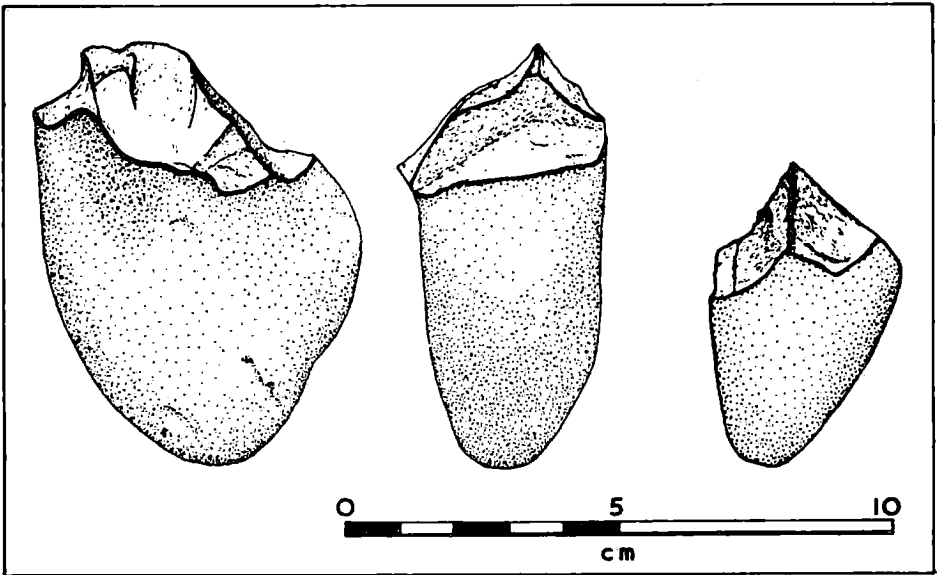
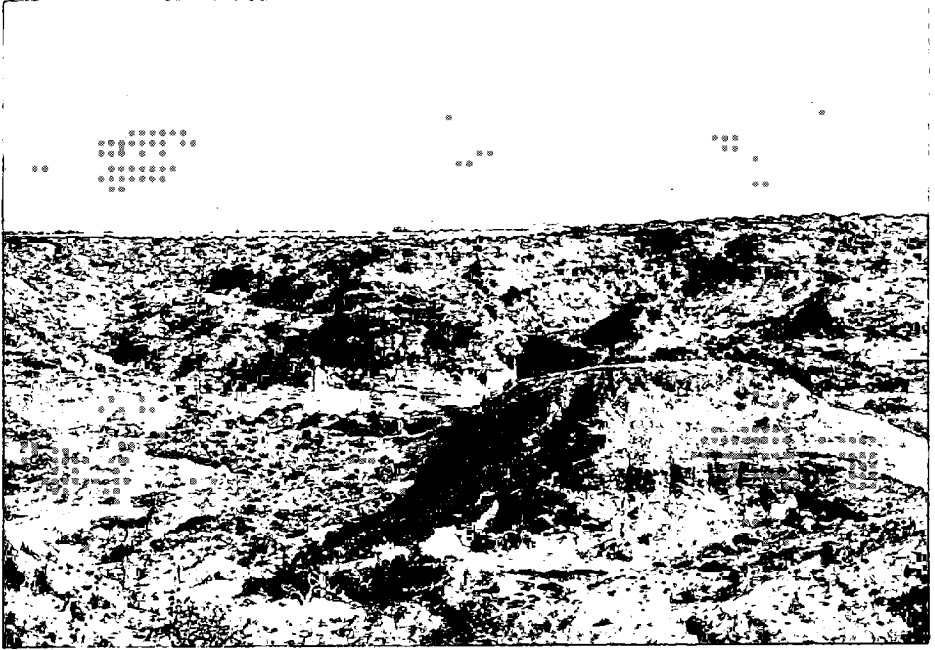
Son libres de intentar aplicar una terminología más sofisticada.

Ese texto y ese *cuadro*, con sus notas, no están dedicados a la terminología en sí; ésta no tiene en sí misma significación alguna; y no conseguirá nada práctico el que trate de aprender de memoria ese esquema. Pero la edad de piedra, como período «prehistórico», sólo puede ser conocida, discutida y estudiada de manera útil por medio de términos y símbolos inventados por los arqueólogos. Todo estudio serio de comprensión de ese período y de la vasta literatura que a él se refiere, ya se le considere en su conjunto, ya en el análisis detallado, exige un dominio de la terminología empleada por los diferentes autores, por incoherente y errónea que pueda ser a veces. Ese capítulo es, pues, un ensayo de introducción a la literatura y a la comprensión histórica del Africa oriental y de la edad de piedra.

## OLD STONE AGE

### *Primera fase*

Las herramientas de fabricación humana más antiguas que conocíamos datan de un período comprendido entre dos, si no tres, millones de años y, por lo menos, un millón de años; han sido descubiertas en las orillas de antiguos lagos o pantanos del Rift Valley, en la Tanzania septentrional, Kenia y Etiopía. Quizás las herramientas talladas más antiguas son esos pequeños fragmentos de cuarzo, cortados y utilizados, que se han encontrado en varios yacimientos del lago Turkana y del valle del Omo, en Etiopía. Su uso sigue siendo problemático. Mucho más abundantes y mejor conocidos son los cantos manipulados, contemporáneos o ligeramente posteriores. Son cantos tallados con empuñadura y pequeños bloques de piedra de los que se habían arrancado algunas esquirlas (por medio de otra piedra) para producir herramientas cortantes, toscas pero utilizables. Cuando los trabajos eran más duros, ya se tratase de cortar la piel de un animal, o de cortar o majar un material vegetal correoso, normalmente debían exigir el empleo de la herramienta principal manejada con las manos; un gran número de fragmentos (habitualmente descritos como desechos, aunque sin razón), más delgados y, por consiguiente, más cortantes, debían ser apropiados para trabajos más ligeros y precisos como, por ejemplo, la preparación de un animal sacrificado, la fabricación de armas de madera o los trabajos domésticos en el campamento. En realidad, un estudio más avanzado de esas industrias llamadas de «tropezar» o de cantos manipulados, en particular por la doctora Mary Leakey para la *garganta de Olduvai*, donde aquéllas están situadas en los niveles inferiores, y por J. Chavaillon en Melka Konturé, en Etiopía, revela una mayor variedad de tipos y una mayor investigación tecnológica de la que hasta entonces se había supuesto. El término «fragmento manipulado» es un poco elemental y el de «civilización de fragmentos manipulados», que es frecuentemente empleado a propósito de esa fase de la Early Stone Age, es inexacto, en especial



- 1. Garganta de Olduvai, Tanzania septentrional: la garganta, corte de más de 100 m. en la llanura, muestra una sucesión de capas (sobre todo antiguos fondos lacustres). Las capas inferiores, de unos dos millones de años de antigüedad, contienen vestigios de algunos de los primeros hombres (y de los «hominianos»), así como de sus herramientas (de tipo oldowayense) y de los restos de sus alimentos. En un nivel superior se han encontrado bifaces y otros objetos del modo de vida acheulense (segunda fase de la primera edad de piedra) (fot. E. J. G. Sutton).
- 2. Early Stone Age, primera fase: herramientas oldowayenses típicas («cantos manipulados»).

porque las piedras elegidas para la fabricación de los «tropezadores», de los fragmentos y de las demás herramientas no eran siempre cantos o guijarros. Además, el hueso y sin duda la madera eran igualmente utilizados. La mayor parte de los arqueólogos prefieren, pues, llamar a esa fase «Oldowayense», de Olduvai, en la Tanzania septentrional. Eso no significa, naturalmente, que fueran fabricados por vez primera en Olduvai<sup>3</sup>.

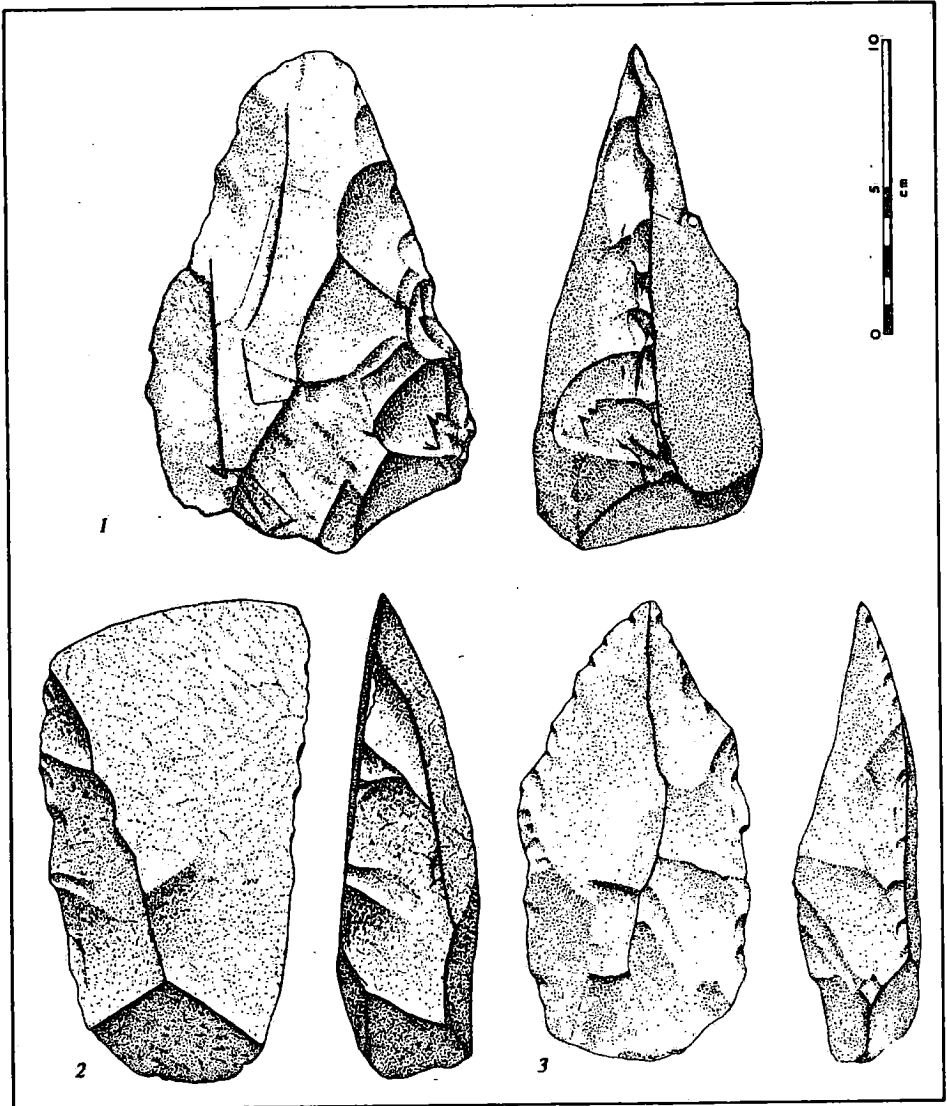
Hasta hace poco se creía que los fabricantes de esos cantos manipulados no eran capaces de cazar y matar más que pequeños animales, como aves, lagartos, tortugas y ratones para completar su recolección de frutas, vegetales e insectos. Ahora está claro que mataban igualmente animales grandes. Entre los huesos fosilizados descubiertos con las herramientas o en la proximidad de los campamentos figuran los de elefantes y grandes antílopes. Algunos de esos animales pueden haber resultado muertos de forma natural, heridos por accidente o cazados por leones u otros carnívoros. Pero es probable que otros, desde épocas antiguas, fuesen capturados mediante trampas o empujados a terrenos pantanosos por bandas de cazadores que los remataban con venablos y mazas de madera, y tal vez con proyectiles de piedra.

Una parte de la carne era sin duda consumida por los cazadores en el lugar donde el animal había sido muerto, pero otra parte era frecuentemente llevada al campamento para ser compartida con el resto del grupo, incluidas las mujeres y los niños. En efecto, los restos que han subsistido comprenden frecuentemente los huesos de diferentes animales mezclados con diversos útiles que sirven para cortar, raspar o majar; constituyen un testimonio muy importante de lo que podía ser un lugar de hábitat en esa época, la más primitiva de la Humanidad. Además, el estudio del reparto de los vestigios sugiere que se habían levantado cortavientos; en Olduvai, un círculo aproximado hecho de piedras se interpreta como la base del armazón de una choza o de un refugio de madera que quizás estaba cubierto con pieles. En Melka Konturé, una plataforma artificial ha podido tener el mismo uso.

Además de varios yacimientos en las orillas lacustres que se extienden desde Olduvai hasta el lago Turkana, y entre los que figuran los más antiguos conocidos, se han descubierto algunos con cantos manipulados desde el África del Sur hasta las orillas del Mediterráneo. Datan, quizás, de un estadio más evolucionado que la fase más antigua del África oriental. Es probable, pero no absolutamente cierto, que esa industria tuviera su origen en el África oriental o central, y después se extendiera sobre el conjunto del continente. En virtud de la datación de esos útiles y, más aún, de su asociación ocasional en el África oriental con osamentas humanas, pueden atribuirse a los homínidos más primitivos, a los australopitecos, o, como sostienen algunos hoy con insistencia, específicamente al *Homo habilis*<sup>4</sup>.

<sup>3</sup> La transcripción «Oldowayense» se deriva de la forma alemana del nombre *Oldoway* que se encuentra en los primeros mapas. El nombre del lugar es una palabra de origen Masai, que más correctamente debería transcribirse como Oldupai.

<sup>4</sup> Ver el capítulo 17 de este volumen.



● *Early Stone Age, segunda fase: herramientas acheulenses típicas (de frente y de perfil): 1: pico; 2: hachuela; 3: bifaz.*

## Segunda fase

El Acheulense o «civilización de las bifaces» está tan extendida en Africa como el Oldowayense, y sus yacimientos son mucho más numerosos. Ello puede ser debido a una población más numerosa, pero también a la fabricación en cantidad cada vez más importante de herramientas de grandes dimensiones fácilmente identificables. A diferencia del Oldowayense, el Acheulense se extiende fuera de Africa, hasta el Asia occidental y meridional, así como a la Europa meridional y occidental. Sus comienzos en Africa se remontan a más de un millón de años. Esa tradición tecnológica ha perdurado durante más de un millón de años, hasta tiempos relativamente recientes: no más de cien mil años. Ese millón de años registró señalados cambios climáticos, a escala mundial<sup>5</sup>, y es poco probable que todas las regiones donde han sido encontradas herramientas acheulenses hayan sido ocupadas de manera continua. En otros lugares, al este de la India, las verdaderas industrias acheulenses son escasas o inexistentes; parece que la India oriental ha conservado una tecnología distinta de la piedra, más emparentada con el tipo «canto manipulado» evolucionado. Eso puede constituir una delimitación cultural importante entre el Este y el Oeste. Esas industrias acheulenses, donde la bifaz o hacha es la herramienta más conocida, deben en gran parte ser asociadas con el *Homo erectus*, una forma de homínido intermedia entre los australantropienses y el hombre moderno. Sin embargo, al final de la fase acheulense, estaba ya en curso la evolución del *Homo erectus* hacia los primeros tipos del *Homo sapiens*.

Africa fue uno de los marcos en que se desarrolló la evolución del *Homo erectus*, así como la evolución cultural atestiguada por las técnicas acheulenses de fabricación de herramientas y por el género de vida más eficaz que es posible deducir por ello; pero tradiciones culturales más antiguas (y probablemente tipos físicos más primitivos) se han conservado durante cierto tiempo al lado de las tradiciones nuevas. La mejor ilustración de ese aserto la dan los niveles sucesivos de antiguas orillas lacustres en Olduvai, donde herramientas distintas, oldowayenses y acheulenses, se han fabricado y utilizado conjuntamente durante un período de varios centenares de millares de años, hace aproximadamente un millón. El Acheulense comporta además estadios y variaciones múltiples; pero, en un estudio general, sólo es significativa la división principal entre el Acheulense antiguo más borroso y simple y el Acheulense evolucionado al que pertenecen los más perfectos bifaces y hachuelas. Selecciones de esos útiles adornan las exposiciones de los museos del Africa oriental, y las que proceden de Isimila, en las altas tierras de Tanzania, figuran entre las más bellas del mundo. Está claro que el «Acheulense evolucionado» debe haber comenzado por evolucionar alguna zona a partir del «Acheulense antiguo»; sin embargo, más tarde, las nuevas técnicas y la antigua tradición han subsistido juntas durante un cierto tiempo.

El Africa oriental, en el Acheulense, no era, pues, más que una de las numerosas regiones del Antiguo Mundo habitadas por el hombre; pero ya contienen yacimientos cuyo estudio ha facilitado algunas de las informaciones

<sup>5</sup> Ver el capítulo 16 de este volumen.



● Isimila, tierras altas de Tanzania meridional. 1. Vista sobre el barranco erosionado que deja ver las capas en las que las herramientas acheulenses sufren la erosión. 2. Concentración de bifaces, hachuelas y otras herramientas acheulenses (en el centro, la pequeña paleta sirve de escala). Fotos J. G. Sutton.



más valiosas sobre la tecnología y la economía del *Homo erectus* y del *Homo sapiens* primitivo. Esos yacimientos comprenden, a parte de Olduvai —con sus series incomparables de estratos sucesivos— y de otros yacimientos de la misma región, Olorgesailie y Kariandusi, en el Rift de Kenia, y varios yacimientos al este del lago Turkana, Nsongezi y los yacimientos vecinos en la frontera de Tanzania y de Uganda, Isimila y Lukuliro, en la Tanzania meridional, y Melka Konturé, en Etiopía, donde se han descubierto varias fases del Acheulense.

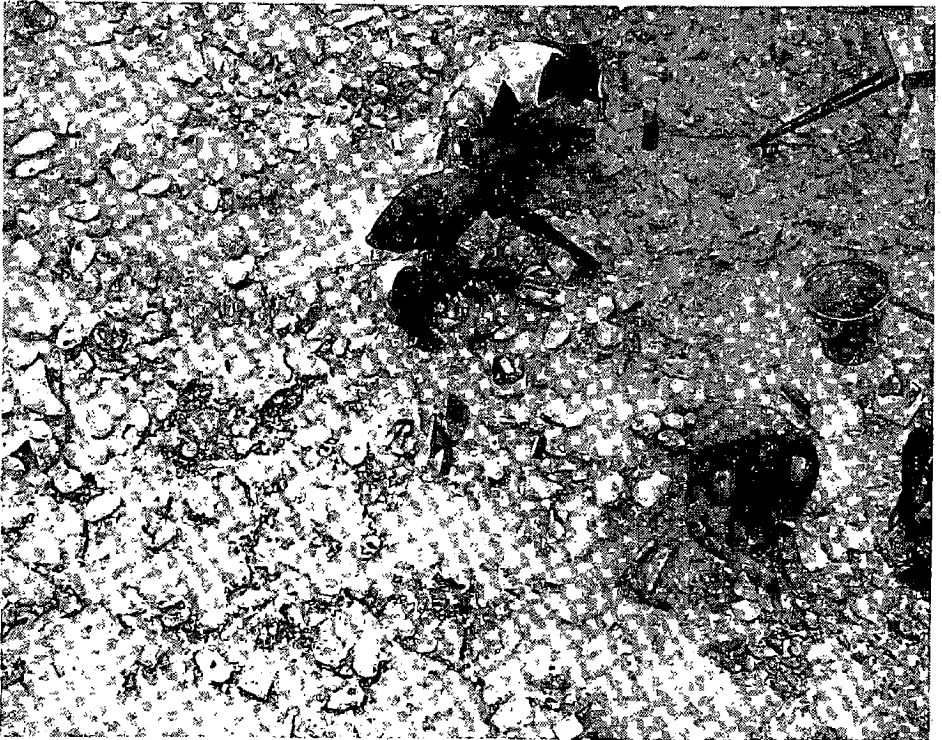
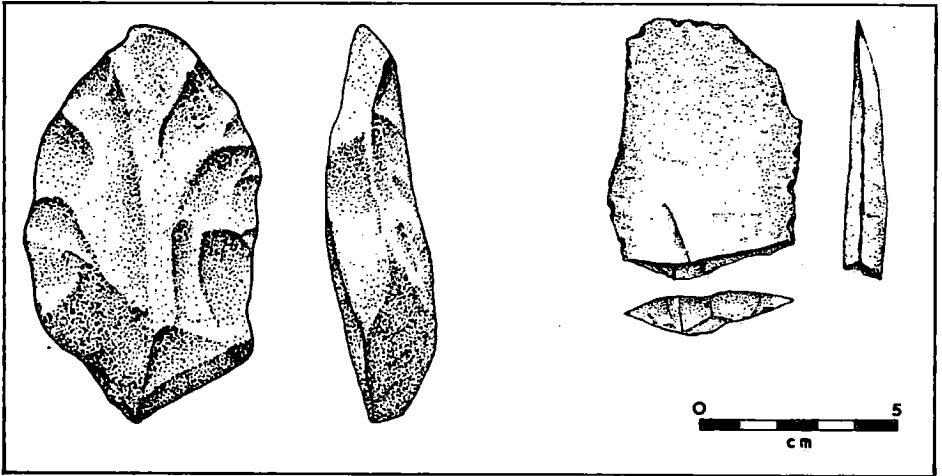
Las denominaciones de «bifaz» y «hachuela» dadas a los dos tipos más característicos de herramientas acheulenses son, naturalmente, términos arqueológicos convencionales. La bifaz, o *hand-axe* en inglés (hacha de mano), no era un hacha, sino indudablemente una herramienta de uso general cuya extremidad puntiaguda y los largos cortes podían ser utilizados para cavar y desollar, entre otras cosas. La hachuela (*cleaver*) con su extremidad cortante cuadrangular era apropiada especialmente para desollar a los animales. La diferencia entre las tecnologías del Oldowayense y del Acheulense es, en parte, una diferencia cuantitativa: El conjunto de utillaje, como útiles individuales, están ahora mejor individualizados. Además, las técnicas acheulenses, con un corte más preciso, más regular y más sistemático en ambas caras, ejecutado con menos frecuencia mediante un percutor de piedra (como en el Oldowayense) que mediante un percutor de madera cilíndrico o un hueso largo de animal, permitían la producción de mayores herramientas, con cortes más largos y fragmentos más cortantes utilizados como cuchillos.

A lo largo de toda la Early Stone Age, las poblaciones se constituían en grupos de cazadores-recolectores que se desplazaban en cada estación a las sabanas y regiones poco boscosas siguiendo las fluctuaciones de los recursos animales y vegetales. Es muy probable que se separasen en algunos momentos del año y se reuniesen hacia el final de la estación seca en grupos más importantes, cerca de un lago o de otro territorio rico. Se ha sugerido que las enormes concentraciones de herramientas acheulenses de bella factura, en yacimientos como Isimila y Olorgesailie, podrían corresponder a semejantes «reuniones» anuales.

En los contextos arqueológicos que han proporcionado industrias del Acheulense evolucionado es donde han sido descubiertos los primeros testimonios del fuego en el Africa oriental; las publicaciones existentes hasta ahora han situado ese descubrimiento hace cincuenta mil años. Esa datación es casi con toda certeza demasiado prudente. Existen vestigios indiscutibles de hierro y de cocción por el *Homo erectus* en el Asia oriental y en Europa hace medio millón de años; parece, pues, muy verosímil, aunque no esté probado, que se ha conocido el fuego y que los alimentos cocidos han sido con frecuencia consumidos durante una gran parte del Acheulense en Africa.

## MIDDLE STONE AGE

Las poblaciones de la Middle Stone Age pertenecen a la especie *Homo sapiens*, pero quizás primero a una subespecie de él algo diferente del hombre moderno. Sin embargo, hacia el final de la Middle Stone Age, no sólo el hombre moderno



- 1. Middle Stone Age y herramientas intermedias: el ejemplar de la derecha es una punta fina a la que se le puede colocar mango, y sirve quizá como punta de lanza.
- 2. Olorgesailie, Rift Valley, de Kenia. Excavaciones que se realizan en un yacimiento de ocupación acheulense (fot. J. E. G. Sutton).

(*Homo sapiens sapiens*) debía haber aparecido, sino que las características físicas distintivas de las razas existentes iban a desarrollarse tanto en Africa como en otras partes.

Desde el punto de vista tecnológico, la Middle Stone Age registró importantes progresos. La técnica básica de fabricación de herramientas de piedra por desprendimiento de fragmentos de un bloque, hasta lo que se aproxima a una forma de tipo que presentaba aristas cortantes utilizables, ha quedado abandonada. Fue cada vez más reemplazada por una técnica de mayor complejidad, consistente en una preparación de núcleos por eliminación precisa de fragmentos para darle la forma y la talla requeridas, que permitían la terminación de la herramienta *acabada*. Paralelamente se utiliza la técnica de los desprendimientos de fragmentos de cualquier tamaño, que después eran *retocados* para darles forma. Una de sus consecuencias fue la producción de herramientas más pequeñas, de forma y elaboración más perfectas, habitualmente más delgadas que las de la Early Stone Age y, por consiguiente, más eficaces. Ello permitió, en la segunda fase de la Middle Stone Age, una innovación de consecuencias enormes: la colocación de mangos de piedra tallada en las herramientas de madera o de otros materiales. Las puntas foliáceas, características de las industrias «Stillbayenses», retocadas por presión de modo muy preciso, eran, sin duda, fijadas y pegadas frecuentemente en una ranura de un mango de madera para formar una lanza. Muchas herramientas de uso doméstico debían ser embutidas del mismo modo en unos mangos apropiados, lo cual implicaba la preparación de gomas de resina y la elaboración, adelgazamiento y raspado de la madera, cosas todas que eran indudablemente facilitadas por un tratamiento con el fuego.

Esos progresos tecnológicos de la Middle Stone Age iban unidos a evoluciones económicas o, por lo menos, a modificaciones en la adaptación al medio. Aquí se plantean dos cuestiones que están unidas. La primera es la de los cambios climáticos<sup>6</sup>. Sus detalles y datación, así como las correlaciones con los testimonios tecnológicos son aún mal conocidos, y sería temerario explicar aquéllos por medio de fáciles referencias a éstas. Además, esos cambios climáticos —fluctuaciones de la sequía a la humedad, y viceversa, que afectan a la expansión y retroceso del bosque, a la frecuencia y dimensión de los lagos o de los ríos, y por consiguiente, al reparto y abundancia de los diferentes recursos alimentarios— no tenían nada de nuevo; y es necesario preguntarse por qué los cambios climáticos más antiguos no habían entrañado una penetración tecnológica y económica. En el estado actual de la investigación, no es posible dar una respuesta satisfactoria a semejante cuestión, aunque se pueda suponer que la presión demográfica haya hecho necesarios medios más eficaces y variados de aprovechamiento del entorno. Cualquiera que haya sido la causa, eso es efectivamente lo que se produjo en la Middle Stone Age.

Nuestra segunda cuestión es la de la especialización regional, que permitió al hombre comenzar a ocupar nuevos territorios. A través del mundo, el *Homo sapiens* ejercía su flexibilidad de adaptación innata y hacía retroceder las fronteras de sus posiciones. En Africa apareció una clara división cultural entre las

<sup>6</sup> Ver el capítulo 16 de este volumen.

poblaciones de las regiones herbosas o de las sabanas ligeramente boscosas, y las poblaciones que penetraban en las regiones más húmedas y de bosque más denso. Entre las primeras se desarrolla la tradición de la caza mayor con lanza (sin que por ello estuviera excluida la recolección), mientras que las últimas pusieron el acento sobre la recolección de vegetales y frutos, la pesca y su captura desde la orilla, por medio de lanzas y, sin duda, de diversas trampas.

Durante la primera fase de la Middle Stone Age, esa especialización regional no era tan extrema como a veces se ha supuesto. En las altas tierras de Kenia, ya que no en las márgenes forestales, se han encontrado herramientas conocidas con el nombre de «Fauresmithiense». Las industrias de Gondar y de Garba III (en Melka Konturé) están también asimiladas con aquéllas. El «Fauresmithiense» es, en muchos aspectos, un Acheulense evolucionado. Las herramientas principales son las mismas, pero generalmente son más pequeñas y combinan las nuevas técnicas de fabricación. Esas industrias contrastan con las industrias «sangoenenses», que están más extendidas y cuyos mejores ejemplos han sido recogidos en torno al lago Victoria y en el Rift Valley occidental, en la Uganda meridional, en Ruanda y en la Tanzania occidental. Tales industrias presentan asimismo una mezcla de herramientas de tipo acheulense y de nuevas técnicas; pero los rasgos dominantes son diferentes de los de aspecto de Fauresmith. La primera impresión que producen las series del Sangoenense es la de tosquedad, pero esa tosquedad es probablemente el signo de una actividad tecnológica más variada antes que de una regresión cultural. En efecto, muchas de esas herramientas de apariencia tosca eran muy probablemente herramientas que servían para fabricar otras herramientas, especialmente de madera, mientras que los picos gruesos debían ser utilizados para arrancar las raíces que constituían una parte de la dieta en las regiones boscosas.

La forma desarrollada en que se encuentra primeramente el Sangoenense en el Africa oriental sugiere que su origen y desarrollo a partir de un Acheulense deben situarse en otras partes, hacia el centro o el oeste del continente. Es posible que su expansión a las partes occidentales del Africa oriental tuviese lugar durante un período húmedo, en el curso del cual se habrían ampliado los límites del bosque ecuatorial. Es probable que los lugares de acampada se encontrasen más bien en las zonas arbóreas y a lo largo de las orillas boscosas que en los extremos y frondosos bosques. Señalemos que, en la cuenca del Zaire, la distribución de los yacimientos sangoenenses catalogados indica apenas más penetración del bosque ecuatorial que en el Acheulense. Sin embargo, en la segunda fase de la Middle Stone Age, los creadores de las industrias «lupembienses» (esencialmente una evolución y un refinamiento sangoenense), famosas por sus puntas de lanza de piedra, de ejecución esmerada, pertenecían con mayor claridad al entorno forestal.

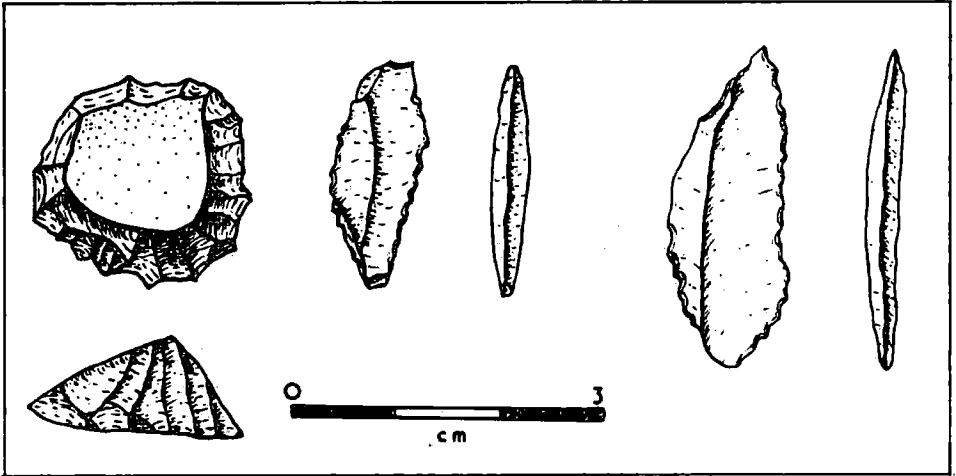
El Lupembiense se presenta igualmente alrededor del lago Victoria y en otras regiones occidentales del Africa oriental, lo mismo que en la cuenca del Zaire, contrastando con el Stillbayense y sus puntas foliáceas halladas en las altas tierras herbosas que bordean el Rift Valley, en Kenia, y en Etiopía, cerca del lago Tana (refugio de Ganogora) o de Dire Dauna (gruta del Puercoespín). En otras regiones, particularmente en el sudeste de Tanzania, predominan diferentes tipos de industrias de la Middle Stone Age, menos específicas, al menos mientras no

dispongamos de un informe más amplio. Algunas de ellas pueden tener una afinidad general con el «Sangoenense-Lupembiense». Probablemente existían numerosas tradiciones regionales que resultan quizás de adaptaciones a unos entornos locales. Una vez sólidamente establecidas, las tradiciones han mantenido muchos de sus caracteres distintivos por la tradición cultural, como también en razón de presiones ecológicas o económicas. Esos factores culturales regionales pueden ser responsables de la variabilidad que es evidente en el Africa oriental tras la adopción de las innovaciones tecnológicas de la Late Stone Age.

## LATE STONE AGE

La llegada de esas técnicas aún más complicadas para la fabricación de herramientas de piedra se remonta a diez o veinte mil años. A diferencia de la Middle Stone Age en la que se ponía el interés en la producción de fragmentos partiendo de núcleos preparados, la Late Stone Age se concentra sobre todo en las láminas, haciendo saltar por percusión directa o indirecta fragmentos de bordes paralelos, largos y finos. Esas láminas podían luego ser retocadas con miras a formas y empleos muy variados. Generalmente, las piezas retocadas eran muy pequeñas; son los «microlitos», de una largura, a veces, inferior a un centímetro. Una forma común es la que los arqueólogos llaman «segmento de círculo» con corte recto y borde abatido curvo. No estaba destinado a cogerse ni utilizarse con la mano, como una herramienta individual, sino a ser inserto y fijado en puños de madera y hueso. La colocación de mangos se había convertido en práctica perfeccionada y corriente: a menudo varios microlitos eran fijados juntos, a continuación, en la ranura de un mango de madera para formar una «herramienta compuesta», como un cuchillo o una sierra. En las regiones que poseían rocas aptas para la producción de láminas, particularmente el sílex o mejor aún, el vidrio volcánico opaco (obsidiana) que se encuentra en los lugares próximos del Rift Valley, en la Tanzania septentrional y en Kenia, bellos segmentos, láminas de borde abatido, taladros, buriles, raspadores y otros elementos característicos podían ser manufacturados. Otras regiones no poseían más que cuarzo o piedras de calidad inferior, que se prestaban al vaciado o desbastadura. Aunque las herramientas eficaces podían fabricarse partiendo de esos materiales, su primer aspecto es el de herramientas irregulares y toscas. A veces, los arqueólogos encuentran millares de fragmentos en un habitáculo de la Late Stone Age, pero sólo pueden clasificar el dos o tres por ciento en formas reconocibles de herramientas.

Esas innovaciones tecnológicas permiten reconocer o deducir un cierto número de innovaciones culturales o económicas. Probablemente durante ese período es cuando el arco y la flecha fueron utilizados para la caza. Se podían fijar uno o dos microlitos al extremo de un mango de madera para integrar la punta; y otros podían ser colocados más abajo para formar las púas. La preparación de venenos para esas flechas de armazón de piedra se remonta probablemente a esa época. Asimismo, el empleo de mallas en las regiones boscosas lo sugieren las prácticas de poblaciones de cazadores-recolectores actuales o recientes, entre las



● 1. Late Stone Age: lámina de borde rebajado (a la derecha); segmento de círculo (centro); rascador y microlito (a la izquierda), hechos de obsidiana en el valle del Rift (Kenia).

● 2. Roca de Apis (Nasera), Tanzania septentrional. Bajo el refugio bien visible, a la derecha, las excavaciones han descubierto una sucesión de ocupaciones humanas de la edad de piedra reciente (fot. J. E. G. Sutton).



que se conservaban ciertas tradiciones de la Late Stone Age. Los huesos eran verdaderamente utilizados en abundancia, y el descubrimiento de taladros de piedra y de punzones de hueso indican la costura de pieles con vistas a la fabricación de vestidos y abrigos. Perlas hechas de semillas, de huesos, de cáscaras de huevo de avestruz y, finalmente, de piedras pueden haber sido cosidas a esos vestidos o enfiladas en collares. Las muelas, que aparecen en algunas series de la Late Stone Age, eran utilizadas, entre otras cosas, para triturar el ocre rojo. Pero es igualmente probable que tuvieran una misión económica más fundamental, como era la de triturar alimentos vegetales.

Algunos campamentos de la Late Stone Age estaban al aire libre, cerca de las corrientes de agua y de los lagos, y hay que imaginar la existencia de cortavientos o de chozas hechas con estacas y hierbas, y quizás cubiertas con pieles. Igualmente común en esa época era la ocupación de refugios bajo rocas (a veces llamados sin motivo «grutas»). Esos refugios naturales se encuentran bajo fallas, a lo largo de ciertos valles o bajo enormes bloques de granito, por todas partes donde era posible encontrar una protección suficiente contra la lluvia y el viento dominante, sin que la iluminación fuera demasiado escasa. Algunos de esos refugios bajo rocas estaban favorablemente situados sobre promontorios que permitían vigilar vastas extensiones de la llanura y su caza. Un grupo de cazadores podía detenerse allí durante la noche, y una familia o un grupo de familias podía instalarse también durante una estación. Algunos refugios encontrados fueron utilizados año tras año o intermitentemente durante centenares o hasta millares de años durante la Late Stone Age. Ello explica las capas sucesivas de desperdicios, constituidos principalmente por cenizas de cocina, huesos de animales consumidos y herramientas de piedra y restos de talla.

En una región del centro-norte de Tanzania, la pared rocosa de muchos de esos refugios bajo rocas estaba, como hemos visto anteriormente, decorada con pinturas de animales, escenas de caza y otros dibujos. Aunque pocas veces es posible relacionar dichas pinturas particulares con tal capa de la secuencia de la Late Stone Age representada en los refugios, la relación general entre las dos está perfectamente clara. Además es probable que la mayor parte del arte que *subsiste* pertenezca a los milenios recientes, hacia el final de la Late Stone Age; una parte de ésta debió invadir el período de difusión de las comunidades de la edad de hierro. El origen de ese arte de cazadores —y de las creencias o cosmogonías correspondientes— debe, sin embargo, ser mucho más antiguo.

La verosimilitud de un antiguo fondo de tradición, que data de varios milenios y que se remonta a los principios de la Late Stone Age, si no a la Middle Stone Age, puede explicar las semejanzas que existen entre el arte de los cazadores de Tanzania y el del Africa del Sur. Asimismo, las industrias líticas de las dos regiones, aunque no sean en modo alguno idénticas, tienen en común ciertos caracteres generales (con frecuencia aproximadamente llamados «Wiltonienses»). En el Africa del Sur, se ha demostrado que ciertos conjuntos recientes de arte rupestre y de las industrias líticas wiltonienses eran obra de los san, algunos de cuyos grupos llevan aún una existencia de cazadores-recolectores en ciertas regiones. Sus caracteres físicos «san» y sus lenguas khoisán (o de «chasquido») son diferentes. Precisamente existe en el Africa oriental una pequeña región tan sólo

donde se hablan lenguas de «chasquido»: justo la región del arte rupestre del centro-norte de Tanzania; y esas poblaciones de lenguas khoisán, que presentan ciertas pruebas somáticas de un posible origen san, conservan una fortísima tradición de cazadores-recolectores<sup>7</sup>.

No se pueden explicar de modo conveniente esos parentescos por una migración relativamente reciente de san desde el Africa del Sur; y allí debe haber habido en determinado momento una continuidad de tales cazadores-recolectores desde el norte de Tanzania hasta el cabo de Buena Esperanza, que fue rota por la expansión durante los tres últimos milenios de poblaciones de lengua, cultura y economía distintas, y con un régimen de vida pastoril y agrícola. Los orígenes de esa continuidad cultural en las sabanas del Africa oriental y meridional pertenecen claramente a la Late Stone Age, si no a la fase Stillbayense de la Middle Stone Age. Sin embargo, hasta que esa fase de la Middle Stone Age y la transición con la Late Stone Age, representadas por las industrias erróneamente definidas como «magosienses», sean mejor conocidas y comprendidas en las regiones intermedias, la cuestión de esa antigüedad debe quedar en suspenso. Se puede advertir que en Etiopía el «magosiense» sucede directamente en varios lugares al Stillbayense, testimoniando de manera perfecta una gran diversificación con relación a este último.

Esa sugerencia de una larga tradición para las culturas de la sabana de la Late Stone Age puede explicar ciertas variaciones regionales que comporta la categoría general de «Wiltoniense». En el pasado, los arqueólogos han tendido a incluir en él casi todas las industrias que presentan un elemento microlítico marcado, tanto en el Africa oriental como en la meridional; y es posible que algunas de esas industrias, en las partes más septentrionales del Africa oriental, tan sólo mantuviesen relaciones muy débiles, o tal vez nada tuvieran que ver con las poblaciones san del sur. En las regiones occidentales del Africa oriental sería posible, además, esperar hallar una tradición distinta que estableciese un vínculo con la cuenca del Zaire, donde florecieron las industrias del «Tshitoliense», derivadas de las industrias de bosques y de regiones boscosas de la Middle Stone Age («Sangoenense-Lupembiense»). Sin embargo, ese vínculo no es en particular evidente, salvo en Ruanda.

No obstante, una región contrasta claramente con las demás: la de las altas tierras y del Rift Valley de Kenia. Es cierto que allí se encuentran en la Late Stone Age industrias con afinidades «wiltonienses», pero también otras industrias en las que predominan herramientas fabricadas más bien con largas láminas que con microlitos. Esas industrias, llamadas «Capsiense de Kenia», y que utilizan la obsidiana local, están fechadas en - 10 000 y - 5000 años. La mejor serie es la que ha sido encontrada por el doctor Leakey en Gamble's Cave, cerca de Nakuru, en los años 1920. Industrias emparentadas o derivadas han persistido hasta finales de la edad de piedra. Ese «Capsiense de Kenia» presenta afinidades con una tradición más antigua que se extendió sobre una gran parte del nordeste de Africa y de la región mediterránea. Sin embargo, la comparación de la industria lítica no es la única consideración de importancia. Es más importante advertir que el

<sup>7</sup> Ver el capítulo 11 de este volumen.



«Capsiense de Kenia» y sus artesanos representan la extensión sudoriental de la civilización negra fundada en el aprovechamiento de los recursos acuáticos, que se extienden a través de Africa, como una faja al sur del Sáhara y río arriba del valle del Nilo en dirección del Africa oriental. Esa expansión tuvo lugar durante un período húmedo temporal en el transcurso del cual el nivel de los lagos era alto y los ríos bajaban muy crecidos. Esa civilización conoció su cenit hacia el VII milenio antes de la era cristiana. Sus poblaciones ribereñas pescaban peces y animales acuáticos por medio de lanzas y arpones de hueso característicos, fabricados con herramientas de piedra. Se los encuentra en el lago Eduardo, en el Rift Valley occidental, en el lago Rodolfo y sobre las riberas antiguas del lago Nakuru. La fabricación de cestas y vasijas de barro ya era conocida, representando esta última una de las más antiguas invenciones de la cocción de cerámica en el mundo. Todo ello indica un modo de vida sedentaria, con el hábitat principal situado al borde del agua.

## NEOLITICO

Hace algunos años todavía, por falta de pruebas arqueológicas, se creía que la ganadería y, sobre todo, la agricultura estaban poco desarrolladas en el Africa oriental antes del I milenio, a excepción de las regiones que bordean el valle del Nilo, emparentados al Neolítico de Jartum. Todavía es aventurado adelantar que los grupos de pescadores, sedentarios en parte desde los milenios VII-VI alrededor de los grandes lagos y de los ríos, son los que, bajo la presión del medio ambiente (aceleración brutal del proceso de desertización del Sáhara a partir del comienzo del III milenio), y gracias a su tecnología avanzada (ya poseían objetos de barro cocido), practicaron en su origen el pastoreo y tal vez la agricultura; sin embargo, se puede pensar que fueron receptivos a las técnicas de producción alimentaria colectiva (domesticación animal y vegetal) y que se extendieron a través de toda la región desde el III milenio, permitiendo mitigar la incidencia del cambio climático sobre los recursos naturales.

El yacimiento más conocido de ese período lo constituye Es Shaheinab (Sudán), situado sobre una antigua terraza, algo al norte de la confluencia del Nilo Azul y el Nilo Blanco. Además de una industria lítica con microlitos geométricos, J. Arkell ha encontrado allí arpones (perforados en su base) y anzuelos de concha que atestiguan la permanencia de la pesca, azuelas de rhiolita, gubias, pequeñas hachas pulidas de hueso, objetos de alfarería con adornos de líneas onduladas y puntos. Entre los vestigios óseos figuran algunas especies salvajes, como muchos peces, pero también cabras y muy pocos corderos. El yacimiento de Es Shaheinab está fechado en la segunda mitad del IV milenio. En el yacimiento de Kadero, próximo geográficamente y por el material, nueve de cada diez restos óseos encontrados son de especies domésticas, entre las cuales hay bóvidos.

En Etiopía y Agordat (Eritrea) se han encontrado vestigios de cuatro aldeas de hábitat semipermanente. Aunque limitado a la búsqueda de superficie, el material ha proporcionado hachas, mazas de piedra pulida, platos y brazaletes de piedra, objetos de alfarería con adornos en relieve o con líneas incisas, perlas, aros,

pendientes; la presencia de muelas de piedra, trituradores y de una figurilla de piedra representando un bóvido semejante a los construidos por el «Grupo C» (poblaciones centradas en Nubia y al oeste de ella) no basta para probar la existencia de una economía agrícola y pastoril, pero la sugiere. En el refugio Godebra (III milenio), cerca de Axum, con una industria de microlitos geométricos y alfarería, se han encontrado semillas de mijo candeal (*Eleusine coracana*). En ninguna parte de Etiopía han sido descubiertas aún huellas antiguas del cultivo del tef (*Era grostis tef*) —que sigue siendo el cereal básico de alto valor nutritivo para numerosas etnias del norte de Etiopía— ni el «plátano de Abisinia» (*Ensete edule*), más extendido en el sur, como tampoco el trigo ni el orgo.

En Kenia, aunque todavía no tenemos pruebas de la existencia de la agricultura, el pastoreo está, en cambio, firmemente atestiguado a lo largo del Rift Valley, hasta Tanzania, y también en las altas mesetas. Se encuentran sepulturas (Njoro River Cave, cerca de Nakuru, y Keringet Cave, cerca de Molo, que son sepulturas de incineración; Ngoron-goro Crater, en la Tanzania septentrional, sepultura bajo un túmulo céltico, con el esqueleto en posición encogida) con todo un material arqueológico, sistemáticamente, muelas de piedra y pilones; también espacios de hábitat (Crescent Island, cerca del lago Naivasha, y Narosura, en el sur de Kenia). En Narosura, el 95 por 100 de la fauna recogida está domesticada y se reparte de la manera siguiente: 57 por 100 de cabras y corderos, y 39 por 100 de bóvidos. El estudio osteológico ha puesto en evidencia, de otra parte, que el ganado mayor era sacrificado con bastante edad, en tanto que cabras y corderos lo eran mucho más jóvenes. De ello se puede deducir que al ganado lo criaban más por la leche (y quizá por la sangre, como los masai actuales) que por la carne. También allí, la presencia de muelas y pilones de piedra no son más que la prueba indirecta de cierta agricultura.

La introducción del pastoreo y de la agricultura, muy a menudo unidos en economía mixta, ha sido frecuentemente presentada, en el África oriental, como la resultante de dos influencias, llegada una de lo que actualmente es el Sáhara del sur hacia la zona sudanesa, y la otra de Egipto hacia Nubia («Jartum»). La neolitización habría llegado hasta las altas mesetas etiopes y después se habría extendido hacia el sur por pequeños movimientos de población de lengua cuchítica. Sin embargo, el paso a una economía de producción se realizó, como sucedió con frecuencia, de manera progresiva, y la arqueología ha aportado la prueba de que el sustrato existente ha desempeñado un papel importante tanto en el plano económico como en el tecnológico. La caza y la pesca han perdurado; no hay ruptura entre la cultura material de los pequeños grupos de pescadores en parte sedentarios mucho antes del III milenio, ni siquiera con la de los cazadores-recolectores, que no conocían la alfarería (Capsiense de Kenia-Elmenteitense). Aunque hay pocas pruebas de que la agricultura estuviese muy desarrollada, se sabe que existía ya y que la cría del cordero, la cabra y los bóvidos se desarrolló rápidamente desde el III milenio, y sobre todo durante el II. Durante el desarrollo de la edad de hierro, esas poblaciones del África oriental habían sobrepasado, sin duda, el estadio preagrícola.

LA TRADICION DE LOS PESCADORES  
DEL AFRICA CENTRAL Y ORIENTAL

Hace ocho o diez mil años el clima de Africa era muy húmedo. Los lagos eran también más amplios y numerosos, las zonas pantanosas más extensas, los ríos más caudalosos y largos, los arroyos estacionales más regulares. En esas condiciones, un modo de vida totalmente particular y estrechamente unido al agua, a los ríos, a sus recursos alimenticios, con unas técnicas avanzadas de pesca y de construcción de barcas, se había establecido de un extremo a otro del continente, desde la costa del Atlántico a la cuenca del Nilo, o sea, en un vasto espacio comprendido entre un Sáhara extraordinariamente reducido y un bosque ecuatorial considerablemente extenso. Esa «civilización acuática» —así podríamos llamarla— se ha revelado por numerosos yacimientos arqueológicos en las altas tierras del Sáhara y en la franja meridional del desierto, desde el alto Níger hasta el medio Nilo, pasando por la cuenca del Chad y desde allí, más al sur, hasta los valles de desfondamiento (*rift valleys*) del Africa oriental y del ecuador. En el Rift occidental también se ha encontrado la citada «civilización acuática» en Ishango, en la margen congoleña del lago Eduardo, mientras que en el Rift oriental hay yacimientos análogos al borde de las riberas fósiles más elevadas de los lagos Turkana y Nakuru (el primero al fondo de la depresión, y el segundo, más al sur, en la parte montañosa del *Rift Valley*). Al yacimiento más importante, no lejos del lugar donde se amplía ese lago Nakuru se le ha denominado *Gamble's Cave*: es, en realidad, un refugio bajo rocas, descubierto en los años 1920 por el doctor L. S. B. Leakey. En la capa de ocupación más profunda, encontró vestigios de la Late Stone Age atribuidos al Capsiense de Kenia. La presencia de una cerámica característica, así como de una industria ósea típica, y la datación reciente de esa capa (de unos — 6000 años) nos permiten considerar el Capsiense de Kenia como una forma local de la gran tradición africana de pescadores.

La presencia en los antiguos campamentos y establecimientos litorales de espinas de pescado y de conchas de moluscos, así como de osamentas de mamíferos y de reptiles acuáticos (ratas y tortugas de río y, a veces, hipopótamos y cocodrilos) sugiere interesantes ensayos económicos. Asimismo, los animales terrestres no eran menos cazados; es muy probable que las plantas nutritivas de las aguas corrientes y de las zonas pantanosas fuesen metódicamente recolectadas y consumidas. Las técnicas de obtención y preparación de los alimentos presentaban algunas características muy avanzadas: cabezas de arpones esculpidas en los huesos (por medio de instrumentos líticos) y recipientes de cerámica. Los arpones estaban fijos a la extremidad de lanzas de madera con ligamentos de fibras; servían para atrapar peces y otros animales acuáticos en canoas o desde las orillas de los ríos. Los objetos de alfarería eran de bella factura y a menudo decorados con espinas de peces o conchas y con motivos bautizados como «wavy line» y «dotted wavy line». Aunque la tradición «wavy line» / «dotted wavy line» haya experimentado variaciones, está suficientemente caracterizada para evitar, en esas vastas regiones, toda confusión con unos tipos de alfarería más recientes. Algunos de los motivos decorativos, así como las formas más abiertas de los recipientes de

cerámica, pueden haber sido inspirados por los de las cestas que debían servir para transportar el pescado después de su captura.

En los yacimientos de las orillas lacustres esteafricanas, como a lo largo del medio Nilo y en el Sáhara, el desarrollo de esa civilización ha sido datado entre - 8000 y - 5000 años. Su apogeo y pleno florecimiento se produjeron en el transcurso del VII milenio. Sin duda, los primeros arpones fueron tallados un poco antes, mientras que el descubrimiento de la alfarería no debe remontarse más allá de - 6000 años. Esos recipientes de cerámica no sólo son los más antiguos de Africa, sino que cuentan entre las primeras alfarerías manufacturadas del mundo. Difícilmente se puede dudar de que esa invención se produjera espontáneamente en alguna parte de esa zona del Africa central.

Nada permite sugerir que esas poblaciones ribereñas se hayan dedicado —hace de eso de siete a diez mil años— a alguna forma de agricultura, bien sea en el Africa oriental o en otros lugares de su vasto territorio. Sin embargo, la importancia misma de su expansión y la rapidez con que se produjo, junto a la complejidad tecnológica de ese nuevo modo de vida, afirman su prestigio y radiación culturales a lo largo de ese período de muy alta humedad. Considerarla como una simple variante de las culturas fundadas en la caza y en la recolección de la Late Stone Age sería ignorar completamente sus características y cualidades. Puede ser que esas poblaciones no hayan vivido en aldeas realmente permanentes; pero, con unos recursos alimenticios asegurados por los grandes lagos y ríos y por una tecnología capaz de aprovechar eficazmente ese entorno, fueron capaces de conservar unas instalaciones comunitarias más importantes y estables que ninguna de las poblaciones anteriores. No sólo la población pudo crecer gracias a esos elementos, sino que estos últimos han permitido igualmente un ambiente intelectual y social nuevo, cuyo artesanado complejo, indispensable para la confección de piraguas y arpones, de cestos y vasijas, y el estilo de vida más evolucionado que imponía su uso lo testimonian.

El papel de la cerámica es particularmente de mayor importancia, más aún quizás de lo que generalmente han reconocido los historiadores y hasta algunos arqueólogos. De material frágil, los recipientes de cerámica tienen poco interés para las sociedades móviles, que carecen de bases fijas, y, por consiguiente, para la mayor parte de los cazadores. Pero, para las comunidades organizadas, la cerámica posee una significación cargada de civilización que permite la introducción o la mejora de los modos de preparar y cocer los alimentos.

La morfología de esas poblaciones ribereñas del Africa occidental y oriental ha podido evolucionar. Sin embargo, los pocos vestigios y esqueletos descubiertos indican que su origen era fundamentalmente negroide<sup>8</sup>. Parece incluso que la expansión y el éxito de las sociedades que aprovechan los recursos acuáticos, hace nueve o diez mil años, son los que han establecido el predominio de un tipo definitivamente negroide de un extremo al otro de la franja sudanesa hasta el Nilo Medio y el Alto Nilo, y hasta la parte septentrional del Africa del este. Es muy

<sup>8</sup> La observación que frecuentemente se encuentra, relativa al origen caucasoide de las poblaciones *Kenya-Capsian*, está fundada en una interpretación errónea de los trabajos de Leakey en Gamble's Cave y otros lugares.

probable que ese predominio corra parejo con la expansión geográfica, la dispersión y la diferenciación que siguieron después y dieron lugar a la gran familia (o *phylum*) lingüística que Greenberg llama nilosahariana. En nuestros días está extraordinariamente fragmentada a lo largo de la zona que va del alto Níger a la Tanzania central. Semejante fragmentación sugiere, para un *phylum* tan ampliamente extendido, una antigüedad de varios miles de años, antigüedad mayor que la de otras familias lingüísticas (Níger-Congo, y diversas ramas del afroasiático) que se introdujeron en esa zona del Africa central. Entre las regiones en las que se ha mantenido el nilosahariano, incluida su subdivisión oriental, el «Chari-Nilo», se encuentran las que son ricas en lagos, estanques, ríos, es decir, aquellas en las que la vida de pescadores, estrechamente asociada con la lengua nilo-sahariana que se puede imaginar, ha sido capaz de persistir el tiempo más largo posible, incluso después de haber experimentado modificaciones.

Este estudio sobre la gran civilización de los entornos acuáticos y las lenguas nilosaharianas nos ha llevado sensiblemente más lejos de lo que exigía este capítulo y este volumen. Pero es ese un aspecto muy importante, descuidado hasta ahora, de la historia de las poblaciones africanas, uno de los que han dejado marcas indiscutibles sobre las poblaciones posteriores, sobre sus culturas y sus economías, y sobre una gran parte de ese continente que engloba, entre otras, al Africa del este.

# PREHISTORIA DEL AFRICA AUSTRAL

*J. DESMOND CLARK*

## LOS PRIMEROS HOMINIDOS

Darwin y Huxley consideraban a los trópicos, y quizás al continente africano, como el hábitat original del hombre, puesto que allí se encuentran el chimpancé y el gorila, sus más próximos parientes entre los primates. Esos póngidos, lo mismo que el antepasado común de los monos antropoides y del hombre, son arborícolas; sus características morfológicas prueban que su evolución ha debido efectuarse en el transcurso de un larguísimo período de adaptación a la vida de las selvas tropicales en las tierras bajas y montañas medianas. Por su parte, el hombre ha evolucionado no en la selva, sino en las sabanas. En el Africa oriental y meridional, los homínidos fósiles más antiguos son exhumados en las praderas semiáridas y en los bosques claros de hoja caduca; sus antepasados debieron hacer frente allí a problemas de supervivencia completamente diferentes, con unos recursos potenciales infinitamente más variados que los que disponen los antropoides.

No hay aún unanimidad sobre la época en que se separaron las familias de los póngidos y de los homínidos. Según la interpretación de los testimonios paleontológicos, se ha estimado que esa separación se había producido durante el Cenozoico anterior, en el curso del Mioceno inferior, hace unos 25 millones de años. Pero, a la inversa, los recientes trabajos sobre la bioquímica comparada de los primates (cromosomas, proteínas del suero, hemoglobina y diferencias inmunológicas entre el hombre, los monos antropoides y los monos del Antiguo Mundo) indicaban que la separación no es anterior a los diez millones de años, y tal vez incluso a los cuatro. Se habría podido pensar que los indicios facilitados por los propios fósiles serían más seguros; desgraciadamente no hay nada de eso. Aunque la larga cronología se revela exacta, el período crucial durante el cual los homínidos se habrían diferenciado ya sensiblemente de la línea de los monos antropoides —Mioceno posterior/Plioceno anterior (de -12 millones a -5

millones de años)— no nos ha proporcionado hasta ahora más que muy pocos fósiles de primates en Africa. Sólo para el final del Plioceno se dispone nuevamente de material fragmentario, y la presencia de homínidos fósiles en esa época no es dudosa.

El *Ramapithecus wickeri*, fósil del Mioceno reciente y descubierto en Fort Ternan, en la cuenca del lago Victoria, data de hace unos 12 a 14 millones de años. No conocemos, desgraciadamente, más que fragmentos de la cara y de los dientes, pero las características de esos fragmentos incitan a clasificarlo entre los homínidos. Sin embargo, para tener la certeza de que el resto de la anatomía y el sistema de locomoción no diferían radicalmente de los de los homínidos, son necesarios vestigios menos fragmentarios y, sobre todo, los huesos de la base del cráneo. Desgraciadamente, pues, tenemos que reservar nuestro juicio antes de decidir si ese espécimen está ya suficientemente diferenciado como homínido. El *Ramapithecus* ocupaba un hábitat donde dominaba el bosque-galería, las corrientes de agua y la sabana, en una época en que los bosques perennes que en nuestros días sólo subsisten en el sur del Gran Declive, en Africa del Sur, eran mucho más extensos que hoy. Puesto que la presencia del *Ramapithecus* está comprobada en el Africa oriental y en el noroeste de la India, es igualmente probable en las sabanas del Africa austral.

Los primeros indicios ciertos de la presencia de homínidos se remontan a unos 5 millones de años, época en la que los australopitecos u «hombres-monos» estaban ya presentes en la parte oriental del Gran Valle del Rift. Esos australopitecos ocupaban las sabanas del Africa tanto austral como oriental, y se cree que los fósiles más antiguos del Africa del Sur datan de finales del Pleistoceno o del Pleistoceno anterior, o sea, de -2,5 a 3 millones de años.

La mayor parte del período geológico del Plioceno conoció un clima relativamente estable que facilitó el desarrollo y la expansión en la sabana de las especies biológicamente adaptadas. La bajada general de la temperatura, así como las conmociones tectónicas y los fenómenos volcánicos pusieron fin a ese período de estabilidad relativa, en especial a lo largo del Gran Valle del Rift. El sistema de drenaje de un cierto número de cuencas fluviales y lacustres experimentó también, en esa época, modificaciones —frecuentemente considerables— como consecuencia del plegamiento tectónico de la corteza terrestre. Las temperaturas con tendencia a bajar que señalan el comienzo del Pleistoceno coincidieron con una disminución de las precipitaciones y una sequía, de tal suerte que la sabana del Karroo pudo extenderse ampliamente al Africa austral en detrimento de las praderas y de los bosques.

Esas modificaciones mayores del clima y del entorno impusieron a los homínidos importantes reajustes y una diversificación morfológica concomitante dictada por unas reacciones de adaptación a las nuevas presiones de ese entorno<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> En Africa austral, Langebaanweg, al oeste de la provincia de El Cabo, es la única localidad importante que ha proporcionado fósiles de ese período. El yacimiento no está alejado de la costa; el entorno es a la vez terrestre y propio de un estuario; allí se encuentra en abundancia una fauna de mamíferos africanos de formas arcaicas, que datan de unos 3 a 5 millones de años. Aunque todavía no se ha encontrado ninguna huella de homínidos, sí se han hallado allí fósiles de primates, y es muy posible que trabajos ulteriores proporcionen en Langebaanweg vestigios de homínidos que se podrían comparar a los de Africa oriental de la misma época.

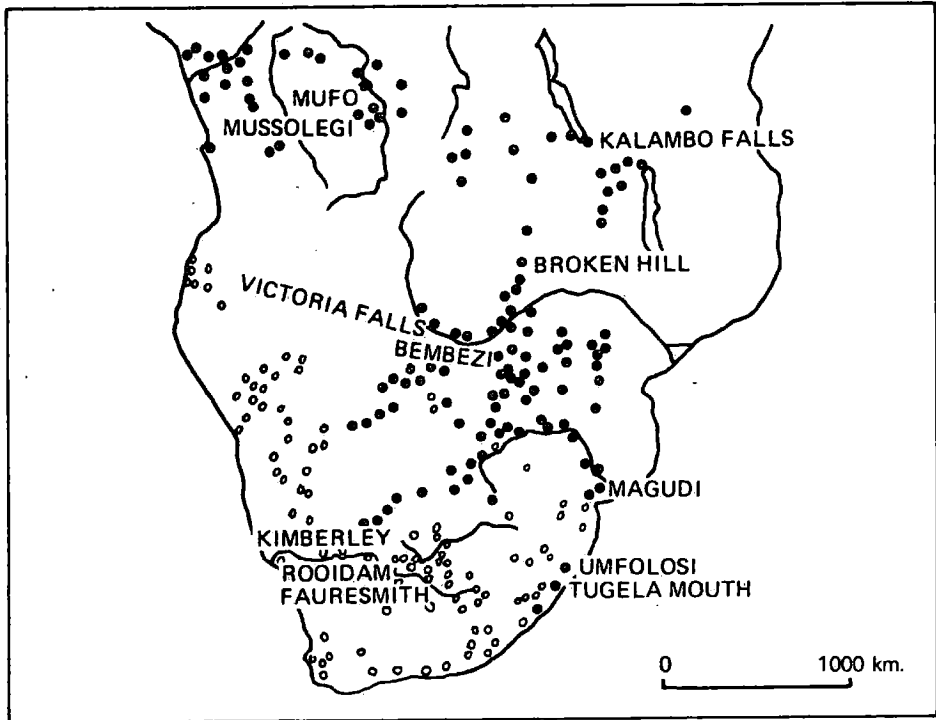
Es cierto que en esa época, al haber abandonado el bosque por la sabana en un momento determinado del Plioceno, o quizás antes, el antepasado de los homínidos (ya haya sido cuadrumano o ya parcialmente bípedo) había debido de experimentar una evolución genética relativamente rápida que permitía su adaptación a varios lugares ecológicos nuevos; por eso, en el Pleistoceno inferior, parece que se pueden identificar tres formas distintas de homínidos en el África austral, muy probablemente, de una especie e interconfundidas.

El primer australopiteco fósil, un niño, se extrajo en 1924 de una cavidad rellena por restos calizos dentro de una gruta, en Taung, al norte de la provincia de El Cabo (África del Sur). En 1936 aparecía el primer adulto, siempre en los depósitos antiguos de una gruta, pero esa vez en Transvaal, en la región de Krugersdorp. Después, numerosos australopitecos y otros homínidos han sido encontrados gracias a los trabajos intensos que unos equipos llevaron a cabo en niveles de sedimentos depositados por las aguas en la hondonada del Rift del África oriental y en las grutas profundas de la meseta calcárea del África del Sur, donde las condiciones son favorables para la conservación de los fósiles de esa época.

Excepto en esas regiones, el único otro fósil que ha sido considerado como australopiteco es originario de Korotoro, en la cuenca del lago Chad. Pero ese espécimen es ahora tenido por más reciente; así pues, aunque actualmente se conozca un gran número de fósiles australopitecos, sus lugares de origen son limitados. La mayor parte de ellos provienen de las cuevas del África del Sur y de los yacimientos del Rift Valley, porque las condiciones favorables a la preservación de las osamentas fósiles se han dado en grado sumo. En numerosas regiones de África, por ejemplo, en las selvas del África occidental, la acidez de los suelos, la erosión y otros factores han impedido la conservación; sin embargo, se puede pensar que, hace dos o tres millones de años, varios tipos de homínidos diferenciados estaban extendidos por las sabanas tropicales. En el África oriental, la datación de los fósiles es cada vez más precisa gracias a los métodos radiométricos y a la cronología de las inversiones paleomagnéticas. Hasta ahora, los fósiles del África del Sur han podido datarse sólo según una cronología relativa por comparaciones paleontológicas y geomorfológicas. Refiriéndose a los suidos, elefantes y hienas, los últimos estudios sugieren que los fósiles más antiguos de Transvaal datarían de al menos 2,5 millones de años. Las brechas de las grutas que han proporcionado fósiles, las canteras de cal de Makapan y el yacimiento-tipo de Sterkfontein contienen algunas especies de mamíferos presentes en los conjuntos faunísticos del África oriental; y ofrecen características morfológicas comparables a las de los fósiles del límite Plio-Pleistoceno.

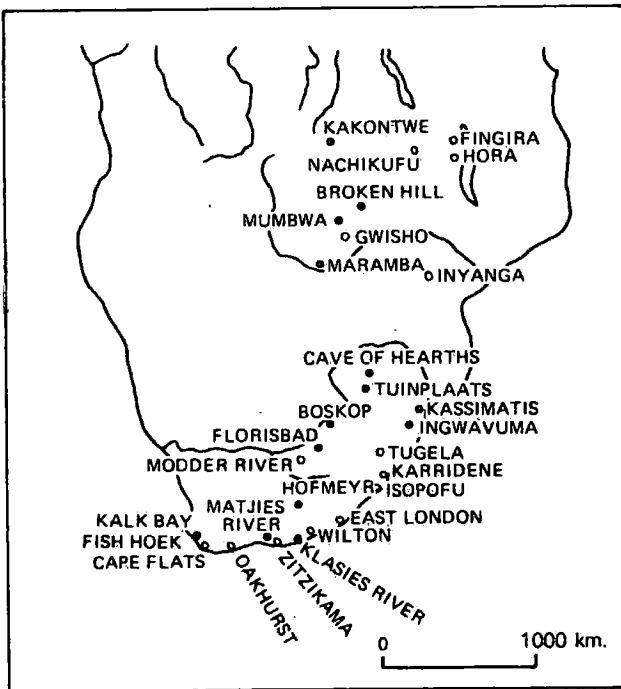
Los australopitecos más antiguos del África del Sur eran en su mayor parte de morfología grácil (*A. africanus*). La estatura es por término medio de 1,40 m., y la posición vertical; los miembros inferiores están adaptados a una locomoción completamente bípeda y los miembros superiores a la utilización de herramientas. La cabeza está centrada en la cima de la columna vertebral, a la que soporta una cintura pelviana de forma esencialmente humana. La capacidad craneal está más próxima a la de un gorila (450 a 550 cm<sup>3</sup>) que a la del hombre moderno, aunque el esqueleto postcranial y la dentición revelan una forma esencialmente humana. Sin





● 1. Reparto de los yacimientos «Fauresmith» (○) y sangoenense (●) en Africa austral (fig. 21, en «The Prehistory of Africa», J. D. Clark, 1970, Thames and Hudson, Londres).

● 2. Yacimientos de hombre fósil del Pleistoceno superior (●) Y algunos yacimientos de hombre fósil del PostPleistoceno (○) en Africa austral (fig. 25, en «The Prehistory of Africa», J. D. Clark, 1970, Thames and Hudson, Londres).

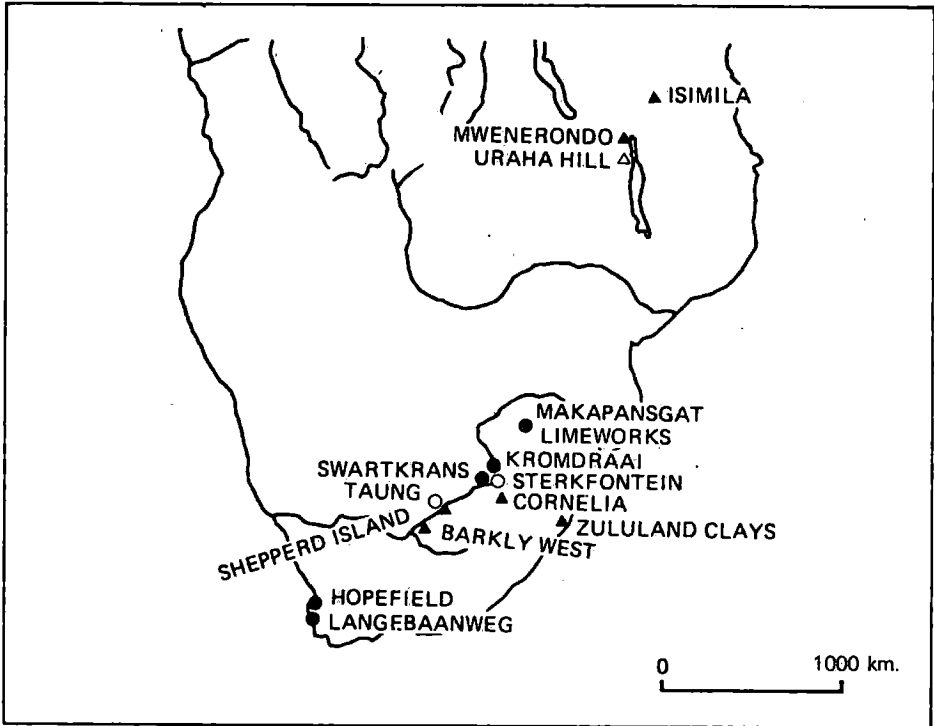


embargo, el rostro es más simiesco, su parte inferior prognata, los pómulos salientes y las órbitas coronadas por un fuerte cordón o rodete. Los puntos de inserción de los músculos de la nuca y de los músculos masticadores indican que éstos eran muy potentes.

En los yacimientos más recientes de las cavernas de Swartkrans, Kromdraai (y muy probablemente también, como hoy se piensa, en Taung), el tipo dominante es mucho más robusto (*A. robustus*). Se trata de individuos mucho más pesados, de unos 68 kg. Los grandes machos están provistos de crestas óseas —una en la corona y otra en la base del cráneo— que permiten la inserción de potentísimos músculos de la nuca y de los músculos masticadores. Generalmente se ha creído que todas las formas más antiguas eran gráciles (*A. africanus*), y las más recientes robustas (*A. robustus*), pero modernos estudios antropométricos muestran que la diferencia no es tan clara como se creía, y ahora se sabe que los especímenes robustos y gráciles pueden ser contemporáneos. Eso ocurre, por lo menos, en uno de los yacimientos del Africa del Sur (Makapan). Lo mismo ocurre en el Pleistoceno inferior del Africa oriental, y los fósiles recogidos en esa región parecen indicar que la diferenciación de esas dos líneas a partir de un antepasado común, más grácil, ha podido producirse hace cinco millones de años.

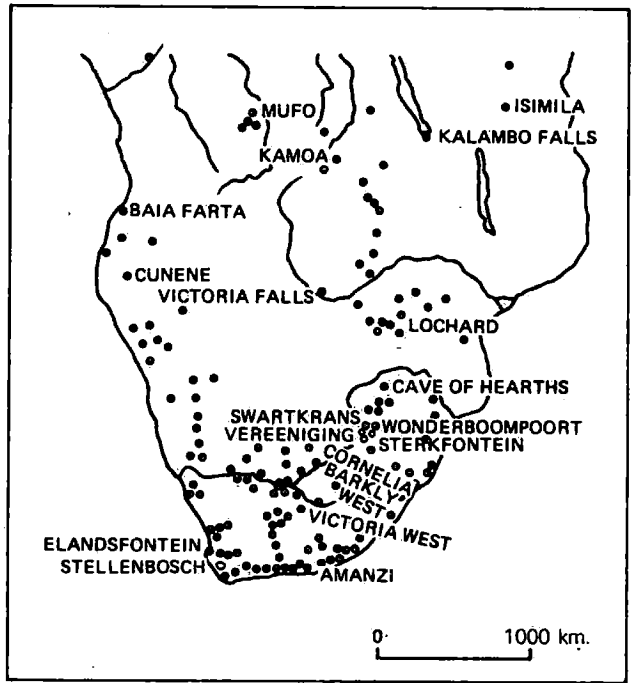
Recientemente, en 1972, al nordeste del lago Turkana, se ha descubierto un cráneo fósil (capacidad craneal: unos 810 cm<sup>3</sup>), huesos largos y otros fragmentos craneales y postcraneales que datan de — 3 a 2,6 millones de años. Esos vestigios presentan numerosas afinidades con el *Homo*, testimoniando características (en particular en el rostro y en la dentición) que los relacionan con los australopitecos. Otros fósiles emparentados con ellos, con una capacidad craneal importante y que están clasificados bien como australopitecos evolucionados, bien como *Homo* antiguo (*H. habilis*), han sido descubiertos en otros yacimientos del Africa oriental, principalmente en la garganta de Olduvai (Tanzania). Se pueden datar entre los — 2 y 1,75 millones de años<sup>2</sup>. Es muy probable que una forma antigua de *Homo* existiese en la misma época en el Africa austral. Quedan por descubrir los fósiles característicos. Esa probabilidad está reforzada por el descubrimiento en 1975, en Hadar, en la parte etiope del Rift Valley conocida con el nombre de Triángulo del Afar, de fósiles de homínidos que datan de unos 3 millones de años. El doctor D. Johanson sugiere que los doce individuos descubiertos podrían pertenecer a tres *taxa* distintos: un homínido grácil representado por un esqueleto muy bien conservado, una forma robusta comparable al *A. robustus* y una tercera forma identificada por el maxilar inferior y superior, más próximo al *Homo sapiens*. Si eso fuese confirmado, se deduciría que la forma *Homo* se había diferenciado ya de los australopitecos hace 3 millones de años.

<sup>2</sup> Se considera actualmente que el fragmento facial y el paladar encontrados en Chesowanja, en la cuenca del lago Baringo, datan de más de 3 millones de años. Puesto que esos fragmentos presentan algunas características que les emparentan con *Homo* (especie indeterminada) pueden situarse no lejos de la época en que la línea *Homo* comienza a diferenciarse de los australopitecos.



● 1. Principales yacimientos de fauna y de hombre fósil del final del Plioceno (fauna = -; hombre = ○ al comienzo del Pleistoceno (>; ●) en Africa austral.

● 2. Reparto de los principales yacimientos acheulenses en Africa austral. Acheulense inferior = ○; superior = ● (figs. 9 y 18 en «The Prehistory of Africa», J. D. Clark, 1970, Thames and Hudson, Londres).



1

2

## MODO DE VIDA DE LOS PRIMEROS HOMINIDOS

Aunque un gran número de fósiles de homínidos australopitecos hayan sido descubiertos en las grutas del Africa del Sur, parece poco probable, y hasta improbable, que los yacimientos donde han sido encontrados puedan tenerse como su lugar de hábitat. Hubo un tiempo, no obstante, en que se creía que las profundas grutas calcáreas del Transvaal eran las mansiones de los homínidos y que las osamentas fósiles que encerraban eran los restos de animales que los homínidos habían llevado para hacer con ellas armas u otros instrumentos. Es probable, sin embargo, que los productos de esa industria «osteodontokerática» no sean más que los restos de alimentos dejados por algún carnívoro. Un estudio minucioso de los restos de fauna del yacimiento de Swartkrans muestra, en efecto, que la acumulación en las grutas de fósiles de australopitecos y de otros mamíferos puede tener diferentes causas, siendo la más pertinente en este caso la predación por grandes carnívoros, probablemente leopardos y/o tigres. Pero no se ha llegado a un acuerdo en este punto (cf. capítulo 17, segunda parte).

Al destruirse todo el resto del material bastante rápidamente, al menos en circunstancias excepcionales, sólo se han conservado los materiales de las primeras herramientas del hombre que estaban hechas de piedra. Sin embargo, ninguna herramienta de piedra, reconocida como tal, ha aparecido en las brechas de las grutas donde han sido descubiertos los fósiles de los homínidos más antiguos del Africa del Sur (Makapan, Sterkfontein), aunque se sepa de herramientas de piedra en los tres yacimientos de homínidos del Africa oriental, que datan de 2,5 millones de años, o más. En el Africa oriental, los yacimientos ocupados estaban próximos a un lago o a una corriente de agua que alimentaba a ese lago, y se los reconocía por una concentración puntual de osamentas y de herramientas de piedra. Según la variedad de especies y el número de animales de los que dan testimonio las osamentas sistemáticamente rotas que se encuentran en esos yacimientos, es cierto que estamos en presencia de los vestigios de actividades colectivas (caza/necrofa-gia) de los homínidos que utilizaban las herramientas de piedra para, entre otras cosas, cortar la carne y los huesos, así como los vegetales que han debido representar la mayor parte de su alimentación. La variedad de esos vestigios y la diversidad de su estado de conservación hacen pensar que esos campamentos fueron ocupados en varias ocasiones y no solamente de paso. Sin embargo, se conocen igualmente «yacimientos de matanza», donde el cadáver de un solo animal de gran tamaño fue despedazado por un grupo. La superficie recubierta por los desechos de ocupación dejados en los campamentos, generalmente limitada, sugiere que el grupo era probablemente reducido y no comprendía más de dos o tres familias. En cuanto al papel de matadores-depredadores, tan frecuentemente atribuido a los primeros homínidos, es discutible. Parece mucho más probable que, por buscar en la carne una parte cada vez más importante de su alimentación, no eran más agresivos que tantos otros carnívoros; sin duda, hasta lo eran sensiblemente menos, porque no dependían sólo de la carne, sino que utilizaban también, abundantemente, los recursos vegetales. No obstante, está claro que es la organización de la caza la que empujó a los primeros hombres a crear un sistema socioeconómico más estructurado, que pudieron realizar gracias

a su destreza en la confección de herramientas para fines específicos. En el Africa oriental, los vestigios de sus campamentos, adonde ellos llevaban regularmente los productos de la caza y de la recolección, muestran que los homínidos del Plioceno final o del Pleistoceno inferior estaban probablemente organizados en grupos sociales cuya composición debía estar sujeta a frecuentes cambios. El reparto de alimentos, así como el lapso de tiempo durante el cual los jóvenes dependían de sus padres para la alimentación y su formación (como el niño actual), debían asegurar la cohesión de esos grupos. La caza y la alimentación a base de carne condujeron probablemente al trabajo de la piedra para la producción de fragmentos cortantes. La caza exigía una organización y comunicación eficaces entre los participantes, lo que a la larga debía conducir al desarrollo del lenguaje. Casi en esa época es cuando se debió operar la división de tareas entre hombres y mujeres, dedicándose los primeros a la caza y las segundas a la recolección y al cuidado de los niños.

Sin embargo, aunque las grutas del Transvaal no han constituido el hábitat de los homínidos, sino más bien la fresquera de cualquier otro carnívoro del que ellos mismos pudieron haber sido, a veces, las víctimas, es probable que los australopitecos vivieron en realidad no lejos de allí; porque en las brechas más recientes del grupo de grutas de Sterkfontein (Swartkrans, Sterkfontein Extension Site y Kromdraai), que pueden datar de 1,5 millones de años, se han encontrado herramientas rudimentarias de piedra, mezcladas con fósiles. Esas herramientas están fabricadas con rocas que no se encuentran en los alrededores inmediatos de la caverna —cantos de cuarcita, cuarzo y diabasa—, y provienen, sin duda, del campamento vecino. Como la mayor parte de los restos de homínidos encontrados en las brechas recientes de Swartkrans y de Kromdraai pertenecen al australopiteco robusto, se ha supuesto que éste era el fabricante de esas herramientas. La misma presunción vale para Sterkfontein (Extension Site). Sin embargo, se han encontrado en ese mismo depósito de Swartkrans fragmentos de hueso de cráneo y del rostro, así como algunos huesos craneales que pertenecen a un *Homo sapiens* antiguo; e indudablemente es a él a quien convendría atribuir las herramientas. Lo que no excluye la posibilidad de que los australopitecos hayan sido capaces de fabricarlas: una experiencia recientemente realizada en Bristol ha demostrado de manera pintoresca que un joven orangután podía producir fragmentos para procurarse la alimentación después de haberle enseñado el método y cuando se dio cuenta del uso que podía hacer de ellos. Puesto que se encuentran en Africa oriental y meridional fósiles de australopitecos y de *Homo* en los mismos lugares, y puesto que vivían en nichos o refugios ecológicos muy similares, e incluso idénticos, es aún más probable que el *Australopithecus robustus* haya tenido la destreza suficiente para fabricar herramientas simples, parecidas a las que pertenecen a la industria conocida más antigua, Oldowayen, aunque se pueda dudar de que haya tenido la facultad intelectual para hacerlas y la fabricación de herramientas sea el resultado de formas antiguas de *Homo* (*Homo habilis* y otros) hace unos 2,5 millones de años.

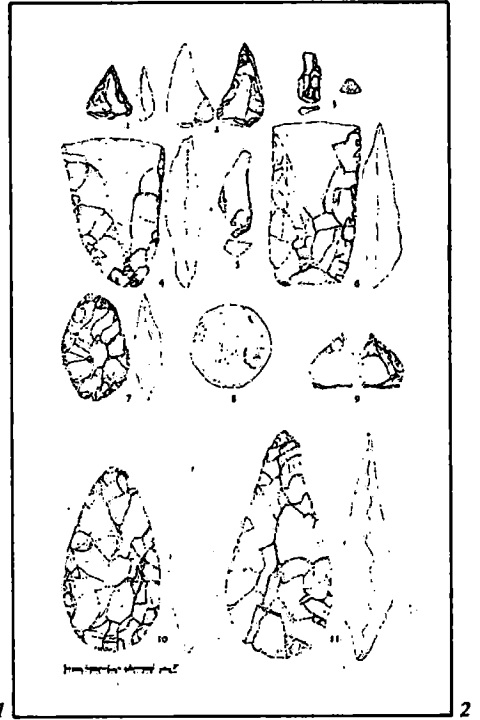
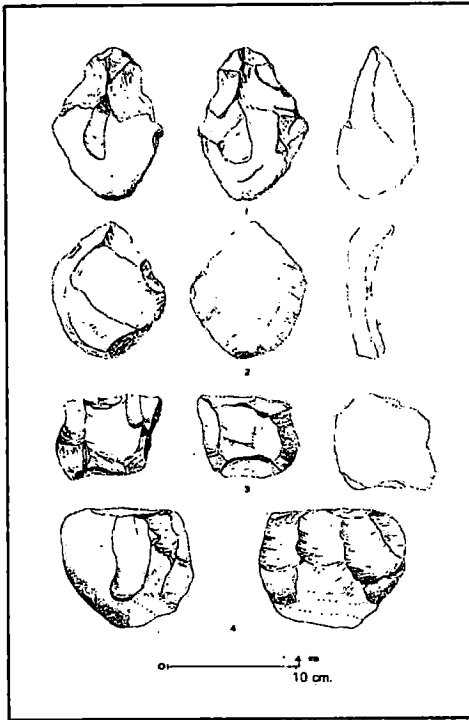
## LAS PRIMERAS HERRAMIENTAS DE PIEDRA: LAS INDUSTRIAS OLDOWAYENSES

Aunque las primeras herramientas del hombre que han llegado hasta nosotros están hechas de piedra, no hay que olvidar que otros materiales —madera, corteza, hueso, cuerno, piel, etc.— han podido utilizarse también. Es probable que un larguísimo período de *utilización* de herramientas, en el curso del cual objetos cuya forma era naturalmente adecuada han sido apenas modificados, debió preceder a la *fabricación* intencional que implica la voluntad determinada de producir un pequeño número de tipos de herramientas determinadas, partiendo de materiales que, sin transformación, hubiesen sido inutilizables. Tras haberlos cortado o transformado, a veces se podía mejorar otra forma por medio de retoques. Desde el comienzo, las herramientas de piedra llevan el testimonio de la capacidad de los homínidos para tallar ese material y asimilar los principios de su tecnología.

Las industrias líticas más antiguas que se conocen en todo el mundo han recibido el nombre de Oldowayen —por la garganta de Olduvai, en Tanzania—, y los especímenes más antiguos del Africa oriental datan de hace 2,5 millones de años<sup>3</sup>. Es posible que algunos de los descubrimientos efectuados en las antiguas graveras fluviales (las del Vaal o el Zambeze) o en las altas fallas marinas que bordean las costas del Africa austral pertenezcan también a esa misma época. Sin embargo, como esas herramientas no han sido encontradas en estratigrafía ni asociadas a elementos que permitirían datarlas, apenas es posible pronunciarnos sobre su antigüedad, aunque ésta no podría remontar tan lejos. Pudiera ser que, lo mismo que el Gran Valle del Rift del Africa oriental, el Rift de Malawi conserve herramientas de esa época, así como fósiles de homínidos. El extremo septentrional de Malawi ha proporcionado un conjunto de vestigios de animales que datan del Plio-Pleistoceno, que forma el único lazo importante entre los vestigios del este y del sur de Africa, pero, por una razón desconocida, esa zona únicamente ha estado ocupada mucho más tarde por el hombre y sólo se encuentran unas pocas huellas de primates en los sedimentos de esas profundas cuencas del foso austral.

El utillaje de los yacimientos de australopitecos recientes (Swartkrans, Sterkfontein Extension y Kromdraai), cerca de Krugedorp, ofrece varios tipos distintos: «podones» o «tropezones», obtenidos por desprendimiento de esquirlas en una o en las dos caras de un canto o de un pequeño bloque para formar un borde cortante irregular; poliedros con frecuentes rasgos de cortes que atestiguan una confección por martilleo violento; herramientas de base plana y borde curvado, con otro borde abrupto hecho en forma de rascador tallado en una parte de la circunferencia; fragmentos para cortar y despedazar, y núcleos de los que esos fragmentos han sido intencionalmente cortados. Fragmentos y restos de talla son normalmente escasos en Sterkfontein Extension y en Swartkrans, lo cual es

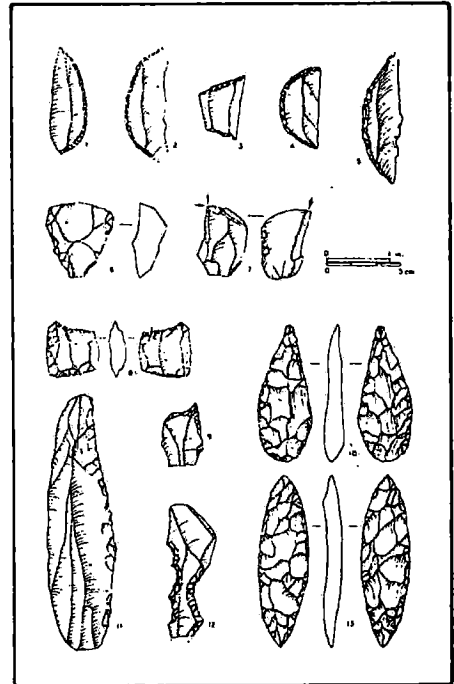
<sup>3</sup> Las herramientas de la toba KBS de Koobi Fora habían sido fechadas en 2,6 millones de años según dataciones al K/Ar (Potasio/Argón). Sin embargo, los resultados más recientes y las correlaciones faunísticas con la formación de Shungura de Omo y la de Koobi Fora del lago Turkana sugieren que su antigüedad habría sido sobreestimada y que una fecha de 1,8 millones de años sería más verosímil.



● 1. Acheulense inferior, Sterkfontein: bifaz, fragmento en forma de cubo y núcleo (fig. 83, en *Prehistory of the Transvaal*, R. Mason, 1962, Witwatersrand University Press, Johannesburg).

● 2. Herramientas del Acheulense superior, Kalambo Falls. Grandes herramientas en cuarcita, pequeñas herramientas en sílex negro; 1: rascador convergente; 2: rascador cóncavo; 3: rascador denticulado; 4: hachuela con aristas divergentes; 5: cuchillo sobre fragmento con bordes retocados; 6: hachuela con aristas paralelas; 7: bifaz ovalada; 8: esferoide; 9: punzón; 10: bifaz ovalada alargada; 11: bifaz lanceolada. Más de 190 000 años BP.

● 3. Herramientas de procedencia de los yacimientos de Howiesonspoor: 1, 2, 3, 4, 5: segmentos de círculo con bordes rebajados; 6: núcleo Levallois; 7: buril; 8: herramienta desconchada; 9: rascador; 10, 13: puntas bifaciales; 11: rascador; 12: rascador bilateral. Los ejemplares 2, 3 y 5 proceden de Howiesonspoor y todos los demás de la cueva de Tunnel (fig. 84, en «*The Stone Age Archaeology of Southern Africa*», C. G. Sampson, 1974, Academic Press, Nueva York).



2

3

una razón más para suponer que no fueron lugares de habitación. Sin embargo, a medida que las excavaciones sistemáticas de las brechas progresan en esos dos yacimientos y descubren conjuntos más completos, podemos confiar en saber mucho más sobre el utillaje de esos primeros homínidos.

En comparación con las industrias de los yacimientos del Africa oriental, las herramientas del Africa del Sur presentan características más próximas a la del Oldowayense reciente que a las del antiguo y, por tanto, pueden considerarse pertenecientes al Oldowayense evolucionado. En el Africa oriental, el Oldowayense evolucionado más antiguo data de hace unos 1,5 millones de años, y, teniendo en cuenta igualmente la fauna fósil, hoy se admite generalmente que los yacimientos australopitecos recientes en el Africa del Sur pertenecen a la misma época<sup>4</sup>. Están presentes, pues, dos líneas de homínidos diferenciadas con bastante nitidez: la del *Australopithecus robustus* y otra que corresponde a los primeros representantes de verdadera línea *Homo*.

## EL COMPLEJO ACHEULENSE

Casi en esa época aparece una segunda industria, llamada acheulense, caracterizada por grandes herramientas cortantes conocidas con los nombres de bifaces y hachuelas. Esa industria se distingue de la de Olduvai por la mayor dimensión de los objetos, fabricados con la ayuda de grandes fragmentos, en los que el corte que parte de bloques o de piedras gruesas exigía fuerza y destreza. Las herramientas oldowayenses, por el contrario, pueden ser todas tenidas en la palma de la mano o, para trabajos delicados, entre el dedo gordo y los demás. El Oldowayense evolucionado y el Acheulense han sido presentados como dos industrias contemporáneas que a veces se descubren en una forma puramente oldowayense o puramente acheulense, y a veces mezcladas en proporciones variables en el mismo yacimiento. Se han dado diversas interpretaciones a esas dos tradiciones tecnológicas. Se dice que eran el resultado de los homínidos pertenecientes a especies diversas, o también que eran el producto de actividades diferentes que exigían un utillaje distinto correspondiente a comportamientos diversos (ver capítulo 19). Esas dos tradiciones persisten y se encuentran en innumerables combinaciones hasta hace unos - 200 000 años, es decir, mucho tiempo después de la desaparición del *A. robustus*, provocada por su competición con el *Homo*. Preferimos, pues, explicar la existencia de esas dos herramientas distintas por unas diferencias de actividad o de modo de aprovechamiento de los recursos, y por unas alternativas fundadas en la tradición o por unas preferencias individuales, al ser fabricados el utillaje por una población de homínidos única en función de las circunstancias. La aparición relativamente súbita del Acheulense muestra, por consiguiente, que se aprovechaban nuevos recursos o que unos métodos mejores

<sup>4</sup> El doctor C. K. Brain ha anunciado recientemente que la brecha más antigua que contiene restos de *Australopithecus* y de *Homo* podría dividirse en dos niveles. El nivel I, el más antiguo, ha proporcionado *A. robustus* y *Homo sapiens*, y una sola herramienta innegable de piedra; el nivel II, más reciente, comprendería al *Homo sapiens* (*Teleanthropus*) y una industria lítica en la que figuran dos hachuelas acheulenses. Ese nivel II dataría de 500 000 años (C. K. Brain, Comunicación personal).



habían sido inventados para utilizar aquellos a los que el hombre aplicaba herramientas del tipo Oldowayense.

Los primeros conjuntos sudafricanos que pertenecen al Acheulense, y que pueden ser prácticamente contemporáneos del *Homo sapiens* y del *A. robustus* de Swartkrans, provienen de dos yacimientos vecinos situados en la confluencia del Vaal y su afluente, el Klip, cerca de Vereeniging. Se los encuentra en las gravas de una terraza a diez metros por encima del río actual; las herramientas son las más de las veces rodadas y, por consiguiente, en posición derivada y no en su contexto original. Está allí representada toda una gama de herramientas: bifaces en punta —obtenidos por un pequeño número de desprendimientos de grandes fragmentos o esquirlas—, hachuelas, poliedros, cantos manipulados, raspadores nucleiformes y un cierto número de herramientas de fragmentos apenas retocados, así como núcleos de restos de talla. Todos revelan el empleo de la técnica del percutor duro; según eso, corresponden al Abbevillense europeo. La presencia de dos formas que se asemejan a las bifaces en el yacimiento de Sterkfontein Extensión Site parece confirmar que éste no está muy alejado en el tiempo de los yacimientos de la Klip (Three Rives y Klipplaatdrif). Algunos descubrimientos de otros conjuntos de apariencia antigua han sido realizados en diversos lugares del África austral —por ejemplo, en las antiguas terrazas fluviales de Stellenbosch, en la provincia de El Cabo, o en los alrededores de Livingstone, en Zambia—, pero son muy incompletos y todavía mucho peor datados.

En alguna parte, entre un millón y 700 000 años, el tronco *Homo* primitivo (representado por el cráneo 1470 de Koobi Fora, al este del lago Turkana, y por los fósiles de *Homo habilis*, de la garganta de Olduvai, de la cuenca del Omo y de otros yacimientos) ha sido reemplazado por un tipo más robusto de capacidad craneal mayor, conocido con el nombre de *Homo erectus*. En el mismo momento, o quizás incluso un poco antes, los grupos de homínidos se habían extendido rápidamente hacia el norte de África y, ya en el exterior, a Europa y Asia. También se encuentran fósiles y vestigios culturales del *Homo erectus* en varias regiones del Antiguo Mundo, muy alejadas unas de otras. En África, los fósiles de *Homo erectus* nos son ahora conocidos gracias a la parte superior de la Bed II, de la garganta de Olduvai (una forma con cerebro desarrollado), en los descubrimientos de Melka Konturé, en Etiopía, y en los yacimientos del litoral y del interior de África del noreste y del Magreb, donde aquéllos están asociados a industrias del Acheulense anterior. En el África meridional, el *Homo erectus* era muy probablemente el autor de los vestigios acheulenses, pero no se ha descubierto ningún fósil en él.

Con la aparición del Acheulense posterior o evolucionado comenzamos a observar en el África austral, como en el resto del continente, una proliferación de yacimientos que indican un aumento general del número y tamaño de los grupos de homínidos. Es posible que la escasez de los yacimientos que pertenecen a tiempos más remotos sea debida en parte a la relativa escasez de los sedimentos conservados que datan de esa época. Pero eso no es, sin duda, la razón principal que pueda explicar el claro aumento del número de yacimientos acheulenses recientes, ni de su vasta extensión geográfica. Sin embargo, aunque se conocen numerosos yacimientos (389 en cuanto a África del Sur, en el Atlas de la

prehistoria africana, habiendo proporcionado la mayor parte de los sistemas fluviales explorados asociaciones de bifaces y de hachuelas características), muy pocos han sido excavados y también pocos han sido encontrados en su contexto original<sup>5</sup>. Ese contexto original hubiese preservado la situación de las herramientas, como asimismo de otros vestigios de habitación tras el abandono del lugar por sus ocupantes.

Los yacimientos excavados revelan la variedad de hábitats y algunos de los aspectos del comportamiento del hombre acheulense. Parte de los yacimientos aún no ha sido fechada con precisión, porque todos se sitúan mucho más allá del alcance del radiocarbono, y las rocas o sedimentos con que están asociados no se prestan al método del potasio-argón, ni al de la cronología fundada en las inversiones paleomagnéticas. El yacimiento más septentrional es el de Kalambo Falls, en la frontera entre Zambia y Tanzania (África central), donde un concurso excepcional de circunstancias ha permitido la conservación de madera en varios niveles de ocupación. Esa madera puede ser datada, y por una muestra de uno de los yacimientos se ha obtenido por el método de la arracimación de aminoácidos una fecha anterior a los - 190 000 años (J. Bada, comunicación personal). Esa fecha corresponde a la de Isimila, en el centro de Tanzania, donde una serie acheulense estratificada se ha fechado en - 260 000 años, poco más o menos, por el método torio-uranio. Es probable que alguna de esas industrias no se remonte más allá de los - 700 000 años, época a la que puso fin el último gran período de magnetismo inverso, el de Matuyana. Sin duda, esas industrias tampoco deben ser posteriores a los - 125 000 años, comienzo del último período interglacial (Eemense), en el curso del cual hicieron su aparición industrias más evolucionadas. Por tanto, pertenecen esencialmente a la época llamada Pleistoceno medio.

Los restos de hábitat de las ruinas de Kalambo estaban situadas en bancos de arena que bordeaban el río, y probablemente en el interior del bosque ripícola que cubría las orillas en esa época. El estudio de los pólenes muestra que, al principio del Acheulense, la temperatura era más elevada y las precipitaciones un poco menos abundantes que hoy; pero la transición hacia una mayor aridez no bastaba para modificar sensiblemente el manto vegetal que entonces, como hoy, consistía en un bosque ripícola perenne, con valles poco profundos y herbosos, periódicamente inundados (dambos); sobre las pendientes poco elevadas había un bosque claro con *Brachystegia*. Sin embargo, hacia el final de la fase acheulense, el estudio de los pólenes y de los vestigios vegetales macroscópicos denota una baja temperatura y cierto aumento de las precipitaciones que dieron lugar a algunas especies vegetales que hoy en día crecen a unos 300 metros más de altura para descender hasta el nivel de la cuenca local de Kalambo. Se cree que los niveles de hábitat no habían sido ocupados más que durante una o dos estaciones, tras lo cual el suelo estaba recubierto por depósitos de arena fluvial, y por limo y cieno sobre los que se establecían instalaciones similares ulteriores. Esos horizontes muestran concentraciones claramente delimitadas, en las que se ha descubierto un

<sup>5</sup> Por ejemplo, se encuentran en la parte occidental del valle de Vaal y de muchos de sus afluentes grandes cantidades de herramientas acheulenses, pero, aunque algunos de esos conjuntos testimonian cambios tecnológicos interesantes, todos han sido desplazados por la erosión y están en posición derivada.

gran número de bifaces y hachuelas, numerosas herramientas de fragmentos retocados, rascadores nucleiformes, así como picos, poliedros y esferoides en menor cantidad.

Diferentes instrumentos de madera están asociados a esa industria: un venablo, bastones para escarbar, bastones cortos y puntiagudos (que servían también para cavar), una herramienta delgada en forma de lámina y fragmentos de corteza que pueden haber servido de platos. Algunos de esos horizontes presentan numerosas huellas de utilización del fuego: troncos de árboles calcinados, carbón de madera, cenizas y montones ovalados, en forma de cubos rotos de hierba carbonizada, así como plantas leñosas que han podido servir de camastros de paja. Además se ha descubierto allí un gran número de semillas y de frutos carbonizados, que pertenecen a clases y a especies de plantas comestibles, que crecen aún hoy día en la cuenca de Kalambo. Como lo atestiguan su madurez al final de la estación seca (septiembre y octubre), se presupone que esas instalaciones acheulenses eran campamentos ocupados durante esa estación.

Ningún resto de fauna se conserva en Kalambo Falls, pero en Mwanganda, cerca de Karonga, en el extremo noroeste del lago Malawi, se encuentra otro yacimiento del Pleistoceno medio: un elefante fue allí despedazado, no lejos de una corriente de agua, que corría hacia el este hasta el lago. Parece que grupos de individuos habrían participado al menos en esos trabajos de descuartizamiento, porque se han encontrado tres conjuntos de huesos separados, asociados cada uno a una herramienta de piedra utilizada *in situ* antes de ser abandonada. En su mayor parte, esas herramientas son fragmentos apenas retocados, pequeños rascadores y algunos «cantos manipulados». En realidad, se trata de Oldowayense evolucionado, en el que se refleja el utillaje del Oldowayense primitivo. En Oppermansdrif, cerca de Bloemhof, unas excavaciones han proporcionado interesantes indicaciones sobre la eficacia del hombre acheulense como cazador, así como sus técnicas de corte de carne y extirpación de desechos óseos. Estos eran apilados en varios montones, a lo largo del río, mezclados con bifaces procedentes del mismo horizonte.

Las herramientas acheulenses están a veces asociadas a unos afloramientos de materias primas mezcladas con escombros y con desechos de fabricación. Esos yacimientos (como el de Gwelo Kopje, en Zimbabwe) nos enseñan poco sobre el entorno, pero parece que fueron ocupados de un modo regular; tal es el caso de Wonderboompoort, cerca de Pretoria, en el Transvaal, yacimiento donde se han encontrado restos que forman una espesa capa de 3 metros y que parece estar asociado a uno de los puntos de paso de caza en la cadena de Magaliesberg, entre el *middleveld* y el *highveld*.

Sea como fuere, en el transcurso del Acheulense, el hombre se instalaba siempre en las proximidades de un punto de agua —por ejemplo, en los *dambos*—, donde la caza acostumbraba a reagruparse y el agua no faltaba nunca. Un yacimiento semejante existe en Kabwe (Broken Hill), cercano al célebre Kopje, donde ha aparecido el cráneo y otros restos del *Homo rhodesiensis*. Allí se ha descubierto una pequeña colección de grandes herramientas cortantes asociadas a objetos de forma esférica y a un cierto número de pequeñas herramientas de cuarzo. En Lochard (Zimbabwe), a caballo de la línea que divide las aguas del

Zambeze y del Limpopo, existe otro yacimiento en un *dambo* que aún no ha sido excavado y ya ha proporcionado diversas bifaces y hachuelas. Al norte de la región de Orange (África del Sur), el lugar llamado Cornelia, es otro ejemplo. A diferencia de los dos primeros yacimientos, Cornelia ha proporcionado numerosos vestigios de fauna, algunos de los cuales se cree que están vinculados a una industria que comprende algunas bifaces y hachuelas, así como cierto número de poliedros, de «cantos manipulados» y de pequeñas herramientas. Es posible que los animales, en particular los búfalos gigantes, hubieran sido obligados a meterse en el fango de los *dambos* y muertos allí. Hay motivos para pensar que, en esa época, el *highveld* estuviera bien regado y cubierto de hierba baja, bosquesillos diseminados y bosques ripícolas, casi como hoy. En la maleza estépica del Karroo, al norte de la provincia de El Cabo y de Botswana, la población acheulense se hubiera fijado en torno a las balsas y a las cuencas lacustres poco profundas, que abundaban en la época por esa región. Cerca de Kimberley, Doornlaagte es típico en esa clase de establecimientos; allí se han encontrado, aparentemente en su contexto de origen, toda una serie de herramientas encementadas y consolidadas en una costra calcárea. El yacimiento fue ocupado en muchas ocasiones durante un período bastante largo, pero la fauna está ausente.

En Elandsfontein, cerca de Hopefield, en la parte occidental de la provincia de El Cabo, alrededor de las charcas o *vleis* y de las hondonadas situadas entre las antiguas dunas de arena estabilizadas, el hombre acheulense debió encontrar un terreno escogido para la caza de los grandes mamíferos. La fauna es la del Pleistoceno medio; está en general caracterizada por la fauna histórica de El Cabo: elefantes, rinocerontes, jirafas, hipopótamos, antílopes de mediano y gran tamaño, *Equus* y jabalíes. También allí es posible que los animales fuesen muertos tras haber sido acorralados hasta los terrenos pantanosos; tampoco es imposible que se hubiese practicado el envenenamiento de abrevaderos. Ese yacimiento ha proporcionado la coronilla craneal de un hombre muy próximo al de Kabwe (Broken Hill) e indiscutiblemente más avanzado que el *H. erectus*. Así pues, nada permite pensar que, en el oeste de El Cabo, el entorno haya sido sensiblemente diferente del que existe hoy.

Los hombres del Acheulense también vivieron en el litoral, como lo testimonia el importante yacimiento descubierto más al sur, en la estrecha llanura costera del cabo Hangklip (False Bay), en las dunas de arena consolidadas que recubren la playa a lo ancho de 18 metros. Tampoco allí hay fauna, pero el yacimiento ha proporcionado bellos bifaces y una menor cantidad de hachuelas, así como numerosos rascadores hechos de fragmentos, raspadores nucleiformes y pequeñas herramientas. Es importante advertir, no obstante, que en esa época, tanto en los ríos atlánticos de Marruecos como en la cuenca mediterránea, el hombre no se alimentaba de mamíferos marinos ni de peces, sino casi exclusivamente de mamíferos terrestres.

El hombre del Acheulense acampaba también en la proximidad de las fuentes, como en Amanzi, en la zona de las lluvias de invierno, al sur del Gran Declive, cerca de Fort Elisabeth. Varias fuentes, cuando estaban activas, vertieron allí sus aguas, y con ellas una serie de arenas estratificadas, mientras que durante los tiempos muertos, en el transcurso de los cuales crecían los carrizos y otros

vegetales, se formaban capas de turba. El hombre del Acheulense frecuentaba regularmente esas fuentes acampando en sus alrededores, donde las herramientas que abandonaba eran pisoteadas por los elefantes y otros animales, atraídos también ellos por esas mismas aguas. Se han descubierto algunos conjuntos esparcidos y, según los vestigios de madera, de plantas y de pólenes, parece que la vegetación de la época no difería sensiblemente de la que se encuentra hoy en cabo Macchia.

Por último, en el África austral, el hombre del Acheulense a veces ocupaba grutas, de las que deben destacar dos. La primera, la Gruta de las Chimeneas (*The Cave of Hearths*) está situada en Makapan, en el *bushveld* del Transvaal septentrional, y contiene unos nueve metros de depósitos con unos niveles de ocupación acheulense y de chimeneas. El análisis de los sedimentos muestra que las precipitaciones eran entonces más fuertes que hoy. La fauna pertenecía generalmente al Pleistoceno medio, emparentándose con la del *bushveld* actual. Ese yacimiento ha proporcionado igualmente un fragmento de mandíbula humana: se trata de un individuo joven que puede tener afinidades con los fósiles neanderthaloïdes o, quizás, «rhodesioïdes»<sup>6</sup>. El mobiliario es comparable al de Kalambo Falls, de Hangklip y de otros yacimientos donde se han descubierto grandes herramientas cortantes, mezcladas con un utillaje abundante y de pequeño tamaño. La segunda gruta, la de Montagu, al sur de la provincia de El Cabo, está próxima a una fuente y corriente de agua permanentes, y rodeada de vegetación de monte bajo. También contiene cierto número de capas superpuestas de la época acheulense posterior, pero desgraciadamente no ha proporcionado resto alguno de fauna.

Esos diversos yacimientos constituyen buenos ejemplos de los diferentes tipos de hábitat adoptados y de la variedad de las herramientas acheulenses del Pleistoceno medio. Todos los hábitats tienen en común algunas características. Están en países descubiertos, desde los bosques claros de hoja caduca (Kalambo Falls, Kabwé [Broken Hill]) hasta las praderas y parques naturales (Lochard y Cornelia) o en terrenos de matorrales (Montagu y Amanzi). Todos se encuentran en la proximidad inmediata del agua, allí donde los árboles daban sombra y frutos comestibles, y donde la caza tendía a agruparse a medida que la estación seca avanzaba. Todos están situados en lugares donde existen hoy varias asociaciones vegetales (zonas llamadas *ecotones*) y, aunque el marco general sigue siendo el mismo que en el pasado, como lo indican los vestigios actuales, todas esas asociaciones vegetales podían ser aprovechadas no lejos de los lugares de hábitat. Allí donde se ha conservado la fauna, los yacimientos revelan una predilección por la caza mayor: elefantes, hipopótamos, jirafas, grandes bóvidos y *Equus*; entre los desechos también se encuentran pequeños bóvidos, suidos, etc.

Toda una gama de materias primas sirvió para la fabricación de la herramienta de piedra a partir de los recursos locales; tenemos así la prueba de que el hombre del Acheulense poseía una habilidad y facultad de adaptación poco comunes para tallar numerosas rocas con la ayuda de percutores duros y blandos, y producir herramientas muy refinadas. Sabía elegir entre varias técnicas diferen-

<sup>6</sup> Ver pág. 547.

tes la que mejor se adaptaba a los materiales utilizados. En todas partes donde gruesos cantos de sílex o de cuarcita constituían la materia prima, las bifaces eran talladas directamente partiendo de guijarros; pero, cuando había que utilizar bloques muy grandes, el hombre del Acheulense recurría a diversos métodos ingeniosos<sup>7</sup>, preparando y cortando un núcleo grande para obtener fragmentos importantes a partir de los cuales confeccionaba las bifaces y las hachuelas.

En el Africa austral, el Acheulense posterior se extiende probablemente sobre un período casi comparable al del Acheulense posterior del Africa oriental, o sea, quizás de - 700 000 a - 200 000 aproximadamente. Pero no existe aún método suficientemente exacto que permita medir las diferencias de edad entre las diversas industrias acheulenses. Cuando se disponga de esas precisiones y se haya podido excavar un mayor número de yacimientos en estratigrafía, sin duda será posible definir cuantitativamente las tendencias generales de la tecnología de las herramientas y el parentesco que debe existir entre las diferentes variantes de un yacimiento determinado y la época en que fue ocupado.

Como se ha expuesto en este resumen necesariamente breve, las industrias acheulenses se adaptan a algunos modelos tipo que se encuentran en el conjunto del mundo acheulense. Se trata de herramientas que consisten principalmente en bifaces y hachuelas: unas, que comprenden cantos manipulados y un utillaje más reducido al modo del Oldowayense evolucionado, otras también, que muestran diversas combinaciones de esas dos tradiciones, y algunas, en fin, en las que predominan los picos, los rascadores nucleiformes y otros instrumentos «pesados». Por consiguiente, mientras que existe una grandísima variedad en la composición de las industrias, en la naturaleza del hábitat y de sus recursos, algunas características generales parecen comunes al conjunto del Acheulense y hacen pensar que el modo de vida no variaba apenas de un extremo a otro del mundo de la bifaz. El marco general del comportamiento de los homínidos en el transcurso del Pleistoceno medio es, pues, el de grupos de cazadores-recolectores que tenían generalmente el mismo estilo de vida, tendiendo a agruparse y a comunicarse entre sí con más o menos eficacia. Formaban agrupamientos más importantes que en el pasado y se dirigían con mayor regularidad a ciertos lugares determinados, según un ritmo estacional. La estructura social debía haber sido también suficientemente fluida para permitir la libre circulación de individuos e ideas. Sin embargo, zonas importantes del continente africano, entre otras los bosques, permanecían aparentemente deshabitadas; y la dispersión del conjunto de la población implicaba probablemente el aislamiento casi total de cada uno de esos grupos con relación a sus vecinos.

#### EL ACHEULENSE FINAL O «FAURESMITHIENSE»

Se sabe desde hace mucho tiempo que existieron algunas industrias en la altiplanicie del interior. Están caracterizadas por bifaces de volumen generalmente

<sup>7</sup> Por ejemplo, Pseudo-Levallois, proto-Levallois, Levallois, Tachengit y Kombewa. Ver M. N. Brezillon, 1968, «La dénomination des objets de pierre taillée», *Gallia Préhistoire*, supl. IV, Paris, págs. 79-96 y 101-102.

más reducido, muy bien fabricadas, una gama extensa de herramientas hechas de fragmentos, y por rascadores nucleiformes; las hachuelas son relativamente poco numerosas. Esas industrias datan probablemente de una época más reciente que el Acheulense citado más arriba. Si eso es así, representan probablemente un estadio «final» de la tradición de las bifaces. Sin embargo, la mayor parte de las herramientas son recogidas en superficie y pueden haber sido mezcladas con elementos más recientes. La materia prima utilizada era generalmente la lidianita (pizarra endurecida) en las regiones donde abunda esa roca; en otras partes, la cuarcita era de uso más corriente.

Pocas series provienen de excavaciones y sólo un pequeñísimo número puede considerarse representativo. Una de esas series procede de una antigua depresión, cerca de Rooidam, al oeste de Kimberley. La industria estaba allí inserta en unos cinco metros de sedimentos, coronados de una costra de calcárea esteparia. Esos sedimentos representan una acumulación progresiva de depósitos coluviales debida a la acción de los arroyos. A veces de pequeñas dimensiones, las bifaces son de una factura más bien mediocre, y la mayor parte de las herramientas son pequeños rascadores y otros pequeños instrumentos retocados, todos de lidianita. En ese conjunto, el método de preparación de núcleos, conocido con el nombre de «técnica de núcleo discoide», que permite obtener varios fragmentos pequeños, está bien representado. Por el contrario, parece ausente la técnica «Levallois», que supone un solo fragmento mayor en cada preparación de núcleos. Otros dos yacimientos *in situ* (sobre el Vaal, cerca de Windsor-ten, y en la zona de la presa de Verwoerd, sobre el Orange) contienen una industria similar, pero con la presencia de las dos técnicas: el corte Levallois y el núcleo discoide. Parece que la tradición y quizás otros factores, como el tiempo, pueden explicar esa variedad en la forma de los fragmentos y del núcleo.

Se ha bautizado a esas industrias con el nombre de «Fauresmithiense», por el lugar de la región de Orange, donde las bifaces amigdaloides características han sido descubiertas por vez primera en gran cantidad y en la superficie. Sin embargo, no siempre se sabe si esas industrias representan una entidad suficientemente distinta del Acheulense para merecer un nombre propio. Con mayor frecuencia se las encuentra en las praderas y maleza del Karroo y en el monte bajo del Africa del Sur y de Namibia. La indicación de su posible edad sólo la proporciona una datación con torio/uranio sobre un carbonato de Rooidam; éste señala  $115\ 000 \pm 10\ 000$  años BP. Se ignora en qué época fueron reemplazadas las industrias fauresmithienses por un nuevo complejo o una nueva tradición tecnológica que explicase el utillaje, los fragmentos y las láminas, que marcan el comienzo de la Middle Stone Age. Parece que ese cambio pudo ocurrir entre los  $-100\ 000$  y  $-80\ 000$  años.

En las regiones con más fuertes precipitaciones y de vegetación más densa del Africa central, no es el Fauresmithiense el que reemplazó al Acheulense posterior, sino unas industrias que presentan una importante proporción de herramientas pesadas, picos, bifaces, cantos manipulados y rascadores nucleiformes. Es cierto que esos tipos de herramientas aparecen ya en las industrias acheulenses, pero, a excepción de un tipo poco conocido, nunca habían prevalecido en esa época sobre los demás tipos de herramientas. No obstante, semejante equipamiento pesado se

hace preponderante más tarde en las zonas de precipitaciones más fuertes y de temperaturas más elevadas, donde se encuentra mezclado con toda una gama de herramientas ligeras, hechas de fragmentos y esquirlas. Aparece en Zambia, Zimbabwe, algunas regiones del Africa del Sudeste (en particular en la llanura de Mozambique) y en las regiones costeras del Natal, donde pertenece a lo que se llama complejo sangoenense. En su mayor parte, los conjuntos sangoenenses no están fechados, a no ser de manera relativa por el método estratigráfico. No se sabe con certeza si son contemporáneos del Acheulense final (Fauresmithiense) de las sabanas herbosas, o más recientes que él.

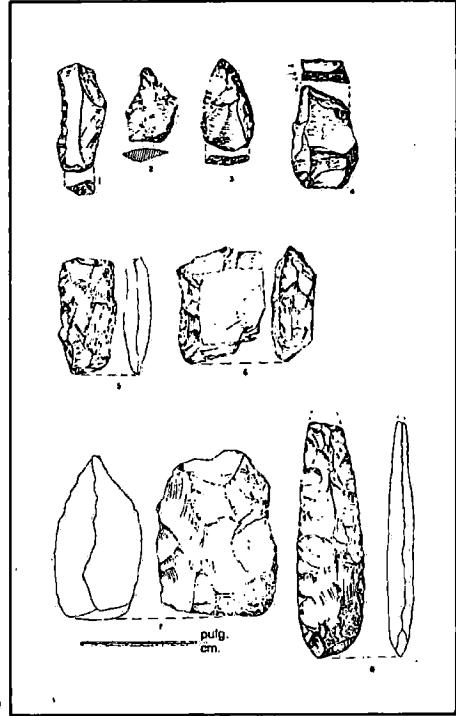
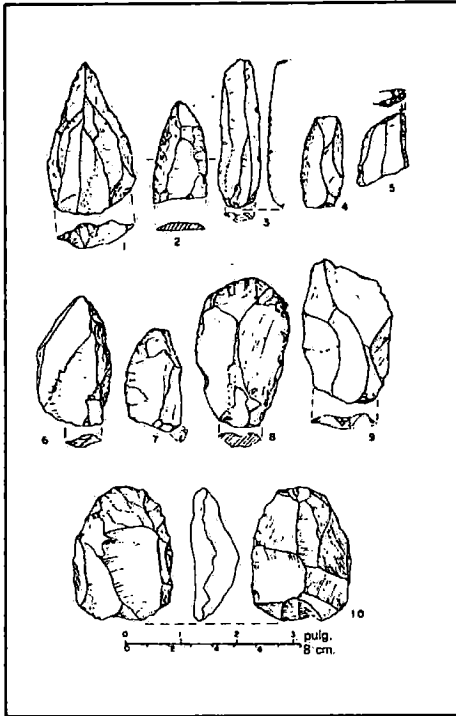
En Kalambo Falls, el tipo del Sangoenense local (industria de Chipeta) está fechado, según 12 resultados obtenidos por el método del radiocarbono, en 46 000 a 38 000 años BP. En el norte de Angola, en Mufo, una fase comparable data de hace unos 38 000 años BP. En Zimbabwe, el Sangoenense local (industria de Gwelo) es comparable a las industrias antes denominadas «Proto-Stillbayenses», pero podría ser más antiguo<sup>8</sup>. Pero eso, es más difícil establecer una correlación entre esas industrias de tipo sangoenense en las que hay que tener en cuenta factores ecológicos y otros, porque allí donde el hábitat, la tradición o consideraciones particulares han favorecido el empleo de esa herramienta pesada, es probable que haya desempeñado muy pronto un papel importante y que ese papel haya persistido también durante tanto tiempo como las razones que lo habían hecho adoptar. Es innegable que existe una correlación entre ese utillaje, por una parte, y las fuertes precipitaciones que crean zonas de vegetación más densas, por otra. Consecuentemente, hay que considerar esos elementos pesados más como determinados por unos datos ecológicos, que como representando a tal período o a tal estadio cultural en la evolución del utillaje de piedra. Asimismo, puesto que se puede ver que esos elementos sangoenenses están asociados a unos sistemas de vegetación más densos, se puede esperar que aparezcan primero en esas regiones, en la misma época que las fases finales del Acheulense (el Fauresmithiense) en las sabanas herbosas, y que estén ausentes de los hábitats más abiertos, donde el interés se había puesto, como hemos visto, en otros tipos de herramientas. Industrias de tipo sangoenense han sido descubiertas en Zambia, Malawi, Zimbabwe, Mozambique y Angola, así como en el norte y el sudeste del Africa del Sur. Así podemos detectar en el Fauresmithiense y en el Sangoenense el aliciente de una especialización regional del utillaje que refleja modalidades de adaptación diferentes según que se haya utilizado en las praderas o en los bosques claros y los bosques densos.

## MIDDLE STONE AGE

La necesidad de considerar las herramientas de piedra del hombre prehistórico —que es generalmente todo lo que queda de él— como el producto de la

<sup>8</sup> Son yacimientos en grutas en estratigrafía como las de Pomongwe y Bambata, y el yacimiento al aire libre de la meseta de Chavuma, según el cual esa industria ha sido rebautizada recientemente como «industria de Chavuma», que facilita mejor la idea, en Zimbabwe, de la composición de esos conjuntos protostillbayenses. Aunque no se dispone de ninguna fecha exacta, parece que la industria de Chavuma se remonta más allá de 42 000 BP. La industria de Gwelo es, por consiguiente, más antigua.

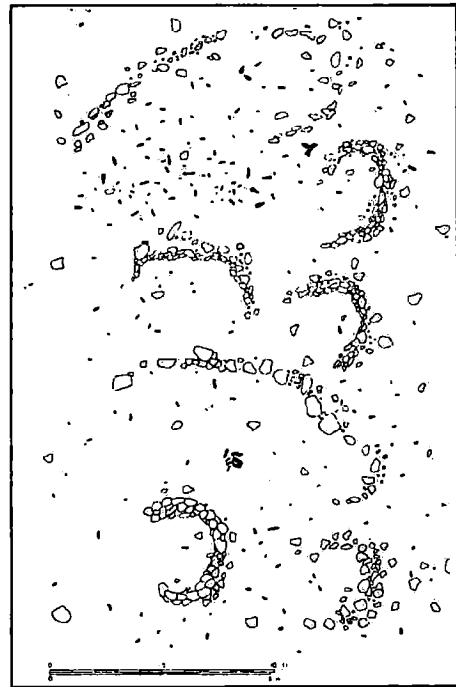




● 1. Objetos elaborados en la Middle Stone Age, procedentes de Witkrans Cave (fig. 11, en J. D. Clark, 1971, «Human behavioural differences in Southern Africa during the Later Pleistocene», *American Anthropologist*, vol. 73). Todos son de sílex negro, excepto el 6 que es de esquisto. 1 y 2: puntas unifaciales; 3: lámina utilizada; 4, 6 y 7: simples rascadores; 5: buril sobre truncamiento; 8: raspador; 9: fragmento Levallois; 10: núcleo Levallois.

● 2. Herramientas del Lupembiense medio, Kalambo Falls; cascote I, yacimiento B1, 1956. Todos son de sílex excepto el 4: buril diedro (corteza de sílice); 7: cuchilla (cuarcita); 1: rascador cóncavo simple; 2: raspador denticulado, convergente y con pico; 3: punta unifaz; 5: hachuela nucleiforme; 6: raspador nucleiforme; 8: punta lanceolada.

● 3. Reparto de las láminas y fragmentos de láminas utilizadas, con relación a estructuras en bloques de dolerita, en el horizonte primario de Orangia (fig. 58, en «The Stone Age Archaeology of Southern Africa», pág. 166, 1974, C. G. Sampson, Academic Press, Nueva York).



actividad y de las necesidades inmediatas de aquellos que las fabricaban, y no como la obra de poblaciones necesariamente distintas desde un punto de vista genético y étnico, se impone particularmente respecto a diversos componentes de los conjuntos regionales contemporáneos de lo que hace tiempo ha sido llamado la Middle Stone Age. Para asignar un conjunto a la Middle Stone Age, se tenían en cuenta principalmente ciertas características técnicas y tipológicas y el hecho de que se situaba estratigráficamente entre la Early Stone Age y la Late Stone Age. Esos términos evolucionistas, cronoestratigráficos, tienen hoy poca significación: siguen estando tan mal definidos como en el momento de su aparición. Además, la cronología con radiocarbono muestra que las fases tecnológicas sobre las que se basan esos conceptos son más conjeturales que reales, y que las técnicas y tipos de herramientas que constituían sus resultados finales trascienden de las fronteras horizontales tan artificiales. Al trabajar muy de cerca, como hace el prehistoriador, sobre objetos de piedra, se tiende a veces a despreciar el hecho de que éstos no sean más que la fracción subsistente de una gama amplia de herramientas y de materiales que no han sido conservados y que, si hubieran podido estudiarse, habrían cambiado seguramente nuestras concepciones de la tecnología prehistórica. Además, en todas partes donde la necesidad se ha dejado sentir, la tecnología cambia en respuesta a nuevas presiones y a las facultades de selección y de adaptación del grupo. Conviene tener en cuenta esos dos hechos cuando se estudian las industrias líticas que testimonian el comportamiento cultural en el transcurso del Pleistoceno reciente y del Holoceno.

En un momento determinado entre - 100 000 y - 80 000 años, el nivel del mar comenzó a bajar con relación al nivel sobreelevado de + 5 a 12 metros, que está bien representado por los restos de playas suspendidas en un determinado número de localidades del litoral meridional del continente<sup>9</sup>; y poco después el hombre comenzó a ocupar emplazamientos que le eran más convenientes en las playas abandonadas con posterioridad. Algunos de esos emplazamientos eran grutas y, a pesar de las particularidades locales, la tecnología de la época es generalmente similar en el Mediterráneo y en el Africa austral.

A comienzos de la última glaciación en el hemisferio norte corresponde, bajo los trópicos, una bajada de la temperatura (de unos 6 a 8 grados) y de la higrometría, aunque la bajada de los porcentajes de evaporación asegurase un aprovisionamiento de agua superficial regular, y quizás hasta más abundante que hoy. En el mismo momento, el clima semiárido, que era entonces el de la cuenca del Zaire en la zona ecuatorial, redujo considerablemente el bosque de hoja perenne o lo reemplazó por herbazales o bosques claros que ofrecían así a los hombres y a la caza un hábitat altamente favorable; unos y otros comenzaron entonces a poblar ese país entonces casi completamente deshabitado. Asimismo, durante el Pleistoceno posterior, el desierto de Namib, hoy tan inhóspito, fue ocupado por bandas de cazadores que nos han dejado su utillaje en los lugares de sus campamentos.

Durante la Middle Stone Age, la secuencia estratigráfica de cada gran región

<sup>9</sup> Se cree que el último nivel de las aguas altas corresponde a la transgresión del último interglacial (Eemiense) en la cuenca del Mediterráneo, en el que el nivel del mar es generalmente comparable: entre 6 y 8 metros.

hace coherente el progreso tecnológico desde los productos menos elaborados hasta los más evolucionados y la disminución progresiva de la talla de las herramientas. Sin embargo, la evolución de una región no es necesariamente comparable a la de otra, aunque se puedan determinar ciertas tendencias y características comunes. Numerosos factores —ecológicos, tecnológicos y sociales— son probablemente responsables de las variaciones regionales características de las industrias del Pleistoceno superior. Modos de vida diferentes exigían un utillaje diferente o imponían al utillaje utilizaciones también diferentes y, aunque las innovaciones tecnológicas a escala de continente hubiesen podido desempeñar un papel determinante en la época en que tal o cual detalle aparentemente nuevo hacía su aparición, probablemente la naturaleza de los recursos y los métodos tradicionales de su aprovechamiento han sido los factores decisivos de la aceptación de tal perfeccionamiento y de la fecha de su adopción.

En esa época, las técnicas básicas eran el método Levalloisense y el de los núcleos discoides utilizados para fabricar fragmentos y cortar las láminas, primero por percusión directa y después por medio de una pieza intermediaria. Los fragmentos y las láminas eran empleados para fabricar herramientas ligeras a las que se retocaba para darles forma de punta, rascador, cuchillo, buril (cincel), taladro, etc. En el África austral, las industrias regionales pueden agruparse según su tecnología en tres grandes unidades que son también en gran parte, si no completamente, unidades cronológicas. Por esa razón es más fácil considerarlas como grupos o fases mejor que como estadios que implicarían relaciones cronológicas.

El primero de esos grupos o fases (Grupo I) está caracterizado por grandes fragmentos preparados por el método Levalloisense y por largas láminas cortadas por percusión directa. Se conocen de ellas algunos conjuntos dispersos<sup>10</sup>. En los pocos yacimientos donde existe una secuencia estratigráfica, los fenómenos técnicos más evolucionados aparecen en los estratos superiores, y los conjuntos líticos del Grupo I son los más antiguos (por ejemplo, en la Gruta de las Chimeneas y en las depresiones de Kalambo); mas no parece que exista coherencia cronológica entre las diferentes regiones. Así, en Klasseies, se supone que la Middle Stone Age I data de unos — 80 000 años, mientras que la industria de Nakasasa, de Kalambo Falls, data de hace unos 39 000 a 30 000 años BP; las otras series no han sido descubiertas en contextos que se puedan datar.

Otras industrias que pertenecen al comienzo del Pleistoceno superior y se remontan, por tanto, a más de 40 000 años BP, pero que no entran en el Grupo I, presentan un conjunto de características diferentes. Tal es el caso de una industria de fragmentos, núcleos, rascadores nucleiformes, poliedros, yunques y herramientas de trituración hechas de dolerita, que proceden del nivel I de la capa de turba de Florisbad, en la región de Orange. Esas herramientas son en general atípicas y

<sup>10</sup> Así, el pietersburgiense inferior de la capa 4 de la Cueva de los fogones, en Makapan; la Middle Stone Age I, inmediatamente por encima de la playa en 6-8 metros en la desembocadura del río Klasiess; un yacimiento al aire libre en la región del Orange River Scheme (Elandskloof), y otro en el Transvaal central (Koedoesrand). Además, la industria de Nakasasa, en Kalambo Falls, se caracteriza por formas similares, aunque posee también algunas herramientas bifaciales toscas del tipo que se puede esperar encontrar con las industrias de los bosques claros de *Brachystegia*.

puede que no representen la gama completa del material fabricado en la época *in situ*; pero es igualmente posible que se las pueda asociar una lámina única, longilínea y retocada. Ese mismo nivel I ha proporcionado del mismo modo lo que parecía ser la empuñadura de un arma de lanzamiento curva, de madera, así como un fragmento de cráneo de homínido. Ese horizonte de Florisbad se remonta más allá de 48 000 años BP. Otra industria, que difiere de la del Grupo I, pero de la que resulta probablemente contemporánea, es la de Chavuma, en Zimbabwe, de la que ya hemos dicho anteriormente que se remontaba más allá de 42 000 años BP. Se caracteriza por picos, puntas, rascadores y láminas que tienen señales de utilización. Esas herramientas están talladas en una materia prima bastante variada —calcedonia, opalina, cuarcita, cuarzo, etc. En Zambia, la industria de Twin Rivers (datación: 22 800 ± 1000 años BP) se parece a la de Chavuma, aunque la datación, si es exacta, haga resaltar que un método fundado sobre la tecnología ha perdido hoy mucho de su valor como elemento de correlación entre las industrias de diferentes regiones.

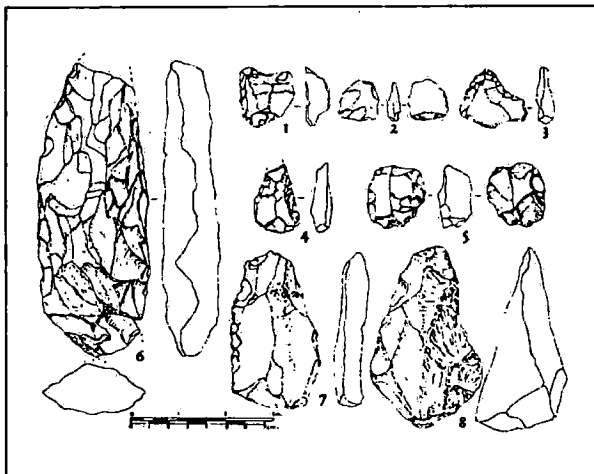
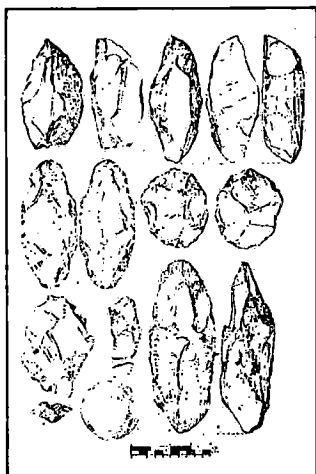
Numerosas series proceden de grutas y yacimientos de superficie que pertenecen a un segundo grupo de industrias (Grupo II)<sup>11</sup>. La datación las sitúa generalmente entre 40 000 y 20 000 años BP, pero a veces se prolonga más como, por ejemplo, en la costa meridional. Esas industrias están caracterizadas por la utilización diversificada de las técnicas de núcleos discoide y levalloisense, especialmente en lo que se refiere al corte de fragmentos triangulares, así como por la producción abundante de láminas. Láminas y fragmentos triangulares, tallados la mayoría de las veces en cuarcita y ladianita, son corrientes en las zonas de lluvias de invierno al sur del Gran Declive, en el sudoeste africano, y en los *highveld* de la región de Orange y Transvaal. En esas herramientas del Grupo II, los retoques no son nunca prolongados; generalmente se limitan a los bordes y quedan entonces denticulados. En los claros bosques tropicales del norte de Limpopo, donde la utilización del cuarzo estaba más extendida, se encuentran, sobre todo, fragmentos más cortos tallados en rascadores de diversas formas, con retoques igualmente limitados. Una parte del utillaje, restringida pero significativa, se compone de herramientas pesadas que pudieron ser producidas —se cree— con vistas a un uso más generalizado de la madera y sus productos.

Un tercer grupo de industrias (Grupo III)<sup>12</sup> se sitúa entre 35 000 a 15 000 años BP; se distingue por un número mucho mayor de herramientas de retoque amplio. El retoque de los rascadores y de los raspadores es casi total, y no escasean las formas en estrechamiento; las puntas foliáceas pueden ser retocadas sobre la totalidad de una sola o de las dos caras; los taladros y los trituradores son característicos. De modo general, las herramientas son de menos dimensiones y muestran, en el retoque, un refinamiento que no existía en los grupos anteriores.

Además de los tres grupos que acaban de describirse, hay un cuarto (Grupo

<sup>11</sup> Ejemplos de industrias del Grupo II: capa 5 de la Cueva de los fogones; capa 1 de la cueva de Mvulu en Transvaal, Middle Stone Age II del río Klassies; las herramientas de Mossel Bay y de la Cueva de Skildergat al sur de la provincia de El Cabo; en fin, la industria stillbayense de la cueva de Mumbwa, en Zambia.

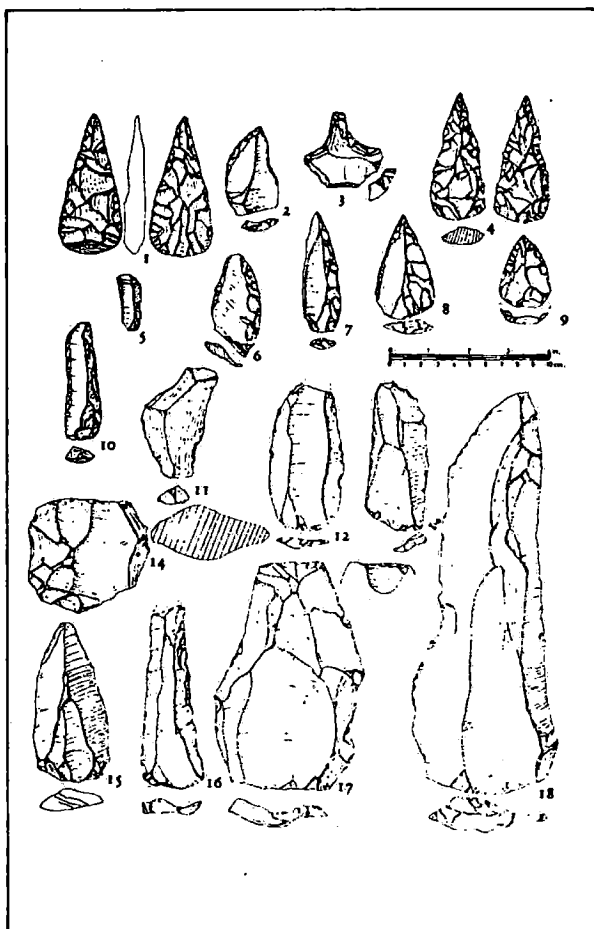
<sup>12</sup> Ejemplo: la industria del Pietersburgiense superior de la Cueva de los Toyers y de la cueva de Mvulu o de la Cueva de Border, en Natal; la parte superior del Stillbayense de la cueva de Peer en la provincia de El Cabo; la industria Bambata de las cuevas Khami, en Zimbabwe.



● 1. *Civilización sangoense de Rhodesia. Variante del Zambeze (división superior). 1 y 2: picos; 3 y 8: hachas nucleiformes; 4: núcleo discoide; 5 y 6: fragmentos retocados; 7: esferoide (Pl. XII, en «The Stone Age Cultures of Northern Rhodesia», J. D. Clark, 1950, South African Archaeological Society, El Cabo).*

● 2. *Industrias de la Middle Stone Age, Twin Rivers (Zambia). 1: rascador con ángulos; 2: fragmento utilizado de un núcleo discoide de pequeña dimensión; 3: rascador convergente; 4: rascador de punta acusada; 5: rascador de pequeña dimensión; 8: bifaz. Todos los objetos son de cuarzo, excepto el 3, que es de sílex negro, y el 8, de dolerita. Entre 32.000 y 22.000 años BP (fig. 34, en «The prehistory of Africa», J. D. Clark, 1970, Thames and Hudson, Londres).*

● 3. *Industrias de Pietersberg y Bambata, Cueva de los Hogares (Cave of Hearths), Transvaal, y Cueva de Bambata, Rhodesia. Herramientas características de los países de matorrales espinosos y del Bushveld (fig. 35, en J. D. Clark, 1970).*

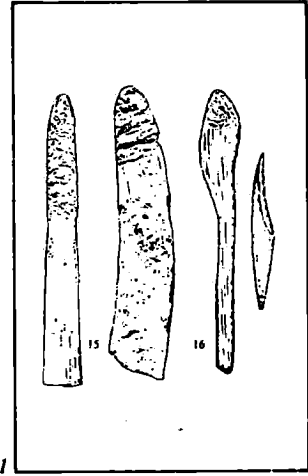
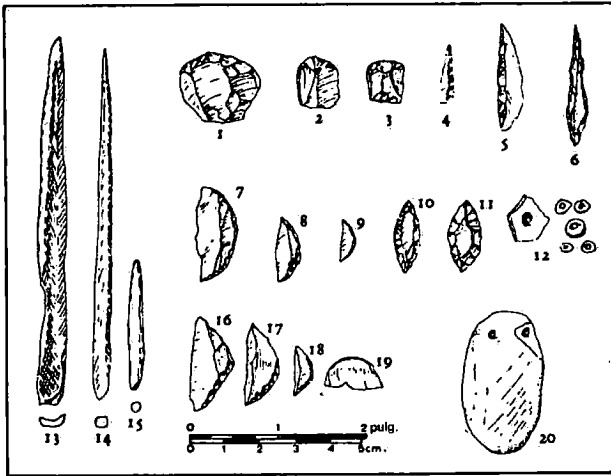


IV), que se distingue por algunas diferencias notables. Es el complejo conocido con el nombre de «Magosiense» o «Second Intermediate». Combina una forma evolucionada y con frecuencia miniaturizada de la técnica de núcleos discoides y de la técnica lavalloisiense con la fabricación de láminas delicadas, de bordes paralelos, cortados o afilados con una lima de hueso, de cuerno o de madera dura. Las materias primas elegidas son generalmente rocas criptocristalinas; y las puntas foliáceas o triangulares, los rascadores y los raspadores que de ellas se sacaron, a menudo por el método de los núcleos discoides y levalloisienses, están delicadamente retocados, a veces —se cree— por presión. A esas herramientas tradicionales de la Middle Stone Age se añaden otras hechas con láminas y fragmentos de láminas, frecuentemente de pequeñas dimensiones, uno de cuyos bordes ha sido eliminado, o también que fueron utilizadas o retocadas de diversas maneras, así como varios tipos de buriles, principalmente una forma carenada o poliédrica. Ese tipo de herramienta parece propia de ciertas partes del subcontinente, en Zimbabwe y Zambia, en el este de la región de Orange, al sur de la provincia de El Cabo y en ciertas partes de Namibia, por ejemplo. Pero está aparentemente ausente de la mayor parte de la zona central de la meseta interior, donde la lidianita ha proporcionado la principal materia prima. Aunque semejante distribución tiene una base ecológica, nos corresponde tratar de determinar los caracteres comunes a las regiones donde han sido descubiertas esas industrias del Grupo IV.

Se ha considerado que tales industrias «evolucionadas» representaban una fusión entre las técnicas del «núcleo preparado» de la Middle Stone Age y la técnica del corte de láminas por golpes del «Paleolítico superior». Apenas se remontarían más allá de 15 000 a 20 000 años BP y, en realidad, un determinado número de dataciones se sitúan en ese intervalo. Sin embargo, más recientemente se han obtenido varias fechas muy anteriores a aquéllas<sup>13</sup> para las industrias del Grupo IV, bautizadas con el nombre de *Magosienenses* o, en Africa del Sur, «Howieson's Poort» (según el nombre del yacimiento donde fue descubierta la primera herramienta característica, no lejos de Grahamstown). Desgraciadamente, a excepción de la gruta de Montagu, en la provincia de El Cabo, y de la industria de Tshangulan, en Zimbabwe, ninguna información precisa sobre la composición de esos descubrimientos está aún disponible, de tal suerte que no se sabe si todos esos conjuntos son homogéneos o si existe más de una industria.

Admitiendo, de momento, que los conjuntos son homogéneos, esas fechas remotas muestran que una tecnología evolucionada de la lámina coexistió en el Africa austral con las tecnologías tradicionales de los fragmentos preparados de la Middle Stone Age. La situación no difiere apenas de la del norte de Africa, donde dos complejos industriales contemporáneos, la cultura de Dabba y el Ateriense, se diferencian a nivel regional. La evolución y sucesión de las industrias de piedra han sido generalmente explicadas en el pasado por movimientos de poblaciones

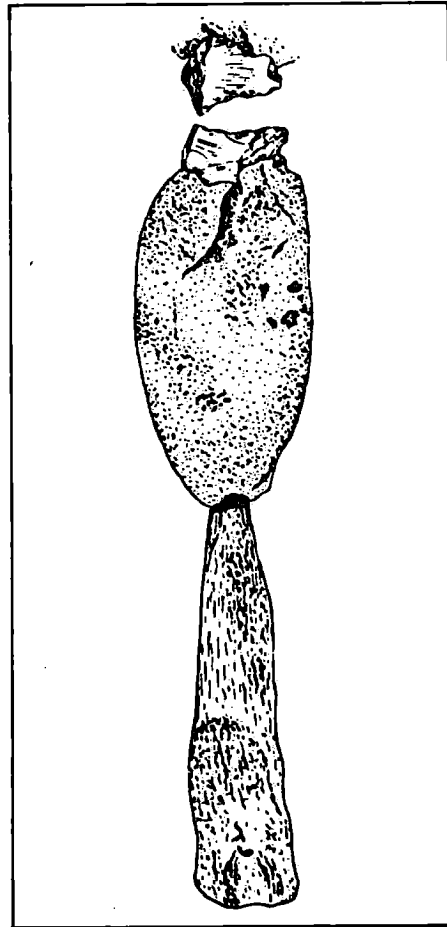
<sup>13</sup> Las industrias del Grupo IV han sido fechadas: en la Cueva de Montagu de - 23 000 a - 48 850. En Klassies, al sur de la provincia de El Cabo, las dataciones giran alrededor de 36 000 BP: en la cueva de Rose Cottage, en la región de Orange, es de - 50 000, y de - 46 300 para el «Epi-Pietersburgiense» en la cueva de Border. El Tshangulan, industria del Grupo IV, en Zimbabwe, se sitúa entre 21 700 ± 780 y 25 650 ± 1 800 años BP.



● 1. Herramientas de las industrias wiltonienses (1 a 12) de la provincia de El Cabo, Africa del Sur (según M. C. Burkitt, 1928): 1-3: rascadores cortos; 4,5: microlitos rectos con bordes rebajados; 6: punzón; 7 a 9: segmentos de círculo; 10 y 11: «dobles medias lunas»; 12: perlas de concha de huevo de avestruz. Los ejemplares 3, 4 y 12 proceden del refugio bajo roca de Wilton, y los demás de la Meseta de El Cabo. Sílex y calcedonia. Herramientas de las industrias de Matopan (= «Wiltoniense de Rhodesia») (13 a 20) procedentes de Amadzimba Cave, Matopos Hills, Rhodesia (según C. K. Cooke y K. R. Robinson, 1954): 13: punzón de hueso espatulado; 14: punta de hueso con reborde biselado; 15: elemento cilíndrico; 16-19: segmentos de círculo y media luna gruesa, de cuarzo; 20: colgante de pizarra (fig. 56, en «The Prehistory of Africa», J. D. Clark, 1970, Thames and Hudson, Londres).

● 2. Instrumento de madera, procedentes de yacimientos del Pleistoceno en Africa austral. 15: puño de un propulsor (a la izquierda), procedente del nivel I de la capa de turba, en Florida Mineral Spring; edad. 48 000 BP. Comparar con el puño de un propulsor australiano, en el que se han ejecutado estrías para que la mano no resbale; 16: maza y herramienta con doble punta, piso de ocupación acheulense, en Kalambo Falls (Zambia); edad 190 000 BP (láminas XV y XVI, en J. D. Clark, 1970).

● 3. Fragmento de azuela en forma de media luna, en sílex negro, colocada con la ayuda de masilla sobre un mango de cuerno de rinoceronte, procedente de una cueva de Plettenberg Bay, al este de la provincia de El Cabo (según J. D. Clark, 1959).



genéticamente distintas. Sin embargo, esa hipótesis de migraciones apenas está apoyada por otras pruebas, y el modo como las industrias han sido adoptadas por poblaciones de cazadores-recolectores y como aquéllas se extendieron entre las poblaciones debe depender mucho más de las ventajas y de la superioridad que las industrias poseían con relación al equipamiento tradicional, en especial cuando su empleo facilitaba el aprovechamiento de nuevos recursos. A menos que las migraciones no implicasen la ocupación de regiones «vacías», como el Nuevo Mundo, o la cuenca del Zaire y las zonas forestales del África occidental al final del Pleistoceno medio, cuando se realizan sobre largas distancias tales migraciones, son probablemente mínimas para unos cazadores-recolectores y atañen más particularmente a las poblaciones agrícolas. La invención independiente, por unas poblaciones casi aisladas que tenían similares recursos y métodos de aprovechamiento, constituye una explicación más verosímil de los cambios aportados a las herramientas; la explicación reside más en la difusión de un estímulo que en vastas migraciones étnicas.

A título de explicación, es necesario examinar brevemente los testimonios fósiles del África austral después de finales del Acheulense, con los que el cráneo de Saldanha parece que está asociado. Ya que el cráneo de Kabwe (Broken Hill) se emparenta tan de cerca con el de Saldanha, es probable que no estén tan alejados en el tiempo. El pequeño número de herramientas y de esferoides ligeros procedentes de Kabwe, que parecen haber estado asociados con los restos de homínidos, no son típicos y pueden situarse en cualquier fecha entre el Acheulense posterior y el comienzo de la Middle Stone Age. Niveles de hábitats en estratigrafía atribuidos a ese período han sido descubiertos en ese yacimiento, de tal modo que, mientras es posible suponer que el cráneo casi completo y los demás vestigios son representativos de la familia de homínidos a los que se debe el Sangoenense local o el Acheulense final, es imposible aportar una prueba de ello en tanto que un método de datación más preciso no se haya aplicado al propio fósil. Sin embargo, las analogías entre los fósiles de Saldanha y los de Kabwe (Broken Hill), entre el fragmento craneal (H. 12) de la Bed IV de la garganta de Olduvai y el de Njarassi, en el Rift del lago Eyassi, en el África oriental, parecían indicar que esas formas «rhodesioides» y otras formas emparentadas con el *Homo sapiens* reemplazaron al *H. erectus* al final del Pleistoceno medio (como al hombre del Neanderthal en Eurasia), y que al final del Pleistoceno superior los dos estaban ampliamente extendidos por las zonas tropicales del África subsahariana<sup>14</sup>.

Podemos pensar que los cambios climáticos que, según los estudios polínicos, limnológicos y demás, se produjeron en África al mismo tiempo que los que acompañaban en Eurasia a la última glaciación, a la dispersión general y al casi aislamiento de las poblaciones de homínidos provocaron cambios y una evolución en varias direcciones diferentes, en tanto que los propios homínidos se adaptaban con mayor eficacia, en los planos genético y cultural, a los variados entornos que habían logrado ocupar.

Cualesquiera que hayan sido las causas —dominio del lenguaje, evolución de

<sup>14</sup> Nuevas dataciones por «arracimamiento» para dos de los fósiles de homínidos indican un período que va de 100 000 a 200 000 BP (J. Bada: comunicación personal).



la estructura social, tecnología avanzada, etc.— que concedieron al hombre moderno (*H. sapiens sapiens*) una ventaja innegable sobre los otros homínidos, es cierto que aquéllas constituyen la base de las interacciones genéticas producidas por el reemplazo relativamente rápido de los neanderthaloides, rhodesioides y otras formas menos felizmente adaptadas. El hombre moderno (representado por los cráneos de la «Formación de Kibish», en la cuenca inferior del lago Victoria, en Kanjera) aparece presente en el Africa oriental hace unos 200 000 años BP. En el Africa austral, el cráneo de Florisbad, que data de hace más de 48.000 años, pertenece a una forma antigua, robusta y próxima al hombre moderno. Cierta número de fósiles más recientes, pero fechados con menos precisión, la mayor parte de los cuales se sitúan entre - 35 000 y - 20 000 años (Boskop, Grotte de Border, Tuinplaats, Skildergat [Gruta de Peer], Mimbwa y algunas otras), representan varias poblaciones en el plano regional y ya modernas, responsables de una u otra de las variantes culturales de la Middle Stone Age.

Hacia el final del Pleistoceno, hace unos 10 000 años, se diferenciaron poblaciones genéticamente emparentadas pero regionalmente distintas, antepasados lejanos de algunos de los pueblos de hoy: los ancestros de los san, grandes y pequeños, en el Africa meridional y del centro-este; los «negroides del Africa» ecuatorial y occidental; el perfil «nilótico» del Africa oriental. Los fósiles son fragmentarios, limitándose generalmente a un solo espécimen. Y es raro que se le encuentren indicaciones precisas en el alcance de las variaciones que es posible hallar en el seno de una sola y misma población. Sin embargo, no está menos claro que las «razas» africanas autóctonas tengan una antigüedad considerable en el continente donde se puede considerar que han evolucionado durante el Pleistoceno superior y los comienzos del Holoceno, como resultado de un largo período de adaptación y selección en las principales regiones biogeográficas.

Como queda indicado anteriormente, las láminas obtenidas por percusión indirecta y diversas herramientas en láminas de bordes doblados o truncados, descubiertas con el utillaje del Grupo IV (Howieson's Poort), han sido consideradas en el pasado como la señal de movimientos de población; tales herramientas habrían sido introducidas por grupos inmigrantes de «hombres modernos». Aunque esa «hipótesis étnica» se verifique con el tiempo o ese utillaje refleje la adopción de nuevas técnicas transmitidas por difusión de un estímulo y adoptadas porque permitían un aprovechamiento más eficaz de los recursos locales, o también porque eso fuera producto de factores totalmente diferentes, conviene esperar el resultado de un estudio definitivo de los yacimientos excavados para estar seguros sobre este extremo: Sin embargo, cualquiera que sea su causa, es poco dudoso que la introducción de la tecnología de las láminas se relacione con el desarrollo de las herramientas compuestas, en el que dos o varias piezas y/o materiales se combinen para producir un instrumento más perfeccionado y eficaz. La colocación de mangos de piedra o de otros materiales para así obtener una mayor eficacia comenzó probablemente en la época del Grupo II: las huellas de adelgazamiento en las caras dorsales de las puntas de Mossel Bay o el levantamiento del talón mediante retoques inversos parecen indicar modificaciones unidas a la fijación de un mango. Así, en Africa, el medio más sencillo de preparar un cuchillo de piedra o una punta de proyectil era probablemente utilizar

diferentes formas de masilla (resina, goma, látex, etc.) con ligamentos de fibras y de tendones.

La aparición del hombre moderno en la prehistoria va acompañada de toda una serie de innovaciones en el plano de las prácticas y las características culturales. Los sedimentos acumulados en las grutas y refugios bajo rocas, así como en algunos yacimientos al aire libre, en condiciones favorables, muestran que en lo sucesivo las instalaciones estacionales son una regla general. Parece que tenemos que referirnos a grupos mucho más estructurados, aunque hayan permanecido abiertos y aunque su composición haya estado sujeta a frecuentes modificaciones. La multiplicidad y normalización de los diferentes tipos de herramientas, la frecuencia mayor de las sepulturas intencionales y el depósito de objetos y de alimentos colocados cerca del muerto para permitirle afrontar el más allá, el empleo más regular de pigmentos en la decoración, probablemente el ritual, y hasta el gusto por la música que se observa en el norte de África: todo testimonia auténticas ventajas genéticas del *Homo sapiens sapiens*. Uno de los aspectos de la mayor especialización del utillaje a escala regional se explica por las preferencias locales hacia algunas especies de caza y el consumo más intensivo de ciertos alimentos vegetales, cuya preparación requiere la acción de moler y triturar. El material de triturar aparece por vez primera con los grupos III y IV, en especial poco después del año - 25 000. Todo un conjunto de herramientas pesadas acompaña a las herramientas más ligeras del norte y del nordeste de Zambia. Y refleja un marco de aprovechamiento que ofrece recursos muy análogos a los de Zaire y Angola.

La idea tradicional que se tenía de la Middle Stone Age y que comprende distintas variantes regionales (Stillbay, Pietersburg, Mossel Bay, Howieson's Poort, etc.), todas más o menos contemporáneas y caracterizadas por algunos fósiles directores, puede parecernos hoy excesivamente simplificada. Las industrias de la Middle Stone Age merecen ser consideradas como los productos de una adaptación regular a unas regiones o zonas biogeográficas distintas, donde las necesidades y actividades de los grupos humanos han dictado la elección de las materias primas a utilizar para la fabricación de los objetos de uso. Para establecer, a los ojos del grupo, la importancia relativa de los diversos materiales —madera, piedra, hueso, cuerno, etc.— lo mejor es comparar los datos de la paleoecología con los de las aproximaciones del tipo *site catchment analysis*<sup>15</sup>. Un conjunto de herramientas de piedra cualquiera no significa obligatoriamente «mediocridad», ni tampoco que un conjunto de herramientas de piedra «refinadas» sea señal de superioridad. Las herramientas líticas, por sí solas, nos proporcionan un mínimo de información en cuanto al comportamiento de aquellos que las han fabricado. Sólo es significativa la asociación de esos objetos y de todos los demás producidos por la actividad humana y conservados para una fase de ocupación. La estructura de los yacimientos de la Middle Stone Age es

<sup>15</sup> El «site catchment analysis» es un método recomendado por Vita Finzi y Higgs (1970) para establecer el potencial de los recursos de una región explotada partiendo de un yacimiento prehistórico determinado. Eso necesita la identificación de los límites del territorio y de la medida en la que el hábitat y el bioma diferían de los actuales. Vita Finzi y E. S. Higgs, 1970, «Prehistoric economy in the Mount Carmel Area of Palestine: site catchment analysis», *Proc. of the Preh. Soc.*, 36, 1-37.

menos conocida que la del Acheulense y que la de las épocas anteriores. La Gruta de las Chimeneas nos proporciona la prueba de la existencia de fogones o cocinas, y la Gruta de Montagu nos informa sobre el reparto de las herramientas en torno a los hogares en cada horizonte. El yacimiento de Orange I ha proporcionado «cimientos» de piedra en varios pequeños cortavientos, y se ha podido localizar una vasta zona de actividad protegida, en Zeekoegat 27, en la región del Orange River Scheme. Se han encontrado en Kalkbank, en el centro del Transvaal, osamentas amontonadas tras una o varias cacerías fructuosas; finalmente, tras los descubrimientos en la Gruta de los Leones, en Swaziland, parece que se comenzó a extraer la hematites para los pigmentos hace unos 28 000 años. Yunques preparados para el corte y debastado de las piedras han sido encontrados en los horizontes de Rubble I, en Kalambo Falls. Datan de hace unos 27 000 años BP. Igualmente se han descubierto en el mismo yacimiento pequeños círculos de piedra que quizás delimitaron las cocinas o fogones, mientras que los vestigios de un campamento temporal de la industria Bambata han sido descubiertos esparcidos en el río Nata, en Botswana. Los restos de fauna que corresponden a desperdicios de alimentos muestran que los animales grandes constituían la fuente principal de aprovisionamiento; algunos de ellos —búfalos, ñues, búbalos, cebras y suidos— figuran entre las especies más frecuentemente relacionadas con los lugares de habitación. En conjunto, parece que en los yacimientos de la Middle Stone Age se encuentra una mayor variedad de especies que en los del Acheulense. Sin embargo, aunque la adquisición de mejores armas de caza parece que permitió expediciones más fructíferas, el marco de caza sigue siendo muy variado. Y sólo en la Late Stone Age adquiere un carácter más selectivo.

En resumen, no es posible considerar las industrias de la Middle Stone Age como si encerraran una progresión simple y lineal hacia una tecnología más refinada y evolucionada. Por el contrario, si las dataciones son exactas, revelan cierto número de técnicas diferentes que tenían una base esencialmente económica. Esas técnicas se influyen mutuamente en diversos grados y pueden evolucionar en función de las necesidades materiales. Las distintas variantes identificadas reflejan probablemente diferencias regionales en materia de recursos y de su extracción, aunque la mayor parte de esas variantes exigen una definición más precisa. En algunas regiones, algunos yacimientos en estratigrafía (como la Gruta de las Chimeneas) dejan aparecer una secuencia claramente progresiva, mientras que, en otros (Klassier River, en la costa meridional del Africa del Sur y en la Gruta de Zombepata, en Zimbábwe), la sucesión estratigráfica recuerda las tradiciones musterienses del oeste de Francia, y algunos grupos pueden sucederse sin continuidad aparente. El reemplazamiento de un grupo por otro puede ser debido a causas económicas y reflejar cambios ecológicos, y, por consiguiente, indicar nuevas referencias alimentarias. Los escasos testimonios de que dispusiéramos confirmarían esa hipótesis, pero los análisis detallados de la fauna y los datos polínicos todavía no han determinado si tales variantes han podido ocurrir simultáneamente en vastas regiones biogeográficas o si sólo reflejan una evolución temporal de los recursos alimenticios de tal o cual hábitat.

Mientras que la Middle Stone Age, en el Africa del Sur, es casi contemporánea del Paleolítico superior europeo, sus fases primitivas, aunque sean muy poco

conocidas, generalmente parecen contemporáneas del Musteriense, o del Jabruense (Preauriñaciense) del Oriente Medio.

## LATE STONE AGE

En el Africa austral, la imagen clásica de la Late Stone Age es la de industrias principalmente microlíticas, bautizadas generalmente como «wiltonienses», por el nombre de la gruta situada al oeste de la provincia de El Cabo, donde esas industrias características ha sido descubiertas y descritas por vez primera, así como la industria de rascadores, llamada de Smithfield, en la zona de lidianita del *highveld*. No obstante, en algunos yacimientos del subcontinente se han descubierto industrias a las que se ha dado el nombre de prewiltonienses. Hicieron su aparición hace poco más de 20 000 años y señalan un cambio radical en la tecnología del utillaje lítico. Los «núcleos preparados» de la Middle Stone Age dan lugar a unos núcleos sin forma precisa, que se cortan de los fragmentos irregulares. Las únicas herramientas que conservan un carácter específico parece que son de los tipos variados de grandes rascadores y de los raspadores en fragmento o abruptos, así como varias formas de raspadores más pequeños y convexos. Se han encontrado especímenes en yacimientos de la costa meridional<sup>16</sup>, de la región de Orange<sup>17</sup>, del Transvaal<sup>18</sup> y de Manibia<sup>19</sup>, donde esos vestigios están asociados a la matanza de tres elefantes.

En Zimbábwe, la industria equivalente es el Pomobgwienense que se sitúa entre  $\pm$  9400 y 12 000 años BP. En particular está asociada a grandes cocinas con cenizas blancas y algunas de las primeras puntas de hueso, descubiertas en esa época. Tal vez haya que relacionarla con un nivel de la gruta Leopard's Hill, en Zambia, fechada en 21 000 a 23 000 años BP. Se han efectuado otros hallazgos, aún no fechados, en Pondoland (Gruta de Umgazana), en el valle del Medio-Zambeze, en Zambia (Lukanda) y en otras regiones. Según ese reparto, parecería que ese cambio tecnológico radical podría haber sido bastante general entre  $\pm$  20 000 y 9000 años. Las causas de ello permanecen inciertas. Sin embargo, el autor del presente capítulo supone que esa industria podría ser resultante de los cambios del entorno ocurridos en esa época, y se cree haberlo demostrado en cierto número de yacimientos del Africa austral (bahía de Nelson, Zombepata, etc.), y del desarrollo o la difusión de un utillaje y de técnicas más eficaces y, en particular, de nuevos métodos de caza.

Esas industrias «prewiltonienses» están asociadas al aprovechamiento de grandes ungulados: búbalos, ñúes, antílopes azules y quagga. Además, en la gruta

<sup>16</sup> Cueva de la bahía de Nelson, fechada de 18 000 a 12 000; Matjes River, que se remonta a 11 250/10 500 BP, y Oakhurst. En la cueva de la bahía de Nelson, una industria que abarca la industria de raspadores abruptos data de 12 000 a 9000 BP. La mayor parte de las herramientas son hechas de grandes fragmentos; no existen formas microlíticas. Una industria «pre-wiltoniense» análoga se encuentra en otros yacimientos de la región de las montañas meridionales, por ejemplo, en Memkoutboum, donde data de 10 500  $\pm$  190 BP.

<sup>17</sup> «Smithfield A», por ejemplo, la industria de la fase I, de Zeekoegat 13.

<sup>18</sup> Uitkomst, fechada en 7680 BP.

<sup>19</sup> Windhoek, que se remonta a  $\pm$  10 000 BP.

de la bahía de Nelson parece que tales industrias habían coincidido con un cambio ecológico ocurrido después de 12 000 años BP, cuando la fauna de las praderas fue reemplazada por las especies del bosque de hoja perenne; además, la aparición de una gran cantidad de animales marinos entre los restos de fauna indica que la subida del nivel del mar, en el transcurso de las últimas fases del Pleistoceno, había hecho posible el aprovechamiento directo de la fauna marina partiendo de esa gruta.

Hoy parece que las industrias de láminas, que comprenden un porcentaje elevado de formas microlíticas de borde abatido, pudieron aparecer en el sur del Africa central sensiblemente antes de lo que se había pensado. Una de las más antiguas de esas industrias está representada por el estadio antiguo de la industria Nachifusiense (Nachikufu I), de Zambia, en la cual la datación más antigua da  $16\,715 \pm 95$  años BP. Una industria wiltoniense local apareció en Zimbabwe hace unos 12 000 años BP (gruta de Tschangula), y un poco más tarde en el Africa del Sur (aproximadamente de 8000 a 5000 años BP). Esos ejemplos del sur del Africa central tienen como paralelas las industrias puramente microlíticas de láminas con reverso, que proceden de yacimientos del Africa oriental: las de Uganda (gruta de Munyama, isla Buwuma,  $14\,480 \pm 130$  años BP); la de Kenia, del Rift de Nakuru/Naivasha (Prolonged Drift,  $13\,000 \pm 220$  años BP) y de Tanzania central (refugio bajo rocas de Kiesese,  $18\,190 \pm 300$  años BP). En la cuenca del Zaire, el Tshitoliense representa una industria emparentada, pero regionalmente distinta ( $12\,970 \pm 250$  años BP).

La tradición microlítica coincide con el desarrollo de formas cada vez más eficaces de herramientas compuestas; una de las más significativas es el arco y la flecha. Se ignora en qué tiempo aparecieron esas armas en Africa por vez primera; sin duda fue en la primera fase del Pleistoceno. Pero tan importantes como los segmentos y las demás formas de herramientas de borde abatido de piedra, utilizadas como armaduras de flechas, fueron las diferentes formas de puntas de hueso y armas arrojadizas, que fueron probablemente también puntas de flechas. Algunas de ellas se remontan, sin duda, a 12 000 años.

Parece posible reconocer secuencias evolutivas en esas industrias microlíticas, en numerosos puntos del Africa austral, pero en otras regiones, como en el nordeste de Zambia, el núcleo discoide persistió aparentemente hasta el segundo milenio antes de la era cristiana, mientras que en otras partes (en la región de Orange, por ejemplo), los elementos microlíticos wiltonienses parece que desaparecieron para ser reemplazados por industrias en las que predominaba el raspador (Smithfield B).

Se conocen muchos más yacimientos de la Late Stone Age que de la Middle Stone Age, y hay razones para pensar que el principio del Holoceno fue un periodo de aumento demográfico. También a partir de esa época (10 000 años BP), las grutas y los refugios bajo rocas estuvieron cada vez más ocupados. Los recursos locales fueron explotados más intensamente que antes, y los restos de fauna descubiertos en los lugares de habitación muestran la importancia creciente de la caza y de la captura de animales determinados. Es probable que ese tipo de aprovechamiento fuese muy diferente del de los actuales san de Kalahari y de otros cazadores-recolectores de la zona tropical árida.

Los desplazamientos y el territorio de un grupo dependían, sin duda, de los recursos estacionales de agua, vegetales y animales, y es posible imaginar contactos regulares entre grupos vecinos. Los que vivían en las proximidades de las fuentes de agua dulce o de mar aprovechaban en lo sucesivo también los recursos locales en pescado, marisco y mamíferos acuáticos. Otros cazaban, sobre todo, los inmensos rebaños de antílopes, y otros también animales pequeños. En la región montañosa meridional de la provincia de El Cabo, las formas de herramientas más comunes son pequeños raspadores de diferentes tipos. Los desechos alimentarios provienen la mayoría de las veces de pequeños mamíferos, probablemente caídos en trampas. Además, en Zimbabue, Zambia y otros lugares, en las praderas y en los bosques claros, los industrias muestran numerosos segmentos microlíticos y láminas de borde abatido, asociados a desechos de grandes mamíferos. Esas herramientas indican que las armas principales debieron ser el arco y la flecha, teniendo los microlitos colocados mangos, solos o en parejas, para formar largas puntas cortantes parecidas a las del Egipto dinástico y a algunas de las flechas de los san de la época histórica que han llegado hasta nosotros. La extensión de los territorios de los grupos de cazadores debió depender de diversos factores ecológicos. En el oeste de la provincia de El Cabo (De Hangen) se ha visto que los grupos prehistóricos de san pasaban el invierno en la costa, viviendo sobre todo de los productos del mar, y el verano en las montañas, a unos 140 kilómetros en el interior, donde se alimentaban de plantas diversas, de hyrax, tortugas y otra caza menor.

En las regiones muy favorables del Africa austral, los cazadores-recolectores de la Late Stone Age ocuparon algunas de las zonas más ricas del mundo en recursos alimenticios animales y vegetales. Cuando, como en este caso, los recursos de caza eran prácticamente inagotables, no les faltaba tiempo a los cazadores para dedicarse a las actividades intelectuales, como lo atestiguan, por ejemplo, los maravillosos vestigios de arte rupestre de los montes Drakensberg, de Zimbabue y de Namibia. Es verdad que muchas de esas obras artísticas apenas se remontan más allá de 2000 ó 3000 años, pero no por ello dejan de ofrecer un testimonio incomparable del modo de vida de esos cazadores-recolectores prehistóricos, que en muchos aspectos se ha perpetuado hasta nuestros días entre los san del Kalahari central. Ciertamente, ese arte se remonta también a una remota época y las pinturas más antiguas descubiertas hasta ahora en el Africa central austral provienen del refugio bajo rocas de Apolo 11, en el sudoeste africano (Namibia), donde aparecen en paredes de roca de un nivel fechado en 28 000 años BP.

En el transcurso de los primeros siglos de la era cristiana, las poblaciones de la Late Stone Age que vivían de la caza y de la recolección fueron reemplazadas en gran parte del Africa austral por agricultores que conocían la metalurgia. Hay muchas posibilidades de que esas poblaciones hayan sido las precursoras de los emigrantes de lengua bantú que habrían partido de un territorio situado al noroeste (Chad y Camerún), para instalarse en el subcontinente. Por consiguiente, no existen en el Africa austral señales que prueben la cultura neolítica, lo que querría decir que allí no hubo agricultores fabricantes de alfarería, sino solamente poblaciones que conocían un utillaje lítico, principalmente de hachas afiladas y

pulidas. No obstante, hay que matizar esa afirmación diciendo que, aunque no hay huellas de agricultura antes de la aparición de las poblaciones de comienzos de la edad de hierro, es innegable que, en el sudoeste de Africa, algunos grupos de la Late Stone Age reciente tenían ganado lanar y después vacuno, lo más tarde hacia el primer siglo antes de la era cristiana y, casi con certeza, antes aún. Algunos de esos grupos se pueden asemejar a los Khoi Khoi históricos, es decir, a los pastores nómadas que no practicaban la agricultura, pero fabricaban un tipo determinado de alfarería. Sin embargo, ningún vestigio de hábitat pastoril identificado con certeza se ha descubierto aún, de modo que, a falta de poder contar con la arqueología, necesitamos recurrir a las fuentes históricas para conocer esos grupos. La cuestión se plantea igualmente para saber de dónde provenían sus rebaños. Según algunos autores, los datos lingüísticos indican que procederían de pueblos que hablaban las lenguas del Sudán oriental y central, mientras que otros se inclinan más bien por unos emigrantes de comienzos de la edad de hierro. Cualquiera que sea su origen, es poco probable que el comienzo de esa fase pastoral sea anterior a los 300 años antes de la era cristiana, y que se acabase en el siglo XVIII.

Así, los resultados de las investigaciones prehistóricas realizadas en el Africa austral muestran el papel preponderante que han desempeñado las tierras de la alta meseta interior en la evolución del hombre fabricante de herramientas. La ingeniosidad y eficacia crecientes con que las sucesivas poblaciones de homínidos supieron elaborar unos comportamientos y un capital cultural, que les permitieron aprovechar siempre más intensamente los recursos de los ecosistemas donde ellos vivieron, permiten explicar las diferencias étnicas y culturales que distinguen a los pueblos autóctonos de la actual Africa austral (San y Khoi Khoi, BergDama, Ova Tjimba, Twa y Bantú), demostrando la remota antigüedad y la gran continuidad de numerosos rasgos de comportamiento que han sobrevivido hasta nuestra época.

# PREHISTORIA DEL AFRICA CENTRAL

## PARTE I

R. DE BAYLE DES HERMENS

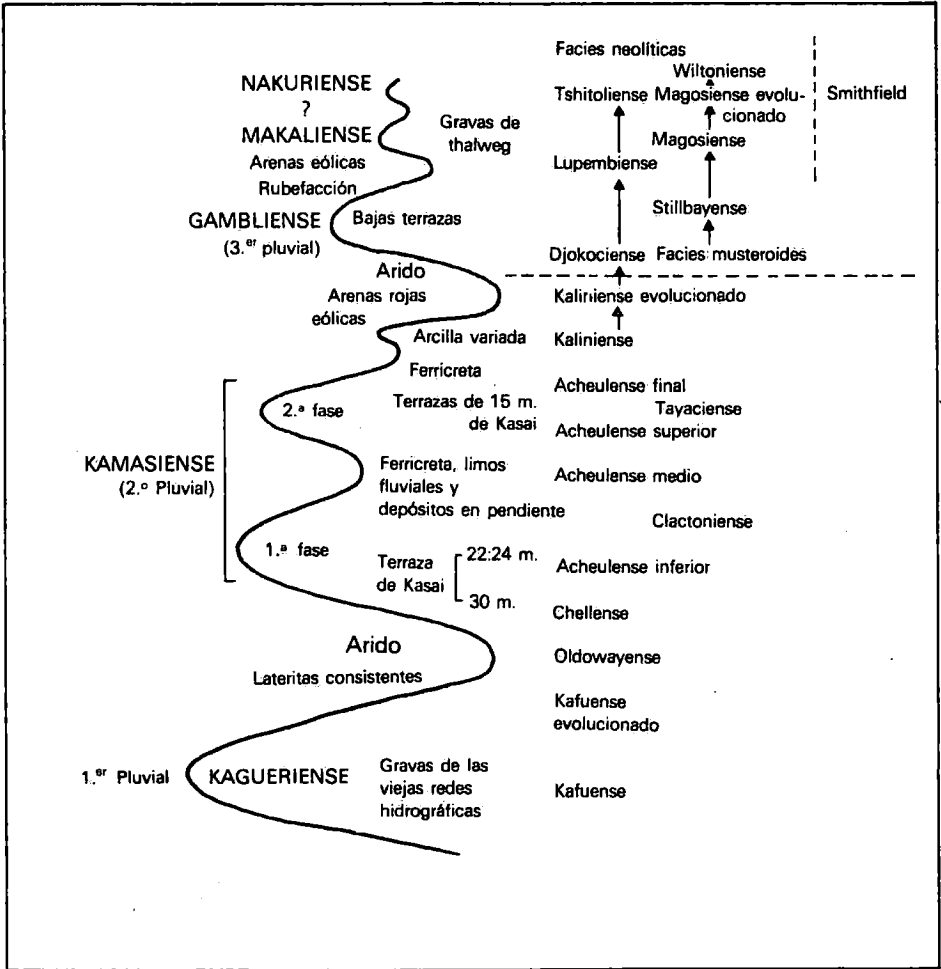
La cuenca del Zaire se extiende geográficamente desde el golfo de Guinea, en el oeste, hasta la zona de los grandes lagos, al este, aproximadamente en el paralelo 10 al sur de Angola y de Shaba (ex-Katanga) y en la línea de división de las aguas de las cuencas hidrográficas del Chad y del Zaire, al norte<sup>1</sup>.

Representa actualmente la zona esencialmente ecuatorial, y su manto vegetal, constituido por el gran bosque, es el más denso que se pueda encontrar en Africa. Por otro lado, sabemos que esa zona forestal se extendió durante algunos períodos muy húmedos mucho más al norte que lo está actualmente. En el transcurso de milenios, el bosque ha retrocedido no subsistiendo más que algunas galerías forestales más o menos anchas a lo largo de ríos y afluentes. Si insistimos en ese manto vegetal es porque ha sido un factor primordial en el desarrollo y evolución de las civilizaciones prehistóricas de esa región. Según los estudios y conocimientos actuales, las civilizaciones prehistóricas, y más particularmente —parece— las que sucedieron al Acheulense, han evolucionado *in situ*, condicionadas por el bosque primario y sin contacto con las poblaciones que vivían en las zonas de vegetación menos densa. Al norte, las grandes migraciones del Neolítico, caminando de este a oeste, bordearon el bosque y no penetraron en él, como si representase una auténtica barrera y un mundo donde no se aventuraban a entrar las poblaciones habituadas a vivir en las zonas de sabana y en los amplios espacios libres. Nada permite afirmar que las industrias del Paleolítico medio y superior, ni las del Neolítico, ni el arte rupestre, poco conocido por otro lado en la cuenca del Zaire, hayan tenido contactos con las poblaciones que vivían en un Sáhara que todavía no era el gran desierto árido que hoy conocemos. Si hay que encontrar contactos es hacia el este y hacia el sur de Africa adonde habrá que

---

<sup>1</sup> Entendemos por Africa central los países siguientes: Zaire, Centrafrica, República Popular del Congo, Gabón, Camerún y parte de Angola, Rwanda y Burundi.





● Variaciones climáticas e industrias prehistóricas de la cuenca del Congo, según G. Mortelmans (1952).

volverse, lo mismo que habrá que buscar allí el inicio de las migraciones de los grupos humanos que han poblado el gran bosque ecuatorial del oeste.

Desde el punto de vista climático, el Cuaternario de esa zona estaría muy próximo al del Africa oriental, no obstante, con variaciones locales debidas a la altitud tan notable de las zonas montañosas. Según G. Mortelmans (1952) existirían cuatro períodos pluviales y dos períodos húmedos<sup>2</sup>:

Nakuriense . . . . .	2.º período húmedo
Makaliense . . . . .	1.º período húmedo
Gambliense . . . . .	4.º período pluvial
Kanjeriense . . . . .	3.º período pluvial
Kamasiense . . . . .	2.º período pluvial
Kagueriense . . . . .	1.º período pluvial

De esas alternancias de períodos relativamente secos y de períodos muy húmedos, depende en cierta medida el poblamiento de una región, y esto por la modificación de lo que llamamos hoy «el medio ambiente».

La penetración difícil en el gran bosque ha hecho decir a varios prehistoriadores que el poblamiento de esa zona ha sido poco importante desde el Paleolítico inferior hasta el Neolítico. Por nuestra parte, no estamos de acuerdo con ese punto de vista, y conviene destruir el mito relativo a la dificultad de poblamiento de esa región. Si en toda esa zona la recogida de herramientas líticas ha sido en cierta medida poco abundante, es porque los investigadores han dudado de hacer búsquedas de larga duración en condiciones difíciles. A la vista de los resultados obtenidos recientemente por varias misiones en Angola, Centroáfrica y Zaire, y habida cuenta de las enormes cantidades de piedras talladas allí encontradas, hay que reconocer que el poblamiento prehistórico de lo que se ha convenido en llamar «el gran bosque» es tan importante como en los demás sectores de Africa.

Finalmente debemos advertir que, en la zona ecuatorial húmeda, los vestigios orgánicos no se han conservado debido a la acidez de los terrenos y que, por ese hecho, los fósiles humanos, los restos de fauna y el utillaje óseo están totalmente ausentes, con muy raras excepciones, referidas éstas además a períodos muy recientes, y hasta históricos.

## RESEÑA DE LAS INVESTIGACIONES

La prehistoria de la zona forestal ecuatorial de la cuenca del Congo ha sido ignorada durante mucho tiempo a causa de su enorme manto vegetal y de sus

<sup>2</sup> — *Nakuriense*. Fase húmeda definida por los depósitos de la playa inferior a la de los 102 metros del lago Nakuru, en Kenia.

— *Makaliense*. Fase húmeda reconocida en las playas lacustres de los 114 metros y 102 metros del lago Nakuru.

— *Gambliense*. El pluvial definido en torno a los lagos Nakuru, Naivacha y, sobre todo, Elmenteita (Gamble's cave), en Kenia.

— *Kanjeriense*. 3.º pluvial definido por L. S. B. Leakey según un depósito fosilífero descubierto en Kanjera, en el golfo Kavirondo.

— *Kamasiense*. 2.º pluvial que debe su nombre a depósitos de diatomitas estudiadas por Grégory, en Kamasia, en el Kenya Rift Valley.

colosales formaciones latéricas, en las que se encuentran incluidas las industrias de varias civilizaciones prehistóricas.

Para comenzar a conocer la prehistoria de ese sector, ha habido que esperar al desarrollo de las grandes obras públicas (construcción de ferrocarriles, carreteras, puentes y canales de saneamiento) y las prospecciones mineras, para que geólogos y prehistoriadores tengan a su disposición capas geológicas que descubriesen herramientas líticas.

En el Zaire, los primeros descubrimientos aislados de herramientas prehistóricas parece que son las del comandante Cl. Zhoinsky, descubrimientos realizados en el curso de la construcción de líneas de ferrocarril. Fueron estudiadas en 1899 por X. Strainer, quien intentó una síntesis provisional a pesar de la ausencia de toda estratigrafía. De 1927 a 1938, las investigaciones prosiguen, siendo publicados importantes trabajos, en particular los de J. Colette, F. Cabu, E. Polinard, M. Becquaert, G. Mortelmans, el Revdo. P. Anciaux de Favaux y el sacerdote H. Breuil. Los trabajos más recientes son los de H. Van Moorsel, F. Van Noten y D. Cahen, cuyas investigaciones se llevan a cabo actualmente.

Para la República Popular del Congo, zona esencialmente forestal, las obras públicas son menos numerosas; conviene, no obstante, anotar las investigaciones y los estudios de J. Babet, R. L. Doize, G. Droux, H. Kelley, J. Lombard y P. Le Roy, trabajos que se refieren especialmente a los descubrimientos realizados a lo largo del ferrocarril de Punta Negra a Brazzaville.

La prehistoria de Gabón es conocida por los trabajos de Guy de Beauchêne, B. Farine, B. Blankoff y Y. Pommeret, pero allí los conocimientos resultan bastante limitados, sin que se haya establecido ninguna estratigrafía de una manera cierta.

Los primeros trabajos efectuados en Centroáfrica son los del profesor Lacroix, quien hacia 1930 descubrió herramientas prehistóricas en los aluviones de los ríos de la cuenca de Mouka. Esos descubrimientos fueron publicados en 1933 por el sacerdote H. Breuil, y, el mismo año, Félix Eboué reproducía en un estudio de etnografía algunas herramientas de piedra descubiertas en el curso de diversos trabajos. Finalmente, en 1966 y 1968 es cuando investigaciones sistemáticas las ha efectuado en el país R. de Bayle des Hermens. Las publicaciones que les siguieron permiten tener una idea bastante exacta de las industrias prehistóricas encontradas en una zona donde no se conocía nada prácticamente.

La prehistoria de Camerún es muy poco conocida hasta estos últimos años, y ha habido que esperar los trabajos de N. David, J. Hervieu y A. Marliac para tener una visión general de otro sector de Africa, donde la prospección está por hacer.

En cuanto a Angola, hay que citar los nombres de J. Janmart, H. Breuil y J. D. Clark, que han realizado sus trabajos en los ricos yacimientos de aluviones de las canteras diamantíferas.

## BASES CRONOLÓGICAS

Para este apartado utilizaremos los trabajos de cronología del Cuaternario de la cuenca del Zaire, que han sido elaborados por G. Mortelmans (1955-1957) y que, a la vista de los conocimientos actuales, son los más aceptables.

## EL PLUVIAL KAGUERIENSE

Parece que es el pluvial más importante de los cuatro que se han sucedido. Es un período de excavación intensa de los valles y de formación de antiquísimas terrazas de gravas que contienen las industrias más antiguas de la cuenca del Zaire. Esas industrias, construidas casi en su totalidad por cantos manipulados, se clasifican en un pre-Acheulense inferior (Kafuen de G. Mortelmans). Un importante período árido sucede al pluvial Kaguériense y las antiguas terrazas se recubren de una potente capa de lateritas en la que se encuentra un pre-Acheulense más evolucionado, pero mal situado cronológicamente debido a su falta de estratigrafía.

## EL PLUVIAL KAMASIENSE

Se sitúa en la capa final del Pleistoceno inferior y cubre todo el Pleistoceno medio. En realidad se divide en dos fases separadas por un período más seco. En la cuenca del Kasai corresponden a ese período las terrazas de 30 y de 22-24 metros; en Saba (Katanga), y parece que también en el oeste de Centroáfrica, corresponden asimismo a ese período las gravas de las terrazas, las de los fondos de *thalweg* y las de los lechos fósiles de las corrientes de agua. Se produce entonces, en las regiones con relieves poco acentuados, el «terraplenamiento» total de ciertos lechos de ríos y la excavación de un nuevo cauce. En las capas profundas de esos lechos fósiles se encuentra un utillaje preacheulense más evolucionado que el que se encuentra en las antiguas terrazas del Kaguériense. Algunas bifaces comienzan a aparecer, pero su lugar cronológico no está tampoco situado con exactitud.

El fin del período máximo del kamasiense coincide con el Acheulense inferior, el cual sucede a las industrias de cantos manipulados. Ese Acheulense inferior posee también numerosos fragmentos tallados, pero en él se ven aparecer nuevas herramientas: las bifaces y las hachuelas en particular. Estas últimas, bastante escasas al principio, van a alcanzar pronto un lugar importante en el utillaje de esa civilización.

Una fase moderadamente seca sigue al primer máximo kamasiense. Y conoce la formación de nuevas lateritas, desprendimientos de pendientes y de depósitos de limos fluviales. Un Acheulense medio se sitúa en ese período. Generalmente está hecho con fragmentos que con frecuencia se obtienen por una técnica de corte lateral llamada «técnica Victoria West I»<sup>3</sup>.

El segundo máximo kamasiense<sup>4</sup>, menos acentuado que el primero, ve el depósito de nuevas gravas y la colocación y formación de las terrazas de 15 metros, en Kasai. El ciclo se termina con el comienzo de un nuevo período seco que ve la formación de nuevas lateritas. La evolución del Acheulense prosigue

<sup>3</sup> Nombre dado a dos técnicas de corte Levallois observadas particularmente en las industrias recogidas en los saltos del Zambeze (Victoria Falls).

<sup>4</sup> Algunos autores hacen de ese segundo máximo kamasiense el «Kanjeriense», lo que da cuatro períodos húmedos en lugar de tres, de los cuales uno tiene dos fases bien distintas.

con una nueva técnica de corte (Victoria West II) y el desarrollo de una nueva herramienta (el pico) que va a ocupar en zonas forestales un lugar considerable en los conjuntos industriales que suceden al Acheulense.

El período árido postkamasiense es el más importante conocido en esa región. El Sáhara se extiende hacia el sur y el desierto de Kalahari hacia el norte. Algunos autores creen que el bosque ecuatorial ha desaparecido prácticamente y que no subsiste ya más que por galerías forestales. Arenas rojas desérticas se acumulan en grosores a veces considerables. El Acheulense desaparece, o más bien parece transformarse *in situ* en una nueva industria, llamada Sangoenense, particularmente en el Africa ecuatorial y en las zonas forestales.

El utillaje se transforma, las hachuelas escasean y acaban por desaparecer, las bifaces se hacen más gruesas y macizas, los picos son muy abundantes, y nuevas herramientas, totalmente desconocidas en el Acheulense, figuran en el utillaje: piezas bifaciales estiradas y de grandes dimensiones. Ese utillaje será adaptado a la vida en un entorno forestal. Sin embargo, se da allí una contradicción con el entorno en que se ha desarrollado el Sangoenense, si se admite que el bosque ecuatorial prácticamente había desaparecido en el árido kamasiense donde aquél se sitúa. Hay que reconocer que el Sangoenense es actualmente una de las industrias africanas peor conocidas.

#### EL PLUVIAL GAMBLIENSE

El pluvial gambliense ve cómo se reconstituye el bosque ecuatorial, mientras que los ríos excavan valles y depositan los aluviones de las bajas terrazas, aluviones constituidos de arenas eólicas acumuladas durante el último período árido. En el Zaire occidental y en Kasai, el Sangoenense evoluciona hacia una nueva industria menos masiva, el Lupembiense, también considerado como una civilización forestal. Las regiones sudorientales ven desarrollarse industrias emparentadas con las del Africa del Sur y de Kenia: industrias de fragmentos y de láminas con facies musteroideas conocidas con el vocablo de Middle Stone Age (Edad media de piedra), mal situadas, tanto en su estratigrafía, frecuentemente inexistente, como en su tipología.

#### EL MAKALIENSE Y EL NAKURIENSE, FASES HUMEDAS POSTGAMBLIENSES

Esos períodos son mucho menos acentuados que los pluviales precedentes; entre los dos se intercala una corta fase seca, y el Nakuriense no es conocido muy claramente en la cuenca del Zaire. En el Makaliense, los ríos excavan ligeramente su lecho, y después se produce un nuevo «terraplenamiento». El Lupembiense evoluciona *in situ*, las herramientas se vuelven cada vez más pequeñas, mientras que cuchillas y puntas de flecha se hacen muy numerosas en el Tshitoliense, civilización de cazadores. En el Zaire oriental, en Shaba y en Angola se desarrollan varias facies incluidas en la Late Stone Age (Edad reciente de piedra), conjunto que, por otro lado, es necesario considerar seriamente porque en él se

han situado varias industrias, tan diferentes como inconexas, que no se sabía dónde situarlas con exactitud en la cronología.

Durante y después del período húmedo nakuriense, las industrias neolíticas —de las que forma parte el Tshitoliense— invaden toda Africa ecuatorial, donde ellas parece que tienen una duración mucho más larga que en otros sectores. Las civilizaciones del Cobre y del Hierro sólo penetraron en una época más tardía en esa región de acceso más difícil, hecho que muestra una vez más la evolución, sobre el terreno, de las civilizaciones prehistóricas.

## LAS INDUSTRIAS PREHISTORICAS DE LA CUENCA DEL ZAIRE

### LAS INDUSTRIAS PREACHEULENSES

Industrias prehistóricas muy antiguas formadas por fragmentos fracturados se conocen en toda la cuenca del Zaire. En general, son enterradas con las antiguas lateritas, como en la cuenca del alto Kafila, en el Zaire; y en Centroáfrica, en las formaciones latéricas de la meseta de Salo, del Alto Sangha. También se encuentran en los aluviones profundos de los lechos fósiles de ríos y afluentes de esa misma región. En Angola están incluidas en los aluviones profundos con componentes pesados de numerosísimos ríos.

Esas antiguas civilizaciones prehistóricas, llamadas «civilizaciones del canto manipulado», Pebble culture, Early Stone Age, tienen nombres diversos según los lugares y los primeros prehistoriadores. En realidad, todas se incluyen en una lenta evolución de las técnicas de talla que ha durado casi dos millones de años.

#### *El Kafuense*

Yacimiento epónimo: el valle del Kafu, en Uganda, descubierto por E. J. Wayland en 1919. La industria está formada por cantos de río en los que se han quitado tres fragmentos en sendas direcciones principales —pocas veces en una—, determinando así un corte tosco. El Kafuense se subdivide actualmente en cuatro niveles: Kafuense arcaico, Kafuense antiguo, Kafuense reciente y Kafuense evolucionado; esos cuatro estadios son reconocidos en Nsongesi (sur de Uganda) en las terrazas de 82 y 61 metros. El Kafuense evolucionado está muy próximo o casi es idéntico que el Oldowayense. Algunos prehistoriadores creen que los niveles antiguos del Kafuense no son pruebas de un utillaje humano y que los cantos hendidos que allí se encuentran se deben a fracturas naturales.

#### *El Oldowayense*

Yacimiento epónimo: Olduvai, en Tanzania, en la meseta de Serengueti, descubierto por Katwinkel en 1919, y célebre después, a partir de 1926, por los trabajos y descubrimientos de L. S. B. Leakey.

La garganta de Olduvai corta profundamente los depósitos de un antiguo lago pleistoceno medio y superior. Allí se identificaron once niveles «Chelleo-Acheulense» encima de un pre-Acheulense, que constituye el Oldowayense.

El Oldowayense es una industria hecha a partir de cantos de río, menos planos generalmente que los del Kafuense. La talla está más desarrollada y el corte sinuoso se obtiene por desprendimientos alternos que en el último estadio de esa industria acaban por producir una punta que anuncia ya las civilizaciones de bifaces. El Oldowayense es conocido en Shaba, en el oeste de Centroáfrica (yacimientos de aluviones del Alto Sangha), y parece que está presente en el nordeste de Angola, pero en cambio, a pesar del descubrimiento de fragmentos manipulados aislados en Camerún, Gabón y la República Popular del Congo, no ha sido localizado con certeza en esos últimos países al borde del golfo de Guinea.

### EL ACHEULENSE

El Acheulense es una civilización particularmente bien representada en la cuenca del Zaire, y algunos yacimientos de aluviones o de terrazas son de una riqueza excepcional. Las divisiones hechas en el Acheulense en cuatro o cinco estadios, según los autores, corresponden más especialmente a técnicas de talla y de acabado de las herramientas, las cuales son más tipológicas que estratigráficas. Los yacimientos acheulenses están en gran parte constituidos por los aluviones de las corrientes antiguas de agua, depositados en forma de terrazas, en gravas y en arenas de *thalweg* y en los lechos fósiles de pequeños ríos cuyos cursos se han desplazado. Las industrias no están *in situ*, han sido transportadas y concentradas por la acción de los arroyos y gastadas en el transcurso de ese deslizamiento. Debido a ello, el estudio del Acheulense en esos yacimientos está, sobre todo, fundado en la tipología y no en la estratigrafía, como en Olduvai, donde los depósitos lacustres que encierran las industrias tienen un espesor del orden de un centenar de metros.

La industria acheulense se caracteriza por un utillaje variado y mucho más elaborado que en las civilizaciones preacheulenses. El fragmento elaborado subsiste allí aún, pero se hace más escaso a medida que la industria evoluciona, sin, no obstante, desaparecer nunca. Nuevas herramientas toman en él una gran importancia: en primer lugar, la bifaz, objeto que, como su nombre indica, está tallada en las dos caras a partir de un canto o de un fragmento; su forma es oval o amigdaloides, su punta está más o menos esbozada, su base es frecuentemente redonda, su sección es con mucha frecuencia lenticular, y sus dimensiones son muy variables. Otra herramienta importante es la hachuela, caracterizada por un corte opuesto a la base y tallado a partir de un fragmento. A estas herramientas hay que añadir picos, poco numerosos en el Acheulense inferior y medio, pero muy abundantes en el Acheulense final. Con esas cuatro herramientas figuran en el utillaje numerosos fragmentos diversos, de dimensiones muy variadas que han sido utilizadas sin tallar, o retocadas para formar rascadores, raspadores y otras herramientas menos elaboradas, tales como piezas de muescas, por ejemplo.

La subdivisión del Acheulense que se basa en la tipología y en las técnicas de corte o debastado produce cinco estadios:

### *Acheulense I*

(Abbevillense o Chelense antiguo, para algunos autores)

El utillaje comprende grandísimos fragmentos, obtenidos por percusión de bloques rocosos sobre un yunque fijo. Esos fragmentos clactonienses son utilizados en bruto, pero las más de las veces son transformados en bifaces y hachuelas, herramientas pesadas y macizas, con aristas laterales muy sinuosas. La talla de los fragmentos manipulados no ha desaparecido, sino que, por el contrario, se ha desarrollado desde algunas bifaces llamadas «de base reservada», que constituyen el perfeccionamiento y el acabado de la talla de los fragmentos del Pre-Acheulense.

Ese estadio está representado en Shaba por los yacimientos de Kamoia y de Luena, descubiertos por F. Cabu. También existe en Angola septentrional, donde ha sido reconocido en la cuenca del Luembe. Algunos yacimientos del oeste de Centroáfrica pertenecen asimismo a ese estadio. Muy frecuentemente, las herramientas del Acheulense I, recogidas en los aluviones de terrazas o de lechos fósiles de ríos, están muy rodadas debido al transporte fluvial que han experimentado. Ese es el caso, en particular, de los yacimientos de Lopo y Libangué, en Centroáfrica.

### *Acheulense II*

(Abbevillense reciente o Acheulense inferior)

Es una industria muy próxima a la anterior que se encuentra igualmente en las gravas de los ríos de Angola y de Shaba, pero cuyas herramientas están menos rodadas y, sobre todo, más acabadas desde el punto de vista de la talla secundaria que las del Acheulense I. Las aristas de las bifaces y de las hachuelas se hacen más rectilíneas —parece— como consecuencia de una estría en el percutor tierno de madera o de hueso.

### *Acheulense III*

(Acheulense medio)

Ese estadio se encuentra en superficie sobre las gravas del Luena y del Kamoia, donde se encuentra incluido en los limos fluviales. Ve cómo se realiza una verdadera revolución en las técnicas de corte o desbastadura: la de la preparación de núcleos con vistas a la obtención de grandes fragmentos. Esa técnica, bien conocida en el África austral, es denominada «Victoria West I». Es la técnica proto-Levalloisiense. La preparación del núcleo condujo a un plano tallado por facetas o pequeñas superficies. El fragmento está separado lateralmente y después



retocado cuidadosamente para obtener una bifaz, una hachuela o un rascador. La talla se realiza por un percusor manual blando. Las herramientas son muy regulares y simétricas, y las aristas laterales se hacen prácticamente rectilíneas. Las hachuelas se hacen por un retoque alterno de los bordes laterales, lo que les da una sección romboide.

#### *Acheulense IV*

(Acheulense superior)

En ese estadio, las técnicas de corte o desbastadura siguen siendo en el fondo del mismo tipo, pero se perfeccionan (técnica Victoria West II). Se trata de un núcleo mucho más circular, como un plano tallado por facetas, del que se han separados grandes fragmentos en forma de bulbo, situado sobre una base estrecha y no muy larga, como para la técnica Victoria West I. Esos fragmentos sirven para la fabricación de las herramientas, bifaces, rascadores y hachuelas, todas ellas muy finamente retocadas. La sección de las hachuelas es trapezoidal o lenticular. Ese Acheulense superior se encuentra en el Kamoá, en los limos de edad kamasiese II y en el Kasai, en las terrazas de 15 metros.

#### *Acheulense V*

(Acheulense evolucionado y final)

El Acheulense final ve iniciarse una diversificación cultural en expresiones regionales mejor adaptadas —parece— al entorno climático y vegetal. Corresponde a instalaciones de los hombres sobre medianas y bajas terrazas secas. A las técnicas ya conocidas comienza a añadirse la técnica de corte o desbastadura Levalloisiese. El resto del utillaje no varía apenas del de los estadios precedentes, salvo en la perfección, el acabado y la aparición de bifaces y hachuelas de dimensiones muy grandes, sobrepasando algunas los 30 centímetros de largo. Una herramienta se desarrolló allí de manera considerable: el pico, robusto y macizo, de sección triangular o trapezoidal; adaptado quizás a un trabajo de la madera con grandes piezas bifaciales alargadas, anuncia ya el complejo Sangoenense. Allí se encuentran también los bolos de piedra, cuidadosamente elaborados y comparables a las «bolas». El yacimiento del río Mangala, en el oeste de Centroáfrica, ha proporcionado una serie importante de esas bolas. Ese Acheulense final se encuentra de nuevo en Shaba, en el Kamoá y en los alrededores de Kalina, en Zaire. También está representado en Angola, quizás en los alrededores de Brazzaville y en Centroáfrica, en los ricos yacimientos del río Ngoeré, en Alto-Sangha.

Los hombres portadores de esa civilización desgraciadamente son desconocidos en toda la cuenca del Zaire, debido a la acidez de los terrenos que no permite la conservación de los restos orgánicos.



● 1. Monumento megalítico de la región de Bouar, en Centroáfrica. Cliché R. de Bayle des Hermens.

● 2. Acheulense superior. Centroáfrica, río Ngoéré, Alto Sangha. 2: Hachuela; 3: bifaz (fotos Museo de Historia natural).



## EL SANGOENENSE

El yacimiento epónimo que ha dado nombre a esa civilización es Sango Bay, en la orilla occidental del lago Victoria, en Tanzania, yacimiento que fue descubierto por E. J. Wayland en 1920.

El Sangoenense es una industria derivada directamente del sustrato acheulense local y sin introducción de elementos procedentes del exterior. Ocupa el final del pluvial Kanjeriense y se mantiene durante una fase de transición entre ese pluvial y el gran período árido que le sucede. Es una industria relativamente mal conocida que presenta varias facies locales. Estas parece que prosiguieron una evolución interna y se adaptaron a un entorno forestal, o al menos al entorno relativamente boscoso, debido a que se encuentra en el comienzo de un período árido. Cinco estadios han sido individualizados en esa civilización: proto-Sangoenense, Sangoenense inferior, Sangoenense medio, Sangoenense superior y Sangoenense final.

El utillaje lítico Sangoenense, el único que ha llegado hasta nosotros, experimentó profundas modificaciones con relación al Acheulense final que le precede. Al comienzo de su evolución, las bifaces continúan la tradición acheulense; progresivamente se hacen más macizas, más anchas y más cortas, al mismo tiempo que aparecen bifaces próximas a los picos, con dos extremos puntiagudos. Las hachuelas, en cambio, desaparecen muy rápidamente y las pocas que subsisten son de pequeñas dimensiones, sus bordes laterales, tallados por anchos fragmentos, son muy sinuosos. Los fragmentos manipulados están aún presentes, sin ser muy abundantes. Los picos que han aparecido al final del Acheulense adquieren un lugar importante en el utillaje. De grandes dimensiones, de sección triangular, romboidal o trapezoidal, y asociados a numerosos rascadores, parecen adaptados al trabajo de la madera. El fenómeno más espectacular es la aparición de piezas bifaciales, largas y estrechas, talladas por percusión y frecuentemente de una gran finura. Esas piezas representan a veces casi la cuarta parte de las herramientas del Sangoenense. Y han sido clasificadas en diversos tipos de herramientas: picos, cepillos, cinceles, escoplos y puñales que se asocian con frecuencia para producir herramientas múltiples: picos-cinceles, picos-escoplos y picos-puñales. Algunas de esas piezas alcanzan a veces dimensiones excepcionales y sobrepasan los 25 centímetros de largo. En el transcurso de la evolución del Sangoenense, ese utillaje, que no varía prácticamente en cuanto a los tipos de herramientas, disminuye en dimensiones, mientras que la talla alcanza una gran perfección.

El Sangoenense es muy abundante en la cuenca del Zaire. Allí es conocido en la llanura de Kinshasa, en el Alto Shaba, donde difiere del de las zonas occidentales por la ausencia de puñales y de puntas foliáceas; en cambio, figuran en la industria numerosas bolas, poliedros, o bolas cuidadosamente acabadas por punteado, y muchos fragmentos utilizados. También se ha recogido en los aluviones del río Luenbe, en Candala y en Lunda, al nordeste de Angola, donde a menudo se encuentra mezclado a industrias más antiguas o más recientes, debido a su posición en graveras modificadas. Existe igualmente en la República Popular del Congo, en la orilla derecha del Stanley Pool y en Gabón, donde ha sido identificado recientemente. En Centroáfrica se le conoce por yacimientos de una

riqueza excepcional en el centro-este del país, donde los aluviones de las excavaciones diamantíferas del Nzako, en Ambilo, Tere, Tiagá y Kono, han proporcionado millares de herramientas en un estado de conservación notable y que se clasifican en un Sangoenense medio o superior.

Hasta ahora, el Sangoenense no está realmente diferenciado en Camerún, y aquí aparece el caso de su extensión hacia el oeste de Africa. Algunos autores lo han señalado en Senegal; se trata, en realidad, de industrias que poseen piezas bifaciales idénticas o muy próximas a las del Sangoenense, pero que están aún mal situadas en la cronología prehistórica. No es imposible que grupos humanos se hayan desplazado hacia el oeste y a la zona del gran bosque. Actualmente nada nos permite individualizar sus influencias.

Como había hecho el Acheulense, el Sangoenense evoluciona *in situ*, sin grandes contactos con un mundo extraño a su entorno forestal. Así es como le sucede, en condiciones aún mal definidas, una industria llamada Lupembiense que vamos a describir ahora.

## EL LUPEMBIENSE

El Lupembiense<sup>5</sup> es, según la clasificación recomendada en el Congreso Panafricano de 1955, una industria de la Middle Stone Age. Sin embargo, conviene ser prudente con ese término de Middle Stone Age, porque en esa edad se ha colocado todo un conjunto de herramientas muy inconexas, cuya posición exacta todavía no está bien definida.

El Lupembiense se desarrolla en el momento en que las condiciones de pluviosidad vuelven a la normalidad al inicio del cuarto pluvial, llamado «Gambliense»; alcanza su apogeo en el transcurso de la segunda parte de ese período muy húmedo y, si se tienen en cuenta dataciones de edad absoluta, su duración está próxima a los 25 000 años. Como había hecho el Acheulense final evolucionando *in situ*, el Sangoenense se modifica también, se afina y adquiere nuevas técnicas que van a encontrar su apogeo en el Lupembiense sin que haya tenido contactos con elementos extraños al gran bosque, que continúa desempeñando una misión protectora. Al comienzo del Lupembiense subsisten aún en la industria algunas bifaces que desaparecen con bastante rapidez; las hachuelas están totalmente ausentes. Desde el punto de vista del corte o desbastadura, la técnica Levallois es predominante para la obtención de láminas y fragmentos; el retoque se efectúa por percusión. En un estadio siguiente, la técnica Levallois continúa siendo empleada para la obtención de los fragmentos, pero una técnica mucho más avanzada —la desbastadura se hace a pulso— es utilizada para la obtención de láminas de muy bella presencia, que van a permitir la fabricación de piezas largas, estrechas y notablemente retocadas.

Los últimos trabajos que se refieren al Lupembiense han permitido distinguir en él cinco estadios:

<sup>5</sup> *Lupembiense*. Yacimiento epónimo: estación prehistórica de Lupemba, en Kasai, término creado por el sacerdote H. Breuil.

### *Lupembiense I*

Está localizado en toda la cuenca occidental del Zaire, en la que él es una evolución local del Sangoenense. Los elementos acheulenses han desaparecido totalmente; talla y retoque se efectúan por percusión. Las herramientas del Sangoenense subsisten, pero evolucionan y disminuyen en dimensiones absolutas. Los picos, picos-cepillos y picos para pulir no sobrepasan los 15 centímetros. Aparecen escoplos, cinceles, piezas cortantes y sierras talladas a partir de láminas. Con esas piezas de bella factura, la base del utillaje continúa estando formada por fragmentos toscos. Al final del Lupembiense I comienzan a aparecer puntas, puñales y auténticas puntas de flechas.

### *Lupembiense II*

Ese estadio ha sido definido en Punta Kalina por J. Colette, pero también es conocido en Stanley Pool. Los cinceles foliáceos del Lupembiense I evolucionan y pasan a la hachuela. Cinceles de bordes rectos y un nuevo tipo de cuchilla con corte oblicuo reemplazan a las formas conocidas en el Sangoenense. Las armas comprenden puñales de 15 a 35 centímetros de largo y puntas foliáceas finamente talladas y muy delgadas.

### *Lupembiense III*

Se encuentra en los yacimientos de superficie en Stanley Pool y en algunos yacimientos de Angola. En ese estadio, la técnica de talla de la piedra alcanza su apogeo gracias al retoque-presión. Los fragmentos obtenidos por un corte o desbastadura Levallois evolucionado son, a voluntad, triangulares, rectangulares u ovalados. Un utillaje pedunculado aparece, se desarrolla y llega a ser muy frecuente. Las herramientas del Lupembiense antiguo se encuentran aquí, pero con unas dimensiones más reducidas: picos, cinceles, pequeñas bifaces, algunos rascadores, limas, cuchillas de corte recto u oblicuo y láminas de borde abatido. Los puñales alcanzan a veces dimensiones considerables, hasta los 46 centímetros. Las puntas son denticuladas y forman así armas muy mortíferas; las hachuelas se hacen más comunes, sin ser, no obstante, abundantes. El hecho importante es la aparición de puntas de flechas de diversos tipos, foliáceas, romboidales, pedunculadas o no, con bordes a veces denticulados y de una gran perfección.

En Angola, un estadio tardío del Lupembiense está fechado por el método del C14:  $14\ 503 \pm 560$  años, o sea, 12 550 años antes de la era cristiana. Con relación a Europa, se sitúa en el Paleolítico superior.

### *Lupembiense IV*

El Lupembiense IV es muy poco conocido. Estaría caracterizado, sobre todo, por su corte o desbastado epilevalloisense.

### *Lupembo-Tshitoliense*

Este último estadio parece que se sitúa, desde el punto de vista estratigráfico, en la fase árida con que se termina, en el África central y oriental, el Pleistoceno, justo antes del primer período húmedo makaliense. Los yacimientos conocidos están localizados sobre aluviones de gravas o en la base de la capa húmeda que las recubre, muy frecuentemente en las islas de los ríos.

Con relación a los otros estadios del Lupembiense, el corte no se modifica y es siempre epivalloisense. El retoque, en cambio, asocia a la percusión y a la presión una nueva técnica: el retoque abrupto que caracteriza al Mesolítico. El utillaje comprende siempre cinceles, escoplos y bifaces, pero han desaparecido rascadores y láminas con dorso. A las cuchillas se añade una «microcuchilla» con retoque abrupto de los bordes, que puede ser considerada en algunos casos como una armadura de corte transversal. Las puntas de flecha son más variadas: foliáceas, romboidales, de aletas, pero más raramente denticuladas y pedunculadas.

En Angola, una industria clasificada en el Lupembo-Tshitoliense está fechada en  $11\ 189 \pm 490$  años.

El Lupembiense no es aún conocido en Centroáfrica ni en Camerún. Por el contrario, se ha descubierto en la República Popular del Congo y en Gabón, pero, debido a la situación de los yacimientos en regiones de difícil acceso, está todavía bastante mal precisado.

## CIVILIZACIONES PREHISTORICAS DE CARACTER NO FORESTAL

Mientras que el Lupembiense ocupa la zona forestal del oeste de la cuenca del Zaire, el Shaba y el este de Angola ven desarrollarse unas civilizaciones con caracteres no forestales: el Proto-Stillbayense y el Magosiense. Esas civilizaciones alcanzarán una gran expansión en el África del Este y del Sur.

### *El Proto-Stillbayense*

Su yacimiento epónimo es Still Bay, del litoral de la provincia de El Cabo. El Proto-Stillbayense es una industria caracterizada por puntas unifaciales, raspadores, muescas, piedras de tiro, escasas bifaces de pequeñas dimensiones, puntas semifoliáceas de sección gruesa, toscamente retocadas en escasos buriles. Esas herramientas se obtienen mediante un retoque relativamente rudo.

### *El Stillbayense*

En el Stillbayense, el fondo del utillaje no varía sensiblemente con relación al estadio precedente, pero en él se advierte una gran maestría en las técnicas de desbastadura y corte epivalloisense. Una adquisición importante es el retoque-

presión, utilizado sobre todo en la elaboración de las armas y de las puntas musteroideas unificiales o bifaciales, que frecuentemente conservan una extremidad retocada. En un último estadio, conocido en Kenia solamente, figuran en el utillaje láminas con dorso, buriles y segmentos de círculo.

El Proto-Stillbayense es muy abundante en el Shába, donde el Stillbayense es menos corriente. Los restos humanos más antiguos descubiertos en el Zaire pertenecen al Stillbayense. Se trata de dos molares descubiertos, con unas tallas de cuarzo y una punta bifacial, por el R. P. Anciaux de Favaux en las brechas osíferas de Kakontwe.

### *El Magosiense*

El yacimiento epónimo de esa industria es Magosi, en Uganda, yacimiento descubierto por Wayland, en 1926. Es una cultura en la que se encuentran las principales piezas del Stillbayense. Herramientas microlíticas: laminillas de bordes abatidos, segmentos de círculo, triángulos, raspadores unguiformes, pequeños buriles y bolitas de enfilear con trocitos de cáscaras de huevo de avestruz completan la industria. El Magosiense parece que existió también en Katanga, pero ningún yacimiento bien definido ha sido aún reconocido con certeza.

### UNA INDUSTRIA MESOLITICA: EL TSHITOLIENSE

Al final del Pleistoceno, dos períodos relativamente secos provocan un retroceso del manto forestal, principalmente en altura. Sobre esos suelos, libres de vegetación, en la proximidad de las fuentes y frecuentemente en la cima de las colinas tabulares o en los altos es donde se instalan los hombres del Tshitoliense<sup>6</sup>. Los yacimientos de ese tipo son conocidos en la meseta Bateke, en Stanley Pool, en la llanura de Kinshasa y en el nordeste de Angola. El utillaje varía según los yacimientos; encierra también una proporción considerable de herramientas forestales, pero de dimensiones muy reducidas. Entre ellas se distinguen herramientas nuevas o poco conocidas en las industrias precedentes: cepillos, láminas de punta retocada, cuchillos con canto; y, sobre todo, elementos microlíticos y geométricos, trapecios, triángulos, gajos de naranja y microcuchillas. Las puntas de flechas presentan una gran variedad de tipos y formas: foliáceas, romboidales, ovaladas, triangulares, con aletas, pedunculadas, denticuladas y de corte transversal. Casi en su totalidad están talladas por retoque-presión, lo que les da una gran finura.

Por su armamento, que está reducido a la punta de flecha, el Tshitoliense puede ser considerado como un pre-Neolítico que no contiene ni cerámica ni hachas pulidas. Parece una expresión tardía de las culturas forestales africanas, antes del desarrollo del Neolítico del Zaire occidental, que parece tener un carácter intruso.

<sup>6</sup> *Tshitoliense*. Término creado sobre la base de utensilios líticos recogidos en Tshitole, Kasai.

## EL NEOLITICO

En toda la cuenca del Zaire, en el sentido amplio de la palabra, las civilizaciones prehistóricas, de las que acabamos de hablar en los párrafos anteriores, forman, desde el pre-Acheulense hasta el Tshitoliense, las etapas sucesivas de un inmenso complejo cultural, desarrollado en un entorno forestal en el que, como ya hemos visto, evolucionó *in situ* sin aportaciones sensibles procedentes del mundo exterior a ese gran bosque.

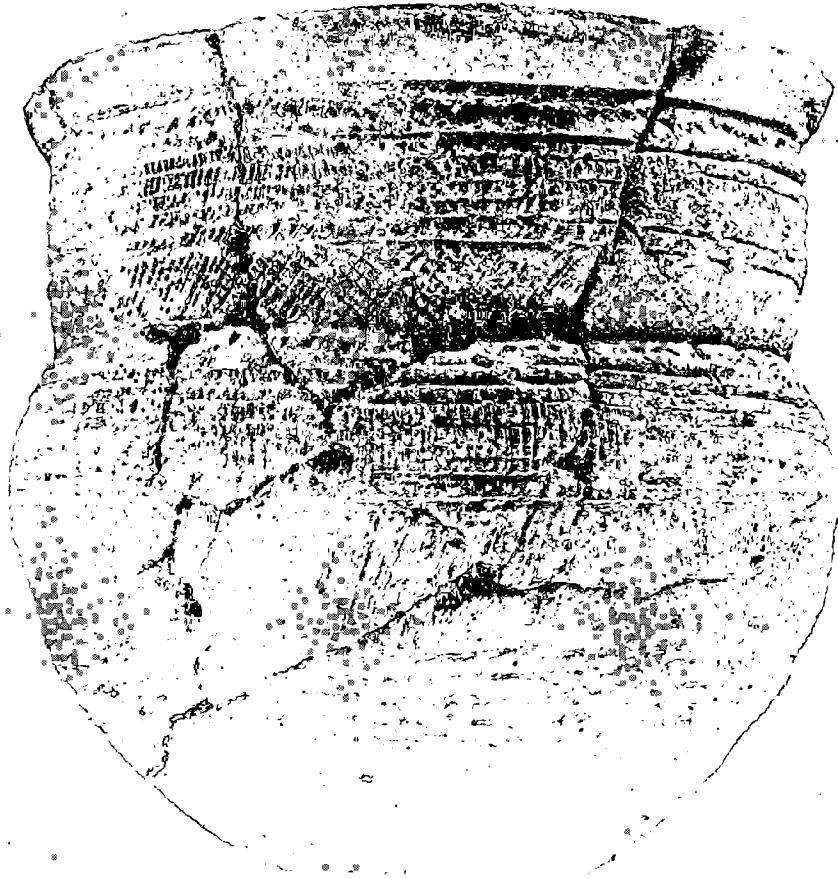
Las facies neolíticas —porque hay que precisar inmediatamente que hay varias facies, a veces muy diferentes unas de otras— se desarrollan en el curso del último y breve período húmedo: el Nakuriense. En ese momento, el clima es sensiblemente el mismo que el que conocemos hoy. El manto forestal es más denso, porque no ha sufrido aún la acción de degradación del hombre, y las especies vegetales son las que existen actualmente.

Es, pues, en ese bosque tropical muy denso donde, viniendo del norte tras haber flanqueado el río en la zona de los rápidos de Isanghila, los hombres de una civilización neolítica llamada «del Congo occidental» invaden progresivamente la región. Esos hombres son portadores de nuevas técnicas que van a fusionar más o menos con las que sobreviven en el lugar. Ese Neolítico se distingue por el empleo casi exclusivo de rocas muy difíciles de tallar: esquistos, cuarzo, jadeíta. Eso produce unos fragmentos de mala factura que condicionan así un utillaje muy mediocre. Este utillaje es variable según los yacimientos. Encierra picos toscamente hechos, cinceles, cantos manipulados de muy pequeñas dimensiones, piedras perforadas de formas, peso y materiales muy diversos, y, sobre todo, un gran número de hachas. Estas últimas primero son talladas y parcialmente pulidas, y luego punteadas y pulimentadas finamente. En el Zaire se conocen numerosos pulidores, que realmente han servido para pulir hachas. Las puntas de flecha no están ausentes, pero en general son de una factura bastante mediocre y frecuentemente talladas en fragmentos de cuarzo. En algunos yacimientos, más especialmente en Ishango, la industria comprende un utillaje de hueso y, en particular, harpones de una hilera y luego de dos filas de dentado. Con ese utillaje lítico y óseo figura en algunos yacimientos una cerámica abundante, muy bien decorada y adornada.

Los yacimientos neolíticos son conocidos en el Kwango occidental en asociación con el Tshitoliense, a ambas orillas del río Zaire, entre el Pool y Congo dia Vanga, como también en varios puntos de la República Popular del Congo. Una facies con un gran número de hachas de hematites, terminadas con un pulido especialmente cuidado, se encuentra en el Uelé, al norte del Zaire. El Neolítico, bajo diversas facies, como ya hemos indicado, es conocido en Camerún, Gabón y Centroáfrica.

En ese último país, el yacimiento de Batalino, en Lobaye, ha proporcionado una industria de jadeíta, en la que numerosas hachas talladas están asociadas a una bellísima cerámica. Una datación realizada por el método de la termoluminiscencia ha dado  $380 \pm 220$  años de la era cristiana. Esa fecha, a primera vista, puede parecer anormal, pero examinada, y habida cuenta de lo que se conoce actualmente, parece que el Neolítico, en la zona del gran bosque, duró mucho más





● Vaso neolítico con fondo plano  
(Centroáfrica, Batalimo,  
Lobaye). Foto Laboratorio de  
Prehistoria, Museo de Historia  
natural.

tiempo que en las otras regiones y se prolongó hasta un período histórico. La introducción de los metales en ese mismo sector parece que fue tardía, situando algunos autores la llegada del hierro en los aledaños del siglo IX de la era cristiana.

## LOS MONUMENTOS MEGALITICOS

Las civilizaciones megalíticas se desarrollaron en diversas formas a través de África, y más particularmente en el norte y el Sáhara. La cuenca del Zaire no conoció tales civilizaciones, salvo en lo que se refiere al nordeste de Centroáfrica. En Angola, Zaire, Gabón y República Popular del Congo no se conocía ningún monumento megalítico, y en Camerún solamente algunas piedras levantadas o erigidas.

En cambio, Centroáfrica, en la región de Buar, posee unos megalíticos particularmente espectaculares. Esos monumentos ocupan una franja de 130 kilómetros de largo por unos 30 de ancho sobre la línea de división de las aguas de las cuencas del Zaire y del Chad. Parece que no son conocidos en Camerún ni en otros lugares de Centroáfrica; esa civilización se encuentra, pues, bien localizada geográficamente al nordeste del país.

Esos monumentos se presentan en forma de túmulos de dimensiones variables, rematados con cierto número de piedras erigidas, algunas unidades con varias decenas, cuya altura sobre el suelo a veces sobrepasa los tres metros. Las excavaciones realizadas en varios de esos monumentos dan a conocer su estructura interna, pero no han aportado más que muy pocos elementos arqueológicos: cuarzo tallado, cerámica y objetos de metal, en las capas superiores. Por el contrario, los carbonos de madera recogidos han permitido efectuar dataciones por el método del C 14<sup>7</sup>. Los resultados obtenidos dan unos datos extraordinariamente importantes: los primeros se refieren a las capas profundas de los monumentos: 7440 ± 170 años BP, o sea, 5490 años antes de la era cristiana y 6700 ± 140 años BP, o sea, 4750 años antes de la era cristiana; los segundos: 1920 ± 100 años BP, o sea, 30 años de la era cristiana y 2400 ± 110 años BP, o sea, 450 años de la era cristiana. Esas dos series de dataciones nos dan, para los más antiguos, la edad de edificación de los megalitos y, para los más recientes, la edad de una reutilización confirmada, de otro lado, por algunos objetos metálicos recogidos en las capas superiores. En el estado actual de las investigaciones, los megalitos de Buar no pueden atribuirse con certeza al Neolítico, pero se puede decir que la civilización que los ha construido es, al menos, contemporánea del Neolítico.

### *El arte rupestre*

Situado entre las dos grandes regiones de arte rupestre del Sáhara y del África del Sur, la cuenca del Zaire posee también un arte rupestre, pero no tan rico como se podía esperar de él, debido a su situación.

<sup>7</sup> R. de Bayle des Hermens y P. Vidal, 1971, págs. 81-82.

En Chad, en el Enedi y en el Borkú, se desarrolló un arte rupestre que forma parte de los grandes conjuntos saharianos. En Camerún se conoce un sitio con grabados sobre losas horizontales, pulimentadas y gastadas por la erosión, al norte del país, en Bidzar. Las figuras son esencialmente geométricas (círculos y bucles) y se presentan aisladas o en grupo.

En Angola existen grabados en la región de Calola. Se presentan en losas horizontales, y los motivos son geométricos, como en Camerún. Pinturas que parecen más recientes se hallan en ese sector. En Zaire se conocen también varios yacimientos de épocas diversas. Shaba parece que es la provincia más rica en arte rupestre y forma parte del mismo grupo que Zambia y Angola oriental. Ese grupo se caracteriza por un arte esquemático y no naturalista, como el del África del Sur. En 1952, el sacerdote Henri Breuil publicaba las figuras incisas y punteadas de la gruta de Kiantapo<sup>8</sup> y G. Mortelmans, un ensayo de síntesis de los dibujos rupestres del Shaba<sup>9</sup>, poniendo el acento sobre las dificultades de datación de los diferentes estilos, por falta de documentos arqueológicos. Se han descubierto losas grabadas en el Bajo Zaire, y un arte rupestre ha subsistido en ese sector hasta una época muy reciente. Grupos de grabados del monte Gundu en el Uelé parece que tienen relaciones con los ritos del agua y del fuego.

En Centroáfrica, el arte rupestre actualmente conocido se sitúa al norte y al este del país. En el norte, los refugios de Tulu, Kumbala y Djebel Mela presentan pinturas tratadas en ocre rojo, negro y blanco: personajes y signos diversos, pero con ausencia de figuras animales. En el este, los yacimientos de Lengo y del Mpatú, cerca de Bakuma, presentaban sobre losas horizontales de laterita un arte grabado, que parece relativamente reciente y que ha sido ejecutado por hombres que conocían ya el hierro, habida cuenta de los numerosos cuchillos arrojados y puntas de lanza que allí figuran.

El arte rupestre de la cuenca del Zaire no tiene semejanza alguna con el del Sáhara. Es hacia África del Sur y del Este adonde hay que ir a buscar el eje de penetración. Ese arte está muy próximo al que se conoce en el país bantú; por tanto, es reciente, e incluso histórico. Sin embargo, es importante para estudiar las migraciones y los movimientos de poblaciones en un periodo muy mal conocido de la protohistoria, o incluso de la historia del África tropical.

## CONCLUSIÓN

De lo que acabamos de exponer sobre la prehistoria de la cuenca del Zaire resulta que, hasta el Acheulense superior, las industrias prehistóricas sólo se distinguen muy poco de lo que se conoce en otras regiones del África subecuatorial. A partir del complejo Sangoenense comienza la vasta diversificación regional de las culturas de facies forestal, con un hecho notable: el aislamiento casi total en que han vivido los hombres de esa región hasta la llegada de los neolíticos,

<sup>8</sup> H. Breuil, 1952, págs. 1-32, 14 láminas.

<sup>9</sup> G. Mortelmans, 1962, págs. 35-55, 9 láminas.

venidos del norte huyendo quizás ya de las zonas saharianas en vías de secamiento.

El gran bosque ecuatorial ha desempeñado un papel de barrera natural que limita los contactos con el norte y el sur del ecuador. Las civilizaciones neolíticas duraron mucho más tiempo que en otras partes en una zona en la que aquéllas se han encontrado aisladas y protegidas hasta una época en que, para otras regiones, aquella zona había entrado desde hacía tiempo en la historia con la introducción de los metales y del hierro.

# PREHISTORIA DEL AFRICA CENTRAL

## PARTE II

F. VAN NOTEN

*Con la colaboración de*

P. DE MARET, J. MOEYERSONS, K. MUYA, E. ROCHE

El Africa central que trataremos en este capítulo cubre el Zaire y algunos países limítrofes: la República del Congo, Gabón, Río Muni, Centroáfrica, Ruanda, Burundi y Angola.

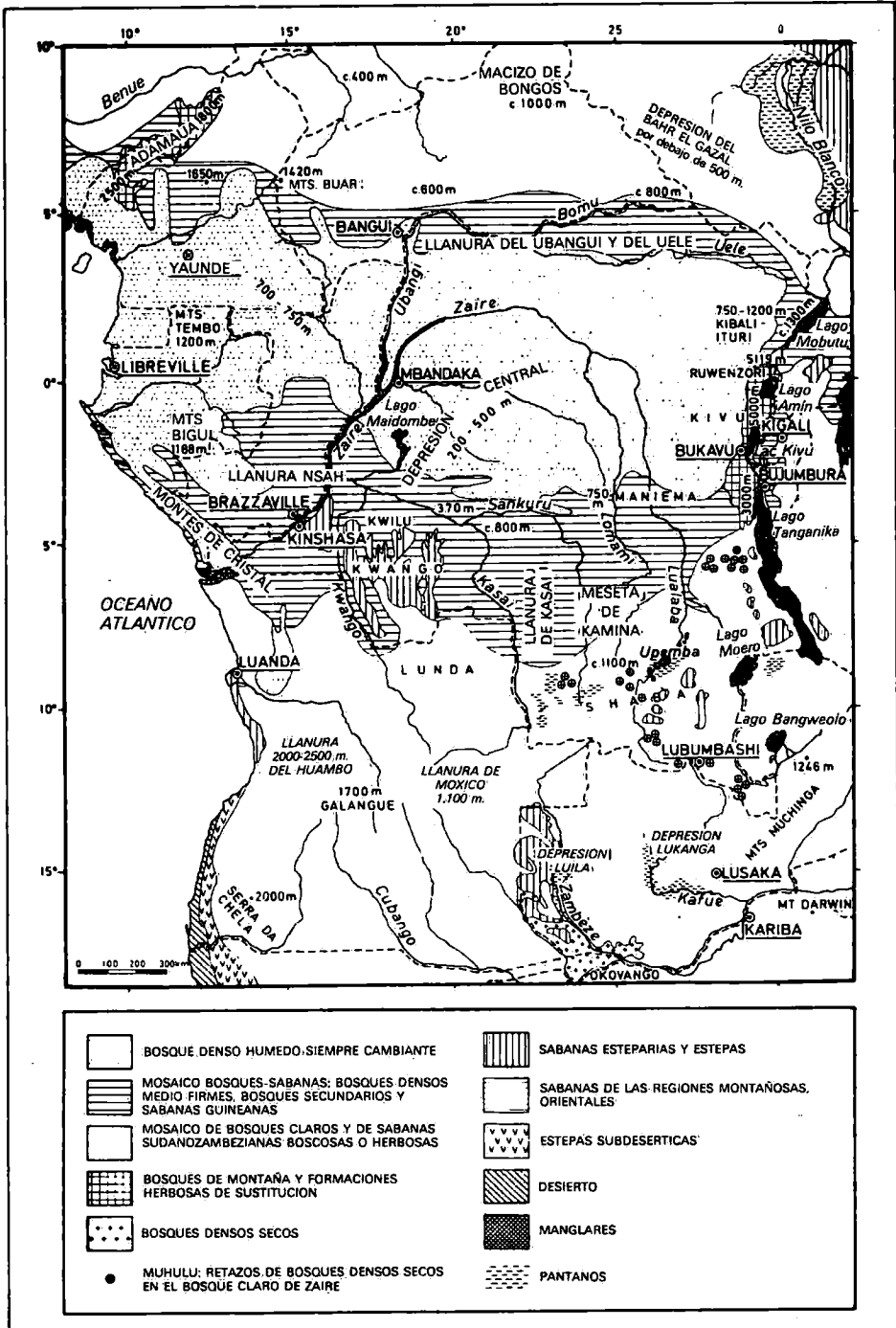
Desde finales del siglo XIX, esa parte del continente ha llamado la atención de los arqueólogos, pero las investigaciones en esa zona siguen muy dispersas.

Las primeras investigaciones que se han interesado por el Africa central han querido, en primer lugar, reconocer allí períodos parecidos a los descritos en Europa. X. Stainer intentó un primer estudio de conjunto en 1899, pero es J. Colette quien tiene el mérito de haber emprendido excavaciones desde 1925 (Bequaert, 1938). Sin embargo, se puede decir que la investigación científica sólo ha sido notoria después de la Segunda Guerra Mundial. Desde entonces, estudios sistemáticos han sido efectuados por J. D. Clark en Zambia y Angola, R. de Bayle des Hermens en Centroáfrica, H. van Moorsel en Zaire, y la Sociedad prehistórica y protohistórica gabonesa en el propio Gabón.

En el Zaire, los trabajos se han desarrollado, sobre todo, desde la creación del Instituto de los museos nacionales en 1970.

Sin embargo, nuestros conocimientos siguen siendo desiguales. Aunque Colette había realizado una obra de pionero efectuando el primer estudio cronoestratigráfico, su ejemplo fue muy raramente seguido y, en muchas partes del área estudiada, nuestros conocimientos se basan únicamente en recogidas de superficie. Pero hay que tener en cuenta que la arqueología tropieza en el Africa central con muchas dificultades. Esas regiones no se prestan a las excavaciones debido a las espesas capas latéricas, como se las encuentra en el norte, aunque, en el bosque mismo, las prospecciones también son difíciles.

Otros factores complican también la tarea; en general, las condiciones climáticas y la acidez de los terrenos no han permitido la conservación de los restos óseos, lo que explica su ausencia en la mayor parte de los lugares estudiados. Hay, sin embargo, excepciones, principalmente en Ishango y Matupi, donde el entorno calcáreo ha favorecido una buena conservación del material.



● Fig. 1. Mapa del Africa central con indicación de las zonas vegetales.

La nomenclatura ha sido revisada sin cesar y las subdivisiones han sido muy a menudo puestas en duda. La sucesión de las edades de piedra antigua, media y reciente, divididas por periodos intermedios, no parece ya admisible, ni cronológica ni tipológicamente siquiera. Tras un período de intentos de clasificaciones rigurosas, se llega, pues, a considerar como muy relativas y provisionales esas grandes categorías.

El estudio de nuevos yacimientos excavados y fechados sistemáticamente confirma esa postura. Citemos como ejemplo la edad de piedra reciente: en 1959, J. D. Clark situaba el comienzo de esa época hace unos 7500 años BP. En 1971, obteníamos para la gruta de Munyama, en Uganda, una fecha de C. 15 000 años BP (Van Noten, 1971) y seis años más tarde, la industria microlítica de Matupi se ha estimado en unos 40 000 años BP (Van Noten, 1977). Por tanto, hay manifiestas contradicciones entre la clasificación antigua y los descubrimientos recientes.

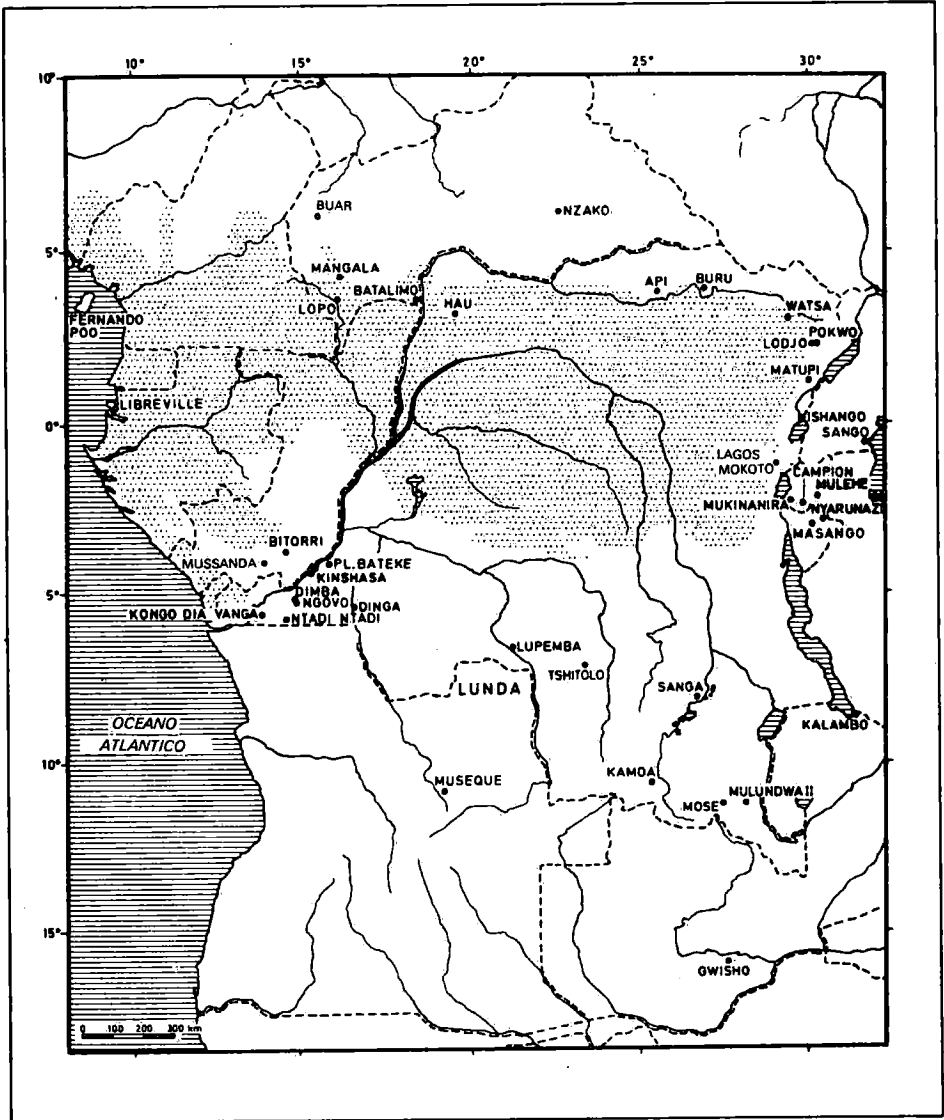
Mientras que por todas las partes del mundo los arqueólogos comienzan a interesarse, sobre todo, por el modo de vivir del hombre prehistórico estudiando su entorno y tratando de comprender las relaciones que él mantenía con su medio ambiente, la prehistoria en el Africa central ha estado limitada durante mucho tiempo al estudio de la tipología y de la cronología. En esa nomenclatura, el lugar concedido al hombre es mínimo.

Más que hacer un catálogo exhaustivo de yacimientos que no cubren frecuentemente más que algunos hallazgos de superficie, nos ocuparemos aquí de las escasísimas excavaciones sistemáticas que han proporcionado elementos de datación: Ishango, Gombe, Bitorri, Kamoia, Matupi y Kalambo, con posibilidad de dar consistencia a esos datos dispersos por informaciones complementarias aportadas por el estudio de otras localidades.

Más que nunca estamos convencidos de que es imposible establecer grandes áreas culturales bien definidas. Debemos limitarnos a constatar la presencia del hombre en un momento determinado, sin poder responder todavía a la pregunta de si se ha desarrollado *in situ* o procedía de otro lugar. Es cierto que el hombre se adaptó desde el primer momento a ambientes bien definidos que tenían su clima, su flora y su fauna propios. El cazador-recolector debía explorar esos entornos a fin de sobrevivir, y ya la elección del material presente dictaba sus gestos en el momento de la fabricación de herramientas. Está claro que el hombre debió responder de maneras diferentes a las condiciones creadas por la diversidad de entornos del Africa central. De ello resulta la existencia de áreas distintas que a veces muestran rasgos comunes pero, al mismo tiempo, adaptaciones regionales, y hasta locales, que no se explican por un simple determinismo de condiciones ecológicas cambiantes; no obstante, sería prematuro hablar de áreas culturales.

## MARCO GEOGRAFICO

Los grandes rasgos de la morfología de la inmensa región llamada «Africa central» son el resultado de una serie de movimientos tectónicos que ya habían comenzado al principio del Terciario y que, probablemente, no se han acabado aún.



● Fig. 2. Mapa del Africa central, con los nombres de los lugares citados en el texto.



La depresión central, cuya altura no excede los 500 m., está rodeada por un cinturón de mesetas y por relieves de costas o montañas, formadas sobre las capas geológicas que recubren el zócalo precámbrico cristalino. Este aflora a la periferia; es muy accidentado, principalmente en Kivu, donde a veces se ha levantado por encima de los 3.000 m., y muy recortado por la erosión. Relieves muy elevados rematan localmente el zócalo: las mesetas basálticas (c. 3.000 m.) de la orilla sudeste del lago Kivu y del Adamaua (c. 4.500 m.), los depósitos volcánicos en la región de los Virunga (c. 4.500 m.), el *horst* del Ruwenzori (1.519 m.) y la cuenca del Huambo (c. 2.600 m.). Los movimientos tectónicos que han afectado a las altas regiones han provocado la formación de grabenes: la fosa situada al este del África central y el «agujero» de Benué.

Excepto en la región costera al sur de Angola y en la cuenca del Cubango-Zambeze, el África central se beneficia de precipitaciones abundantes. En la depresión, las lluvias son regulares todo el año: representan más de 1.700 mm. de agua por año. En las costas de Gabón, Río Muni y Camerún pueden alcanzar 4.000 mm. En otras partes, en las regiones donde existe una estación seca (3 a 7 meses), las precipitaciones alcanzan todavía de 800 a 1.200 mm.

En el África central, el bosque denso húmedo, que se desarrolla en régimen pluvial elevado entre el 5°N y 4°S, cubre la depresión del Zaire, la mayor parte de la República Popular del Congo, Gabón, Río Muni y el sur de Camerún. Al este ese bosque pasa, mediante formaciones de transición, a los bosques densos de montaña que ocupan, entre 2°N y 8°S, las crestas y vertientes muy irrigadas del este zaireño, de Ruanda y de Burundi. En las zonas donde está explotado, el bosque denso da origen a retoños forestales y a bosques secundarios.

Bosques densos semidiezmos, degradados con frecuencia, que pueden sufrir una estación seca de dos a tres meses, bordean el bosque ecuatorial. Al norte constituyen una franja poco extensa en latitud que va del Camerún al lago Victoria, pasando por el sur de Centroáfrica y el Entre-Bomu-Uele. Al sur forman con las sabanas de origen antrópico un mosaico vegetal que cubre una parte de la República Popular del Congo, el Bajo Zaire, las regiones bajas del Kwango, el Kasai-Sankuru y el Lomani.

Dispuestos en arco alrededor de la zona de los bosques densos guineanos, los bosques claros y las sabanas sudanozambeziánas cubren regiones donde la estación seca puede alcanzar los siete meses: el centro de Camerún, Centroáfrica, el Sudán meridional, este de Ruanda y Burundi, el Shaba del Zaire, Zambia y Angola.

Vastas depresiones pantanosas se encuentran a lo largo de los ríos, principalmente en el curso del Nilo Blanco, al sur del Sudán, en la hondonada y depresión del Upemba, en el Zaire, en la cuenca del Zambeze, en Angola y en Zambia.

## EVOLUCION DEL ENTORNO

La reconstitución del entorno del hombre prehistórico se ha convertido en un elemento importante de las investigaciones arqueológicas. En el África oriental se han efectuado los primeros estudios en esta materia. Diversos investigadores,

como E. J. Wayland (1929, 1934), P. E. Kent (1942) y E. Nilson (1940, 1949), habían observado en el Cuaternario alternancias de períodos húmedos (pluviales) y de períodos secos (interpluviales).

Los pluviales eran considerados como contemporáneos de las glaciaciones del hemisferio norte, y se los llamó, de mayor a menor antigüedad, Kagueriense, Kamasiense y Gambliense. Dos fases húmedas del comienzo del Holoceno fueron reconocidas después: el Makaliense y el Nakuriense. L. S. B. Leakey (1949), J. D. Clark (1962-1963) y otros intentaban a continuación extender a otras partes de Africa esos nombres, que habían adquirido una significación estratigráfica concreta en el Africa oriental. En reacción, autores como T. P. O'Brien (1939), H. B. S. Cooke (1958), R. F. Flint (1959), F. E. Zeuner (1959) y W. W. Bishop (1965) han planteado reservas sobre la generalización de la teoría: las investigaciones realizadas en el Africa central han mostrado que existen importantes diferencias entre las fases pluviales de las regiones.

J. De Ploey (1963) fue el primero en reconocer en el Africa central la existencia, en el Pleistoceno superior, de un período semiárido, contemporáneo, al menos en gran parte, de la glaciación würmiense en Europa. Esa fase seca ha sido reencontrada en Shaba por diferentes autores (J. Alexandre, S. Alexandre, 1965; J. Moeyersons, 1975). Una oscilación más húmeda hacia el año 6000 BP la ha hallado J. De Ploey (1964), en el Bajo Zaire, en el Mosa, en el Shaba (Alexandre, comunicación personal) y en Mussanda, en el Congo (Delibrias y otros, 1974, 47). Los estudios en Kamoia han mostrado que esa pulsación estaba precedida por una oscilación húmeda entre los 12 000 años BP y 8000 BP, separada de la oscilación hace unos 6000 años BP por una corta fase de erosión, unida a una nueva época de sequía. La oscilación húmeda entre los 12 000 años BP y 8000 BP es contemporánea de la extensión de los lagos en el Africa oriental, encontrada por K. W. Butzer y otros (1972). Los estudios de J. De Ploey (1963, 1965, 1968, 1969), en el Bajo Zaire, y de J. Moeyersons (1975), en Kamoia, indican que los períodos más secos estaban caracterizados por una intensificación de los procesos morfológico-genéticos. Así, en la región de Kinshasa, durante el Leopoldvillense, las colinas fueron muy descarnadas y, como resultado, se produjo una sedimentación importante en la llanura. Asimismo, ese período vio una evolución muy fuerte de las vertientes en forma de un estrechamiento de las orillas de los valles. Todo eso confirma la opinión de H. Rhodenburg (1970) sobre la alternancia de fases morfodinámicas identificadas con los períodos secos, y fases estables y húmedas.

La evolución del entorno en el Africa central ha sido, pues, muy marcada por las condiciones climáticas de los últimos cincuenta milenios. Los estudios relativos a las actuales formaciones vegetales y a su equilibrio con el clima, así como los análisis palinológicos de diversos yacimientos, han permitido la reconstitución del antiguo manto vegetal y de las condiciones climáticas que lo han hecho posible.

Sobre todo en las regiones montañosas del este es donde mejor se ven los cambios de clima, como consecuencia del desplazamiento de las capas de vegetación. Los diagramas polínicos de las turberas de altura reflejan una sucesión de floras frías, de floras cálidas y húmedas, y de flores secas. Eso es lo que ocurre principalmente en el yacimiento de Kalambo-Falls, situado a 1.200 m. de

altura, en Zambia. J. D. Clark y E. M. van Zinderen-Bakker (1964) han descubierto allí una larga fase xérica entre los 55 000 BP y 10 000 BP, con dos oscilaciones húmedas hace unos 43 000 y 28 000 años BP, así como el inicio de una fase húmeda más importante hace unos 10 000 años BP. Durante los periodos áridos, la temperatura bajó sensiblemente en las altas regiones que rodean el graben, lo que J. A. Coetzee y F. M. van Zinderen-Bakker (1970) ya habían observado en Mont Kenia, donde descubrieron la *Mount Kenya glaciaton* entre los 26 000 BP y 14 000 BP.

J. D. Clark y E. M. van Zinderen-Bakker (1962) han estudiado igualmente la evolución del manto vegetal en la región de Lunda. Un bosque claro y seco de *Brachystegia* ha ocupado la región entre los 40 000 BP y 10 000 años BP, y después dio lugar a un bosque más cerrado durante la fase húmeda de los 10 000 BP a 5000 BP. Según el estudio panilógico del yacimiento de Kamoa realizado por E. Roche (1975) como complemento del estudio geomorfológico de J. Moeyersons (1975), parece que ha existido un período seco desde el Acheulense final hasta hace 15 000 años BP. Se observa la evolución progresiva de una sabana esteparia hacia el bosque claro y, después, la instalación de un bosque más denso con extensión de las galerías forestales consecutivas a la humectación del clima a partir de los 12 000 BP.

Según M. Streef (1963), los bosques claros xéricos y las sabanas de *Acacias* habrían conocido una gran extensión entre los 50 000 BP y 20 000 BP. Esa extensión, que se habría producido a partir de las regiones zambezo-orientales tuvo por efecto el desplazamiento del bosque denso hacia la hondonada. Para P. Duvigneaud (1958), el Shaba puede ser considerado como una encrucijada donde la vegetación es el reflejo de diversas influencias: guineocongolesa, zambeziana y afrooriental.

Fundándose en la teoría de la movilidad del ecuador térmico propuesta por Milankovitch, A. Schmitz (1971) estima que un desplazamiento de éste de 8° hacia el sur durante una fase cálida y húmeda que se situaría entre 12 000 y 5000 BP tuvo por efecto un desarrollo importante del bosque denso. Este se habría extendido a todo el Zaire y hasta una parte de Angola, como lo atestigua la presencia de retazos de bosque denso más seco en los bosques claros actuales. Los bosques se extendían también más hacia el norte y cubrían la mayor parte de Camerún y del centro de Africa.

Durante ese período húmedo, bosques claros y sabanas han subsistido en las estaciones que les eran favorables: en las mesetas y en los suelos pobres. Es probable que las mesetas del Zaire meridional y de Angola nunca hayan conocido vegetación realmente cerrada, y que a partir de entonces es cuando el bosque claro pudo crecer en extensión cuando el clima se secó después de los 5000 años BP. Pero A. Schmitz (1971) cree que es sobre todo una acción antrópica la que en el último milenio ha provocado el retroceso del bosque denso.

En conclusión, el Africa central conoció, desde hace 50 000 años BP hasta 10 000 BP, una larga fase xérica contemporánea de la glaciación würmiense, mientras que la fase húmeda que se inició hace unos 12 000 años BP correspondía a las oscilaciones climáticas que marcan el comienzo del Holoceno. Durante ese largo período seco, probablemente interrumpido por una pulsación húmeda hace

unos 28 000 BP, los procesos morfodinámicos eran importantes y el bosque claro conoció una larga extensión. Con el período húmedo del inicio del Holoceno, el bosque denso se extendió sobre la mayor parte del África central, y su retroceso actual es debido a una acción humana.

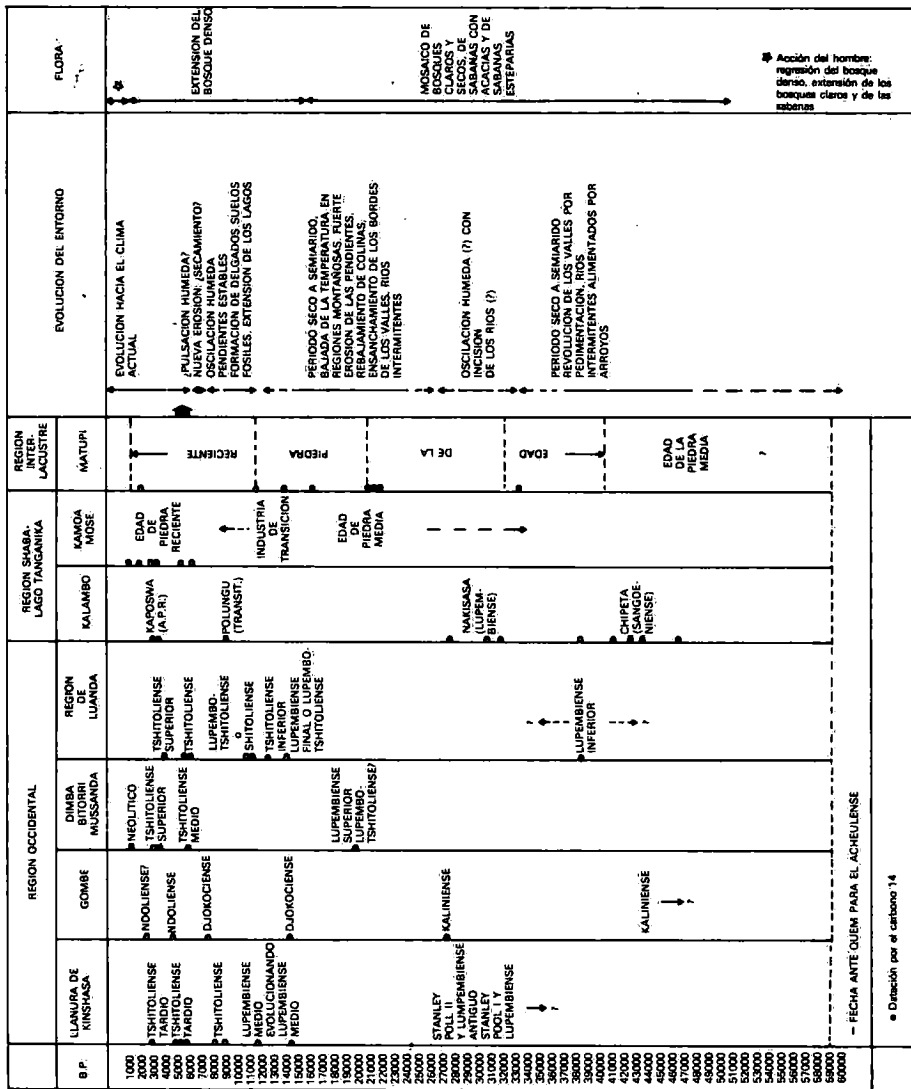
## POBLAMIENTO DEL AFRICA CENTRAL

En ausencia de huesos humanos se admite generalmente que la primera manifestación de la presencia del hombre está integrada por cantos fracturados llamados «cantos manipulados». Estos son comparables a los artefactos del Oldowayense del yacimiento epónimo de Olduvai, en Tanzania. Se descubren objetos semejantes casi por todas las partes del África central: tanto en el Zaire y en la cuenca del Kasai como en Shaba, Camerún, Gabón, el Congo, Centroáfrica y al nordeste de Angola, donde se encuentran en los aluviones. Pero no siempre es fácil conocer quién —el hombre o la naturaleza— ha fracturado esos cantos. Nos parece inexacto, como frecuentemente se hace, considerar como herramientas todos esos fragmentos que indudablemente llevan señales de una talla intencional, cuando en su mayor parte se revelan más bien como núcleos a los que se les ha quitado fragmentos. Son éstos los que han sido utilizados unas veces como herramientas para hacer de todo, y otras preparados y empleados a modo de rascadores y raspadores.

No ha sido descubierto hasta ahora hábitat alguno que se remonte a esa época. Tampoco disponemos de objetos preparados de madera y hueso que hubieran debido representar una parte bastante importante del utillaje. Se puede creer que los cantos manipulados son obra de *australopitecos* o del *Homo habilis*, quienes, según observaciones hechas en otras partes de África, llevaban sin duda una vida de necrófagos. La vida social debía, no obstante, organizarse a partir de ese momento. Los inicios de tal período de la historia humana se remontan más allá de los 2 000 000 de años, prosiguiendo hasta cerca de los 500 000 años.

Pero sólo con el utillaje acheulense tenemos la primera prueba indiscutible de una presencia humana en el África central. Su estadio más remoto, el Acheulense inferior, sólo es conocido en la región de Luanda (Clark, 1968). El Acheulense superior, situado generalmente en entornos áridos, ha sido encontrado en diferentes puntos de la periferia de la hondonada central; J. D. Clark lo ha descrito en Angola, J. Nenquin en Ruanda y Burundi, y R. de Bayle des Hermens en Centroáfrica. Kalambo, en Zambia, y Kamoia, en Zaire, constituyen los mejores yacimientos de referencia sobre el Acheulense superior.

El Acheulense está caracterizado por bifaces y hachuelas, que han sido objeto de varios intentos de clasificación morfológica (Cahen, Martin, 1972). Algunos autores han querido ver una transformación de un estadio arcaico hacia un estadio más evolucionado, y han establecido una sucesión del Acheulense desde el I al V, pero semejantes diferencias tipológicas no tienen siempre una gran significación cronológica. Como su nombre indica, la bifaz es un objeto tallado por sus dos caras partiendo de un canto o guijarro o de un gran fragmento. Caracterizada por una punta más o menos desbastada, su base casi siempre es



Acción del hombre: regresión del bosque denso, extensión de los bosques claros y de las sabanas

• Este cuadro reproduce los nombres de las industrias según los diferentes autores, las dataciones por carbono 14 existentes y la evolución del entorno y de la flora.

— FECHA ANTE QUEM PARA EL ACHULENSE

• Datación por el carbono 14

redonda. Con la bifaz se encuentra otra herramienta muy característica, la hachuela, que termina en un corte. Al lado de esas herramientas se encuentran objeto menos característicos, como triedros, picos, cuchillos, esferoides y diversos y pequeños útiles. Aunque los hallazgos acheulenses abundan, los yacimientos donde esa industria puede considerarse arqueológicamente hecha *in situ*, e incluso representada de una manera homogénea, son escasos. Uno de los únicos lugares donde ha sido encontrado el Acheulense en estratigrafía se sitúa en las orillas del río Kamoá, en Shaba (Cahen, 1975). Ese vastísimo yacimiento se extiende sobre varias hectáreas. Los cazadores-recolectores que lo habitaban han dejado allí sus herramientas, así como los desechos de fabricación de las mismas. Por consiguiente, se puede considerar que nos encontramos con una especie de taller-hábitat. Vista la homogeneidad de la industria en que no se distingue evolución, se puede pensar que se trata de una acumulación de ocupaciones estacionales. La materia prima se llevaba de un lugar situado a 1,5 km. del enclave donde se encuentran enormes núcleos fijos. Los fragmentos eran transportados allí donde la desbastadura y corte, así como el acabado de las herramientas, iban a tener lugar. El Acheulense evolucionado o final del Kamoá es análogo a las industrias que se encuentran en el Sáhara y en el África del Sur. La fecha propuesta de 60 000 años BP debe ser considerada como un término *ante quem*; la fecha real, según nosotros, ha de ser mucho más antigua.

Según hallazgos realizados en otras regiones de África, sabemos que hay que atribuir esa industria al *Homo erectus*. Para su subsistencia cotidiana, ese homínido debía depender de la caza y la recolección. Se supone que la vida social continuaba desarrollándose y que el hombre había adquirido el dominio del fuego.

## EVOLUCION TECNOLOGICA Y ADAPTACION

Después del Acheulense distinguimos varias regiones cuyas industrias, aunque bastante diferentes, dan, sin embargo, la impresión de cierta unidad. Estudiamos generalmente una parte occidental y otra oriental que a su vez puede dividirse en dos, si bien la falta de datos para el norte y el sur del área aquí estudiada hace ampliamente conjeturales esas subdivisiones. En la parte occidental que se extiende desde Angola hasta Gabón, la región mejor estudiada engloba al Bajo Zaire, Kinshasa, la región de Luanda, Kwango y Kasai, es decir, el sudoeste de la cuenca del Zaire. La parte oriental cubre la región interlacustre y la región Shabalago Tanganica.

En la parte occidental se cree reconocer una serie de industrias que generalmente se han descrito como una sucesión tipológico-cronológica: el Sangoense, seguido del Lupembiense, y éste, a su vez, del Tshitoliense. El Sangoense representaría el paso entre el Acheulense y el Lupembiense, y se situaría en el primer período intermedio, constituyendo el Lupembiense la Middle Stone Age, en tanto que el Lupembiense-Tshitoliense constituiría el segundo período intermedio. Y finalmente desembocaría en el Tshitoliense, que sería contemporáneo de la Late Stone Age del África oriental y austral. Como si dichas épocas prolonga-

sen la técnica acheulense, todas esas industrias están caracterizadas por la técnica de talla bifacial, mientras que la técnica Levallois allí es escasa.

La parte oriental del Africa central muestra una mezcla más compleja de industrias. Estas son comparables a las de la parte occidental, pero la talla bifacial no es allí tan abundante. En cambio, las técnicas de corte llamadas musterense y Levalloisense están muy desarrolladas, y las láminas y fragmentos de láminas son muy numerosos. Desde el segundo período de transición se ven intervenir aquí cambios muy profundos y la tradición se interrumpe definitivamente para dar lugar a industrias microlíticas que parece que no tienen vínculo alguno con las industrias anteriores. Las industrias de tipo Sangoenense y Lupembiense de esas regiones, bastante características, permiten descubrir allí dos áreas diferentes: una que cubriría la parte septentrional, es decir, la región interlacustre, está caracterizada por bifaces foliáceas, lanceoladas y por puñales; la otra, que cubre la parte sur, es decir, la región de Shaba y las orillas del lago Tanganica, está caracterizada por la ausencia de «puntas» y la presencia de herramientas bifaces de tipo cincel o escoplo que —es curioso— faltan prácticamente en la región interlacustre. Eso ilustra bien lo absurdo de la distinción entre industrias de bosque y de sabana. Por otro lado, en esa época ninguna región parece que ha sido más boscosa que otra. Al contrario, el clima debía ser claramente más seco que hoy; sólo que hacia el final de ese período el bosque alcanzará extensión. El yacimiento de Masango refleja bien el carácter de las industrias de esa región. En él se ve toda una gama de puntas bifaces junto a elementos toscos, como picos. El elemento Levallois está allí muy representado (Cahen, Haesaerts, Van Noten, 1972). Una secuencia de industrias líticas que van del Sangoenense hasta la Late Stone Age ha sido descubierta en Sanga, pero todavía no se ha estudiado detalladamente (Nenquin, 1958).

Examinemos ahora la región occidental más de cerca. Sus industrias agrupan toda la gama de los elementos que se han encontrado en las regiones orientales, lo que les confiere una mayor variedad tipológica que corresponde mejor a la idea que se tiene generalmente del Sangoenense y del Lupembiense. Allí se encuentran picos toscos que, presentes ya en el Acheulense, persisten incluso hasta en el Tshitoliense. Esa herramienta, considerada como el fósil director del Sangoenense, realmente no tiene, pues, significación cronológica. Pero también se encuentra asociado un utillaje muy elaborado, en el que hay bellas puntas de lanzas foliáceas y largos puñales. Después, se ven aparecer también puntas de flecha que prueba que el hombre había descubierto el uso del arco.

El *Homo sapiens* parece que es responsable de esas adaptaciones, aunque no se hayan encontrado hasta ahora restos de ellas. Los yacimientos donde haya varios niveles en estratigrafía son escasos. En el extremo de Gombe, J. Colette descubrió la primera sucesión de esas industrias del Africa central. Y ha demostrado la existencia de cuatro industrias: el Kaliniense, el Djokociense, el Ndoliense y el Leopoldiense, seguidas de señales de la edad del hierro. El primer Congreso Panafricano de Prehistoria, reunido en Nairobi en 1947, no ha tenido en cuenta los nombres de las industrias definidas por J. Colette y ha adoptado los términos de Sangoenense y de Lupembiense que no se basan en ninguna muestra arqueológica seria. Esos recién llegados han entrado en la literatura y han sido empleados sin

discernimiento no sólo en Africa central, sino también incluso más allá de sus límites. El extremo de Gombe, único yacimiento conocido donde se podía esperar establecer una cronología, ha sido excavado de nuevo por D. Cahen en 1973 y 1974 (Cahen, 1976), a fin de precisar y datar la secuencia que había descubierto J. Colette. Separadas algunas piezas que recuerdan al Acheulense, tal secuencia comienza con el Kaliniense, que está caracterizado por picos toscos hechos en cantos o fragmentos, por rascadores macizos, grandes denticulados y cepillos o garlopas de grandes dimensiones. También se encuentran bifaces lanceoladas, rascadores convergentes, así como herramientas bifaces o unifaces estrechas con bordes más o menos paralelos. A ese conjunto se añaden numerosos armazones de corte transversal a partir de un fragmento (pequeñas cuchillas) y núcleos circulares de tipo «musteriense». El corte o vaciado comporta fragmentos de tipo Levallois y algunas láminas imperfectas. Los elementos gruesos evocan al Sangoenense, mientras que las herramientas finas al Lupembiense y hasta al Tshitoliense. El nivel siguiente, el Djokociense, está caracterizado sobre todo por puntas de flecha pedunculadas o foliáceas frecuentemente retocadas por presión; el corte es el mismo que en el Kaliniense. El Djokociense recuerda al Lupembiense posterior de la meseta de Kinshasa (Moorsel, 1968), al Lupembiense-Tshitoliense, y hasta al Tshitoliense anterior, tal como lo definían G. Mortelmans (1962) y J. D. Clark (1963). El tercer nivel, el Ndoliense, sólo se presenta en forma de pequeñas contracciones. Las puntitas de flecha foliáceas son típicas de él; el corte bipolar era practicado *in situ*, lo cual explica la presencia de las «piezas con esquirlas». Esa industria está próxima al Tshitoliense tardío (Moorsel, 1968; Cahen, Mortelmans, 1973).

Una de las fechas obtenidas para el Kaliniense coincide con la edad del Sangoenense (Clark, 1969, 236). Otra, con las fases antiguas del Lupembiense (Clark, 1963, 18-19; Moorsel, 1968, 221). Las fechas obtenidas por muestras del nivel Djokociense no difieren apenas de las fechas calculadas en otro lugar para industrias análogas. Entre las fechas asociadas al Ndoliense —una corresponde a las fechas del Tshitoliense tardío— han sido obtenidas anteriormente en la meseta de Kinshasa y en la región de Luanda.

De modo general, puede decirse que las industrias encontradas en estratigrafía en Luanda, Gombe y la meseta de Kinshasa son comparables tipológicamente y coinciden cronológicamente. EL Sangoenense-Lupembiense inferior se situaría entre los 45 000 y 26 000 BP; el Lupembiense inferior alcanzaría de 10 000 a 7000 años BP, y el Tshitoliense superior de 6000 a 4000 ó 3500 BP (cf. el cuadro).

Un corte de prospección por capas realizado por P. de Maret en la cueva de Dimba ha producido una sucesión de quince capas arqueológicas y una fecha de 20 000 ± 650 BP para una industria del tipo Lupembiense superior o Lupembiense-Tshitoliense. Parece que una fecha de unos 25 000 BP reduciría la laguna señalada por D. Cahen (1977), que existe en las dataciones entre 27 000 BP y 15 000 BP.

La cueva de Hau, único yacimiento que se encontraba quizás en bosque ecuatorial durante su ocupación, y donde F. van Noten había observado una industria «Lupembiense» seguida de una «Late Stone Age», no ha producido dataciones aceptables con el radiocarbono.



J. P. Emphoux (1970) ha excavado en 1966 la cueva de Bitorri y allí encontró veinte niveles de ocupación de la edad de piedra. Uno de ellos ha proporcionado una fecha con el radiocarbono, de  $3930 \pm 200$  BP; un nivel inferior ha dado una fecha de  $4030 \pm 200$  BP. El material lítico que no evoluciona de un nivel a otro puede ser considerado como integrador de una unidad tipológica cuya industria hace pensar en el Tshitoliense superior. El mismo investigador ha datado en  $6600 \pm 130$  BP un nivel Tshitoliense medio en Mussanda (Delibriás y otros, 1974, 47).

En Gabón, se han descubierto en varias ocasiones industrias llamadas lupembienses (Blankoff, 1965; Hadjigeorgiu, Pommeret, 1965; Farinne, 1965).

## CAZADORES-RECEPTORES ESPECIALIZADOS

En un momento determinado, probablemente entre los 50 000 y 40 000 BP, se ven aparecer microlitos geométricos: segmentos de círculo, triángulos, rectángulos y trapecios. Los más característicos parece que son los segmentos, aunque en el Africa del Sur éstos ya estén presentes al final de la Middle Stone Age, en la que eran probablemente empleados como lengüetas en la base de puntas de lanza<sup>1</sup>. En la Late Stone Age, en cambio, esos microlitos servían por sí solos de armazones de flechas, de lanzas, de arpones, de cuchillos o de cinceles.

Como en el período precedente, la región estudiada puede dividirse en dos zonas distintas. En la parte occidental, que cubre el norte de Angola, Kasai, Kwango, el Bajo Zaire y la República Popular del Congo, se observa la persistencia de la tradición llamada lupembiense como si tal Lupembiense, evolucionando *in situ*, hubiera dado origen al Tshitoliense. Los microlitos geométricos son numerosos, pero no dominan del mismo modo que en la parte oriental, donde representan el elemento esencial del utillaje. S. Miller (1972), que ha revisado el Tshitoliense y resumido los trabajos anteriores, define esa industria por la presencia de útiles bifaciales del tipo pico-escoplo, de puntas foliáceas, de puntas pedunculadas, de pequeñas cuchillas y de microlitos geométricos. La región de Luanda habría proporcionado una industria que reagrupa a todos esos elementos, aunque generalmente estén representados de manera incompleta en los diferentes yacimientos. Se distingue así un aspecto o facies de valle con abundancia de pequeños cortes, como en Dinga, y un aspecto o facies de meseta, en la que el armazón estaba constituido principalmente por puntas pedunculadas (Bequaert, 1952). Un yacimiento de la meseta de Bateke, donde G. Mortelmans había practicado una excavación de salvamento en 1959 (Cahen, Mortelmans, 1975), ha proporcionado una industria llamada «completa», como la descrita en la región de Luanda. La piedra arenisca polimorfa, que es prácticamente el único material que puede haber sido utilizado en el utillaje descubierto, proviene de yacimientos, los más próximos de los cuales están a unos diez kilómetros del lugar. Esa industria se caracteriza por una gran proporción de fragmentos y desechos de talla (96,1 %), algunos núcleos (1,4 %) y ciertos instrumentos (2,4 %). Junto a

<sup>1</sup> F. Carter, comunicación personal.

puntas de flecha foliáceas y pedunculadas se ha encontrado un buen número de microlitos geométricos y un gran fragmento con un corte pulido. La mayor parte de los núcleos son de tipo circular o laminar; se observan también numerosos núcleos de tamaño pequeño, totalmente agotados. El corte practicado en la maza o martillo está compuesto por los desechos de retoque y muestra algunos fragmentos levallouisenses, planchas y láminas. Esas son las características de un Tshitoliense tardío. Semejante yacimiento parece que fue campamento de caza, porque, aunque la meseta Bateke es claramente esteparia, el lugar aparenta estar recortado por galerías forestales que debían atraer al hombre prehistórico para la búsqueda de la caza. Aunque se llevaba la materia prima utilizada, buen número de herramientas debieron ser talladas *in situ*, pudiéndose suponer que el látex y el copal encontrados en la excavación sirvieron de masilla para fijar los microlitos a los mangos de lanza y a las flechas. Los rascadores, cinceles y hachuelas eran ciertamente empleados para fabricar herramientas compuestas en las que cabían cortes transversales y puntas de flechas pedunculadas y bifaces.

La región de Luanda estudiada por J. D. Clark ha producido un Tshitoliense que situaría entre los 13000 y 4500 BP (Clark, 1963, 18-19), pero esa industria habría continuado hasta los comienzos de la era cristiana (Clark, 1968, 125-149). El Tshitoliense de la meseta de Kinshasa estaría comprendido entre los 9700 y 5700 BP (Moorsel, 1968, 221).

Podemos preguntarnos aquí a qué corresponden los aspectos reconocidos en el Tshitoliense. ¿Se trata de adaptaciones a situaciones variadas y, por ejemplo, de una especialización de las técnicas de caza, o son diferencias únicamente «culturales»?

En el contorno del bosque ecuatorial de la parte oriental, desde Centroáfrica hasta Shaba, se encuentran industrias llamadas de la Late Stone Age. Las más antiguas de esas industrias están tipológicamente diversificadas, porque sólo más tarde es cuando se ve aparecer un utillaje más especializado. Eso es lo que se ha observado en la cueva de Matupi, donde dos sucesivas campañas de excavación, en 1973 y 1974, han encontrado vestigios de una larguísima ocupación humana, iniciada mucho antes de los 40.000 años BP, y que perduró sin interrupción perceptible hasta los 3000 BP (Van Noten, 1977). El material estudiado hasta ahora proviene de un solo metro cuadrado que ha proporcionado 8.045 objetos; y están tallados casi exclusivamente en cuarzo por un procedimiento característico de las industrias puramente microlíticas: la técnica bipolar. Los desechos de corte representan el 90 por 100, el utillaje propiamente dicho no interviene más que en un 5,4 por 100, a lo que hay que añadir las piezas que tienen señales de utilización, sin ser, no obstante, herramientas «preparadas», y que representan el 5 por 100. La industria es típicamente microlítica, y la longitud máxima de los fragmentos está en 17,7 mm. Todo el utillaje propiamente dicho consiste, según el orden de su abundancia, en muescas, rascadores, taladros, buriles, fragmentos y laminillas con borde abatido, fragmentos retocados, piezas mutiladas y algunos microlitos geométricos (segmentos, semicírculos, triángulos). El utillaje macrolítico hecho sobre cuarcita, piedra arenisca o esquistos, consiste en muelas, trituradores, yunques, percutores, rascadores cóncavos y algunos cinceles. Un fragmento de piedra agujereada y adornada con incisiones ha sido fechado en unos 20 000 años

BP<sup>2</sup>. Los restos óseos de la fauna están bien conservados; indicaban un entorno más seco que hoy. Los ocupantes de la cueva cazaban, en orden decreciente, bóvidos (antílopes y búfalos), damanes, roedores (sobre todo trinonómidas), suidos y, en menor proporción, cercopitécidos y puercoespines. Esa cueva, situada hoy en el bosque ecuatorial, debía, durante casi toda su ocupación, encontrarse en la sabana, pero no lejos de bosques-galería, como lo indican los análisis palinológicos. Fue ocupada de un modo ininterrumpido, mientras que la industria muy poco característica del comienzo se transformaría en una industria más clásica que produce microlitos geométricos, escasas herramientas de hueso, hematites roja empleada como colorante y arandelas enfiladas, hechas con cáscaras de huevo de avestruz, en forma de collares. Vista la pobreza en herramientas susceptibles de servir de instrumentos o de armas, sobre todo, en las capas antiguas, creemos que el utillaje debía ser de madera en gran parte, como hemos observado en Gwisho (Fagan, Van Noten, 1972).

Las excavaciones en Ishango realizadas por J. de Heinzelin en 1950 han proporcionado tres industrias microlíticas (De Heinzelin, 1975). Aunque la más antigua no tiene microlitos geométricos, la siguiente tiene algunos, y en la más joven son abundantes. El carácter tipológico está generalmente muy borroso, y el corte agrupa todas las técnicas y se deja guiar por la naturaleza de un cuarzo de pésima calidad que sirve de materia prima. Esos elementos recuerdan incuestionablemente la evolución observada en Matupi. Ishango ha proporcionado una serie de arpones que debieron de ser empleados para la pesca y la caza, y que muestran una clara evolución, comenzando por ejemplares con dos filas de dentado en las capas inferiores hasta ejemplos con una sola fila en los niveles más jóvenes. Un palo pequeño de hueso adornado con estrías y que sirve de mango a un fragmento de cuarzo es uno de los hallazgos más espectaculares. La industria de Ishango se ha datado en  $21\ 000 \pm 500$  BP, lo que había parecido demasiado antiguo en la época de publicación de la monografía del yacimiento, pero vistas las fechas obtenidas en Matupi, ese resultado parece hoy mucho menos improbable. Los habitantes de Ushango volvían de la pesca y de la caza, sobre todo de la del hipopótamo y del topi, pero también de otros mamíferos, algunos de los cuales han desaparecido hoy. Las aves servían igualmente de caza. Entre los peces, se encuentran sobre todo siluros, ciclidos y protópteros. Los restos humanos, descubiertos entre los desechos de cocina, fueron estudiados por F. Twiesselmann (1958); muestran que el yacimiento estaba habitado por una población cuyas características biométricas atípicas y borrosas no ofrecen lazo directo con una u otra población moderna.

Junto a esas industrias puramente microlíticas, se ven aparecer en la región interlacustre, así como en Shaba y en las orillas del lago Tanganica, industrias tipológicamente intermedias entre un microlitismo puro y las industrias típicas de la parte occidental del Africa central. Por otro lado, se puede pensar que, dado su carácter heteróclito, esas industrias continúan la tradición de la Middle Stone Age descrita anteriormente. J. Nenquin ha tenido que inventar el nombre de «Wil-

<sup>2</sup> Conocidas también con el nombre de «Kwé», las piedras agujereadas que forman parte de las industrias de la Late Stone Age, se empleaban probablemente como lastre de azadas.

ton/Tshitoliense» para describir la Late Stone Age en Ruanda y Burundi (Nenquin, 1967), donde desgraciadamente han sido datados muy pocos yacimientos. Se estima en 15 000-12 000 BP la edad de la industria de transición de Kamoá, que puede estar relacionada con el Lupembiense-Rshitoliense de la parte occidental. En el mismo yacimiento, la Late Stone Age, que es pobre y poco característica, está fechada en unos 6000 a 2000 BP (Cahen, 1975). Es probable, pues, que diferentes tradiciones puedan subsistir durante mucho tiempo juntas, y efectivamente, al lado de industrias de carácter mezclado, se han encontrado otras puramente microlíticas, como en Mukinanira (Van Noten, Hiernaux, 1967) y en los lagos Mokoto (Van Noten, 1968-a).

El Africa central todavía no ha proporcionado ningún yacimiento de una riqueza excepcional que permita una reconstrucción detallada del modo de vida de esos cazadores, cuya existencia debía ser comparable a la que llevan aún en nuestros días los san en el Kalahari. El yacimiento de Gwischo, en Zambia, ofrece un bosquejo muy completo de la vida en la Late Stone Age en el V milenio BP. Junto a herramientas pulidas se tuvo la suerte excepcional de encontrar allí gran cantidad de objetos de madera y de hueso que prueban la importancia adquirida por el trabajo de la madera hasta en la sabana clara (Fagan, Van Noten, 1972).

## FIN DE LAS EDADES DE LA PIEDRA

La abundancia de las herramientas pulidas en algunas regiones ha llevado a considerarlas como el indicio de un neolítico; pero ya hemos visto que se encuentran semejantes herramientas desde la Late Stone Age, y que se las fabricaba y utilizaba todavía en el siglo XIX en la región de Uelé (Van Noten, 1968). El descubrimiento de herramientas pulidas, fuera de todo contexto arqueológico, tampoco tiene gran significación. El reparto de esos vestigios no carece, sin embargo, de interés, porque semejantes objetos sólo han sido hallados en la periferia de la depresión central. En el este, tales descubrimientos han sido extraordinariamente escasos, y a lo sumo se conocen en Burundi dos hachas pulidas y una cueva con pulidores (Van Noten, 1969; Cahen, Van Noten, 1970). El número de hallazgos aumenta algo hacia el sudeste, donde algunas hachas pulidas y pulidores se han descubierto en Shaba, mientras que en Kasai, aunque también hay pulidores, las herramientas pulidas son prácticamente inexistentes (Celis, 1972).

En cambio, esos elementos representan lo esencial de los descubrimientos arqueológicos realizados al norte del gran bosque. En la cuenca del Uelé, y hasta en Ituri, se han encontrado más de 400 herramientas, entre las que se cuentan espléndidas hachas de piedra de hematites, cuidadosamente pulidas, y numerosos raspadores. Un solo mapa de repartición de esas herramientas ha podido efectuarse hasta ahora (Van Noten, 1968). Al menos parcialmente, el «Neolítico ueliano» no se remontaría quizás más allá del siglo XVII, perteneciendo, pues, a la edad de hierro, como parecen indicarlo excavaciones realizadas en Buru (F. y E. van Noten, 1974).

Más al oeste, en la región donde el Ubangui penetra en el bosque, se ha

observado otra concentración de hachas pulidas. Mucho menos cuidadas que las del ueliano, por lo general sólo están pulidas parcialmente. Una prospección en esas regiones no ha permitido descubrir parecidas herramientas en el contexto arqueológico. Pero, al otro lado del río, en Batalimo (Centroáfrica), R. de Bayle (1975) ha descubierto por vez primera en una excavación un hacha de corte pulido no asociada a una industria microlítica, pero sí a la cerámica. Esta presenta un fondo plano, y generalmente tiene adornos en la superficie, donde se combinan estrías, incisiones e impresiones, principalmente con punzón. Fechada por termoluminiscencia, esa cerámica no sería anterior al siglo IV de la era cristiana, lo que parece muy reciente para una industria semejante. Aunque otras hachas pulidas aisladas han sido encontradas en diversos puntos de Centroáfrica, no tenemos noticias de que exista un solo pulidor en esas regiones.

Antes de tratar de la última zona de concentración, hay que señalar que a lo largo de Camerún, en la isla de Fernando Poo, hachas pulidas asociadas a la cerámica han sido datadas en el siglo VII (Martín del Molino, 1965) y han seguido en uso hasta época reciente.

La última zona se extiende paralelamente a la costa atlántica desde Gabón hasta el noroeste de Angola. Las herramientas «neolíticas» que se encuentran en esa vasta área son generalmente talladas, estando pulido sólo el corte.

En Gabón, las hachas presentan bordes sinuosos que forman un perfil característico (Pommeret, 1966). Una vasija descubierta con ocasión de importantes trabajos contenía un fragmento de herramienta pulida y carbón de madera que desgraciadamente no ha sido objeto de datación (Pommeret, 1965). En la República Popular del Congo, como en Angola (Martins, 1976), sólo ha habido hallazgos de superficie. En cambio, en el extremo de Gombe, J. Colette había descubierto un hacha pulida que parece asociada a la cerámica con base plana (Bequaert, 1938); se trataba del «neolítico leopoldiense», término por el que se designó después a numerosas hachas pulidas encontradas en el Bajo Zaire. Mortelmans (1959) encontraba en superficie, en Congo día Vanga, hachas pulidas, cuarzos tallados atípicos y una cerámica tosca con base plana. Esa misma cerámica se encuentra en las grutas de Ntadi-ntadi, Dimba y Ngovo, asociada en esos últimos yacimientos a hachas pulidas. En cuatro ocasiones se ha podido datar carbón de madera próximo en los dos últimos siglos antes de la era cristiana (Maret, 1977-a). Por desgracia no se trata más que de sondeos muy limitados que permiten excluir definitivamente la pertenencia de esos vestigios a la edad de hierro, hasta que nuevas excavaciones muestren que el Leopoldiense del extremo de Gombe alcanza quizás la edad del hierro (Cahen, 1976). Pero ese yacimiento ha conocido importantes perturbaciones, pudiéndose tratar de una simple contaminación por los horizontes superiores.

En Dimba y Ngovo, único yacimiento donde estaban conservados algunos huesos, el análisis de la fauna asociada no ha permitido hasta ahora descubrir la presencia de animales domésticos. En ausencia de otros datos socioeconómicos, es prematuro ver ahí un auténtico neolítico, cuyos responsables hubieran utilizado herramientas pulidas y cerámica, practicando totalmente la ganadería y la agricultura. Lo mismo ocurre en todas las demás industrias de aspecto neolítico encontradas hasta ahora en el Africa central; no conocemos ni a los utilizadores,

ni su época, ni su sistema económico. No obstante, recientemente se ha difundido la hipótesis de que algunos de los vestigios en cuestión pertenecerían a un estadio final de la edad de piedra al que corresponderían quizás las primeras etapas de la expansión de las poblaciones de lengua bantú hacia el último milenio de la era cristiana, es decir, antes de que hubieran adquirido el dominio del hierro (Phillipson, 1976; Maret, 1977-b; Van Noten, en prensa).

También debemos mencionar aquí los megalitos descubiertos en la región de Buar; se remontarían al V o I milenio antes de la era cristiana, pero se trata ya, quizás, de una reutilización (Bayle des Hermens, 1975). Por sus dimensiones, esos monumentos parece que debieron ser producto de poblaciones sedentarias de las que se puede suponer que habían sobrepasado el estadio de la caza y de la recolección. Recordemos aquí que el enlosado megalítico de Api es un fenómeno natural y en modo alguno un trabajo humano (Van Noten, 1973), como ocurre en todas las demás construcciones llamadas megalíticas conocidas hasta ahora en el Zaire.

### ¿SECUENCIA IDEALIZADA?

En el Congreso Panafricano de Dakar de 1967, J. D. Clark había intentado poner en orden la nomenclatura de la cuenca del Zaire (Clark, 1971). Al describir de nuevo la reseña de las diferentes nomenclaturas que se han utilizado para designar las industrias postacheulenses de la región que aquí estudiamos, D. Cahen ha mostrado claramente que se trata de una extraordinaria maraña (Cahen, 1977).

Las excavaciones recientes en Gombe han permitido encontrar y datar la secuencia arqueológica definida por J. Colette. Pero la nueva catalogación de las piezas que provienen de diferentes profundidades muestra que el yacimiento ha sido muy perturbado y las industrias no son homogéneas (Cahen, 1976). Los objetos han cambiado de sitio en el suelo, como han confirmado experiencias de laboratorio (Moeyersons, 1979). Es posible, pues, que en otros yacimientos donde los vestigios arqueológicos están depositados en arenas removidas del Kalahari, como en el nordeste de Angola, en el Bajo Zaire, en Kasai, en Shaba y en el Congo han podido producirse fenómenos similares (Cahen, Moeyersons, 1977). No sabemos, sin embargo, en qué proporción han sido afectadas las diferentes industrias por esas perturbaciones. Por otra parte, se observa una sorprendente convergencia tipológica y cronológica entre los diferentes yacimientos prehistóricos de la cuenca meridional del Zaire y, en menor medida, del África central. D. Cahen (1977) ha propuesto reagrupar esos conjuntos prehistóricos convergentes, en un solo complejo industrial postacheulense del África central, para limitarse al curso del tiempo y concretarse finalmente al sudoeste de la cuenca del Zaire.

Ese autor cree además que todos los términos como Sangoenense, Lupembiense y Tshitoliense no corresponden a realidad alguna científicamente establecida. Sin embargo, como hemos tratado de demostrar en este capítulo, nos parece posible, después del Acheulense, distinguir en las industrias líticas variantes regionales, y seguir su evolución. Por esquemáticas y discutibles que sean esas

distinciones, reflejan una cierta realidad que, en verdad, nos parece ahora mucho más compleja de lo que se había supuesto en un principio. Al afinar nuestra taxonomía sobre la base de nuevas excavaciones es como mejor nos damos cuenta de la extraordinaria diversidad presentada por el Africa central en el transcurso de las edades de piedra. La nomenclatura existente puede, según nuestro parecer, conservarse como una provisional herramienta de trabajo.

## CONCLUSION

El pasado del Africa central es aún poco conocido, porque sólo muy recientemente su estudio ha sido emprendido de un modo sistemático; pero ya la arqueología registra sus primeros resultados. Así, en el espacio de algunos años, el número de dataciones con carbono 14 casi se ha quintuplicado (Maret, Van Noten, Cahen, 1977) y se pueden esbozar las primeras síntesis (Van Noten, en preparación).

La finalidad principal de las nuevas investigaciones era efectuar una serie de excavaciones que cubriesen regiones y períodos diferentes, a fin de llegar en un plazo razonable al establecimiento de un cuadro cronoestratigráfico general para el Africa central. Ese proyecto ambicioso debe ser provisionalmente relegado a segundo plano: un yacimiento clave como el de Gombe ha puesto en duda no sólo las nomenclaturas existentes, sino la validez misma de las observaciones estratigráficas; y otros yacimientos, como Matupi, han proporcionado nuevas industrias cuyas dataciones ponen en duda su inserción en un vasto marco en el que «industrias» y «culturas» encontrarían de una vez su «lugar».

Cuanto más yacimientos nuevos se descubren, es lógico que cada vez se encuentren más objetos originales e inesperados. Ello se corresponde bastante bien con una de nuestras hipótesis de trabajo que preveía una gran diversidad en cada una de las «industrias» o «culturas». El hombre, frente a un microentorno específico, ha debido adaptar a él su utillaje. Es más grato ver al hombre en los límites de su territorio que lleva una existencia más sedentaria que esa vida de nomadismo absoluto que se le supone con demasiada frecuencia a los cazadores-recolectores. Lejos de perseguir incansablemente a la caza, esas poblaciones deben de haber desarrollado una cultura propia, síntesis armoniosa entre el entorno y sus tradiciones ancestrales. No creemos en un determinismo absoluto del medio ambiente. Desde que se establece el equilibrio mesológico, el utillaje puede seguir sin cambio durante larguísimos períodos. Sin duda, responde entonces plenamente a las exigencias del medio ambiente y de sus habitantes; también durante el tiempo en que ha persistido ese delicado equilibrio nada ha incitado al hombre a evolucionar rápidamente.

## Capítulo 22

# PREHISTORIA DEL AFRICA DEL NORTE

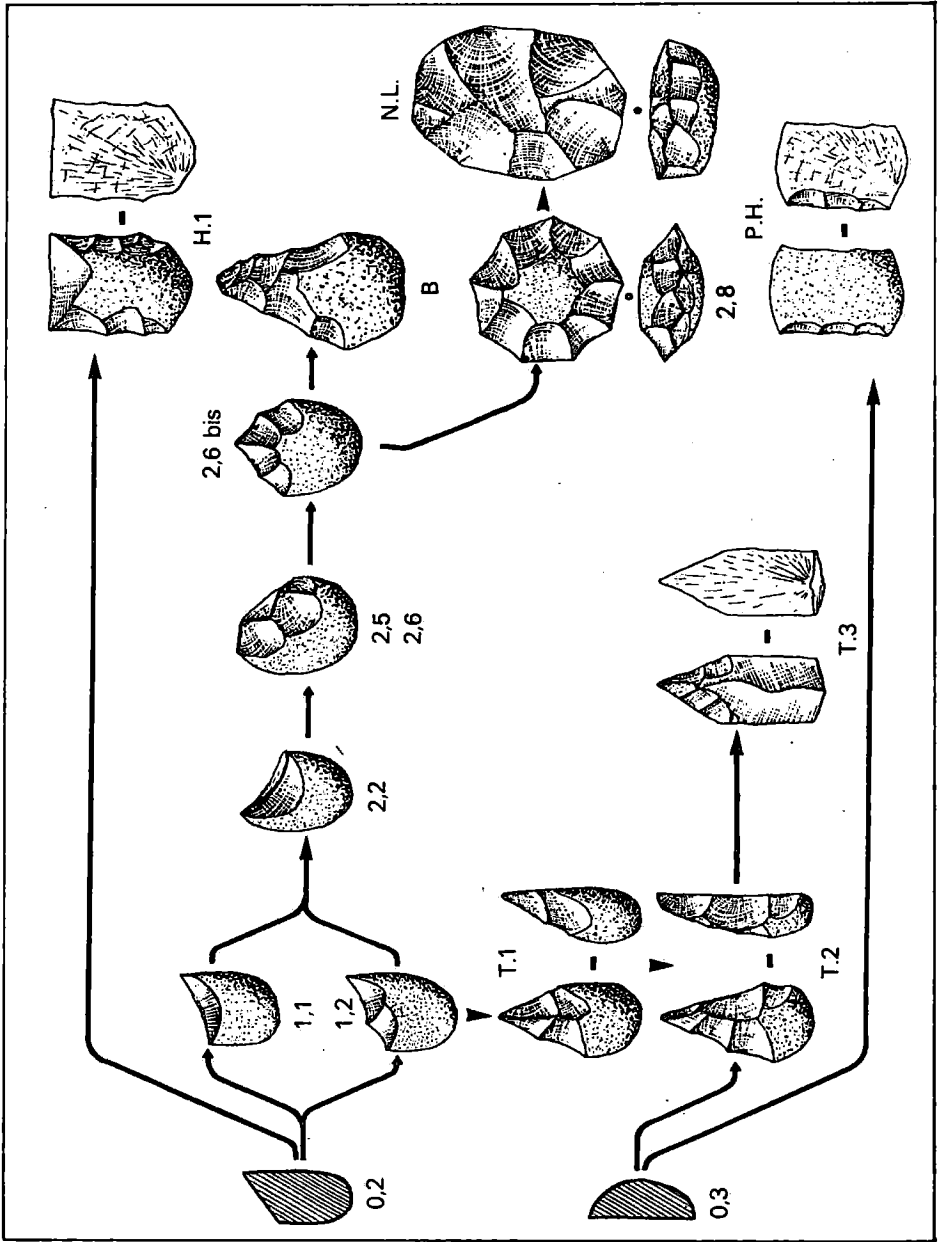
L. BALOUT

Los países del Magreb, próximos a Europa y mediterráneos por su fachada marítima septentrional, han sido recorridos, a veces hace más de un siglo, por los primeros investigadores curiosos de su prehistoria. Así se acumuló una abundante bibliografía de valor muy desigual. Estudios serios (1952-1955-1974) la desbrozaron. Pero la investigación prehistórica en esa parte del norte de Africa no ha conservado la ventaja de que dispuso durante largo tiempo; por el contrario, lleva retraso en dos materias esenciales: en los métodos de excavación, salvo rarísimas excepciones, y en la cronología absoluta, limitada en esa materia esencialmente a las posibilidades del radiocarbono. En el Africa oriental se ha actuado infinitamente mejor en esas dos materias.

Actualmente sólo se puede apreciar la antigüedad de la implantación de homínidos en el Magreb y el Sáhara gracias a correlaciones hipotéticas sobre la fauna y la tipología de las industrias líticas, debido a la falta de fósiles humanos del Pleistoceno, de fechas obtenidas por el método del potasio-argón y de suelos de ocupación paleolíticos.

Por falta de estratigrafías suficientemente extensas y numerosas, la continuidad, por otro lado muy probable, de la ocupación humana puede ser demostrada a duras penas. Yacimientos esenciales están aislados tanto en el tiempo como en el espacio: Ternifine (Atlántropo), en Argelia, por ejemplo. Los problemas del Musteriense, de sus relaciones con el Ateriense y del hombre portador de esa última civilización, el paso del Ateriense al Iberomorusiense, la estratigrafía del Capsiense y los hechos o resultados de neolitización esperan solución en gran parte. La investigación prehistórica ha aportado mucho al conocimiento del Cuaternario: estratigrafía y paleontología, y ha permitido el establecimiento de una tipología cuyo alcance sobrepasa los límites del Magreb; en adelante debe adoptar una óptica paleoetnológica: pasar del «Hombre y su medio» al «Hombre en su medio».





● Evolución de la «Pebble Culture» hacia las formas del Acheulense: las cifras remiten a la clasificación tipológica en uso para el Preacheulense africano. H = hachuela. Fot. M. Bovis.

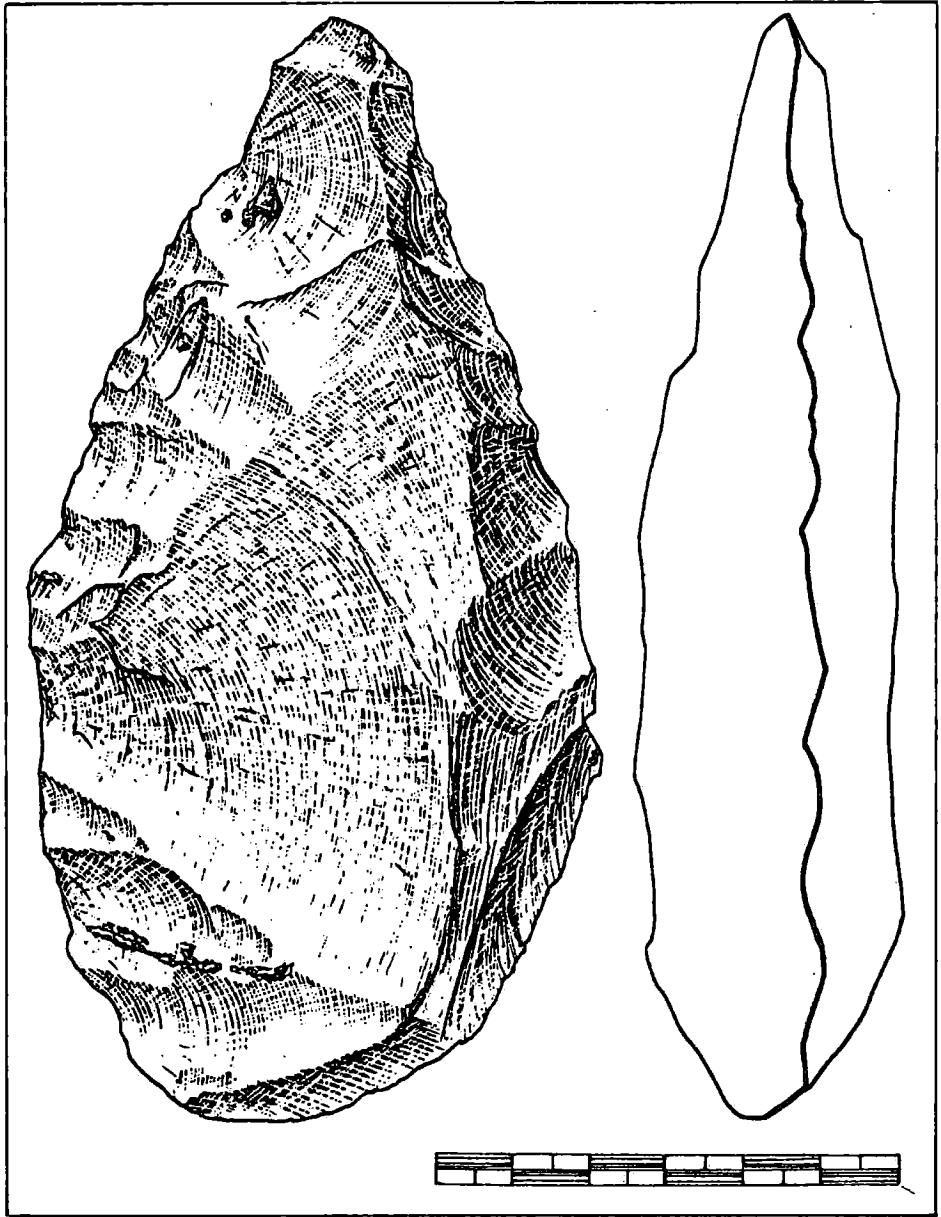
## LAS INDUSTRIAS HUMANAS MAS ANTIGUAS: EL «PREACHEULENSE»

No faltan testimonios, pero su interpretación, si no es tipológica, resulta delicada. Se funda en la estratigrafía del cuaternario litoral en Marruecos (Biberson), en la paleontología animal en Argelia (Ain Hanech, cerca de Sétif, excavaciones C. Arambourg) y Túnez (Ain Brimba, cerca de Kebili), y únicamente en la tipología en el Sáhara (Reggan, In Afaleh, etc.). Puentes más o menos frágiles pueden tenderse así en dirección a los yacimientos de Tanzania, Kenia y Etiopía. Frágiles, porque sólo el litoral atlántico de Marruecos ha permitido establecer una evolución de los «fragmentos manipulados» sobre las bases que P. Biberson ha utilizado y que parcialmente son puestos en duda; porque las faunas no son forzosamente contemporáneas, porque allí hay, de un lado, *presencia* arqueológica y, de otro, *estructura* arqueológica, porque los métodos de análisis tipológico son diferentes en el Africa «francófona» y en la «anglófona», etc.

Actualmente no se considera probable que la presencia de homínidos en el Magreb y en el Sáhara sea tan antigua como en el Africa oriental y meridional. Las industrias sobre fragmentos que han precedido a los cantos manipulados no han sido identificadas; no hay señales de una *osteodontokeratic culture* ni de restos de australopitecinados. Sin embargo, se puede pensar con fundamento que los cantos manipulados de Marruecos, Argelia y el Sáhara se inscriben en una cronología paralela a la de Olduvai, es decir, entre 2 y 1 millón de años (2,5 millones si se tiene en cuenta el canto de talla bifacial del Omo).

El esfuerzo, por tanto, se ha puesto en una correlación *cronoestratigrafía/evolución* tipológica. Y ha conducido al establecimiento de listas *tipológicas* que tienen implicaciones cronológicas. Ese fue el trabajo de P. Biberson en Marruecos, de H. Hugot y L. Ramendo en el Sáhara central, y de H. Alimen y J. Chavaillon en el Sáhara occidental. El análisis está fundado en las características técnicas, cuya repetición crea formas sistemáticas. La clasificación procede de lo simple a lo complejo: talla unifaz, bifaz, poliédrica. Sólo es probable que se inscriba en una cronología lineal. P. Biberson, en el marco de las playas cuaternarias del Marruecos atlántico, y J. Chavaillon, en el de los terrenos del Saura, han edificado sistemas de alcance por lo menos regional. Basándose en la paleontología es como los «esferoides con facetas o pequeñas superficies planas» del Ain Hanech se colocan en la evolución de la fauna del Villafranquiano, como se conoce en Marruecos (Fuarat), Argelia (Ain Bucherir, Ain Hanech) y Túnez (lago Ischkeul, Ain Brimba).

Finalmente, nos apoyamos en una estratigrafía del Villafranquiano fundada en gran parte en la paleontología animal. En esa serie aparecen las industrias humanas, y es demostrable su evolución hacia las bifaces y hachuelas del Paleolítico inferior clásico; pero en ninguna parte tenemos estructura arqueológica y, por consiguiente, marco paleoetnológico, como en Tanzania (Olduvai), Kenia y Etiopía.



● Bifaz acheulense, el más evolucionado del yacimiento de Ternifine (Argelia occidental). Excavaciones C. Arambourg (1954). Dibujo M. Dauvois.

## LAS INDUSTRIAS ACHEULENSES

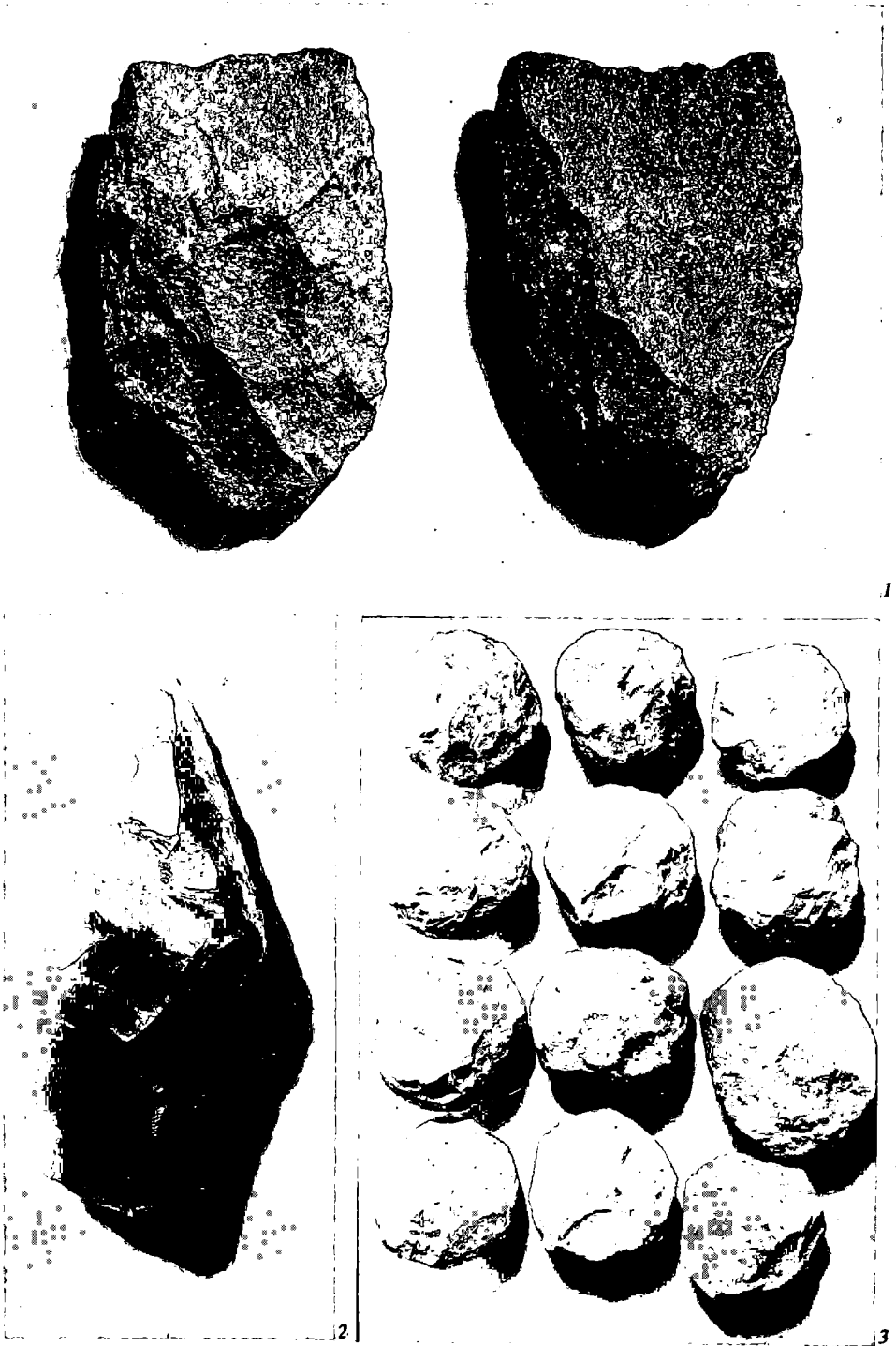
Después del Simposio de Burg Wartenstein (1965) y del Congreso Panafricano de Prehistoria, de Dakar (1967), en el término «Acheulense africano» se agrupa a todo el Paleolítico inferior, lo que en Europa occidental corresponde al Abbeviliense y al Acheulense, pero también al «Clactoniense» y al «Levalloisiense», ambos tan discutidos.

El Acheulense es muy abundante en Marruecos y, clasificadas las estaciones actualmente de superficie, se presenta en tres tipos de yacimientos bastante particulares:

a) *Los yacimientos en relación con el Cuaternario litoral, continental e incluso marino.* Este es el caso, en concreto, del Marruecos atlántico, donde P. Biberson ha podido proponer una secuencia acheulense partiendo de cantos manipulados de la Pebble Culture del Pre-Acheulense y acabando en el Paleolítico medio (Ateriense). Por razones que competen a la morfología litoral, Argelia no está tan favorecida. Sin embargo, se han observado algunos «yacimientos» en la costa kabila (Djidjelli) y cerca de Annaba (Bonet). Yo no conozco ningún yacimiento acheulense de ese tipo en el litoral tunecino.

b) *Los yacimientos de aluviones fluviales o lacustres.* Los primeros son infinitamente más escasos y pobres que en Europa, y sus relaciones estratigráficas y paleontológicas son con mucha frecuencia muy imprecisas. Este es el caso de numerosos yacimientos marroquíes (oued Mellah) y argelinos: Ouzidane (cerca de Tlemcen), Champlain (cerca de Medea), Tamda (Oued Sebaou), Mansourah (Constantina), Clairfontain (N. de Tebessa), S'Baikid y, sobre todo, El-Ma El-Abiod (S. de Tebessa); y en Túnez, el Acheulense de Redeyef (Gafsa). Apenas se pueden citar yacimientos en las orillas de lagos, tan extraordinarios en el Africa oriental (por ejemplo, el de Ologesailie, en Kenia). Está el lago Karar (Tlemcen), con excavaciones demasiado antiguas y mal realizadas por M. Boule, y Aboukir (Mostaganem), aun mal conocido. Un solo yacimiento emerge de esa imprecisión, el de Sidi Zin (Le Kef, Túnez), donde está situado un nivel con hachuelas entre otros dos con bifaces y sin hachuelas. En cambio, es obligado citar el Acheulense relacionado con los depósitos lacustres desde Mauritania hasta Libia.

c) *Los yacimientos relacionados con antiguas fuentes artesianas.* Parece que éstas atrajeron a los hombres desde el Acheulense hasta el Ateriense. En primer lugar, tal es el caso de Tit Mellil (Casablanca) y de Ain Fritissa (sur de Oujda), en Marruecos; y del «lago Karar», ya citado, en Argelia, así como de Chetma (Biskra), del que casi no se conoce nada, y, sobre todo, de Ternifine (Mascara). Sólo este último ha sido objeto de excavaciones recientes (1954-1956) y sistemáticas, confiadas por Argelia al profesor C. Arambourg. Todavía no hay que hacerse muchas ilusiones: la industria tiene un interés extraordinario, la fauna es de una riqueza prodigiosa, y allí es donde se descubre al Atlántropo; pero la estratigrafía de ese bello yacimiento plantea problemas, lo que deja demasiado abierto el abanico cronológico en que se inserta el conjunto de los documentos, aunque tal vez la naturaleza misma del yacimiento y de las arenas removidas sin cesar por las corrientes artesianas no permitía el establecimiento de una cronoestratigrafía. Eso



● 1. Acheulense del Erg Tihodaine: hachuelas en riolita.

● 2. Punta musteriense, El Guettar (Túnez), excavaciones Dr. Gruet. 3. Ain Hanech, «esferoides e facetas» (fot. M. Bovis).

no está demostrado. El estudio del utillaje parece probar que no se trata de talleres de talla, sino más bien de puestos de caza.

El Acheulense magrebino y sahariano no es fundamentalmente diferente del definido en otros tiempos en Francia. Los métodos de análisis (Bordes, 1961, y Baulot, 1967) no revelan la originalidad básica de las bifaces. Lo mismo ocurre con los triedros. La existencia de fragmentos y de una pequeña industria, en Ternifine por ejemplo, no tiene nada de chocante. La utilización del percutor blando sólo aparece al final de Acheulense anterior (talla o retalla): una sola pieza está comprobada en Ternifine (bifaz). Se ve también aparecer la «cuchilla» en el desprendimiento del extremo distal de los triedros. La principal originalidad, subrayada desde hace mucho tiempo, es el lugar alcanzado por las hachuelas a partir de un fragmento. Abusivamente se ha querido ver en ellas una herramienta (especie de destal) estrictamente africana. En efecto, no siempre está presente en el Acheulense de Africa (es desconocida en el admirable conjunto de El-Ma el-Abiod, por no citar más que un caso argelino); en cambio, existe en el Cercano Oriente y en la península indostánica. Su presencia en España (río Manzanares, cerca de Madrid), y su paso por los Pirineos han llevado a H. Alimen a reconsiderar muy recientemente (1975) el problema del paso del estrecho de Gibraltar mucho antes de la navegación neolítica. Y concluye con la existencia de un istmo favorecido por los altos fondos, hecho practicable en el curso de las regresiones rissinianas.

A J. Tixier se le debe el más completo análisis tipológico de las hachuelas magrebinas. Dos comprobaciones son de capital importancia. La primera es la aparición del método «Levallois» de corte, desde el Acheulense anterior, que conducirá a la increíble profusión de las hachuelas llamadas de Tabelbalat-Tachengit (Sáhara argelino occidental). La segunda es la técnica del «fragmento-núcleo», que permite obtener fragmentos con dos caras de fragmentación opuestas, determinando un contorno cortante perfecto (técnica de Kombema, en el Africa meridional). ¿Es Africa la que transmitió métodos tan elaborados a Europa, donde al menos aquélla desempeña un papel considerable antes del Paleolítico medio?

La definición de Acheulense siempre ha sido de orden arqueológico. Las industrias de bifaces cubren dos glaciaciones (Mindel-Riss), el interglacial que las separa y los interestadios que las dividen. Un paralelismo lo ha intentado P. Biberson con las transgresiones y regresiones marinas: Amiriense = Mindel, Anfatiense = Riss, Tensiftiense = Riss. Esas correlaciones son siempre hipotéticas. Es muy sostenible una prolongación en el interglacial Riss-Würm.

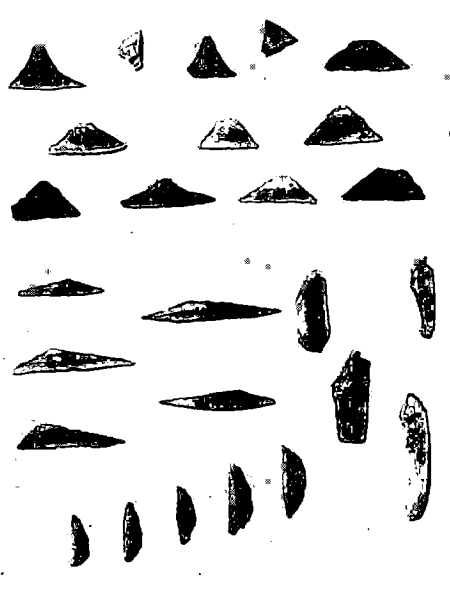
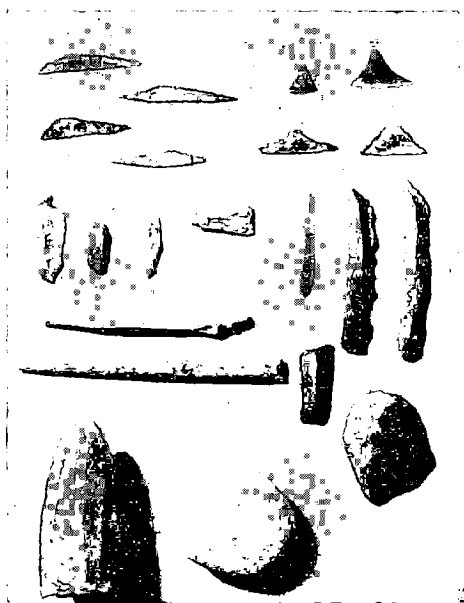
A falta de dataciones absolutas, debemos apoyarnos en la paleontología. La fauna ve desaparecer sus componentes retrasados del Villafranquiano superior y se convierte en la «gran fauna chadozambejana», como la calificaba C. Arambourg. Todavía no conocemos la microfauna de Ternifine, ni la flora.

El atlántropo de Ternifine, como los de Marruecos —H. de Rabat (?), de Sidi Abderramán (Casablanca)—, pertenece al *Homo Erectus*. Esos pitecántropos, por otro lado más próximos a los sinántropos de Pekín, sólo pueden ser situados en una cronología con gran imprecisión: al menos de 4 a 500000 años parece la hipótesis más sostenible. Esos hombres, además, dominaron el fuego y quizás

tuvieron un lenguaje rudimentario. El Magreb no nos aporta nada en esas materias.

## MUSTERIENSE-ATERIENSE

En 1955 escribí que dudaba de la existencia de un Musteriense autónomo en el norte de Africa. El doctor Gobert me ha reprendido severamente, y tenía razón. Posteriormente (1965) he matizado bien mi postura primera; pero eso no resolvía el problema: el Musteriense estaba simplemente desplazado. Sin duda alguna, existían yacimientos realmente musterienenses en el Magreb, aunque situados en unas condiciones geográficas inverosímiles, tan contrarias como puedan ser a toda concepción de etnia prehistórica: seis yacimientos fuera de discusión en Túnez: Sidi-Zin (El Kef), Ain Mhrotta (Kairuán), Ain Metherchem (Dj. Chambi), Sidi Mansur de Gafsa, El-Guettar (Gafsa) y Oued Akarit (Gabes); uno sólo en Argelia: Retaimia (Valle del Chélif); tres en Marruecos: Taforalt (Oujda), Kifan bel Ghomari (Taza) y Djebel Irhhou (Safi); y ninguno en el Sáhara. Ahora bien, los yacimientos premusterienenses o postmusterienenses se encuentran por centenares. Eso no refleja el estado de las investigaciones, porque el descubrimiento del Musteriense era una preocupación esencial de los prehistoriadores formados en Francia, donde aquél abunda; como también en las penínsulas ibérica e italiana, desde Gibraltar, por ejemplo. Hay 800 km. desde Sidi Zin (El Kef) hasta Retaimia, 360 desde ese yacimiento a la gruta de Taforalt, y 700 más para llegar al Dj. Irhoud. Y, sin embargo, se trata de un Musteriense perfectamente caracterizado, asimilable a las facies europeas, en particular al corte Levallois. Y en las dos extremidades geográficas tenemos el testimonio de los «hombres»: los Neandertalianos del Djebel Irhout y el monumento ritual más antiguo conocido, el «cairn» o «Hermaion» de El-Guettar, del que sólo la cima emergía de la fuente, a la que sin duda estaba consagrado. Excepto el Oued Akarit, ningún yacimiento musterienense indiscutible está próximo al litoral. Pero ¿dónde estaban entonces las orillas del golfo de Gabes? El Musteriense magrebino no ha podido venir más que del este. Pero lo más notable es que ese Musteriense conoció muy pronto una evolución original: se ha transformado *in situ* en «Ateriense». Aplicando con rigor las reglas de clasificación geológicas, por «los fósiles más recientes», había yo considerado como Ateriense a esos yacimientos con industria del Musteriense, donde se encontraba una punta pedunculada aterienense (El-Guettar, Ain Metherchem, etc.). No creo que eso fuese una prueba de contemporaneidad de los Musterienenses y los Aterienenses; pienso que el Musteriense del Magreb ha experimentado una mutación diferente de la evolución de todos los demás musterienenses. J. Tixier ha mostrado que no se trata de una añadidura de puntas o de raspadores pedunculados, sino de una transformación de una treintena de formas musterienenses en formas aterienenses por la talla de un pedúnculo basilar. En Europa, y particularmente en Francia, el complejo musterienense ha seguido otras vías. Este es tan original que una distinción específica ha sido aceptada, lo cual ya no es sostenible: el Ateriense no es más que facies evolutiva, propia en una parte de Africa, del Musteriense; y ocupa su lugar, incluso en el plano cronológico. La definición de R. Vaufray de un Ateriense «paleolítico superior» ya no es válida para lo esencial.



● 1. Ateriense del Oued Djouf el-Djemel (Argelia oriental): puntas y raspadores pedunculados, rascadores, núcleos Levallois (fot. B. Bovis). 2. Industria del Capsiense típico (fot. M. Bovis).

● 3. Industria de armazones del Capsiense superior: triángulos escalenos, trapecios y microburiles, sierras, láminas con muescas múltiples, pequeño buril de ángulo, rascador, núcleo «acanalado», etc. (fot. M. Bovis). 4. Capsiense superior: microlitos geométricos (trapecios, triángulos escalenos, medias lunas y microburiles) (fot. M. Bovis).



Algunos de los autores antiguos ya habían hablado de un «Musteriense con herramientas pedunculadas», igual que hablamos hoy de un «Musteriense con herramientas denticuladas». Y como la industria del yacimiento epónimo del Ateriense (Oued Djebbana, cerca de Bir el-Ater, sur de Tebbessa) nunca ha sido analizada a fondo por su inventor, «Ateriense» sigue siendo, como decía M. Antoine, un «nomen nudum». Y puesto que el Ateriense es una evolución precoz del Musteriense y durará mucho tiempo, invadiendo el Magreb y el Sáhara de norte a sur, es a la vez el equivalente cronológico de una parte del Paleolítico medio y del inicio, por lo menos, del Paleolítico superior.

Nuestras marcas cronológicas siguen siendo, no obstante, muy imprecisas. Frágiles son las aproximaciones propuestas por G. Camps con las fechas obtenidas por McBurney en Cirenaica, porque la identidad de las industrias no ha demostrado nada. El Ateriense es «muy discutible» (Camps) y el Iberomoricense no existe (Tixier). Han podido precisarse relaciones estratigráficas con el Cuaternario continental o marino, tanto en el Sáhara como en el Magreb, y tanto en cronología relativa como absoluta. El XL milenio antes de la era cristiana no es, sin duda, la fecha más alta que pueda considerarse para la aparición del Ateriense. Nuestra dificultad viene de los límites de fiabilidad del C 14. Pero las fechas obtenidas en el Magreb y en el Sáhara se inscriben entre los - 37000 y - 30000, y constituyen un amasijo coherente que inspira confianza. El Ateriense, pues, es un Paleolítico medio en sus comienzos. Después es contemporáneo del Castelperroniense y del Aurignaciense, es decir, de la primera parte del Paleolítico superior, en Francia por lo menos. Son concordantes las relaciones con las formaciones cuaternarias. Ocurre que el Ateriense impregna, sin ser arrastrado, las playas neotirrenianas completamente sumergidas por el comienzo de la última gran glaciación (por ejemplo, en Karuba, cerca de Mostaganem, en la Argelia occidental). El final de ese interstadio würmiano (Würm 1/2) había tenido lugar hace unos - 48.000 años. Las formaciones continentales —generalmente rubificadas y ricas en Ateriense— que cubren esas playas a las que sumergen bajo el mar actual datan de la regresión que ha podido alcanzar los 150 m.

Datar el final del Ateriense es infinitamente más delicado. La conquista del Sáhara es una realidad. La evolución técnica de la industria hacia formas más o menos anunciadoras del Neolítico es otra realidad.

Para H. Hugot, el Ateriense no ha franqueado la barrera de los grandes lagos de diatomeas, que han estado sumergidas hasta el VII milenio antes de la era cristiana. La prueba de ese Ateriense «preneolítico» no ha sido aportada, por seductora que sea su hipótesis. Sin embargo, no se conoce industria intermedia, y el principal obstáculo, de orden antropológico, está a punto de desmoronarse: todos los descubrimientos recientes, efectuados en Marruecos, refuerzan la hipótesis de que el Hombre ateriense no es ya un neanderthaliano, como los musterienenses del Djebel Irhoud, sino que es ya un *Homo sapiens*.

## PALEOLITICO SUPERIOR Y EPIPALEOLITICO

Cualquiera que hayan podido ser las prolongaciones aterienses en el Sáhara, es distinto lo que ocurre en el Magreb. Es inútil escribir escribir aquí la historia de

la demolición de las hipótesis de R. Vaufrey, que fueron autoridad durante décadas. Sin duda, es preferible recordar los conocimientos actuales, que se organizan en torno a cuatro ideas fundamentales:

— el *Iberomorusiense*, que yo había propuesto ya separarlo del *Capsiense* por razones antropológicas y paleoetnológicas, es mucho más antiguo de lo que se creía. Es contemporáneo del *Magdalenense francés* y, por consiguiente, constituye una civilización del Paleolítico superior;

— la controversia sobre el *Horizon Collignon*, que enfrentó a R. Vaufrey con el doctor Gobert y conmigo, está cerrada: esa industria de láminas, más próxima al *Iberomorusiense* que al *Capsiense*, es muy anterior a este último;

— la distinción establecida por R. Vaufrey de un *Capsiense «típico»* rematado con un *Capsiense «superior»*, o «evolucionado», cede el puesto a un bosquejo de las industrias capsienenses, apoyado en un mayor número de fechas radiométricas que no todas alcanzan cohesión;

— el «*Neolítico de tradición capsienense*», creado por R. Vaufrey sobre bases muy estrechas y, sin embargo, extendido por él mismo a una gran parte de Africa, debe ser reducido a sus dimensiones originales y ceder las inmensidades indebidamente conquistadas a otras muchas facies de la neolitización africana.

## EL IBEROMORUSIENSE

La vieja definición de Pallary (1909), aún citada, no es ya aceptable. Pallary había insistido mucho en el profusión de una técnica, la del borde abatido de las láminas, que distinguía a casi todo el utillaje lítico. Habrá que esperar los análisis minuciosos tipológicos de J. Tixier para sustituir un conjunto de formas precisas con una técnica global, lo que había sido más o menos expresado por ciertos prehistoriadores, en particular por el doctor Gobert en Túnez. La continuación de las excavaciones por E. Saxon en los yacimientos de Tamar Hat (cornisa de Bejaia, Argelia) ha permitido obtener fechas isotópicas muy altas y comprender mejor a esos cazadores de musmones, habitantes de las cuevas litorales separadas del mar por pantanos y una plataforma continental emergida, rica en mariscos. El *Iberomorusiense* es, en efecto, una civilización litoral y de colinas que, sin embargo, conoce penetraciones continentales, la menos discutible de las cuales es el yacimiento de Columnata (Tiaret, Argelia). Eso no impide que la región de Tánger y la costa del sahel tunecino aparezcan muy vacías. Si el *Iberomorusiense* está también ausente de Túnez, al sur del Oued Medjerda, es porque allí ocurre algo que expondremos a continuación.

Incluso analizado con todo detalle, el utillaje iberomorusiense es pobre. Algunos centenares de microburiles recogidos mucho después de las excavaciones en el yacimiento típico de la Muilah (cerca de Maghnia, Argelia) han confirmado que los microburiles estaban unidos a la fabricación de las puntas con pico triedro (llamadas «Puntas de la Muilah»), y no microlitos geométricos, como en el *Capsiense*. La industria ósea es muy pobre y sólo conoce una forma original: la «cuchilla». No existe arte mobiliario ni arte parietal. Ahora bien, estamos en los

tiempos de Altamira y de Lascaux, y los hombres son, tanto al norte como al sur del Mediterráneo, cromañoides, y aquí el tipo es «Mechta el-Arbi».

La hipótesis de un origen oriental —que llegó a ser tradicional—, según la cual se habrían separado, hacia el norte del Mediterráneo, la corriente de los Cro-Magnon europeos y, al sur, a lo largo de las orillas africanas, los Hombres de Mechta el-Arbi, no está probada. En el plano antropológico se puede considerar que éstos descienden de los neanderthalianos por mediación del hombre ateriense. Por seductora que sea esa hipótesis, no explica una industria que en absoluto tiene comparación con el Musteriense y ni siquiera con el Ateriense que le han precedido. Que los iberomorusienses fueran los portadores de esa civilización es poco probable, puesto que no tiene raíces locales. Pero no reside ahí el único problema. Esos «Cro-Magnon» magrebinos tienen una vocación y un destino absolutamente opuestos a los de los europeos. Su industria lítica, contemporánea del Magdalenense, al menos en sus comienzos, es «mesolítica», hasta el punto de que se realizó en otros tiempos un «Aziliense berberisco»; su industria ósea es parecida a la de los Magdalenenses, y ninguno de ellos tiene arte mobiliario ni arte parietal, aunque se haya pretendido que existían en Marruecos. En cambio, se mantendrán hasta el Neolítico e incluso colonizarán —lo más pronto hacia el final del III milenio antes de la era cristiana— el archipiélago canario. Otros muchos hechos son característicos del Magreb: las mutilaciones dentales, las necrópolis en cuevas o bajo refugios (Afulu-bu-Rhumme, Argelia; Taforal, Marruecos) y los monumentos funerarios (Columnata).

#### EL «HORIZONTE COLLIGNON» Y LAS DEMAS INDUSTRIAS DE LAMINAS PRECAPSIENSES

Hoy día está demostrado, sobre bases estratigráficas y geomorfológicas, que las industrias de láminas del Túnez presahariano (Gafsa, Lalla, región de los Chotts, etc.) son anteriores a toda la serie capsense. En Gafsa (Sidi Mansour), el «horizonte Collignon» se intercala en el «terraplenamiento» aluvial; el estadio de detención de la sedimentación en el entorno de lagunas está marcado por importantes formaciones de yeso. La sedimentación reiniciada se detuvo por la ayuda de la depresión de Gafsa, que lleva consigo la continuación de la erosión. El Capsense, típico y evolucionado, ocupa los niveles de esa erosión e incluso las colinas testigo. Ninguna posición cronológica puede ser precisada aún si no hay algo del Musteriense en la base en la sedimentación. Esas industrias de láminas tan sólo pueden estar relacionadas con el Iberomorusiense en la medida en que difieren específicamente del Capsense. Su tipología es diferente, excepto la proliferación de la técnica del borde abatido. El origen hay que buscarlo, sin duda, en el este (Cirenaica, Egipto, Cercano Oriente). Otras industrias epipaleolíticas originales se insertan localmente entre el Iberomorusiense y la facies o aspecto capsense. El «Columnatiense» con el que está relacionada la necrópolis está caracterizado en el VII milenio por una industria extraordinariamente microlítica. Se conocen otros yacimientos, el más importante de los cuales es el refugio de Koudiat Kifène Lahda (Ain M'lila, Argelia oriental), donde la industria anterior al

Capsiense se remonta igualmente al VII milenio. Se ha propuesto el término «elasolítico» para designar ese conjunto ultramicrolítico unido, sin duda, a un género de vida que no podemos definir. Otras facies o aspectos han sido señalados en la Argelia occidental, en particular el «Keremiense» y el «Kristeliense». La lista dista mucho de estar cerrada. En realidad, entre el Iberomorusiense, paleolítico en gran parte, y el Capsiense hay una proliferación de industrias como no conocemos en el Mesolítico europeo.

### LAS FACIES CAPSIENSES

La «serie capsense» ha sido la pieza maestra de las hipótesis de R. Vaufrey: Capsiense «típico» - «superior» - «de tradición capsense». Aunque esa estructura simplista es atacada con razón, fundándose particularmente en numerosas fechas radiométricas, hay que reconocer que el conocimiento del conjunto no ha dado los progresos esperados desde hace 20 años. El resultado de las excavaciones en los «caracoleros» no ha encontrado aún el medio de reconocer las estratigrafías ni las estructuras arqueológicas, con muy pocas excepciones. Durante el tiempo que los numerosos cortes no permitan observar las superposiciones de las diversas facies capsenses, la contemporaneidad y las secuencias se fundarán en las fechas C14, lo que no vale nunca una buena estratigrafía.

La superposición capsense superior-capsense típico que ha sido establecida en varios puntos sigue siendo el punto de partida de toda clasificación. En ambos casos, los yacimientos son montones de desechos, que mezclan cenizas y piedras quemadas, conchas de caracol por centenares de millares, huesos de animales consumidos por el hombre, su industria lítica y ósea, objetos de adorno y arte mobiliario, restos humanos, etc. Es posible imaginar que se trata de chozas que han producido esos montones de desechos, quizás cabañas de cañas sujetas con arcilla, si hemos de creer una observación, desgraciadamente demasiado antigua, hecha en la región de Khenchela (Argelia oriental).

La industria lítica del Capsiense típico es de una calidad generalmente muy bella. Los buriles de ángulo truncado alcanzan un lugar excepcional. Menos numerosas, pero tan características, son las grandes láminas de borde abatido, llamadas a veces «cuchillos», con canto frecuentemente de color ocre. Las láminas de borde abatido representan de 1/4 a 1/3 del utillaje lítico, obtenidas a veces retocando recortes de buriles («púas rectas» de Gobert). Existen microburiles, que no provienen, como en el Iberomorusiense, de la fabricación de las «puntas de la Muilah», sino de la de auténticos microlitos geométricos (trapezios, triángulos escalenos). La industria ósea es pobre. El Capsiense típico sólo es conocido en una zona bastante bien delimitada, a una y otra parte de la frontera argelino-tunecina, más al sur que al norte del paralelo 35°. Sólo cubriría el VII milenio, si hemos de creer las dataciones radiométricas. Por tanto, estaría en esa misma zona, contemporánea del Capsiense «superior», lo que es contrario a las estratigrafías conocidas. ¡Sólo creeré tal cosa cuando haya observado la presencia del Capsiense «superior» bajo el Capsiense típico! ¿De dónde saldría, en tal caso, ese Capsiense

que todo el mundo está de acuerdo en calificar de «evolucionado»? Además, el portador de la civilización del Capsiense «típico» casi nos es desconocido...

El Capsiense evolucionado nos ofrece una proliferación de facies o aspectos que invadieron el oeste argelino y, al menos, una parte del Sáhara. También habría que ser prudente y no cometer el error que cometió R. Vaufrey extendiendo su «Neolítico de tradición capsense», por adiciones sucesivas, a una gran parte del continente africano.

Si se exceptúa lo que yo he llamado «facies tebesense» todavía sobrecargada con el grueso y tosco utillaje del Capsiense típico, el Capsiense evolucionado es una industria de objetos de pequeña talla, rico en microlitos geométricos de calidad técnica generalmente excepcional, sobre todo los triángulos y ciertos trapecios. Las distinciones realizadas sobre bases «estadísticas» no son válidas, porque se trata de colecciones de museos, de una selección y de una calificación de excavaciones generalmente mal realizadas, discontinuas, de «capas» artificiales y de espesor variable según los excavadores. Un «caracolero» que he estudiado yo, el Ain Dokkara, ha conocido una ocupación humana de mil años, desde la mitad del VII milenio antes de la era cristiana hasta la mitad del VI milenio. ¿Es correcto caracterizar a la industria por una estadística global?

Descendiendo hasta el V milenio, al menos en su extensión septentrional, el Capsiense «superior» perdura hasta la neolitización, que por sí misma se escalona en un larguísimo período. Así puede sostenerse la contemporaneidad en regiones diferentes de industrias capsenses típica y superior, y del Neolítico «de tradición capsense».

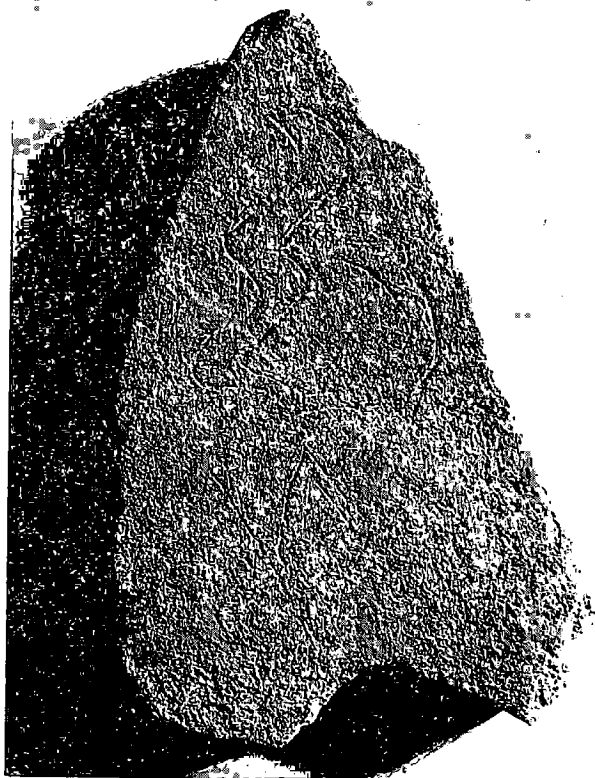
La civilización capsense ha durado, pues, cerca de 2000 años, algunos siglos menos que el Egipto faraónico. Si no podemos escribir su historia, al menos elijamos los elementos esenciales de una etnia. Los hombres capsenses no pertenecen al tipo cromañón de Mechta-Afalau: son mediterráneos, cuyo individuo más completo, el mejor conservado, en unas condiciones estratigráficas indiscutibles, es el Hombre del Ain Dokkara (Tebessa), que se remonta a la mitad del V milenio. Los hábitats capsenses se cuentan por centenares, y cada uno ha durado siglos y aun más de un milenio. Semejante sedimentarización, prepastoril y preagrícola, es digna de observación. Sin embargo, no eran más que chozas de caña y de ramaje cubiertas con arcilla o pieles. La caza no se caracteriza por ser de primera importancia, si se considera no la variedad de los restos de animales, sino su pequeña cantidad. Los moluscos terrestres alcanzan un lugar que no puede ser minimizado, pero la recolección de vegetales desempeña un papel que no podemos medir sin un exceso de imaginación; ni las «hoces» de Columnata, ni las bolas de piedra perforadas, ni las ruletas, ni la «abundancia de las cosechas» indican qué desarrollo alcanzó la agricultura.

La etnia capsense entierra a sus muertos según unos ritos variables, frecuentemente en decúbito lateral doblado. El empleo frecuente del ocre sigue siendo misterioso. Más sorprendente es la utilización de huesos humanos, siendo el que más llama la atención el «cráneo trofeo», de Faid Suar (Ain Bieda, Argelia), utilizado quizás como máscara. Ya en sus habitantes vivos, los capsenses practicaban mutilaciones dentales: hasta en los 8 incisivos para el caso de las mujeres.



● 1. Muela y rueda o moleta.  
Huellas de carbón y de ocre.  
Fragmentos de conchas de *Helix*.  
Neolítico de tradición capsiese  
de Damous el-ahmar, Argelia  
oriental (fot. M. Bovis).

● 2. Plaqueta calcárea grabada.  
Capsiese superior de Khanguet  
el-Mouhaad, Argelia oriental  
(fot. M. Bovis).



Y, sin embargo, son los primeros artistas del Magreb: objetos de adorno, conchas de huevo de avestruz grabadas desde el Capsiense típico, placas grabadas y piedras esculpidas que podrán conducir al arte parietal.

## NEOLITIZACION Y NEOLITICOS

La visión que se podía tener del Neolítico en el norte de Africa ha sido, desde 1933, ordenada, sistematizada y uniformada por R. Vaufrey. Su «Neolítico de tradición capsense», que se extiende rápidamente al Magreb entero, al Sáhara y a una parte del Africa sudsaariana, fue admitida de modo tan general que las siglas «N. T. C.» se hicieron de uso corriente. Sin embargo, el doctor Gobert y yo mismo hemos expresado fuertes reticencias sobre el carácter artificial de esa construcción trazada por un proceso de adiciones sucesivas, cuyo conjunto nos parece inconexo.

De hecho, no habíamos comprendido la gestión intelectual de R. Vaufrey. Porque había tomado como lugar de referencia el yacimiento de la Meseta de Jaatcha (Túnez), es muy pobre. En su tesis (1976), G. Roubert expone el desarrollo del pensamiento de R. Vaufrey. No es el Neolítico en sí lo que le interesa; él solamente quiere mostrar el mantenimiento de una «tradición capsense» que se atenúa progresivamente en su extremo, alejándose de sus fuentes. El Neolítico ya es así tan sólo un fenómeno del Capsense. La extensión prestada al N. T. C. va a justificarse por el transplante de elementos culturales considerados como neolíticos, lo que conduce a una concepción «tipológica» de aquél, no tiene en cuenta lo que sobrepasa y explica las revoluciones técnicas: el cambio de género de vida. En realidad, tanto menos se ha llegado a un estadio neolítico de tipo de vida cuanto que la tradición capsense es más vivaz. Y los armazones de tiro, «puntas de flecha», tan abundantes en el Sáhara, no hacen más que testimoniar la prolongación de un tipo de vida de cazadores depredadores que no se podría calificar de neolítico.

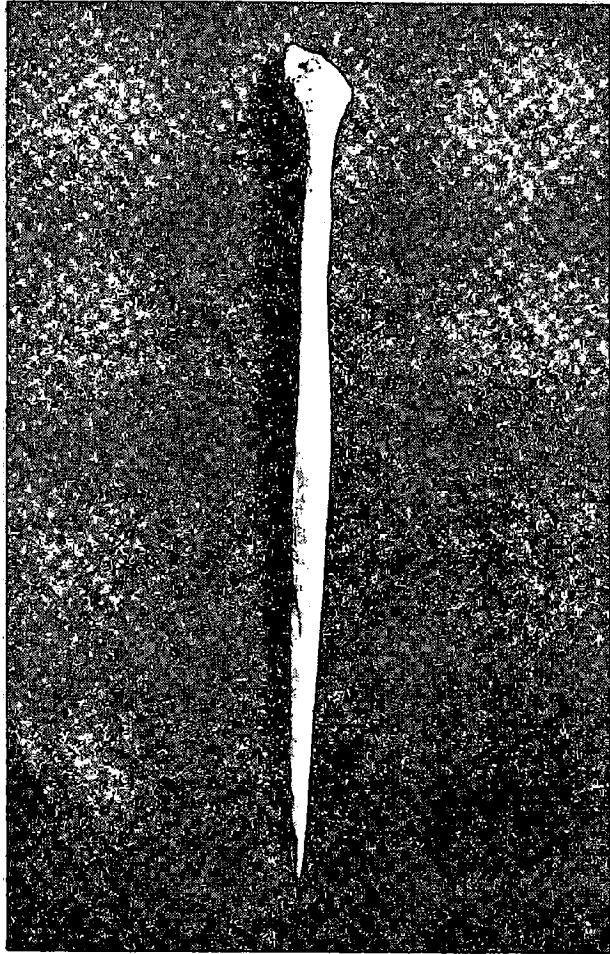
En esas condiciones, hay que colocar al Neolítico de tradición capsense en los límites de su zona original. Es lo que ha hecho C. Roubert, fundándose en sus excavaciones de la Cueva Capeletti (Aurés, Argelia). Junto a la indispensable tipología, el lugar de la ecología, es decir, el conocimiento del medio en que vivían los hombres se hace esencial. Así, se puede definir una economía pastoril preagrícola, trashumante, que no es el final de la prehistoria, sino el punto de partida de la actual civilización de montaña de los ghaui del Aurés, pequeños pastores de ovejas y de cabras.

Existen, pues, otras muchas formas de neolitización del Magreb además del N. T. C., *stricto sensu*, entre el V y el II milenio antes de la era cristiana. En primer lugar, las regiones que quedaron fuera del Capsense han conocido una evolución original que tiene dos características esenciales: suceder al Iberomorusiense y estar muy pronto en relación con la Europa mediterránea; y esto desde el V milenio. El problema de la navegación está efectivamente planteado desde entonces. Independientes por completo de toda tradición capsense, hay varias facies litorales del Neolítico que atestiguan esos contactos con Europa por su



● 1. *Ain Hanech. Fragmentos manipulados con talla unifacial (chopper) o bifaz (chopping tool) (fot. M. Bovis).*

● 2. *Peroné humano convertido en puñal. Capsiense superior. Mechta el-Arbi (Argelia oriental), excavaciones de 1952 (fot. M. Bovis).*





cerámica y por las importaciones de obsidiana. Eso es igualmente verdad para el litoral atlántico de Marruecos.

En cambio, el Neolítico de tradición capsense no puede ser ampliado, como querría G. Camps, al Sáhara septentrional; y menos aún al Sáhara más meridional, el del arte rupestre del Ahaggar y del Tassili-n-Ajjer.

Sin embargo, la asociación del arte rupestre y del Neolítico, propuesta por R. Vaufrey, sigue siendo muy válida, por discutible que sea la atribución al Neolítico de tradición capsense. Todavía no se trata más que de una serie de obras grabadas, siendo la otra de edad protohistórica. Esas primeras obras de estilo naturalista no podrían ser referidas ni a Europa ni al Sáhara; su origen hay que buscarlo en la neolitización capsense, pero la articulación «Industria-Arte» está aún por probar.

Así, la prehistoria magrebina confiesa sus debilidades, por ricos que sean sus testimonios. Sólo importantes excavaciones como se realizan hoy la harán progresar.

# PREHISTORIA DEL SAHARA

*H. J. HUGOT*

El Sáhara es un inmenso desierto que cubre la mayor parte del norte de Africa. No es fácil delimitarlo ni definirlo. La aridez constituye, sin embargo, el denominador común de las diversas regiones que lo forman. De este a oeste, sobre 5.700 km., entre el mar Rojo y el Atlántico, y del norte a sur, sobre 1.500 km., entre el Atlas presahariano y el Sahel sudanés, las condiciones desérticas se han instalado en un territorio de cerca de 8,6 millones de km<sup>2</sup>. Sin embargo, ese Sáhara, tal como lo vemos actualmente, es muy diferente del aspecto que presentó en el transcurso de los diversos períodos de la Prehistoria.

Lo que constituye su unidad actual es una notable indigencia de la higrometría, una de las más bajas del mundo. Las principales características de ese desierto serán, además de la extrema escasez del agua, las importantes diferencias entre las temperaturas diurnas y nocturnas y la abundancia de la arena que, eternamente movilizada por el viento, produce un desgaste intensivo en un modelado senescente.

Actualmente desierto, el Sáhara estuvo ampliamente poblado en otros tiempos y en varias ocasiones. La marcha de las primeras etnias que lo ocupaban es imputable a la instalación de un clima cada vez más seco y cálido que produjo la rarefacción de las precipitaciones y el agotamiento de las fuentes y de los ríos. La desaparición consecutiva del manto vegetal y de la fauna que le procuraban su subsistencia ha arrojado al hombre hacia las regiones periféricas, más clementes.

Muchos especialistas se han interesado por el problema de la «desertización» del Sáhara, sobre sus causas y consecuencias. En particular, E. F. Gautier<sup>1</sup>, Th. Monod<sup>2</sup>, R. Capot-Rey<sup>3</sup>, J. Dubief<sup>4</sup>, L. Balout<sup>5</sup>, K. Butzer, J. A. Huzayyin<sup>6</sup>, etc.,

<sup>1</sup> Gautier, E. F., 1928.

<sup>2</sup> Monod, T., 1945, págs. 27-55; Burg-Wartenstein Symposium, 1961.

<sup>3</sup> Capot-Rey, R., 1953.

<sup>4</sup> Dubiet, J., 1959.

<sup>5</sup> Balout, L., 1952, págs. 9-21.

<sup>6</sup> Butzer, K. V., 1958; Huzayyin, J. A., 1936, págs. 19-22.

por no citar más que a algunos. Ahora se conocen las razones teóricas por las que el «monzón del golfo de Guinea» y el «frente frío polar» han dejado de aportar al Sáhara las dos posibilidades de humedad que exigen su fertilidad; la que, en el transcurso de la Prehistoria, la ha permitido ser un país poblado y risueño. Pero es preciso llegar a la unanimidad sobre el problema de la evolución del clima sahariano. Todavía no sabemos si estamos en el máximo de un empeoramiento climático, o si, por el contrario, está sobrepasado o queda por llegar. Además, no siempre sabemos de qué modo se realiza la desertización: ¿Se propaga de un modo regular en torno a un centro? ¿O bien las orillas del Sáhara se desplazan según un movimiento de balanceo que avanza tan pronto hacia el sur como hacia el norte?

En cuanto a la sucesión misma de los episodios climáticos que han permitido en varias ocasiones que el Sáhara fuese acogedor a los hombres, falta mucho para que estemos en condiciones de restituir su cronología precisa. Algunos trabajos de gran envergadura se han efectuado aquí y allá. Pero hay que reconocer que son pocos y que nada serio se ha hecho para desarrollarlos. Sin embargo, tienen una importancia capital no sólo en el plano de la ciencia, sino también en el de la comprensión de un fenómeno que interesa a la vida de los hombres. El conocimiento de las modificaciones climáticas del Sáhara en el transcurso del Cuaternario tienen un interés capital en lo sucesivo para el estudio de las transformaciones ecológicas. En unos tiempos en que cada metro cuadrado es apreciado por los humanos, ese «maravilloso desierto» tendrá un papel tanto más importante que desempeñar cuanto que su pasado se conozca con exactitud.

## RESEÑA HISTORICA

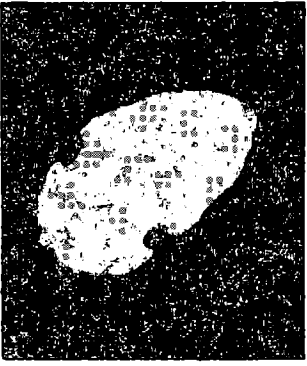
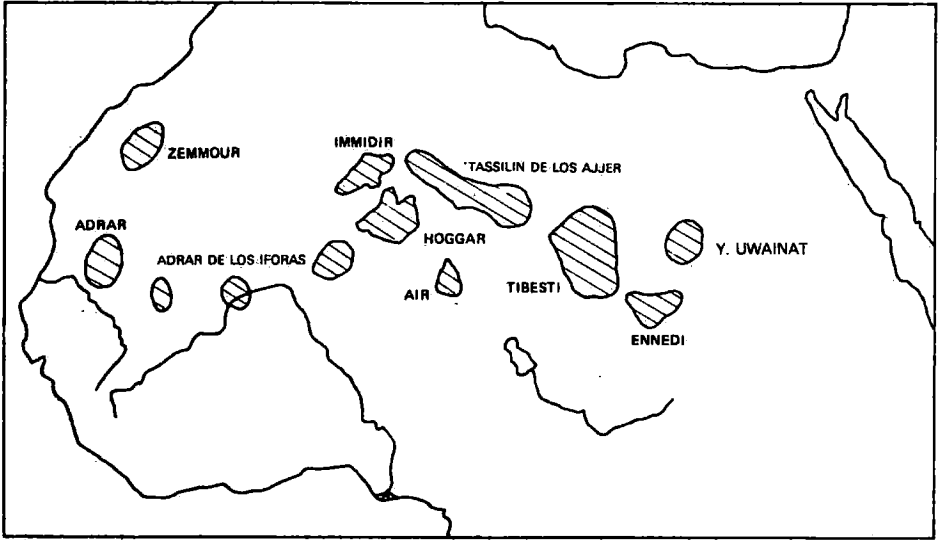
La desaparición de toda publicación bibliográfica regular referente a la investigación prehistórica sobre el conjunto del Sáhara no hace cómoda la puesta al día del mapa de los trabajos allí realizados. En lo que se refiere al período colonial, poseemos muchas bibliografías, pero son incompletas y frecuentemente están dispersas. El hecho de que descubrimientos importantes estén, por ejemplo, reseñados en informes militares hace delicado su acceso. Naturalmente, el reparto político del Sáhara explica, por otra parte, la dispersión de los trabajos dedicados a sus riquezas prehistóricas. Ingleses, españoles, franceses e italianos, a los que se han unido más recientemente alemanes, japoneses, rusos, etc., han aportado una larga contribución científica al descubrimiento del pasado en el Sáhara.

Sin embargo, la penetración del «desierto» es relativamente reciente.

El primer estudio serio que se refiere a la prehistoria sahariana es quizás el publicado por el sacerdote Richard en 1868<sup>7</sup>. Se refiere al Sáhara argelino. En Egipto las investigaciones comienzan casi en la misma época. Y tendrán como punto de partida una carta de A. Arcelin<sup>8</sup> fechada en febrero de 1867<sup>8</sup>. Las investigaciones en la parte occidental sólo serán emprendidas a comienzos de

<sup>7</sup> Richard, Abbé, 1868, págs. 74-75.

<sup>8</sup> Arcelin, A., en una carta dirigida a la redacción de la revista *Matériaux pour l'histoire primitive de l'Homme* y publicada en el t. V, de 1869.



- 1. Principales emplazamientos de las pinturas y grabados rupestres saharianos.
- 2. Hacha plana con muescas. Gossolorum (Níger).
- 3. Hachuela de Ti-n-Assako (Mali).

2

3

siglo. Las que se refieren al Sáhara central deben mucho a las exploraciones realizadas por Foureaux a partir de 1876<sup>9</sup>, y tendrán su apoteosis en la gran misión de 1898-1900<sup>10</sup>. Entre tanto, O. Lenz<sup>11</sup> observa la existencia de objetos prehistóricos en Taudenit, en 1886. Luego, los estudios de prehistoria sahariana conocerán cierta notoriedad, y apenas fueron retardados por las dos guerras mundiales.

Naturalmente, la atención de numerosos científicos ha sido atraída por la riqueza prehistórica del Sáhara. No es posible dar aquí su lista completa; pero la lectura de los trabajos antiguos será siempre sorprendente por tantos datos como aportan de su riqueza. Los de G. B. M. Flamand<sup>12</sup>, de Frobenius<sup>13</sup>, de Miss C. Caton-Thompson<sup>14</sup>, por ejemplo, son indispensables previamente a todo estudio serio de la prehistoria sahariana.

La investigación prehistórica se resiente, en el desierto más que en otras partes, por las preocupaciones del momento. A ellas se ha añadido un fenómeno muy particular que durante mucho tiempo ha falseado la comprensión de los problemas que le eran propios. En efecto, la prehistoria ha sido con mucha frecuencia considerada como «ciencia aneja» en las preocupaciones de las misiones que se realizaban a través del Sáhara. Por eso fue confiada bien a aficionados, bien a especialistas en otras materias que no concedieron a su contenido toda la atención necesaria. Además, en un entorno muy difícil de penetrar, donde la vida depende de cada kilogramo de flete transportado, el volumen, el peso y las dificultades de transporte de los documentos prehistóricos han hecho que se menospreciaran bastante. También hay que añadir que el Sáhara no es el lugar ideal para permitir al viajero que vagabundee, y menos aún para proporcionarle el tiempo y los medios con que proceder a sondeos serios. Eso explica, sin duda, por qué durante mucho tiempo se ha hablado de «industrias en el aire», de «ausencia completa de estratigrafía», de «nomen nudum», etc. En realidad, la prehistoria sahariana es tan rica como otra cualquiera.

Cuando se dedicaron el tiempo y los medios necesarios a misiones especializadas, las cosas cambiaron rápidamente. Es lo que sucedió tras la Segunda Guerra Mundial, que permitió conseguir un número desgraciadamente poco elevado de excelentes monografías referidas en particular a Hoggar, Saura, Chad, Mauritania, el desierto libio, Fezzan, etc.

La colaboración entre industria y ciencia permite incluso realizar el asombroso resultado expresado en los «Documentos científicos de las misiones Berliet-Tenere-Chad»<sup>15</sup>.

Sin embargo, falta mucho para que la Prehistoria sahariana, a pesar de su alto interés y de su riqueza, esté a punto de verse representada en un «manual». No sucede lo mismo en lo referente a una obra de divulgación, en una época en que, no obstante, se viaja a la luna. Simplemente se puede recordar que la Prehistoria

<sup>9</sup> Foureaux, F., 1883.

<sup>10</sup> Foureaux, F., 1905.

<sup>11</sup> Lenz, O., 1884.

<sup>12</sup> Flamand, G. B. M., 1902, págs. 535-538; 1921, págs. 114-115; Perret, R., 1937, relación de lugares estudiados.

<sup>13</sup> Frobenius, L., 1937.

<sup>14</sup> Caton-Thompson, G., y Gardner, E. W., 1934.

<sup>15</sup> Hugot, H. J., 1962.

sahariana es objeto de un gran número de estudios monográficos y de algunos capítulos de obras generales, en particular de H. Alimen<sup>16</sup>, H. J. Hugot<sup>17</sup> y R. Vaufrey<sup>18</sup>.

## INVESTIGACION DE UNA CRONOLOGIA

Desde sus comienzos, la prehistoria sahariana buscó sus series de comparación en Europa, y más especialmente en Francia. Se habló de «Clactoabbevillien-se», de «Cheleoacheulense», de «Munsteriense», de «láminas auriñacienses», de «puntas foliáceas solutrenses», etc. Los errores engendrados por ese proyecto simplista todavía dejan sentir sus efectos. Como todas las prehistorias del mundo, la del Sáhara no puede nacer más que del análisis de las monografías exhaustivas dedicadas a sus diversas industrias; pero todavía no contamos con ellas. Otra consecuencia molesta de la indisciplina de la investigación prehistórica en el Sáhara reside en la atribución, según las necesidades, de estatutos sociales precisos a etnias desaparecidas, incluso cuando no se tiene prueba seria alguna de la realidad de los hechos que las fundamentan.

Tratándose de cronología<sup>19</sup> se imponen dos observaciones. La primera es que en ninguna parte del Sáhara conocemos aún una estratigrafía<sup>20</sup> bastante importante que nos permita establecer con precisión la sucesión de los períodos prehistóricos. La segunda es que, fuera del Neolítico, no poseemos fechas que nos permitan establecer una cronología absoluta. A pesar de esas dificultades disponemos, no obstante, de los excelentes trabajos de J. Chavaillon para Saura<sup>21</sup>, de H. Faure para el Chad<sup>22</sup>, y de Ph. Chamard<sup>23</sup> para Mauritania. Esos análisis están

<sup>16</sup> Alimen, H., 1960.

<sup>17</sup> Hugot, H. J., 1970.

<sup>18</sup> Vaufrey, R., 1969.

<sup>19</sup> *Cronología cuaternaria*: sucesión en el tiempo de las diversas fases climáticas. Para el Sáhara pobre en estratigrafía, sólo se poseen en muchos casos elementos de cronología relativa. Una de las mejores ha sido presentada por J. Chavaillon (1964). Desde la base hasta la cima de la Saura, en el Sáhara norte-occidental, este autor ha distinguido:

Cuaternario antiguo	Aidiense
(villafranquiano)	Mazeriense
Cuaternario medio	Taurirtiense
	Ugartiense
Cuaternario reciente	Sauriense
	Guiiriense

<sup>20</sup> *Estratigrafía*: por ser la estratigrafía la lectura y la interpretación de las capas o niveles que sucesivamente se han depositado en un lugar para formar el suelo sobre el que pisamos, es comprensible que el Sáhara, afectado por grandes cataclismos climatológicos, no nos haya conservado muchos documentos. Sin embargo, existen los suficientes para saber que en muchos lugares hay una serie de tres terrazas llamadas antigua, media y reciente, que son los testimonios de tres grandes episodios climáticos. Pero no hay que esquematizar en exceso. En realidad, teniendo en cuenta los microlitos, el problema de los episodios climáticos legibles en la estratigrafía es extraordinariamente compleja. La estratigrafía revela que, hace unos 1000 años antes de nuestra era, la desertificación era ya un hecho consumado.

<sup>21</sup> Chavaillon, J., 1964.

<sup>22</sup> Faure, H., 1962.

<sup>23</sup> Chamard, Ph., 1966-1970.

## CUADRO

*Cronología  
de la prehistoria  
sahariana.*

De - 1000 a + 1000	Última recurrencia húmeda	Monumentos llamados «preislámicos»
De - 1000 a - 2000	Aluviones de los fondos de marismas Disminución de las fuentes Primeros pozos Aparición de microclimas de montaña	Neolítico reciente Tichitt Fadeliense Barkú
De - 2000 a - 5000	Última excavación de los valles Lagos con fragmitas	Neolítico antiguo Meniet In Guezzam Tilemsi
De - 5000 a - 7000	Dunas antiguas de tipo II. ¿Auker?	?
De - 7000 a - 15 000	Nivel final de los grandes lagos con diatomeas. Siluro, elefante, hipopótamo, rinoceronte. Régimen torrencial de las aguas.  Dunas antiguas de tipo I. Volcanismo.  Ferruginización de los conglomerados. Fin de la erosión. Formación de las terrazas de Tefassasset  Circulación de los grandes ríos. Fijación de los grandes lagos. Erosión violenta.	Ateriense Saura Tidikelt Mauritania Air  Acheulense III a VIII de Biberson (1961)  Civilización de los cantos manipulados

apoyados en sólidos estudios periféricos sobre Argelia<sup>24</sup>, Marruecos<sup>25</sup>, Libia<sup>26</sup>, etc.

A su luz se puede formar una idea relativamente exacta de las grandes líneas del cuadro cronológico de la prehistoria sahariana. Sin embargo, la pobreza de ésta en documentos paleontológicos y, en general, en materias orgánicas utilizables para las dataciones por medida de la radioactividad subsidente permite apenas avanzar la cronología absoluta más allá del Neolítico (cf. cuadro de la parte superior).

Naturalmente este cuadro está simplificado en extremo. En particular, no recoge un importante complejo de grandes fragmentos, frecuentemente de técnica

<sup>24</sup> Balout, L., 1955.

<sup>25</sup> Biberson, P., 1961.

<sup>26</sup> McBurney, C. B. M., y Hey, R. W., 1955.

levalloisiense, que se incorporan a fondos de bifaces delgadas, de talla y peso reducidos y que se sitúan probablemente al final del Acheulense. Lo mismo ocurre en Tiguelguemine<sup>27</sup>, en Bruku<sup>28</sup>, etc. Por último, señalaremos que actualmente nada autoriza a hablar de Paleolítico<sup>29</sup> superior en el Sáhara: las palabras no están confirmadas por los hechos. Con mayor razón es peligroso hablar de Mesolítico, término cuyo empleo tiende a caer en desuso.

El cuadro precedente puede dar origen a una cronología más detallada. Pone en relación las grandes líneas de lo que conocemos de la climatología con el poblamiento prehistórico.

El Sáhara ha proporcionado pocos esqueletos acompañados de industrias que permitan su clasificación. Sin embargo, las que allí se encuentran hablan en favor de la altísima antigüedad del hombre.

## EL PALEOLITICO

### LA APARICION DEL HOMBRE EN EL SAHARA Y LA INDUSTRIA DE LOS CANTOS MANIPULADOS

En las orillas de los antiguos ríos secos se observan con bastante frecuencia terrazas formadas en la época en que las aguas eran vivas. Esas terrazas están formadas por tres niveles muy distintos que, para mayor comodidad, se llaman terraza antigua, terraza media y terraza reciente. En Djebel Idjerane<sup>30</sup>, a 120 km. al este de In Salah (Sáhara argelino), la terraza antigua ha proporcionado «cantos manipulados». Se sabe que tales cantos son las primeras herramientas que presentan señales observables debidas al trabajo del hombre. En la mayor parte de los casos son simples cantos de río en una parte de los cuales se han quitado algunos fragmentos para hacer un corte tosco y sinuoso. Se ha lanzado la idea de que esos objetos serían específicos de la industria del *Homo habilis*.

En el Sáhara nigeriano, a las orillas del Teffassasset<sup>31</sup>, antiguo afluente del lago Chad, existen también importantes cantidades de cantos manipulados, pero en una posición menos significativa que en Idjerane. Otros conjuntos, como el de Aulef<sup>32</sup>, han quedado revueltos o destruidos. En cuanto a la serie que procede del Saura<sup>33</sup>, es numéricamente demasiado pequeña como para dar consistencia a un estudio. Lo que puede afirmarse es que la civilización de los cantos manipulados ha conocido una vasta dispersión a través de ese Sáhara entonces húmedo y muy diferente del que conocemos. Desgraciadamente, ningún fósil animal o

<sup>27</sup> Hugot, H. J., 1962.

<sup>28</sup> Hugot, H. J., 1962.

<sup>29</sup> *Paleolítico*: el nuevo corte cronológico debido al reconocimiento del *Homo habilis* en tanto que antepasado probable de la línea actual del hombre no ha modificado los problemas que se plantean en el Sáhara. En particular, no parece actualmente que hayan existido allí ni Paleolítico medio, ni Epipaleolítico. Habría un Paleolítico terminal representado por el Ateriense, posterior, por tanto, al Musteriense y separado del Neolítico por una breve interrupción.

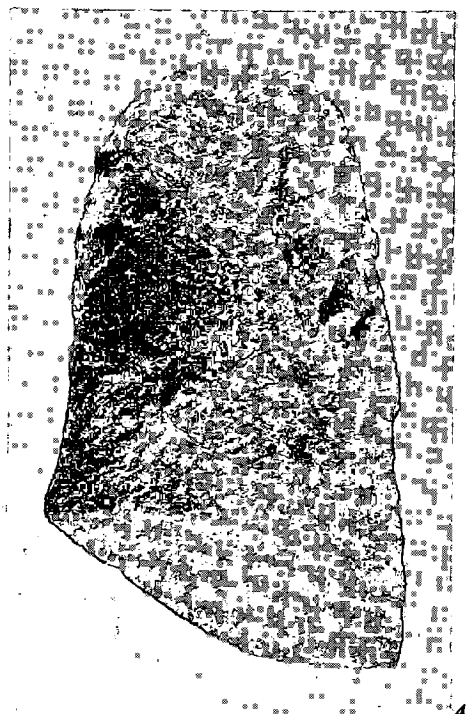
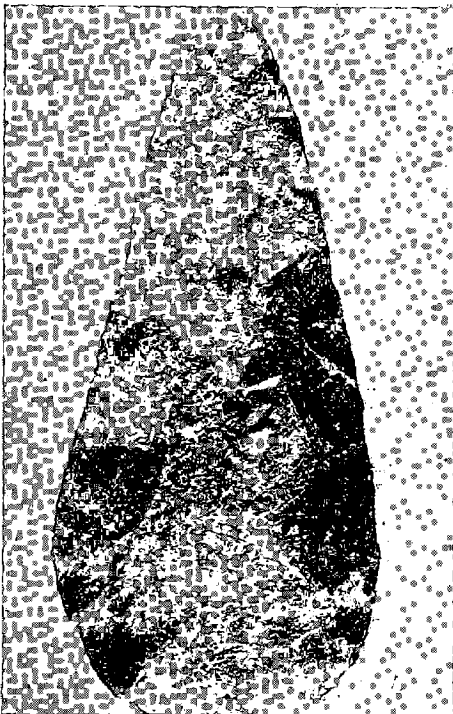
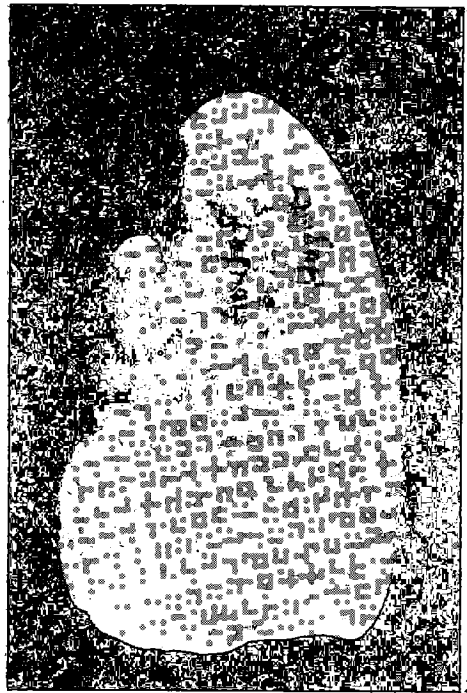
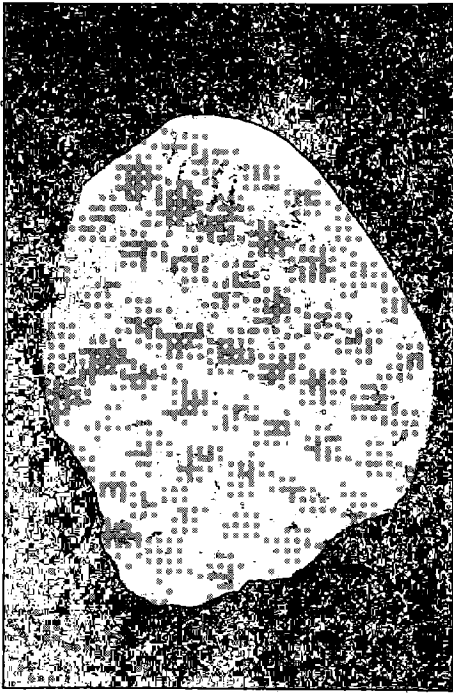
<sup>30</sup> Bonnet, A., 1961, págs. 51-61.

<sup>31</sup> Hugot, H. J., 1962, págs. 151-152.

<sup>32</sup> Hugot, H. J., 1955, págs. 131-149.

<sup>33</sup> Chavaillon, J., 1956.





- 1 y 2. Fragmentos manipulados (Pebble culture), Aulet (Sáhara argelino).
- 3. Bifaz del Paleolítico inferior, Tachenghit (Sáhara argelino); 4. Hachuela del Paleolítico inferior, Tachenghit (Sáhara argelino).

humano de esa época ha llegado hasta nosotros, y simplemente podemos emitir la hipótesis de que esas herramientas muy borrosas, que, además de los yacimientos donde están agrupadas, existen casi en todas partes del Sáhara, son las que fueron talladas y utilizadas por nuestros más remotos antepasados.

### EL HOMO ERECTUS, FABRICANTE DE BIFACES

Al final de la civilización de los cantos manipulados aparece una evolución técnica que conduce a formas que podrían pasar como pertenecientes al comienzo del Paleolítico inferior. El misterio que rodea a la gran mutación humana y técnica que marca la aparición del bifaz sigue siendo el mismo. En el Sáhara no se ha descubierto ningún esqueleto de los autores de esa importante herramienta y de su derivado, la hachuela, evocadora de un horizonte forestal que debía predominar en aquella época. Ignoramos la ecología que tuvieron los inventores del canto manipulado. Estamos un poco mejor informados sobre la que conocieron sus sucesores. El Sáhara, entonces país de grandes lagos, conocía una hidrografía importante y precipitaciones suficientes para asegurar una vegetación que revela un clima de tendencia casi fresca. Naturalmente, la gran fauna «etíope» estaba presente por todas partes. Hecho importante, las violentas lluvias tormentosas que marcaron el período siguiente han borrado casi por todas partes, o hicieron desaparecer, los depósitos que se han formado en los grandes lagos de la época. Además, una sequencia muy seca entre la época precedente y ésta puede haber acelerado los procesos de destrucción.

Debido a tales destrucciones, los testigos estratigráficos son muy escasos, aunque el número de bifaces que cubren el Sáhara sea inmenso.

Nos cuidaremos de afirmar que el homínido fósil del Chad<sup>34</sup> sea un fabricante de bifaces. Vaufrey<sup>35</sup> lo coloca en cabeza de su capítulo en «el Paleolítico inferior y medio» del Sáhara. Pero ese venerable antepasado del que se ignora completamente si era un tallista de herramientas no representa más que un descubrimiento paleontológico muy interesante.

En Tihodaine, mencionado por vez primera por Duveyrier en 1864<sup>36</sup> y visitado por E. F. Gautier y M. Reygasse en 1932<sup>37</sup>, se ha encontrado una industria «acheulense» con rinocerontes, elefantes, hipopótamos, bóvidos, búfalos, facoqueros, cebras, cocodrilos, gacelas, etc. Con toda evidencia, la industria acheulense de Tihodaine se halla evolucionada y tallada a menudo en hueso o madera. Por consiguiente, es ya un estadio avanzado del Acheulense y no continuación de la civilización precedente.

No lejos de Tihodaine hay dos valiosísimos yacimientos acheulenses que representan una mezcla de bifaces, a veces de formas muy reducidas, casi «baikienses» y hachuelas. Se trata del yacimiento del Erg de Admer<sup>38</sup>, descu-

<sup>34</sup> Coppens, Y., 1962, págs. 455-459.

<sup>35</sup> Vaufrey, R., *op. cit.* (póstuma), 1969, 21.

<sup>36</sup> Duveyrier, H., 1864.

<sup>37</sup> Gautier, E. F., y Reygasse, M., 1934.

<sup>38</sup> Ese yacimiento de superficie ilustra perfectamente la dificultad de clasificar entre la industria dominante y las contaminaciones posteriores por otros objetos más recientes.

bierto por un militar en 1934 y publicado por vez primera por H. Lhote y H. Kelley en 1936<sup>39</sup>. Ese yacimiento de superficie está mal datado, como el del oued Teffassasset<sup>40</sup>, descubierto por la misión Berliet-Ténére, pero su importancia no ha suscitado los trabajos que habrían permitido su aprovechamiento.

Tabelbala y Tachenghit<sup>41</sup> son conocidos por sus bifaces en roca arenisca y cuarcita rojiza pero, sobre todo, por su impresionante serie de hachuelas que revelan una técnica muy evolucionada.

En esa misma parte de Africa, los trabajos de J. Chavaillon y de H. Alimen han mostrado la presencia *in situ* de un acheulense evolucionado que precedería inmediatamente a las industrias a partir de fragmentos, o se incluiría en un acheulense medio. Lo mismo ocurre en Mazer, Beni Abbes y Kerzaz<sup>42</sup>.

En Chebket Mennuna (Saura, Sáhara argelino)<sup>43</sup> habría una serie significativa, desgraciadamente muy reducida en número.

En In Ekker, como en Meniet y en Ark<sup>44</sup>, el Acheulense medio está bajo los aluviones que contienen el Aterriense en difusión.

También se ha encontrado Acheulense en cantidad muy importante en Aulef<sup>45</sup>, Sherda<sup>46</sup>, el-Beyed<sup>47</sup>, es-Shaheinab<sup>48</sup>, Sáhara occidental<sup>49</sup>, Kharga y desierto libio<sup>50</sup>. En definitiva,  cubre toda la superficie del Sáhara, pero asimismo nos encontramos en la imposibilidad de clasificarlo cronológicamente, porque excepto en cuatro o cinco casos no está en posición estratigráfica. Queda por hacer lo esencial en esta materia: excavaciones y sondeos seriamente dirigidos.

#### UN PUNTO OSCURO: LAS INDUSTRIAS A PARTIR DE FRAGMENTOS

El Paleolítico inferior europeo está caracterizado, como en el Sáhara, por el objeto esencial que es la bifaz. Partiendo de las formas más borrosas agrupadas en primer lugar con el nombre de «Chelense», evoluciona hacia las piezas elegantes, equilibradas y perfectamente talladas y acabadas, como las de Micoque. En el Sáhara, las primeras bifaces son anunciadas por los últimos fragmentos manipulados. Rápidamente se asiste a una transformación radical de la técnica y de la talla; y ese dominio nuevo en el arte difícil de preparar la piedra no es extraño al aligeramiento y perfección de las formas. Semejantes progresos, tanto en Europa como en el Sáhara, sólo han sido posibles por el descubrimiento de las propiedades del percutor flexible, de hueso o madera, que sustituye al martillo de piedra sin

<sup>39</sup> Lhote, H., y Kelley, H., 1936, págs. 217-226.

<sup>40</sup> Hugot, H. J., 1962.

<sup>41</sup> Champault, B.

<sup>42</sup> Alimen, H., 1960, págs. 421-423.

<sup>43</sup> Chavaillon, J., 1958, págs. 431-443; 1956, pág. 231, ID.

<sup>44</sup> Hugot, H. J., 1963.

<sup>45</sup> Pond, W. P., y otros, 1938, págs. 17-21.

<sup>46</sup> Dailloni, M., 1948.

<sup>47</sup> Biberson, P., 1965, págs. 173-189.

<sup>48</sup> Arkell, A. J., 1954, págs. 30-34.

<sup>49</sup> Almagro Basch, M., 1946.

<sup>50</sup> Caton-Thompson, G., 1952.

gran precisión, como consecuencia de la brutalidad de su impacto. Sin embargo, aunque la bifaz es lo esencial, este fósil, de algún modo directivo del Paleolítico inferior, está lejos de ser el único objeto manufacturado por el *Homo erectus*. Hay muchas razones para creer que desde el inicio de la técnica los fragmentos han sido utilizados también, y no sólo ellos, sino una buena parte de los restos múltiples que provienen del corte o desbastadura de los núcleos. A eso se debe que la preponderancia alcanzada por el fragmento en la aurora del Paleolítico medio sea normal<sup>51</sup>. El fragmento no es, pues, un descubrimiento, sino una transformación. Esa transformación se señalará también por una miniaturización de las bifaces que van a tender hacia el armazón. En cambio, lo revolucionario es la generalización de la técnica levalloisiense. En el Sáhara se la ve aparecer muy pronto, siendo ella la que determina el procedimiento de fabricación de algunas bifaces de Tachenghit<sup>52</sup>, y debiéndosele también la industria de Brukku o de Timbrurine. Pero, a pesar de esa aparición precoz, no parece que se discuta el género de vida de los inventores. Esos precursores no son ciertamente neandertalianos, porque en ese caso, sin duda, habrían adoptado un género de vida diferente que habría exigido de ellos utilizar armas y herramientas ligeras y opuestas en cuanto a su concepción a la pesadez de la bifaz y de la hachuela. En efecto, lo que choca, y a lo que apenas se ha prestado atención, no es tanto la ausencia de un Musteriense auténtico en el Sáhara o de cualquier otra forma musteroide que haya tenido lugar, sino el Ateriense que lo reemplaza y que por eso se ha convertido en «musterianizante» y que es, por excelencia, una industria de cazadores. El pedúnculo recuerda no sólo el mango, sino la azagaya y las bolas; los grandes fragmentos en punta levalloisienses hacen pensar en instrumentos de cazadores. En una palabra, es esa una industria de nómadas y por eso resulta tan ligera, comparada con las que le preceden.

## EL ATERIENSE

En el estado actual de la investigación, el Ateriense<sup>53</sup> alcanza, pues, en el Sáhara el lugar que tiene en otras partes el Musteriense. Posee muchos de sus rasgos por el lugar que ofrece a la técnica levalloisiense, por la naturaleza de los retoques tanto como por la de los objetos bien acabados. Se aleja de él, sin embargo, por dos caracteres esenciales:

— la presencia de un objeto pedunculado que puede ser una punta, retocada o en bruto, un raspador, un buril e incluso un percutor;

<sup>51</sup> Sin embargo, no hay que olvidar que la verdadera mutación es humana y está subrayada por la aparición del hombre de Neandertal, autor de las industrias musterienses.

<sup>52</sup> Tixier, J., 1957.

<sup>53</sup> *Ateriense*: El Ateriense es una industria de origen norte-africano, compuesto en lo esencial de un fondo musteroide al que se añade toda una serie de objetos pedunculados. Cronológicamente, el Ateriense es posterior al Musteriense. Muy marcado por la técnica levalloisiense, esos importantes utensilios líticos han evolucionado progresando a través del Sahara. Su límite meridional parece que quedó constituido por los grandes lagos del Sur, hoy día desaparecidos, excepto el Chad. Sobre la orilla noroeste del antiguo Chad han sido encontrados yacimientos que se pueden datar de = 9.000 a - 8.000. Más que a un Paleolítico medio, es a un Paleolítico terminal al que hay que atribuir esa industria.



- 1. Gran punta doble bifacial  
ateriense, Timimum (Sáhara  
argelino); 2. Puntas aterienses,  
Aulef (Sáhara argelino).
- 3. Punta doble bifacial  
ateriense, Adrar Bus V (Niger).

— sensibles diferencias en el plano estadístico con la industria musteriense clásica; pero, aparte de eso, la idea de «sustrato musteroide» sigue en pie y, a pesar de que no poseemos ningún esqueleto ateriense, se tiene costumbre de atribuir a un pariente del hombre de Neandertál esa interesante industria.

El Ateriense, como se sabe, es una industria norteafricana que se ha dirigido con potencia hacia el sur<sup>54</sup> para detenerse, en su mayor parte, a lo largo de las orillas de los grandes lagos del Sáhara meridional. A medida que se extendía hacia el sur, se le ve transformarse hasta producir la sorprendente facies de Adrar Bous<sup>55</sup> donde se añaden al fondo clásico de los núcleos, láminas, fragmentos, rascadores, raspadores, muescas, puntas dobles foliáceas de técnica bifacial y bolas de piedra, así como bellas puntas pedunculadas, igualmente de técnica bifacial. Una de ellas alcanza los 19 cm. de longitud.

La dispersión del Ateriense es inmensa, puesto que se encuentra en Túnez<sup>56</sup>, Marruecos<sup>57</sup>, Argelia<sup>58</sup>, Saura, el Tidikeit, donde utiliza con éxito el material a elección proporcionado por un Araucaria fósil<sup>59</sup>, y en Mauritania donde el Adrar marca, en su mayor parte, su frontera<sup>60</sup>. Está en todas partes, en el Hoggar<sup>61</sup>, en el Erg de Admer<sup>62</sup>, en Tihodaine<sup>63</sup>, en el Adrar Bous<sup>64</sup>; aparece también en Fezzan, en Zumri, y sus últimos bastiones orientales se hallan en Kharga, en Egipto<sup>65</sup>.

En el plano cronológico, el Ateriense es muy difícil de situar. Puede aparecer hacia — 35 000. En las orillas del lago Chad, su progresión parece que ha estado detenida por el último alto nivel de las aguas. En esas condiciones se extendería entre los — 9000 y — 7000. Todo eso solamente son hipótesis.

Lógicamente, a esa industria tan marcada por influencias musterienses debería suceder un Paleolítico superior, pero se plantean dos cuestiones. ¿Hay razones y motivos para situar el Ateriense, muy tardío en su conjunto, en un Paleolítico medio? En su tesis magistral, L. Balout no ha creído que debía ceder a esa tentación. Por otro lado, ¿qué sabemos nosotros de epipaleolítico auténtico en el Sáhara? Muy poco, ciertamente; la industria del Oued Eched, descubierta por R. Mauny<sup>66</sup>, no ha mostrado su secreto. Los conjuntos líticos de aspecto capsienense de la orilla meridional del Tademait<sup>67</sup> siguen siendo muy discutibles. Sólo la serie ya antigua de Merdjuma (Oued Mya, meseta del Tademait, Sáhara central argelino) puede atestiguar la implantación de un grupo de capsienenses auténticos

<sup>54</sup> Hugot, H. J., 1967, págs. 529-556.

<sup>55</sup> Hugot, H. J., 1962, págs. 158-162.

<sup>56</sup> Gruet, M., 1934.

<sup>57</sup> Antoine, M., 1938.

<sup>58</sup> Reygasse, M., 1922, págs. 467-472.

<sup>59</sup> Gautier, E. F., 1914; Minette de Saint-Martin, 1908; Reygasse, E. F., 1923.

<sup>60</sup> Guitar, R., 1972, págs. 29-33.

<sup>61</sup> Hugot, H. J., 1962, págs. 47-70.

<sup>62</sup> Bobo, J., 1956, págs. 263-268.

<sup>63</sup> Balout, L., en Arambourg, C., y Balout, L., 1955, págs. 287-292.

<sup>64</sup> Hugot, H. J., 1962, págs. 158-162.

<sup>65</sup> Caton-Thompson, G., 1952 y 1946.

<sup>66</sup> Industria inédita depositada en el departamento de prehistoria del IFAN, de la Universidad de Dakar.

<sup>67</sup> Hugot, H. J., 1952, 1955, págs. 601-603.

en una región englobada en nuestros días por el Sáhara. Ello es demasiado poco para llegar a una convicción.

Por eso, y a fin de permitir encontrar una solución cronológica, se ha propuesto agrupar el Ateriense bajo el título poco comprometedor de Paleolítico final.

#### LA INTERRUPCION

Recientemente, para calificar una industria evolucionada postateriense de Adrar Bous (Níger), J. D. Clark ha utilizado la palabra «mesolítico». En un plano general, ese término —que felizmente tiende a caer en desuso— no tiene sentido. No corresponde a nada conocido en el Sáhara y sólo podría perpetuar el error de Arkell<sup>68</sup>, muy explicable en el tiempo en que él trabajaba en el Nilo. Los prehistoriadores franceses, en el estado actual de la investigación, no están de acuerdo con el empleo de esa palabra.

Lo cual no quiere decir que no se plantee el problema del epipaleolítico: el Sebiliense III de Egipto, invadido por los microlitos geométricos<sup>69</sup>, precede al Neolítico A sin confundirse con él, y algunos indicios —muy escasos, es cierto—, permiten suponer que pudo desbordar las zonas donde ha sido reconocido.

#### EL NEOLITICO

Ignoramos lo principal de la génesis de las etnias neolíticas<sup>70</sup>. Parece que han progresado a través del Sáhara iniciando su partida de bases diferentes. Según M.-C. Chamla<sup>71</sup>, hay una constante en el poblamiento neolítico sahariano: es el mestizaje, en sus dos polos, de los negros, por un lado, y, por otro, el de los blancos de origen meso-oriental, agrupados ordinariamente bajo el título de «mediterráneos».

#### PRIMER POBLAMIENTO: NEOLITICOS DE TRADICION SUDANESA

No es seguro que el poblamiento neolítico del Sáhara sea homogéneo. Si se procede por orden, parece que la oleada más antigua es la que, formada a las

<sup>68</sup> Arkell, A. J., 1949; 1943.

<sup>69</sup> Vignard, E., 1923, págs. 1-76.

<sup>70</sup> *Neolítico*: Palabra utilizada para designar la aparición de nuevas técnicas, en particular el arte de la cerámica, el pulimentado de la piedra, el comienzo de la domesticación, de la agricultura, del urbanismo, etc., añadiéndose al fondo muy evolucionado de la industria lítica del Epipaleolítico. En el Sáhara, parecería que los establecimientos más antiguos de esa época sean atribuibles al V-VI milenio antes de nuestra era. Se sabe que el Neolítico puede que no sea la resultante de la totalidad de las técnicas precisadas. Pero uno de los fenómenos más notables sobre el que conviene fijarse es la cocción de los alimentos que, por sus transformaciones químicas, va a influir de un modo decisivo en la evolución fisiológica del hombre. El Neolítico sahariano y sus múltiples corrientes ofrecen el sorprendente ejemplo de una «explosión» técnica, y no de una revolución, como se ha afirmado demasiado frecuentemente.

<sup>71</sup> Chamla, M.-C., 1968.

orillas del Nilo, a la altura de Jartum y de es-Shaheinab, ha efectuado un movimiento de este a oeste a lo largo de los grandes lagos. Parece que no sobrepasó, ni mucho menos, la franja oriental del Auker, ni penetró en el bosque. En cambio, realizó al menos dos reconocimientos hacia el norte, uno en Hoggar hasta la margen septentrional de la zona pretassiliense, y otro hacia Saura, partiendo de Tilemsi. Esa brillante civilización se reconoce fácilmente gracias al particularismo y a la riqueza de los adornos aplicados a la cerámica. En el plano industrial es, en cambio, extraordinariamente difícil de definir, porque los «neolíticos de tradición sudanesa» han sabido sacar partido de todo. Los primeros ocupantes del Sáhara son pescadores-cazadores-recolectores. Les gusta la carne de hipopótamo y las bayas de almez (*celtis sp.*), pero no desdeñan los peces de los lagos, ni la tortuga de agua dulce, ni la sandía. El hecho de que ellos hayan fabricado con profusión hachuelas, azadas, trituradores, muelas, etc., no significa absolutamente que hayan poseído una forma cualquiera de prácticas agrícolas<sup>72</sup>. A lo sumo, el relleno constante de las vasijas con bayas de almez y el frecuente descubrimiento de señales de semillas de cucurbitáceas en la excavación de los yacimientos pueden sugerir una hipótesis de protocultivo. Se da allí reparto del trabajo en función de las especialidades. El pulido de la piedra está muy extendido y el abanico de armazones es muy rico. Se caza con arco o con venablo; se utilizan el arpón y el anzuelo de hueso. Hachas, azadas, azuelas de piedra pulida son de uso frecuente entre las herramientas. Hábiles para confeccionar perlas de piedra dura (amazonita, calcedonia, hematites, cornalina, etc.), los especialistas han puesto a punto un material de perforación muy ingenioso<sup>73</sup> que comprende recortes de buril, agujas, taladros utilizados al mismo tiempo que resina y arena fina. El material para triturar es muy importante y a menudo muy perfecto. Atestigua, si no un instrumental de molino auténtico, sí al menos el conocimiento de la trituración. El producto triturado es, sin duda, algunas veces el ocre, pero también semillas silvestres, bayas, hierbas secas, colorantes vegetales, productos farmacéuticos, etc. La cerámica merece una mención especial, tanto a causa de la riqueza de su decorado, como por la belleza de las formas realizadas. Señalemos que los fondos cónicos con un hoyito y las formas alargadas en las ánforas no existen. En cambio, se observan algunos picos para verter, asas y botones.

Esa primera oleada neolítica es, pues, bastante bien conocida.

## EL NEOLITICO GUINEANO

Es seguido más al sur por la progresión de otra etnia africana que va a ocupar el bosque, pero a pesar de su importancia estará durante mucho tiempo oculta

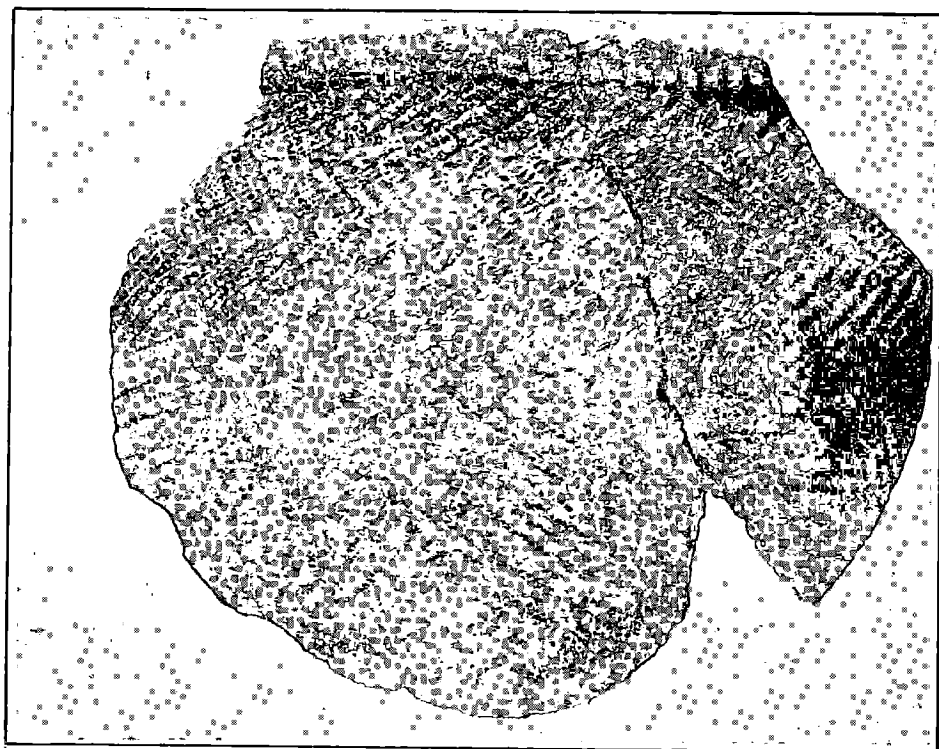
<sup>72</sup> Agricultura: «Cultivo razonado de plantas seleccionadas en partes del suelo preparadas adecuadamente». La prueba del conocimiento de una agricultura puede resultar:

- de pruebas palinológicas estadísticamente válidas;
- de la existencia de señales de terrenos cultivados;

— de la recogida de vegetales fósiles identificados. La sola presencia de utensilios considerados «agrícolas» no tiene sentido exacto. La azada ha podido servir para extraer arcilla para la cerámica; la muela ha podido servir para machacar colorantes, semillas silvestres, productos medicinales, etc. La atribución del calificativo «agrícola» resulta, pues, de reglas exactas y no de hipótesis no verificadas.

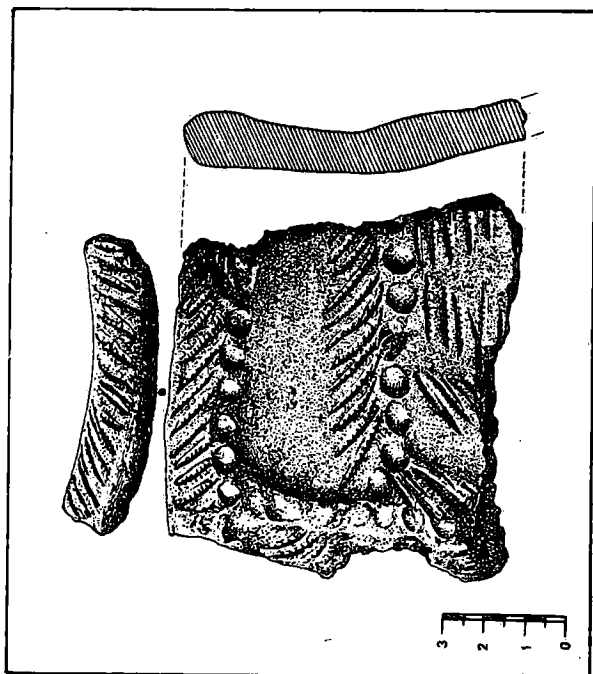
<sup>73</sup> Gausson, M. y J., 1965, pág. 237.





● 1. Cerámica neolítica, Dhar Tichitt (Mauritania).

● 2. Cerámica de Akreijit, Mauritania.



por el manto forestal. Ese neolítico, bien identificado en Guinea, será llamado por esa razón, aunque su origen esté probablemente en el Africa central, *Neolítico guineano*<sup>74</sup>.

## EL NEOLITICO DE TRADICION CAPSIENSE

Poco más tarde, el *Neolítico de tradición capsense*, que resulta de la neolitización *in situ* del antiguo capsense norteafricano, va a comenzar su movimiento hacia el sur. Llegará a Mauritania desde el nordeste y llegará a Hoggar, puesto que en Meniet ya existía en mantillas en la superficie de los yacimientos del Neolítico de tradición sudanesa. Su límite al este es más impreciso, a falta de monografías libias utilizables. El Neolítico de tradición capsense es más austero que el Neolítico de tradición sudanesa. Su cerámica está poco o nada decorada, pero, en tanto que la industria lítica de la tradición sudanesa resulta con frecuencia oportunista, la de la tradición capsense es de una técnica rigurosa, y su facies sahariano se enriquece con una proliferación sorprendente de armazones de puntas de flecha. La piedra pulida allí es a menudo muy bella y, para borrar la impresión producida por la cerámica, las escudillas de piedra dura y las estatuillas<sup>75</sup> zoomorfas son otras tantas obras maestras. Con facies del Neolítico se encuentran bolitas de enfilas collares que a veces son fragmentos de encrina, pero sobre todo arandelas confeccionadas partiendo de pequeños trozos de cáscara de huevo de avestruz. Huevos enteros son vaciados y transformados en recipientes, siendo algunos grabados con dibujos a rayas.

Se sabe que los iberomorusienses son distintos de los capsenses. En tanto que estos últimos han ocupado principalmente las altas mesetas argelinas donde nos han dejado esos curiosos montones de conchas, conocidas con el nombre de «caracoleros», los iberomorusienses se instalaron a las orillas del Mediterráneo y en Túnez y Marruecos; no se sabe muy bien cómo esos cromañoides se instalaron en el norte de Africa ni cómo se han eliminado las dos etnias. Lo que sí es cierto es que las dos están «neolitizadas» sobre el terreno. Los neolíticos de tradición iberomorusiense que vivían en la proximidad del mar no han podido evitar resultar influenciados por él. Ahora bien, si se continúa rodeando la costa atlántica marroquí en dirección al sur, se comprueba la existencia de «kjokennmöddings» formados por conchas de mejillones y ostras, y luego por arcas de Noé (Arca senilis) que son también consumidas en Senegal. El litoral del Sáhara marroquí y de Mauritania ha sido ocupado por esa facies muy particular, poco o nada estudiada, que se caracteriza por una cerámica escasamente decorada y tosca, por las piedras de fogón y por una escasisima industria lítica. Sería muy interesante saber cómo se ha formado o de dónde ha llegado, porque, si bien ha podido experimentar la influencia de su homólogo Iberomorusiense en Marruecos, desconocemos todos sus elementos constitutivos.

<sup>74</sup> Delcroix, R.; y Vaufrey, R., 1939, págs. 265-312.

<sup>75</sup> Colecciones prehistóricas, museo de Etnografía y Prehistoria, de Bardo (Argel), álbum n.º 1, A. M. G. edit., París, 1956, págs. 107 a 110.

## EL «TENERIENSE»

Una quinta corriente ha llamado después la atención de los especialistas. Es la que fue identificada en Adrar Bous y bautizada con el nombre de «Teneriense». Recientemente, J. D. Clark, que la ha visto *in situ*, sugiere que puede ser representativa del «neolítico sahariano». ¡Es impensable, a menos que se vea en el adjetivo «sahariano» el calificativo de una extensa región geográfica!

Por sus armazones en forma de flor de loto, sus discos, sus raspadores cóncavos y gruesos, sus elementos de sierra y sus hachas de media caña, así como por su tipología y su composición estática, el Teneriense, descubierto por Joubert en 1941<sup>76</sup>, no puede ser un Neolítico sahariano clásico, estando ese término más especialmente reservado a las facies sudanesas y capsienes que cubren la parte esencial del Sáhara. Vaufrey, llevado frecuentemente por el deseo de referir todo al neolítico de tradición capsiese<sup>77</sup>, dice: «Las influencias egipcias reconocidas en el Sáhara argelino han penetrado en su forma más perfecta hasta Hoggar»; y más adelante: «Esas situaciones del Tenere representan un apogeo de la industria neolítica sahariana que evoca irresistiblemente el predinástico egipcio»<sup>78</sup>. Señalemos, por otro lado, que fuera del Tenere, la influencia egipcia no aparece claramente a pesar de lo que afirma Vaufrey.

Falta, pues, por saber por qué vía la magnífica industria teneriense, atraída para lo esencial por un bello jaspe verde, ha recibido las influencias que ella ilustra tan bien.

Sin embargo, no hay que extender hasta el infinito la noción de «facies». Sabemos ahora que una misma etnia puede haber respondido con exuberancia a los determinismos impuestos por la ecología, el subsuelo, los minerales, etc. Allí donde el jaspe y el sílex permiten obras maestras partiendo de la piedra, la industria será diferente de aquella que será posible confeccionar con piedras areniscas frágiles. Adrar Bous y Grossolorum<sup>79</sup> son una sola y misma cosa, pero hay que haber estudiado la cerámica, los discos, las hachas, etc., para creerlo. Las dos industrias no tienen en común más que la calidad de su talla.

No obstante, quedan por decir dos palabras de una bellísima facies neolítica recogida en el sudeste de Mauritania, exactamente a lo largo del Dhar Tichitt<sup>80</sup>. Importantes trabajos realizados en esa región muestran que la industria bastante tardía está unida a un excepcional conjunto de aldeas de piedras en seco, o sea, sin argamasa, donde el urbanismo<sup>81</sup> y el arte de las fortificaciones son del más alto interés. En fin, se acaba de conseguir la prueba de que desde -1500 las comunidades locales consumían mijo, lo que por una vez da un sentido preciso al enorme material de molienda que existe en las ruinas de las aldeas. Tanto por su

<sup>76</sup> Joubert, R., y Vaufrey, R., 1941-1946, págs. 325-330.

<sup>77</sup> Vaufrey, R., 1938, págs. 10-29.

<sup>78</sup> Vaufrey, R., 1969, pág. 66.

<sup>79</sup> Hugot, H. J., 1962, págs. 154-163 y 168-170.

<sup>80</sup> Hugot, H. J., y otros, 1973.

<sup>81</sup> *Urbanismo*: Es el estudio del plano de un conjunto de hábitats generalmente ocupados por personas sedentarias y organizadas según un plan preciso en función de la división del trabajo y de las ideas religiosas de los ocupantes. El único conjunto que responde a esa definición es el de Dhar Tichit, en Mauritania, cuyo comienzo ha sido fechado en -2000.

cerámica como por otros rasgos particulares, la civilización de Dhar Tichitt era africana; sin duda, llegó del este y más particularmente del próximo Tilemsi, pero eso no es más que una hipótesis provisional.

Así pues, el Neolítico puede reducirse a algunas líneas de fuerza generadoras de corrientes secundarias que se caracterizan por su fondo cultural común identificable gracias a la cerámica, y más raramente por particularismos técnicos aplicados a la industria lítica u ósea.

En resumen, el Neolítico se extenderá desde el V milenio antes de la era cristiana hasta el comienzo del I milenio. Durante ese período, el nivel de los lagos no habrá dejado de crecer. De pronto la gran fauna etíope se repliega en las márgenes, especialmente en el sur; la flora se degrada, y el hombre, a su vez, emigra con sus rebaños.

### LA FLORA Y LA FAUNA

La fauna es herencia del Aterriense, que acaba en el momento en que los lagos alcanzan su último nivel alto; entonces se identifica en sus orillas o en sus aguas la fauna llamada etíope con rinocerontes, cocodrilos (*Crocodylus niloticus*), hipopótamos, elefantes, cebras, jirafas, búfalos y facóqueros. Un gran siluro (*Clarias*) y una perca del Nilo (*lates niloticus*) pululan por las aguas, al igual que una tortuga de agua dulce (*trionyx*). Los pastos son recorridos por caprinos, antílopes, etc. Esa enumeración no sorprende más que por el lugar donde se aplica: el Sáhara. En cambio, la flora desconcierta completamente. Al comienzo del Neolítico se encuentra también el nogal, el tilo, el sauce y el fresno. Una concha de almeja encontrada en Meniet (Mouy'ir, Sáhara argelino) indica que allí llovían al menos 500 mm. de agua; los brezos cubren algunas zonas montañosas. Muy rápidamente, sin embargo, esa vegetación se degrada y da lugar a un cuadro más evocador de aridez; cedro, pino de Alepo, enebro, olivo, lentisco y, entre otros, el almez, que alcanzará una gran importancia en la alimentación de los autóctonos.

Los lagos están también ampliamente provistos de moluscos; en algunos lugares se encuentran las huellas de enormes depósitos de valvas de Unio.

Naturalmente, uno de los caracteres del Sáhara neolítico en la aurora de esa civilización es la presencia de una serie de lagos que funcionan aisladamente. A lo largo de los ríos es donde progresarán los neolíticos de tradición sudanesa. Los lagos son los que hicieron posible establecimientos humanos a los que proporcionaron numerosos recursos.

### EL SAHARA, CUNA AGRICOLA

La idea de las posibilidades del empleo de un término con implicaciones tan graves ha sido lanzada en diferentes ocasiones, y para muchos sin verificación.

No existen pruebas de la agricultura cuando ésta se halla fundada en la presencia de objetos o herramientas tenidos como agrícolas. La agricultura, en cambio, queda demostrada cuando los fósiles, semillas o pólenes justifican la

hipótesis aplicada a dichos objetos o herramientas. Las bolsas de mijo encontradas en Tichitt (Mauritania) confirman las ideas de Munson<sup>82</sup> y las de Monod<sup>83</sup> en esa materia.

Para el resto sabemos que los neolíticos del Sáhara han amontonado grandes cantidades de bayas de *celtis sp.* o almez, algunas de las cuales se han utilizado como alimento. En Meniet y en Tichitt se ha observado igualmente la presencia de semillas de cucurbitáceas que son, sin duda, sandías (y no *citrulus colocinthis*). Estos dos últimos vegetales constituyen muestras de la recolección y, a lo sumo, del protocultivo, pero no de la agricultura, que es la preparación de la tierra con vistas al cultivo razonado de plantas seleccionadas.

El cuadro es, pues, bastante pobre. En Meniet<sup>84</sup>, ninguna indicación concreta se ha obtenido por el análisis palinológico de los sedimentos neolíticos en cuanto al conocimiento de una forma cualquiera de agricultura. En Adrar Bous un análisis sumario tampoco ha proporcionado nada, ni en Ti-n-Assako ni en ninguno de los múltiples yacimientos estudiados desde ese punto de vista. Las únicas señales ciertas de un consumo de productos vegetales en los yacimientos neolíticos saharianos son las de semillas (*ziziphus*, *lotus*, *celtis sp.*) y diversas gramíneas silvestres; hay que añadir las huellas de *Pennisetum* descubiertas por Munson y las semillas de mijo halladas en Tichitt en las turbas fosilizadas.

Sin embargo, queda por hacer el análisis sistemático de los sedimentos neolíticos antes de sacar alguna conclusión. A pesar de su enorme interés, la palinología ha sido muy poco aplicada en el Sáhara. De todas formas, aunque algunas plantas han podido ser cultivadas allí, no parece que esa región haya sido el lugar privilegiado donde las plantas de consumo corriente del norte de África se hayan desarrollado.

En resumen, y desde hace mucho tiempo, son los pastores quienes han sucedido casi por todas partes a los «cazadores-pescadores-recolectores». El hecho de que un utillaje de piedra de azadas, de muelas, de trituradores, de pesos con que lastrar las estacas para cavar y de picos esté presente casi en todas partes no implica, ipso facto, la existencia de una agricultura en el sentido propio de la palabra. En Egipto, donde ese fenómeno se ha desarrollado ampliamente, se encuentran por doquier las señales manifiestas. En Tichitt (Mauritania) han sido igualmente halladas porque las aldeas sedentarias debían justificarlas; pero, por otro lado, hay pocas posibilidades, en el estado actual de nuestros conocimientos, de que haya sido así. Y, de todos modos, no hay que olvidar que, en -1000, la desertización del Sáhara está prácticamente consumada. La ausencia de lluvias no ha favorecido a la agricultura. Eso no implica el desconocimiento de todo protocultivo ni la recolección selectiva que la ha precedido. Además, se puede asegurar que la experimentación de los alimentos de origen vegetal ha debido conducir a sus autores a la búsqueda de especies determinadas, en resumen, a una primera forma de selección. Pero sólo hay posibilidad de cultivo en el marco de una sedentarización o de una fijación estacional. Ahora bien, en muchos lugares

<sup>82</sup> Munson, P. J., 1968, págs. 6-13.

<sup>83</sup> Monod, T. H., 1961.

<sup>84</sup> Flamand, G. B. M., 1921.

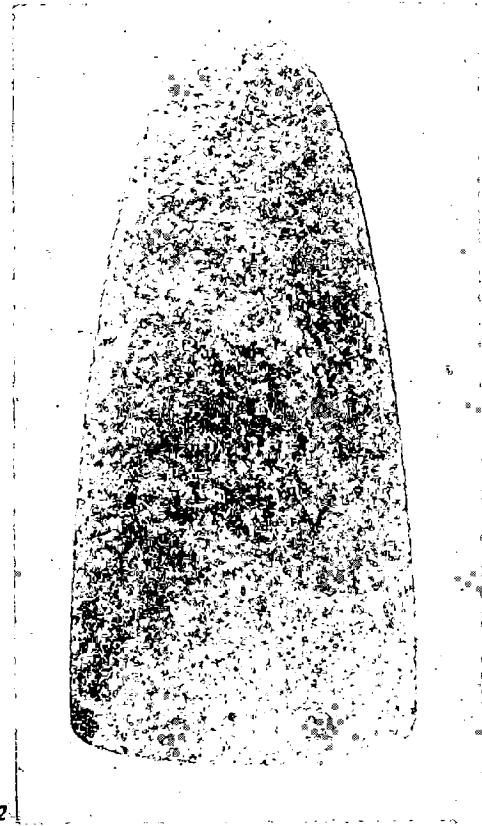
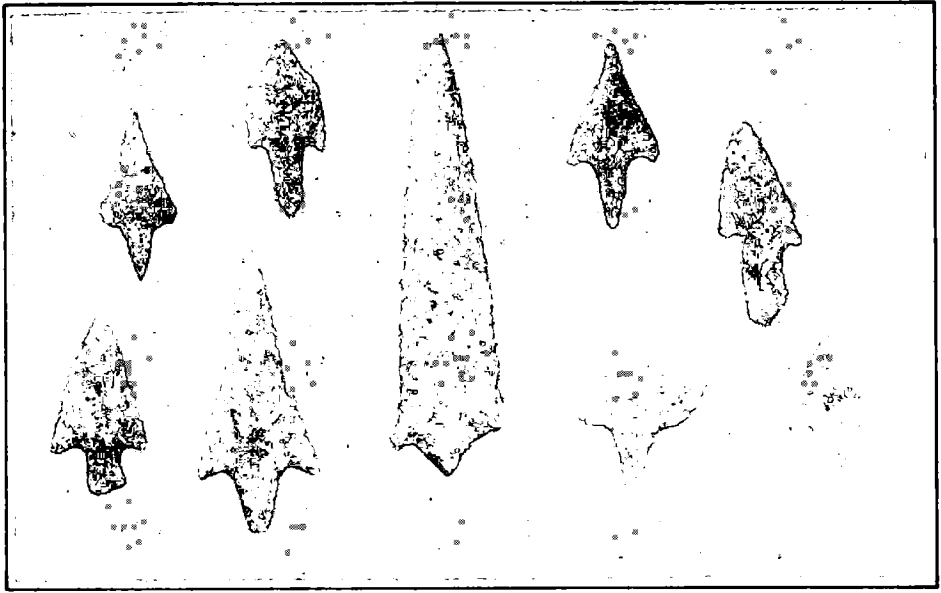
del Sáhara, el neolítico «en mantillas» hace pensar más en campamentos nómadas que en aldeas organizadas que, no obstante, existen.

## EL ORIGEN DE LA DOMESTICACION Y EL SAHARA

El Sáhara neolítico ha tenido su propia vida. Aunque los pastores de bóvidos de Tassili N'Ajjer sean contemporáneos de los carros «al galope volador», cuya edad es imprecisa, pero que pueden ser contemporáneos de las invasiones de los «pueblos del mar», quienes fueron dispersados tras ser propuesta la conquista de Egipto, no por eso desarrollaron menos *in situ* un arte de la ganadería, que sorprende siempre al no iniciado. Parece que, en la época de su apogeo, la civilización bovidiana había adquirido un arte tan consumado de los métodos de la ganadería que presuponen un largo aprendizaje. Los egipcios se entregaron a múltiples experiencias de doma, pero sabemos por los bajorrelieves que intentaron domesticar felinos y gacelas, cánidos e incluso hienas. ¿Qué ocurrió de todo esto en el Sáhara? El galgó sudanés, valioso auxiliar de los cazadores nemadí, parece que es de una raza muy antigua. Ese es probablemente el que está representado por las pinturas bovidianas. Existen también otros indicios, pero ninguna prueba decisiva en última instancia. Se sabe que, en — 2000, el buey y el perro están presentes en Auker, pero las pinturas rupestres no nos muestran, para los períodos anteriores, qué animales habría podido el hombre esforzarse por domesticar.

## LA VIDA NEOLITICA

Sabemos que los hombres del neolítico de tradición sudanesa tuvieron una curiosidad sin límites frente a las nuevas técnicas. Continuaron tallando la piedra para extraer de ella una maravillosa gama de armazones de puntas de flecha y un utillaje, generalmente muy ligero, hecho de láminas diversamente retocadas, de rascadores, de raspadores de formas múltiples, de microlitos geométricos, de sierras, etc. Lo nuevo es la técnica sutil del pulimentado de la piedra, que se aplica a hachas, azadas, gubias y cinceles. A veces, recipientes de piedra dura, barreños, perlas de amazonita, de coralina y de cuarzo, así como bolitas (quizás proyectiles de honda) vienen a completar esa gama. A eso se añade una profusión de muelas fijas y de trituradores que no son forzosamente una prueba de los conocimientos de la agricultura, ni de los «kwés», esas piedras de lastrar las estacas para cavar, hasta hace poco empleadas aún en Africa del Sur, o entre los pigmeos. Todo eso se completa con una sorprendente serie de jarrones de cerámica, cuyas formas y adornos son ya muy «negroafricanos». El hueso ha sido trabajado con el fin de confeccionar arpones, punzones, agujas, peines de alfarero, pulidores y quizás puñales. Los neolíticos de tradición sudanesa han sabido adaptarse maravillosamente al determinismo mineralógico de los países que ocupaban, lo que ha hecho crecer una multiplicidad de soportes étnicos; y, aunque parecen, por el contrario, muy estables y culturalmente vinculadísimos, sólo sería debida a la homogeneidad



● 1. Puntas de flecha neolíticas, In Guezzam (Níger).  
 ● 2. Hacha con agarradura neolítica, Afrar Bus (Níger). 3. Hacha pulimentada, región de Faya (Chad).

de la inspiración de los adornos de su cerámica. Añadamos que esos hombres formados en el crisol de la vida socializada han debido conocer la navegación, y no es impensable que circularan por los lagos con esas barcas de cañas como las que existen en Chad, bautizadas con el nombre de «kaddei».

Los neolíticos de tradición capsiese se oponen en muchos aspectos a sus homólogos y predecesores de la tradición sudanesa. Estos últimos, que partieron de Sudán, de este a oeste fueron en varias oleadas, sin alcanzar, según parece, la costa atlántica. Eran melanodermos y con bastante frecuencia africanos auténticos. Los hombres que partieron de las altas montañas argelinas son más mediterráneos, habiendo heredado de sus predecesores capsieses un don importante para la talla del bonito sílex. Asombra el inventario de su utillaje; las finas láminas con retoques apenas visibles recuerdan frecuentemente la bisutería. Taladros, puntas agudas, pequeños raspadores se complementan con microlitos geométricos formados en detrimento de las láminas, como son trapecios, rectángulos, triángulos, segmentos de círculo. Por tanto, no ignoran el arte de la caza, porque confeccionan innumerables armazones de puntas de flecha que actualmente se convierten —¡lástima!— en objeto de un importante comercio turístico. Las hachas pulidas son numerosas e ignoran la forma rechoncha y encogida, frecuente en el Neolítico de tradición sudanesa. En resumen, y contrariamente a este último, la tradición capsiese forma un lugar más importante en utillaje lítico, cuya técnica es igualmente muy variada. Pero el capsiese también sabe pulir escudillas de piedra dura y trabajar en relieve redondo maravillosas estatuillas, como el buey de Silet, el carnero de Tamentit y la gacela de Imakassen. La alfarería es, sin embargo, mucho menos rica en formas y adornos. No es que los artesanos carezcan de imaginación; al contrario, hacen demostración de ella por su aptitud para decorar los huevos de avestruz —de los que hacen recipientes, unos de un huevo entero y otros rompiéndolo— e innumerables perlas. Muchos fragmentos de conchas conservan aún finos dibujos a rayas. Naturalmente, en ese contexto existen también muelas fijas y trituradores. Se sabe con certeza que una parte de ese material ha servido para machacar colorantes, probablemente para pinturas corporales.

El Neolítico litoral es poco conocido. Los trabajos que se refieren a él no están aún publicados, pero sabemos que, desde Marruecos y a lo largo de toda la costa atlántica, existen innumerables depósitos de conchas, a veces auténticas «colinas», mezcladas con cenizas y fragmentos de cerámica. Y eso es así hasta el Senegal, pues parecería que en esa latitud un movimiento étnico protohistórico toma el relevo. Falta por decir por qué en la frontera de Mauritania y del Sáhara occidental, a la cerámica de fondo redondo o plano conocido en el Sáhara sucede una maravillosa cerámica de fondo claramente cónico. Pero todo está por publicar sobre esa nueva facies.

Más al este, en el Air, en Adrar Bous, un yacimiento resalta claramente sobre las demás facies conocidas del Neolítico sahariano, cualquiera que sea su origen: el que fue bautizado como Teneriense. Obtenido de un jaspe verde vivo y desarrollándose en un utillaje magnífico, ese Neolítico es rico en formas que evocan el neolítico egipcio. Discos planos, armazones en forma de flor de loto, raspadores de muescas llamados «medias lunas», azadas de corte pulido por el



uso pueden ser evidentemente convergencias, pero en ese grado sería realmente extraño que resultasen fortuitas. Añadamos a eso que algunos tipos de muelas fijas asociadas a ese brillante complejo son las mismas que se encuentran ante los bajorrelieves egipcios y estaremos prestos a creer que Adrar Bous ha sido colonizado por unos hombres que habían mantenido estrechos contactos con el Nilo, aunque —y esto es extraño— hayan utilizado una cerámica comparable en todo a la del Neolítico de tradición sudanesa. Pero ¿no tiene esta última sus arquetipos en Es-Shaheinab?

Al sur de la línea de los lagos, en una época más húmeda, el bosque debía ser más denso y verde que en nuestros días. Ello explicaría, sin duda, que constituya una barrera que los habitantes del Sáhara no han franqueado. Por un estudio apenas iniciado, como el del Neolítico forestal y por razones de comodidad y de anterioridad, se ha bautizado como «guineano», mientras que en realidad parece que viene de mucho más lejos, del Congo quizás.

## CONCLUSION

El apasionante estudio del pasado del Sáhara está aún en sus balbucesos. Y ofrece a los especialistas y a los hombres de buena voluntad una oportunidad excepcional que es urgente aprovechar antes que la explotación de las últimas reservas naturales nos quite para siempre la oportunidad de penetrar el misterio de los problemas que, en definitiva, conciernen a todo el pasado del hombre. Así pues, tomando conciencia del pasado es como la Humanidad podrá forjar su futuro: nuestra experiencia no se limita al presente, sino que nos llega en línea recta de la prehistoria. Negarlo es quitarle todo soporte racional y todo valor científico. Pero la prehistoria del Sáhara ha dejado de ser una investigación individual para convertirse en una empresa colectiva y, por tanto, de equipo y de medios. Ahora bien, es importante comprobar cuán abandonada está. Corresponde a aquellos que toman el relevo en ese grande y duro desierto formar a los hombres que sabrán obligarlo a decir sus secretos.

# PREHISTORIA DEL AFRICA OCCIDENTAL

*T. SHAW*

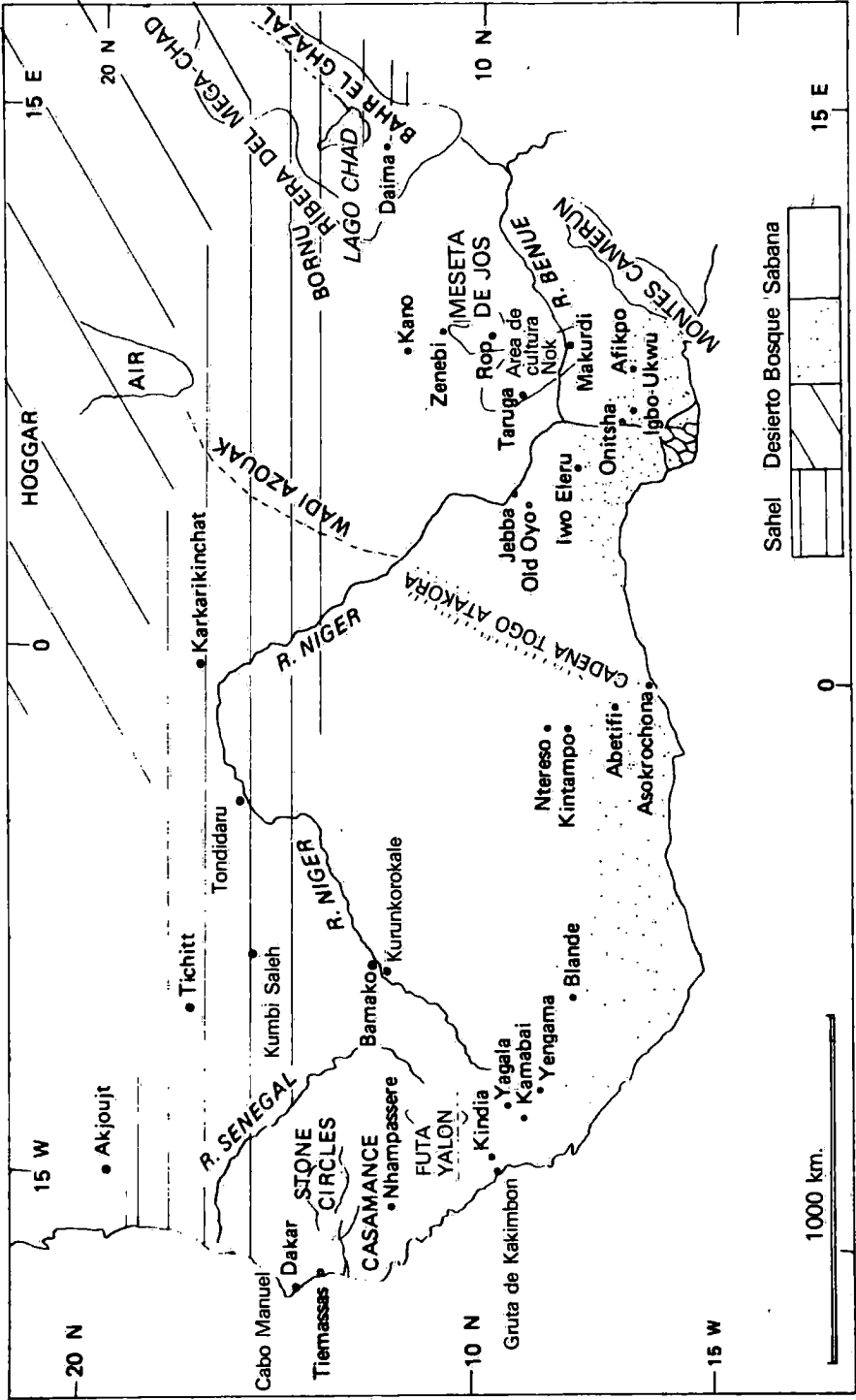
Las principales zonas climáticas y fitológicas atraviesan de este a oeste todo el Africa occidental. Las mayores precipitaciones se registran cerca del litoral y disminuyen a medida que se dirigen hacia el norte, al interior de las tierras. Al norte, la franja meridional del desierto está bordeada por la franja seca del Sahel; más al sur, se encuentra la gran sabana. Entre la sabana y el bosque tropical, denso y húmedo, que rodea la costa, existe una zona de bosque degradado y roturado que la acción del hombre ha transformado en sabana.

## CLIMA Y ENTORNO

Las precipitaciones son muy nítidamente estacionales. En el sur predominan de abril a octubre (con máximas en julio y octubre); en el norte, de junio a septiembre. Esas lluvias son llevadas por los vientos del sudoeste, que se cargan de humedad sobre el Atlántico. Además, el frente intertropical corta al Africa occidental de este a oeste y separa la masa de aire tropical marítimo, formada encima del Atlántico sur, de la masa de aire continental y seco del Sáhara. La posición del frente varía con las estaciones; en enero, el frente está en el extremo meridional, de suerte que los alisios del nordeste que proceden de la masa septentrional de aire seco descienden directamente sobre la costa guineana y allí provocan una baja espectacular de la humedad.

Es indispensable haber tenido conciencia de los datos de ese clima y de esa vegetación para comprender la prehistoria y la arqueología del Africa occidental: la situación y extensión de las diferentes zonas de vegetación, así como la posición del frente intertropical han experimentado en el pasado variaciones que afectan a las condiciones en que el hombre ha vivido durante diferentes épocas en el Africa occidental.

En esas zonas de vegetación existe cierto número de particularidades geográfi-



cas que entrañan modificaciones locales del cuadro general: el macizo de Futa Yalón y las altas tierras de Guinea; en el Togo, la cadena de Atacora; en Camerún, la meseta de Bautchi y las altas tierras de Mandara; el delta interior del Níger y su gran meandro hacia el norte, el lago Chad y el delta de la embocadura del Níger. Entre Ghana y Nigeria, el cinturón del bosque tropical húmedo presenta una solución de continuidad: la «brecha de Dahomey».

## EL HOMBRE PREHISTORICO

### VESTIGIOS PALEONTOLOGICOS

Hasta ahora el Africa occidental no ha aportado vestigios de formas antiguas de la Humanidad, o de homínidos, comparables a los que han sido descubiertos en el Africa oriental y meridional<sup>1</sup>, ni utillaje de la época correspondiente<sup>2</sup>. ¿Se puede pretender que semejantes seres hayan existido en el Africa occidental? ¿Se debe la falta actual de datos al hecho de que esos homínidos no han vivido durante aquella época en esa región, o bien estamos sólo, a título provisional, desprovistos de testimonios? Es esta una pregunta a la que, de momento, es imposible responder; sin embargo, no asistimos en el Africa occidental, en el terreno de la investigación, a ningún esfuerzo comparable a aquellos en los que el Africa oriental ha sido el escenario. También hay que admitir que los yacimientos de igual antigüedad parece que son allí más escasos. Se sabe, en fin, que dado el alto grado de humedad y de acidez del suelo, las condiciones de conservación son mucho más inferiores<sup>3</sup>. Eso está ilustrado por los datos de un período sensiblemente más recientes: un mapa del reparto en Africa de los descubrimientos de vestigios humanos óseos de la Late Stone Age señala un espacio blanco total para la región Congo-Africa occidental<sup>4</sup>. Sin embargo, desde el establecimiento de ese mapa, se han realizado descubrimientos en Nigeria y Ghana, que muestran que el «blanco» indicaba más una situación determinada de las investigaciones que una ausencia real de vestigios prehistóricos<sup>5</sup>. Lo mismo se puede decir del período más antiguo que vamos a estudiar<sup>6</sup>; eventualmente, también eso mismo se puede decir del mapa de reparto de los yacimientos de fósiles de vertebrados del Pleistoceno inferior y medio, que presenta el mismo vacío<sup>7</sup>. Tan atrás como se pueda retroceder, parece que algunas regiones del Africa occidental han presentado condiciones ecológicas muy próximas a las que permitieron el desarrollo de los Australopitecos del Africa oriental, lo que, naturalmente, no significa que hayan estado en realidad ocupadas. Numerosos sectores del bosque tropical podrían actualmente satisfacer las necesidades de los gorilas, pero sólo se los encuentra de verdad en dos zonas bien delimitadas<sup>8</sup>; asimismo, a pesar de cierta semejanza de

<sup>1</sup> Leakey, R. E. F., 1973.

<sup>2</sup> Leakey, M., 1970.

<sup>3</sup> Clark, J. D., 1968, pág. 37.

<sup>4</sup> Gabel, C., 1966, pág. 17.

<sup>5</sup> Shaw, Th., 1965, 1969 b; Brothwell, D., y Shaw, Th., 1971; Flight, C., 1968, 1970.

<sup>6</sup> Coppens, Y., 1966, *B.I.F.A.N.*, pág. 373.

<sup>7</sup> Coppens, Y., 1966, *B.I.F.A.N.*, pág. 374.

<sup>8</sup> Dorst, J. P., y Dandelot, P., 1970, pág. 100.

condiciones, la sabana del Africa occidental no alimenta una caza tan rica en número y variedad como el Africa oriental<sup>9</sup>.

La parte craneofacial de una bóveda craneal, encontrada a 200 kilómetros al oeste/sudoeste de Largeau, aporta un elemento positivo que permite pensar que es posible encontrar algunos de los primeros homínidos del comienzo del Pleistoceno en el Africa occidental. Ese espécimen ha sido llamado *Tchadanthropus uxoris*<sup>10</sup>; considerado primero como australopiteco<sup>11</sup>, y posteriormente como más próximo al *Homo habilis*<sup>12</sup>. En realidad, es difícil juzgarlo en ausencia de una datación exacta y por el estado de fragmentación de ese vestigio. Un estudio más completo de ese cráneo, que presenta características arcaicas y evolucionadas, sugiere una evolución hacia el *Homo erectus*<sup>13</sup>, estadio más desarrollado de los homínidos, que disponen de una capacidad craneal de 850 a 1.200 cm<sup>3</sup>. Conviene repetir que el Africa occidental no ofrece ejemplo alguno de esa forma, aunque se hayan encontrado en Argelia especímenes del mismo tipo, bautizados *Atlanthropus mauritanicus*.

## LAS INDUSTRIAS

Aunque las herramientas del hombre prehistórico hayan sido talladas tanto en hueso y madera como en piedra, es raro que la madera se conserve, y la composición de los suelos de Africa occidental no es propia para la conservación de los huesos. Aparte de los fragmentos toscamente preparados, las herramientas de piedra más antiguas y simples consisten en cantos o bloques tallados por percusión para obtener unos instrumentos que presentan un corte de 3 a 12 cm. de longitud. Se los designa con el nombre de cantos manipulados o de herramientas oldowayenses, por la garganta de Olduvai, en Tanzania. Son muy frecuentes en Africa. Los hombres que han sido sus autores pudieron muy bien extenderse por la mayor parte de las sabanas y del monte bajo del continente. En varios lugares del Africa occidental se han encontrado esas herramientas<sup>15</sup>; sin embargo, nada permite aún afirmar que daten del mismo período que la industria de Olduvai, que en el Africa oriental se sitúa entre los -2,0 y -0,7 millones de años. Un estudio minucioso de los cantos manipulados a lo largo del río Gambia, en Senegal, ha demostrado que algunos de ellos deben tener un origen neolítico, mientras que otros se remontarían a la Late Stone Age; ningún elemento estratigráfico permite considerarlos como industria preacheulense<sup>16</sup>. Podemos estar seguros de la antigüedad de los cantos manipulados tan sólo si su datación proviene de su descubrimiento *in situ*, en los propios yacimientos que pueden

<sup>9</sup> Dorst, J. P., y Dandelot, P., 1970, págs. 213-223.

<sup>10</sup> Campbell, B. G., 1965, págs. 4-9.

<sup>11</sup> Coppens, Y., 1961.

<sup>12</sup> Coppens, Y., 1965 a, 1965 b; H. B. S. Cooke, 1965.

<sup>13</sup> Coppens, Y., 1966, *Anthropologia*.

<sup>14</sup> Arambourg, C., y Hofstetter, R., 1954, 1955; C. Arambourg, 1954, 1966.

<sup>15</sup> Davies, O., 1961, págs. 1-4; Davies, O., 1964, págs. 83-91; Mauny, R., 1963; Soper, R. C., 1965, pág. 177; Hugot, H. J., 1966, *B.I.F.A.N.*

<sup>16</sup> Mauny, R., 1968, pág. 1283; Barbey, C., y Descamps, C., 1969.

datarse de manera relativa o absoluta. La paleontología permite una datación relativa de los yacimientos de Yayo que han proporcionado el *Tchadanthropus*; desgraciadamente, allí no se encontraba utillaje alguno. Según las indicaciones proporcionadas por los huesos del *Hippopotamus imaguncula* (hoy desaparecido), extraídos de un pozo de 58 metros de profundidad en Bornú<sup>17</sup>, es probable que los sedimentos de la cuenca del Chad contengan vestigios paleontológicos y, sin duda, arqueológicos del Pleistoceno; pero éstos reposan bajo una capa muy gruesa de aluviones más recientes.

## CAMBIOS CLIMATICOS

En Europa se han producido varias fases glaciares durante el Cuaternario, cuyas cuatro principales han recibido el nombre de ríos alemanes. Se sabe ahora que, a pesar de un ritmo y de unas características válidas en general para los fenómenos glaciares, deben tomarse en consideración numerosas variantes locales; también se han dado nombres locales para cada región particular. Sensiblemente más complejo, el resultado está probablemente mucho más próximo a la realidad<sup>18</sup>.

Los mismo ha ocurrido en Africa, en los vestigios de playas lacustres levantadas gracias a las fases de erosión y de depósitos de grava, cuando los primeros investigadores descubrieron las huellas características de períodos del Cuaternario, en el transcurso de los cuales el clima africano había sido mucho más húmedo que hoy. Esos períodos de precipitaciones más abundantes fueron bautizados como «pluviales». Desde que el concepto de períodos glaciares era ya admitido para las zonas septentrionales templadas, ¿qué más natural que la idea de un período pluvial que corresponda, bajo el calor de los trópicos, a los períodos glaciares de Europa y de América del Norte<sup>19</sup>? Con el tiempo, la idea de tres y luego de cuatro períodos pluviales africanos se hizo ortodoxa<sup>20</sup>; se ha supuesto que correspondan a las glaciaciones de la era glacial europea<sup>21</sup>, aunque se haya propuesto una nueva teoría, según la cual un período pluvial africano correspondería a dos glaciaciones septentrionales<sup>22</sup>. Que haya sido posible adelantar sugerencias tan diferentes muestra la casi imposibilidad de toda correlación cronológica exacta. Es cierto que, sobre grandes distancias, las correlaciones geológicas no deberían establecerse en función de los climas, sino de las formaciones rocosas; además, sensiblemente menos que las huellas de las glaciaciones, los vestigios de los períodos pluviales han dado lugar a mucha confusión<sup>23</sup>. Con el tiempo, la hipótesis de los cuatro pluviales fue puesta en duda<sup>24</sup>.

<sup>17</sup> Tattam, C. M., 1944, pág. 39.

<sup>18</sup> Flint, R. F., 1971; Spark, B. W., y West, R. G., 1972.

<sup>19</sup> Wayland, E. J., 1934, 1952.

<sup>20</sup> L. S. B. Leakey, 1950; L. S. B. Leakey, 1952, Resolución 14 (3), pág. 7; Clark, J. D., 1957, pág. XXXI, Resolución 2.

<sup>21</sup> Nilsson, E., 1952.

<sup>22</sup> G. C. Simpson, 1957.

<sup>23</sup> Clark, J. D., 1957, pág. XXXI, Resolución 4; Butzer, K. W., 1971, págs. 312-315.

<sup>24</sup> Flint, R. F., 1959.

El Africa occidental no ha escapado a la extrapolación, habiéndose intentado utilizar los resultados obtenidos en otras regiones del continente para dar sentido a unos datos que, de otro modo, permanecerían aislados o difíciles de interpretar<sup>25</sup>. Más recientemente, sin embargo, dos elementos han permitido mejorar el enfoque científico en el Africa occidental: una investigación más profunda sobre ese tema<sup>26</sup>, y la aparición de una nueva teoría sobre las variaciones climáticas de Africa<sup>27</sup>.

En lo referente a esas fluctuaciones climáticas, el Africa occidental no ofrece ninguna información geológica o geomorfológica digna de fe que se remonte más allá de la última glaciación en Europa. El estudio del lago Chad hace resaltar la existencia de altos niveles a partir de los -40 000<sup>28</sup>. Ese alto nivel está señalado por la cresta de Bama, sobre la que se eleva Maiduguri, lugar orientado hacia el noroeste/sudeste. Después, las dos extremidades se ensanchan hacia el nordeste, rodeando Largeau, toda la depresión del Bodelé y el Bahr el-Ghasal. La formación de esa cresta, considerada más como un banco de albufera que como el trazado real de una ribera, puede haber durado 6000 años<sup>29</sup>. El antiguo lago estaba situado a 332 m. por encima del nivel del mar —en tanto que la altura actual del Chad es de 280 m.— y llegaba a desbordar sus aguas en el vertedero de Bongor y a drenar el Benué. Durante ese período más húmedo, parece, pues, que el bosque del Africa occidental se extendió sensiblemente más al norte que hoy; sin embargo, es imposible afirmar que haya alcanzado los 11° latitud norte<sup>30</sup> o la línea isohieta de los 750 mm. actual<sup>31</sup>, mientras que la palinología no nos haya dado confirmación.

Aproximadamente en la época del último máximo de la última glaciación en el norte de Europa, cuyo inicio se sitúa en los alrededores de -20 000, parece que el Africa occidental fue mucho más seca que lo es hoy. En aquellos tiempos, los ríos de la región vertían sus aguas en un océano cuyo nivel se situaba en unos 100 metros por debajo del nivel actual, debido a la enorme cantidad de agua bloqueada en los casquetes glaciares de los polos. Así, en Makurdi, el lecho del Benué estuvo excavado en unos 20 m. por debajo del nivel actual del mar, y más profundamente aún en Yola, mientras que, en Yebba, el lecho fósil del Níger se encuentra a 25 m. por debajo del nivel del mar y se hunde más aún en Onitsha<sup>32</sup>. Asimismo, el Senegal corría en un lecho mucho más bajo que en su nivel actual; pero vastas dunas de arena bloqueaban su desembocadura, lo que también ocurría en el curso medio del Níger. El Chad estaba seco entonces; se habían formado dunas de arena en el fondo del lago y en algunas regiones de la Nigeria septentrional, lo que indica unas precipitaciones anuales inferiores a los 150 mm., mientras que en nuestros días sobrepasan los 850 mm. Aunque no tengamos

<sup>25</sup> Bond, G., 1956, págs. 197-200; B. E. B. Fagg, 1959, pág. 291; Davies, O., 1964, págs. 9-12; Pias, J., 1967.

<sup>26</sup> Association sénégalaise pour l'étude du Quaternaire, 1966, 1967, 1969; Burke, K., y otros, 1971; Butzer, K. W., 1972, págs. 312-351.

<sup>27</sup> Zinderen-Bakker, (E. M. van), 1967.

<sup>28</sup> Servant M., y otros, 1969; Grove, A. J., y Warren, A., 1968; Burke K., y otros, 1971.

<sup>29</sup> Grove, A. T., y Pullan, R. A., 1964.

<sup>30</sup> Davies, O., 1964.

<sup>31</sup> Davies, O., 1960.

<sup>32</sup> Voute, C., 1962; Faure, H., y Elouard, P., 1967.

dataciones absolutas más que para ciertos depósitos de la desembocadura del Senegal y de los alrededores del lago Chad, todos los demás indicios convergen para testimoniar un período generalmente seco hace aproximadamente — 18 000. Si bien las dunas de arena se formaron en la latitud de Kano, la sabana y la zona forestal debieron ser rechazadas lejos, hacia el sur; en realidad es probable que casi todo el bosque desapareciera, a excepción de bosques reliquia, en las regiones con mayores precipitaciones, tales como las costas de Liberia, una parte del litoral de la Costa de Marfil, el delta del Níger y las montañas de Camerún.

Hace unos — 10 000, las condiciones parece que evolucionaron hacia una humedad mayor. El Níger de Malí se desborda por encima del nivel bajo de Taussa, y el Gran Chad — así se le ha llamado<sup>33</sup> — cubre de nuevo una vasta extensión; como consecuencia de estaciones más húmedas, las dunas de arena formadas en el transcurso del precedente período seco han adquirido un color rojo. Vestigios dispersados de carbón de madera, datados desde los milenios XI y VII antes de la era cristiana, en Igbo-Ukwu, pueden indicar quizás la quema de maleza y la pervivencia, en aquella época y en esa latitud, de una vegetación del tipo sabana<sup>34</sup>. Es probable que, durante ese período, el bosque hubiese subido de nuevo hacia el norte a partir de las zonas-refugio del litoral, donde había sobrevivido durante el período seco precedente. La teoría que permite relacionar mejor los acontecimientos climáticos del final del Cuaternario en el Africa occidental con los del norte de Europa está fundada en pruebas cada vez más numerosas que establecen el carácter mundial de las variaciones de la temperatura; aquéllos han provocado un deslizamiento de las zonas climáticas a cada lado del ecuador, deslizamiento modificado por la configuración de las grandes masas terrestres y oceánicas<sup>35</sup>. Cuando las temperaturas mundiales bajaban, se producía en las latitudes septentrionales una glaciación que desplazaba hacia el sur al anticiclón polar; las zonas climáticas situadas más allá eran comprimidas hacia el ecuador, de tal suerte que el frente intertropical norte era desplazado al sur de su posición actual. En consecuencia, los vientos secos del nordeste soplaban durante más tiempo y con mayor fuerza de un extremo a otro del Africa occidental, mientras que los vientos lluviosos del sudoeste, llamados vientos de monzón, soplaban más débilmente y en una distancia menor durante la estación húmeda. Lo que explica la coincidencia aproximada entre un período seco en el Africa occidental y un período glacial septentrional. Simultáneamente, el norte del Sáhara era más húmedo que hoy, puesto que la trayectoria de las borrascas del Atlántico desembocaba en el sur del Atlas en lugar de pasar al norte de esa cadena.

Después, cuando las temperaturas mundiales se elevaron, los casquetes glaciales se retiraron hacia el norte, el frente intertropical hizo otro tanto y el nivel de los mares se estableció en su nivel actual. Como consecuencia del desplazamiento hacia el norte de la trayectoria de las borrascas del Atlántico, el norte del Sáhara se hizo más seco, pero las reservas acuáticas y vegetales del Sáhara

<sup>33</sup> Moreau, R. E., 1963; Servant, M., y otros, 1969.

<sup>34</sup> Shaw, Th., 1970, págs. 58, 91.

<sup>35</sup> Zinderen-Bakker (E. M. van), 1967.



bastaron para retrasar su secamiento final hasta — 3000, y aún más. Cuando ese secamiento llegó a tal extremo que los habitantes no pudieron seguir viviendo en el Sáhara, obviamente se produjeron repercusiones en las zonas situadas más al sur.

## LA EDAD DE PIEDRA

Los términos «Paleolítico», «Epipaleolítico» y «Neolítico» son de uso constante en el norte de África; en cambio, desde hace mucho tiempo, los arqueólogos del África subsahariana han creído preferible utilizar una terminología que les sea propia, fundada en la realidad de un continente y no en un sistema europeo impuesto desde el exterior. Esa terminología ha sido oficialmente adoptada en el III Congreso Panafricano de Prehistoria, hace 20 años. Utilizaremos, pues, los términos de «Early Stone Age», «Middle Stone Age» y «Late Stone Age»<sup>36</sup>. Los límites cronológicos de esas divisiones de la edad de piedra varían un poco de región a región. Muy aproximadamente, se conserva el período de — 2 500 000 a — 50 000 antes de la era cristiana para la Early Stone Age; de — 50 000 a — 15 000 antes de la era cristiana para la Middle Stone Age; y de — 15 000 a — 500 antes de la era cristiana para la Late Stone Age. Con la acumulación de los conocimientos nuevos, divisiones y dataciones tan simples acaban de ser modificadas, y exigen una presentación más completa<sup>37</sup>. El uso del término «Neolítico» es también cada vez más criticado cuando se aplica al África subsahariana; en efecto, es un término ambiguo del que no se sabe nunca muy bien si se refiere a un período, a una tecnología, a un tipo de economía o al conjunto de los tres.

## LA EARLY STONE AGE EN EL AFRICA OCCIDENTAL

### *Acheulense*

En el África del este, del sur y del noroeste, el conjunto de las industrias oldowayenses dio lugar al complejo que conocemos con el nombre de Acheulense, y que se caracteriza por las bifaces. Estas son herramientas de forma ovalada simple u ovalada con punta, cuyo corte, sobre todo el de coger, ha sido cuidadosamente tallado por ambas caras; otro tipo característico, la hachuela, tiene un corte transversal rectilíneo. Aunque la mitad, al menos, de los recursos alimentarios dependiese aún de las mujeres y de los niños que recogían bayas, semillas y raíces, los hombres se agrupaban y unían sus esfuerzos para la caza mayor. El fuego era conocido en África desde el final del período acheulense. El tipo de hombre responsable de la fabricación de las herramientas acheulenses, en todas partes donde ha sido encontrado, es *Homo erectus*. Su capacidad cerebral resulta sensiblemente inferior a la del hombre moderno, pero en otros aspectos está muy próximo a este último en cuanto a la estructura corporal.

<sup>36</sup> Clark, J. D., 1957, Resolución 6.

<sup>37</sup> Bishop, W. W., y Clark, J. D., 1967, págs. 687-899; Shaw, Th., 1967, págs. 9-43; Vogel, J. C., y Beaumont, P. B., 1972.

Los tipos de bifaces generalmente considerados como antiguos (en otro tiempo llamados «chelenses») están absolutamente ausentes del Sáhara. Se ha notado su presencia en Senegal<sup>38</sup>, República de Guinea<sup>39</sup>, Mauritania<sup>40</sup> y Ghana, donde se los habría encontrado en estratigrafías muy rodadas y en aluviones de la «terrazza media»<sup>41</sup>, cualquiera que sea la significación de esa situación en términos de cronología relativa. Su área de reparto ha sido objeto de mapas<sup>42</sup> que parecían indicar una colonización partiendo del Níger a lo largo de la cadena del Atakora y de las colinas del Togo.

Los últimos estadios del Acheulense, caracterizados por bellas bifaces talladas con percutor tierno (en madera o en hueso) abundan en el Sáhara al norte del paralelo 16. Quizás convenga unir ese reparto al penúltimo período glacial europeo (Riss) o, tal vez, al primer máximo de la última glaciación (Würm); en esa época, las lluvias debieron ser muy abundantes al norte del Sáhara y, retrocediendo hacia el sur, la zona desértica debía ofrecer pocos atractivos a los cazadores-recolectores. Las tierras elevadas de la meseta de Jos parece que escaparon a esa regla: es posible que el clima se haya mostrado allí árido y que eso haya favorecido la existencia de vastas praderas salpicadas de árboles, que buscaba el hombre acheulense; esa meseta parece, pues, como un promontorio de tierras habitables proyectado al sur del Air y del área acheulense del Sáhara (norte del paralelo 16). Material asociado al utillaje acheulense, en unas graveras de base que rellenan los barrancos excavados en el transcurso del período húmedo precedente, ha sido datado con C14 en una época «anterior a 39 000 años BP»<sup>43</sup>.

Cuando el hombre acheulense frecuentaba la meseta de Jos, es probable que el macizo del Futa Yalón fuera también propicio a la implantación humana; cierto número de herramientas acheulenses han sido descubiertas en esa región<sup>44</sup>. Igualmente se encuentran vestigios del Acheulense medio y superior diseminados en los alrededores y al norte del Alto Senegal, que podría ser considerado como el trazo de unión entre la zona del Futa Yalón y los yacimientos prolíficos de Mauritania.

Se han encontrado huellas del Acheulense<sup>45</sup> en el sudeste de Ghana y a lo largo de la cadena de colinas de Togo y Atacora; sugieren la posibilidad de una penetración por el norte de esas regiones que debían ofrecer un entorno favorable. Sin embargo, la penetración no parece haber sido muy potente; ningún vestigio acheulense ha sido realmente descubierto en la estratigrafía de la región, y a menudo es muy difícil, sólo por la tipología, clasificar definitivamente como acheulenses series o escasos especímenes, en tanto que las formas tienden a superponerse o a confundirse con las más recientes de la industria sangoense<sup>46</sup>.

<sup>38</sup> Corbeil, R., 1951.

<sup>39</sup> Creach, P., 1951.

<sup>40</sup> Mauny, R., 1955, págs. 461-479.

<sup>41</sup> Davies, O., 1964, págs. 86-91.

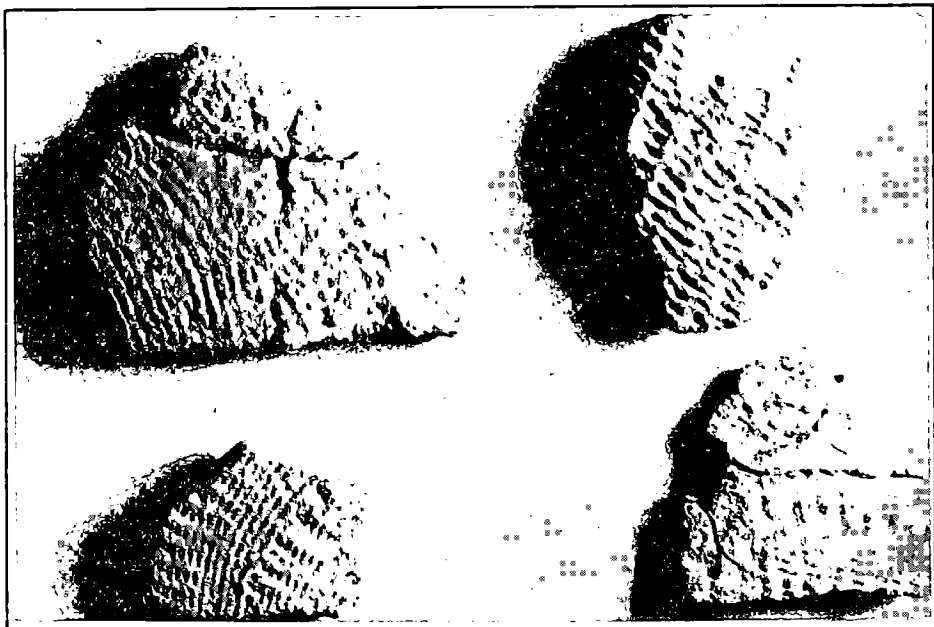
<sup>42</sup> Davies, O., 1959.

<sup>43</sup> Barendson, G. W., y otros, 1965.

<sup>44</sup> Clark, J. D., 1967, *Atlas*.

<sup>45</sup> Davies, O., 1964; Clark, J. D., 1967, *Atlas*.

<sup>46</sup> Davies, O., 1964, págs. 83-97, 114, 137-139.



● 1. Cerámica (tiestos decorados) de Cabo Manuel, Senegal, Museo del IFAN (fot. I. Diagne).

● 2. Pulidor de hueso encontrado en el yacimiento neolítico de Cabo Manuel, museo del IFAN (fot. Diagne).



*El Sangoenense*

El conjunto de las industrias sangoenenses es difícil de definir<sup>47</sup>, y se ha puesto en duda hasta su existencia en el África occidental<sup>48</sup>. Sucediendo al Acheulense y conservando ciertas piezas de su utillaje, tales como el pico y la bifaz, aparece un nuevo complejo de industrias; la hachuela desaparece y los esferoides escasean, mientras que la prioridad la tienen los picos, generalmente de forma tosca y maciza; también se encuentran «podones o mazos» con frecuencia tallados en cantos.

En el África occidental, el reparto de los elementos sangoenenses es más meridional que la del Acheulense<sup>49</sup>; eso sugiere nuevos modos de establecimiento. En el cabo Manuel, en Dakar, una industria primeramente considerada como neolítica<sup>50</sup> está reconocida ahora como sangoenense<sup>51</sup> o, eventualmente, como una de sus supervivencias tardías. Lo mismo se puede decir de algunos elementos recogidos en Bamako<sup>52</sup>. En Nigeria, los vestigios sangoenenses se sitúan sobre todo en la parte del país que se extiende desde el sur de la meseta de Jos hasta el norte del bosque tropical denso; se los encuentra a lo largo de los valles fluviales, en graveras de 10 a 20 metros por encima del nivel actual del río<sup>53</sup>. En el valle del Níger, cerca de Bussa, una industria consistente sobre todo en cantos manipulados y que carece de picos está, no obstante, considerada como contemporánea del Sangoenense por razones geológicas<sup>54</sup>. Se ha encontrado utillaje sangoenense diseminado al pie de la cadena del Atacora-Togo, y en el sur de Ghana<sup>55</sup>; esas industrias, raras al norte de este país, están relativamente extendidas por el sur.

En otras partes de África<sup>56</sup>, al Sangoenense se le atribuyen fechas que se remontan a 50 000 años antes de la era cristiana, y se ha sugerido que el complejo industrial sangoenense podría reflejar la necesidad de adaptarse, durante un período que se hace más árido<sup>57</sup>, a una región más boscosa. En el África occidental, la industria sangoenense no ha sido objeto de datación con C 14; en el sur de Ghana, el material sangoenense de la zanja del ferrocarril de Asokrochona es, en su totalidad, anterior a la «Beach IV» de Davies, a la que éste considera, al menos, como el equivalente del interstadial de Gottweig<sup>58</sup>, posición estratigráfica que sólo nos aporta el *terminus post quem* en que no podíamos confiar. Si, cerca de Yebba, las graveras situadas de 10 a 20 m. por encima del Níger han sido depositadas cuando el lecho del río correspondía al nivel de mar alta del Upper Inehirian<sup>59</sup>, la presencia entre las gravas de herramientas sangoenenses no

<sup>47</sup> Clark, J. D., 1971.

<sup>48</sup> Wai-Ogusu, B., 1973.

<sup>49</sup> Clark, J. D., 1967, *Atlas*.

<sup>50</sup> Corbeil, R., y otros, 1948, pág. 413.

<sup>51</sup> Davies, O., 1964, pág. 115; Hugot, H. J., 1964, pág. 5.

<sup>52</sup> Davies, O., 1964, págs. 113-114.

<sup>53</sup> Davies, O., 1964, págs. 113-114; Soper, R. C., 1965, págs. 184-186.

<sup>54</sup> Soper, R. C., 1965, págs. 186-188.

<sup>55</sup> Davies, O., 1964, págs. 98, 100.

<sup>56</sup> Clark, J. D., 1970, pág. 250.

<sup>57</sup> Clark, J. D., 1960, pág. 149.

<sup>58</sup> Davies, O., 1964, págs. 23, 137-142.

<sup>59</sup> Faure, H., y Elouard, P., 1967.

rodadas sugiere una fecha próxima a los - 30 000, mientras que los especímenes rodados podrían ser contemporáneos o más antiguos. Es posible que el reparto meridional del Sangoenense, en un medio forestal y a lo largo de los ríos, testimonia un modo de vida en respuesta a la sequía, anterior a los - 40 000; después de lo cual, el lago Chad comienza a llenarse y a extenderse. Quizás la caza de antaño se haga más escasa, refugiándose hacia el sur, y el incremento de los picos pueda haber respondido a la necesidad de arrancar raíces y tubérculos, y a la de cavar fosas para colocar en ellas trampas para animales, cuya caza era difícil.

## LA MIDDLE STONE AGE EN EL AFRICA OCCIDENTAL

El término Middle Stone Age sirve para describir un conjunto de complejos industriales que se extienden aproximadamente de - 35 000 a - 15 000 años.

En el Africa occidental, las industrias que pertenecen a la Middle Stone Age han sido identificadas con menos certeza que en el resto del Africa subsahariana. Algunos escasos especímenes de tipo lupembiense han sido descubiertos en Ghana<sup>60</sup> y Nigeria<sup>61</sup>, pero ninguno ofrece indicaciones estratigráficas suficientes para su datación. En la meseta de Jos y al norte de ella, en las colinas del Lirus, se han descubierto importantes series de un material caracterizado por «mazas talladas» que se han clasificado como de la Middle Stone Age<sup>62</sup>; en Nok, esas series están en estratigrafía entre las graveras de base que contienen herramientas acheulenses y los depósitos más recientes que encierran elementos de la cultura de Nok<sup>63</sup>. Sin relación con el complejo industrial lupembiense, se aproximarían más bien a las industrias del Paleolítico medio del norte de Africa, de tipo general «musteroide», y que reflejarían probablemente un modo de vida más adaptado a la sabana. Se han observado industrias comparables en Ghana, Costa de Marfil<sup>64</sup>, Dakar<sup>65</sup> y Sáhara central<sup>66</sup>. Un trozo de madera que procede del yacimiento de Zenebi en el norte de Nigeria, uno de los yacimientos aluviales que contienen vestigios musteroideos, ha proporcionado una fecha de  $- 3485 \pm 110$ ; sin embargo, la posición precisa de ese fragmento de madera con relación a las herramientas de piedra no ha sido precisada, y la fecha es sensiblemente más reciente de lo que se esperaba de una industria de ese tipo<sup>67</sup>.

En Tiemassas, cerca de la costa del Senegal, las excavaciones arqueológicas han descubierto, entre otras, puntas bifaciales, mezcladas con herramientas del tipo «paleolítico medio» y «superior». Primero se ha considerado que se trataba de una mezcla de elementos neolíticos y más antiguos<sup>68</sup>. Un examen más intenso

<sup>60</sup> Davies, O., 1964, págs. 108-113.

<sup>61</sup> Descubrimientos en la superficie de la zona de Afikpo por el profesor D. D. Partle y que han pertenecido a las colecciones de la Universidad de Nigeria, en Nbukka.

<sup>62</sup> Soper, R. C., 1965, págs. 188-190.

<sup>63</sup> B. E. B. Fagg, 1956 a, págs. 211-214.

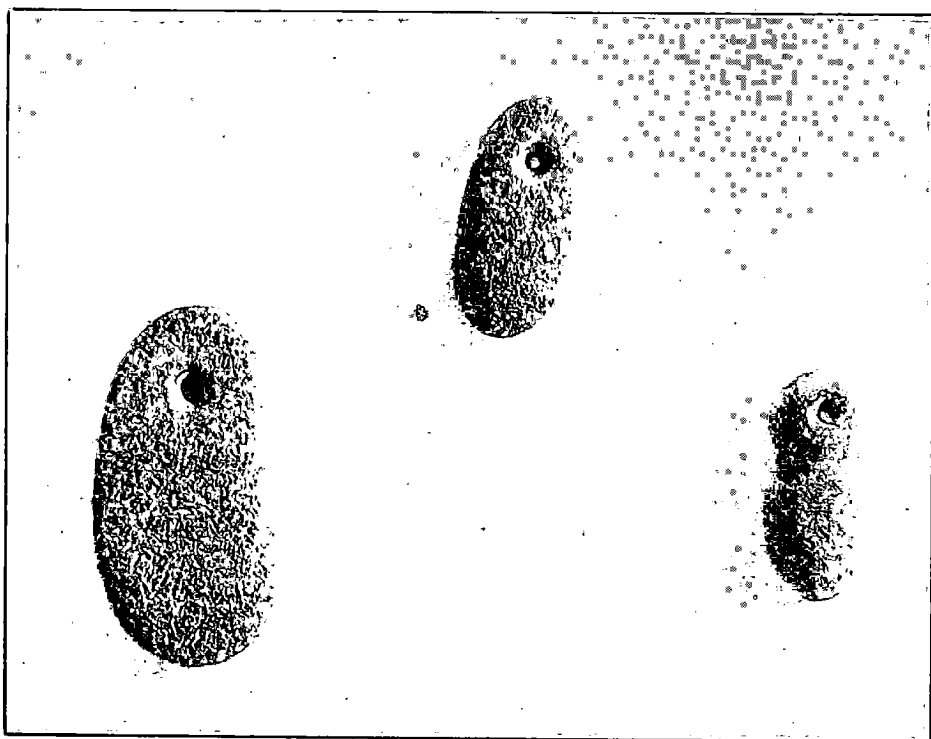
<sup>64</sup> Davies, O., 1964, págs. 124-142; Clark, J. D., 1967, *Atlas*.

<sup>65</sup> Corbeil, R., y otros, 1948; Corbeil, R., 1951; Richard, 1955.

<sup>66</sup> Clark, J. D., 1967, *Atlas*.

<sup>67</sup> Barendson, G. W., y otros, 1965.

<sup>68</sup> Dagan, Th., 1956.



- 2
- 1. Muela rota de roca volcánica encontrada en el yacimiento neolítico bilairense de Ngor, museo del IFAN (fot. I. Diagne).
  - 2. Colgantes de piedra (basalto) de la Pata de ganso, museo del IFAN (foto I. Diagne).

hizo resaltar, sin embargo, que esas puntas bifaciales formaban parte integrante de una industria en estratigrafía que no comprendía otros elementos neolíticos; también se la considera como un ejemplo de industria musteroide, caracterizada localmente por esos elementos y que reemplazaría aquí al Ateriense que se encuentra más al norte<sup>69</sup>. Ese último complejo industrial pertenece al final del «paleolítico medio» en Argelia, y se extiende hacia el sur por el desierto. Davies ve en ese complejo, en el África occidental, una prolongación que él llama «Ateriense guineano»<sup>70</sup>, pero sus argumentos no resultan convincentes y son puestos en duda por la mayor parte de los investigadores<sup>71</sup>.

### LA LATE STONE AGE

En casi toda África, la Late Stone Age está caracterizada por el desarrollo de muy pequeñas herramientas de piedra, llamadas por esa razón «microlitos». Se trata de objetos minúsculos, minuciosamente tallados para ser clavados en mangos de flecha —cuya punta constituyen, así como su dentado—, o bien reunidos en otra herramienta compuesta. Demuestran que sus autores poseían el arco, y que la caza con éste tenía un papel importante en su economía.

No nos gusta aquí la palabra «Neolítico» y la ambigüedad de su significación; es preferible en África evitar su empleo siempre que se pueda —y en todo caso en el África subsahariana<sup>72</sup>—, pero hay que tener en cuenta la persistencia de ese uso en el norte de África y en el Sáhara. En el Sáhara se encuentra un gran número de industrias a las que su utillaje ha hecho bautizar con el nombre de «neolíticas» y que en la parte central datan del sexto milenio antes de la era cristiana. Las condiciones climáticas eran más húmedas que hoy; y de ello resultaba una flora de tipo mediterráneo y una población pastoril, si bien esos pastores han podido ser o no cultivadores también<sup>73</sup>. La presencia de agricultores está claramente establecida en Cirenaica en — 4800<sup>74</sup>; pero se ha demostrado ahora que el «Neolítico de tradición capsense», ampliamente extendido en el noroeste de África y que respondía a las culturas epipaleolíticas, no tenía prácticas agrícolas, aunque se extienda más allá del segundo milenio antes de la era cristiana<sup>75</sup>. Hubo un tiempo en que los descubrimientos en Rufisque (Senegal) fueron clasificados en el «Neolítico de tradición capsense»<sup>76</sup>, pero es preferible considerarlos como formando parte del continuo microlítico extendido en el África occidental<sup>77</sup>. Aparte de esas excavaciones cerca de Dakar, ese continuo microlítico, o «Microlítico guineano», está ampliamente extendido en la mitad oriental del África

<sup>69</sup> Guillot, R., y Descamps, C., 1969.

<sup>70</sup> Davies, O., 1964, págs. 116-123.

<sup>71</sup> Hugot, H. J., 1966 a.

<sup>72</sup> Bishop, W. W., y Clark, J. D., 1967, pág. 898, Resolución 2; Clark, J. D., 1967; Shaw, Th., 1967, pág. 35, Resolución 23; Munson, P., 1968. Hay que advertir que algunos autores no son de este parecer.

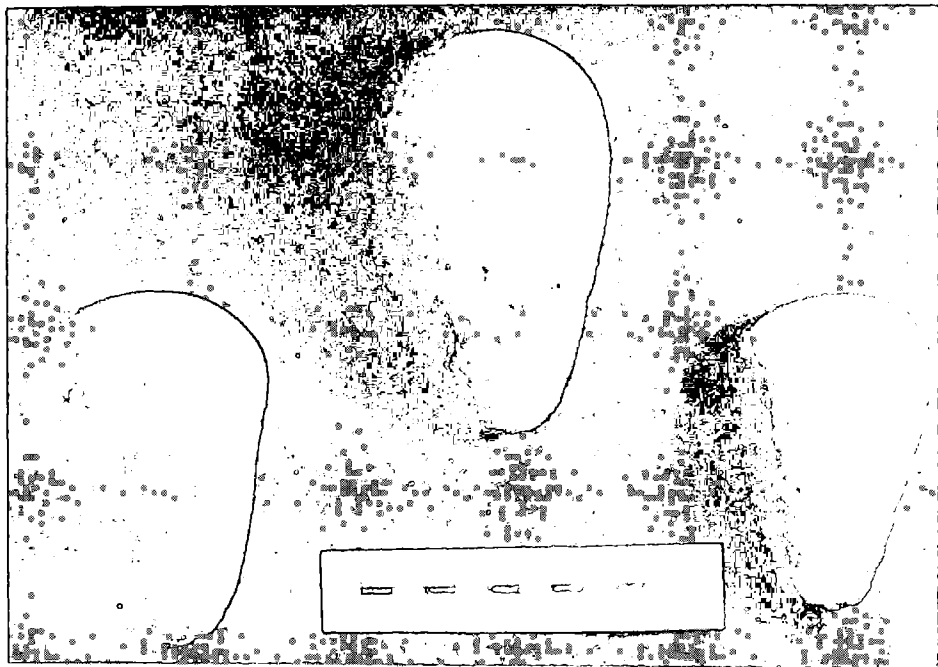
<sup>73</sup> Hugot, H. J., 1963, págs. 148-151; Mori, F., 1965; Camps, G., 1969.

<sup>74</sup> McBurney, C. C. M., 1967, pág. 298.

<sup>75</sup> Roubet, C., 1971.

<sup>76</sup> Vaufrey, R., 1946; Alimen, H., 1957, págs. 229-233; Davies, O., 1964, pág. 236.

<sup>77</sup> Hugot, H. J., 1957, 1964, págs. 4-6; Shaw, Th., 1971 a, pág. 62.



- 1. Hachas pulimentadas «del Bel Air», de dolerita, museo del IFAN (fot. I. Diagne).
- 2. Cerámica de Diakité, Neolítico llamado «de Bel Air», museo del IFAN (fot. I. Diagne).





occidental; pero en la mitad oeste parece que está ausente de los yacimientos más meridionales, en el área de Liberia, de Sierra Leona y del sur de la República de Guinea, en cierto número de cuevas y de refugios bajo roca, donde fueron realizadas las primeras excavaciones arqueológicas del Africa occidental; algunas se remontan a más de setenta años<sup>78</sup>. En ciertos yacimientos de esos, piezas bifaciales recuerdan formas más antiguas que la Late Stone Age; ha habido quien ha encontrado allí azadas y, por tanto, un testimonio indirecto de agricultura. Ciertamente, esa posibilidad no debe ser excluida, porque el arroz reemplaza entonces al ñame como recolección principal en la mitad oeste del Africa occidental; ese arroz africano, *Oryza glaberrima*, ha sido probablemente domesticado en la zona del delta del Níger medio<sup>79</sup>. También se consideran como azadas, y como prueba de agricultura en Ghana, largos fragmentos de cuerno de contornos toscamente esbozados<sup>80</sup>; pero no hay comprobaciones ni fechas válidas. La mayor parte de los yacimientos de la República de Guinea han proporcionado microlitos, hachas de piedra pulida, muelas y alfarería; lo mismo ocurre en un yacimiento de Guinea-Bissau<sup>81</sup>; algunos yacimientos guineanos contienen alfarería, aunque, en la gruta de Kakimbon, la alfarería no aparece más que en la capa superior<sup>82</sup>. Las excavaciones efectuadas en el refugio bajo roca de Blandé, en el extremo sudoriental de la República de Guinea, también han descubierto una industria que contiene hachas de piedra y objetos de alfarería mezclados con herramientas bifaciales de gran tamaño, que recuerdan a los de las cuevas de Kindia y del Futa Yalón, pero sin elementos líticos<sup>83</sup>. Los microlitos están asimismo ausentes de la cueva de Yengema, en Sierra Leona, donde el nivel más antiguo ha revelado una pequeña industria de fragmentos de cuarzo, comparada por el investigador a la industria de Ishango en el lago Eduardo; en el nivel medio, «picos» y «azadas» bifaciales —se asemejan a una parte del material de las cuevas guineanas— están considerados por el investigador como un complejo industrial lupembiese; en fin, el nivel superior ha proporcionado hachas de piedra y alfarería, situadas por dos dataciones con termoluminiscencia en los alrededores de los -2000 a -1750<sup>84</sup>. Sea lo que sea, un elemento microlítico aparece en otros dos refugios bajo roca explorados más al norte de Sierra Leona, en Yagala y Kamabai; las dataciones con radiocarbono indican aquí una fase de la Late Stone Age, que se extiende de -2500 hasta el siglo VII de la era cristiana<sup>85</sup>.

Parecería, pues, que en esa parte del oeste del Africa occidental, una especie de tradición de la Middle Stone Age (que también puede existir en Dakar y Bamako) habría sobrevivido, relativamente sin cambio, en los yacimientos más meridionales, y que no habría adoptado ni inventado la técnica microlítica; es muy posible

<sup>78</sup> Hamy, E. T., 1900; Guehard, P., 1907, 1909; Desplagnes, L., 1907, *B.S.G.C.*: Hue, 1912; Hubert, R., 1922; Breuil, H., 1931; Delcroix, R., y Vaufray, R., 1939; Shaw, Th., 1944.

<sup>79</sup> Porteres, R., 1962, págs. 197-199.

<sup>80</sup> Davies, O., 1964, págs. 203-230.

<sup>81</sup> Mateus, A., 1952.

<sup>82</sup> Hamy, E. T., 1900.

<sup>83</sup> Holas, B., 1950, 1952; Holas, B., y Mauny, R., 1953.

<sup>84</sup> Coon, C. S., 1968.

<sup>85</sup> Atherton, J. H., 1972.

que las razones de ello sean de orden ecológico, dado que la técnica microlítica está asociada a la economía de la zona de sabanas, donde la caza desempeñaba un papel importante. Si se observa el reparto de los yacimientos sin microlitos (Conakry, Yengama, Blandé) y se traza una línea de demarcación entre éstos y los yacimientos con microlitos (Kamabai, Yagala, Kindia, Nhampasséré), se comprueba que esa frontera está muy próxima a la que separa el bosque de la sabana. las nuevas técnicas de las hachas pulidas y de la alfarería llegaron a esa región más tarde, procedentes del norte. La fecha de aparición de esas influencias se sitúa hacia la mitad del III milenio antes de la era cristiana, lo que corresponde al momento en que el secamiento del Sáhara ya se ha realizado; por tanto, es razonable relacionar ambos acontecimientos y ver en ellos la influencia de la migración de las poblaciones fuera del Sáhara. Aunque no poseemos aún ningún dato osteológico a este respecto, esas poblaciones probablemente han llevado ganado consigo, entre otros, quizás, el tronco ancestral de la raza Ndama del Futa Yalón, que está inmunizada contra la tripanosomiasis.

En casi todo el resto del Africa occidental, un continuo microlítico precede a las técnicas de fabricación de la alfarería y de las hachas de piedra pulida; éstas parece que están incorporadas a la tradición microlítica y que no la han reemplazado.

En Kurunkokale, cerca de Bamako, una capa inferior con microlitos y objetos toscos de hueso está subyacente bajo una capa que posee microlitos más refinados, hachas de piedra pulida y alfarería<sup>86</sup>. En Nigeria, los refugios bajo roca de Rop<sup>87</sup>, en la meseta de Bauchi y de Iwo Eleru, en el Western State, han proporcionado niveles microlíticos sin alfarería ni hachas pulidas bajo capas con industrias microlíticas que poseen estas últimas. En Iwo Eleru, una datación con radiocarbono de - 9200 años se ha obtenido cerca de la base de la capa inferior; la transición con la capa superior apenas parece posterior a los - 3000<sup>88</sup>. En Old Oyo, en la cueva de Mejiro, se ha encontrado una industria microlítica desprovista de alfarería, así como hachas de piedra pulida, pero la muestra es pequeña y no está datada<sup>89</sup>. También en Ghana, la cueva de Bosumpra, en Abefiti, ofrece una asociación de alfarería, microlitos y hachas pulidas, pero falta la datación<sup>90</sup>. En Ghana existe una facies tardía de la Late Stone Age bautizada como «cultura de Kintampo»; sucediendo a una fase anterior dotada de microlitos y alfarería, esta cultura de Kintampo presenta hachas pulidas, brazaletes de piedra (conocidos según los yacimientos «neolíticos» saharianos) y un tipo particular de triturador escodado. La fase antigua (*Punpun*) se remonta a - 1400; la fase reciente ha proporcionado bóvidos domesticados y cabras enanas, cuya raza está muy cercana a las *Dwarf Shorthorn* o «enanas-cornicortas» del Africa occidental<sup>91</sup>. Incluso en la Mauritania meridional, en la fase más antigua (Akrejijit) de la

<sup>86</sup> Szumowski, G., 1956.

<sup>87</sup> Fagg, B. E. B., 1944, 1972; Eyo, E., 1972, *W.A.J.A.*; Rosenfeld, A., 1972; Fagg, A., 1972 b.

<sup>88</sup> Shaw, Th., 1969 b.

<sup>89</sup> Willett, F., 1962 b.

<sup>90</sup> Shaw, Th., 1944.

<sup>91</sup> Davies, O., 1962; 1964, págs. 239-246; 1967 b, págs. 216-222; Flight, C., 1968, 1970; Carter, P. L., y Flight, C., 1972.

secuencia de Tichitt, los microlitos están presentes al mismo tiempo que la alfarería y las hachas de piedra, pero desaparecen en todas las fases posteriores<sup>92</sup>.

A lo largo de los márgenes septentrionales de nuestra zona, en el Sahel, inmediatamente al sur del desierto sahariano, la situación se manifiesta poco diferente en la fase más reciente de la Late Stone Age, con adaptaciones a la ecología local patentes en la cultura material. En Karkarichinkat, al norte de Gao, entre los - 2000 y - 1500 años, las poblaciones pastoriles vivían en colinas por encima del nivel de las corrientes estacionales de agua; conocían la cerámica y disponían de un equipo lítico que incluía hachas de piedras pulidas, puntas de flecha bifaciales del tipo sahariano (pero no con base cóncava)<sup>93</sup> y, aquí y allá, microlitos. La pesca constituía una aportación importante a la economía, como da abundante testimonio de ella el sur sahariano en el «Neolítico posterior»<sup>94</sup>. En el nordeste de Nigeria, en Daima, mil años después aparece una situación casi análoga: es probable que los pastores de bóvidos hayan cultivado también el sorgo en la arcilla fértil dejada por la retirada del lago Chad, y, aunque hayan utilizado la alfarería, las hachas pulidas y una nutrida colección de objetos de hueso, la manufactura de los microlitos les resulta desconocida<sup>95</sup>.

En la zona opuesta, a lo largo de la orilla meridional del África occidental en el litoral atlántico, se encuentra una adaptación a un entorno ecológico totalmente diferente. Allí, las poblaciones de la Late Stone Age explotaban los abundantes mariscos de las albuferas y estuarios, tanto como cebo de pesca, como para su propia alimentación; tras ellos dejan enormes montones de conchas. En Costa de Marfil está determinado que semejantes viveros de caracoles han existido desde - 1600 hasta el siglo XIV de la era cristiana<sup>96</sup>. En Senegal se ha descubierto en uno de ellos un hacha tallada en hueso<sup>97</sup>. Yacimientos análogos que han sido objeto de estudios en la región de Casamance son posteriores a la edad de piedra<sup>98</sup>.

En Afikpo, al sur de Nigeria, se ha encontrado un yacimiento con cerámica, hachas de piedra pulida y una industria lítica sin microlitos; la datación con radiocarbono sitúa a esa industria entre los - 3000 y - 1000<sup>99</sup>. En Fernando Poo se han distinguido cuatro fases principales en un conjunto de la Late Stone Age<sup>100</sup>, que comprende alfarería y hachas de piedra pulida, pero donde los microlitos están ausentes; una datación con radiocarbono indica el siglo VI de la era cristiana para la fase más antigua, lo que, salvo error, hace esa secuencia muy tardía; la forma curva de las hachas presenta afinidades con la de las hachas procedentes del sudeste de Nigeria<sup>101</sup>, Camerún y República de Chad<sup>102</sup>.

En resumen, la Late Stone Age en el África occidental puede dividirse en dos

<sup>92</sup> Munson, P., 1968, 1970.

<sup>93</sup> Mauny, R., 1955 b; Smith, A., 1974.

<sup>94</sup> Monod, Th., y Mauny, R., 1957.

<sup>95</sup> Connah, G., 1967, 1969, 1971.

<sup>96</sup> Mauny, R., 1973; Olsson, I. V., 1973.

<sup>97</sup> Joire, J., 1947; Mauny, R., 1957, 1961, págs. 156-162.

<sup>98</sup> Linares de Sapiro, O., 1971.

<sup>99</sup> Hartle, D. D., 1966, 1968.

<sup>100</sup> Martin de Molino, 1965.

<sup>101</sup> Kennedy, R. A., 1960.

<sup>102</sup> Clark, J. D., 1967, pág. 618.

fases: la Fase I, que no comienza más tarde de los - 10 000, comprende dos facies: la facies A es la de las industrias con microlitos, asociada con la caza en la sabana; la facies B, que pertenece a la zona forestal en la extremidad sudoeste del Africa occidental, no tiene microlitos. La Fase II se inicia poco después de los - 3000; en ella se pueden distinguir cuatro facies: la facies A añade la cerámica y las hachas de piedra pulida a los microlitos en la mayor parte de la sabana; la facies B, en el Sahel, incluye la pesca en su economía y no posee prácticamente microlitos, pero presenta una industria del hueso que comprende «arpones», anzuelos, etc.; la facies C es costera, y su economía está adaptada al aprovechamiento de los recursos de lagunas y estuarios; la facies D, unida al entorno del bosque, conoce la alfarería y el hacha pulimentada, pero carece de microlitos.

En el transcurso del III milenio, cuando los pastores del Sáhara emigraron por vez primera hacia el sur, sólo encontraron allí «cazadores microlíticos» y abandonaron una región donde disponían de sílex en abundancia por otra en que los armazones y los bordes dentados de flechas tan sólo podían ejecutarse en cuarzo o en otra piedra extraordinariamente difícil de tallar en punta bifacial. También —el hombre moderno se debió sentir allí decepcionado en el plano de la estética— parece que se adaptaron, en su mayor parte, a la técnica microlítica local para armar y «dentar» sus flechas, al ver que eso era tan eficaz; aquellos que llegaron hasta Ntereso, en el centro de Ghana, durante la segunda mitad del II milenio y conservaron allí sus características puntas de flecha bifaciales, constituyen la excepción<sup>103</sup>.

Aunque esa emigración hacia el sur de las poblaciones saharianas ha representado la introducción de un elemento nuevo en la población autóctona, puede que eso apenas haya ejercido influencia visible en el tipo físico al ser ambas igualmente de raza negra<sup>104</sup>. Si, como parece lógico, los inmigrantes hablaban el protonilosahariano, no está excluido que los grupos pequeños perdiesen sus dialectos particulares y adoptasen el idioma Níger-Congo que dominaba localmente; sólo grupos más fuertes, como los antepasados de los songhai, debieron ser capaces de conservar su propia lengua<sup>105</sup>.

## LA ECONOMIA DE PRODUCCION

El paso de la situación en que el hombre dependía de la caza, de la pesca y de la recolección de bayas silvestres al cultivo de vegetales y a la cría de ganado, es el paso más importante dado por nuestros antepasados en el transcurso de los últimos diez milenios. Esa evolución no se realizó en un solo punto del mundo para propagarse por todas partes, sino más bien en un número limitado de «centros». Para Europa, el Asia occidental y el noroeste de Africa, el centro importante se encuentra en la región montañosa de Anatolia, Irán e Irak. Allí es donde se desarrollaron la cultura del trigo y de la cebada y la domesticación del cordero, de la cabra y de los bóvidos. Más tarde, la producción alimenticia fue

<sup>103</sup> Davies, O., 1966 a, 1967 a, 1967 b, pág. 163; Shaw, Th., 1969 c, págs. 227-228.

<sup>104</sup> Chamla, M. C., 1968; Brothwell, D., y Shaw, Th., 1971.

<sup>105</sup> Greenberg, J. H., 1963 b.

introducida en los grandes valles fluviales del Tigris y el Eufrates, del Nilo y el Indo, mejorada por el drenaje y el riego<sup>106</sup>. En el V milenio, ovinos y bovinos estaban domesticados en Egipto; y los cereales eran allí cultivados<sup>107</sup>. En la actualidad tenemos la prueba de que el ganado doméstico existía anteriormente en las tierras altas saharianas, e indicaciones, aunque débiles, del cultivo de los cereales<sup>108</sup>. Como enseña el ejemplo del Nilo, la dificultad que encuentran para el cultivo de los cereales en el Africa subsahariana procede de que las plantas cultivadas más antiguas, trigo y sorgo, dependen de las «lluvias de invierno» y sólo difícilmente pueden prosperar, al sur del frente intertropical, en la región de las «lluvias de verano». Lo que se hacía necesario era la domesticación *in situ* de gramíneas silvestres apropiadas, de donde surge el cultivo de los mijos africanos. La más importante de esas gramíneas es el *Sorghum bicolor* o mijo de Guinea, que fue cultivado durante la primera mitad del segundo milenio en el área situada entre el desierto y la sabana, entre el Nilo y el lago Chad<sup>109</sup>. Otras gramíneas silvestres fueron domesticadas, originando el mijo perlado y el mijo coracán o *finger millet*; ya ha sido mencionado el arroz africano<sup>110</sup>. Al sur de Mauritania, alrededor del Tichitt, se encuentran las huellas del consumo de semillas de gramíneas locales, pero hacia - 1100, la proporción del mijo perlado da un salto del 5 al 60 por 100<sup>111</sup>. En las regiones más húmedas del Africa occidental, el tubérculo importante es el ñame, del que se ha cultivado una variedad importante<sup>112</sup>; sin embargo, aunque ese cultivo pueda remontarse a casi 5000 años, no poseemos aún los datos arqueológicos o botánicos que posibiliten su comprobación; una larga historia del cultivo del ñame combinado con las aportaciones nutritivas complementarias de las bayas de la palmera de aceite, protegidas o mantenidas, ayudaría a explicar la densidad de la población del sur de Nigeria<sup>113</sup>.

Aunque la expansión de la producción alimenticia constituya una condición previa, no conduce automáticamente por sí misma al crecimiento de pueblos y ciudades. Parece que otros elementos entran en juego, como el aumento, hasta cierta cota, de la presión demográfica y una penuria en tierras cultivables<sup>114</sup>. En el Africa subsahariana, la incidencia de la malaria creció como consecuencia de la roturación agrícola y de la presencia de comunidades estables más importantes; también el crecimiento de la población que resulta de la adopción de la agricultura fue más lenta de lo que debió serlo<sup>115</sup> y, en la mayor parte de las zonas subsaharianas, las tierras cultivables no faltaban en aquella época<sup>116</sup>. Sin embargo, al comienzo del primer milenio de la era cristiana, se había establecido

<sup>106</sup> Clark, G., 1969, págs. 70 y sigts.; Ucko, P. J., y Dimbley, G. W., 1969.

<sup>107</sup> Caton-Thompson, G., y Gardner, E. W., 1934; Seddon, D., 1968, pág. 490; Wendorf, F., y otros, 1970, pág. 1168.

<sup>108</sup> Mori, F., 1965; Camps, G., 1969.

<sup>109</sup> De Wet, J. M. J., y Harlan, J. R., 1971.

<sup>110</sup> Porteres, R., 1951, 1958, 1972.

<sup>111</sup> Munson, P., 1968, 1970.

<sup>112</sup> Coursey, D. G., 1967, 1972.

<sup>113</sup> Shaw, Th., 1972, págs. 27-28; Rees, A. R., 1965.

<sup>114</sup> Webb, M. C., 1968.

<sup>115</sup> Livingstone, F. B., 1958; Wiesenfeld, S. L., 1967; Coursey, D. G., y Alexander, J., 1968.

<sup>116</sup> Shaw, Th., 1971 b, págs. 150-153.



● Objeto de alfarería de fondo  
plano de la edad de hierro,  
museo del IFAN (fot. I.  
Diagne).

una economía agrícola suficiente para proveer a las necesidades de antiguos reinos como el de Ghana, Malí, Songhai, Benin y Ashanti.

## LA LLEGADA DEL METAL

Aunque se trate desde hace mucho tiempo, y por razones metodológicas válidas, de abandonar en Europa el sistema de las «tres edades» —edad de piedra, edad de bronce y edad de hierro<sup>117</sup>—, su comodidad no ha dejado de perpetuarlo.

En su conjunto, el Africa occidental apenas fue alcanzada por la edad de bronce. Sin embargo, procedente de España y Marruecos, una de sus facies aparece en Mauritania, donde se han descubierto casi 130 objetos de cobre y donde se habían explotado las ricas minas de Akjoujt, que una datación con C14 sitúa en el siglo V antes de la era cristiana; además, puntas de flecha, planas y de cobre, han sido encontradas por doquier en Malí y en el sudeste de Argelia<sup>118</sup>.

¿Por qué el Africa occidental no conoció la edad de bronce? ¿Por qué no fue más influenciada por la antigua civilización egipcia? Las razones residen en parte en el hecho de que el III milenio —durante el cual la metalurgia, la arquitectura de los monumentos de piedra, la utilización de la rueda y la centralización del gobierno se establecieron sólidamente en Egipto— fue también la época del secamiento final del Sáhara. Así, las poblaciones emigraban del Sáhara, y éste no podía servir ya de vínculo indirecto entre Egipto y el Africa occidental. Ese vínculo fue restablecido sólo 3000 años más tarde gracias al camello. Otras razones se refieren a la puesta en práctica, más tardía y lenta, de una economía agrícola en el Africa occidental, de lo que se ha tratado anteriormente. Deseosos de aportar cierta dignidad y lustre a su historia, algunos escritores se han dedicado a valorar las relaciones del Africa occidental con el antiguo Egipto y, por tanto, a permitirle que mediante eso refleje su gloria<sup>119</sup>; lo cual no parece en absoluto necesario<sup>120</sup>.

## EL COMIENZO DE LA EDAD DE HIERRO (APROXIMADAMENTE – 400 a 700)

A lo largo del comienzo de la edad de hierro parece que numerosos sectores del Africa occidental permanecieron aislados del exterior, y, en la mayor parte de los casos, los contactos que han podido existir con el mundo antiguo conocido debieron ser indirectos, esporádicos y desdeñables<sup>121</sup>. Se ha hablado mucho en torno al pretendido periplo de Hannón, cuyo relato resulta probablemente engañoso<sup>122</sup>. El informe de Heródoto sobre el «comercio mudo» de los cartagineses se basa casi con certeza en los hechos<sup>123</sup>. Seguramente debieron existir

<sup>117</sup> Daniel, G., 1943.

<sup>118</sup> Mauny, R., 1951; Mauny, R., y Hallems, J., 1957; Lambert, N., 1970, 1971.

<sup>119</sup> Lucas, J. O., 1948; Diop, Ch. A., 1960, 1962.

<sup>120</sup> Shaw, Th., 1964 a, pág. 24.

<sup>121</sup> Law, R. C., 1967; Ferguson, J., 1969; Mauny, R., 1970 b, págs. 78-137.

<sup>122</sup> Picard, G. Ch., 1971; Mauny, R., 1970 a; 1971, págs. 75-77.

<sup>123</sup> Herodoto, 1964, Libro IV, pág. 363.



● 1. Zona de megalitos senegambienses, Tiékene Boussura, Senegal; en primer plano: «Tumba del rey», Museo del IFAN (fot. I. Diagne).

● 2. Estatuilla antropomorfa de Thiaroye, Senegal, Museo del IFAN (fot. I. Diagne).





algunos motivos de contacto con el mundo exterior, porque es al comienzo de ese período cuando aparece en Africa el conocimiento del hierro. No se trata sólo de una importación de objetos de hierro, sino de un conocimiento de la transformación del metal que es difícil de considerar como un invento original, ya que ningún rudimento de metalurgia existía antes<sup>124</sup>. En el centro de Nigeria, en Taruga, se han estudiado algunos yacimientos de fundición de hierro; el C14 indica fechas que van desde el siglo V al III antes de la era cristiana<sup>125</sup>. Excavaciones practicadas en las colinas de habitación del valle del Níger testimonian también la presencia del hierro en el siglo II antes de la era cristiana<sup>126</sup>. Según nuestros conocimientos actuales, parece muy probable que el inicio de la metalurgia de hierro en el Africa occidental se deba, no al reino de Meroé, como frecuentemente se ha sugerido<sup>127</sup>, sino a la región del Africa del norte, entonces sometida a la influencia de Cartago; quizá los Garamantes, utilizadores de carros, han servido de intermediarios; grabados rupestres de carros jalonan la pista de Fezzan en el meandro del medio Níger<sup>128</sup>. Más al oeste, las pinturas rupestres revelan otro itinerario de carros, uniendo Marruecos con el sur de Mauritania; quizás bajo la presión de los nómadas que saben manipular el hierro (la lanza de punta de metal se convierte en el arma común y reemplaza al arco en los grabados en roca) es como los hombres de la Late Stone Age, habitantes de Tichitt (fase Akinjeir), se decidieron a fortificar sus aldeas a partir del siglo V o IV antes de la era cristiana<sup>129</sup>. En Taruga, los descubrimientos realizados durante las excavaciones fueron asociados a las estatuillas de tierra cocida, con este estilo tan característico al que se ha dado el nombre de la aldea nigeriana de Nok, donde fueron encontradas por primera vez; y en mayor número, durante la explotación de minas de estaño<sup>130</sup>. Dado que provienen de aluviones que contienen estaño, con frecuencia sólo las cabezas, más sólidas y resistentes, han sido las únicas intactas de todo el cuerpo. Resultaba difícil al principio saber si los demás objetos descubiertos en la gravera eran todos contemporáneos de las estatuillas, o si bien representaban una mezcla de objetos de la misma época y de otras más antiguas; porque, además de los objetos de hierro y de los tubos que sirven para la colada de la fundición, se habían encontrado hachas de piedra pulida y herramientas más pequeñas, del tipo de la Late Stone Age<sup>131</sup>. Parece hoy que el material de la Late Stone Age es más antiguo y se debe a una aportación fluvial<sup>132</sup>; en Taruga es seguro que no existe vestigio alguno de la edad de piedra, aunque se ha encontrado una hacha de piedra pulida en uno de los escasos lugares de ocupación de la región<sup>133</sup>. La datación de las graveras sitúa las estatuillas entre el año - 500 y el 200 de la era cristiana, lapso de tiempo posteriormente confirmado y

<sup>124</sup> Davies, O.; 1966 b; Shaw, Th.; 1969 b, págs. 227-228.

<sup>125</sup> Fagg, B. E. B., 1968, 1969.

<sup>126</sup> Priddy, A. J., 1970; Hartle, D. D., 1970; Yamasaki, F., y otros, 1973, págs. 231-232.

<sup>127</sup> Clark, G., 1969, pág. 201.

<sup>128</sup> Mauny, R., 1952; Lhote, H., 1966; Shaw, Th., 1969 c, pág. 229; Daniels, Ch., 1970, págs. 43-44; Huard, P., 1966.

<sup>129</sup> Mauny, R., 1947, 1971, pág. 70; Munson, P., 1968, pág. 10.

<sup>130</sup> Fagg, B. E. B., 1945, 1956 b, 1959.

<sup>131</sup> Fagg, B. E. B., 1956 b.

<sup>132</sup> Shaw, Th., 1963, pág. 455.

<sup>133</sup> Fagg, A., 1972 b.

precisado con ayuda de las dataciones por radiocarbono realizadas en Taruga y en el lugar de ocupación ya mencionado (siglo III antes de la era cristiana). Una datación por termoluminiscencia da  $-620 \pm 230$ <sup>134</sup>. Aunque el estilo de las tierras cocidas no sea constante, representa un notable logro artístico, y algunos especialistas de la historia del arte han reconocido en ellas los antepasados de ciertas formas del arte Yoruba, que será descubierto mil años después y a 600 km. de allí, en dirección sudoeste<sup>135</sup>. Los descubrimientos de la civilización de Nok han sido efectuados en una región que se extiende por unos 500 km. de longitud, de sur a oeste de la meseta de Jos.

Cerca del río Gambia, en Senegal y Gambia, existe un distrito donde se encuentra un gran número de pilares de piedra erigidas verticalmente, aisladas o dispuestas en círculos; los megalitos más trabajados son dobles y tienden a representar una lira. Las excavaciones realizadas han sido esclarecidas por tres dataciones por radiocarbono que indican los siglos VII y VIII, sin contar dos fechas del siglo I, que proceden del antiguo suelo bajo los megalitos y que proporcionan un *terminus post quem* para su erección; parece que se trate de monumentos funerarios<sup>136</sup>. En Tondidaru, en la curva del medio Níger, un importante conjunto de monumentos fálicos de piedra ha sido estropeado por la ignorancia y el entusiasmo ingenuo de los investigadores y de los administradores del siglo XX; tampoco tenemos de ellos más que un conocimiento real muy limitado; quizás pertenezcan a la misma época que los monumentos senegambianos<sup>137</sup>.

Hacia el final del período de los primeros contactos, en el límite norte del Africa occidental, las poblaciones negras han entrado en relación con los bereberes nómadas del desierto, quienes, equipados en lo sucesivo con camellos, transportaban hacia el norte el oro del Africa occidental, a través del Sáhara. A finales del siglo VIII, la reputación de «Ghana, tierra de oro» había llegado a Bagdad<sup>138</sup>. Esas regiones septentrionales del Africa occidental están dotadas entonces de unos rudimentos de agricultura y de una tecnología del hierro. Estaban maduras para tomar la vía del progreso político y de la formación de Estados, para hacer frente a la presión de los nómadas llegados del norte y para apoderarse, en fin, del control rentable del comercio del oro. Más al sur, en el norte de Sierra Leona, el paso a la utilización del hierro parece que apenas despunta antes del siglo VIII, y aún se realizará lentamente<sup>139</sup>.

<sup>134</sup> Fagg, B. E. B., y Fleming, S. J., 1970.

<sup>135</sup> Fagg, W., y Willett, F., 1960, pág. 32; Willett, F., 1960, pág. 245; 1967, págs. 119-120, 184; 1968, pág. 33; Rubin, A., 1970.

<sup>136</sup> Ozanne, P., 1966; Beale, P. O., 1966; Cisse, K., y Thilmans, G., 1968; Fagan, B. M., 1969, pág. 150; Descamps, C., 1971.

<sup>137</sup> Desplagnes, L., 1907, *Le Plateau Central-nigérien*, págs. 40-41; Maes, E., 1924; Mauny, R., 1961, págs. 129-134; 1970 b, págs. 133-136.

<sup>138</sup> Levtzion, N., 1971, pág. 120.

<sup>139</sup> Atherton, J. H., 1972, 1973.

## Capítulo 25

# PREHISTORIA DEL VALLE DEL NILO

*F. DEBONO*

Sudán, Nubia y Egipto, tres regiones bien diferentes y unidas entre sí por un solo río, constituyen un único valle. Pero difícilmente podemos imaginarnos hoy que la inmensidad desértica que lo rodea por ambos lados permitiese en otros tiempos, según las fluctuaciones climáticas y ecológicas de los puntos de estacionamiento, lugares de paso o barreras infranqueables con el resto del continente africano.

Esos mismos factores físicos condicionaron también el modo de vida de los primeros habitantes de ese valle, en su perpetua lucha de adaptación a unos entornos hostiles o favorables a su expansión. En ese contexto trazaremos sucintamente la historia de su larga evolución, desde la aurora de la hominización hasta el apogeo faraónico. Algunas culturas, en determinados momentos, son ya bien conocidas; en muchos otros casos, el carácter aún incompleto de las investigaciones, por una parte, y el espíritu de sistema que con demasiada frecuencia se aplica a los resultados, por otra, conducen a una fragmentación que podría revelarse, en el futuro, artificial y a veces hasta abusiva: la multiplicación de los «tipos», a algunos kilómetros de distancia en algunos casos, tiene algo que es muy poco verosímil. Los historiadores inquietos ante esa dispersión intentan reagrupar los «tipos» conocidos en grandes categorías cronológicas; de momento, estas últimas pueden ser ellas mismas, a veces, imperfectas e insuficientes.

### OLDOWAYENSE<sup>1</sup>

Esa cultura está caracterizada en todas partes por cantos manipulados (podones o mazos). Descubrimientos recientes que se refieren al origen del hombre

---

<sup>1</sup> Ese período se denomina así después de los descubrimientos realizados en Olduvai (ver capítulo 28); a veces se le ha llamado, anteriormente, pre-acheulense o paleolítico arcaico.

permiten afirmar la existencia de las primeras huellas dejadas por éste no sólo en las demás regiones de Africa, sino también en el valle del Nilo.

En Sudán, desde 1949, los testimonios muy antiguos de esos seres ya humanos, testimonios formados por cantos apenas esbozados en herramientas informes, han sido descubiertos en Nuri y Wawa. Pero esos hallazgos aislados y superficiales no podían constituir prueba definitiva.

Sólo a partir de 1971, tras investigaciones sistemáticas realizadas en Tebas (Alto Egipto), es cuando se alcanzó esa certeza. En efecto, la exploración de 25 depósitos de aluviones del Cuaternario anterior ha proporcionado una rica recogida de esas toscas herramientas. El descubrimiento, en 1974, de tres yacimientos estratigráficos que contienen cantos manipulados (podones) proporciona importantes informes que borran las últimas dudas. Los niveles con cantos manipulados estaban subyacentes en el Acheulense anterior (Old Stone Age), caracterizado principalmente por triedros en sus niveles más antiguos. Muy recientemente se ha descubierto un diente de homínido en los viejos aluviones de la montaña tebana, asociada a los podones.

Recordemos que una sucesión parecida había sido observada también, hacia 1925, en los aluviones de Abbassieh, cerca de El Cairo. Pero los cantos manipulados de esa capa habían sido clasificados en aquel momento en la categoría de eolitos. Una contribución suplementaria para el estudio de ese período remoto ha sido proporcionada muy recientemente en Adeima (Alto Egipto) con nuestras exploraciones de 1974 (misión del I. F. A. O.)<sup>2</sup>. Se trata de un nuevo depósito, todavía en estudio, que parece semejante a los depósitos precedentes.

### OLD STONE AGE<sup>3</sup>

Esta bella industria lítica, caracterizada por bifaces con extremidad recortada, existe prácticamente en todas partes de Africa. En este continente, la citada industria incluso conseguiría su origen partiendo de los cantos manipulados de la época precedente antes de marchar hacia otras partes del mundo. En el valle del Nilo, los testimonios de esa civilización se manifiestan sin interrupción aparente desde Sudán hasta Egipto.

Al norte de Sudán, esa cultura nos es mejor conocida que en las regiones meridionales gracias a trabajos recientes. El Acheulense inferior, ilustrado por bifaces con cortes más bien sinuosos y a veces toscos, va acompañado de cantos manipulados en Atbara, Wawa y Nuri. En este último yacimiento evoluciona con un complejo de transición. El Acheulense medio y superior, estudiado sobre todo en el norte, se distingue por el perfeccionamiento del acabado y por la aparición de industrias paralevalloisienses. Estas últimas, que darán más tarde nacimiento al corte Levalloisiense son visibles también en Khor Abu Anga. Aunque el Acheulense se encuentra igualmente en otros continentes, un tipo *Sangoenense*, culminación del Acheulense, que ha persistido durante mucho tiempo, es clara-

<sup>2</sup> I.F.A.O.: Instituto francés de arqueología oriental.

<sup>3</sup> Corresponde en conjunto al Paleolítico inferior, frecuentemente llamado también Acheulense, o sea, de - 600 000 aproximadamente a - 200 000 también aproximadamente.

mente africano. Conservado hasta entonces sobre todo en el Africa meridional y central, comienza en esa época a ser conocido también en Sudán: en Khor Abu Anga y en Sai. Se cree que pierde varios de sus elementos a partir de Ouadi Halfa. Parece que existen en Sudán muy pocas hachuelas bifaces con bisel distal.

En la Nubia egipcia, el Acheulense fue encontrado en las antiguas terrazas del río. Allí siguió una evolución fundada en el perfeccionamiento de la talla. Pero sus caracteres tipológicos los conocemos insuficientemente.

En Egipto, en cambio, los yacimientos estratificados de Abbassieh (cerca de El Cairo), los que yo he estudiado recientemente en Tebas (1974) y las antiguas terrazas del Nilo revelan industrias acheulenses en capas sucesivas. Al nivel oldowayense, caracterizado por los cantos manipulados, sucede un Acheulense que contiene triedros, bifaces toscas y también cantos manipulados. El nivel siguiente revela bifaces más evolucionadas y piezas protolevalloisienses. El yacimiento de Kharga proporciona capas superpuestas de un Acheulense más reciente, que conducen a la Middle Stone Age. Aunque las bifaces ofrecen las formas clásicas encontradas en otras partes, a veces se observa su remanipulación en *hachuelas* a partir de su extremo distal; actualmente es el único tipo de hachuela conocida en Egipto. Son asimismo particulares en Egipto las bifaces tratadas según una técnica próxima a la denominada «Victoria-West», que procede del corte levalloisiense clásico<sup>4</sup>. Otras bifaces de tipo sangoenense, quizás más recientes, se encuentran incluso cerca de El Cairo.

## MIDDLE STONE AGE<sup>5</sup>

Nuevas condiciones de vida motivan en ese momento la generalización del uso del fragmento; éste sustituye al bifaz, que se hace rápidamente escaso y después desaparece. Esos fragmentos con extremo tallado, elaborados partiendo de la técnica paralevalloisiense ya citada, provienen de un núcleo especial que produce fragmentos de forma predeterminada. En Africa, ese procedimiento perdura en algunas regiones hasta el Neolítico y procede de una reflexión tecnológica ya muy avanzada.

La industria musteriense de corte Levallois, poco estudiada en el sur de Sudán, existiría en Tangasi y bajo una forma más evolucionada en Abu Tabari y en Nuri. Por el contrario, investigaciones recientes efectuadas al norte establecen tres conjuntos distintos: el *Musteriense nubio* se aproxima al Musteriense de Europa, sin ser idéntico a él. En él se observa un pequeño porcentaje de fragmentos Levallois y herramientas de tipo musteriense, poco retocadas, asociándose a tipos del Paleolítico superior, y en algunos casos al bifaz acheulense (hacia - 45 000 a - 33 000). El *Musteriense denticulado* se señala también por una inferioridad numérica de fragmentos Levallois y por la escasez de las láminas. Por otra parte, las piezas denticuladas se multiplican. El *Sangoenense lupembiense* señala un aumento del corte Levallois al que se añaden bifaces, rascadores

<sup>4</sup> Se quita por percusión, con mayor frecuencia en una de las caras, y más raramente en uno de los extremos, un gran fragmento que sirve a su vez de herramienta.

<sup>5</sup> Esa denominación abarca, en conjunto, al Paleolítico medio, desde hace aproximadamente - 200 000.

laterales, piezas denticuladas o con muescas, fragmentos truncados y bifaces de punta con retoques foliáceos. El *Khormusiense* se extiende desde Gemai hasta Dongola y comprende una importante proporción de fragmentos Levallois retocados, denticulados, y buriles, aunque más escasos; por los trabajos recientes está datado hacia - 25 000 a - 16 000, estimación retrasada últimamente hasta - 41 000 y - 33 800.

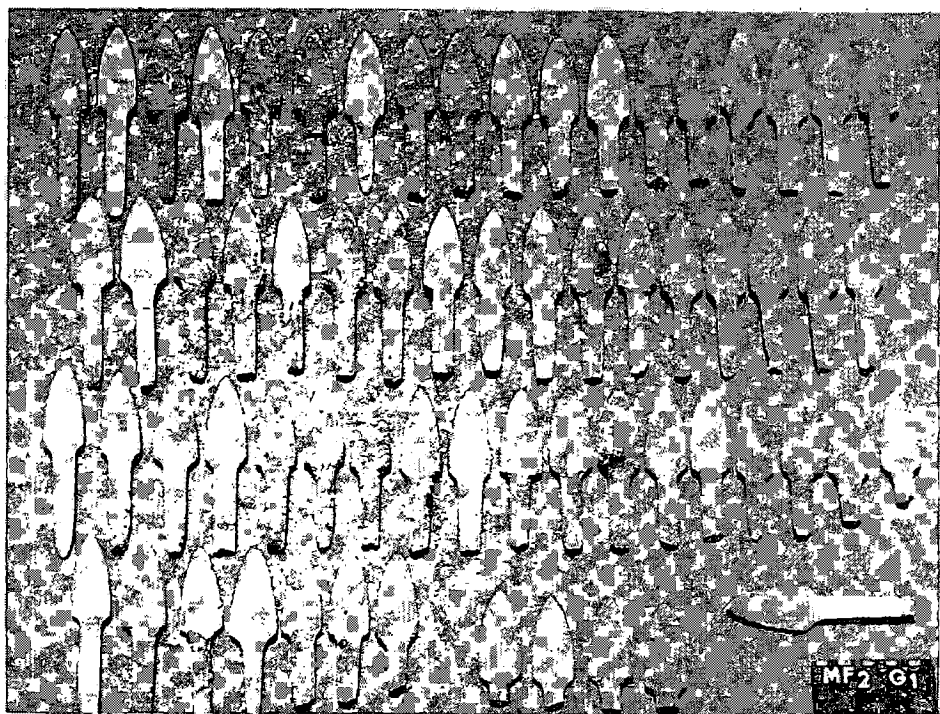
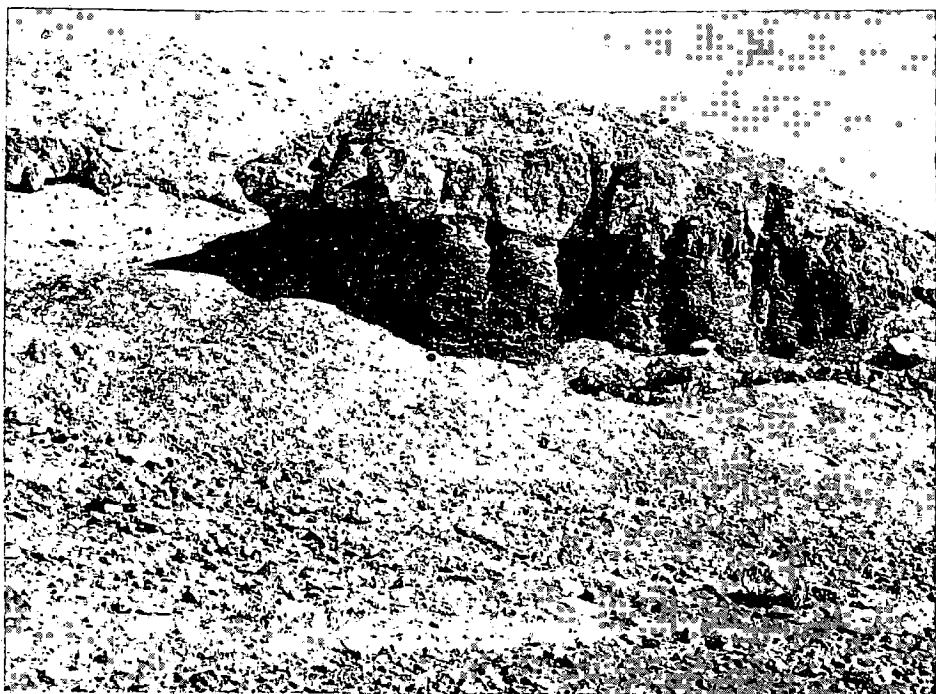
En comparación con el norte de Sudán, las informaciones recogidas en la Nubia egipcia son insuficientes. Los antiguos trabajos de Sandford y Arkell establecen un predominio de la técnica de corte Levallois, a veces de tradición acheulense. Investigaciones recientes la mencionan en 1962 en Afyeh y Khor Daud. Yo mismo la he detectado en Amada en 1962-1963, en el estado de corte Levallois puro. En Sebúa, hemos estudiado una industria que pertenece sin duda a la fase final de ese período, asociada a fragmentos no Levallois, que comprende numerosos buriles.

El Ateriense, industria típica del Magreb y del Sáhara meridional, se destaca por fragmentos que terminan en la base en un pedúnculo pronunciado y por el uso de la talla foliácea. Comenzando sin duda con el Musteriense, perdurará en ciertas regiones, ocasionalmente, hasta el Neolítico. En la Nubia egipcia se le ha identificado recientemente en el desierto de Libia, al nordeste de Abu Simbel<sup>6</sup>, asociado con una fauna muy rica: rinoceronte blanco, grandes bóvidos, asno salvaje, dos especies de gacelas, antilopes, zorro, chacal, facóquero, avestruz, una especie extinguida de dromedario, y tortuga. El Ateriense en Nubia parece cruzarse con el Amadiense, industria de tradición mustero-levalloisiense. En Egipto existe en estado puro en los oasis del este, en Siwa, Dakhlé y Kharga. En el desierto oriental se le encuentra en Ouadi Hammamat. En el valle mismo se diseminó en pequeños lotes por Tebas y Dara (?). Ha podido influenciar al Hawariense durante la época siguiente en Esna y Tebas. Se presenta en dimensiones microlíticas, para esa misma industria, en Abbassieh y Djebel Ahmar, cerca de El Cairo (al menos después de - 44 000 a - 7000 por lo menos).

A pesar de los numerosos vestigios de la Middle Stone Age en Egipto, un estudio tipológico exhaustivo de su utillaje está lejos de haberse acabado. Los primeros trabajos, realizados en las antiguas terrazas del valle y de Fayum, permitían ya una visión general de la civilización que prevalecía entonces. Nuestras excavaciones sistemáticas recientes en la montaña tebana, desde 1971 y bajo los auspicios de la UNESCO, aportan, no obstante, nuevos datos. En efecto, la localización en los depósitos geológicos y en un centenar de yacimientos de esa época, situados en pisos sucesivos y cronológicos, permite trazar ya en grandes líneas la evolución de esa industria que se anuncia con predominio Levallois. Todas esas investigaciones convergen para demostrar la existencia de un período antiguo «acheuleo-levalloisiense», al que sucede otro de núcleos macizos que se afinan progresivamente reduciendo sus dimensiones. En una fase más reciente aparecen sobre fragmentos laminares<sup>7</sup> unos retoques secundarios más numerosos

<sup>6</sup> Esos descubrimientos datan de 1976. Han sido realizados en Bir Tarfawi y en Bir Sahara.

<sup>7</sup> Hay en lo sucesivo dos técnicas de corte de los fragmentos: la técnica levalloisiense clásica y el desprendimiento de láminas alargadas. Entre esas dos técnicas existen numerosas formas de transición.



● 1. Valle de las reinas (fot. J. Devisse).

● 2. Puntas de jabalina, de sílex. Mirgissa, Sudán. Excavaciones de J. Vercoutter (fot. Misión arqueológica francesa en Sudán).

y un aspecto musteroide, así como herramientas diversas. Aunque esas industrias presentan elementos de semejanza con otras en Africa, conviene tener en cuenta otra industria típicamente egipcia y jamás señalada en otra parte. Se trata de la llamada «Yebel Suhan», bastante numerosa y singularizada por el uso de núcleos de corte Levallois, con planos de toque bipolares, retallados después por el uso, con rascador cóncavo en una de sus extremidades.

A propósito del hombre de esa época, hay que advertir el descubrimiento que yo hice en Silsileh de dos fragmentos de una bóveda craneal, que data probablemente de ese período<sup>8</sup>. Su estudio todavía inacabado ya ha revelado caracteres arcaicos, asociados a otros, más recientes; la continuación de los trabajos en ese lugar podrá proporcionar un nuevo enfoque sobre el origen discutido del hombre africano en el Paleolítico medio, muy poco conocido hasta ahora por los hallazgos aislados, encontrados en Cirenaica, Marruecos y Zambia.

## LATE STONE AGE

En Europa y en otras regiones de Africa, se observa en general que el paso de la edad precedente a ésta se efectúa por la ruptura bastante brusca y rápida en el plano tecnológico, y hasta a veces en el nivel humano. No ocurre lo mismo en el valle del Nilo. La dificultad de descubrir unas demarcaciones claras de período a período hace difíciles de individualizar las secuencias cronológicas. En el mismo lugar y a partir del período precedente, la evolución crea unas facies regionales nuevas, a veces paralelas, debidas a entornos locales. Al mismo tiempo parece que los cambios ecológicos modifican las relaciones entre los habitantes del valle y sus vecinos, que rompen antiguas solidaridades y hacen aparecer nuevas aproximaciones. El inventario de los tipos culturales actual y recientemente conocidos da la impresión de una gran dispersión. Se trata de una situación provisional, a la espera de que análisis más completos permitan despejar los rasgos sintéticos. Esas observaciones se refieren también al período siguiente: el del Epipaleolítico.

En Sudán, ese período acaba de ser estudiado en el sector septentrional, y revela dos industrias diferentes:

— El *Gemayense*, en la proximidad de Halfa, cuenta con fragmentos de escaso porcentaje Levallois y con puntas ligeramente retocadas, caracterizándose por rascadores laterales y distales, buriles y cortes denticulados (hacia - 15 000 y - 13 000).

— El *Sebiliense*, señalado en otros tiempos en Kom Ombo (Egipto), aparece ahora en Halfa (Sudán) en el estadio I. Sus fragmentos con truncamientos retocados provienen de núcleos discoides o Levallois (hacia - 13 000 a - 9000).

En la Nubia egipcia son conocidas dos industrias:

— El *Amadiense* descubierto por nosotros en Amada (misiones del Instituto Alemán, 1963) contiene un utillaje variado con predominio Levallois, asociado a rascadores raspados, a taladros, a piezas de técnicas kharguense, estudiadas en

<sup>8</sup> Informaciones facilitadas por M. P. Vandermeersh (laboratorio de paleontología humana, Facultad de Ciencias, Universidad de París), al que le fue confiado el estudio de esos documentos.



zonas más alejadas y al uso ocasional de retoques foliáceos, que hacen pensar en el Ateriense.

— El *Sebiliense* reconocido por nosotros en Sebúa (misión del I. F. A. O., 1964), en varios lugares, pertenece también a la fase I, mezclado con fragmentos simples o Levallois, con escasos rascadores y numerosos buriles. También existiría en Khor Daud.

— El *Ghizense* ha sido identificado cerca de El Cairo desde 1938; comprende piedras de corte Levallois, y sus fragmentos se aproximarían por algunas formas geometrizarantes al Khomusiense.

— El *Hawariense* (ex-Epilevalloisiense)<sup>9</sup>, industria microlítica, se extiende por lo menos desde Esna (Alto Egipto) hasta la punta del Delta y las regiones vecinas (Ouadi Tumilat). De corte Levallois como el Sebiliense (pero no posee formas geométricas), comprende estadios y facies diversos, aún en estudio. Se caracteriza también por el número de los núcleos que derivan probablemente del núcleo llamado «Yebel Suhan», ya evocado en la Middle Stone Age. Algunos de los núcleos quizás más recientes, y que producen simultáneamente fragmentos y láminas con superficies facetadas, forman transición con las láminas de superficies lisas, que predominan en la Late Stone Age y en el Epipaleolítico. Una influencia ateriense se percibiría en el Hawariense de Esna y de Tebas, por la presencia ocasional de estrías foliáceas y de piezas híbridas. Fragmentos pedunculados microlíticos, tipológicamente aterienses, por el contrario, se observan en el Hawariense de Abbassieh y de Yebel Ahmar, cerca de El Cairo. ¿Se deberían esas influencias a intrusiones de los pueblos del desierto en el Valle?

— El *Kharguiense*, más o menos contemporáneo del Hawariense y cuya existencia es puesta en duda por algunos prehistoriadores, se encuentra en el oasis de Kharga con un Levallois-Kharguiense, precediendo al Kharguiense puro. Esa industria de fragmentos Levallois con retoques abruptos, informes en apariencia, también existe en el oasis de Karkur, en Egipto, en Qara y en Tebas. Está asociada a otras industrias en Esna (Alto Egipto) y en Amada (en la Nubia egipcia).

## EPIPALEOLITICO

En el valle del Nilo, ese período se diferencia en general de la época precedente gracias al reemplazamiento de las técnicas de corte en fragmentos por la de láminas y laminillas microlíticas con superficies facetadas, salvo en el caso de persistencias, resurgimientos o imbricaciones.

Las investigaciones efectuadas al nordeste de Sudán y al sur de la Nubia egipcia han exhumado un complejo de industrias, que representa sin duda, a veces, las facies de una misma cultura.

<sup>9</sup> El Sebiliense en primer lugar parecía que caracterizaba, en todas partes, al conjunto de esa época. Las investigaciones han mostrado que sólo es característico de la región de Kom-Ombo. Desde entonces se ha distinguido un tipo diferente, y contemporáneo, que se había llamado Epilevalloisiense. La continuación de las discusiones entre especialistas ha llevado al autor de este artículo a rechazar la idea de caracterizar una cultura únicamente por sus técnicas y a creer que era preferible designarla por el nombre del lugar en el que en principio había sido descubierta: el Epilevalloisiense se convirtió así en el Hawariense.

— El *Halfiense*, de Halfa (Khor Kussa), sería identificable también al norte de Kom Ombo (Egipto). Señalaría una transición precoz entre el corte Levallois de la época precedente y el microlítico que utiliza el fragmento o la laminilla. La utilización del retoque llamado de Ouchtata sería una práctica de vanguardia que aparece tardíamente con el Iberomorusiense del Magreb. En el *Halfiense* se observa el uso sucesivo de fragmentos y pequeñas láminas con canto, de rascadores, buriles, cortes denticulados y piezas desconchadas (hacia — 18 000 a — 15.000).

— El *Ballaniense*, más reciente en Halfa y en Ballana, comprende microlitos truncados, otros con dorso ligeramente retocados, fragmentos truncados, rascadores, buriles, puntas y núcleos simples o con planos de toques opuestos (hacia — 14 000 a — 12 000).

— El *Qadiense*, que procede de Abka y de Toshké, en Nubia, y comprende un utillaje en principio de fragmentos microlíticos y después de láminas. Posee rascadores de dorso redondo, buriles, herramientas truncadas y puntas que degeneran más tarde. Las sepulturas ovales situadas en el interior o exterior de los domicilios están cubiertas por losas. Revelan una raza muy vecina de la del tipo Cromañón del Magreb (hacia — 12 000 a — 5000).

— El *Arkiniense*, en Egipto, reconocido en un solo yacimiento cerca de Halfa, es sobre todo una industria de fragmentos. Comprende rascadores distales, pequeñas láminas con dorso y con retoques de Ouchtata, semicírculos, piezas desconchadas y moletas (hacia — 7400).

— El *El-Kabiense*, cerca de El-Kab, ha sido identificado en tres capas de ocupaciones sucesivas. Una de ellas proporciona lo que parece ser una paleta rectangular, en hueso pulido (hacia — 5000).

— El *Shamakiense*, en la región de Halfa, posee núcleos multidireccionales y revela, en su última fase, un utillaje de forma geométrica asociada a piezas más toscas. Sería un desarrollo lateral del Capsiense del Magreb (hacia — 5000 a — 3270).

— El *Silsiliense*. En Egipto, hemos estudiado —y otros después de nosotros— el *Silsiliense* en la región de Silsileh, cerca de Kom Ombo. Comprende tres pisos: El *Silsiliense I* ofrece pequeñas láminas ligeramente retocadas, a veces con espiga, triángulos irregulares ocasionalmente con espiga, microburiles, escasos buriles y rascadores, y una industria del hueso. Los restos humanos se muestran cromañoides (hacia — 13 000). El *Silsiliense II*<sup>10</sup> comprende láminas y largas laminillas con retoques discontinuos, a veces con espiga, buriles y rascadores y una industria a base de hueso (hacia — 12 000). El *Silsiliense III*, todavía en estudio, revela una profusión de pequeñas láminas frecuentemente retocadas, piedras para calentarse y una choza redonda, la más antigua conocida hasta ahora en Egipto.

— El *Fakuriense* estudiado en la región de Esna parece un poco emparentado con el Iberomorusiense. Existiría también en otros lugares de Egipto (hacia

<sup>10</sup> Denominación de P. Smith (1966), en recuerdo del dios Sebek, personificado por el cocodrilo, divinidad de esa localidad. Habiendo excavado nosotros ese yacimiento, propusimos el nombre de *Silsiliense II*, por Djebel Silsileh, situado en esa misma región; eso es más conforme con las reglas habituales de las denominaciones que se apoyan en la toponimia.

— 13 000). Esa industria está caracterizada por finas laminillas retocadas, taladros y pequeñas flechas.

— El *Sebiliense*. Esa industria que conserva el corte Levallois se caracteriza por unos fragmentos con base rectificada y de formas geometrizadas. Industria meridional en Egipto, se encuentra sobre todo en el sector de Kom Ombo, en el de Silsileh y en el de Darau, más particularmente en el estadio II. Comprobado en Nubia, es mucho más escaso en el norte, resultando a veces atípico. Nuestros trabajos en Silsileh han proporcionado también un utillaje de hueso, muelas, moletas y restos humanos que proceden de nuestras excavaciones aún en estudio (hacia - 11 000). El ejemplo del Sebiliense es interesante de discutir. Las dataciones físico-químicas dan una cronología que contradice, a primera vista, las informaciones tecnológicas señaladas por esa cultura. El hecho es tanto más notable cuanto que el Sibiliense no está alejado, en el tiempo y en el espacio, del Fakuriense.

— El *Menchiense* (región de Silsileh) comprende un equipo lítico algo emparentado con el «Auriñaciense» de Levante y una industria de hueso, de pequeñas muelas, laminillas de bordes brillantes, objetos de adorno y restos humanos. Una relativa contemporaneidad con el Sebiliense II resulta de la analogía de algunas herramientas nuevas de tipo intermedio.

— El *Lakeitiense*, cultura reconocida por nosotros en el desierto oriental, se singulariza por sierras fuertemente denticuladas y acompañadas de pequeñas flechas pedunculadas.

— El *Heluaniense*, que hemos reconocido en los alrededores de Heluán (sur de El Cairo), comprende cuatro fases diferentes. La primera ofrece una profusión de láminas y laminillas, a veces ligeramente retocadas (Ouchtata). La segunda se distingue por microlitos, compuestos de triángulos escalenos e isósceles, segmentos de círculos normales y de triángulos. La tercera presenta segmentos de círculos. La última fase comporta segmentos de círculos con base rectilínea de un tipo nuevo.

— El *Natufiense*, industria de Palestina, habría realizado incursiones sucesivas en territorio egipcio. En Heluán ha sido reconocida una fase de esa industria caracterizada por piezas con dorso hecho con retoques cruzados. Al contrario, las puntas de flecha con base provista de muescas simétricas, primeramente atribuidas al Natufiense, habían sido localizadas desde 1876 en Heluán, donde yo mismo encontré algunas en 1936; más recientemente aún, en 1953, he descubierto otras en la parte norte del desierto oriental (hacia - 8000 - 7000). Después son conocidas en El-Khiam y en Jericó (Palestina), y los especialistas las denominan «puntas de El-Khiam». La hipótesis de las infiltraciones natufienses está, pues, por verificar de modo minucioso.

## NEOLITICO Y PREDINASTICO

Ese largo período que cubre, en conjunto, dos milenios (de - 5000 a - 3000 aproximadamente) es analizado aquí con detalle. Los aspectos *materiales* de cada una de las «culturas» u «horizontes culturales» que lo constituyen están descritos

con minuciosidad, formando así un repertorio indispensable a quien quiera apreciar en su contexto físico la lenta evolución que, de grupos humanos nómadas o seminómadas, conduce poco a poco a la constitución de sociedades, bien fuertemente centralizadas como en Egipto, bien en pequeños principados autónomos, como en el Sudán nilótico. La evolución histórica de esas sociedades neolíticas y predinásticas es estudiada en el capítulo 28 del presente volumen. Los dos estudios son, pues, complementarios. Y estudian los problemas bajo ángulos diferentes. Las notas a pie de página indicarán las llamadas indispensables que permitan al lector incluir una «cultura» determinada, descrita en el presente capítulo, en el esquema más general de la evolución histórica del conjunto de los «horizontes culturales» del capítulo 28.

Ese estadio nuevo marca una etapa decisiva de la historia de la Humanidad. El hombre del valle del Nilo, de nómada o seminómada, convertido en sedentario, crea los principales elementos de nuestro ciclo actual de civilización. El hábitat fijo determina el uso de la alfarería, la domesticación y cría de ganado, la agricultura y la multiplicidad de un utillaje que sirve para satisfacer necesidades crecientes.

— El *Khartumiense*<sup>11</sup>. Es quizás la cultura más antigua de ese período en Sudán<sup>12</sup>. Está localizada en más de una docena de localidades, en una vasta área de extensión: al este, desde Kassala, y al oeste, sobre 400 km. en pleno desierto, al norte hasta Dongola y al sur hacia Abu Hogar en el Nilo Blanco. Las informaciones obtenidas por las excavaciones de Jartum, en las que hemos participado, ofrecen las pruebas de un hábitat fijo: uso de cabañas, hechas con cañizos, utilización a gran escala de una alfarería evolucionada y empleo de la muela. Esa alfarería constituida por tazones se caracteriza por una decoración de líneas onduladas incisas («wavy lines») y por puntos impresos («dotted lines»). El abundante utillaje lítico, en cuarzo, claramente microlítico y geométrico, comprende tipos variados: semicírculos y segmentos de círculos, triángulos escalenos, rectángulos, trapecios, fragmentos desconchados y taladros. Los semicírculos y segmentos de círculo, retocados también en el corte, muestran semejanzas con el utillaje Wiltoniense y el Neolítico de Hyrax Hill, en Rhodesia. Los útiles tallados en riolita, roca dura, mayores que los de cuarzo, poseen fragmentos y láminas simples, algunos con extremidad retallada (rascadores), semicírculos voluminosos y escasos raspadores. Los arpones de hueso con bordes dentados, sobre todo unilaterales, caracterizan también al Khartumiense. Hay que añadir moletas de piedra con cúpula central, trituradores, percutores, discos con perforación central, muelas —pero más escasas—, contrapesos para redes, probablemente del mismo tipo que en Fayum, en El Omari (Egipto) y en el Sáhara nigeriano. Los objetos de adorno comprenden perlas discoides de huevo de avestruz y escasos colgantes; el ocre rojizo o amarillento es utilizado para la pintura corporal. Los muertos enterrados en su domicilio y colocados de costado, pertenecen a una raza negra, la más antigua de Africa. En vida sufrían una mutilación dentaria ritual, practicada antaño entre los Capsienses y los Iberomorusienses del Magreb y entre los

<sup>11</sup> Es el «Jartum antiguo» del capítulo 28, pág. 753. Preferimos conservar el nombre de «Jartumiense», en previsión de descubrimientos futuros que puedan descubrir fases más antiguas que éstas.

<sup>12</sup> Ver capítulo 28, págs. 752-754.

Neolíticos de Kenia. Esa práctica ha persistido durante mucho tiempo en Sudán y en otras partes de Africa. La fauna identificada comprende principalmente el búfalo, el antilope, el hipopótamo, el gato salvaje, el puerco espín, el ratón, el cocodrilo y una enorme cantidad de peces (hacia - 4000?).

— El *Shaheinabiense* aparece en yacimientos bastante numerosos, dispersos al sur de la 6.<sup>a</sup> Catarata. Las excavaciones en Shaheinab proporcionan los elementos de una cultura derivada sin duda del Khartumiense, y cuyos caracteres distintivos se basan en el uso de una alfarería especial, en la gubia y en el hacha pulimentada de hueso. La alfarería comprende tazones decorados a veces con «dotted lines», como en el Khartumiense; se individualiza, sin embargo, por el afinado de las superficies, el barniz rojo, la presencia de bordes negros y la decoración de triángulos incisos. El equipamiento lítico se enriquece además con tipos microlíticos, con hachas pulimentadas, gubias pulimentadas («planas») y cabezas de mazas planas o convexas.

Los arpones de hueso persisten, no obstante, aunque aparecen el anzuelo de nácar, las perlas de amazonita o de coralina y «labrets» todavía en uso en nuestros días. Se cazaban búfalos, antilopes, jirafas y facóqueros, y la cabra enana estaba domesticada. Ninguna señal de habitaciones ligeras, sino hogares profundos. El *Shaheinabiense*<sup>13</sup> acusa puntos comunes con una de las fases de Fayumiense de Egipto, por el empleo de las planas, las gubias, los arpones, las cabezas de maza, la amazonita y los hogares excavados. Se une con el Predinástico anterior de Egipto por la alfarería pulida y la de bordes negros del Alto Egipto. Puntos comunes con el oeste (Tibesti) los sugieren la amazonita, la gubia, la alfarería con incisiones, y con el noroeste la cabra enana. El yacimiento Kadero, actualmente en excavación, de edad más reciente, ha proporcionado sepulturas (hacia - 3500 a - 3000).

Excavaciones en curso (1976-1977) en Kadada (región de Shendi) proporcionan una tercera variante, probablemente más reciente, del *Shaheinabiense*, que comprende sepulturas asociadas al hábitat. Hachas de piedra pulida, de gran calibre, paletas de pintar de forma casi romboidal, discos agujereados de uso aún indeterminado, vasos caliciformes y sepulturas de niños en tinajas, parece que son sus signos distintivos.

— El *Abkiense*<sup>14</sup> del norte y sur de Sudán, por lo menos hasta Sai, sería contemporáneo sucesivamente del Khartumiense y del *Shaheinabiense*. Se prolongaría incluso más allá de esa edad, pasando por cuatro etapas: la etapa pobre en alfarería que deriva quizás del Kadiense; la que comprende un conjunto de cerámicas, con orificios incisos y superficie decorada con rasgos grabados en zig zags y de punteados rectangulares o redondos; la del utillaje lítico con taladros en fragmentos a veces múltiples, y con láminas simples o de bordes retocados; la que tiene una alfarería con bordes negros y con superficies rojas pulimentadas o estriadas que ofrece semejanzas con el *Shaheinabiense*, con el grupo A de Nubia y el Egipto predinástico (hacia - 3380 a - 2985).

— El *Post-Shamakiense*, encontrado solamente en dos yacimientos, contiene,

<sup>13</sup> A veces llamado «Neolítico del Jartum».

<sup>14</sup> Comparar con el *Abkiense* del capítulo 28, pág. 754.

como piezas características, micropuntas, laminillas de muescas, fragmentos laterales y planos, que sugieren contactos con Fayum y el oasis de Kharga (hacia - 3650 a - 3270).

La ausencia en la Nubia egipcia de las culturas antes citadas, o culturas cronológicamente correspondientes, se explicaría por una conjunción ecológica particular y por la escasez de los yacimientos, o más simplemente quizás por una exploración incompleta. Por el contrario, se detecta en la Nubia egipcia, excepto particularidades locales, una identidad bastante clara con las civilizaciones del Predinástico egipcio y hasta, según parece, con el Badariense.

— El *Negadiense I*<sup>15</sup> aparece, entre otros lugares, en Eneiba, Sebúa, Shellal, Khor Abu Daud (Nubia), único yacimiento actual de hábitat provisto de almacenes con provisiones.

— El *Negadiense II*<sup>16</sup> existe cerca de Abu Simbel, Khor Daud, Sebúa, Bahán y Ohemhit. A partir de la I dinastía, los contactos entre Nubia y Egipto se espacian. Las industrias nubias evolucionan *in situ*, conservando sus caracteres prehistóricos hasta el Nuevo Imperio, llevando los nombres sucesivos de Grupo A<sup>17</sup>, Grupo B y Grupo C nubios.

En Egipto, condiciones geográficas y físicas diferentes hacen evolucionar dos grupos culturales distintos que se han desarrollado paralelamente en territorio egipcio, al sur y al norte. Conservan esa independencia de culturas hasta la unificación de los dos países bajo la I dinastía. El uso del cobre desempeña un papel secundario, porque se inicia en el sur mucho antes que en el norte, debido a la proximidad de los pequeños yacimientos de ese mineral que bastarían para usos restringidos.

#### EL GRUPO CULTURAL DEL SUR (ALTO EGIPTO)

El grupo del sur se manifiesta en los comienzos como una civilización avanzada. Ha sido definido por el estudio de amplias y numerosas necrópolis y por restos poco importantes de aglomeraciones.

— El *Tasiense*, aún sumariamente analizado y hasta discutido por algunos prehistoriadores, existe en el Medio Egipto, en Taza, Badari, Mostagedda y Matmar. Estudiado en sepulturas y en pequeños vestigios de aldeas, se distingue por signos originales desconocidos en otras partes. La alfarería, la mayoría de las veces de tazones vaciados, más raramente rojos y de bordes negros, y a veces de superficie rugosa, se manifiesta por el ángulo pronunciado entre la parte superior, recta u oblicua, y la base estrechada. Los vasos caliciformes con adornos incisos y punteados ilustran otro tipo original, de carácter africano. El equipo lítico posee principalmente hachas pulimentadas de grandes proporciones, en calcárea silícica, rascadores, cuchillos, taladros, etc. Las paletas de pintar, sobre todo de alabastro y de forma rectangular, los anillos, brazaletes de marfil y conchas marinas

<sup>15</sup> Predinástico antiguo del capítulo 28, pág. 747.

<sup>16</sup> Predinástico medio del capítulo 28, pág. 748.

<sup>17</sup> Ver capítulo 28, págs. 755-756.

perforadas completan la serie de los objetos de adorno. Citemos también las cucharas y los anzuelos de hueso. Las costumbres funerarias revelan tumbas ovaladas o rectangulares provistas, en ocasiones, de nicho lateral conteniendo un cuerpo colocado de costado, con los miembros encogidos, la cabeza hacia el sur y el rostro vuelto hacia el oeste. Se les proveía de objetos de adorno, vasos y herramientas.

— El *Badariense*<sup>18</sup>, brillante civilización, sobre todo en el Medio Egipto, se encuentra en Badari, Mostagedda, Matmar y Hemamiéh. Una bellísima alfarería subraya su fisonomía original por sus vasos variados, de color rojo, oscuro, gris o rojo de bordes negros, con frecuencia recubiertos de arrugas finamente incisas, o acampanados.

Se observan escudillas, cubiletes de basalto y botes de marfil. Motivos vegetales incisos adornan ocasionalmente el interior. El utillaje de piedra posee armazones bifaciales con corte denticulado convexo, cabezas de flecha con base vaciada o en forma de hoja de laurel y otras herramientas de técnica laminar. De gran valor artístico son los cucharones, los peines, los brazaletes, los anzuelos y las estatuillas de hueso y marfil. Las figurillas femeninas y las de hipopótamos tienen una función ritual. El adorno cuenta con perlas de cuarzo en cobre fundido, conchas y paletas de pintar en esquisto, rectangulares con el extremo frecuentemente cóncavo. Se cultivan el trigo, la cebada y el lino; están domesticados el buey y el cordero; la gacela, el avestruz y la tortuga son cazados y consumidos. Las casas, simples cabañas ligeras, han desaparecido.

Los muertos, en posición encogida, reposaban en general de costado, con la cabeza hacia el sur y el rostro hacia el oeste, en fosas ovaladas o circulares, más raramente rectangulares, y poseían para el más allá los diversos elementos ya citados. Ramificaciones inconexas de esa cultura se detectan probablemente en el desierto oriental (O. Hammamat), en Armant (Alto Egipto), en la región de Adaimeh (Alto Egipto) y quizás hasta en Nubia.

— El *Negadiense I*<sup>19</sup>, localizado en Hemamiéh y en Mostagedda en posición estratigráfica, está subyacente en el Badariense, desde el Medio Egipto en Nubia y hasta en el desierto oriental (O. Hammamat). La alfarería con superficie lisa o pulimentada, de color rojo, oscuro o negro, se distingue de la del Badariense. Típica del Negadiense es la decoración, cuyos motivos no están ya incisos, pero sí pintados en blanco sobre vasos rojos; dibujan motivos lineales, con vegetales, frecuentemente de basalto con asas agujereadas, y terminan a menudo en un pie cónico. El utillaje de piedra en talla bifacial posee flechas de base cóncava, cuchillos en forma de rombo y de coma, y otros con extremo bifurcado en forma de U, hachas pulimentadas y utillaje laminar, mazas discoideas o cónicas. Las paletas de pintar, sobre todo en esquisto, primero en forma de rombo, se hacen después teriomorfas. Los objetos de hueso y marfil, de nueva inspiración, se adornan, lo mismo que peines y horquillas, con figuras animales o humanas. Para usos mágicos, a veces construyen también arpones. Las casas son refugios ligeros con empalizadas, como se ha reconocido en Mahasna.

<sup>18</sup> Predinástico primitivo, capítulo 28, pág. 746-747.

<sup>19</sup> Predinástico antiguo del capítulo 28, págs. 747-748, llamado a veces *Amratiense*.

Se advierte la progresión del uso del cobre. Las provisiones eran guardadas en unos depósitos excavados en la tierra, pero también en tinajas, en Mostagedda y en Deir-el-Medineh. Las costumbres funerarias revelan tumbas rectangulares con los muertos echados de costado y orientados con la cabeza hacia el sur y el rostro hacia el oeste, y se observan casos de inhumaciones múltiples o de cuerpos desmembrados (hacia 4000 a 3500).

— El *Negadiense II*<sup>20</sup>, estratigráficamente está sobre el Negadiense I, en Hemamiéh, Mostagedda y Armant. Es localizable desde la entrada de Fayum, en Gerzeh, hasta la Nubia egipcia meridional. La alfarería tradicional del Negadiense I se desarrolla estrechando los orificios y con rebordes pronunciados. La alfarería con adornos blancos es reemplazada por otra de color rosa con adornos de color marrón y motivos codificados y emblemáticos: espirales, barcas, vegetales, personajes con los brazos levantados... Son típicos también los vasos panzudos con asas onduladas, vasos que se convertirán después en tubulares y cuyas asas se perderán en la Protohistoria. Los vasos de piedras diversas, frecuentemente muy evolucionados, reproducen en general las formas de la alfarería rosa. Las herramientas de piedra, muy evolucionadas en general, contienen cuchillos bifidos con extremo en forma de V y otros con cortes opuestos cóncavo-convexos, de retoques muy regulares en una de sus caras previamente pulimentada. Los mangos se recubren en ocasiones con una hoja de oro o de marfil. Las cabezas de maza son piriformes. La industria del cobre más desarrollada produce puntas, horquillas y hachas. Las paletas, progresivamente esquematizadas, se hacen finalmente redondas o rectangulares. Estatuillas de hueso y de marfil se esquematizan también en extremo. Se perfeccionan las prácticas funerarias. Las paredes de las fosas ovaladas o rectangulares se revisten de madera, limo o adobe. En Adeimah, las recientes excavaciones efectuadas por mí (misión del I. F. A. O., 1974) han ofrecido fosas de un tipo nuevo, en forma de bañera, que datan de finales de esa civilización. La disposición de las ofrendas sigue ahora unas reglas constantes; se las deposita a veces en anexos laterales. Se observan incluso, a veces, cuerpos desmembrados, pero las tumbas múltiples desaparecen. Además, la orientación de los muertos no es ya constante. El hábitat consiste en cabañas redondas o semirredondas de arcilla, en refugios ligeros y en estructuras de tierra de forma rectangular (El Amrah) (hacia - 3500 a - 3100).

#### EL GRUPO CULTURAL DEL NORTE (BAJO EGIPTO)

El grupo cultural del norte es sensiblemente distinto al del sur, sobre todo por la extensión de las aglomeraciones, la alfarería monocroma y el uso momentáneo de inhumaciones en el propio hábitat.

— El *Fayumiense B*<sup>21</sup>, aun mal conocido, estudiado en el norte del lago de la región de Fayum, pertenecería a un Paleolítico final, o bien a un Neolítico

<sup>20</sup> Predinástico medio o Gerzense del capítulo 28, pág. 748.

<sup>21</sup> Ver *Neolítico-Fayum B*, del capítulo 28, pág. 742-743.



precerámico. Comprende pequeñas láminas sencillas y microlíticas con dorso retallado, arpones de hueso y moletas. Las investigaciones más recientes distinguen entre el Fayumiense B, el más antiguo, y el Fayumiense A, más próximo a nosotros, un estadio intermedio que nos proponemos llamar Fayumiense C y que comprendería gubias, puntas de flecha, bifaces pedunculadas y comparables a las del desierto occidental (Siwa, en Libia); por eso, se establecería una relación con el Sáhara, fechada en unos - 6500 a - 5190 aproximadamente.

— El *Fayumiense A*<sup>22</sup>, mucho mejor estudiado en sus lugares de hábitat, posee una cerámica de aspecto tosco, monocroma, alisada o pulimentada, roja, marrón o negra que comprende cubiletes, copas, cubetas rectangulares, vasos o jarrones con pie o provistas de protuberancias en los bordes, como en el Badariense. La industria de la piedra de una técnica avanzada y bifacial registra flechas de base cóncava o triangular, puntas, armazones de hoces colocadas en mangos de madera lijada, hachas pulidas y una cabeza de maza discoidal. De hueso, se encuentran alfileres, punzones y puntas de base pedunculares. Las paletas de pintar son toscas y están hechas de piedra calcárea y más raramente de diorita. Las conchas marinas y los fragmentos de huevos o de microlina (amazonita) servían de bolitas para enfilar collares. En los lugares de hábitat no ha sobrevivido huella alguna de refugios, sin duda muy ligeros, pero numerosos hogares excavados en el suelo son parecidos a los de Shaheinab, en Sudán.

Silos formados con canastas clavadas en la tierra y agrupadas en la proximidad del hábitat conservaban el trigo, la cebada, el lino y otros productos. El cerdo, la cabra, el buey, el hipopótamo y la tortuga servían de alimentos a esos pueblos. No existe huella alguna hasta ahora de cementerios, sin duda alejados. Esa cultura (hacia - 4441 a - 3860) podría ser contemporánea del Badariense.

— El *Merimdiense*<sup>23</sup> ocupa una gran aglomeración de más de dos hectáreas, al oeste del Delta. Las excavaciones, aún inacabadas y publicadas solamente en los breves informes preliminares, atestiguan tres capas sucesivas de desechos arqueológicos que muestran la evolución de una misma cultura en el transcurso de las edades, que es original, pero típica de la del norte. La alfarería monocroma, alisada, pulimentada o rugosa, cuenta con tipos variados, principalmente tazones, cubiletes, platos, cántaros, pero no ejemplares con orificios situados en el reborde. Las formas particulares son equívocas, como en el Badariense, tazones con protuberancia como en el Badariense y en el Fayumiense, jarrones con pie como en el Fayumiense. Esos jarrones se decoran a veces con punteados ahondados en el borde con líneas incisas verticales y con motivos en relieve, o también con un dibujo de hoja de palmera. Son escasos los vasos de basalto o de piedra verde dura terminados con un pie, del tipo Negadiense I. El utillaje de piedra bifacial evoca los mismos tipos que en el Fayum. Se observa una cabeza de maza piriforme o globular. Punzones, agujas, leznas, arpones, espátulas y anzuelos están tallados en hueso o en marfil. Los objetos de adorno consisten en horquillas para el cabello, brazaletes, anillos, conchas agujereadas y perlas de diversas materias. Señalemos dos paletas de pintar, una escuteliforme de esquisto y otra de

<sup>22</sup> Predinástico primitivo del capítulo 28, págs. 746-747.

<sup>23</sup> Ver capítulo 28, pág. 746-747.

granito, materiales importados del sur. Las habitaciones, al comienzo, son cabañas espaciadas, ligeras y ovaladas, sostenidas con estacas. Las suceden después otras más resistentes y menos espaciadas. Finalmente, hay casas ovaladas con muros de terrones de arcilla aglomerada que acusan incluso alineaciones de calles. Silos del tipo Fayum se unen a las cabañas, reemplazados más tarde por tinajas clavadas en el suelo. Los muertos, sin duda no todos, eran inhumados en fosas ovaladas, sin mobiliario, entre las habitaciones, y vueltos, según parece, hacia sus casas. El perro, la cabra, el cordero y el cerdo estaban domesticados. Se cazaba principalmente el hipopótamo, el cocodrilo y la tortuga, practicándose también la pesca. Esa cultura, desarrollada entre -4180 y -3580, podría ser contemporánea del Fayumiense y prolongarse al comienzo del Negadiense I.

— El *Omariente A*<sup>24</sup>, otra cultura del grupo del norte, ha sido descubierta cerca de Heluán, entre los restos de una gran aglomeración que tiene más de un kilómetro de longitud, a la entrada del Ouadí Hof. Una dependencia de esa aldea prehistórica se levanta en una meseta, encima de un acantilado abrupto, ejemplo único en Egipto. Las excavaciones, efectuadas por nosotros y todavía sin acabar, han proporcionado los elementos de una nueva civilización diferente de la del sur, como en Merimé y en Fayum. La cerámica, de bella calidad y con un estilo más evolucionado que la de esos dos yacimientos, aunque monocroma, posee tipos muy diferentes. Entre las 17 formas de vasos, alisados o pulimentados, rojos, marrones o negros, hay unos con orificios estrechos; otros ovoides, cubiletes; otros cilíndricos, barreños anchos o cónicas, tinajas. Sólo los vasos con protuberancias se parecen a los de Merimé y a los de Fayum. Se usaban escasos vasos de calcita o de basalto. La industria del sílex bifacial no difiere en general de las de los yacimientos precedentes. Pero la industria laminar ofrece caracteres particulares, nuevos en Egipto. Son cuchillos con dorso arqueado, vuelto hacia la punta y provistos en la base de un manguito formado por una doble muesca, quizá supervivencia del «Natufiense» que permaneció durante la época precedente en la misma región; se pueden citar también lastres de redes de un tipo encontrado en el Khartumiense, en el Fayumiense y en el Sahariano nigeriano, donde existe también una abundante industria de fragmentos. La industria del hueso de buena calidad representa los tipos clásicos. Sin embargo, el anzuelo es de cuerno. Los objetos de adorno más numerosos comprenden conchas de gasterópodos del mar Rojo, perlas talladas en huevos de avestruz, en hueso, en piedra y en las vértebras del pescado. Las numulitas fósiles, agujereadas, servían de colgantes. La galena y la resina eran importadas. En cuanto a las paletas para machacar el ocre, son toscas y están hechas de calcárea y cuarcita. La fauna comprende bóvidos, cabras, antílopes, cerdos, hipopótamos, cánidos, avestruces, caracoles, tortugas y numerosos peces. Allí se cultivaba el trigo, la cebada y el lino. La vegetación comprendía principalmente el sicomoro, el datilero, el tamariz y el esparto. Las habitaciones representaban dos tipos: unas, con los techos sostenidos por estacas, eran de forma ovoide; las otras, parcialmente excavadas en la tierra, de plano redondo, se distinguían de los silos de semillas dispuestos casi en todas partes por su mayor dimensión. Los muertos inhumados en la propia aldea, y de modo más concentra-

<sup>24</sup> Ver capítulo 28, pág. 748.

do que en Merimdé, están dispuestos en general según una orientación constante, todos en una vasija de tierra, con la cabeza hacia el sur y el rostro hacia el oeste. Uno de esos muertos, probablemente un jefe, tenía un cetro de madera (el cetro «Amés») de una forma conocida en el norte del país en la época faraónica (hacia - 3300?).

— El *Omariense B*<sup>25</sup> se anuncia y se desarrolla al comienzo del Negadiense I. Fue identificado por mí al este del yacimiento precedente y se separa de él por diferencias en las prácticas funerarias y en la industria. Así, el cementerio claramente distinto de la aglomeración comprendía sepulturas recubiertas por un montón de piedras. Ninguna regla constante preside en la orientación de los cuerpos. En cuanto a la aglomeración, mucho menos extensa que la del Omariense A, todavía no hemos terminado las investigaciones allí. Aunque la cerámica posee puntos comunes, el utillaje lítico es claramente diferente. Su técnica laminar, se compone de pequeños cuchillos, rascadores de pequeñas dimensiones, planos y redondos y con pequeños cortes. En espera de reemprender nuestros trabajos, es difícil poder datar el yacimiento con relación al del Omariense A.

— El *Meadiense*<sup>26</sup> ha sido encontrado, por excavaciones todavía incompletas, en una gran aglomeración próxima a las dos necrópolis en Meadi, cerca de El Cairo, y por las realizadas por mí en una tercera necrópolis descubierta en Heliópolis (barrio de El Cairo). Muy original en su cultura, no sucede directa ni cronológicamente a la del Omariense y representa un segundo conjunto cultural del grupo del norte. Su cerámica monocroma, menos fina que la del El-Omari, sobre todo alisada y de color negro o marrón, es raramente roja o cubierta de un barniz blanco. Los modelos más frecuentes son vasos ovoides y alargados con reborde pronunciado. Se observan también pequeños vasos globulares de cuello frecuentemente adornado con punteados grabados. Más típicos son los vasos de base formada por un rodete circular («base-ring») que recuerdan a los vasos de basalto de ese tipo, presentes también, por otro lado. Muy probablemente importados del sur parece que son los vasos con adornos marrones del Negadiense II. Allí se descubren igualmente vasos panzudos con asas onduladas que existen en el Negadiense II y en Palestina. Esos vasos señalan la continuación de los contactos culturales y crónicos entre el Nilo y Palestina. Asimismo los vasos de basalto tubular son comparables a los del Alto Egipto de la época Negadiense I. Una numerosa y bella industria lítica laminar se manifiesta con profusión, retallada en herramientas típicas de esa cultura meadiense. Más escasos y también quizás importados del Negadiense I son los cuchillos ahorquillados en forma de U. Se observa la pobreza de los objetos de adorno. Sin embargo, las pocas paletas de esquisto en forma de rombos vienen asimismo del Negadiense I. Las demás son de cuarcita o de simples piedras planas de sílex.

Como hecho importante, la cultura meadiense nos proporciona, por vez primera en las culturas predinásticas del norte del país, la utilización del cobre, y eso a una escala bastante importante. El Fayumiense, el Merimdiense y el

<sup>25</sup> Quizás a colocar en el Predinástico reciente (llamado también *Gerzense reciente*), del capítulo 28, págs. 749-750, pero la datación parece aún incierta.

<sup>26</sup> Pertenece quizás, al menos en parte, al *Predinástico* o *Gerzense reciente* (cf. cap. 28, pág. 748), pero podría también ser contemporáneo del *Predinástico medio* o *Gerzense* (cf. cap. 28, págs. 749-750).

Omariense no tenían conocimiento alguno de él, mientras que en el Alto Egipto ya lo usaban en épocas mucho más remotas. Desde el Badariense, y sobre todo a partir del Negadiense, los habitantes del valle explotaban los pequeños yacimientos vecinos al sur del desierto oriental. En efecto, se han encontrado cinceles, horquillas, taladros, anzuelos y hachás de cobre. Al mismo tiempo, parece que allí hubo una especie de aflujo de mineral. Ese metal, en Meadi, comenzaba a adquirir una importancia notoria. Nosotros atribuimos ese estado de cosas al contacto en ese momento de los Madienses con los yacimientos minerales del Sinaí. Esos contactos se confirman además por varios puntos comunes con el este. Aparte de la alfarería presente también en Palestina, y ya citada, se trata de ciertas herramientas de sílex o manganeso. La fauna consiste en bóvidos, cabras, corderos, cerdos, hipopótamos, tortugas y peces. Los recursos vegetales son el trigo, la cebada, el ricino y el esparto.

En la aglomeración se ha encontrado un gran número de estacas clavadas en el suelo, que han permitido probar la existencia de cabañas ovaladas, y señales de refugios elementales. Igualmente se han descubierto chozas más evolucionadas, rectangulares, construidas con adobe, como en Mahasna, y otras subterráneas, a las que se accedía por unos escalones. Tinajas, hundidas en la tierra, servían de silos para semillas, y las excavaciones circulares eran almacenes para provisiones que ocultaban frecuentemente vasos, como en el Negadiense. Los cementerios separados de las aldeas contenían tumbas redondas u ovaladas, jamás rectangulares, preservando a los cuerpos encogidos y de costado, orientados las más de las veces con la cabeza hacia el sur y el rostro hacia el este, frecuentemente provistos de vasos. También se enterraban en el cementerio gacelas, sin duda animales sagrados, acompañadas a menudo de numerosos vasos. En la necrópolis de Heliópolis, en el límite del cementerio, he descubierto una fila de perros orientados en todas las direcciones y desprovistos de objetos funerarios, destinados probablemente a la misión de guardianes, como cuando vivían.

Esa cultura no ha sucedido inmediatamente al Omariense; apareció al final del Negadiense I y ha proseguido su desarrollo hasta el final del Negadiense II del Alto Egipto.

## LA PIEDRA TODAVIA UTILIZADA EN LA EPOCA FARAONICA

Tras haber descrito las corrientes que se repartieron Egipto en la época predinástica, conviene ahora resumir sus características, intentando explicar las causas de sus divergencias y después, finalmente, su reencuentro en la época faraónica.

Cuando, en el transcurso de la larga historia de los faraones, se hacen alusiones a los dos Egiptos del norte y del sur, unificados por el legendario Menes, fundador de la primera dinastía, tales alusiones se basan en hechos comprobados, que se remontan a un remotísimo pasado prehistórico.

Las excavaciones recientemente realizadas —acabamos de verlo— afirman la veracidad de esa tradición y el hecho de que ese dualismo regional entre el norte y

el sur del país prevalecía ya en el período llamado «neolítico». Semejantes distinciones no eran sólo geográficas, sino que afectaban a diversos dominios de la existencia del hombre, hasta el punto de motivar dos grandes grupos culturales específicos, obteniendo sus fuentes en condiciones topográficas y ecológicas diferentes. El grupo del sur surge a lo largo del estrecho pasillo nilótico, encajonado entre dos acantilados áridos. El del norte se esboza en el vasto abanico del fértil delta con horizontes sin fin.

El grupo del norte reveló varias culturas, parecidas en grandes líneas pero diversificadas en los detalles, y que son más o menos sucesivas cronológicamente. El del sur acusa, en un fondo común, divergencias mucho más pronunciadas que en las culturas del norte. Tales distinciones se oponen en los caracteres de esos dos conjuntos que más tarde constituirán el Gran Egipto.

Así, desde los comienzos, se observa un desarrollo urbano notorio en el país del norte. En Fayum, son pequeños caseríos bastante vecinos unos de otros. En Merimdé, una auténtica aldea de casi dos hectáreas, que comprende alineaciones de casas. El-Omari se extiende sobre más de un kilómetro, y Meadi sobre kilómetro y medio. En el sur, en cambio, dada la exigüidad aparente de los yacimientos, muy pocos vestigios urbanos han sobrevivido hasta ahora.

En cuanto a otras manifestaciones que afectan a la vida del hombre y de sus realizaciones en Egipto, en esa época, la alfarería del norte, ya sea marrón, negra o roja y a pesar de la evolución de las formas, conserva una monocromía inmutable y caracterizada por la ausencia prácticamente total de adornos. En cambio, en el sur, la multiplicidad de las formas y la muy pujante decoración siguen siendo signos distintivos, con la presencia de los famosos vasos de bordes negros.

Aunque la cerámica, en el norte, parece acusar cierta inferioridad, no ocurre lo mismo con la industria del sílex, que revela un perfeccionamiento extraordinario en su elaboración. Sin embargo, el acabado de la talla en ciertas piezas del Sur alcanza un nivel elevado.

En el terreno del arte puro, el norte muestra una indigencia absoluta, contrastando con el gran desarrollo obtenido en el sur, donde el arte se manifiesta desde el Badariense con admirables figurillas de hueso, marfil o tierra cocida y por objetos usuales, como peines, cucharas y colgantes, así como las bellas paletas de tritular los colores y los amuletos tallados en esquisto verde.

Se producen así las grandes divergencias, en dominios variados, entre las dos partes de Egipto. Se comprueba que, si el norte presenta un desarrollo superior, desde el punto de vista urbano o económico, el sur ha adquirido un nivel artístico muy avanzado, anunciando el de los faraones. Y la unificación de esas dos culturas complementarias será responsable, sin duda, de la grandeza del Egipto faraónico.

Pero, la llegada de la época histórica, con la introducción de la escritura y la unificación de Egipto bajo un solo rey y el desarrollo del uso de los metales, no ha modificado, sin embargo, ciertos aspectos del modo de vida de los habitantes del valle. Eso concierne principalmente a la persistencia del uso del sílex, extraordinariamente eficaz y abundante en el país, que perdura a lo largo de toda la época faraónica.

Hay que destacar el mayor dominio en la talla del sílex, que alcanza incluso su apogeo en las primeras dinastías. Así lo testimonian los magníficos cuchillos, llamados de «sacrificio», y las tumbas reales de Abidos en el Alto Egipto, de Saqqarah o de Heluán, cerca de El Cairo, que asombran por la perfección de la hechura y su dimensión extraordinaria. Los restos de hábitats de esa época proporcionaron igualmente todo un utillaje doméstico en sílex con muy escasos objetos de cobre en Hierakónpolis y el-Kab, en el Alto Egipto, y en el Ouadi Hammamat, en el desierto oriental.

En los vestigios del Medio Imperio, y de la antigua Tebas, en Karnak, recientemente descubiertos, hemos hallado un abundantísimo utillaje en sílex. No se diferencia nada, en cuanto a la técnica de fabricación y la diversidad de las herramientas, del que estaba en uso durante el Paleolítico superior y el Epipaleolítico. En ellos se observan incluso numerosos buriles y microlitos.

Por otra parte, las explotaciones emprendidas por mí desde 1971 en la montaña tebana, en Luxor, revelaron que en los 200 talleres de talla de sílex, más de la mitad no databan de la Prehistoria, sino del Nuevo Imperio. Y suministraban abundantemente a la capital un utillaje hecho según una técnica más basta que la del Medio Imperio, y que estaba formada casi exclusivamente por láminas de cuchillos y de armazones de hoces. Estas persistían todavía durante la Epoca Baja.

El sílex en la época de los faraones no estuvo reservado solamente para las herramientas de uso doméstico. Medias lunas de sílex servirán para perforar brazaletes de esquistos en el Ouadi Hammamat, y objetos de adorno, utilizados desde la Protohistoria hasta el final de la época arcaica. Al final de la tercera dinastía se las empleó para cortar en un momento determinado los bloques de piedra de la pirámide de escalones del faraón Djéser en Saqqarah. Los vasos de piedra blanda han sido vaciados con ayuda de esos mismos instrumentos hasta el Antiguo Imperio, en los talleres de Fayum, en la proximidad de los yacimientos de calcita.

Desde las primeras dinastías hasta el final del Nuevo Imperio, las flechas de los guerreros egipcios estaban armadas con puntas cortantes de sílex. Señalemos que las del faraón Tut-Ank-Ammon (XVIII dinastía) eran de pasta de vidrio, material de lujo tan eficaz como el sílex.

El Egipto faraónico utilizó también rocas menos frágiles que el sílex para la fabricación de herramientas de uso preciso. Los picos y mazos para los trabajos en las minas o canteras, provistos de un cuello para ponerles mangos, eran de piedras duras durante el Antiguo Imperio. Los hipogeos funerarios del Antiguo Imperio en Gizeh (cerca de El Cairo), los del Medio Imperio en el Medio Egipto, y los del Nuevo Imperio en la montaña tebana han sido tallados y acabados con esos rudos instrumentos de piedra.

En lo que concierne a la Nubia egipcia y a una parte de la Nubia sudanesa, actualmente sumergidas, las investigaciones arqueológicas han sido insuficientemente realizadas durante las operaciones de salvamento. Eso nos priva en lo sucesivo de numerosas y estimables informaciones sobre el pasado de esas regiones, entre otras sobre la persistencia de la utilización de la piedra en las épocas históricas.

Sin embargo, el material arqueológico encontrado en una aldea del Grupo C nubienso (Medio Imperio), en es-Sebua, nos ha permitido identificar un conjunto de láminas, laminillas y armazones de hoces en sílex. Estas últimas, importadas sin duda de Egipto, son similares en todos los detalles a las que datan de la misma época y que se han descubierto recientemente en Karnak, como he mencionado con anterioridad.

Por otra parte, en Amada, otra aldea del grupo C, también en la Nubia egipcia, excavada en otra ocasión por mi equipo, se encontraron pobres vestigios suplementarios que se refieren a la supervivencia de la edad de piedra durante la edad de los metales. Como en es-Sebua, láminas, laminillas y armazones de hoces en sílex provenían de Egipto. Pero, además, en el yacimiento de Amada hemos descubierto, junto a esa industria lítica importada, minúsculas puntas de flecha transversales en ágata y coralina, así como hachas pulimentadas en piedras duras de procedencia local.

En cuanto a la Nubia sudanesa, las excavaciones realizadas en la fortaleza egipcia de Mirgisa han proporcionado armas, como era de esperar. Entre estas últimas, que datan de la XVIII dinastía, las flechas eran del tipo clásico, es decir, de punta cortante en piedra del tipo descrito anteriormente. Pero —hecho nuevo— las cabezas de las lanzas no eran de metal, como en el Egipto faraónico en esa época, sino de sílex, y hechas según una talla bifacial perfecta, similar a la que estaba en uso en el período neolítico. El resurgir de ese procedimiento tenía por fin reproducir lo más perfectamente posible las cabezas de lanza de metal. La dificultad de obtener el metal motivó, sin duda, ese retorno a una técnica de fabricación olvidada después de milenios.

## CONCLUSION

Tras haber bosquejado ese panorama sumario de la historia de los primeros hombres que habitaron el valle del Nilo, conviene ahora hacer un balance: reunir los hechos realmente adquiridos y subrayar las importantes y numerosas lagunas.

Para los períodos más remotos, descubrimientos muy recientes permiten afirmar la presencia del hombre más primitivo conocido, el Oldowayense, no sólo en el Africa del sur y del este, sino también en la parte septentrional del valle del Nilo. Lo conocemos por un abundante utillaje de piedra. Pero convendría proseguir las investigaciones para completar la documentación osteológica, representada hasta ahora por un solo diente humano. Exploraciones similares referentes a esa época deberían emprenderse en la parte sudanesa, que es un punto de unión con Etiopía, casi únicamente en la región de Ouadi Halfa. La de Tebas ha proporcionado datos sobre una de las fases más antiguas. Pero son numerosas las cuestiones a dilucidar todavía, entre otras en lo que concierne a las «razas» humanas durante ese período.

En cuanto a la Middle Stone Age, muchos testimonios líticos figuran a lo largo de todo el valle del Nilo. Siempre se han conseguido progresos en la región de Ouadi Halfa, que permiten comprender mejor la morfología del utillaje en ese sector solamente. Las fructíferas cosechas efectuadas en la montaña tebana están

aún en estudio, y permitirán comparaciones provechosas con las del sur. Los fragmentos de un occipital siguen siendo los únicos restos humanos descubiertos hasta ahora. En el desierto libio, al noroeste de Ouadi Halfa, se ha encontrado un utillaje lítico por vez primera asociado a una fauna. Para ese período quedan aún vastas regiones sudanesas por estudiar.

El Ateriense, casi contemporáneo, ha sido últimamente observado también en el desierto, al noroeste de Abu Simbel. Asociada a una fauna, esa industria originaria del noroeste africano se ha prolongado muy tardíamente en esas regiones. Sería interesante juzgar en qué medida tendría una edad parecida a otras descubiertas en Egipto y si ha podido influenciar a industrias típicamente egipcias.

En cuanto a la Late Stone Age y al Epipaleolítico, los hallazgos realizados solamente en sectores bien delimitados, han proporcionado numerosos hechos desconocidos hasta ahora. Pero a falta de estratigrafía, quizás se ha abusado demasiado de denominaciones nuevas, apoyadas por exámenes estadísticos y análisis físico-químicos sumarios.

Se han realizado progresos innegables a propósito del Neolítico (denominación que no tiene significación precisa en Egipto) y del Predinástico, a lo largo del valle del Nilo.

Así, en Egipto, los yacimientos del grupo cultural del sur han proporcionado una copiosa documentación extraída sobre todo de las necrópolis. Investigaciones a mayor escala deberían realizarse en las aglomeraciones, las cuales proporcionarían un informe más completo sobre el hábitat, la alfarería de uso corriente y el utillaje lítico.

A causa de las grandes superficies que ocupan, los yacimientos del norte de Egipto no han sido exhaustivamente excavados y, por consiguiente, sólo los conocemos por informaciones parciales. A pesar de eso, nos han facilitado datos mucho más completos que los yacimientos contemporáneos del sur, dotados de culturas diferentes; y eso gracias a investigaciones realizadas tanto en los hábitats como en las necrópolis. Convendría, pues, que las investigaciones, interrumpidas desde hace algunos años en esa región del norte de Egipto por razones diversas, puedan reemprenderse con vistas a completar nuestra documentación.

En lo que se refiere a la Nubia sudanesa, varias civilizaciones específicas pertenecientes a esas épocas han sido estudiadas con esmero. Entre ellas, el Khartumiense y el Shaheinabiense aparecen hasta ahora como los más representativos. Pero un vasto campo de acción está aún por estudiar, puesto que decenas de instalaciones descubiertas parece que se remontan a esas culturas o a fases diferentes, a la espera de los trabajos de excavación.

La finalidad de esa investigación es contribuir a ajustar los eslabones de la historia africana antes del período faraónico.



## Capítulo 26

# EL ARTE PREHISTORICO AFRICANO

J. KI-ZERBO

Desde que el hombre aparece, existen herramientas, pero también una producción artística. *Homo faber, homo artifex*. Eso es cierto en la prehistoria africana.

Desde hace milenios, las reliquias prehistóricas de ese continente están sometidas a degradaciones debido a los hombres y a los elementos. Los hombres, desde la Prehistoria, han perpetrado a veces destrucciones con una finalidad de mágica iconoclastia. Las colonias civiles o militares, los turistas, los buscadores de petróleo y los propios autóctonos se entregan siempre a depredaciones y «saqueos descarados» de los que habla L. Balout en el prólogo del folleto de presentación de la exposición «El Sáhara ante el desierto»<sup>1</sup>.

En general, el arte prehistórico africano enriquece al Africa de las altas mesetas y de los macizos, mientras que el Africa de las altas cadenas, de las hondonadas y de las cuencas fluviales y forestales de la zona ecuatorial es incomparablemente menos rica en ese aspecto.

En los sectores privilegiados, los yacimientos están localizados principalmente en el nivel de los acantilados que forman los rebordes de las tierras altas, sobre todo cuando dominan las vaguadas de ríos actuales o fósiles. El Africa sahariana y la austral constituyen los dos centros principales. Entre el Atlas y el bosque tropical, de una parte, y el mar Rojo y el Atlántico, de otra, centenares de yacimientos que han sido localizados encierran decenas o quizás centenares de millares de grabados y pinturas. Algunas de esas moradas son hoy día mundialmente conocidas gracias a los trabajos de los prehistoriadores franceses, italianos, anglosajones y, cada vez más, africanos: en Argelia, en el Sudán oranes, en el Tassili-n'Ajjer (Jabbaren, Sefar, Tissukai, Yanet, etc.), al sur de Marruecos, en

<sup>1</sup> H. Lhote habla de militares franceses que en 1954, en Argelia, habían cubierto con una capa de pintura al óleo el magnífico panel de elefantes de Hadra. Mahisserat para fotografiarlos mejor. Otros habían ametrallado la pared próxima al importante grabado del escorpión, en Garet y Taleb. En Beni Unif, las crestas adornadas con grabados habían sido desmanteladas para construir casas, etc. Cf. H. Lhote, 1976. Pero algunos especialistas incluso no están libres de todo reproche. Numerosas piezas fueron trasladadas a Viena por Emil Holub a finales del siglo XIX.

Fezzan (Libia), en el Air y el Teneré (Níger), en el Tibesti (Chad), en Nubia, en el macizo abisinio, en el Dhar Tichitt (Mauritania), en Mosamedes (Angola). El segundo epicentro importante está situado en el cono meridional de Africa, entre el océano Indico y el Atlántico, tanto en Lesotho como en Botswana, Malawi, Ngwane, Namibia y República Sudafricana, singularmente en las regiones de Orange, Vaal y Transvaal, etc. Allí las pinturas están bajo refugios rocosos, y los grabados a cielo abierto. Las cuevas, como la de Congo (El Cabo), resultan excepcionales. Son escasos los países en que vestigios estéticos, a veces no prehistóricos —es cierto—, no han sido descubiertos. La prospección dista mucho de haberse acabado.

¿Por qué esa floración en desiertos y estepas? En primer lugar, porque en esa época no existían tales desiertos ni estepas. Después, el hecho de que se hayan convertido en lo que son los ha transformado en conservatorios naturales, gracias a la sequía misma del aire, puesto que se han descubierto, en el Sáhara por ejemplo, objetos que han permanecido *in situ* desde hace milenios. Y ¿por qué en las orillas de los valles, atravesando los macizos? Por razones de hábitat, de defensa y de aprovisionamiento de agua y de caza. Por ejemplo, en el Tissili arenisco moldeado en torno al núcleo cristalino de los montes del Hoggar y que domina el sur por un acantilado de 500 metros, las alternancias de frío y calor, sensibles sobre todo al ras del suelo y combinadas con la acción de las corrientes de agua, han vaciado la base de las rocas en tejadillos y refugios grandiosos que dominaban las vaguadas de los ríos. Uno de los ejemplos más llamativos es el refugio bajo roca de Tin Tazarift. Por otro lado, las rocas areniscas han sido cinceladas y perforadas por la erosión eólica en galerías naturales rápidamente explotadas por el hombre. Tal es el marco de vida trazado con tanta fidelidad y vigor por las obras maestras del arte parietal africano.

## CRONOLOGIA Y EVOLUCION

### METODOS... Y DIFICULTADES DE DATACION

El método estratigráfico unido a la roca *in situ* se muestra aquí con frecuencia poco útil, porque el clima húmedo durante los largos períodos de la prehistoria ha entrañado un lavado profundo de las capas que recubren los niveles de los refugios. Sin embargo, en el Africa del Sur, se encuentran a veces grabados debajo de las pinturas. Los restos de las materias orgánicas (pinturas) caídos de las paredes en una capa no estudiada pueden ofrecer indicios. Pero la nivelación y «terraplenamiento» de esas capas, a veces intencionales, embrollan la datación, incluso relativa, que se podría esperar conseguir de ellas.

Entonces se recurre a veces a la pátina de los cuadros y de la roca soporte, estudiando sus modificaciones cromáticas comparadas. Ese método es acertado porque, unido al objeto mismo, descubre que las pátinas más claras y diferentes de la roca madre son las más recientes. En efecto, la formación de la pátina se opera lentamente sobre todas las rocas, incluidas las areniscas blancas. Es ese un proceso análogo a la lateritización, por la que los óxidos y los carbonatos infiltrados en forma líquida por la lluvia o la humedad salen a la superficie por

capilaridad y, gracias a la evaporación, forman una costra sólida más o menos oscura según la antigüedad. Por tanto, así se tendría, con referencia a la roca *in situ*, una base teórica de cronología relativa. Pero los obstáculos abundan: todo depende de la naturaleza de la roca y de su exposición al sol o en refugio, al viento o al resguardo de él, etc. Semejante cronología es, pues, doble o triplemente relativa<sup>2</sup>.

A veces se hace referencia también a los animales representados para juzgar la antigüedad de los cuadros, puesto que todas las especies no han vivido en los mismos grandes períodos. El búbalo, por ejemplo, es una especie muy antigua desaparecida, conocida solamente por sus osamentas fósiles. Pero ¿no prueban esas bestias que han sido reproducidas como recuerdos de un período anterior? Los estilos no constituyen tampoco, como veremos, una prueba exacta ni mucho menos. Ciertamente al comienzo la observación parece que la ha legitimado; de ahí ha surgido un afán seminaturalista característico. Por otro lado, los grabados de búbalos del Sáhara son, en general, anteriores a las pinturas. Los objetos subyacentes que tienen el mismo tipo de adornos que las pinturas son, en principio, contemporáneos de éstas. Pero no existe aquí ninguna regla general. Otro procedimiento interviene también a veces: es la datación relativa a partir de las correcciones, los rasgos que se borran de otros rasgos y que son más recientes que estos últimos. Mas, de un lado, las sobrecargas no existen en todas partes y, además, el deterioro de las rocas y la alteración de los pigmentos hacen con frecuencia su interpretación arriesgada y contradictoria<sup>3</sup>.

Queda evidentemente el método del C14 que es ideal, pero cuya aplicación resulta muy rara por las razones indicadas anteriormente. También se imponen numerosas precauciones: ¿No han estado los restos de pintura en contacto con materias orgánicas recientes? ¿El fragmento de carbón no proviene de un incendio provocado por un rayo? Sin embargo, las fechas de este tipo se multiplican poco a poco. En Meniet (Muydir), por ejemplo, en el Sáhara central, un carbón recogido en una capa profunda ha dado la fecha de 5410 + 300 BP.

La política también puede mezclarse con la cronología. Así es como los observadores boers aceptan de mal grado la larguísima civilización artística de los autóctonos africanos. Por tanto, tienden a recortar su desarrollo por interpenetración o por aplicación mecánica de los métodos de evaluación utilizados para la pintura rupestre europea. En esas condiciones, las representaciones del Drakensberg están situadas por ellos después del siglo XVII, es decir, mucho tiempo después de la llegada de los bantúes. Ahora bien, sin tener en cuenta que algunas galerías del arte sudafricano describen animales que datan de hace mucho más tiempo en esas regiones, ¿es probable que los san hayan esperado los conflictos con los bantúes para crear un arte que postula, por el contrario, un mínimo de

<sup>2</sup> La deformación del perfil del rasgo, que en los grabados, bajo el efecto de procesos físico-químicos, evoluciona desde la V al dibujo vaciado y excavado, no ofrece más que indicaciones muy vagas sobre la edad del cuadro.

<sup>3</sup> J. D. Lajoux ha aplicado los procedimientos técnicos más recientes de la fotografía a las pinturas de Inahuanrhat (Tassili). Los personajes en rojo que parecían sobreañadidos a una mujer enmascarada de verde oscuro no lo son completamente. La práctica de repintar los rupestres australianos (*wondjina*), con miras a revigorizarlos, es corriente: los autóctonos la acompañan con recitales míticos para invocar la lluvia. L. Frobenius lo había observado también por parte de jóvenes senegaleses.

estabilidad para su invención? Por eso hay que examinar el problema de los periodos.

## PERIODOS

Si se quiere clasificar los hallazgos del arte prehistórico en secuencias temporales inteligibles, el primer estudio debe ser geológico y ecológico, puesto que además es el medio, más duro de lo que es hoy para unos pueblos entonces más desprovistos técnicamente, el que planteaba e imponía el marco general de existencia. El biotopo en particular condicionaba la vida de las especies representadas, incluido el hombre mismo, sus técnicas y sus estilos. Aunque es verdad que, según la expresión de J. Ruffie, «el hombre en su origen ha sido un animal tropical» africano; las condiciones boreales templadas después de las grandes glaciaciones permitieron una colonización humana de Europa, que ha culminado en el espléndido florecimiento del arte de las galerías subterráneas de hace 40 siglos. El arte parietal africano es muy posterior. Algunos autores, como E. Holm, piensan que sus orígenes datan del Epipaleolítico, pero el citado arte ha marcado esencialmente el Neolítico<sup>4</sup>.

Se tiene costumbre de bautizar los grandes periodos del arte con el nombre de un animal que sirve entonces de señal tipológica: cuatro grandes secuencias han sido caracterizadas por el búfalo, el buey, el caballo y el camello.

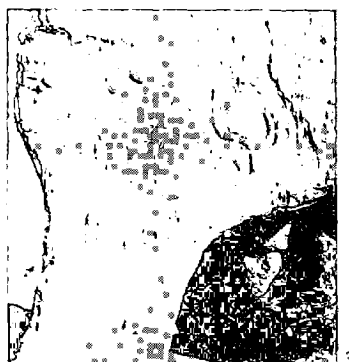
El búfalo (*bubalus antiquus*) era una especie de búfalo gigantesco que data, según los paleontólogos, del comienzo del Cuaternario. Está representado desde el inicio del arte rupestre (aproximadamente 9000 BP) hasta hace aproximadamente 6000. Los animales que marcan también ese periodo son el elefante y el rinoceronte. En cuanto al buey, se trata bien de un buey ibérico o braquicero, de cuernos cortos y gruesos, bien de un buey africano dotado de magníficos cuernos en forma de lira. Aparece hacia el año 6000 BP.

El caballo (*equus caballus*) que tira a veces de un carro, llega hacia el año 3500 BP<sup>5</sup>. El estilo del galope que vuela, sin ser realista, sí es naturalista sobre la pista

<sup>4</sup> El Neolítico sahariano, según los hallazgos recientes, se muestra, por otro lado, cada vez más antiguo. Un yacimiento neolítico con objetos de alfarería de Hoggar ha sido datado al C14 en 8450 años BP. Por tanto, es prácticamente contemporáneo del Neolítico del Próximo Oriente. Hay que referirse también a los datos adelantados por D. Olderogge en el capítulo XI para Ballana y Tocke, en la Baja Nubia: 12050 y 12550 BP. En I-n-Iuinen, un yacimiento en un refugio bajo roca con pinturas de bóvidos ha proporcionado desechos alimentarios. El hogar más antiguo ha sido datado al C14 en  $4860 \pm 250$  BP. F. Mori, en el macizo de Acacous (Libia) ha encontrado entre dos capas dotadas de restos de hogares un fragmento de pared derrumbada con un elemento de pintura que data del periodo de los bueyes; al ser datadas las dos capas, resulta que el trozo de pared se remonta a 4730 BP (ver H. Lhote: 1976, págs. 102 y 109). Se cita también la fecha de 7450 BP para la fase bovidiana media de Acacous, cf. H. J. Hugot, 1974, pág. 274. Asimismo, J. D. Clark subraya en Solwezi (Zambia) una fecha de  $6310 \pm 250$  BP.

Por el contrario, la fecha facilitada en la tesis de J. T. Louw para el refugio de Mattes (provincia de El Cabo,  $11\,250 \pm 400$  BP) se considera como poco segura. Extraordinario es el caso de Ti-n-Hanakaten en el que se pueden poner en correlación frescos con toda una serie de niveles neolíticos y protohistóricos que contienen esqueletos. Incluso un nivel ateriense está allí incluido en una estratigrafía humana fácilmente datable. Cf. «Descubrimiento excepcional en Tassili», *Archeologia*, núm. 94, mayo 1976, págs. 28 y 29.

<sup>5</sup> Se une demasiado frecuentemente la llegada del caballo a Africa con la de los Hyksos a Egipto. Ver a este respecto J. Ki-Zerbo, 1973, pág. 99.



- 1. *Rinoceronte rupestre de Blaka, Níger* (fot. H. J. Hugot).
- 2. *Gacelas de Blaka, Níger* (fot. H. J. Hugot).
- 3. *Bóvido de Tin Rharo, Malí* (fot. H. J. Hugot).
- 4. *Elefante de In Eker, Sáhara argelino* (fot. H. P. C. Haan).



occidental de Marruecos a Sudán, mientras está esquematizado en el «camino» oriental de Fezzán<sup>6</sup>. Ya estamos aquí, desde hace mucho tiempo, en el período histórico en el que el hipopótamo desaparece de las representaciones rupestres, lo que significa, sin duda, el final de las aguas perennes. El camello cierra la marcha de esa caravana histórica. Llevado a Egipto hace unos — 5000 años por la conquista persa, es ya frecuente en los alrededores del comienzo de la era cristiana<sup>7</sup>. En realidad, tratándose de la prehistoria, son los dos períodos primeros, sobre todo, y el comienzo del período del caballo los que nos interesan aquí. Ello son los que marcan la vida activa de ese espacio inmenso que no era aún el Sáhara petrificado. Por otro lado, en el interior de cada gran período, ciertos especialistas, en su ardor por el establecimiento cronológico, discuten sobre los subperíodos. Pero los descubrimientos prosiguen, y hay que tener cuidado de no colgar apresuradamente y de manera demasiado rígida etiquetas zoológicas sobre períodos enteros de un pasado tan poco conocido. Se trata más bien, si me atrevo a decirlo, de dinastías animales muy vagas, en la iconografía, con múltiples imbricaciones. El carnero, por ejemplo, clasificado como posterior al búbal y al elefante, a veces parece que es contemporáneo de ellos. Se representa sobre las mismas paredes con las mismas técnicas y ofreciendo la misma pátina. Quizás estaba predomesticado o guardado en cautividad con miras a un culto. Asimismo, los grandes bueyes grabados de Dider (Tassili), de los que uno tiene más de 5 metros, ostentan grandes cuernos en forma de lira, encuadrando un símbolo, y parecen contemporáneos del búbal. El buey de colgante del Oued Djerat está clasificado por algunos especialistas en el período bubaliano. Por otro lado, animales nuevos aparecen cada vez más en el cuadro, tales como las lechuzas de Tan-Terirt que, en número de unas cuarenta, recortan las figuras de los bóvidos.

Para las regiones distintas del Sáhara, los grandes períodos son con frecuencia posteriores, definiéndose por otros criterios que varían además según los autores, y tanto más cuanto que éstos se apoyan a veces para la periodización en las técnicas, los géneros y los estilos<sup>8</sup>.

## TECNICAS, GENEROS Y ESTILOS

### TECNICAS

#### *Los grabados*

En general, son anteriores a las pinturas allí donde estas últimas existen también, y su técnica más admirable aparece en los períodos más altos. Están realizados en rocas areniscas menos duras, pero también en granitos y cuarcitas, con una piedra puntiaguda golpeada con percutor neolítico, algunos de cuyos

<sup>6</sup> Sobre los «caminos de los carros» ver R. Mauny, 1961.

<sup>7</sup> El camello, no obstante, parece que es conocido desde el período faraónico. Cf. E. Demougeot: 1960, págs. 209-247.

<sup>8</sup> En Africa meridional algunos autores, fundándose en la forma del trazado, la técnica de ataque de la roca (incisión, martilleado más o menos acentuado, pulimentado, etc.) y la naturaleza de los seres representados, distinguen dos grandes períodos, el primero de los cuales comprendería dos fases y el segundo cuatro.

ejemplares han sido encontrados en los parajes de los cuadros. Con ese solo y mínimo equipo, la precisión de la técnica ha sido asegurada con brillantez. El elefante de Bardai está realizado por un rasgo ligero y sencillo; es casi un esbozo, pero que indica lo esencial. El elefante de In Galjeien (Mathendus), en cambio, y el de In'Habeter II están profundamente trabajados mediante escoplo con un rasgo pesado y viviente; igual ocurre con el rinoceronte de Gonoa (Tibesti). El perfil del rasgo es unas veces en V, otras en U, y rebajado con una profundidad de un centímetro aproximadamente. Las muescas han sido obtenidas bien con hachuela de piedra, bien con una madera muy dura, utilizando quizás arena húmeda como abrasivo. A veces parece que varias técnicas han sido combinadas; por ejemplo, el martilleo fino y la incisión en V, o el jalonado previo ha dejado aquí o allá huellas de asperezas en el fondo de la ranura. El pulimentado terminal se combinaba con un escodado. La realización de esos grabados ha exigido a veces cualidades deportivas innegables. En el Oued Yerat, por ejemplo, se ve un elefante de 4,5 m. de altura y el comienzo de un rinoceronte de 8 m. de largo.

En el Africa central y austral, los grabados con contornos ampliamente incisos estarían vinculados a consideraciones religiosas, mientras que los dibujos con ranura fina expresarían un proyecto iniciático o pedagógico. El refinamiento procede del hecho de que algunas superficies, vaciadas y pulimentadas con energía, sirven para representar los colores de la piel de los animales o de los objetos que éstos llevan. Existe ahí una prefiguración de los bajorrelieves del Egipto faraónico. En efecto, la figura se ve a veces como un relieve vaciado en la roca alisada para ese efecto (camafeo). La roca madre es utilizada con muchos propósitos. Por ejemplo, una jirafa está representada en un bloque oblongo de diabasa, a cuya forma se adapta perfectamente (Transvaal occidental). Asimismo, en la región de Leeufontein está representado un rinoceronte sobre una roca de superficie rugosa y aristas angulosas que reproducen exactamente la superficie del animal. En otras partes, en la colina de Maretjiesfontein (Transvaal occidental), una cebrá quagga está representada mediante grabado y replanteo en una pieza de diabasa, y su maxilar inferior está limitado por un ligero abultamiento de la piedra que señala la forma de la anatomía. En el Museo de Transvaal, un espléndido antílope macho tiene sus crines representadas por unas franjas grabadas en replanteo, mientras que su mecha frontal resalta por rasgos finamente incisos. El color interior (azul) y el superficial (ocre rojo) de la roca son utilizados a la perfección para subrayar los contrastes. Otra obra maestra de la escuela de los grabados prehistóricos africanos es el grupo de jirafas de Blaka, con sus pelajes variados, sus patas en posturas tan naturales y hasta el movimiento de sus colas. Pero la técnica irá degradándose en el conjunto. Ya en el período llamado de los bueyes, los grabados son frecuentemente mediocres. Por ejemplo, en el caso de las jirafas de El Greiribat tratadas por replanteo ancho y tosco.

### *Las pinturas*

No deben ser dissociadas completamente de los grabados. En Tissukai, por ejemplo, se ven esbozos grabados en las paredes que permiten suponer que los artistas graban antes de pintar. También aquí el arte necesitaba a veces de las

proezas deportivas. En el oued Yerat, un techo de época caballar de pendiente empinada está pintado por encima de los 9 m. Y en algunas zonas del Tassili, como Tissukai, aparecen pinturas a más de 4 m., como si se quisiera evitar las zonas inferiores al alcance del hombre; para lo que se ha necesitado la utilización de escalas toscas e incluso de andamios. Las pinturas son monocromas o policromas, según los casos<sup>9</sup>. En el bajo Mertutek se usa el caolín violeta. En el refugio de la cara meridional del Enneri Blaka se emplea el caolín ocre rojizo del tipo sanguínea. En otras partes es una paleta tornasolada la que brilla por la combinación tan acertada de los tonos, que recrea las mismas condiciones y, por lo tanto, el equilibrio inimitable de lo real. Eso necesitaba una tecnología correspondiente, bastante compleja, cuyos vestigios han sido encontrados en forma de talleres. En I-n-Itinen, por ejemplo, se han desenterrado pequeñas muelas planas combinadas con trituradores minúsculos para reducir a polvo las rocas, así como cubiletillos de pintura. Los pigmentos se han mostrado muy resistentes, a juzgar por el frescor asombroso de su brillo hasta nuestros días. La gama relativamente rica está fundada en algunos colores básicos: el rojo y el oscuro, procedentes de ocre obtenidos de los óxidos de hierro; el blanco, obtenido partiendo del caolín o de excrementos de animales, de látex o de óxidos de zinc; y el negro, extraído del carbón de madera, de huesos calcinados y triturados, de humo o de grasas quemadas. A estos colores se añaden el amarillo, el verde, el violeta, etc. Esos ingredientes finamente pulverizados con la maza en un almirez eran amasados y mezclados con un líquido, quizás la leche (cuya caseína es un excelente disolvente) o la grasa fundida, o también la clara de huevo, la miel, la médula ósea cocida: de ahí procede ese brillo vivo de tonos que ha resistido los milenios. El color era untado con los dedos, con plumas de aves o con espátulas de paja o de madera mordisqueada, con pelos de animales sujetos a un palo con la ayuda de tendones, y también «con pulverizador», soplando el líquido con la boca. Este último procedimiento es el que ha dado las huellas de las manos que se ven todavía en las paredes de las rocas y que constituyen una especie de firma original de sus obras maestras. A veces se hacen correcciones sin borrar los rasgos anteriores: de ahí los bóvidos de cuatro cuernos u hombres con tres brazos, etc. También aquí la utilización de las particularidades de la roca es muy acertada: por ejemplo, en Tihihali, donde una hendidura natural de la pared se ha convertido en el abrevadero sobre el que se inclina el rebaño<sup>10</sup>.

### *Las joyas*

El arte de los adornos no exige una técnica menos avanzada, sino todo lo contrario. Algunas perlas son de coralina, roca extraordinariamente dura. Los restos dejados por los joyeros de entonces, en varias etapas de su trabajo, permiten reconstruir éste. En primer lugar, las arandelas planas se hacían

<sup>9</sup> En Africa meridional, el Transvaal y Namibia contienen sobre todo pinturas monocromas, mientras que la de Botswana, de Griqualand y de Natal son más bien policromas.

<sup>10</sup> J. D. Lajoux, 1977, pág. 151.



mediante percusión y luego por fricción. Entonces, una gruesa aguja cuadrangular era desprendida de un trozo de sílex y servía de buril. Su punta acerada, clavada en medio de la arandela vuelta tras vuelta por las dos partes, abría dos agujeros frente a frente, cuyo encuentro constituía el momento más delicado de la operación. El estilete de sílex se transformaba entonces en barrera giratoria, y gracias a arena fina mezclada con alquitrán vegetal, limaba el agujero ya iniciado hasta abrirlo completamente. Otras piedras también difíciles (amazonita, hematites, calcedonia) eran igualmente trabajadas, así como el hueso y el marfil, para hacer pendientes, brazaletes y horquillas. La piedra pómez entraba en juego para el pulimentado. En Tin Hanakaten se han encontrado algunas virtutas de taladro de microdiorita en medio de semillas de enfilear collares con cáscaras de huevo de avestruz.

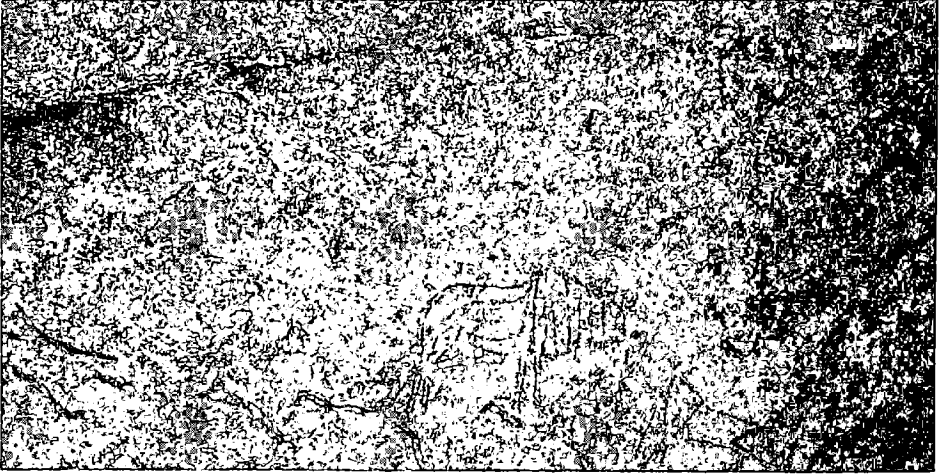
### *La alfarería*

La pasta para la cerámica era preparada con una mezcla constituida por excremento de rumiantes. Después se montaba «a la palomina», es decir, con una morcilla de pasta enrollada sobre sí misma y trabajada con los dedos y con un alisador. Los cuellos de esos vasos son multiformes: torneados en espiral, ensanchados, combados y torcidos. La cocción debía ser impecable, a juzgar por los tonos matizados que van del rosa al oscuro intenso. Se conocía el baño cerámico, así como el barniz vegetal utilizado todavía hoy en África en alfarería y para lacar o dar brillo al suelo, al techo o a los muros de las casas. La decoración principal era dibujada con ayuda de peines de hueso de espinas de pescado, con la impresión de espigas, de cuerda y de semillas, y con un desbordamiento de imaginación a través de una gran profusión de motivos. En Oued Eched, al norte de Malí, los hornos alfareros agrupados en un sector reservado testimonian la importancia del oficio de esos artistas que no tenían nada que envidiar al virtuosismo de sus congéneres de Es-Shaheinab, en el Sudán jartumiense<sup>11</sup>.

### *La escultura*

Tampoco la escultura está ausente. No obstante, se realiza en miniatura: un rumiante echado, en el Oued Amazzar (Tassili); un buey tumbado, en Tarzeruck (Hoggar); en Adjefu, una liebre pequeña de largas orejas caídas sobre el cuerpo; una cabeza sorprendente de carnero, en Tamentit de Tuat; una piedra esculpida antropomorfa de Ouan Sidi, en el erg oriental; una cabeza estilizada de lechuza espléndidamente realizada, en Tabelbalet; en Tin Hanakaten, figurillas de arcilla que representan formas estilizadas de aves, mujeres y bóvidos, uno de los cuales lleva dos ramitas a guisa de cuernos.

<sup>11</sup> J. H. Hugot, 1974, pág. 155.



● 1. Pintura rupestre de Namibia (fot. A. A. A., Myers, núm. 3672).

● 2. Grabado rupestre en Tibesti (fot. Hoa-Qui, nú ART 14003).



## TIPOS Y ESTILOS

En conjunto se pueden distinguir en el Sáhara tres grandes tipos y estilos que casi coinciden con los periodos mencionados anteriormente.

El primer tipo es la manufactura arcaica de tendencia monumental y seminaturalista o simbolista. El hombre parece todavía bajo el efecto de las emociones primarias ante la fuerza de las bestias que hay que dominar eventualmente por la magia. Se deben distinguir dos niveles. El primero es el del estilo «bubaliano», centrado sobre todo en el sur de Orán, en Tassili y en Fezzán, con unos grabados que tienen el sello de un sentido agudo de la observación. Los motivos, que son esencialmente animales y en general de gran tamaño, están frecuentemente aislados. La hechura seminaturalista, sencilla y austera, se limita a los rasgos esenciales realizados con maestría. Así son los rinocerontes y los pelícanos del Oued Yerat (Tassili), el elefante de Bardai (Chad) y el elefante de In Galjein, en el Oued Mathendus. El segundo nivel está caracterizado por antílopes y musmones, sobre todo pintados. El hombre pulula allí con unas «cabezas redondas». Existe asimismo el seminaturalismo y a veces el simbolismo. Pero esas líneas, en vez de ser sobrias, son más bien animadas, incluso agitadas o hasta patéticas; el rito no está lejos, insinuándolo la vista de animales tótems y de hombres enmascarados, de danzas rituales, etc. Aquí el aislamiento es espontáneo. Existen pequeños cuadros, pero también frisos y frescos compuestos, los mayores del mundo. Ese estilo, que está concentrado en Tassili, se ve en escenas en las que aparecen musmones de cuernos poderosos, bailarines enmascarados como en Sefar (yacimiento epónimo, según J. Lajoux), y la sacerdotisa (llamada Dama Blanca) de Ouanrhet.

El segundo gran tipo es el de la pintura y el grabado naturalista con motivos de pequeñas dimensiones, solos o en grupos. El estilo es claramente descriptivo. Se nota ya que el hombre se afana; domina y conduce a los bóvidos, caninos, ovinos y caprinos. Los colores se multiplican. Es el Sáhara de las aldeas y de los campamentos. Su lugar epónimo sería Jabbaren.

El tercer tipo estilístico es esquemático, simbolista o abstracto. La técnica anterior es conservada, pero se degrada con frecuencia. Sin embargo, no hay que pensar en una decadencia generalizada. El grabado, sobre todo, degenera en el toque, en el punteado y en el replanteo aproximativo: Pero, en pintura, el estilo del trazado fino, inferior en algunos aspectos al rasgo austero y vigoroso de antaño, permite progresar para captar el movimiento, a veces casi de perfil; se presta mejor a la estilización y a las nuevas fórmulas. Por ejemplo, en el hombre de Gonoa (Sáhara chadiano), la elegancia de los rasgos recuerda el dibujo a plumilla, en el que los ojos y las pupilas, los cabellos, la boca y la nariz aparecen con una precisión casi fotográfica. Asimismo, la técnica de la aguada permite alcanzar tonos muy delicados. Por ejemplo, en el caso del pequeño antílope de Theren (Tassili) con patas que flaquean, y que está mamando bajo el hocico tiernamente inclinado de su madre. Ese arte está bien realizado para estilizar los caballos y los carros, y luego el dromedario, pero también el hombre que se hace bitriangular, como en Assendjen Ouan Mellen, o que ostenta un cuello largo en lugar de cabeza. Hay, pues, a la vez, tendencia al manierismo del lápiz preciso y al

esquematismo geométrico más o menos chapucero, que se armoniza al final del período con los caracteres alfabéticos libiobereberes o en tfinagh. Un gran número de detalles, como, por ejemplo, las sillas árabes de borrén, claramente posteriores al siglo VII, permiten clasificar tales composiciones muy fuera de la Prehistoria.

Algunas precisiones se imponen, por otro lado, a propósito de esos estilos que evolucionan sin delimitación cronológica exacta. El segundo nivel del estilo arcaico en particular está muy compuesto. El bóvido amblador de Sefar no tiene nada de cabeza enmascarada ni de motivo simbolista. Por otro lado, algunos estereotipos pasan también por varios estilos y tipos. Por ejemplo, la técnica pictórica que consiste en representar a los bóvidos con cuernos de frente y la cabeza de perfil, como en Ouan Render. También hay estereotipos en algunos gestos o actitudes, como la de los pastores que tienen un brazo estirado mientras que el otro está encogido junto a la cintura. En fin, algunos temas regionales se destacan claramente: el carnero del sur de Orán y la espiral de Tassili, mientras que no aparece en Fezzán ni en el sur de Orán. Por el contrario, los motivos sexuales caracterizan, sobre todo, a Fezzán y Tassili.

En lo que respecta al estilo de los adornos, en el capsense superior destacan los grabados en huevos de avestruz con temas geométricos. Pero es sobre todo al Neolítico de tradición sudanesa al que se deben las herramientas y armas artísticas, los espléndidos broches de sílex jaspeado, barnizados en verde y rojo oscuro, los objetos de alfarería decorados con líneas ondulados («wavy line»), las cabezas de flecha de Tichitt con sus denticulaciones minuciosamente pulimentadas y su perfil triangular perfecto.

En las otras regiones de Africa, la tipología está siempre en vías de definición. En Namibia, por ejemplo, un autor se vale de veinte estratos y estilos de colores diferentes con cuatro grandes fases: 1) la de los grandes animales de factura arcaica, sin figuras humanas; 2) los paneles de pequeñas dimensiones con representaciones humanas; 3) la fase monocroma, con escenas de caza y danzas rituales desbordantes de vida; y 4) la fase policroma que alcanza las cimas estéticas, como en el refugio de Philipp Cave (Damaraland) y en las pinturas de Brandberg, fechadas en el año 1500.

L. Frobenius, por su parte, distingue dos estilos principales de arte rupestre en el Africa austral. En el extremo sur del continente, desde el Transvaal hasta El Cabo y desde el Drakensberg oriental hasta los acantilados de la costa de Namibia, existe un arte «naturalista» en el que dominan los animales, tratados con frecuencia individualmente con una habilidad consumada que reproduce con exactitud las arrugas de la piel de un paquidermo y las listas del cuerpo de una cebra. Pero ese arte sería más bien estereotipado y frío, y, aun cuando las pinturas son en él policromas y compuestas, los colores están aplicados por frotamiento, con una habilidad notable. Se trata de escenas preparadas de caza, de danzas, de procesiones y reuniones. Por el contrario, desde el Transvaal central hasta el Zambeze (Zambia, Zimbabwe, Malawi), el arte es fundamentalmente monocromo y está basado en el rojo o en el ocre de los óxidos de hierro, cambiando a veces al violeta. La roca soporte es el granito en lugar de la arenisca, como en el caso precedente. La técnica es la del dibujo que sabe ser tan fiel a lo real como la

«aguada» del sur. Pero no se trata de una fidelidad mecánica. La realidad es interpretada a veces en sus composiciones escénicas, donde la fertilidad imaginativa es prodigiosa<sup>12</sup>.

El hombre aparece ancho de espaldas y de estatura encogida: en resumen, «cuneiforme». Visto de frente, sus miembros se presentan de perfil como en los bajorrelieves egipcios. Los personajes del sur son más naturales, con miembros mejor perfilados, en escenas de caza y de combate a veces mezcladas; mientras que en el norte se trata de escenas de funerales solemnes, quizás de exequias reales, con personajes que manifiestan testimonios desgarradores de compasión. Por otro lado, la fauna —por ejemplo, en la gran cueva de Inoro— desfila, no como en un arca de Noé cuidadosamente etiquetada, sino como en un bestiario fantasmagórico: aves gigantescas con picos que semejan fauces de cocodrilos, elefantes gigantes con dorso dentado y animales bicéfalos. A veces son mitos elaborados, como el de la lluvia. El marco de esos frescos fantásticos está formado por auténticos paisajes donde los peñascos estilizados y los árboles identificados desde el punto de vista botánico y los lagos con abundantes peces están inteligentemente dispuestos. Es el arte zimbabwano, menos animado físicamente que en el sur, pero lleno de las emociones alegres o dolorosas. Según Frobenius, el estilo «cuneiforme» estaría unido a una alta civilización, sabiéndose que la región de Zimbabwe no ha carecido de ella. Se cree también que ese estilo anguloso y austero ha dado lugar a un estilo más redondeado y sencillo, más amanerado y afeminado, en el momento de la degeneración de las sociedades que lo habían inspirado<sup>13</sup>.

En el Alto Volta, los grabados rupestres en el norte del país (Aribinda) son de estilo seminaturalista o esquemático, mientras que en el sur son más bien de forma geométrica. También existen pinturas en las cuevas del acantilado de Banfora.

En Centroáfrica, las excavaciones han descubierto los lugares que atestiguan la ocupación humana desde el acheulense hasta la edad de los metales; se han localizado algunos centros de arte rupestre: el refugio de Tulu, en la región de Ndele, ocupado desde la prehistoria hasta nuestros días, y que encierra personajes estilizados en rojo y muy antiguos, y motivos pintados en blanco, con los brazos como «asas de cántaro»; el refugio de Kumbalá; los yacimientos de las fuentes de Mpatu y los de Lengo (Mbomu). Ese arte no se parece apenas al del Sáhara, meridional<sup>14</sup>.

## MOTIVACIONES E INTERPRETACIONES

Las representaciones rupestres han sido calificadas de petroglifos. En efecto, más que en cualquier otra parte, ese arte es signo, es decir, puente entre lo real y lo ideal. Es un símbolo gráfico que requiere una clave de lectura. La ignorancia de las

<sup>12</sup> En conjunto, la representación de la caza y de los animales es naturalista, a veces por razones mágicas; porque la imagen debe reproducir lo más exactamente posible el objeto del rito. Por el contrario, las figuras humanas son frecuentemente representadas de forma esquemática, porque se trata de sustraerlas a la consideración mágica.

<sup>13</sup> E. Haberland; 1973, pág. 27.

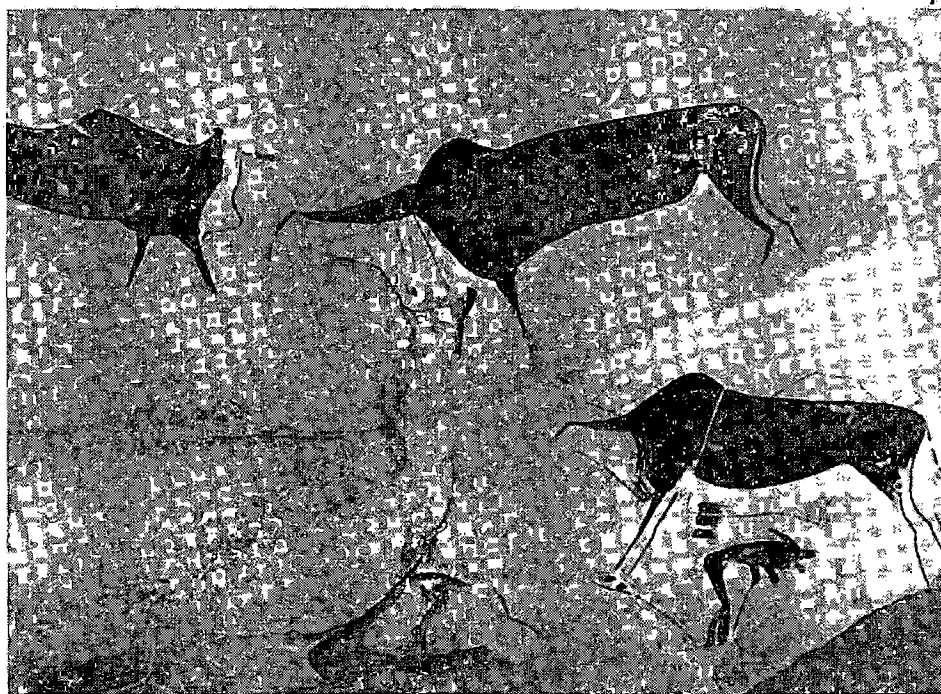
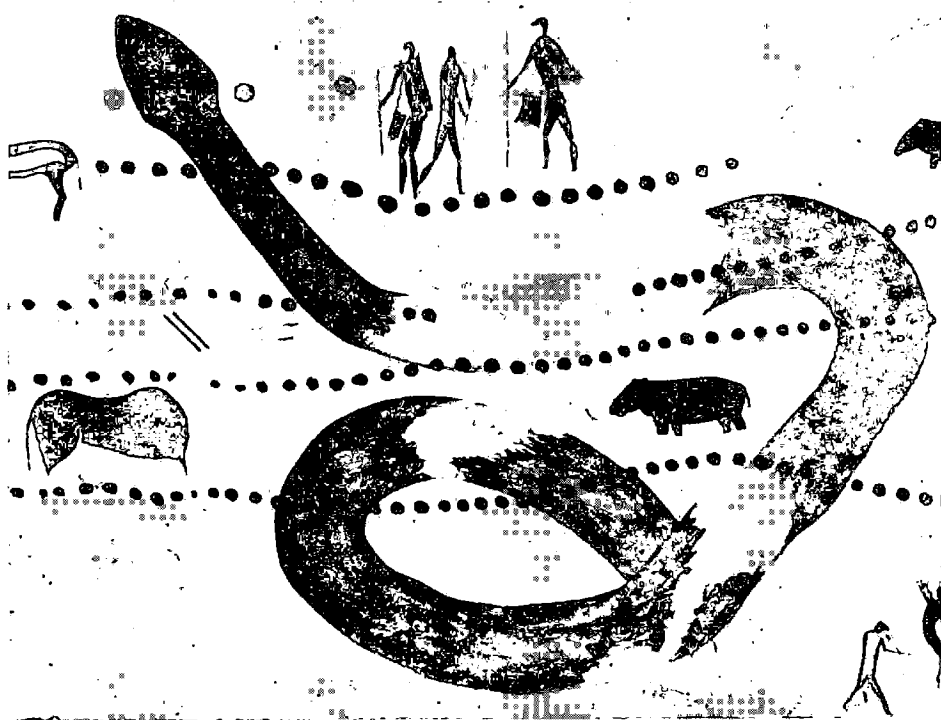
<sup>14</sup> R. de Bayle des Hermens, 1976.

condiciones sociales de producción de ese arte es, en realidad, la mayor dificultad para su explicación correcta. Por eso importa no precipitarse en la interpretación, quemando las etapas de la descripción del signo mismo, es decir, del análisis formal. Ahora bien, con mucha frecuencia, la propia descripción está hecha ya en términos de interpretación. En el límite, la aproximación estadística podría permitir catalogar los datos cuantitativos y cualitativos del mayor número posible de cuadros, de modo que permitiesen un análisis comparativo<sup>15</sup>. Se podría ver, por ejemplo, si los sistemas de signos observados en un número determinado de cuadros obedecen a una dinámica cualquiera en el tiempo y en el espacio. Pero la secuencia de evolución reconstruida sería tanto más plausible cuanto que la documentación habría sido más completa. En fin, esas hipótesis, procedentes del análisis formal, podrán ser confirmadas tan sólo si encajan en el conjunto de datos que constituyen el sistema global de esa sociedad. Un cuadro prehistórico, en efecto, no es más que una parcela ínfima de un macrosistema de información, es decir, de una cultura que comprende a otras muchas. A ese nivel de análisis se ve qué complejidad de signos hay que alcanzar para captar el auténtico sentido de una representación estética, sin tener en cuenta que ésta, además del sentido obvio, puede presentar un sentido oculto; porque el signo no sólo lo es de algo sino también para alguien (simbolismo).

Es necesario, pues, elevarse de la morfología a la sintaxis social, y poder pasar del simple comentario de un cuadro puramente naturalista, cuyo sentido es evidente, a descifrar el mensaje cifrado de ese cuadro abstracto. Aquí es donde la referencia a la cultura englobante es indispensable, porque el significado está representado de diferente modo, según las culturas. Cuanto más alejado está un signo del objeto designado, más resulta un signo específico de una cultura y más sirve de indicador, exactamente como ocurre con la misma onomatopeya que se da en varias lenguas y que no caracteriza a ninguna especialmente, sino que es el reflejo de la misma y común naturaleza; no sucede lo mismo con una palabra típica de una lengua determinada. Se pueden, pues, considerar las grandes galerías de arte como centros emisores de mensajes culturales. Pero ¿quiénes son los receptores? ¿Es que esos centros no emitían frecuentemente para los propios productores ante todo, y también para el conjunto de su sociedad, que nos ha dejado muy pocos vestigios de cualquier otra clase que puedan facilitar la lectura y el descifre de esos mensajes? En resumen, la problemática y estrategia de exploración estética deben terminar mediante una definición de los tipos de cultura que sustentan esas manifestaciones parciales. Por la delimitación de los espacios culturales que esos tipos de cultura cubren, se pueden reconstruir las relaciones históricas en el tejido o entramado en que ellas están insertas.

Por eso, la descripción de pinturas rupestres africanas mediante fórmulas o leyendas como *Los Juicios de la Paz*, *La Dama Blanca*, *El Arrancador de Dientes*, *Josefina vendida por sus hermanas*, *Los Marcianos*, es bastante empobrecedora, porque de entrada transfiere y aliena un bloque cultural leyéndolo a través del

<sup>15</sup> Esa aproximación cuantitativa puede ser objeto eventualmente de un tratamiento por ordenador, con todas las precauciones que entonces se imponga. Ver a este respecto los trabajos de A. Striedter en el Instituto Frobenius de Francfort, dirigido por el profesor Haberland.



● 1. Huellas de serpiente, fot. A. A. A., Mauduit, núm. 35.C.

● 2. Pintura rupestre de «White Lady», fot. A. A. A., Duvrger, núm. DUV-4852.

código de un solo observador o de otra civilización<sup>16</sup>. Se puede establecer como principio general que el arte prehistórico africano debe ser interpretado, ante todo, partiendo de referencias autóctonas. Y sólo cuando no se ha hallado respuesta a un problema en el entorno espacio-temporal y cultural local, regional o continental, es cuando se pueden buscar las causas en otros sitios.

Dicho eso, dos normas principales se ponen en práctica para la interpretación del arte prehistórico: la idealista y la materialista. Según la explicación idealista, ese arte es, ante todo, la expresión de las visiones del mundo que regían a las poblaciones de entonces. Sólo esas concepciones explican no solamente el contenido, sino incluso la manufactura de las representaciones. Importaría, pues, liberarse del prejuicio racionalista: «El arte sudafricano —escribe Erik Holm— aparece en su verdadero esplendor si se considera como la manifestación del fervor religioso y de la necesidad de que las cosas trasciendan; esa metafísica fue la de la Humanidad primitiva y las imágenes zoomorfas no son más que una máscara que disimula la auténtica naturaleza de las aspiraciones humanas. Más que dejarnos arrastrar por polémicas, conformémonos con las indicaciones proporcionadas por el mito, que son suficientemente explícitas»<sup>17</sup>.

En esas condiciones, el simbolismo mitológico y cosmogónico es la principal clave para explorar el universo del arte parietal. L. Frobenius ha desarrollado brillantemente las mismas tesis, aunque en él las consideraciones sociológicas aparecen también.

En Leeufontein —nos dice— el león está grabado sobre la cara lateral de la roca para ser iluminada quizás por los primeros rayos del sol, porque el león representa al astro del día, en tanto que el rinoceronte está orientado hacia el poniente porque él es el espíritu de la noche y de la oscuridad. El rinoceronte, cuyos cuernos simbolizan la luna creciente, está considerado por la tradición como el asesino de la luna, etc. E. Holm habla también de la «vocación sacra» de las cuevas situadas en los macizos alejados. La leyenda cosmogónica, recogida en el siglo XIX por el filólogo alemán Willem Bleek de boca de los san, le lleva a decir que estos últimos «no hacen distinción entre la materia y el espíritu». El antilope de El Cabo dibujado con los miembros atrofiados simboliza la luna ascendente. Confrontado con las figuras humanas, como en la galería de Herenveen (Drakensberg), parece que esos hombres lo adoran. La gamuza vivaracha y rayada de rojo simboliza la tormenta, la santateresa el relámpago, y el elefante la nube que deja caer la lluvia (como se ve en el monte Saint-Paul, en Drakensberg). Ese mito se encontraría no sólo en otros lugares de Africa (Cueva Philipp, en Namibia; Yebel Bes Seba y Ain Guedja, en Argelia), sino también en un marfil grabado de la Madeleine, en Francia.

El magnífico antilope de El Cabo, en el museo de Transvaal, presenta un pelaje de color miel; eso recordaría simplemente que el antilope ha sido creado por la santateresa, encarnación del sol, y que el insecto, con miras a lustrar el pelaje del

<sup>16</sup> Ver, a este respecto, las observaciones pertinentes de J. D. Lajoux, 1977, págs. 115 y sigs. Sin negar el derecho al humor, ni la inmensa cultura del sacerdote Breuil y los servicios eminentes que ha prestado al estudio de la prehistoria en general y a la de Africa en particular, hay que decir que frecuentemente ha sucumbido a esa tendencia.

<sup>17</sup> E. Holm, *L'Art dans le Monde. L'Age de pierre*, pág. 183 y sigs., págs. 170 y sigs.



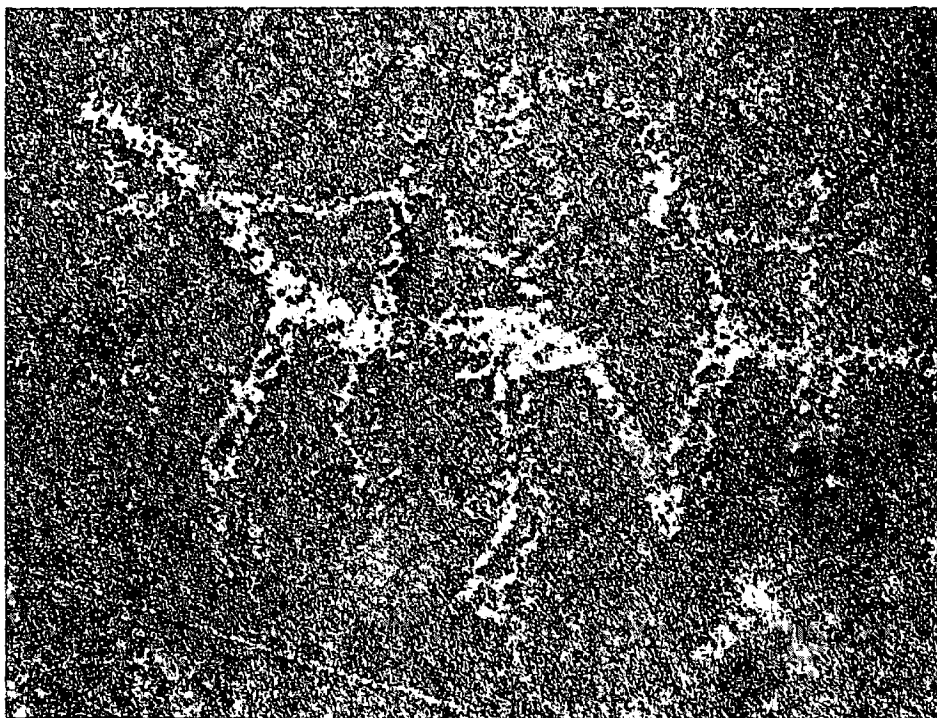
animal, lo habría untado con miel virgen. Si la cebra quagga está pintada a veces sin rayas, como en la cueva de Nswatugi, en los montes Maŕopo (Zimbabwe), es porque en su origen la cebra no estaba rayada. Sólo después de haber tomado el sol sobre sus lomos recibió las quemaduras que marcan su pelaje, etc. Según esa óptica, bastaría aplicar en los menores detalles el «metabolismo panteísta» de los orígenes africanos para disponer de una especie de clave maestra que permitiese descifrar todos los enigmas del arte parietal africano calificado de «intemporal como el mito». Confesamos que eso sería demasiado bello.

Los partidarios del enfoque materialista creen, por su parte, que el arte prehistórico, como cualquier otro arte, no es más que un reflejo de la existencia concreta de los hombres de una sociedad determinada: un momento «ideológico» y una herramienta superestructural que expresan cierto equilibrio ecológico y sociológico, y que permiten al hombre conservarlo o mejorarlo a su favor.

Creemos que se puede realizar una síntesis entre esos dos enfoques que serían demasiado parciales si fueran exclusivos. El arte prehistórico africano ha transmitido incontestablemente un mensaje pedagógico y social. Los san, que constituyen hoy el pueblo más próximo a la realidad de las representaciones rupestres, afirman que sus padres les han explicado el mundo según los san, partiendo de ese gigantesco libro de imágenes que constituyen las galerías. La educación de los pueblos sin escritura está basada, ante todo, en la imagen y el sonido, en lo audiovisual, como lo muestra la iniciación de los jóvenes del África al sur del Sáhara hasta nuestros días. Los petroglifos del arte son de ese orden. Pero es bien evidente que el mito no explica todo, porque antes de producir el mito hay que producir y reproducir la sociedad misma. El mito puede convertirse así en un medio privilegiado de mejorar (o de deteriorar) las fuerzas productivas y las relaciones de producción. E. Holm lo sugiere, por otro lado, cuando cita el caso del joven san persuadido de que la punta de la flecha tallada en cuarzo brillante es una partícula de estrella a la que invoca afilando su dardo: «¡Tú, que no fallas jamás el objetivo, tú, que eres infalible, procura que yo alcance mi presa!». Esa única frase, contrariamente a la conclusión idealista que de ella saca el autor, tiene un alcance utilitarista ante todo. El hombre, para sobrevivir, alborota y moviliza el Universo. Esa es la función del mito. Pero yo no creo que eso sea su única función<sup>18</sup>. El bosque del simbolismo no debe, pues, impedirnos ver los árboles de la realidad.

En efecto, la función espiritual puede existir a veces de manera autónoma, sirviendo entonces subjetivamente no ya como un medio, sino como un fin en sí. El mito, después de todo, para el hombre no es un modo de comprender el Universo ordenándolo, es decir, racionalizándolo de una manera determinada, puesto que hay una especie de lógica inmanente en el discurso mitológico. La finalidad espiritual existe, pues, aunque está con frecuencia lastrada de contenidos infraestructurales. Representar un ser temido es, en efecto, liberarse de él; tenerlo

<sup>18</sup> Desde el punto de vista propiamente historiográfico, señalemos que los mitos están a veces llenos de enseñanzas. Así es como, según los san, el sol, descontento del transporte a lomos de la cebra, la habría abandonado para refugiarse entre los cuernos de un toro, lo que nos lleva al otro extremo del continente, a las figuraciones norte-africanas (sur de Orán, Sáhara, Egipto) de bóvidos marcados con el disco solar. ¿Habría nacido la diosa Vaca Hathor del mito panafricano?



● 1. Detalle de una pintura rupestre de Alto Volta (fot. J. Devise).

● 2. Pintura rupestre de Namibia (fot. A. A. A., Myers, núm. 3808).



bajo la mirada es dominarlo. El silencio mineral, casi tangible, que habita en los colores rocosos, secretos y barrados en I-n-Itinen y en Tissukai, ¿significa el recogimiento de santuarios y lugares de iniciación, o el encubrimiento de animales encerrados o robados? Quizás ambas cosas. Los personajes enmascarados de cabezas zoomorfas y los animales con atributos cefálicos (discos, aureolas, barras, etc.)<sup>19</sup>, que frecuentemente están asociados al sur de Orán y al Oued Yerat, sugieren la idea de personajes en posición orante ante los animales. Asimismo, los tres cazadores enmascarados de Yaret, que parecen acosar a un búfalo que lleva un disco, significan quizás una escena de embrujamiento. Puesto que las máscaras son utilizadas siempre por algunas poblaciones africanas, ¿por qué no fundar la interpretación de semejantes escenas en esa problemática cultural, en lugar de entregarse a la simple afabulación? Se comprobaría que a veces la explicación no siempre es religiosa. Hasta en nuestros días los cazadores de la zona saheliana se ponen una cabeza de cálao que sacuden de arriba abajo a imitación de esa ave, con miras a aproximarse a cuatro patas a un antilope antes de disparar su flecha a bocajarro. Pero a veces es tal la desproporción entre los medios y el resultado que se ve de cerca en eso la magia; como cuando un hombre enmascarado arrastra sin esfuerzo a un rinoceronte abatido, con las cuatro patas hacia arriba, en un grabado de In Habeter (Libia). Algunos cultos de fecundidad aparecen claramente en el comportamiento de los actores en escena, que parecen entregarse a apareamientos rituales como, por ejemplo, el coito entre una mujer y un hombre enmascarado en Tin Lalan (Libia), o que ejecutan danzas animadas con unos atributos fállicos protuberantes. La fecundidad, en efecto, sobre todo al final del período prehistórico en el Sáhara o en el desierto de Namibia, era la gran ocupación frente al retroceso de toda señal de vida y ante la marcha implacable de la sequía. Una joya de coralina de forma hexagonal en el yacimiento neolítico de Tin Felki ha sido reconocida por Hampaté Ba como un talismán de fecundidad utilizado hasta en nuestros días por las mujeres peul<sup>20</sup>. En ese caso preciso, la *motivación estética* no hay que descartarla tampoco. En efecto, a los hombres y a las mujeres del Neolítico africano, que son de la categoría *sapiens* como nosotros, no se les puede negar el sentimiento específico de nuestra especie, como es la alegría de crear formas para el simple y único regocijo de contemplarlas. La admiración que nosotros sentimos hoy ante esas creaciones era aún más viva cuando los cuadros estaban todavía frescos y sus modelos bullían en el entorno próximo. Los pequeños trituradores de afeites, las perlas de amazonita, de calcedonia o de conchas de huevo de avestruz del Tenere; así como el modelado extraordinariamente bien torneado de las hachas de mediacaña, testimonian en alto grado el gusto estético de los africanos de entonces.

Los borradores abandonados como poco satisfactorios son relativamente numerosos. Por otro lado, muchos de los cuadros están tan expuestos al aire libre, frente al cielo o al primero que pasa, que su carácter profano queda manifiesto. Ese era frecuentemente el arte popular. Popular también porque la intención

<sup>19</sup> Ver los ejemplos célebres del bucy de Maia Dib (Libia) y el carnero de Buale (Atlas sahariano).

<sup>20</sup> La cruz de Agades o de Feruane habría salido del signo de Tanit, símbolo sexual femenino.



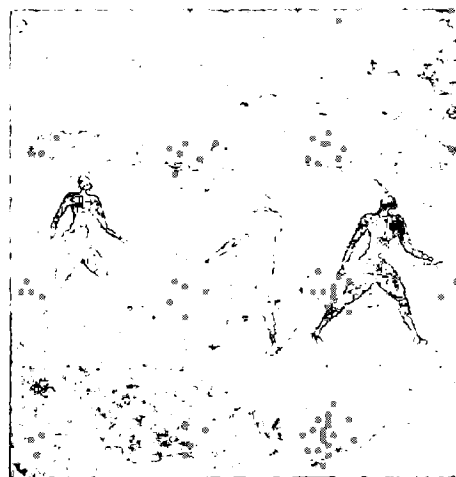
1



3



2



4

● *Pinturas rupestres de la meseta de Tassili N' Ajer (Argelia). Fotos A. A. A., 1 y 4: Naud, núm. 12.599, 12.379; 2 y 3: Sudriéz, núm. 31, 43.*

«histórica» no está probablemente ausente. En efecto, la alegría del recuerdo y el deseo de perpetuar la memoria de los hechos individuales o colectivos cuentan también entre los «maestros» de nuestra especie humana. El hombre ha nacido cronista. Y los artistas de la Prehistoria son los primeros historiadores africanos, puesto que nos han representado en términos legibles los estados progresivos del hombre africano en sus relaciones con el entorno natural y social.

## LA CARGA HISTORICA O EL ARTE COMO DOCUMENTO

¿En qué es el arte prehistórico africano la edición ilustrada del primer libro de la Historia de Africa?

## EL ENTORNO ECOLOGICO

En primer lugar, hay un filme documental sobre la *infraestructura* de las primeras sociedades que viven en nuestro continente. Por ejemplo, sobre su entorno ecológico. Ese biotopo puede ser comprobado directamente como en el caso de los objetos encontrados *in situ*. Pero también puede ser deducido del contenido de los cuadros. Ciertamente, se ha podido lanzar un llamamiento a la prudencia recordando que una representación estética no constituye forzosamente un reportaje sobre la realidad ambiental y contemporánea; el artista ha podido describir unos recuerdos antiguos y materializar milagros o sueños. Pero, en la ocurrencia, el carácter masivo de los testimonios que concuerdan con los resultados del análisis geomorfológico, que ha definido la extensión de los paleolagos y de las redes hidrográficas antiguas, no deja lugar a duda alguna. Por otro lado, en un yacimiento de Adrar Bous datado en 5140 BP al C14 han sido encontrados por H. Lhote huesos de hipopótamos. Eso confirma, por ejemplo, la autenticidad histórica del grupo de hipopótamos representados en Assadjen Ouan Mellen. Ahora bien, ese animal es un auténtico indicador ecológico, puesto que necesita aguas perennes. Asimismo, el elefante que consume cada día cantidades enormes de productos vegetales. El Sáhara de las pinturas prehistóricas era, pues, un gran parque de vegetación mediterránea, algunos de cuyos vestigios han sobrevivido hasta nuestros días. Esa ecología dará lugar cada vez más a un biotopo «sudanés y saheliano»<sup>21</sup>. En el periodo del caballo y de los carros se encuentran algunas representaciones de árboles, por ejemplo, y de palmeras que, sin duda, señalan oasis.

En el Africa austral, el estilo nórdico (llamado rhodesiano) abunda en dibujos de árboles, algunos de los cuales son identificables. Una fauna bulliciosa y variada frecuenta así los refugios de los lugares hoy desiertos, resucitando, por así decirlo, una especie de arca de Noé y un jardín zoológico petrificado: peces grabados, animales salvajes erguidos y arrogantes como el búfalo antiguo con su gran

<sup>21</sup> Y. y M. Via, 1974.

cornamenta (hasta 3 metros de diámetro), felinos como la onza y la hiena, monos cercopitecos o cinocéfalos (en Tin Tazarit), avestruces, buhos, etc. Por todas partes aparecen escenas de caza que evocan el combate original entre el hombre y la bestia. Esas escenas llenas de vida y a veces de violencia, donde se lee la victoria de la inteligencia sobre la fuerza bruta, nos recuerdan a los cazadores observados por Yoyotte en el valle del Nilo predinástico, con sus bolsas fáticas entre las piernas, sus armas curvadas y su «rabo postizo» que es en realidad, como todavía lo es hoy en el Africa tropical, una piel de animal llevada en forma de aspa. En Iheren, se ve una caza de león en la que la fiera acorralada está rodeada de un círculo de lanzas amenazantes. En Tissukai, un onagro abatido está a punto de ser despedazado. En el valle del Nilo, en Libia y en todo el Sáhara hay una multitud de representaciones de trampas que demuestran la ingeniosidad multiforme de los hombres de entonces que adaptaban sus técnicas a la ecología y a las costumbres de los animales<sup>22</sup>.

Esa profusión de cuadros cinegéticos, desde el Nilo hasta el Atlántico, pone en evidencia la existencia de una auténtica civilización de cazadores. Animales gigantes como el elefante no estaban ausentes, y así lo testimonia la gran escena de caza del Alto Mertutek. Las trampas están casi en todas partes asociadas a los signos de los cazadores en un bloque cultural muy original, que ha cubierto casi toda Africa durante decenas de milenios hasta mucho antes del período histórico, como lo atestigua la leyenda de Sundjata.

Esas representaciones nos muestran también el paso gradual de la vigilancia o «cautiverio» de los animales en su amansamiento, y después en su domesticación. Se ve a un hombre armado con un arco y que lleva un animal atado, mientras que una caza del muflón en Tissukai se hace con la ayuda de perros. El galgo bosquejado en una roca de Sefar, con su cola enrollada, ha atravesado las edades como compañero del hombre del desierto. Una escena de Jabbaren muestra a un cazador a la espera ante una fiera salvaje; equipado con un arma curva, es seguido por otro animal al acecho, pero parece domesticado. Las variedades de bóvidos están señaladas: toro ibérico de cuernos cortos y gruesos en el sur, buey africano en Taghit, en Jabbaren, etc., con sus grandes cuernos en forma de lira. Esos animales llevan a veces un colgante al cuello (Oued Yerat).

Después vemos bóvidos con cuernos espléndidamente trazados, adornados y artificialmente deformados en espiral, como en I-n-Itinen. La variedad de asnos cazados en Tissukai es la misma domesticada después del Neolítico, donde se los ve montados por un hombre. Hay también ovinos y caprinos, etc. El equipo náutico semeja aparecer, como en Tin Tazarift, con un perfil que recuerda el de los barcos de papiro de los lagos y ríos del Sudán chadiano y de Nubia.

<sup>22</sup> Se han hallado empalizadas y mallas, trampas de resorte, fosas-trampas con cubiertas correderas, trampas con obstáculos, trampas de bloqueo, de tensión o de torsión, como en Dao Timni en los confines niger-chadianos, donde una jirafa queda inmobilizada mediante un sistema complejo de tensión que le dobla el cuello horizontalmente. Para detalles de las investigaciones sobre este tema importante, ver P. Huard y J. Leclant, 1973, págs. 136 y sigts.

## EL CONTEXTO HUMANO

Pinturas de I-n-Itinen muestran a hombres inclinados hacia el suelo, manejando herramientas curvas que hacen pensar en las escenas de recolección con hoces de los bajorrelieves faraónicos. Asimismo, pinturas de mujeres encorvadas en actitud característica de las cribadoras o las espigadoras, pueden hacer pensar en un cultivo de cereales neolíticos en el Sáhara, cuya superabundancia en muelas y trituradores de semillas parece que lo confirma<sup>23</sup>. Pero los estudios de palinología sobre muestras saharianas obligan a cierta prudencia. Se trata quizás de la recogida de algún vegetal, aunque es difícil trazar el límite entre el cultivo de vegetales o protocultivo y la agricultura propiamente dicha. En Battle Cave, muchachas san salen para la recolección con su estaca de cavar a la espalda. Sea lo que sea, la profusión misma de los objetos de arte parietal o mobiliario descubiertos en amplias regiones de Africa, en especial las que hoy están desiertas, da una idea interesante sobre la densidad demográfica de esas regiones. Por sus masas enormes, sugieren a veces producciones semiindustriales, como al nordeste de Bechard y en el Erg Errui, y hasta en Madjuba (oeste sahariano), como lo atestiguan las observaciones de Th. Monod.

El arte prehistórico africano es muy elocuente también sobre el ropero de los hombres de entonces. Nos enseña que, como ocurre frecuentemente en el origen, los hombres iban más adornados que las mujeres hasta el periodo de los bóvidos, en el que parece que cambia la tendencia.

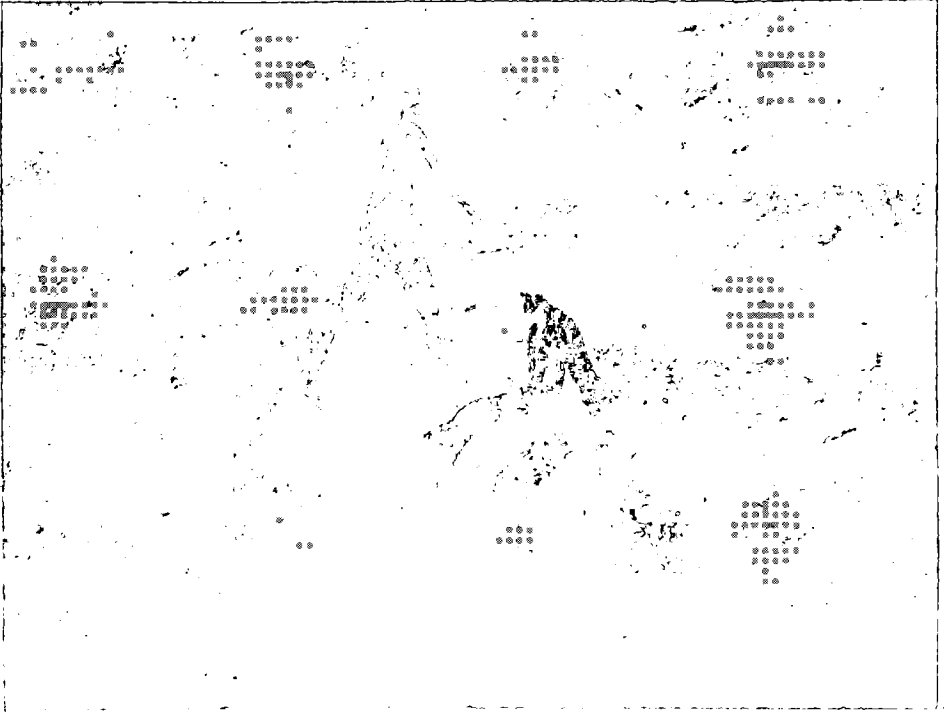
Vestidos con pieles de animales y adornados con cintas frontales o mantos de plumas, los hombres lucen insignias diversas, enigmáticas a veces: collares, correas, brazaletes, etc. Las mujeres llevan con frecuencia un vestido reducido al mínimo, portando a veces el «lempé» (banda de algodón pasado entre las piernas y sobre un cinturón y que cae suelta por delante y por detrás) familiar a las muchachas de la región sudanesa. También existe el taparrabos con faldones inferiores, diversamente compuestos, vestidos ceñidos, especies de tapasenos o sujetadores y tocados múltiples en forma de cimera, como en Jabbarén.

En cuanto al hábitat, frecuentemente se representa en forma esquemática por semiesferas que representan cabañas en las que se ve mobiliario y también escenas familiares. Los descubrimientos del acantilado de Tichitt (Mauritania), en el que 127 aldeas han sido ya reconocidas, demuestran por otra parte que los africanos neolíticos eran también constructores. Es esa aglomeración de piedras sin argamasa, colocadas sobre espolones meridionales que prolongan el Dahr, reagrupa cada una de ellas a unas 3.000 personas, apoyándose a menudo en una estructura de rocas ciclópeas que recuerdan a las de Zimbabwe, del Africa central y austral. Pilares de sostenimiento de piedra tallada caracterizan a ese arte arquitectónico, importante para la época<sup>24</sup>.

Así pues, a través de los frescos del arte parietal africano entrevemos toda una sociedad que se anima hasta alcanzar casi la tercera dimensión, la de la vida. En Takedetumatine, por ejemplo, mujeres de formas rollizas y que se ven bien

<sup>23</sup> Los que han sido recogidos por la misión Berliet-Tenere cuentan entre los más bellos.

<sup>24</sup> Ver los trabajos de H. J. Hugot sobre Tichitt.



● 1. *Escena erótica de Tassili*  
(*fol. P. Colombel, núm. 75.321*).

● 2. *Escena erótica de Tassili*  
(*fol. P. Colombel, núm. 731.075*).





provistas de leche, permanecen sentadas ante sus cabañas con sus hijos; algunos bueyes están cuidadosamente atados en línea a una cuerda, mientras que algunos hombres se ocupan en conducir a las vacas. Escena vespertina, impregnada de una serenidad pastoril. ¿Puede sugerir el número de mujeres un régimen poligámico? En Orange Springs y en Nkosisama Stream (Natal), las escenas de danzas muy animadas muestran a las gentes reunidas, en particular mujeres, batiendo palmas en torno a danzantes enmascarados.

En Jabbaren, una mujer tira de su hijo reacio. En Sefar, un hombre tira de la cuerda a unos bueyes, objeto sagrado (dangul) entre algunos pastores peul de hoy. En el fresco grandioso del refugio de Iheren, que es una de las cimas de la pintura prehistórica, se ven desfilar bueyes finamente enjaezados, llevando en los costados odres de agua, y montados por mujeres con ricos adornos. Los animales se inclinan hacia el abrevadero, mientras que un inmenso rebaño avanza pausadamente. Mujeres adornadas se han detenido indolentemente ante sus mansiones, mientras que hombres con plumas en los cabellos parece que se han detenido allí para saludar.

En las cabañas se descubrió un mobiliario variado.

En I-n-Itinen, notables en traje de gala y guerreros con uniforme demuestran que la sociedad comienza a jerarquizarse. Arqueros con capa parecen organizados como escuadras de patrulla con un jefe de expedición. Hay allí como un ambiente de «fuerzas del orden».

En el Africa austral, abundan las escenas de guerra que recuerdan los múltiples conflictos entre los san y los bantúes.

Pero eso no abolía el amor. Numerosas escenas demuestran que los artistas prehistóricos africanos no alimentaban ninguna falsa vergüenza en cuanto a este aspecto de la vida de su sociedad. Son representados animales en celo, como en el espolón oeste de Blaka, donde se ve a dos rinocerontes, uno de los cuales olfatea el sexo del otro. En otra parte, un macho cabrío está a punto de cubrir a una cabra. Las escenas de acoplamiento humano con posturas variadas demuestran con ingenuidad y realismo que el hombre no ha inventado nada esencial en ese terreno desde los tiempos antiguos. La roca Ahnna en el Oued Yerat (Tassili) es un festival de hombres enmascarados con falos gigantes, erguidos en el umbral de los sexos de mujeres en posición ginecológica. Todos los detalles se ven allí. Asimismo, el gran fresco de Tin Lallan (Acacus, Libia) está dedicado principalmente al mismo tema orgiástico (Hugot-Bruggman, núm. 164).

En Inahuanrhat hay una escena más prosaica de coito por detrás, mientras que en Timenzuzine (Tassili) una pareja en acción está rodeada de otras tres parejas aún de pie, entre las que las actitudes de resistencia más o menos fingidas de las mujeres están perfectamente expresadas.

Cuando se aborda el tema de la magia y de la religión, se está obligado a reconocer que buen número de cuadros siguen siendo siempre herméticos, sumergidos, como están, en el misterio de los mitos. ¿Qué representan los bueyes bicéfalos o con un cuerpo doble hermafrodita con cabeza única, como se ve en el Oued Yerat? ¿Qué significan las espirales magníficamente grabadas y asociadas a numerosos animales, como sobre el búfalo del Oued Yerat? Ese motivo que se encuentra en la alfarería guerzana parece unido a los ritos de caza (hechizo), así

como la espiral de la serpiente Mehen, perteneciente a la época thinita (I y II dinastía faraónicas)<sup>25</sup>. Para algunos, la espiral significa la continuidad de la vida. En cuanto al cordón umbilical que se observa entre dos personajes, partiendo, por ejemplo, de la intersección de los muslos de una mujer para terminar en el ombligo de un arquero de caza, parece que significa un flujo místico que parte de la madre en oración, con las manos levantadas en dirección de su hijo que está en situación peligrosa. Asimismo, en el Africa meridional (Botswana) se ve a un animal llovedor conducido a través del país del extremo de una cuerda sujeta por una procesión de personajes en posición de alerta. Los motivos solares pertenecen al mismo fondo religioso. Pero sólo la referencia al contexto cultural y cultural propiamente africano dará la clave de determinados cuadros que siguen estando aún mudos. Eso es lo que ha ocurrido cuando A. Hampaté Ba ha reconocido en una escena de Tin Tazarift, bautizada hasta entonces con el nombre de *Los bueyes esquemáticos* (porque sus patas parecen reducidas a muñones, se les supone en cuclillas) a unos animales conducidos al agua en el curso de la ceremonia del «lotori», con vistas a celebrar el origen acuático de los bovinos. En el motivo digital indescifrable que linda con esa escena, Hampaté Ba ha detectado el mito de la mano del primer pastor llamado Kikala, mano que recuerda a los clanes peul, a los colores de la piel de los bueyes y a los cuatro elementos naturales<sup>26</sup>.

En general, la evolución indica el paso de la magia, unida a veces a las danzas paroxísticas, hacia la religión, de lo que da testimonio una secuencia del gran friso de I-n-Itinen, evocador del sacrificio del cordero.

## RELACIONES Y MIGRACIONES

La tendencia a explicar todos los rasgos culturales africanos por la propia difusión que parte del exterior debe ser rechazada; lo que no significa que haya que negar las relaciones, sino que han de definirse con circunspección. El arte parietal francocantábrico, que data de unos 40 000 años aproximadamente, es paleolítico y, por consiguiente, anterior al arte prehistórico africano. En cambio, el Neolítico sahariano es anterior al de Europa<sup>27</sup>. La tentación ha sido fuerte, por tanto, para hacer derivar del norte la inspiración de los artistas del continente. Incluso se ha llegado a hablar de un arte euroafricano, cuyo centro habría sido europeo, sugiriendo así una especie de teoría hamítica en materia de arte prehistórico africano.

## UNA CIVILIZACION AUTOCTONA

Pero no hay nada de eso. Sin tener en cuenta que los 15 000 años al menos separan a los dos movimientos estéticos, está reconocido que el Levante español,

<sup>25</sup> Ver también el papel de la serpiente en las cosmogonías africanas.

<sup>26</sup> Es cierto que hay que tener cuidado para no extrapolar automáticamente hacia atrás los relatos míticos actuales para explicar todos los detalles de los símbolos procedentes de la Prehistoria, cf. J. D. Lajoux, 1977.

<sup>27</sup> «El neolítico sahariano se remonta al menos al VIII milenio antes de la era cristiana, mientras que no hace tanto tiempo prevalecía la opinión de que era posterior con relación a Africa del Norte, a Egipto y al Próximo Oriente».

que debería ser el eslabón intermedio de una influencia eventual, no tiene nada de común con el arte original del sur de Orán, Tassili y Fezzán. L. Balout ha insistido con energía en la ausencia de relación entre la Prehistoria del Africa del norte y España en el Paleolítico superior. Por otro lado, el origen capsiese de los grabados del sur de Orán y del Sáhara ha sido rechazado prácticamente por todos los autores. Es a partir del Atlas cuando el arte prehistórico ha florecido realmente, y sus polos o epicentros son propiamente africanos.

También se ha interrogado si el arte prehistórico no sería del este, es decir, del valle del Nilo, de donde irradió hacia el interior del continente. Ahora bien, es evidente que el desarrollo artístico del valle egipcio del río es muy posterior al del Africa sahariana y sudanesa. Las representaciones saharianas de bóvidos, con discos en los cuernos, son muy anteriores a las de la vaca celeste Hathor... El halcón finamente cincelado sobre la placa de roca arenisca de Hammada del Guir es muy anterior a las representaciones del mismo tipo, pero más pequeñas, que aparecen en las paletas de las tumbas predinásticas egipcias y que representan a Horus. El magnífico carnero de forma esférica de Bou Alem es muy anterior al carnero de Amón, que no aparece en Egipto más que bajo la XVIII dinastía. Las cabezas zoomórficas del Oued Yerat observadas por Malraux, son según él, «prefiguraciones de la zoolatría egipcia». Lo mismo puede decirse de las diosas con cabeza de pájaro, de Jabbaren. El seminaturalismo sólo aparece en Egipto en la época guerezana y se emparenta con los grabados saharianos de la época bovidiana. Ese es el caso de los cuadros del Ouad Hammamat que son, además, de factura mediocre. Los soberbios barcos «de tipo egipcio» que se ven en el Sáhara (Tin Tazarift) sin duda son simplemente de tipo sahariano. Las siluetas de Rhardes (Tissukai), que evocarían a «Hicsos», al «Faraón», a «Antinea» con su peinado que se parecería a la «pschent faraónica», han de mirarse, según mi parecer, a la inversa, en términos de perspectiva histórica. Ciertamente, Egipto ha ejercido una irradiación brillante, pero sin duda limitada, hacia el interior de Africa; pero eso que aún no está muy claro es lo anterior de la civilización del Sáhara prehistórico. También es una realidad que ningún otro obstáculo que la distancia separaba entonces a los pueblos del Hoggar, del Tassili y del Fezzán del valle del Nilo, que fue durante mucho tiempo (hasta el secamiento del Sáhara) una zona más bien repulsiva y llena de parajes pantanosos. Sólo a partir del período «histórico», Egipto adquirió ese esplendor que hace que se tienda hoy a atribuirle todo, según el principio de que sólo se presta a los ricos. Pero en materia de arte y de técnica, los polos estaban primitivamente situados en el Sáhara, en el Sudán jartumiense, en el Africa oriental y en el Cercano Oriente. El Sáhara prehistórico debe, por otro lado, mucho más a los centros del sudeste que al Cercano Oriente. En cuanto a las relaciones entre el Africa austral y la región sahariana, sólo parecen fundadas en pruebas palpables, aunque Frobenius haya subrayado cierto número de analogías<sup>28</sup>. Se ha hablado incluso de una «civilización magosiense» que, según E. Holm, habría sido casi panafricana. Pero nada de evidente aparece aquí. La producción del arte prehistórico sudafricano es de todos modos posterior generalmente a la del Africa al norte del ecuador, aunque el poblamiento de la

<sup>28</sup> E. Haberland, 1973, pág. 74.

parte meridional del continente sea extraordinariamente antiguo<sup>29</sup>. Algunos autores, sin título alguno, como hemos subrayado al comienzo, sitúan el gran período de las representaciones del macizo del Drakensberg en el siglo XVII, es decir, después de la llegada de los bantúes. Desde el punto de vista estilístico, en todo caso, parece que la pintura del sur no tenga afinidad con el período llamado de las «cabezas redondas» en el Sáhara y no ofrece parentesco más que con el período de los bueyes. Se distingue también por motivos característicos, como la vegetación abundante, los paisajes con representaciones estilizadas de rocas, los temas funerarios, etc. De cualquier modo, el estudio comparativo debe ser realizado profundamente, y, sobre todo, el cuadro general de la historia del *Homo sapiens* africano prehistórico ha de realizarse meticulosamente, antes que se puedan trazar unas flechas eventuales representando las corrientes estéticas.

### ESQUEMATISMO DE LAS TEORIAS RACIALES

Esa observación es todavía más válida para las «razas» responsables de esa producción artística. Pero ¿no hay un abuso de lenguaje al utilizar aquí el concepto de raza?<sup>30</sup> ¿Acaso los pocos esqueletos o restos óseos disponibles pueden autorizar la audacia de los escenarios del poblamiento por «razas» prehistóricas? Sin embargo, el proceso demográfico de una rara complejidad ha sido esquematizado de la manera siguiente por algunos autores. Después del poblamiento inicial por «africanos» de la primera cepa, neanderthalianos del Cercano Oriente habrían emigrado a Africa por dos direcciones, una avanzando hasta Marruecos y la otra hacia las altas mesetas esteafricanas por el Cuerno de Africa; éstos son los Ateriensis del Paleolítico medio. Más tarde, con un episodio epipaleolítico, probable pariente del Sebiliense de Egipto, otra oleada de cromañoides habría llegado al norte de Africa. Habrían compuesto un núcleo iberomorusiense y otro capsense. Esos grupos, sin duda, se habrían neolitizado *in situ*, para provocar en concreto el Neolítico de tradición capsense, que ocupa, entre otras regiones, el norte del Sáhara. Sin embargo, otros centros subrayan una diversificación importante de las técnicas y las artes. Hay que advertir, en particular, la irradiación vigorosa de los neolíticos de tradición sudanesa y de tradición «guineana», con centros secundarios en Teneré y en el litoral atlántico, al norte de Mauritania<sup>31</sup>. Para algunos autores, el período bubaliano del arte rupestre se debería a «mediterráneos» mal definidos, blancos, dicen algunos, y mestizos, según otros. El período llamado de las «cabezas redondas» se debería a «negroides» que, según unos, fueron mestizados por los pueblos del Cercano Oriente, y que constituirían el Neolítico de tradición sudanesa. El período

<sup>29</sup> Cf. el capítulo 20 de este volumen por J. D. Clark. Algunos autores sugieren una difusión del arte rupestre de Zimbabwe hacia Namibia y El Cabo, y después hacia Transvaal y la región de Orange; finalmente, para el arte policromo evolucionado, de nuevo, de Zimbabwe hacia Namibia, cf. A. R. Willcox, 1963.

<sup>30</sup> El proceso de especialización del que habla J. Ruffie debía de estar ya ampliamente invertido, sobre todo con las mezclas facilitadas por la ecología bastante homogénea del mundo sahariano. Ver, en el capítulo 11, «Razas e historia en Africa».

<sup>31</sup> Cf. H. J. Hugot, 1974, págs. 62 y sigt.

bovidiano sería obra de los antepasados de los peul. Finalmente, la tradición llamada guineana más al sur se dejaría notar hasta en los edificios del acantilado de Tichitt (Mauritania).

Todas esas reconstrucciones —hay que decirlo— siguen siendo muy frágiles y favorecen enormemente a las aportaciones africanas. Se llega incluso a hablar de «clara influencia africana» en un cuadro rupestre del Sáhara... Pero, sobre todo, esas reconstrucciones tienden a establecer equivalencias entre conceptos tan diferentes como los de raza, etnia y tipo de vida y de civilización. Se habla de negros, de blancos, de peul, de africanos, de capsianos y de sudaneses sin precisar, y con razón, la definición de todos esos vocablos. Lhote, por ejemplo, rechaza la influencia de los capsianos en los grabados del período bubaliano<sup>32</sup>. Y, sin embargo, declara que en los grabados del Oued Yerat «no hay un solo perfil auténticamente negroide; todos los que resultan legibles son incuestionablemente europeoides. Por lo tanto, hay que presumir que se trataba de blancos, como se puede creer tras el examen de las figuras del sur de Orán y de Fezzán». «Lástima, me dijo un día un colega sudafricano, que no puedan hablar»<sup>33</sup>.

Sobre los mismos indicadores tan frágiles de morfología antropológica se fundan para atribuir el período de las «cabezas redondas» a los negros, y el período bovidiano a los peul. Pero la identificación racial está fundada frecuentemente también sobre los tipos de vida y las culturas, lo cual es una gran aberración. Los Neolíticos de tradición sudanesa son definidos como «la etnia de los cazadores-pastores llegados del este». Los «rasgos finos, las técnicas pastoriles, los peinados en forma de cimera de las mujeres y la trenza de los cabellos en los hombres» bastan para atribuir todo al arte rupestre que representa esas realidades a los peul, aun cuando estos últimos no manifiesten hoy ningún gusto estético de ese tipo y ni siquiera hayan conservado su recuerdo, como sucede, por ejemplo, entre los san. Aunque todos los «estratos» o niveles y todos los estilos, así como la totalidad de los perfiles antropológicos se superponen ampliamente en los cuadros rupestres. En casi todas las regiones del Africa tropical, aún hoy día es posible reconstruir la gama de todos los perfiles observables en las pinturas del Sáhara<sup>34</sup>, sin tener en cuenta que un pintor «peul» puede haber reproducido danzantes enmascarados como un artista «negro» puede haber representado escenas de vida pastoril, o haber transformado los rasgos de sus héroes y heroínas como lo hacen ciertos pintores senegaleses en nuestros días. ¿Acaso los pequeños san no se representan a menudo grandes, delgados, esbeltos y con anatomías exageradas? Todo arte es convención, y nadie ha visto nunca a un pueblo negro que tenga solamente «cabezas redondas». Por otro lado, la especialización de «agricultores-pastores» ¿era tan pronunciada como hoy?<sup>35</sup>.

H. J. Hugot escribe acertadamente a propósito del neolítico mauritano:

<sup>32</sup> Cf. H. Lhote, 1976, pág. 110.

<sup>33</sup> H. Lhote, 1976, pág. 41.

<sup>34</sup> P. V. Tobias advierte también que todas las tallas y formas de cráneo se encuentran entre los hotentotes de El Cabo.

<sup>35</sup> «Es notable que no conozcamos ningún criterio seguro de distinción entre los hombres del período bubaliano y los del primer período pastoril (bovino I). La existencia de bóvidos casi con toda certeza domesticados desde el período de los bellos grabados naturalistas haría, pues, remontar relativamente bastante atrás la aparición del ganado» (Th. Monod, enero de 1951).

«Cuando los hombres negros de Tichitt llegaron, iban acompañados de sus bueyes». Y en otro lugar escribe que «la fase pastoril media ve llegar elementos negroides. Esa es la gran época bovidiana, con los rebaños de bueyes representados con profusión»<sup>36</sup>. El pastoreo no es, pues, un criterio suficiente. Tampoco lo son las medidas craneológicas o las impresiones subjetivas sobre la calidad de los rasgos. No son las «razas» las que hacen la Historia, y la ciencia moderna no coloca a la raza en los caracteres somáticos superficiales<sup>37</sup>. Todas las «damas blancas» de las pinturas rupestres africanas, como la del Africa del Sur, de la que sólo el rostro es blanco y que recordaba al sacerdote Breuil los frescos de Knossos, que evocan para él «el paso de columnas de prospectores llegados del golfo Pérsico», representan, sin duda, oficiantes, cazadores o muchachas africanas saliendo de las ceremonias de iniciación, como se los puede ver aún hoy día, pintados con caolín blanco; porque ese color es el de la muerte en una personalidad anterior, para llegar a un nuevo estado<sup>38</sup>.

En lo que se refiere a los autores de los cuadros de arte rupestre en el Africa austral, tampoco faltan las controversias. Pero el soporte histórico global está mejor conocido en este aspecto. Se trata de las relaciones entre khoi-khoi y san, en primer lugar, y después entre khoi-san y bantúes. Muchos cuadros reproducen esa dinámica histórica. La comparación estadística de las manos dibujadas poniéndolas sobre la roca corresponde a la estatura de los san. Igual sucede con la esteatopigia, la semierección del sexo, etc.

En cuanto a los grabados del período de los caballos y de los carros, revelan tal período histórico.

Es posible preguntarse si los pintores y grabadores eran pueblos diferentes; los primeros actuaban en los refugios y los segundos en las colinas. Parece que no eran distintos. En efecto, los pintores no podían pintar generalmente al aire libre. Si lo hubieran hecho, sus obras sin duda habrían sido lavadas por la lluvia y habrían desaparecido. En cambio, los grabados se realizaban mejor sobre las doleritas y las diabasas de los «kopje», en las que ofrecían un bello contraste entre la pátina ocre y el interior gris o azul de la roca, lo que no se podía hacer en la calcárea de los refugios. Además, se encuentran a veces pinturas y grabados en el mismo sitio, así como grabados que primero han sido pintados, como en el distrito de Tarkestad. También a veces un mismo convencionalismo estético se encuentra en las dos categorías de cuadros.

## ESTETICA

En el terreno estético propiamente dicho, el arte prehistórico africano se encuentra en las fuentes mismas del arte africano de hoy, cuyas raíces todavía muy

<sup>36</sup> H. J. Hugot, *op. cit.*, págs. 225-274.

<sup>37</sup> Cf. «Razas e historia en Africa», nota del cap. 11.

<sup>38</sup> Para numerosos autores, la «Dama Blanca» de Brabdberg, cuyas reproducciones se apartan del cuadro real, sería en realidad un hombre joven a juzgar por su arco, sus nalgas estrechas y su sexo visible, como sucede frecuentemente entre los san, con el peñe semierguido. En cuanto a su color, hay que advertir también que su rostro no está pintado, sino producido por la propia roca, mientras que su color es rosado de los pies a la cintura y negro a partir de ella. El color, por otro lado, no significa nada. Porque hay elefantes, monos y mujeres pintados de rojo, y hombres de blanco. Cf. A. R. Willcox, 1963, págs. 43-45.

poco exploradas constituyen un prólogo sorprendente. Existe en él una riqueza de estilos cuya progresión se puede seguir casi por las huellas hasta las creaciones estéticas del Africa de hoy día. Africa ha prestado mucho al arte árabe y europeo. Pero también existe en él un viejo fondo, cuya matriz se encuentra en los refugios bajo roca y en las galerías prehistóricas. La pintura está fundada en algunos colores simples, como el ocre rojo, el blanco, el negro, el amarillo y accesoriamente el azul y el verde. Todavía hoy se encuentran esos colores en la paleta cromática de las máscaras y en los adornos de los danzantes.

Se trata de un arte de observación y de atención casi amorosa y a veces reverencial ante lo real. El grabado y la pintura reproducen con mucha perfección ese aspecto, pero no del mismo modo. El buey de Augsburg (Botswana), del que sólo se conserva la parte anterior, resulta de una línea infalible que revela los detalles anatómicos más exactos del hocico, ojos, orejas, pelaje, etc. La jirafa de Eneri Blaka es una auténtica escultura realista gracias al moquetado del pelaje por martilleo en hueco delicadamente apoyado para mostrar el contorno de la cabeza, las aristas zigomáticas, los cuernos, los ojos saltones, los cañones de la nariz, los cascos con su horquilla y la esquirla de sus cuernos. La figura natural brota del dominio y maestría de la incisión que esboza soberanamente el perfil, y del martilleo que afina los detalles interiores, pero también de la presencia de una cría de jirafa que se apoya en su madre con un movimiento de emocionante espontaneidad.

Esa fina observación se encuentra en el fresco de Iheren donde se reproducen sin confundirse nunca —tan impecable es la seguridad de los rasgos— un grupo de dieciséis jirafas mezcladas con gracia, grupos de mujeres engalanadas de viaje a lomos de los bueyes que las transportan, gacelas y antílopes (dorca, dama, oryx, búbalos) respectivamente reconocibles por los cuernos finos, por el pelaje blanco, por los largos cuernos vueltos hacia atrás y por la cabeza alargada. En el mismo panel, una cría de jirafa recién nacida, unida todavía por el cordón umbilical, busca el equilibrio en cuclillas. Un león que aprieta a un cordero entre sus fauces y vigila a hombres armados lanzados en su persecución, mientras que otros corderos huyen velozmente aterrORIZADOS. Un buey se aproxima a una charca para beber, lo que hace saltar a las ranas: es la vibración tornasolada y patética de la naturaleza, con la intrusión del hombre-rey.

Pero el naturalismo del detalle no excluye jamás el recurso a lo esencial, ni tampoco el arte de la composición escénica que revela una especie de aproximación escultural de la pintura. Así, el personaje es presentado en primer plano, dominando a los demás, que están relativamente minimizados, como esos grandes cazadores enmascarados que anonadan con su estatura a las fieras, como el faraón que aterra a sus enemigos o como el *oba* de Benin magnificado por sus súbditos.

El sentido de lo esencial engendra las formas simbolistas que son lo contrario del barroco. Junto a la hechura escultural, dicho sentido da ese ritmo particular que anima tanto al búballo reproducido por un rasgo escueto y rápido, como al rebaño de bueyes de Jabbaren, cuyo pataleo sordo, cálida respiración y mugidos parecen oírse.

## ACTUALIDAD DEL ARTE PREHISTORICO AFRICANO

Este arte, popular y cotidiano, está animado por una pizca de humor que es la ironía sonriente o amarga de la vida. Esotérico, vibra como un fervor místico creado por el estilo o por el pincel del artista y produce entonces algunos de los florones más bellos del arte universal. Eso ocurre con el carnero en el disco solar de Bualem, cuya actitud hierática anuncia el misterio e invita al recogimiento<sup>39</sup>. Esa doble aproximación expresa perfectamente la doble condición del hombre africano de hoy: tan espontáneo y casi trivial en la vida cotidiana, tan grave y tan místico cuando queda transido por el ritmo de una danza religiosa.

En resumen, el arte prehistórico africano no está muerto. Es actual y no lo sería sólo por los topónimos que perduran. Un valle afluente del Oued Yerat, llamado Tin Tehed, o sea, el lugar llamado de la burra, está señalado efectivamente por un bello grabado de asno. Issukai-n-Afella se cree que está habitado por los espíritus (yenum), quizás porque, frente a un montón de piedras formado para los lanzamientos de piedras votivas, se encuentra un ser zoomorfo horrible, que une los atributos del zorro a los de la lechuza, además de un sexo monumental.

Ese arte merecería ser reintroducido, al menos mediante programas escolares en la vida de los africanos que están separados de él por unas barreras franqueadas solamente por los especialistas y los expertos de los países ricos.

Debería ser celosamente protegido de las degradaciones de todas clases que lo amenazan diariamente, porque constituye un patrimonio que no tiene precio<sup>40</sup>. Debería efectuarse un catálogo general para permitir el análisis comparativo.

En efecto, el arte es el hombre. Y en la medida en que el arte prehistórico es un testimonio integral del hombre africano de los orígenes, desde su entorno ecológico hasta sus emociones más nobles, y en la medida en que la imagen es un signo a veces tan elocuente como la escritura, se puede afirmar que el arte parietal africano es el primer libro de historia de ese continente. Pero se trata ciertamente de un testimonio ambiguo e insondable que exige la ayuda de otras fuentes de información, como la paleontología, la climatología, la arqueología, la tradición oral, etc.

Por sí solo, el arte prehistórico no revela más que la parte visible del iceberg. Es la proyección, sobre el cuadro mineral y petrificado de los refugios rocosos, de un escenario vivo para siempre. El arte es espejo y motor. Por el arte prehistórico, el hombre africano ha proclamado a todos los tiempos su lucha encarnizada para dominar la naturaleza, pero también su despegue consciente de esa naturaleza, para acceder a la alegría infinita de la creación y al arrebató del hombre demiurgo.

<sup>39</sup> Es importante que los autores nos señalen en la corte del emperador de Malí, en el siglo XIV, carneros encargados de proteger al rey contra el mal de ojo. Se menciona también al carnero en otras cortes africanas (Méroé, país akan (Ghana), Kouba (Zaire), Kanem (Chad).

<sup>40</sup> En 1947, un decreto del Gobierno argelino ha convertido en parque nacional toda la zona de pinturas y grabados, de Tassili.



# COMIENZOS, DESARROLLO Y EXPANSION DE LAS TECNICAS AGRICOLAS

R. PORTERES\*

J. BARRAU

Durante mucho tiempo, las ideas admitidas sobre los orígenes de la agricultura han sido fuertemente tildadas de etnocentrismo. Se tuvo y a veces todavía se tiende a ver en la cuna cultural y pastoril del Cercano Oriente, centro de la «revolución neolítica», como la define Gordon Childe<sup>1</sup>, no sólo el lugar del nacimiento del cultivo de cereales mayores (trigo, cebada, etc.) y de la cría de ganado (cabra, cordero y luego buey...), bases materiales iniciales de la civilización blanca, sino también el núcleo y centro primario de la civilización sin más, al menos en lo que concierne al «viejo mundo». Sin duda, las investigaciones arqueológicas efectuadas desde la última guerra mundial, sobre todo en el curso de los últimos veinte años, han contribuido a modificar algo este punto de vista estrecho y de cierta suficiencia. Es verdad que han mostrado la importancia del «creciente fértil» en la historia de la agricultura mundial<sup>2</sup>, pero han mostrado también el papel de otras partes del globo en ese cambio importante en la historia de los hombres: la *producción* de artículos que hasta entonces no habían sido objeto más que de una *apropiación* en el entorno natural. Así apareció más claramente la significación de los inventos culturales y de las domesticaciones vegetales en América<sup>3</sup>, o también la relativa anterioridad del centro original

---

\* Roland Porteres, profesor en el Museo Nacional de Historia Natural, de París, murió el 20 de marzo de 1974. Encargado por el Comité Científico Internacional para la Redacción de una Historia General de África para confeccionar este capítulo sobre los orígenes y el desarrollo de las técnicas agrícolas, realizó un esbozo de él como una de sus últimas tareas. La obra quedaba, pues, inacabada y, basándome en numerosas publicaciones de Roland Porteres, en sus notas y en las frecuentes conversaciones que mantuvimos sobre este tema, me he esforzado en llevar a buen término este trabajo, procurando ser fiel al interés apasionado que Porteres sentía tanto por la fascinante naturaleza de África como por sus países, pueblos y civilizaciones. Por imperfecta que sea, esta contribución a su obra quiere ser un homenaje rendido al maestro y amigo que tanto hizo por un mejor conocimiento de la agricultura y de las plantas cultivadas del continente africano.—Jacques Barrau.

<sup>1</sup> 1942 (revisado en 1954).

<sup>2</sup> Ver, por ejemplo, R. J. Braidwood, 1960.

<sup>3</sup> Ver a este respecto, por ejemplo, R. S. Macneish, 1964.

agrícola del sudeste asiático tropical<sup>4</sup>, o, en fin, la contribución africana a la historia de esa agricultura mundial.

Sin embargo, hace ya casi medio siglo que el célebre agrónomo y genético ruso N. I. Vavilov<sup>5</sup> había reconocido la existencia de centros de origen de plantas cultivadas en Africa y, más tarde, uno de sus colaboradores, A. Kuptsov<sup>6</sup>, señalaba que había en Africa *centros agrícolas primarios*. Varios años después, uno de nosotros dos precisaba la localización, el número y el papel de esos centros<sup>7</sup>.

Los prejuicios coloniales y un desconocimiento del origen de varios cultígenos africanos y, más en general, de la prehistoria del continente, habían hecho, no obstante, que durante mucho tiempo se minimizase y hasta se ignorase la misión desempeñada por Africa en el desarrollo de la agricultura, de sus técnicas y de sus recursos.

Esa situación ha cambiado considerablemente, y desde hace algunos años se manifiesta un gran interés por el estudio de los orígenes de la agricultura africana, como lo testimonian, por ejemplo, los estudios publicados en 1968 por *Current Anthropology*<sup>8</sup> y los numerosos comentarios que han suscitado. Hay que citar también, a este respecto, los estudios reunidos por J. D. Fage y R. A. Oliver<sup>9</sup> o también, más recientemente, la contribución de W. G. L. Randles a la historia de la civilización bantú<sup>10</sup>. Pero, antes de intentar una breve síntesis de los conocimientos sobre la prehistoria y la historia agrícola de Africa, conviene describir a grandes rasgos el marco ecológico en que ha tenido lugar.

## ENTORNOS NATURALES Y ORIGENES DE LA AGRICULTURA AFRICANA

Es evidente que los orígenes, la diversificación y el desarrollo de las técnicas agrícolas han estado en estrecha relación con las condiciones (clima, hidrografía, relieve, suelos, vegetación, tipos de plantas originalmente utilizados, naturaleza de los alimentos proporcionados por ellas, etc.) de los entornos naturales en que aquéllos se situaban. Aunque esos factores constituidos por los entornos naturales han desempeñado un papel importante y hasta preponderante, en la génesis de los cultivos y del pastoreo, sin embargo, no han sido los únicos en intervenir, porque esos procesos implicaban también hechos de cultura o de civilización.

En efecto, incluso en las edades preagrícolas y en las de los orígenes agrícolas, los hombres, en el transcurso de migraciones y desplazamientos, han transportado consigo su utillaje, sus técnicas, sus modos de percepción y de interpretación del entorno, de sus modos de preparar y de utilizar el espacio, etc. También llevaban toda una serie de actitudes y de comportamientos engendrados por las

<sup>4</sup> Ver J. Barrau, 1975.

<sup>5</sup> N. I. Vavilov, 1951, 1-6.

<sup>6</sup> A. Kuptsov, 1955, y C. D. Darlington, 1963.

<sup>7</sup> Ver R. Porteres, 1962.

<sup>8</sup> O. Davies, *The origins of agriculture in West Africa*; H. J. Hugot, *The origins of agriculture: Sahara*; D. Seddon, *The origins and development of agriculture in East and Southern Africa*.

<sup>9</sup> J. D. Fage y R. A. Oliver, 1970.

<sup>10</sup> W. G. L. Randles, 1974.

relaciones con la naturaleza en sus hábitats iniciales. Así, mientras que Europa apenas emergía del Paleolítico, el cultivo de los vegetales y la cría de ganado estaban ya bien establecidos en el Cercano Oriente, donde aparecían las primeras villas; ahora bien, de tal Cercano Oriente es de donde llegaron a esa Europa un poco retrasada los inventos técnicos e ideologías concomitantes que iban a permitir también ahí una «revolución neolítica» fundada sobre la agricultura y la ganadería.

Se produjeron fenómenos comparables de difusión o de intercambio en otras partes del mundo, y por supuesto en África, en razón de las migraciones humanas que llegaban hasta allí o de allí partían, o que se produjeron en su seno.

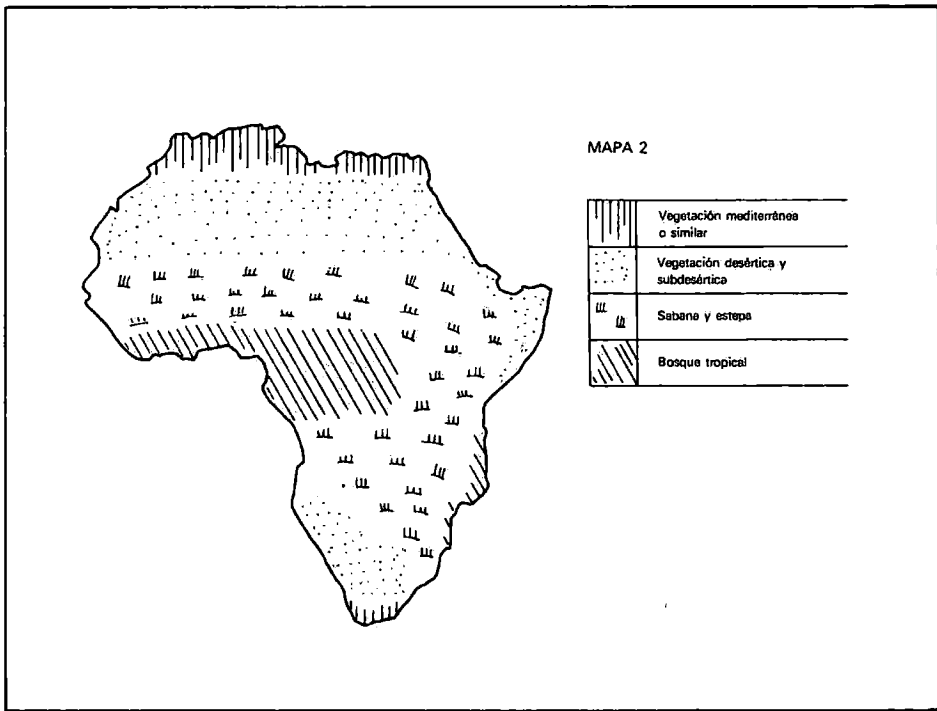
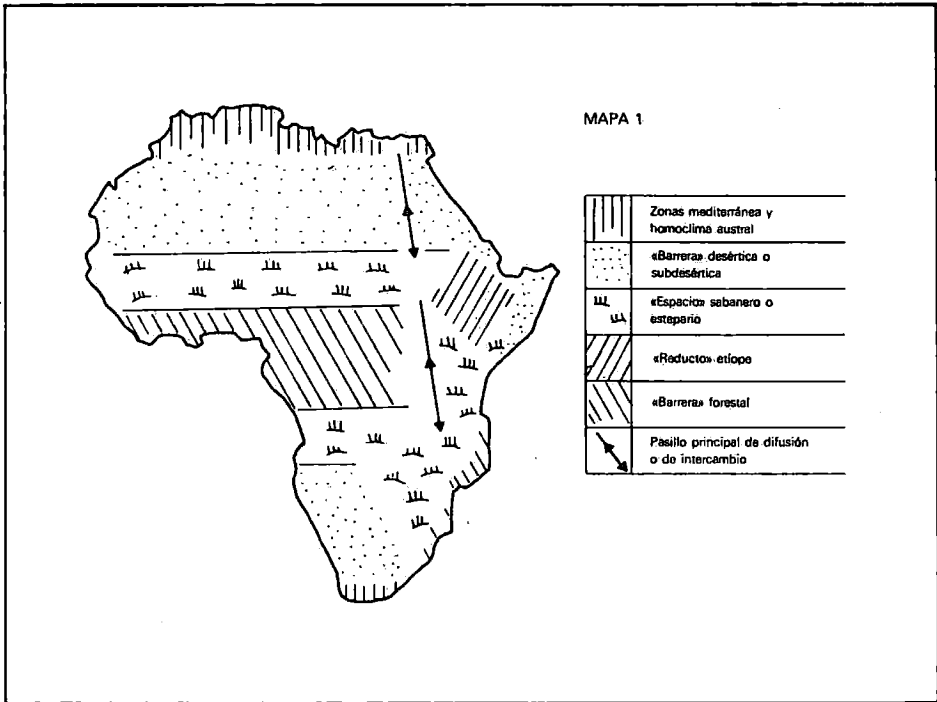
En primer lugar, es importante, sin embargo, observar bien lo que han supuesto las invenciones en el cultivo y el pastoreo, así como la domesticación de plantas y animales: primero, ese paso de la *apropiación* (recolección, caza...) a la *producción* (cultivo, ganadería...). El hombre se liberó así, progresiva y parcialmente, de las obligaciones impuestas por los ecosistemas de los que él formaba parte y en los que, hasta esa aparición de la agricultura y la ganadería, vivía casi la vida «biocéntrica» de otros organismos sometidos al curso normal de las cosas y de la naturaleza.

Ese cambio fundamental que fue el nacimiento de la agricultura y de la ganadería se tradujo en adaptaciones humanas a diversos entornos naturales que permitían hacer producir a complejos biológicos mayor cantidad u otro nivel que los que éstos últimos proporcionaban naturalmente. Como consecuencia del hombre cultivador o ganadero, hubo, pues, una transformación más o menos profunda de los entornos naturales, así como la orientación en cantidad y calidad de sus producciones.

Pero, sea cual sea el dominio del hombre sobre los elementos de esos entornos naturales, no pudo de repente ni por completo liberarse de todas sus coacciones. Hay que considerar también, en primer lugar, las de sus características, que pudieron desempeñar un papel preponderante en la prehistoria e historia agrícolas. En el caso del continente africano, tenemos que bosquejar a grandes rasgos un esbozo del medio ambiente: África parece dividida en anchas franjas latitudinales, ecológicamente diferenciadas y simétricamente dispuestas a una y otra parte del ecuador.

Como advierte Randles (*op. cit.*), algunas de esas franjas han podido desempeñar el papel de *barreras* con relación a las corrientes de difusión norte-sur: ese es el caso del Sáhara, del gran bosque ecuatorial, de la «estepa» tanzana y del desierto del Kalahari. Otras, en cambio, abrían sus *espacios* a esas corrientes que podían encontrar allí «nichos» favorables: ese es el caso de las sabanas del norte y del sur. Randles observa, no obstante, que alguna de las *barreras* citadas con anterioridad no era en absoluto infranqueable, habiendo permitido manifiestamente el Sáhara y el gran bosque, por ejemplo, cierta circulación humana.

En África, la latitud no es de ninguna manera lo único que permite una delimitación sumaria de grandes zonas ecológicas. El relieve y, por tanto, la altitud llegan a interferir en África; así, el dorsal Zaire-Nilo separa las tierras altas del este africano de la penillanura del oeste africano, estando este último dividido por un pequeño eje elevado que va de la isla Príncipe hasta el Chad.



- *Mapa 1: Zonación ecológica latitudinal.*
- *Mapa 2: Diferentes ecosistemas.*

En esa división en zonas ecológicas latitudinales del continente africano hay, pues, excepciones, la más importante de las cuales puede ser la de las altas tierras que se extienden paralelamente al «Rift», desde el norte del lago Victoria a los montes Munchinga y que, para citar también a Randles, forman un estrecho pasillo salubre que permite franquear la «*barrera ecuatorial*» (mapa 1). Y después está el «reducto» etíope de cuyo papel en el origen africano de las plantas cultivadas hablaremos más adelante.

Si cambiamos ahora esos diversos datos, aunque sean muy sumarios, vemos que Africa comprende al norte, al este y al sur, en torno a un núcleo forestal, una zona casi semicircular de sabanas y «estepas», y luego, al norte y al sur, dos zonas áridas: el Sáhara y Kalahari; finalmente, en los extremos norte y sur, dos estrechas zonas casi homoclimáticas, que esquematizándolas mucho se podrían llamar «mediterráneas» en el sentido climático del término, naturalmente, aunque existan algunas originalidades ecológicas en el Africa del extremo sur (mapa 2). Partiendo del «centro» forestal ecuatorial e ignorando las regiones litorales, tenemos, pues, esquemáticamente un gradiente desde lo más húmedo a lo más seco; desde «ecosistemas generalizados» del tipo «bosque tropical húmedo» hasta «ecosistemas» más «especializados» de los tipos «sabana», «estepa» y vegetación de los desiertos<sup>11</sup>.

A propósito de los desiertos y más en concreto del Sáhara, hay que recordar que no siempre han sido áridos. Se practicó allí la agricultura y la ganadería, y diversos autores<sup>12</sup> han sugerido que los centros de cultivo y de ganadería han podido estar situados en esas zonas.

Volvamos, no obstante, al esquema ecológico del continente africano que acabamos de ofrecer. Nos parece que es posible imaginar que, en los tiempos antiguos preagrícolas, en el *ecosistema generalizado* de la gran selva tropical, fueron practicadas primeramente formas de recolección y de caza comparables, en algunos detalles casi tecnológicos, a aquéllas aún practicadas en nuestros días por los pigmeos. Se advertirá que los recursos alimenticios, vegetales y animales, en semejantes *ecosistemas*, son tan diversos y abundantes como los componentes de sus *biocenosis*.

Las observaciones que hemos podido hacer sobre la economía alimentaria de los grupos pigmeos nos han mostrado que esos recursos, habida cuenta de la densidad de tales poblaciones forestales, estaban incluso en condiciones de asegurar su subsistencia sin que a ellos les costase un excesivo trabajo.

La misma comprobación puede realizarse, por otro lado, en el caso de los recolectores-cazadores en *ecosistemas* más *especializados* en las regiones áridas o subáridas, como los san kung del Kalahari, estudiados por R. B. Lee<sup>13</sup>. Pero, en su caso, los recursos son, no obstante, menos diversos y el aprovisionamiento de agua es un factor que pone límites: debido a su pronunciada variación estacional se da subexplotación de esos recursos que sólo son utilizados en función de la proximidad de los puntos de agua.

<sup>11</sup> Sobre los términos *ecosistema especializado* y *ecosistema generalizado*, ver D. Harris, 1969.

<sup>12</sup> Por ejemplo, A. Chevalier, 1938; H. J. Hugot, *op. cit.*; y J. J. Hester, 1968.

<sup>13</sup> R. B. Lee, 1966.

Volviendo al pasado africano preagrícola, recordemos que después del final del Pleistoceno, se produjo una fase húmeda, el Makaliense (– 5500 a – 2500), que facilitó los contactos entre el litoral mediterráneo y las regiones al sur del Sáhara, mientras que el estado de las corrientes de agua y de los lagos hacía posible, hasta en el centro del continente, un desarrollo de la pesca, a la vez que la relativa sedentarización de las poblaciones que allí se daba era condición propicia para un paso progresivo a la producción agrícola<sup>14</sup>. Al mismo tiempo, por otro lado, pudieron producirse algunas difusiones partiendo de los centros agrícolas próximo-orientales y mediterráneos; tales centros aceleraron, sin duda, ese proceso<sup>15</sup>.

Además, desde el Pleistoceno final, o sea, entre – 9000 y el comienzo del Makaliense, parece que existieron en el continente africano centros privilegiados de recolección relativamente intensiva que, sin duda, permitieron relativas concentraciones de poblaciones humanas. Ese fue el caso de la superficie intermedia en la periferia del núcleo forestal ecuatorial, de las mesetas herbosas del este africano y de los alrededores de los lagos y corrientes de agua importantes, entre las que está el Nilo, así como las regiones litorales al norte y al sur del continente<sup>16</sup>.

Dichas zonas de transición, principalmente esa superficie intermedia bosque-sabana fueron mucho más tarde «nichos» privilegiados para los desarrollos culturales y, por esa causa, para algunas de las civilizaciones africanas; Randles (*op. cit.*) observa, a este respecto, que «en los límites de las dos sabanas (sahel y orillas del bosque) es donde se sitúan las civilizaciones bantúes más prestigiosas».

Ahora debemos considerar con más detalle las posibilidades de domesticación vegetal que ofrece el continente africano y la lógica ecológica que exige que sean considerados en primer lugar esos *productos primarios* que son las plantas.

## EL ORIGEN AFRICANO DE ALGUNAS PLANTAS CULTIVADAS

Las ciencias de la naturaleza sólo se han preocupado relativa y recientemente del origen de las plantas cultivadas. En efecto, si se exceptúa la importante obra de A. de Candolle sobre este tema, publicada en 1883, sólo con los trabajos del genético soviético N. I. Vavilov y de su equipo, recién acabada la Revolución de Octubre de 1917, se desarrolló un enfoque sintético, a escala mundial, de esa cuestión de una importancia fundamental en la historia de la Humanidad: el aprovechamiento de los entornos naturales y la gestión de sus recursos<sup>17</sup>. Combinando el examen detenido y sistemático de los datos florísticos y fitogeográficos con inventarios agrobotánicos y estudios genéticos, Vavilov y sus colaboradores, sobre la base de la variabilidad de las plantas cultivadas, recono-

<sup>14</sup> Respecto a esa sedentarización de los pescadores en sus relaciones con los orígenes de la agricultura, ver C. O. Sauer, 1952.

<sup>15</sup> Ver, a este respecto, J. Desmond Clark, 1970.

<sup>16</sup> Ver J. Desmond Clark, 1970.

<sup>17</sup> Sobre la obra, muy amplia, de N. I. Vavilov, ver 1951, *op. cit.*

cieron la existencia de ocho *centros de origen de plantas cultivadas* (de los que, según Vavilov, tres centros son secundarios, es decir, vinculados a centros regionales importantes). Uno sólo de esos centros, el *Abisinio*, está situado en Africa, mientras que otro, el *Mediterráneo*, interesa parcialmente al continente africano (Africa del norte, Egipto), presentando afinidades con el vasto e importante *centro próximo-oriental* en que, entre otras plantas cultivadas aparecieron, como hemos dicho, cereales mayores (trigo, cebada, centeno...).

En lo que se refiere a Africa, existía allí, sin embargo, un progreso sensible con relación a las conclusiones de Candolle (*op. cit.*) quien no concedía a la agricultura y a los vegetales domésticos más que tres principales centros iniciales: China, Sudoeste asiático (con prolongación egipcia) y América.

La contribución de Vavilov al conocimiento del origen de las plantas cultivadas fue también muy importante en el plano teórico, porque puso en evidencia el hecho de que en el origen de una planta cultivada había que distinguir un *foco o centro de derivación primaria* caracterizado por una gran diversificación de las formas de la planta, con manifestación mayoritaria de *caracteres dominantes*, y unas áreas de *variación secundaria* con abundancia de caracteres recesivos, ocultos en el centro de primera variación.

La localización y distribución geográfica de esos diversos centros de variación permite determinar la de una *cuna agrícola*, y, si las áreas de esos focos se superponen en todo o en parte, se puede creer con fundamento que, en esa zona de coincidencia, algunas civilizaciones han ejercido durante mucho tiempo sus actividades domesticadoras y transformadoras respecto a los vegetales en cuestión.

Precisemos otro punto de importancia: el *centro de origen botánico* de una especie vegetal cultivada no coincide necesariamente con esas áreas de variabilidad unidas a las intervenciones humanas sobre el material vegetal; en otros términos, la zona ocupada por los posibles parientes salvajes de un cultígeno se distingue frecuente y claramente de aquella o aquellas en las que tuvieron origen, debido al hombre, la aparición de ese cultígeno, vegetal salido de la domesticación y de la selección, y su diversificación. Eso tiene, al menos, una razón: en los tiempos antiguos, la de un traslado frecuente fuera del hábitat de los padres salvajes utilizados por simple recolección<sup>18</sup>.

En lo que se refiere al continente africano, uno de nosotros dos ha podido contemplar el cuadro trazado por Vavilov<sup>19</sup>. Así se ha podido observar que, además del *foco abisinio* y la parte africana del *foco mediterráneo*, había también un *foco africano* y un *foco esteafricano*, pudiendo este último ser una promulgación del *foco abisinio* en las tierras altas ecuatoriales<sup>20</sup>.

Recapitulando y resumiendo los datos relativos a esos dos focos o centros en lo que se refiere al origen y la diversificación de las plantas cultivadas, tenemos el cuadro siguiente:

<sup>18</sup> Ver J. Barrau, 1962.

<sup>19</sup> Ver R. Porteres; 1950, 9-10; 1951, 239-240.

<sup>20</sup> Ver también, a este respecto, R. Schnell, 1957.

### *Centro mediterráneo (pro-parte)*

A ese centro corresponde todo un grupo de plantas cultivadas características de las regiones mediterráneas cuyos cereales (trigo y orgo, principalmente) y leguminosas de semillas comestibles (*Cicer*, *Lens*, *Pisum*, *Vicia*...) muestran las afinidades de ese centro con el del Cercano Oriente. Allí se encuentra también el grupo de los «cultígenos» mediterráneos entre los que está el olivo (*Olea europea* L.) y el algarrobo (*Ceratonia siliqua* L.). Algunas de esas plantas son propias, no obstante, de Africa, como el arganero, *Argania sideroxylon* Roem., árbol marroquí que proporciona aceite y goma de argán. A ese centro pertenece Egipto, cuyos vínculos con el centro próximo-oriental son evidentes y cuya influencia en la historia de la agricultura y de la ganadería en el Africa septentrional fue importante. Esa zona comparte con el Cercano Oriente sirio el origen de una planta de interés económico cierto, el bersim' o trébol de Alejandria, *Trifolium alexandrinum* L. Aunque esa parte africana del centro mediterráneo no ha desempeñado un papel directo en la historia agrícola del Africa tropical, ha influido, sin embargo, profundamente en el Sáhara, cuando éste conoció una fase climática más favorable a los desarrollos de los cultivos y de la ganadería<sup>21</sup>.

### *Centro abisinio*

En él se encuentran afinidades «cultigénicas» con el centro próximo-oriental (clases de trigo, cebada, leguminosas de los tipos *Cicer*, *Lens*, *Pisum*, *Vicia*...) y con los centros propiamente africanos (*Sorghum*...) de los que trataremos más adelante. Además está claro que plantas originarias del Asia tropical transitaron por ese centro en su penetración por Africa. Ese Centro abisinio tiene, no obstante, «cultígenos» característicos, como el cafetal de Arabia (*Coffea arabica* L.), el platanero tropical abisinio' (*Musa ensete* I. F. Gmelin), el tef (*Eragrostis abyssinica* Schrad.) y el *Guizotia abyssinica* (L. f.) Cass, o *niger* de semillas oleaginosas.

### *Centro esteafricano*

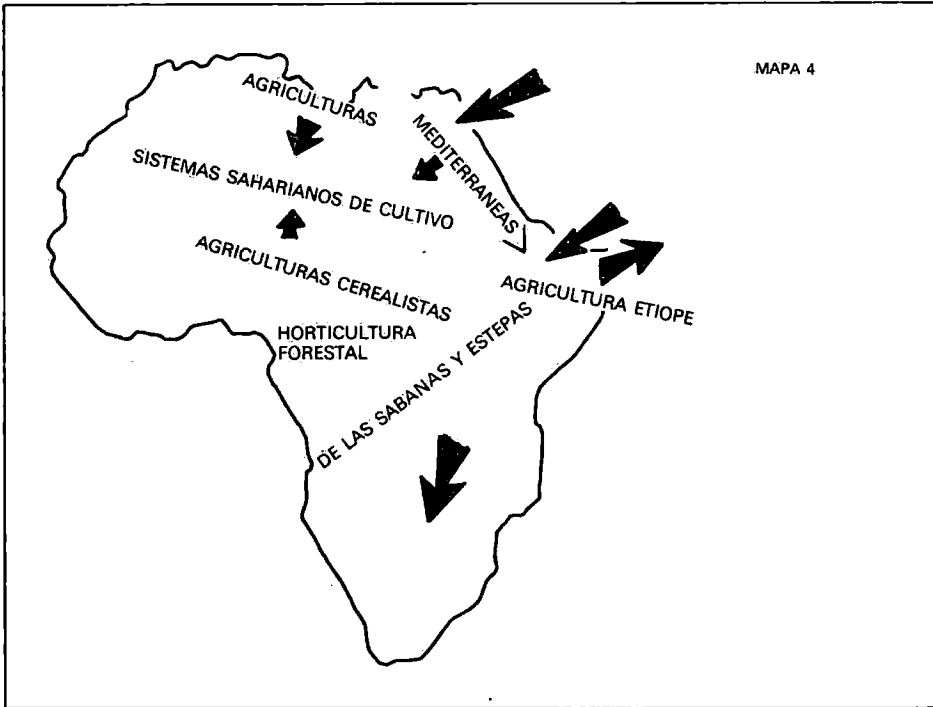
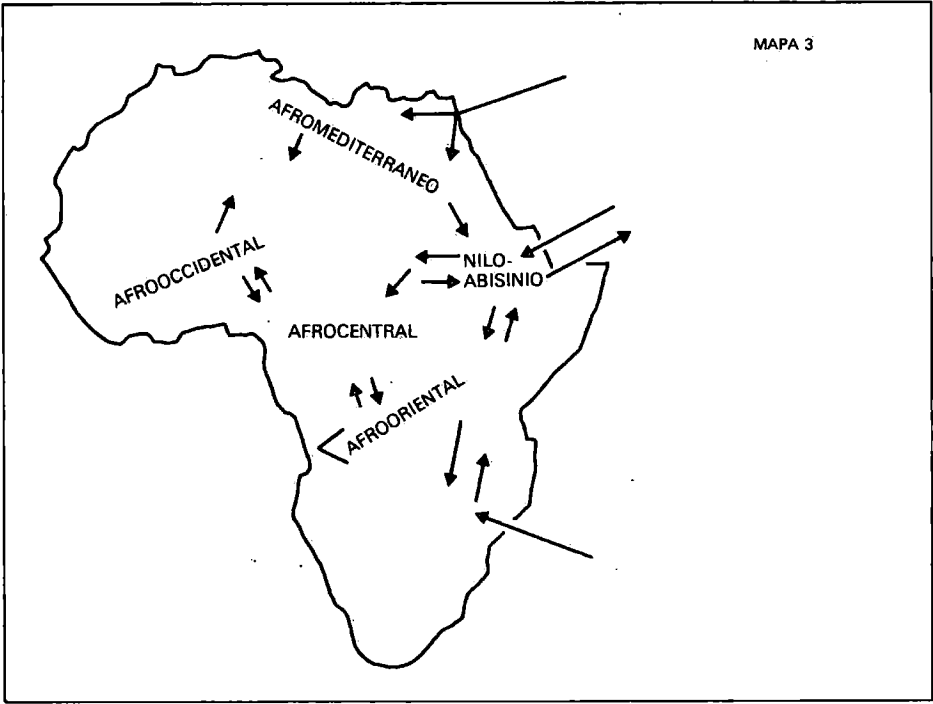
Está caracterizado por clases de sorgo diferenciadas partiendo del *Sorghum verticilliflorum* Stapf., de los mijos-peniciliares, los mijos, como el *Eleusine coracana* Gaertn, los sésamos...

### *Centro oesteafricano*

Allí se encuentra el origen de diversas clases de sorgo derivadas del *Sorghum arundinaceum* Stapf., de los mijos-peniciliares, como los *Pennisetum pycnostachyum* Stapf. y Hubb., o también el *P. Gambiense* Stapf y Hubb., de los mijos-

<sup>21</sup> Ver, a este respecto, J. Desmond Clark y H. J. Hugot, *op. cit.*





- *Mapa 3: Los centros agrícolas africanos.*
- *Mapa 4: Esbozo de geocultivo africano.*

digitarios, como el *iburu*, *Digitaria iburua* Stapf. y el *fonio* *D. exilis* Stapf., o también diversos tipos de arroz sobre los que hablaremos más adelante<sup>22</sup>. En ese centro, en realidad, se pueden distinguir dos grandes sectores: tropical y subecuatorial respectivamente, y en el sector tropical, varios subsectores (senegambiense, nigeriano-central, chadiano-nilótico), caracterizado cada uno de ellos por plantas cultivadas particulares, cereales principalmente, pero asimismo por plantas de tubérculos (el *Coleus dazo* Chev., principalmente) o por plantas oleaginosas, como el *Butyrospermum parkii* (Don.) Kotschy (conocido también por los botánicos con el nombre de *Vitellaria paradoxa* Gaertner).

Al sector subecuatorial de ese *centro oesteafriano* corresponden sobre todo ñames (*Dioscorea cayenensis* Lamk., *D. Dumetorum* Pax, *D. rotundata* Poir.), pero también plantas de semillas oleaginosas (*Elais guineensis* Jacq., *Telfairia occidentalis* Hook, f., ...), y plantas estimulantes (*Cola nitida* A. Chev.). En realidad, ese centro se prolonga en el África central, como, por otro lado, lo hacen las áreas de distribución de ciertos tipos de vegetales anteriormente citados (*Cola*, *Coleus*, *Elaeis*...). Además allí se encuentra el origen del «guisante de tierra», el *Voandzeia subterranea* Thon., otra leguminosa geocarpa africana, la *Kerstingiella geocarpa* Harms., que pertenece al *centro oesteafriano*.

Nos parece que tanto al este como al sur inmediatos al núcleo forestal ecuatorial, existió inicialmente un complejo cultigénico comparable al que acabamos de describir para el *centro oesteafriano* y que de algún modo se prolongaba en una franja que cubría ese núcleo forestal, bordeando a su paso el *centro esteafriano* y ocupando casi la zona periforestal de recolección más intensiva de la que hemos hablado anteriormente<sup>23</sup>.

## LOS «CENTROS» AGRICOLAS

Los datos precedentes habían llevado<sup>24</sup> a considerar la existencia de cierto número de *centros agrícolas* en el continente africano, *centros* cuya lista podemos hoy reconsiderar examinándolos de norte a sur (mapa 3) como sigue:

— El *centro afromediterráneo*, desde Egipto a Marruecos, que influenció al Sáhara agrícola y ganadero e intercambió indiscutiblemente, vía Egipto, influencias con el *centro próximo-oriental*.

— Al oeste, el *centro afrooccidental*, con sus sectores tropical y subecuatorial.

— Al este, el *centro niloabisinio*, con dos sectores: nilótico y abisinio.

— El *centro afrocentral*.

— Al este de este último, el *centro afrooriental*, prolongándose hacia el oeste hasta Angola.

Más al sur, parece que los recolectores, alentados sin duda por recursos suficientes, pero protegidos también por la aridez del Kalahari, resistieron

<sup>22</sup> Ver R. Porteres, 1962, *op. cit.*

<sup>23</sup> Ver D. Seddon, 1968, *op. cit.*

<sup>24</sup> Ver R. Porteres, 1962, *op. cit.*



- 2
- 1. Hornos de roza después de la combustión. Futa Djalon: Pita, Timbi-Madina, fot. R. Porteres.
  - 2. Labor realizada en Kadyendo por los dyula de Oussouye (Casamance) preparando el cultivo de los arrozales, fot. R. Porteres.

durante mucho tiempo el avance de los cultivos y de la ganadería partiendo de los centros que acabamos de describir, particularmente a partir del afrooriental<sup>25</sup>.

### CENTRO HORTICOLA Y CENTRO AGRICOLA

En realidad, ese concepto de centro puede tener el inconveniente de dar, en materia de prehistoria y de historia agrícolas, la impresión de un «patchwork». Ahora bien, a la luz de lo que precede, nos parece posible separar un conjunto más coherente:

a) Al núcleo forestal central, ecosistema «generalizado», corresponde un centro «vegecultor» (para emplear el desacertado término inventado por R. J. Braidwood y C. A. Reed)<sup>26</sup>, que nosotros preferimos llamar *centro hortícola*, en el que, no obstante, la productividad de la recolección en entorno forestal permite que aquél persista. Se notará aquí que el potencial vegetal domesticable de ese centro era menos importante que los de los bosques tropicales húmedos de Asia o de América.

b) Al borde de las sabanas de ese núcleo forestal, *ecosistema* más *especializado*, corresponde un *centro agrícola* cerealista que se extiende desde el África del oeste hasta la del este y se prolonga hacia Angola.

Al norte, en la parte mediterránea del continente africano, se deja sentir claramente, vía Egipto, la influencia agrícola cerealista de la Mesopotamia próximo-oriental; cuando el Sáhara era cultivable, experimentó también esa influencia, lo que podría explicar ciertas difusiones hasta el sur del actual desierto, así como otras hacia el nordeste de aquéllas, partiendo del África subsahariana.

La influencia mesopotámica es también sensible en el «reducto» etíope que, sin embargo, presenta también afinidades con el *centro agrícola* de las sabanas y estepas y tiene sus propias características cultigénicas.

Lo que diferencia al *centro agrícola* del *centro hortícola* es el predominio en este último, de una parte, de plantas de tubérculos multiplicadas por vía vegetativa y, de otra, el de prácticas de cultivos que competen a la jardinería: en el campo, el *ager* de las sabanas y de las estepas, se opone, de algún modo, al jardín-vergel y al *hortus* del bosque y de sus orillas.

En el conjunto africano, la azada y la estaca para cavar, así como sus variantes, caracterizan el utillaje de cultivo, pero, a través de Egipto y Etiopía, el arado se ha abierto camino en una parte del *centro agrícola* cerealista.

### CLASES DE SORGO Y ARROZ

En contraste con ese *centro hortícola* del bosque tropical, en *ecosistema generalizado*, el *centro agrícola* africano, en el *ecosistema* relativamente especializado de las sabanas y de las estepas, está caracterizado por:

<sup>25</sup> Ver D. Seddon, 1968, *op. cit.*

<sup>26</sup> R. J. Braidwood y C. A. Reed, 1957.

— la utilización predominante de la producción de las plantas cultivadas por vía sexual (semillas sembradas);

— la importancia de los cereales en el complejo alimentario vegetal.

Las agriculturas que se han desarrollado en ese centro practican un «tratamiento masivo» de los vegetales, oponiéndose al «tratamiento individual» de las horticulturas en el centro forestal. Las civilizaciones del *centro agrícola* han extendido indudablemente sus campos a expensas del bosque cuando lo han encontrado en el curso de su expansión territorial. Ese expansionismo agrícola, por otro lado, ha debido desempeñar un papel en el proceso de sabanización. En términos ecológicos, estos últimos corresponden a una «especialización» de *ecosistemas* originalmente generalizados. Todo ocurre, pues, como si esas civilizaciones agrícolas hubieran adaptado así el entorno natural a sus técnicas o, mejor, a su modo de percepción de ese entorno. En esa penetración de las agriculturas en el medio forestal, también han podido producirse desadaptaciones más o menos pronunciadas: por ejemplo, allí ha podido haber abandono de cereales en provecho de cultivos alimenticios característicos de los entornos forestales, e incluso —la hipótesis no puede ser descartada— hasta la eventual adopción de plantas de recolección, como bases de subsistencia por cultivadores de la sabana obligados en otros tiempos, en el curso de sus migraciones, a la vida en entorno forestal.

Lo cual no quiere decir que los cereales sigan siendo las características de las agriculturas sabaneras y «esteparias». Entre esos cereales y a pesar de las originalidades cerealistas de los diversos *centros del foco agrícola*, uno, el sorgo (*Sorghum sp.*) o «mijo grueso», aparece como el rasgo cultigénico común al conjunto de ese centro.

El origen de ese sorgo, o más bien de esas clases de sorgo, fue durante mucho tiempo objeto de opiniones algo contradictorias<sup>27</sup>, pero parece que las clases de sorgo cerealista son originarias de África y que, en el seno del *centro agrícola* africano, han tenido en realidad orígenes independientes que vamos a enumerar:

— A la especie salvaje *Sorghum arundinaceum* Stapf., cuya área cubre la zona tropical húmeda que se extiende desde Cabo Verde hasta el océano Indico, corresponde la serie de las clases de sorgo cultivadas del oeste africano: *S. Aterrimum* Stapf., *S. nitens* Snowd., *S. drummondii* Millsp. y Chase, *S. margaritiflorum* Stapf., *S. guineense* Stapf., *S. gambicum* Snowd., *S. exsertum* Snowd...

— A la especie salvaje *S. verticilliflorum* Stapf. del este africano, desde Eritrea hasta el África sudoriental, corresponden dos grupos de sorgo cultivados: uno del sudeste africano, el del sorgo «Kafir»: *S. caffrorum* Beauv., *S. coriaceum* Anowd., *S. dulcicaule* (sorgo dulce); y el otro, nilochadiano, desde el Sudán nigeriano hasta Eritrea, con los *S. nigricans* Snowd. y *S. Caudatum* Stapf.

— A la especie salvaje *S. aethiopicum* Rupr., de Eritrea y Abisinia, corresponden el *S. rigidum* Snowd., del Nilo Azul, el *S. Durra* Stapf., cultivado desde el Chad hasta la India y en todas las zonas subdesérticas, el *S. cernuum* Host., el *S. subglabrescens* Schw. y Asch., de las regiones nilóticas, y el *S. nigricum*, del delta central nigeriano.

<sup>27</sup> Ver R. Porteres, 1962, *op. cit.*



● *El Soung o reja entre los seereer gnominka; pescadores-arroceros de las islas de Pequeña Costa de Senegal. Es utilizada para las labores y la formación de caballones de las tierras fuertes de los arrozales sobre manglares. Corresponde al Kadyendo de los dyula bayyot, de Casamance; al kofi o kop de los baga, de Guinea litoral, fot. R. Porteres.*

Notemos de paso la presencia en el subsector nigeriano central, sector tropical del centro afrooccidental (ver anteriormente), de un sorgo cultivado particular, el *S. Mellitum* Snowd. var. *mellitum* Snowd., que, debido a su riqueza en azúcar, sirve para la preparación de una bebida alcohólica<sup>28</sup>; diversas clases de sorgo se utilizan, por otro lado, para preparar la «cerveza de mijo».

Entre esos diversos grupos de sorgo cultivado, existen relaciones como lo testimonia la existencia de los *S. conspicuum* Snowd. (de Tanganica a Zimbabwe y Angola) y *S. roxburghii* Stapf. (Uganda, Kenia, Zimbabwe, Africa del Sur) que parecen salidos de cruzamiento entre clases de sorgo emparentadas unas con el *S. arundinaceum* y otras con el *S. vesticilliflorum*.

Entre los sorgos citados, uno, el *S. durra*, merece una atención particular, debido a su vasta distribución: desde el Sudán oriental hasta Asia menor y la India, y desde Mesopotamia hasta Irán y Gujerat.

Lo que precede muestra perfectamente la importancia de esos cereales en la flora económica del centro agrícola de las sabanas y estepas africanas, importancia cuya significación sobrepasa, por otro lado, el marco del continente africano, puesto que algunos de los *Sorghum* domesticados en dicho continente llegaron, hace mucho tiempo, a otras regiones del mundo.

Desde entonces, Africa nos surge mejor, a la vez, como un conjunto de centros de cultivos originales y como un mosaico de centros de origen de plantas cultivadas, algunas de las cuales tienen importancia económica a escala mundial.

La originalidad de los cultivos de Africa tiene otros aspectos: uno, y no de los menores, es el de su cultivo del arroz. Este cultivo estuvo, en efecto, fundado originalmente en clases de arroz propiamente africanas que merecen atención. Son propias del centro afrooccidental, del que hemos hablado con anterioridad, y más exactamente del subsector nigeriano central (centro primario) y del subsector senegalogambiense (centro secundario).

Ya en la antigüedad, Estrabón habló de un cultivo de arroz africano y, en el siglo XIV, Ibn Battūta subrayó que el Níger producía arroz<sup>29</sup>. Esos testimonios fueron ignorados frecuentemente y durante mucho tiempo se creyó que el cultivo del arroz en Africa tenía como origen el arroz asiático (*Oryza sativa* L.). Sólo hacia 1914 se tomó verdadera conciencia de la existencia de un arroz específicamente africano, el *O. glaberrima* Steudel, de panículas rígidas, erguidas, y de cariósides oscuras o rojas, arroz cosechado por recolección, pero también producido por cultivo y que parece emparentado con el *O. breviligulata* A. Chev. y O. Roer, que se encuentra en buena parte del Africa tropical.

Si nos referimos a lo que dijimos anteriormente sobre los trabajos de N. I. Vavilov, encontraremos, a propósito de ese arroz africano, una ilustración del esquema propuesto por ese agrónomo y genético en cuanto al origen de las plantas cultivadas: un área muy amplia del parentesco salvaje: máximo de variación del arroz africano con mayoría de caracteres dominantes en el delta central nigeriano (centro primario); diversificación de las variedades con caracteres recesivos en la Alta Gambia y Casamance (centro secundario).

<sup>28</sup> Ver R. Schnell, 1957, *op. cit.*

<sup>29</sup> Ver R. Schnell, 1957, *op. cit.*



1



2

- 1. Campos de arroz en suelos hidromorfos con embalsamiento hídrico temporal de la estación de las lluvias (cultivo del arroz de impluvium), Casamance: aldea bayoy de Nyassa, fot. R. Porteres.
- 2. Islas artificiales para el cultivo en los arrozales acuáticos demasiado profundos que no evacúan suficientemente las aguas dulces; el yermo de estación seca es ocupado por *Scirpus littoralis* Schrader; *Nymphae Lotus en flor*, Guinea portuguesa: Kassabol, cerca de Cabo Varela, fot. R. Porteres.



A partir, pues, del delta central nigeriano, las clases africanas de arroz cultivado se han extendido en el conjunto del oeste africano hasta la Guinea litoral. El uso del *O. glaberrima* por recolección es ciertamente muy antigua, y ese cereal silvestre ha debido figurar en un buen lugar en esos centros privilegiados de recolección relativamente intensiva (ver anteriormente), donde debieron iniciarse los intentos domesticadores. Se puede, pues, pensar que la domesticación de ese arroz es, al menos, tan antigua como el de los demás cereales africanos.

Más tarde, las clases de arroz cultivado de Asia (*O. sativa*) fueron introducidas en Africa (¿a partir del siglo VIII en la costa oriental por los árabes?, ¿a partir del siglo XVI en la costa occidental por los europeos?).

Recordemos, pues, que los indicios cultigénicos enumerados hasta ahora (y sólo podemos presentar aquí un resumen) hacen aparecer claramente el carácter endógeno de las civilizaciones de cultivos en Africa, a partir de los recursos vegetales de los entornos naturales y sin implicar necesariamente influencias extraafricanas.

## ENTRE AFRICA Y ASIA

Ciertamente, y ya lo hemos indicado con anterioridad, las prácticas de difusión partiendo del centro de cultivos y ganado del Cercano Oriente mesopotámico debieron desempeñar un papel importante en la antigua historia agrícola de Africa. Así es como desde Abisinia hasta el norte de Africa, pasando por el Egipto del valle del Nilo, existe una zona que se puede considerar que forma parte del *dominio paleomediterráneo* definido por Haudricourt y Hedin (1943, *op. cit.*), pero incluso en esa zona se encuentran componentes cultigénicos propiamente africanos, principalmente en Etiopía, pero también en Egipto y en el norte de Africa.

Más interesante y quizás menos conocida es la historia de las relaciones antiguas entre Africa y Asia. Africa ha dado a Asia vegetales domesticados, y el caso del sorgo expuesto anteriormente lo demuestra a la perfección. Pero Africa ha recibido de Asia no solamente cultígenos próximo-orientales (trigo, cebada, etc.), sino también plantas llegadas del sudeste asiático tropical. En efecto, parece que bien por vía sabea del sur de Arabia y del Este africano, bien por medio de ancestrales navegantes que atracaban en la costa sudoriental, al continente africano llegaron antiguamente plataneros tropicales, el gran ñame (*Dioscorea alata* L.), el taro (*Colocasia esculenta* [L.] Schott), y quizás la caña de azúcar (*Saccharum officinarum* L.), que han permitido a algunas de esas plantas cultivadas originarias de Asia, principalmente los bananeros, una conquista de cultivo más acentuada del dominio forestal tropical de Africa.

Pero volvamos al caso de las clases de sorgo que nos proporcionan un buen ejemplo del intercambio entre Africa y Asia<sup>30</sup>. En efecto, existen en Asia clases de sorgo cultivado de origen africano distintas de las ya mencionadas: es el caso principalmente del *S. bicolor* Moench, que parece tener por origen un crecimiento entre cultígenos salidos del *S. aethiopicum*, de una parte, y la especie silvestre *S.*

<sup>30</sup> Ver R. Porteres, 1962, *op. cit.*

*sudanesa*, de otra. Con ese *S. bicolor* pueden estar relacionados principalmente el *S. doehna* Snowd., de la India, Arabia y Birmania, y más recientemente reintroducido en Africa, así como el *S. miliforme* Snowd., de la India, recientemente introducido en Kenia. Otro sorgo cultivado, el *S. nervosum* Bess, parece emparentado con el *S. aethiopicum* y el *S. bicolor*; entre otros, puede estar relacionado con el sorgo birmano y también chino.

Sin entrar en detalles necesariamente complejos de esa mezcla genética, señalaremos que allí hay indicios de viejos contactos entre los tipos africanos y asiáticos de sorgo. Todo hace creer que entre el Africa oriental y Asia hubo antiquísimas relaciones e intercambios de material vegetal, lo que parece confirmar la presencia precolonial de algunos cultígenos (ver más arriba) originarios del sudeste asiático tropical.

Por otro lado, no se puede excluir la posibilidad señalada anteriormente de una más fácil conquista de cultivos del bosque africano, gracias a la llegada de cultígenos (plataneros, taro, ...) originarios del *ecosistema generalizado* que es el bosque tropical húmedo del sudeste asiático y del mundo insulindico; de este último llegaron además por mar los emigrantes que antiguamente alcanzaron, con algunas de sus plantas domesticadas, Madagascar y la costa oriental de Africa.

Si en los tiempos remotos la citada costa produjo vegetales cultivados en el mundo asiático y los recibió de este último, parece que en buena parte fue tributaria de éste en cuanto a los animales domesticados; algunos cerdos del Africa oriental parece que están emparentados con los suidos domesticados en Asia. Como observa C. Wrighey<sup>31</sup>: «Es totalmente cierto que la ganadería se desarrolló independientemente en el Africa al sur del Sáhara, donde la fauna no comprende ni comprendía ningún antepasado posible de los bovinos, caprinos y ovinos domesticados». Estos últimos llegaron, pues, a esa parte de Africa, sobre todo de Egipto, por el valle del Nilo. Se notará, no obstante, la perfecta posibilidad de domesticación de algunos de esos animales en la parte africana del dominio paleomediterráneo (ver anteriormente), principalmente de bovinos en Egipto, donde en los tiempos preneolíticos los hombres cazaban, según parece, los *Bos primigenius* y *B. brachyceros*.

El esbozo que acabamos de hacer ha podido mostrar que Africa dista mucho de ser ese continente que se presentó durante mucho tiempo como receptor de otros lugares de lo esencial de su desarrollo de cultivos y ganadería. Ciertamente, como tampoco Europa o Asia, el Africa de los tiempos remotos no estuvo cerrada a las aportaciones exteriores; también es cierto que en su parte septentrional, Africa comparte con Europa y Asia la pertenencia a un *dominio mediterráneo* que apenas tuvo más continuidad ecológica que la que tiene hoy. Resulta, no obstante, que el continente africano ha conocido desarrollos agrícolas y hortícolas originales fundados principalmente en la domesticación de vegetales que le eran propios y de los que el resto del mundo se benefició antaño en lo que se refiere a ciertos cultígenos, principalmente los diferentes tipos de sorgo. Y si, en algunas partes de Africa, la recolección y la caza han seguido siendo bases de la subsistencia, eso no

<sup>31</sup> C. Wrighey, 1970.

es debido a un retraso, sino que más bien es el resultado de una abundancia y diversidad de los recursos espontáneos que permitieron a los hombres vivir cómodamente en sus ecosistemas, sin tener que transformarlos necesariamente mediante domesticación.

## A GUIA DE CONCLUSION

Junto a la recolección, se encuentra en Africa esa forma de cultivo naciente que consiste en ayudar y favorecer a un vegetal, sin intervenir, por eso, directamente en su producción. Ese es el caso aún hoy de plantas alimenticias arborescentes, como el árbol de cola y el karité o palmera de aceite. Pero también allí se encuentran todos los estadios de la evolución hortícola y agrícola; en resumen, una gran diversidad de técnicas de cultivos tradicionales, incluida toda una gama de utilización ingeniosa de los suelos para el cultivo de arroces africanos, diversas formas de rozas y de desbroce con numerosas variaciones, sistemas agro-silvo-pastoriles, etc.

En lo esencial, no obstante, los comienzos y desarrollos de los cultivos de Africa se refieren a tres centros o núcleos principales (mapa 4):

— Uno, que comprende el norte del continente desde Egipto hasta Marruecos, forma parte del *dominio mediterráneo* y experimenta una influencia cierta del centro de cultivos y ganadería próximo-oriental, aunque ciertamente haya conocido desarrollos que le eran propios.

— El segundo, que interesa al conjunto de la periferia sabanera y «esteparia» del centro forestal de Africa, y vive el desarrollo de una agricultura de cereales (sorgos, mijos...).

— El tercero, en fin, que comprende el bosque y sus orillas, caracterizado por una horticultura con recolección asociada, recolección a la que Africa ha prestado algunos de sus vegetales cultivados.

Entre esos centros, no han existido en absoluto barreras infranqueables: en los cultivos de los oasis hay cerca trigo, sorgo y mijo; en los campos de la sabana se encuentran, en ocasiones, plantas alimenticias procedentes de la horticultura de las márgenes forestales, habiendo prestado Africa vegetales de recolección especializada y practicada en la selva tropical. Otro ejemplo: Etiopía tiene en su flora económica tradicional plantas que le son propias, otras que pertenecen al dominio mediterráneo, otras que proceden del *centro agrícola* de las sabanas y estepas africanas y otras, en fin, llegadas del este no africano...

De todos esos centros, el que parece que tiene mayor significación en la historia agrícola de Africa es el de las sabanas y «estepas», más particularmente en sus partes que están próximas al bosque, o a las corrientes de agua o lagos importantes.

En cuanto a datar con precisión la prehistoria e historia de los cultivos de Africa, todavía es difícil. Sin embargo, se puede pensar que el período determinante en el inicio de las actuaciones domesticadoras propiamente africanas se situó en el Pleistoceno final, o sea, entre - 9000 y - 5000; entonces la periferia del núcleo forestal central conoció, según parece, una recolección intensificada y hasta una

especializada. Se perfeccionó la pesca en aguas interiores, acompañándose de una relativa sedentarización... En resumen, aparecieron unas condiciones propias para las domesticaciones. Creeríamos de buen grado, esperando naturalmente que la arqueología confirme o invalide ese punto de vista, que eso ocurrió mientras que en el «creciente fértil» del Cercano Oriente se constituían las bases de cultivo y de ganadería que iban a ser, entre otras, las de las civilizaciones del espacio europeo.

# INVENCION Y DIFUSION DE LOS METALES Y DESARROLLO DE LOS SISTEMAS SOCIALES HASTA EL SIGLO V ANTES DE LA ERA CRISTIANA

*J. VERCOUTTER*

En la historia general de Africa, el valle del Nilo desempeña un papel privilegiado. A pesar de las dificultades causadas por las cataratas, dificultades que a veces se han exagerado mucho <sup>1</sup>, el Nilo, con sus 6.500 km. de longitud, es un medio de comunicaciones y de intercambios transcontinentales del sur con el norte que no puede ser subestimado. Viniendo del norte, más allá del paralelo 16 y de los desiertos de Bayuda, en el oeste, y de Butana, en el este, el valle del Nilo entra en una región de lluvias anuales y permite llegar a la gran vía transversal africana, oeste-este, que, por los valles y depresiones del Níger y del Chad, las mesetas de Darfur y de Kordován, y después las llanuras del inicio de la falda del Atbara y del Baraka, va desde el Atlántico hasta el mar Rojo. Así, a las ventajas de un eje de comunicación sur-norte, desde los Grandes Lagos ecuatoriales hasta el Mediterráneo, se unen las del eje oeste-este, abriendo la cuenca del Nilo el acceso a las del Congo, el Níger y el Senegal.

Esa vasta región que ocupa el ángulo noreoriental del continente tiene, pues, un interés capital desde la historia remota de Africa. Desgraciadamente, está aún muy imperfectamente explorada en sus aspectos arqueológico e histórico. El valle bajo del Nilo, desde la 2.<sup>a</sup> Catarata hasta el Mediterráneo, es bastante bien conocida gracias a los esfuerzos de los arqueólogos que han explorado esa parte del valle desde principios del siglo XIX hasta nuestros días. Pero no ocurre lo mismo en lo referente al valle medio del río (entre la 2.<sup>a</sup> y 6.<sup>a</sup> Cataratas), ni al alto valle (desde Jartum hasta los Grandes Lagos) ni, sobre todo, en las proximidades desérticas del Nilo y de sus afluentes. Tanto en el este como en el oeste, los afluentes están prácticamente inexplorados desde el punto de vista arqueológico,

---

<sup>1</sup> Sobre las cataratas y sus dificultades reales o imaginarias, la obra más detallada sigue siendo la de A. Chelu, 1891, págs. 30-73, que describe cada catarata y da los planos de los canales navegables.

y su historia tan sólo pertenece aún al terreno de las hipótesis, demasiado a menudo apoyadas en observaciones insuficientes o deficientes, tanto en número como en calidad.

En nuestro estudio seguimos a la vez el orden cronológico y el geográfico. Distinguiremos dos períodos: primero, desde el Neolítico hasta los comienzos del III milenio, que ven la aparición de los documentos escritos en el valle bajo del Nilo, período para el que analizaremos —comenzando por lo relativamente mejor conocido, y terminando por lo desconocido, es decir, yendo de norte a sur— lo que se conoce de las civilizaciones que han ocupado las orillas del río. El segundo período comprenderá los comienzos del III milenio hasta el siglo V antes de la era cristiana y, del mismo modo, se iniciará geográficamente en el valle bajo, terminando en el alto valle del Nilo.

### DEL NEOLITICO AL III MILENIO ANTES DE LA ERA CRISTIANA

Ese período que cubre en conjunto dos milenios, de — 5000 aproximadamente hasta — 3000, ve la aparición de la difusión del metal en el valle del Nilo, así como la manifestación de los primeros sistemas sociales. Es, pues, uno de los períodos más importantes, si no el que más, desde el punto de vista histórico.

Si analizámos, aunque sea muy rápidamente y sin detenernos en su aspecto material, las culturas neolíticas del valle del Nilo ya estudiadas en este libro (cf. capítulo 2), resulta difícil hablar de los siglos oscuros de la protohistoria nilótica en el IV milenio antes de la era cristiana (de — 3800 a — 3000), sin recordar al propio tiempo las culturas que le han precedido. En efecto, todas las investigaciones recientes, tanto en Nubia como en Egipto, lo han confirmado abundantemente: la aparición del metal no marca una ruptura en la evolución general de las civilizaciones del África noreoriental. Las culturas de la edad de cobre son las descendientes legítimas y directas de las del Neolítico, y con mucha frecuencia es inútil distinguir sobre el terreno un yacimiento del final del Neolítico de un yacimiento calcolítico. El primer rey de la dinastía tinita en Egipto es el descendiente legítimo de los jefes de las últimas etnias neolíticas, así como los grandes faraones de la época tebana serán los dueños del imperio menfita.

#### EL VALLE BAJO DEL NILO DESDE — 4500 hasta — 3000<sup>2</sup>

La organización social que se ve, o más bien que se adivina, desarrollarse en el valle bajo del Nilo, en Egipto, desde — 3000 es incuestionablemente el resultado de las técnicas impuestas por el riego para el aprovechamiento agrícola del valle.

<sup>2</sup> Sobre la formación misma de Egipto anteriormente a las épocas neolítica y calcolítica que ven el desarrollo de los primeros sistemas sociales, se puede leer la excelente obra de W. C. Hayes, 1965. Esta obra póstuma, editada por K. C. Seele, contiene todo un capítulo sobre la formación de Egipto: I, págs. 1-29, con una abundante bibliografía analítica en las páginas 29-41.

Esa toma de posesión del valle por el hombre comenzó desde el Neolítico, y su desarrollo prosiguió hasta la aparición de un sistema monárquico unificado.

Heródoto lo dijo, y otros muchos autores lo han repetido después: «Egipto es un don del Nilo». Desde el comienzo de la época histórica, cuando se acababa el proceso de disecación del Africa sahariana, desde el Atlántico hasta el mar Rojo, Egipto no hubiera podido vivir sin la inundación anual del río; sin la crecida, Egipto sería un desierto, como el Sáhara o el Neguev. Pero ese regalo que recibe del río, ese regalo que le da vida, puede convertirse también en un regalo envenenado. En el año 3 de Osorkón III (— 754), la inundación fue tan intensa que ningún dique pudo resistir y «todos los templos de Tebas fueron como una ciénaga», y el Gran Sacerdote de Amón debió suplicar al dios que detuviese la subida de las aguas. La misma catástrofe se produjo el año 6 de Taharqa (— 683), cuando todo el valle «se transformó en océano», aunque para las necesidades de su popularidad el rey presentase el fenómeno como una bendición del cielo.

La crecida es muy inconstante: demasiado impetuosa o demasiado débil, y pocas veces es lo que sería deseable que fuese<sup>3</sup>. Así, desde 1871 a 1900 se han observado: tres malas crecidas, tres mediocres, diez buenas, once abundantes y tres peligrosas. De treinta crecidas, solamente diez han podido considerarse satisfactorias<sup>4</sup>.

La historia de la civilización en el Africa nilótica es, pues, también la de la «domesticación», si se puede llamar así, del río por el hombre. Esa domesticación exige el establecimiento de diques, o terraplenes de tierra, unos paralelos y otros perpendiculares al curso del río. Ese dispositivo permite acondicionar en cada orilla estanques o zonas de retención, o *hods*, destinados a retrasar la inundación, a contenerla y a que alcance terrenos que no alcanzaría si se dejara abandonada a sí misma.

Fruto de una larga experiencia, ese sistema sólo ha podido ser establecido progresivamente<sup>5</sup>. Para ser realmente eficaces, en efecto, las cuencas de retención deben ser preparadas metódicamente en el conjunto del territorio o, por lo menos, en amplias regiones. Exigen, pues, el acuerdo previo de un gran número de hombres para un trabajo comunitario. Ese es el origen de los primeros sistemas sociales en el valle bajo del Nilo: etnias agrupadas en torno a un centro agrícola provincial, primero, y luego agrupamiento de varios centros provinciales que formarán, al fin, dos grupos políticos más amplios, uno al Sur y otro al Norte<sup>6</sup>.

La documentación de que disponemos para ese período de — 5000 a — 3000 no permite precisar la naturaleza del sistema social que es la base de esa ocupación y del aprovechamiento del valle bajo del Nilo. El término mismo de «etnia» que acabamos de emplear es, sin duda, abusivo. En efecto, nada permite

<sup>3</sup> Sobre los peligros de inundación, cf. J. Besançon, 1957, págs. 78-84.

<sup>4</sup> J. Besançon, *op. cit.*, págs. 82-83; bibliografía, págs. 387-388.

<sup>5</sup> Las obras generales sobre los riegos egipcios no examinan, según mis conocimientos, los problemas que plantean la aparición y el desarrollo progresivo de los riegos en Egipto. El sistema establecido es descrito en J. Besançon (*op. cit.*, págs. 85-97) y en F. Hartmann (1923, págs. 113-118). L. Kryzaniak (1977) distingue un período de riego natural (págs. 52-123) y un período de riego controlado (págs. 127-167). Este habría comenzado en el Gerzense (Nagada II), cf. *ibid.*, pág. 137. Es decir, en torno a — 3070 ± 290. Para esa fecha, ver H. A. Nordstrom, 1972, pág. 5.

<sup>6</sup> J. Vercoutter, 1967, págs. 253-257.

afirmar que en esa época hubiese grupos étnicos muy diferenciados a lo largo del valle del Nilo, mientras que parece cierto que allí ya había grupos políticos o político-religiosos. La única indicación que tenemos está fundada en las representaciones de monumentos votivos de pequeñas dimensiones: paletas de pintar y mazas ceremoniales de origen mágico-religioso. Esa documentación no refleja —sumariamente, por otra parte— sino la situación en el extremo final del periodo en las últimas generaciones del final del IV milenio<sup>7</sup>. Sin embargo, se puede admitir que el sistema social que se entrevé gracias a esa documentación apenas ha evolucionado en el transcurso de los dos milenios de ese periodo.

El inicio de la historia escrita coincide, en general, con la fusión en un único sistema —y bajo la autoridad de un rey único— de los grupos políticos del Sur y del Norte. Ahí tenemos esquemáticamente la historia del valle bajo del Nilo, de — 5000 a — 3000, historia que, como sabemos, está dominada no sólo por la aparición del metal, fenómeno en realidad menor, sino sobre todo por el dominio del hombre sobre el conjunto del valle; dominio que, independientemente de la preparación de diques y presas de retención, ha exigido el allanamiento del suelo para que el agua, por una parte, no se estanque en las hondonadas y, por otra, llegue lo más lejos posible a fin de ampliar las tierras cultivables del valle. Indudablemente, pues, es una victoria del campesino sobre una naturaleza hostil aunque se haya dicho otra cosa.

## EL NEOLITICO

En el capítulo 25 del presente volumen se encontrará una descripción detallada del aspecto *material* de las diferentes «culturas» u «horizontes culturales» que constituyen, por así decirlo, la trama de la evolución *social* de esos grupos, de esas culturas agrupadas bajo los términos generales de «Neolítico» y de «Predinástico», en el valle del Nilo, tanto en Sudán como en Egipto. En las páginas siguientes nos hemos preocupado únicamente de analizar los aspectos sociales y el desarrollo histórico de esas culturas. En efecto, Neolítico y Predinástico constituyen en el valle del Nilo una «continuidad» cultural. Para poner solamente un ejemplo, el «Badariense» analizado detalladamente en el capítulo 25 no es más que una etapa en la evolución de una cultura que parte del «Tasiense» y termina en el «Negadiense II» y en las sociedades «Pretinitas». En otros términos, presentamos aquí en forma sintética lo que en el capítulo 25 está descrito en forma analítica. Los dos aspectos de los problemas mencionados son complementarios uno del otro y aparecerán entre corchetes [...] las citas indispensables que permitan al lector encontrar fácilmente la descripción detallada de las «culturas» que no son mencionadas en el presente capítulo más que de un modo muy general.

El periodo Neolítico en Egipto no es conocido más que por un número reducido de yacimientos que frecuentemente ni siquiera son contemporáneos entre sí. El más antiguo ocupa los bordes de la depresión de Fayum [= Fayu-

<sup>7</sup> Sobre estos problemas, cf., como últimos datos, J.-L. de Cenival, 1973, págs. 49-57.



miense B] al oeste del valle, en el Medio Egipto<sup>8</sup>. En el norte se conocen los yacimientos de Merimdé-Beni-Salame<sup>9</sup> [= Merindiense] en el Delta occidental, en las orillas del desierto, a unos 50 km. aproximadamente al nordeste de El Cairo, y el del El-Omari<sup>10</sup> [= Omariense A y B], próximo a El Cairo, cerca de Heluán; en el Medio y en el Alto Egipto están los yacimientos de Deir Tasa, al sudeste de Assiut, y los de Tukh y Armant-Cebelein, menos importantes, en la región tebana<sup>11</sup>. Las comparaciones que se han podido hacer entre esos yacimientos para determinar la naturaleza y extensión de los diferentes aspectos del Neolítico que representan, se hacen aún más difíciles por el hecho de que no son contemporáneos, según los análisis con carbono 14: el más antiguo, el de Fayum-A, se remonta a -4400 ( $\pm 180$ ); después vienen los yacimientos de Merimdé-Beni-Salame, -4100 ( $\pm 180$ ), y del El-Omari, -3300 ( $\pm 230$ ); y, en último lugar, el de Tasa, que data del final del Neolítico<sup>12</sup>.

En otros términos, los yacimientos excavados nos esclarecen los comienzos del Neolítico en el Fayum y el Delta, de una parte, y el final de ese período en la punta sur del Delta y en el Medio Egipto, de otra. Pero de -4000 a -3300, es decir, durante siete siglos, no sabemos nada, o muy poco, de la evolución general del Neolítico egipcio en su conjunto. Ciertamente, los hallazgos de superficie en las orillas del valle y en el desierto son numerosos; prueban la realidad de lo que se ha llamado «Intervalo húmedo» o «Neolítico subpluvial»<sup>13</sup>, al final del VI milenio, que señala un tiempo de detención en el proceso de desecación climática del nordeste de Africa. Pero esos hallazgos poco nos informan, a falta de excavaciones sistemáticas, sobre las culturas neolíticas de las que constituyen los vestigios, siendo solamente estudios fructuosos los que se fundan en los yacimientos bien excavados que hemos mencionado. Ahora bien, lógicamente son muy extensas aún en el tiempo y en el espacio las zonas oscuras que subsisten en la exploración de esos yacimientos. Eso es tanto más deplorable cuanto que generalmente se admite que la «revolución» neolítica llegó a Egipto desde el Cercano Oriente sirio-palestino, es decir, del «creciente fértil», en que aquél está comprobado desde muy antiguo; así es precisamente cómo el protoneolítico de Jericó ha podido ser datado en -6800, muy anterior, pues, al Neolítico de Fayum. Pero, para probar que el Neolítico en el valle bajo del Nilo, y principalmente en el Delta y Fayum, llegó también de Asia, habría que conocer yacimientos de los límites marítimos y de la parte oriental del Delta hasta la altura de Menfis. Esta es precisamente una de las zonas oscuras en nuestros conocimientos. De ello resulta que el origen asiático del Neolítico egipcio sigue siendo una hipótesis<sup>14</sup>.

<sup>8</sup> Sobre el Neolítico de Fayum, cf. W. C. Hayes, 1965, págs. 93-99 y 139-140, al que se añadirán las observaciones de F. Wendorf, R. Said y Schild, 1970, págs. 1161-1171.

<sup>9</sup> Sobre el yacimiento de Mérimdé-Béni-Salamé, cf. W. C. Hayes, *op. cit.*, págs. 103-116 y 141-143, a lo que se añadirá, para la cerámica, L. Hjalmar, 1962, págs. 3 y sigts.

<sup>10</sup> Cf. W. C. Hayes, *op. cit.*, págs. 117-122 y 143-144.

<sup>11</sup> Para el Alto Egipto, desgraciadamente no se dispone de estudios actuales, ni de la bibliografía de W. C. Hayes, la obra que ha sido interrumpida por la muerte del autor (cf. *op. cit.*, pág. 148, n. 1). Se puede recurrir a la puesta a punto de J. Vandier, 1952, págs. 166-180.

<sup>12</sup> Sobre el Neolítico «Tasiense», cf. G. Brunton, 1937, págs. 5-33. Para la fecha, cf. W. F. Libby, 1955, págs. 77-78.

<sup>13</sup> Butzer, 1964, págs. 449-453, y G. Camps, 1974, pág. 222.

<sup>14</sup> Al estudiar el problema del origen del poblamiento egipcio predinástico, la señorita E.

Hipótesis que exige ahora estar tanto más apoyada cuanto que en el transcurso de esta última década las investigaciones arqueológicas en el Sáhara han demostrado que el Neolítico es también allí muy antiguo, principalmente en Hoggar, donde el yacimiento de Amekni es casi contemporáneo del Jericó protoneolítico<sup>15</sup>. En resumen, se observará que las fechas de ese Neolítico sahariano-sudanés son todas anteriores, tanto a las del Neolítico egipcio, al menos para los yacimientos actualmente datados de Fayum y Merimdé-Béni-Salamé<sup>16</sup>, como a las del Neolítico nubio<sup>17</sup>. Por otro lado, la alfarería aparece antes quizás en Nubia que en Egipto<sup>18</sup>, siempre, naturalmente, que nos atengamos a las fuentes actualmente a nuestra disposición.

Teniendo en cuenta la antigüedad del Neolítico sahariano-sudanés, se ve que no está excluido *a priori* que el Neolítico del valle del Nilo, en Egipto como en Nubia, sea el descendiente de ese Neolítico africano. Conviene, como es natural, ser prudente, ya que por una parte es una realidad la escasez de los yacimientos neolíticos en el valle bajo del Nilo, en Egipto, y, por otra, está el hecho de que en Nubia sólo las orillas del río han sido cuidadosamente exploradas y solamente aún entre la 1.ª y la 2.ª Catarata. La franja que se extiende entre el valle del río y el Sáhara oriental es todavía desconocida desde el punto de vista arqueológico. De todo ello no resulta menos cierto que las influencias que se han ejercido en el Capsiense y en el Iberomorusiense, desde el norte de Africa hacia Nubia, tanto en el Sebiliense como en el Paleolítico medio del Africa central, siempre hacia esa misma Nubia<sup>19</sup>, han podido persistir en el protoneolítico. Y puesto que el Delta egipcio constituye una evidente encrucijada de caminos ha podido ser el punto de reencuentro de influencias llegadas del oeste y del sur, al igual que del este y del nordeste.

Desde la aparición del Neolítico en el valle bajo del Nilo, se comprueba una diferenciación cultural entre el grupo del Norte y el del Sur. Ciertamente, en ambos grupos las poblaciones son de agricultores y ganaderos que continúan practicando la pesca y la caza: sin embargo, el material que nos han dejado difiere sensiblemente de un grupo a otro en naturaleza, calidad y cantidad [25]. Lo mismo puede decirse de algunas costumbres.

En el Norte, las casas mejor agrupadas pueden hacer pensar en una estructura social ya coherente, siendo enterrados los muertos en las aldeas, como si continuaran perteneciendo a una comunidad organizada<sup>20</sup>. El Sur, por su parte, excava las sepulturas al norte del desierto, mientras que con su hábitat más disperso parece conservar una organización más familiar. Las diferencias entre los

Baumgartel, en 1955, ha rechazado la posibilidad de las procedencias occidental, septentrional y oriental (cf. E. Baumgartel, 1955, pág. 19). Los recientes trabajos arqueológicos en el Sahara (cf. *infra*) han mostrado que esa postura debía ser matizada en lo que concierne al Oeste; sin embargo, sigue siendo válida para el Este.

<sup>15</sup> G. Camps, 1974, pág. 224; 1969. Amekni está fechado en 6700 antes de la era cristiana, y el proto-neolítico de Jericó en 6800 antes de la era cristiana.

<sup>16</sup> H. Nordstrom, *op. cit.*, pág. 5.

<sup>17</sup> H. Nordstrom, *op. cit.*, págs. 8, 16-17 y 251.

<sup>18</sup> F. Wendorf, 1968, pág. 1.053. La alfarería aparece en Nubia en el «shamarkiense» en - 5750, pero solamente en 6391 BP, o sea, hacia - 4400 en Fayum.

<sup>19</sup> F. Wendorf, *op. cit.*, pág. 1.055, fig. 8.

<sup>20</sup> H. Junker, 1930, págs. 36-47. Para la bibliografía completa del yacimiento, cf. capítulo 25.

dos grupos se señalan todavía en las técnicas utilizadas en ambas partes: el Norte practica una talla de la piedra más refinada, y sus artesanos comienzan a fabricar vasos de este material, dando origen a una técnica que seguirá siendo una de las características del Egipto faraónico arcaico. Para la alfarería, en cambio, aunque el Norte conoce una mayor variedad de formas, el Sur posee una mejor técnica de fabricación. En efecto, ahí es donde aparece, junto a la cerámica negra con decoración blanca, la importante alfarería en rojo con bordes negros que legará también al Egipto predinástico y arcaico una de las industrias más específicas del valle del Nilo, tanto en Sudán como en Egipto.

Así se distingue desde el Neolítico la separación entre dos grupos de cultura y quizás de sistemas sociales. En el espacio, uno se sitúa en torno a la región Menfis-Fayum-punta noroeste del Delta; el otro en el Medio y Alto Egipto, entre Assiut y Tebas<sup>21</sup>. Esa diferencia cultural, que, en definitiva, no excluye puntos de contacto entre los grupos, va a precisarse durante los últimos siglos del IV milenio, antes de fundirse en una civilización de caracteres comunes poco antes de la aparición de la monarquía unificada en el valle egipcio del Nilo, hacia - 3000<sup>22</sup>.

## EL PREDINASTICO

Es frecuente calificar el Predinástico egipcio de eneolítico o calcolítico, como si la aparición del metal marcara un acontecimiento capital, una verdadera ruptura, en el desarrollo del valle. En realidad, y hay que subrayarlo, no existe ruptura alguna entre el Neolítico y el Eneolítico en el valle bajo del Nilo. Todo lo contrario: la continuidad del desarrollo es evidente, y por eso preferimos conservar el término de *Predinástico* para calificar esos siglos oscuros, pero de una importancia primordial para la historia de Africa.

La aparición del metal en Egipto es lenta y no parece que sea producto de invasores. Contrariamente a lo que ocurre en otras civilizaciones, el cobre aparece antes que el oro<sup>23</sup>, aunque este último sea más fácil de encontrar en estado natural, en unos yacimientos en la proximidad del valle. Los primeros objetos de cobre, de muy pequeñas dimensiones, se manifiestan en el grupo del Sur, en el yacimiento de Badari, que ha dado su nombre al Badariense<sup>24</sup>, y en el del Norte, en Dameh, Hasr-Marún y Khasmet-ed-Dib, en Fayum; ese grupo de yacimientos es llamado Fayum-A para distinguirlo del Fayum neolítico o Fayum-B.

Se discute el origen de la metalurgia del cobre en Egipto<sup>25</sup>. Es posible que haya sido llevada del exterior, del Cercano Oriente, pero, si fue así, lo fue de un

<sup>21</sup> Se observará que el grupo del Norte no alcanza el mar; es tan «continental» como el grupo del Sur, cf. J.-L. de Cenival, *op. cit.*, mapa A, pág. 50.

<sup>22</sup> J. Vercoutter, 1967, págs. 250-253.

<sup>23</sup> Cf. A. Lucas, 1962, págs. 199-200.

<sup>24</sup> Cf. capítulo 25. La civilización badariense ha sido frecuentemente estudiada (cf. bibliografía *infra*). La obra básica sigue siendo la de G. Brunton y G. Caton-Thompson, 1928, a completar con G. Brunton, 1948, cap. VI, págs. 9-12.

<sup>25</sup> Cf. A. Lucas, *op. cit.*, págs. 201-206. Sobre el origen de la metalurgia del cobre en el antiguo Medio Oriente, cf. B. J. Forbes, 1964, págs. 16-23. El nombre jeroglífico del cobre sólo ha podido ser establecido recientemente; cf. J. R. Harris, 1961, págs. 50-62.

modo muy limitado: revelando algunos individuos a los habitantes del valle la técnica del cobre. Sin embargo, no se podría descartar la hipótesis de un fenómeno de convergencia: los propios habitantes del valle del Nilo descubren el metal casi en el momento en que éste era descubierto también en el «creciente fértil». En efecto, es en la misma época cuando, quizás por accidente, las poblaciones badarienses descubrieron el esmalte azul calentando muelas o paletas en las que se había triturado pintura para los ojos a base de malaquita, que es un mineral de cobre<sup>26</sup>. Así, los habitantes del valle habrían descubierto al mismo tiempo, podríamos decir, el cobre, que trabajaban en frío, y lo que se llama la «loza egipcia», es decir, el esmalte azul, que utilizaron inmediatamente para fabricar perlas.

Cualquiera que sea el origen de los metales, asiático o autóctono, su empleo es muy limitado, y las herramientas de piedra siguen siendo aún muy numerosas, tanto en el grupo Sur como en el grupo Norte. Una cosa, por último, es cierta: el descubrimiento o difusión del metal no cambia en nada la organización social tal como se puede entrever gracias a la ordenación de las sepulturas.

El Predinástico, de - 4000 aproximadamente hasta - 3000, puede dividirse en cuatro fases que ayudan a marcar la evolución del valle durante ese período desgraciadamente muy oscuro todavía. Distinguiremos, pues, los Predinásticos primitivo, antiguo, medio y tardío.

En el *Predinástico primitivo* [= Badariense], los dos grupos del Sur y del Norte continúan evolucionando cada uno por su lado. Esa fase es conocida en el Sur gracias, sobre todo, al yacimiento de Badari que se encuentra en la proximidad de Deir Tasa. A pesar de la aparición de los metales, el Badariense<sup>27</sup> está aún tan próximo al Neolítico que a veces hemos podido preguntarnos si esa cultura no sería una simple variante local del Tasiense neolítico. Físicamente, el estudio de los esqueletos muestra que los Badarienses del Predinástico primitivo estaban muy próximos de los egipcios que viven actualmente en la misma región. Las poblaciones continuaban ocupando cabañas ovaladas, en las que, no obstante, disponían de algo más de comodidad que en la época precedente: utilizaban esteras tejidas, cojines de cuero e incluso lechos de madera. Se desarrolla el culto a los muertos: en lo sucesivo, el cadáver está aislado por una pared de madera en la fosa ovalada en que reposa, y lo rodea un mobiliario funerario, alimentos, vasos, objetos de uso cotidiano. Como los neolíticos del Tasiense, los Badarienses cultivan y tejen el lino y utilizan el cuero obtenido por la caza y la ganadería. Practican, pues, una economía mixta: ya agricultores y ganaderos, efectúan, no obstante, las expediciones de caza y de pesca. Continúan la fabricación de vasos rojos con bordes de color negro y de una cerámica bella de color rojo y finamente pulimentada. El descubrimiento del esmalte permite a los artesanos fabricar perlas de un azul intenso. La pintura para los ojos es triturada sobre las paletas de esquisto, algunas de las cuales están decoradas, como ocurre también con los peines de marfil. Así es como el arte aparece poco a poco.

<sup>26</sup> A. Lucas, *op. cit.*, pág. 201.

<sup>27</sup> Sobre esa civilización, las obras básicas siguen siendo las de G. Brunton, 1928, págs. 1-42; 1937, págs. 33-66, y 1948, págs. 4-11.

El *Predinástico primitivo* [= Fayumiense A]. La capa más reciente de Merindé-Beni-Salamé podría pertenecer también a ese predinástico primitivo que es conocido en el grupo del Norte gracias a los yacimientos de Fayum-A<sup>28</sup>. Como en el Badariense, el sílex es allí de un empleo mucho más frecuente que el metal para las herramientas. Los alfareros del Fayum-B producen una variedad mayor de formas de vasos que los del Badariense, pero su técnica está menos perfeccionada. Es verdad que el artesano del Norte lleva la ventaja tallando bellos tazones y vasos de piedra de esquisto negro principalmente. En todo lo demás, los dos grupos están muy próximos entre sí, no representando cada uno más que la evolución normal de la cultura neolítica que lo ha precedido *in situ*. Nada indica que haya allí, en uno u otro grupo, diferencias sensibles entre los miembros de la comunidad. Principalmente parece que no ha habido en el interior de la comunidad individuos sensiblemente más ricos que otros. Todo se desarrolla como si allí hubiese igualdad de condición social entre los diferentes miembros de la comunidad, cualquiera que sea, por otra parte, su edad o sexo. Ello, naturalmente, si se admite que las necrópolis conocidas y excavadas han pertenecido al conjunto del grupo humano considerado: en otros términos, que algunos miembros de esa comunidad no han sido inhumados fuera de las necrópolis como consecuencia de una discriminación cualquiera, racial, religiosa o social.

El *Predinástico antiguo* [= Negadiense I] desgraciadamente sólo es conocido por los yacimientos del Sur. Se le designa también con el nombre de *Amratiense*, del lugar llamado El-Amrah<sup>29</sup>, cerca de Abidos, claramente más al Sur, pues, que Badari. El Amratiense corresponde a lo que aún se denomina, a veces, cultura de Nagada I, según la nomenclatura de Flinders Petrie, utilizada principalmente en las dataciones con carbono 14.

La cultura amratiense es la descendiente, en el tiempo, de la del Badariense, sin que tampoco ahí haya ruptura; en algunos yacimientos, el nivel amratiense se encuentra en contacto directo con el nivel badariense. Produce siempre la bella alfarería roja con bordes de color negro, como su predecesor, pero introduce la alfarería decorada con dibujos geométricos y naturalistas, pintados en blanco mate sobre fondo rojo o marrón oscuro; a veces, más raramente, la decoración está hecha con incisiones rellenas de blanco sobre fondo negro. El alfarero amratiense, más inventivo que su predecesor badariense, crea nuevas formas, principalmente de animales. La caza desempeña también un gran papel en los temas decorativos naturalistas, particularmente la del hipopótamo. Así pues, parece que, en el Predinástico antiguo, el paso de un sistema social compuesto de cazadores-pescadores más o menos nómadas al de aldeas o grupos de agricultores-ganaderos sedentarios no había acabado aún.

Hay que advertir que el arma típica del Amratiense es una maza, frecuentemente tallada en piedra dura, que adquiere la forma de tronco de cono<sup>30</sup> o cono truncado. El hecho es importante, porque esa arma desaparece completamente después del Amratiense. Ahora bien, un signo del sistema jeroglífico, en la época

<sup>28</sup> G. Caton-Thompson y E. W. Gardner, 1934.

<sup>29</sup> Cf. J. Vandier, *op. cit.*, págs. 231-232. El yacimiento fue descubierto en 1900. Ha sido publicado por D. Randall-Macivier y A. C. Mace, 1902, págs. 3-52.

<sup>30</sup> Para esa maza, cf. W. M. F. Petrie, pl. XXVI y págs. 22-24.

histórica, lo utiliza aún con un valor fonético<sup>31</sup>; lo que significa que es en la época amratiense, por tanto, en el Predinástico antiguo, hacia — 3800 (fecha proporcionada por el C 14), cuando el sistema de escritura jeroglífica debió comenzar a formarse.

El arte continúa desarrollándose. Es entonces cuando aparecen estatuillas de hombres barbudos llevando una funda fálica, de mujeres bailando y de animales diversos, al mismo tiempo que un mayor número de paletas para pintar adornadas y de peines decorados con representaciones animales<sup>32</sup>.

Los yacimientos del Amratiense, agrupados entre Assiut al Norte y Tebas al Sur, engloban principalmente a los de Nagada, Ballas, Hou y Abidos. Por consiguiente, es más lamentable que no se conozca en el grupo del Norte algún yacimiento contemporáneo del Amratiense más que en Abidos, donde se observan señales claras de contactos entre el Sur y el Norte, principalmente por la aparición en el mobiliario funerario amratiense de los vasos de piedra con formas características del Predinástico septentrional. Nada indica en las prácticas funerarias que allí haya habido un cambio de organización social entre el Predinástico primitivo y el Predinástico antiguo del Amratiense. Parece, pues, que estamos siempre en presencia de comunidades humanas compuestas de individuos iguales, incluso aunque estén bajo la autoridad de un jefe único, o de un grupo de individuos.

Tras un siglo de existencia, o tal vez menos, la cultura amratiense se funde poco a poco en una cultura nueva, compleja, que mezcla elementos del Amratiense con otros de origen indiscutiblemente septentrional. Esa cultura mixta, el *Predinástico medio* [= Negadiense II y quizás Omariense A] o *Gerzense* (Nagada II en la nomenclatura de Petrie) adquiere su nombre del yacimiento de Gerzeh<sup>33</sup>, en el Bajo Egipto, cerca de Fayum, donde aparece del modo más claro. Tiene dos aspectos, uno puramente gerzense en el Norte y otro que es una mezcla de amratiense y gerzense en el Sur<sup>34</sup>.

Esa cultura nueva está centrada, al Norte, en la región Menfis-Fayum-punta sur del Delta. Es sobre todo en alfarería en la que el Gerzense septentrional marca su originalidad, con vasos de color claro, agamuzados, de una materia muy diferente de la de la alfarería del Sur. La decoración es naturalista, de color ocre rojo sobre fondo claro, con temas nuevos: montañas, íbices, flamencos, áloes y, sobre todo, barcos. Como los artesanos de Fayum-A, a quienes suceden, los del Gerzense fabrican vasos de piedra, pero en esquisto, y usan las piedras más duras: mármol, basalto, diorita, serpentina. El arma típica de esa cultura es la maza piriforme<sup>35</sup>, que se convertirá en el arma real por excelencia en los comienzos de la historia y seguirá siendo, como la maza amratiense, uno de los signos de la escritura jeroglífica<sup>36</sup>.

<sup>31</sup> A. H. Gardiner, 1957, pág. 510, t. 1.

<sup>32</sup> J. L. de Cenival, *op. cit.*, págs. 16-21.

<sup>33</sup> La aldea de El-Gerzeh está situada a la altura de Fayum y, por consiguiente, muy al sur de El Cairo actual; el yacimiento predinástico ha sido excavado en 1911. Cf. W. M. F. Petrie, E. Mackay y G. Wainwright, 1912.

<sup>34</sup> J. Vercoutter, 1967, págs. 245-267, y J. Vandier, *op. cit.*, 248-252 y 436-496.

<sup>35</sup> W. M. F. Petrie, *op. cit.*, pl. XXVI y págs. 22-24.

<sup>36</sup> A. H. Gardiner, *op. cit.*, pág. 510, t. 3.

Se adivina también una evolución social y religiosa. Los muertos son enterrados ahora en tumbas rectangulares, con la cabeza hacia el norte y de cara al este, y ya no al oeste. En cuanto a los barcos tan frecuentemente representados en la alfarería gerzense, llevan en la proa «insignias» en las que es difícil no apreciar antecedentes de los rótulos de los *nomes*, o provincias del Egipto faraónico.

Así pues, parece que, al sobrepasar el estadio de la familia y de la aldea, los grupos humanos se asocian en adelante en conjuntos mucho más vastos. El poder que resulta de esa nueva organización social permite, sin duda, un mejor aprovechamiento del valle por el riego y aporta, por consiguiente, una mayor riqueza que se traduce en la producción de objetos elaborados, como vasos de piedra, más numerosos y bellos, y el mayor número de herramientas y de armas de cobre: cinceles, dagas, puntas de arpón y hachas. Sin duda, no es una casualidad si en ese momento los adornos funerarios acuden al oro y a numerosas piedras semipreciosas: lapislázuli, calcedonia, turquesa, coralina y ágata. La estatuaria se desarrolla, y los motivos representados, halcón y cabeza de vaca principalmente, muestran a la perfección que la región faraónica está también en gestación; Horus, el Halcón, y Hathor, la Vaca, ya son adorados.

En el Sur, las culturas que siguen al Amratiense del Predinástico antiguo están muy impregnadas de influencias gerzenses. Así, la alfarería gerzense clásica, agamuzada, con decoración naturalista de color rojo, se encuentra junto a la tradicional cerámica del Sur, de color rojo con bordes negros o con adornos de color blanco mate.

En realidad, la influencia de un grupo sobre otro es recíproca, y las semejanzas entre ambos son numerosas en esa época: el utillaje lítico principalmente y la técnica de la talla de los cuchillos de sílex alcanzan su punto de perfección, siendo similares las paletas de pintar de esquisto. Se va, pues, poco a poco hacia una fusión completa de los dos grupos de cultura.

Esa fusión entre el Sur y el Norte será el hecho del *Predinástico reciente*, o Gerzense reciente; se le llama también, a veces, Semainiense [= Omariense B y Meadiense]<sup>37</sup>. Se está ahora en el umbral de la Historia, porque la duración de esa última fase ha podido ser muy breve. Si se mantiene la fecha del - 3000 para los comienzos de la Historia, lo que he hecho yo a fin de seguir siendo fiel a las fechas aún tradicionalmente admitidas, esa fase no habría durado probablemente más de dos o tres generaciones como máximo. Una datación con C14 para el Predinástico medio nos enseña, en efecto, que éste dura todavía en - 3066, lo que deja apenas tres cuartos de siglo para pasar del final del Predinástico medio a los comienzos de la Historia. En realidad, es probable que haya que bajar en dos siglos aproximadamente esos comienzos pero, aunque se fijen éstos hacia - 2800<sup>38</sup>, no queda apenas más que poco más de dos siglos para una fase que ve la terminación del aprovechamiento del valle bajo del Nilo y el establecimiento de un sistema social dirigido por una monarquía de derecho divino.

Esa fase está tan próxima de la que ve la aparición de textos escritos que se ha

<sup>37</sup> La expresión es de Flinders Petrie, 1939, págs. 55 y sigts. Semaineh es una aldea del Alto Egipto, cerca de Qena. Cf. también J. Vercoutter, 1967, págs. 247-250.

<sup>38</sup> A. Sharff, 1950, pág. 191.

tratado de extrapolar las informaciones proporcionadas por aquéllos, en lo que la arqueología nos enseña<sup>39</sup>. Los textos permiten adivinar, según parece, que al comienzo del Predinástico reciente, si no desde el final del Predinástico medio, la ciudad más poderosa del Sur era Ombos (Nubet, en egipcio), cerca de Nagada, y, por consiguiente, en pleno centro de la cultura amratiense. El dios de la ciudad es Seth, dios animal, cuya naturaleza es todavía discutida: en él se han visto un hormiguero, una especie de cerdo, una jirafa... y un animal mítico o antiguamente desaparecido de la fauna egipcia. Los textos nos enseñan que ese dios meridional entra en lucha con un dios-halcón, Horus, adorado en la ciudad de Behedet, que debía encontrarse en el Delta, es decir, en el dominio de la cultura gerzense. En consecuencia, al final del Predinástico medio, Egipto habría quedado dividido en dos estructuras sociales: una al Norte, dominada por el Horus de Behedet, y otra al Sur, dirigida por el Seth de Ombos. Desgraciadamente, tampoco aquí las fuentes a nuestra disposición permiten precisar la naturaleza en esas estructuras sociales. A lo sumo, se puede adivinar la importancia del jefe de grupo, la cual reposa en sus poderes mágicos y religiosos, y que se traducirá durante la época histórica en el carácter divino de la persona real<sup>40</sup>. Tal vez se pueda admitir que el jefe de la colectividad dispone de poderes prácticamente ilimitados frente a individuos de la colectividad, pero ésta, en cambio, podía en ocasiones matar al jefe cuyos poderes mágicos habrían disminuido (cf. A. Moret, *La Mise à mort du dieu en Egypte*).

Interpretando los textos, se admite que la lucha entre esos dos grupos se habría terminado, en un primer tiempo, con una victoria del Norte sobre el Sur e incluso que, a continuación de esa victoria, se habría creado un reino unificado cuyo centro habría sido Heliópolis<sup>41</sup>, cerca de El Cairo, es decir, a unos sesenta kilómetros al norte del yacimiento de Gerzeh. Traducida en términos arqueológicos, esa victoria del Norte sobre el Sur correspondería a la penetración de la cultura gerzense en el dominio amratiense.

En el transcurso del Predinástico reciente, siempre por extrapolación de las informaciones proporcionadas por los textos, habría habido una evolución política o social en los dos grupos, tanto en el Norte como en el Sur. La unidad política resultante de la victoria del Norte sobre el Sur al final del Predinástico medio, o al comienzo del Predinástico reciente, habría durado poco, y cada grupo habría emprendido pronto su existencia independiente. A continuación de esa evolución se comprueba que el centro político del Norte se desplaza de Behedet, cuya posición exacta es aún desconocida, a Buto, en el Delta occidental, a unos cuarenta kilómetros de la costa, región donde no ha sido posible alcanzar los niveles arqueológicos contemporáneos del Predinástico. En el mismo tiempo, la capital política del Sur pasaba de Ombos a El Kab (Nekkeb, en antiguo egipcio), cien kilómetros más al Sur<sup>42</sup>. El grupo del Sur se hacía así más meridional, y el del Norte más septentrional.

En Buto se adoraba a una diosa-cobra, Oudjyt, y en El Kab a un buitres

<sup>39</sup> La obra básica sigue siendo el brillante ensayo de K. Sethe, 1930.

<sup>40</sup> Cf. G. Posener, 1960.

<sup>41</sup> K. Sethe, *op. cit.*, hipótesis rechazada por H. Kees, 1961, pág. 43.

<sup>42</sup> J. Vercoutter, 1967, págs. 248-249.



hembra. Esas dos divinidades seguirán siendo en la época histórica la protección de los faraones y figurarán regularmente en el «protocolo» dado al rey<sup>43</sup> durante los ritos de la coronación. Algunos documentos, posteriores casi en un milenio, habían conservado los nombres de los soberanos de esas agrupaciones políticas del final del Predinástico reciente, pero pocos han llegado hasta nosotros. A partir de esa época, la unidad cultural entre el Sur y el Norte parece establecida. Así, principalmente el dios Horus, originario del Norte, es igualmente adorado en el Sur, y los jefes políticos, tanto en el Sur como en el Norte, se considerarán como sus servidores o partidarios, con el título de Shemsu Horus<sup>44</sup>.

Desde el punto de vista material, hay poca diferencia entre la civilización del Predinástico medio y la del Predinástico reciente, pero se nota un progreso incuestionable en el arte y en la técnica. La figura humana se convierte en un tema tratado frecuentemente por los artistas, y la pintura mural hace su aparición en Hierakópolis (Nekken, en antiguo egipcio), centro importante a la orilla occidental del río, casi frente a El Kab<sup>45</sup>. Hierakópolis se convierte en la cuna de la realeza del Sur que en las proximidades de — 3000 emprende la lucha contra el Norte.

Es imposible saber cuánto tiempo duró esa lucha. Ocupa todos los años últimos del Predinástico posterior y termina con la victoria del Sur sobre el Norte y con la creación de un estado unificado que agrupa a todo el valle, desde El Kab hasta el Mediterráneo. Ese estado será gobernado por reyes del Sur, originarios de la región de This<sup>46</sup>, muy cerca de Abidos, que constituyen las dos primeras dinastías, llamadas tinitas. Por esa razón, el breve período del Predinástico posterior es calificado recientemente como *Pretinita*.

Los monumentos pretinitas que han llegado hasta nosotros han sido todos encontrados en Hierakópolis<sup>47</sup>. Principalmente son grandes paletas de pintar votivas<sup>48</sup>, historiadas, en esquisto, y grandes cabezas de maza en calcárea, esculpidas. Las escenas que figuran en esos dos tipos de documentos nos desvelan un poco el sistema político y social que reina en adelante en el valle bajo del Nilo. El país está dividido en provincias o grupos humanos cuyas banderas o enseñas acompañarán al soberano en las grandes ocasiones.

La comparación de las enseñas, representadas en los barcos gerzenses y en las paletas o mazas pretinitas con los emblemas de los «nomes», o provincias, en los monumentos de la época histórica, muestra que, desde el gerzense, el desarrollo del sistema social en el valle bajo del Nilo, tanto al Norte como al Sur, progresa en un marco geográfico y económico, y no étnico. El grupo humano se organiza entorno a un hábitat y a su divinidad. Ese es el resultado de los imperativos agrícolas impuestos en el valle por el régimen del Nilo, tanto en el Norte como en

<sup>43</sup> Cf. A. H. Gardiner, 1957, págs. 71-76.

<sup>44</sup> Sobre los *Shemsou-Hor*, cf. J. Vandier, *op. cit.*, págs. 129-130 y 635-636.

<sup>45</sup> Hierakonpolis ha proporcionado numerosos monumentos predinásticos, cf. Porter y Moss, 1937, págs. 191-199.

<sup>46</sup> El yacimiento de la capital no ha sido descubierto. La presencia de una necrópolis real de esa época (cf. W. M. F. Petrie, 1901), sobre la orilla oeste del Nilo, indica que la ciudad debía encontrarse en su proximidad.

<sup>47</sup> El yacimiento ha sido explorado en 1898: cf. J. E. Quibell, *Hierakonpolis*, Londres, 1900-1902.

<sup>48</sup> Las más bellas han sido reunidas por W. M. F. Petrie, 1953.

el Sur. El grupo no puede sobrevivir y desarrollarse más que en la medida en que él es bastante numeroso y está lo suficientemente organizado como para culminar los trabajos que pondrán su territorio al resguardo de las crecidas, aumentarán las tierras cultivables y asegurarán las reservas indispensables para hacer frente a las incertidumbres de la crecida del río. La doble organización agrícola y religiosa —porque sólo la divinidad puede asegurar el éxito de los trabajos emprendidos y, por consiguiente, la prosperidad del grupo— es el hecho primordial y permanente que domina el sistema social del valle bajo del Nilo.

En resumen, es posible que ese sistema establecido sobre un reparto geográfico haya sustituido a un sistema más antiguo de base étnica o social. Eso es lo que se cree averiguar en tres palabras egipcias que, presentes desde la aurora de la Historia, persistirán hasta el final de la civilización egipcia. Esas palabras —*Pat*, *Rekhyt* y *Henememet*<sup>49</sup>— parece que se aplican a tres grupos humanos muy vastos: los *Pat* serían los habitantes del valle alto, con Horus por señor; los *Rekhyt* serían los habitantes del valle bajo, vencidos al final del Predinástico posterior; y, finalmente, los *Henememet*, o «pueblo del Sol», serían los de la región oriental, situada entre el mar Rojo y el Nilo. Esta última región, aún habitada en el Neolítico y en el Predinástico, es importante para la economía del valle, puesto que proporciona los metales, cobre y oro. Ese vasto sistema «socioétnico» quedaría excindido en pequeñas unidades geográficas y agrícolas. El papel de la monarquía será puramente político: en un primer tiempo reunirá a esas agrupaciones provinciales en dos grandes confederaciones, una al Norte y otra al Sur, y después, en un segundo tiempo, unificará por la fuerza a las dos confederaciones en un solo reino, asegurando así un mejor aprovechamiento del conjunto del territorio egipcio. Esa segunda tarea será obra de los primeros faraones tinitas. Es entonces cuando entremos en la Historia.

#### EL ALTO VALLE DEL NILO (– 5000 a –3000)

Las diversas culturas del valle del Nilo que acabamos de ver no sobrepasan apenas, hacia el Sur, la región de El Kab. La región de Assuán y la 1.<sup>a</sup> Catarata pertenecen ya a un dominio cultural diferente. Desde el punto de vista étnico parece que las poblaciones del alto valle del Nilo estaban próximas a las del grupo Sur del valle bajo: Badarienses y Amratienses. Sin duda, se podrían extender las aproximaciones a las etnias vecinas del Sáhara oriental, según lo que se puede deducir fundándose en estudios antropológicos aún poco abundantes<sup>50</sup>.

Neolítico y Predinástico son mal conocidos en Egipto, como hemos visto, debido al escaso número de yacimientos científicamente explorados. La situación es mucho más desfavorable aún para el valle alto, donde sólo la parte norte, entre la 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> Cataratas, está relativamente bien explorada, aunque conviene advertir que los resultados de las excavaciones realizadas de 1960 a 1966 sólo están publicadas en parte<sup>51</sup>.

<sup>49</sup> A. H. Gardiner, 1947, I, págs. 98 + – 112 +.

<sup>50</sup> Cf., en última instancia, O. V. Nielsen, 1970, en distintos lugares y pág. 22, bibliografía en págs. 136-139.

<sup>51</sup> Para las épocas que nos interesan aquí se tendrán en cuenta, sobre todo, las obras: F. Wendorf, 1968, y H. Nordstrom, 1972.

De la 2.<sup>a</sup> Catarata hasta los Grandes Lagos ecuatoriales, los escasos elementos conocidos provienen de informaciones de prospección en superficie, porque sólo se ha excavado un número ínfimo de yacimientos. Por eso, nuestros conocimientos, tanto en el tiempo como en el espacio, son mucho más limitados para el valle alto que para el valle egipcio.

### *El Neolítico ( ± - 5000 a - 3800 )*

En la región de Jartum, un yacimiento indiscutiblemente neolítico ha sido excavado por vez primera. La cultura que revela, conocida a veces con el nombre de Neolítico de Jartum, es más generalmente llamada *Shaheinab* [= Shaheina-biense], del nombre del yacimiento que la ha dado a conocer<sup>52</sup>.

Shaheinab es un yacimiento de hábitat cuyas sepulturas no han sido encontradas, pero el abundante material de la vida cotidiana que ha proporcionado muestra que los sudaneses de Shaheinab, sobre todo cazadores y pescadores, eran también ganaderos. El estudio de su alfarería, decorada mediante impresión de una ruleta estriada que se hacía bascular, indica que eran probablemente los descendientes de otra cultura neolítica más antigua, cuyas huellas han sido encontradas en un yacimiento en el propio Jartum; ese yacimiento, *Jartum anterior* (*Early Khartoum*)<sup>53</sup> [= Khartumiense] ha proporcionado tumbas en las que se había enterrado a negros. Si, como todo parece indicar, Shaheinab descende del Jartum anterior, habría que admitir que estamos en presencia, también ahí, de una población negra, compuesta de grupos de cazadores y pescadores que se enfrentaban tanto a los leones, búfalos e hipopótamos como a los antílopes, gacelas, oryx y liebres, cuyos huesos han sido encontrados en sus hogares. Su armamento estaba formado por hachas pulimentadas y mazas hemisféricas que a veces han sido consideradas como antepasadas de la maza en forma de cono truncado amratiense. Trabajaban la madera y conocían el tejido, pero preferían el cuero, según parece por sus vestidos. Su civilización es a veces llamada «cultura de la gubia», debido al gran número de herramientas de ese tipo descubiertas en el yacimiento. Gracias a su alfarería muy característica, ha sido posible demostrar que la cultura de Shaheinab se extendía tanto hacia el oeste (Teneré, Tibesti), o el este como sobre los Nilos Blanco y Azul, al sur de Jartum. Nada permite determinar cuál era su organización social.

Sería interesante saber cuáles eran los vínculos entre el Neolítico de Shaheinab y los del valle bajo, principalmente de Fayum; desgraciadamente no se conoce ningún yacimiento al norte de Jartum, entre la 6.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> Cataratas, que permita hacer comparaciones útiles. Los recientes trabajos en la Baja Nubia, al norte de la 2.<sup>a</sup> Catarata, parece que han mostrado que el Neolítico de esa región está bastante próximo al de Shaheinab, pero es bastante diferente, sin embargo, para que los arqueólogos anglosajones que lo han estudiado lo hayan calificado de «Jartoum Variable»<sup>54</sup>.

<sup>52</sup> Cf. A. J. Arkell, 1953.

<sup>53</sup> Cf. A. J. Arkell, 1949.

<sup>54</sup> F. Wendorf, 1968, págs. 768-790, y H. Nordstrom, págs. 9-10.

El paso del Neolítico al Predinástico y, por consiguiente, al Eneolítico, en el valle alto es aún muy oscuro. Algunas sepulturas encontradas en la confluencia del Nilo Blanco y del Azul parecían indicar la existencia en esa zona de una cultura influenciada por el Predinástico nubio, llamado del Grupo A (cf. anteriormente), pero esa cultura no puede ser datada con precisión.

En la 2.<sup>a</sup> Catarata, en cambio, se ha descubierto recientemente una industria a la que se ha dado el nombre de Abkiense (Abkan)<sup>55</sup> [= Abkiense], del nombre del yacimiento de Abka, donde es la mejor representada. Sólo se la conoce aún por su industria lítica y su alfarería. Los datos sobre los yacimientos en que ha sido encontrada no han sido publicados todavía. Por lo que se conoce, parece que esa cultura pertenece a una población de cazadores-pescadores, como la de Shaheinab, pero la caza allí es menos productiva, tal vez porque se entra en la fase de desecación que sigue al «período húmedo». Para la pesca, los hombres de Abka parece que utilizaban amplias trampas permanentes, inteligentemente construidas en los canales de la catarata durante el período de las aguas bajas, en las que los peces quedaban aprisionados cuando se retiraba la inundación. La recogida de frutos y de plantas silvestres completaba ese recurso. La construcción de trampas, hechas con muros de piedra, frecuentemente de grandes dimensiones, implica una agrupación social ya organizada. Esa cultura no parece emparentada con la de Shaheinab que, *in situ*, bajo su forma de «Jartoum Variable», parece ser muy distinta y contemporánea. Esa sería, pues, una forma particular del Neolítico, que no debería nada ni al Sur ni al Norte. En cambio, parece que el Predinástico nubio procede del Neolítico abkiense.

### *Predinástico (– 3800 a – 2800)*

Cuando en 1907 el Gobierno egipcio decidió elevar en siete metros la primera presa de Assuán, inundando así toda la Baja Nubia desde Shellal hasta Korosko, se realizó una prospección arqueológica sistemática en la región que iba a ser inundada. Comprobando las diferencias de culturas entre el Egipto que ya conocían perfectamente y Nubia, los arqueólogos adoptaron un sistema provisional de clasificación por letras para las nuevas culturas que descubrieran, distinguiendo, según una datación relativa, el Grupo A del Grupo B, del Grupo C, etc.<sup>56</sup> Después, se ha intentado establecer un sistema calcado sobre el del Valle Bajo, donde el Nubiense antiguo y el Nubiense medio, por ejemplo, corresponderían al Imperio Antiguo y al Medio<sup>57</sup>. Pero, ante las dificultades encontradas para ampliar ese sistema desde la Nubia al norte de la 2.<sup>a</sup> Catarata hasta la del sur, se ha renunciado provisionalmente a él. Continuaremos, pues, utilizando la denominación de Grupo A, que cubre al Predinástico.

<sup>55</sup> Descripción de esa industria en F. Wendorf, 1968, págs. 611-629; cf. también H. Nordstrom, 1972, págs. 12-16.

<sup>56</sup> G. A. Reisner, 1910, págs. 313-332.

<sup>57</sup> B. G. Trigger, 1965, págs. 67 y sigts., fig. 1, pág. 46.

En el tiempo, el *Grupo A*<sup>58</sup> va desde el final del Neolítico, hacia - 3800, hasta el final del Imperio Antiguo egipcio, hacia - 2200. En él se pueden distinguir varias fases: el Grupo A antiguo, de - 3800 a - 3200 aproximadamente; el Grupo A clásico, de - 3200 a - 2800 aproximadamente; y el Grupo A tardío (antiguo Grupo B), de - 2800 a - 2200 aproximadamente. Sólo analizaremos aquí las dos primeras fases.

El *Grupo A Antiguo* es el peor conocido<sup>59</sup>. En el curso de las recientes excavaciones en la Nubia sudanesa, entre 1960 y 1966, se ha observado que la civilización «neolítica» del Grupo A sucedía directamente a la del Abkiense neolítico; habrá, pues, que esperar la publicación de los informes de excavaciones *in extenso* para tener una idea más exacta de lo que representa. En la Baja Nubia parece que el yacimiento de Khor Bahan, al sur de Shellal, pertenece a esa fase antigua y es contemporáneo del Gerzense y, por tanto, del Predinástico medio egipcio. En esa época, la agricultura y la ganadería, ausentes del Abkiense, se practican en la Nubia Baja: utilizando una técnica propia en el valle alto, las comunidades de agricultores establecían en el momento de las aguas bajas diques de piedra perpendiculares al río, que tenían por misión retardar la corriente y facilitar así el depósito del limo sobre los campos de las márgenes del Nilo, ampliando la extensión de ellos. Por otro lado, el hallazgo de huesos de bóvidos y caprinos en las tumbas, procedentes sin duda de sacrificios funerarios, sugiere que esas comunidades eran seminómadas. Los campos, en efecto, al ser insuficientes para alimentar un gran número de animales, hacen pensar que los rebaños emigraban durante una parte del año a las mesetas vecinas que todavía debían conocer un régimen de estepas, como lo muestra la presencia de antílopes y leones.

El hallazgo de objetos de cobre en los yacimientos del Grupo A plantea el problema de la difusión de ese metal en el valle alto. Al igual que las poblaciones del Badariense, los africanos del Grupo A utilizaban la malaquita como pintura para los ojos, triturándola en paletas de cuarzo; también conocían la técnica de fabricación de la pasta esmaltada («loza egipcia»). Dado que existen yacimientos de mineral de cobre en Nubia, que han sido antiquísimamente explotados, es muy posible que los objetos de cobre encontrados en los yacimientos del Grupo A antiguo (sobre todo las agujas) sean únicamente de fabricación local<sup>60</sup>.

Parece que las importaciones llegadas del Norte se limitan a vasos de piedra, alabastro, esquistos, mármol y materias primas como el sílex, que no existe prácticamente en las areniscas nubias, mientras que es abundante en Egipto. La alfarería sigue siendo del tipo rojo con bordes negros; fabricada localmente, es de una excelente técnica. Para sus herramientas y armas, las poblaciones del Grupo A utilizaban más la piedra y el hueso que el metal: los cuchillos y mazas, de la misma forma que los del Amratiense, son de sílex, diorita o basalto; las agujas o

<sup>58</sup> Todos los informes de las excavaciones realizadas en Nubia a instancias de la UNESCO, tanto en Egipto como en Sudán, todavía no han sido publicados. Para el Grupo A, ver, en último extremo, H. Nordstrom, 1972, págs. 17-32.

<sup>59</sup> H. Nordstrom, 1972, págs. 17-28 y en distintos sitios.

<sup>60</sup> Se observará que, ya en el Antiguo Imperio, el mineral de cobre parece que ha sido tratado *in situ*, en Bouhen principalmente; cf. W. B. Emery, 1965, págs. 111-114.

fíbulas y punzones son la mayoría de las veces de hueso o de marfil. El oro aparece en los adornos. Las paletas de pintar, de esquisto, están inspiradas, sin duda, en las paletas egipcias, pero se encuentran paletas de cuarzo blanco que son típicas de la cultura del Grupo A<sup>61</sup>.

Al Grupo A antiguo, aún poco conocido, sucede el Grupo A clásico que, a juzgar por el número de tumbas y de necrópolis que ha dejado, conoce lo que podría llamarse una explosión demográfica<sup>62</sup>. El Grupo A clásico, muy próximo materialmente a su predecesor, se distingue de éste sobre todo por la importación de un número mucho mayor de objetos del valle bajo. En ese fenómeno se ha visto la prueba de un comercio activo entre los valles bajo y alto del Nilo. La alfarería sigue siendo de una calidad y fineza superiores, pero va acompañada de un gran número de vasos de importación del tipo gerzense, de color claro. Son vasos utilitarios que sin duda han contenido materias perecedoras (se piensa especialmente en el aceite), importadas a cambio del marfil y ébano traídos del Sur.

La cultura del Grupo A clásico continúa prosperando hasta los alrededores del - 2800 aproximadamente, cuando desaparece bruscamente y casi del todo, dando lugar a la cultura muy empobrecida del *Grupo A tardío* (antiguo Grupo B)<sup>63</sup>. En esa casi desaparición se ha visto el resultado de las incursiones egipcias dirigidas por los faraones de la primera dinastía tinita. Inscripciones egipcias de esa época, descubiertas un poco al norte de la 2.<sup>a</sup> Catarata, hacen muy lógica esa explicación. De todos modos, salimos ahora de la época prehistórica.

Si para el valle del Nilo quisiéramos resumir ese período oscuro, pero tan importante, que va del Neolítico al final del Predinástico, diríamos que está señalado en el valle bajo por el paso de un sistema social basado en familias o grupos restringidos de cazadores-pescadores, que practican algo la ganadería y una agricultura limitada a las orillas del río y de Fayum, a un sistema complejo de individuos sedentarios organizados en aldeas y grupos de aldeas, y que practican el riego y una agricultura especializada. Esas aldeas se encuentran reunidas, hacia el - 3000, bajo la autoridad de un jefe único, el faraón, que gobierna el valle bajo, desde la 1.<sup>a</sup> catarata hasta el Mediterráneo.

En el valle alto asistimos al paso del sistema de grupos de pescadores-cazadores, que practican una ganadería muy limitada, a otro sistema que agrupa a ganaderos-agricultores a lo largo del río, donde establecen espigones para ampliar sus cultivos. La construcción de esos espigones supone una organización colectiva importante, aunque menos considerable que en el valle bajo.

En el transcurso de esa misma época, a partir del - 3300, vemos que el cobre se extiende en todo el valle del Nilo. Aunque el origen de la metalurgia del cobre sigue siendo mal conocido y discutido, no es imposible que haya tenido nacimiento, o haya sido reinventada, en el valle del Nilo.

<sup>61</sup> F. Hitz, 1967, pág. 44.

<sup>62</sup> B. G. Trigger, 1965, págs. 74-75.

<sup>63</sup> H. S. Smith, 1966, págs. 118-124.

## LA EPOCA HISTORICA DEL — 3000 AL SIGLO V ANTES DE LA ERA CRISTIANA

Cuando aparecen los primeros textos egipcios, hacia el — 3000, los sistemas sociales están establecidos, según parece, en el conjunto del valle del Nilo y ya no evolucionará apenas. En el Norte tenemos un sistema de monarquía de derecho divino que gobierna a una masa de individuos iguales ante el rey, en teoría al menos. En el Sur, el sistema parece menos rígido, y, debido al nomadismo o seminomadismo, un sistema fundado en gran parte en la familia se mantiene sin duda durante casi todo el período que va del — 3000 al siglo V antes de la era cristiana. Sólo en el límite final de aquélla, el valle del Nilo, entre la 1.<sup>a</sup> Catarata y la confluencia de los Nilos Blanco y Azul, si no más al Sur aún, conocerá un régimen quizás similar al del valle egipcio.

Dado el carácter estático de los sistemas sociales en el curso de ese período, expondremos rápidamente su evolución e insistiremos más sobre los dos hechos culturales que marcan tal período: la invención y difusión del bronce, por un lado, y, muy tardíamente, las del hierro, por otro.

### EVOLUCION DE LOS SISTEMAS SOCIALES

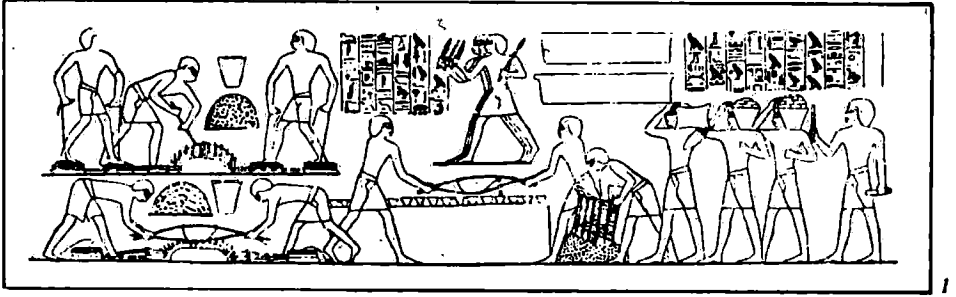
A falta de documentos jurídicos en número suficiente, la organización social en el valle bajo sólo es conocida imperfectamente. Si hemos de creer a los autores clásicos, Heródoto y Estrabón entre otros, la sociedad egipcia habría estado repartida en castas rígidas. Eso ciertamente es falso, excepto quizás en cuanto a los soldados, en el límite final de la historia faraónica. Así, allí nunca hubo «clase de sacerdotes», como pretende Estrabón. Ni siquiera es seguro que hubiese una clase de esclavos, en el sentido que hoy damos a esa palabra<sup>64</sup>. En realidad, el sistema social egipcio, en la época histórica, es de una gran sencillez. Está basado más en la explotación del suelo y el aprovechamiento del país que en un derecho rígido. En Egipto, al no haberse conocido nunca la moneda, el individuo, cualquiera que sea su rango en la sociedad, debe estar vinculado, para vivir, a un organismo que le proporciona alimentos, vestido y alojamiento.

El más simple de esos organismos es el hogar familiar. Aunque la tierra pertenezca en principio al faraón, el derecho de cultivarla es a veces atribuido a un particular que puede transmitirlo a sus herederos<sup>65</sup>. En todo tiempo hubo haciendas familiares de ese tipo, frecuentemente pequeñas, en las que el propio jefe de familia distribuye las rentas, a su voluntad, y la familia, en sentido amplio, depende completamente de él. La única obligación del jefe de familia es satisfacer los derechos del Estado: impuestos, cargas y servidumbres.

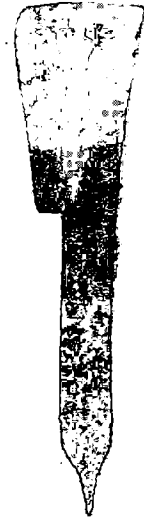
Junto a esas haciendas familiares, y mucho más importantes, hay haciendas religiosas y reales. Las haciendas religiosas, sobre todo a partir de la 18.<sup>a</sup> dinastía

<sup>64</sup> Cf. las observaciones pertinentes de G. Posener en G. Posener, S. Sauneron y J. Yoyotte, 1959, s. v. *Esclavage*, pág. 107.

<sup>65</sup> J. Pirenne, 1932, págs. 206-211, y G. Posener, 1959, págs. 76 y 107.



- 1. La tumba de Rekh mi-re en Tebas. The Metropolitan Museum of Art, Egyptian Expedition, vol. X.
- 2. La tumba de Huy: muro este (fachada sur).
- 3. Cuchilla de afeitarse (Mirgissa, Sudán), fot. Misión arqueológica francesa en Sudán.





(después de - 1580) pueden ser muy ricas. Así, la hacienda del dios Amón cuenta con 81.322 hombres, 421.362 cabezas de ganado, 43 jardines, 2.393 km<sup>2</sup> de campos, 83 barcos y 65 aldeas<sup>66</sup>. Esos bienes están en el Alto y Bajo Egipto, en Siria-Palestina y en Nubia. La hacienda real está compuesta del mismo modo y dispersa por el país en torno a un palacio o al templo funerario del soberano. Cada individuo depende obligatoriamente de una hacienda que provee a sus necesidades de modo muy jerarquizado. La remuneración, en especie, varía mucho según la función desempeñada: un escribiente recibe más «raciones» que un cultivador o un artesano; lo cual permite a los más favorecidos del sistema adquirir a su vez criados y haciendas familiares vendiendo, no su función, sino una parte de las rentas anejas a ella.

Si se quiere escapar a la obligación que impone el sistema social egipcio, el individuo no tiene otro recurso que la huida. Los «desertores» huyen hacia el oeste, a las orillas del desierto, donde viven de incursiones sobre los cultivos del valle, o bien pasan al extranjero, sobre todo a Siria-Palestina<sup>67</sup>.

La estabilidad del sistema social depende en gran parte de la autoridad y energía del poder central, del rey y de la administración. Cuando éstos son débiles, se puede asistir a un desorden profundo en el funcionamiento del sistema, y hasta a revoluciones, como ocurrió principalmente entre - 2200 y - 2100 aproximadamente, cuando la autoridad del faraón fue puesta en duda y los favoritos desposeídos de sus bienes<sup>68</sup>. También se conocen desórdenes localizados, como la huelga de los artesanos de la hacienda real de Deir-el-Medineh, en 1165, por no haber recibido sus raciones mensuales, ni sus vestidos...

La situación social de un individuo no es definitivamente fija; siempre puede ser discutida, bien por voluntad real, bien como consecuencia de faltas cometidas en el ejercicio de una función. La degradación de un funcionario y su reenvío «a la tierra» están mencionados en diversas ocasiones en los textos egipcios<sup>69</sup>.

A partir de - 1580 aproximadamente, los militares ocupan un lugar aparte en el sistema social egipcio. Para expulsar a los hicsos de Egipto y dirigir su política de incursiones agresivas tanto hacia Nubia como hacia el Asia Menor, los faraones crearon un auténtico ejército profesional<sup>70</sup>. Los militares son recompensados con tierras y propiedades agrícolas que pueden transmitir a sus herederos a condición de que éstos continúen el oficio de las armas. Ese sistema se desarrolló en el transcurso de los siglos y condujo, al final de la historia de Egipto, a la creación de una «casta» militar.

En el valle alto del Nilo, la organización social es aún mal conocida. Hemos visto que al final de la época predinástica se había establecido un sistema social, al menos en la Baja Nubia, que comprendía individuos sedentarios y nómadas o

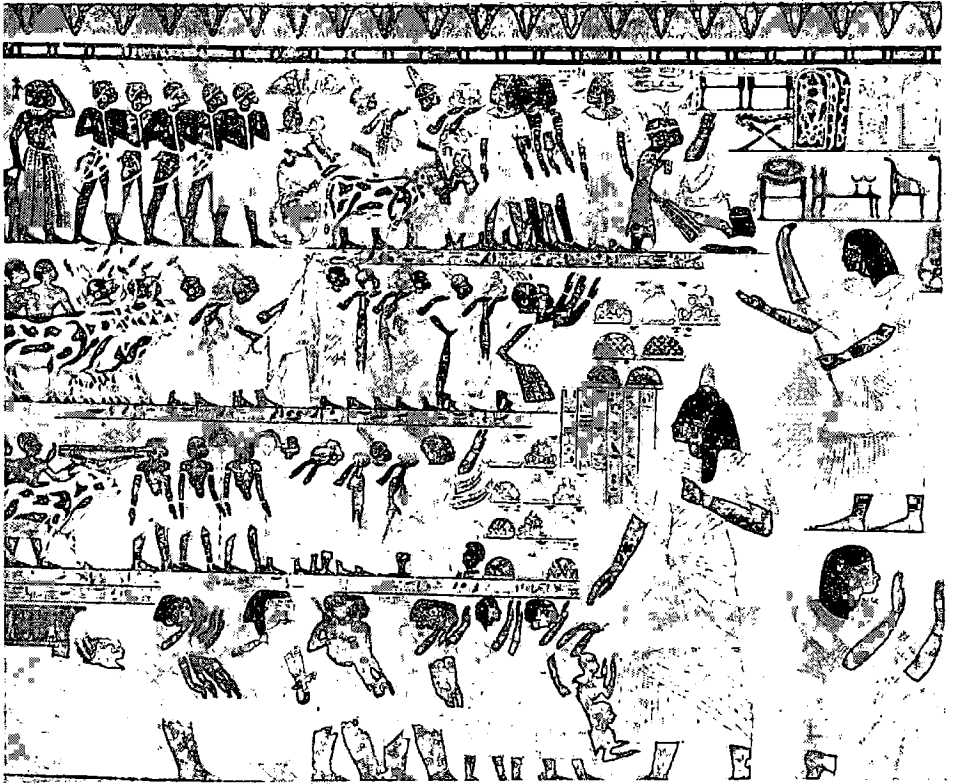
<sup>66</sup> J. H. Breasted, 1906, pág. 97.

<sup>67</sup> El mejor ejemplo de ese hecho es el de Sinuhé, quien por temor a ser implicado en un complot palaciego huye de Palestina. Tendrá que solicitar el perdón del Faraón para poder volver a Egipto. Cf. G. Lefebvre, 1949, «l'Histoire de Sinouhé», págs. 1-25. A éste se añadirá W. K. Simpson (ed.), 1972, págs. 57-74.

<sup>68</sup> J. Vandier, 1962, págs. 213-220 y 235-237.

<sup>69</sup> Principalmente en el decreto de Nauri, donde es una de las sanciones corrientes, cf. F. L. Griffith, 1927, págs. 200-208.

<sup>70</sup> R. O. Faulkner, 1953, págs. 41-47.



• La tumba de Huy (fot. «The Egypte Exploration Society»).

seminómadas, sin que se pueda saber si unos y otros vivían en comunidad o simplemente juntos. Los escasos documentos egipcios que hacen alusión a la organización política de las poblaciones al sur de la 1.<sup>a</sup> Catarata dejan entrever un reparto de agrupaciones humanas de escasa densidad a lo largo del valle, bajo la autoridad de jefes locales cuyo poder era hereditario<sup>71</sup>.

La arqueología no aporta apenas informaciones. La ganadería sigue siendo un factor económico importante del valle alto; sin duda favorece el mantenimiento de las estructuras familiares. Al seguir así, a partir de - 1580, la intervención egipcia modifica ciertamente el sistema existente, o más bien lo hace desaparecer. La ocupación por Egipto de los territorios al sur de Assuán conduce rápidamente a su desplazamiento<sup>72</sup>. Por necesidades de su política asiática, Egipto, en efecto, explota a ultranza el valle alto, cuyos habitantes desaparecen huyendo indudablemente hacia el sur y el oeste, a unas regiones hoy desconocidas por la arqueología.

Sólo hacia - 750, bajo el impulso de soberanos sudaneses originarios de la región de Dongola, vemos crearse un auténtico reino organizado, inspirado en el modelo egipcio. Parece que se extiende desde la confluencia de los dos Nilos, en el Sur, hasta la 2.<sup>a</sup> Catarata, primero, y luego hasta el Mediterráneo, absorbiendo la Baja Nubia de - 750 a - 650<sup>73</sup>. En ese reino, el matriarcado, al menos para la familia dirigente, desempeña un papel importante, pero los documentos son demasiado escasos y poco explícitos para explicarnos el sistema social al que están sometidas las agrupaciones humanas que lo componen.

## DIFUSION DE LOS METALES

Al comienzo del período histórico, los metales preciosos, oro y plata, así como el cobre, son conocidos y ampliamente difundidos en el conjunto del valle del Nilo. La metalurgia de esos metales continúa desarrollándose después del III milenio. En el II milenio aparecen el bronce, aleación de cobre y estaño y, esporádicamente, a partir de - 1580, el hierro.

Entre la 1.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup> Cataratas se encuentra la mayor parte de las minas de oro explotadas por egipcios y nubios<sup>74</sup>. Haciendo prospecciones en los yacimientos de metales preciosos, los egipcios del Imperio Medio alcanzaron y luego sobrepasaron la 2.<sup>a</sup> Catarata. En el Nuevo Imperio, el oro desempeña un papel primordial en la política asiática de Egipto para «comprar» las alianzas locales. El oro extraído de las minas de Egipto y de Nubia contiene siempre una fuerte proporción de plata<sup>75</sup>, y se distinguía el oro blanco, o electro (*hadji*, en egipcio), que contiene al menos un 20 por 100 de plata, del oro amarillo (*noub*, en egipcio); a este propósito, advertimos que no es cierto que esa palabra egipcia sea el origen de la palabra Nubia. El oro ha sido utilizado en Egipto con múltiples aplicacio-

<sup>71</sup> G. Posener, 1940, págs. 35-38 y 48-62.

<sup>72</sup> W. Y. Adams, 1964, págs. 104-109.

<sup>73</sup> H. V. Zeissl, 1955, págs. 12, 16.

<sup>74</sup> J. Vercoutter, 1959, págs. 128-133, y mapa, pág. 129.

<sup>75</sup> A. Lucas, 1962, págs. 224-234.



● *Estatua de cobre de Pepi I (Imperio Antiguo), Museo de El Cairo.*

nes: en el mobiliario funerario, en los adornos y hasta en la arquitectura, recubriéndose con placas de oro la punta de los obeliscos, los pórticos y algunas salas de los templos.

El valle alto del Nilo emplea el oro con la misma profusión, aunque el saqueo sistemático de las sepulturas nos haya dejado relativamente pocos objetos de ese metal: amuletos, perlas, adornos del peinado, brazaletes, joyas y pendientes. El mobiliario de madera, en el siglo XVIII antes de la era cristiana, podía incluso estar recubierto con placas de oro. Los muebles funerarios del siglo VIII son también de gran riqueza en oro y plata, como se ve en Nuri, río abajo de la 4.<sup>a</sup> Catarata, donde se han recogido numerosos objetos a pesar de los antiguos saqueos<sup>76</sup>.

Sólo el análisis en laboratorio permite distinguir el cobre del bronce<sup>77</sup>. Este aparece en el valle del Nilo a partir de — 2000 aproximadamente, aunque hay que esperar a — 1500 para que se extienda más, sin llegar nunca a eliminar el cobre. El bronce, aleación de cobre y estaño, tiene sobre el cobre la ventaja de ser más resistente, si la proporción de estaño no es demasiado fuerte, y de tener un punto de fusión más bajo, siendo así más fácil de colar.

Aunque Egipto posee algunos yacimientos de estaño, el bronce no ha sido descubierto en el valle del Nilo; probablemente procede de Siria<sup>78</sup>, donde es conocido desde el comienzo del II milenio. En las aleaciones egipcias, la proporción de estaño varía del 2 al 16 por 100. Hasta el 4 por 100 de estaño, el bronce es más duro que el cobre, y, si es más alto el porcentaje, el bronce se rompe y pierde muchas de sus ventajas. Por eso, sin duda, nunca reemplaza al cobre, que puede endurecerse considerablemente por simple martilleo.

No disponemos de análisis de los objetos de cobre —o bronce— encontrados en el valle alto, en Kerma principalmente, que, al datar del II milenio, hubieran podido indicarnos si el bronce había sido adoptado en el valle alto. De todos modos, los objetos de cobre —o bronce— son numerosos allí, más numerosos en realidad que en Egipto mismo: en Kerma se han encontrado 130 dagas de cobre del período de — 1800 a — 1700 aproximadamente, es decir, más de las que nos ha proporcionado el conjunto de Egipto. En esa época, el cobre se utiliza para fabricar objetos de aseo, espejos principalmente, armas y herramientas, vasos, joyas e incrustaciones en muebles. Una vez martilleado, el cobre en muy pocos casos es moldeado.

El número y calidad de los objetos encontrados en Kerma<sup>79</sup> muestran que el valle alto ha desempeñado un papel importante en la difusión de la metalurgia del cobre en Africa, desde el II milenio antes de la era cristiana. La presencia de minas de cobre en el «complejo de base» geológico nilótico ha contribuido poderosamente a la importancia de esa difusión.

Durante mucho tiempo el valle del Nilo sólo conoció el hierro meteórico<sup>80</sup>. Sólo al final del siglo VIII antes de la era cristiana comienza a expandirse por el

<sup>76</sup> Dows Dunham, 1955, *passim*.

<sup>77</sup> A. Lucas, *op. cit.*, págs. 199-217 y 217-223.

<sup>78</sup> A. Lucas, *op. cit.*, págs. 217-218 y 255-257.

<sup>79</sup> G. A. Reisner, 1923, cap. 26, págs. 176-205.

<sup>80</sup> P. L. Shinnie, 1971, págs. 92-94.

valle bajo; un siglo después se emplea también como el bronce y el cobre. En esa fecha, es fundido y trabajado en Egipto, en los centros de influencia griega.

El valle del Nilo alcanza entonces gran importancia en la difusión del hierro en Africa<sup>81</sup>. Es posible que haya sido trabajado más antiguamente tanto en el alto como en el valle bajo del Nilo, lo que explicaría su empleo más frecuente bajo la XXV dinastía, originaria de Dongola (hacia — 800). Sin embargo, aunque el valle alto dispusiese a la vez de mineral de hierro y de bosques para la fabricación de carbón de madera necesario para la metalurgia del hierro, sólo a partir del siglo I antes de la era cristiana, con el florecimiento de la civilización meroítica, entre la 3.<sup>a</sup> y 4.<sup>a</sup> Catarata, el hierro se difundirá ampliamente<sup>82</sup>. Así pues, sobre todo como iniciadora de la civilización de Meroé es como la cultura nilótica de Napata, del siglo VII al IV antes de la era cristiana, ha tenido un papel importante en la difusión del hierro en Africa.

---

<sup>81</sup> A. Lucas, *op. cit.*, págs. 235-243.

<sup>82</sup> El papel de Meroé en la difusión del hierro en Africa no es tan evidente como se creía hasta hace poco; cf. P. L. Shinne, 1971, págs. 94-95, quien cita también a B. C. Trigger, 1969, págs. 23-50. Después de todo, Meroé no es la única posibilidad para la difusión. El hierro ha podido ser difundido, partiendo de Africa del Norte, por las pistas del Sáhara, cf. P. L. Shinne, 1967, pág. 168, con remisión a C. Huard, 1960, págs. 134-178; y 1964, págs. 49-50.

## Conclusión

# DE LA NATURALEZA BRUTA A UNA HUMANIDAD LIBERADA

J. KI-ZERBO

Los capítulos que preceden demuestran ampliamente el papel importante que ha desempeñado Africa en la aurora de los tiempos humanos. Africa y Asia situadas actualmente en la periferia del mundo técnicamente desarrollado, han ocupado la avanzadilla de la escena del progreso durante los primeros 15.000 siglos de la Historia del mundo, desde el Australopiteco y el Picántropo. En el estado actual de nuestros conocimientos, Africa ha sido el escenario principal del surgimiento del hombre como especie real sobre el planeta, y del nacimiento de una sociedad política. Pero ese papel de excelencia en la Prehistoria será suplantado, durante el período histórico de los dos últimos milenios, por una «ley» de desarrollo impuesta en el ámbito de la explotación por la reducción en el papel del utensilio.

### AFRICA: ¿PATRIA DEL HOMBRE?

Aunque no haya aún una certeza absoluta en este tema, ello es así porque la Historia humana está enterrada desde los orígenes, y esta Historia subterránea no se halla completamente exhumada, pero, en tanto que las excavaciones sólo están en su inicio en Africa y la acidez del suelo allí devora casi por completo los restos fósiles, los hallazgos realizados hasta ahora clasifican ya a ese continente como a uno de los grandes, si no como al principal centro del fenómeno de hominización. Eso es verdad ya en el nivel del keniapiteco (*Kenyapithecus Wickeri*, 14 millones de años) al que algunos consideran como el iniciador de la dinastía humana. El ramapiteco de Asia no es más que una variedad del anterior que debió llegar a la India partiendo de Africa. Pero eso se verifica, sobre todo, con el Australopiteco (*Australopithecus Africanus* o *afarensis*) que indudablemente es el primer homínido, bípedo explorador de las sabanas del Africa oriental y central y en quien el moldeado endocraneal ha revelado un desarrollo de los lóbulos frontales y

parietales del cerebro que testimonian un nivel ya elevado de las facultades intelectuales. Después son los zinjantropos y la variedad que lleva el nombre tan conveniente de *homo habilis*. Estos son los primeros humanos que representan un nuevo salto adelante en la ascensión hacia la condición del hombre moderno.

Siguen los arcantropianos (Pitecántropos y Atlántropos), los Paleántropos o Neanderthalianos y, por último, el tipo *homo sapiens sapiens* (hombre de Elmenteita, en Kenia, de Kidish, en Etiopía), en quien numerosos autores han advertido, en la época alta del Auriñaciense, las características frecuentemente negroides. Sean policentristas o monocentristas, todos los científicos reconocen que es en Africa donde se encuentran todos los eslabones de la cadena que nos une con los homínidos y prehomínidos más antiguos, incluidas las variedades que parece que se han quedado en el estadio de esbozo del hombre y que no han podido realizar el despegue histórico que permite acceder a la talla y a la condición de Adán. Por otro lado, es en Africa donde se encuentran aún los «antepasados» o, más bien, los presuntos primos del hombre. Según W. W. Howells, «los grandes monos de Africa, el gorila y el chimpancé están incluso más próximos al hombre como ninguno de los tres lo está del orangután de Indonesia»<sup>1</sup>. ¡Y con razón! Asia, en sus latitudes inferiores, y sobre todo Africa, por estar inmersas en el hemisferio austral, escapaban a las condiciones climáticas prohibitivas de las zonas boreales. Así es como durante los doscientos mil años aproximadamente del Kagueriense, la Europa ocupada por los casquetes glaciales no ofrece huella alguna de herramientas paleolíticas, mientras que el Africa de entonces presenta tres variedades sucesivas de piedras talladas según unas técnicas en progresión. En realidad, las latitudes tropicales gozaban entonces de un clima «templado» favorable a la vida animal y a su desarrollo. En efecto, si se quieren detectar los motores de ese surgimiento del Hombre, no se puede más que poner en evidencia, en primer lugar, el medio geográfico y ecológico. Y luego hay que tener en cuenta la tecnología y, por último, el medio social.

#### LA ADAPTACION AL MEDIO

La adaptación al medio fue uno de los factores más poderosos del trabajo manual del Hombre desde sus orígenes. Las características morfológicas de las poblaciones africanas hasta la actualidad fueron elaboradas en ese período crucial de la Prehistoria. Así es como el aspecto lampiño de la piel, su color moreno, cobrizo o negro, su abundancia en glándulas sudoríparas, las aletas de la nariz y los labios abiertos de buen número de africanos y los cabellos rizados, ensortijados o crespos, todo ello depende de las condiciones tropicales. La melanina y los cabellos crespos, por ejemplo, protegen del calor. Además, la posición de pie que fue una etapa tan decisiva del proceso de hominización y que supuso o entrañó una adecuación de la economía de los huesos de la cadera pelviana va unida, según algunos prehistoriadores, a la adaptación al medio geográfico de las sabanas con altas hierbas de las mesetas esteafricanas: era preciso siempre

<sup>1</sup> W. W. Howells, 1972, pág. 5.



ponerse de pie para mirar por encima con el fin de acechar a su presa o huir de las fieras hostiles.

Otros científicos (Alister Hardy, por ejemplo) recurren al medio acuático, no sólo para la aparición de la vida, sino para la hominización. Así piensa Elaine Morgan, para quien ese proceso se habría desarrollado en Africa a las orillas de los grandes lagos o del océano. Y explica la posición de pie por la necesidad de tener la cabeza fuera del agua en la que los individuos se habían sumergido para escapar de los monstruos más fuertes, pero más alérgicos al agua. También explica, por el medio acuático, algunas características humanas como la presencia de una capa de grasa subcutánea, la posición retrasada de los órganos sexuales en la mujer y el alargamiento correspondiente del órgano sexual masculino, el hecho de que seamos los únicos primates que lloran, etc<sup>2</sup>. Todas esas adaptaciones biológicas se realizaban poco a poco mediante la herencia y se transmitían como características permanentes. La adaptación al medio impuso también el estilo de las primeras herramientas humanas. Por eso, C. Gabel se pronuncia por un origen autóctono de las herramientas de tipo «capsiense», dado el estilo de las láminas, buriles y raspadores que se adaptan a un material tan importante como la obsidiana.

## EL MEDIO TECNOLÓGICO

El medio tecnológico creado por los hominianos africanos fue, en efecto, el segundo factor que les permite dominar la naturaleza y, en primer lugar, distinguirse de ella.

Porque el hombre ha sido *faber* (artesano), se ha convertido en *sapiens* (inteligente). Liberadas las manos del hombre, alivian los músculos, así como el hueso del maxilar y del cráneo, de muchos trabajos. Por eso se produce la liberación y el crecimiento de la bóveda craneal en la que los centros sensitivo-motores del córtex se desarrollan. Por otro lado, la mano enfrenta al hombre con el mundo natural. Es una antena que capta un número infinito de mensajes, los cuales organizan el cerebro y le hacen desembocar en un juicio, en particular por la idea de medio dado para un fin determinado (principio de identidad y de causalidad).

Tras haber mellado toscamente la piedra mediante roturas de tallas desiguales, dispuestas al azar (*pebble culture* del hombre de Olduvai), los hombres prehistóricos africanos pasaron a un estadio más consciente del trabajo creador. Y la presencia de herramientas líticas en diferentes niveles de elaboración en los amplios talleres, como los de los alrededores de Kinshasa, permite concluir que la representación del objeto acabado era aprehendido desde el estadio inicial y se materializaba de fragmento en fragmento. Como en otras materias, el progreso en ese dominio pasó de la talla por golpe de un canto sobre otro a la talla con ayuda de un percutor menos duro y cilíndrico (martillo de madera, de hueso, etc.), y después a la percusión indirecta (mediante un cincel) y, por último, mediante presión para los retoques de acabado, en particular sobre los microlitos.

<sup>2</sup> Alister Hardy, especialista en biología marina, citado por Elaine Morgan, 1973, págs. 33-55.

Un progreso constante marca la empresa del hombre prehistórico sobre las herramientas y, desde los primeros pasos, en el cambio del material y en el ajuste de los utensilios y de las armas se reconoce esa obsesión por la eficacia siempre más precisa y por la adaptación a fines cada vez más complejos, que es la señal misma de la inteligencia, y que libera al hombre de los estereotipos del instinto. Así es como se pasó de la bifaz *factotum* a las industrias de fragmentos (Egipto, Libia, Sáhara), y después a las facies aún más especializadas del Ateriense<sup>3</sup>, del Fauresmithiense<sup>4</sup>, del Sangoense<sup>5</sup>, del Stillbayense<sup>6</sup> y, por fin, a las formas aún más refinadas del Neolítico (capsiense, wiltoniense, magosiense, elmenteitiense). En Africa, menos que en otras partes, no se puede trazar un umbral cronológico claro que permita medir por cifras exactas el paso de un estadio a otro. Las diferentes fases de la prehistoria parece que se han superpuesto, interdependientes, y han coexistido durante largos períodos. En el mismo nivel estratigráfico se pueden encontrar reliquias de la primitiva edad de piedra, herramientas mucho más evolucionadas (piedras pulimentadas) e incluso objetos metálicos. Así es como el Sangoense, que comienza desde la primera edad de piedra, se prolonga hasta el final del Neolítico. El conjunto de esos progresos, señalado por intercambios y préstamos múltiples, se presenta más bien en forma de oleadas de invenciones de gran radio histórico, que se entremezclan a veces y se inscriben en una curva ascendente general que desemboca en el período histórico de la Antigüedad, tras el dominio de las técnicas agropastoriles y la invención de la alfarería. El cultivo del trigo, de la cebada y de las plantas textiles, como el lino de Fayum, se extendía al igual que la cría de animales domésticos. Dos centros principales de selección y explotación agrícola han ejercido indudablemente una irradiación notoria desde el VI o el V milenio: el valle del Nilo y el del meandro del Níger. Se descubren el sorgo, el pequeño mijo, algunas variedades de arroz, el sésamo, el fonio y, más al sur, el ñame, el da (*ibiscus esculentus*) por sus hojas y fibras, la palmera de aceite, el árbol de cola y, quizás, otras variedades de algodón. El valle del Nilo se beneficia además de los hallazgos de Mesopotamia, como el emmer (trigo), la cebada, las cebollas, las lentejas y los guisantes, el melón y los higos, mientras que de Asia llegaban la caña de azúcar, otras variedades de arroz y el plátano, éste sin duda de Etiopía. Ese último país, instruido con hábitos culturales por los agricultores del valle del Nilo, desarrolló también el cultivo del café. Los yacimientos de Nakuru y del río Njoro, en Kenia, sugieren también la promoción del cultivo de los cereales.

Numerosas plantas domesticadas durante la prehistoria persisten aún en formas a veces mejoradas y alimentan hasta ahora a los africanos. Ellas han supuesto la fijación y la estabilización de los hombres, sin que eso suponga civilización progresiva. El verdadero neolítico que se desarrolla en la Europa occidental, sólo entre - 3000 y - 2000, comenzó tres mil años antes en Egipto. Ahora bien, la alfarería de Elmenteita (Kenia) que data, sin duda, de cinco milenios es uno de los elementos que permite deducir que el conocimiento de la

<sup>3</sup> De Bir el-Ater, en Argelia.

<sup>4</sup> De Fauresmith, en Africa del Sur.

<sup>5</sup> De Sango Bay, en la orilla occidental del lago Victoria.

<sup>6</sup> De Stillbay, en la provincia de El Cabo.

cerámica llegó al Sáhara y a Egipto partiendo de las tierras altas del Africa oriental. La alfarería, innovación revolucionaria, acompaña la acumulación primitiva del capital bajo las especies de bienes arrancados a la naturaleza por la industria humana. Con la cocina se inicia uno de los aspectos más refinados de la cultura que nos permite medir el salto cualitativo realizado desde el *homo habilis* y su dieta de hojas, raíces y carne palpitante; en resúmen, su «economía de presa».

## LA DINAMICA SOCIAL

Pero esos cambios cualitativos que confirmaban y consolidaban las aptitudes esenciales del hombre no han sido posibles más que por los intercambios con sus congéneres y gracias a una dinámica social que ha esculpido el perfil del ser humano, al menos tanto como los impulsos salidos de lo más recóndito de su vitalidad, de los meandros de sus lóbulos cerebrales o de los intersticios de su subconsciencia. El factor social ha desempeñado, por otro lado, un papel importante en el plano de la agresividad, por la eliminación violenta de los más débiles. Así es como el *homo sapiens* debió barrer a los neanderthalianos tras una especie de guerra mundial que duró varias decenas de milenios. Pero la dimensión social ha desempeñado también un papel más positivo: «Los estudios comparados del moldeado endocraneal de los Paleantropianos y del *homo sapiens* muestran precisamente que en éstos últimos las partes corticales que están unidas a las funciones del trabajo y de la palabra y a la regulación del comportamiento del individuo en el seno de la colectividad alcanzan un desarrollo considerable»<sup>7</sup>.

En efecto, la sociabilidad ha desempeñado un papel cardinal en la adquisición del lenguaje, desde los signos sonoros heredados de los antepasados zoológicos hasta los sonidos más articulados combinados de maneras diferentes en forma de sílabas. La fase de lambdacismo marcada por monosílabos trataba de desencadenar, como por un movimiento reflejo condicionado, tal gesto, tal acto o tal comportamiento, o de señalar tal acontecimiento realizado o inminente. En resumen, en el inicio, la palabra fue esencialmente relación. Mientras que el alargamiento del maxilar retiraba hacia atrás los órganos de la garganta y bajaba así la punta de ataque de la lengua. «El flujo de aire expirado no se dirigía ya directamente hacia los labios como en los monos, sino que franqueaba una serie de pantallas controladas por los centros corticales»<sup>8</sup>.

En resumen, la palabra es un proceso dialéctico entre la biología, las técnicas y el espíritu, pero por mediación del grupo. Sin pareja que se haga eco, sin interlocutor, el hombre habría seguido mudo. Pero, recíprocamente, la palabra es una adquisición tan valiosa que en las representaciones mágicas o cosmogónicas africanas se le reconoce una prioridad sobre las cosas. El verbo es creador. La palabra es también el vector del progreso. Es la transmisión de los conocimientos, la tradición o «la herencia de los oídos». Es la capitalización del saber, la que levanta al hombre definitivamente por encima de la eterna mecánica cerrada del

<sup>7</sup> Vsevolod P. Iakimov, 1972, pág. 2.

<sup>8</sup> Cf. Víctor Bounak, 1972, pág. 69.

instinto<sup>9</sup>. La palabra fue, finalmente, la aurora de la autoridad social, es decir, del liderazgo y del poder.

## SURGIMIENTO DE LAS SOCIEDADES POLITICAS

Si el *homo sapiens* es un animal político, ha llegado a serlo durante ese período prehistórico. Los motores y etapas de ese proceso son difíciles de periodizar. Pero, también ahí, las técnicas de producción y las relaciones sociales han desempeñado un papel importante.

### LAS TECNICAS EN PRIMER LUGAR

En efecto, los prehomínidos y los hombres prehistóricos africanos se encontraron en rebaños y después en bandas, cuadrillas y equipos organizados para realizar tareas técnicas concretas que sólo en grupo se podían ejecutar para sobrevivir y llevar una mejor existencia.

El hábitat es ya un marco comunitario que aparece desde los primeros albores de la inteligencia humana. Siempre hay un lugar de reunión, aunque sea transitorio, y un punto adaptado para el reposo, para la defensa y el aprovisionamiento. El fuego reunía ya periódicamente a los miembros de una banda para precaverse contra las fieras, el miedo y las tinieblas exteriores. En el valle del Omo (Etiopía), humildes vestigios líticos, intencionalmente dispuestos, trazan aún en el suelo el plano exhumado de las «cabañas» de los primeros homínidos. Esos dispositivos irán perfeccionándose hasta llegar a esas aldeas neolíticas colocadas sobre posiciones ventajosas al abrigo de las inundaciones y de los ataques, pero en la proximidad de un punto de agua, como, por ejemplo, en el acantilado de Tichitt-Walata (Mauritania). Pero el conjunto de proyectos se expresaba de manera decisiva para la pesca y la caza. Nuestros antepasados prehistóricos no podían abatir a los animales dotados de una fuerza superior más que desplegando una organización también superior. Se reunían para acorralar a los animales que podían hacia los acantilados y barrancos, donde algunos de sus compañeros estaban preparados para rematarlos. Junto a los puntos de agua, donde pululaba la caza mayor en la estación seca, excavaban trampas gigantes adonde los animales iban a caer. Pero luego había que rematar a la fiera, despedazarla y transportar sus trozos, tareas todas que necesitaban ya cierta división del trabajo. Este adquiere todo su valor en el Neolítico gracias a la diversificación creciente de las actividades. En efecto, el hombre joven del Paleolítico inferior no tenía elección. Su orientación profesional era automática: recolección, caza y pesca. Pero, en el Neolítico, la elección era mucho más extensa, y eso implica un acertado

<sup>9</sup> «El lenguaje, que ha permitido al hombre conceptualizar, memorizar y transmitir los conocimientos adquiridos inmediatamente en la experiencia de la vida cotidiana, ¿no es acaso el más extraordinario producto de la capacidad científica de las sociedades no intelectuales?» (B. Verhaegen, 1974, pág. 154).

reparto de los trabajos, que cada vez se hacen más especializados: para mujeres y hombres, campesinos y pastores, zapateros, artesanos de la piedra, de la madera y del hueso y, pronto, herreros.

## LAS RELACIONES SOCIALES

Esa organización nueva y la eficacia creciente de las herramientas permitieron liberar a los sobrantes y autorizaron a algunos a sustraerse a la misión de productores de bienes para dedicarse a los servicios. Las relaciones sociales se diversifican al mismo tiempo que los grupos que se yuxtaponen o se superponen en un principio de jerarquía. Ese es el momento también en que las «razas» se forman y adquieren importancia. Las más arcaicas son las de los khoi-san y de los pigmeos. El negro de gran estatura (sudanés o bantú) aparecerá más tarde, como también el hombre de Asselar (valle del Oued Tilemsi, en Malí). El negro que hacía poco que había desarrollado una expansión pluricontinental<sup>10</sup> se diferenció y se desarrolló, y aparece como triunfador en Africa, su tierra natal, partiendo del Sáhara, mientras que en otras partes era rechazado, como en Asia, al reducto dravidiano del Decán, o suplantado, como en Europa, por razas mejor adaptadas a las condiciones climáticas desfavorables. Eso es también lo que ocurrió en las regiones del norte de Africa en favor de las «razas» mediterráneas. Según Furon, las estatuillas del Auriñaciense presentan un tipo étnico que es negroide. En efecto, para ese autor, «los Auriñacienses negroides se prolongan en una civilización capsiese»<sup>11</sup>. Por su parte, Dumoulin de Laplante escribe: «Es entonces cuando una migración de negroides del tipo hotentote, partiendo del Africa austral y central, habría invadido el Africa del norte [...] e impuesto por la fuerza a la Europa mediterránea una nueva civilización: el Auriñaciense»<sup>12</sup>. De esto hay que concluir, por tanto, que en las franjas del mundo negro los mestizajes antiguos producen poblaciones con características negroides menos marcadas, bautizados apresuradamente como «raza morena»: peul, etíopes, somalíes, nilotas, etc. Incluso se ha hablado abusivamente de raza «hamita».

Otro terreno en el que prorrumpe con un brío insuperable la representación de la vida social que se despierta es el del arte prehistórico africano, parietal y plástico. Al haber sido Africa el continente más importante en la evolución prehistórica, en el que las poblaciones de homínidos, y después hominianos, eran las más antiguas, las más numerosas y las más inventivas, no es extraño que el arte prehistórico africano sea con mucho el más rico del mundo y haya impuesto en su tiempo un dominio tan importante, como la música negroafricana en el mundo de hoy. Esos vestigios están concentrados, sobre todo, en el Africa del Sur y del Este, en el Sáhara, Egipto y las altas mesetas del Atlas. Ese arte fue, por cierto, con mucha frecuencia el reflejo de la admiración individualista ante la vida animal que pulula en torno al refugio. Pero la mayor parte de las veces se trata de un arte

<sup>10</sup> Cf. *Hace 30.000 años la raza negra cubría el mundo*, en *Sciences et Avenir*, octubre de 1954, núm. 92. Ver también A. Moret, 1931.

<sup>11</sup> R. Furon, 1943, págs. 14-15.

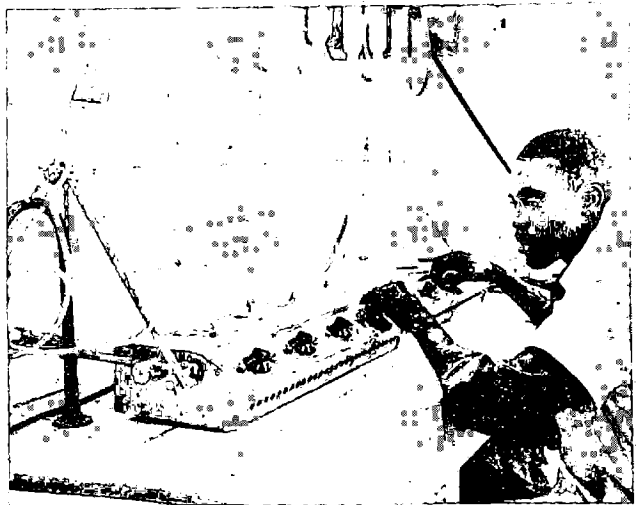
<sup>12</sup> Dumoulin de Laplante, 1947, pág. 13.



● *De la naturaleza bruta a una humanidad liberada.*

1. *Australopithecus boisei*, yacimientos de Omo, colec. Museo del Hombre (fot. Oster, núm. 77-1495-493);

2. Laboratorio donde se realizan investigaciones sobre el aprovechamiento del delta del Senegal. Ross-Bethio, Senegal (fot. B. Nantet).



social centrado en las tareas cotidianas, «los trabajos y los días» del grupo, sus enfrentamientos con los animales o con los clanes hostiles, sus zozobras y terrores, sus distracciones y juegos; en resumen, los momentos importantes de la vida colectiva. Galerías o frescos animados y palpitantes que reflejan en el espejo de las paredes rocosas la vida pujante o bucólica de los primeros clanes humanos. Ese arte que procede de una técnica quintaesenciada, refleja frecuentemente también las preocupaciones y las angustias espirituales del grupo. Y representa danzas de embrujamiento, grupos de cazadores enmascarados, brujos en plena acción y damas con el rostro embadurnado de blanco (como se hace todavía hoy en el Africa negra en las ceremonias iniciáticas) y que se apresuran, como llamados por una misteriosa cita. Por otro lado, se advierte al hilo del tiempo un paso gradual de la magia o la religión, examen que confirma la evolución del hombre hacia la sociedad política en el transcurso de la prehistoria africana, puesto que numerosos líderes serán en el inicio jefes y sacerdotes a la vez.

En efecto, el crecimiento de las fuerzas productivas en el Neolítico debió provocar un desarrollo demográfico que, a su vez, ha desencadenado fenómenos migratorios, como lo atestigua la dispersión característica de algunos «talleres» prehistóricos, cuyo material lítico presenta un parentesco de estilo. El radio de acción de las incursiones y de las marchas definitivas se ampliaba a medida que se desarrollaba la eficacia de las herramientas y de las armas, unida a veces a la reducción de su peso. Africa es un continente donde los hombres se han movido en todos los sentidos, como atraídos por los horizontes inmensos de esa tierra imponente. El inextricable embrollo de las imbricaciones que presenta hoy el mapa étnico africano, en un rompecabezas que desalentaría a un ordenador, es el resultado de ese movimiento browniano de los pueblos, de envergadura plurimilenaria. Por lo que podemos conocer, los primeros intentos migratorios parece que partieron de los «bantúes» del este y del nordeste para irradiar hacia el oeste y el norte. Después, a partir del Neolítico, la «corriente» general parece que descende hacia el sur, como bajo el efecto repulsivo del desierto gigante, terrible franja ecológica instalada en adelante de un modo imponente a través del continente. Ese reflujo hacia el sur y el este (sudaneses y bantúes, nilotas, etc.) proseguirá durante el período histórico hasta el siglo XIX, en que las últimas oleadas iban allí a morir a la orilla del mar austral.

El jefe de caravana que, envuelto de amuletos y de armas, conduce al clan hacia el progreso o la aventura es el antepasado epónimo que propulsaba a su pueblo en la historia y cuyo nombre atravesará los siglos, nimbado de un halo de veneración casi ritual. En efecto, las migraciones eran esencialmente fenómenos de grupos y actos de componentes altamente sociales.

Esas migraciones, consecuencias de éxitos (o fracasos) en el entorno de origen, terminarán con resultados ambiguos. De una parte, en efecto, crean el progreso, porque sus estratos sucesivos y convergentes aseguran poco a poco la toma de posesión, ya que no el dominio del continente, y, gracias a los intercambios que suscitan, exaltan las innovaciones por una especie de efecto acumulativo. Pero, en cambio, al diluir la densidad de la población en un espacio desmesurado, las migraciones impiden a los grupos humanos alcanzar el umbral de concentración a partir del cual el hormiguero humano se ve obligado a superarse en invenciones

para sobrevivir. Al diluirse en el medio geográfico, aumenta la influencia de este último y tiende a llevar a los primeros clanes africanos hacia los orígenes oscuros en que el hombre se enfrentaba a un alumbramiento doloroso a través de la corteza opaca del universo inteligente.

## EL MOVIMIENTO HISTORICO

Así pues, la trama de la evolución humana, cuyo sentido y etapas acabamos de repasar con demasiada brevedad, nos muestra al hombre prehistórico africano arrancándose penosamente de la naturaleza para sumergirse poco a poco en el colectivo humano en forma de grupos y de comunidades originales, asociándose y disgregándose para recomponerse en otras formas, con unas técnicas apoyadas cada vez más en herramientas o en armas de hierro, en matrimonios o en enfrentamientos que hacen resonar los primeros cantos de amor y los primeros choques de la Historia. Ahora bien, lo que sorprende en esa ascensión es la permanencia de las comunidades originales salidas de la prehistoria a través del movimiento histórico hasta el corazón del siglo XX. Por otro lado, si se hace comenzar la historia a partir de la utilización de los objetos de hierro, se puede decir que la Prehistoria prosiguió en numerosas regiones africanas hasta aproximadamente el año 1000. Todavía en el siglo XIX, numerosos grupos africanos que no eran solamente «paleonegríticos» estaban dotados de fuerzas productivas y de relaciones socioeconómicas que no eran sustancialmente diferentes de las de la Prehistoria, salvo en lo que concierne a la utilización de los instrumentos metálicos. Las técnicas de caza de los pigmeos reproducen en pleno siglo XX, y a través de milenios, las mismas técnicas de los africanos de la Prehistoria.

Allende la cima sorprendente de la civilización egipcia y las realizaciones eminentes o gloriosas de tantos reinos e imperios africanos, esa realidad imponente está ahí, y es la que presta su cuerpo y textura a la línea de desarrollo de las sociedades africanas, y la que merece que se detenga allí para concluir.

Ciertamente, el «sentido de la Historia» nunca ha tenido una dirección unívoca en la que los espíritus de los hombres se hayan unido unánimemente. Las concepciones en este terreno son múltiples.

Marx y Teilhard de Chardin tienen las suyas. Africa misma ha producido pensadores, algunos de los cuales han elaborado visiones profundas de la dinámica y del destino del movimiento histórico. San Agustín (354-430) da un paso de gigante en la visión histórica, rompiendo con la concepción cíclica del eterno retorno vigente en aquella época, y manifestando que, desde el pecado original al último juicio, existe un eje irreversible, erigido en el conjunto por voluntad divina, pero, según la cual, cada hombre se salva o se condena por sus actos. Y la ciudad terrestre sólo es estudiada en su pasado para detectar en ella los signos anunciadores de la Ciudad de Dios.

Por su parte, Ibn Khaldūn (1332-1406), reconociendo en Alá un imperio eminente sobre los destinos humanos, es el fundador de la Historia como ciencia, fundada como está en pruebas verificadas por la razón. «Hay que referirse al equilibrio de su propio juicio, puesto que toda verdad puede ser concebida por la



inteligencia». Por otro lado, para él, el objeto de esa ciencia no es sólo la espuma superficial de los acontecimientos: «¿Qué ventaja existe en referir el nombre de las mujeres de un antiguo soberano y la inscripción grabada en su anillo?». Sobre todo, estudia los modos de producción y de vida y las relaciones sociales; en resumen, la civilización (al-Umrán al-Basharī). Finalmente, elabora, para explicar el proceso de progresión de la Historia, una teoría dialéctica oponiendo el papel del espíritu solidario e igualitario (asabiya) y la dictadura del rey, respectivamente, en las zonas rurales o pastoriles (al-Umrán al-Badawī) y en las ciudades (al-Umrán al-Hadarī).

Así se da un paso incesante y alterno del dominio de una forma de civilización al de la otra, sin que ese ritmo sea cíclico, porque se reproduce cada vez a un nivel superior para dar nacimiento a una especie de progresión en espiral. Al afirmar que «las diferencias en los usos e instituciones de los diversos pueblos dependen del modo como cada uno de ellos provee a su subsistencia», Ibn Khaldūn formulaba claramente y con algunos siglos de adelanto una de las proposiciones axiales del materialismo histórico de Carlos Marx. Este, tras haber analizado con el vigor y el poder de síntesis que ya conocemos la ley de evolución del mundo occidental, examinó subsidiariamente los modos de producción exóticos. En 1859 analiza en *Formen* el concepto de modo de producción asiático, una de las tres formas de comunidad agrarias, «naturales», basadas en la propiedad del suelo. El modo de producción asiático se distingue por la existencia de comunidades aldeanas de base, dominadas por un cuerpo estatal beneficiario de los excedentes de producción de los agricultores, los cuales son sometidos, no a una esclavitud individual, sino a una «esclavitud general», subyugándolos como grupo. Por parte de los dirigentes, conjuntamente a un poder de función pública, existe, pues, un poder de explotación de las comunidades inferiores por esa comunidad superior que se atribuye la propiedad eminente de las tierras<sup>13</sup>, comercializa los excedentes e inicia grandes trabajos, sobre todo de riego, para promover la producción; en resumen, ejerce sobre las masas una autoridad calificada de «despotismo oriental». Ahora bien, los conocimientos arqueológicos y antropológicos acumulados desde Marx han mostrado que el desarrollo de ciertas sociedades no es reducible, ni a los cinco estadios definidos por Marx en *El Capital* y erigidos en dogma intangible por Stalin, ni a la variedad precapitalista del «modo de producción asiático», considerada como una variante del paso al Estado para las sociedades no europeas. En particular, y a reserva de estudios monográficos posteriores que invaliden esa proposición, el análisis concreto de las estructuras africanas no permite analizar todas las características formuladas por Marx para reencontrar la sucesión de los diferentes modos de producción.

Así es como en el estadio de la comunidad primitiva, contrariamente a las formas europeas (antigua y germánica), que se distinguen por el hecho de que la apropiación privada del suelo se desarrolla allí en el seno de la propiedad común,

<sup>13</sup> La unidad superior se presenta como «propietario superior» o «único propietario». En efecto, «tan pronto como Marx insiste en el hecho de que el Estado es el verdadero propietario del suelo, subraya al propio tiempo la importancia de los derechos de propiedad de las comunidades aldeanas. Sin duda, no hay contradicción entre esas dos tendencias» (J. Chesneau, 1969, pág. 29).

la realidad africana no revela semejante apropiación<sup>14</sup>. Aparte de esa característica importante, las comunidades originarias en Africa presentan los mismos rasgos que en el resto del mundo. Asimismo, las diferencias que existen entre las estructuras africanas y el modo de producción asiático son flagrantes. En efecto, en las comunidades aldeanas africanas, la autoridad superior, el Estado, no es más propietario del suelo que los particulares. Por otro lado, el Estado no se dedica generalmente a realizar trabajos importantes. En cuanto a la estructura misma del poder, como superestructura, no se la incluye en la definición propia de un modo de producción, aunque constituya un indicio de la constitución de clases. Ahora bien, esa estructura en Africa no muestra los rasgos del «despotismo oriental» descrito por Marx<sup>15</sup>. Sin negar que haya habido casos de autocracia sanguinaria, la autoridad estatal en el Africa negra toma casi siempre la forma de una monarquía moderada, encuadrada por cuerpos constituidos y costumbres, auténticas constituciones no escritas, instancias todas salidas la mayoría de las veces de la organización o estratificación social anteriores. Incluso cuando imperios prestigiosos y eficaces como Malí, descritos con admiración por Ibn Baṭṭūṭa en el siglo XIV, se extendían sobre inmensos territorios, su descentralización, debida a una elección deliberada, dejaba a las comunidades de base funcionar en una autonomía muy real. De todos modos, al ser la escritura poco utilizada en general, las técnicas y métodos de desplazamiento quedaron poco desarrollados, y el imperio de las metrópolis quedaba mitigado siempre por la distancia. Esta hacía también muy concreta la amenaza permanente por parte de los súbditos de sustraerse por medio de la huida a una eventual autocracia.

Por otro lado, la superproducción de las comunidades básicas en Africa parece que ha sido modesta, excepto cuando había un monopolio de Estado sobre materias valiosas, como el oro de Ghana, o en Ashanti el marfil, la sal, etc. Pero, en ese mismo caso, no hay que olvidar la contrapartida de los servicios prestados por la jefatura (seguridad, justicia, mercados, etc.), ni minimizar el hecho de que una buena parte de las contribuciones y censos era redistribuida durante las fiestas tradicionales, conforme al código de honor en vigor para aquellos que debían vivir noblemente<sup>16</sup>. Eso explica la suntuosa generosidad de Kankou Moussa el Magnífico, emperador de Malí, durante su fastuoso peregrinaje en 1324.

En cuanto al modo de caer en la esclavitud, ¿existía en Africa? También aquí estamos obligados a responder con una negativa. En casi todas las sociedades al

<sup>14</sup> «No hay propiedad privada de la tierra, en el sentido del derecho romano o del Código civil» (J. Suret-Canale, 1964, pág. 108).

<sup>15</sup> Si se entiende por despotismo una autoridad absoluta y arbitraria, no se puede rechazar la idea de un despotismo africano» (J. Suret-Canale, *op. cit.*, pág. 125). «No pensamos que haya habido lugar para buscar en la organización de los Estados africanos la reproducción de un modelo tomado de Asia; todo lo más, se pueden encontrar algunas semejanzas superficiales» (*op. cit.*, pág. 122).

<sup>16</sup> J. Maquet, tras haber observado que, para G. Balander, «en fin de cuentas, el precio que debían pagar los que ostentaban el poder político nunca ha sido íntegramente abonado», cree, por su parte, que los servicios públicos de los jefes no exigen un poder coercitivo más que en las sociedades amplias, heterogéneas y urbanas. Además, la red de sucesión y sus sanciones no impuestas por la fuerza bastan...». Y concluye, pues: «Con la excepción de la redistribución y sin contrapartida económica es como la producción sobrante de una sociedad tradicional era absorbida por los gobernantes» (J. Maquet, 1970, págs. 99-101).

sur del Sáhara, la esclavitud no ha desempeñado más que un papel marginal. Los esclavos, o mejor los cautivos, casi siempre son prisioneros de guerra. Ahora bien, la cautividad no reduce a un hombre al estado de propiedad pura y simple, en el sentido definido por Catón... El esclavo africano disfrutaba frecuentemente de cierto derecho de propiedad. De ordinario no es explotado como un instrumento o animal. El cautivo de guerra, si no se le sacrifica ritualmente como sucedía a veces, es integrado muy rápidamente en la familia de cuya propiedad colectiva forma parte. Constituye una ayuda humana suplementaria que al final se beneficia de una liberación de derecho o de hecho.

Los cautivos, cuando son empleados como soldados, encuentran en ese oficio ventajas sustanciales y a veces, como en Kayor, están representados en el seno del gobierno por la persona del generalísimo. En Ashanti, para asegurar la integración «nacional», estaba estrictamente prohibido hacer alusión al origen servil de alguien. De suerte que un antiguo cautivo podía llegar a ser jefe de la aldea. «La condición de cautivo, aunque generalmente extendida en Africa, [...] no implicaba el papel determinado en la producción que caracteriza a una clase social»<sup>17</sup>.

Allí donde la esclavitud adquiere un carácter masivo y cualitativamente diferente, como en Dahomey, Ashanti y Zanzibar, en los siglos XVIII y XIX, se trata de estructuras que revelan ya un modo de producción dominante, el capitalismo, y han sido suscitadas, en realidad, por el impacto económico exterior. ¿Qué decir del modo de producción feudal? Comparaciones apresuradas han llevado a algunos autores a calificar de «feudal» a tal o cual jefatura africana<sup>18</sup>. Ahora bien, también allí, muy en general, no ha habido ni apropiación, ni atribución privada del suelo, ni, por consiguiente, feudo. El suelo es un bien comunitario inalienable, hasta tal extremo que el grupo de conquistadores que se apodera del poder político deja frecuentemente la responsabilidad de las tierras comunales a su gestorario autóctono, el «jefe de tierra»: el *teng-soba* mossi, por ejemplo. En efecto, la autoridad de la aristocracia «se ejercía sobre los bienes y los hombres, sin conseguir la propiedad territorial, que es prerrogativa de los autóctonos»<sup>19</sup>. La «nobleza» en Africa no ha entrado en el comercio y seguía siendo siempre un atributo congénito del que nadie podía desposeer al titular.

Finalmente, hay que tener en cuenta las estructuras socioeconómicas, como el sistema familiar matrilineal que caracterizó tan poderosamente a las sociedades africanas, al menos en el origen, antes que influencias posteriores, como el Islam, la civilización occidental, etc., impusieran poco a poco el sistema patrilineal. Esa estructura social, tan importante para calificar el papel eminente de la mujer en la comunidad, comportaba también incidencias económicas, políticas y espirituales,

<sup>17</sup> J. Suret-Canale, *op. cit.*, pág. 119. Ver también A. A. Dieng; C. E. R. M. núm. 114, 1974: crítica penetrante y documentada de las tesis marxistas «elásticas» de Mahjemout Diop, 1971-1972.

<sup>18</sup> Incluso cuando se piensa, como J. Maquet recordando a M. Bloch y a Ganshof, que «no es el feudo, sino la relación entre el señor y el vasallo lo que es crucial», está claro que no se podría disociar completamente lo uno de lo otro. Las relaciones de «feudalidad» que el autor describe parecen, por otro lado, bastante particulares en las sociedades interlacustres, y se establecen frecuentemente, como en Ankole o en Buha, entre los miembros de la casta superior. ¿Se trata, en esas condiciones, de la misma realidad institucional que en Europa, por ejemplo?

<sup>19</sup> Cf. V. Kaboré, 1962, págs. 609-623.

ya que desempeñaba un papel importante tanto en la devolución de los bienes materiales, como en la de los derechos a la sucesión real, como en Ghana. Ahora bien, parece que el parentesco uterino ha salido de las profundidades de la prehistoria africana en el momento en que la sedentarización del Neolítico había exaltado las funciones domésticas de la mujer, hasta el punto de hacer de ella el elemento central del cuerpo social. De ahí surgen las múltiples prácticas, como el «parentesco de broma», el matrimonio con la hermana, la dote pagada a los padres de la futura esposa, etc.

En esas condiciones, ¿cómo se puede describir la línea de evolución característica de las sociedades africanas formadas por la Prehistoria? En primer lugar, hay que advertir que durante ese período Africa ha desempeñado en las relaciones pluricontinentales un papel de polo y núcleo central de invención y difusión de las técnicas. Pero ese alto resultado se transformó bastante rápidamente en estatuto subordinado y periférico en razón de los factores antagónicos internos recordados anteriormente, pero también a consecuencia de las prestaciones de bienes y servicios africanos sin contrapartida suficiente en favor de ese continente, como, por ejemplo, en la forma de una transferencia equivalente de capitales y de técnicas. Esa explotación plurimilenaria de Africa ha conocido épocas importantes. Primero, la Antigüedad en que, tras el declive de Egipto, el valle del Nilo y las provincias romanas del resto del norte de Africa son puestas bajo la autoridad de Roma y se convierten en su granero. Además de las mercancías alimentarias, el imperio sacó de Africa una cantidad enorme de animales salvajes, de esclavos y de gladiadores para el ejército, los palacios, los latifundios y los juegos sangrientos del circo. En el siglo XVI comienza la era siniestra del tráfico o trata de negros. Por último, en el siglo XIX tiene lugar la consagración de la dependencia por la ocupación territorial y la colonización. Como fenómenos simétricos y complementarios, la acumulación del capital en Europa y el desarrollo de la revolución industrial serían impensables sin esa contribución forzada de Asia, de las Américas y, sobre todo, de Africa.

Paralelamente, incluso durante los siglos del desarrollo interior sin rapacidad exterior demasiado notoria (de la Antigüedad al siglo XVI), numerosas contradicciones internas en el sistema africano mismo constituían frenos estructurales endógenos, sin engendrar, por tanto, mediante presión interna el paso a estructuras más progresivas. Como observa con perspicacia J. Suret-Canale a propósito del modo de producción asiática (pero esa observación vale *a fortiori* para el caso africano, incluso durante el período colonial): «En ese sistema, en efecto, el aguzamiento de la explotación de clases, lejos de destruir las estructuras fundadas en la propiedad colectiva de la tierra, las refuerza; y constituyen el marco en que se efectúa la obtención de la superproducción y la condición misma de la explotación». En efecto, son las comunidades básicas las que, como tales, responden de la entrega de una superproducción. El Africa de los clanes y de las aldeas siempre pujantes, poco propensa a la apropiación privada del suelo (un bien tan extenso y tan valioso, pero tan gratuito como el aire), ha ignorado durante mucho tiempo ese motor de la dinámica a menudo casi antagonista de los grupos sociales. Pero no fue esa la única causa del «arcaísmo» de las formas sociales observables en Africa. El bajo nivel de las técnicas y de las fuerzas productivas por una especie de

círculo vicioso era a la vez la causa y consecuencia de la disolución demográfica en un espacio incontrolado, por ser casi ilimitado.

En razón de los obstáculos naturales, el tráfico comercial de larga distancia no llegó a ser casi nunca bastante masivo, reduciéndose a productos de lujo frecuentemente limitados a los oasis económicos de los palacios. En efecto, sin recurrir a la noción plejanoviana del «medio geográfico», porque éste no es más que una de las facetas del medio histórico, hay que tener en cuenta las barreras ecológicas recordadas en la Introducción de este volumen. La contraprueba de esta afirmación es que cada vez que esas barreras han sido total o parcialmente suprimidas, como en el valle del Nilo y, en menor escala, en el valle del Níger, la dinámica social se ha desbloqueado en favor del desarrollo concomitante de la densidad humana y de la propiedad privada.

Así pues, en conjunto, en el Africa (negra) no ha habido estado esclavista ni estado feudal, como en Occidente<sup>20</sup>. Ni siquiera se puede decir que los modos africanos sean modalidades de esos sistemas socioeconómicos, porque allí con frecuencia hay elementos constitutivos esenciales. Es decir, ¿hay que sustraer a Africa de los principios generales de evolución de la especie humana? Evidentemente que no. Pero aunque esos principios sean comunes a toda la Humanidad y se admita que lo esencial de las categorías metodológicas generales del materialismo histórico son aplicables en todas partes, en Africa habría motivos para volver únicamente a lo esencial: las correspondencias (no mecánicas) que se pueden observar entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, así como el paso (no mecánico) de las formas de la sociedad sin clases a las formas sociales de lucha de clases. En este caso convendría analizar las realidades africanas en el marco, no de un retorno, sino de una acción de recurso a Carlos Marx. Si la razón es una, la ciencia consiste en adaptar el razonamiento a cada uno de sus objetos.

En resumen, se comprueba en Africa la permanencia notable de un modo de producción sui géneris emparentado con otros tipos de comunidades «primitivas», pero con diferencias fundamentales, en particular esa especie de alergia a la propiedad privada o estatal<sup>21</sup>.

Después, es un paso gradual y esporádico hacia formas estatales durante mucho tiempo inmersas en la red de las relaciones preestatales con la base, pero sustrayéndose progresivamente por impulso interno y presión externa de la ganga del colectivismo primitivo destrutturado, para estructurarse sobre la base de la apropiación privada y del reforzamiento del Estado, en un modo de producción capitalista, primero dominante y después monopolizador.

El Estado colonial se ha instituido, en efecto, como el gestor de las sucursales periféricas del capital, antes de ser sustituido por un Estado capitalista independiente a mediados del siglo XX. A menos que, por otra vía, el paso no se realice de la dominante comunitaria original a la dominante capitalista colonial, y después a la alternativa socialista de desarrollo.

<sup>20</sup> J. Chesneaux, *op. cit.*, pág. 36: «Lo que parece bien establecido es la casi imposibilidad de considerar que las sociedades africanas precoloniales, con escasas excepciones, sean muestra de la esclavitud o del feudalismo propiamente dichos».

<sup>21</sup> Alergia que no está ligada a un estatuto congénito específico ni a una «naturaleza» diferente, sino a un medio histórico original.

De todos modos, un hecho se impone con crudeza en Africa: por razones estructurales que no han cambiado en esencia desde hace 500 años al menos, y teniendo en cuenta el movimiento demográfico, es el estancamiento de las fuerzas productivas el que no excluye, por otro lado, crecimientos esporádicos y localizados con o sin desarrollo. Ese estancamiento no excluye tampoco el extraordinario florecimiento artístico ni el refinamiento de las relaciones interpersonales. Como si los africanos hubiesen agotado lo esencial de su energía creadora<sup>22</sup>. En suma, la civilización material de las latitudes tropicales afroasiáticas durante la Prehistoria subió hacia las latitudes nórdicas hasta el istmo europeo donde, por un proceso acumulativo de conjugación de las técnicas y de acaparamiento de los capitales, se instaló y cristalizó, por así decirlo, con éxito. ¿Provenirá la transformación de ese sistema planetario de su centro occidental o de la periferia, repitiendo así el papel de los «bárbaros» con relación al Imperio romano? La Historia lo dirá. Desde ahora podemos afirmar que la Prehistoria de Africa es la historia de la hominización de un primate diferenciado y, después, de la humanización de la naturaleza por ese agente vector responsable de todo progreso. Larga marcha en la que el equilibrio entre la Naturaleza y el Hombre ha sido roto poco a poco en favor de la razón. Quedaba el equilibrio o el desequilibrio dinámico entre los grupos humanos en el interior del continente y frente al exterior. Ahora bien, cuanto más aumentan las fuerzas productivas, más agudizan los antagonismos el filo del interés y de la voluntad de poder. Las luchas de liberación, que hoy hacen estragos todavía en algunos territorios de Africa, son como el revelador y la negación de esa empresa de domesticación del continente en el marco de un sistema que podría llamarse modo de subproducción africano. Pero desde los primeros balbuceos del *homo habilis* existe la misma lucha de liberación y la misma intención pertinaz e irreprimible de acceder al propio ser, liberándose de la alienación por la naturaleza y luego por el hombre.

Resumiendo, en Africa, la creación, la autocreación del hombre iniciada hace miles de miles de años está aún a la orden del día.

En otras palabras, y en cierto modo, la prehistoria de Africa aún no ha terminado.

---

<sup>22</sup> Por eso, en la definición de un «modo de producción africano» eventual, debería concederse atención especial a las «instancias» sociológicas, políticas e «ideológicas» con referencia a los análisis de A. Gramsci y N. Poulantzas.

# MIEMBROS DEL COMITE CIENTIFICO INTERNACIONAL PARA LA REDACCION DE UNA HISTORIA GENERAL DE AFRICA

Profesor J. F. A. AJAYI (Nigeria) — 1971-1979  
Director del volumen VI

Profesor F. A. ALBUQUERQUE MOURAO (Brasil) — 1975-1979

Profesor A. ADU BOAHEN (Ghana) — 1971-1979  
Director del volumen VII

S. E. Sr. BOUBOU HAMA (Níger) — 1971-1978

S. E. Sra. Mutumba BULL (Zambia) — 1971-1979

Profesor D. CHANAIWA (Zimbabwe) — 1975-1979

Profesor Ph. CURTIN (Estados Unidos de América) — 1975-1979

Profesor J. DEVISSE (Francia) — 1971-1979

Profesor Manuel DIFUILA (Angola) — 1978-1979

Profesor H. DJAIT (Túnez) — 1975-1979

Profesor Cheikh Anta DIOP (Senegal) — 1971-1979

Profesor J. D. FAGE (Reino Unido) — 1971-1979

S. E. Sr. Mohammed EL FASI (Marruecos) — 1971-1979  
Director del volumen III

Profesor J. L. FRANCO (Cuba) — 1971-1979

Sr. Musa H. I. GALAAL (Somalia) — 1971-1979

Profesor Dr. V. L. GROTTANELLI (Italia) — 1971-1979

Profesor Eike HABERLAND (Rep. Fed. de Alemania) — 1971-1979

Dr. Aklilu HABTE (Etiopía) — 1971-1979

- S. E. Sr. Amadou HAMPATE BA (Mali) — 1971-1979
- Dr. Idris S. EL-HAREIR (Libia) — 1978-1979
- Dr. Ivan HRBEK (Checoslovaquia) — 1971-1979
- Dra. Abeodu JONES (Liberia) — 1971-1979
- Alexis KAGAME (Ruanda) — 1971-1979
- Profesor I. M. KIMANBO (Tanzania) — 1971-1979
- Profesor J. KI-ZERBO (Alto Volta) — 1971-1979  
Director del volumen I
- Sr. Diouldé LAYA (Nigeria) — 1979
- Dr. A. LETNEV (URSS) — 1971-1979
- Dr. Gamal MOKHTAR (Egipto) — 1971-1979  
Director del volumen II
- Profesor Ph. MUTIBWA (Uganda) — 1975-1979
- Profesor D. T. NIANE (Senegal) — 1971-1979  
Director del volumen IV
- Profesor L. D. NGCONGCO (Botswana) — 1971-1979
- Profesor Th. OBENGA (R. P. del Congo) — 1975-1979
- Profesor B. A. OGOT (Kenia) — 1971-1979  
Director del volumen V
- Profesor Ch. RAVOAJANAHARY (Madagascar) — 1971-1979
- Sr. Walter RODNEY (Guyana) — 1979
- Profesor Mekki SHIBEIKA (Sudán) — 1971-1979
- Profesor Y. A. TALIB (Singapur) — 1975-1979
- Profesor Avelino TEIXEIRA DA MOTA (Portugal) — 1978-1979
- Mons. Th. TSHIBANGU (Zaire) — 1971-1979
- Profesor Jan VANSINA (Bélgica) — 1971-1979
- Hon. Dr. Eric WILLIAMS (Trinidad y Tobago) — 1976-1978
- Profesor A. MAZRUI (Kenia)  
Director del volumen VIII (no es miembro del Comité)

Secretariado del Comité Científico Internacional para la Redacción de una Historia General de Africa: Sr. Maurice GLÉLÉ, Sección de Estudios de Culturas, UNESCO, 1, rue Miollis, 75015 Paris.



# RESEÑA BIOGRAFICA DE LOS AUTORES DEL VOLUMEN I

## *Introducción*

J. KI-ZERBO (Alto Volta). Especialista en metodología de la historia africana; autor de varias obras sobre el Africa negra y su historia; profesor de Historia en el Centro de Enseñanza Superior, de Ouagadougou; secretario general del Consejo Africano y Malgache para la Enseñanza Superior.

## *Capítulo 1*

J. D. FAGE (Reino Unido). Especialista en historia del Africa occidental; autor y coeditor de publicaciones sobre la historia de Africa. Pro-vicecanciller de la Universidad de Birmingham y antiguo director del Centro de Estudios Africanos de la Universidad de Birmingham.

## *Capítulo 2*

S. E. Boubou HAMA (Níger). Especialista en tradiciones orales; autor de numerosas obras sobre la historia de Níger y de la región sudanesa; antiguo director del Centro Regional de Investigación y Documentación de Tradiciones Orales y para el Desarrollo de las Lenguas Africanas.

## *Capítulo 3*

Ph. D. CURTIN (Estados Unidos de América). Especialista en historia de la trata de esclavos; autor de numerosas obras sobre este tema; profesor de Historia de la Universidad Johns Hopkins.

## *Capítulo 4*

Th. OBENGA (República Popular del Congo). Especialista en lenguas africanas; autor de varios artículos de historia africana y de obras sobre el Africa de la antigüedad; profesor en la Facultad de Letras de la Universidad Marien N'Gouabi.

*Capítulo 5*

H. DJAIT (Túnez). Especialista en historia medieval del Magreb; autor de numerosos artículos y obras sobre la historia de Túnez; profesor en la Universidad de Túnez.

*Capítulo 6*

I. HRBEK (Checoslovaquia). Especialista en historia africana y árabe; autor de numerosas obras sobre la historia africana; profesor; jefe de la sección de países árabes y africanos en el Instituto Oriental de Praga.

*Capítulo 7*

J. VANSINA (Bélgica). Especialista en historia africana; autor de numerosas obras sobre la historia del África ecuatorial; profesor de Historia en la Universidad de Wisconsin (Estados Unidos).

*Capítulo 8*

S. E. A. HAMPATE BA (Mali). Especialista en tradiciones orales; autor de numerosas obras sobre los antiguos imperios africanos y la civilización africana.

*Capítulo 9*

Z. ISKANDER (Egipto). Especialista en historia de Egipto; autor de numerosas obras y artículos sobre el antiguo Egipto; director general de asuntos técnicos en el Departamento de Antigüedades.

*Capítulo 10*

P. DIAGNE (Senegal). Lingüista; doctor en ciencias políticas y económicas; autor de dos obras sobre el poder político africano y la gramática wolof; director adjunto en la Universidad de Dakar.

*Capítulo 11*

D. A. OLDEROGGE (URSS). Especialista en ciencias sociales africanas; autor de varias obras sobre África; miembro de la Academia de la URSS.

*Capítulo 12*

J. H. GREENBERG (Estados Unidos de América). Lingüista; autor de numerosas obras y artículos sobre antropología y lingüística; profesor de Antropología en la Universidad de Stanford.

*Capítulo 13*

S. DIARRA (Mali). Especialista en geografía tropical; profesor de Geografía en la Universidad de Abidjan.

*Capítulo 14*

A. MABOGUNJE (Nigeria). Autor de numerosas obras sobre los yoruba; profesor de Geografía en la Universidad de Ibadán.

*Capítulo 15*

J. KI-ZERBO (Alto Volta).

*Capítulo 16*

S. RUSHDI (Egipto). Físico; presidente del «Egyptian Geological Survey and Mining Authority».

H. FAURE (Francia). Doctor en ciencias; geólogo de la Francia de ultramar; obras sobre la geología del Africa occidental; director de conferencias en la Universidad de Dakar y después en la de París-VI. Presidente del Comité técnico de geología del cuaternario del Centro nacional de Investigaciones Científicas.

*Capítulo 17*

L. BALOUT (Francia). Especialista en prehistoria africana; autor de numerosas obras y artículos sobre el norte de Africa; antiguo director del Museo nacional de Historia Natural, de París.

Y. COPPENS (Francia). Especialista en prehistoria; autor de numerosas obras sobre el origen de la Humanidad; subdirector del Museo nacional de Historia Natural, de París.

*Capítulo 18*

R. LEAKEY (Reino Unido). Especialista en prehistoria africana; autor de obras sobre las excavaciones relativas al origen del hombre, en el Africa oriental; jefe del «International Louis Leakey Memorial Institute for African Prehistory».

*Capítulo 19*

J. E. G. SUTTON (Reino Unido). Especialista en prehistoria; autor de numerosas obras y artículos sobre la Prehistoria africana; antiguo presidente del Departamento de arqueología de la Universidad de Oxford.

*Capítulo 20*

J. D. CLARK (Estados Unidos). Especialista en prehistoria africana; autor de numerosas publicaciones sobre la prehistoria y las antiguas civilizaciones africanas; profesor de Historia y de Arqueología.

F. VAN NOTEN (Bélgica). Prehistoriador y arqueólogo, autor de numerosas obras y publicaciones sobre la prehistoria del Africa central; conservador del Museo Real de Prehistoria y Arqueología.

*Capítulo 21*

R. DE BAYLE DES HERMENS (Francia). Especialista en prehistoria; autor de numerosas obras y artículos, principalmente sobre la prehistoria africana; encargado de investigaciones en el Centro Nacional de Investigaciones Científicas de París.

*Capítulo 22*

L. BALOUT (Francia).

*Capítulo 23*

H. J. HUGOT (Francia). Prehistoriador; director de conferencias; autor de numerosos trabajos sobre historia natural: Prehistoria y Cuaternario; subdirector del Museo nacional de Historia Natural.

*Capítulo 24*

Th. SHAW (Reino Unido). Profesor de historia antigua; autor de numerosos trabajos sobre la prehistoria del Africa occidental; vicepresidente del Congreso Panafricano de Prehistoria.

*Capítulo 25*

F. DEBONO (Reino Unido). Especialista en prehistoria egipcia; autor de numerosas obras y artículos sobre la investigación prehistórica en Egipto; investigador.

*Capítulo 26*

J. KI-ZERBO (Alto Volta).

*Capítulo 27*

R. PORTERES (Francia). Ha dedicado gran parte de su vida a la investigación botánica en Africa; antiguo profesor en el Museo nacional de Historia Natural; ha fallecido.

J. BARRAU (Francia). Autor de numerosos trabajos sobre las plantas tropicales; subdirector del Laboratorio de Etnobotánica y Etnozoología.

*Capítulo 28*

J. VERCOUTTER (Francia). Especialista en historia antigua; autor de numerosas publicaciones sobre el antiguo Egipto; profesor de Historia; director del Instituto Francés de Arqueología Oriental, de El Cairo.

*Conclusión*

J. KI-ZERBO (Alto Volta).

# BIBLIOGRAFIA GENERAL

Todas las referencias han sido verificadas con la mayor atención posible, pero, dada la complejidad y el carácter internacional de la obra, es posible que existan errores. (N. de los redactores.)

- ADAMS, W. Y., 1964, «Post-Pharaonic Nubia in the light of archaeology», *J. E. A.*, 50 (28)\*.
- AGUESSY, M., 1972, «Traditions orales et structures de pensée: essai de méthodologie», *C. H. M.*, XIV, 2 (Intr.) (4) (7) (10).
- AITKEN, M. J., 1961, *Physics and archaeology*, London, Intersc. Pub. Ltd., X + 181 págs. (9).
- 1963, «Magnetic location», *Science in archaeology*, Londres, Thames and Hudson (9).
- 1970, «Dating by archaeomagnetic and thermoluminescent methods», *P. T. R. S.*, A 269, núm. 1193 (9).
- AKINJOGBIN, I. A., 1967, *Dahomey and its neighbours — 1708-1818*, Cambridge, Cambridge Univ. Press (Intr.).
- ALAGOA, E. J., 1968, «The use of oral literacy data for history», *J. A. F.*, 81 (7).
- 1968, «Songs as historical data. Exemples from the Niger delta», *Research review*, V, 1 (7).
- 1970, «Long distance trade and states in the Niger delta», *J. A. H.*, XI, 3: 319-29 (Intr.).
- 1971, «The Niger delta states and their neighbours, 1600-1800», en J. F. A. AJAYI y Michael CROWDER (ed.), *History of West Africa*, vol. I, Londres, Longmans (3).
- 1973, «Oral tradition and archaeology. The case of Onyoma», *O. M.*, 1, 1 (Intr.) (4).
- al-ALAWI ('Aidarus b, Al-Sharif 'Alī al-'Aidarus al-Nadīrī al-'Alawī), 1374/1954-55. *Bughyat al-Amal fi tarikh al-Sumal*, Mogadishu (en árabe) (Intr.) (5) (6).
- ALBERTI, L., 1811, *Description physique et historique des Caffres sur la côte méridionale de l'Afrique*, Amsterdam (6).
- ALEXANDER, Sir J., 1967, *Expedition of discovery into the interior of Africa...*, 2.<sup>a</sup> ed., Cape Town (6).
- ALEXANDRE, J. y ALEXANDRE, S., 1968, «Contribution à l'élaboration d'une stratigraphie du Quaternaire, basée sur les variations de climat dans une région du monde intertropical», *VII<sup>e</sup> Congrès INQUA*, 7 (21).
- ALEXANDRE, P., 1970, «Afrique centre-équatoriale et centre-occidentale», *Histoire générale de l'Afrique noire*, Paris, P. U. F. (10).
- ALEKSEIEV, K., 1973, «Sur la classification anthropologique de la population indigène de l'Afrique», *Les Problèmes fondamentaux des études africaines*, Moscú (11).
- ALIMEN, H., 1955, *Préhistoire de l'Afrique*, Paris, Boubée (23).
- 1957, *The prehistory of Africa*, London, Hutchinson (24).
- 1960, «Découverte d'un atelier de l'Acheuléen supérieur, en place, à la limite du 2<sup>e</sup> pluvial et du 3<sup>e</sup> pluvial dans les monts d'Ougarta (Sahara occidental)», *B.S.P.F.*, 57: 421-3 (23).
- 1962, «Les origines de l'homme», *Bilan de la science*, Paris, Fayard (Concl.).

\* Los números árabes entre paréntesis al final de cada título indican el capítulo en que se cita la obra.

- 1963, «Considérations sur la chronologie du Quaternaire saharien», *B.S.G.F.*, 5: 627-34 (13).
- 1966, *Préhistoire de l'Afrique*, réédition, Paris, Boubée, 340 págs. (Intr.) (13) (21) (22) (23) (24) (28).
- 1975, «Les isthmes hispano-marocain et sicilo-tunisien aux temps acheuléens», *Anthropologie*, 79, 3: 399-430 (22).
- 1975, «Limite Pliocène-Quaternaire et définition du Quaternaire», *Prace o Plejstocie, Livre jubilaire du Professeur ROXYCKI*, Varsovia (16).
- 1976, Variations climatiques dans les zones désertiques de l'Afrique nord-équatoriale durant les quarante derniers millénaires, Actes VII<sup>e</sup> P.P.E.Q., págs. 337-347, Addis Abeba (16).
- ALIMEN, H. y CHAVAILLON, J., 1956, «Industrie acheuléenne in situ de l'oued Fares, dans les monts d'Ougarta (Sahara occidental)», *B.S.P.F.*, 53-202-14 (23).
- ALIMEN, H.; CHAVAILLON, J. y MARGAT, J., 1965, «Contribution à la chronologie préhistorique africaine. Essai de corrélation entre les dépôts quaternaires du bassin Guir-Saoura (Sahara) et du bassin du Tafilat (Maroc)», *Congr. Préhist. de France*, Monaco, 1959, págs. 161-267, 2 figs. y un cuadro (16).
- ALLEN, J. W. T., 1959, «The collection of swahili literature and its relation to oral tradition and history», *T.N.R.*, 53 (6).
- ALMAGRO-BASCH, M., 1946, «Prehistoria del Norte de Africa y del Sáhara español», Barcelona, *Inst. Estud. afr.*, 302 págs. (23).
- ALMAGRO-BASCH, M. y GORBEA, M. A., 1968, «Estudios de arte rupestre nubio», *Memorias de la Misión arqueológica en Egipto*, 10, Madrid (23).
- AMER, M., 1933, «The excavations of the egyptian University at Maadi», *B.F.A.*, 1: 322-4 (25).
- 1935, «The excavations in the prehistoric site at Maadi», *B.F.A.*, II: 176-8 (25).
- 1953, «Rizkana, I. Excavations in the Wadi Digla», *B.F.A.*, XV: 97-100, 201-205 (25).
- ANCIAX DE FAVAUX, A., 1955, «Les gisements préhistoriques de Kansenia», *Actes II<sup>e</sup> Congr. P.P.E.Q.*: 333-4 (21).
- 1957, «Une industrie sur galets spéciale aux plateaux des Bianco (Katanga-Congo belge)», *Actes III<sup>e</sup> P.C.P.Q.S.*: 210-3 (21).
- 1962, «Evolution parallèle de deux ou plusieurs techniques au Paléolithique ancien et moyen sur les hauts plateaux katangais. Fouilles 1960-1961», *Actes VI<sup>e</sup> Congr. I.S.P.P.*, III: 230-5 (21).
- ANDERSON, B., 1870, *Narrative of a journey to Mussardu, the capital of the western mandigoes*, New York (6).
- ANTOINE, M., 1938, «Notes de préhistoire marocaine. XIV: un cône de résurgence du Paléolithique moyen à Tit-Mekil, près Casablanca», *B.S.P.M.*, 12 (23).
- APTER, D., 1955, *The Gold Coast in transition*, Princeton, Princeton Univ. Press, X + 355 págs. (3).
- ARAB-FAQH, 1897-1910, *Histoire de la conquête de l'Abyssinie*, Paris, R. Basset, 2 vols. (6).
- ARAMBOURG, C., 1949, «Sur la présence dans le Villafranchien d'Algérie de vestiges éventuels d'industrie humaine», *C.R.A.S.*, 229: 66-7 (22).
- 1954, «L'hominien fossile de Ternifine (Algérie)», *C.R.A.S.*, 239: 293-5 (24).
- 1962, «Etat actuel des recherches sur le Quaternaire en Afrique du Nord», *Actes IV P.P.E.Q.*, 40: 255-77 (16).
- 1966, «Aperçu sur les résultats des fouilles du gisement de Ternifine», *Actas V Congr. P.P.E.C.*, I: 129-36 (16) (24).
- ARAMBOURG, G. y COPPENS, Y., 1967, «Sur la découverte dans le Pléistocène inférieur de la vallée de l'Omo (Ethiopie) d'une mandibule d'Australopithécien», *C.R.A.S.*, 265: 589-90 (17).
- 1968, «Découverte d'un Australopithécien nouveau dans les gisements de l'Omo (Ethiopie)», *S.A.J.S.*, 64, 2: 58-9 (17).
- ARAMBOURG, C. y HOFSTETTER, R., 1954, «Découverte en Afrique du Nord de restes humains du Paléolithique inférieur», *C.R.A.S.*, 239: 72-4 (24).
- 1955, «Le gisement de Ternifine. Résultats des fouilles de 1955 et découvertes de nouveaux restes d'*Aniathropus*», *C.R.A.S.*, 241: 431-3 (24).
- 1963, «Le gisement de Ternifine», *I.P.H. Archives*: XXXII, Paris, Masson, 191 págs. (22).
- ARKELL, A. J., 1949, *The Old Stone Age in the Anglo-Egyptian Sudan*, Cambridge (25).
- 1949, *Early Khartoum. An account of the excavation of an early occupation site carried by the Sudan Government antiquities service, 1944-1945*, London, Oxford Univ. Press (23) (25) (28).
- 1950, «Gold Coast copies of fifth to seventh century bronze lamps», *Antiquity*, 24: 38-40 (24).

- 1953, *Shaheinab. An account of the excavation of a Neolithic occupation site carried out the Sudan antiquities service in 1949*, London, Oxford Univ. Press (23) (25) (28).
- 1954, «The late Acheulean of Esh Shaheinab», *Kush*, I: 30-4 (23).
- 1961, *History of the Sudan*, 2.<sup>a</sup> ed., London, Athlone (28).
- 1964, *Wanyanga and an archaeological reconnaissance of the South-West libyan desert. The british Ennedi expedition, 1957*, London, Oxford Univ. Press (23).
- 1975, «Prehistory of the Nile Valley», *Handbuch des Orientalistik*, VII, Abteilung, Band 2, Abschnitt A. Lief 1, Leiden-Köln (28).
- ARKELL, W. J. y SANDFORD, K. S., 1933, *Paleolithic man and the Nile Valley in Nubia and Upper Egypt*, Chicago (23).
- ARMSTRONG, R., 1964, «The use of linguistics in ethnogeography», en J. VANSINA y otros, *The historian in tropical Africa*, Oxford, Oxford Univ. Press (10).
- 1971, «The collection of oral traditions in Africa», *A.U.A.*, 579-83 (7).
- A.S.E.Q.U.A., 1964 y años sucesivos. *Bulletin* núm. 1 siguientes (16).
- 1966, «Etat des recherches sur le Quaternaire de l'Ouest africain», 1.<sup>a</sup> serie, *B.I.F.A.N.*, 28: 371-429 (24).
- 1967, «Etat des recherches sur le Quaternaire de l'Ouest africain», 2.<sup>a</sup> serie, *B.I.F.A.N.*, A, 29: 821-65 (24).
- 1969, «Etat des recherches sur le Quaternaire de l'Ouest africain», 3.<sup>a</sup> serie, *B.I.F.A.N.*, A, 31: 210-83 (24).
- ATHERTON, J. H., 1972, «Excavations at Kamabai and Yagala Rock Shelters, Sierra Leone», *W.A.J.A.*, 2: 39-74 (24).
- 1973, «The Stone Age/Iron Age transition in Northeast Sierra Leone», *Underground West Africa*, 7 (24).
- AUBREVILLE, H., 1949, «Climats, foïts, désertification de l'Afrique tropicale», Paris, Larose, 351 págs. (13).
- 1962, «Savanisation tropicale et glaciations quaternaires», *Andansonnia*, 2, 1: 1684 (13).
- AYACHE, G., 1961, «Les archives marocaines», *H.T.*, 2 (6).
- BA, A. H., 1972, *Aspects de la civilisation africaine*, Paris, Présence africaine (8).
- BA, A. H. y CARDAIRE, M., 1957, *Tierno Bokar, le sage de Bandiagara*, Paris, Présence africaine (8).
- BA, A. H. y DAGET, J., 1962, *L'Empire peul du Macina*. Paris, Mouton (8).
- BA, A. H. y DIETERLEN, G., 1961, *Koumen, texte initiatique des pasteurs peul* (Intr.).
- BA, O., 1972, *Glossaire des mots étrangers passés en Pulaar du Fouta Toro*, Dakar, C.L.A.D. (10).
- BABET, V., 1936, «Note préliminaire sur un atelier de pierres taillées à Brazzaville (Afrique équatoriale française)», *B.S.P.F.*, 33: 153-5 (21).
- BAILLOUD, A., 1966, «L'évolution des styles céramiques en Ennedi», *Actes I<sup>er</sup> coll. intern. Archéol. Afr.*, (Intr.).
- al-BAKRI, 1968, «Routier de l'Afrique blanche et noire du Nord-Ouest (Cordoue, 1068)», V. MONTEIL, trad., *B.I.F.A.N.*, B; 30, 39-116 (24).
- BALANDIER, G., 1971, *Sociologie actuelle de l'Afrique Noire*, 3.<sup>a</sup> ed., Paris, P.U.F. (Intr.) (15).
- BALANDIER, G. y MAQUET, J., 1968, *Dictionnaire des civilisations africaines*, Paris, Hazan (Intr.) (4).
- BALBI, A., 1826, *Atlas ethnographique du globe ou Classification des-peuples anciens et modernes d'après leurs langues*, Paris (12).
- BALL, J., 1939, *Contributions to the geography of Egypt*, Survey and Mines Dept., 308 págs. (16).
- BALOUT, L., 1952, «Du nouveau à l'Aïn Hanech», *B.S.H.N.A.N.*, 43, 152-9 (22).
- 1952, «Pluviaux, interglaciaires et préhistoire saharienne», *Trav. I.R.S.*, 8: 9-21 (16) (23).
- 1955, en ARAMBOURG y BALOUT, «L'ancien lac de Tihodaine et ses gisements préhistoriques», *Actes II<sup>e</sup> Congr. P.P.E.Q.*: 287-92 (23).
- 1954, «Les hommes préhistoriques du Maghreb et du Sahara. Inventaire descriptif et critique», *Libyca*, II (22).
- 1955, *Préhistoire de l'Afrique du Nord*, Paris, A.M.G. (12) (22) (23).
- 1958, *Algérie préhistorique*, Paris, A.M.G. (23).
- 1965, «Le Moustérien du Maghreb», *Quaternaria*, 7: 43-58 (22).
- 1967, «Procédés d'analyse et questions de terminologie dans l'étude des ensembles industriels du Paléolithique inférieur en Afrique du Nord», *Background to evolution in Africa*, Chicago, London, the Univ. of Chicago Press: 701-35 (22).

- 1967, «L'homme préhistorique et la Méditerranée occidentale, R.Ó.M.M., III: 9-29 (22).
- 1968, «L'art rupestre nord-africain et saharien. Etat de quelques problèmes», *Simposio internacional de arte rupestre*, Barcelona: 257-64 (22).
- 1976, *Orientations nouvelles de la préhistoire maghrébine. In memoriam Pedro Bosch Gimpera, 1891-1974*, México, págs. 99-113 (22).
- BALOUT, L. y otros, «Fiches typologiques africaines», 9 cahiers publiés depuis 1967 sous l'égide des *Congr. P.P.Q.* (22).
- BALOUT, L., BIBERSON, P. y TIXIER, J., 1967, «L'Acheuléen de Ternifine, gisement de l'Atlantrophe», *Anthropologie*, 71: 217-37 (22).
- BALOUT, L. y ROUBET, C., 1970, «Datation radiométrique de l'Homme de l'Aïn Dokkara et de son gisement, l'Escargotière du Chacal, région de Tébessa, Algérie», *Libyca*, 18: 21-35 (22).
- BARBER, E. J. W., 1974, *Archaeological decipherment. A handbook*, Princeton, Princeton Univ. Press (4).
- BARBEY, C. y DESCAMPS, C., 1969, «A propos des Pebble-tools de la Moyenne-Gambie», *B.I.F.A.N.*, A., 31: 276-82 (24).
- BARBOT, J., 1732, *A description of the coasts of North and South Guinea*, Churchill's voyages, London, A. and J. Churchill (1).
- BARENDSON, G. W.; DEEVEY, E. S. y GRALENSKI, L. J., 1965, «Yale natural radiocarbon measurements III», *Science*, 126: 916-7 (24).
- BARRAU, J., 1962, «Les plantes alimentaires de l'Océanie, origines, distribution et usages», *Annales du Musée colonial de Marseille*, 7, III-IX, 275 págs. (27).
- 1975, «L'Asie du Sud-Est, berceau cultural?», *Etudes rurales*: 53-6 (27).
- BARROW, J., 1801-1803, *Travels into the interior of the Southern Africa*, London, 2 vols. (6).
- BARRY, B., 1974, «La chronologie dans la tradition orale du Waalo. Essai d'interprétation», *Afrika Zamani*, 3: 31-49 (4).
- BASSET, R., 1894, *Etudes sur les dialectes berbères*, Paris (10).
- 1909-1913, *Mission au Sénégal*, Paris, Leroux, 3 vols. (6) (10).
- BATTISTINI, R., 1967, *L'Afrique australe et Madagascar*, Paris, P.U.F., 230 págs. (13).
- BAULIN, J., 1962, *The Arab role in Africa*, London, Penguin books (5).
- BAUMANN, H., 1936, *Geschichte und Urzeit des Menschen in Mythus der Afrikanischen Völker*, Berlin (7).
- BAUMAN, H. y WESTERMANN, D., 1962, *Les Peuples et les Civilisations de l'Afrique*, Paris, Payot (Intr.) (6) (10).
- BAUMGARTEL, E. J., 1955, *The culture of prehistoric Egypt*, Oxford (28).
- BAYLE DES HERMENS, R. DE, 1967, «Premier aperçu du Paléolithique inférieur en République centrafricaine», *Anthropologie*, 71: 135-66 (21).
- 1969, «Les collections préhistoriques de la République centrafricaine au Musée royal de l'Afrique centrale», *C.M. VII*: 27-40 (21).
- 1971, «Quelques aspects de la préhistoire en République centrafricaine», *J.A.H. XII*: 579-97 (21).
- 1975, «Recherches préhistoriques en République centrafricaine», *Laboratoire d'ethnologie et de sociologie comparative, série Recherches oubangiennes* núm. 3, Paris, Université de Paris X, 345 págs. (21).
- 1976, «A la découverte de la préhistoire en République centrafricaine», *Archeologia* núm. 92 (20).
- BAYLE DES HERMENS, R. DE y VIDAL, P., 1971, «Deux datations sur la méthode du Carbone 14 des monuments mégalithiques de Bouar, R. C. A.», *C. M. IX*: 81-2 (21).
- BAYNON, J., 1970, «The Contribution of linguistics to history in the field of Berber studies», *Language and history of Africa* (6) (10) (15).
- BEALE, F. C., 1966, *The anglo-gambian stone circles expedition 1964/65*, Bathurst, Government Printer (24).
- BEATTIE, J., 1968, «Aspects of Nioro symbolism», *Africa* 38, 4: 413-42 (7).
- BEAUCHENE, G. DE, 1963, «La Préhistoire du Gabon», *Objets et Mondes*, t. III (21).
- BEBEY, F., 1969, *Musique de l'Afrique*, Expressions, Horizons de France, Paris.
- BECKER, C. H., 1968, «Materialien zur Kenntnis des Islam in Deutsch Ost-Afrika», *I.N.R.*, LXVII (Intr.) (5) (6).
- BECKINGHAM, C. F. y HUNTINGFORD, G. W. B., 1954, *Some records of Ethiopia 1593-1646*, London (6).
- BEHRENSMEYER, A. K., 1975, «The taphonomy and paleoecology of Plio-Pleistocene vertebrate assemblages east of Lake Rudolf, Kenya», *Bull. Mus. Comp. Zool* (17).



- BEIDELMAN, Th., 1970, «Myth, legend and oral history: A Kaguru traditional text», *Anthropos*, 65: 74-97 (7).
- BEQUAERT, M., 1938, «Les fouilles de Jean Colette à Kalina», *A.M.R.C.B.*, I, 2: 29-88 (21).
- 1952, «Fouilles à Dinga (Congo Belge)», *Actes II Congr. P.P.E.Q.*: 317-53 (21).
- 1953, «La préhistoire du Congo Belge et ses relations avec la préhistoire africaine sud-saharienne à l'Holocène», *B.S.R.B.A.P.*, LXIV: 37-49 (21).
- BEQUAERT, M. y MORTELMANS, G., 1955, «Le Tshitoliien dans le bassin du Congo», *A.A.R.S.C.* II, 5, 40 págs. (21).
- BERG, F., 1968, «The Swahili Community of Mombasa 1500-1900», *J.A.H.* IX: 35-56 (Intr.) (5) (6).
- BERGER, R., 1970, «Ancient Egyptian Chronology», *P.T.R.S.*, 269, 1193; 23-36 (9).
- BERGGREN, W. A., 1973, «Correlation and calibration of late Pliocene and Pleistocene marine and continental biostratigraphies», *Acts IX congr. I.N.Q.U.A.* (16).
- BERQUE, J., 1957, *Histoire sociale d'un village égyptien au XX<sup>e</sup> siècle*, Paris (15).
- BERTIER, H., 1933, «Le cahier de l'écriture de Radama I», *M.A.M.*, 36 (6).
- BESANCON, J., 1957, *L'Homme et le Nil*, Paris, Gallimard (28).
- BIBERSON, P., 1961, «Le cadre paléogéographique de la préhistoire du Maroc atlantique», Rabat, *Pub. Serv. Antiq. Maroc*, t. 17, 544 págs. (22).
- 1961, «Le paléolithique inférieur du Maroc atlantique», Rabat, *Pub. Serv. Antiq. Maroc*, t. 17 (23).
- 1965, «Recherches sur le Paléolithique inférieur de l'Adrar de Mauritanie», *Actes V<sup>e</sup> Congr. P.P.E.Q.*: 173-89 (23).
- BIEBUYCK, D. y MATEEME, K. C., 1969, *The Mwindo Epic from the Banyanga (Congo Republic)*, Berkeley, Los Angeles (7).
- BIRDELL, J. B., 1972, *Human evolution. An introduction to the new physical anthropology*, Rand McNally and C<sup>o</sup>, 299, págs. (4).
- BIROT, P., 1970, *L'Afrique, les régions naturelles du globe*, Paris, Masson (13).
- BISHOP, W. W., 1965, «Quaternary geology and geomorphology in the Albertine rift valley, Uganda», *G.S.A.M.*, 84: 293-321 (21).
- BISHOP, W. W. y CLARK, J. D. (ed.), 1967, *Background to evolution in Africa*, Chicago Univ. Press., 935 págs. (16) (19) (22) (23) (24) (Concl.).
- BISHOP, W. W. y MILLER, J. A. (ed.), 1972, «Calibration of hominoid evolution», *Univ. of Toronto Press* (16) (20).
- BITTNER, M., 1897, *Die topographischen Capital des indischen Seespiegels Mohit*, Vienne (6).
- BIVARD, A. D. H. y HISKETT, M., 1962, «The arabic literature of Nigeria to 1804: a provisional account», *B.S.A.O.S.*, XXV, 1 (Intr.) (5) (6).
- BLANKOFF, B., 1965, «Quelques découvertes récentes au Gabon», *B.S.P.P.G.*, L, 3: 52-60 (21).
- 1966, «L'état des recherches préhistoriques au Gabon», *Actes I<sup>er</sup> coll. intern. archéol. afr.*: 62-80 (21).
- BLEEK, D. F., 1929, *Comparative vocabularies of the Bushman languages*, University Press, Cambridge (10).
- BLEEK, W. H. I., 1851, *De nominum generibus, linguarum Africae australis, copticae, semitarum, aliarumque sexualium*, Bonn, A. Marcus, IV + 60 págs. (12).
- 1862-1869, *Comparative grammar of South African languages*, Cape Town, Juta, 2 vols. (10) (12).
- BLOCH, M., 1939, *La Société féodale. La Formation des liens de dépendance*, vol. 1, 34 y 34 bis de *l'Evolution de l'humanité*, dirigida por H. BERR, Paris (1).
- 1949, *Apologie pour l'Histoire ou le métier d'historien*, Paris, A. Colin (7).
- BLUNDEL, H. W., 1923, *The royal chronicles of Abyssinia, 1769-1840*, Londres (6).
- BLUNDEL, H. W., BOAZ, N. y HOWELL, F. C., 1977, «A gracile hominid cranium from upper member G of the Shungura Formation, Ethiopia», *A.J.P.A.*, 46, 1: 93-108 (17).
- BOAHEN, A. A. y WEBSTER, J. B., 1970, *The growth of african civilization. West Africa since 1800*, London, Longmans (Intr.) (8).
- BOBO, J., 1956, «Un ensemble de station moustéro-atériennes aux environs de Djanet (Tassili des Ajjér)», *Libyca*, 4: 263-8 (23).
- BONATTI, E., 1966, «North Mediterranean climate during the last Würm glaciation», *Nature*, 209, 5027: 985-7 (16).
- BOND, G., 1956, «A preliminary account of the Pleistocene geology of the plateau Tia Fields region of Northern Nigeria», *Proc. III Intern. W.A.C.*: 187-202.

- BONIFAY, E., 1975, «Stratigraphie du Quaternaire et âge des gisements préhistoriques de la zone littorale des Alpes-Maritimes», *B.S.P.F.*, 72, 7: 197-206 (16).
- BONNEFILLE, R., 1972, *Associations polliniques actuelles et quaternaires en Ethiopie (vallées de l'Awash et de l'Omo)*, thèse, Paris, 2 tomes (16).
- 1974, «Etude palynologique de dépôts plio-pléistocènes d'Ethiopie», *A.S.E.Q.U.A.*, B, 42-3: 21-2 (16).
- 1976, «Végétation et climats des temps oldowayens et acheuléens à Melka Kunturé (Ethiopie)», *l'Ethiopie avant l'Histoire*, Cahier, 1: 55-71 (17).
- BONNEL DE MEZIERES, A., 1920, «Recherches sur l'emplacement de Ghana et de Tekrou», *M.A.U.*, 13, 1: 227-77 (24).
- BONNET, A., 1961, «La "pebble culture" in situ de l'Idjerane et les terrasses de piémont du Sahara central», *B.S.P.F.*, 58: 51-61 (23).
- BOSMAN, W., 1967, *A new and accurate description of the coast of Guinea*, London, Fran Cass & C° (1).
- BOSTON, J. S., 1964, «The Hunter in Igala legends of origin», *Africa*, 34: 118-20 (7).
- BOULLE, M., VALLOIS, H. V. y VERNEAU, R., 1934, *Les Grottes paléolithiques des Bani Ségoual (Algérie)*, Paris, Masson (22).
- BOUNAK, V., 1972, «Du cri au langage», *Le Courrier*, août-sept. (Concl.).
- BOUYSSONIE, J., BREUIL, H. y otros, 1956, *Musée du Bardo, coll. préhist., planches*, Album núm. 1, Paris, A.M.G. (23).
- BOVIER-LAPIERRE, P., 1925, «Le Paléolithique stratifié des environs du Caire», *Anthropologie*, XXXV: 37-46 (25).
- BOXER, C. R., 1959 (Dir.), *The tragic history of sea, 1589-1622*, University Press, Cambridge (6).
- BOYLE, A. H. y JEFFREYS, W., 1947, «Speculative origins of the fulany languages», *The language of Africa*, vol. 17 (10).
- BRADBURY, R. E., 1959, «Chronological problems in the study of Benin history», *J.H.S.N.*, 1: 263-87 (24).
- BRAHIMI, C., 1970, *Libéromaurusien litoral de la région d'Alger*, Paris, A.M.G. (22).
- 1972, *Initiation à la préhistoire de l'Algérie*, Alger (22).
- BRAIDWOOD, R. J., 1960, «The agricultural revolution», *Scientific America*, september (27).
- BRAIDWOOD, R. J. y REED, C. A., 1957, «The achievement and early consequence of food production; a consideration of the archaeological and natural historical evidence», *Cold spring harbour symposium on quantitative biology* (27).
- BRAIN, C. K., 1958, «The Transvaal Ape-Man. Bearing cave deposits, Transvaal museum», *Mémoire* núm. 11, Pretoria (20).
- BRASIO, A., 1952, *Monumenta missionaria africana*, Lisboa, 9 vols. (6).
- BRAUDEL, F., 1969, *Ecrits sur l'histoire*, Paris, Flammarion (Intr.).
- BREASTED, J. H., 1906, *Ancien Records of Egypt*, vol. IV, Chicago, University Chicago Press (28).
- BREUIL, Abate H., 1931, *L'Afrique*, Cahiers d'art, Paris (24).
- 1944, «Le Paléolithique au Congo Belge d'après les recherches du docteur Cabu: VI Plateau de Bena Tshitolo», *T.R.S.A.*, XXX: 143-60 (21).
- 1952, «Les figures incisées et ponctuées de la grotte de Kiantapo (Katanga)», *A.M.R.C.B.*: 1-32 (21).
- BREZILLON, M., 1970, *Dictionnaire de la Préhistoire*, Paris, Larousse (Concl.).
- BROTHWELL, D. y SHAW, Th., 1971, «A late Upper Pleistocen proto-West African negro from Nigeria», *Man*, 6, 2: 221-7 (24).
- BROUTANOH, A., 1867, «La tradition orale chez les Agni Ahali de Moronou», *B.I.E.G.T.* (7).
- BROWN, G., 1941, *The Economic History of Liberia*, Washington, Associated Publishers, IX + 366 págs. (3).
- BROWNE, W. G., 1806, *Travels in Africa, Egypt and Syria*, London (6).
- BRUCE, J., 1790, *Travels to discover the source of the Nile*. Edimbourg, 5 vols. (6).
- BRUNTON, G., 1928, *G. Brunton and G. Caton-Thompson, The Badarian civilization*, London, Quaritch (25) (28).
- 1937, *Nostagedda, British Museum expedition to Middle Egypt 1928-1929*, London, Quaritch (25) (28).
- 1948, *Matma, British Museum expedition to Middle Egypt 1929-1931*, London, Quaritch (25) (28).
- BRYANT, A. T., 1929, *Olden times in Zululand and Natal*, London (6).
- BUCHA, V., 1970, «Evidence for changes in the Earth's magnetic field intensity», *P.T.R.S.* 269, 1193: 47-56 (9).

- 1971, «Archaeomagnetic dating», H. N. MICHAEL y E. K. RALPH (ed.), *Dating techniques for the archaeologist*, Cambridge, Mass. (9).
- BUDA, J. L.; SCHROEDER, R. A.; PROTSCH, R. y BERGER, R., 1974, «Concordance of collagen based radiocarbon and aspartic acid raumization ages», *AATA*, 11, 2 (9).
- BUEDEL, J., 1958, «Die Flaeschenbildung in den feuchten Tropfen und die Rols fossier solcher Flaeschen in anderen Klimazonen», *A.D.G.*, 89-121 (16).
- BULCK, G. V., 1948, «Les recherches linguistiques au Congo belge», *M.I.R.C.B.* (10).
- BURKE, K.; DUROTYE, A. B. y WHITEMAN, A. J., 1971, «A dey Phase south of Sahara, 20.000 years ago», *W.A.J.A.*, I (24).
- BUTLER, J., 1966, *Boston University Papers on Africa. Prehistoric Populations in Africa*, Boston (Concl.).
- BUTZER, K. W., 1957, «The last "pluvial" phase of the eurafrican subtropics», *les Changements de climats, recherches sur la zone aride*, Paris, UNESCO, 20: 211-6 (13).
- 1958, «Studies zum vor-und-frühgeschichtlichen Landschaftswandel der Sahara», *Akademie des Wissenschaften und der Litteratur*, núm. 1, 49 págs. (23).
- 1972, *Environment and Archaeology*, 2.<sup>a</sup> ed., Chicago; (1.<sup>a</sup> ed., 1964, London), XXVIII + 703 págs. (16) (24) (28).
- BUTZER, K. W. y HANSEN, C. L., 1968, *Desert river in Nubia*, Madison, Univ. of Wisconsin Press (16).
- BUTZER, K. W. e ISAAC, G. L., 1975, *After the australopithecines, Stratigraphy, ecology and culture change in the middle pleistocene*, The Hague (19).
- BUTZER, K. W.; RICHARDSON, J. L. y WASHBOURKNKAMAU, C., 1972, «Radio-carbon dating of East African Lake levels», *Science*, 175: 1069-76 (16) (21).
- BUTZER, K. W. y THURBER, D. L., 1969, «Some late cenozoic sedimentary formations of the Lower Omo Basin», *Nature*, 222, 5199: 1132-7.
- BYNON, J., 1970, «The contribution of linguistics to history in the field of berber studies», D. DALBY (ed.), *Language and history in Africa* (6) (10) (15).
- CABU, F., 1935, «Considérations sur la stratigraphie de gisements pléistocènes à outillage paléolithique de la région de Léopoldville», *B.S.R.B.A.P.*, 50: 269-84 (21).
- 1935, «Les industries préhistoriques de la cuvette centrale congolaise et leurs rapports avec la préhistoire générale», *B.S.R.B.A.P.*, 50: 399-411 (21).
- CADENAT, P., 1957, «Fouilles à Columnata. Campagne 1956-57. La nécropole», *Libyca*, V: 49-81 (22).
- 1962, «Sur l'extension de la civilisation capsienne vers l'ouest», *B.S.P.F.*, 59: 27-32 (22).
- 1970, «Le Columnatien, industrie épipaléolithique de l'Algérie», *B.S.E.R.P.*, 20: 40-50 (22).
- CAHEN, D., 1975, «Le site archéologique de la Kamao (région du Shaba, République du Zaïre). De l'Age de la pierre ancien à l'Age du fer», *A.M.R.A.*, 84 (21).
- 1976, «Nouvelles fouilles à la pointe de la Gombe (ex-pointe de Kalina), Kinshasa, Zaïre», *Anthropologie*, 80, 4: 573-602 (21).
- 1977, «Vers une révision de la nomenclature des industries préhistoriques de l'Afrique centrale», *Anthropologie*, 81 (21).
- CAHEN, D.; HAESAERTS, P. y NOTEN, F. VAN, 1972, «Un habitat lupembien à Massango (Burundi). Rapport préliminaire», *Africa-Tervuren*, XVIII: 78-80 (21).
- CAHEN y NOTEN, F. VAN, 1970, «Des polissoirs dans la grotte de Mpinga (Burundi)», *Africa-Tervuren*, XVI, I: 13-7 (21).
- CALEY, E. R., 1949, «Validity of the specific gravity method for the determination of the fineness of gold objects», *O.J.S.*, XLIX: 76-92 (9).
- 1948, «On the application of Chemistry of Archaeology», *O. J. S.*, XLVIII: 1-8 (9).
- CAMPBELL, B. G., 1965, «The Nomenclature of the Hominidae», *Royal anthropological Institute, Occasional paper núm. 22* (24).
- CAMPBELL, R., 1861, *A pilgrimage to my motherland... among Egba and Yoruba in 1859-60*, Philadelphia (6).
- CAMP-FABRER, H., 1966, *Matière et art mobilier dans la préhistoire nord-africaine et saharienne*, Paris, A. M. G. (22) (23).
- CAMP-FABRER, H.; BOUCHUD, J.; CHABEUF, M.; CHAMLA, M. C.; COUVERT, M.; DUGHI, R. y SIRUGUE, F., 1975, *Un gisement capsien de faciès sétifien Madjez II, el-Eulma (Algérie)*, Paris, C.N.R.S., 448 págs. (22).
- CAMPS, G., 1969, *Amekni, Néolithique ancien du Hoggar*, Paris, A.M.G. (22) (23) (24) (28).
- 1974, *Les Civilisations préhistoriques de l'Afrique du Nord et du Sahara*, Paris, Doin, 366 págs. (22) (28).

- CANDOLLE, A., 1883, *L'Origine des plantes cultivées*, Paris, F. Alcan (27).
- CAPORIAMCO, L. DI y GRAZIUSI, P., 1934, *Le pitture rupestri di Ain Doua (Auenat)*, Florenzia, Centro di studi coloniali (23).
- CAPOT-REY, R., 1953, *Le Sahara français*, Paris, P.U.F., 487 págs. (23).
- CAPRILLE, Y. P., 1972, *Carte des langues du Tchad*, Paris, I.G.N. (10).
- CARRE, J. M., 1932, *Les Voyageurs français en Egypte, 1517-1840*, Paris (6).
- CARSON, P., 1962, *Materials for West African history in the archives of Belgium and Holland*, London (6) (24).
- 1968, *Materials for West African history in french archives*, London, The Athlone Press (6) (24).
- CARTER, G. F., 1964, «Archaeological Maize in West Africa: a discussion of Stanton and Willet», *Man*, 64 págs., 65 (24).
- CARTER, P. L. y FLIGHT, C., 1972, «Report on the fauna from the sites of Ntereso and Kintampo Rock Shelter six in Ghana: with evidence for the practice of animal husbandry during the second millennium B. C.», *Man*, 7, 2: 227-32 (24).
- CASTANHOSÓ, M., 1548, *Historia das cousas que o muy esfrocado Dom Christouao da Gama fez nos Reynos de Preste Joao*, Lisboa (6).
- CATON-THOMPSON, G., 1928, *The Badarian civilization*, London (28).
- 1946, «The atherian industry: its place and significance in the Palaeolithic world», *J.R.A.I.*, 44, págs. (23).
- 1952, *Kharga oasis in Prehistory*, London, The Athlone Press (23) (25).
- CATON-THOMPSON, G. y GARDNER, E. W., 1934, *The desert Fayum*, London, Royal anthropological Institute, 114 págs. (23) (24) (25) (28).
- CAVAZZI de MONTECUDOLO, G. A., 1687, *Istorica descrizione dei tre regni Congo*, Bologna (1).
- CELIS, M., 1972, *Gepolijst archeologisch stenen materiaal uit de Democratische Republiek van Zaïre*, tesis, Gante, Universidad de Gante (21).
- CENIVAL, J.-L. DE, 1973, *L'Égypte avant les Pyramides, IV<sup>e</sup> millénaire, Grand Palais, 29 mai-3 septembre 1973*, Paris, éd. des Musées nationaux (28).
- CERULLI, E., 1926, «Iscrizioni e documenti arabi per la Storia della Somalia», *Rivista degli studi orientali*: 1-24 (Intr.) (5) (6).
- 1957, *Somalia, seritti vari editi e inediti, I*, Roma (Intr.) (5) (6).
- CHAMARD, Ph., 1969-70, *Le Bassin versant de la Sebkhá de Chemchane (Adrar de Mauritanie)*. Dakar, Fac. Lettres-Sc. hum., 205 págs. (23).
- CHAMLA, M. C., 1968, «Les populations anciennes du Sahara et des régions limitrophes: étude des restes humains néolithiques et protohistoriques», *M.C.R.A.P.E.*, 9 (23) (24).
- 1970, *Les hommes épipaléolithiques de Columnata (Algérie occidentale)*, Paris, A.M.G. (22).
- 1973, «Étude anthropologique de l'Homme capsien de l'Aïn Dokkara (Algérie orientale)», *Libyca*, XXI: 9-53.
- CHAMOT, E. M. y MASON, C. W., 1938, *Handbook of chemical microscopy*, vol. I, 2.<sup>a</sup> ed., New York, Wiley (9).
- CHAMPAULT, B., 1953, «L'industrie de Tachenghit», 70<sup>e</sup> Congr. A.F.S.S., 126 págs. (23).
- CHASSELOUP-LAUBAT, F. DE, 1938, *L'Art rupestre au Hoggar (Haut Mertoutek)*, Paris, Plon, 63 págs. (23).
- CHAVAILLON, J., 1936, «Quaternaire de la vallée du Guir (Sahara nord-occidental)», *C.R. Som. Séances Soc. Géolog. Fr.* (23).
- 1958, «Industrie archaïque du Paléolithique ancien en place, dans les alluvions de l'oued Guir (Sahara nord-occidental)», *B.S.P.F.* 55: 431-43 (23).
- 1964, *Les Formations quaternaires du Sahara nord-occidental*, Paris, C.N.R.S., 393 págs., 32 pl. (23).
- 1973, «Chronologie des niveaux paléolithiques de Melka Konturé (Ethiopie)», *C.R.A.S.*, 276: 1533-6 (17).
- CHAVAILLON, J.; BRAHIMI, C. y COPPENS, Y., 1974, «Première découverte d'Hominidé dans l'un des sites acheuléens de Melka Konturé (Ethiopie)», *C.R.A.S.*, 278: 3299-3202 (17).
- CHAVAILLON, J.; CHAVAILLON, N.; COPPENS, Y. y SENUT, B., Sous presse. — «Présence d'Hominidé dans le site oldowayen de Gomboré I à Melka Konturé, Ethiopie», *C.R.A.S.*, tome 285, págs. 961-963 (17).

- CHELU, A., 1891, *Le Nil, le Soudan, l'Égypte*, Paris, Chaix (28).
- CHESNEAUX, J., 1969, *Le Mode de production asiatique*, Paris, Editions sociale (Concl.).
- CHEVALIER, A., 1938, «Le Sahara, centre d'origine des plantes cultivées», *Société de Biogéographie*, VI: «La vie dans la région désertique nord-tropicale de l'Ancien Monde», Paris: 309-22 (27).
- CHILDE, G., 1954, *What happened in history?*, Harmondsworth, Penguin Books Ltd. (27).
- CHURCH, R. J. H., 1969, *Africa and the Islands*, London, Longmans, 494 págs. (13).
- CISSE, K. y THILMANS, G., 1968, «A propos de la datation des mégalithes sénégalais», *N. A.*, 117: 13-7 (24).
- CISSOKO, S. M., 1967, *Histoire de l'Afrique occidentale*, Paris, Présence africaine (Intr.).
- CLARK, G., 1969, *World Prehistory*, 2.<sup>e</sup> ed., Cambridge, Cambridge Univ. Press, XVI + 331 págs. (19) (24).
- CLARK, J. D., 1950, *The Stone Age cultures of Northern Rhodesia*, South African Archaeological Society, Cape Town (20).
- 1957, Third Panafrican Congress on Prehistory, London, Chatto and Windus (24).
- 1960, *The Prehistory of southern Africa*. Harmondsworth, Penguin Books Ltd. (19) (21) (24).
- 1962, «Vegetation patterns, climate and sands in North East Angola», *Actes IV<sup>e</sup> congr. P.P.E.Q.*, 151-66 (21).
- 1963, «Ecology and culture in the African Pleistocene», *S.A.J.S.*, 59, 7: 353-66 (21).
- 1963, «Prehistoric cultures of northeast Angola and their significance in tropical Africa», *C.D.A.P.C.*, 62 (21).
- 1964, «The Sangoan culture of Equatoria: the implications of its stone equipment», *Instituto de Prehistoria y Arqueología, Monografías, Barcelona*, 9: 309-25 (20).
- 1966, «The distribution of prehistoric culture in Angola», *C.D.A.P.C.*, 73 (21).
- 1967, «The problem of Neolithic culture in sub-Saharan Africa», W. W. BISHOP y J. D. CLARK (ed.), *Background to evolution in Africa*, Chicago, Chicago Univ. Press, 601-28 (24).
- 1967, *Atlas of African prehistory*, Chicago, Chicago Univ. Press (19) (24).
- 1968, «Review of Oliver Davies's — The Quaternary in the Coastland of Guinea», *W.A.A.N.*, 13, 9: 37-40 (24).
- 1968, «Further palaeo-anthropological studies in Northern Lunda», *C.D.A.P.C.*, 78 (21).
- 1969-74, *Kalambo Falls prehistoric site*, Cambridge, Cambridge Univ. Press, 3 vols. (19) (20) (21).
- 1970, «The prehistoric origins of african cultures», en J. D. FAGE y R. A. OLIVER, *Papers in african prehistory*, Cambridge (21).
- 1970, «The spread of food production in sub-saharan Africa», en J. D. FAGE y R. A. OLIVER, *Papers in african prehistory*, Cambridge (27).
- 1970, *The Prehistory of Africa*, Londres, Thames & Hudson (14) (19) (20) (24).
- 1971, «Human behavioural differences in Southern Africa during the later Pleistocene», *American Anthropologist*, vol. 73, págs. 1211-1236 (20).
- 1971, «Problems of archaeological nomenclature and definition in the Congo Basin», *S.A.A.B.*, XXVI: 67-78 (24).
- CLARK, J. D. y HAYNES, C. V., 1969, «An elephant butchery site at Mwanganda's village, Karonga, Malawi and its relevance for Palaeolithic archaeology», *W.A.*, 1, 3: 390-511 (20).
- CLARK, J. D.; MAWBY, J. E. y GAUTIER, A., 1970, «Interim report on palaeoanthropological investigations in the Lake Malawi Rift», *Quaternaria*, XIII: 305-54 (20).
- CLARK, J. D. y LE GROS W. E., 1967, «Man-Apes or Ape-Men? The story of discoveries in Africa», New York (20).
- CLARK, J. D. y ZINDEREN BAKKER, E. M. VAN, 1962, «Pleistocene climates and cultures in North-Eastern Angola», *Nature*, 196, 4855: 639-42 (21).
- 1964, «Prehistoric cultures and Pleistocene vegetation at the Kalambo Falls, Northern Rhodesia», *Nature*, 201, 4923: 971-5 (21).
- CLARKE, J., 1848, *Specimens of dialects: Short vocabulary of languages and notes of countries and customs in Africa*, Berwick-on-Tweed, D. Cameron, 104 págs. (12).
- CLARK-HOWELL, P.; KLEINDIEST, M. R. y KELLER, C. M., «Isimila, Preliminary report», *Proc. 4<sup>th</sup> P.C.P.Q.S.* (19).
- CLIMAP, 1974, *Mapping the atmospheric and oceanic circulations and other climatic parameters at the time of the last glacial maximum about 17.000 years ago*. Climatic research Unit, School of environmental sciences, University of East Anglia, Norwich, 123 págs. (16).

- C.N.R.S. (ed.), 1974, «Les méthodes quantitatives d'étude des variations du climat au cours du Pléistocène», *Colloque international du C.N.R.S.*, núm. 219, 317 págs. (16).
- COCKERELL, T. A. D., 1907, «A fossil tse-tse fly in Colorado», *Nature*, 76-414 (14).
- 1909, «An other fossil tse-tse fly», *Nature*, 80, 128 (14).
- 1919, «New species of North American fossil beetles, Cockroaches and tse-tse flies», *Proc. NS. St. Nat. Mus.*, 54: 301-11 (14).
- COETZE, J. A. y ZINDEREN-BAKKER, E. M. VAN, 1970, «Palaeoecological problems of the Quaternary of Africa», *S.A.J.S.*, 66: 78-84 (21).
- COHEN, D. W., 1972, *The historical tradition of Busoga. Mukana and Kintu*, Oxford, The Clarendon Press, X + 218 págs. (3).
- COHEN, M., 1958, *La Grande Invention de l'écriture et son évolution*, Paris (10).
- 1947, *Essai comparatif sur le vocabulaire et la phonétique du Chamitosemitique*, Paris, H. Champion, XI + 248 págs. (10) (12).
- COLE, D. T., 1971, «The history of African linguistics to 1945», in *Linguistics in Subsaharan Africa*, vol. VII de *Current trend in linguistics*, dir. T. A. SEBEOK, Paris. — La Haye, Mouton (12).
- COLE, G. H., 1967, «Nsongezi. Summary account», W. W. BISHOP y J. D. CLARK, *Background to evolution in Africa*, 481-528 (19).
- COLE, S., 1964, *The prehistory of East Africa*, New York-London (19).
- COLEMAN, J. S., 1958, *Nigeria. Background to Nationalism*, Berkeley, California Univ. Press, XIV + 510 págs. (3).
- COLES, J. M. y HIGGS, E. S., 1969, *The archaeology of early man*, London (19).
- COLETTE, J. R. F., 1931, «Industries paléolithiques du Congo belge», *Actes XV Congr. I.A.A.P.*, 285-92 (21).
- 1935, «Complexe et convergences en préhistoire», *B.S.R.B.A.P.*, 50: 49-192 (21).
- COMMONWEALTH ARTS FESTIVAL, 1965, *Treasures from the Commonwealth*, Commemorative Catalogue, London (24).
- CONNAH, G., 1967, «Progress report on archaeological work in Bornu. Northern history research scheme, second interim report», *Zaria* (24).
- 1969, «Settlement mounds of the Firki — The reconstruction of a lost society», *Ibadan*, 26: 48-62 (24).
- 1971, «Recent contributions to Bornu chronology», *W.A.J.A.*, I: 55-60 (24).
- 1972, «Archaeology in Benin», *J.A.H.*, 13, 1: 25-38 (24).
- COOK, R. M., 1963, «Archaeomagnetism», D. BROTHWELL y E. HIGGS (ed.), *Science in archaeology*, London, Thames and Hudson (9).
- COOKE, C. K., 1969, «A re-examination of the "Middle Stone Age" industries of Rhodesia», *Arnoldia*, 17 (4).
- 1971, «Excavation in Zombepata Cave, Sipolilo District, Mashonaland, Rhodesia», *S.A.A.B.*, XXVI: 104-27 (20).
- COOKE, H. B. S., 1958, «Observations relating to Quaternary environments in east and southern Africa», *T.G.S.S.A.*, Anexo al vol. 61 (16) (21).
- 1963, «Pleistocene mammal faunas of Africa with particular reference to southern Africa», en F. C. HOWELL y F. BOURLIERE (ed.), *African Ecology and Human evolution*, 65-116 (20).
- 1965, «Tentative correlation of Major Pleistocene deposits in Africa», *The origin of Man, Wenner-Green symposium*, Chicago (24).
- 1972, «Pleistocene chronology: long or short», *Maritimes sediments*, 8, 1: 1-12 (16).
- COONS, C. S., 1968, *Yengema cave report*, Philadelphia, Univ. of Pennsylvania, V + 77 págs. + 35 pl. (24).
- COPANS, J. y GODELIER, M., 1971, *L'Anthropologie, science des sociétés primitives?*, Paris, Denoël (Intr.).
- COPPENS, Y., 1960, «Les cultures protohistoriques et historiques du Djourab», *Actes I.<sup>er</sup> coll. intern. archéol. afr.* (Intr.).
- 1961, «Découverte d'un Australopithécine dans le Villafranchien du Tchad», *C.R.A.S.*, 252: 3851-2 (23) (24).
- 1962, «Découverte d'un Australopithécine dans le Villafranchien du Tchad», *Colloques internationaux du C.N.R.S.*, 104: 455-9 (23).
- 1965, «L'Hominien du Tchad», *C.R.A.S.*, 260: 2869-71 (24).
- 1965, «L'Hominien du Tchad», *Actes V Congr. P.P.E.C.*, I: 329-30 (24).

- 1966, «Le Tchadanthropus», *Antropologia*, 70: 5-16.
- 1966, «Le gisement des vertébrés quaternaires de l'Ouest africain», *B.I.F.A.N.*, A, 27: 373-81 (24).
- 1970, «Localisation dans le temps et dans l'espace des restes d'Hominidés des formations plio-pléistocènes de l'Omo (Ethiopie)», *C.R.A.S.*, 271: 1968-71 (17).
- 1970, «Les restes d'Hominidés des séries inférieures et moyennes des formations plio-villafranchiennes de l'Omo en Ethiopie», *C.R.A.S.*, 271: 2286-9 (17).
- 1971, «Les restes d'Hominidés des séries supérieures des formations plio-villafranchiennes de l'Omo en Ethiopie», *C.R.A.S.*, 272: 36-9 (17).
- 1972, «Tentative de zonation du Pliocène et du Pléistocène d'Afrique par les grands Mammifères», *C.R.A.S.*, 274: 181-4 (17).
- 1973, «Les restes d'Hominidés des séries inférieures et moyennes des formations plio-villafranchiennes de l'Omo en Ethiopie (récoltes 1970, 1971 et 1972)», *C.R.A.S.*, 276: 1823-6 (17).
- 1973, «Les restes d'Hominidés des séries supérieures des formations plio-villafranchiennes de l'Omo en Ethiopie (récoltes 1970, 1971 y 1972)», *C.R.A.S.*, 276: 1981-4 (17).
- 1975, «Evolution des Mammifères, de leurs fréquences et de leurs associations au cours du Plio-Pléistocène dans la basse vallée de l'Omo en Ethiopie», *C.R.A.S.*, 281: 1571-4 (17).
- 1975, «Evolution des Hominidés et de leur environnement au cours du Plio-Pléistocène dans la basse vallée de l'Omo en Ethiopie», *C.R.A.S.*, 281: 1693-6 (17).
- COPPENS, Y.; HOWELL, F. C.; ISAAC, G. LL. y LEAKEY, R. E. F., 1976, *Earliest man and environments in the Lake Rudolf basin*, Univ. of Chicago Press, 615 + XXII págs. (17) (18) (19).
- CORBEIL, R., 1951, «Les récentes découvertes au Cap-Vert concernant le Paléolithique», *B.I.F.A.N.*, B, 13: 384-437 (24).
- 1951, «Mise en évidence d'industries lithiques anciennes dans l'extrême ouest sénégalais», *C.R. Conf. Intern. Africanistes Ouest*, I, 2: 387-90 (24).
- CORBEIL, R.; MAUNY, R. y CHARBONNIER, J., 1948, «Préhistoire et protohistoire de la presqu'île du Cap Vert et de l'extrême ouest sénégalais», *B.I.F.A.N.*, B, 10: 378-460 (24).
- CORNEVIN, R., 1962, *Histoire de l'Afrique*, Paris (5).
- COUPEZ, A. y KAMAZI, T., 1970, *Littérature de cour au Rwanda*, Oxford (7).
- COURSEY, D. G., 1967, *Yams*, London, Longmans-Green, XIV + 230 págs. (24).
- 1972, «The origins and domestication of yams in Africa», *Proc. Burg. Wart. Symp.* 56 (24).
- COURSEY, D. G. y ALEXANDER, J., 1968, «African agricultural patterns and the Sickle Cell», *Science*, 160: 1474-5 (24).
- COURTOIS, Ch., 1955, *Les Vandales et l'Afrique*, Paris (5).
- CREACH, P., 1951, «Sur quelques nouveaux sites et quelques nouvelles industries préhistoriques d'Afrique occidentale française», *C.R. Conf. Intern. Africanistes Ouest* I, 2: 397-430 (24).
- CREACH, D. A., 1970, «A tale type index for Africa», *Research in Africa, Literatures*, Austin, I, 1: 50-3 (7).
- CREACH, S. A., 1852, *A vocabulary of the Yoruba Language*, London, Seeleys, V + 38, 219 págs. (12).
- 1855, «Journal of an expedition up the Niger and Tshadda rivers», London (6).
- CUGOANO, O., 1787, *Thoughts and sentiments on the wicked traffic of the slavery*, London (6).
- CUNY, A., 1946, *Invitation à l'étude comparative des langues indo-européennes et des langues chamito-sémitiques*, Bordeaux (10).
- CUOQ, J., 1975, *Recueil des sources arabes concernant l'Afrique occidentale du VIII<sup>e</sup> au XVI<sup>e</sup> siècle Bilād al-Sūdān*, Paris, C.N.R.S., 493 págs. (5).
- CURRY, R. R., 1969, *Chronologie glaciaire absolue de la Sierra Nevada, Californie, pour les derniers 2.700.000 ans*, Paris (16).
- CURTIN, Ph. D., 1960, «The archives in tropical Africa: a reconnaissance», *J.A.H.* I, 1, págs. 129-147.
- 1968, «Field Techniques for collecting and processing oral data», *J.A.H.* IX, 3: 367-85 (7).
- CURTIN, Ph. D. y VANSINA, J., 1964, «Sources of the 19<sup>th</sup> century Atlantic slave trade», *J.A.H.* 5 (6).
- CUVELIER, J. y JADIN, L., 1954, *L'Ancien Royaume du Congo d'après les archives romaines 1518-1640*, Bruxelles (6).
- CUVELIER, J. y JADIN, L., 1954, *L'Ancien Royaume du Congo d'après les archives romaines 1518-1640*, Bruxelles (6).
- DAHL, O. C., 1951, *Malgache et Maanjan: une comparaison linguistique*, Oslo, Egede Institut, 406 págs. (12).

- DAIN, A., 1961, «Témoignage écrit et philologie», *l'Histoire et ses méthodes*, Encyclopédie de la Pléiade, Paris (5).
- DALBY, D., 1965, «The Mel Languages: a reclassification of southern "West Atlantic"», *A.L.S.*, 6 (10) (12).
- 1966, «Levels of relationship in the classification of African languages», *A.L.S.* (10).
- 1967, «Survey of the indigenous scripts of Liberia and Sierra Leone», *A.L.S.*, 8 (6).
- 1970, *Language and History in Africa*, Franck Cassad and C<sup>o</sup>, London, 160 págs. (10).
- 1970, «Reflections on the classification of African languages, with special reference to the work of Sigismund Wilhem Koelle and Malcolm Guthrie», *African language studies*, XI (12).
- DALLONI, M., 1935, *Mission au Tibesti (1930-1931)*, Paris, Gauthier-Villiar, 2 vols. (23).
- 1948, *Matériaux pour l'étude du Sahara oriental, région entre la Libye, le Tibesti et le Kaouar (Niger)*, Alger, I.R.S., 120 págs. (23).
- 1952, «La station moustérienne de Retaimia près d'Inkermann (Algérie)», *Actes II<sup>e</sup> Congr. P.P.E.Q.*: 419-27 (22).
- DALLONI, M. y MONOD, Th., 1948, «Géologie et préhistoire (Fezzan méridional, Kaouar et Tibesti)», *Mission scientifique du Fezzan (1944-45)*, *Trav. I.R.S.* 6 (23).
- DALLONI, M.; DALRYMPLE, G.; BRENT, LANPHERE y MARVIN, A., 1969, *Potassium-Argon Dating, Principles, techniques and applications to geochronology*, San Francisco, W. H. Freeman and C<sup>o</sup> (4).
- DALTON, G., 1968, *Primitive archaic and modern economies, essays of Karl Polanyi*, New York (13).
- DAMAS, I, ed., 1966, «Ecological essays: proceedings of the conference of cultural ecology», *Museum of Canada Bull.*, 230 (27).
- DANIEL, G., *The Three Ages*, Cambridge, Cambridge University Press (24).
- DANIELS, Ch., 1970, *The Garamantes of Southern Libya*, Stoughton, Oleander Pres (24).
- DAPPER, O., 1668, *Naukeurige Beschrijvinghe des Afrikaensche Gewesten*, Amsterdam.
- DARLINGTON, C. D., 1963, *Chromosomes botany and the origins of cultivated plants*, London, G. Allen Unwin Ltd. (27).
- DAVIDSON, B., 1959, *The lost cities of Africa*, Boston, Atlantic Monthly Press (Intr.).
- 1964, *The African past*, London, Longmans (Intr.).
- 1965, *Old Africa rediscovered*, Paris, P.U.F. (Intr.).
- 1965, *Mère Afrique*, Paris, P.U.F. (Intr.).
- 1967, *The growth of African civilisation: West Africa 1000-1800*, London, Longmans (Intr.).
- DAVIES, O., 1959, «The distribution of Old Stone Age material in Guinea», *B.I.F.A.N.*, B, 21: 1-2 (24).
- 1960, «The neolithic revolution in tropical Africa», *T.H.S.G.*, 4 (24).
- 1961, *Archaeology in Ghana*, Edimbourg, Nelson, IV + 45 págs. (24).
- 1962, «The Neolithic culture of Ghana», *Actes IV Congr. P.P.E.Q.*, 3: 291-301 (24).
- 1964, *The Quaternary in the Coastlands of Guinea*, Glasgow, Jackson, XVI + 276 págs. (24).
- 1966, «The invasion of Ghana from the Sahara in the Early Iron Age», *Actas V Congr. P.P.E.C.*, 2: 27-42 (24).
- 1966, «Comment on: "J. Arkell, B. Fagan and R. Summers, The Iron Age in Sub-Saharan Africa"», *C.A.*, 7:470-1 (24).
- 1967, «New radiocarbon dates from Ghana», *B.A.S.E.Q.U.A.*, 14-15: 28 (24).
- 1967, *West Africa before the Europeans*, London, Methuen, XX + 364 págs. (24).
- DAVIES, O.; HUGOT, H. y SEDDON, D., 1968, «The origins of African agriculture», *C. A.*, 9, 5: 479-504.
- DAVISON, C. A., 1973, «Glass beads in African archaeology», *A.A.T.A.*, 10, 2 (9).
- DAVISON, C. C.; GIAUQUE, R. D. y CLARK, J. D., 1971, «Two chemical groups of dichroic glass beads from West Africa», *Man*, 6, 4: 645-9 (9).
- DAY, M. H. y LEAKEY, R. E. F., 1973, «New evidence for the genus Homo from East Rudolf, Kenya, I», *A.J.P.A.*, 39: 341-54 (17).
- 1974, «New evidence for the genus Homo from East Rudolf, Kenya, III», *A.J.P.A.*, 41: 367-80 (17).
- DAY, M. H.; LEAKEY, R. E. F.; WALKER, A. C. y WOOD, B. A., 1975, «New hominids from East Rudolf, Kenya, I», *A.J.P.A.*, 42: 461-76 (17).
- 1976, «New hominids from East Turkana, Kenya», *A.J.P.A.*, 45, 3: 369-436 (17).
- DAYRELL, E., 1911, «Further notes on nsibidi signs with their meanings from the Ikom district, Southern Nigeria», *J.R.A.I.*, vol. 41, pl. LXV-LXVII (10).
- DEACON, H. J., 1970, «The Acheulian occupation of Amanzi Springs, Uitenhage district, Cape province», *A.C.P.M.*, 8, 11 (20).



- 1972, «Wilton: an assessment after fifty years», *S.A.A.B.*, XXVII, 1-2: 10-48 (20).
- 1972, «A review of the post-Pleistocene in South Africa», *S.A.A.B.*, Goodwin series 1: 26-45 (20).
- DEBONO, F., 1948, «Le Paléolithique final et le Mésolithique à Héliouan», *A.S.A.E.*, XLVIII: 629-37 (25).
- 1948, «El-Omari», *A.S.A.E.*, XLVIII: 562-8 (25).
- 1951, «Expédition archéologique royale au Désert oriental», *A.S.A.E.*, LI: 59-91 (25).
- 1954, «La nécropole prédynastique d'Héliopolis», *A.S.A.E.*, LII: 625-52 (25).
- 1956, «La civilisation prédynastique d'el-Omari (nord d'Héliouan)», *B.I.E.*, XXXVII: 331-9 (25).
- 1969, «Le sentiment religieux à l'époque préhistorique en Egypte», *C.H.E.*, XI: 1-13 (25).
- 1970, «Recherches préhistoriques dans la région d'Esna», *B.I.F.A.O.*, LXIX: 245-51 (25).
- 1971, «Etude des dépôts de silex», *Graffiti de la Montagne thébaine*, El Cairo (25).
- 1971, «Prospection préhistorique (campagne 1972-1973)», *Graffiti de la Montagne thébaine*, t. I, 4, El Cairo (25).
- 1975, «Thèbes préhistorique, ses survivances à l'époque pharaonique», *Actes du XXXIX<sup>e</sup> Congr. Inter. Orient.* (25).
- 1976, «L'homme oldowaien en Egypte», *B.I.E.* (25).
- 1976, «Survivances préhistoriques de l'usage du silex à l'époque pharaonique», *B.I.E.* (25).
- DEGAN, Th., 1956, «Le site préhistorique de Tiémassas (Sénégal)», *B.I.F.A.N.*, B, 8: 432-61 (24).
- DELAFOSSÉ, M., 1901, *Essai de manuel pratique de la langue mandé ou Mandingue*, Paris, Leroux, 304 pgs. (12).
- 1912, Haut-Sénégal-Niger, Paris; Larose (10).
- 1914, «Most soudanais du Moyen Age», *Mém. Soc. Ling.* Paris, 18 (10) (12).
- 1924, «Groupe sénégal-guinéen», A. Meillet y M. Cohen (dir.), *Langues du monde*, Paris, H. Champion, XVI + 811 pgs. (10) (12).
- DELANY, M. R., 1861, «Official report on the Niger Valley exploring party», Leeds (6).
- DELCROIX, R. y VAUFREY, R., 1939, «Le Tombien de Guinée française», *Anthropologie*, 49: 265-312 (23) (24).
- DELIBRIAS, G.; GUILLIER, M. T. y LABEYRIE, J., 1974, «Gif natural radiocarbon measurements VII», *Radiocarbon*, 16, 1: 15-94 (21).
- DELIVRE, A., 1974, *L'Histoire des rois d'Imerina: Interprétation d'une tradition orale*, Paris (8).
- DEMOUGEOT, 1960, «Le chameau et l'Afrique du Nord romaine», *Annales*, 209-47 (26).
- DENIS, J.; VENNETIER, P. y WILMET, J., 1971, *L'Afrique centrale et orientale*, Paris, P.U.F., 294 pgs. (13).
- DENNINGER, E., 1971, «Use of paper chromatography to determine the age of albuminous bindery and its application to rock paintings», *S.A.A.S.*, 2: 80-4 (9).
- DENY, J., 1930, *Sommaire des archives turques du Caire*, I.F.A.O., El Cairo (6).
- DESCAMPS, C., 1971, *Sénégal, préservation et mise en valeur du patrimoine archéologique*, «D. Les mégalithiques du Sine-Saloum», Paris, UNESCO (24).
- DESCHAMPS, H., 1962, «Pour une histoire de l'Afrique», en «Regards sur l'Afrique», *Diogenes* 37, pgs. 113-120 (Intr.).
- 1964, *L'Afrique tropicale aux XVII<sup>e</sup>-XVIII<sup>e</sup> siècles*, Paris, C.D.U. (Intr.).
- 1969, *L'Afrique noire précoloniale*, Paris, P.U.F. (Intr.).
- DESCHAMPS, H. y otros, 1970, *Histoire générale de l'Afrique noire*, Paris, P.U.F., 2 t. (Intr.) (7).
- DESPLAGNES, L., 1907, «L'Archéologie préhistorique en Guinée française», *B.S.G.C.* (24).
- 1907, *Le Plateau central nigérien*, Larose, Paris (21).
- DESPOIS, J. y RAYNAL, R., 1967, *Géographie de l'Afrique du Nord-Ouest*, Paris, Payot, 571 pgs. (13).
- DESTANIQ, E., 1911, «Notes sur des manuscrits arabes de l'Afrique occidentale», *Revue africaine* (Intr.) (5) (6).
- DEVA, I., 1974, «La tradition orale et l'étude des sociétés agricoles», *Diogenes*, 85: 123-42 (4).
- DIAGNE, P., 1972, *Anthropologie de la littérature wolof*, Dakar, I.F.A.N. (10).
- 1976, *Enquête linguistique*, UNESCO, Tchad (10).
- DIALLO, Th., 1968, *Les Institutions politiques du Fouta-Djallon au XIX<sup>e</sup> siècle*, Dakar (fotoc) (6).
- DIEHL, Ch., 1969, *L'Afrique byzantine*, 2.<sup>a</sup> ed., New York, 2 vols. (5).
- DIENG, A. A., 1974, *Classes sociales et mode de production esclavagiste en Afrique de l'Ouest*, Paris, C.E.R.M., n.<sup>o</sup> 114 (Concl.).
- DIENG, A. A., 1978, *Hegel, Marx, Engels et les problèmes de l'Afrique noire*, Paris, Fonkoré.

- DIMBLEBY, G. W., 1963, «Pollen analysis», *Science in archaeology*, BROTHWELL D. y HIGGS, E., dir., London, Thames and Hudson, págs. 139-149 (9).
- DIOP, C. A., 1955, *Nations nègres et culture*, Paris, Prés. afr. (10) (24).
- 1959, *L'Unité culturelle de l'Afrique noire*, Paris, Prés. afr.
- 1960, *L'Afrique noire précoloniale*, Paris, Prés. afr. (24).
- 1962, «Réponse à quelques critiques», *B.I.F.A.N.*, B. 24: 542-74 (24).
- 1962, «Histoire primitive de l'Humanité: évolution du monde noir», *B.I.F.A.N.*, B. 24: 449-541 (24).
- 1973, *Introduction à l'étude des migrations en Afrique occidentale et centrale*, Dakar, I.F.A.N. (6) (10).
- 1974, *Physique nucléaire et chronologie absolue*, Dakar-Abidjan, N.E.A. (4).
- DIOP, M., 1971-72, *Histoire des classes sociales dans l'Afrique de l'Ouest*, Paris, F. Maspero (Concl.).
- DOBLHOFFER, E., 1959, *Le Déchiffrement des écritures* (trad. del alemán), Paris, Arthaud (4).
- DOIZE, R. L., 1938, «Les boules de pierre et les pierres perforées des collections de préhistoire du musée du Congo», *A.M.R.A.C.*, I: 89-140 (21).
- DOKE, C. M. y COLE, D. T., 1961, *Contribution to the history of african linguistics*, Johannesburg, Witwatersrand University Press, 129 págs. (12).
- DORÈSE, J., 1972, *Histoire sommaire de la Corne orientale de l'Afrique*, Paris (5).
- DORIZE, L., 1974, «L'oscillation pluviométrique récente sur le bassin du lac Tchad et la circulation atmosphérique générale», *Revue de géographie physique et de géologie dynamique*, 16, 4: 393-420 (16).
- DORSON, R. M., 1972, «African Folklore. Garden City (récits, genres oraux, folklore, littérature et histoire)» (8).
- 1976, «Oral literature, oral history and the folklorist», *Folklore and Fakelore*, Cambridge: 127-44 (8).
- DORST, J. P. y DANDELLOT, F., 1970, *A field guide to the larger mammals of Africa*, London, Collins (24).
- DRAR, M., 1963, «Flore du continent africain: région au nord du Sahara», *Enquête sur les ressources naturelles du continent africain*, Paris, UNESCO: 257-70 (13).
- DRIOTON, E. y VANDIER, J., 1962, *L'Égypte*, 4.<sup>e</sup> ed. aumentada, Paris, P.U.F., 2 vols. (5) (28).
- DROUX, G. y KELLEY, H., 1939, «Recherches préhistoriques dans la région de Boko. Songho et à Pointe-Noire (Moyen-Congo)», *J.S.A.*, 9: 61-84 (21).
- DUBIEF, J., 1959, «Le climat du Sahara», *Mém. I.R.S.*, 2 vols. (23).
- DUBOIS, W. E. B., 1903, *The souls of black folk*, Mac Clurg (Intr.).
- 1939, *Black folk, then and now*, New York, H. Holt (Intr.).
- DUMOULIN DE LAPLANTE, P., 1947, *Histoire générale synchronique*, Paris (Concl.).
- DUNBAR, J. H., 1941, *Some nubian rock pictures of lower Nubia*, El Cairo (23).
- DUNHAM, D., 1950-63, *The royal cemeteries of Kush*, 5 vols., El Nuri, vol. 2, 1955, Boston.
- DUNHILL, A., *The Pipe Book* (ed. revisada), London, Barker (24).
- DUYEYRIER, H., 1864, *Les Touaregs du Nord*, Paris, Challamel, 502 págs. (23).
- DUVIGNEAUD, P., 1958, «La végétation du Katanga et de ses sols métallifères», *Bulletin de la société royale de botanique de Belgique*, 90, 2: 126-278 (21).
- DUYVENDAK, J. J. L., 1949, *China's discovery of Africa*, London (5).
- 1973, «Eastern african coast», *J.R.A.S.*: 98-122 (Intr.) (5) (6).
- EBOUE, F., 1933, «Les peuples de l'Oubangui-Chari. Essai d'ethnographie, de linguistique et d'économie sociale», *Ethnographie*, 27: 3-79 (21).
- EDWARDS, I. E. S., 1970, «Absolute dating from Egyptian records and comparison with carbon-14 dating», *P.T.R.S.*, 269, 1193: 11-9 (9).
- EGHAREVBA, J., 1960, *A short history of Benin*, Ibadan, Ibadan Univ. Press (24).
- EHRET, Ch., 1963, «Sheep and central sudanic peoples», *J.A.H.*, IX, 2 (intr.).
- EL-KETTANI, M., 1961, «L'histoire et ses méthodes», Paris, *Encyclopédie de la Pléiade*, N.R.F. (Intr.).
- 1968, «Les manuscrits de l'occident africain dans les bibliothèques du Maroc», *H.T.*, 9, 1: 57-63 (Intr.).
- 1968, «Le sections d'archives et de manuscrits des bibliothèques marocaines», *H.T.*, 9, 3: 459-68 (Intr.).
- EL-TOUNSY, O., 1845, *Voyage au Darfour*, trad. Dr. Perron, Paris (6).
- EMERY, W. B., 1961, *Archaic Egypt*, Harmondsworth, Penguin Book (28).
- 1965, *Egypt in Nubia*, London, Hutchinson (28).

- EMILIANI, C., 1975, «Paleoclimatological Analysis of Late Quaternary Cores from the Northeastern Gulf of Mexico», *Science*, 189, 4208: 1083-7 (16).
- EMPHOUX, J. P., 1970, «La grotte de Bitorri au Congo-Brazzaville», *Cah. O.R.S.T.O.M.* II: 3-20 (21).
- ENCYCLOPEDIE DE L'ISLAM, 2.<sup>e</sup> ed., Leyde (Intr.) (5).
- ENGELMAYER, R., 1965, *Die Felsgravierungen in Distrikt Sayala Nubien*: Vienna, H. Böhlau Nachf, 90 págs. (23).
- ENNOUCHI, E., 1962, 1962, «Un néandertalien: l'homme du Djebel Irhoud», *Anthropologie*, 66 (22).
- ERMAN, A., y RANKE, H., 1952, *Aegypten und aegyptischen Leben im Altertum*, Tübingen. Traducción francesa: *La Civilisation égyptienne*, Paris, Payot (28).
- EVANS-PRITCHARD, E. E., 1939, «Nuer Time Reckoning», *Africa*, 12: 189-216 (17).
- EYO, E., 1969, «Excavation at Ile-Ife», *Afr. Arts*: 44-7 (24).
- 1972, «Rop Rock Shelter excavations 1964», *W.A.J.A.*, 2: 13-6 (24).
- 1972, «New treasures from Nigeria», *Expedition*, 14, 2: 1-11 (24).
- 1974, «Excavations at Odo-Ogbe Street and Lafogido, Ife, Nigeria», *W.A.J.A.*, 4 (24).
- EWING, G. W., 1954, *Instrumental methods of chemical analysis*, London, McGraw Hill Book Company Inc. (9).
- EYRE, S. R., 1968, *Vegetations and Soils*, London, Arnold (14).
- FAEGRI, K. e IVERSEN, J., 1950, *Introduction to pollen analysis*, Copenhagen (9).
- FAGAN, B. M., 1969, «Radiocarbon dates for sub-saharan Africa, VI», *J.A.H.*, 10: 149-69 (24).
- FAGAN, B. M. y NOTEN (F. VAN), 1971, «The Hunter-Gatherers of Gwisho», *A.M.R.A.C.*, 74, XXII + 228 págs. (21).
- FAGE, J. D., 1962, *An introduction to the history of West Africa*, 3.<sup>a</sup> ed., Cambridge (Intr.).
- 1966, *An atlas of African history*, London, Ewd. Arnold.
- 1970, *Africa discovers her past*, Oxford, Oxford Univ. Press (15).
- FAGE, J. D. y OLIVER, R. A., 1970, *Papers in African prehistory*, Cambridge Univ. Press (Concl.).
- FAGG, A., 1972, «Pottery from the Rock Shelter excavations of 1944 and 1964», *W.A.J.A.*, 2: 29-38 (24).
- 1972, «Excavation of an occupation site in the Nok Valley, Nigeria», *W.A.J.A.*, 2: 75-9 (24).
- FAGG, B. E. B., 1944, «Preliminary report on a microlithic industry at Rop Rock Shelter, Northern Nigeria», Cambridge, *Proceedings of the prehistoric society*, 10: 68-9 (24).
- 1945, «A preliminary note on a new series of pottery figures from Northern Nigeria», *Africa*, 15: 21-2 (24).
- 1956, «An outline of the Stone Age of the Plateau Minesfield», *Proc. III Internat. W.A.C.*, 203-22 (24).
- 1956, «The Nok culture», *W.A.R.*, 27: 1083-7 (24).
- 1959, «The Nok culture in prehistory», *J.H.S.N.*, 1, 4: 288-93 (24).
- 1962, «The Nok terracottas in West African art history», *Actes IV Congr. P.P.E.Q.*, III: 445-50 (24).
- 1968, «The Nok culture: excavations at Taruga», *W.A.A.N.*, 10: 27-30 (24).
- 1969, «Recent work in West Africa; new light on the Nok culture», *W.A.*, 1: 41-50 (24).
- 1972, «Rop Rock Shelter excavations 1944», *W.A.J.A.*, 2: 1-12 (24).
- FAGG, B. E. B. y FLEMING, S. J., 1970, «Thermoluminescent dating of a terracota of the Nok culture, Nigeria», *Archaeometry*, 12: 53-5 (24).
- FAGG, W., 1963, *Nigerian images*, London, Lund Humphries, 124 págs. (24).
- FAGG, W. y WILLETT, F., 1960, «Ancient Ife: an ethnographical summary», *ODU*, 8: 21-35 (24).
- FARAG, N. e ISKANDER, A., 1971, *The Discovery of Neferwptah*, El Cairo (9).
- FARINE, B., 1963, *Sites préhistoriques gabonais*, ministère de l'Information, Libreville (21).
- 1965, «Recherches préhistoriques au Gabon», *B.S.P.P.G.*, vol. I, 3, págs. 68-84 (21).
- 1967, «Quelques outils principaux des divers faciés préhistoriques des districts de Ndjole et de Booué», *B.S.P.P.G.*: 22-36 (21).
- FAULKNER, R. O., 1953, «Egyptian military organisation», *J.E.A.*, 39: 32-47 (28).
- FAURE, H., 1962, *Reconnaissance géologique des formations sédimentaires postpaléozoïques du Niger oriental*, thèse, Paris (23).
- 1967, «Evolution des grands lacs sahariens à l'Holocène», *Quaternaria*, 15: 167-75 (16).
- 1969, «Lacs quaternaires du Sahara», *Internationale Vereinigung für theoretische und Angewandte Limnologie*, 17: 131-48 (16).
- FAURE, H., y ELOUARD, P., 1967, «Schéma des variations du niveau de l'océan Atlantique sur la côte de l'ouest de l'Afrique depuis 40.000 ans», *C.R.A.S.*, 265: 784-7 (24).

- FEREMBACH, D., 1970, *Les Cro-Magnoïdes de l'Afrique du Nord. L'Homme de Cro-Magnon*, Paris, A.M.G. (22).
- FEREMBACH, D.; DASTUGUE, J. y POITRAT-TARGOWLA, M.-J., 1962, *La Nécropole épi-paléolithique de Taforalt (Maroc oriental)*, Casablanca (22).
- FERGUSON, J., 1969, «Classical contacts with West Africa», L. A. THOMPSON y J. FERGUSON (ed.), *Africa in classical antiquity*, Ibadan, Ibadan Univ. Press, IX + 221 págs. (24).
- FIELDS, P. R.; MILSTED, J.; HENRICKSEN, E. y RAMETTE, R. W., 1971, «Trace impurities copper ores and artefacts», *Science and archaeology*: 131-143 (4).
- FILESI, T., 1962, *La Relazione della Cina con l'Africa nel medioevo*, Milano (5).
- FILIPOWIARK, M., 1969, «L'expédition archéologique polono-guinéenne à Niani en 1968», *Africa*, II: 107-17 (24).
- 1969, «Discovering Niani», *Polish Rev.*, 4, 92: 14-6 (24).
- FINNEGAN, R., 1970, *Oral literature in Africa*, Oxford (8).
- FISHER, H. J., 1972, «He swalloweth the ground with fierceness and rage: the horse in the central Sudan», *J.A.H.*, 13-3: 367-88 (24).
- FLAMAND, G. B. M., 1902, «Les pierres écrites (Hadjrat Mektoubat), du nord de l'Afrique et spécialement de la région d'In Salah», *Anthropologie*, 12: 535-8 (23).
- 1921, *Les pierres écrites (Hadjrat Mektoubat). Gravures et inscriptions rupestres du Nord africain*, Paris, Masson (23).
- FLEMING, H. C., 1969, «The classification of west cushitic within Hamito-Semitic», D. F. MCCALL, N. R. BENNETT y J. BUTTER (dir.), *Eastern african history*, New York, Washington, London and Praeger (12).
- FLIGHT, C., 1970, «Kintampo, 1968», *W.A.A.N.*, 12: 71-3 (24).
- FLINT, R. F., 1947, *Glacial geology and the Pleistocene epoch*, London, New York, 589 págs. (16).
- 1959, «Pleistocene climates in Eastern and Southern Africa», *B.G.S.A.*, 70: 343-74 (16) (21).
- 1959, «On the basis of Pleistocene correlation in East Africa», *Geology magazine* V, 96: 265-84 (21) (24).
- 1971, «Glacial and Quaternary Geology», New York, Wiley, págs. XIV + 892 (16) (24).
- FLUTRE, L. F., 1957, *Pour une étude de la toponymie de l'A.O.F.*, Dakar, publication de l'Université (Intr.).
- FODOR, I., 1966, *The Problems in the classification of the african languages*, Budapest, Center for afro-Asian research of the Hungarian Acad. Sc. (4).
- FOERSTER, R., ed., 1893, *Scriptores physiognomici*, Leipzig, Teubner (11).
- FORBES, R. J., 1964, *Studies in ancien technology*, Leyde, Brill, 1 (28).
- FORD, J., 1971, *The historical role of tsé-tsé*, The Clarendon Press, Oxford (Intr.).
- FORDE, D., 1954, *African worlds*, London, O.U.P. (Intr.).
- 1956, *Efik trades of old Calabar*, London (6).
- FORTES, M. y EVANS-PRITCHARD, E. E., 1958, *African political systems*, London, O.U.P. (Intr.).
- FOSBROOKE, H. A., 1950, «Rock-paintings of north-central Tanzania», *T.N.R.*, 29 (19).
- FOUREAU, F., 1883, «Excursion dans le Sahara algérien», *l'Explorateur*, 16 (23).
- 1905, *Documents scientifiques de la mission saharienne*, mission Foureau-Lamy, d'Alger au Congo par le Tchad, Paris, Masson, 3 vols. (23).
- FOURNIER, F., 1963, «Les sols du continent africain», *Enquête sur les ressources naturelles du continent africain*, Paris, UNESCO, 227-255 (13).
- FREEMAN, Th., 1843, *Journal of various visits to the kingdom of Ashanti, Dahomey and Abeokuta*, London (6).
- FREEMAN-GRENVILLE, G. S. P., 1958, «Swahili literature and the history and archaeology of the East African Coast», *J.E.A.S.C.*, 28, 2 (Intr.) (5) (6).
- 1959, «Medieval evidences for Swahili», *J.E.A.S.C.*, 29, 1 (Intr.) (5) (6).
- 1960, «East African coin finds and their historical significance», *J.A.H.*, 1: 31-43 (Intr.) (5) (6).
- 1962, *The East African coast, select documents from the first to the early nineteenth century*, Oxford (6).
- FROBENIUS, L., 1913, *The voice of Africa*, London, B. Bleen (Intr.).
- 1937, *Ekade Ekrab. Die Felsbilder Fezzan*. Veröffentlichung des Forschungsinstitut für Kulturmorphologie, Leipzig, Harrasowits (23).
- 1949, *Mythologie de l'Atlantide*, Paris, Payot (Intr.).

- 1952, *Histoire de la civilisation africaine*, Paris, Gallimard (Intr.).
- FROBENIUS, L. y OBERMAIER, H., 1923, *Hadschra Mektuba*, München, K. Wolff (23).
- FROGER, J., 1965, «La machine électronique au service des sciences humaines», *Diogenes*, 52: 110-44 (4).
- FROUDE, J. A., 1888, *The English in the West Indies*, Oxford (1).
- FURON, R., 1943, *Manuel d'archéologie préhistorique*, Paris, Payot (Concl.).
- 1958, *Manuel de préhistoire générale*, Paris, Payot (Concl.).
- 1960, *Géologie de l'Afrique*, Paris, Payot, 351 págs. (13).
- FYNN, N. F., 1950, *The diary of... 1803-61*, Pietermaritzburg (6).
- GABEL, C., 1966, «Prehistoric populations of Africa», *B.U.P.A.*: 1-37 (15).
- GABEL, C. y BENNET, N. R., 1967, *Reconstructing african culture history*, Boston, Boston Univ. Press (15).
- GALTON, F., 1891, *Narrative of an explorer in tropical Africa*, London, 4.<sup>a</sup> ed. (6).
- GARDINER, A. H., 1947, *Ancient egyptian onomastica*, London, Oxford Univ. Press (28).
- 1957, *Egyptian Grammar*, 3.<sup>a</sup> ed., London, Oxford Univ. Press (28).
- GARDNER, J. V. y HAYS, J. D., 1975, «Eastern equatorial Atlantic: subsurface temperature and circulation responses to global climatic change during the past 200,000 years», *G.S.A.M.*, 145 (16).
- GARLAKE, P., 1974, «Excavations at Obalara's Land, Ife, Nigeria», *W.A.J.A.*, 4 (24).
- GASSE, F., 1975, *L'Evolution des lacs de l'Afar Central (Ethiopie et T.F.A.I.) du Plio-Pléistocène à l'Actuel*, tesis, Paris, Université de Paris VI, 3 vols. (16).
- GAUSSEN, M. y J., 1965, «Un atelier de burins à Lagreich-Néo. 1, Oued Tilemsi (Mali)», *Anthropologie*, 69 (23).
- GAUTIER, E. F., 1914, «Minette de St-Martin, note sur une collection préhistorique saharienne», *Revue africaine* (23).
- 1933, «Deux centres d'influence méditerranéenne qui rendent intelligible l'Afrique occidentale», *B.S.G.F.*: 71-2 (Intr.).
- 1946, *Le Sahara algérien*, Paris (23).
- 1950, *Le Sahara*, 3.<sup>a</sup> ed., Paris, Payot, 231 págs. (23).
- GAUTIER, E. F. y REYGASSE, M., 1923, «Découverte d'un outillage moustérien à outils pédonculés atériens dans le Tidikelt, oueld Asriouel, région d'Aoulef Chorf», *Actes 46<sup>e</sup> congr. A.F.A.S.* (23).
- 1934, «Les monuments de Tin Hinan», *A.A.S.C.* 7, 12 págs. (23).
- GENTNER, W. y LIPPOLT, H. J., 1963, «The potassium-argon dating of Upper Tertiary and Pleistocene deposits», *Science in Archaeology*, BROTHWELL, D. y HIGGS, E. (dir.), London, Thames and Hudson: 72-84 (9).
- GERMAIN, G., 1957, «Qu'est-ce que le périple d'Hannon?, en *Espéris*, Rabat (5).
- GEUS, F., 1976, *Rapport annuel d'activité 1975-76*, Khartoum, Service des Antiquités du Soudan (28).
- GIEGENGACK, R. F., 1968, *Late Pleistocene history of the Nile Valley in Egyptian Nubia*, Ph. D. Dissertation, Yale University (16).
- GILBERT, E. W., 1932, «What is historical geography?», *The Scottish geographical magazine*, 48, 3 (14).
- GLELE, M. Ahanhango, 1974, *Le Danxome, du pouvoir Aja à la nation Fon*, Paris, Nubia (10).
- GOBERT, E. G., 1951-52, «El-Mekta, station princes du capsien», *Karthago*, 2, 72 págs. (22).
- 1963, «Bibliographie critique de la préhistoire tunisienne», *Cah. de Tunisie*, 41-42: 37-77 (22).
- GODEE-MOLSBERGEN, E. C., 1916-1932, *Reüsen in Zuid Africa in the Hollandse Tijd*, La Haya, 4 vols. (6).
- GOODWIN, A. J. H. y RIET LOWE, C. VAN, 1929, «The Stone Age Cultures of South Africa», *A.S.A.M.*, 27 (20).
- GOODY, J., ed., 1968, *Literacy in traditional societies*, Cambridge (7).
- GOROG-KARADY, V., 1966-1972, «Littérature orale africaine: bibliographie analytique (périodiques)», *C.E.A.*, 21, VIII: 243-501; 36, IX: 631-66; 40, X: 583-631; 45, XII: 174-92 (7).
- GOUROU, P., 1970, *L'Afrique*, Paris, Hachette, 488 págs. (13).
- GRANDIDIER, A. y G., 1903-1920, *Collections des ouvrages concernant Madagascar*, Paris, Comité de Madagascar, 9 vols. (12).
- GRAY, R., 1965, «Eclipse maps», *J.A.H.*, VI-3, págs. 251-262 (7).
- 1968, «Annular eclipse maps», *J.A.H.*, IX, I, págs. 147-157 (7).
- GRAY, R. y CHAMBERS, D. S., 1965, *Materials for West African history in italian archives*, London (6) (24).
- GRAZIOSI, P., 1924, *Carte rupestre della Libia*, Napoli, Ediz. della mostra d'oltremare (23).

- GREENBERG, J. H., 1948, «The classification of African languages», *A.A.* (10).  
 — 1954, «Etude sur la classification des langues africaines», *B.I.F.A.N.*, B, XVI (Intr.) (1) (10).  
 — 1957, *Essays in linguistics*, Chicago (10).  
 — 1957, «Nilotic hamitic and hamito-semitic», *Africa*, 27 (10) (12).  
 — 1963, *Langues et Histoire en Afrique*, Présence africaine, núm. 45, págs. 35-45 (10) (15).  
 — 1963, «The language of Africa», *I.J.A.L.*, 29, 1 (1) (10) (12) (24).  
 — 1963, «History and present status of the Kwa problem», *Actes II coll. Intern. L.N.A.*  
 — 1966, *The languages of Africa*, Indiana Univ. (Intr.).  
 — 1966, *The languages of Africa*, The Hague, Mouton, 2.ª ed., 180 págs. (12).  
 — 1971, *Language culture and communication*, Stanford Univ. Press. (10).  
 — 1972, «Linguistic evidence regarding Bantu origins», *J.A.H.*, 13, 2: 189-216 (12).
- GREGERSEN, E. A., 1967, «Linguistic seriation as a dating device for loanwords with special reference to West Africa», *A.L.R.* (10).  
 — 1977, *Languages in Africa: An introductory survey*, New York-Paris-London, Gordon and Breach (12).
- GRIAULE, M., 1947, «Mythe de l'organisation du monde chez les Dogon du Soudan», *Psyché*, 6: 443-53 (8).  
 — 1949, «L'image du monde au Soudan», *J.S.A.*, 19: 81-7 (8).  
 — 1952, «Etendue de l'instruction traditionnelle au Soudan», *Zaire*, 6: 563-8 (8).
- GRIAULE, M. y DIETERLEN, G., 1951, «Signes graphiques soudanais», *L'homme*, 86 págs. (10).  
 — 1965, *Le Renard pâle*, «I: le mythe cosmogonique», Paris, 544 págs. (8).
- GRIFFITH, F. L., 1927, «The Abydos Decree of Seti I at Mauri», *J.E.A.*, 13: 193-208 (28).
- GROVE, A. T. y PULLAN, R. A., 1964, «Some aspects of the palaeogeography of the Chad Basin», F. Clark-Howell y Bourlière (ed.), *African ecology and human evolution*, London, 230-45 (16) (24).
- GROVE, A. T.; STREET, F. A. y GOUDIE, A. S., 1975, «Former lake levels and climatic change in the rift valley of southern Ethiopia», *G.J.*, 141, 2: 177-202 (16).
- GROVE y WARREN, A., 1968, «Quaternary landforms and climate on the South Side of the Sahara», *G. J.*, 134: 194-208 (24).
- GRUET, M., 1954, «Le gisement moustérien d'El-Guettar», *Karthago*, 5, 79 págs (22) (23).
- GSELL, S., 1920-28, *Histoire ancienne de l'Afrique du Nord*, Paris, 8 vols. (5).
- GUEBHARD, P., 1907, «Trois abris sous roche fouillés dans le Fouta-Djallon», *B.G.H.D.*, 3: 408-20 (24).
- GUERNIER, F., 1952, *L'Apport de l'Afrique à la pensée humaine*, Paris, Payot (Intr.).
- GUILLOT, R. y DESCAMPS, C., 1969, «Nouvelles découvertes préhistoriques à Tiémassas (Sénégal)», *B.I.F.A.N.*, B, 31: 602-37 (24).
- GUITAT, R., 1972, «Présentation de pièces pédonculées d'El Azrag (Mauritanie)», *N.A.*, 135: 29-33 (23).
- GUMA, S. M., 1967, *The form, content and technique of traditional literature in Southern Sotho*, Pretoria (7).
- GUTHRIE, M., 1948, *The classification of the Bantu languages*, London-New York, Oxford Univ. Press, 91 págs. (12).  
 — 1962, «Some developments in the prehistory of the Bantu languages», *J.A.H.*, 3, 2: 273-82 (12).  
 — 1967, *Comparative Bantu*, London, Faber and Faber (10).  
 — 1969, *Linguistics and history*, London, d'Alby (10).
- HABERLAND, E., 1973, *L. Frobenius*, Wiesbaden, Franz Steiner Verlag (26).
- HABLE SELASSIE, S., 1967, *Source material for ancient and medieval history of Ethiopia*, communication au Congrès international des Africanistes, Dakar (5).
- HADJIGEORGIOU, C. y POMMERET, Y., 1965, «Présence du lupembien dans la région de l'estuaire», *B.S.P.P.G.*, 1, 3: 111-31 (21).
- HAIR, P. E. H., 1965, «The enslavement of Koelle's informants», *J.A.H.*, 6 (6).
- HALKIN, L. E., 1963, *Initiation à la critique historique*, Paris, A. Colin (Intr.) (15).
- HALL, E. T., 1965, «Recent research at the Research Laboratory for archaeology and the history of art», *Proc. Sem. A.S.E.W.A.*, Boston (9).  
 — 1970, «Analytical techniques used in archaeometry», *P.T.R.S.*, 269, 1195 (9).
- HALPEN, J. W.; HARRIS, J. E. y BARNES, C., 1971, «Studying skulls in Egypt», *Research News, Ann Arbor*, The University of Michigan, vol. XXII, núm. 1 (9).
- HAMILTON, E. I., 1965, *Applied Geochronology*, London, Academic Press, págs. 47-79 (9) (16).

- HAMY, E. T., 1900, «La grotte de Kakimbon à Rotoma près de Konakry», *C.R. 12 Congr. Intern. A.A.P.* (24).
- HANOTAUX, G. y MARTINEAU, A., dir., 1931, *Histoire des colonies françaises*, Paris, 8 vols. (1).
- HARLAN, J. R., 1975, *Crops and man*, American society of agronomy, Madison, Wisconsin (27).
- HARLAN, J. R.; WET, J. M. DE y STEMLER, A. B. L., dir., 1976, *Origins of African plant domestication*, Paris-La Haya, Mouton (27).
- HARLEY, G. V., 1950, Informe sobre «Masks as agents of social control in Northeast Liberia», Peabody Museum, Harvard Univ., vol. XXXII (15).
- HARRIES, L., 1962, *Swahili poetry*, Oxford (6).
- 1964, «The Arabs and Swahili culture», *Africa*, XXXIV: 224-9 (Intr.) (5) (6).
- HARRIS, D., 1969, «Agricultural systems, ecosystems and the origin of agriculture», P. J. UCKO y G. W. DIMBLEBY (ed.), *The domestication and exploitation of plants and animals*, London, Duckworth (27).
- HARRIS, J. R., 1961, *Lexicographical studies in ancient Egyptian minerals*, Berlin (28).
- HARTLE, D. D., 1966, «Archaeology in Eastern Nigeria», *W.A.A.N.*, 5: 13-7 (24).
- 1968, «Radiocarbon Dates», *W.A.A.N.*, 9: 73 (24).
- 1970, «Preliminary Report of the University of Ibadan's Hainji Rescue Archaeology Project», 1968, *W.A.A.N.*, 12: 7-19 (24).
- HARTMANN, F., 1923, *L'Agriculture dans l'ancienne Egypte*, Paris (28).
- HASSAN, F. A. y WENDORF, F., 1974, «A sibilian assemblage from El-Elh», *Chronique d'Egypte*, 49: 211-22 (25).
- HAU, E., 1959, «Evidence of the use of pre-portuguese written characters by the Bini», *B.I.F.A.N.*, XXI (10).
- HAY, R. L., 1967, *Geology of the Olduvai Gorge*, Los Angeles-Berkeley-London, 203 págs. (17).
- HAYES, W. C., 1964, *Most Ancient Egypt*, Chicago-London, K. C. Seele (28).
- HAYS, J. D.; SAITO, T.; OPDYKE, N. D. y BURCKLE, L. H., 1969, «Pliocene-Pleistocene sediments of the Equatorial pacific: their paleo-magnetic, biostratigraphic and climatic record», *G.S.A.B.*, 80: 1481-1513 (16).
- HEINTZE, B., 1976, «Oral traditions. Primary sources only for the collector», *History in Africa: A journal of method*, 3.
- HEINZELIN DE BRAUCOURT, J. DE, 1957, *Les fouilles d'Ishango*, Bruxelles (21).
- 1963, «Paleoecological conditions of the Lake Albert - Lake Edward Rift», *Viking Fund Publ. Anthropol.*, 36 (16).
- HEINZELIN DE BRAUCOURT, J. DE; BROWN, F. E. y HOWELL, F. C., 1971, «Plio-Pleistocene formations in the lower Omo basin (Southern Ethiopia)», *Quaternaria* (16).
- HENIGE, D. P., 1971, «Oral Tradition and Chronology», *J.A.H.*, XII, 3 (7).
- 1974, *The chronology of oral tradition. Quest for 2 Chimera*, Oxford, Studies in African affairs (7).
- HERBERT, E. W., 1973, «Aspects of the use of copper in pre-colonial West Africa», *J.A.H.*, 14, 2: 179-94 (24).
- HERÓDOTO, ed., 1964, *Historias*, trad. George Hawlinson, London, Dent, vol. 1, págs. XXI + 366 (24).
- HERVIEU, J., 1969, «Les industries à galets aménagés du haut bassin de la Benoué (Cameroun)», *B.A.S.E.Q.U.A.*, 22: 24-34 (21).
- HERZOG, R., 1938, *Punt*, Glückstadt (11).
- HESTER, J. J., 1968, en «Comments», *C.A.*, 9 (5) (27).
- HEUSCH, L. DE, 1972, *Le Roi ivre ou l'Origine de l'Etat*, Paris (7).
- HIBEN, F. C., 1967, «Lukuliro», *Archaeology*, XX: 247-53 (19).
- HIERNAUX, J., 1970, «La diversité biologique des groupes ethniques», *Histoire générale de l'Afrique noire*, Paris, P.U.F. (Intr.) (11).
- 1974, *Rapport sur le concept de race*, Paris, UNESCO (11).
- HILL, P., 1963, *Migrant Cocoa-farmers in southern Ghana*, Cambridge, Cambridge Univ. Press, XVI + 265 págs. (3).
- HINTZE, F., 1951, «Revue de l'essai comparatif sur le vocabulaire et la phonétique du chamito-sémitique de M. COHEN», *Z. Phon.*, 5, 65, 87 (10).
- 1955, «Die sprachliche Stellung des Meroitischen», *Deutsche Akademie der Wissenschaften Veröff.*, 26: 355-72 (12).
- HINTZE, F. y U., 1967, *Alte Kulturen im Sudan*, Munich, G. D. W. Callway, 148 págs. (28).
- HIRTH, F., 1909-10, «Chinese notices of East African territories», *J.A.O.S.*, 30 (5).

- HISKETT, M., 1957, «Material relating to the state of learning among the Fulani before their jihad», *B.S.A.O.S.*, 9 (6).
- HJALMAR, L., 1962, «Die Merimdekeramik im Mittelmeermuseum», *Orientalia Suecana*, XI (28).
- HOCKETT, Ch. F. y ASCHER, R., 1964, «The Human Revolution», *C.A.*, 5, 3 (4).
- HODGE, C. T., 1968, «Afro-asiatic 67», en *Language sciences, Indiana* (10).
- HODGKIN, Th., 1956, *Nationalism in colonial Africa*, London (3).
- HODGKIN, Th., 1966, «The Islamic literary tradition in Ghana», I. M. LEWIS (dir.), *Islam in Tropical Africa*, Oxford (6).
- HOFFMANN, I., 1967, *Die Kulturen des Nilstal von Aswan bis Sennar*, Hamburg (28).
- HOHENBERGER, J., 1956, «Comparative Masai word list», *Africa*, 26: 281-7 (12) (26).
- HOLAS, B., 1950, «Notes préliminaires sur les fouilles de la grotte de Blandé», *B.I.F.A.N.*, 12: 999-1006 (24).
- 1952, «Note complémentaire sur l'abri sous roche de Blandé (Guinée)», *B.I.F.A.N.*, 14: 1341-52 (24).
- HOLAS, B. y MAUNY, R., 1953, «Nouvelles fouilles à l'abri sous roche de Blandé (Guinée)», *B.I.F.A.N.*, 15: 1605-17 (24).
- HOMBURGER, L., 1930, «Les dialectes copte et mandé», *B.S.L.*, 3, 1 (Intr.).
- 1930, «Le bantou et le mandé», *B.S.L.*, 135, 43 (Intr.).
- 1936, «Le verbe en peul et en massai», *Anthropologie*, 46 (Intr.).
- 1941, *Les Langues négro-africaines et les peuples qui les parlent*, Paris, Payot, 350 págs. (Intr.) (12).
- 1948-50, «Eléments dravidiens en peul», *J.S.A.*, 18, 2 (Intr.).
- 1958, «La linguistique et l'histoire de l'Afrique», *B.I.F.A.N.*, XX, 3, 4: 554-61 (10).
- L'HONORE-NABER, S. L., 1931, *Reisebeschreibungen von deutschen Beamten und Kriegsleuten im Dienst der Niederländischen West und Ost Indischen Kompanien 1602-1797*, La Haye, 13 vols. (6).
- HOORE, J. D., 1964, *Carte des sols d'Afrique au 1:5.000.000 et mémoire explicatif*, Lagos, CCTA (13).
- HORTON, J. A. B., 1868, *West African countries and peoples... and a vindication of African race*, London (6).
- HOUDAS, O., 1964, reedición de *Documents arabes relatifs à l'histoire du Soudan*, Paris, Leroux (Intr.).
- HOUIS, M., 1955, «Problèmes linguistiques de l'Ouest africain», *Guide bleu de l'Afrique occidentale française*, Paris, Hachette (11).
- 1958, «Quelques données de toponymie ouest-africaine», *B.I.F.A.N.*
- 1961, «Mouvements historiques et communautés linguistiques dans l'Ouest africain», *L'homme*, I, 3: 72-92 (11).
- 1971, *Anthropologie linguistique de l'Afrique noire*, Paris, P.U.F. (Intr.) (10) (11).
- HOWELL, F. C., 1965 (The editors of Life), *Early man*, New York, Time Inc., 200 págs. (19).
- 1969, «Remains of Hominid from Pliocene-Pleistocene Formations in the lower Omo Basin, Ethiopia», *Nature*, 223, 20: 1234-9 (17).
- 1969, «Remains of Hominid from Pliocene-Pleistocene Formations in the lower Omo Basin, Ethiopia», *Nature*, 223, 20: 1234-9 (17).
- 1969, «Hominid teeth from White Sands and Brown Sands localities, lower Omo Basin, Ethiopia», *Quaternaria*, XI: 47-64 (17).
- HOWELL, F. C.; COPPENS, Y. y HEINZELIN, J. DE, 1974, «Inventory of Remains of Hominidae from Pliocene-Pleistocene Formations of the lower Omo Basin, Ethiopia (1967-1972)», *A.J.P.A.*, 40, 1: 1-16 (17).
- HOWELLS, W. W., 1972, «20 millones de años para hacer a un hombre: Los orígenes del hombre», *El Correo de la Unesco*, agosto-septiembre: 4-13 (Concl.).
- HRBEK, I., 1965, Actes du XII<sup>e</sup> Congrès international des Sciences historiques, t. V, Vienne, Horn Austria: Berger (5).
- 1966, *Dejiny Afriky*, Prague, 2 vols. (Intr.).
- HUARD, P., 1960, «Contribution à l'étude anthropologique des Teda du Tibesti», *B.I.F.A.N.*, B, XXII, 1-2: 179-201 (28).
- 1963, «Gravures rupestres de l'Ennedi et des Erdis», *B.I.R.S.C.*, 2: 3-39 (26).
- 1964, «Un établissement islamique tchadien ouogayin», *B.I.F.A.N.*, B, XXII, 1-2 (28).
- 1966, «Introduction et diffusion du fer au Tchad», *J.A.H.*, 7, 3: 377-407 (24).
- 1969, «Aires ou origines de quelques traits culturels des populations préislamiques du Bas Chari, Logone», *Actes 1<sup>er</sup> coll. Intern. Archéol. Afr.*: 179-224 (Intr.).



- HUARD, P. y BECK, P., 1969, *Tibesti, carrefour de la préhistoire saharienne*, Paris (26).
- HUARD, P. y LECLANT, J., 1973, «Figurations de chasseurs anciens du Nil et du Sahara», *R.E.*, 25 (26).
- HUBERT, R., 1922, «Objets anciens de l'Afrique occidentale», *B.C.E.H.S.*, 5: 382-99 (24).
- HUE, E., 1912, «L'Age de la pierre au Fouta Djalon», *B.S.P.F.*, 2 (24).
- HUGOT, H. J., 1955, «Du Capsien au Tidikelt», *Actes II<sup>e</sup> Congr. P.P.E.Q.*: 601-3 (23).
- 1955, «Un gisement de pebble-tools à Aoulef», *Trav. I.R.S.*, 13: 131-49 (23).
- 1957, «Essai sur les armatures de pointes de flèches du Sahara», *Libyca*, 5: 89-236 (24).
- 1962, *Documents scientifiques des missions Berliet-Ténéré-Tchad, 1959-60*, Paris, A.M.G. (23).
- 1963, «Recherches préhistoriques dans l'Ahaggar nord-occidental, 1950-1957», *Mém. C.R.A.P.E.* (23) (24).
- 1964, «Etat des recherches préhistoriques dans l'Afrique de l'Ouest, 1964-1965», *W.A.A.N.*, 1: 4-7 (24).
- 1966, «Limites méridionales dans l'Atérien», *Actas V Congr. P.P.E.C.* (22) (24).
- 1966, «Présence d'un faciès archaïque du Paléolithique inférieur à Dakar», *B.I.F.A.N.*, A, 28: 415-6 (24).
- 1967, «Le Paléolithique terminal dans l'Afrique de l'ouest», *Background to Evolution in Africa*, editada por BISHOP, W. W. y CLARK, J. D., The University of Chicago Press, págs. 52-6 (cap. 23).
- 1970, *L'Afrique préhistorique*, Paris, Hatier, 128 págs. (21) (23).
- 1974, *Le Sahara avant le désert*, Paris, Les Hespérides (25) (26).
- HUGOT, H. J. y otros, 1973, *Tichitt I*, informe científico (fotocop.) (23).
- HUGOT, H. J. y BRUGGMANN, M., 1976, *Les gens du matin, Sahara, dix mille ans d'art et d'histoire*, Paris-Lausanne (23).
- HUNTINGFORD, G. W. B., 1956, «The "Nilo-Hamitic" languages», *S.W.J.A.*, 12: 200-22 (12).
- HUNWICK, J. O., 1962, «Arabic manuscript bearing on the history of the Western Sudan», *Supplement, B.N.H.S.N.*, VII, 2: 1-9 (Intr.) (5) (6).
- 1973, «The mid-fourteenth century capital of Mali», *J. A. H.*, 14, 2 (Intr.) (24).
- HUZAYYIN, S. A., 1936, «Glacial and pluvial episodes of the diluvium of the old world», *Man*, 36: 19-22 (23).
- 1941, *The place of Egypt in prehistory*, El Cairo (25).
- IAKIMOV, V. P., 1972, «Dos grandes teorías sobre la aparición de las razas», *El Correo de la Unesco*, agosto-septiembre (Concl.).
- ILIFFE, J., 1969, *Tanganyika under German rule 1905-1912*, Cambridge, Camb. Univ. Press, XIII, 235 págs. (3).
- IINSKEEP, R. R., 1969, «Some problems in relation to the Early Stone Age in South Africa», *S.A.A.B.*, XXIV, 3-4: 174-81 (20).
- ISAAC, G. L., 1966, «The geological history of the Olorgesailie area...», *Proc. 5<sup>th</sup> P.C.P.Q.S.*, 2: 125-44 (19).
- 1971, «The diet of early man: Aspects of archaeological evidence from Lower and Middle Pleistocene sites in Africa», *W.A.*, 2: 278-98 (20).
- (en prensa) «East Rudolf...», *Proc. 7<sup>th</sup> P.C.P.Q.S.*, 1977 (19).
- ISAAC, G. L.; LEAKEY, R. E. F. y BEHRENSMEYER, A. K., 1971, «Archaeological traces of early hominid activities, east of Lake Rudolf, Kenya», *Science*, 173: 1129-34 (17).
- ISAAC, G. L. y McCOWN, E. R., 1976, *Human origins: Louis Leakey and the East African evidence*, Los Angeles-Berkeley (19).
- ISAAC, N., 1836, *Travels and adventures in Eastern Africa*, London, 2 vols. (6).
- ISKANDER, Z., 1960, «The scientific study and conservation of the objects and materials found in the discovery of the wooden Boat at Giza», *The Cheops Boats*, 1.<sup>a</sup> parte, El Cairo, Antiquities Department of Egypt (9).
- 1961, «Chemical identification of the samples found at the Monastery of Phoebanmon», C. Bachatly (ed.), *Le monastère de Phoebanmon dans la Thébáide*, El Cairo, Société d'archéologie copte (9).
- ISKANDER, Z. y SHAHEEN, A. E., 1964, «Temporary stuffing materials used in the process of mummification in Ancient Egypt», *A.S.A.E.*, LVIII (9).
- ISNARD, H., 1964, *Géographie de l'Afrique tropicale*, Paris, P.U.F. (13).
- 1966, *Le Maghreb*, Paris, P.U.F., 272 págs. (13).
- JABVU, D. T., 1920, *The black problem: papers and addresses on various native, problems*, Lovedale (6).

- JACQUARD, A., 1974, «Distances généalogiques et distances génétiques», *C.A.E.H.*: 11 (10).
- JANMART, J., 1953, «The Kalahari sands of the Lunda (N-E. Angola), their earlier redistribution and the Sangoen culture», *C.D.A.P.C.*, 20 (21).
- JASON, H., 1959, «A multidimensional approach to oral literature», *C. A.*, X, 5: 413-26 (7).
- JEFFREYS, M. D. W., 1963, «How ancient is West African maize?», *Africa*, 33: 115-31 (24).
- JOHANSON, D. C. y COPPENS, Y., 1976, «A preliminary anatomical diagnosis of the first Plio-Pleistocene hominid discoveries in the Central Afar, Ethiopia», *A.J.P.A.*, 45, 2: 217-34 (17).
- JOHANSON, D. C. y TAIEB, M., 1976, «Pliocene hominid remains from Hadar, Central Afar, Ethiopia», *Actes IX Congr. U.I.S.P.P.*, 120-37 (17).
- 1976, «Plio-Pleistocene hominid discoveries in Hadar, Ethiopia», *Nature*, 260, 5549: 293-7 (17).
- JOHNSON, S., 1921, *The history of the Yoruba from the earliest times to the beginnings of the British protectorate*, Lagos C.M.S. (Nigeria) Bookshops, IX, 684 págs. (3) (10).
- JOHNSTON, H. H., 1919-22, *A comparative study of the Bantu and semi-bantu languages*, Oxford, Clarendon Press, 2 vols. (12).
- JOIRE, J., 1947, «Amas de coquillages du littoral sénégalais dans la banlieue de Saint-Louis», *B.I.F.A.N.*, 9: 170-340 (24).
- JONES, D. H., 1949, *The prehistory of Southern Rhodesia*, Cambridge, Cambridge Univ. Press (Concl.).
- 1958, «Report on the second conference of London on History and Archaeology in Africa», *Africa*, 28, 1 (Concl.).
- 1970, «Problems of African Chronology», *J.A.H.*, XI, 2: 161-76 (7).
- JOUBERT, G. y VAUFREY, R., 1941-46, «Le Néolithique du Ténéré», *L'Anthropologie*, 50, 3-4: 325-30 (23).
- JULIEN, Ch.-A., 1931, *Histoire de l'Afrique du Nord*, Paris, Payot, 2 vols. (Intr.) (5).
- 1944, *Histoire de l'Afrique*, Paris, P.U.F. (Intr.).
- 1952, *EAfrique du Nord en marche*, Paris, R. Julliard, 439 págs. (3).
- 1978, *Histoire de l'Afrique du Nord*, Paris, Payot, 372 págs., 2 vols.
- JUNKER, H., 1929-40, «Vorläufiger Bericht über die Grabung der Akademie des Wissenschaften in Wien auf des neolithischen Siedlung von Merimde, Benisalame (Westdelta)», *Anzeiger des philo-hist. Klasse des Akademie des Wissenschaften in Wien*, XCI-XVIII: 156-248; V-XII: 21-28; I-IV: 82-6; XVI-XVIII: 53-97; X: 118-32; I-IV: 3-25 (25) (28).
- KABORE, V., 1962, «Le caractère féodal du système politique mossi», *C.E.A.*: 609-23 (Concl.).
- KAGAME, A., 1970, *Introduction aux grands genres lyriques de l'ancien Rwanda*, Butare (7).
- 1972, *Un abrégé de l'ethno-histoire du Rwanda*, Butare (7).
- KAISER, W., 1977, «Zur inneren Chronologie des Nagadakultur», *A.G.*, 6 (28).
- KALK, P., 1972, «Pour una localisation du Royaume de Gaoga», *J.A.H.*, XIII, 4 (Intr.).
- KAMARA, Ch.-M., 1970, «La vie d'El-Hadji Omar», *B.I.F.A.N.*, B, 32: 370-411 (3).
- KARDINER, A. y PREBLE E., 1964, *Introduction à l'ethnologie*, Paris, Gallimard.
- KEES, H., 1961, *Ancient Egypt, a cultural topography*, London, Faber and Faber (28).
- KELLER, C. M., 1970, «Montagu Cave: a preliminary report», *Quaternaria* XIII: 187-204 (20).
- KENNEDY, R. A., 1960, «Necked and lugged axes in Nigeria», *Antiquity*, 34: 54-8 (24).
- KENSDALE, W. E. N., *A catalogue of the arabic manuscripts preserved in the university library*, Ibadan (Nigeria) (Intr.) (5) (6).
- KENT, P. E., 1942, «Pleistocene climates in Kenya and Abissinia», *Nature*, 149: 736-7 (21).
- KENT, R. K., 1970, *Early Kingdoms in Madagascar, 1500-1700*, New York, Holt Rinehart and Winston, XVI + 336 págs. (3).
- KESTELOOT, L., 1978, *Da Monzon de Ségou. Epopée Bambara*, Paris, F. Nathan, 2 vols. (Concl.).
- KHALIL, F., 1963, «La faune du continent africain: taxonomie, écologie et zoogéographie», *Enquête sur les ressources naturelles du continent africain*, Paris, UNESCO, págs. 285-325 (13).
- KILHAM, H., 1828, *Specimens of African languages spoken in the colony of Sierra Leone*, London, XI + 69 págs. (12).
- KIWANUKA, M. S. H., 1967, «Some reflections on the role of oral Tradition in the Writing of the pre-colonial history of Africa», *Acta Africana*, VI, 1: 63-74 (4).
- KI-ZERBO, J., 1964, *Le Monde africain noir*, Paris, Hatier (Intr.).
- 1957, Histoire et conscience nègre, *Présence africaine*, núm. 16, págs. 53-69 (II) (Intr.).
- 1969, «La tradition orale en tant que source pour l'histoire africaine», *Diogenes*, 67: 127-42 (Intr.).
- 1978, *Histoire de l'Afrique Noire*, 2.<sup>a</sup> ed., Paris, Hatier (Intr.) (10) (26).

- KLEIN, R. G., 1970, «Problems in the study of the Middle Stone Age of South Africa», *S.A.A.B.*, XXV: 127-35 (20).
- 1972, «Preliminary report of the July through September, 1970, Excavations at Nelson Bay Cave, Plettenberg Bay (Cape province, South Africa)», *Palaeoecology of Africa*, 6: 117-208 (20).
- 1972, «The late Quaternary mammalian fauna of Nelson Bay Cave (Cape province South Africa): its implication for Negafaunal extinctions and enviromental and cultural changes», *Quaternary research*, 2, 2: 135-42 (20).
- KOECHLIN, J., 1963, «La flore du continent africain: région du sud du Sahara», *Enquête sur les ressources naturelles du continent africain*, Paris, UNESCO, 271-284 (13).
- KOELLE, S. W., 1963, *Polyglotta Africana, or a comparative vocabulary of nearly 300 words and phrases in more than 100 distinct African languages*, 2.<sup>a</sup> ed., Graz (6) (10) (12).
- KOELLE, S. W. y GUTHRIE, M., 1970, *African language studies*, XI (12).
- KOHLER, O., 1955, *Geschichte der Erforschung des nilotischen Sprachen*, Berlin (10).
- KOHLER, O.; KOLTHOFF, I. M.; SANDELL, E. B.; MEEHAN, E. J. y BRÜCKENSTEIN, S., 1969, *Quantitative chemical analysis*, 4.<sup>a</sup> ed., New York, Mac Millan, XII + 1200 págs. (9).
- KOLB, P., 1719, *Vollständige Beschreibung des afrikanischen Vorgebirges der Guten Hoffnung*, Nürnberg (6).
- KOUYATE, N., 1969-1970, *Recherches sur la tradition orale au Mali (Pays Manding)*, informe de su investigación, inédito, Alger, Université d'Alger (8).
- KRZYŻANIAK, L., 1972, «Preliminary report on the first season of excavations at Kadero, Sudan», *Trav. C.A.M.A.P.* (abril) (25).
- 1977, «Early Farming Cultures on the Lower Nile», *Trav. C.A.M.A.P.*, 21 (28).
- KUBBEL, L. E. y MATVEIEV, V. V., 1960 y 1965. *Fuentes árabes de etnografía e historia de los pueblos de Africa al sur del Sáhara (del siglo VII al XII)*, Moscú, 2 vols. (Intr.) (3) (5).
- KUKLA, G. J. y MATTHEWS, R. K., 1972, «When will the present interglacial end?», *Science*, 178: 190-191 (16).
- KUPTSOV, A., 1955, «Geographical distribution of cultivated flora and its historical development», *B.A.U.G.S.*, 87 (27).
- LAJOUX, J. D., 1977, *Tassili N'Ajjer*, Paris, Cñne (26).
- LALL, B. B., 1967, *Indian archaeological expedition to Nubia*; 1962, El Cairo, Antiq. Egypt. Serv. (25).
- LAMB, H. H., 1974, «Remarks on the current climatic trend and its perspective», *W.M.O.*, 421: 473-7 (16).
- LAMBERT, N., 1970, «Medinet Sbat et la Protohistoire de Mauritanie occidentale», *A.A.*, 4: 15-62 (24).
- 1971, «Les industries sur cuivre dans l'Ouest africain», *W.A.J.A.*, 1: 9-21 (24).
- LANFRANCHI, R., 1976, *Rapport des missions d'études et de recherches préhistoriques pour l'année scolaire 1975-76*, Brazzaville, Laboratoire d'anthropologie de l'Université de Brazzaville, 28 págs. (21).
- LAROUÏ, Abd., 1970, *L'Histoire du Maghreb*, Paris, Maspero (5).
- LASSORT, A., «L'écriture guerzée», *C.R.*, 1<sup>er</sup> Conf. afr. Ouest, Dakar, I.F.A.N. (Intr.).
- LAUDE, J., 1966, *Les Arts de l'Afrique noire*, Paris, Le Livre de poche (Intr.).
- LAUER, J. P. y DEBONO, F., 1950, «Technique du façonnage des croissants de silex utilisés dans l'enceinte de Zozér à Saqqarah», *A.S.A.E.*, vol. L, págs. 2 y sigts. (25).
- LAW, R. C. C., 1967, «Contacts between the Mediterranean civilizations and West Africa in pre-islamic times», *L.N.R.*, 1, 1: 52-62 (24).
- 1971, «The constitutional troubles of Oyo», *J.A.H.*, XII, 1 (Intr.).
- LAWSON, A. C., 1927, *The Valley of the Nile*, Univ. Calif. Chron., 29, 235-259 (16).
- LAYA, D., 1972, *La tradition orale: problématique et méthodologie des sources de l'histoire africaine*, Centre régional de documentation pour la tradition orale, Niamey (7) (15).
- LEAKEY, L. S. B., 1936, *Stone Age Africa*, Oxford, última edición 1970.
- 1949, «Tentative study of the Pleistocene climatic changes and Stone-Age culture sequence in North-Eastern Angola», *C.D.A.P.C.*, 4, 82 págs. (21).
- 1950, «The lower limits of the Pleistocene in Africa», *Report on the XVIII<sup>th</sup> international geology Congress* (London, 1948), 9: 62-5 (24).
- 1952, *Proceedings of the Panafrican Congress on Prehistory*, Oxford, Blackwell, VIII + 239 págs. (24).

- 1965, *Olduvai Gorge — 1951-1961 — Fauna and Background*, Cambridge, Cambridge Univ. Press, 118 págs. (17).
- 1971, *Stone Age Cultures of Kenya Colony*, Cass, London (19).
- LEAKEY, L. S. B.; LEAKEY, M. D. y otros, 1965-71, *Olduvai Gorge*, Cambridge, Cambridge Univ. Press, vol. I-III (18) (19) (20).
- LEAKEY, M. D., 1970, «Early artefacts from the Koobi Fora area», *Nature*, 226: 228-30 (17) (24).
- 1971, *Olduvai Gorge, excavations in beds I and II — 1960-1963*, Cambridge, Cambridge Univ. Press, 306 págs. (17).
- LEAKEY, M. D.; HAY, R. L.; CURTIS, G. H.; DRAKE, R. E.; JACKES, M. K. y WHITE, T. D., 1976, «Fossil Hominids from the Laetolil beds», *Nature*, 262: 460-6 (17).
- LEAKEY, R. E. F., 1970, «New hominid remains and early artefacts from northern Kenya», *Nature*, 226: 223-4 (17).
- 1971, «Further evidence of lower Pleistocene hominids from East Rudolf, North Kenya», *Nature*, 231: 241-5 (17).
- 1972, «Further evidence of lower Pleistocene hominids from East Rudolf, North Kenya, 1971», *Nature*, 237: 264-9 (17).
- 1973, «Evidence for an advanced Plio-Pleistocene hominid from East Rudolf, Kenya», *Nature*, 242: 447-50 (17) (24).
- 1973, «Further evidence of lower Pleistocene hominids from East Rudolf, North Kenya, 1972», *Nature*, 242: 170-3 (17) (18).
- 1973, «Skull 1470», *Natural Geographic*, 143: 818-29 (17) (18).
- 1974, «Further evidence of Lower Pleistocene hominids from East Rudolf, North Kenya, 1973», *Nature*, 248: 653-6 (17) (18).
- LEAKEY, R. E. F.; BUTZER, K. W. y DAY, M. H., 1969, «Early Homo Sapiens remains from the Omo River Region of South-West Ethiopia», *Nature*, 222, 5199: 1137-43 (17).
- LEAKEY, R. E. F. e ISAAC, G. L., 1972, «Hominid fossils from the area east of Lake Rudolf, Kenya: photographs and a commentary on context», S. L. WASCHBURG y P. DOLHINOW (ed.), *Perspectives on human evolution*, San Francisco, Holt Rinehart and Winston, 129-40 (17) (18).
- LEAKEY, R. E. F.; MÜNGAL, J. M. y WALKER, A. C., 1971, «New australopithecines from East Rudolf, Kenya», *A.J.P.A.*, 35: 175-86 (17).
- 1972, «New australopithecines from East Rudolf, Kenya, II», *A.J.P.A.*, 36: 235-51 (17).
- LEAKEY, R. E. F. y WALKER, A. C., 1973, «New australopithecines from East Rudolf, Kenya, III», *A.J.P.A.*, 39: 205-22 (17).
- LEAKEY, R. E. F. y WOOD, B. A., 1973, «New evidence for the genus Homo from East Rudolf, Kenya, II», *A.J.P.A.*, 39: 355-68 (17).
- 1974, «A hominid mandible from East Rudolf, Kenya», *A.J.P.A.*, 41: 245-50 (17).
- 1974, «New evidence for the genus Homo from East Rudolf, Kenya, IV», *A.J.P.A.*, 41: 237-44 (17).
- LEBEUF, J. P., 1956, «La civilisation du Tchad», *Proc III Internat. W.A.C.*: 293-6 (24).
- 1962, *Archéologie tchadienne: Les Sao du Cameroun et du Tchad*, Paris, Hermann (24).
- 1962, «Caractères particuliers de la recherche historique en Afrique», *Revue de psychologie des peuples* (15).
- 1969, «Essai de chronologie sao», *Actes I<sup>er</sup> coll. intern. Archéol. afr.*: 234-41 (24).
- 1969, *Carte archéologique des abords du lac Tchad*, Paris, C.N.R.S., pág. 171 + mapas (24).
- LECLANT, J., 1956, «Le Fer dans l'Égypte ancienne, le Soudan et l'Afrique», *Actes Coll. Intern. Fer*: 83-91 (28).
- LEE, D. N. y WOODHOUSE, H. C., 1970, *Art on the rocks of Southern Africa*, Cape Town-London (26).
- LEE, R. B., 1966, «The kung bushman subsistence: an input/output analysis», D. DAMAŠ, ed., «Ecological essays», *Proc. Conf. Cult. Ecol.*, 230 (27).
- LEE, R. B. y DEVORE, I., ed., 1968, *Man the Hunter*, Chicago, Aldine (19).
- LEFEBVRE, G., 1949, *Romans et contes égyptiens de l'époque pharaonique*, Paris (28).
- LEFEBVRE, H., 1974, *La Production de l'espace*, Paris, Anthropos (15).
- LE GROS-CLARK, W. E., 1972, *The fossil evidence for human evolution*, 2.<sup>a</sup> ed., Chicago, University of Chicago Press, 201 págs. (18).
- LEIRIS, M. y DELANGE, J., 1967, *Afrique noire, la création plastique*, Paris, Gallimard (Intr.).
- LENZ, O., 1884, *Timbuktu*, Leipzig, 2 vol. (23).
- LEPSIUS, C. R., 1863, *Standard alphabet for reducing written unwritten languages and foreign graphic*

- systems to uniform orthography in European letters*, London, Williams and Norgate XVIII + 315 págs. (12).
- 1880, *Nubische Grammatik*, Berlin, 506 págs. (10) (12).
- LEROI-GOURHAN, A., 1943, *Evolution et techniques*, vol. I: «L'homme et la matière», Paris, Albin-Michel (Concl.).
- 1945, *Evolution et techniques*, vol. II: «Milieu et techniques», Paris, Albin-Michel (Concl.).
- 1969, *Sur le «mode de production asiatique»*, Paris, Editions sociales (Concl.).
- 1974, «Analyses polliniques, préhistoire et variations climatiques quaternaires», en «Les méthodes quantitatives d'étude des variations du climat au-cours du Pléistocène», *Colloques internationaux du C.N.R.S.*, 219: 61-6.
- LEROY, P., 1953, «La préhistoire à Brazzaville et dans le Moyen Congo», *Liaison*, 31: 39-43 (21).
- LES LAU, W., 1949, «Revue d'essai comparatif sur le vocabulaire et la phonétique du chamito-sémitique», *L.G.*, 25 (10).
- 1963, *Etymological dictionary of Harari*, Los Angeles, Berkeley, Univ. California Press (11).
- LE TOURNEAU, R., 1954, «Les archives musulmanes en Afrique du Nord», *Archivum*, 4.
- LEVAILLANT, G., 1790, *Travels from the Cape of Good Hope into the interior parts of Africa*, London (6).
- LÉVI-PROVENCAL, E., 1922, *Les Historiens des Chorfa, essai sur la littérature historique et biographique du Maroc du XVI<sup>e</sup> au XX<sup>e</sup> siècle*, Paris (6).
- LEVTZION, N., 1968, «Ibn-Hawqal, the Cheque and Awdaghost», *J.A.H.*, 9, 2: 223-33 (24).
- 1971, «The early states of the Western Sudan to 1500», J.F.A. AJAYI y M. CROWDER (ed.), *History of West Africa*, London, Longman, I: 120-37 (24).
- LEWICKI, T., 1961, «Los historiadores biógrafos y tradicionalistas de los ibaditas», *Folia orientalia*, 3, Cracovia (6).
- 1971, «The Ibadites in Arabia and Africa», *C.H.M.*, XII, 1: 51-130 (5).
- LEWIN, S. Z., 1968, «The conservation of limestone objects and structures», *Study of Weathring of Stones*, ICOMOS, vol. I, págs. 41-50, Paris (9).
- LHOTE, H., 1958, *A la découverte des fresques du Tassili*, Paris, Arthaud (23).
- 1966, «La route des chars de guerre libyens, Tripoli-Gao», *Archeologia*, 9, 28-35 (24).
- 1970, «Les gravures rupestres du Sud oranais», *M.C.R.A.P.E.*, XVI, 208 págs. (22).
- 1976, *Vers d'autres Tassili*, Paris, Arthaud (26).
- LHOTE, H. y KELLEY, H., 1936, «Gisement acheuléen de l'Erg d'Admer (Tassili des Ajjers)», *J.S.A.*, 6: 217-26 (23).
- LIBBY, W. F., 1955, *Radiocarbon dating*, 2.<sup>a</sup> ed., Chicago, Chicago Univ. Press (28).
- 1970, «Radiocarbon dating», *P.T.R.S.*, London, vol. A., 269, núm. 1193, pág. 1-10 (9).
- LIBRA, 1963, «I Cinesi e l'Africa orientale», *Africa*, 18 (5).
- LICHTENSTEIN, H., 1811-12, *Reisen in südlichen Afrika in den Jahren 1803, 1804, 1805, und 1806*, Berlin, C. Sulfeld, 2 vols. (6) (12).
- LINARES DE SAPIR, O., 1971, «Shell Middens of lower Casamance and problems of Diola Protohistory», *W.A.J.A.*, 1: 23-54 (24).
- LININGTON, R. E., 1970, «Techniques used in archaeological field surveys», *P.T.R.S.*, London, vol. A., 269, núm. 1193 (9).
- LIVINGSTONE, D., 1857, *Missionary travels and researches in South Africa*, London (6).
- 1967, «Postglacial vegetation of the Ruwenzori mountain in Equatorial Africa», *Ecol. Monogr.* (16).
- LIVINGSTONE, F. B., 1958, «Anthropological implications of sickle cell gene distribution in West Africa», *A.A.*, 60, 3: 533-62 (24).
- LO, A., 1934, «Bindoum Cholofol ti arab toubab», Saint-Louis (10).
- LOMBARD, J., 1935, «Quelques remarques sur le Quaternaire de l'Afrique tropicale-équatoriale», *J.S.A.*, V: 175-80 (21).
- LOVEJOY, P. E., 1979, *Indigenous African Slavery*, Slave studies conference, Univ. of Waterloo, Ontario.
- LUCAS, A., 1962, *Ancient Egyptian materials and industries*, 4.<sup>a</sup> ed., revisada y ampliada por J. R. HARRIS, London, E. Arnold (9) (28).
- LUCAS, C. P. Sir, 1887-1923, *Historical geography of the British colonies*, 15 vols. (1).
- LUCAS, J. O., 1938, «Der hamitische Gehalt der Tschadchamistischen Sprachen», *Z.E.S.*, 28: 286-99 (12).
- 1948, *The Religion of the Yoruba in relation to the religion of Ancient Egypt*, Lagos, C.M.S. Bookshop, XII + 420 (24).

- LUCAS, S. A., 1967, *L'Etat traditionnel luba*, deuxième partie, «Mythe et structure politique luba — Problèmes sociaux congolais», 79, págs. 93-116, Kinshasa (7).
- LUDOLF, H., 1681, *Historia Aethiopica*, Francfurt (6).
- LUKAS, J., 1936, «The linguistic situation in the lake Chad area of Central Africa», *Africa*, 9: 332-49 (10).
- LYNCH, H. R., 1967, *Edward Wilmot Blyden, pan-negro patriot, 1832-1912*, London (6).
- MACAULAY, Th. B., 1971, «Minute on Indian Education of February 2, 1835», Ph. D. CURTIN (ed.), *Imperialism*, New York, Walker, 13 págs. (3).
- MAC BURNEY, C. D. M., 1967, *The Haula Fteah (Cyrenaica) and the stone age of south east Mediterranean*, Cambridge, Cambridge Univ. Press (24).
- MAC BURNEY, C. D. M. y HEY, R. W., 1955, *Prehistory and Pleistocene geology in Cyrenaican Libya*, Cambridge, Cambridge Univ. Press (23).
- MAC CALL, D. F., 1969, *Africa in time's perspective*, New York, Oxford Univ. Press (Intr.) (15).
- MAC GAFFEY, W., 1974, «Oral Tradition in Central Africa», *I.J.A.H.S.*, VII: 417-26 (8).
- MACGREGOR, J. K., 1909, «Some notes on Nsibidi», *J.R.A.I.*, vol. 39, págs. 215, 217, 219 (10).
- MACIVER, D. R. y MACE, A. C., 1902, *El-Amrah and Abydos, 1899-1901*, London (28):
- MAC NEISH, R. S., 1964, «Ancient mesoamerican civilisation», *Science*, 143 (27).
- MAES, E., 1924, «Notes sur les pierres taillées de Tundidarou», *B.C.E.H.S.*, 31-8.
- MAHABAVA, J., 1922, *The color bar in South Africa*, Lovedale (6).
- MAITRE, J.-P., 1971, «Contribution à la préhistoire de l'Ahaggar, I, Tefedest central», *M.C.R.A.P.E.*, XVII, 225 págs. (23).
- MALCOM, X., 1967, *On Afro American history*, New York, Merit. Publishers (Intr.).
- MALEY, J., 1973, «Mécanisme des changements climatiques aux basses latitudes», *P.P.P.*, 14: 193-227 (16).
- MALOWIST, M., 1969, *Europa y Africa a principios de la exposición colonial*, Varsovia (Intr.).
- MANESSY, G., 1971, «Les langues Gurma», *B.I.F.A.N.* (10).
- MANSO, P., 1877, *Historia da Congo*, Documentos, Lisboa (6).
- MANTRAN, R., 1964, *Inventaire des documents turcs en Tunisie*, Paris (6).
- MAQUET, J.-J., 1961, «Une hypothèse pour l'étude des féodalités africaines», *C.E.A.*, 6, 11: 292-314 (15). — 1971, *Pouvoir et société en Afrique*, Paris, Hachette (Concl.).
- MARET, P. DE, De próxima aparición. «Premières datations pour des haches polies associées à la céramique au Bas-Zaïre», *Actes IX<sup>e</sup> Congr. U.I.S.P.P.* De próxima aparición, «Bribes, débris et bricolage», *Coll. C.N.R.S., l'Expansion bantu, Actes, 1977* (21).
- MARET, P. DE; NOTEN, F. VAN y CAHEN, D., 1977, «Radiocarbon dates from Central Africa: a synthesis», *J.A.H.*, XXVIII, 4 (21).
- MARIN, Ph., 1972, «Classification formelle automatique et industries lithiques. Interprétation des hachereaux de la Kamo», *A.M.R.A.C.*, 76 (21).
- MARIN, Ph. y MOEYERSONS, J., 1977, «Subsurface movements of stone artefacts and their implications for the prehistory of Central Africa», *Nature*, 266, 5605: 812-5 (21).
- MARIN, Ph. y MORTELMANS, G., 1973, «Un site tshitolién sur le plateau des Bateke (République du Zaïre)», *A.M.R.A.C.*, 81, 46 págs. (21).
- MARLIAC, A., 1973, «Prospection archéologique au Cameroun», *C.O.R.S.T.O.M.*, X: 47-114 (21).
- MARROU, 1954, *De la connaissance historique*, Paris, Seuil (intr.) (5) (6).
- MARTIN, B. G., 1969, «Mai Idris of Bornu and the Ottoman Turks, 1576-78», S. M. STERN (ed.), *Documents from islamic chanceries II*, Oxford (Intr.) (5) (6).
- MARTIN, D. y YANNOPOULOS, T., 1973, *Guide de recherches. L'Afrique noire*, Paris, A. Colin, 195 págs. (15).
- MARTIN DEL MOLINO, A., 1963, «Secuencia cultural en el Neolítico de Fernando Poo», *Trabajos de prehistoria, Seminario de historia primitiva del hombre de la Universidad de Madrid*, vol. XVII (21) (24).
- MARTINS, R., 1976, «A estação arqueológica da antiga Banza Quibaxe», *Contribuições para o estudo da antropologia portuguesa*, Coimbra, IX, 4: 242-306 (21).
- MARTY, P., 1927, *Les Chroniques de Oualata et de Nema*, Paris, Geuthner (6).
- MARX, K., ed. 1978, *Contribución a la crítica de la economía política*, Madrid, J. Corazón (Concl.).
- MARX, K. y ENGELS, F., ed. 1952, *Formen*, Berlín, Dietz Verlag (Concl.). — ed. 1970, *La ideología alemana*, Madrid, Grijalbo (Concl.).

- MASATOSHI, N. y ROY COUDHURY, A. R., 1974, «Genetic variations within and between the three major races of man», *A. J. H. G.*, 26, 421 (cap. II).
- MASON, R. J., 1962, *The Prehistory of the Transvaal*, Witwatersrand University Press, Johannesburg (20).
- MASSAQUOI, M., 1911, «The Vai people and their syllabic writing», *J.A.S.*: 10-40 (Intr.).
- MASSOULARD, E., 1949, «Préhistoire et Protohistoire d'Égypte», *T.M.I.E.*, III (28).
- MATHEUS, A. DE, 1952, «Nota preliminar acerca da Estação Prehistórica de Nhampasseré», *C.R.-C.I.A.O.*, IV: 375-86.
- MAUNY, R., 1947, «Une route préhistorique à travers le Sahara», *B.I.F.A.N.*, 9: 341-57 (24).
- 1951, «Un âge de cuivre au Sahara Occidental?», *B.I.F.A.N.*, 13, 1: 168-80 (24).
- 1952, «Essai sur l'histoire des métaux en Afrique occidentale», *B.I.F.A.N.*, 14: 545-95 (24).
- 1952, *Glossaire des expressions et termes locaux employés dans l'Ouest africain*, Dakar, I.F.A.N. (10).
- 1955, «Contribution à l'étude du Paléolithique de Mauritanie», *Actes II Congr. P.P.E.Q.*: 461-79 (24).
- 1955, «Les gisements néolithiques de Karkarichinkat», *Actes II Congr. P.P.E.Q.*: 616-9 (24).
- 1957, «Buttes artificielles de coquillages de Joal-Fadioute», *N.A.*, 7, 75: 73-8 (24).
- 1960, «Reviews of Cheikh Anta Diop's "Nations nègres et culture" and "l'Afrique Noire précoloniale"», *B.I.F.A.N.*, B, 22: 544-5 (24).
- 1961, *Tableau géographique de l'Ouest africain au Moyen Age, d'après les sources écrites, la tradition orale et l'archéologie*, Dakar, I.F.A.N., 587 págs. (5) (24) (25) (26).
- 1963, «Contribution à la préhistoire et la protohistoire de la région de Kédougou (Sénégal oriental)», *B.S.A.*, 5, 11: 113-22 (24).
- 1968, «Commentaires sur "West Africa before the Europeans" par Olivier Davies», *B.I.F.A.N.*, B, 30: 1283-4 (24).
- 1970, «Le périple d'Hannon, un faux célèbre concernant les navigations antiques», *Archéologia*, 37: 78-80 (24).
- 1971, *Les Siècles obscurs de l'Afrique noire*, Paris, Fayard (5) (24).
- 1973, «Datation au carbone 14 d'amas de coquillages des lagunes de Basse Côte-d'Ivoire», *W.A.J.A.*, 3: 207-14 (24).
- MAUNY, R. y HALLEMANS, J., 1957, Préhistoire et Protohistoire de la région d'Akjoujt (Mauritanie)», *Proc. III P.C.P.Q.S.*, 248-61 (24).
- MAZRUI, A. A., 1969, European exploration and Africa's self discovery, *J.M.A.S.*, 7, 4 (6).
- MAZRUI, S. A., 1944, *Tarikh al-Mazari*, Arabic MS in photostat in the possession of G.S.P. Freeman-Grenville (Intr.) (5) (6).
- MBITI, J., 1967, «Afrikaanse begrippen van tijd, geschiedenis en de dood», *Africa*, 21, 3: 78-85 (7).
- MEEK, Ch., 1931, *Tribal studies in Northern Nigeria*, London, 2 vols. (10).
- MEILLASSOUX, C., 1972, «L'itinéraire d'Ibn Battuta de Walata à Mali», *J.A.H.*, 13, 3: 389-95 (24).
- ed. 1975, *L'Esclavage en Afrique précoloniale*, Paris, Maspero, 17 estudios (Concl.).
- 1975, *Femmes, greniers et capitaux*, Paris, Maspero.
- 1977, *Terrains et théories*, Paris, Anthropos.
- MEINHOF, C., 1904, *Linguistische Studien in Ost Africa*, M.S.O.S. (10).
- 1906, *Gründzüge einer vergleichenden Grammatik der Bantu-sprachen*, Berlin (10).
- 1912, *Die Sprachen der Hamiten*, Hamburg, XV + 256 págs. (10) (12) (19).
- 1919-20, «Afrikanische Wörter in Orientalischer Litteratur», *Z.E.S.*, 10: 147-52 (12).
- 1932, *An Introduction to the phonology of the Bantu languages*, Berlin (Intr.) (10).
- MEKNASI, A., 1953, *Sources et bibliographies d'histoire marocaine du XVI<sup>e</sup> siècle à la première moitié du XX<sup>e</sup> siècle*, Rabat (6).
- MENGHIN, O. y AMER, M., 1932 y 1936, *The excavations of the egyptian university in the neolithic site at Maadi, first and second preliminary reports*, El Cairo (25).
- MERCIER, P., 1966, *Histoire de l'anthropologie*, Paris, P.U.F. (Intr.).
- MERIVALE, H., 1861, *Lectures on colonization and colonies*, London (1).
- METCALFE, G. E., 1964, «Great Britain and Ghana», *Documents on Ghana history, 1807-1957*, University of Ghana, London, Th. Nelson and Sons (6).
- MICHAEL, H. N. y RALPH, E. K., 1970, «Correction factors applied to Egyptian radiocarbon dates from the era before Christ», *Nobell Symposium 12*: 109-20 (9).
- MIGEOD, F. W., 1911, *The Languages of West Africa*, London (10).
- MILLER, J., 1976, *Kings and Kinsmen: Early Mbundu States in Angola*, Oxford (8).

- MILLER, S., 1972, «A new look at the Tshitolián», *Africa-Tervuren*, XVIII, 3-4: 86-9 (21).
- MINETTE DE SAINT-MARTIN, 1914, «Note sur une collection préhistorique saharienne», *Revue africaine* (23).
- MIQUEL, A., 1973-75, *La Géographie humaine du monde musulman jusqu'au milieu du XI<sup>e</sup> siècle*, Paris-La Haye, 2 vols. (5).
- MISCHLISH, A. y LIPPERT, J., 1903, *Beiträge zur Geschichte der Haussastaaten*, Berlin (Intr.) (5) (6).
- MOEYERSONS, J., 1975, «Evolution paléogéographique du site de la Kamon», *A.M.R.A.C.*, 84: 18-46 (21).
- 1977, «The behaviour of stones and stone implements buried in consolidating and creeping Kalahari Sands», *Earth Surface Processes*, Leeds.
- MOFFAT, R., 1842, *Missionary labours and scenes in Southern Africa*, London (6).
- 1945, *Matabele journals, 1829-1860*, ed. J. P. R. Wallis, London (6).
- MOHAMMADOU, A. y E., 1971, «Un nouveau manuscrit arabe sur l'histoire du Mandara», *Revue camerounaise d'histoire*, 1 (Intr.).
- MOKHTAR, H., 1965-66, *Catalogue provisoire des manuscrits mauritaniens en langue arabe préservés en Mauritanie*, Nouakchott-Stockholm (Intr.) (5) (6).
- MOLEMA, S. M., 1920, *The Bantu, past and present*, Edimbourg (6).
- MONIOT, H., 1962, *Pour une histoire de l'Afrique noire*, *Annales*, 1 (15).
- 1965, «Les sources orales dans le problème des sources de l'histoire de l'Afrique noire jusqu'à la colonisation européenne», *Rap. 12<sup>e</sup> C.I.S.H.*, II: 198-208 (15).
- MONOD, Th., 1932, «L'Adrar Ahnet. Contribution à l'étude d'un district saharien», *T.M.I.E.*, 19, 200 págs. (23).
- 1932, *Contribution à l'étude archéologique d'un district saharien*, Paris, Larose (Concl.).
- 1945, «La structure du sahara atlantique», *Trav. I.R.S.*, 3: 27-55 (23).
- 1957, «Découverte de nouveaux instruments en os dans l'Ouest africain», *Proc. III P.C.P.Q.S.*: 242-7 (24).
- 1958, *Majabat al-Koubra. Contribution à l'étude de «l'empty quarter» ouest saharien*, Mem. I.F.A.N., 52; 406 págs. (23) (Concl.).
- 1963, «The Late Tertiary and Pleistocene in the Saharan and adjacent southerly regions», F. C. HOWELL y F. BOURLIÈRE (ed.), *African ecology and human evolution*, New York, Viking Fund Publications in Anthropology, 36 (16) (23).
- 1969, «Le "Maceden Ijälén"»: une épave caravanière ancienne dans la Majabat al-Koubra», *Actes I<sup>er</sup> Coll. Intern. Archéol. Afr.*: 286-320 (24).
- MONOD, Th. y MAUNY, R., 1957, «Découverte de nouveaux instruments en os dans l'Ouest africain», *Proc. III P.C.P.Q.S.* (24).
- MONTEIL, V., 1965, «Les manuscrits historiques arabo-africains», *B.I.F.A.N.*, B. XXXVII (Intr.) (6).
- MONTFRANS, H. M. VAN, 1971, *Palaeomagnetic dating in the North Sea Basin*, Rotterdam, Prince N. V. (16).
- MOODIE, D., 1960, *The record or a series of official papers relative to the conditions and treatment of the native tribes of South Africa*, Amsterdam, Bulkema (6).
- MOORSEL, H. VAN, 1959, *Esquisse préhistorique de Léopoldville*, Léopoldville, musée de la Vie indigène (Concl.).
- 1968, *Atlas de préhistoire de la plaine de Kinshasa*, Kinshasa, Pub. Univ. Lovanium, 288 págs. (21).
- MORE, B., 1969, «Contribution du Liberia à la science de la communication par écrit», *Symposium du Festival Panafricain d'Alger* (Intr.).
- MOREAU, R. E., 1963, «Vicissitudes of the African Biomas in the late Pleistocene», *Proceedings of the zoological Society of London*, 141: 395-421.
- MOREL, J., 1953, «Le capsien du Kahnguet el Mouhaád», *Libyca*, I: 103-19 (22).
- MORENO, M., 1940, *Manuale di Sidamo*, Roma (10).
- MORET, A., 1950, *Histoire de l'Orient*, Paris, P.U.F., 2.<sup>e</sup> ed. (Concl.).
- MORGAN, E., 1973, *La Fin du surmâle*, Paris, Calman-Lévy (Concl.).
- MORGAN, W. B. y PUGH, J. C., 1969, *West Africa*, London, 188 págs. (14).
- MORI, F., 1965, *Tadrart Acacus. Arte rupestre e culture del Sahara preistorico*, Torino, Einaudi, 260 págs. (23) (24).
- MORITZ, B., 1892, *Sammlung arabischer Schriftstücke aus Zanzibar und Oman mit einem Glossar*, Stuttgart-Berlin (Intr.) (5) (6).



- MORNER, N. A., 1973, «Climatic changes during the last 35.000 years as indicated by land, sea, and air data», *Boreas*, 2: 33-53 (16).
- 1975, «Eustatic amplitude variations and world glacial changes», *Geology*, 3: 109-110 (16).
- MORRISON, R. B. y WRIGHT, H. E. J., ed. 1968, «Means of correlation of Quaternary successions», *Proc. VII Congr. I.N.Q.U.A.*, 8 (16).
- MORTELMANS, G., 1952, «Les dessins rupestres gravés, ponctués et peints du Katanga. Essai de synthèse», *A.M.R.C.B.*: 33-55 (21).
- 1952, *Contribution à l'étude des cultures pré-abeuilliennes à galets taillés du Katanga: le site Mulundwa*, 1, Bruxelles, Publications de la Soc. Roy. Belge d'anthrop. et de préhist. (21).
- 1952, «Les industries à galets taillés (Pebble Culture) du Katanga», *Actes I Congr. P.P.E.Q.*: 295-8 (21).
- 1953, «La Pebble Culture africaine, source des civilisations de la pierre», *B.S.R.B.A.P.*, LXV (21).
- 1953, «Vue d'ensemble sur le quaternaire du bassin du Congo», *Actes III Congr. U.I.S.P.P.*: 114-26 (21).
- 1957, «Le Cénozoïque du Congo belge», *Proc. III P.C.P.Q.S.*: 23-50 (21).
- 1957, «Le préhistoire du Congo belge», Bruxelles, Revue de l'Université de Bruxelles, 54 págs. (21).
- 1957, «The Early Pebble Culture of Katanga», *Proc. III P.C.P.Q.S.*: 214-6 (21).
- 1959, «Préhistoire et protohistoire du Bas-Congo belge, une esquisse», *Volume de Homenagem ao Prof. Doutor Mendes Corrêa*, Portô, Soc. Port. Antrop. Etno: 329-44 (21).
- 1962, «Vue d'ensemble sur la Préhistoire du Congo occidental», *Actes IV Congr. P.P.E.Q.*: 129-64 (21).
- MORTELMANS, G. y MONTEYNE, R., 1962, «Le Quaternaire du Congo occidental et sa chronologie», *Actes III Congr. P.P.E.Q.*: 97-132 (21).
- MOSCATI, S., 1964, *An introduction to the comparative grammar of the semitic languages*, Wiesbaden (10).
- MUKAROVSKY, H. G., 1966, «ÜBER die Stellung der Mandesprachen», *Anthropos*, 61: 679-88 (12).
- MULLER, D. K., 1923, *Geschichte der ersten Hottentotenmission 1737-1744*, Herrnhut (6).
- MULLER, F., 1863, *Die Musiksprache in Zentral Africa*, Wien (10).
- 1867, *Reise der österreichischen Fregate «Novara» um die Erde in den Jahren 1857, 1858, 1859, Linguistischer Teil*, Wien, Staatsdruckerei (12).
- 1876-1884, *Grundrisse der Sprachwissenschaft*, Wien, A. Holder, 4 vols. (12).
- MUNSON, P., 1968, «Recent archaeological research in the Dhar Tichitt region of South-Central Mauretania», *W.A.A.N.*, 10: 6-13 (23) (24).
- 1970, «Corrections and additional comments concerning the "Tichitt Tradition"», *W.A.A.N.*, 12: 47-8 (24).
- MURDOCK, G. P., 1959, *Africa. Its peoples and their culture history*, New York, McGraw-Hill Book Company, XIII + 456 págs. (Intr.) (3) (10) (12).
- MURRAY, G. W., 1920, «The Nilotic languages, a comparative essay», *J.R.A.I.* (10).
- al-MURSHIDI, Hamid bin Al-Hasan b. Hamid Bá Fajin, 1937, *A History of the Walis of Lamu*, Arabic text with draft translation (Intr.) (5) (6).
- MUSÉE D'ETHNOGRAPHIE ET DE PRÉHISTOIRE DU BARDO, 1956, Album núm. 1, Collections préhistoriques, Paris, A. M. G. (23).
- MUZUR, A. y NOSEK, E., 1974, «Metal examination of iron objects from Niani», *A.A.T.A.*, 11, 1 (9).
- MYINT, H., 1964, *The economics of the developing countries*, London, Hutchinson, 192 págs. (3).
- NATIONAL ACADEMY OF SCIENCES, Washington, D. C., 1975, *Understanding climatic change. A program for action*, United States Committee for the global atmospheric research program, 239 págs. (16).
- NEI MASATOSHI y ROY COUDHURY, A. R., 1974, «Genetic variation within and between the major raes of man», *A.J.H.G.*, 26 (10) (11).
- NENQUIN, J., 1957-58, «Opgravingen te Sanga» (Fouilles à Sanga), *Gentse Bijdragen tot de Kunstgeschiedenis en de Oudheidkunde*, XVIII: 289-311 (21).
- 1967, «Contribution to the Study of the Prehistoric Cultures of Rwanda and Burundi», *A.M.R.A.C.*, 59 (19) (21).
- *Inventaria archeologica africana*, Tervuren (Concl.).
- NEWBURY, C. W., 1965, *British policy towards west Africa. Select documents, 1786-1894*, Oxford (6).
- NEWMAN, P. y MA, R., 1964, «Comparative chadic: phonology and lexicon», *J.A.L.*, 5, 3: 218-51 (10) (12).

- NIANE, D. T., 1960, «Recherches sur l'Empire du Mali», *Etudes africaines*, Conakry (7).  
 — 1960, *Soundjata ou l'Épopée mandingue*, Paris, Prés. afr. (3) (7).  
 — 1970, «Notes sur les fouilles de Niani, ancienne capitale du Mali», *W.A.A.N.*, 12: 43-6 (24).
- NIELSEN, O. J., 1970, «Human Remains», *Scandinavian joint expedition to Sudanese Nubia*, Copenhagen-Oslo-Stockholm (28).
- NILSSON, E., 1931, «Quaternary glaciations and pluvial lakes, in british East Africa», *G. A.*, 13: 249-349 (16).  
 — 1940, «Ancient changes of climate in british East Africa and Abissinia: a study of ancient lakes and glaciers», *G. A.*, XXII, 1-2: 1-79 (16) (21).  
 — 1949, «The pluvials of East Africa: an attempt to correlate pleistocene changes of climate», *G. A.*, XXXI, 1-4: 204-11 (21).  
 — 1952, «Pleistocene climatic changes in East Africa», *Proc. II P.C.P.Q.S.*: 45-55 (24).
- NKETIA, H. J., 1975, *History and organisation of music in West Africa*, Legon, Institute of African Studies of Ghana (Intr.).
- NORDSTRÖM, H. A., 1972, «Neolithic and A-Group Sites», *Scandinavian joint Expedition to Sudanese Nubia*, Copenhagen-Oslo-Stockholm, Scandinavian Univ. Books (25) (28).
- NORRIS, E., 1841, *Outlines of a vocabulary of few of the principal languages of Western and Central Africa*, London, J. W. Parker, VII + 213 págs. (12).
- NORRIS, Th., 1968, *Shingiti folk literature and songs*, Oxford (6).
- NOTEN, F. VAN, 1968, «Note sur l'âge de la pierre récent dans la région des lacs Mokoto (Kivu, Congo)», *B.S.R.B.A.P.*, 79: 91-101 (21).  
 — 1968, «The Uelien. A Culture with a Neolithic Aspects, Uele-Basin (N.E. Congo Republic)», *A.M.R.A.C.*, 64, XIV + 154 págs. (21).  
 — 1969, «A ground axe from Burundi», *Azania*, IV: 166 (21).  
 — 1971, «Excavation at Munyama Cave», *Antiquity*, XLV, 177: 56-8 (21).  
 — 1973, «Mystificatic en Archeologie in Noord-Zaire» (Mystification et Archéologie au Nord-Zaire), *Africa-Tervuren*, XIX, 4: 97-102 (21).  
 — 1977, «Excavations at Matupi Cave», *Antiquity*, LI, 201: 35-40 (21).  
 — 1978, «The Early Iron Age in the Interlacustrine Region», *J.A.H.*, XIX, 1 (21).
- NOTEN, F. y E. VAN, 1974, «Het Ijzersmelten bij de Madi» (La fundición del hierro entre los Madi), *Africa-Tervuren*, XX, 3-4: 57-66 (21).
- NOTEN, F. VAN; CAHEN, D.; MARET, J. DE; MOEYERSONS, J. y ROCHE, E. En preparación, *The Archaeology of Central Africa*, Graz, Akademische Druck - u. Verlagsanstalt (21).
- NOTE, F. VAN y HIERNAUX, J., 1967, «The Late Stone Age Industry of Mukinanira, Rwanda», *S.A.A.B.*, 22, IV: 151-4 (21).
- OAKLEY, K. P., 1961, «Man the Tool-maker», British Museum, *Natural History*, 5.<sup>a</sup> ed. (19).
- OBENGA, Th., 1970, «Méthodologie en histoire africaine: sources locales», *Africa*, XXV (Intr.).  
 — 1973, *L'Afrique dans l'Antiquité*, Paris, Prés. africaine (10).
- O'BRIEN, T. P., 1939, *The prehistory of Uganda Protectorate*, Cambridge, Cambridge Univ. Press, 319 págs. (21).
- OLABIYAL, J., 1968, *Remarques sur l'état actuel des recherches linguistiques au Dahomey*, Paris, Prés. afr. (10).
- OLDEROGGE, D., 1966, «Escrituras desconocidas del Africa negra», *El Correo de la Unesco* (10).
- OLDEROGGE, D. y POTEKINE, I., 1954, *Los pueblos de Africa*, Moscú (Intr.).
- OLIVER, R., 1966, «The problem of the Bantu expansion», *J.A.H.*, 7, 3 (12).  
 — 1973, «African studies in London, 1963-1973», *Proc. III Intern. W.A.C.* (sin publicar) (3).
- OLSSON, I. U., 1973, «The radiocarbon dating of Ivory Coast shell mounds», *W.A.J.A.*, 3: 215-20 (24).
- ONDE, H., 1963, «La géographie régionale et le monde africain», *Genève-Afrique*, II, 2: 149-62 (4).
- ORGAN, R. M., 1968, *Design for scientific conservation of antiquities*, London, Butterworths, XI + 497 págs. (9).
- ORHONLU, C., 1972, «Turkish archival sources about Ethiopia», *Proc. 4<sup>th</sup> I.C.E.S.* (Intr.) (5) (6).
- ORLOVA, A. S., 1967, *Historia de Africa en el siglo XIX y principios del XX*, Moscú, Instituto de Africa de la URSS (Intr.).
- OUSSEDIK, O., 1972, «Les bifaces acheuliens de l'Erg Tihodaine: analyse typométrique», *Libyca*, 20 (22).
- OZANNE, P., 1964, «Notes on the later prehistory of Accra», *J.H.S.N.*, 3, 1: 3-23 (24).

- 1966, «The Anglo-Gambian stone circles expedition», *W.A.A.N.*, 4: 8-18 (24).
- 1969, «The diffusion of smoking in West Africa», *Odu*, N.S. 2: 29-42 (24).
- 1969, «A new archaeological survey of Ife», *Odu*, 3, 1: 28-45 (24).
- 1971, «Ghana», P. L. SHINNIE, *African Iron age*, Oxford, Clarendon Press, 35-65 (24).
- PADMORE, G., 1961, *Panafrikanisme ou Communisme*, Paris, Prés. afr., 14 (Intr.).
- PAGER, H., 1971, *Ndedema*, Graz, Akademische Druck.
- 1975, *Stone age myth. and magic*, Akademische Druck.
- PALMER, H., 1928, *Sudanese memoirs being mainly translations of a number of arabic manuscripts relating to the central and western Sudan*, Lagos (5) (6).
- PANKHURST, R., 1967, *The royal Ethiopian chronicles*, Oxford (6).
- PARENKO, P. y R. P. y HEBERT, J., 1962, «Une famille ethnique; les Gan, les Padoro, les Dorobe, les Komono», *B.I.F.A.N.*, B, I, XXIV, 3, 4 y 6.
- PARKINGTON, J. y POGGENPOEL, C., 1970, «Excavations at De Hangen, 1968», *S.A.A.B.*, XXVI: 3-36 (20).
- PATTERSON, J. R., 1926, *Kanuri songs*, Lagos (6).
- PAULME, D., 1956, «Les sculptures de l'Afrique noire», Paris, PUF (Intr.).
- 1956, *Parures africaines*, Paris, Hachette (Intr.).
- 1960, *Les Civilisations africaines*, Paris, PUF (Intr.).
- PAYDDOKE, E., 1963, *The scientist and archaeology*, London, Phoenix House, XIII + 208 págs. (9).
- PEDELABORDE, P., 1970, *Les Moussons*, Paris, Colin-U2 (16).
- PELLETIER, A. y GOBLOT, J.-J., 1973, *Matérialisme historique et Histoire des civilisations*, 2.<sup>a</sup> ed., Paris, Editions sociales (Concl.).
- PENDER CUTLIP, P., 1972, «Oral traditions and anthropological analysis: Some contemporary myths», *Azania*, VII: 3-24 (8).
- 1973, «Encyclopedic informants and early interlacustrine history», *I.J.A.H.S.*, VI: 468-79 (8).
- PERLMAN, I., e ISARO, F., 1969, «Pottery analysis by neutron activations», *Archaeometry*, 11: 21: 52 (8).
- PERRET, R., 1937, «Une carte des gravures rupestres et des peintures à l'ocre de l'Afrique du Nord», *J.S.A.*, VII, 71: 107-123 (8).
- PERROT, C., 1974, «Ano Aseman: mythe et histoire», *J.A.H.*, XV: 199-212 (8).
- PERSON, Y., 1962, «Tradition orale et chronologie», *C.E.A.*, 7, II, 3 (7).
- 1963, «Classe d'âges et chronologie», *Latitudes*, núm. especial (15).
- 1968, *Samori. Une révolution dyula*, Dakar, I.F.A.N., 3 vols. (3).
- PETRIE, W. M. F., 1901, *The royal tombs of the first dynasty*, London (28).
- 1920, «Prehistoric Egypt», *B.S.A.E.* (23) (28).
- 1921, «Corpus of prehistoric pottery and palettes», London (23).
- 1939, *The Making of Egypt*, London (25) (28).
- 1953, «Ceremonial slate palettes», *B.S.A.E.*, LXVI (25) (28).
- PETRIE, W. M. F., MACKAY, E. y WAINWRIGHT, 1912, *The labyrinth, Gerzeh and Mazghunah*, London (28).
- PEYROUTON, 1966, *Histoire générale du Maghreb*, Paris, A. Michel (Intr.).
- PHILIPS, J., 1928, *Researches in South Africa*, London, 2 vols. (6).
- PHILIPSON, D. W., 1976, «The Early Iron Age in Eastern and Southern Africa: A critical re-appraisal», *Azania*, XI: 1-23 (21).
- PIAS, J., 1967, «Chronologie du dépôt des sédiments tertiaires et quaternaires dans la cuvette tchadienne», *C.R.A.S.*, 264: 2432-5 (24).
- PICARD, G. Ch., 1971, «Le Périphe d'Hannon n'est pas un faux», *Archéologia*, 40: 54-9 (24).
- PIGAFETTA, F. y LÓPEZ, D., ed. 1965, *Description du royaume de Congo et des contrées environnantes*, trad. y anot. por Willy Bal (2.<sup>a</sup> ed. revisada), Louvain (1) (4).
- PIVETEAU, J., 1973, *Origine et destinée de l'homme*, Paris, Masson, 167 págs. (18).
- PIOTROVSKY, B., 1967, «The early dynasty settlement of Khor-Daoud», *Campagne internationale de l'Unesco pour la sauvegarde des monuments de la Nubie*, El Cairo; Service des antiquités de l'Égypte (25).
- PIRENNE, J., 1932, *Histoire des institutions et du droit privé de l'Ancienne Égypte*, Bruxelles, Fondation égyptologique Reine Elisabeth (28).
- PLAATJE, S. T., 1916, *Native life in South Africa before and since the European war and the boer rebellion*, London (6).

- 1930, *Mhudi: an epic of South Africa native life a hundred years ago*, Lovedale (6).
- PLENDERLEITH, H. J., 1962, *The Conservation of antiquities and works of art*, London, Oxford Univ. Press, XV + 376 págs. (9).
- PLOEY, J. DE, 1963, «Quelques indices sur l'évolution morphologiques et paléoclimatique des environs du Stanley-Pool (Congo)», *Studia universitatis Lovanium*, 17, 16 págs. (21).
- 1965, «Position géomorphologique, genèse et chronologie de certains dépôts superficiels au Congo Occidental», *Quaternaria*, VII: 131-54 (21).
- 1968, «Quaternary phenomena in the Western Congo», *Proc. VII Congr. INQUA*, 8: 500-18 (21).
- 1969, «Report on the Quaternary of the Western Congo», *Palaeoecology of Africa, the surrounding islands and Antarctica*, IV: 65-8 (21).
- POIRIER, J., 1969, *Histoire de l'ethnologie*, Paris, P.U.F. (Intr.).
- POLOTSKY, H., 1964, «Egyptian at the dawn of civilisation», *The world history of the Jewish people*, ser. I. (10).
- POMMERET, Y., 1965, «Notes préliminaires à propos du gisement lupembien et néolithique de Nodjobé», *Mém. S.P.P.G.* II, 45 págs. (21).
- 1966, «Principaux types d'outils de tradition forestière (Sangoen-lupembien-tchitolien) découverts à Libreville», *B.S.P.P.G.*, II, 4: 29-47 (21).
- 1966, «Les outils polis au Gabon», *B.S.P.P.G.*, II, 6: 163-79 (21).
- POND, W. P. y otros, 1938, *Prehistoric habitation sites in the Sahara and North Africa*, The Logan Museum, Beliot College, Wisconsin (23).
- PORTER, B. y MOSS, R. L. B., 1927, *Topographical bibliography of ancient egyptian hieroglyphic texts, reliefs and paintings*, Oxford, The Clarendon Press (28).
- PORTERES, R., 1950, «Vieilles agricultures de l'Afrique intertropicale», *A.T.*: 9-10 (27).
- 1951, «Géographie alimentaire, berceaux agricoles et migrations des plantes cultivées en Afrique intertropicale», *C.R.S.B.*: 239-40 (27).
- 1951, «Eleusine coracana Gaertner, céréale des humanités pauvres des pays tropicaux», *B.I.F.A.N.*, 23: 1-78 (24).
- 1958, «Les appellations des céréales en Afrique», *J.A.T.B.A.*, 5 (24).
- 1960, «La monnaie de fer dans l'Ouest africain au XIX<sup>e</sup> siècle», *Recherche africaine*, 4 (15).
- 1962, «Berceaux agricoles primaires sur le continent africain», *J.A.H.*, 3, 2: 195-210 (14) (24) (27).
- 1972, «Le millet coracan ou Finget Millet», *Burg. Wart. Symp.* 56 (24).
- POSENER, G., 1940, *Princes et Pays d'Asie et de Nubie*, Bruxelles, Fond. égyptol. Reine Elisabeth (28).
- 1960, «De la divinité de Pharaon», *C.S.A.*, 15 (28).
- POSENER, G.; SAUNERON, S. y YOYOTTE, J., 1959, *Dictionnaire de la civilisation égyptienne*, Paris, Hazan (28).
- POSNANSKY, M., 1969, «The prehistory of East Africa», en B. A. OGOT y J. A. KIERAN, *Zamani, A survey of East african history*, Nairobi-London, Longmans & C<sup>o</sup> Ltd: 49-68 (19).
- 1971, «Ghana and the origins of West african trade», *Africa quarterly*, II: 110-25 (24).
- PRESENCE AFRICAINE, 1971, *Perspectives nouvelles sur l'Histoire africaine*, Paris (5).
- PRICHARD, J. C., 1855, *The natural history of Man*, 4.<sup>e</sup> ed., London, H. Ballière, 2 vols. (12).
- PRIDY, A. J., 1970, «An Iron Age Site near Yelwa, Sokoto Province: preliminary report», *W.A.A.N.*, 12: 20-32 (24).
- PRINS, A. H. J., 1953, *East African age class systems*, Groningen (15).
- 1958, «On Swahili Historiography», *J.E.A.S.C.*, LXXVIII, 2 (Intr.) (5) (6).
- QUEZEL, P. y PONS, A., 1957, *Première étude palynologique de quelques paléo-sols sahariens*, Alger, I.R.S. (4).
- RABIE, H., 1972, *The financial system of Egypt*, London (5).
- RADCLIFFE-BROWN, A. R. y FORDE, D., *Systèmes familiaux et matrimoniaux en Afrique*, Paris, P.U.F. (Intr.).
- RALPH, E. K.; MICHAEL, H. M. y HAN, M. G., 1973, «Radiocarbon dates and reality», *M. N.*, 9, 1: 1-20 (9).
- RAMÉNDO, L., 1963, «Les galets aménagés de Reggan (Sahara)», *Libyca*, II: 43-74 (22).
- RANGLES, W. G. L., 1974, «La civilisation bantu, son essor et son déclin», *Annales*, 29, 2 (27).
- RANGLES, W. G. L., 1958, *South-East Africa and the empire of Monomotapa as shown on selected printed maps of the 16<sup>th</sup> century*; Lisboa (6).

- RANGER, T. O., 1962, «Emerging themes of African history», *International Congress of African historians*, Dar-es-Salam (15) (Intr.).
- 1967, *Revolt in Southern Rhodesia. A Study in african resistance*, London, Heinemann, XII + 403 págs. (3).
- RATTRAY, R. S., 1923, *Ashanti*, Oxford, Clarendon Press (24).
- REED, C. A., 1964, «Natural history study of Karkur Oasis, Libyan desert», *Postilla-Peabody Museum*, 84 (25).
- 1965, «A human frontal bone from the late pleistocene of the Kom-Ombo Plain», *Man*, 95: 101-4 (25).
- 1967, *Preliminary report on the archaeological research of the Yale University, Prehistoric expedition to Nubia, 1962-1963*, El Cairo, Antq. Depart. Egypt. (25).
- REES, A. R., 1965, «Evidence for the African origin of the oil palm», *Principes*, 9: 30-6 (24).
- REINDORF, C. Ch., 1889, *The History of the Gold Coast and Asante*, Bâle n. d. I C. 183 (3).
- REINISCH, L., 1891, *Die Kunama-Sprache in Nord-Ost Afrika*, Wien (10).
- REISNER, G. A., 1910, *Archaeological survey of Nubia, report for 1907-1908*, vol. I, El Cairo, National Printing Dept. (28).
- 1923, *Excavations at Kerma*, Cambridge, Harvard African Studies (28).
- RENAN, E., 1855, *Histoire générale et Système comparé des langues sémitiques*, Paris, Impr. Roy., VIII + 499 págs. (1).
- REVUE de géographie physique et de géologie dynamique, 1976, núm. especial, «Oscillations climatiques au Sahara depuis 40.000 ans», Paris, Masson (16).
- REYGASSE, M., 1922, «Note au sujet de deux civilisations préhistoriques pour lesquelles deux termes nouveaux me paraissent devoir être employés», *Actes 46<sup>e</sup> Congr. A.F.A.S.*: 467-72 (23).
- 1923, «Découverte d'outillage moustérien à outils pédonculés atriens dans le Tidikelt, Oued Asriouel, région d'Aoulef Chorfa», *Actes 46<sup>e</sup> Congr. A.F.A.S.*: 471-2 (23).
- RHODENBURG, H., 1970, «Morphodynamische Aktivitäts- und Stabilitätszeiten statt Pluvial- und Interpluvialzeiten», *Eiszeitalter und Gegenwart*, 21: 81-96 (21).
- RHODENBURG, H. y SALBELBERG, U., 1969, «Zur landschafts-ökologisch-bodengeographischen und klimagenetisch-geomorphologischen Stellung des westlichen Mediterrangebets», *Göttinger Bodenkundliche Berichte*, 7: 27-47 (16).
- RHOTERÍ, H., 1952, *Libysche Felsbilder*, Darmstadt, L. C. Wittich (23).
- RICHARD, Abate, 1869, «Sur la découverte de silex taillés dans le sud de l'Algérie», *Matériaux pour l'histoire primitive de l'Homme*, 4: 74-5 (23).
- RICHARD, C. DE, 1955, «Contribution à l'étude de la stratigraphie du quaternaire de la presqu'île du Cap Vert (Sénégal)», *B.S.P.F.*, 52: 80-8 (24).
- RICHARDSON, J. L. y RICHARDSON, A. E., 1972, «History of an African rift Lake and its climatic implication», *Ecol. Monogr.*, 42: 499-534 (16).
- RIGHTMIRE, G. P., 1974, *Comments on race and population history in Africa*, New York (11).
- ROBERT, D., 1970, «Les fouilles de Tegdaoust», *J.A.H.*, 11, 4: 471-93 (24).
- 1970, «Report on the excavations at Tegdaoust», *W.A.A.N.*, 12: 64-8 (24).
- ROBERT, D. y S. y DEVISSE, J., 1970, *Tegdaoust I, Recherches sur Aoudaghost*, Paris, A.M.G. (24).
- ROBERTS, A. D., 1967, «Oral traditions of the peoples of Tanzania», *E.A.J.*, 12: 23-5 (7).
- 1968, *Recording East Africa's past: a brief guide for the amateur historian*, Dar-es-Salam (7).
- 1968, «Oral tradition through the Sieve: Notes and Comments on the Second Conference on Tanzania's oral history», *E.A.J.*: 35-8 (7).
- 1968, *Tanzania before 1900*, Nairobi, East African Publishing House, XX + 162 págs. (3).
- ROCHE, E., 1975, «Analyse palynologique du site archéologique de la Kamoao», D. Cahen, *le Site archéologique de la Kamoao (région du Shaba, République du Zaïre). De l'Age de la pierre ancienne à l'Age du fer*, A.M.R.A.C., 84: 331-7 (21).
- 1963, *L'Épipaléolithique marocain*, Lisboa (22).
- RODIER, J., 1963, «Hydrologie du continent africain», *Enquête sur les ressources naturelles du continent africain*, Paris, UNESCO, págs. 185-226 (13).
- ROGNON, P., 1974, «Modifications naturelles du cycle hydrométéorologique depuis 10.000 ans. Leur utilisation pour la prévision climatique à long terme», en *Influence* (16).
- ROSENFELD, A., 1965, *The inorganic raw minerals of Antiquity*, London (14).
- 1972, «The microlithic industries of Rop Rock Shelter», *W.A.J.A.*, vol. II: 17-28 (24).

- ROTBERG, I. y ROUBET, C., 1968, «Nouvelles observations sur l'Épipaléolithique de l'Algérie orientale. Le gisement de Koudiat Kifène Lahda», *Libyca*, 16: 55-101 (22).
- 1972, «The microlithic industries of Rof Rock Shelter», *W.A.J.A.*, 2, 17-28 (24).
- (de próxima aparición): *Une économie pastorale pré-agricole en Algérie orientale. Le néolithique de tradition capsienne, L'exemple de l'Aurès* (22).
- ROTBERG, R. I. y MAZRUI, A. A., ed., 1970, *Protest and Power in Black Africa*, New York, Oxford University Press, XXX + 1274 págs. (3).
- ROTHBERG, R. J., dir., 1971, *Africa and its explorers: motives, methods, and impact*, Cambridge, Mass. (6).
- ROTHBERG, R. J. y ROUBET, F. E., 1966, «Présentation comparative d'un gisement côtier, des environs de Berard, à l'ouest d'Alger», *Congr. Préhist. Français*, Ajaccio: 109-28 (22).
- ROUBET, C., 1968, *Le Gisement du Damous el Ahmar*, Paris, A.M.G. (21) (22).
- 1971, «Sur la définition et la chronologie néolithique de tradition capsienne», *Anthropologie*, 75: 553-74 (22) (24).
- RUBIN, A., 1970, Review of Philip Allison's «African Stone Sculpture» and Franck Willett's «Ife in the History of West African Sculpture», *Art bulletin*, 72, 3: 348-54 (24).
- RUFFIE, J., 1976, *De la biologie à la culture*, Paris, Flammarion, 598 págs. (Intr.) (10).
- 1977, «Génétique et Anthropologie», *Science et vie* n.º 120 Hors série (11).
- RYDER, A. F. C., 1965, *Materials for West African History in Portuguese Archives*, London (6) (24).
- 1965, «A reconsideration of the Ife-Benin relationship», *J.A.H.*, 6, 1: 25-37 (24).
- SABERWAL, S., 1967, «The oral tradition, periodization and political system», *C.J.A.S.*, 1: 157-62 (7).
- SAID, R., *The geological evolution of the River Nile* (16).
- SALEH, S. A.; GEORGE, A. W. y HELMI, F. M., 1972, «Study on glass and glass-making processes at Wadi-El-Natrum, 1ª part. Fritting crucibles, their technical features and temperature employed», *Studies in Conservation*, London, 17: 143-70 (9).
- SAMB, A., 1971, «Langues négro-africaines et leurs emprunts à l'arabe», *N.A.* (10).
- SAMPSON, C. G., 1972, «The Stone Age industries of the Orange River Scheme and South Africa», *Memoirs of the National Museum Bloemfontain*, 6 (20).
- 1974, *The Stone Archaeology of Southern Africa*, Academic Press, New York (20).
- SANCHO, I., 1781, *Letters of the late I. Sancho, an African... to which are prefixed memoirs of his life*, London, 2 vols. (6).
- SANDER, E. R., «The hamitic hypothesis, its origin and function in time perspective», *J.A.H.*, X, 4: 521-32 (Intr.) (12).
- SANDFORD, K. S. y ARKELL, W. J., 1929, *Palaeolithic man and the Nile*, Fayum divide. Oriental Institute Publication, 10 (23).
- SAPIR, D., 1973-1974, «Linguistics in Sub-saharan Africa», en *Current trend in linguistics*, T. A. SEBOK (dir.), Paris-La Haya, Mouton (10) (12).
- SAUER, C. O., 1952, «Agricultural origins and dispersion», *B.M.L.*, 2 (27).
- SAUNDERS, A. M. C., 1964, *World population: past growth and present trends*, London (14).
- SAUVAGET, J., 1946, *Historiens arabes*, Paris, A. Maisonneuve (Intr.).
- 1961, *Introduction à l'histoire de l'Orient musulman*, Paris (5).
- SAVAGE, G., 1967, *The art and antique restorers' handbook*, London, Barris et Rockliff, 142 págs. (9).
- SAVARY, P., 1966, «Monuments en pierres sèches du Fasnoun», *M.C.R.A.P.E.*, 6, 78 págs. (23).
- SAYCE, R. U., 1933, *Primitive arts and-crafts*, Cambridge, Cambridge University Press, XII + 291 págs. (24).
- SAYRE, E. V. y MEYERS, P., 1971, «Nuclear activation applied to materials of art and archaeology», *A.A.T.A.*, 8, 4: 115-50 (9).
- SCHARFF, A. y MOORGAT, A., 1950, *Agypten und Vorderasien im Altertum*, München, F. Bruckmann (28).
- SCHÉUB, H., 1975, *The Ntsomi: a Xhosa performing art*, Oxford (7).
- SCHLOZER, A. L. VON, 1781, en EICHHORN, J. G., *Repertorium für biblische und morgenländische Literatur*, Leipzig, Wiedmanns Erben und Reich, 1777-1786, 18 partes, parte VIII (12).
- SCHMITZ, A., 1962, «Les Muhulu du Haut-Katanga méridional», *B.J.B.E.*, XXXII, 3 (21).
- 1971, «La végétation de la plaine de Lubumbashi (Rép. Dém. Congo)», *Publ. INEAC*, 113: 11-388 (21).
- SCHNELL, R., 1957, *Plantes alimentaires et agricoles de l'Afrique noire*, Paris, Larose (Intr.) (27).

- SCHOLLAR, I., 1970, «Magnetic methods of archaeological prospecting advances in instrumentation and evaluation techniques», *P.T.R.S.*, 269, 1193: 103-19 (9).
- SEBEOK, T. A., 1963-1974, *Current trend in linguistics*, Paris-La Haya, Mouton (10) (12).
- SECK, A. y MONDIANNAGNI, A., 1967, *L'Afrique occidentale*, Paris, P.U.F., 290 págs. (13).
- SEDDON, D., 1968, «The origins and development of agriculture in East and Southern Africa», *C.A.*, 9, 5: 489-94 (24) (27).
- SELIGMAN, G., 1930, *Races of Africa*, London (10).
- SERVANT, M. y S. y DELIBRIAS, G., 1969, «Chronologie du Quaternaire récent des basses régions du Tchad», *C.R.A.S.*, 269: 1603-6 (24).
- 1973, «Séquences continentales et variations climatiques: évolution du bassin du Tchad au Cénozoïque supérieur», *M.O.R.S.T.O.M.*, 348 págs. (16).
- 1974, «Les variations climatiques des régions intertropicales du continent africain depuis la fin du Pleistocène», *13<sup>e</sup> journée de l'Hydraulique, Soc. Hydrotech. Fr.* (16).
- SETHE, K., 1930, *Urgeschichte und älteste Religion der Aegypter*, Leipzig, F.A. Brickhaus (28).
- SEYDOU, Ch., ed., 1977, *La Geste de Ham-Bodéio ou Hama le Rouge*, Paris, A. Colin, Classiques africains, 18 (2).
- SCHAPERA, I., 1933, *The Early Cape Hottentots, described in the writings of offere*, Cape Town (6).
- SHAW, Th., 1944, «Report on excavations carried out in the cave known as Bosumpra at Abetifi, Kwahu, Gold coast Colony», *Proceedings of the prehistoric society*, Cambridge, 10: 1-67 (24).
- 1960, «Early Smoking Pipes: in Africa, Europe and America», *J.R.A.I.* (24).
- 1961, *Excavation at Dawu*, Edimbourg, Nelson, VIII + 124 págs. (24).
- 1962, «Chronology of excavation at Dawu», *Man*, 72: 217 (24).
- 1963, «Field research in nigerian archaeology», *J.H.S.N.*, 2, 4: 449-64 (24).
- 1964, *Archaeology in Nigeria*, Ibadan, Ibadan University Press (24).
- 1964, «Smoking in Africa», *S.A.A.B.*, 19, 75: 75-6 (24).
- 1965, «Spectrographic analyses of the Igbo and other Nigerian bronzes», *Archaeometry*, 8: 86-95 (24).
- 1965, «Akure excavations: Stone Age Skeleton 9000 BC», *A.N.*, 3: 5-6 (24).
- 1967, «Terminology», *W.A.A.N.*, 7: 86-95 (24).
- 1969, «Further spectographic analyses of nigerian bronzes», *Archaeometry*, 11: 85-98 (24).
- 1969, «The later Stone Age in the nigerian forest», *Actes 1<sup>er</sup> Coll. internat. Archaeol. Afr.*: 364-74 (24).
- 1969, «On radiocarbon chronology of the Iron Age in Sub-Saharan Africa», *C.A.*, 10: 226-31 (24).
- 1970, «The analysis of West African bronzes: a summary of the evidence», *Ibadan*, 20: 80-9 (24).
- 1971, «The Prehistory of West Africa», en J.F.A. AJAYI y M. CROWDER, *History of West Africa*, London, Longmans (24).
- 1971, «Africa in Prehistory: leader or laggard?», *J.A.H.*, 12, 1: 143-53 (24).
- 1971, *Igbo-Ukwu: an account of archaeological discoveries in eastern Nigeria*, London, Faber and Faber, 2 vols. (24).
- 1972, «Early crops in Africa: a review of the evidence», *Burg. Wart. Symp.* 56 (24).
- 1973, «Trade and the Tsoede bronzes», *W.A.J.A.*, 3: 233-8 (24).
- SHELTON, A. K., 1968, «Causality in african thought; Igbo and others», *P.A.*, 15, 4: 157-69 (7).
- SHEPPERSON, G. y PRICE, Th., 1958, *Independent Africa. John Chilembwe and the Origins. Setting and Significance of the Nyassaland native rising of 1915*, Edimbourg, Edimbourg University Press, X + 564 págs. (3).
- SHINNIE, P. L., 1967, *Meroe, a civilization of the Sudan*, New York, Washington (28).
- 1971, *The African Iron Age*, Oxford, Clarendon Press (24) (28).
- SIBRAVA, V., dir., 1975, *Quaternary glaciations in the Northern hemisphere*, rapport n.º 2, Projet 73/1/24, Prague, UNESCO, 151 págs. (16).
- SILVA REGO, A. da, 1949-1958, *Documentos para historia do missoes de Padreoda portuguesa de oriente*, 12, Lisboa (6).
- SIMPSON, G. C., 1957, «Further studies in world climate», *J.R.M.S.*, 83: 459-85 (24).
- SIMPSON, W. K., ed., 1972, *The literature of ancien Egypt*. New Haven-London (28).
- SINGER, R., 1958, «The Rhodesian, Florisbad and Saldanha Skulls», G. H. R. von KOENIGSWALD, *Neandertal Centenary*, Utrech: 52-62 (20).

- SINGER, R. y WYMER, J., 1968, «Archaeological Investigations at the Saldanha skull site in South Africa», *S.A.A.B.*, XXV: 63-74 (20).
- SINGH, G., 1973, «Late Quaternary changes in vegetation and climates in the arid tropics of India», *Acts IX I.N.Q.U.A. Congr.* (16).
- SMITH, A., 1974, «Preliminary report of excavations at Karkarichinkat, Mali, 1972», *W.A.J.A.*, 4 (24).
- SMITH, H. F. C., 1958, «Source material for the history of the Western Sudan», *J.H.S.N.*, 1, 3: 238-48 (Intr.) (5) (6).
- 1961, «Arabic manuscript material bearing on the History of Western Sudan: a seventeenth century writer of Katsina», *B.N.H.S.N.*, VI, 1 (Intr.) (5) (6).
- SMITH, H. S., 1966, «The Nubian B-Group», *Kush*, XIV: 69-124 (28).
- SMITH, P. E., 1966, «The late-Paleolithic of Northern Africa in the light of recent researches», *A.A.*, 68: 326-55 (25).
- 1966, «New prehistoric investigation at Kom-Ombo», *Zephyrus*, XVII (25).
- 1967, «New investigations in the late Pleistocene archaeology of the Kom-Ombo Plain», *Quaternaria*, IX (25).
- SOGA, T. B., 1929, *Intlalo ka Zossa*, Lovedale (6).
- SOMMER, F., 1953, *Man and beast in Africa*, London, 206 págs. (14).
- SOPER, R. C., 1965, «The Stone Age in Northern Nigeria», *J.H.S.N.*, 3, 2: 175-94 (24).
- SOUVILLE, G., 1958-59, «La pêche et la vie maritime au Néolithique en Afrique du Nord», *B.A.M.*, 3: 315-44 (22).
- 1973, *Atlas de préhistoire du Maroc*, «Maroc atlantique», Paris, C.N.R.S., Etudes d'antiquités africaines (22).
- SOW, A. I., 1968, *Chroniques et récits du Fouta-Djalon*, Paris, Klincksieck, 262 págs. (6).
- SOWUNMI, M. A., 1973, «A preliminary palynological study in the Rivers State», *Oduma*, I, 1: 13-4 (4).
- SPARKS, B. W. y WEST, R. G., 1972, *The Ice Age in Britain*, London, Methuen, XVIII + 302 págs. (24).
- SPARRMAN, A., 1789, *A voyage to the Cape of Good Hope, towards the Antarctic polar circle, and round the world, but chiefly into the country of the Hottentots and Caffres, from the year 1772 to 1776*, Perth (6).
- STAINER, X., 1899, «L'âge de la pierre au Congo», *A.M.R.A.C.*, III, 24 págs. (21).
- STANTON, W. R. y WILLETT, F., 1963, «Archaeological evidence for changes in Maize type in West Africa: an experiment in technique», *Man*, 63 (24).
- STEWART, J. M., 1976, *Towards Volta-Congo Reconstruction*, Leyde (12).
- STREEL, M., 1963, *La Végétation tropophile des plaines alluviales de la Lufira moyenne*, Liège, F.U.L.R.E.A.C. (21).
- STROSS, F. H. y O'DONNALL, 1972, *Laboratory analysis of organic materials*, USA, Addison-Wesley modular publications, module 22 (9).
- STROUHAL, E., 1976, *Problems of study of human races*, Prague (11).
- STRUEVER, S., ed., 1971, *Prehistoric agriculture*, New York, American museum sourcebook in anthropology (4).
- STUVIER, M. y SUESS, H. E., 1966, «On the relationship between radiocarbon dates and true sample ages», *Radiocarbon*, 8: 534-40 (9).
- SURET-CANALE, J., 1964, «Les sociétés traditionnelles en Afrique tropicale et le concept de mode de production asiatique», *Pensée*, 17: 21-42 (Concl.).
- 1968, *Afrique noire occidentale et centrale*, Paris, Editions sociales, «I. Géographie, civilisations, histoire», 339, 339 págs. (intr.) (13).
- SWADESH, E., 1966, «A Preliminary glottochronology of Gur», *J.W.A.L.* (10).
- 1966, «Glottochronology», *J.W.A.L.*, III (10).
- SZUMOWSKI, G., 1956, «Fouilles de l'abri sous roche de Kourounorokale», *B.I.F.A.N.*, B, 18: 462-508 (24).
- TAIEB, M., 1974, *Evolution quaternaire du bassin de l'Awash (Rift éthiopien et Afar)*, tesis, Paris, 2 tomos (17).
- TAIEB, M.; COPPENS, Y.; JOHANSON, D. C. y KALB, J., 1972, «Dépôts sédimentaires et faunes du Plio-Pleistocène de la basse vallée de l'Awash (Afar central, Ethiopie)», *C.R.A.S.*, 275: 819-22 (17).
- TAIEB, N.; JOHANSON, D. C. y COPPENS, Y., 1975, «Expédition internationale de l'Afar, Ethiopie (3<sup>e</sup> campagne, 1974) découverte d'Hominidés plio-Pleistocène à Hadar», *C.R.A.S.*, 281: 1297-1300 (17) (18).



- TAIEB, M.; JOHANSON, D. C.; COPPENS, Y. y ARONSON, J. L., 1976, «Geological and paleontological background of Hadar hominid site, Afar, Ethiopie», *Nature*, 260, 5549: 289-93 (16) (17).
- TAIEB, M.; JOHANSON, D. C.; COPPENS, Y.; BONNEFILLE, R. y KALB, J., 1974, «Découverte d'Homini-dés dans les séries pliopléistocènes d'Hadar (bassin de l'Awash, Afar, Ethiopie)», *C.R.A.S.*, 279: 735-8 (17).
- TALBOT, P. A., 1923, *Life in Southern Nigeria: the magic, beliefs and customs of the Ibido Tribe*, London, Macmillan, págs. 448-464 (10).
- TARDITS, C., 1962, «Religion, épopée, histoire; notes sur les fonctions latentes des cultes dans les civilisations du Benin», *Diogenes*, n.º 37 (15).
- TATTAM, C. M., 1944, *A Review of Nigerian stratigraphy*, Annual report of the geological survey of Nigeria, 1943, Lagos, Government printer (24).
- TAUXIER, L., 1882, «Les deux rédactions du périple d'Hannon», *R.A.*, 15-37 (5).
- TEILHARD DE CHARDIN P., 1954, «Les recherches pour la découverte des origines humaines en Afrique au sud du Sahara», *Anthropologie* (Concl.).
- 1955, «L'Afrique et les origines humaines», *Revue des questions scientifiques* (Concl.).
- 1956, *Le Groupe zoologique humain*, Paris (15).
- THEAL, G. M., 1898-1903, *Records of South-Eastern Africa*, London, 8 vols. (6).
- 1897-1905, *Records of the Cape colony*, London, 36 vols. (6).
- THOMASSEY, P. y MAUNY, R., 1951, «Campagne de fouilles à Koumbi Saleh», *B.I.F.A.N.*, 13, 1: 438-62 (24).
- 1956, «Campagne de fouilles à Koumbi Saleh», *B.I.F.A.N.*, B, 18: 117-40 (24).
- THOMPSON, L., 1969, *African societies in Southern Africa*, London, Heinemann (Intr.) (24).
- TIME-LIFE BOOKS, 1972, «The Missing Link. Emergence of Man», ser. 3 (19).
- TIXIER, J., 1957, «Le hachereau dans l'Acheuléen nord africain. Notes typologiques», *C.R. XV Congr. Préhist. Fr.*: 914-23 (22) (23).
- 1958-59, «Les pièces pédonculées de l'Atérien», *Libyca*, 6, 7: 127-57 (22).
- 1963, *Typologie de l'Épipaléolithique du Maghreb*, Paris, A.M.G. (22).
- «Les industries lithiques de l'Ain Fritissa», *B.A.M.*, 3: 107-247 (22).
- TOBIAS, P. V., 1967, *Olduwan George. The cranium of Australopithecus (Zinjanthropus) boisei*, Cambridge, Cambridge Univ. Press, 264 págs. (17).
- 1967, «Cultural hominization among the earliest African Pleistocene homind», *Proc. Prehist. Soc.*, 33: 367-76 (20).
- 1968, «Middle and early Upper Pleistocene members of the genus Homo in Africa», *Sonderdruck aus Evolution und Hominization*, Stuttgart, G. Kurth, 176-94 (20).
- 1968, *Man's past and future*, Fifth Raymond Dart lecture, Johannesburg, Witwatersrand Univ. Press (20).
- TOBIAS, P. V. y COPPENS, Y., 1976, «Les plus anciens hominidés», *Actes IX Congr. U.I.S.P.P.* (17).
- TRICART, J., 1956, «Tentative de corrélation des périodes pluviales africaines et des périodes glaciaires», *C.R.S.G.F.*: 164-7 (16).
- TRIGGER, B. G., 1965, *History and Settlement in Lower Nubia*, New Haven, Yale University pub. in anthropology, 69 (28).
- «Meroitic and Eastern Sudanic: a linguistic relationship?», *Kush*, vol. 12 (12).
- TRIGGER, B. G., 1969, «Meroe and the African iron age», *A.H.S.*, II (28).
- TSHUDI, J., 1955, *Nordafrikanische Feldsmalereien*, Florence, Sansoni, 106 págs. (23).
- TUCKER, A. N., 1940, *The Eastern Sudanic languages*, London (10).
- 1948, *Distribution of the Nilotic-Hamitic Languages of Africa*, London (10).
- TUCKER, A. N. y BRYAN, M. A., 1966, *Linguistic Analyses: The non-Bantu languages of North-Eastern Africa*, London-New York-Cap Town, Oxford Univ. Press, XV + 228 págs. (10) (12).
- TUREKIAN, K. K., ed., *Late Cenozoic Glacial Age*, New Haven, Yale Univ. Press (16).
- TURNER, L. D., 1955, «The odyssey of a Zulu warrior», *J.N.H.*, 40, 4 (6).
- TWIESSELMANN, F., 1958, *Les Ossements humains du gîte mésolithique d'Ishango*, Mission J. de Heinzelin de Braucourt en 1950, Bruxelles, Institut des Parcs nationaux du Congo belge, 125 págs. (21).
- UCKO, P. J. y DIMBLEBY, G. W., dir., 1969, *The domestication and exploitation of plants and animals*, Chicago, Aldine, XXVI + 581 págs. (24).
- 1970, «The history of Africa», *C.H.M.*, XII, 4: 527-605 (15).

- 1972, «Les origines de l'homme», *Le Courrier*, août-sept., n.º spécial (Concl.).
- UNESCO, 1965, *L'art de l'écriture*.
- 1973, *Recueil sélectif de textes en arabe provenant d'archives marocaines*, par le prof. Mohammed Ibrahim El Kettani, Paris (Intr.).
- 1974, *Colloque scientifique international sur le peuplement de l'Égypte ancienne et le déchiffrement de la langue méroïtique*, El Cairo, 28 en.-3 feb. (Intr.).
- U. S. NATIONAL REPORT, 1971-1974-1975, «American géophysical union, 15<sup>th</sup> general ass. International union of geology and geophysics, Grenoble», *Rev. geophys. Space phys.*, vol. 13, n.º 3, 1.110 págs. (16).
- VAJDA, G., 1950, «Contribution à la connaissance de la littérature arabe en Afrique occidentale», *J.S.A.*, XX: 229-37 (Intr.) (5) (6).
- VANDIER, J., 1952, *Manuel d'archéologie égyptienne*, Tome I, 1, «La Préhistoire», Paris, Picard (28).
- VANDIER, J. y DRIOTON, E., 1962, «Les peuples de l'Orient méditerranéen», II — *Égypte*, Cléo, Paris, P.U.F. (28).
- VANSINA, J., 1961, *De la tradition orale: essai de méthode*, Tervuren, Mémoire n.º 36 du Musée royal d'Afrique Centrale (Intr.) (7).
- 1971, «Once upon a time: Oral traditions as history in Africa», *Daedalus*, 100, 2: 442-68 (7).
- 1973, *The Tyo Kingdom of the Middle Congo, 1880-1892*, Oxford, Clarendon Press, XIX + 590 págs. (3).
- 1974, «Comment: traditions of Genesis», *J.A.H.*, XV: 317-322 (8).
- VANSINA, J.; MAUNY, R. y THOMAS, L. V., 1964, *The historian in tropical Africa*, Oxford, Oxford Univ. Press (Intr.) (15).
- VAUFREY, R., 1939, *L'art rupestre nord-africain*, Paris, Institut de paléontologie humaine, Mem. 20, 127 págs. (23).
- 1946, «Le Néolithique de tradition capsienne au Sénégal», *Rivista di Scienza preistorica*, Roma (24).
- 1949, «Le Néolithique paratoumbien, une civilisation agricole primitive du Soudan», *J.E.A.*, 35 (Concl.).
- 1953, «L'Age de la pierre en Afrique, exposé synoptique», *J.S.A.*, XXIII: 103-38 (Concl.).
- 1955 y 1969, *Préhistoire de l'Afrique*, I. «le Maghreb», II. «Au nord et à l'est de la Grande Forêt», Paris, Masson (22) (23).
- VAVILOV, N. I., 1935, *Bases teóricas de la selección de plantas*, tomo I, «Selección general», Moscú-Leningrado, 1.045 págs. (14) (27).
- 1951, «The origin, variation, immunity and breeding of cultivated plants», Selected writings translated by K. SAAR, *Chronica Botánica*, 13: 1-6 (27).
- VERCOUTTER, J., 1959, «The Gold of Kush», *Kush*, VII: 120-53 (28).
- VERCOUTTER, J.; BOTTERO, J. y CASSIN, E., 1967, *The New East, the early civilizations*, New York, Delacorte (28).
- VERHAEGEN, B., 1974, *Introduction à l'histoire immédiate*, Paris, Duculot (Intr.) (15) (Concl.).
- VERMEERSCH, S., 1976, «L'Épipaléolithique dans la vallée du Nil», *Actes IX Congr. U.I.S.P.P.* (25).
- VIA, Y. y M., 1974, *Sahara, milieu vivant*, Paris, Hatier (26).
- VIDAL, O.E., 1852, en CROWTHER, S. A., *A vocabulary of the Yoruba languages*, London, Seeleys (12).
- VIDAL, P., 1969, *La Civilisation mégalithique de Bouar. Prospections et fouilles, 1962-1966*, Paris, F. Didot, 132 págs. (21).
- VIGNARD, E., 1923, «Une nouvelle industrie lithique: le Sébilien», *B.I.F.A.N.O.*, 22: 1-76 (23).
- VOEGELIN, C. F. y F. M., 1973, *Index of the World's languages*, Washington (12).
- VOGEL, J. C. y BEAUMONT, P. B., 1972, «Revised radiocarbon chronology for the Stone Age in South Africa», *Nature*, 237: 50-1 (20) (24).
- VOUTE, C., 1962, «Geological and morphological evolution of the Niger and Benue Valleys», *Proc. IV. P.C.P.Q.S.*, 1: 189-207 (24).
- WAINWRIGHT, G. A., 1949, «Pharaonic survivals between Lake Chad and the West Coast», *J.E.A.*, 35: 170-5 (24).
- WAI-OGUSU, B., 1973, «Was there a Sangoan industry in West Africa?», *W.A.J.A.*, 3: 191-6 (24).
- 1974, «Pleistocene man in Africa with special reference to West Africa», *J.H.S.N.*, 7, 2: 357-68 (24).
- WATTS, A. D., 1926, *The early hunters and explorers in South West Africa*, tesis, Cape Town, Univ. of Cape Town (6).

- WAYLAND, E. J., 1929, «Rift valleys and Lake Victoria», *C.R. XV<sup>e</sup> C.I.G.*, II: 323-53 (21) (24).  
 — 1934, «Rifts, rivers and rains and early man in Uganda», *J.R.A.I.*, 64: 332-52 (21) (24).  
 — 1952, «The study of past climates in Tropical Africa», *P.C.P.*, 1947, Oxford, Blackwell: 66 (24).
- WEBB, M. C., 1968, «Carneiro's hypothesis of limited land resources and the origins of the state: a Latin Americanist's approach to an old problem», *South Eastern Latin Americanist*, 12, 3: 168 (24).
- WEBER, A., 1925, *The languages family of Africa*, London (10).
- WELMERS, W., 1973, *African language structures*, Los Angeles, Univ. of California Press (12).
- WENDORF, F., 1965, *Contributions to the Prehistory of Nubia*, Dallas, Fort Burgwin Research Center and Southern Methodist Univ. Press, 164 págs. (23).  
 — 1968, *The Prehistory of Nubia*, Dallas, Fort Burgwin Research Center and Southern Methodist Univ. Press (16) (28).
- WENDORF, F.; SAID, R. y SCHILD, R., 1970, «Egyptian prehistory: some new concepts», *Science*, 169: 1161-71 (24) (28).
- WENDORF, F.; LAURY, R. L.; ALBRITON, C. C.; SCHILD, R.; HAYNES, C. V.; DAMON, P. E.; SHAFIQUILLAH, H. y SCARBOROUGH, R., 1974, «Dates for the Middle Stone Age of East Africa», *Science*, 187: 740-2 (16).
- WENDT, W. E. y REED, C. H., 1966, «Two prehistorical archaeological sites in Egyptian Nubia», *Postilla*, 102: 1-46 (25).
- WERNER, A., 1935, *The language families of Africa*, London, Society for promoting christian knowledge, VII + 149 págs. (12) (10).  
 — 1930, *Structure and Relationship of African languages*, London-New York, Longmans Green and Co., VII + 61 págs. (10) (12).
- WERNER, A. E. A., 1970, «Analysis of ancient metals», *P.T.R.S.*, 269, 1193 (9).
- WESTCOTT, R. W., 1957, «Did the Yoruba come from Egypt?», *Odu*, 4 (24).
- WERTERMANN, D., 1911, *Die Sudansprachen, eine sprachvergleichende Studie*, Hamburg, L. Friederichsen, VIII + 222 págs. (12).  
 — 1927, *Die westlichen Sudansprachen und ihre Beziehungen zum Bantu*, Mitteilungen des Seminars für orientalische Sprachen, Den Haag, de Gruyter (12).
- WESTPHAL, E. O. J., 1962, «On classifying Bushman and Hottentot languages», *A.L.S.*, III: 30-48 (11).  
 — 1966, «The non-Bantu languages of Southern Africa», A. N. Tucker and M. A. Bryan, *Linguistic analyses*, London-New York-Cape Town (12).
- WET, J. M. J. DE y HARLAN, J. R., 1971, «The origin and domestication of Sorghum-bicolor», *Econ. Bot.*, 25: 128-35 (24).
- WHEATLEY, P., 1964, *The land of Zanj: exegetical notes on chinese knowledge of East Africa prior to A.D. 1500*, London, Liverpool essays (5).
- WICKENS, G. E., 1975, «Changes in the climate and vegetation of the Sudan since 20 000 BP», *C.-R-VIII Reunion A.B.I.F.A.T.*: 43-65 (16).
- WIERCINSKY, 1965, «The analysis of racial structure of early dynastic populations in Egypt», *Materialow practical anthropologianich*, 72 (11).
- WIESENFIELD, S. L., 1967, «Sickle cell trait in human biological and cultural evolution», *Science*, 157: 1134-40 (24).
- WILKS, I., 1956, «Tribal history and myth», *Universitas*, 2-3 (Intr.).  
 — 1961, «Begho and the Mande», *J.A.H.*, 2: 25-34 (24).  
 — 1963, «The growth of Islamic learning in Ghana», *J.H.S.*, 2, 4 (6).  
 — 1975, «Do Africans have a sense of time?», *I.J.A.H.S.*, VIII, 2 (2).
- WILLCOX, A., 1963, *The rock art of South Africa*, Johannesburg, Nelson (26) (Concl.).
- WILLET, F., 1960, «Ife and its archaeology», *J.A.H.*, 2: 231-48 (15).  
 — 1962, «The Introduction of maize into West Africa: an assessment of recent evidence», *Africa*, 32: 1-13 (24).  
 — 1962, «The Microlithic Industry from Old Oyo, Western Nigeria», *Actes IV Congr. P.P.E.Q.*, 2: 261-72 (24).  
 — 1964, «Spectrographic analysis of Nigeria bronzes», *Archaeometry*, 7: 81-93 (9) (24).  
 — 1966, «On the funeral effigies of Owo and Benin, and the interpretation of the life-sixe bronze heads from Ife», *Man*, 1: 34-45 (24).  
 — 1967, *Ife in the History of West African sculpture*, London, Thames & Hudson (24).  
 — 1968, «New light on the Ife-Benin relationship», *African Forum*, 3, 4, 4, 1 (24).

- 1969, «New radiocarbon dates from Ife», *W.A.A.N.*, 11: 23-5 (24).
- WILLIAMS, M. A. J., 1966, «Age of alluvial clays in the western Gezira, Republic of the Sudan», *Nature*, 211: 270-1 (16).
- 1975, «Late Pleistocene tropical aridity synchronous in both hemispheres?», *Nature*, 253, 5493: 617-8 (16).
- WILLIAMS, M. A. J.; CLARK, J. D.; ADAMSON, D. A. y GILLESPIE, R., 1975, «Recent Quaternary research in Central Sudan», *B.A.S.E.Q.U.A.*, 46 (16).
- WILLIS, R. G., 1964, «Tradition history and social structure in Ufipa», *Africa*, 34, 4: 340-51 (7).
- WILSON, A. C. y SARICH, V. M., 1969, «A molecular timescale for human evolution», *P.N.A.S.*, 63, 4: 1088-93 (20).
- WILSON, M. y THOMPSON, L., 1969-71, *The Oxford history of South Africa*, Oxford, Clarendon Press, 2 vols. (3).
- WILSON, W., 1966, *Tempe and the West Atlantic group*, S.L.I.R., Indiana, 226, 9 (10).
- WINKLER, H. A., 1937, *Völkerbewegungen im vorgeschichtlichen Oberägypten im Lichte neuer Pelsbilderfunde*, Stuttgart (23).
- 1939, *Rock drawings of Southern Upper Egypt*, London, Egypt exploration society, 2 vols. (23).
- WOLLIN, G.; ERICSON, D. B. y WOLLIN, J., 1974, «Geomagnetic variations and climatic changes 2.000.000 BC-1970 AD», *Coll. C.N.R.S.*, 219: 273-88 (16).
- WORLD METEOROLOGICAL ORGANISATION, 1975, WMO/IAMAP. «Symposium on long-Term climatic fluctuations», *Proc. Norwich*, WMO n.º 421, 503 págs. (16).
- WRIGLEY, C., 1970, «Speculations on the Economic Prehistory of Africa», en J. D. FAGE y R. A. OLIVER, pág. 69 (27).
- WYMER, J. J. y SINGER, R., 1972, «Middle Stone Age occupational settlements on the Tzitzikama coast, eastern Cape province, South Africa», P. J. UCKO; R. TRINGHAM y G. W. DIMBLEBY, ed., *Man, settlement and urbanism*, London, 207-10 (20).
- YAMASAKI, F.; HAMADA, C. y HAMADA, T., 1973, «Riken natural radiocarbon. Measurements VII», *Radiocarbon*, 14, 1: 223-38 (24).
- YILBUUDO, J. T., 1970-71, *Tradition orale*, Mémoire: séminaire de Koumi, Haute-Volta.
- YORK, R. N., 1973, «Excavations at New Buipe», *W.A.J.A.*, 3: 1-189 (24).
- YOUNG, W. J., 1958, «Examination of works of art embracing the various fields of science», *Proceedings of the Seminar on application of Sciences in examination of works of art*, Boston (9).
- YOYOTTE, J., 1959, *Dictionnaire de la civilisation égyptienne*, Paris (28).
- ZAHAN, D., 1963, *La dialectique du verbe chez les Bambara*, Paris (8).
- ZAKI, A. e ISKANDER, Z., 1942, «Ancient Egypt Cheese», *A.S.A.E.*, XLI: 295-313 (9).
- ZEISSL, H. V., 1055, «Äthiopien und Assyrer in Ägypten», *Ägyptologische Forschungen*, Heft 14, Glückstadt-Hamburg-New York, J. J. Augustin (28).
- ZEUNER, F. F., 1950, *Dating the Past*, London, Methuen (16).
- 1959, *The pleistocene period, its climate, chronology and faunal successions*, London, Hutchinson Scientific and technical, 447 págs. (16) (21).
- ZIEGERT, G., 1967, *Dor el Gussa und Gehelben Ghaama*, Wiesbaden, F. Steiner, 94 págs. (23).
- ZINDEREN-BAKKER, E. M. VAN, 1967, «Upper Pleistocene and Holocene Stratigraphy and Ecology on the basis of vegetation changes in subsaharan Africa», en *Background to evolution in Africa*, ed. W. W. BISHOP y J. D. CLARK, Chicago University Press (24).
- 1975, *Paleoecology of Africa*, vol. 1-9 (16).

# ABREVIATURAS UTILIZADAS EN LA BIBLIOGRAFIA

- A.A.** — «American Anthropologist», Washington.
- A.A.R.S.C.** — «Annales de l'Académie royale des sciences coloniales», Bruselas.
- A.A.T.A.** — «Art archaeological and technical abstracts», Nueva York.
- A.C.P.M.** — «Annals of the Cape Province museum of natural history», Grahamstown.
- Actas V Congr. P.P.E.C.** — «Actas del V Congreso Panafricano de Prehistoria y de Estudio del Cuaternario», Tenerife, 1966.
- Actes I Coll. Intern. Archéol. Afr.** — «Actes du 1<sup>er</sup> Colloque international d'archéologie africaine, Fort-Lamy, 11-16 déc. 1966». Publications de l'Institut national tchadien pour les sciences humaines. Fort Lamy.
- Actes II Coll. Intern. L.N.A.** — «Actes du Second Colloque international de linguistique négro-africaine», Dakar.
- Actes II Congr. P.P.E.Q.** — «Actes de la deuxième session du Congrès panafricain de préhistoire et de l'étude du quaternaire», Argel, sept.-oct. 1952.
- Actes III Congr. U.I.S.P.P.** — «Actas del III Congreso de la Unión Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas», Zurich, 1950.
- Actes IV Congr. P.P.E.Q.** — «Actes du IV<sup>e</sup> Congrès panafricain de préhistoire et de l'étude du Quaternaire», Léopoldville, 1959, Tervuren, 1962, A.M.R.A.C. 40.
- Actes VII Congr. P.P.E.Q.** — «Actas del VII Congreso panafricain de Prehistoria y de Estudio del Cuaternario», Addis Abeba, 1971.
- Actes VI Congr. U.I.S.P.P.** — «Actas del VI Congreso de la Unión Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas», Roma.
- Actes IX Congr. U.I.S.P.P.** — «Actes du IX<sup>e</sup> Congrès de l'Union internationale des sciences préhistoriques et protohistoriques», Niza, 1976.
- Actes XV Congr. I.A.A.P.** — «Actes du Congrès international d'anthropologie et d'archéologie préhistorique», Paris.
- Actes 46 Congr. A.F.A.S.** — «Actes du 46<sup>e</sup> Congrès de l'Association française pour l'avancement de sciences», Montpellier, 1922.
- Actes Coll. Intern. Fer** — «Actes du Colloque international, Le fer à travers les âges, Nancy, 3-6 oct. 1956. *Annales de l'Est*, Mém. n.º 16, Nancy.
- Acts III P.C.P.Q.S.** — «Acts of the third panafrikan congress of prehistory and quaternary studies», Livingstone, 1955, Londres, Chatto and Windus, 1957.
- Acts IX INQUA Congr.** — «Acts of the IX<sup>th</sup> international association congress for quaternary research, Christchurch, Nueva Zelanda.
- A.D.G.** — «Abhandlungen des deutschen Geographentags».

- Africana** — «Africana bulletin», Varsovia.
- A.G.** — «Archaeologia geographica», Hamburgo.
- A.G.S.** — «American geographical society», Nueva York.
- A.H.S.** — «African historical studies», Brooklin (Mass.).
- A.J.H.G.** — «American journal of human genetics», Chicago.
- A.J.P.A.** — «American journal of physical anthropology», Filadelfia.
- A.L.R.** — «African language review», Freetown.
- A.L.S.** — «African language studies», Londres.
- A.M.R.A.C.** — «Annales du musée royal d'Afrique centrale», Série in 8°, *Sciences humaines*, Tervuren.
- A.M.R.C.B.** — «Annales du Musée royal du Congo belge».
- A.N.** — «African notes», Ibadán.
- Annales** — «Annales - Economies, sociétés, civilisations», París.
- Ant. Afr.** — «Antiquités africaines», París.
- A.S.A.E.** — «Annales du Service des antiquités de l'Égypte», El Cairo.
- A.S.A.M.** — «Annals of the South african museum», Ciudad del Cabo.
- A.T.** — «L'Agronomie tropicale», Nogent-sur-Marne.
- A.Z.** — «Afrika Zamani», periódico de la Asociación de Historiadores Africanos.
- B.A.S.E.Q.U.A.** — «Bulletin de l'association sénégalaise d'études quaternaires africaines», Dakar.
- B.A.U.G.S.** — «Bulletin of the All Union geographical society».
- B.C.E.H.S.** — «Bulletin du comité d'études historiques et scientifiques de l'Afrique occidentale française», Dakar.
- B.F.A.** — «Bulletin of faculty of Arts», El Cairo.
- B.G.H.D.** — «Bulletin de géographie historique et descriptive», París.
- B.G.S.A.** — «Bulletin of the geological society of America», Nueva York.
- B.I.E.** — «Bulletin de l'Institut d'Égypte», El Cairo.
- B.I.F.A.N.** — «Bulletin de l'Institut français (luego fundamental) d'Afrique noire», Dakar.
- B.I.F.A.O.** — «Bulletin de l'Institut français d'archéologie orientale», El Cairo.
- B.I.E.G.T.** — «Bulletin d'information et de liaison des instituts d'ethno-sociologie et de géographie tropicale», Abidjan.
- B.I.R.S.C.** — «Bulletin de l'Institut de recherches scientifiques du Congo».
- B.J.B.E.** — «Bulletin du jardin botanique de l'Etat», Bruselas.
- B.M.L.** — «Bowman memorial lectures», Nueva York, *The American geographical society*.
- B.N.H.S.N.** — «Bulletin of news of the historical society of Nigeria», Ibadán.
- B.R.A.S.** — «Bulletin of the royal asiatic society».
- B.S.A.** — «Bulletin de la Société d'anthropologie», París.
- B.S.A.E.** — «British school of archaeology in Egypt and egyptian research account», Londres.
- B.S.A.O.S.** — «Bulletin of the School of African and Oriental studies», Londres.
- B.S.E.R.P.** — «Bulletin de la Société d'études et de recherches préhistoriques», Les Eyzies.
- B.S.G.C.** — «Bulletin de la Société de géographie commerciale», Burdeos.
- B.S.G.F.** — «Bulletin de la Société géologique de France», París.
- B.S.H.N.A.N.** — «Bulletin de la Société d'histoire naturelle d'Afrique du Nord».
- B.S.L.** — «Bulletin de la Société de linguistique».
- B.S.P.F.** — «Bulletin de la Société préhistorique française», París.
- B.S.P.M.** — «Bulletin de la Société préhistorique du Maroc», Rabat.
- B.S.P.P.G.** — «Bulletin de la Société préhistorique et protohistorique gabonaise», Libreville.
- B.S.R.B.A.P.** — «Bulletin de la Société royale belge d'anthropologie et de préhistoire», Bruselas.
- B.S.R.B.B.** — «Bulletin de la Société royale de botanique de Belgique», Bruselas.
- B.U.P.A.** — «Boston university papers on Africa», Boston.
- C.A.** — «Current anthropology, a world journal of the Science of Man», Chicago.
- C.A.E.H.** — «Cahiers d'anthropologie et d'écologie humaine», Toulouse.
- C.D.A.P.C.** — «Companhia de diamantes de Angola», *Publicações culturais*, Lisboa.
- C.E.A.** — «Cahiers d'études africaines», París.
- C.H.E.** — «Cahiers d'histoire égyptienne», Heliópolis.
- C.H.M.** — «Cahiers d'histoire mondiale», París.
- C.J.A.S.** — «The Canadian journal of african studies/Revue canadienne des études africaines», Ottawa.

- C.L.A.D. — «Centre de linguistique appliquée de Dakar».
- C.M. — «Cahiers de la Maboke», Tervuren.
- C.O.R.S.T.O.M. — «Cahiers de l'Office de la recherche scientifique et technique d'Outre-Mer», *Série sciences humaines*, Paris.
- Coll. C.N.R.S. — «Colloques internationaux du Centre national de la recherche scientifique», Paris.
- C.R.A.P.E. — «Centre de recherches d'anthropologie, de préhistoire et d'ethnographie d'Alger».
- C.R.A.S. — «Compte rendu hebdomadaire des séances de l'Académie des sciences», Paris.
- C.R.S.B. — «Compte rendu de la Société de biogéographie».
- E.A.J. — «East African Journal», Nairobi.
- Econ. Bot. — «Economic Botany».
- Ecol. Monogr. — «Ecological Monographs».
- G.A. — «Geografiska annaler», Estocolmo.
- G.J. — «The geographical journal», Londres.
- G.S.A.B. — «Geological society of America bulletin», Boulder, Colorado (E.E.U.U.).
- G.S.A.M. — «Geological society of America memoir», Boulder, Colorado (E.E.U.U.).
- H.T. — «Hesperis Tamuda», Rabat.
- L'Homme — «L'Homme; Cahier d'ethnologie, de géographie et de linguistique», Paris.
- I.J.A.H.S. — «International journal of African historical studies», Boston.
- I.J.A.L. — «International journal of American linguistics», Bloomington.
- I.N.E.A.C. — «Institut national pour l'étude agronomique du Congo belge».
- I.P.H. — «International association of paper historians».
- I.R.S. — «Institut de recherches sahariennes» (Universidad de Argel).
- I.S.H.M. — «Institut des sciences humaines du Mali».
- J.A.H. — «Journal of African history», Londres.
- J.A.L. — «Journal of African languages», Hertford.
- J.A.F. — «Journal of American folklore», Washington.
- J.A.O.S. — «Journal of American oriental Society», Boston.
- J.A.T.B.A. — «Journal d'agronomie tropicale et de botanique appliquée».
- J. Afr. Soc. — «Journal of African Society».
- J.E.A. — «Journal of Egyptian archaeology», Londres, *Egypt exploration Society*.
- J.E.A.S.C. — «Journal of the East African Swahili committee», Kampala.
- J.H.S. — «Journal historique du Sokoto».
- J.H.S.N. — «Journal of the historical Society of Nigeria», Ibadán.
- J.M.A.S. — «Journal of modern African studies», Londres.
- J.N.S. — «Journal of Negro studies», Washington.
- J.R.A.I. — «Journal of the royal anthropological institute of Great Britain and Ireland», Londres.
- J.R.A.S. — «Journal of the royal Asiatic Society of Great Britain and Ireland», Londres.
- J.W.A.L. — «Journal of West African languages», Londres.
- Kush — «Kush», periódico del Servicio de Antigüedades de Sudán, Jartum.
- L.N.R. — «Lagos notes and records», Lagos.
- M.A.I. — «Mémoires de l'Académie des inscriptions et belles lettres», Paris.
- M.A.M. — «Mémoires de l'Académie malgache», Tananarive.
- M.I.R.C.B. — «Mémoires de l'Institut royal du Congo belge», Bruselas.
- M.N. — «Masca newsletter», the University museum, Filadelfia.
- M.S.B. — «Mémoires de la Société de Biogéographie».
- Mém. Soc. Ling. — «Mémoire de la Société de linguistique».
- N.A. — «Notes africaines», Dakar.
- O.J.S. — «The Ohio journal of Science», Colombo.
- O.M. — «Oduma Magazine», *Rivers State council for arts and culture*, Nigeria.
- P.A. — «Practical anthropology», Nueva York.
- P.N.A.S. — «Proceedings of National Academy of Sciences».
- P.C.P. — «Panafrican Congress of Prehistory».
- P.R. — «Polish review», Varsovia.
- P.T.R.S. — «Philosophical transactions of the royal Society of Londres: A. Mathematics and physical sciences», Londres.

- Proc. Burg. Wart. Symp. 56** — «Proceedings of the symposium held at Wartenstein, Austria, on the origin of African plant domesticates».
- Proc. Conf. Cult. Ecol.** — «Proceedings of the conference of cultural ecology», *Museum of Canada bulletin*.
- Proc. VII Congr. I.N.Q.U.A.** — «Proceedings of the VII<sup>th</sup> international association congress for quaternal research», Salt Lake City, Univ. Utah press.
- Proc. IX Congr. I.N.Q.U.A.** — «Proceedings of the IX<sup>th</sup> international association congress for quaternal research», Christchurch, Nueva Zelanda.
- Proc. III Intern. W.A.C.** — «Proceedings of the III<sup>rd</sup> International West African conference», Ibadán, 1949.
- Proc. Sem. A.S.E.W.A.** — «Proceedings of the Seminar on application of Sciences in examination of works of art», Boston, 1958.
- R.A.** — «Revue africaine, Bulletin de la Société historique algérienne», Argel.
- Rap. 12 C.I.S.H.** — «Rapport du 12<sup>e</sup> Congrès international des sciences historiques».
- R.E.** — «Revue d'égyptologie», Paris.
- S.A.A.A.S.** — «South African association for the advancement of Science», Johannesburg.
- S.A.A.B.** — «South African archaeological bulletin», Ciudad del Cabo.
- S.A.J.S.** — «South African journal of Science», Johannesburg.
- S.P.P.G.** — «Société préhistorique et protohistorique gabonaise», Libreville.
- S.W.J.A.** — «South western journal of anthropology», Albuquerque, Nuevo México.
- T.G.S.S.A.** — «Transactions of the geological Society of South Africa».
- T.H.S.G.** — «Transactions of the historical Society of Ghana», Legon, Accra.
- Trav. C.A.M.A.P.** — «Estudios y trabajos del Centro de Arqueología Mediterránea de la Academia Polaca de Ciencias», Varsovia.
- Trav. I.R.S.** — «Travaux de l'Institut de recherches sahariennes», Argel, Universidad de Argel.
- T.M.I.E.** — «Travaux et mémoires de l'Institut d'ethnologie», Paris.
- U.J.** — «Uganda journal», Kampala.
- W.A.** — «World archaeology», Londres.
- W.A.A.N.** — «West African archaeological newsletter», Ibadán.
- W.A.J.A.** — «West African journal of archaeology», Ibadán.
- W.A.R.** — «West African review», Londres.
- Z.E.S.** — «Zeitschrift für Eingeboren in Sprachen», Berlín.
- Z. Phon.** — «Zeitschrift für phonetik und allgemeine Sprachwissenschaft».



# INDICE

## ANTROPONIMOS

- Abdoulaye Souadou, Moham-  
med, 216  
Ahmadu Seku, 155.  
Ahmed Baba, 149.  
Ahmed Gran, 140.  
Ali Essa, 192.  
Amadou Fodia, 216.  
Amina, 69.  
Anibal, 120.  
Anokie, 68.  
Ardo Dembo, 192.  
Aru, 137.  
Askiya Muhammad (v. al-Hajj  
Askiya Muhammad).  
Bakary Dian, 31, 40.  
Balbus, 123.  
Bansoumana (o Banzoumana),  
192, 211.  
Belime, 220.  
Blyden, E. W., 59, 153.  
Bokar Ilo, 212.  
Bonke, 31.  
Bono Mansou, 40.  
al-Boury N'Diaye, 386.  
Buzurg Ibn Shariyar, 130.  
Cadamoto, 49.  
Cambises, 98.  
Catón, 777.  
Cervantes, 138.  
César, 120.  
Cetwayo, 143.  
Cugoano, Ottobah, 152.  
Chaka, 42, 68, 70.  
Chamzashe, G., 143.  
Cheleby, Evliya, 141, 145.  
Dakodonu (o Dokodonu), 272.  
Da Monzon, 30, 31, 32, 69.  
Dan Fodio, Cheikh Usman, 72,  
216.  
Danfo Siné, 192, 196, 197, 218.  
Deng, 305.  
Dina, 145.  
Dingaan, 143.  
Djeser, 684.  
Dubois, W. E. B., 88.  
Equiano, 157.  
Escipión, 121.  
Escipión Emiliano, 121.  
Fasiladas, 141.  
Flaco, 123.  
Gaolo, Mamadou, 215.  
Gaolo, Molom, 215.  
Gaolo, Wahab, 215.  
Gezo, 272.  
Gilé, 271, 272.  
Gregorio el Magno, 122.  
al-Hadjj Umar, 151, 155, 215,  
218.  
al-Hajj Askiya Mihammad, 71,  
154.  
Hammadi Djenngoudo, 220.  
Hannón, 119, 122, 660.  
Hatshepsout, 101.  
Herkhouf, 101, 305.  
Hitler, 290.  
Hor-Aha, 231.  
Horton, J. A. B., 52, 59, 153.  
Ibn Mbeng, 269.  
Idriss Ngada, 212.  
Isesi, 305.  
Iwa, 192, 211.  
Juba II, 120, 123.  
Kankou Moussa, 64, 776.  
Kati, 149.  
Kefrén, 248.  
Kéops, 233.  
Khayruddin Barbarossa, 137.  
Koco Barma, 269.  
Kouillel, 217.  
Kunta, 216.  
Lat-Dyor, 155.  
Latif, 192, 218.

- Lebna Dengel, 140.  
 Lobenguela, 143.  
 Luedji, 69.
- Ma-Ba, 155.  
 Magon, 120.  
 Mahmoudou Lamine, 155.  
 Mai Idriss Alaoma, 28, 150.  
 Makoro, 196.  
 Mança Ouéli (o Mansa Oulé), 38.  
 Manetón, 46.  
 Manifin, 196.  
 Materno, 123.  
 Mazimpaka Yuki III, 64.  
 Menelik II, 140.  
 Menes, 682.  
 Mohammed Ali, 138.  
 Momolu Duwela Bukele, 155.  
 Morice, 155.  
 Moshesh, 142.  
 Murad III, 28.  
 Mwindo, 165.  
 Mzilikazi, 143.
- Napoleón Bonaparte, 45, 138.  
 Narmer, 271, 272, 282.
- Ndaamal Gosaas, 269.  
 Neferkaré, 101.  
 Neferwptah, 232.  
 Ngoki, 143.  
 Njoya, 155.  
 Nunfayri, 197.
- Osei Bonsu, 73.  
 Osei Tutu, 68.  
 Osorkón III, 741.  
 Oubri, 43.  
 Oumarel Samba Dondo, 219.
- Pepi II, 305.  
 Ptolomeo I, 238.
- Qaa, 240.
- Rabih, 155.  
 Radama I, 152.  
 Rahaniraka, 152.  
 Raombana, 152.  
 Reubeni, D., 139.
- Saa Basi, 269.  
 Samory, 155.
- Saran, 32.  
 Senusret (o Sesostris), 240.  
 Sheikou Amadou, 218.  
 Sheikh Salah, 216.  
 Silamaka, 31.  
 Sinué, 759.  
 Sonni Ali, 67, 68, 71.  
 Sonni el Grande, 67.  
 Sundjata, 25, 29, 31, 38, 68, 69, 165, 182, 708.
- Taharqa, 741.  
 Tchaka, 385.  
 Tidjani, 217.  
 Tierno Bokar 'Salif, 185, 216, 222.  
 Tiyo Soga, 143.  
 Tutankhamon, 232, 684.
- Vasco de Gama, 144.
- Witbooi, H., 143.
- Yacouba Baoutchi, 71.  
 Yugurta, 381.
- Zaria, 69.

## AUTORES

- Abdari, 131.  
 Abd es-Salam Shabayani, 145.  
 Abraham, D. P., 31.  
 Abu'l-Fida', 46.  
 Abu Makhrama, 144.  
 Abu Zakariya, 131.  
 Acton, Lord, 53.  
 Adams, W. Y., 761.  
 Agathias, 122.  
 Aguessi, H., 31.  
 Ahmed Baba, 149.  
 Aitken, M. J., 237, 239, 240, 242, 243, 244, 245, 246, 247.  
 Ajayi, F. F. A., 82, 91.  
 Akinjogbin, I. A., 41.  
 Alagoa, E. J., 38, 82.  
 al-Alawi (v. Bibliografía).  
 Alberti, L., 142.  
 Alekseiev, 287, 305.  
 Alexander, Sir J., 142.  
 Alexandre, P. y S., 582.  
 Alexandre, P. (v. Bibliografía).  
 al-Alí, A. S., 124.
- Alimen, H., 400, 430, 599, 619, 624.  
 Allen, J. W. T., 152.  
 Almagro-Basch, M., 624.  
 Almeida, M. de, 49.  
 Amari, 128.  
 Amaury-Talbot, P., 100.  
 Amda Syon, 48.  
 Amer, M. (v. Bibliografía).  
 'Amir, 124.  
 Amo, A. W., 152.  
 Anciaux de Favaux, A., 558, 570.  
 Anderson, B., 153.  
 Ankermann, 296.  
 Antera Duke, 152.  
 Antoine, M., 606, 627.  
 Appien, 120.  
 Apter, D., 80.  
 Arab Faqih, 140.  
 Arambourg, C., 94, 298, 401, 439, 460, 462, 599, 601, 603, 627, 642.
- Arbousse, T., 142.  
 Arcelin, A., 616.  
 Arkell, A. J., 624, 628.  
 Aristodemo, 118.  
 Aristóteles, 120.  
 Arnett, E. J., 151..  
 Arom, S., 383.  
 Astvacatur Timbuk, 145.  
 Atherton, J. H., 654, 663.  
 Aubreville, H. (v. Bibliografía).  
 Avatik Bagdasarjan, 145.  
 Ayache, G. (v. Bibliografía).
- Ba, A. H., 38, 162, 185, 199, 202, 217, 270, 705, 712.  
 Babet, J., 558.  
 Baccari, 141.  
 Bachätly, 228.  
 Bada, J. L., 241, 533, 547.  
 Badger, G. P., 145.  
 al-Baghdadi, 131.  
 Bahrey, 140.

- Bailloud, A., 39.  
 al-Bakka'i, 155.  
 al-Bakri, 46, 129, 381.  
 al-Baladhori, 124.  
 Balandier, G., 776.  
 Balbi, A., 317.  
 Ball, J., 396.  
 Balout, L., 405, 603, 615, 620, 627, 687.  
 Bandy, 424.  
 Barber, E. J. W. (v. Bibliografia).  
 Barbey, C., 642.  
 Barbot, J., 49.  
 Barendson, G. W., 647, 650.  
 Barnes, C., 277.  
 Barrau, J., 720, 725.  
 de Barros, 48, 151, 384.  
 Barrow, J., 142.  
 el-Bartayli, Muhammad, 150.  
 Barth, H., 52, 148.  
 Basset, R., 139.  
 Bates, E., 282.  
 Battistini, R. (v. Bibliografia).  
 Baulin, J. (v. Bibliografia).  
 Baumann, H., 57, 166, 261, 265, 267.  
 Baumgartel, E., 743, 744.  
 Bayle des Hermens, R. de, 386, 558, 573, 577, 584, 593, 594, 699.  
 Baynon, J. (v. Bibliografia).  
 Beale, F. C., 663.  
 Beattie, J. (v. Bibliografia).  
 Beauchéne, G. de, 558.  
 Beaumont, P. B., 646.  
 Bebey, F. (v. Bibliografia).  
 Becker, C. H. (v. Bibliografia).  
 Beckingham, C. F., 49, 140.  
 Behrensmeyer, A. K. (v. Bibliografia).  
 Beidelman, T., 175.  
 Bello Muhammad, 71, 151.  
 Bendor-Samuel, J. T., 327.  
 Benezet, 50.  
 Bentley Glass, 289.  
 Bequaert, M., 558, 577, 589, 593.  
 Berbrugger, S., 137.  
 Berg, F. (v. Bibliografia).  
 Berger, R., 239, 240, 241.  
 Berggren, W. A. (v. Bibliografia).  
 Berque, J., 41, 389.  
 Berthier, H., 152.  
 Besançon, J., 741.  
 Biberson, P., 460, 464, 599, 601, 603, 620, 624.  
 Biebuyck, D. (v. Bibliografia).  
 Bird, J., 143.  
 Birdsell, J. B., 94.  
 Birot, P. (v. Bibliografia).  
 al-Biruni, 126.  
 Bishop, W. W., 429, 582, 646, 652.  
 Bittner, M., 145.  
 Bivar, A. D. H., 151.  
 Black, M., 465.  
 Blaue, W. H. J., 159.  
 Blankoff, B., 558, 589.  
 Bleek, D. F. (v. Bibliografia).  
 Bleek, W. H. I., 259, 260, 261, 311, 318, 319, 329, 702.  
 Bloch, M., 47, 777.  
 Blundel, H. W., 141.  
 Blyden, E. W., 59, 153.  
 Boahen, A. A. (v. Bibliografia).  
 Bobo, J., 627.  
 Boilat, 153.  
 Bonatti, E., 417.  
 Bond, G., 644.  
 Bonifay, E. (v. Bibliografia).  
 Bonis, L. de, 435.  
 Bonnefille, R., 423, 429.  
 Bonnel de Mézières, A. (v. Bibliografia).  
 Bonnet, A., 621.  
 Bordes, 603.  
 Bosman, W., 49.  
 Boston, J. S. (v. Bibliografia).  
 Bouah, N., 273.  
 Boubou Hama, 162.  
 Boule, M., 601.  
 Bounak, V., 769.  
 Bouyssonie, J. (v. Bibliografia).  
 Bovier-Lapierre, P. (v. Bibliografia).  
 Bovill, E. W., 60.  
 Bowditch, T. E., 52.  
 Bowen, 429.  
 Bowler, 412, 417, 421.  
 Boxer, C. R., 141.  
 Boyd, 287, 292.  
 Boyle, A. H. (v. Bibliografia).  
 Brädbury, R. E. (v. Bibliografia).  
 Brahimi, C. (v. Bibliografia).  
 Braidwood, R. J., 719, 730.  
 Brain, C. K., 447, 531.  
 Brasio, A., 158.  
 Braudel, F., 26.  
 Breasted, J. H., 299, 759.  
 Breuil, Sacerdote H., 454, 457, 458, 462, 463, 558, 567, 574, 654, 702, 716.  
 Brezillon, M. N., 537.  
 Brock, 429.  
 Broom, R., 439, 447, 465.  
 Brothwell, D., 641.  
 Broutanoh, A. (v. Bibliografia).  
 Brown, E. J. P., 59, 419.  
 Browne, W. G., 140.  
 Bruce, J., 52, 140.  
 Bruckenstein, S., 227, 228, 229.  
 Bruggmann, M., 711.  
 Brunschwig, H., 87.  
 Brunschwig, R., 124.  
 Brunton, G., 743, 746.  
 Brusciotto, A. F. H., 160.  
 Bryan, A., 262, 263, 264, 311, 328.  
 Bryant, A. T., 143.  
 Bucha, V., 240, 242.  
 Buda, J. L. (v. Bada).  
 Budel, J., 398.  
 Bulck, G. V. (v. Bibliografia).  
 Burke, K., 644.  
 Burton, R., 52, 55, 147.  
 Butler, J. (v. Bibliografia).  
 Butzer, K. W., 395, 396, 401, 412, 416, 430, 582, 615, 643, 743.  
 Buzurg Ibn Shariyan, 126.  
 Bynon, J. (v. Bibliografia).  
 Cabu, F., 558, 563.  
 Cadamosto, 49.  
 Cadenat, P. (v. Bibliografia).  
 Cadornega, A. de Oliveira de, 50.  
 Cahen, D., 558, 586, 587, 588, 589, 592, 594, 595.  
 Cahen, H., 151.  
 Calame, 380.  
 Caley, E. R., 228, 231, 234.  
 Campbell, R., 1153, 642.  
 Camp-Fabrer, H. (v. Bibliografia).  
 Camps, G., 606, 652, 658, 743, 744.  
 Candolle, A. de, 724, 725.  
 Caporiano, L. de (v. Bibliografia).  
 Capot-Rey, R., 615.  
 Caprille, Y. P., 263.  
 Captain, J., 152.  
 Cardaire, M., 185.  
 Carré, J. M., 138.  
 Carson, P., 156.  
 Cartailhac, C., 462.  
 Carter, G. F., 589.  
 Carter, P. L., 655.  
 Casalis, E., 142.  
 Casely-Hayford, J. E., 59.  
 Casiodoro, 122.  
 Cass, F., 380.  
 Castanhoso, M., 140.  
 Castries, H. de, 137.  
 Caton-Thompson, G., 618, 624, 627, 658, 745, 747.  
 Cavalli-Sforza, L., 288.  
 Cavazzi de Montecudolo, 50, 182, 272.  
 Celis, M., 592.  
 Cenival, J. L. de, 742, 744, 748.  
 Cerulli, E., 126, 152.  
 Cipriano, 121.  
 Cissé, K., 663.  
 Cissoko, S. M. (v. Bibliografia).  
 Claridge, W. W., 60.  
 Clark, Sir George, 53.

- Clark, Graham, 658, 662.  
 Clark, J. D., 238, 364, 365, 370, 380, 558, 577, 579, 582, 583, 584, 588, 590, 594, 628, 632, 641, 643, 646, 647, 649, 650, 656, 690, 724, 726.  
 Clarke, J., 317.  
 Clarke, R., 447.  
 Clark-Howell, F., 94, 439, 447.  
 Cockerell, T. D. A., 371.  
 Coetzee, J. A., 583.  
 Cohen, D. W., 82, 271.  
 Cohen, M., 261, 262, 263, 308.  
 Cole, D. T., 316.  
 Cole, G. H., 291.  
 Cole, S. (v. Bibliografía).  
 Coleman, J. S., 80.  
 Coles, J. M. (v. Bibliografía).  
 Colette, J., 558, 577, 588, 594.  
 Connah, G., 656.  
 Constant, D., 383.  
 Conti Rossini, C., 54.  
 Cook, R. M., 242, 243, 429.  
 Cooke, C. K. (v. Bibliografía).  
 Cooke, H. B. S., 394, 582.  
 Coon, C. S., 654.  
 Copans, J., 35.  
 Coppens, Y., 39, 94, 96, 430, 439, 623, 641, 642.  
 Corbeil, R., 647, 649, 650.  
 Corippus, 122.  
 Cornevin, R., 87.  
 Cosmas Indicopleustes, 46, 119.  
 Coupez, A. (v. Bibliografía).  
 Coursey, D. G. (v. Bibliografía).  
 Courtois, C., 122.  
 Creach, P., 647.  
 Crone, G. R., 49.  
 Crowder, M., 82.  
 Crowther, S., 153, 318.  
 Cugoano, Ottobah, 152.  
 Cunha, A. da, 50.  
 Cuny, A. (v. Bibliografía).  
 Cuoq, J., 125.  
 Curry, R. R. (v. Bibliografía).  
 Curtin, P. D., 146, 158, 160.  
 Curtis, 242.  
 Cust, R. N., 318, 320.  
 Cuvelier, J., 158.
- Chabot, 131.  
 Chamard, P. H., 619.  
 Chambers, D., 156.  
 Chamlá, M. C., 628, 657.  
 Chamot, E. M., 227.  
 Champault, B., 624.  
 Chamzashe, G., 143.  
 Chasseloup-Laubat, F. de (v. Bibliografía).  
 Chavaillon, J., 400, 439, 451, 460, 501, 599, 619, 621, 624.  
 Chelebi, Evliya, 141, 145.
- Chelu, A., 739.  
 Chesneaux, J., 779.  
 Chevallier, A., 723, 733.  
 Childe, G., 719.  
 Chulch, R. J. H. (v. Bibliografía).
- Dachraoui, M., 125.  
 Dagan (v. Degan).  
 Daget, J., 217.  
 Dahl, O. C., 583.  
 Dain, A., 109.  
 Dalby, D. A., 155, 264, 326, 337, 338, 339.  
 Dalloni, M., 624.  
 Dalton, G., 85.  
 Dalzel, A., 50, 51, 148.  
 Dampierre, E. de, 270.  
 Dandelot, F., 641, 642.  
 Dan Fodio, A., 151.  
 Daniel, G., 660.  
 Daniels, C., 662.  
 Danquah, J. B., 59.  
 Daoud, 137.  
 Dapper, O., 49, 50.  
 el-Darci, Ahmad, 137.  
 Darjini, 131.  
 Darlington, C. D., 720.  
 Dart, R., 54, 438, 457, 458.  
 Darwin, C., 285, 298, 467, 521.  
 David, N., 558.  
 Davidson, B. (v. Bibliografía).  
 Davies, O., 642, 644, 647, 649, 650, 652, 654, 655, 657, 662, 720.  
 Davison, C. C., 230, 238.  
 Day, M. H. (v. Bibliografía).  
 Dayrell, 155.  
 Deacon, H. J. (v. Bibliografía).  
 Debono, F. (v. Bibliografía).  
 Degan, T., 650.  
 Delafosse, M., 36, 48, 56, 60, 126, 149, 150, 255, 261, 262, 264, 265, 266, 309, 316, 321, 326.  
 Delange, M. (v. Leiris, Bibliografía).  
 Delany, M. R., 153.  
 Delaporte, 102.  
 Delcroix, R., 631, 654.  
 Delibrias, G., 582, 589.  
 Delivre, A. (v. Bibliografía).  
 Demougeot, 692.  
 Denis, J. (v. Bibliografía).  
 Denninger, E., 238.  
 Deny, J., 136.  
 Descamps, C., 642, 652, 663.  
 Deschamps, H., 87, 90.  
 Desplagnes, L., 654, 663.  
 Despois, J. (v. Bibliografía).  
 Destaniq, E. (v. Bibliografía).  
 Deva, I. (v. Bibliografía).  
 Devisse, J., 108.
- al-Dhahabi, 128.  
 Diabate, M., 270.  
 Diagne, P., 263, 269, 270.  
 Diallo, T., 150.  
 Diehl, C., 122.  
 Dieng, A. A., 777.  
 Dieterlen, G., 38, 270, 282, 380.  
 Dike, K. O., 61, 86.  
 al-Dimashki, 131.  
 Dimbleby, G. W., 246, 658.  
 al-Dinawari, 124.  
 Diodoro, 119, 120, 123.  
 Diop, C. A., 261, 272, 321, 660.  
 Diop, M., 777.  
 Dixon, 286.  
 Dobhofer, E., 100.  
 Doize, R. L., 558.  
 Doke, C. M., 316.  
 Dolgopolskij, 264.  
 Doresse, J., 118.  
 Dorize, L., 410.  
 Dorson, R. M. (v. Bibliografía).  
 Dorst, J. P., 641, 642.  
 Drar, M. (v. Bibliografía).  
 Dreimanis, 412.  
 Drexel, A., 261, 321.  
 Drioton, E., 114, 118.  
 Droux, G., 558.  
 Droyat, 102.  
 Dubief, J., 615.  
 Dubois, E., 465.  
 Dubois, W. E. B., 88.  
 Dumoulin de Laplante, 771.  
 Dunham, D., 763.  
 Dunhill, A. (v. Bibliografía).  
 Dupuis, J., 52.  
 Duveyrier, H., 623.  
 Duvigneaud, P., 583.  
 Duyvendak, J. J. L., 114.
- Eboué, F., 558.  
 Edwards, I. E. S., 239, 240.  
 Egharevba, J. U., 59.  
 Ehret, C., 34.  
 Ehrlich, C., 86.  
 Eicksedt, 286.  
 Elouard, P., 644, 649.  
 Emery, W. B., 755.  
 Emiliani, 424.  
 Emphoux, J. P., 589.  
 Engelmayr, R. (v. Bibliografía).  
 Ennouchi, E. (v. Bibliografía).  
 Epaulard, E., 144.  
 Equiano, O., 152.  
 Ericson, D. B., 418.  
 Erman, A. (v. Bibliografía).  
 Estrabón, 46, 119, 120, 123, 733, 757.  
 Eutropio, 120.  
 Evernden, 242.

- Ewing, 227.  
 Eyo, E., 655.  
 Eyre, S. R., 367.
- Fald Hassan, Yusuf, 139.  
 Faagri, K., 246.  
 Fagan, B. M., 591, 592, 663.  
 Fage, J. D., 86, 91, 389, 720.  
 Fagg, A., 655, 662.  
 Fagg, B. E. B., 644, 650, 655, 662, 663.  
 Farag, N., 228, 232.  
 Farine, B., 558, 589.  
 Farrand, 424.  
 Farrel-Fasi, M., 321.  
 Faulkner, R. O., 759.  
 Faure, H., 412, 619, 644, 649.  
 Ferembach, D. (v. Bibliografía).  
 Ferguson, J., 660.  
 Fields, P. R., 231.  
 Filesi, T., 114.  
 Filipowiark, R. (v. Bibliografía).  
 Filocoro, 118.  
 Finnegam, R. (v. Bibliografía).  
 Finzi, V., 549.  
 Fisher, R., 60.  
 Flamand, G. B. M., 618, 634.  
 Fleming, H. C., 323, 662.  
 Flight, C., 641, 655.  
 Flint, R. F. A., 394, 397, 412, 582, 643.  
 Flutre, L. F. (v. Bibliografía).  
 Fodor, I., 323.  
 Foerster, R., 303.  
 Forbes, R. J. (v. Bibliografía).  
 Ford, J., 26.  
 Forde, D., 152.  
 Fortes, M. (v. Bibliografía).  
 Fosbrooke, H. A. (v. Bibliografía).  
 Foureau, F., 618.  
 Fournier, F. (v. Bibliografía).  
 Foy, Y., 333.  
 Freeman, T. B., 153.  
 Freeman-Grenville, G. S. P., 48, 151.  
 Frisk, H., 119.  
 Frobenius, L., 36, 57, 58, 126, 267, 296, 618, 689, 698, 699, 700, 702, 713.  
 Froger, J. (v. Bibliografía).  
 Froude, J. A., 53.  
 Fuhlrott, 464.  
 Fu Kiau, 162.  
 Fuller, F., 60.  
 Furon, R., 771.  
 Fynn, N. F., 142.
- Gabel, C., 641, 767.  
 Gaden, H., 150.  
 Galton, F., 142.
- Ganshof, 777.  
 Gardiner, A. H., 114, 748, 751, 752.  
 Gardner, E. W., 747.  
 Gardner, J. V., 415, 618, 658.  
 Garlake, P. (v. Bibliografía).  
 Garstin, 396.  
 Gasse, F., 412, 416, 417, 421, 423.  
 Gateau, 124.  
 Gaudefroy-Demombynes, M., 129.  
 Gausson, M. y J., 629.  
 Gautier, F. F., 615, 623, 627.  
 Gavassi de Motocculuo (v. Cavazzi de Montecudolo).  
 Gelzer, 122.  
 Gentner, W., 241.  
 George, A. W., 234.  
 Germain, G., 122.  
 Gervais, 438.  
 Geus, F. (v. Bibliografía).  
 Ghalboun, M., 137.  
 de Gheel, 160.  
 Giauque, R. D., 238.  
 Giegengack, R. F., 401, 430.  
 Giglio, C., 141, 158.  
 Gignoux, M., 462.  
 Gilbert, E. W., 361.  
 Girard, P. P., 120.  
 Glélé, M. A., 105, 271, 282.  
 Gobert, E. G., 604, 607, 609, 612.  
 Goblot, J. J. (v. Pelletier, Bibliografía).  
 Godee-Molsbergen, E. C., 142.  
 Goeje, 126.  
 Goitein, S. D., 127.  
 Goldie, 57.  
 Golenischeff, 114.  
 Goodwin, A. J. H. (v. Bibliografía).  
 Goody, J., 169, 171.  
 Gorog-Karady, V. (v. Bibliografía).  
 Gourou, P. (v. Bibliografía).  
 Gqoba, W. W., 143.  
 Graft-Johnson, J. W. de, 59.  
 Gramsci, A., 780.  
 Grandier, A. y G., 316.  
 Gray, Sir J., 60.  
 Gray, R., 156.  
 Graziosi, P. (v. Bibliografía).  
 Grätzini, 424.  
 Greenberg, J. H., 34, 56, 57, 255, 257, 259, 261, 262, 263, 264, 265, 267, 309, 311, 318, 321, 322, 325, 326, 327, 328, 336, 337, 338, 519, 657.  
 Gregersen, E., 311.  
 Grevebroek, G. de, 141.  
 Griaule, M., 269, 270, 282, 380.  
 Griffith, F. L., 759.
- Grohmann, 124.  
 Grove, A. T., 396, 644.  
 Gruet, M., 627.  
 Gsell, S., 122.  
 Guebhard, P., 654.  
 Guernier, F. (v. Bibliografía).  
 Guest, R., 125.  
 Guillain, M., 52.  
 Guillén, N., 87.  
 Guillot, R., 7.  
 Guitat, R., 627.  
 Guma, S. M. (v. Bibliografía).  
 Guthrie, M., 34, 267, 269, 313, 327.  
 Gyarmathy, 317.
- Haberland, E., 699, 700, 713.  
 Hadjigeorgiu, C., 589.  
 Haesaerts, P., 587.  
 Haier, P. E. H., 160.  
 Halkin, L. E. (v. Bibliografía).  
 Hall, E. T., 223, 224, 229, 230, 244, 247.  
 Hallemands, J., 660.  
 Halpern, J. W., 227.  
 Hamet, I., 139.  
 Hamilton, E. I., 241.  
 Hammen, van der, 412, 424.  
 Hampaté, Ba, A. (v. Ba).  
 Hamy, E. T., 654.  
 Hàn, M. G., 239, 240.  
 Hanotaux, G., 53.  
 Hansberry, L., 88.  
 Hansen, C. L., 401, 430.  
 Hardy, A., 767.  
 Hargreaves, J. D., 86.  
 Harlan, J. R., 658.  
 Harley, G. W., 382.  
 Harries, L., 152.  
 Harris, D., 723.  
 Harris, J. E., 227.  
 Harris, J. R., 745.  
 Hartle, D. D., 656, 662.  
 Hartmann, F., 741.  
 Hasán al-Wazzan el-Zayyati, o Hasán Ibn Mohammad al-Wuzza'n (v. León el Africano).  
 Hau, E., 282.  
 Haudricourt, 735.  
 Hay, R. L., 429.  
 Hayes, W. C., 740, 743.  
 Hays, J. D., 392, 415.  
 Heath, P. L., 151.  
 Hebert, R. P. J., 384.  
 Hedin, 735.  
 Hegel, 51, 296.  
 Heintze, B. (v. Bibliografía).  
 Heznelin, J. de Braucourt de, 398, 401, 430, 577, 591.  
 Helmi, F. M., 234.  
 Henige, D. P., 73.

- Henricksen, E., 232.  
 Herbert, E. W. (v. Bibliografía).  
 Herman, 424.  
 Heródoto, 46, 115, 118, 122, 660, 741, 757.  
 Hervieu, J., 558.  
 Herzog, R., 305.  
 Hester, J. J., 723.  
 Heusch, L. D. (v. Bibliografía).  
 Heymourbi, A. (v. Mokhtar, Bibliografía).  
 Hiben, F. C. (v. Bibliografía).  
 Hiernaux, J., 43, 289, 292, 293, 303, 592.  
 Higgs, E. S., 549.  
 Hill, P., 81.  
 al-Himyari, 131.  
 Hintze, F., 263, 330, 756.  
 Hirth, F., 114.  
 Hiskett, M., 151.  
 Hjalmar, L., 743.  
 Hockett, C. F. (v. Bibliografía).  
 Hodge, C. T., 263.  
 Hodgkin, T., 48, 80, 150.  
 Hoffmann, I. (v. Bibliografía).  
 Hofstetter, R., 642.  
 Hohenberger, J., 328.  
 Holas, B., 654.  
 Holm, C., 122.  
 Holm, E., 690, 702, 713.  
 Holub, E., 687.  
 Homburger, L., 259, 261, 321.  
 Homero, 115.  
 Honea, 297.  
 Honorable Naber, 142.  
 Hoore, J. de (v. Bibliografía).  
 Horton, J. A. B., 52, 59, 153.  
 Houdas, O., 137, 151.  
 Houis, M., 33, 35, 380, 382.  
 Howell, F. C., 429.  
 Howells, W. W., 766.  
 Hrbeek, I., 113, 126.  
 Huard, P., 29, 662, 708, 764.  
 Hubert, R., 654.  
 Hue, E., 654.  
 Hugot, H. J., 460, 599, 606, 618, 619, 624, 627, 632, 649, 652, 690, 695, 709, 711, 714, 715, 716, 723, 726.  
 Huntingford, G. W. B., 49, 140, 328.  
 Hunwick, J. O., 27, 150.  
 Hurzeler, J., 438.  
 Huxley, A., 521.  
 Huzayyin, S. A., 615.  
 Iakimov, V. P., 769.  
 Ibn'Abd al-Hakam, 124.  
 Ibn Abi Zar', 128.  
 Ibn Adwar, 150.  
 Ibn al-Athir, 128, 129.  
 Ibn Battuta, 27, 46, 70, 98, 129, 382, 389, 733, 776.  
 Ibn al-Fakih, 126.  
 Ibn Fartuwa, 150.  
 Ibn Fatima, 129.  
 Ibn Hawkal, 126.  
 Ibn al-Indhari, 125, 128.  
 Ibn Iyas, 138.  
 Ibn Jubayr, 131.  
 Ibn Kahaldun, 38, 47, 115, 129, 136, 775.  
 Ibn Khordadbeh, 126.  
 Ibn Majid, Ahmad, 144, 145.  
 Ibn Mufrah, 131.  
 Ibn Othman, 137.  
 Ibn al-Saghir, 127.  
 Ibn Sa'id al-Gharnata, 129.  
 Ibn Shaddad, 129.  
 al-Idrisi, 46, 129.  
 Iliffe, J., 81.  
 Indicopleustes (v. Cosmas Indicopleustes).  
 Inskeep, R. R. (v. Bibliografía).  
 Irstam, T., 57.  
 Isaac, G. L., 439.  
 Isaac, N., 142.  
 Isaro, F., 232.  
 Iskander, Z., 228, 231, 232, 233.  
 Isnard, H. (v. Bibliografía).  
 Issard, 424.  
 Ita, K. M., 58.  
 Iversen, J., 246.  
 Iyadh, 131.  
 el-Jabarti, 138.  
 Jabawu, T., 143.  
 Jabvu, D. T., 144.  
 Jackson, J. G., 145.  
 Jacquard, A., 291.  
 Jadin, L., 158.  
 Janmart, J., 558.  
 Jahiz, 115.  
 Jason, H. (v. Bibliografía).  
 Jeffreis, M. D. W., 266.  
 Johanson, D. C., 429, 439, 525.  
 Johnson, S., 59, 86, 153, 179.  
 Johnston, Sir H., 56, 60, 261, 269, 313, 320.  
 Joire, J., 656.  
 Jones, D. H. (v. Bibliografía).  
 Jones, W., 317.  
 Jorge de Chipre, 122.  
 Joubert, G., 632.  
 Jousse, M., 33.  
 Julien, C. A., 80.  
 Junker, H., 744.  
 Justiniano, 119, 122.  
 Justino, 120.  
 Kaabi, 125.  
 Kagame, A. (v. Bibliografía).  
 Kagwa, A., 59.  
 Kaiser, W. (v. Bibliografía).  
 Kalk, P., 34.  
 Kamara, Ch. M., 86, 150.  
 Kamel, Yusuf, 119, 123, 159.  
 Katwinken, 464, 561.  
 Keller, C. M. (v. Bibliografía).  
 Kelley, H., 558.  
 Kendall, 416.  
 Kennedy, R. A., 656.  
 Kensdale, W. E. N. (v. Bibliografía).  
 Kent, P. E., 582.  
 Kent, R. K., 82.  
 Kesteloot, L., 31, 270.  
 el-Kettani, M. I., 27.  
 Khalatyanc, G., 146.  
 Khalifa b. Khayyat, 124.  
 Khalil, F. (v. Bibliografía).  
 Khanyhov, M., 145.  
 al-Khaymi al-Kawkabani, 141.  
 al-Khwarizmi, 115, 125.  
 Kiewiet, C. W. de, 54.  
 Kilham, H., 317.  
 Kindi, 125.  
 Kiwanuka, M. S. H. (v. Bibliografía).  
 Ki-Zerbo, J., 156, 690.  
 Klein, R. G. (v. Bibliografía).  
 Koechlin (v. Bibliografía).  
 Koelle, S. W., 55, 160, 255, 260, 261, 264, 317.  
 Koenigswald, G. H. R. von, 450.  
 Kohler, O. (v. Bibliografía).  
 Kohl-Larsen, L., 439.  
 Kolb, P., 142, 307.  
 Kolthoff, I. M., 227, 228, 229.  
 Kouyate, N. (v. Bibliografía).  
 Kramers, 126.  
 Kretschmar, F., 58.  
 Kretzoi, M., 435.  
 Krzyzaniak, L., 741.  
 Kubbel, L. E., 87, 125, 126, 129.  
 Kukla, G. J. (v. Bibliografía).  
 Kuptsov, A., 720.  
 Labouret, H., 60.  
 Lacroix, F., 270, 558.  
 Lajoux, J. D., 689, 694, 697, 702, 712.  
 Lall, B. B. (v. Bibliografía).  
 Lamb, H. H. (v. Bibliografía).  
 Lambert, N., 660.  
 Landman, 287.  
 Lanfranchi, R. (v. Bibliografía).  
 Laroui, A., 111, 122, 128.  
 Lartet, E., 464.  
 Lassort, A. (v. Bibliografía).  
 Laude, J. (v. Bibliografía).  
 Lauer, J. P. (v. Bibliografía).  
 Law, R. C. C., 41, 59, 660.  
 Lawson, A. C., 396.  
 Laya, D. (v. Bibliografía).  
 Leakey, 394, 429, 439, 463, 464, 518.

- Leakey, L. S. B., 54, 435, 439, 461, 463, 472, 475, 492, 514, 517, 557, 561, 582, 643.  
 Leakey, M. D., 439, 458, 501, 641.  
 Leakey, R. E. F., 439, 641.  
 Lebeuf, J. P., 151.  
 Leclant, J., 708.  
 Lee, D. N. (v. Bibliografía).  
 Lee, R. B., 723.  
 Lefebvre, G., 759.  
 Lefevre, H., 386.  
 LeGros-Clark, W. E. (v. Bibliografía).  
 Le Hérisse, 272.  
 Leiris, M. (v. Bibliografía).  
 León el Africano, 46, 47, 123, 144.  
 Lepsius, C. R., 261, 318, 319, 320, 329.  
 Leroi-Gourhan, A., 384.  
 Le Roy, P., 558.  
 Leslau, W., 263, 305.  
 Le Tourneai, R., 136.  
 Levallant, G., 142.  
 Lévi-Provençal, E., 124, 137.  
 Lévi-Strauss, C., 36, 83.  
 Levzion, N., 48, 126, 663.  
 Lewicki, Y., 126, 127, 129, 138.  
 Lewin, S. Z., 240, 250.  
 Lewis, R., 333.  
 Lewontin, R. C., 288.  
 Lhote, H., 144, 624, 662, 687, 690, 707, 712, 715.  
 Libra, 114.  
 Lichtenstein, H., 142, 317.  
 Linares de Sapir, O., 656.  
 Linington, R. E., 245, 246, 247.  
 Linné, C., 290, 291, 463, 473.  
 Linschotten, van, 159.  
 Lippolt, H. J., 241.  
 Livingstone, D., 142.  
 Livingstone, F. B., 289, 412, 416, 421.  
 Lo, A. (v. Bibliografía).  
 Lods, A., 118.  
 Lofgren, O., 144.  
 Lombard, J., 558.  
 Lombardini, 396.  
 López, D., 50, 97.  
 Louw, J. T., 690.  
 Lubbock, J., 302, 464.  
 Lucas, A., 231, 232, 238, 745, 746, 761, 763, 764.  
 Lucas, Ch., 53.  
 Lucas, G. P. (v. Bibliografía).  
 Lucas, J. O., 59, 660.  
 Ludolf, Hiob, 49, 140, 316.  
 Lugard, Lord, 57.  
 Lukas, J., 262, 322.  
 Lushan, 297.  
 Lyell, C., 465.  
 Lynch, H. R., 152.  
 Ma, R., 263, 325.  
 Macaulay, Lord T. B., 77.  
 McBurney, C. D. M., 606, 620, 652.  
 Mace, A., 747.  
 MacGaffey, W., 172.  
 MacGregor, 155.  
 MacIntyre, 412, 415.  
 MacIver, D. R., 747.  
 Mackay, E., 748.  
 Mackenzie, J., 41.  
 MacMichael, H. A., 139.  
 MacMillan, W. M., 54.  
 MacNeish, R. S., 719.  
 Maddish el-Safakusi, 137.  
 Madjimu'a, Akhbar, 125.  
 Maes, E., 663.  
 Mahabava, J., 144.  
 Maître, J. P. (v. Bibliografía).  
 Makki, A. M., 128.  
 al-Makrisi, 128.  
 Malcom X. (v. Bibliografía).  
 Maley, J., 410, 415.  
 Malik, 131.  
 Malinowski, B., 35, 57, 82.  
 Mallams Hassan, 151.  
 Malowist, M. (v. Bibliografía).  
 Malraux, A., 388, 713.  
 Mammati, 128.  
 Manessy, G., 311.  
 Mannuni, 125.  
 Manso, P. (v. Bibliografía).  
 Mansour, Chefik, 138.  
 Mantran, R., 136.  
 Maquet, J. J., 388, 776, 777.  
 Maret, P. de, 588, 593, 595.  
 Margat, J., 400.  
 Marin de Tyr, 123.  
 Marin, P. (v. Bibliografía).  
 Marliac, A., 558.  
 Marrou (v. Bibliografía).  
 Martin, B. G., 28.  
 Martin, D., 383.  
 Martín del Molino, 593, 656.  
 Martins, R., 593.  
 Marty, P., 139.  
 Marx, K., 106, 775, 776, 779.  
 Mas-Latrie, 128.  
 Mason, C. W., 227.  
 Massaquoi, M. (v. Bibliografía).  
 Massoulard, E. (v. Bibliografía).  
 al-Mas'udi, 46, 115, 126.  
 Matheus, A., 654.  
 Matveiev, V. V., 87, 125, 126, 129.  
 Mauny, R., 60, 86, 111, 114, 122, 123, 124, 126, 144, 627, 642, 647, 654, 656, 660, 662, 663, 692.  
 Mazrui, A. A., 81, 148.  
 Mayr, E., 289.  
 Mbiti, J., 270.  
 M'Bow, A. M., 86.  
 Meehan, E. J., 227, 228, 229.  
 Meillassoux, C. (v. Bibliografía).  
 Meillet, A., 261.  
 Meinhof, C., 261, 262, 265, 266, 297, 309, 311, 320, 322, 326, 328, 330.  
 Meknasi, A., 136.  
 Menandro, 118.  
 Menghin, O. (v. Bibliografía).  
 Menquin, J. (v. Bibliografía).  
 Mercier, P. (v. Bibliografía).  
 Merivale, H., 53.  
 Metcalfe, G. E., 158.  
 Meyerowitz, E. L. R., 59.  
 Meyers, P., 230.  
 Michael, H. N., 239, 240.  
 Migeod, F. W., 261, 273.  
 Migne, 119.  
 Miguel el Sirio, 131.  
 Milankovitch, 583.  
 Miller, J. A., 427, 429.  
 Miller, S., 589.  
 Milsted, J., 232.  
 Minette de Saint-Martin, 627.  
 Miquel, A., 126, 129.  
 Mischlish, A. (v. Bibliografía).  
 Moene, K., 270.  
 Moeyersons, J., 582, 583, 594.  
 Moffat, R., 142.  
 Mofolo, T., 388.  
 Mohammadou, A. y E., 35.  
 Mokhtar, H. (v. Bibliografía).  
 Mokhtar Soussi, 137.  
 Molema, S. M., 143.  
 Mommsen, 122.  
 Momolu Masakwa, 282.  
 Mondjannagni, A. (v. Seck, Bibliografía).  
 Moniot, H., 167.  
 Monod, T., 144, 396, 400, 412, 615, 634, 656, 709, 715.  
 Montagu, 289.  
 Monteil, C., 60.  
 Monteil, V., 47, 139, 150.  
 Montet, 218.  
 Monteyne, R. (v. Mortelmans, Bibliografía).  
 Montfrans, H. M. van, 409.  
 Moodie, D., 141.  
 Moorsel, H. van, 558, 577, 588, 590.  
 More, B. (v. Bibliografía).  
 Moreau, R. E., 645.  
 Morel, J. (v. Bibliografía).  
 Moreno, M. (v. Bibliografía).  
 Moret, A., 750.  
 Morgan, E., 767.  
 Morgan, J. de, 462.  
 Morgan, L. H., 296.  
 Morgan, W. B., 367.  
 Mori, F., 652, 658, 690.  
 Moriano, L., 316.

- Moritz, B. (v. Bibliografía).  
 Morner, N. A., 412, 418.  
 Morrisson, R. B. (v. Bibliografía).  
 Mortelmans, G., 460, 557, 558, 559, 574, 577, 588, 589, 593.  
 Mortillet, G. de, 462.  
 Moscati, S. (v. Bibliografía).  
 Moss, R. L. B., 751.  
 Movius, H., 460.  
 Mufuta, 270.  
 Mukhtar Wuld Hamidun, 139.  
 Müller, D. K., 142.  
 Müller, F., 265, 266, 318, 319.  
 Mu'nis, H., 128.  
 Munson, P., 634, 652, 656, 662.  
 Murdock, G. P., 57, 81, 333, 337.  
 Murray, G., W., 261.  
 al-Murshidi (v. Bibliografía).  
 Muzur, A., 228.  
 Mveng, E., 86.  
 Myint, H., 84.  
  
 Nachtigal, G., 52.  
 Napier, 463.  
 Al-Nasiri al-Slawi, 137.  
 Nbiti, J. (v. Bibliografía).  
 Nei Masatoshi, 291.  
 Nenquin, J., 577, 584, 587, 591.  
 Newberry, 118.  
 Newbury, C. W., 158.  
 Newman, P., 263, 325.  
 Newton, A. P., 53, 54.  
 Ngoki, 143.  
 Niane, D. T., 82, 270.  
 Nielsen, O. V., 752.  
 Nilsson, E., 395, 398, 582.  
 Nketia, H. J. (v. Bibliografía).  
 Nkrumah, K., 91.  
 Nordström, H. A., 741, 744, 752, 753, 759.  
 Norris, E., 270.  
 Norris, H. T., 50, 139, 317, 318.  
 Nosek, E., 228.  
 Noten, E. van, 592.  
 Noten, F. van, 558, 579, 587, 591, 592, 594, 595.  
 Nurudin, 137.  
 al-Nuwairi, 129.  
  
 Oakley, K. P. (v. Bibliografía).  
 Obenga, T., 259, 261, 262.  
 O'Brien, T. P., 582.  
 O'Donnall, 228.  
 Olabiyal, J. (v. Bibliografía).  
 Olderogge, D. A., 87, 146, 160, 272, 321, 328, 690.  
 Oliver, R., 61, 87, 91, 720.  
 Olsson, I. V., 656.  
 Onde, H. (v. Bibliografía).  
  
 Organ, R. M., 248.  
 Orhonlu, C. (v. Bibliografía).  
 Orioka (v. Bibliografía).  
 Orosio, 120.  
 Oussedik, O. (v. Bibliografía).  
 Ozanne, P., 663.  
  
 Pacheco Pereira, 38.  
 Padmore, G. (v. Bibliografía).  
 Páez, Pedro, 49.  
 Pager, H. (v. Bibliografía).  
 Pagna, E., 137.  
 Paiva Manso, 156.  
 Pallary, 607.  
 Palmer, H., 36, 57, 60, 150.  
 Pankhurst, R., 140.  
 Parenko, P., 384.  
 Parkington, J. (v. Bibliografía).  
 Pársch, J., 122.  
 Patterson, B., 94, 439, 443.  
 Patterson, J. R., 151.  
 Paulme, D. (v. Bibliografía).  
 Paydooke, E., 248.  
 Pedelaborde, P., 411.  
 Peet, 118.  
 Pei, Dr., 465.  
 Peiser, F. E., 141.  
 Pellerier, A. (v. Bibliografía).  
 Pender Cutlip, P. (v. Bibliografía).  
 Perham, M., 57.  
 Perlman, I., 232.  
 Perret, R., 618.  
 Perron, 145.  
 Perrot, C. (v. Bibliografía).  
 Perruchon, J., 48.  
 Person, Y., 81, 86, 90.  
 Petrie, W. M. F., 244, 747, 748, 749, 751.  
 Peyrouton (v. Bibliografía).  
 Philips, J., 142.  
 Phillipson, D. W., 594.  
 Pias, J., 644.  
 Picard, G. C., 424, 660.  
 Pigafetta, F., 50, 97.  
 Pilbeam, D., 435.  
 Piveteau, J. (v. Bibliografía).  
 Piotrovsky, B. (v. Bibliografía).  
 Pirenne, J., 757.  
 Plaatje, S. T., 143.  
 Platón, 387.  
 Plenderleith, H. J., 248.  
 Plinio el Viejo, 46, 47, 115, 119, 120, 123.  
 Ploey, J. de, 417, 582.  
 Plutarco, 120.  
 Poggenpoel, C. (v. Parkington, Bibliografía).  
 Poirier, J. (v. Bibliografía).  
 Polibio, 115, 119, 120, 122.  
 Polotsky, H., 263.  
 Pommeret, Y., 558, 589, 593.  
  
 Pond, W. P., 624.  
 Porter, B., 751.  
 Porteres, R., 366, 654, 658, 720, 725, 728, 731, 735.  
 Posener, C., 118, 750, 757.  
 Posidonio, 122.  
 Posnansky, M. (v. Bibliografía).  
 Poulantzas, N., 780.  
 Price, T., 81.  
 Price-Mars, Dr., 87.  
 Prichard, J. C., 317, 318.  
 Priddy, A. J., 662.  
 Prins, A. H. J., 152.  
 Pritchard, Evans, 36.  
 Procopio, 115, 122.  
 Prosper Tire, 122.  
 Protsch, R., 241.  
 Pseudo-Ibn Qutayba, 125.  
 Pseudo-Escilax, 122-123.  
 Ptolomeo, Claudio, 46, 115, 119, 120, 123.  
 Pugh, J. C., 367.  
 Pullan, R. A., 396, 644.  
 Putton, 369.  
  
 al-Qahi al-Fadhil, 131.  
 Quaque, P., 152.  
 Quezel, P. (v. Bibliografía).  
 Quibell, J. E., 751.  
  
 Rabie, H., 127.  
 Radcliffe-Brown, A. R., 35, 57.  
 Ralph, E. K., 239, 240.  
 Ramendo, L., 460, 599.  
 Ramette, R. W., 232.  
 Randles, O. (v. Bibliografía).  
 Randles, W. G. L., 159, 720, 723.  
 Ranger, Y. O., 81.  
 Ranke, H. (v. Erman, Bibliografía).  
 al-Raqiq, 125.  
 Rattray, R. S. (v. Bibliografía).  
 Reed, C. A., 730.  
 Rees, A. R. (v. Bibliografía).  
 Reindorf, C. C., 59, 86, 153.  
 Reiniseh, L. (v. Bibliografía).  
 Reisner, G. A., 754, 763.  
 Renan, E., 317.  
 Reygasse, M., 623, 627.  
 Rhodenburg, H., 417, 582.  
 Rhotert, H. (v. Bibliografía).  
 Richard, 616.  
 Richard, C. de, 650.  
 Richardson, J. L., 412, 416.  
 Riet Lowe, R. van, 457, 460.  
 Rightmire, G. P., 293.  
 Robert, D. y S., 104.  
 Roberts, A. D., 82.  
 Robinson, J., 439, 447, 465.  
 Roche, E., 583.  
 Roche, H., 451.



- Rodhain, F., 96.  
 Rodier, J. (v. Bibliografia).  
 Rodinson, M., 151.  
 Roer, O., 733.  
 Roget, M., 120.  
 Rognon, P. (v. Bibliografia).  
 Rosenberg, 424.  
 Rosenfeld, A., 363, 655.  
 Rossi, E., 137.  
 Rossignol, 424.  
 Rothberg, R., 81, 147.  
 Roubet, C., 612.  
 Rouch, J., 126.  
 Rousseau, A., 137.  
 Roy Coudhury, A. R., 291.  
 Rubenson, S., 141.  
 Rubin, A., 663.  
 Rudin, H. R., 88.  
 Ruffie, J., 36, 285, 287, 288, 289,  
 290, 291, 690, 714.  
 Rufino, 119.  
 Ryam, M. A., 151.  
 Ryder, A. F. C., 156.
- El-Saadi, 149.  
 Salbelberg, U. (v. Rhodenburg:  
 Bibliografia).  
 Saberwal, S. (v. Bibliografia).  
 Sacid, H., 151.  
 Safadi, 131.  
 Said, R., 397, 401, 430, 743.  
 Saleh, S. A., 234.  
 Salil Ibn Razia, 144.  
 Salustio, 120.  
 Sampson, C. G. (v. Bibliografia).  
 San Agustín, 121, 774.  
 Sancho, I., 152.  
 Sandell, E. B., 227, 228, 229.  
 Sander, E. R. (v. Bibliografia).  
 Sandford, K. S. (v. Bibliografia).  
 San Fulgencio, 122.  
 Sapir, D., 257, 264, 326.  
 Sarbah, J. M., 59.  
 Sauer, C. O., 724.  
 Saunders, A. M. C., 368.  
 Sauneron, S., 757.  
 Sauvaget, J. (v. Bibliografia).  
 Savage, G., 248.  
 Savary, P. (v. Bibliografia).  
 Saxon, E., 607.  
 Sayce, R. U. (v. Bibliografia).  
 Sayre, E. V., 230.  
 Schaff, A., 749.  
 Sheub, H. (v. Bibliografia).  
 Schild, R., 401, 743.  
 Schlegel, A. W., 35.  
 Schleicher, A., 35.  
 Schlöxer, A. L., 317.  
 Schmitz, A., 583.  
 Schnell, R., 725, 733.  
 Schollar, J., 247.  
 Schürz, H., 296.
- Schwidetzky, 287.  
 Sebeok, T., 316, 326, 327.  
 Seck, A. (v. Bibliografia).  
 Seddon, D., 658, 720, 728, 730.  
 Seele, K. C., 740.  
 Seeley, J. R., 53.  
 Seignobos, C., 290.  
 Selassié, Gabré, 140.  
 Selassié, Serguew, Hablé, 114.  
 Seligman, C. G., 55, 57, 266, 297.  
 Servant, M., 412, 416, 418, 421,  
 430, 644, 645.  
 Servant, S., 412.  
 Sethe, K., 750.  
 Severo de Alejandria, 131.  
 Seydou, C. (v. Bibliografia).  
 Shaheen, A. E., 228, 233.  
 al-Shammakhi, 131, 138.  
 Shapera, J., 305.  
 Shaw, T., 26, 641, 646, 652, 654,  
 655, 657, 660, 662.  
 Shayyal, 124.  
 Shelton, A. K. (v. Bibliografia).  
 Shepperson, G. 81.  
 Shibeika, Mekki, 139.  
 Shinnie, P. L., 763, 764.  
 al-Shinqiti, A., 139.  
 Shuaibu, 151.  
 Shumovskiy, T. A., 145.  
 Sibrava, V. (v. Bibliografia).  
 Sidi Ali, 145.  
 el-Sijazi, 138.  
 Silva Correin, 50.  
 Silva Rego, A. da, 158.  
 Simons, 435.  
 Simpson, G. C., 643.  
 Simpson, W. K., 759.  
 Singer, R. (v. Bibliografia).  
 Singh, G., 417.  
 Siré Abbas Soh, 150.  
 Sirhan Ibn Shirhan, 145.  
 Slane, M. G. de, 47.  
 Smirnova, V. P., 145.  
 Smith, A., 656.  
 Smith, H. F. C. (v. Bibliogra-  
 fia).  
 Smith, H. S., 756.  
 Smith, P. E., 672.  
 Soga, J. H., 143.  
 Soga, T. B., 143.  
 Sommer, F., 369.  
 Soper, R. C., 649, 650.  
 Souville, G. (v. Bibliografia).  
 Sow, A. I., 270.  
 Sowumni, M. A. (v. Bibliogra-  
 fia).  
 Sparks, B. W., 643.  
 Sparrman, A., 142.  
 Spannus, 297.  
 Stainer, X., 558, 577.  
 Stanley, 147.  
 Stanton, W. R. (v. Bibliografia).  
 Steinbeck, J., 388.
- Stephen, J., 53.  
 Stewart, J. M., 330.  
 Stigand, C. H., 60.  
 Stow, 296.  
 Streef, M., 583.  
 Striedter, A., 700.  
 Stross, F. H., 228.  
 Strouhal, E., 293.  
 Struever, S. (v. Bibliografia).  
 Stuhlmann, F., 296.  
 Stuvier, M., 240.  
 Suess, H. E., 240.  
 Sundstrom, L., 57.  
 Suret-Canale, J., 776, 777, 778.  
 Svitye, I., 263.  
 Swadesh, E., 258.  
 Szumowski, G., 655.
- Tabakat, 127, 131.  
 al-Tabari, 124.  
 Tácito, 120.  
 Taieb, M., 429, 439.  
 Tait, D., 389.  
 Talbi, M., 125.  
 Tall, A., 260.  
 el-Tamghruti, 137.  
 Tardits, C. (v. Bibliografia).  
 Tattam, C. M., 643.  
 Tauxier, L., 60, 122.  
 Taylor, R., 296.  
 Taylor, W., 266.  
 Tchernov, 424.  
 Teilhard de Chardin, P., 386,  
 453, 457, 458, 465.  
 Tempels, 269.  
 Ten Rhyne, W., 141.  
 Tekkaya, I., 435.  
 Tétry, 455.  
 Theal, G. H., 141, 142.  
 Thilmans, G., 663.  
 Thomassey, P. (v. Bibliografia).  
 Thompson, L., 37.  
 Tijani, 131.  
 Tierno Bokar Salif, 185, 216,  
 222.  
 el-Tilimsani, M., 137.  
 Tito Livio, 120.  
 Tixier, J., 603, 604, 625.  
 Tiyo Soga, 143.  
 Tobias, P. V., 439, 450, 463, 715.  
 Tornay, S., 96.  
 Torrey, 124.  
 el-Tounsny, 140.  
 Traore, 269.  
 Trevor Hoper, H., 51.  
 Tricart, J., 405.  
 Trigger, B. G., 330, 754, 756,  
 764.  
 Tshudi, J. (v. Bibliografia).  
 Tubiana, M. A., 151.  
 Tucker, A. N., 261, 262, 263,  
 311, 328, 337.

- Turekian, K. K. (v. Bibliografía).  
 Turner, L. D., 143.  
 Twisselmann, F., 591.
- Ubayd Allah b. Salih, 124.  
 Ucko, P. J., 658.  
 al-Ufrani, 137.  
 Umar b. Shabba, 124.  
 al'Umari, 27, 46, 129.  
 Umm Jilmi, 114.  
 Urvoy, Y., 57, 60, 150.  
 Uswani, 126.
- Vadja, G. (v. Bibliografía).  
 Vallois, 454.  
 Vandermeersh, M. P., 670.  
 Vandier, J., 114, 118, 743, 747,  
 748, 751, 759.  
 Vansina, J., 82, 160.  
 Vasa, Gustavo (v. Oloduah  
 Equiano).  
 Vaufrey, R., 604, 609, 610, 614,  
 619, 623, 631, 632, 652, 654.  
 Vavilov, N. I., 366, 720, 724,  
 725, 733.  
 Vedder, H., 142, 307.  
 Velitchko, 412.  
 Vercoutter, J., 741, 745, 748,  
 749, 750, 761.  
 Vergnaud, 424.  
 Verhaegen, B., 41, 770.  
 Via, Y. y B., 707.  
 Victor de Vita, 122.  
 Vidal, O. E., 318.  
 Vidal, P., 573.  
 Vidal de la Blanche, 386.  
 Vieillard, G., 150.  
 Vignard, E., 628.  
 Voegalin, C. F. y F. M., 322.
- Vogel, J. L., 646.  
 Voute, C., 644.
- Wad Dayfallah, 139.  
 Wainwright, G., 748.  
 Wai-Ogusu, B., 649.  
 Ward, W. E. F., 60.  
 Warga, 146.  
 al-Warraq, 129.  
 Warren, A., 644.  
 Watt, 169, 171.  
 Watts, A. D., 142.  
 Wayland, E. J., 460, 464, 566,  
 570, 582, 643.  
 Weathley, P., 114, 270.  
 Webb, M. C. (v. Bibliografía).  
 Weidenreich, G., 465.  
 Welmers, W. E., 325.  
 Wendorf, F., 401, 430, 658, 743,  
 744, 752, 754.  
 Werner, A., 261, 320.  
 Werner, A. E. A., 229.  
 West, R. G., 643.  
 Westcott, R. W. (v. Bibliografía).  
 Westermann, D., 57, 255, 261,  
 264, 265, 266, 267, 309, 311,  
 318, 320, 326, 339.  
 Westphal, E. O. J., 307, 309, 329.  
 Wet, J. M. J. de, 658.  
 Whiting, C. E. J., 151.  
 Whitley (v. Weatley).  
 Wickens, G. E., 412, 417.  
 Wiercinsky, 287.  
 Wieschoff, H. A., 57.  
 Wiet, G., 138.  
 Wijmstra, 424.  
 Wilks, I., 48, 73, 146, 150.  
 Willcox, A. R., 714, 716.  
 Willcocks, 396.  
 Willet, F., 229, 655, 663.
- Williams, M. A. J., 397, 412,  
 417.  
 Williamson, 338.  
 Willis, 151.  
 Wilson, M., 81.  
 Wilson, W., 264.  
 Winkler, H. A. (v. Bibliografía).  
 Wing, J. van, 160.  
 Wist, G., 126.  
 al-Wisyani, 127, 131.  
 Wolberg, D. L., 457.  
 Wollin, 407.  
 Woodhouse, H. C. (v. Lee, Bi-  
 bliografía).  
 Woodson, C. G., 88.  
 Wrigley, C., 86, 736.  
 Wymer, J. (v. Bibliografía).
- Ya'kub, 126.  
 Yakut, 46, 131.  
 Yannopoulos, T., 383.  
 Yilbuudo, J. T. (v. Bibliografía).  
 York, R. N. (v. Bibliografía).  
 Young, W. J., 236.  
 Yototte, J., 118.
- Zahan, D. (v. Bibliografía).  
 Zain el-Abidin Shirvani, 145.  
 Zaki, A., 231.  
 el-Zarkachi, 137.  
 al-Zay, 137.  
 Zboinsky, C., 558.  
 Zeissl, H. V., 761.  
 Zeuner, F. F., 394, 582.  
 Ziegert, H. (v. Bibliografía).  
 Zinderen Bakker, E. M. van,  
 412, 417, 421, 583, 644, 645.  
 al-Zuhri, 131.  
 Zyhlarz, 330.

## TOPONIMOS

- Abbasieh, 666, 667, 668.  
 Abbeville, 462.  
 Abetifi, 655.  
 Abhé, lago, 423.  
 Abidján, 73, 89.  
 Abka, 672, 754.  
 Abomey, 33, 106, 271.  
 Abou Hugar, 674.  
 Abou Simbel, 668, 676, 686.  
 Abou Tabari, 667.
- Abuja, 151.  
 Abyata, lago, 395.  
 Abidos, 684, 747, 748, 751.  
 Abisinia, 129.  
 Acacus, 298, 690, 711.  
 Adaimeh, 677.  
 Adamawa (o Adamaua), 95,  
 102, 155, 581.  
 Addis Abeba, 141, 435, 443, 451.  
 Adeimah, 666, 678.
- Admer, erg, 623, 627.  
 Adjefou, 695.  
 Adrar Bous, 627, 628, 632, 634,  
 637, 638, 707.  
 Afalou-bou-Rhumel, 608.  
 Afar, 412, 417, 421, 429, 439,  
 445, 525.  
 Afikpo, 656.  
 Africa austral, 34, 296, 298, 313,  
 343, 349, 521, 522, 523, 525,

- 529, 536, 537, 545, 551, 552, 553, 554, 563, 698, 707, 709, 716, 771.
- Africa central, 34, 102, 112, 115, 308, 372, 374, 503, 518, 519, 533, 552, 555, 569, 577, 579, 580, 581, 582, 583, 584, 587, 588, 595, 667, 709, 728, 771.
- Africa ecuatorial, 112, 305, 369, 561.
- Africa meridional, 45, 102, 521, 528, 548, 603, 692, 712.
- Africa del Nordeste, 514, 743.
- Africa del Noroeste, 646.
- Africa del Norte, 43, 45, 79, 86, 120, 145, 297, 299, 308, 323, 330, 359, 368, 371, 399, 430, 476, 496, 532, 545, 549, 597-614, 650, 652, 662, 713, 714, 778.
- Africa occidental, 46, 86, 115, 122, 158, 174, 237, 238, 318, 345, 346, 355, 358, 362, 367, 372, 374, 471, 547, 639-663, 730.
- Africa oriental, 34, 54, 155, 178, 182, 307, 309, 330, 336, 345, 346, 363, 370, 372, 374, 394, 395, 397, 429, 439, 454, 646, 685, 730, 736.
- Africa subecuatorial, 393, 574.
- Africa subsahariana, 54, 89, 372, 496, 612, 646, 703.
- África del Sudeste, 159, 539.
- Africa del Sur, 88, 112, 141, 143, 170, 292, 317, 322, 329, 330, 346, 358, 363, 445, 447, 457, 463, 476, 483, 494, 500, 503, 513, 522, 523, 527, 531, 535, 538, 539, 545, 550, 552, 560, 574, 589, 635, 646, 688, 733.
- Africa tropical, 45, 305, 359, 432, 574, 708, 715.
- Agordat, 515.
- Afyeh, 668.
- Agades, 291.
- Agujas, cabo de las, 345.
- Ahanna, 711.
- Ahmar, yebel, 668.
- Ain Bieda, 610.
- Ain Boucherit, 599.
- Ain Brimba, 599.
- Ain Dokkara, 614.
- Ain Fritissa, 601.
- Ain Guedja, 702.
- Ain Hanech, 599.
- Ain Metherchem, 604.
- Ain Mhrotta, 604.
- Ain Mlila, 608.
- Air, 291, 399, 637, 647, 688.
- Akarit, Ouet, 604.
- Akjoujt, 660.
- Akkad, 299.
- Akrejijt, 655.
- Alada, 105.
- Alberto, lago (v. Mobutu).
- Alemania, 295, 297, 298.
- Altamira, 608.
- Alto-Kwango, 183.
- Alto-Shanga, 561, 562.
- Alto-Volta, 42, 63, 65, 86, 166, 212, 292, 389, 699.
- Amada, 668, 670, 685.
- Amanzi, 536.
- Amazzar, Oued, 695.
- Amba Farit, 398.
- Ambilo, 567.
- Ambrona, 460.
- América, 341, 345.
- América Latina, 89.
- América del Norte, 92, 299, 309, 370, 422.
- América del Sur, 309.
- Amhara, 282.
- el-Amrah, 678, 747.
- Anatolia, 657.
- Andaman, islas, 455.
- Anfa, 462.
- Angola, 49, 50, 146, 179, 183, 307, 308, 316, 343, 539, 549, 555, 558, 562, 563, 564, 569, 570, 573, 574, 577, 581, 583, 586, 589, 593, 594, 688, 728.
- Annaba, 601.
- Antananarivo, 356.
- Antártico, 424.
- Antillas, 87.
- Aouker, 629, 635.
- Aoulef, 621, 624.
- Apolo 11, 553.
- Arabia, 282, 324, 349, 735, 736.
- Arak, 624.
- Argelia, 27, 45, 136, 362, 369, 453, 460, 462, 597, 599, 601, 606, 607, 608, 612, 619, 627, 642, 687.
- Aribinda, 699.
- Armant, 677, 678, 743.
- Ashanti, 52, 170, 660, 776, 777.
- Asia, 89, 92, 296, 303, 346, 394, 417, 476, 487, 496, 505, 507, 532, 657, 735, 736, 771.
- Asokrochona, 649.
- Assedjen Ouan Mellen, 697, 707.
- Asselar, 771.
- Assiout, 743, 745.
- Assuán, 88, 330, 400, 401, 752, 761.
- Atácora, 641, 647.
- Atbara, 354, 666, 739.
- Ater, monte, 399.
- Atlántico, océano, 346, 348, 355, 397, 415, 418, 615, 645, 688, 708, 739.
- Atlas, 26, 298, 343, 345, 397, 399, 532, 615, 687, 705, 771.
- Augsbourg, 717.
- Aurès, 612.
- Aurignac, 462.
- Australia, 288, 341, 417, 421.
- Austria, 303.
- Awash, río, 395, 423.
- Axoum, 54, 516.
- Bab el-Mandeb, 297.
- Badari, 677, 746.
- Bafur, 192, 204, 208, 209, 212, 213, 216.
- Baguirmi, 151.
- Bahan, 676.
- Bahr el-Ghasal, 26, 345, 353, 354, 396, 644.
- Bakuma, 574.
- Ballana, 298, 672, 690.
- Bama, 644.
- Bamako, 192, 218, 649, 655.
- Bandiagara, 185, 194, 216, 222, 271.
- Banfora, 699.
- Baol, 273.
- Baraka, 739.
- Barbados, 409.
- Barcelona, 128.
- Bardai, 693, 697.
- Baringo, lago, 439, 445, 525.
- Batalimo, 571, 593.
- Bateké, 570, 589.
- Battle Cave, 709.
- Bautchi, 641, 655.
- Bayuda, 739.
- Béchar, 709.
- Bechuánalandia, 438.
- Behedet, 750.
- Bejaia, 607.
- Beledougou, 192, 213.
- Beni Abbes, 624.
- Benin, 33, 105, 135, 136, 254, 265, 343, 382, 660.
- Benin, golfo, 173.
- Beni Ounif, 687.
- Benoué (o Benué), 102, 327, 355, 581, 644.
- Bermudas, 409.
- el-Beyed, 624.
- Bidzar, 574.
- Bilal al-Sudán, 45.
- Bir el-Ater, 462, 760.
- Bir Sáhara, 668.
- Bir Tarfawi, 668.
- Birmania, 433, 736.
- Biskra, 400, 601.
- Bitorri, 579, 589.
- Bizancio, 110.
- Bizerta, 345.
- Blaka, 693, 711, 717.

- Blanco, cabo, 26.  
 Blandé, 654.  
 Bloemhof, 534.  
 Bodelé, lago, 396, 644.  
 Bodo, 447.  
 Bongor, 644.  
 Border, cueva, 548.  
 Borkú, 574.  
 Borneo, 330.  
 Bornú, 151, 154, 155, 643.  
 Boskop, 548.  
 Bosumpra, 655.  
 Botswana, 41, 535, 550, 680, 694, 712, 717.  
 Boualem, 705, 713, 718.  
 Bouar, 573, 594.  
 Bougouni, 196.  
 Bouhen, 249.  
 Boussa, 649.  
 Boutana, 739.  
 Buto, 750.  
 Brandberg, 238, 698, 716.  
 Brasil, 87.  
 Brazzaville, 558, 564.  
 Broken Hill, 241, 472, 534, 535, 536, 547.  
 Buena Esperanza, cabo de, 514.  
 Bunyoro, 65.  
 Buru, 592.  
 Burundi, 39, 171, 354, 371, 555, 577, 581, 584, 592.  
 Bushveld, 362.  
 Buwuma, isla, 552.  
  
 Cabo, El, 141, 142, 343, 350, 465, 500, 523, 532, 535, 536, 543, 545, 551, 553, 688, 698, 702, 714, 768.  
 Cabo Verde, península, 259.  
 Cairo, El, 227, 433, 666, 667, 668, 671, 673, 681, 684, 743, 748, 750.  
 Calabar, 152.  
 Calabria, 462.  
 Calolia, 574.  
 Camerún, 34, 43, 86, 95, 100, 107, 136, 155, 165, 215, 259, 266, 303, 336, 350, 555, 558, 562, 567, 571, 574, 581, 583, 584, 593, 641, 645, 656.  
 Camerún, río, 346.  
 Canadá, 91.  
 Canarias, islas, 122, 323.  
 Candala, 566.  
 Cango, cueva, 688.  
 Capeletti, cueva, 612.  
 Caribe, 87.  
 Cartago, 120, 282, 296, 660.  
 Casablanca, 601.  
 Casamance, 656, 733.  
 Cave of Hearths, 536.  
  
 Cayer, 260.  
 Ceilán, 460.  
 Centroáfrica, 34, 555-595.  
 Cercano Oriente, 46, 98, 298, 308, 359, 603, 608, 713, 714, 721, 726, 735, 738, 743.  
 Ceuta, 111.  
 Cirenaica, 113, 298, 399, 606, 608, 652, 670.  
 Clacton-on-Sea, 462.  
 Clairfontaine, 601.  
 Columnata, 607.  
 Conakry, 349, 655.  
 Congo, 49, 61, 86, 102, 146, 172, 174, 316, 555, 558, 562, 569, 573, 577, 581, 582, 584, 589, 593, 638, 641.  
 Congo, antiguo, 135, 146, 158.  
 Congo, cuenca, 112, 345, 350, 557, 739.  
 Congo, río, 354.  
 Congo dia Vanga, 571, 593.  
 Constantina, 601.  
 Constantinópolis, 369.  
 Copenhague, 154.  
 Cornelia, 535, 536.  
 Costa de los Esclavos, 146.  
 Costa de Marfil, 42, 168, 645, 650.  
 Costa de Oro, 62, 85, 86, 146, 155.  
 Creciente fértil, 299.  
 Crescent Island, 516.  
 Creta, 303.  
 Cross River Valley, 155-156.  
 Cuba, 87.  
 Cubango Zambeze, cuenca, 581.  
 Cuerno de Africa, 112, 292.  
  
 Chad, 39, 107, 215, 263, 348, 412, 418, 429, 430, 465, 553, 555, 618, 619, 623, 656, 688, 697, 721.  
 Chad, cuenca, 96, 262, 303, 353, 395, 396, 517, 573, 574, 739.  
 Chad, lago, 95, 97, 113, 145, 369, 396, 416, 523, 627, 641, 644, 645, 656, 658.  
 Chambi, yebel, 604.  
 Champlain, 601.  
 Chari, 95, 96, 396.  
 Chavuma, 539.  
 Chebket Mennouna, 624.  
 Checoslovaquia, 90.  
 Chélif, 604.  
 Chelles, 462.  
 Chemeron, 443.  
 Chesowanja (o Chesowanga), 445, 480, 525.  
 Chetma, 601.  
 Chillale, monte, 398.  
  
 China, 435, 476.  
 Chipeta, 539.  
 Chotts, región, 608.  
 Chu Ku Tien, 457, 458, 460, 465.  
  
 Dabba, 545.  
 Dagomba, 42.  
 Dahomey, 50, 69, 106, 271, 282, 349, 355, 641, 777.  
 Daima, 656.  
 Dakar, 61, 86, 150, 349, 649, 652, 654.  
 Dakhlé, 668.  
 Damara, 362.  
 Damaraland, 698.  
 Danxome, 106.  
 Dao Timni, 708.  
 Dara, 668.  
 Darfur, 34, 95, 145, 155, 739.  
 Decán, 771.  
 Deir el-Bahari, 101.  
 Deir el-Medineh, 678, 759.  
 Deir Tasa (v. Tasa).  
 Delta (v. Nilo).  
 Demeh, 745.  
 Dhar Tichitt, 632.  
 Dider, 692.  
 Dimba, cueva, 588, 593.  
 Dinga, 589.  
 Dire-Daua, 510.  
 Djanet, 687, 705.  
 Djebba, 644, 649.  
 Djebel Bes-Seba, 702.  
 Djenne, 149, 150.  
 Djerat, Oued, 692, 693, 697, 705, 708, 711, 715, 718.  
 Djijelli, 601.  
 Dongola, 668, 674, 761, 764.  
 Doornlagte, 535.  
 Drakensberg, 238, 553, 689, 698.  
  
 East Rudolf, 429.  
 Eched, Oued, 627, 695.  
 Eduardo, lago, 369, 398, 515, 517, 654.  
 Egipto, 45, 88, 98, 100, 101, 110, 111, 112, 113, 119, 124, 125, 127, 128, 129, 135, 136, 137, 138, 155, 225, 232, 233, 236, 238, 245, 265, 282, 296, 297, 299, 323, 330, 346, 395, 396, 401, 403, 516, 553, 608, 610, 627, 628, 658, 660, 665, 666, 667, 668, 671, 672, 673, 676, 678, 680, 682, 683, 684, 685, 686, 692, 703, 713, 714, 725, 728, 730, 735, 736, 741, 742, 743, 744, 745, 749, 750, 752.

- 754, 759, 761, 763, 769, 771, 778.  
 Elandsfontein, 535.  
 Eléphantine, 114.  
 Elmenteita, 394, 463, 557, 766, 768.  
 Eneiba, 676.  
 Ennedi, 298, 574.  
 Entre-Bomu-Uelé, 581.  
 Erg Erroui, 709.  
 Eritrea, 113, 119, 515, 731.  
 Es-Saheinab, 515.  
 Esna, 668, 671, 672.  
 España, 660, 713.  
 Estados Unidos, 92, 299, 417.  
 Estambul, 28.  
 Etiopía, 49, 79, 97, 113, 119, 128, 129, 135, 140, 141, 145, 158, 167, 232, 292, 297, 298, 307, 308, 317, 323, 324, 336, 364, 395, 398, 402, 429, 445, 447, 457, 475, 480, 495, 501, 507, 510, 514, 515, 532, 599, 730, 737, 766, 770.  
 Eufrates, 658.  
 Eurasia, 499, 500, 547.  
 Europa, 26, 27, 86, 296, 298, 345, 394, 421, 476, 483, 496, 499, 505, 507, 532, 577, 601, 614, 657, 690, 712, 721, 768, 771.  
 Extremo Oriente, 476.  
 Eyasi, lago, 307, 309, 439, 475, 547.  
 Faid Suar, 610.  
 False Bay, 535.  
 Farimaké, 216.  
 Fayum, 232, 433, 675, 678, 680, 683, 684, 743, 744, 745, 747, 748, 753, 756.  
 Fernando Poo, 313, 656.  
 Fertit, 34.  
 Fezzán, 28, 113, 123, 126, 618, 627, 662, 688, 692, 697, 698, 713, 715.  
 Florisbad, 548.  
 Fort Elisabeth, 535.  
 Fort Terman, 435, 473, 522.  
 Francia, 295, 296, 702.  
 Fuàrat, 599.  
 Fumbam, 155.  
 Futa-Senegal, 215.  
 Futa-Yalón, 37, 150, 218, 647, 654, 655.  
 Gabes, golfo, 399.  
 Gabón, 165, 303, 343, 555, 558, 566, 569, 573, 577, 581, 584, 586, 589, 593.  
 Gabón, río, 346.  
 Gafsa, 462, 608.  
 Gambia, 135, 146, 642, 663, 733.  
 Gambia, río, 663.  
 Gamble's Cave, 394, 514, 517, 518, 557.  
 Gao, 34, 127, 381, 656.  
 Gaoga, 34.  
 Gardafui, cabo, 146, 345.  
 Gare et-Taleb, 687.  
 Gargora, 510.  
 Garusi (v. Laetolil).  
 Gemai, 668.  
 Gerzeh, 678, 748.  
 Ghana, 37, 42, 48, 56, 86, 104, 126, 158, 174, 362, 375, 381, 382, 385, 641, 649, 650, 654, 655, 657, 660, 776, 777.  
 Gibraltar, 349, 603.  
 Gizeh, 233, 250, 684.  
 Godebra, 516.  
 Gombe, punta de, 579, 588, 593.  
 Gondwana, 341.  
 Gonja, reino de, 150.  
 Gonoa, 693, 697.  
 Gossolorum, 632.  
 Grahamstown, 545.  
 Gran Bretaña, 89, 92, 153, 158.  
 Grandes Lagos, región, 56, 101, 739, 753.  
 Great Dike, 362.  
 Grecia, 424, 435.  
 Gregory Rift Valley, 363.  
 el-Greibat, 693.  
 Griqualand, 694.  
 Groenlandia, 418.  
 Grossetto, 438.  
 Gruta de los fogones (v. Cave of Hearths).  
 Gruta de los Leones, 550.  
 el-Guettar, 604.  
 Guinea, 32, 49, 150, 155, 273, 330, 346, 351, 362, 389, 641, 647, 654, 735.  
 Guinea, golfo, 113, 343, 346, 349, 351, 355, 562, 616.  
 Guinea Bissau, 654.  
 Guir, Hammada del, 719.  
 Gujerat, 733.  
 Guna, monte, 402.  
 Gundu, 574.  
 Gwandu, 155.  
 Gwelo Kopje, 534, 539.  
 Gwisho Springs, 366, 591.  
 Hadar, 429, 451, 475, 478, 525.  
 Hajdra Mahisserat, 687.  
 Hangklip, cabo, 535, 536.  
 Harrar, 307.  
 Hau, cueva, 588.  
 Heliópolis, 750.  
 Heluán, 673, 684.  
 Hemamiéh, 677.  
 Herenveen, 702.  
 Hespérides, 123.  
 Hierakónpolis, 684, 751.  
 Hoggar, 298, 399, 400, 618, 627, 629, 688, 695, 713, 744.  
 Hopefield, 535.  
 Hou, 748.  
 Howieson's Poort, 545, 548, 549.  
 Huambo, 581.  
 Hungría, 435.  
 Hyrax Hill, 674.  
 Ibadan, 61.  
 Idi-Amin, lago (v. Eduardo).  
 Idjérane, yebel, 621.  
 Iferuane, 705.  
 Igbo-Ukwu, 645.  
 Iheren, 697, 708, 711.  
 In-Afaleleh, 599.  
 Inahouarnrhat, 689, 711.  
 India, 144, 435, 505, 731, 736, 765.  
 Indico, océano, 45, 144, 145, 346, 351, 688.  
 Indo, 658.  
 In-Ekker, 624.  
 In-Galjein, 693, 697.  
 Inglaterra, 295, 296, 297.  
 In-Haberer, 693, 705.  
 In-Itinen, 694, 705, 708, 711, 712.  
 Inoro, cueva, 699.  
 In-Salah, 621.  
 Irak, 26, 124, 657.  
 Irán, 657.  
 Irhoud, yebel, 604, 606.  
 Isanghila, 571.  
 Ischkeul, lago, 599.  
 Ishango, 517, 579, 591, 654.  
 Isimila, 507.  
 Israel, 424.  
 Issoukai-n-Afella, 718.  
 Ituri, 592.  
 Iwo-Eleru, 655.  
 Jaatcha, 612.  
 Jabbaren, 38, 697, 708, 711, 713, 717.  
 Jartum, 139, 141, 330, 353, 397, 515, 516, 629, 674, 675, 739, 753, 754.  
 Java, 453, 465.  
 Jericó, 673, 743.  
 Johannesburg, 439.  
 Jos, meseta, 336, 663.  
 Juby, cabo, 122.  
 Juf, El, 400.

- Kab, El, 672, 750, 752.  
 Kabilia, 301.  
 Kabwe, 535, 536, 547.  
 Kadada, 675.  
 Kadero, 515, 675.  
 Kafila, 561.  
 Kafu, 460, 463, 561.  
 Kagera, 463.  
 Kaggwa, 179.  
 Kairuán, 604.  
 Kaka, monte, 398.  
 Kakimbón, cueva, 654.  
 Kalahari, 26, 307, 348, 350, 352, 358, 372, 494, 552, 592, 594, 721, 723, 728.  
 Kalambo Falls, 365, 533, 534, 536, 539, 542, 550, 579, 582, 584.  
 Kalina, 564, 568.  
 Kalkbank, 550.  
 Kamabai, 655.  
 Kamasa, 463.  
 Kamoá, 563, 564, 579, 582, 583, 584, 592.  
 Kampala, 61.  
 Kanam, 475.  
 Kanapoi, 443, 447, 475.  
 Kanem Bornu, 28.  
 Kanjera, 463, 548, 557.  
 Karar, lago, 601.  
 Kariandusi, 507.  
 Kariba, desfiladero, 353.  
 Karkarichinkat, 656.  
 Karkur, 671.  
 Karnak, 245, 684, 685.  
 Karonga, 534.  
 Karoo, 343, 362, 535, 538.  
 Kasai, 464, 465, 559, 560, 564, 581, 584, 586, 589, 594.  
 Kasr-Marún, 745.  
 Kassala, 674.  
 Katanga (v. Shaba).  
 Katí, 218.  
 Katontwe, 570.  
 Katsina, 151.  
 Kavirondo Gulf, 557.  
 Kebbi, 154.  
 Kebij, 599.  
 Kenedugo, 192.  
 Kenia, 94, 96, 100, 167, 176, 179, 298, 301, 307, 362, 363, 429, 433, 435, 438, 439, 443, 445, 447, 457, 463, 464, 473, 480, 495, 499, 507, 510, 511, 514, 516, 517, 519, 557, 560, 599, 675, 733, 766, 768.  
 Kenia, monte, 397, 583.  
 Keringet Cave, 516.  
 Kerma, 763.  
 Kerzaz, 624.  
 Keyla, 32.  
 Khami, 543.  
 Kharga, 624, 627, 667, 668, 671.  
 Khasmet-ed-Dib, 745.  
 Khenchela, 609.  
 Khor Abu Anga, 666, 667.  
 Khor Bahan, 755.  
 Khor Daud, 668, 671, 676.  
 Khor Kussa, 672.  
 Khiam, El, 673.  
 Kiantapo, 574.  
 Kibish, 548, 766.  
 Kicongo, 160.  
 Kiesese, 552.  
 Kifan bel Ghomari, 604.  
 Kilimanjaro, 343, 345, 397.  
 Kilwa, 146, 151, 155.  
 Kimberley, 535, 538.  
 Kindia, 654, 655.  
 Kinshasa, 259, 354, 566, 570, 582, 586, 588, 590, 767.  
 Kintampo, 655.  
 Kisale, lago, 31, 179.  
 Kita, 32.  
 Kivu, lago, 345, 581.  
 Klassies, 542, 550.  
 Klip, 532.  
 Klipaatrdrif, 532.  
 Koedersrand, 542.  
 Kom Ombo, 400, 670, 672, 673.  
 Kongo, 97, 106.  
 Kono, 567.  
 Koobi Fora, 457, 478, 480, 529, 532.  
 Kopje, 534.  
 Kordofán, 311, 328, 739.  
 Korosko, 754.  
 Kotoko, 151.  
 Koudiat Kifene Lahoda, 608.  
 Kromdraai, 439, 528, 529.  
 Krugersdorp, 523, 529.  
 Kuki, 126.  
 Kulikuro, 191, 207.  
 Kumasi, 154.  
 Kumbala, 574, 699.  
 Kumbi Saleh, 31, 39, 179, 381.  
 Kurnari, 31.  
 Kurunkorokale, 655.  
 Kush, 359.  
 Kwango, 571, 581, 586, 589.  
 Laetolil, 443, 475, 478.  
 Lagos, 38.  
 La Haya, 141.  
 Lalla, 608.  
 Langana, lago, 395.  
 Langebaanweg, 522.  
 Largeau, 642.  
 Lascaux, 608.  
 Leeufontein, 693, 702.  
 Le Kef, 601, 604.  
 Lemagrut, montes, 475.  
 Lengo, 574, 699.  
 Leopard's Hill, 551.  
 Leptis Magna, 249.  
 Lesotho, 142, 688.  
 Levallois, 463.  
 Libangúe, 563.  
 Liberia, 100, 136, 273, 282, 351, 362, 389, 654.  
 Libia, 123, 249, 298, 301, 620, 679, 688, 705, 708, 711.  
 Libreville, 349.  
 Limpopo, 238, 353, 535.  
 Liptako, 155, 166.  
 Lisan, lago, 424.  
 Livingstone, 532.  
 Loango, 102.  
 Lobaye, 571.  
 Lochard, 536.  
 Logone, 95, 96, 396.  
 Lomami, 581.  
 Londres, 141, 248.  
 Lopo, 563.  
 Lothagam, 94, 443, 445, 475.  
 Lubumbashi, 89.  
 Luembe, 563, 566.  
 Luena, 563.  
 Lukanda, 551.  
 Lukeino, 443.  
 Lukuliro, 507.  
 Lunda, 566, 583, 584, 586, 588, 589.  
 Lupemba, 464, 567.  
 Luxor, 233, 245, 684.  
 Lwandjili, 102.  
 el-Ma el-Abiod, 603.  
 Maarif, 464.  
 Macina, 37, 145, 155, 215, 218, 353.  
 Madagascar, 42, 135, 152, 346, 349, 351, 356, 358, 736.  
 Madeleine, cueva, 702.  
 Madjouba, 709.  
 Magadi, lago, 395, 416.  
 Magaliesberg, 534.  
 Maghnia, 607.  
 Magosi, 464, 570.  
 Magreb, 88, 98, 110, 111, 114, 120, 124, 127, 128, 129, 131, 135, 138, 145, 301, 343, 346, 350, 352, 358, 463, 532, 597, 601, 604, 606, 612, 668, 672, 674.  
 Mahasna, 677, 682.  
 Maia Dib, 705.  
 Maiduguri, 644.  
 Makalia, 464.  
 Makapan, 523, 525, 527, 536, 542.  
 Makapansgat, 439, 443, 445, 451, 458.  
 Malaca, 316.

- Malawi, lago, 146, 365, 529, 539, 688, 698.  
 Mali, 25, 27, 32, 37, 42, 48, 64, 171, 174, 179, 185, 187, 188, 191, 192, 198, 204, 207, 215, 216, 268, 382, 389, 645, 660, 695, 771, 776.  
 Malindi, 144.  
 Maloango, 102.  
 Mamprusi, 42.  
 Mandara, 95, 151, 641.  
 Mandé, 102, 187, 192, 204, 206, 213.  
 Mansourah, 601.  
 Manuel, cabo, 649.  
 Manzanares, río, 603.  
 Maretjiesfontein, 693.  
 Marruecos, 27, 120, 137, 138, 139, 154, 155, 301, 362, 399, 460, 464, 465, 599, 601, 603, 608, 620, 627, 660, 670, 692, 714, 728, 737.  
 Masango, 587.  
 Mascara, 601.  
 Mataria, 233.  
 Mathendous, 693, 697.  
 Matjes River, 551.  
 Matmar, 677.  
 Matopo, montes, 703.  
 Mattes, 690.  
 Matupi, 577, 590, 591.  
 Mauritania, 123, 139, 179, 268, 308, 323, 343, 349, 423, 601, 618, 619, 627, 631, 632, 634, 637, 647, 655, 658, 660, 688, 709, 714, 770.  
 Mazer, 624.  
 Mbandaka, 259.  
 Mbanza Kongo, 97.  
 Mbomou, 699.  
 Mdaga, 107.  
 Meadi, 681, 682, 683.  
 Mechta-Afalu, 610.  
 Mechta el-Arbi, 608.  
 Medea, 601.  
 Mediterráneo, 344, 351, 353, 355, 424, 503, 739, 751, 756, 761.  
 Mejerda, oued, 607.  
 Méjro, cueva, 655.  
 Mela, yebel, 574.  
 Melka Konturé, 443, 447, 451, 480, 501, 503, 507, 510, 532.  
 Menfis, 743, 745.  
 Meniet, 624, 631, 633, 634, 689.  
 Merdjouma, 627.  
 Merimdé, 680, 681, 683, 743, 744, 747.  
 Meroé, 33, 662, 764.  
 Mertutek, 694, 708.  
 Mesopotamia, 265, 299, 374, 730, 733.  
 Micoque, 624.  
 Mimbwa, 548.  
 Mirgissa, 685.  
 Mobutu, lago, 345.  
 Modjokerto, 450.  
 Mokoto, lago, 592.  
 Molo, 516.  
 Monomotapa, 135.  
 Monrovia, 61, 100.  
 Montagu, 536, 545, 550.  
 Monte Saint-Paul, 702.  
 Moosou, 73.  
 Mopti, 207.  
 Mosa, 582.  
 Mosamedes, 688.  
 Mossel Bay, 548.  
 Mostaganem, 601.  
 Mostagedda, 677, 678.  
 Mouilah, 607, 609.  
 Mouka, 558.  
 Moulouya, 464.  
 Moussanda, 582, 589.  
 Moustier, 464.  
 Mouydir, 633, 689.  
 Mozambique, 79, 273, 316, 343, 345, 346, 349, 351, 539.  
 Mpatou, 574, 699.  
 Muerto, mar, 424.  
 Mufo, 539.  
 Mukinanira, 592.  
 Mumbwa, 543.  
 Munchiga, montes, 723.  
 Munyama, 552, 579.  
 Mvulu, cueva, 543.  
 Mwela, 365.  
 Mya, oued, 627.  
 Nagada, 748, 750.  
 Nairobi, 394.  
 Naivasha, 394, 395, 415, 463, 516, 552, 557.  
 Nakasasa, 542.  
 Nakuru, lago, 369, 394, 395, 416, 463, 464, 515, 516, 517, 552, 557.  
 Namib, 349, 351.  
 Namibia, 142, 307, 362, 538, 545, 551, 553, 688, 694, 698, 702, 714.  
 Napata, 764.  
 Nara, 216.  
 Narosura, 516.  
 Nata, río, 550.  
 Natal, 143, 539, 543, 694, 711.  
 Natron, lago, 439, 445.  
 Ndele, 699.  
 Nefousa, yebel, 301.  
 Neguev, 741.  
 Nekkeb (v. El-Kab).  
 Nekken (v. Hierakónpolis).  
 Nelson, bahía, 551, 552.  
 Ngoeré, 564.  
 Ngoron-ngoro Crater, 516.  
 N'Gorora, 443.  
 Ngovo, 593.  
 Ngwane, 688.  
 Nhampasseré, 655.  
 Niafouké, 216.  
 Niagassola, 32.  
 Niani-sur-Sankarani, 27, 228.  
 Niger, 27, 69, 71, 123, 209, 216, 355, 412, 418, 628, 657.  
 Niger, cuenca, 110, 113, 303, 355, 416.  
 Niger, delta, 135, 136, 346, 353, 641, 644.  
 Niger, meandro, 68, 375, 641, 662, 768.  
 Niger, río, 207, 220, 353, 355, 519, 645, 663.  
 Niger, valle, 649, 739.  
 Nigeria, 34, 61, 100, 107, 150, 155, 156, 166, 171, 172, 175, 179, 216, 218, 273, 301, 327, 396, 641, 656, 658.  
 Nilo, 26, 42, 88, 98, 101, 262, 303, 309, 318, 353, 354, 369, 374, 399, 401, 402, 403, 517, 518, 629, 658, 681.  
 Nilo, cuenca, 259, 396, 517, 739.  
 Nilo, delta, 743, 744, 750, 751.  
 Nilo, valle, 26, 282, 299, 303, 313, 365, 373, 374, 386, 430, 515, 658, 666, 670, 671, 674, 685, 686, 713, 736, 739, 740, 742, 744, 745, 746, 751, 752, 753, 754, 755, 756, 757, 759, 763, 764, 768, 778, 779.  
 Nilo Azul, 354, 395, 396, 515, 753, 757.  
 Nilo Blanco, 369, 396, 515, 581, 674, 753, 757.  
 Njarassi, 547.  
 Njoro, 768.  
 Njoro River Cave, 516.  
 Nkosisama Stream, 711.  
 Nok, 650, 663.  
 Nsongezi, 507.  
 Nswatugi, 703.  
 Ntereso, 657.  
 Ntadi-ntadi, 593.  
 Nuba, montes, 336.  
 Nubia, 33, 88, 119, 126, 128, 145, 298, 359, 516, 665, 667, 668, 671, 672, 673, 676, 677, 685, 686, 688, 690, 708, 740, 744, 754, 755, 759, 761.  
 Nueva Guinea, 288, 333, 409, 421.  
 Nuri, 666, 667.  
 Nyassa, 345.  
 Nzako, 567.  
 Oathurst, 551.  
 Occidente, 76, 779.

- Othemhit, 676.  
 Okowango, 353.  
 Olduvai, 94, 242, 394, 395, 443, 445, 447, 450, 451, 457, 460, 464, 475, 478, 480, 495, 501, 503, 507, 528, 529, 531, 532, 547, 561, 584, 599, 642, 665, 767.  
 Olorgesailie, 507, 601.  
 el-Omari, 674, 681, 683, 743.  
 Ombos, 750.  
 Omo, 96, 439, 443, 445, 447, 450, 457, 460, 501, 529, 532, 548, 599, 770.  
 Onitsha, 644.  
 Oppermandrif, 534.  
 Orange, región, 535, 538, 545, 551, 552, 688.  
 Orange, río, 142, 353, 363, 538.  
 Orange River Scheme, 550.  
 Orange Springs, 711.  
 Oranie, 369.  
 Oriente Medio, 178, 324.  
 Otavi, montes, 308.  
 Ouadi Halfa, 667, 685.  
 Ouadi Hammamat, 231, 668, 677, 684, 713.  
 Ouadi Hof, 680.  
 Ouadi el-Natrum, 233.  
 Ouadi Tumilat, 671.  
 Ouan Derbaouen, 38.  
 Ouan Render, 698.  
 Ouarnhet, 697.  
 Ouan Sidi, 695.  
 Ouassoulou, 37.  
 Oubangui, 592.  
 Ouchtata, 672, 673.  
 Oued Djebbana, 606.  
 Oued Mellah, 601.  
 Oued Sebaou, 601.  
 Oujda, 601.  
 Ouzidane, 601.  
 Oxford, universidad, 247.  
 Oyo, 41, 69, 186, 655.  
 Pacífico, océano, 415.  
 Pakistán, 435.  
 Palestina, 299, 673, 682, 759.  
 Palmas, cabo, 136.  
 Peer, cueva, 548.  
 Pérsico, golfo, 112, 716.  
 Philipp Cave, 698, 702.  
 Pietersburg, 549.  
 Pignari, 194.  
 Pisa, 128.  
 Polonia, 90.  
 Pondoland, 551.  
 Porc-Epic, cueva, 510.  
 Potgiersrus, 439.  
 Pount, 101, 118.  
 Pretoria, 534.  
 Príncipe, isla de, 721.  
 Punta Negra, 558.  
 Qara, 671.  
 Qattara, 399.  
 Qena, 749.  
 Rabat, 603.  
 Ras ben-Sakka, 344.  
 Redeyef, 601.  
 Reggan, 599.  
 Rehobot, 143.  
 Retaimia, 604.  
 Rhardès, 713.  
 Rhodesia (v. Zimbabwe).  
 Rif, 345.  
 Rift Valley, 26, 395, 510, 511, 514, 516, 522, 525.  
 Río Muni, 577, 581.  
 Rodolfo, lago, 345, 369, 395, 416, 457, 515.  
 Rojo, mar, 46, 79, 98, 101, 112, 296, 345, 346, 399, 400, 403, 418, 615, 687, 741, 752.  
 Roma, 110, 119, 778.  
 Rooidam, 538.  
 Rop, 655.  
 Rose Cottage, cueva, 545.  
 Ruanda, 30, 86, 176, 303, 354, 371, 455, 510, 514, 555, 577, 581, 584.  
 Rufisque, 652.  
 Ruwenzori, 398, 581.  
 Sabaluka, 397.  
 Sabratha, 249.  
 Safi, 604.  
 Sáhara, 26, 29, 46, 47, 79, 84, 98, 112, 123, 136, 137, 146, 161, 282, 292, 299, 301, 313, 323, 343, 348, 350, 351, 352, 355, 359, 362, 365, 370, 372, 399, 400, 411, 415, 417, 460, 465, 515, 516, 517, 518, 555, 573, 574, 586, 597, 599, 604, 612, 614, 615, 616, 618, 619, 621, 623, 624, 625, 627, 628, 631, 632, 633, 634, 635, 637, 638, 645, 646, 647, 652, 655, 660, 668, 674, 688, 689, 692, 697, 699, 703, 707, 708, 713, 714, 715, 721, 728, 741, 744, 771.  
 Sahel, 150, 351, 364, 615, 639, 656, 657.  
 Sai, 667, 675.  
 Saint-Acheul, 462.  
 Saldanha, 547.  
 Salo, 561.  
 Sango Bay, 465, 768.  
 San Luis, 153.  
 Sansanding, 220.  
 Saoura, 400, 430, 465, 599, 618, 619, 621, 624, 627, 629.  
 Saqqarah, 231, 233, 240, 684.  
 S'Baikid, 601.  
 es-Seboua, 668, 676, 685.  
 Sefar, 687, 698, 708.  
 Segou, 30, 32, 38.  
 Semaineh, 749.  
 Semliki, 398.  
 Senegal, 27, 79, 85, 86, 146, 214, 218, 259, 266, 303, 311, 318, 335, 343, 346, 348, 567, 642, 647, 650, 652, 656, 663.  
 Senegal, cuenca, 259, 303, 739.  
 Senegal, río, 353, 644.  
 Senegal, valle, 179.  
 Senegambia, 135.  
 Serengeti, 561.  
 Setif, 599.  
 Shaba, 38, 327, 364, 555, 559, 562, 564, 566, 569, 574, 581, 582, 584, 586, 590, 591.  
 es-Shaheinab, 624, 629, 638, 675, 679, 695, 753.  
 Shambe, 397.  
 Shanga, valle, 26.  
 Shela, lago, 395.  
 Shellal, 676, 754, 755.  
 Shendi, 675.  
 Sherda, 624.  
 Shungura, 429, 529.  
 Shungwaya, 159.  
 Sidi Abderrahmane, 603.  
 Sidi Mansour, 604, 608.  
 Sidi Zin, 601, 604.  
 Sierra Leona, 61, 86, 153, 155, 264, 330, 346, 362, 389, 654, 663.  
 Sijilmasa, 137.  
 Sikasso, 192.  
 Silsileh, 670, 672, 673.  
 Sinai, 682.  
 Siria, 759.  
 Siwa, 668, 679.  
 Siwaliks, 465.  
 Skildergat, 548.  
 Smithfield, 551.  
 Snowy Mountains, 417.  
 Sokoto, 72, 155.  
 Solutré, 465.  
 Solwezi, 690.  
 Somalia, 43, 317, 323, 349.  
 Songhai, 149, 154, 660.  
 Stanley Pool, 353, 566, 568, 570.  
 Stellenbosch, 532.  
 Sterkfontein, 439, 443, 458, 523, 528.  
 Sterkfontein Extension Site, 528, 529, 532.



- Still Bay, 465, 549, 569, 768.  
 Sudán, 34, 41, 46, 57, 97, 104,  
     112, 113, 124, 126, 128, 129,  
     138, 139, 140, 145, 146, 151,  
     154, 215, 292, 305, 308, 311,  
     313, 318, 320, 324, 330, 353,  
     362, 382, 396, 417, 515, 581,  
     637, 665, 666, 667, 668, 670,  
     671, 674, 675, 679, 692, 695,  
     708, 713, 733, 742, 745.  
 Sudd, lago, 397.  
 Suez, 26, 346.  
 Sumer, 299.  
 Swartkrans, 439, 443, 447, 451,  
     465, 528, 529.  
 Swaziland, 550.  
  
 Tabelbalat, 603, 624, 695.  
 Tachenghit, 603, 624, 625.  
 Tademait, 627.  
 Tadrart-Acacus, 298.  
 Taforalt, 604.  
 Taghit, 708.  
 Tahert, 127.  
 Takedetoumatine, 709.  
 Tamar Hat, 607.  
 Tamda, 601.  
 Tamentit, 695.  
 Tamghrut, 137.  
 Tana, lago, 510.  
 Tananarive (v. Antananarivo).  
 Tanganica, 166, 345, 365, 733.  
 Tanganica, lago, 587, 591.  
 Tangasi, 667.  
 Tan-Terirt, 692.  
 Tanzania, 43, 94, 167, 174, 266,  
     307, 308, 323, 324, 329, 362,  
     397, 429, 439, 443, 445, 447,  
     455, 457, 460, 463, 464, 475,  
     480, 491, 494, 495, 499, 501,  
     507, 510, 514, 516, 519, 525,  
     529, 533, 552, 561, 566, 584,  
     599, 642.  
 Taoussa, 645.  
 Tarkestad, 716.  
 Taruga, 662, 663.  
 Tarzerouck, 695.  
 Tasa (o Taza), 604.  
 Tasmania, 417.  
 Tassili n'Ajjer, 291, 298, 635,  
     687, 689, 690, 692, 694, 695,  
     697, 698, 711, 713.  
 Taung, 438, 523.  
 Taurig, 445.  
 Tebas, 666, 667, 668, 671, 684,  
     685, 745, 748.  
 Tebessa, 601, 606, 610.  
 Tegdaoust, 104.  
 Tekrou, 145, 174.  
 Tell, 345.  
 Teneré, 632, 688, 705, 714, 753.  
  
 Tensift, 465.  
 Tera, 69.  
 Teré, 567.  
 Ternifine, 601, 603.  
 This, 751.  
 Three Rivers, 532.  
 Tiaga, 567.  
 Tibesti, 399, 400, 675, 688, 753.  
 Tichitt, 634, 658, 662, 698, 709,  
     715.  
 Tidikeit, 627.  
 Tiemassas, 650.  
 Tiemcen, 601.  
 Tigrigna, 282.  
 Tiguelguemine, 621.  
 Tihilahi, 694.  
 Tihodaine, erg, 623, 627.  
 Tilemsi, oued, 629, 771.  
 Timenzouine, 711.  
 Ti-n-Assako, 634.  
 Tin Felki, 705.  
 Tin Hanakaten, 690, 695.  
 Tin Lalan, 705, 711.  
 Tin Tazarift, 688, 708, 712, 713.  
 Tin Tehed, 718.  
 Tissoukai, 687, 693, 705, 708,  
     713.  
 Tit Mellil, 601.  
 Togo, 381, 641, 647.  
 Togo, montes, 336.  
 Tombuctú, 28, 48, 58, 145, 146,  
     149, 150, 155, 355.  
 Tondidarú, 663.  
 Torralba, 458.  
 Toscana, 438.  
 Toshké, 299.  
 Touat, 695.  
 Toudenit, 618.  
 Tougan, 197.  
 Toukh, 743.  
 Toulou, 574, 699.  
 Transcaucasia, 145.  
 Transvaal, 362, 439, 455, 523,  
     534, 536, 543, 688, 693, 694,  
     698, 702, 714.  
 Tripoli, 57, 155.  
 Tripolitania, 113, 136.  
 Tschitole, 465, 570.  
 Tshangulan, 545, 552.  
 Tuinplaats, 548.  
 Tummo, 399.  
 Túnez, 47.  
 Tunicia, 136, 362, 400, 599, 601,  
     604, 607, 627.  
 Turkana, lago, 439, 443, 445,  
     447, 478, 480, 495, 503, 507,  
     517, 525, 529, 532.  
 Turquía, 145, 435.  
 Twin Rivers, 543.  
  
 Uelé, 305, 571, 592.  
 Uganda, 59, 65, 179, 398, 433,  
     435, 460, 465, 507, 510, 552,  
     561, 570, 579, 733.  
 Uitkomst, 551.  
 Umgazana, 551.  
 Um Ruwaba, 397.  
 U.R.S.S., 87, 90.  
 Usno, 429.  
 Uwaynat, 399.  
  
 Vaal, 529, 532, 533, 538, 688.  
 Vaticano, 158.  
 Venecia, 128.  
 Verde, cabo, 26, 345, 348, 731.  
 Vereeniging, 522.  
 Verwoerd, 538.  
 Victoria, lago, 345, 354, 395,  
     510, 522, 548, 566, 581, 723,  
     768.  
 Victoria Falls, 353, 559.  
 Viena, 687.  
 Villafranca d'Asti, 465.  
 Virunga, 581.  
  
 Wadai, 34, 145, 151.  
 Wanzarba, 69.  
 Wawa, 666.  
 Wichale, 141.  
 Wilhelm (monte), 421.  
 Wilton, 465.  
 Windhoek, 143, 551.  
 Windsor-ten, 538.  
 Woonderboomport, 534.  
  
 Yagala, 655.  
 Yam, 35.  
 Yatenga, 64, 166.  
 Yayo, 643.  
 Yemen, 34, 57.  
 Yengema, 654, 655.  
 Yola, 644.  
  
 Zaire, 26, 37, 40, 49, 65, 102, 165,  
     169, 171, 173, 174, 266, 303,  
     313, 362, 398, 464, 549, 555,  
     557, 558, 560, 564, 566, 571,  
     573, 574, 577, 581, 582, 583,  
     584, 586, 589, 593.  
 Zaire, cuenca, 38, 353, 374, 510,  
     514, 541, 547, 558, 560, 562,  
     564, 566, 571, 573, 574, 594.  
 Zaire, rio, 573.  
 Zaire, valle, 305.  
 Zambeze, 49, 112, 135, 146, 273,  
     353, 356, 369, 535, 551, 581,  
     698.  
 Zambia, 38, 168, 241, 365, 472,  
     533, 538, 539, 545, 549, 551,

- 553, 577, 581, 584, 670, 690, 698.  
 Zeekoegat, 550, 551.  
 Zenebi, 650.  
 Zinj, 144.  
 Zimbabwe, 54, 88, 330, 359, 362, 363, 382, 534, 539, 545, 550, 551, 553, 698, 699, 714, 733.  
 Zombepata, cueva, 550, 551.  
 Zululandia, 142.  
 Zwai, 395.

## DINASTIAS

- Abasida, 111.  
 Almohade, 113, 114, 127, 128, 129.  
 Almorávide, 111, 112, 127, 128.  
 Ayyubide, 111, 114, 128.  
 Dina, 145.  
 Egipto:  
 I, 231, 682, 712.  
 II, 712, 750.  
 III, 683.  
 IV, 248.  
 V, 305.  
 VI, 305.  
 XVIII, 685, 713.  
 XIX, 115.  
 XX, 115.  
 XXV, 764.  
 Fatimida, 111.  
 Hafsida, 114.  
 Ibadita, 127, 137.  
 Kharidjita, 127, 131.  
 Mameluca, 114, 127, 128, 129.  
 Omeya, 111.  
 Otomana, 137, 138.  
 Ptolomeica, 119.  
 Rustemida, 127.  
 Saedí, 137.  
 Saíta, 118.  
 Sasanida, 123.  
 Sunita, 131.  
 Zirida, 111.

## ETNONIMOS

- Ajami, 28.  
 Akán, 59, 72, 260, 273.  
 Alladian, 73.  
 Ashanti, 40, 41, 68, 72, 381.  
 Bafulero, 65.  
 Baga Koba, 257.  
 Baka, 34.  
 Bakongo, 254.  
 Baluba, 266.  
 Bambara, 32, 38, 40, 68, 71, 100, 187, 191, 196, 199, 200, 201, 203, 204, 206, 207, 209, 212, 218, 271, 272.  
 Bamún, 28, 100, 133, 134, 156.  
 Bantú, 38, 42, 56, 102, 254, 256, 260, 268, 269, 318, 365, 554, 574, 689, 711, 714, 716, 770.  
 Bari, 297.  
 Bariba, 106.  
 Basa, 154, 282.  
 Basari, 257.  
 Bateké, 168, 174.  
 Baulé, 203.  
 Beija, 126.  
 Bemba, 39, 313.  
 Beni Hilal, 43.  
 Bereberes, 98, 267, 268.  
 Berg Dama, 554.  
 Birifor, 383, 384.  
 Bobo, 382.  
 Bozo, 100, 207.  
 Bullom, 311.  
 Bum, 95.  
 Bumi, 96.  
 Buré, 389.  
 Cerko, 69, 71.

- Dagomba, 384.  
 Danxomenu, 106.  
 Dinka, 303.  
 Diula, 133, 150, 179, 259, 389.  
 Dogón, 100, 161, 169, 171, 179,  
 193, 207, 216, 269, 271, 272.  
 Doko, 305.  
 Dorobo, 495.  
 Dqurou, 95.  
 Duala, 259.
- Efik, 100.  
 Embu, 167, 176.  
 Etiopes, 291, 301, 771.
- Fang, 33, 165.  
 Fanti, 73, 152.  
 Fon, 105, 256.  
 Fulani, 55.  
 Fulbé, 95, 253, 259.
- Ga, 153.  
 Galla, 140, 167, 222, 297, 307.  
 Gaolo, 214, 215, 217.  
 Garamantes, 123, 662.  
 Gbeya, 328.  
 Gerze, 155.  
 Getulos, 123, 381.  
 Gikuyu, 65.  
 Griqua, 143.  
 Guanches, 323.  
 Guerze, 282.  
 Guesséré, 215.  
 Gujarati, 301.  
 Gur, 102.  
 Gurmantche, 260, 273.  
 Guro, 32, 168.
- Habashat, 297.  
 Hadza, 494.  
 Hadzapi, 307, 309.  
 Harratin, 291.  
 Hatsa, 329.  
 Hausa, 34, 48, 55, 133, 150, 166,  
 178, 256, 259, 268, 292, 317.  
 Haya, 41, 42.  
 Herero, 142.  
 Hicsos, 297, 759.  
 Hutu, 371.
- Ibo, 254, 273, 389.  
 Igala, 172.  
 Ijebu, 38.  
 Ijo, 165.
- Imbangala, 179.  
 Iraqw, 309.
- Judá, 105.
- Kabye, 381.  
 Kaguru, 174.  
 Kanembu, 133.  
 Kanuri, 34, 151.  
 Khoi-khoi, 141, 297, 307, 308,  
 309, 319, 320, 554, 716.  
 Khoisán, 305, 771.  
 Kiechware, 329.  
 Kikuyu, 100.  
 Kirdi, 381.  
 Kiroi, 95.  
 Kissi, 389.  
 Kiswahili, 133, 256.  
 Komo, 40.  
 Kongo, 105, 165, 172.  
 Konianké, 389.  
 Konkomba, 389.  
 Kouba, 169, 173, 174.  
 Koukouya, 174.  
 Koulango, 384.  
 Kouranko, 389.  
 Kpele, 282.  
 Kuba, 33.  
 Kukase, 384.  
 Kwa, 102.  
 Kwadi, 307, 308.
- Lebu, 256, 259.  
 Lebu Wolof, 268.  
 Lingala, 259.  
 Lobi, 384, 389.  
 Loma, 389.  
 Luba, 165, 166, 313, 364.  
 Lunda, 37, 69.  
 Lwo, 42.
- Maanyan, 329.  
 Macinanké, 218.  
 Mahi, 105.  
 Malinké, 37, 68, 282.  
 Mandé, 282, 384.  
 Mandinga, 37, 40, 256, 260, 267,  
 268, 271.  
 Mangbetu, 386.  
 Marka, 214, 218, 292.  
 Masai, 167, 173, 297, 370, 503,  
 516.  
 Mbochi, 102.  
 Mboon, 171.  
 Mehri, 297.
- Mendé, 155, 389.  
 Menkopis, 455.  
 Merina, 152, 316, 329.  
 Meru, 167.  
 Mina, 256.  
 Mongo, 305.  
 Moré, 71, 384.  
 Moros, 42, 43.  
 Mossi, 32, 42, 63, 64, 65, 166,  
 170, 260.
- Nama, 142.  
 Narón, 309.  
 Ngonde, 37.  
 Nguni, 37.  
 Noon, 259.  
 Nsibidi, 272, 273.  
 Numida, 123.  
 Nyakusa, 37.  
 Nyangatom, 96.
- Otavi, 307.  
 Ovat Jimba, 554.
- Peul, 31, 32, 37, 38, 43, 166, 189,  
 191, 192, 196, 199, 200, 201,  
 202, 204, 206, 209, 212, 214,  
 218, 220, 259, 260, 266, 267,  
 268, 292, 297, 311, 370, 705,  
 712, 714, 715, 771.  
 Peul Bororo, 209, 291.  
 Pigmeo, 288, 292, 296, 301, 303,  
 307, 381, 635, 771, 774.
- Regueibat, 291.
- Safeen, 256.  
 Samo, 71, 389.  
 San, 142, 288, 296, 301, 305, 307,  
 308, 317, 319, 329, 494, 513;  
 514, 548, 552, 553, 592, 702,  
 703, 708, 711, 715, 716, 723.  
 Sandawé, 309, 329.  
 Sao, 29, 107.  
 Sarakolé, 218.  
 Savi, 105.  
 Seereer, 257, 259, 266, 268, 282.  
 Senufo, 42, 72, 389.  
 Shona, 31.  
 Somali, 292, 297, 771.  
 Somono, 32, 207.  
 Songhai, 67, 68, 69, 71, 145, 218,  
 259, 266, 292, 657.

- Sonianké, 67, 69, 71, 305.  
 Sorko, 67.  
 Sotho, 37, 165.  
 Susu, 254, 266.  
 Suto, 305.  
 Swahili, 35, 48.  
 Swazi, 305, 307.
- Tamehu, 301.  
 Teda, 35.  
 Temne, 257.  
 Todocolor, 152, 215, 218, 219,  
 268, 292.  
 Toma, 155, 282, 389.  
 Tswana, 41, 165.  
 Tuareg, 282, 291, 370.
- Tubú, 292.  
 Turkana, 96.  
 Tutsi, 369, 370.  
 Twa, 554.  
 Twi, 259.
- Urdu, 301.
- Vai, 28, 135, 273, 282.
- Warsingali, 43.  
 Wilé, 383-384.
- Wolof, 34, 253, 256, 259, 260,  
 267, 268, 269, 282, 303.
- Xhosa, 37, 143, 170, 305.
- Yoruba, 59, 153, 170, 259, 269,  
 272, 663.
- Zande, 328.  
 Zarma, 67.  
 Zendj, 126.  
 Zghawa, 126.  
 Zulú, 37, 68, 143.

## MATERIAS, CONCEPTOS O NOCIONES IMPORTANTES

- Acheulense, 462, 497, 500, 505,  
 531, 537, 555, 559, 568, 582,  
 601, 623, 646, 666.  
 Agricultura, 96-97, 298-299,  
 355, 364, 370, 373, 515, 553,  
 633, 657, 708, 719, 740, 768.  
 Agrobotánica, 724.  
 Animismo, 70-72, 111-112, 388.  
 Antropología, 34-35, 51-52, 54,  
 56, 82-83, 299, 315, 363, 385,  
 493.  
 Antropología semántica, 268.  
 Antroponimia, 268.  
 Arqueología, 27, 54, 223, 251,  
 297, 381, 450, 453, 652, 683,  
 739, 742.  
 Arqueometría, 233-34, 230, 236.  
 Arte, 381, 388, 485, 492, 513,  
 553, 573, 577, 610, 612, 662,  
 683, 687, 770.  
 Arte bovidiano, 635, 690, 716.  
 Arte buvaliano, 690, 697, 716.  
 Ateriense, 625, 668, 686.  
 Australopiteco, 298, 432, 438,  
 451, 453, 462, 472, 475, 478,  
 523, 529, 584, 766.
- Capsiense, 462, 514, 517, 597,  
 606, 609, 610, 631.  
 Caza, 368, 527, 553, 557, 589,  
 628, 673, 707.  
 Centros agrícolas, 719, 724, 728.  
 Cerámica, 515, 517, 594, 629,  
 635, 654, 662, 681, 694, 768.  
 Clases de edad, 71-72, 167-168,  
 175, 176.  
 Clases de seres, 199-201.  
 Climas, 347, 391, 405, 421, 509,  
 521, 541, 557, 581, 616, 639,  
 643, 721.  
 Climatología, 391, 409.  
 Colonialismo, 45, 51-52, 54, 56,  
 59, 79-80, 192.  
 Colonización, 56, 59-60, 777.  
 Conciencia africana, 152-153.  
 Conciencia histórica, 63-64.  
 Cronología, 38, 147, 175-176,  
 380, 391, 405, 421, 496, 521,  
 539, 558, 577, 606, 619, 642,  
 688, 768.
- Early Stone Age, 481, 496, 498,  
 501, 561, 646, 666.  
 Economía, 83-84.  
 Economía de subsistencia, 83-84.  
 Ecosistema, 723, 736.  
 Edad de hierro, 487, 553, 660.  
 Edad de piedra, 485, 501, 577,  
 592, 646.  
 Egiptología, 98, 123-124, 137,  
 299.  
 Emergencia del hombre, 765.  
 Endogamia, 204, 206.  
 Escritos (fuentes escriturarias),  
 26, 45, 47-48, 93, 98, 100-101,  
 109, 116, 131, 133, 159-160,  
 185, 270, 379.  
 Escritura, 109, 133, 185, 270.  
 Estado, 79-80, 128, 167, 176-  
 177, 368, 387, 775, 779.  
 Etnias, 111-112, 259, 295, 303,  
 315, 609.  
 Etnocentrismo, 50, 75-76, 265,  
 719.  
 Evolución (evolucionismo), 285,  
 297, 476.
- Datación, 93-94, 236, 257, 443,  
 460, 496, 523, 545, 688.  
 Desertización, 615.
- Fauresmithiense, 463, 496, 510,  
 537, 767.
- Biogeografía, 356.

- Genealogía, 167-168, 209, 213-214.  
 Genética, 285, 292, 293, 315.  
 Geografía, 25-26, 124, 128, 159-160, 174, 335, 341, 361, 555, 579, 615, 639, 721.  
 Geología, 343, 361, 373, 398, 493.  
 Glaciación, 391, 397, 406.  
 Glotocronología, 258.  
 Griots, 102, 104, 161, 170, 186-187, 191, 207, 209-210, 212, 269.
- Hábitat, 263, 461, 469, 480, 487, 513, 515, 527, 532, 536, 550, 552, 610, 682, 709, 770.  
 Herramientas, 363, 365, 394, 450, 453, 454, 470, 480, 485, 488, 527, 536, 543, 548, 552, 557, 571, 589, 599, 608, 621, 636, 642, 666, 683, 767.  
 Hidrografía, 364, 372.  
 Historiografía africana, 45, 59, 61, 75, 80-81, 85, 93, 133, 135, 139, 143-144, 148, 153.  
 Holoceno, 391, 411, 463, 552, 581.  
 Homínidos, 93-94.  
 Hominidos, 431, 435, 445, 463, 469, 521, 599, 641, 766.  
 Hominización, 431, 453, 454, 766.  
 Homo, 432, 451, 463, 470, 525.  
 Homo erectus, 447, 451, 476, 505, 532, 584, 623, 642, 646.  
 Homo habilis, 447, 451, 463, 478, 503, 525, 642, 766.  
 Homo sapiens, 93-94, 452, 453, 463, 471, 507, 528, 532, 587, 769.  
 Homo sapiens sapiens, 471, 548, 766.
- Iberomorusiense, 607, 631.  
 Interdisciplinariedad, 37-38, 379, 386, 470.  
 Islam, 45, 47-48, 71, 73, 109, 110, 122-123, 126, 129, 215.  
 Jefes, jefaturas, 67-68, 104, 143, 204, 208-209, 460, 771, 776.
- Kafuense, 561.  
 Kartumiense, 674, 753.  
 Keniapiteco, 435, 473, 765.
- Late Stone Age, 481, 496, 498, 511, 551, 588, 639, 642, 652, 662, 670.  
 Lenguas, 32-33, 55, 113, 160, 253, 254, 265, 292, 295, 308, 315, 333.  
 Lingüística, 32-33, 54, 100, 160, 253, 282, 283, 292, 295, 297, 299, 307, 315, 333, 384.  
 Lupembiense, 464, 510, 560, 567, 650.
- Magia, 189-190, 711, 773.  
 Mascaras, 381.  
 Matrilíneal, 104-105, 777.  
 Megalitos, 571, 593, 662.  
 Memoria africana, 210-211, 215.  
 Metales, difusión de los, 660, 739.  
 Metodología, 23-24, 60, 93, 95-96, 106, 379, 386, 485, 490.  
 Microlítos, 589, 652, 655, 671.  
 Middle Stone Age, 481, 496, 498, 507, 539, 650, 667.  
 Migraciones, 295, 368, 372, 513, 555, 635, 656, 712, 721, 735, 773.  
 Mioceno, 464, 471, 521.  
 Mitos, 63-64, 65, 174, 186-187, 199, 703, 711.  
 Modos de producción, 775.  
 Movimiento histórico, 387, 774.  
 Mujeres, 68-69, 170, 610, 612, 647, 709, 777.  
 Música, 32-33, 207, 212, 381.  
 Musteriense, 464, 604, 667.
- Neolítico, 298, 453, 464, 485, 499, 520, 555, 571, 591, 606, 612, 628, 652, 673, 690, 740, 753, 767, 771.  
 Nominalismo, 161-162.
- Oldowayense, 451, 458, 464, 500, 501, 529, 561, 642, 665.  
 Old Stone Age, 481, 496, 498, 501, 561, 645, 646, 666.  
 Onomástico, 268.  
 Origen africano de la Humanidad, 452, 454, 467, 496, 518, 765.  
 Osteodontokerático, 451, 457, 464, 511.
- Palabra, 186-187, 189, 253.  
 Paleoclimas, 344, 391, 395.
- Paleolítico, 499, 555, 601, 606, 621, 650.  
 Paleontología, 93-94, 431, 469, 521, 599, 641, 692.  
 Parentesco etno-cultural, 259, 285.  
 Pastoralismo, 369, 515.  
 Pebble culture, 451, 457, 464, 501, 560, 599.  
 Petroglifos, 699.  
 Pleistoceno, 369, 373, 411, 438, 465, 469, 475, 498, 522, 533, 581, 641, 723.  
 Plioceno, 392, 438, 465, 521.  
 Pluviales, 393, 400, 557, 558, 559, 582, 643.  
 Predinástico, 673, 742, 745, 754.  
 Prehistoria africana, 93-94, 361, 431, 453, 485, 498, 521, 555, 597, 615, 639, 665.  
 Primates, 431, 433, 495.
- Racismo, 50-51, 56, 77, 146-147, 265, 285.  
 Ramapithecus, 522.  
 Razas (teorías raciales), 285, 299, 385, 517, 714, 773.  
 Religión, 83-84, 126, 129, 168-169, 171, 186, 271, 711, 773.
- Sangoenense, 465, 497, 511, 537, 566, 586, 649, 668, 768.  
 Sexualidad, 711.  
 Sigi, 170-171.  
 Stillbayense, 500, 569.
- Tahitiense, 465, 560, 561, 569, 570, 586, 590.  
 Tiempos, 39-40, 63, 64, 69-70, 72, 102, 104, 173.  
 Topología, 267.  
 Tradicionalistas, 190-191, 212.  
 Tradición épica, 29-30, 168.  
 Tradición esotérica, 169-170.  
 Tradición gráfica, 270.  
 Tradición oral, 28-29, 47, 67-68, 81-82, 93, 102, 142, 161, 185, 254, 269, 383.  
 Trata de esclavos, 26-27, 50, 146, 375, 777.
- Wiltoniense, 500, 513, 551.
- Zonas climáticas, 350.  
 Zoología, 368.